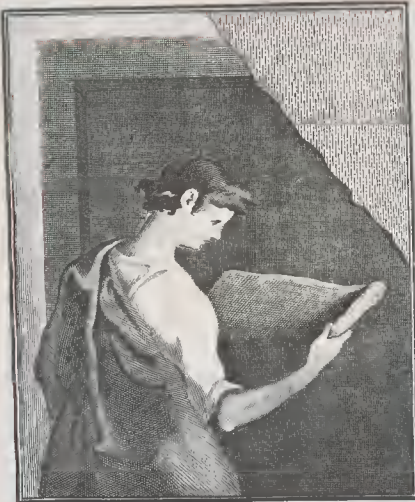


LA
ILUSTRACION
ARTISTICA

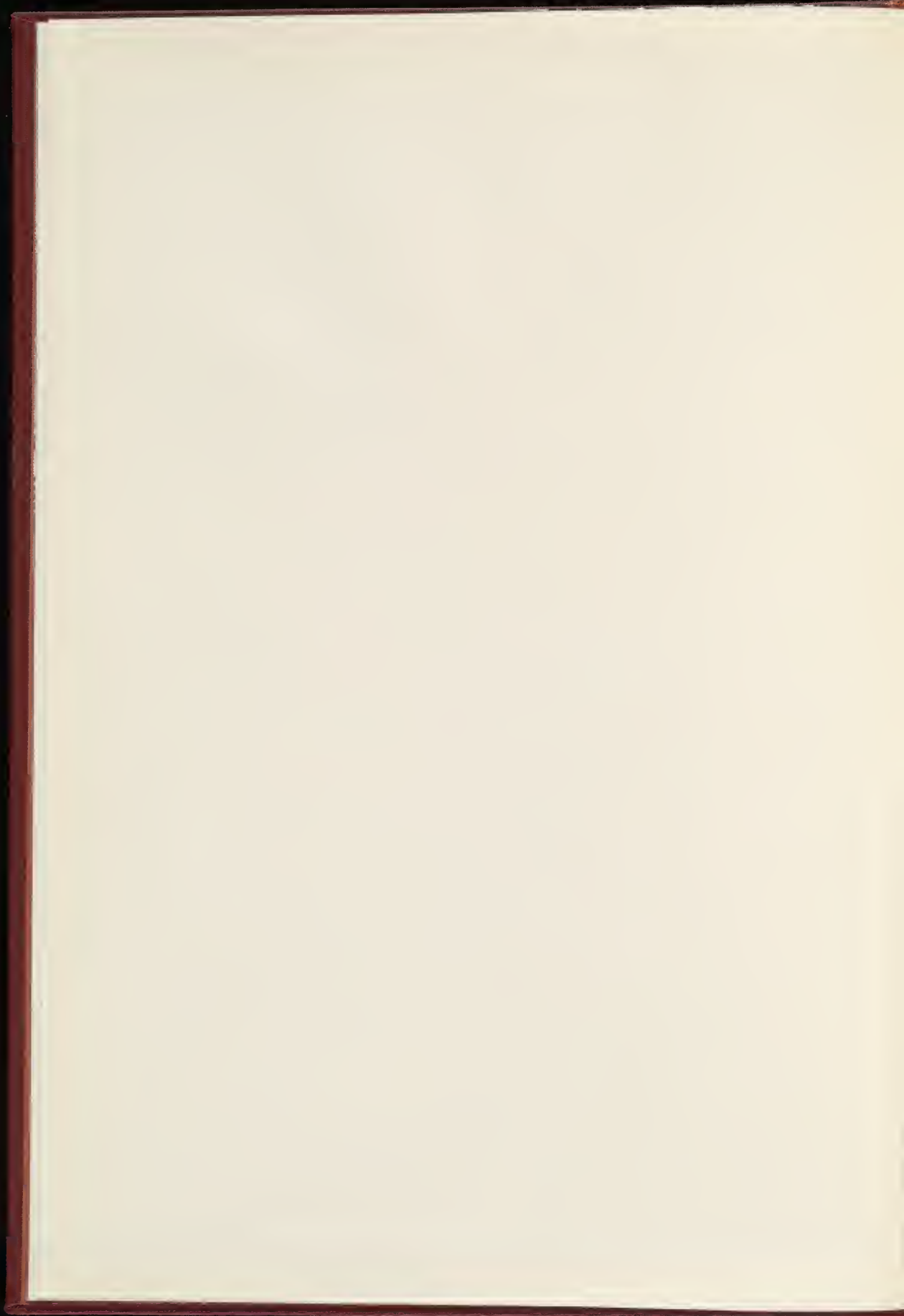


THE J. PAUL GETTY MUSEUM LIBRARY









ILUSTRACION ARTISTICA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MAS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCION DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



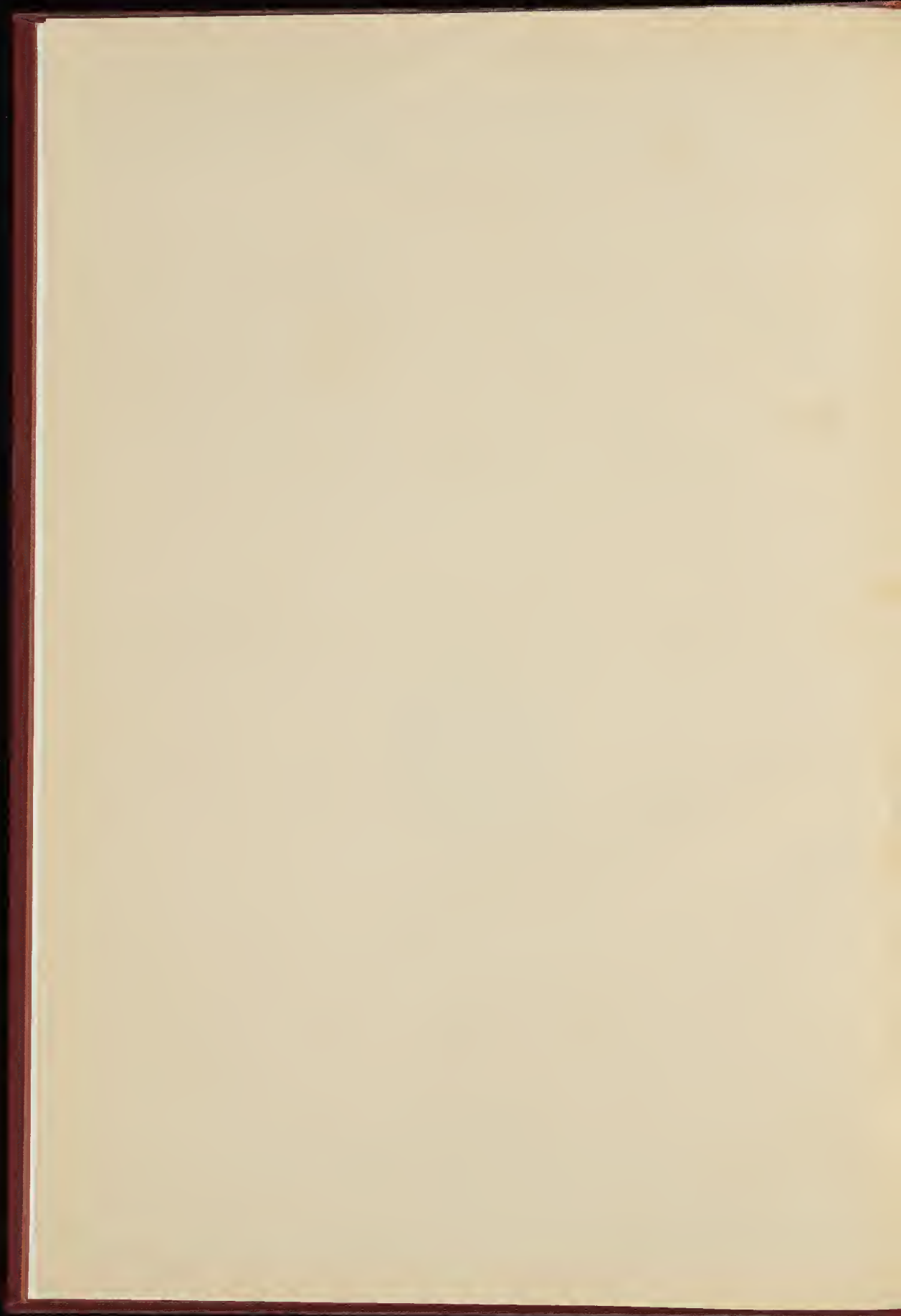
TOMO III.— AÑO 1884

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1884



INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL TERCER TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

Revista de Madrid. La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 2.
Los gossups, por Manuel Fernandez y Gonzalez, 3.
Mal de ojo, por Fernando Marmolejo, 6.
Notas de mi viaje. En Burgos, I, por José Gestoso y Perez, 6.
Sonata en do, por José Estremera, 10.
Mal de ojo (continuación), 11.
Notas de mi viaje. En Burgos, II, por José Gestoso y Perez, 14.
Mal de ojo (continuación), 18.
El primer amor, por Rafael Trillo de Merelo, 19.
Saldo de cuentas, por Elena Selés, 22.
Notas de mi viaje. En Toledo, III, por José Gestoso y Perez, 23.
Un milagro del instinto, por Félix Rey, 26.
El trapo y el papel, por Manuel de Alacios, 30.
Séptima conferencia de la Asociación geodésica internacional, en Roma, por E. Benot, 30.
Notas de mi viaje (conclusión), 31.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 34.
El Cristo del milagro, por E. de Lustedón, 35.
Juan del Pueblo, por Benito Mas y Prat, 38.
Séptima conferencia de la Asociación geodésica internacional en Roma, II, por E. Benot, 39.
La máquina de hacer hombres, por J. Ortega Munilla, 42.
Llarzo. Cuanto que debiera ser verdad, si la verdad pudiera ser cuento, por Luis Mariano de Larra, 42.
La leyenda de Begonia, por Antonio de Trueba, 46.
Séptima conferencia de la Asociación geodésica internacional en Roma, III y último, por E. Benot, 47.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 50.
El hombre verde, por don F. Moreno Godino, 51.
El medio de las plantas, por José Rodríguez Mouroulo, 54.
Relojes duales para el tiempo local y el cosmopolita, por E. Benot, 55.
Siletas de carnavales, por Benito Mas y Prat, 58.
El hombre verde (continuación), 59.
Notas de mi viaje. En Toledo, por José Gestoso y Perez, 63.
El hombre año, por José Ortega Munilla, 66.
El fantasma rojo, por Carolina Coronado, 67.
Gayarre en París, 67.
Remedios (Episodio del año 9), por Angel R. de Chaves, 70.
El hombre verde (conclusión), 70.
Notas de mi viaje (continuación), 71.
Remedios (conclusión), por Angel R. Chaves, 74.
La bucuventura, por Vicente Colarado, 75.
La leyenda del Kirghiz, por Adolfo Llanos, 79.
Los diamantes, por Cecilio Navarro, 79.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 82.
La caverna de la muerte, por F. Moreno Godino, 83.
El trípode del visionario, por Mariano Prestameiro, 83.
La bucuventura (conclusión), 86.
La ciencia antigua, por José Echegaray, 87.
El escaparate fantasma, por Benito Mas y Prat, 90.
La caverna de la muerte (continuación), 91.
Monasterio y palacio de Caracazo, por F. Cimer de los Rios, 95.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 98.
Momentos de un pedazo de plomo, por Fabricio, 99.

La caverna de la muerte (continuación), 99.
Colores de los animales, por José Rodríguez Mouroulo, 103.
Recuerdos de la Semana Santa en Sevilla, por Benito Mas y Prat, 106.
La caverna de la muerte (continuación), 107.
Arqueología hispano maquetina. Fila de tribulaciones existente en San Felipe de Játiva, por Rodrigo Amador de los Rios, 110.
Regreso del Calvario, por Vicentela de la Fuente, 114.
Jarañales, por E. de Lustedón, 115.
El pozo de los laneros, por Enrique Perez Escrich, 115.
La caverna de la muerte (conclusión), 119.
El corazón de Formosada, por J. Ortega Munilla, 122.
Las chulas, por Manuel Fernandez y Gonzalez, 123.
Los viejos, por E. Benot, 127.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 130.
La Pasión, drama de Leopoldo Cano, por Manuel Angelon, 131.
El corazón de Formosada (continuación), 134.
Los viejos, II, por E. Benot, 134.
El Hospital (Recuerdos de la feria de Sevilla), por Benito Mas y Prat, 138.
Las siete estaciones, por Eduardo Lopez Bago, 139.
El corazón de Formosada (continuación), 142.
Los viejos, III y último, por E. Benot, 143.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 146.
¡Aleluya!, por José de Siles, 150.
El corazón de Formosada (continuación), 150.
El grito de la Pasión, por Luis Mariano de Larra, 154.
El último drama, por Félix Rey, 155.
El corazón de Formosada (conclusión), 158.
La exploración del Pilecomay, por M. Aranda, 158.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 162.
El hombre de los dos cuartos, por don Ramon Fernandez de Mera, 163.
El último drama (conclusión), 166.
La exploración del Pilecomay, III, por M. Aranda, 167.
Dos ciegos, por J. Ortega Munilla, 170.
El hombre de los dos cuartos (continuación), 171.
La fauta, por Francisco Asenjo Barbieri, 174.
La vuelta al año, por V. Colarado, 178.
El hombre de los dos cuartos (continuación), 179.
El 8,999, por Adolfo Llanos, 179.
La mejor victoria, por D. Gonzalez Serrano, 183.
El hombre de los dos cuartos (continuación), 186.
Función de Morandanga, por Fernando Martinez Pechosa, 187.
Dos almas en un cuerpo, por Escalpel, 190.
Los jardines submarinos, por José Rodríguez Mouroulo, 191.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 194.
El diablo en su vida privada. Cuento popular de Vizcaya, por don Antonio de Trueba, 195.
El hombre de los dos cuartos (conclusión), 195.
El rayo de mi músico y pintor, por el doctor Hispanus, 199.
El diablo en su vida privada (conclusión), 202.
Esmeralda, por don Francisco Lozcoitia, 203.
Metamorfosis de los fenómenos físicos, por el doctor Hispanus, 206.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 210.
Esmeralda (continuación), 211.
La belleza, por E. de Lustedón, 214.

La ciencia antigua. Los veinte tripodes de Vulcanio, por José Echegaray, 225.
Robando corazones, por don Enrique Perez Escrich, 218.
Esmeralda (conclusión), 222.
El optimismo de la distancia, por U. Gonzalez Serrano, 223.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 226.
Robando corazones (conclusión), 227.
Todo el mundo, por A. Sanchez Perez, 231.
El crímen del Rulshöfer, por Salvador Pérez Montoya, 232.
Los pompeyanos en Cáparra, por don Publio Hurtado, 234.
Música del porvenir, por J. Ortega Munilla, 238.
El territorio neutro, por M. Aranda, 239.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 242.
Cromos de viaje, por Fernando Araujo, 243.
Los pompeyanos en Cáparra (continuación), 246.
Cromos de viaje (continuación), 250.
Los tres últimos días del marqués de Ayamonte, por Pedro de Madrazo, 251.
Los pompeyanos en Cáparra (conclusión), 254.
El ferrocarril eléctrico de Francfort a Offenbach, por M. A., 255.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 258.
Los tres últimos días del marqués de Ayamonte (continuación), 259.
Cromos de viaje (continuación), 259.
Santiago de Peñalba, por Francisco Ciner de los Rios, 263.
Cromos de viaje (conclusión), 269.
Los tres últimos días del marqués de Ayamonte (conclusión), 267.
Rápidos ó artistas, por U. Gonzalez Serrano, 270.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 274.
Claveles y zarzas, por Pedro María Barrera, 275.
Amor a prueba, cuento en acción, por Carlos Rodríguez Solís, 278.
En la plaza, por Eduardo de Palacio, 279.
La electricidad en la guerra, I, por A. G., 279.
Claveles y zarzas (conclusión), por Pedro María Barrera, 282.
Notas de verso. En las eras andaluzas, por Benito Mas y Prat, 283.
Rosa de amor, por don Manuel Fernandez y Gonzalez, 286.
La electricidad en la guerra, II, por A. G., 287.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 290.
La batalla de los árboles, por José de Siles, 291.
Rosa de amor (conclusión), 291.
La electricidad en la guerra, III y último, por A. G., 295.
Mandolinata, por Benito Mas y Prat, 298.
El abrazo de la agonia, por Enrique Valdivieso, 299.
Amor a prueba, cuento en acción, por Carlos Coello, 302.
El fuego del cielo, por M. A., 303.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 306.
Virgen y mártir, por Félix Rey, 307.
Amor a prueba (conclusión), 300.
El globo dirigible eléctrico de los señores Renard y Krebs, por M. A., 311.
Lemonstóff y un año de sus poemas. Traducción directamente del original ruso por A. Fernandez Merino, 314.
En retirada (Episodio de la vida militar), por Carlos M. de Sotomayor, 315.
Los misterios, por José R. Mouroulo, 318.
Los relojes hidráulicos en la antigüedad, por M. A., 319.

La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 321.
El demonio. Poema traducido directamente del original ruso, segunda parte, por A. Fernandez Merino, 323.
Las posesiones del imperio alemán en Africa, 327.
El canal marítimo de Panamá, 327.
La mano de Dios, por don Manuel Fernandez y Gonzalez, 330.
El diputado del Ganges, por J. Ortega Munilla, 331.
Virgen y mártir (conclusión), 334.
El arco iris blanco, por José Rodríguez Mouroulo, 335.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 338.
El Spoliarium, cuadro de don Juan Lana, por don Manuel Angelon, 339.
El aceite y las olivas, por E. Benot, 343.
La mano de Dios (continuación), 347.
Tipos que se van. El vendedor de figuras, por E. de Lustedón, 350.
La ciencia antigua, por José Echegaray, 351.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 354.
La mano de Dios (conclusión), 355.
La cajita de fófuros, por E. Benot, 358.
Notas de noviembre. El pueblo en el Campo Santo, por Benito Mas y Prat, 362.
El desierto, por V. Colarado, 363.
La hoz, Leyenda montañesa, por J. Ortega Munilla, 366.
Dos hermanos, por Pedro María Barrera, 366.
Las edades de la atmósfera, por el doctor Hispanus, 367.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 369.
Los alquandores, por Enrique Perez Escrich, 371.
El fanatismo del diablo, por don Ramon Martinez de Fuensanta, 371.
La ciencia antigua. Los órganos hidráulicos, por A. de R., 375.
El 2,645. Cuento que aspiraba a ser millon y millon que no pasó de cuento, por Luis Mariano de Larra, 378.
El fanatismo del diablo (continuación), 379.
Congreso internacional de Washington, por E. Benot, 383.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 386.
El fanatismo del diablo (conclusión), 387.
Congreso internacional de Washington, 390.
Navegación aérea. Aparatos más pesados que el aire, 391.
La ciudad de los Césares, por A. Blanc, 394.
El hombre ejemplo. Dolora escrita por don Ramon de Campomanes, 395.
Tipos contemporáneos. El amigo Pepe, un buen muchacho, por Fernando Araujo, 398.
El porroco, por E. Benot, 399.
José Echegaray, por Luis Alfonso, 410.
El barbero de Seño, por Angel del Palacio, 401.
Tipos contemporáneos (conclusión), 406.
El porroco (conclusión), 407.
José Echegaray, por Luis Alfonso, 410.
El barbero de Seño (conclusión), 414.
Los prodigios del sonido, por el doctor Hispanus, 415.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 418.
La Diana del Ticiano, por Benito Mas y Prat, 419.
Gimnasia, por Eduardo de Palacio, 422.
Los prodigios del sonido, II, por el doctor Hispanus, 422.
Procesión á la luz de la electricidad en Nueva York, por M. A., 423.

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TERCER TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

Una hermosura vienesa (galería de mujeres berlinesas), 1.
Los seguidores, composición y dibujo de Ricardo Balasca, 4.
El último en llegar fué piernitas de S, cuadro por Roberto Fontana, 5.
Sueño, dibujo por G. Vuillier, 7.
La jura de los fieros, copia del cuadro del señor Guina, 8.
El golsou, cuadro por J. Verhaz, 9.
Monumento erigido en honor de Isabel la Católica, en el paseo de la Castellana (Madrid), obra escultórica de don Manuel Oms, 12.
El baulizo del póstumo, cuadro por A. Hoff, 13.
Flamenco puro, dibujo por Llovera, 20.
Flamenco mezclado, dibujo por Llovera, 21.
El vendedor de castañas en París, dibujo por Hugo Kauffmann, 23.
Cogido infraganti, cuadro por C. Ziermann, 24.

Maerle de Caligula, cuadro por Alma-Tadema, 24.
Tianá, grupo escultórico por Efraim Keiser, 25.
Paseo solitario, cuadro por J. R. Welle, 28.
El abuelo, cuadro por J. Gascoitia, 29.
Marchés, dibujo por W. Tangley, 31.
Jaqu-mate, cuadro por Enriqueta Romer, 32.
El domingo, cuadro por Otto Kirberg, 32.
Maria, cuadro por Beers, 33.
Que viene al león, cuadro por Franz Verhas, 36.
La vida moderna, cuadro por Lorenzo Cassanova. (Este cuadro lleva el número 49 en el catalogo de la Exposición París), 37.
Nuevo aparato americano para despejar de nieve las vías férreas, 39.
Detalle de la espiral vertical del anterior aparato, 39.
Puerta del palacio de Mosen Sorell, en Valencia, 40.
Paisaje de invierno, cuadro por A. Schweitzer, 41.
El regimiento de granaderos wurttembergueses, «Reina Olga», en el parque de Coeuilly, 30 de noviembre de 1870, 44.
La pasión del combate, cuadro por Baslet J. Poté, exhibido en la real Academia de Linceos, 45.
El arte moderno, estatua por Rodolfo Weyr, 45.
El arte del Renacimiento, estatus por Rodolfo Weyr, 47.

Un toque atrevido, cuadro por Meyer de Bremen, 48.
Un mendigo, cuadro por R. Tusquets, 49.
Visita á los abuelos, cuadro por R. Vinca, 52.
Elegante, cuadro por E. Serra, 53.
Indecision, cuadro por W. Schutze, 54.
Los únicos amigos, cuadro por A. Spiess, 55.
Las rocas del Paternoster, cerca de Guernesey, cuadro por Pichler, 56.
Flores silvestres, 57.
La catedral de Colonia, 60.
Prisión de Ratoczi, cuadro por Julio Benesur, 61.
El día terrible, cuadro por H. Bethke, 62.
Los misterios, por José R. Mouroulo, 63.
El gran compositor C. Leoeco, 64.
Cachorros de pantera del Jardín zoológico de Dusseldorf criados por una gata, 64.
Entenador, cuadro por J. E. Gaiser, 65.
Alejandro Dumas (padre), 68.
Alejandro Dumas (hijo), 69.
Silla de la coronación, espada y escudo de Eduardo III en la abadía de Westminster, 70.
Abadía de Wirtly, 71.
Un soldo por Dido, cuadro por Heroldo Friedrich, 72.
La fuente milagrosa, cuadro por F. Wagner, 73.
Cuento ruso, cuadro por J. E. Sainini, 76.
La luna de miel, cuadro por Leopoldo Roca, 77.

Chimenea del siglo XVII, 78.
Sepulcro de Eduardo el Confesor, en la abadía de Westminster, 79.
El primer cuarteto femenino austriaco, 80.
El tiempo precediendo á las horas, reloj modelado por Gustavo Doré, 80.
Retrato del distinguido pintor L. Alma Tadema, dibujado por A. Schubert, 81.
Un fillo en el mar, cuadro por J. Kray, 84.
Melancolía, cuadro por J. Marqués, dibujo del mismo, 85.
En la iglesia, cuadro por A. Spring, 86.
Maria Heilbronn, de la Opera cómica francesa, 87.
¡Abre! cuadro por H. J. Zigel, 88.
La ciencia antigua, dos grabados, 88.
El amor y el hado, grupo escultórico por Gustavo Daré, 96.
La muerte de Virginia, cuadro por Miola, 95.
Julietta y Gray Lorenzo, cuadro por T. Wores, 97.
Casador germano, notable escultura por Otto Lang, 100.

La traición de Carmagnola, acuarela por Villegas, 101.
 El primer tropiezo de un artista, cuadro por Eugenio Stiecler, 102.
 Nacida en los barrios bajos, dibujo por Fernando Fonseca, 103.
 La cuna vacía, dibujo a la pluma por Llimona, 104.
 El hijo de Chilperico, cuadro por Alberto Maigrahn, 105.
 La canción del día, cuadro por Fausto Zonaro, 108.
 El primer luto de bendición, cuadro por Fausto Zonaro, 109.
 Lorelei, estatua por Roberto Caner, 111.
 El conde T. du Moncel, notable electricista, 112.
 Los trampos, cuadro por Pablo Meyerheim, 112.
 La dolorosa, cuadro por Guido Reni, 113.
 El moribundo, grupo escultórico por Enrique Buti, 116.
 Mater dolorosa, cuadro por Carlos Velat, 117.
 La maternidad, dibujo por P. R. Robens, 119.
 Jesucristo, escultura por Francisco Rude, 120.
 El domingo de Ramos, fresco por Flaminio, 120.
 Una cámara, cuadro por Otto Erdmann, 121.
 ¡Vienen!, cuadro por Canato Ekwall, 124.
 Una procesión en S. Marcos de Venecia, acuarela por Arcadio Mas (Exposición París), 125.
 Mandatos militares en Alemania, fotografía instantánea por el procedimiento de Meisenbach, 126.
 Mandatos militares en Alemania, 127.
 Escena valenciana, cuadro por J. Agrasot, 128.
 Leopoldo Cano, celebrado autor de «La Pasiónaria», 129.
 Un modelo árabe, cuadro por Ricardo Madrazo, 132.
 Los protagonistas de «La Pasiónaria», 133.
 La lección de escritura, dibujo por A. Hamman, 135.
 J. B. Dumas, químico, secretario perpetuo de la Academia de ciencias de París, fallecido el 11 de abril, 136.
 Fariseo y Publicano, copia del celebrado cuadro de Rubenke, 137.
 Una máscara, dibujo por Viergo, 140.
 Pleniísimo, dibujo por Llovera, 141.
 El corazón de un Rey, grupo escultórico por Ximenes, 143.
 En el castro, 144.
 Conversación íntima, cuadro por F. Garibai, 144.
 La vuelta del pescador, cuadro por M. Edel-feldt, 145.
 Clemente V después del festín de su coronación, cuadro por J. P. Laurens, 147.
 Un matrimonio inocente, cuadro por M. B. Lund, 148.
 Enfierno de Atala, cuadro por M. G. Courtois, 149.
 ¡Abandonado!, cuadro por M. Deschamps, 151.
 ¡Pobre Vorick!, cuadro por M. Daguau, 152.
 El fraile mendicante, cuadro por J. R. Weh-le, 153.
 Manon Lescaut, cuadro por Dagnan, 156.
 Las artes, dibujo por J. R. Wehle, 157.
 Monumento a Garibaldi en Turín, por Eduardo Tabacchi, 159.
 Candelero de bronce dorado, 160.
 Jarrón de arcilla dorado con esmaltes azules, 160.
 La Abundancia, estatua en bronce para centro de mesa, 160.
 Fuentes de arcilla de dibujos donados sobre fondo de color de marfil, 160.
 Escudo que perteneció a Enrique II de Francia, 161.
 El barón de Munchhausen, cuadro por Vicente S. Lerche, 164.
 Salida de un baile, cuadro por Ribera, 165.
 Una visita inoportuna, cuadro por Gustavo Sus, 166.
 El toque de año nuevo, cuadro por Otto Kopp, 167.
 Recolectoras de fucos y algas, cuadro por H. Rasch, 168.
 Recuerdo de Roma, cuadro por Enrique Serra adquirido por el señor Buxareu, 168.
 Violante, hija de Palma el viejo, celebrado cuadro de P. Bordonio, 169.
 Teatro de la Ópera en Bond-Pesh, 172.
 Una histórica diversión, cuadro por O. Erdmann, 173.
 Triciclo eléctrico de acumuladores, 175.
 Los desolladores de timpanos, cuadro por L. Neustalter, 175.
 Cañón para disparar cartuchos de dinamita, 176.
 Proyecto de ferro-carril subterráneo en Nueva-York, 176.
 José Davin, retrato por J. M. Marqués, 177.
 Venus acariciando al amor, cuadro por Pompeyo Battoni, grabado por Porporati, 130.
 Retrato, por M. Chaplin, 150.
 El cuerpo del delicto, cuadro por T. Moragas, 165.

El memorialista, cuadro por Guillermo Winder, 182.
 Una medida importante, cuadro por Guillermo Claudius, 183.
 Estudio a la pluma, por B. Galofre, 184.
 Los cachorros, cuadro por A. Eberle, 184.
 La mujer hacendosa, estatua por Vordermann, 185.
 El rifle por tiro, cuadro por Fikentscher, 188.
 El rey Ueig, cuadro por J. F. Hennings, 189.
 Paisaje, por Marqués (adquirido por el tesorero Angelo Masini), 277.
 Andromeda, estatua por Bonamero, 279.
 Entre Scila y Caribdis, cuadro por L. Hoffmann, 280.
 Bobina y pila portátiles, 280.
 Reloj telegráfico, 280.
 Aparato acústico (parluter), 280.
 Una estrella, estudio por H. Schmichen, 281.
 Homs placidas, cuadro por J. R. Wehle, 281.
 Una escena de los Nibelungen, cuadro por T. Pflis, 285.
 La curiosidad, 287.
 Máquina de luz eléctrica para reconocimientos en campaña, 288.
 Caricamento destruyendo el ídolo de Irminsul, 288.
 ¿Será almirante? acuarela por H. Valtenburg, 289.
 Una partida de bolos, cuadro por A. Vienti, 292.
 El D. Juan de los Méganos, cuadro por Carlos Mucke, 293.
 Fita hierática de potasa para inflamar los barcos, 295.
 Explosor magnético, sistema Breguet, 295.
 Explosión de torpedos por la electricidad, sistema de defensa de puertos y costas, del general Chazal, 295.
 El gran lagoanudo del museo de Bruselas, 296.
 Soldados árabes en el desierto, 296.
 Ídolo de aprí, estudio por Sagenet, 297.
 Espino y Antígona, cuadro por J. Stallert, 300.
 Noche toledana, dibujo por Ricardo Balaca, 301.
 Salvamento de un hombre caído en la fosa de los ossos del jardín de Plantas de París, 303.
 ¡No ves que te quemará!, 304.
 Segadores muertos instantáneamente por un rayo, 304.
 El último sorbo, cuadro por Julio Theuer, 305.
 El tablero de laud, cuadro por C. Trold, 308.
 El peor de los peces, dibujo por A. Fabres, 309.
 Tipo catalán, escultura por don Rosendo Novas, 310.
 Tipo catalán, escultura por don Rosendo Novas, 311.
 Globo dirigible eléctrico de los señores Renard y Krebs, 312.
 Concierto casero, 312.
 Dama del siglo XVII, cuadro por M. Gronwald, 313.
 El examen de catecismo, cuadro por Baumgartner, 316.
 El otoño, grabado por Proment, 317.
 Ante el espejo, cuadro por G. Induno, 319.
 Regreso al hogar, cuadro por Frans Dahl, 320.
 Los relojes hidráulicos en la antigüedad, 320.
 Una predicciónista, cuadro por V. Palmoroli, 321.
 Un viaje de recreo, cuadro por C. Raupp, 324.
 Armas y letras, cuadro por F. Serra, 325.
 Sobre la pista, dibujo por G. Koch, 326.
 Toma de posesión por la marina atemana del territorio del río Camero, situado en la costa de Africa en frente de nuestra isla de Fernando Poo, 327.
 Crover Cleveland, candidato presidencial, 328.
 Thomas A. Hendricks, candidato vicepresidente, 328.
 Trazado del canal de Panamá, 328.
 El más feliz de los tres, cuadro por L. Deschamps, 329.
 Pieter, cuadro por L. Comere (Salon de París de 1884), 332.
 El chamo, dibujo por Ricardo Balaca, 333.
 ¡Que de V. con Dios..., cuadro por G. Costa, 334.
 El arco iris de Ulloa, 335.
 El amor, la música y el vino, cuadro por Schneider, 336.
 Don Juan Luna y Novicio, autor del Spoliarium, 337.
 Vista de Pola, 340.
 Junto al pozo, dibujo de J. Llimona, 341.
 Barrios altos de Granada, dibujo por J. M. Marqués, 342.
 Una calle de Córdoba, dibujo por J. M. Marqués, 343.
 Las niñas, 344.
 Marina, por H. Mesdag, 344.
 El ángel de la paz de los sepulcros, por P. Muller, 345.
 Hans Makart, 346.
 Hans Makart en su lecho de muerte, 347.
 Una cacería en el Nilo, cuadro por Hans Makart, 348 y 349.

La música en el convento, cuadro por E. Grutner, 264.
 Desde el palco, dibujo por Llovera, 265.
 El matrimonio civil, cuadro por B. Vautier, 268.
 Costumbres romanas, cuadro por G. Scintí, 269.
 Marco Antonio contemplando al cadáver de César, 271.
 La leñera, cuadro por J. Ostade, 272.
 El candor, cuadro por J. Zenssek, 273.
 La electricidad, cuadro por Kandler, 276.
 Paisaje, por Marqués (adquirido por el tesorero Angelo Masini), 277.
 Andromeda, estatua por Bonamero, 279.
 Entre Scila y Caribdis, cuadro por L. Hoffmann, 280.
 Bobina y pila portátiles, 280.
 Reloj telegráfico, 280.
 Aparato acústico (parluter), 280.
 Una estrella, estudio por H. Schmichen, 281.
 Homs placidas, cuadro por J. R. Wehle, 281.
 Una escena de los Nibelungen, cuadro por T. Pflis, 285.
 La curiosidad, 287.
 Máquina de luz eléctrica para reconocimientos en campaña, 288.
 Caricamento destruyendo el ídolo de Irminsul, 288.
 ¿Será almirante? acuarela por H. Valtenburg, 289.
 Una partida de bolos, cuadro por A. Vienti, 292.
 El D. Juan de los Méganos, cuadro por Carlos Mucke, 293.
 Fita hierática de potasa para inflamar los barcos, 295.
 Explosor magnético, sistema Breguet, 295.
 Explosión de torpedos por la electricidad, sistema de defensa de puertos y costas, del general Chazal, 295.
 El gran lagoanudo del museo de Bruselas, 296.
 Soldados árabes en el desierto, 296.
 Ídolo de aprí, estudio por Sagenet, 297.
 Espino y Antígona, cuadro por J. Stallert, 300.
 Noche toledana, dibujo por Ricardo Balaca, 301.
 Salvamento de un hombre caído en la fosa de los ossos del jardín de Plantas de París, 303.
 ¡No ves que te quemará!, 304.
 Segadores muertos instantáneamente por un rayo, 304.
 El último sorbo, cuadro por Julio Theuer, 305.
 El tablero de laud, cuadro por C. Trold, 308.
 El peor de los peces, dibujo por A. Fabres, 309.
 Tipo catalán, escultura por don Rosendo Novas, 310.
 Tipo catalán, escultura por don Rosendo Novas, 311.
 Globo dirigible eléctrico de los señores Renard y Krebs, 312.
 Concierto casero, 312.
 Dama del siglo XVII, cuadro por M. Gronwald, 313.
 El examen de catecismo, cuadro por Baumgartner, 316.
 El otoño, grabado por Proment, 317.
 Ante el espejo, cuadro por G. Induno, 319.
 Regreso al hogar, cuadro por Frans Dahl, 320.
 Los relojes hidráulicos en la antigüedad, 320.
 Una predicciónista, cuadro por V. Palmoroli, 321.
 Un viaje de recreo, cuadro por C. Raupp, 324.
 Armas y letras, cuadro por F. Serra, 325.
 Sobre la pista, dibujo por G. Koch, 326.
 Toma de posesión por la marina atemana del territorio del río Camero, situado en la costa de Africa en frente de nuestra isla de Fernando Poo, 327.
 Crover Cleveland, candidato presidencial, 328.
 Thomas A. Hendricks, candidato vicepresidente, 328.
 Trazado del canal de Panamá, 328.
 El más feliz de los tres, cuadro por L. Deschamps, 329.
 Pieter, cuadro por L. Comere (Salon de París de 1884), 332.
 El chamo, dibujo por Ricardo Balaca, 333.
 ¡Que de V. con Dios..., cuadro por G. Costa, 334.
 El arco iris de Ulloa, 335.
 El amor, la música y el vino, cuadro por Schneider, 336.
 Don Juan Luna y Novicio, autor del Spoliarium, 337.
 Vista de Pola, 340.
 Junto al pozo, dibujo de J. Llimona, 341.
 Barrios altos de Granada, dibujo por J. M. Marqués, 342.
 Una calle de Córdoba, dibujo por J. M. Marqués, 343.
 Las niñas, 344.
 Marina, por H. Mesdag, 344.
 El ángel de la paz de los sepulcros, por P. Muller, 345.
 Hans Makart, 346.
 Hans Makart en su lecho de muerte, 347.
 Una cacería en el Nilo, cuadro por Hans Makart, 348 y 349.

Ana Judic, distinguida actriz francesa, 350.
 Escultura por Meissenbach, 351.
 Altar maravilloso descrito por Heron, 352.
 Germania, por H. Makart, 353.
 ¡Mueñta!, 354.
 El primer paso, cuadro por Kaulbach, 356.
 La familia de las Flores en Barcelona, cuadro por Pellicer, 357.
 Annamitas silbando para atraer al viento, 358.
 Chino sobre su junco, 359.
 Ribes, dibujo por Studelberg, 360.
 Llegada del jelo, apunte del natural por E. Mahover, 360.
 Escultura en un panteón del Campo Santo de Génova, 361.
 El niño Heron, cuadro por G. Jacobides, 364.
 Vendedor de refrescos en el Cairo, cuadro por J. Seymour, 365.
 La que tira, 366.
 La que recoge, 367.
 Vendedor de perros, estudio del natural por Llovera, 368.
 Un cuarteto, dibujo por Daunt, 369.
 ¡Qué posma!., dibujo por Seymour, 372.
 El niño Heron, copia de un cuadro del Correggio, 373.
 La vucita de las golondrinas, dibujo de Giacomo, 375.
 Antaño, dibujo por A. Zick, 376.
 Los órganos hidráulicos, tres grabados, 376.
 ¡Me amala., cuadro por Fr. Reiss.
 Una lección de violín, cuadro por Miss. E. A. Armstrong, 380.
 Una somámbula extra-lúcida, cuadro por M. Ar-tigue, 381.
 Cuestión de cuba, cuadro por Khesing, 382.
 Flores de Mayo, 383.
 Hace un siglo.—Escena de la villa Bercheta, cuadro por W. Marens, 384.
 Cañones del navío inglés Courageux, naufragado en 1796, recientemente encontrados cerca de Gibraltar, 384.
 El domingo en Londres, por Adrien Marie, 385.
 El príncipe de Bismarck, 388.
 La playera, dibujo por Llovera, 389.
 El bono de la caridad, 391.
 Un reconocimiento por los ingleses en el Sudan, dibujo por R. C. Woodville, 391.
 Navío de guerra, aparatos más pesados que el aire, tres grabados, 392.
 Dos veces míos, cuadro por Lovitz, 393.
 El buen ejemplo, 395.
 Grupo de amonición, por Hans Makart, 396.
 ¡Pobre cigajo, cuadro por Leopoldo Carlos Mueller, 397.
 Mercurio, estatua por Sellier, 399.
 Baron Biddi, representante de Suecia y Noruega, 400.
 El príncipe de Bismarck, 400.
 Marqués de Bedmar, representante de España, 400.
 Conde de Laansy, representante de Italia, 400.
 John A. Ranson, representante de los Estados Unidos norte-americanos, 400.
 Conde E. Storchy, representante de Austria-Hungría, 400.
 Sir Eduardo B. Malei, representante de Inglaterra, 400.
 Conde Hainfeld, ministro prusiano de Negocios extranjeros, 400.
 Marqués de Peñañel, representante de Portugal, 400.
 Un matrimonio de conveniencia, cuadro por A. Loflaunau, 401.
 Incendio de un teatro, cuadro por R. Ernst, 404.
 Galería de antaño, cuadro por Carlos Goman-penkler, 405.
 John A. Logan, 407.
 Arquitecta infantil, dibujo por Seymour, 407.
 Marcela Sembrich, distinguida prima donna del Gran Teatro del Liceo, 408.
 M. Clodoveo Hugues, 408.
 Mme. Clodoveo Hugues, 408.
 D. José Echeagaray, 409.
 La exploración, cuadro por A. Deloble, 412.
 Ribes y polvos, cuadro por Turina, 413.
 Un billete amoroso, cuadro por G. Papperitz, 415.
 Una invisible formidable, dibujo por L. Knaus, 416.
 Una carreta del Norte, cuadro por A. W. Kassis-ki, 416.
 La vuelta de otro hijo prodigo, cuadro por H. Lindenschmidt, 417.
 La escalera de un ministerio, cuadro por A. Lon-za, 420.
 El tintorero retratado a su hija en su lecho de muerte, cuadro por B. Roch, 421.
 La última hora del año, 423.
 Predicar en desierto, 423.
 El negro eléctrico de Edison en la Exposición de Bradford, 424.
 Gran procesión de la luz eléctrica en Nueva York (dos grabados), 424.

SUPLEMENTOS ARTÍSTICOS Y PÁGINAS QUE CONTIENEN SU DESCRIPCIÓN

El aviso de un descarrilamiento, cuadro por Manuel Spitzler, 3.
 El palacio de la Exposición en Niza, 51.
 Mjeteras romanas, por Luna, 67.
 Apoteosis de Gustavo Doré, 82.
 La lección de pesca, 99.
 Triunfo de la aurora, 115.
 Venus acariciando al amor, cuadro por Pompeyo Battoni, grabado por Porporati, 130.
 Retrato, por M. Chaplin, 150.
 El cuerpo del delicto, cuadro por T. Moragas, 165.

El amor en la aldea, cuadro por Bastien Lepage, 179.
 Los campesinos del abuelo, cuadro por Gustavo Vigera, 195.
 La plaza de la fiesta de la Asunción en Roma, dibujo de Enrique Serra, 211.
 Fantasia, cuadro por Gustavo Courtois, grabado por M. Baudé, 227.
 Cripta de la Catedral de Granada en la que se conservan los restos de los Reyes Católicos. Dibujo de Pradilla, 243.

Pena al ladrón, copia de una acuarela de A. Fabres, grabada por M. Weber, 259.
 Regreso de Flandes, copia de una acuarela de Pradilla, grabada por M. Weber, 259.
 La pagoda de los segadores, cuadro por Lhermitte, 275.
 Escenas parisienses.—¿Qué ha sucedido? cuadro por J. Pellicer, 291.
 Vistas de San Francisco de Asís, cuadro por T. Chartram, 307.
 La iglesia de San Pablo en Londres, dibujo por S. Read, 323.

El Spoliarium, cuadro por Juan Luna (primer premio de la última Exposición mundial), 339.
 Retrato de un almirante, por Troitz-Hals Mu-sico de San Petersburgo, 355.
 La matanza de Nischecou, cuadro por F. Fla-meng, 370.
 Ocupación de Nueva York por las tropas americanas, 387.
 La Noche Buena, cuadro por E. Zimmermann, 403.
 Mamá deja bailar, 419.



AÑO III

← BARCELONA 1.º DE ENERO DE 1884 →

NÚM. 105

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA HERMOSURA VIENESA (Galería de mujeres hermosas)

SUMARIO

REVISTA DE MADRID: *La vuelta al año*, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LOS GOMOSOS, por don Fernando Fernánlez y González.—MAL DE OJO, por don Fernando Marmolejo.—NOTAS DE MI VIAJE (1), por don José Gestoso y Pérez.

GRABADOS.—UNA HERMOSURA VIENEZA (Galería de mujeres hermosas).—LOS SEGADORES, composición y dibujo de Ricardo Balaca.—EL ÚLTIMO EN LLEGAR FUE PIERNAS DE S., cuadro por Roberto Fontana.—SIBBA, dibujo por M. G. Vuillier.—LA JUERA DE LOS FUEROS, cuadro por el Sr. Gañaca.—LÁMINA SUEÑA.—EL AVISO DE UN DESCARRILAMIENTO, cuadro por Manuel Spitzer.

REVISTA DE MADRID

LA VUELTA AL AÑO

Si, otra vez empezamos a darla, tripulantes de la misma nave, temerosos de los mismos temporales y esperanzados en las mismas bonanzas. La muerte de un año, el nacimiento de su sucesor, tienen cierta solemnidad trágica, parecen un vaticinio, un consuelo para unos un pavoroso misterio para otros. El que sufre ve con alegría ese recordo que hace el camino. ¿Quién sabe si al otro lado empezarán idílicas y serenas regiones donde el amor se hospeda en el nido de plomas recogidas y mullidas por la dicha? El que es feliz ¿no imagina un peligro en cada paso y un enemigo en cada día? Esta febril impaciencia del vivir nos hace contar la existencia en fracciones para acomodarnos a nuestras ansiedades de lo no poseído y a nuestro hastío de lo gozado.

«El año que viene será mayor de edad.»—dice el rico heredero a cuya fogosa condición inquietan las paternales riendas del tutor.

Si el tiempo estuviera dividido en etapas, ¿cómo componerse para fijar un plazo a ese férvido deseo de prodigalidades?

«¿Quién sabe si el año que viene habré yo muerto?»—Esta cruel interrogación babcuceada por sentidas labios, funda una esperanza en el sepulcro.

¡Años, que pasáis, blanqueando las cabezas de los hombres, no sé si odiaros ó amaros con idolatría! Porque vos otros destruis la belleza, pero también apagáis los rencores; echáis abajo los monumentos, pero también levantáis con alas de tritón al injustamente derrocado. Sois punal que hierre y bálsamo que sana, fortalece el vigor del alma con la experiencia y dismínúis el de los músculos con los achaques. Sois en el abuelo una corona de nieve, que hasta el sol besa con amor y respeto.

Todos los hombres quieren vivir mucho, pero ninguno gusta de tener muchos años.

La familia tiene sus fiestas en estos días, que son un pacto para cruzar de un año a otro, al mismo tiempo que en Sevilla se celebrará un congreso socialista, cuyo objeto es proclamar el amor libre y la necesidad de que el Estado se encargue de alimentar y educar los hijos que resulten de las institutivas y carnales uniones del varón y la hembra.

¡Oh, sabios reformistas de la sociedad! Así, con un decreto, quieren cambiar los fundamentos de la vida y arrebatar al amor del hombre lo único que le distingue del de las bestias: la perpetuidad del sentimiento. Para tales innovadores el amor es un beso y una gestación. Si hemos de llegar a tal progreso no valía la pena que se ha tomado naturaleza diferenciando al *homo sapiens* del *simia troglodita*.

Dejemos desvanecerse entre el clamoreo de los manicomios estos gritos de oradores energumenos para entrar esos apretón de manos que trémulos de dicha se dan esos dos novios, en el momento en que el día de San Silvestre entrega sus dominios al día de San Manuel. Ese apretón de manos significa la familia de mañana, la bendición del sacerdote, sobre cuya vestidura recamada de oro parece descender en aquel momento toda la luz del ciclo, una cuna adornada de encajes, juguete de los ángeles, tan blanca y tan bonita, que es una sonrisa de inocencia y gracia capaz de hacer desarrugar el entrecejo más avieso é iracundo.

En los países meridionales muchas mujeres tienen la superstición de que esa noche que uno los dos años es fecunda en alegrías y que aquellos que al dar las doce en los relojes cambian una sonrisa de amor, quedan unidos para siempre con los lazos que Dios ata, y sólo la muerte desata.

Santas supersticiones, ¿hay quién se burle de ellas? Sin duda. Pero el día en que ningún pecho las conserve en su tesoro de ilusiones, el día en que la vida sea una marcha mecánica por una calle tirada á cordel, entonces... entonces sólo los boticarios cogerán rosas, y eso para hacer remedios; sólo los astrónomos mirarán á las estrellas, para medir sus distancias.

Las años... los estrachos... vieja costumbre que va perdiéndose en la irrupción de las costumbres francesas. Sólo la clase media la conserva: un sombrero en que se han metido pequeños papeles con los nombres de las damas conocidas... otro sombrero en que se depositan los nombres de los caballeros... La suerte los uno y estos casuales consorcios obligan al galán á regalar á la dama una caja de dulces. ¡Pequeño compromiso!

La antigua cortesía castellana hacia de estos emparejamientos de uno nuevo un vasallaje espiritual, en virtud del cual el galán era durante doce meses defensor y

mantenedor de la belleza de ella. Era la era aquella en que se cambiaban besos por estocadas y en que los hombres morían por agradar á las mujeres. Hoy á esa era de galantería, ha sucedido la era del virtuloso. Las mujeres no necesitan lanzas que las defiendan. Un frasco de la corrosiva materia asegura su venganza. La química combinada con las pasiones.

**

Pronto llegarán. Es de noche cuando arriban, con sus esbeltos caballos y sus fornidos camellos. La fantasía del pueblo cristiano los ha adornado de toda suerte de prendas. Son tres Reyes *indestronables*, en cuyos oídos augustos no puede sonar el airado compás del *á-ira*. Son la personificación de la magnanimidad. Sus años no se cansan de dar. Están en combinación con los tirloeses y con los fabricantes de juguetes de Nuremberg. Sus favoritos son los niños. Entre las tejas de una buhardilla dejan un puñalito de cuartos, en el elegante balcón de azabache dejan una maravillosa muñeca, de ojos de azabache y mejillas de porcelana, vestida de raso. Esta analogía entre la suerte de los niños y las dadas que les hacen es una prueba más del talento bondadoso y previsor de los Reyes magos. Imaginamos lo que pasaría si dejaran un juguete de gran valor en el zapato de un mendigo. El contraste entre la mísera olla que había comido, olla en que la pobreza echó la más apetitosa salsa del mundo, y el muñeco adornado como un rey, sería terrible. ¡Una fiesta para los ojos, cuando el estómago carece de aquello que pide con dolores! Es pues una prodigalidad bien entendida la que da al hijo del mendigo pobre regalo, y se le hace magnánimo al hijo del rey!

**

Los tres Reyes del Oriente llegan al mundo entre gallos y media noche, cuando el sueño ha ido rindiendo todas las cabezas infantiles. Míentras dura este sueño es cuando se lleva á cabo el milagro. Una ventana rápida mente abierta y cerrada. El Rey mago de servicio en aquel barrio se ha valido como intermediaria del prodigio, de una mujer, de una madre. Ya está ocupado el zapatito, el lindo zapatito de terciopelo y seda, el mísero andrango de cuero, de tacon descosido y desgarrados forros. ¡Qué es lo que hay dentro! ¡Quién puede hacer el catálogo, infinitamente vario en forma y detalles! Una moneda, una caja de soldados, un sable de latón, un rompe cabezas, un teatrillo Guignol con actores de papel, como los que hay en muchos teatros de hombres, esto es, de niños gracios. Ya que no puede decirse en una cifra el homo géneo valor metafísico de esos regalos de los Reyes Magos, puede decirse en una frase su significado:

A través de esos regalos se ven dos infinitos que se dilatan paralelos:

Un infinito blanco, de inocencia.

Un infinito azul, de amor maternal.

**

Los homenajes celebrados en honor de Cano, el autor de la *Pasionaria*, y los aplausos que Vico obtiene todas las noches en el teatro de la Zarzuela, son el único paréntesis que la literatura dramática ofrece en este largo y enojoso párrafo de las Pascuas. Son días vividos entre el besugo y el pavo, y propios de una literatura escénica ligera y fácil, poco artística, de grandes brochazos, en que se derrocha el rojo chillón de lo bufo, mezclado, á las veces, con alguna pinchadita de ingenio. No pide más el espectador que acaba de cenar opíparamente. Si le ofrecies en tales condiciones fisiológicas un drama serio, atentais á su digestión, cometéis un delito de lesa estómago. La risa, la risa sonora, contagiosa, este es el mejor digestivo, y eso pide el público de Noche-Buena y año nuevo. El chiste florece espontáneamente de sobremesa. El vino exquisito desata las pasiones, y después de un banquete el hombre ménos chistoso puede tener una ocurrencia promovedora de la hilaridad. Esta ocurrencia servirá para explicar la benevolencia con que este público particular juzga las obras que se le someten.

He dicho que es un «público particular» el que llena los teatros de Madrid en estos días de Pascua. Sin duda alguna y cuando estos días pasan desaparece ese conjunto de personas que llenan el teatro desde el 24 de diciembre al 7 de enero. El burgués retraído, padre de numerosa familia; la pensionista, el retirado, el estudiante pobre, á quien paterno agualnido permite una orgía por Pascuas, comerciantes de soportal... hé aqui la lista de los que forman el referido público.

¡Con qué inocentes carcajadas son recibidos los chistes! ¡Qué oleadas de risa suben del patio á la galería y bajan del paraíso á las plateas!

Mariano Fernandez, que tiene sus frases como todo actor que se respeta, dice:

—Las funciones de agualnido no necesitan gracioso. Esta gente se reíría viendo *Zocora ó Santidad*.

**

Aun cuando no son aquí de mi competencia los acontecimientos políticos, no puedo ménos de apuntar, en mis cartones de cronista, un perfil muy vivo y enérgico de la vida de Madrid en estos días. El discentimiento de los fusionistas y el gobierno hace temer un gran movimiento de personal, una inmensa emigración de los colomos que pueblan ese país pingüe llamado «presupuesto.»

Sabido es que Madrid es una población de empleados y cesantes. Esta es la razon de que las oscilaciones políticas, no por lo que tienen de políticas sino por lo que tienen de personales, desciendan á la tienda de ultramarinos, y suban á la Bolsa, influyan en la marcha de los negocios todos, en el precio de los fideos, y el del papel del Estado, en el crédito y boga de los sastres, en el auge de las casas de préstamos.

Si Hamlet, en vez de vagar por las rocas de Elsenaur, hubiese vivido en Madrid, habría empezado su monólogo diciendo:

«Ser empleado ó ser cesante: esta es la cuestion.»

**

La prensa ha anunciado la fundación de un gran círculo por la iniciativa de unos cuantos hijos castizos de Madrid. Este círculo se llamará: *Madrid-Club*.

El círculo será muy castizo, pero su título es inglés. ¿Cuándo volveremos á entendernos en castellano?... ¡Una lengua tan clara y tan bonita!

**

Antes hablaba de las felices digestiones como resúmen de la actividad humana en estos días. Hay una raza de filósofos mal humorados, especie de místicos modernos, que satirizan á la humanidad porque de cuando en cuando se entrega á la alegría y deja suelta la cuerda del arco de que en el viejo Apólolo hablaba Simónides. Preferirían una humanidad lígubre, severa como un juez y sería como un asno.

Dios me libre de pensar de esa manera. Divertíos ¡oh mortales! Con fiestas y sin fiestas no dejará de ser la vida una comedia para el que piensa, una tragedia para el que siente.

J. ORTEGA MUNILLA.

NUESTROS GRABADOS
UNA HERMOSURA VIENEZA
(Galería de mujeres hermosas)

Si esa dama pestañea, como se dice vulgarmente, hay que reconocer que la Providencia ha sido bien espléndida con ella. Su belleza es severa, es una de esas bellezas que no habita á los sentidos sino al sentimiento su mirada serena parece hecha á propósito para conmirar á los osados; la expresión de un semblante nos trae á memoria á las matronas romanas, no como quézfas furor, sino como esos complacimientos en figurarnos que debieron ser.

No nos ensañaremos de felicitar al autor, ó mejor á los autores, de esa original galería. Existe una en Berlín y otra en Munich. La contemplación de lo bello, sobre todo en el tipo de la mujer, propiense para el ejercicio de nobles sentimientos. Lo bello inspira generalmente lo bueno la contemplación de la fealdad del cuerpo únicamente puede ser simpática á quien tenga el alma no ménos fea. El hombre, hecho á semejanza de Dios, se inclina por naturaleza al cuanto le recordará ó armoniza con la perfección de su Creador.

LOS SEGADORES,
composicion y dibujo de Ricardo Balaca

La fama ha sido ruda, el día caloroso; los segadores descansan después de haber cumplido hasta con exageración el precepto divino. La escena no puede ser más sencilla, ni la composición más sobria. El malogrado Balaca jamás buscó los efectos en la exageración de ninguna de las manifestaciones de la naturaleza. La reproducción como la vea en sus frecuentes excursiones. Tan distante del poema como del idilio, pero sin incurrir en las fustidades de un realismo grosero, que existe sin duda, pero que el autor no está obligado á fotografiar bien así como en sociedad se usan ciertas palohatas que los escritores no están obligados á emplear en sus obras.

Balaca era un artista concienzudo, observador, que encontraba bellísima á la naturaleza tal como era y á quien nunca se le ocurrió que pudiera mejorarla el primer pintor del mundo. A la vista de sus cuadros, como de cualquier otro de sus cuadros, lo primero que se ocurre es:—Esto es verdad, es decir, esto es la verdad.

EL ÚLTIMO EN LLEGAR FUE PIERNAS DE S.,
cuadro por Roberto Fontana

Piernas de S. así llamado por lo torcido de las suyas, es uno de esos seres de quienes dijo Larra que hubieran sido lo más indigno de la sociedad á no ser porque eran aún más indignos los grandes señores que los mantenían á sus expensas. Contrachecho por naturaleza, maligno por temperamento, *elavergonzado* por razón de su cargo, *Piernas de S.* es un bafón tan convencido de su infancia como seguro de su impudencia.

Ahora bien, á la puerta de una mansion feudal, dos hermosos pechos, dos jóvenes tan gallardos cuanto el bafón es contrachecho, hacen con burlesca exageración, los honores al rezagado, que se dirige al castillo con toda la propinqueidad de un caballero pagado de sí mismo. Bien sabe *Piernas de S.* que si los jóvenes servidores de su señoría se permiten esa inocente burla, no importa, él bafón se vengará; el bafón, por lo mismo que ha sido educado en las condiciones de perro favorito, muestra enano aborrece y aborrece todo lo que respira juventud, candor, alegría.

Pasaron, por fortuna, esos tiempos en que la falta de honestas distracciones obligaba á los grandes señores á recrearse con las grosserías de sus bafones, que no pocas veces dieron lugar á sangrientos conflictos. El autor del cuadro que nos ha transportado á esos tiempos, me á un óbreto pincel el sentimiento de la situación que representa. Su cuadro es una obra de arte que tiene verdadero sabor de feudalismo.

SIBBA, dibujo por M. G. Vuillier

Sibba es Sibba, Sibba es Mile. Zuchi, en el halde de aquel nombre representado en el Eden-Teatro de París.

Mis lectores no saben quien es Mile. Zuchi... Se lo diremos. Por de pronto, á la vista de un retrato, sin necesidad de mayor demostración, echáran de ver que es una muchacha preciosa, una de esas bellezas que juntan la perfección de sus líneas, una expresión que las hace esencialmente simpáticas.

Lo demás es lo de ménos, como decía el otro. Mile. Zuchi es una artista, porque ahora ya hemos convenido en que cuanto se exhibe en espectáculo pertenece al arte. Dicho sea, en honor de la artista Mile. Zuchi, primera ballarina del Eden-Teatro, su talento se halla en relación directa de su pies á la cabeza, y si balsa como una *willi*, declama como una Ristori, salva

la interrelación de la palabra, sin cuyo auxilio expresa perfectamente los sentimientos que la agitan, según los tipos que representa.

Una perfoñista francés dice de ella que ha elevado la danza á la altura del genio... Tanto mejor para Mile Zuchi. Después de todo ¿no danzó David delante del Arca? ¿No es la usna de la danza una de las nueve hermanas de Apolo? Y finalmente, la inmensa mayoría de los mortales gustan otra cosa que una colección de danzantes?

**LA JURA DE LOS FUEROS,
cuadro por el Sr. Guinea**

Sabido es que los antiguos príncipes españoles al heredar el trono se veían obligados á jurar los fueros otorgados á algunos de sus Estados ó ciudades por sus antecesores, ó concedidos por ellos mismos en virtud de algún servicio notable prestado por estas á la patria ó á la corona. Esta ceremonia de la jura de los fueros ha inspirado al artista español Sr. Guinea, residente en Roma, el bellissimo cuadro cuya reproducción insertamos en el presente número, y en el que son dignos de encomio su correcto dibujo, la bien escudriñada y expresiva actitud de los personajes, y el conocimiento histórico que así en su instrumentaria como en armas y demás accesorios revela su autor.

**EL AVISO DE UN DESCARRILLAMIENTO,
cuadro por Manuel Spitzer**

El hombre no domina impunemente á la naturaleza. Cuando si la materia hielera de cuando en cuando un poderoso esfuerzo para someter al yugo de la inteligencia, á distintas veces llega á nuestro conocimiento la nueva de algún catástrofe; advertencia terrible, pero la más á propósito para humillar el orgullo humano y demostrar que las obras del hombre distan aún mucho de la perfección que tanto le preocupa.

Va una explosión de gas sepulta en vida á muchos infelices minutos horas ántes; ya el mar empujando traga la nave que le sacaba á flote pocas horas ántes; ya el más pequeño desvío de un empleado rendido de sueño, de frío ó de fatiga, es causa de un choque ó de un descarrillamiento en la línea férrea. En cualquiera de esos accidentes se produce la conmoción natural, ya no tan sólo en sus víctimas inmediatas, sino en las familias que, teniendo á alguno de sus miembros en el lugar de la catástrofe, desconocen la suerte que pueda haberle cabido en ella.

Una de esas escenas de alarma, de confusión, de dolor, representa nuestro grabado, y con tanta verdad la representa que sus distintos grupos parecen copias del natural. Ninguna explicación necesita esta lámina, en la cual desde la indiferencia del muchacho vendedor de periódicos, hasta la desesperación de la jóven que llora una inesperada pérdida, todo está reproducido con una verdad y un arte que avaloran las excepcionales dotes del autor de este lienzo.

LOS GOMOSOS

I

Las plagas son un medio de que se vale el Sér supremo que rige al Universo para castigar las faltas de los hombres.

En tiempo de Faraon no habia gomosos.

Si los hubiera habido ellos hubieran sido la octava y más terrible plaga de Egipto.

La civilizacion ha producido cosas estupendamente insoportables.

Una de ellas es ese necio almirarado, elegante, entremetido, mixto de mujer inútil y vana y de mono auzad, sin vergüenza y cobarde que se llama el gomoso.

Tiene todas las ridiculeces de que es susceptible ese gran sér que se llama hombre y de quien dicen las escrituras sagradas, y es necesario creerlo, que está hecho á imagen y semejanza de Dios.

Pero el gomoso no es un hombre propiamente dicho.

Es una especie de insecto social, una broma de la naturaleza, un castigo que se parece á una mujer vestida de hombre.

Es pomadoso, empalagoso, insoportable.

A donde quiera que van ellas va él.

Los grandes animales feroces tienen adjunto un sér ruin y pequeño enemigo suyo del que no pueden defenderse; el aguilta, tiene al gorgojo; así el gomoso está adjunto á las mujeres.

Tanto más la mujer es importante, hermosa, magnífica, tanto más el gomoso la affige, la sigue, la acosa, la sofoca, la desespera, porque el gomoso es su eterno inconveniente, y á veces su más terrible enemigo.

Porque el gomoso es embustero, intrigante, calumniador.

Por donde él pasa, queda, como por donde pasa el caracol, la huella de una baba asquerosa.

Lo más terrible del gomoso es que no puede evitársele.

Abunda como los insectos dañinos, como la pulga, como el mosquito, etc., etc.

Aún no ha nacido el hombre bienhechor que invente unos polvos ó una fumigacion gomocida; (rogamos á la Academia dé entrada en su diccionario á este calificativo.)

El gomoso es un horror.

II

Ella era viuda.

Una viuda de veinticinco años.

Una morena deliciosa.

Gaditana y basta.

La crema, el colmo de todas las gracias, de todas las perfecciones, de todos los incentivos.

Una gitana ingerta en una andaluz, chula por consecuencia y por educacion; por posicion, por fortuna, gran señora.

Y sin padre, ni madre, ni primos, ni tíos, ni hermanos.

Una joya perfectamente desembarazada.

Una prenda envidiable, pero desventurada.

Estaba infestada de gomosos.

Yo estaba con ella en muy buen camino.

Loreto me distinguia y se permitia para conmigo esas inapreciables é incitantes coquetéras con que una mujer dice á un hombre que le quiere ántes de decirsele, con los rosados labios.

Yo la pedia un compromiso formal.

Uno de esos compromisos que en un breve plazo llevan á dos mitades del sér humano á la vicaría, para que los aten y los autoricen á fastidiarse homéricamente cuando más pronto ó más tarde se pone la luna de miel y aparece la fa de hiel.

Yo me ahogaba.

Ella me recibia con una gran confianza.

Como si hubiera sido su hermano.

Se abandonaba sobre el respaldo de su mecedora y me miraba largamente con sus grandes ojos negros, profundos como un abismo, poderosos, creadores de cuantas desesperaciones, de cuantas hambres rabiosas puede sufrir un hombre por una mujer.

Un cuerpo de diosa encerrado en tunicas transparentes en parte, reveladoras de formas magníficas bajo plegaduras indiscretas; unos pies cuánta veces asomaban bajo la vaporosa falda, indiscrepibles, llenos de un espíritu mortal (que tambien los pies tienen espíritu, expresion, seducción, cloocuencia); unos brazos deliciosos saliendo por entre una bruma de encajes; los cabellos en un desórden premeditado dando accidentes y veladuras á la frente y las mejillas; un idilio viviente, palpitante, abrasador, enloquecedor: hé aquí lo que era Loreto, cuando con una noble y valiente confianza del mejor género y del gran trato fácil y digno á la par, recibia á sus buenos amigos en su templo, en su *sancta sanctorum*, en su gabinete, en el cual competian la riqueza, el arte y el buen gusto.

III

Aquello era mortal.

El templo de Gnido, perfumado, candeante, que á veces llenaban de una armonía feble, lánguida, voluptuosa, los adorables dedos de Loreto, pasando leves sobre el teclado del piano, como los céfiros por las lirras edicias.

Y las noches de luna, francas á la brisa las ventanas rasgadas sobre el jardín, revelándose por entre los rompientes de los árboles el inmenso desierto del océano con el cántico grave y sonoro de su eterna agitacion, con sus brillantes destellos de luz plateada sobre la curvatura de sus ondas.

Puedes bien, todo esto inestimable, innarrable; todo esto que era un aliento de vida portentosa para el corazon, una embriaguez de sueños sin nombre, de imágenes indescriptibles para la cabeza, de sensaciones beatificas en un naturalismo sublimador de la vida idealizada en la materia, se nublabá siempre, se afeaba, como afea siempre una mancha de grasa una deliciosa acurela, con la presencia de un infame gomoso, de un asesino de lo bello, de lo sensual, de lo poético, de lo vivifico, de lo sublime, de lo indecible, de la litacion de la vida en lo infinito delicioso.

La necedad en una dulce égloga de Garcilaso, lo estúpido en uno de los conmovedores gemidos de Dante por Beatriz, la tentacion horrible de aplastar aquella mosca asquerosa y tenaz que sin ahogarse se bañaba en el vaso de leche.

IV

Las conveniencias y el respeto á Loreto me contenian.

Me veia obligado á tratar con atencion á aquel asesino.

La buena sociedad, lo que se llama gran mundo, es un insoportable lecho de Procueto de que es necesario soportar sonriendo cosas insoportables cuando no infames de toda infamia.

Pero ¿qué se diria si se faltase á las conveniencias? Lo menos malo que se diria de nosotros seria llamarnos salvajes de la civilizacion y como los salvajes son temibles, se nos cerrarian todas las puertas.

Se nos condenaria á la soledad en medio de la multitud.

De lo que se deduce que el hombre ha nacido para sufrir sin quejarse, para que no se le tome por grosero ó por discolo, todo género de contrariedades y de una manera continua.

V

Yo me quejaba á Loreto en los breves períodos en que me encontraba solo con ella.

—¿Por qué recibe á estos inaguantables?—la decia.

—¡Ah! ¡por necesidad! contestaba ella con un acento singular:—y no sólo por necesidad sin por conveniencia.

—¡Por conveniencia!

—Estos bichos son muy malos: pegajosos como ellos solos, no hay medio de despegárselos. Que se les dice que la señora no está en casa: se plantan en el portal de enfrente, atisban, acechan, preguntan al portero, al de la tienda, al zapatero de vicio, se informan causando escándalo, sorprenden la salida de un amigo, y ya está hecha la calumnia. Loreto no recibe por que la estorban las visitas: Loreto es una hipócrita y una desvergonzada: ha estado dos horas confesando sus culpas con el cura de la parroquia: es una coqueta: ayer el de la audiencia particular era el gobernador: sin duda Loreto pertenece á la alta política: ó bien Loreto estudia náutica: el vice-almirante H. la estuvo enseñando á navegar tres horas: y esto cunde, esto se adiciona, esto acaba por pulverizar la honra de una mujer. Á los gomosos hay que tenerles abiertas las puertas, coquetear con ellos, sufrirlas, hacerles creer que se les ama: afortunadamente el gomoso no es más que gomoso: se contenta con ser insoportable: no tiene ni el capote, ni la audacia, ni la acometividad del chulo: es un necio cuyos amores son generalmente platónicos y por lo mismo perfectamente insoportables: miserias de la vida, hijo mio, miserias de la vida, y es necesario que te acostumbres.

—Juro á Dios que cuando nos casemos...

—Entonces más abierta la puerta porque habrá dos honras que garantir.

—De modo que...

—Inevitables: si se les rechaza se pegan más: son como cuerpos pegajosos que están en la atmósfera, y que el viento nos echa sobre la cara: si se les revienta apestan, se reproducen como los vibriones, como los bactriáceos, como la trichina: son una enfermedad social en que no se ha reparado bien y á la que no se ha dado toda la importancia funesta que en sí tiene: nosotros, las mujeres, lo sabemos y nos defendemos trasteándonos, sufriendo su conversacion insipida y monótona, su aliento repugnante, su mirada asquerosa: son necios que ven en cada mujer una diosa hecha á su imagen y semejanza, que la adoran en éxtasis, en un éxtasis vacío de todo sentimiento práctico, repetidores eternos de un idilio de mal gusto; adherentes con una tenacidad de mosca, y que como las moscas en el verano están en todas partes: ¿vais á la iglesia? os ha seguido y se os adelanta, os espera al pié del agua bendita, os la sirve, corre á las sillas y os prepara una, os la paga: ¿se os cae el devocionario ó el abanico? os lo coge: ¿vais á paseo? se os pega á la cola: ¿vais al teatro? os abrumba con sus gemelos: ¿dormís tranquilamente? os despierta un concierto de guitarras y bandurrias: llueven los billetes y los versos insoportables; la doncella sobornada los pone en vuestro tocador, en vuestro libro de oraciones, en la novela que leéis, hasta debajo de vuestra almohada: el mejor día el gomoso se hace presentar, os obliga á que le recibais, os asedia, os encocora, os desespera: todo eso es hasta que se contrae la costumbre, hasta que se comprende que el gomoso es un adherente de la mujer.

VI

En aquel momento un criado anunció:

—El señor conde de B.

Entra un tipo.

Parece el figurín viviente de un sastre en boga.

Irreprochable.

Pero con una elegancia épicamente cursi.

Todo flamante.

Todo á la *dernière*.

Todo de una tal precision, de un tal escogimiento, que la mirada absorbe algo que causa lo que pudiera llamarse una indigestion del buen gusto.

Apesta al perfume de moda el sietemesino escualido.

Es enteco, feble, feo, sin gracia, sin espíritu de ningún género como no sea el de la presuncion de hombre de mundo, buen mozo, distinguido *con'il faut*.

Trae un bouquet de flores raras, de flores de inviernáculo, compradas á peso de oro.

Es una ofrenda propiciatoria que se presenta á la hermosa, con una sonrisa fatua en que hay algo de la expresion del mico.

Se le recibe con una sonrisa ambigua que él acepta como un favor.

Para mí no tiene más que una ligera inclinacion de cabeza.

Para él no existo yo.

Se sienta pegado á Loreto.

Su destino inevitable es ser pregunton.

La habla en voz baja.

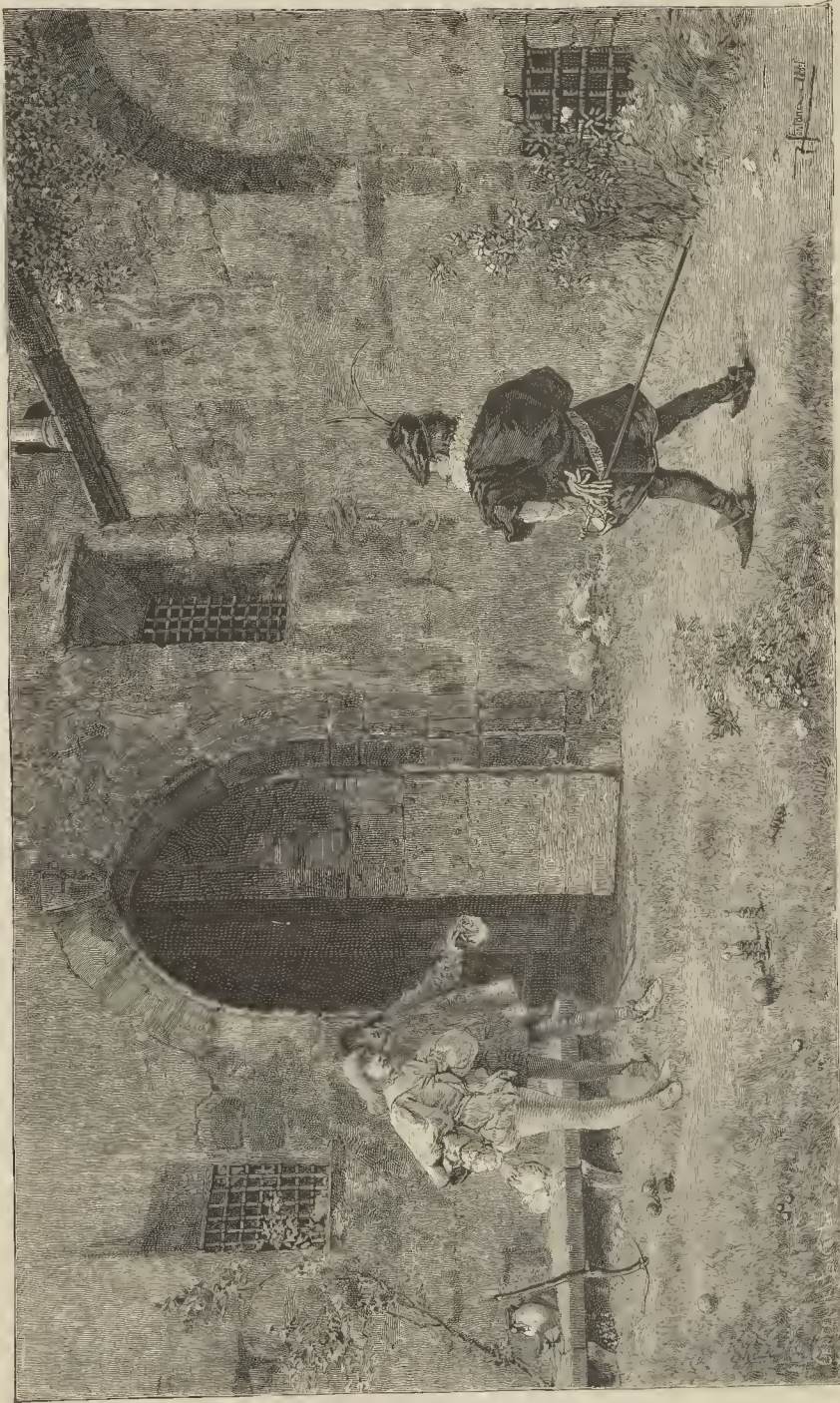
Prescinde de mí.

Está solo con ella.

Yo me pongo en fuga ántes de que acabe de encenderse la caldera, y no pueda contenerme y le



LOS SIEMGALDOSES, composición y dibujo de Ricardo Balboa



EL ÚLTIMO EN LLEGAR FUE PIERNAS DE S, cuadro por Roberto Fontana.

arrolle, porque las conveniencias... las infames conveniencias...

Yo me he perdido.

Loreto hace un movimiento para ocultar una expresión de extrema contradicción.

Ha comprendido.

Yo soy prudente.

El gomoso se levanta á medias y me hace un imperceptible movimiento de cabeza dejándose ver una sonrisa de triunfo.

El es el favorecido.

Yo me salvo cuanto antes porque me ha acometido una furiosa tentación de estrangularlo.

VII

¡Ah, los gomosos! ¡los gomosos!

Los hombres de mal genio no pueden andar por donde ellos andan.

Ellos nos secuestran las mujeres que les hacen caso porque les temen.

Ellos son su gusano.

Un gusano que no se puede destruir porque se reproduce á millares.

Hoy que se cultiva el estudio de la nueva ciencia que se llama sociología, debía estudiarse el problema de salvar á la humanidad de una multitud de elementos contraproducentes, que vician la atmósfera social y son de toda necesidad dañosa.

VIII

Y téngase en cuenta que no son únicamente las mujeres las que sufren esta plaga.

¿Estáis en el café leyendo un diario?

Un gomoso se acerca.

Os interdice la lectura.

¿Estáis leyendo con interés los partes sobre la guerra del Tonkin?

¿Os entretiene la lectura de la novela patibularia del folletín?

¿Os espeluzna un proceso sombrío ante los *asirios*?

Pues bien, el gomoso se sustituye y os empalaga á elogios.

El ha leído vuestra última leyenda y le parece admirable.

Sobre todo aquella frase:

«Yo soy la inmensidad.»

Admirable.

Ni Victor Hugo.

Os pregunta qué escribís, para quién escribís y cuánto os pagan.

Os pide que le digáis versos.

No admite excusas.

Le soltáis una fábula que le coja de medio á medio y no la comprende.

Pretendéis salvarlos levantando el campo con un pretexto y no conseguís nada.

Se os pega, os acompaña.

Os metéis por recurso en cualquier casa diciendo que vais á un negocio, subís la escalera, dais tiempo para que el gomoso se vaya, bajáis y es muy frecuente que os lo encontréis esperando.

Entonces conocéis hasta qué punto llega la tiranía de las conveniencias.

¿Qué vais á hacer con un hombre que os estima, que porque os estima se os pega, y que si lo quisierais y fuerais del gremio de los sableadores podríais explotarlo?

Hay que aguantar.

Y bien mirado, ¿de qué vive nuestra generación más que de aguantar cosas de que no hay memoria se hayan aguantado nunca?

Y el gomoso es una de estas enfermedades sociales.

Una epidemia de que no podemos purificarnos, porque la perpetúa una plaga de insectos que no podemos destruir.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

MAL DE OJO

I

Había en Madrid por los años de 1641 hacia la parte en que hoy está la calle de Embajadores, unas amenas huertas, á donde iban á solazarse damas y galanes.

El amor gusta de las umbrosas enramadas bajo cuya bóveda se ocultan pájaros que cantan sus amores, el verde musgo bordado de violetas y de pensamientos entre los cuales asoma esa pequeña flor que se llama *no me olvides*, y la argenta cinta del arroyuelo que desliziándose entre guijas parece que canta con su murmurio un idilio de Garcilaso.

El suave viento del tarde toma en sus alas la fragancia de los flores.

La luna dulce y melancólica presta su magia, bañándolas con su luz fantástica, á las hermosas de encendida mirada, de mejillas pálidas de pasión, de seno voluptuoso, de talle gentil, de pié breve.

¡Ah! las huertas de Santiago el verde con sus meren-

deros, sus pájaros y sus arroyos, sus flores y sus misterios!

II

Estas huertas estaban abiertas todos los días hasta las ánimas; los días de fiesta hasta las diez de la noche.

Esto cuando empezaba la primavera hasta que mediaba el otoño.

En el invierno acudía muy poca gente y á la caída de la tarde se cerraban.

No había quien se atreviera á subir la agria cuesta del atochal, cuando las sombras borrahan el camino, cuando los piés se hundían en la tierra reblanqueada por la lluvia y cuando era notorio que gente maleante acechaba oculta tras los troncos de los olivos á los imprudentes que se aventuraban por aquellos solitarios lugares.

III

Entre estas huertas, á la izquierda del barrio de Embajadores que empezaba á formarse, y el hospital general que ya existía, había una blanca casita rodeada de frondoso jardín, en donde vivía una criatura de tal manera hermosa que los poetas de aquel tiempo de la poesía en que brillaban tantos ilustres ingenios cuyos nombres son gloriosos, no encontraban palabras ni figuras poéticas para ponderarla.

Llanarla estrella, luna, sol, flor, tesoro, todo esto era insuficiente, y no se la podía llamar ángel, porque era un tanto pecadora, se ocupaba de hechicerías, y tenía por profesión lícita la de comadre, esto es, partera.

IV

Era gitana.

Granada tenía la honra de que hubiera nacido entre sus flores, á la sombra de sus murallas morunas, en el Alcázar, sobre el barrio de San Cristóbal, en una casita que allí en tiempos remotos pertenecía al palacio del rey moro Aben-Abuz, y que se llamó del *Gallo del viento*, porque en una veteada de su torre mayor tenía un gallo que se volvía rechinando con un sonido semejante al del clarín que llama á la batalla, hacía la parte por donde entraban en la vega los cristianos del adelantamiento del reino fronterizo de Jaén.

V

La historia del nacimiento de Amparo fué una tragedia....

Un enamorado, irritado por los desdenes de su madre, que guardaba la honra de su marido como la guardan los gitanos, la asesinó.

La desdichada murió dando á luz á Amparo.

Quedó huérfana la triste.

Á falta de parientes la recogieron los gitanos del barrio de San Cristóbal.

Tuvo por familia á todo el aduar.

Cada cual contribuía para la niña, de manera que creció como los hijos de la gente rica, mimada y sin que se la negase un solo gajo.

Verdad es que ella lo merecía, porque criatura tan hermosa y tan inteligente no se había visto, que la naturaleza había hecho un esfuerzo y la había dado encantos sobrenaturales.

Creció Amparo.

Se hizo mujer.

(Continuaré)

FERNANDO MARMOLEJO

NOTAS DE MI VIAJE

EN BURGOS

Difícil ha de serme, después de los días transcurridos, coordinar y dar forma á los mil pensamientos y á las contrarias sensaciones que han agitado mi cabeza en vertiginoso tropel durante mi viaje. Las ideas despertadas por la observación de las costumbres presentes, fruto del progreso y adelantos modernos, disputan el puesto que dentro de la mente ocupan á las nacidas al calor de los faustos de nuestra edad, digno del Bajo Imperio, tratan en vano de extinguir la esplendorosa cuanto severa pompa de remotas centurias, y por último los destellos de nuestra civilización reflejada en los palacios, en las villas y en los hoteles, intentan debilitar el conmovedor efecto producido á la vista de las soñadas maravillas del arte antiguo español. El espíritu moderno tiene á no dudarlo distintos medios de manifestarse que en otras épocas, resultado innegable de su pasmosa actividad, empleada en resolver los más arduos problemas científicos ó filosóficos; pero en todos aparece siempre como carácter distintivo del siglo en que vivimos, la razón sobrepone al sentimiento, la conveniencia y el cálculo á los goces del alma. Así no puede la mente remontarse á lo infinito, soñar y crear con la impalpable vida de la inspiración los grandes ideales de otros tiempos, nacidos á su inmortal aliento. No hay para mí entre lo pasado y lo presente términos hábiles de comparación, como no puede haberlos entre el mérito artístico de las Concepciones de Murillo y las Vénus del paganismo, entre la gran aljama de Córdoba y las catedrales de Sevilla y de Toledo, entre Santa Teresa y Cervantes.

Para los que vivimos con la fantasía y con el corazón fuera del mundo actual, para los que desconocemos la jerigonza filosófica de nuestros días y si siquiera hemos saludado el más insignificante libro de política gubernamental, para los que respiramos difícilmente dentro de la atmósfera de ambiciones, discordias, rencores y mise-

rias que á pesar de los relumbrones y oropeles de que se cubren aparecen siempre en toda su repugnante desnudez, y por último, para los extraños seres que nada odian y nada quieren, mereciendo por tales conceptos la desdichada ó compasiva mirada de la multitud; para nosotros sólo está reservado el inefable goce de penetrar en el misterioso y augusto santuario de las pasadas edades, haciendo surgir de entre sus mudas ruinas las más ostentosas y deslumbrantes civilizaciones que yacen envueltas bajo un manto de hiedra y coronadas de jaramagos, amapolas y margaritas blancas y de oro. En medio de esas vastas soledades en que sólo reina el silencio, ¡cuán elocuentemente nos hablan por todas partes las místicas estatuas ocultas bajo los doseletes de filigrana, los mil asuntos que en pequeñas figuras se desenvuelven alrededor de los sepulcros, y cómo nos parece también escuchar en torno nuestro el gemido de esas damas de amplio brial y de piegadas tocas, yacentes sobre blasonados sarcófagos, ó bien el rumor de las que eternamente rezoan de hinojos con un libro abierto entre las manos, apoyadas en suntuoso reclinatorio y las inmóviles pupilas fijas en lo infinito! Cuando á la caída de la tarde me he encontrado solo teniendo bajo mis plantas los sillares desprendidos que un día formaron gigantesca bóveda de un templo, cuando en más de una ocasión he sorprendido oculta entre la espesura de una zarzamora ó de una madrevela, alguna horrosa inscripción esculpida en los elegantes caracteres del siglo xiv, rodeada de escudos y motes heráldicos, ó cuando en vez de esto he descubierto entre los silvestres cardos de abandonado claustro, y un fragmento de mármol arnés de algún adalid de cien combates, ó bien los restos del traje de un prelado, ¡cómo he sentido entonces comoverse el alma, y en un instante, cual si reviviesen al poderoso aliento de una corriente eléctrica, todos aquellos miserables despojos han recuperado las antiguas formas y lo que es más, he llegado á creer que resonaba en mis oídos con toda su potente energía la palabra del sacerdote y el grito de guerra del caudillo!....

Intúl es que yo trate de forzar mi voluntad y de obligar á mis sentimientos á emprender distinto rumbo aconsejado por la conveniencia; hace años que en medio de las multitudes me encuentro solo, y por el contrario, hallo grata y dulce compañía en estas soledades, donde acuden siempre á distraer el ánimo, las impercederas memorias de los años juveniles junto con las esperanzas de la gloria y los encantos del arte. De aquí nacen tantas ideas inexplicables y contradictorias, tantos locos ensueños, tantos absurdos pensamientos que al pasar en tumultuosa ronda dentro de mi cerebro, producen esa inextinguible y febril agitación que, avanzando siempre como una gigantesca ola, se estrella al fin contra la inquebrantable roca de las realidades presentes. Este sacudimiento de las ideas, esta profunda conmoción, la he sentido en toda su fuerza por primera vez al abandonar las encantadas playas de Biarritz, con sus vastos palacios, sus magníficos hoteles, sus opulentos chalets, sus hermosísimas mujeres, sus músicas de Waldteufel y Strauss, oídas desde la terraza del Gran Casino, cuyos acordes se perdían en el inmenso Océano, y encontrarme en breves horas contemplando frente á frente, esa gran maravilla hija del divino delirio de una generación de artistas, testimonio el más elocuente de nuestro poderío y de nuestras glorias, cuna de cien tradiciones, crónica inagotable de sentidas leyendas, soberbio panteón de las humanas grandezas y asombro, en fin, de todos los hombres y de todos los tiempos que se llama la Catedral de Burgos. Cuando he alzado los ojos hasta el cielo para medir la altura de sus caladas flechas, cuando uno por uno trataba de fijarme en sus infinitos pormenores; ora en las rígidas estatuas de su frontis, ora en sus ligeros antepechos como en las cresterías y en los rostros, en los mil pínculos y agujas que brotan de la gigantesca bóveda del cruceo, terminados por ángeles, eternos vigías del santuario, y por último, cuando más allá veía aparecer el peregrino ábside de la capilla del Condestable, con sus enormes escudos sostenidos por tenantes, con sus heraldos de blasonadas dalimáticas, sus festones de tréboles y sus olas de zarzadas hojas, corriendo por las escocias de los contrafuertes ó coronando la fábrica toda delicados y ligeros cual si hubiesen brotado al soplo de la naturaleza y, marchitos ya, quedasen adheridos al muro como las hiedras que nacen en las ruinas; fácil es comprender que subitamente se alejara de mi cabeza el recuerdo de los edificios que acababa de abandonar, no llegando ni aún á establecer el contraste que se sigue comparando lo grande y sublime con lo raquítico y miserable. Las lujosas viviendas de aquellos magnates, construidas de blanca piedra de Angulema, con sus pesadas techumbres y sus ornatos de escayola, los hoteles y villas, parecíéronme entonces esas construcciones de cartón que tanto entretienen á los niños colocados sobre simuladas montañas de corcho en medio de montoncitos artificiales de hierba y musgo.

Era cerca de media noche cuando vi por primera vez la catedral; no sé el tiempo que estuve parado ante la inmensa mole cuyos oscuros sillares resaltaban poderosamente sobre el fondo azul del cielo trachonado de estrellas; el resplandor de algunas penetraba á través del encaje de las agujas, de los antepechos y de las cresterías; las estatuas de las hornacinas dormían en las sombras y las monstruosas gárgolas y los reptiles de piedra hallábanse ocultos entre las hojas de cardos, entre los pámpanos y la silvestre higuera. La portada ojal de la iglesia de San Nicolás sólo mostraba las líneas generales de su elegantísima archivolta y la vacilante luz de un faro-

hilo alumbraba la entrada de la calleja de Santa Agueda, en medio de cuya profunda y medrosa oscuridad acaso vagaba el espectro del Cid Rui-Díaz, una mano apoyada sobre el histórico cerrojo y sosteniendo con la otra el dorado ballestón según cuenta el Romancero.

Por vez primera me parecía estar respirando el poderoso aliento de la Edad media, rodeado de tanta grandeza y de tantas históricas memorias, y en el indefinible misterio que produce el efecto de la pequeña plaza. Nada interrumpía la solemne calma de la naturaleza y el profundo reposo en que todo al parecer yacía. Al fin subí la empinada cuesta de la iglesia de San Nicolás y entré por una tortuosa y estrecha callejuela. Arrimado al muro del gran templo distinguí en una de las revueltas tenue claridad que saliendo de los mismos sillares alumbraba débilmente un pequeño espacio del suelo. Bajo un arco y dentro del hueco del muro, á través de una reja, había una Virgen sentada con el Niño Dios en los brazos. La antigua imagen tenía el rostro velado por la sombra que proyectaba enorme corona ojalal adorno de su cabeza: los mil plegados angulosos de su manto y de su túnica, eran durísimos, y no obstante los abigarrados colorines con que alguna mano profana la había enlucido, parecían entonces un modelo acabado de mística belleza....

A la mañana siguiente penetraba en el templo por la puerta del Sarmantal, preciosa muestra del arte arquitectónico del siglo XIV; ya en el centro del crucero, perdida la vista y abismado el pensamiento ante aquel maravilloso conjunto, ni aun podía darme cuenta de mis impresiones; ni asombro crecía ora al fijarme en los robustos machones sobre que escriba la atrevida bóveda, ora en la grandiosa ornamentación de los pilares, donde vive todo un mundo de seres animados por el aliento del arte; por cima de las molduras aparecían mil cabezas con distintas expresiones, ángeles y bichas, flameros y columnillas, hojas y trofeos, pajes y heraldos, escudos é inscripciones, todo admirablemente dispuesto, repartido en este lugar que con justicia mereció del más sombrío de nuestros monarcas que la llamase obra más bien de ángeles que de hombres.)

Pero si tanta admiración causa esta parte del templo, no es menor la que se experimenta al recorrer sus monumentales capillas, testimonios irrecusables unas del noble estímulo que distinguió á nuestros magnates y prelados al sentir los primeros albores del Renacimiento, y santuarios otras de venerandas tradiciones unidas generalmente á preciosas joyas arqueológicas. Entre estas era conocida ya para mí la que guarda el Crucifijo llamado de Burgos, cuyo origen, según el decir de las gentes, fue obra nada ménos que del santo varon Nicodemus y que á mi juicio es sólo interesantísimo ejemplar del siglo XIII. En medio de la rudeza del arte con que fue ejecutado, á pesar de la extraordinaria rigidez que lo distingue, de la infantil colocación de sus pies y de la incorrección general que en toda ella se advierte, ¡qué sello de misticismo, de candor y de inocencia revela, y cuán elocuentemente manifiesta el espíritu religioso de aquella centuria! Y sin embargo, el arte ha necesitado sólo un período de tres siglos para llegar, por sus marcadas evoluciones, desde este punto rudimentario y casi bárbaro, á producir los admirables mausoleos del Canónigo, Lerma, del Obispo Acuña, de D. Alonso de Cartagena y del Condestable D. Pedro Hernandez de Velasco.

El período artístico que abarcan estos tres siglos durante el cual las artes españolas rogaron á una altura casi inverosímil, hállase compendiado en esta singular fábrica, y así no es de extrañar, que junto á las inocentes producciones del arte románico del siglo XIII, veamos luego



SIERRA, dibujo por G. Vuillier

las elegantes cuanto severas del XIV que alcanzan su mayor grado de esplendor en el XV para morir al fin en la siguiente centuria bajo la pompa deslumbrante y risueña del genio del Renacimiento italiano, no sin dejar de imprimir su carácter distintivo en el arte invasor confundido con el cual se muestra todavía durante el primer tercio del siglo de Carlos V.

En esta peregrina combinación de tan distintos elementos que revelan las mudanzas y vicisitudes del arte, sujetas á los cambios y alternativas del espíritu humano, hállase siempre sobrado motivo de estudio al abismarse en su contemplación ofreciendo la más elocuente prueba de todo lo que en el mundo valen el poder, la gloria y la riqueza, sueños de un día, vanos fantasmas que al cabo se desvanecen en la oscura noche de los siglos. Pero á pesar de todo, las obras del genio subsisten y viven más largamente, bastando para acreditar su divino origen, la más pequeña huella del cincel sujeta al bronce, la mancha de color extendida sobre la tabla ó el lienzo, la columna solitaria erguida en medio de la desierta campiña.

Estos y otros pensamientos pasaban y pasaban dentro de mi cabeza al fijarme en las magníficas verjas de las capillas con sus guiraldadas de flores, sus flameros y sus medallones, sus calados frisos y sus enormes cerrojos que defienden eternamente de la destrucción ora el suntuoso retablo plateado con sus tablas de fondo de oro y sus místicas imágenes, ora los sepulcros de granito con sus inscripciones góticas, sus monstruosos leones de ensorijadas gudejas y sus yacentes estatuas cubiertas con el arnés de guerra, envueltas en amplias loras revestidas con las pluviales capas, á cuyos pies reposa vigilante lebré ó algún paje-cillo con la cabeza apoyada entre las manos y que aún gime por la muerte de su señor.

Tuve que abandonar al fin el sagrado recinto cuando las sombras del crepúsculo avanzaban. Había visto ya desaparecer lentamente los últimos rayos del sol á través de las vidrieras, y poco á poco, al par que iban aumentando las sombras, parecían más profundo el silencio;

acaso era yo el único ser viviente que allí se encontraba. Momentos después sólo se percibían las grandes masas de los mausoleos cubiertos de paño dentro de las capillas, los contornos de los retablos con sus aéreos pináculos y sobre el pavimento resaltaban las lápidas sepulcrales de pizarra más negras todavía por las proyecciones de los pilares. Pero aún no me encontraba satisfecho: había visto el prodigioso templo inundado de luz por la mañana y ante el altar mayor subiendo hasta el cielo las nubes del incienso difano y azul; más tarde quise escuchar las poderosas notas del órgano juntas á la monótona salmodia del coro; por último venía á gozarme en el misterio y la soledad del crepúsculo; faltábame sólo sorprender durante la noche el eterno sueño en que yacen tantas y tantas generaciones....

A medida que me iba acercando á la puerta, con más violencia agitábase el corazón: alguien que me hubiese observado habría creído sin duda que era un malhechor. Las mudas estatuas de la archivolta me detenían y la rígida efigie del Obispo D. Mauricio desde su pedestal de piedra parecía interponerse en mi camino. Empujé la puerta y una vez dentro del sagrado ámbito no acertaba á moverme: sobrecogido no sé si por medroso respeto ó abrumado por tanta grandeza, miraba con espantados ojos á mi alrededor imaginando que todo aquel mundo fantástico iba á castigar mi atrevimiento. Las únicas luces que distinguí fueron las de las lámparas del gran retablo reflejando en la veneranda imagen de plata llamada Santa María la Mayor; lo restante hallábase por

completo envuelto en las más densas sombras; sólo algunos santos de las vidrieras resaltaban en la oscuridad y también el blanco pendón que dió la victoria á Alfonso VIII en la memorable jornada de las Navas, suspendido desde la elevada bóveda.

Pasamos mi guía y yo por delante de las capillas; todo era silencio, todo reposo. De vez en cuando las viejas maderas de los altares crujían oyéndose confusos é inexplicables ruidos y también el pesado aliento de la cornisa ó el chirrido de los muricélegos: todo aumentaba el terror producido por aquel indescribible conjunto. Quise recorrer los claustros y alumbraos por el farolillo de mi guardián llegamos á ellos. Bajo las severas arcadas, custodiados por las figuras de los reyes y defendidos algunos por negras rejas de hierro, véase los sepulcros de los prelados y sacerdotes que han escogido estos sitios para que no inquieten sus cenizas. Y en efecto, nada interrumpe el sosiego de aquellas tumbas cuyas estatuas todas están cubiertas por una espesa capa de polvo que el viento se encarga de ir depositando sobre ellas. Las grandes ventanas ojivales que dan al patio, permiten ver confusamente las oscuras masas de plantas silvestres que allí crecen á su sabor, en medio de las cuales levántase aislada columna que termina en una cruz de hierro.

Echado sobre el alféizar de una de aquellas ventanas, aborto ante el grandioso cuadro que me ofrecía la naturaleza con su espléndido cielo, el arte con sus obras, las civilizaciones pasadas con sus ricos despojos y el tiempo en fin con tantos mudos testimonios de los hombres que fueron, poco á poco la imaginación inquieta y sonadora complaciase en inventar una leyenda para cada uno de aquellos sepulcros. Y ¡quién sabe si algunas de estas inverosímiles historias tuvieron un día viva y real representación en el mundo!

¡Acaso los hechos que yo iba forjando en mi cerebro no eran otra cosa mas que la repetición de lo que algún espíritu hablaba á mi oído y que yo sin darme cuenta traducía al lenguaje de las palabras! Cada vez la mente abismábase más en la meditación y de aquí nacieron mil



LA JURA DE LOS FUEROS, copia del cuadro del Sr. Guineá

pensamientos confusos y extrañas revelaciones que los genios de la soledad y de la noche murmuraban en mis oídos. Las estatuas de los reyes, sujetando con las manos el fiador de oro de sus capas, parecían mirarme airadas por haber interrumpido sus diálogos con las damas, y los santos de las frontones hornacinas y las satíricas cabezas que formaban las ménsulas de las cuales partían los nervios de la bóveda, tal vez se reían de todo cuanto yo fantaseaba.

Preso la mente de febril agitación con tal torbellino de ideas, volvíme entonces para interrogar a mi guardián y no pude ménos de lanzar un grito de sorpresa ante el singular efecto que se mostró á mis ojos. Habíase aquel dormido sobre un sepulcro á los piés de la estatua yacente que era de pizarra negra excepto las manos en las

cuales sujetaba un libro y unos guantes; estas partes de la figura y el rostro eran de trasparente alabastro: el guardián hubo de colocar su farol junto á la cabeza al lado de la pared, y la luz penetrando en ella la iluminaba fantásticamente, produciendo el efecto de estar animada por divinos resplandores. No pude darme tal explicación hasta que trascurridos algunos segundos hué de serenarme, pero á pesar de esto no podía apartar los ojos de aquel rostro de alabastro que resaltaba aún más por estar encerrado dentro del mouil de pizarra negra. Los párpados abiertos y eternamente inmóviles parecían agitarse, los finísimos y trasparentes labios contraíase para dar paso á los constantes gemidos; creí entonces que sus manos abrían el libro, que iba á leer en él: dentro de sus hojas estaria escrita en misteriosos caracteres

la causa de su prematura muerte, porque era jóven y bella y debió morir cuando los sueños juveniles acariciaban su frente, cuando tenia el corazón hechizado de ilusiones y de esperanzas, cuando todo en torno ayo sonreía. Acaso el guerrero, tambien mancebo, que reposaba en el mausoleo inmediato habria sido el amor de su vida; él murió combatiendo al frente de su hueste invocando el nombre de su amada con la cual hubiera debido unirse pocos dias despues de la batalla. Las galas de la boda ajáronse y las flores nupciales se marchitaron velando constantemente á la cabecera del moribundo. El espíritu en sus brazos pidiéndole que no lo abandonara ni en la muerte. Ella cumplió su promesa. Los dos reposan juntos.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL

INTERESANTE RECTIFICACION DEL PROSPECTO ÚLTIMAMENTE CIRCULADO

NUEVO REGALO Y EL MAS IMPORTANTE DE ELLOS

Hemos dado cuenta del plan que íbamos á desarrollar desde nuestro primer número del presente año. Su lectura habrá hecho comprender á nuestros favorecedores que la BIBLIOTECA UNIVERSAL es, propiamente dicho, el niño mimado de nuestra casa, y que ni hemos cejado ni cejaremos en nuestro empeño de hacer de esa publicación una especie de amigo obligado de las familias.

La *Biblioteca*, con efecto, corresponde á todas las aficiones literarias y científicas del tiempo presente; al paso que la *Ilustración*, regalo de aquella y tirada exclusivamente para sus suscritores, es uno de los más preciados tesoros del arte y de las letras nacionales y extranjeras; elevando en dos años á la altura de los primeros periódicos ilustrados de Europa.

¡Altaba, empero, el cumplimiento de nuestra idea. La familia no consta exclusivamente de eruditos y de artistas; los dos sexos que generalmente la componen tienen en parte aficiones similares y en parte objetivos distintos.

La idea predominante en el hombre es su instrucción; en la mujer domina con preferencia la idea del parecer bien; por eso, y sin hacer coro á los que acusan de frívola á la mitad quizás más seria del género humano, hemos creído que nuestro pensamiento se completaba añadiendo á nuestra *Biblioteca* un periódico de *Moda*, como un obsequio dedicado á nuestras suscritoras y de aquí **EL SALON DE LA MODA** que vendrá desde luego, ó sea desde este año, á formar parte integrante de nuestra múltiple publicación.

Empero ¡por qué no confesarlo francamente!... Estábamos satisfechos de nuestro acuerdo: más no del sistema económico que para realizarlo habíamos adoptado. Por mínimo que fuera el precio que señaláramos para la adquisición de **EL SALON DE LA MODA** por nuestros suscritores, aparecía como un periódico aparte y no como porción integrante de nuestra publicación. Esta misma advertencia nos han hecho multitud de favorecedores, ántanosos pruebas de una amistad que agradecemos debidamente, y distintos correspondientes, cuyo buen celo les hace identificar con nuestros proyectos. A unos y á otros queremos dar un testimonio relevante de nuestra consideración y al público en general una prueba de lo que pueden los elementos que á costa de inmensos sacrificios hemos reunido para corresponder á sus favores.

EL SALON DE LA MODA, periódico de que damos idea en la última página del prospecto, será repartido **GRATIS** á los suscritores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, una semana si y otra no ó sean 26 números anuales.

En cambio dejaremos de repartirles en tirada aparte las láminas del *Album artístico*, sin perjuicio de que siempre que la distribución de materiales lo permita, las insertemos en las páginas de la *Ilustración*, apreciarse el sacrificio que nos imponemos en obsequio del público, sin más mira que la de corresponder á su decidida cooperación.

Vista la aceptación que ha merecido nuestra oleografía *La Inmaculada Concepción* de Murillo, que regalamos á los Sres. suscritores de 1884, irrecusable muestra de la perfección con que ejecutamos esta clase de trabajos, los suscritores de 1885 que continúan con la suscripción á la BIBLIOTECA UNIVERSAL, recibirán GRATIS en uno de los primeros repartos de 1884, un notable cromo de 64 centímetros de alto por 92 de ancho, copia de la acuarela.

UN BAUTIZO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Original del reputado artista Sr. Llovera

Los señores que deseen suscribirse únicamente al periódico **EL SALON DE LA MODA**, por anualidades, semestres ó trimestres con pago anticipado deberán regirse por la siguiente nota de precios:

EN ESPAÑA, un año, 60 reales. Seis meses, 32 reales. Tres meses, 18 reales

EN PORTUGAL, un año, 8000 reis. Seis meses, 4000 reis. Tres meses, 2000 reis.

Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Se admiten suscripciones en todas las librerías y centros de suscripción.



AÑO III

← BARCELONA 7 DE ENERO DE 1884 →

NÚM. 106

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL GOLOSO, cuadro por J. Verhaz

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—SONATA EN DO, por don José Estroeroa. —MAL DE OJO (Continuación), por don Fernando Marmolejo.— NOTAS DE MI VIAJE (II), por don José Gestoso y Pérez.

GRABADOS.—EL GOLOSO, cuadro por J. Verhaz.—MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE ISABEL LA CATÓLICA, obra escultórica de don Manuel Oms.—EL BAUTIZO DEL HIJO PÓSTUMO, cuadro por A. Hoff.—EL TRIQUELO ACUÁTICO DE M. TERRY.—PALACIO DE HIELO EN MONTREAL. (Canadá).—LOS NAÚFRAGOS, cuadro por J. Hilverdink.

NUESTROS GRABADOS

EL GOLOSO, cuadro por J. Verhaz

Apénas habrá uno de nuestros lectores que no pueda creerse ahogado en este hermoso cuadro; apénas habrá uno solo que no se transporte mentalmente a aquella edad feliz en que el hecho de despertar una botella de *Gilouffe* era un verdadero acontecimiento de familia, preparado mediante ocho días de trabajos culiarios *cestra*, y saliendo durante otro tanto tiempo en conversaciones alusivas y servicio de restos en comida y cena. Entonces, apénas nuestros padres y sus convalidos abandonaban el comedor, corríamos, como ese preciso niño, al silencioso campo de letalla, y a poco que se descuidara la vigilancia maternal, no quedaba vino ni licor en copa alguna que no pasara del fondo de ella al otro fondo de nuestro estómago. En seguida fluevan muy tranquilamente á confundirse entre los convidados; pero como el vino y el humo son dos cosas que no pueden estar ocultas mucho tiempo, á lo mejor una inocencia inexplicable ó de un mareo imposible de atajar denunciaban nuestra calaverada y daban con nuestro cuereciento en la cama, previa una carrera de merceditas ochentinas.

Con este sencillo argumento, hay que reconocer en el autor de nuestro cuadro una manera de hacer tan natural y elegante que es muy difícil de superar en su género.

MONUMENTO A ISABEL LA CATÓLICA

En la tarde del 10 de noviembre próximo pasado se inauguró en Madrid el monumento erigido á Isabel la Católica, por el Ayuntamiento de la corte en conmemoración de la Castellana.

Tres estatuas forman el grupo: la escultura de Isabel la Católica, la del Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza y la del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, y las tres se apoyan en un basamento de bronce que figura una roca. La Reina á caballo, aparece enhiesta con su armadura, y llevando corona y manto largo, con el ceño en una mano y las bridas del corcel en la otra. El Cardenal, en traje labar, con el libro de los Evangelios en la mano derecha y apoyada la izquierda en una de las bridas del caballo de la Reina. El Gran Capitan, vestido con traje de guerra, con la espada desnuda en la mano izquierda y sujetando con la derecha la otra brida del caballo. El pedestal es digno del grupo; un basamento liso, con escalinata de piedra, sostiene el cuerpo central, flanqueado por cuatro cuerpos salientes, que se apoyan en esbeltas columnas. Este pedestal tiene escudos alegóricos alrededor, y en el frente que mira á Madrid se lee esta inscripción en caracteres góticos:

A Isabel la Católica, bajo cuyo glorioso reinado se realizaron la unidad nacional y el descubrimiento de las Américas.—El pueblo de Madrid.—1883.

El grupo escultórico tiene detalles preciosos y es indubitablemente uno de los mejores monumentos de Madrid, y tanto este como el soberbio pedestal que le soporta, son obra del notable escultor catalán D. Maimón Oms, pensionado en la Academia española de Bellas Artes de Roma.

EL BAUTIZO DEL PÓSTUMO, cuadro por A. Hoff

Este lienzo debe pertenecer sin duda á algún descendiente de los personajes que en él figuran, pues representa una escena de familia, si interesante para sus individuos, casi indiferente para el público que inevitablemente se encariñará con los hechos ocurridos á los tipos históricos. No es inútil que el cuadro corresponde perfectamente al asunto.

Representa el aseo del bautizo de un hijo póstumo del duque de Chomborg, verificado en el castillo de La Beauté. No es difícil de reconocer entre los asistentes á Margarita de Brévillé, la viuda del duque, que da treguas á su dolor por un instante y cuya mirada clavada en el caballero de Murenas, hermano del difunto, parece querer sanitar la lealtad con que este padecerá al tiempo vástago, que llega más y más de súbita mal ocultas asirigaciones al duque de Chomborg. En cuanto al joven que se halla de pie junto al padrino y que, al igual de éste, tiende la mano en arduo de amparar el bautizado, es un hermano de la diquesa que desde luego se declara campeón de su débil sobrino.

El autor ha agrupado hábilmente los personajes y ha reproducido admirablemente la silenciosa estancia en que tiene lugar la escena.

EL TRIQUELO ACUÁTICO DE M. TERRY

En el n.º 102 de la ILUSTRACION ARTISTICA nos hemos ocupado ligeramente de la arriesgada traviesa del esquecho de Unis efectuado por M. Terry en un trique, su invención. Hoy ampliamos los fundamentos de esta traviesa, publicando además dos grabados que representan el velocipelo de M. Terry tal como funciona en tierra, y en el agua cuando se le transforma en una embarcación de liza imprimeable.

En tierra se diferencia muy poco, como puede verse, de los velocipelos de tres ruedas. Para convertirle en barco, la operación es muy sencilla, invitándose en ella mucha hora solamente.

Las dos ruedas grandes se componen de dos partes iguales, se colocan en tuercas. Para formar la caja de la embarcación en la cual se coloca el velocipelo están manejando los remos, hay dos secciones situadas paralelamente á un metro de distancia. Las otras dos secciones puestas en sentido vertical sobre la parte media de las primeras y hacia fuera, dan al esqueleto la longitud necesaria con los extremos redondeados. Dos tubos de acero, que unan la media menor al cuerpo del trique, sirven para fijar á las partes superiores las dos secciones paralelas manteniéndolas á alguna distancia, y sosteniéndolas una vareta pasada por debajo y por su parte media, la cual hace las veces de quilla, y que no sirve para nada en el aparato terrestre. Completa el casco de la embarcación una chuerca, que, partiendo de la extremidad de la parte superior de una de las secciones verticales, aspe en el de los extremos de todas las secciones, y sirve de punto de apoyo

á una tela embreada que lo cubre todo, excepto la caja central en la que va el viajero.

El aparato, armado de este modo, parece una lancha de cubierta, de 3 metros 60 centímetros de ancho, 1 metro 20 centímetros de largo y 60 centímetros de profundidad, es decir, de las proporciones necesarias para su mejor estabilidad, aun en el mar. Por otra parte, se aumenta esta estabilidad con dos sacos de arena, cada uno de 20 litros de capacidad, sujetos á uno y otro lado de la parte superior de la caja.

Terry salió de Londres en su velocipelo á las siete de la mañana del 25 de julio, y á las ocho de la noche entraba en Canterbury, habiendo recorrido 58 millas de distancia. Por la tarde del siguiente día estaba en Dover, y el 27 descendió, y el 28 á las nueve de la mañana salió de ese último puerto en su trique transformado en barco, pero á las tres horas de viaje el mar empezó á picarse, y hasta las cinco de la mañana siguiente no pudo llegar á tierra, consiguiéndolo en Andresses, aldea situada cerca del cabo de Gris Nez.

Como Terry se proponía efectuar la travesía en seis ó siete horas, no llevaba provisiones; por fortuna el 28 por la tarde encontró un barco de pesca de Boulogne, cuyo patron le dió algunos víveres y le indicó la dirección que debía seguir para llegar á tierra sin peligro. Los adinerados tomaron al ovido velocipelista por un contrabandista de nuevo género, y le condujeron á Boulogne, donde se le puso en libertad despues de oír sus explicaciones.

Desde allí, convertido su barco en velocipelo, pasó á Saint-Herles-Calais, y el 2 de agosto se trasladó á Paris, habiendo recorrido en cinco días 290 kilómetros de distancia.

M. Terry es un joven de 29 años, y ha servido largo tiempo en la marina inglesa.

PALACIO DE HIELO EN MONTREAL (Canadá)

Es sabido que los viajeros á las regiones polares suelen construir casas de hielo en las cuales se gasean, y donde se preservan de la acción del frío, cosa que parece extraordinaria. La temperatura interior de una casa de hielo cerrada es de 9º, temperatura que parece agradable cuando fuera de ella el termómetro marca 25º ó 30º bajo cero.

Esta costumbre es bastante general en los países donde falta todo el invierno, y no es de tener que el edificio se derrita. En Rusia se han construido con frecuencia casas de hielo; en el Canadá se levantan casi todos los años verdaderos monumentos. Los habitantes de Montreal hicieron el año pasado un magnífico palacio de hielo, que se inauguró en Carnaval, y este año se proponen edificar otro semejante. Aquí en un edificio cuadrado de 27 metros de lado, compuesto de un recinto interior y una torre cuadrada en el centro. Las paredes verticales, todas de bloques de hielo, tienen unos 22 metros de altura, las cuatro torres de los ángulos 15 y la central 30. Estas torres remataban en esgrudas pirámides de rams de abetos, y la techumbre del edificio estaba formada de troncos de dichos árboles provistos de sus ramas y cubiertos de una gruesa capa de ramaje verde.

La construcción se hizo con bloques de hielo de 90, 30 y 15 centímetros, procedentes del San Lorenzo. Para cubrirlos en la corteza de hielo que cubria el río, se hizo uso de un pasadizo rastrillo tirado por caballos y cuyos dientes trazaban surcos que se profundizaban haciendo pasar el rastrillo muchas veces por el mismo sitio. Cuando se hubo trazado de este modo una especie de tablero de ajedrez en la superficie del río, en trozos de unos tres centímetros de profundidad, basó descargar unos cuantos golpes para desprender los bloques: entonces se los acarreó al pie de la obra y ya no hubo más que sobrepuestoslos para erigir el edificio. En vez de argamasas, se hizo uso solamente de agua que, al congelarse, soldó entre sí todos los bloques, de suerte que el monumento quedó refrendado á un gigantesco monolito de paredes transparentes como el cristal. De día, la uniformidad de tonos y la falta de sombras quitaban todo el mérito al edificio; pero contemplado de noche, á los resplandores de luz artificial, el efecto era verdaderamente mágico.

Á la fiesta de inauguración asistieron más de 50,000 personas; más de 700 individuos de los clubs de raquetas, con su traje de lana blanca y el chiron del color especial de cada sociedad, organizaron una procesión á la luz de faroles, cohetes y luceros de Bengala de un efecto tan original como sorprendente. El palacio estaba iluminado por doce potentes focos eléctricos, cuyos resplandores se reflejaban en todas las desigualdades de las paredes que despedían por doquiera destellos irisados.

Al terminar el invierno no se desperdició este edificio pues sus materiales pasaron á los cafés y fondas de Montreal, y los cuadros-ses se comieron ó se helieron en su palacio de hielo.

LOS NAÚFRAGOS, cuadro por J. Hilverdink

Dijo Horacio con mucha verdad que sin duda debía ser de noble y estar defendido por triple comaa el primero que se atrevió á luchar, desde un frágil barquichuelo, con las iras del mar embravecido. En alguna parte, con efecto, el peligro es tan imminente, ni se presenta incompletamente de tan horrible aspecto. Arriba un cielo plomizo, quitando al náufrago hasta la idea de la esperanza; abajo un monstruo rugiente que parece irrilarse, tanto más, cuanto más el hombre se resiste á ser su víctima; en el espacio rayos que se arremeten y montañas de agua que nos elevan vertiginosamente, para hacernos en seguida, con estuendo que hace imperceptible el de los más fuertes embates truenos. El mar azotado por la tempestad es la imagen más débil, pensiva, mezgral; y el hombre, el soberbio rey de la creación, clara en tales casos su granza desde el iraque de convertirse en sí se cierra del estapor que domina á su hábitat en enemigo.

El cuadro que publicamos dá una idea de esa lucha titánica entre el hombre y el mar, bucha que frecuentemente termina con el hato de muchas familias, á las cuales ni siquiera cabe el consuelo de ir á verter una lágrima sobre el sepulcro de sus deudos.

SONATA EN DO

I

El célebre maestro X... pasó los últimos años de su existencia completamente alejado del mundo, en la aldea-tóica que daba mucho que hablar á una vida retirada y melancólica cuando le permitían que hablar á los *villapafios*. Se jardín y leía mucho hasta pasado el medio día que era la hora señalada para la comida; concluida la cual, se acostaba un rato para hacer cómodamente la digestión, daba

despues un corto paseo, y, á la caída de la tarde, sentábase en las gradas del rollo para ver la puesta del sol y oír el eco lejano de las campanas que tocaban el *Angelus*. Volvía á su casa, y hasta hora bastante avanzada de la noche, tocaba unas veces el piano y otras el órgano expresivo.

Su despacho era un cuarto muy grande con tres ventana- en un muro y dos en otro. En él había una cama lujosamente colgada, una mesa escritorio, otra de comedor y otra cubierta de libros, papeles, estampas y profusion de objetos de arte que parecían refugiados allí por no tener otro sitio donde colocarse. Adornaban las paredes un gran estante de libros y cuadernos de música, cuadros al óleo y acuarelas de artistas distinguidos, estatuillas, y armariums. Completaban el mueblaje de la estancia varias sillas y sillones de diferentes formas y épocas, un piano de Pleyel y un magnífico órgano. En cualquier parte en que se fijara la vista, se encontraba un objeto de no escaso mérito artístico y del más exquisito gusto.

El maestro me recibió con sumia alegría.

El artista y yo aficionado, nuestra conversación recayó naturalmente sobre música. Traté de saber su opinión acerca de los diferentes géneros y me dijo que los tenía por buenos todos y que la música cumple su mision cuando hace sentir ó pensar, cuando distrae ó divierte.

—¿De modo—le dije—que V. oye con igual gusto las melodías de Gluck que los enrovesados acordes de Wagner?

—Tengo,—dijo,—un concepto de la música del que estoy muy satisfecho por los resultados que me ha dado en la vida. Creo que el músico es un poeta que necesita dar expansión á su alma, para lo cual encuentra pobre el lenguaje humano y hasta el pensamiento mismo, ¿No le ha sucedido á V. muchas veces tener deseos tan vagos que no sabe V. formularlos en su imaginación? ¿No ha tenido algo como recuerdos de lugares y hechos que V. no ha visto ni oído describir? ¿No ha sentido V. anhelos y esperanzas de algo que se podía suceder? Todos esos afectos forman á mi juicio la melancolía, y el único lenguaje que hay para expresarlos es la música. Yo me río del entusiasmismo con que defienden algunos la música posible. Me explicaré. El autor de la música, si es artista y no mercader de notas, al escribir interpreta á su modo todos esos afectos que siente, buscando en la vaguedad de la armonía el lenguaje que le hace falta y encontrando en los períodos musicales los pensamientos que cruzan por su cerebro, como cruzaba ante la vista del Dante aquel torbellino de almas, en donde, entre mil desconocidas, se destacaban las de *Paolo y Francesca*. Pero este lenguaje tiene la magia de que, si satisfizo las aspiraciones del alma del autor dando forma á sus ideas, sabe despertar las del oyente, que no serán, por cierto, las mismas, pero sí de igual género y naturaleza. ¿Quién al oír la célebre melodía del Orfeo *J'ai perdu mon Euridice* no experimentará una sensación de tristeza profunda, pero poética, candorosa y sencilla? ¿Quién no cree oír un diálogo amoroso en el *audante apasionado de El sueño de una noche de verano* de Mendelssohn? ¿Quién no llora con los gemidos del *quinto* de Mozart? Sin embargo; ¿cuán lejos está el oyente de ver los cuadros que se proponen y creen pintar con notas muchos autores exagerados hasta el extravío y muchos aficionados que sienten hasta crecer la yerba en los cantos de tal ó cual sinfonía! *El aire*, el canto favorito de la plebe irritada en la época del terror, en que suele encontrar la gente expresada toda la pavorosa idea de un pueblo ansioso de venganza y sediento de sangre, no es otra cosa que una elegante contradanza que, años antes, se bailaba alegremente en los suntuosos salones de la aristocracia francesa. El *Himno de Riego*, el canto de libertad de los españoles (y perdone V. si ofendo su patriotismo), bajó el criterio artístico ni es himno, ni es español, ni es bueno, y sin embargo se ha entonado por las calles con gran entusiasmo, y progresista hay que si me oyerá decir esto me tendría por oscurantista y retrógrado, creyendo que trataba de manciucar su bandera.

En todo cuanto al concepto de la música se refería estuvimos completamente de acuerdo, y en nuestra conversación se convenció el de que yo era un verdadero entusiasta del arte, y conociendo el placer que me proporcionaria ejecutando algún trozo de su repertorio con la maestría que le ha hecho célebre, se sentó al piano y me preguntó:

—¿Que autor le gusta á V. más?

—Sentiría mucho,—le respondí,—que tomara V. por adulation lo que es mi gusto.

—¿Ya V. á decirme que prefiere V. mi música? Pues lo creo, y espero que, sabiendo mi modo de pensar, no me tachará de immedesto. Ya se lo he dicho de V. antes; la música, en mi concepto, no es buena ni mala; se siente ó no. En este pueblo hay algunas muchachas que tocan algo de piano. Como no conocen otra cosa, se dedican á ese género, que solemos llamar *arsi*, de habaneras vulgares y recitados llorones. Aunque á mí no me divierte (gracias á Dios) esa música, me agrada mucho ver que ellas la cultivan con afición. No sé qué encontrarán en ese género, pero es indudable que les hacen sentir. Por eso, y haciéndome la justicia de que V. tenga un gusto infinitamente superior al de las artistas de Villapay, no dudo que prefiere V. mis obras á las de otros.

—¿Y V. que autor prefiere?

—Según las circunstancias. Me sucede con los buenos músicos lo que creo que debe suceder á los demás con los buenos poetas; Beecquer, que deleita en los ratos de melancolía, resultaría impertinente en los momentos de go-

zo, y nadie leerá con gusto un romance de Quevedo en las horas de desaliento ó desesperación. Así yo, si estoy de mal talante, cojo á Beethoven; si melancólico á Chopin ó Schuman; y así, según se encuentra mi ánimo, echo mis párrafos con Mozart, Mendelssohn, Schubert y otros cien cuya enumeración sería larga. Puesto que V. me prefiere en este momento, sea yo el autor elegido. Voy á tocar una *sonata en do* á la que, para mí, usa particular, he dado el título de *Dulcinea*, porque es compendio de una aventura algo quijotesca que, aunque parezca ridícula, me ha dejado profundo recuerdo que no han de borrarse en toda mi vida. No pretendo dar al público que la oiga explicación de lo que quisiera decir en cada uno de sus tiempos, pues esto, como deducirá V. de lo que antes le he dicho, es, en mi concepto, altamente ridículo; ni he querido decir nada en ellos, pero cada uno está escrito bajo la impresión del recuerdo de tal ó cual escena, recuerdo que acude á mí siempre que oigo las notas que de él nacieron. Schuman aseguraba que en más de una obra suya hay muchas de las penas que le causaron sus relaciones con la que fué después su mujer. Quizá por eso Mme. Schuman las ejecuta hoy con tanto amor como maestría.

Comenzaba la sonata en *do*, llamada por su padre *Dulcinea*, por unos acordes vagos y tranquilos, y de ellos se destacaba luego un canto triste, pero apacible, sereno, á modo de barcarola, interrumpido á trozos por otro melódico de carácter distinguido. El segundo tiempo era un prolongado grito de dolor acompañado alguna vez de reminiscencias de los cantos anteriores, reminiscencias que se encontraban con frecuencia en el resto de la sonata. El tercero era una especie de marcha triunfal ó himno de gloria. El cuarto una elegía y el último estaba destinado á recordar todos los anteriores de una manera vaga y tranquila.

Con esto se hizo demasiado tarde, y me retiré á mi vivienda encantado con el maestro y con su música, y habiéndole prometido ántes, á riesgo suyo, que meendaría las visitas durante mi estancia en el pueblo.

II

Cumplí mi promesa de honísima gana y de tal modo que el célebre maestro y yo no tardamos en ser dos verdaderos amigos, de esos entre los que no hay secretos por que tienen la mutua seguridad de que cuanto se comunican es comprendido y apreciado. Nos unía esa amistad que, á ser posible entre el hombre y la mujer, haría de la vida un paraíso.

Yo tenía muchísima curiosidad de saber qué sucesos habían inspirado á mi amigo su sonata predilecta, y una tarde, paseando juntos á la hora en que el sol se pone, me contó lo que textualmente copio.

—Desde los 28 años hasta hoy,—me dijo,—me he dedicado única y exclusivamente á labrarme la dicha que se puede tener en la tierra, es decir, á vivir de ilusiones. La pérdida de las que tuve en los comienzos de mi adolescencia me había sido tan amarga, tan terribles fueron mis primeros desengaños, que resolví no buscar otros y conservar y aún aumentar, si fuera posible, los sueños que me forjé al principio de mi vida de artista. No quería acabar de convernerme de la verdad que encierra la frase de Alfonso Karr que dice: «Llamamos felicidad á lo imposible y desgracia á lo inevitable.» La dicha,—pensé—es un fantasma que crece con la distancia; resignéme, pues, á contemplarle de lejos.

Digo esto porque me amo á una mujer que acaso no existe y que si existiese pasaría á mi lado sin que pudiera reconocerla: nuevo D. Quijote, he sabido crearme una Dulcinea compendio de cuantas perfecciones he podido soñar para la mujer amada.

En mi primera juventud tuve amores que terminaron siempre por desengaños. Unas mujeres me querían por ver en mí un futuro marido; otras por vanidad, aunque creerlo acuse en mi igual defecto; estas por despecho y por interés aquéllas; y entre todas, después de proporcionarme los discursos que acarrea la buena fe y la falta de frialdad en estos asuntos, me hicieron desesperar de hallar mi media naranja, no sé si por no ser ellas buenas ó por ser yo descontentadizo en demasía.

Ello fué que, aburrido y desesperado por el éxito infeliz de mis pasadas aventuras, me dediqué á viajar sólo con mis recuerdos y mi desesperación por esos mundos de Dios.

V. sabe lo que los viajes excitan la imaginación. Creo que consiste en que tratamos de explicárnoslo todo cuando no lo entendemos. Al ver una choza, me finjo un idilio; al pasar junto á un cementerio, una elegía; y así, á cada sitio, á cada edificio, á cada piedra le voy buscando una historia más interesante, por lo menos, que las que nos cuentan de los siglos pasados.

Pero vamos al cuento, que filosofamos demasiado. Viajando por Italia, fui desde Milan, ciudad moderna, animada, fastuosa, á la que ofrece mayor contraste con ella: Venecia. Al llegar á la estación se dejó lo moderno por lo antiguo, lo conocido por lo inesperado; del wagon se pasa á la góndola; todo lo que, hasta entonces, era ruido, animación y alegría, se truca en el silencio más extraño y en una melancolía que tiene no sé qué de terror.

La noche estaba oscura, los canales desiertos, y sus tranquilas aguas jugaban con los reflejos de los faros y los abandonaban luego para ir, murmurando, á lamer los muros de los antiguos palacios.

El *fingino* que se apoderó, contra mi voluntad y poco menos que á viva fuerza, de mi equipaje, me hizo entrar en una góndola negra y larga. Bajo la litera encontré una

mujer cuyas facciones era imposible descubrir por la oscuridad que allí reinaba.

Di las buenas noches en francés y la que iba á ser mi compañera de viaje me contestó en el mismo idioma, con una vocécita dulce y melodiosa.

Es imposible describir la impresión que me causó aquella noche, impresión que no se parece á ninguna otra de mi vida; y que ha quedado grabada para siempre en mi memoria.

No se oía más que el acompasado ruido del remo, y sólo al volver las esquinas interrumpía el silencio el gondolero avisando á sus compañeros para que le abricaran camino con una voz siniestra y tristísima semejante á la del carabo.

Las góndolas que pasaban junto á nosotros me parecían cortejos fúnebres y yo mismo creía asistir á mi propio entierro ordenado por seres fantásticos que me conducían á lugares remotos y desconocidos.

—¿Qué hermoso y qué extraño es esto!—dije á mi compañera de viaje, ansioso de comunicar con alguien mis impresiones.

—¿Y qué triste!—respondió.

A lo lejos se oyó una voz de mujer que entonaba una canción popular que á mí, quizá por las circunstancias en que la oía, me pareció inspiradísima.

—Daría cualquier cosa,—dije,—por poder apuntar esa canción.

—¿Es V. músico?—me preguntó la viajera.

Con esto entablamos conversación.

Me dijo que era apasionadísima de la música; y cuando sobre mi nombre se dió la enhorabuena por haberme encontrado en su camino, asegurándome que mis obras la habían conmovido muchas veces.

Le hablé de las que tenía en proyecto y me aseguró que las oiría todas como tuviera noticia en dónde y cuándo se estrenaban.

Era rica y libre. Su tutor la había vendido á un opulento calavera que se separó de ella á los tres meses de matrimonio por seguir á una bailarina y el padre del marido desleal regaló á su nuera en compensación de su desgracia una considerable fortuna que la hacía independiente. Cuando aun no había tenido tiempo de amar á su marido tuvo que despreciarle.

—Mi alma—concluyó—necesitaba una compañera y mi deber, á que nunca he de faltar, se lo ha vedado. No tengo más remedio que esperar resignada á que Dios disponga otra cosa.

Habíamos llegado á la puerta del hotel donde ella debía albergarse y le dije:

—Señora, esta será quizá la última vez que nos hablemos en nuestra vida; no espero tener en toda ella un rato tan delicioso como este. Ni sé quién es V., ni aún he tenido la dicha de verla el rostro. Si alguna otra vez nos encontramos en nuestro camino, no podremos reconocernos; é favor que quisiera pedir á V. no ha de tener, pues, consecuencias.

—¿Cuál es?

—Que se prolongara algún tiempo nuestra conversación, prolongando nuestro paso.

Accedí y pasamos una buena parte de la noche hablando de nuestro porvenir, y al separarme de ella para salir, me la había visto, sin saber quién era, ni dónde podría volver á verla, quedó impresionado de tal manera que, en veinte años que han pasado, está impresión está aún en mi alma tan viva como entonces.

III

Habíamos llegado á casa del gran maestro.

—Ya comprendo—le dije—el primer tiempo de su sonata en *do*. La barcarola y el trozo melódico son recuerdos de la escena que acaba V. de describirme. Pero la aventura no debe haber concluido, porque la sonata tiene cinco tiempos.

—Va V. á comprender el segundo,—me contestó y sentado al órgano comenzó á ejecutarlo.

En efecto, en este tiempo había un canto triste como un grito de dolor y profunda pena en que sin duda el autor pintaba la tristeza que dejó en su alma la separación de la mujer que tanto le había impresionado. Las reminiscencias de los cantos del primer tiempo revelaban el indeleble recuerdo que la escena descrita grabara en la mente del artista.

¿Y el tercer tiempo?—le pregunté—¿Qué significa el himno de gloria que con tan brillantes colores parece pintar la satisfacción de un triunfo?

—Continuaré mi historia y V. juzgará. Aquella mujer sabía mi nombre y me había prometido asistir á los estrenos de mis obras.—Es menester,—me dije—obtener un triunfo, puesto que ella ha de presenciarlo. Y escribí mi ópera *Zilna* con mayor entusiasmo que ninguna otra de mis obras. Cuidé de que se anunciara su estreno con anticipación, para que ella pudiera cumplir su promesa. La ópera....

—No se ruborice V. contándole el éxito que alcanzó,—interrumpí, asistí á él y no recuerdo acontecimiento más grande. Ya ve el tercer tiempo. V. crea que ella presenciaba aquel triunfo y ha descrito V. la escena con ese himno de gloria.

Exactamente. Pero sucedió algo más aquella noche. Frequentaba el teatro un marqués de quien supe que vivía con una bailarina y al que, por sólo eso, tomé profunda antipatía. Después de la representación se permitió, según me dijeron, censurar agríamente mi obra, y con este pretexto le pedí explicaciones; no quiso dárme las y

resultó un lance, que era lo que yo deseaba, y al día siguiente atravesé con mi espada el corazón de aquel aristócrata encanallado. Entonces vi brillar un rayo de esperanza; el marqués era casado, acaso su mujer fuera mi desconocida. Ya podía aspirar á ella. Corrí á donde vivía la marquesa viuda, pregunté por ella y supe que estaba enferma de gravedad. Esperé con ansia noticias suyas y á los pocos días me dijeron que había muerto.—Asistí á su entierro, y cuando en el cementerio abrieron el féretro ántes de la inhumación, me acerqué y vi tendida en él una mujer hermosa y de aspecto noble. Aquella mujer me era completamente desconocida y sin embargo al ver que la tierra caía con ligübre estrépito sobre su sarcófago, sentí la misma pena que causa la eterna separación de un ser amado que hubiese corrido á mi lado el áspero camino de la vida.—Desde aquel día me sentí más solo que nunca; como no tenía con quien compartir mi gloria renuncié á ella y... aquí me tiene V. viviendo de recuerdos de una pasión que no ha existido y muy contento con la calma y la paz que me rodean.

—¿Ha comprendido V. ya lo que significa mi sonata?—añadió el maestro después de una corta pausa.

—Perfectamente.

—Y ¿no me tiene V. por un *chiflado*, como me llaman las gentes de este pueblo?

—A eso sólo puedo contestar á V. con una exclamación: ¡quién fuera músico como V.!

JOSÉ ESTREMERA

MAL DE OJO

FOR DON FERNANDO MARMOLEJO

(Continuación)

Fué el asombro de las gentes, la rabiosa codicia de los hombres y la envidia mortal de las mujeres.

Ella había nacido para el amor, que para amar solamente la había hecho Dios, como el amor hermosa y hechicera y avasalladora.

Pero aunque el amor le abstrahía el alma, porque ella era el amor mismo, no había encontrado hombre en quien cifrar aquel cariño que ya á los quince años la languidecía y la tenía pálida y melancólica, con la palidez y melancolía de la luna cuando aparece en una noche de tormenta entre las negras nubes.

VI

Los gitanos mejores mozos y más ricos por una parte, y por otra los más nobles y gallardos galanes buscaron en vano sus favores.

Señor de título hubo que le prometió hacerse gitano para tomarla por mujer, y ella le agradeció su amor con tales palabras, que le puso más en desesperación y le dejó con ella sin cuidarse de sí, enloquecido por su hermosura, se cogió á un árbol.

Era, en fin, Amparo un imposible para todos sus enamorados, que eran innumerables.

Parecía que la rodeaba un hechizo y que envenenaba con su encanto á los que la miraban y caían en una rabiosa sed de su hermosura.

Sus ojos eran tales, que la delicia que causaba con su mirada en cuyo fondo resplandecía una divinidad misteriosa, aumentaban y exacerbaban la vida de los hombres, para que sintiesen con más rigor el tormento de no ser amados.

VII

Y así llegó Amparo á los veinte años, causando pasiones infernales y desdichas miserables, y aborrecida á muerte por los mismos que la amaban y á los que por su crueldad volvía locos.

Hubo quien la acusó de haber hecho pacto con el diablo que la había dado el poder de hacer mal de ojo y de matar á las gentes, y la Inquisición se apoderó de ella.

Y los inquisidores opinaron que tanta hermosura no era natural y que el diablo debía andar en ello, porque ellos mismos, que eran unos santos varones y unos exorcizadores tremendos á quienes el demonio sabio y perverso debía tener miedo, se turbaban y se ponían malos cuando la interrogaban; y aunque ella no confesaba los delitos de hechicerías y de brujerías de que la acusaban, no se atrevían á sujetarla para que declarase al tormento.

¿Cómo poner en el potro un cuerpo tan hermoso que parecía hecho de carne gloriosa?

Para esto hubiera sido necesario que los inquisidores no hubiesen tenido alma, y la tenían excesivamente sensible por desgracia suya cuando Amparo fijaba en ellos su mirada lícida que los envolvía en un encanto inefable.

Acabaron al fin por no atreverse á hacerlo y la soltaron diciendo que en ella no habían encontrado nada que ofendiese á la fe, ni al pudor, ni á las buenas costumbres; y esto acabó de hacerla temible, porque se creyó y se dijo que tal era el poder de sus hechicerías que ni la misma Inquisición había podido contrarrestarlas.

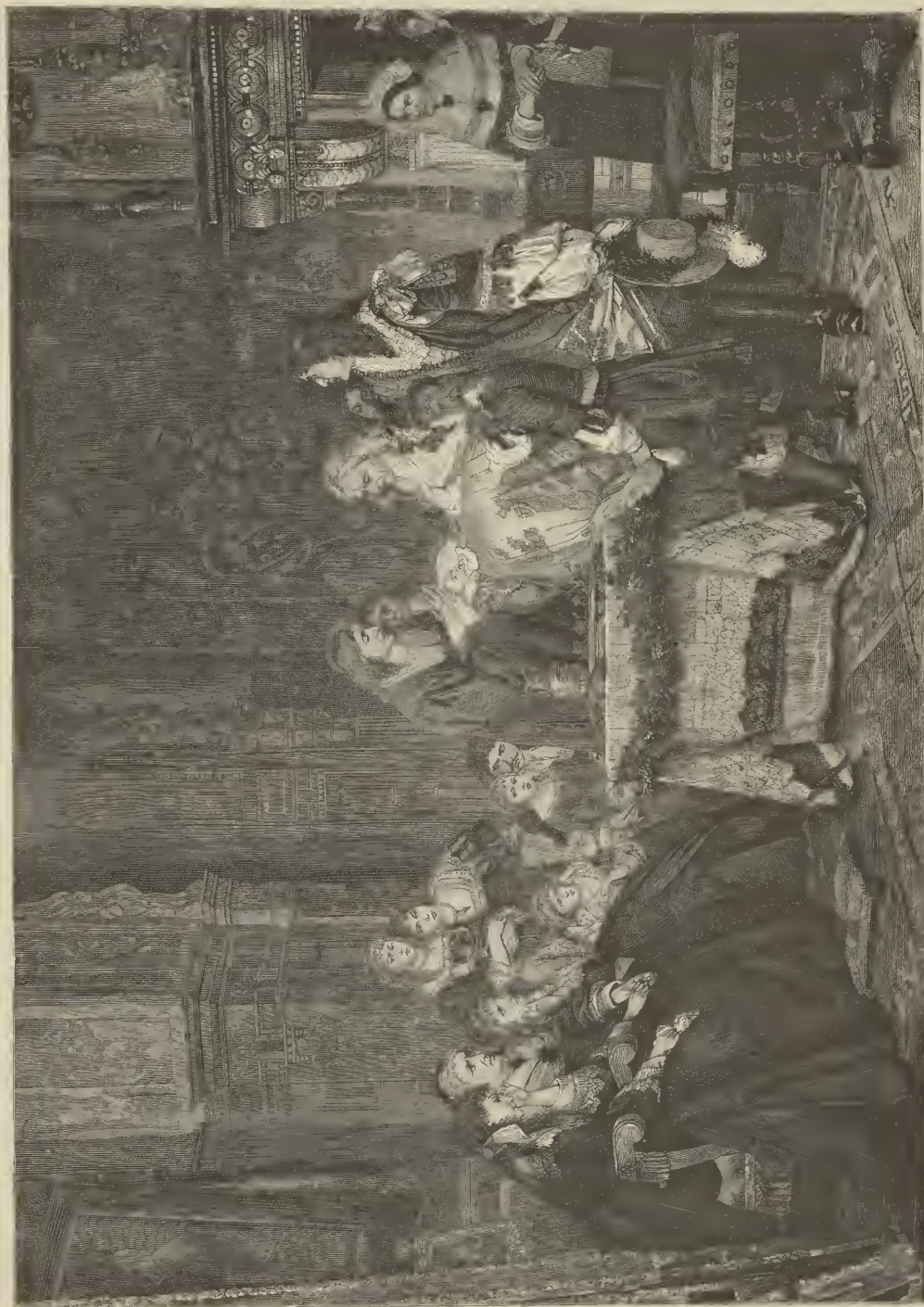
VIII

Y aconteció que Amparo, que había entrado en la cárcel de la Inquisición con el alma libre de amores, salió de ella enamorada hasta las entrañas.

¿Y de quién?



MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE ISABEL LA CATÓLICA, en el paseo de la Castellana (Madrid)
(obra escultórica de D. Manuel Oms.)



EL BAUTIZO DEL PÓSTUMO, cuadro por A. Hof

Ella misma no lo sabía.

No conocía al hombre por cuyo amor gemía desesperada como por ella habían gemido tantos.

Amparo estaba enamorada de un alma.

Aquella alma se había hecho sentir de ella y se había apoderado de la suya, envuelta en un canto triste y suspirante que salía de un calabozo situado en el mismo corredor subterráneo donde estaba el calabozo en que estaba encerrada ella con una cadena a la cintura.

Era una voz que para Amparo tenía un misterio, en medio del cual adivinaba un sér de una hermosura suprema.

En la alta noche, después de haber los carceleros hecho su ronda y reconocido todas las barras, y todos los cerrojos, y soltado los perros feroces para que si alguno de los presos lograba forzar sus cadenas y la puerta de su encierro, lo cual era de todo punto imposible, le devorasen, aquella voz trisilaba, impregnada de misterioso sentimiento, rompía el silencio horrible de aquella tumba de vivos y la llenaba de una vida fantástica.

El cuerpo que encerraba un alma como la que en aquellas cantares se adivinaba, por fuerza tenía que ser jóven y hermosísimo.

La voz misteriosa enamoró á Amparo.

¡Ella también cantó!

¿Quién eres tú que te quejas,
quién eres, alma penada?
¿quién eres que no te veo,
y que te tengo en el alma?

Apénas había acabado su cantar Amparo, cuando la otra voz, llena de una alegría infinita, contestó:

Soy como tú un alma triste
que agoniza porque ama
y no ha encontrado en el mundo
amor que le satisfaga.

Y si aquí se pusieran todos los cantares con que aquellas dos criaturas, que no se conocían, se requerían de amores, habría para llenar un grueso infolio como los mayores que se guardan en las bibliotecas.

Y esto fué en las noches de un largo año.

Cuando dijeron á Amparo que podía salir libremente de la cárcel, se negó.

Dijo á los carceleros, asombrádoslos, que allí era feliz y que no quería irse.

La tuvieron por loca, y como persistiese en permanecer prisionera, la tomaron en brazos, la sacaron de la cárcel y la pusieron en la calle.

IX

La esperaban allí todos los gitanos que la tenían por hija y que sabían que la Inquisición la había absuelto.

Les dió miedo cuando vieron que Amparo, que era muy blanca, parecía una desdentada y más semejante á un alma en pena que á un sér viviente.

Sobre todo cuando la oyeron decir que con sacarla de la cárcel la mataban, las gitanas, que la querían mucho, se echaron á gritar desconsoladas creyendo que se había vuelto loca.

En fin á Amparo le dió una congoja, y tuvieron que buscar una silla de manos para llevarla á las cuevas de San Cristóbal.

La hermosa jóven estuvo mucho tiempo en la cama con calenturas malignas, y no hay que decir si los gitanos maldijeron á la Inquisición que así les había puesto á su niña.

X

Pasó otro año.

Amparo se había puesto espiritada.

Pero cuanto más enlaquecía y más empalidecía más hermosa estaba.

Parecía que todo en ella era espíritu y espíritu de amor. Los gitanos la veían enamorada, y no sabían de quién; pero que siempre que la preguntaban decía:

—No le conozco; estoy enamorada de su alma.

Y no salía de aquí.

Los gitanos se afirmaron en la creencia de que se había vuelto loca y las maldiciones á la Inquisición subían de punto.

XI

Por aquel tiempo el Santo Oficio publicó á sdn de clarines y timbales un auto de fe, que debía tener lugar quince días después.

En aquel auto de fe relatarían diez condenados que serían quemados vivos; se engarrotaría á otros diez ántes de quemarlos; se les haría presenciar la quema con argolla á cuello á treinta y de éstos se reduciría á prisión á veinticinco y solos cinco serían dejados en libertad, pero con la pena de llevar toda su vida el infame sambenito de penitenciados de la Inquisición; esto es, la hopalandia y la corzoa amarillas, ornamentadas con diablos y con la cruz de San Andrés roja.

Además, uno de ellos debía llevar una sogá al cuello.

XII

Cuando Amparo supo que se iba á hacer un auto de fe, se propuso asistir.

Tal vez entre los condenados iría el amor de su alma.

Pero ¿cómo conocerle?

Ella no le había visto nunca.

No le conocía más que por la voz:

Y no era de esperar que cuando fuese en el auto de fe cantase.

No importaba.

Amparo acudió.

El auto salió de la cárcel de la Inquisición que estaba junto á la parroquia de Santiago.

Siguió por la calle de Elvira, al Zacatín y á la plaza de Bibarrambá.

Allí sé levantaba el tablado para el auto.

Al pié del tablado estaba Amparo con algunos gitanos. La multitud se apiñaba en torno.

Los soldados mantenían libre la calle por donde debían pasar la Inquisición con sus reos y las mangas de todas las parroquias, los estandartes de todas las comunidades y el Capitán general y la Chancillería y el Ayuntamiento y las cofradías, todos en fin los que tenían derecho á presenciar el tremendo espectáculo.

Amparo estaba tocando á la fila de soldados y podía ver, cuando pasasen, á todos los condenados.

Eran estos, como ya se ha podido contar, cincuenta.

La mitad, mujeres.

Todas viejas y hediondas, sentenciadas por brujas malditas que habían cometido todo género de iniquidades, hasta la de matar niños para hacer otros de virtudes abominables, con su sangre y sus entrañas.

Los hombres eran herejes ó judaizantes ó blasfemos. Todos feos, horribles, de semblante avieso y repulsivo mucho más que por su fealdad por los apetitos innobles pintados en todas aquellas facciones contraídas á modo de mucosas de monstruos infernales.

(Continuaré)

NOTAS DE MI VIAJE

EN BURGOS

II

Los hechos que voy á narrarte, lector benévolo, en este segundo artículo fruto de los recuerdos de mi viaje, son en parte extractados de viejas crónicas mis buenos amigos de siempre, á quienes me complazco en interrogar con mucha frecuencia y con los que sostengo sostenidos diálogos cuando el espíritu cansado de las impresiones del mundo real busca refugio en el de la fantasía y la imaginación, en cuyos impalpables séres encuentro sólo la comunidad de afectos y sentimientos y la misteriosa correspondencia que se establece entre quienes persiguen un mismo objeto.

De esta suerte van trascurridos los mejores años de mi vida creando también en la mente mil y mil pueriles historias que duran sólo un día, de igual modo que las imágenes dibujadas sobre un cristal empañado por el aliento desaparecen de la brumida superficie al sentir el contacto del aire frío de la tarde. Así y todo á pesar de su efímera existencia me complazco en evocarlas, porque tal vez las más indiferentes, lleven en el fondo amargos recuerdos de nombres, hechos y sucesos que un tiempo fueron reales y ciertos y á los cuales por mucho que sea nuestro empeño en animar de nuevo, jamás volverán á alicianarnos. De igual modo vemos en los relatos de la Historia sucederse y desaparecer los hombres y las cosas, no ménos que las figuras del retablo de Maese Pedro: un instante bastó para que el lucido acompañamiento de D. Gálteros viniese por tierra y ¡cuántas veces hemos recordado á la vista de históricas enseñanzas la espada de D. Quijote y la rama de Gines de Pasamonte! Esto no obstante, sucedenos harta frecuentemente deleitarnos con semejantes espectáculos y así nos complacemos en levantar por nuestras manos al manto de polvo, sudario de cien generaciones que no es más que el inmenso telon de un teatro donde tuvieron lugar tantos y tantos dramas y tragedias que si un tiempo bastaron á estremer el mundo, hoy aparecen sin personajes y héroes confundidos y revueltos, los príncipes y magnates con los comparsas y figurantes, los guerreros y los pontífices con volatines é histriones. Toda aquella deslumbrante pompa yace desvanecida, al estruendo de la peleá por conquistar un pedazo de tierra ha sucedido la más profunda soledad, á los cantos de amor y de guerra, al bullicio de los festines, el más medroso silencio, y los que un día desdicharon brocados y estofas hoy duermen en el polvo y en vez de las dalmáticas y sobrevestas, tienen que contentarse con algún jiron de musgo, bordado de amapolas y de silvestre avena.

Estos y otros muchos pensamientos análogos ocupaban mi mente al amanecer del día que salí de Burgos para visitar la histórica Cartuja de Miraflores y el antiguo monasterio de San Pedro de Cardena, immortalizado por el más famoso de los caudillos castellanos. Sin saber de algun bosque al mismo rey D. Enrique III cabalgando, seguido de sus próceres y pajes, de sus monitores y alguaciles, entre el estruendoso alboroto de las trompas y bocinas, el incesante de los lebriles y las trompas y persiguiendo hasta dar muerte á las voces de todos, cervatillo ó á alguna fiera nacida en aquellas espesuras. A este fantástico cuadro sucedía otro bien distinto: como era ver alzarse ante mis ojos el soberbio panteon de piedra que guarda las cenizas de D. Juan II y de su esposa doña Isabel de Portugal. Tan pronto imaginaba hallarme á las puertas del monasterio de Cardena ó en el interior del Templo, donde se hacía por el abad al Cid Rui Diaz entrega del pendon «aquel de la cruz bermeja» á cuya sombra habían dilatarse tanto los domínios castellanos. Encontrábanse juntos los más famosos capitanes

siempre leales á su victorioso caudillo, allí doña Jimena y sus hijas, con los condes de Carrion y Alvar Fañez Minaya y damas y soldados y escuderos y monjes con ponían el maravilloso conjunto ofrecido á mi vista por la fantasía.

Y sin embargo, cuán diferente era el cuadro que contemplaba! Cuando concluí de recorrer el largo camino plantado de enhiestos chopos y gigantescos álamos que se encuentra al oriente de Burgos, una árida y desierta huala extendiase á mis ojos donde apenas si daban señas de vegetación algunos miserables arbustos, creciendo á las hendidas de las piedras. Ni una brillante y alegre nota de color desentonaba el aspecto general, todo allí parecía muerto, sin que viniese siquiera á distraer el efecto producido ni el lejano eco del campesino entonando uno de esos largos y monótonos cantares cuyos tristes acentos se confunden á veces con el gemir de las auras.

Había en aquel campo un reposo y una calma semejantes á la de un abandonado cementerio y no es posible imaginar un pasaje más á propósito para que el espíritu pueda abandonarse al inefable goce de la divina contemplación. Difícil sería para los que viven en Dios, amparados del mundo, encontrar un lugar más distante del humano bullicio; que sólo cuando el corazón ardía abrasado en el fuego de purísimo amor, es dado al cuerpo resistir tan completo aislamiento sin experimentar en el alma ese intenso frío que produce la soledad. Poco después de media hora de camino alcancé á distinguir sobre suave eminencia una gran masa oscura que paulatinamente se me iba haciendo más perceptible. Resaltando sobre el fondo de algunos árboles aparecía el inmenso túmulo erigido por Isabel I para tumba de sus padres y cuya traza y conjunto es en efecto el de un gigantesco féretro, con su cruz á la cabeza y sus enormes blandones de piedra. Aquella era la Cartuja de Miraflores: en el lugar donde está levantada hubo hace siglos un gran parque al que acudí mil veces D. Enrique III para solazarse en el noble ejercicio de la caza, construyendo también un palacio donde más tarde el famoso valido, cuya enbaza vióse rodar en el patíbulo de Valladolid, enojado con su monarca por la insistencia de éste en levantar el monasterio, llegó según dicen las crónicas hasta echar la mano á los pechos del Rey al par que miraba sañudamente á la daga pendiente de su cinto, sin duda para advertirle que estaba cercano el momento de usar de ella. Todos los estueros de D. Juan II y las cuantiosísimas masas invertidas en la fábrica de la primera Cartuja desaparecieron á causa de un voraz incendio que la redujo á escombros, pero los nobles estímulos que animaban al monarca licéiondo nuevamente poner manos á la obra que su inesperada muerte le privó de continuar. Había de corresponder tal gloria á la más ilustre de nuestras reinas secundada por el genio artístico del flamenco Juan de Colonia y por los mas eximios arquitectos é imagineros de aquel siglo.

Revolviendo en la mente antiguas fechas é inmortales nombres llegué á la puerta del templo, donde para perpetua memoria de la egregia edificadora, osténtanse los blasones con el haz de flechas y el yugo: empujé el postigo que estaba entreabierto y de pronto mostróse á mis ojos la peregrina fábrica de la iglesia. La gran nave de que consta con su soberbio retablo (1) en que se invirtieron parte de las primicias del oro traído por Cristóbal Colon de Nueva España donde existe todo un mundo de fantásticos séres que parecen agitarse confundidos en incesante torbellino, especialmente en el círculo formado por santos y querubes que rodean el gran crucifijo central y más abajo las estatuas orantes de D. Juan II y de doña Isabel, fué lo primero que cautivó mi vista, fijándose luego alternativamente ya en el magnífico sepulcro del más florido gusto ojival que encierra los restos del infante D. Alonso con su estatua orante revestida de riquísimos paños, las manos juntas ante el pecho y las indóviles pupilas mirando al cielo. Por cima de la efigie, á los lados, en la base, el duro mármol y el transparente alabastro dóciles al cincel del artista, han representado el más bello y delicadísimo conjunto que puede gozarse convirtiéndose sus informes masas en festones y crestas, agujas y marquesinas, monstruos y vestigios, blasones y estatuas, que fatigan la vista y adormecen el alma al abismarnos en su contemplación. Inmediata hállase la soberbia tumba de sus padres defendida por una reja, á través de la cual, se experimenta la impresión de asombro y de estupor que causan las producciones maravillosas del arte. Yacentes sobre la urna mostráanse del tamaño natural las estatuas de los reyes D. Juan y doña Isabel con sus enormes coronas, sus recamadas y amplias vestiduras, sus joyeles y collares y sus tranquilas y ropadas fisonomías, en las cuales tan al vivo se refleja el nunca interrumpido sosiego de la muerte. (2)

De otra parte llamaban mi atención las esbeltas ojivas, las vidrieras policromas, las lámparas de plata y las talladas silleras de los dos coros debidas al genio artístico de Martín Sanchez y Simon Buéras, creyendo ver que ocupaban sus empolvados asientos fantásticos monjes de blancos sayales, cuyos descarnados cráneos y cuyas huesosas manos producían extraños ruidos, ora al mover de las mandíbulas para cantar ronca salmodia, ora cuan-

(1) Empezaron á hacerlo en 1490 Diego de la Cruz y el famoso Gil de Sylve.

(2) La traza de estos sepulcros se encargó por la Reina católica á Gil de Sylve costando su delineación 1,485 maravedises: importación los mármoles y alabastro 158,252 y pagándose al escultor por su trabajo 422,667.

do repasaban las hojas de sus iluminados libros de vitela. Por los monarcas muertos rezaban los esqueletos de los monjes que fueron... Dejé caer la cabeza sobre el pecho permaneciendo abismado algunos segundos: los espectros de los monjes comenzaron a adquirir sus pristinas formas, los rayos de sol que atravesaban las vidrieras ocultáronse, el templo pareció envuelto en la luz indecisa de un crepusculo de Otoño. Era el día 28 de setiembre del año de 1506. Las puertas del templo abriéronse de par en par; la comunidad con su Prior á la cabeza revestido de pesada capa pluvial, llevando de la mano enhiesta la cruz de oro, dirigióse á la gran explanada que se encuentra al pié del monasterio. Las campanas no cesaban de doblar desde el amanecer y en la sacristía de la iglesia véase un féretro con paños negros recamado de oro.

Por el camino de Burgos en dirección á la Cartuja avanzaba numerosa comitiva compuesta de monjes, clérigos, magnates y lucido acompañamiento de mosqueteros y arcabuceros con atabores y pifanos precediendo un atud encubertado de negro que alumbraban doce frailes con sus hachones de cera. Llegada al paraje donde la comunidad de Miraflores esperaba unióronse á ella entrando todos juntos en la iglesia y despues de rezados los responsos y demás preces, dirigióronse á la sacristía, donde sobre suntuosísimo lecho, vestido el manto real, desnudo el estoque y con un cetro á cada lado depositóse el cadáver de D. Felipe I el Hermoso, fallecido en Burgos á 25 del mismo mes. Pocos momentos despues riquísimos paños de brocado cubrían el féretro, enstados para este objeto por la reina doña Juana, y al canto de los monjes, al crujir de las telas y armaduras y al incesante bullicio de la bizarra comitiva sucedía el más profundo reposo, tan sólo interrumpido por el acompasado són de una campana cuyos ecos se perdían en aquellas vastas soledades.

A la mañana siguiente llegaban á las puertas del monasterio varias damas enlutadas con acompañamiento de algunos pajes y escuderos: una de las primeras no bien penetró en el templo, dirigióse con apresurados pasos hacia la sacristía, llegó hasta el féretro del rey y asiendo fuertemente del paño de brocado que lo cubría una vez abierto el atud, quedose rígida, inerte, contemplando unos instantes los regios despojos; súbito arrojóse sobre el cadáver y abrazada á él trataba con el fatigado aliento y con el calor de sus frenéticos besos de reanimarlo. Las damas sobrecogidas ante la espantosa escena apenas se atrevían á moverse, los monjes estaban aterrizados, sólo la reina delirante, enloquecida por el dolor seguía besando sin cesar la helada frente de D. Felipe.

Todo en vano. ¿Quién osaría al polvo mudo de la fosa devolverle el aliento impercedero del espíritu? ¿Quién á la flor marchita y agostada que camina en alas del vendaval podría esmaltarla con sus perdidos colores de ópalo y de grana? ¿Quién posee fuerzas bastantes para hacer de nuevo brotar del corazón yerto y silencioso las sonrientes imágenes de los días juveniles? Los mudos circunstancias pensaban que la razón de la reina se había extraviado, decían ya en sus adentros ¿que estaba loca! Sublime demencia del alma que por ser hija de ella, no llegaría nunca á concebir los corazones de arcilla... Ante el sér que desaparece para siempre, ha tenido la humanidad en todos tiempos efímeras pompas y algunas lágrimas, despues un trozo de tierra donde albergar los corrompidos despojos, que todos se afanan por abandonar y sobre ella luégo, extender el velo de un eterno olvido. Pero no eran así mequinos los anhelos de la régia loca; á ser posible, ella habría luchado con la muerte misma para arrebatarle su presa y ya que esto no le era dado intentaba transmitir al helado corazón de su esposo el incendio de amor que la abrasaba. Prolongábase su tormento, pero todos eran impotentes para hacerle abandonar el cadáver: sus damas trataron de persuadirle inútilmente hasta que alguno de los monjes hubo de asegurarle que la misericordia de Dios llegaba á tan alto grado que mis de una vez aconteció por su permission, resucitar cuerpos que yacían en las tumbas despues de muchos años: era preciso para esto que la reina confiase en la divinidad, mostrándose más resignada y calmado su duelo, ó lo que es lo mismo, que convirtiése su dolor casi divino en una pesadumbre humana. D. Felipe volvería á la vida como aseguraba el monje y la reina entónces abandonó el féretro. Todos los días acudió al mismo sitio



EL TRICICLO DE M. TERRY, EN TIERRA (Copia de una fotografía)



EL TRICICLO DE M. TERRY TRANSFORMADO EN EMBARCACION, representado durante la travesía del Paso de Calais, efectuada el 28 de julio de 1883. (Copia de una fotografía)

en alas de la esperanza para ver cuándo se realizaba el prodigio y para cerciorarse tambien de la existencia del cuerpo amado. Una vez sin embargo temió que se lo robasen: los flaneos que vinieron con el rey desde Alemania mostrábanse inquietos y temerosos de que no les pagasen sus soldadas; la reina pensó que acaso ellos podrían arrebatarle en rehenes del pago y entónces determinó trasladarlo á Granada. Hizo ántes tiempo abrir el atud para cerciorarse que era el mismo y á despues de sus cortesanías y hasta del mismo arzobispo de Burgos, de nuevo sus brazos estrecharon el cadáver y sus labios presionáronse sobre la yerba boca. Durante todas estas frecuentes visitas, nunca se le vió derramar una lágrima, pues segun el decir de un escritor contemporáneo, «se le habían secado los ojos de llorar al descubrir una infidelidad de su esposo en una dama flamenca».

Habían pasado en tropel por el interior de mi cabeza todos estos recuerdos prestándoles la imaginación tal carácter de realismo y verdad que fatigada ya la mente y cansado el corazón había permanecido inmóvil por mucho tiempo arrojado á la verja del sepulcro del infante, si á mis espaldas no hubieran sonado leves pisadas que vinieron á sacarme de mi abstracción. Volví los ojos y encontré junto á mí la figura silenciosa de un cartujo, cuyo blanco capuz cubriéndole casi por completo el rostro, apenas dejaba ver lengua barba canosa y resaltando sobre el amarillento y cadavérico rostro, los brillantes puntos de luz de sus pupilas. Aquella figura no era la vez primera que yo la contemplaba: la austeridad de su aspecto, la rigidez de sus líneas, su sobrenatural reposo me había impresionado más de una vez. ¿Dónde? ¿Cuándo? La imaginación entónces hizo un titánico esfuerzo, todas las ideas, todos los recuerdos que bullían y se agitaban en mi cerebro como una ronda de chispas luminosas semejantes á los fuegos fatuos de los cementerios parecieron agolparse de repente á un punto dado y el de brotó una de esas inmortales imágenes que tanta gloria han dado á Rivera y Zurbarán. Era el mismo espectro que muchas veces había yo ido á contemplar al museo pictórico de Sevilla, empuñándose siempre en hallar palpitante en aquel lienzo el soplo impercedero que no tiene nombre, ó de un algo indefinible y misterioso que me precedió del monje Ilegué á la capilla de San Bruno, donde existe una ejemplar escultura representativa del mismo Santo, cuya ejecución se debe al portugués Manuel Pereira y en uno de sus muros se conserva un magnífico tríptico de la misma época que la iglesia, cuyo asunto es la Cru-

ifixion. Pasamos al interior del convento: en el centro de un claustro ojival está el cementerio, agreste, solitario, matizado el suelo por algunas florecillas silvestres, con toda la poética melancolía que se observa en los Campo-Santos de los lugares pobres. Sobre un pedestal hay una cruz de hierro enmohecida y cubierta de verdín; en inmediato un solo ciprés aislado dejando ver el esquelético de sus ramas á través del exiguo verdor que todavia conserva. Aquel mudo fantasma de la muerte, tan en armonía con el lugar donde se halla sin saber por qué, produjo en mi alma un sentimiento de indefinible tristeza. En la parte alta del monasterio sólo llamó mi atención en la pieza destinada al hogar, la inmensa eampaña que sirve de chimenea que es de nogal tallado con un enorme escudo de los Reyes Católicos. Fué necesario que abandonase al cabo aquel religioso sitio donde tantas y tan gratas habían sido mis impresiones, prosiguiendo mi viaje hasta Cardaña, para lo cual tuve ántes que pasar por el pueblucillo de Carcedo, pues su párroco es el encargado del monumento y en su poder están las llaves. Llegué al lugar dando tumbos y temiendo por mi vida, pues el camino está sembrado de enormes peñascos hasta las calles mismas, y preguntando á los labriegos ocupados á la sazón en los trabajos de las eras me dirigieron á una casita de pobre aspecto donde sentado á la puerta presenciando la operacion de aventar el grano se encontraba el Sr. Cura. — Benita, — dijo, — acompaña á este señor.

Benita era una muchacha de 19 años, morena, coloradota, con facciones muy finas, de estatura regular, talle estrecho, abultadas caderas y descalza de pies y piernas. La invité á subir en el vehiculo que me conducía y á pesar de su resistencia, pues decía que nunca se había metido en ningún coche y que caminaba más segura con sus pies, vencida aquella, nos pusimos en marcha. Durante el camino tuve ocasion de oírle las más vivas descripciones de las faenas del campo á que ella ayudaba como el más robusto mozo, dándome noticia de la manera de vivir en estos lugares especialmente en el invierno durante las grandes nevadas, de las fiestas y diversiones de que gozaban, de las galas y vestidos preparados para tales ocasiones y tambien de los cortijos é intriguillas, amorios y casamientos que habían de realizarse en el próximo día del Santo Patron del pueblo. Estas fidelísimas pinturas hacíalas Benita con tal donaire, con tanta viveza y con tal expresion de sencillez que me tenía suspenso de sus palabras y seguro que las escuchaba con más atención que á la más apuesta dama de nuestra sociedad. Así entretenidos nos encontramos frente á los muros del monasterio. El viajero tiene que sufrir entónces honda cuanto desagradable impresion. En vez de encontrarnos con alguna gran portada románica de arcos concéntricos y capiteles historiados, con sus símbolos, atributos y santos, trabajados infantilmente, pero interesantísimos para el artista y el arqueólogo, la desilusion es grande al ver un inmenso edificio que al exterior sólo revela el mal gusto del siglo XVII, por la parte del monasterio, y una sencilla portada ojival del XV en la que da ingreso al templo. Sin embargo yo no dudaba que allí donde tanto hubo, había de encontrar algo, y así, guiado por la campesina despues de atravesar por entre los escombros de destrozados patios y derruidos claustros, entramos en la iglesia que nada de notable ofrece á no ser las mutiladas estatuas yacentes del Abad D. Sancho Guillen esculpida en los comienzos del siglo XIII, aprecialísimo ejemplar que manifiesta la influencia del arte mahometano en el ojival, de lo que es prueba irrefragable la leyenda en caracteres cuficos que adornan el manipulo, y otra de arte románico que representa al moro convertido Gil Diaz, unayordomo que fué del Cid, la cual se halla en el más deplorable abandono. El templo es de elegante fabrica del XV, pero se encuentra enlucido con cal y ocre y bien merecería una compasiva mirada por parte del Gobierno, pues de lo contrario sufrirá en breve la misma suerte reservada á las partes antiguas del monasterio. Salimos de la iglesia: hollando los miserables despojos de la destruccion, subiendo por cima de los montones de escombros y piedras, llegamos á un patio que á primera vista nada particular contiene y ya me disponía yo á escudriñar sus rincones todos cuando Benita con el rostro descompuesto, asóme por un brazo fuertemente al par que con tembloroso acento me decía: No vaya V., señor. Por Dios se lo pido, Mire V. que lo van á castigar los mártires: me

quedé al punto sin saber á qué atenerme. Miré á Benita, la ví pálida é inquieta y con profunda expresión de súplica marcada en el semblante. — Pero ¿qué dices, muchacha? le contesté — Yo se lo contaré á V. todo, si se está quieto y no adelanta un paso más. Se lo ofrecí como deseaba y entonces me contó lo siguiente: Allá en tiempo de los moros, hace ya muchos siglos, vivían en este convento 200 frailes que hacían mucho bien por los pobrecitos y que eran muy queridos de todos; un día, vinieron de pronto los moros y los degollaron y saquearon el convento y se llevaron todas las riquezas. Cuando los moros se fueron á su tierra, vinieron otros frailes y muchos señores y enterraron los doscientos mártires en ese claustro á donde V. quería ir, poniendo en cada sepultura una losa blanca. Al año siguiente del martirio en el mismo día que fueron degollados, esa fuente, me dijo, señalando á una que brotaba de un muro, empezó á arrojar sangre y las losas blancas de los enterramientos se dañaron también de sangre durante el día; por la noche aquellas manchas iban tomando formas hasta convertirse en las figuras de los monjes con hábitos rojos que de dos en dos formando una larga hilera llegaban á la iglesia; las puertas se les abrían por sí solas, entraban y arrodillándose á los pies del altar rezaban unos cantos y luego por el mismo camino volvían á sus sepulturas. El Sr. Cura, añadió Benita, dice que los frailes que han habitado el convento lo veían pasar todos los años y entrar en la iglesia, y una noche que para verlos mejor encendieron muchas lámparas, al entrar en ella los primeros monjes de sangre, se apagaron todas y sólo quedó ardiendo la que alumbraba el *Santísimo*.

Benita no iba muy descaminada en su relato: el hecho de la matanza de los 200 monjes de Cardeña tuvo lugar el miércoles 6 de agosto de 934 por el ejército de Abderaman III, según refieren antiguos testimonios y el mismo historiador musulmán Ibn Ialdun dice que en este año después de sitiar el califa cordobés á Ramiro III en la fortaleza de Osuna destruyó á Burgos y un gran



PALACIO DE HIELO EN MONTREAL (Canadá)

número de castillos (1); añadiendo los cronistas castellanos que hasta los tiempos de D. Enrique IV (2) se efectuó el prodigio de aparecer las 200 losas funerarias teñidas de manchas de sangre.

No obstante el temor de Benita, yo me atreví á pisar el lugar señalado por la tradición como milagroso y no hubo de pesarme, pues entre algunos sitios arruinados de un muro, pude observar restos de una interesantísima arquería sostenida por capiteles muy bellos latino-bizantino que bien podrían aprovechar nuestros museos. En cuanto á la parte más posterior del edificio, destinado á celdas, también lo recorrí y no sin extrañeza ví en el interior de una de aquellas, los restos de pobrísimo muebles que indicaban haber estado sirviendo recientemente. Interrogué á mi guía, y Benita con los ojos humedecidos por

mi vista un agreste y salvaje huerto donde en medio de las más intrincadas zarza-moras, de las enormes matas de cardos silvestres y de los espinos de la maleza, se erguían algunos arbolillos ó subiéndolo por los destrozados muros grandes jirones de parietarias. Allá en un ángulo, despojado de las silvestres plantas, ví dos cruces negras, me acerqué á leer las inscripciones que tenían y en una de ellas ví el nombre del Padre Alonso muerto á los 21 años en el monasterio de Cardeña. A los pies de aquella cruz había sujeto un ramo de flores del campo formado con margaritas, campanillas moradas y espigas de avena....

— ¿Quién ha puesto aquí este ramo? dije volviéndome á Benita. La muchacha con los ojos bajos al suelo, rezaba: nada me respondió. Yo tampoco necesité interrogarla más.

¡Felices los que al morir descansan en este sitio de eterno olvido y tienen sin embargo una plegaria para su alma y una flor para su tumba!

JOSE GESTOSO Y PEREZ



LOS NAUFRAGOS, cuadro por J. Hilverdink



AÑO III

← BARCELONA 14 DE ENERO DE 1884 →

Núm. 107

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL RIGOR DEL INVIERNO, cuadro por E. Trentin

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—MAL DE OJO (con...), por don Fernando Marmolejo.—EL PRIMER AMOR, por don Rafael Trillo de Mercho.—SALUD DE CUENTAS (posada), por doña Elena Sellés.—NOTAS DE MI VIAJE (11) En Toledo, por don José Gestoso y Pérez.

GRABADOS.—EL RIGOR DEL INVIERNO, cuadro por E. Trenin.—FLAMENCO PURO, dibujo por Llovera.—FLAMENCO MEZCLADO, dibujo por Llovera.—EL VENDEDOR DE CASTAÑAS EN PARÍS, dibujo por Hugo Kauffmann.—COGIDO INFRAGANTI, cuadro por C. Ziermann.—MUERTE DE CALÍGULA, cuadro por Alma-Tadema.

NUESTROS GRABADOS

EL RIGOR DEL INVIERNO, cuadro por E. Trenin

Hay ingenios que, para fortuna de los artistas que las producen, dicen y prueban y convence más que todos los discursos del profesor más consumado. Un sermón de Lacordaire acerca de la caridad, una apóstrofe de Castelar, una poesía de Victor Hugo describiendo las miserias del desheredado, no dirían al sentimiento lo que ese cuadro de Trenin, tan sencillo en su composición como profundo en su pensamiento y fecundo en sus resultados.

Dios condenó al hombre a ganar el pan con el sudor de su frente; lo cual, siquiera, demuestra dos cosas: la existencia de pan y la posibilidad del trabajo. En nuestro lienzo falta á un tiempo lo uno y lo otro: la tierra parece condenada á esterilidad perpetua; el trabajo consiste en conducir á dos niños atreídos de frío á través de un campo que parece el campo de la muerte y bajo un cielo negro como la parte posterior de la losa que cierra un sepulcro.

Todo cuanto se ve en este cuadro respira la más profunda tristeza: nada, empero, tan triste como el corazón de esa madre sin ventura. De ella puede decirse con toda exactitud que recorre el desierto de la vida.

Y esa madre ecstática; esa miseria es real y positiva; porque llega un día de invierno en que los pájaros huyen de la tierra que ya no da de sí un solo grano que picotear, y la triste viuda no tiene alas para buir como esos pájaros...

Por fortuna, Dios que ha desnudado los campos, ha dicho que la caridad es la llave que abre las puertas del cielo...

FLAMENCO PURO, dibujo por Llovera

Yo no he visto bayadetas sino en pintura; pero sin temor apostaría lo que cuesta un par de ellas en el mercado de Constantinopla á que así el Gran Turco tropieza con una moza de carne y hueso parecida á la del dibujo de nuestro Llovera, había de mandar nomarlas á todas las hembras del serrallo y expedir al jefe de los emucos camino de Andalucía, con encargo de llevarle un cargamento de aquellas, siquiera no fuesen tan completas como la muestra.

Lo flamenco priva en estos momentos, y ello es que no hay por qué, salvo las flamencas, que privan y privarán siempre mientras haya aficionados á la gracia de Dios. La flamenco no tiene comparación sino con otra flamenco, porque si se nos dice que su tez es la de las hijas del desierto, que su mirada es altiva como la de una sultana ofendida, que su talle es esbelto como la palmera de Africa, que su danza se repite todos los días en el interior del harén para sacar de quicio á los moritos estragados: en una palabra, que la flamenco es un tipo africano, flor de un árbol introducido en España por sus conquistadores de allende el Estrecho; nosotros, sin negar la semilla, sostendremos que el fruto ha mejorado notablemente en el suelo andaluz, y el que chide de esa verdad vaya á Málaga y lo vea, y vaya á Granada y á Sevilla... No, mejor es que no vaya; se lo aconsejamos por el bien de su cuerpo y de su alma.

Conténtese con la reproducción de Llovera, reproducción de un tipo genuino, sin mezcla, ante cuyo original nos postaríamos de rodillas; como unos tontos, si no temiéramos provocar su risa; ó nos propasaríamos como unos calaveras, si no nos contuviera la idea de una *quantité* como no se la dieron á Cristo...

¡Bien por Llovera!

FLAMENCO MEZCLADO, dibujo por Llovera

Algunos prefieren á la cerveza pura el limon con cerveza. Pues ahí tienen Vds. lo flamenco con limon; méenos áspero, más dulce, apropiado para paladares menos curtidos: una bebida que es al flamenco puro lo que la manzanilla es al Jerez seco. Comparando este precioso tipo de Llovera con el anterior, encontraremos que la mirada de la una atrae, al paso que la de la otra domina; que la actitud de la una dice: ¡Sígueme, pollo...!—mientras la de la otra parece decir:—¡Alto ahí, so pécridis!...—que la boca de la una besa y la boca de la otra abraza; que la una camina excitando al que la sigue y la otra está clavada rempiendo al que la mira; la una es un gallo limpio, la otra flexible seducida...

Lo dicho; cerveza con limon... Nosotros la preferimos pura.

Esto no quita que aquella sea una bebida deliciosa.

EL VENDEDOR DE CASTAÑAS EN PARÍS, dibujo por Hugo Kauffmann

Kauffmann es quizá el primero de los caricaturistas vivos y el único que sostiene en Francia las bellas tradi-

ciones de Gavarni. Como él buen dibujante y profundo observador, no tiene necesidad, para expresar su pensamiento, de recurrir á la tan comun exageración á que apelan los caricaturistas adocenados. Las narices interminables, las piernas de grulla flaca, los hombres altos y todos los tipos imposibles que produce el lápiz de ciertos dibujantes, quédense para el vulgo que carece de recursos más serios para conseguir el apetecido efecto.

Una caricatura, como un epigrama, no ha de llamar la atención por lo que podríamos llamar sus ángulos salientes: el dibujante no debe darse por satisfecho con producir líneas, ni el poeta con producir versos; unos y otros han de tener naturalidad é intención, forma y fondo; porque el caricaturista, como el poeta epigramático, se precia de moralistas; y el dibujo que nada hace sentir y el epigrama que apenas es motivo de una sonrisa grossera, distan mucho de cumplir su objeto.

Nuestro *estallero* es modelo en su género: á la simple vista del dibujo podría escribirse la triste cuanto accidentada vida del original.

COGIDO INFRAGANTI, cuadro por C. Ziermann

Cayó el muchacho en el garlito y va á pagarlas todas juntas.

Mercedo lo tiene. Dios no pobló de pájaros los bosques para que nueran de tristeza en una jaula. Dejad que las aves crucen libremente el espacio y pueblen el aire de armonías. Porque son débiles, las condenáis sin provecho á prision perpetua?

¿Qué idea tan injusta tienen formada los hombres de la justicia!...

MUERTE DE CALÍGULA, cuadro por Alma-Tadema

En más de una ocasión hemos tenido el gusto de inscribir en las páginas de nuestra *Ilustración* reproducciones de cuadros de este ya célebre artista. Lorenzo Alma-Tadema, nacido en Holanda, recibió las primeras nociones del arte en Amberes, y á la edad de diez y seis años expuso en la galería Grosvenor, en Londres, un retrato que llamó la atención. Desde entonces su fama ha ido creciendo á la par de sus adelantos, y hoy es uno de los pintores más apreciados en Inglaterra. Su género predilecto son las costumbres de la antigüedad egipcia, griega y romana y sobre todo las de carácter agradable ó festivo; por esto causó general sorpresa la exhibición del cuadro que hoy reproducimos, y en el que, separándose de sus tradiciones, representa una escena de muerte.

Entre mosaicos y jaspes, oro y tapices, se ve el cadáver de Calígula, de su mujer y de otro deudo, que han yacido en el mármoleo pavimento toda la noche, y cerca de ellos al abyecto Claudio, que también ha pasado la noche entera oculto entre unas cortinas. Al registrar el palacio los conjurados de Quercus para cerciorarse de que no quedaba ningún individuo de la familia imperial con vida, encuentran al tembloroso y amedrentado príncipe tras el busto de su predecesor, y saludándole burlescamente, le proclaman, por moña, emperador, moña y burla que se convirtió en realidad por decision del Senado y que dió lugar al relajado reinado del imbécil Claudio.

Tal es el asunto en que ha inspirado Alma-Tadema, habiéndolo trazado en el lienzo con tal perfección, que de su cuadro sólo se nos ocurre decir que si basta aquí había huido de representar escenas trágicas y horribles, no le faltaba razón para ello: tal es la verdad que, así en el conjunto como en los detalles, lo mismo en la diferente expresión de los rostros que en la actitud de las figuras, descuella en toda su obra, impresionando tristemente al que la contempla.

MAL DE OJO

(Conclusion)

XIII

Singularmente uno, pequeño, viejo, repugnante, de color cetrino, de ojos encarnizados como los de un lobo, que daban frío y espeluzno á aquel á quien miraban y le causaban horror, parecía reimir en sí todos los rasgos de la fealdad y fiereza de los demás.

Era un *gnome*, un sátiro, un vampiro, todo á la par, y tenía la mirada venenosa de la serpiente, y la boca cónica de un ximio, y los colmillos salientes á manera de jabalí.

Cuando pasó junto á Amparo, la miró. Ella tembló y sintió un frío de muerte y á la par un dolor en el corazón como el de una quemadura.

Aquel demonio pasó, y Amparo le siguió anhelante y horrorizada sin poder dejar de mirarlo.

Hubiera podido decirse que la había hecho mal de ojo.

XIV

Empezó el auto. Subióse á uno de los púlpitos un grave padre, maestro de la orden de predicadores, y leyó uno tras otro los procesos de los condenados.

A cada iniquidad, á cada delito vergonzoso é infame, á cada crimen contra la fe, el pueblo lanza un sordo rugido de horror.

Un rugido de indignación y de muerte.

Les parecía para aquellos réprobos poco castigo la hoguera en donde debían ser reducidos á cenizas, vivos los unos, engarrotados los otros.

El último, el ménos criminal, el que debía únicamente llevar sambenito y sogá al cuello, como penitencia durante toda su vida, estaba acusado de hacer intencionalmente mal de ojo.

Por lo demás nada había que decir ni de la fe ni de sus costumbres.

Pero en lo del mal de ojo había encontrado la Inquisición, aunque sin poder probarlo, algo de satánico. Se le habían lanzado los demonios del cuerpo y éstos habían dicho que Pablo de la Hoz era un simple, pero con mucha alma, que al pasar por sus ojos hacia daño, pero que no era un daño tal que causara la muerte, ni perviviera los sentidos de aquellos á quienes mirase.

La declaración de que los demonios fué de gran peso para los inquisidores, que hubieran absuelto libremente á la Hoz; pero considerando que tenía la mirada venenosa, aunque no gravísimamente, le sentenciaron á sambenito perpetuo, para que las gentes se apartaran horrorizadas de él, le evitasen y no pudiera causar cierto daño.

Como su causa era leve, allí mismo, acabado el auto, lo sotaron, y se fueron con los restantes, para quemar á los unos y hacer que los otros presenciasen la quema.

XV

A Amparo fué necesario llevarla de allí á su casa. Había vuelto á ponerse mala.

La calentura la abrasaba.

Aquella noche, ya tarde, muy tarde, cuando sólo les perros vagabundos andaban por la calle, en medio del sopor de su fiebre oyó aquella voz adorada, que la había enamorado y que hacía dos años no oía, y que cantaba dulce y apasionadamente bajo la ventana de su alcoba. Se produjo en ella un efecto enérgico.

Una reacción. Recobró todas sus facultades. Escuchó con delicia.

La voz seguía cantando cada vez más dulce, cada vez más apasionada.

La lamaba.

Y no era un delirio de su fiebre.

La fiebre coporal había desaparecido.

Sólo quedaba en su lugar la fiebre del amor.

Abrió la ventana.

Miró á la calle.

Una calle en que había más pitas y más higueras chumbas que casus.

La noche era muy clara.

La luna brillaba en lo más alto de su carrera á través de las nubes.

El viento era fresco y perfumado.

El silencio profundo.

En medio de él se oía la voz mágica.

La voz irresistible.

La voz de un amor que la conmovía hasta lo más profundo de sus entrañas.

Pero aquello era un horror.

El hombre que cantaba tenía sobre sí la coraza y el sambenito de la Inquisición y llevaba al cuello una sogá.

Era el horrible *gnome* que hacia mal de ojo *sin quererlo*.

Se pusieron en lucha en Amparo la materia y el espíritu.

Se unieron en un horrendo consorcio el horror y el cariño.

Parecía que Dios la castigaba por lo cruel que había sido con sus adoradores y la sentenciaba á ser la esclava, la encantado, la hechizada por aquel sér maldito.

Y su voz era más deliciosa que nunca.

Más que nunca irresistible.

Era como la de las sirenas.

Como aquella llevaba los navegantes al torbellino del océano, ésta arrastraba á Amparo al abismo de su pasión.

El canto terrible seguía llamándola.

Amparo obedeció.

Bajó, abrió la puerta, adelantó sin vacilar hacia aquel demonio.

Luégo los dos se perdieron entre las quebraduras del cerro de San Cristóbal.

Al rayar el día volvió á su casa Amparo.

Se notaba en ella una vacilación semejante á la de un elrio.

En sus magníficos ojos había algo de fosforescente. Parecían entumecidos por algo semejante á la expresión de la locura.

De una locura en que había como reflejo de horror y de deleite.

XVI

A la noche siguiente juntó todas sus joyas, que eran muchas y muy ricas, heredadas de su madre y aumentadas por el amor de los gitanos, y esperó.

Al fin se oyó la voz dulcísima.

Amparo se fué, no á la ventana que hubiera sido perder tiempo, sino á la puerta de la casa. La abrió y salió.

En la calle había un hombre.

Aquel hombre era Pedro de la Hoz.

Pero el sambenito, la coraza y la sogá habían desaparecido.

Vestía un hermoso traje de soldado.

Montaba un brioso caballo.

Amparo, que train consigo sus joyas, saltó á la grupa.

El caballo partió.

Superó el cerro.

Saltó por una de las brechas que había hecho el tiempo en la vieja muralla.

Salió al camino de Guadix. Descendió. Atravesó el campo del Triunfo y se lanzó en el camino de Jaén. Los dos amantes iban hacia Madrid. Madrid era, como ahora, un refugio seguro para los huidos de la justicia. Y más seguro que ahora era entónces que la gente via jaba infinitamente ménos, porque eran infinitamente más difíciles las comunicaciones.

XVII

Hicieron sin miedo, sin prisa y en seguridad el camino. Nadie tenía interés en perseguir á Pedro. Los venteros y los posaderos se asombraban al ver una jóven tan hermosa que parecia enamorada hasta la locura de un viejo tan repugnante y horrible.

Misterios de sentimiento, monstruosidades por decirlo así del alma, extrañas relaciones entre el espíritu y la materia, excepciones incomprensibles de la regla general, fascinaciones extraordinarias que no se explican ni se explicarán jamás.

Llegaron á Madrid. Pedro se consagró á la profesion de cirujano que habia ejercido toda su vida.

Entónces este oficio era muy lucrativo porque las gentes eran bravas, reñian fieramente por cualquier cosa, menudeaban las cuchilladas y habia una buena cosecha de heridas.

Tenia además Pedro de la Hoz otros oficios que le producian ganancias infinitamente mayores que su oficio lícito y público: la preparacion de filtros y bebedizos amatorios, la magia blanca, la negra, una multitud de embelecios que creian todas las gentes de aquel tiempo, y que en nuestros dias se creen tambien por un número muy respetable.

Pedro de la Hoz enseñó todas estas repugnantes artes á Amparo y la hizo además partera.

Con todas estas industrias lícitas é ilícitas y el grande atractivo de Amparo, los dos amantes habian llegado á hacerse ricos, tenian en Madrid muchas casas y habian construido para su vivienda la blanca casita rodeada de su jardín de la que ya hemos hablado y estaba entre el barrio de Embajadores y el Hospital general.

Tal era la historia de la gitana granadina. De la comadre Amparo.

XVIII

Vengamos al año de 1641 y á una tempestuosa noche de su mes de noviembre.

Era ya muy tarde y Amparo dormia, sonriente de amor entre los brazos de su horrible amante que roncaba de una manera insoportable.

Fuera no se oia más que los largos y sonoros mugidos del viento y el zumbar de la lluvia que venia á dar de través en los vidrios de la ventana de la alcoba.

Estos ruidos arrullan el sueño. De improvito sonaron fuertes aldabadas en la puerta de la cerca del jardín.

Estas aldabadas se repitieron de tal manera que al fin los dormidos despertaron.

Pedro se levantó y se vistió rápidamente.

Acudió á la puerta.

Se encontró con un embozado, tras el cual habia una silla de manos servida por dos ganapanes.

El embozado habió algunas palabras en voz baja á Pedro.

Sonó algo parecido al choque de monedas de oro. Pedro franqueó su casa á aquel embozado.

La silla de manos entró tambien.

De la silla de manos salió completamente envuelta en un manto una mujer que se quejaba dolorosamente.

Pedro introdujo al embozado y á la tapada en una sala baja.

Los dejó en ella á oscuras y se fué á buscar á Amparo que ya estaba vestida.

Descendió y dejó la luz fuera.

El embozado habia prevenido que la comadre prestase á oscuras el servicio que se le pedia.

Todo se preparó.

La desconocida dió al mundo y no á luz, entre las ti nieblas, una criatura.

El embozado mandó á la dama le siguiera.

—No lo consiento yo,—dijo Amparo:—esta señora corre un riesgo de cuenta saliendo ahora.

—Yo no necesito que vos lo consintais,—contestó agriamente el embozado.

—Amparadme por el amor de Dios,—exclamó la dama,—que este que habia es mi padre y para vengar la deshonra que yo, miserable de mí, he traído sobre él, me llevaré á sus campos y me mataré.

—Véase lo que se hace,—dijo con voz firme el encubierto.—

—En nombre del rey, que os lo pagará largamente, salvad á la madre de su hijo,—gritó con una ansiedad infinita la dama.

—Pues aquí,—rugió el caballero.

Y se lanzó al lugar donde resonaba la voz de su hija. Hicido ciego da furor.

Se oyó un gemido.

Luego el sordo rumor de un cuerpo que caía por tierra. Amparo lanzó un grito desgarrador.

El que habia gemido herido de muerte habia sido Pe-

dro, que en el momento en que el terrible incógnito se lanzaba sobre su hija la tenia en sus brazos

Aturdido, dominado por la situacion, creyendo haber matado á la dama, el asesino habia huido.

Habia ganado la puerta de la casa y la de la cerca. Se habia perdido á poco en las tenebrosas calles del barrio de Embajadores.

Amparo salió precipitadamente. Trajo la luz que habia dejado fuera.

Pedro, muerto, estaba tendido boca arriba con los brazos abiertos.

De su pecho brotaba un raudal de sangre. La dama estaba doblegada.

Cercó de ellos, puesto en una silla, lloraba el recién nacido.

El semblante de Pedro aparecia horrible. Un verdadero semblante de demonio.

Pero sus ojos, ojos terribles cuando vivian, habian perdido todo su poder.

Estaban inmóviles, vidriosos, impuros. Amparo le contemplaba con atencion.

Y ¡cosa extrañal!

Parecía que no habia conocido á Pedro más que á través de una pesadilla.

Habia cesado la influencia magnética y Amparo despertaba, aunque lentamente, de un largo sueño de diez años.

Y estaba en lo mejor de su vida. Aún no habia cumplido los treinta.

Su hermosura era maravillosa. Y la reaccion de su espíritu aumentaba.

La influencia que sobre ella habia ejercido aquel mal-dito disminuia rápidamente.

—¡Oh! ¿qué es esto que me sucede?—exclamó al fin. El horrible cadáver que tenia ante sí no le causaba más que una invencible repugnancia.

La muerte habia roto el encanto.

Se pasó los dos manos por la frente como para arrancarse los últimos terrores de su pesadilla y miró con extrávio en torno suyo.

La dama aparecia doblegada aún en una silla. Tenia el semblante descubierto.

Era hermosísima y muy jóven.

Cubría su semblante una palidez mortal, que se combinaba para producir un efecto extraordinariamente conmovedor con la expresion de un espanto infinito.

Aquello era un drama tremendo.

—¡Salvadme, salvadme!—exclamó con angustia la dama.

—¡Ah! nada temais,—dijo distraida Amparo:— pero ¿Dios mio! ¿qué es esto que pasa por mí?

Y continuaba mirando con una atencion excesiva el horrible cadáver.

—¡Ah!—murmuró de improvito Amparo como si en su cerebro se hubiese hecho una luzidaz perfecta:—¡ah! ¡sí! ¡dominada! ¡fascinada! ¡pero ya soy libre! ¡es la misericordia de Dios!

La dama permanecia inmóvil.

El niño continuaba llorando de una manera desconsoladora.

Parecia que de una manera inconsciente, por un instinto misterioso, lloraba la desgracia de su nacimiento.

—Es necesario que yo me salve y que os salve,—dijo la dama.

—¡Sí! ¡sí! venid conmigo—contestó Amparo;—tened la luz para que yo pueda llevar á vuestro hijo y ayudaros á subir.

Y envolviendo al niño en un paño, le tomó, dió la luz á la dama, la prestó apoyo con su brazo derecho y la sacó de la sala baja, donde el cadáver quedaba abandonado; la llevó á su alcoba, la acostó en su mismo lecho y puso junto á ella al niño.

XIX

—¡Dadme recado de escribir,—dijo la dama Amparo se lo llevó.

La dama escribió llenando la primera plana. Cerró el billete.

—¿Teneis quien lleve esto á la Cava Baja número 15 y lo dé al señor Anton Gutierrez que allí vive?

—Sí, dijo Amparo.

—Pues que me venga cuanto antes.

Amparo se fué á un ángulo del jardín donde en un aposentillo dormia una criada.

La despertó.

—Llevad esto al momento á la casa número 15 de la Cava Baja, preguntad por el señor Anton Gutierrez y dádselo.

XX

Una hora despues llegó un viejo cenceño, fuerte, y al parecer hombre de corte.

Habló á solas con la dama. Se fué.

Una hora despues llegó un alcalde de casa y corte con una taifa de alguaciles.

Se hizo abrir en nombre del rey. Entró y llegó hasta la sala en donde estaba el cadáver.

—¿Sois la esposa de este hombre? preguntó á Amparo.

—Sí señor.

—Entónces firmad esto.

—Y ¿qué es esto?

—Vuestra declaracion: nada temais: firmad tranquila. Amparo firmó.

Despues de esto el alcalde hizo se pusiera en un me-

dio ataud que habian traído los sepultureros de la parroquia, el cadáver, se despidió muy cumplido y se fué, llevándose el muerto.

Como se ve, los alcaldes de entónces servian al rey en todo lo que les necesitaba.

Se habia echado tierra al negocio, que se acabó muy pronto enterrando á la victima.

Aquello habia sido las consecuencias de unos amores del rey ¡D. Felipe IV

! á dama convalécio.

Un día por otro billete de la dama llegaron algunos criados con una carroza

En ella se fueron la madre y el hijo.

Al día siguiente, un desconocido que parecia muy señor, trajo á Amparo una cuantiosa recompensa.

Aquello habia dado fondo.

Amparo no supo jamás quién era la dama á quien habia servido.

Aquella aventura, unatando á Pedro de la Hoz, la habia salvado de su fascinacion.

Amó al fin á un convec del rey y se casó con él.

Algunos años despues y creyendo por aquella parte el ensanche de Madrid, la casa de Amparo fué una de las de una calle nueva, á la que se llamó primeramente de la Comadre Amparo.

Lutgó solamente de la Comadre, por abreviar.

Al fin hace poco tiempo se la llamó de Amparo, por conservar el nombre de la comadre heroína de nuestro cuento.

FERNANDO MARNOLFO

EL PRIMER AMOR

I

—Para que yo me encargue de esa mision cerca del conde del Romeral, es preciso, querida sobrina, que me pongas en antecedentes. Sepamos el origen de esa correspondencia.

—Es muy claro y muy sencillo: unos amores de pollos. Yo tenia quince años y el conde, que entónces no lo era porque aún vivian su padre y su hermano mayor, diez y siete; es decir, yo todavía niña y él apenas hombre, jugamos al juego del amor. El habitaba de temporada en Santi-Ponce y yo á media legua de este pueblo, en el cortijo de mi madre. Nos visitaba casi todos los dias. Una mañana, aún la recuerdo, me atrevo á decir que con placer, Carlos entró en mi casa en traje de caza, me encontró sola, me estreché á su corazón y deslizo un billete en el bolsillo de mi delantal. Yo me retiré, haciéndome la ofendida, pero me apresuré á leer aquella perfumada misiva amorosa. Contesté quejándose de su atrevimiento, él volvió á escribirme para disculparse y de esta manera se estableció entre nosotros una de esas correspondencias con sus lustras puso fin á nuestro inocente devaneo. Carlos fué á Roma de agregado de embajada y yo regresé á Madrid con mi madre. Como él no volvió á ocuparse de mí y permaneció siempre en el extranjero, casi olvidé aquel sueño de amor y dos ó tres años despues me casé con mi difunto marido. Ahora el baron de Astudillo pretende mi mano: todos Vds. creen que es una buena boda; pero como el conde ha vuelto á Madrid, si he de casarme, es preciso que recoja mis cartas. Aunque no lo supongo, cualquiera ligereza de su parte podria ocasionar un conflicto; y por último, tú, una mujer casada no debe permitir, si puede impedirlo, que tenga cartas suyas un hombre que no sea su marido.

—Convento en ello, será tu intermediaria, pediré al conde tus cartas; pero francamente, lo siento.

—¿Lo sientes, tía? ¿por qué?

—Cuando el conde, á los tres ó cuatro dias de llegar, vino á visitarme y entre otras cosas hablamos de tí y de la próxima boda, creí notar en él un movimiento de disgusto. Ahora veo más claro; sospecho que no le cres enteramente indiferente.

—¡Qué tontería! Despues de tantos años.

—Es que las primeras impresiones rara vez se borran por completo. El conde, jóven, ausente y sin carrera hecha, pudo no pensar con insistencia en un devaneo de chiquillos; pero al volverte á ver en el apogeo de tu belleza...

—Tía.

—Sí, Laura, sí. A los diez y seis años eras una niña graciosa, á los veinticinco, pocas se pueden comparar á tí.

—Tía, me juzgas con criterio de familia.

Ahora mismo, mientras hablamos, he sorprendido una mirada del conde...

—Bah! ¿Vuelves á insistir? El conde ha sido embajador y probablemente será ministro. La política le absorbe, y sólo se ocupa de mí en su imaginacion.

Bien, sea. De todos modos el baron se le ha adelantado, y aunque hay notable diferencia entre los dos, será preciso resignarse á los hechos casi consumados. Voy á hablarle y transmitirle tu deseo.

II

La generala Rojas se acercó al conde, que estaba junto á una mesa de tresillo y, cogiéndose de su brazo, le llevó á un gabinete.

Sentóse en un divan.

—Conde,—dijo la generala, —¿sabe V. que mi sobrina



FLAMENCO PURO, dibujo por Llovera



FLAMENCO MEZCLADO, dibujo por Llovera

Laura se casa con el baron de Astudillo? ¿Qué opina V. de esta boda?

—Opino que su sobrina de V. está hoy día más bella que hace diez años, y que si es verdad que el matrimonio es una nueva fuente de Juvencio, el baron que necesita anegarse en sus aguas, es un hombre dichoso.

—¿Es eso todo?

—Debo añadir, que es doblemente dichoso, si como se dice, V. ha influido en este enlace.

—Quizá sea cierto, mi querido conde, y por tanto debo hasta el fin cumplir mi misión.

—¿Quién lo duda?

—V. tiene cartas de mi sobrina.

—¿Ah, sí! unas cartas inocentes y deliciosas.

—Pero que una vez casada Laura, no deben continuar en poder de V.

—De eso habría mucho que hablar.

—Mi sobrina ruega á V. que se las devuelva y yo estoy encargada de recibirlas.

—¿Me permite V. que regatee la devolucion?

—¿Regatear una cosa fútil?

—No tanto, señora, y voy á explicárselo á V. fui muy feliz al merecer algunos pequeños favores á su sobrina de V. Me ausenté de Madrid y áun de España, es cierto; pero lo que V. ni nadie saben, es que mi especie de fuga, mis conatos diplomáticos han sido un sacrificio...

—Conde, nuestra conferencia se va volviendo espinosa.

¿Me dará V. esas cartas?

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Consentiré en desprenderme de mi tesoro, si su sobrina de V. se obliga á recibir sus cartas de mi mano y á volverlas á leer una por una.

Aunque la original petición del conde la sorprendió un tanto, como la condicion impuesta no era difícil de cumplir, la generala aceptó en nombre de su sobrina.

En aquella época el distinguido diplomático estaba ocioso y sin duda quiso distraerse con la devolucion de las cartas exigidas por la joven viuda. Quizá le halagó la idea de procurarse una pequeña venganza, comprendiendo que á veces una broma, atenía el disgusto y el ridículo de una situación. Habiéndose puesto de acuerdo con la generala en los detalles del tratado, apenas volvió á su casa, el conde despidió á su ayuda de cámara, y abriendo uno de los cajones de su mesa de estudio, sacó un paquete de cartas atado con una cinta de seda azul.

Contempló un rato, tal vez embelesado en sus recuerdos, y despues se acostó.

Tuvo un sueño, pero yo no le referiré, limitándome á hacer una ligera observacion.

Nuestros abuelos de la antigüedad y nuestros antepasados de la Edad media, no conocieron el uso de las correspondencias amorosas en que tanto abundan las modernas novelas. Sin recurrir al manual epistolar, vivían, trabajaban, combatían y hacían el amor, pero sin frases. Para demostrar su pasión se limitaban á dar pruebas materiales de ella. Comprendo que el *Manual de escritura*, sólo esté en uso entre la gente cursi y ordinaria; pero no me explico la moda, que por fortuna ya va pasando, de escribir cartas y cartas; especialmente por parte de las mujeres, entre las cuales hay algunas para quienes el amor es el pretexto y la correspondencia amorosa el verdadero fin. Laura no se halló en este caso, y por lo tanto sus cartas no eran muy amorosas, pero estaban escritas con la expansion de un corazon juvenil que se despierta á las inocentes emociones de la pasión.

La generala y el conde habían convenido en que Laura recibiría á éste todos los días á la una de la tarde. La linda viudita había designado esa hora fastidiosa que media entre el almuerzo y el pascio, suponiendo que la conversacion de un hombre tan inteligente y distinguido la distraería.

Recibió, pues, al conde en su gabinete que era una especie de santuario de elegancia y de buen gusto. Las paredes estaban cubiertas de blanco satén y veíanse por todas partes esos mil objetos frívolos pero costosos, en los que se adunan el arte y la riqueza.

Una chimenea encendida daba suave calor á aquel templo de lujo y de belleza.

Laura, envuelta en un blanco peinador, estaba media tendida en un sofá forrado de rojo azul sobre el cual descansaban los graciosos contornos de su cuerpo.

Indicó al conde que se sentase en un sillón; hizo lo éste y sacando una carta del paquete se la presentó á Laura, diciendo:

—Confío en la buena fe de V. y espero que leerá esa carta sin saltar un renglón.

Ella la tomó en silencio, leyóla con detenimiento, sonrió mirando al conde, y arrojóla al fuego de la chimenea.

El conde exhaló un suspiro casi imperceptible.

Hablaron de cosas indiferentes, y transcurrido un rato, aquel se retiró.

III

Esta escena se repitió al siguiente día, y todos los demás. Las cartas se iban quemando una por una, contrariando un tanto á la generala que hubiera querido leerlas.

Laura se iba poniendo cada día más pensativa.

—Esto va á ser interminable,—decía la generala.

—No, tía, las cartas no son muchas. Además, tú tienes la culpa; tú has arreglado las condiciones.

—Ya... pero...

—Dentro de unos días el holocausto se habrá consumado y demos gracias al cielo de que no sea una hecatombe.

La generala estaba inquieta. El baron, que la había tomado por confidente, se quejaba de la frialdad de Laura en sus relaciones con él, que ya debían ser más íntimas, y además observaba que el conde presentaba cada día un aspecto más satisfecho que contrastaba con el preocupado y meditabundo de aquella.

Respecto á Laura, preciso será hacerse cargo de que casada casi niña con un viejo, dichoso porque era envidiado por su union con una joven bella é inteligente, no pudiendo sentir amor por su marido, aunque sin filtrar á sus deberes, había buscado en la coquetaría de hacer resaltar su hermosura, el medio de colmar, en parte, el vacío de su existencia. Acostumbrada ó resignada al matrimonio sin verdadera afecion, en el segundo enlace que le había propuesto y que ella aceptó, creyó ver una continuacion del primero; es decir, un marido oficial, un hombre entrado en años que no aspiraría á hacerse querer, pero que en cambio se dejaría dominar.

La generala había alentado estas ideas en su sobrina, porque como mujer un tanto gastada, prefería el rendimiento de la vejez á las exigencias de la juventud: «un marido, dice, debe ser una *contrata en blanco*, no un *pagaré apremiante*» y bajo estas bases arregló la boda de Laura con el baron.

Pero su instinto hacíala presentir que iban á fallar sus cálculos y á quedar maltrache su fama de casamentera. Comprendía la superioridad del conde, pero se compadecía del ridículo desengaño que amagaba al baron.

Laura, entre tanto, recibía á aquel todos los días, leía las cartas que la daba; pero ya no las arrojaba al fuego; es más, leía á sus solas las que ella conservaba escritas por el conde, que este se guardó muy bien de reclamar.

Al propio tiempo que la joven viudita recordaba el pasado, haciendo que reconociese la niña inocente en la mujer elegante y enteramente formada, el conde, que sólo había pretendido vengarse de la frialdad ó mejor dicho, frialdad de Laura que presenció tan fácilmente de las impresiones de su primera juventud, como lo probaba su segundo matrimonio concertado, sintió fundirse el hielo de su corazon al contacto diario de aquella mujer tan bella.

El effluvio amoroso había envuelto á ambos inconscientemente, los labios se sonrían y quien sabe si sus manos se encontraban con frecuencia bajo frívolos pretextos.

El primer amor triunfaba de sus destructores, probando que, como todas las cosas, á veces es verdad á veces no. Laura renacia á nuevas impresiones; el conde, nombrado para un alto cargo diplomático en el extranjero, buscaba excusas para permanecer en Madrid.

IV

Un día, estando ambos en el elegante gabinete de costumbre, muy cerca uno de otro, Laura recibió una carta, miró el sobre, se sonrió y cuando la hubo leído se encogió de hombros haciendo una graciosa mueca de desden. Excusado será decir que la carta era del baron y sabiendo la procedencia fácilmente se adivina el sentido. El desechado amante, en vista del mal aspecto que presentaban sus esperanzas, y considerando la triste figura que hacía, había determinado devolver su palabra á la mudable viudita.

Esa se levantó lentamente del sofá en que estaba reclinado y con cómica gravedad arrojó la carta al fuego de la chimenea, diciendo:

—El fuego dentro del fuego. Vea V., conde, cómo se desvanecen las ilusiones.

—Certamente, es peligroso jugar con fuego.

—¿Lo sabe V. por experiencia?

—Lo sé por realidad...

En este momento entró la generala y casi sin saludar se dejó caer en un sillón diciendo:

—Laura, ¿será posible lo que he sabido? ¿Qué debo pensar? ¿Cómo explicarme esta campanada? ¿Con que el baron se ha ido hoy por la mañana á Italia?

—¿Qué importa?—observó Laura.—¿A qué viene esa inquietud? El baron es ya talludito y puede viajar solo.

—Yo no me inquieto precisamente por él sino por mí; me había hecho hasta cierto punto garante de nuestro matrimonio y he comprometido mi reputacion de formalidad. Vamos, dime, ¿no hay medio de arreglarlo? ¿Será irremediable esta locura incomprensible?

Laura no respondió.

—No me t. ngas en la ansiedad, contesta, detesto los enigmas; en mi vida he podido acertar ni uno... y V., señor conde, ¿puede decirme lo que esto significa? ¿Estas visitas diarias é interminables, esas estupidas cartas?...

—¿Cómo estupidas, señora?—interrumpió el conde con fina sonrisas.—sepa V. que debo la existencia á esas preciosas misivas.

—La existencia del alma, ¿se ha hecho V. romántico?—No, señora; la existencia del cuerpo, supuesto que el alma no puede morir.

—¿Sensibilistas!

—Verdades, hechos materiales, talismanes en pleno siglo XIX...

—¿Cómo es eso, conde?—interrumpió Laura que había oído sonriente el tiroete entre su tía y este.—¿Qué dice V. de talismanes?

—Y no me atrevo á decir reliquias por respeto á las cosas sagradas. Es una historia de buena fortuna y de corazon.

—Nunca me ha hablado V. de ella.

—Ahora lo haré obligado por la generala, que ha calificado de estupidas mis cartas, ó mejor dicho, las de V.

—Y nosotras, supongo que las dos, la oiremos con interés.

—Es sencilla y sin embargo trascendental.

—Eso la hará doblemente interesante.

—Cuando hace años, en la época en que V., Laura, y yo éramos pollos, mi tania me vió triste y desalentado; comprendió que un amor sin esperanza atormentaba mi corazon. El instinto paternal advino que una rubita muy bella, poseedora de una gran dote muy solicitada y que se parecía mucho á V., motivaba mis pesares; pues, por entonces, seguindon en mi familia y sin carrera, yo no podía aspirar al logro de mi amor. Mi padre solicitó y obtuvo para mí un puesto de agrogado en la embajada de España cerca de la corte de Italia. A poco tiempo de haber tomado posesion de mi plaza, una mañana, en un almuerzo de jóvenes diplomáticos, un segundo secretario, algo indiscreto y presuntuoso, se permitió ciertas alusiones inconvenientes con referencia á la rubita de que ántes he hecho mencion.

—¿Ah! ¿cómo es eso?

—Entre otras cosas duras le dije que mentía y por consecuencia fué inevitable un duelo.

—Nos batimos con espada española; yo casi no sabía tenerla en la mano, pero estaba escrito, como dicen los malhectaneros, que no había de morir, quizá porque mi vida no me pertenecía por completo. Mi adversario corazon con su espada con la mía, con el aplomo que da el conocimiento del arma que se maneja. Despues de haber agotado mis fuerzas pretendiendo inútilmente tocarle, me tendí á fondo impaciente y me descubrí por entero; él aprovechó la falta, y su espada, resbalando en mi pecho, se clavó en mi hombro izquierdo. El golpe era raro, la desviacion nada frecuente; pero Vds. lo comprenderán cuando sepan que yo llevaba sobre mi corazon una carta que contenía un paquete de cartas.

—¿Ah!

—Las estupidas cartas, que Vds. recientemente me han reclamado, me habían salvado la vida.

Laura se arrojó al cuello del conde. La generala estaba conmovida y cavillosa.

—¿Será verdad—dijo—las cualidades que se atribuyen al primer amor?

—¿Quién lo duda?—contestó el conde.—Una vasija nueva conserva siempre el olor del primer líquido (excepto el agua) que contuvo; del mismo modo el corazon guarda casi siempre el recuerdo de sus primeras impresiones.

RAFAEL TRILLO DE MERELO

SALDO DE CUENTAS

Al empezar mis amores en mi corazon guardaba es cogido de rigores, mientras mi madre apuntaba sus desdenes ó favores.

Algun tiempo fué pasado, y dije mi madre un día:

—¿Qué tal se porta, hija mía, el hombre que has adorado con tan ciega idolatría?

—Él siempre me ha sido fiel, jamás perturbó mi calma; y cómo ha de ser cruel si sabe, madre del alma, que yo no vivo sin él?

Calló mi madre, y sacó de su bolsillo un escrito; con ternura me miró y con dolor infinito estos apuntes leyó:

—Finezas; hasta tres cuento. *Malas partidas*; cuarenta. Hija, decirte siento, pero lleva mal la cuenta tu amoroso pensamiento.

Te hizo alguna vez reir en cambio ¡cuántas llorar! No me trates de engañar. ¡Si yo te escuchó geniar en tu penoso soñar!

—No me acuerdo de ese llanto ó me es infiel la memoria. En cambio he gozado tanto cuando me dice «mi encanto», cuando me llama «mi gloria!»

—Escribes tú mis favores con tinta, niña querida, y con lápiz sus rigores; así se borra en seguida la cuenta de tus dolores.

Leyes del cariño son que, siempre al perdon propicio, el amante corazon grave en cera la traicion y en acero el beneficio.

NOTAS DE MI VIAJE

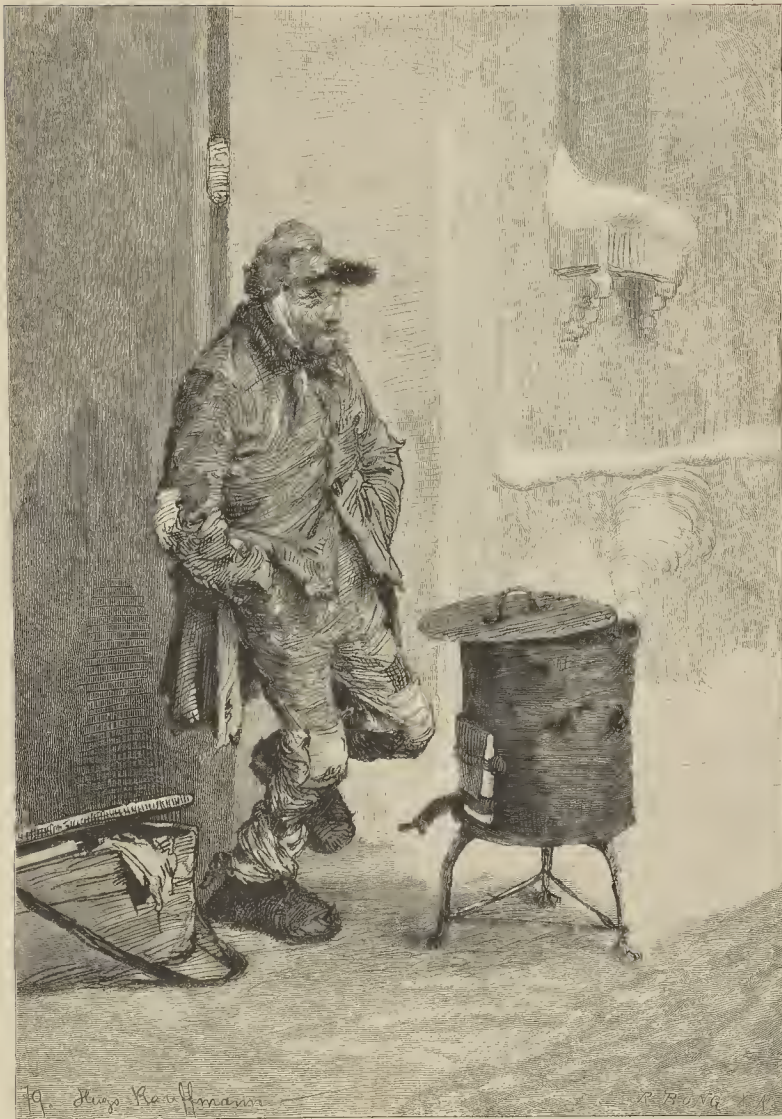
III

EN TOLEDO

Al recorrer siendo niño las gloriosas páginas de nuestras crónicas, sin saber porqué y sin acertar entónces á darme cuenta de mis impresiones, leía siempre con visibiles muestras de profundo interés y singular curiosidad cuanto con la historia particular de Toledo se relacionaba. Andando el tiempo y á medida que los sacudimientos de las ideas despertaban en mi mente más y más dilatados horizontes, aquella informe silueta, que por decirlo así, yo habia ido formando con la fantasía en el interior de mi cerebro, iba adquiriendo más determinadas formas, y de igual modo que en el lienzo, despues de dibujado, comienza el pincel á esmaltar con brillantes colores las figuras que han de componer el cuadro, así yo iba insensiblemente ataviando los juveniles y descarnados contornos con ricas presas, con soberbias estofas y con el lujo y pompa que cien generaciones han ido acumulando sobre la imperial ciudad.

Han pasado muchos años desde entónces y las imágenes creadas, cada vez aparecen á mi vista más deslumbrantes y magníficas, á medida que el estrecho círculo de mis conocimientos se ensanchaba; lo que al principio fué sólo débil sombra, llegó un día á convertirse en colosal figura, el sueño del adolescente trocés en la más espléndida imagen de la realidad y las sencillas narraciones que deleitaron al niño fueron luego epopeya asombrosa para el hombre. Yo sentía en el fondo de mi alma irresistible entusiasmo hacia sus héroes, admiraba las grandes maravillas con que el arte clásico, el visigodo, el árabe y el cristiano formaron la inmortal diadema con que ceñir la frente de la insigne ciudad, y nacido en Andalucía, á la sombra de los naranjales y de las palmas, alumbrado por su brillante sol y por sus crepusculos de grana, cuyos últimos rayos iluminan de fuego los calados arabescos de la gran Giralda, los almenados antepechos de las *asimanas* y los chapiteles y cúpulas de azulejos de los templos; aquí, en este privilegiado suelo en que se ven crecer entre las grietas de las ruinas flotantes matas de resedá ó de campanillas más azules que el cielo, donde á cada paso encuentra el poeta una leyenda y el artista un cuadro, donde la poesía, el amor y el arte viven tan íntimamente unidos que casi se confunden y no pudiendo ya caber en el estrecho límite del corazón rebosa á los labios del pueblo y sale al exterior, por medio de un millón de cantares, que cada uno de ellos es una esperanza, un gemido ó una vibrante nota arrancada á las cuerdas del sentimiento; en este pueblo en que todavía se conservan vivas cien tradiciones y cien costumbres, ora religiosas, ora profanas, en que sólo nos basta volver los ojos para encontrar el modelo típico y acabado de las razas abortadas por el desierto, es fácil, ó mejor dicho, forzoso, sentir ese mismo ambiente que refresca las vegas de Toledo, ese purísimo sol que borda con aristas de oro los lineamientos de sus torres y de sus palacios y esa aureola de gloria que todo lo envuelve y rodea y que á pesar de las vandálicas irrupciones de la edad presente subsiste y subsistirá siempre, porque están animados por el potente soplo de la inmortalidad.

Cuando á mis oídos llegaban las soñadas descripciones



EL VENDEDOR DE CASTAÑAS EN PARÍS, dibujo por Hugo Kauffmann

de sus alcázares, de sus templos, de sus calles y casas, cuando en el largo trascurso de los siglos veía aquella ciudad trocando el severo fausto de los monarcas visigodos por la deslumbradora y sonriente pompa de los Amires toledanos, y esta última, ceder al cabo su imperio á las grandiosas manifestaciones del arte cristiano, inquieto el corazón dentro del pecho, pugnaba por contemplar las magníficas reliquias conservadas al presente, que yo imaginaba encontrar por todas partes, sorprendiéndome á cada paso con el elocuentísimo lenguaje de los recuerdos. La piqueta demoleadora de la civilización, ó más bien, las llamadas exigencias de nuestra época, han ido paulatinamente despojando de su antiguo carácter á la que un día fué corte de los monarcas abbaditis; más dichosa Toledo ha podido resistir al invasor torrente y por eso todavía se nos muestra asentada sobre la gran colina, defendida por sus murallas y torreones, rodeada de huertas y vertedales que el Tajo fecunda, no sin que ántes pague el tributo de sus aguas á las moriscas acequias repartidas por sus márgenes, cubriéndolos de névres espumosas que al precipitarse en sonorans cascadas, recuerdan durante el silencio de la noche el lejano ruido de numeroso ejército. Bullían desordenadamente dentro de mi cerebro las antiguas memorias de su perdido esplendor con las realidades presentes; los empolvados cánones de sus concilios con las leyendas de la Edad Media, los altos hechos de Suintila, Recaredo y Wamba, con las cantigas de los trovadores, el saber de sus famosas Academias de astronomía y jurisprudencia, con el relato de sentidas y poéticas tradiciones; junto al alminar

mahometano veía alzarse las agujas y flechas de su catedral, junto al elegante arco tímido, coronado de almenas, las macizas arcadas bizantinas y al par de las gallarda ojivas de los ábsides del siglo xv, de los dorados altares mudéjares, de las celosías de mármol y de alabastro, de los tópicos pérsicos y de las pintadas alfáfnas de la India, los chapiteles de los conventos, los destrozados caserones del tiempo del Emperador, los santuarios cristianos, las bóvedas del Renacimiento, los dorados retablos de la decadencia y la enhiesta cruz con los brazos abiertos revestida de madreselvas y amapolas, llamando hácia sí, abarcando, confundiendo tantos y tan discordantes elementos, para que todos juntos, estrechados por el inquebrantable vínculo de la idea, llegasen á producir en el artista el sagrado fuego del entusiasmo y de la inspiración. Así de este modo soñaba yo á Toledo; viendo resaltar sobre el diáfano azul de su cielo, los oscuros sillares que acreditan su grandeza, y no es por tanto extraño que anhelara vivamente encontrarme en aquel recinto, que me habia complacido en poblar con las quiméricas fantasías de la imaginación y con el cual me hallaba identificado desde niño.

Llegó al fin el ansiado día en que tantos descos y tantas esperanzas se realizaron: una tarde el tren que salía de Madrid me condujo en breves horas á las orillas del Tajo; no sé el cúmulo de ideas que pesaban sobre mi frente, ni hoy puedo darme cuenta de las inverosímiles historias que iba forjando en el silencioso laboratorio del cerebro, muchas de las cuales terminaba, mientras que otras amontonábanse con las anteriores; de algunas sólo trazaba el es-

bozo y las más quedaban desnudas de los atavíos necesarios para ofrecerlas al público.

Yo tenía la cabeza asomada á la ventanilla del coche para no perder una sola nota del cuadro que iba á contemplar. La negra silueta de la ciudad fué mostrándose á mis ojos paulatinamente, y poco á poco comencé á distinguir la línea negra que formaban sus murallas con los elevados torreones; por cima de éstos, agujas, chapiteles y cúpulas, más arriba otras líneas de construcción tortuosas, quebradas, de indefinibles formas, y en lo más alto, como gigantesco vigía de la población, la negra masa del alcázar de Cárlos V. Á mis pies las rocas, y algo más allá, resacando sobre el fondo verde oscuro de los árboles, cual enorme serpiente con brillantes escamas, retorcíase el Tajo, sobre cuyas ondas riaban débilmente algunos rayos de luna, á través de espesos nubarrones. De una ojeadá que me abarcaba todo y ora miraba á lo alto de la colina, ora al abismo ó á las extensas vegas que rodean la ciudad. Al fin entré en Toledo: á medida que subía la empinada cuesta por todas partes aparecían nuevos motivos de sorpresa ó admiración: pasé bajo los arcos del famoso puente de Alcántara, en el primero de los cuales comiénzase á vislumbrar la decadencia artística que se manifiesta en los tiempos de Felipe III, mientras que el segundo ostenta el espíritu guerrero de la Edad Media, y ascendiendo aún más, al volver un recodo, mostróseme gentil y elegantísima la puerta del Sol, flanqueada de torres, con su antepecho de almenas, sus curiosos matacanes, sus arcos tímidos y sus ornatos de ladrillo cortado, formando arque-

ras, elocuente muestra del arte mauritano: entonces sí me pareció que pisaba el mismo polvo que hollaron sus Amires y Reyes, y hasta por aquellos instantes busqué con afán el sitio de la clave del arco, creyendo encontrar pendientes de una escarpia las lividas cabezas de algunos rebeldes colocadas allí para público escarmiento.

Una vez hospedado y cerca ya de la media noche, salí a recorrer las calles entrando por aquellas más tortuosas y estrechas: todo cuanto yo había fantaseado ¡qué débil é incoloro me pareció á la vista de la realidad! Toledo puede sentirse, pero á lo ménos para mí es indescriptible: sus misteriosos encantos, el espíritu de tristeza y de melancolía que lo anima, el ambiente que se respira, los recuerdos que por todas partes nos asaltan y los mudos fantasmas que se agitan en las sombras de sus lóbregas y solitarias calles, de sus abandonadas plazas, bajo los cobertizos de alerce ó los enormes guardapolvos de sus balcones, el conjunto en fin que toda la ciudad presenta, no es dado á la pluma expresarlo tal cual es; podremos acercarnos algo á la verdad, empero siempre habrá la distancia inmensa que separa al eco producido por una vibración musical, de la nota misma donde tuvo origen, al rayo de sol que nos alumbra, del astro que le dió vida, á la gota de agua, salpicada por la ola que abortó el Océano. El religioso silencio de aquellas revueltas callejuelas ni aún siquiera me atrevía á interrumpirlo; andaba sin darme cuenta, como si temiera que el rumor de mis pisadas inquietase en su reposo de tantos siglos á los manes augustos de sus reyes, de sus guerreros y de sus sabios: á cada instante me detenía para ver, ora las ornamentadas columnas de un palacio convertido en meson, ora el enorme escudo de pizarra, coronado de innumerables lambrequines, medio oculto por algún letrero con abigarrados colores. No ví nunca en una corta extensión en que se alzasen varias casas la línea regular y monótona de las grandes poblaciones; junto á la destaralada vivienda del magnate, levantada en el siglo XVI, restos de construcción de casas mudéjares conservando trozos de almocárabe con inscripciones africanas y alguna desventajada celosía: inmediata, alzándose más cual si pugnasen por ostentar sus primores, velanse los ornatos medio platerescos, medio ojivales de otra, que tenía por vecinos los altísimos muros de algún convento, con su campanario de espadaña y sus mil huecos abiertos caprichosamente, como riéndose de todas las reglas curfúnicas, coronando el todo, enormes aleros que envolvían en sombras el tercio superior del edificio. La estrechez de la calleja por que me proponía entrar era tanta, que apenas pe-



COGIDO INFRAGANTI, cuadro por C. Ziermann

netaban en ella algunos rayos de luna, formando los más negros baticantes; su piso tan desigual é inclinado que al asomarme á su entrada parecíame estarlo á la de un abismo. Sin saber por qué había llegado hasta el centro de la antigua judería; acaso me encontraba en su famosa Alcaña, donde por espacio de siglos moraron los más opulentos hebreos y los más sabios rabinos: por allí habían pasado mil veces los almojarifes y tesoreros de nuestros reyes y acaso en el sitio en que se levantaron, andando el tiempo, las miserables casas que contemplaba, estuvieron establecidas las doctas academias y aljamas, refugio de los salvados restos de las renombradas Escuelas de Sevilla

los campos de Andalucía.

No podré olvidar nunca la impresión causada por aquellas notas, que al despertar con fuertes sacudidas á mi espíritu de su profundo letargo; traían á la cabeza tantas inefables memorias de fechas, nombres y cosas pasadas, que yo juzgaba muertas y que entonces se levantaron como mudos espectros, sonrientes unos, tristes los otros, de lo íntimo del pecho.

(Continuará)

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ



MUERTE DE CALÍGULA, cuadro por Alma-Tadema

EL SALON DE LA MODA

Los que deseen suscribirse únicamente á este periódico por anualidades, semestres o trimestres, con pago anticipado, deberán regirse por la siguiente nota de precios:

EN ESPAÑA, un año, pesetas 16. — Seis meses, pesetas 8. — Tres meses, pesetas 4,50. EN PORTUGAL, un año, 3000 réis. — Seis meses, 1500 réis. — Tres meses, 900 réis. Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes.

Se admiten suscripciones en todas las librerías y centros de suscripción.



AÑO III

← BARCELONA 21 DE ENERO DE 1884 →

NÚM. 108

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TITANIA, grupo escultórico por Efraim Keiser

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—UN MILAGRO DEL INSTINTO, por don Félix Rey.—**EL TRAFÓ Y EL PAPEL**, por don Miguel de Palacios.—**SÉPTIMA CONFERENCIA DE LA ASOCIACIÓN GEOGRÁFICA INTERNACIONAL EN ROMA**, por don E. Benot.—**NOTAS DE MI VIAJE (Conclusion)**, por don José Gestoso y Perce.

GRABADOS.—TITANIA, grupo escultórico por Efraim Keiser.—**PASEO SOLITARIO**, cuadro por J. R. Wehle.—**EL ABUELITO**, cuadro por J. Gascoñe.—**MARCHÓSE!** dibujo por W. Tangley.—**JAQUE-MATE**, cuadro por Enriqueta Ronner.—**EL DOMINGO**, cuadro por Otto Kirberg.

NUESTROS GRABADOS

TITANIA, grupo escultórico por Efraim Keiser

El autor de ese admirable grupo es un norte-americano que ha demostrado la perfecta posibilidad de que en los Estados Unidos nazcan grandes artistas, ni más ni menos que nacen grandes comerciantes y portentosos inventores. Keiser tiene apenas 33 años y verificó sus primeros estudios en la Academia de Munich; de aquí pasó a Berlín, donde ganó en buena lid el premio del pensionado de Roma. La ciudad eterna del arte fue la primera en admirar ese grupo representando a Titania, la diosa de los silfos (genios del aire); que hoy es otro de los motivos de orgullo nacional en el museo de Cincinnati.

Aparte de las condiciones artísticas que avaloran esa escultura, los inteligentes han aplaudido con entusiasmo el mérito que revela la singular unión de la estatua a la carroza de flores, unión verificada por la simple punta de los pies, que apenas parecen hollar la hoja en que se apoyan. No es mérito atrevido, elegante y natural la estatua del geniecillo que complementa el grupo. El arte moderno ha conquistado una joya; los Estados Unidos un timbre más.

PASEO SOLITARIO, cuadro por J. R. Wehle

Lugar de la escena: un bosque frondoso junto a un manso lago.

Personajes: él y ella.

Semi-personaje: un perro.

Edad de los tres en junto: cuarenta años.

Detalles importantísimos: una barca en el lago, un sombrero de mujer en la barca, un lítigo en la mano del mozo-bate.

El sombrero revela ser de la joven, quien ha venido embarcada, bajo la sola vigilancia del perro.

El lítigo demuestra que el galán ha venido a caballo.

Es decir, que cada personaje ha venido por su lado al sitio de la cita, lugar a cubierto de miradas indiscretas.

Luego no son marido y mujer, porque los esposos, por mucho que se quieran, no se dan citas misteriosas, ni menos acuden a ellas *de ocultas*. El matrimonio no tiene por qué esconder su afecto, porque es santo y respetado por la sociedad.

Asunto del cuadro en definitiva: dos amantes que se ven de tapadillo. Esta clase de entrevistas casi nunca acaban en bien: así se veían Romeo y Julieta, y todos sabemos en qué pararon los enamorados de Verona.

No hay soledad que evite una catástrofe.

Si a menudo se dice que las paredes oyen las palabras pronunciadas indiscretamente, ¿cómo no se ocurre a nuestra pareja que el viento puede llevar a donde no convenga las frases de una pasión que estalla en la intimidad de un paseo solitario?

Nuestra pareja se halla sumamente comprometida. Por desgracia, el único que está alerta es el perro de la barca; pero ¿qué enorme atención atiende las advertencias de un perro, por más que existan cien anécdotas conformes en comprobar su privilegiado instinto?

EL ABUELITO, cuadro por J. Gascoñe

Defese conumente que los abuelos son dos veces padres y que los viejos son dos veces niños. Por esto los niños, que conocen el punto fijo de cuantas personas se hallan en contacto con ellos, prefieren generalmente la compañía de los abuelos a la de los mismos padres. Cierto que, en el orden social, padres y abuelos representan a la autoridad en la familia; pero la autoridad de los primeros es, digámoslo así, de carácter permanente; al paso que la de los segundos se halla templada por las mismas debilidades de la edad y cuya puede confundirse con la de aquellos funcionarios cuyas atribuciones se reducen al uso de uniforme en las grandes solemnidades.

El padre está siempre dispuesto a reprender; el abuelo está siempre en disposición de perdonar; de suerte que en los frecuentes juicios orales de las familias, los propios hacen veces de magistrados, los hijos de reos y los abuelos de abogados defensores. Y cada uno se halla en su sitio... Es la perpetua ley del equilibrio, sin la cual no existiría la sociedad.

En nuestro cuadro, el bondadoso abuelo construye una cometa para diversion de sus nietecitos, y de fijo que el placer que estos experimentan aguardando la posesión del juguete, no iguala a la satisfacción con que aquel se lo fabrica. Es muy posible que el padre no se halle del todo conforme con el peligroso juguete; pero ahí estará el abuelo volviendo por sus nietecitos, para quienes guardará siempre sus palabras más dulces, su sonrisa más afable y el terror más grande del azucar que le sirven con el café que se permite tomar los días de fiesta.

¡MARCHÓSE! dibujo por W. Tangley

Marchóse, sí, dejando a la pobre niña sumida en la mayor aflicción. Marchóse, pero él volverá, pues no es po-

sible que durante su forzada ausencia olvide que deja un corazón que sólo palpita por él, un alma que por él alienta. Si sus negocios ó su profesión le obligan a separarse de su amada, regresará para ofrecerle, juntamente con el fruto de sus trabajos, la mano y el nombre de que es digna.

Así se lo persuade a la triste niña su anciana madre, mientras contempla por la ventana como surca las olas el barco en que se aleja el hombre adorado; pero las reflexiones maternas son impotentes para mitigar la primera impresión de dolor, y por eso la doncella permanece con el rostro oculto entre las manos, humedecidas por el llanto.

Turna es la escena, que el aventajado artista, sin echar mano de accesorios ni detalles superfluos, ha representado en pocos rasgos con acierto y fácil ejecución, y con esa sobriedad que es la mejor prueba de que se está en el pleno dominio del estudio de las figuras y de la naturaleza.

JAQUE-MATE, cuadro por Enriqueta Ronner

Alejandro Magno cortó el nudo gordiano: esos felinos han resultado, por un procedimiento análogo, un problema de ajedrez que tenía preocupados a dos jugadores de primera fuerza.

El gato es un animal que se pinta solo para cometer travesuras y que se presta de una manera admirable a asuntos graciosos como el de nuestro dibujo. Tiene movimientos cómicos, actitudes elegantes y una vivacidad en la fisonomía que permite hacerle expresar variados sentimientos. Algunos artistas han sabido aprovechar estas condiciones y ejecutar con tales protagonistas bonitos cuadros, como el de nuestro grabado.

EL DOMINGO, cuadro por Otto Kirberg

Dios descansó el día séptimo de su obra; y si Dios hubo de descansar ¿cómo podría pasarse sin descansar la débil criatura? De aquí el domingo, es decir, el asunto; lo cual no quiere decir que el que suspende su trabajo el día festivo, se acuerde siempre de Aquel que dió el ejemplo. Hay maneras muchas de santificar la fiesta: los pueblos del norte son en este punto algo más ejemplares que los del mediodía; sus habitantes, por regla general, se reúnen por la mañana en la iglesia y por la tarde en familia. El hogar de la familia morigerada es otro templo.

La discreta conversación, amenizada con un poco de música más ó menos complicada y sazónada con sendas jarras de cerveza en verano ó de humeante té en invierno, hace deslizar, apacibles y gratas, las horas que otros desperdician en devaneos pueriles ó en distracciones fatigosas y hasta perjudiciales.

Nuestro cuadro representa una de esas escenas; su impresión es grata; cualquiera comprende que si en el interior de ese hogar no existe el lujo tal como lo entiende el poderoso, hay, en cambio, lujo de tranquilidad, lujo de unión cordial, lujo de conciencia satisfecha, lujo de bendición de Dios. Es seguro que mientras tiene lugar ese frugal refrigerio, se está celebrando algún opíparo banquete en el palacio de algún monstruo de la fortuna. Pues bien, si pudiéramos comparar esta escena con la escena de nuestro cuadro, estamos persuadidos de que un movimiento impulsivo llevaría a todas las almas sensibles a pedir con preferencia una modesta taza de té en la pacífica morada del pobre.

UN MILAGRO DEL INSTINTO

(Cuento invernal)

Poco antes del anochecer de un caluroso día del mes de agosto, dos hombres sentados en sendos taburetes hablaban junto a la puerta del cortijo de San Rafael, situado en la falda de la Sierra de Córdoba.

Uno de ellos era ya entrado en años y los disgustos ó las enfermedades habían marcado en su semblante un profundo sello de tristeza; el otro, alto, moreno y agraciado, estaba en la flor de su juventud.

El primero se llamaba el señor Pablo; el segundo, Juan Antonio.

Ambos vestían el airoso traje de cortijeros acomodados. Al lado del joven dormitaba tendido en el suelo un hermoso perro canelo, pacho, perdiguero de dos narices. Junto a la puerta del cortijo, apoyadas en la pared, había una escopeta de dos cañones y una carabina.

—Tuve que despedir á Morenillo—dijo el señor Pablo, prosiguiendo la conversación—porque era un criado inútil é inaguantable. Borracho, holgazán, arisco y ladrón, me quemaba la sangre. Ya lo decía yo; quien mal anda mal acaba, y él ha venido á parar en facineroso, saltador y secuestrador....

—Es una vergüenza, señor Pablo,—interrumpió el joven,—del ladrón Pacheco al más ladrón Morenillo. ¿Cuándo se verá libre de tunantes la serranía?

—Nunca, muchacho, nunca. Se persigue algo el contrabando porque eso interesa más al gobierno, pero los facinerosos siempre harán de las suyas; el terreno les ayuda, los campesinos les temen y les hacen capa y la Guardia civil conseguirá lo que Casca-ciuelas.

—Hizo V. bien en despedir á ese pille.

—¡Ay! ¡muchacho! líce muy mal,—repitió el señor Pablo exhalando un profundo suspiro.

—¿Pues qué, supone V. que el Morenillo mató á Martín?

—No lo supongo, tengo la certeza. Tú estabas en Utrera y no te has enterado. A poco tiempo de salir despedido

de mi casa, el Morenillo, llevado de su holgazanería y perverso instinto, comenzó á cometer fechorías. Una mañana al levantarme me encontré un papel que habían echado por debajo de la puerta del cortijo. Estaba escrito: «Yo de ese facineroso y poco más ó menos decía así: «Querido antiguo amo; yo estoy sin una mota y V. tiene cuarenta mil reales guardados; esto no es justo. Sé que ese dinero está depositado en Córdoba; si no, ya hubiera yo ido por él al cortijo, y por eso le doy á V. cinco días de término para que me lleve doscientos pesos á las peñas que están cerca del *Olivar Grande*. Allí le aguardo á V. el viernes á las siete y media en punto de la tarde. Si V. es tan pereoso que no va, despídase de su hijo Martín.»

—¡Tunante!—exclamó Juan Antonio;—¿y V. qué hizo? —Dí parte á la Guardia civil, porque aunque yo sabía que el Morenillo es capaz de todo, no creí que llegase á tanto y porque además, esos treinta, no cuarenta mil reales, no son míos sino de mi hija á la que se los dió por vía de dote la señora Condesa de T.... á quien mi difunta mujer ha criado.

—Bien, ¿y qué, señor Pablo?

—Los Guardias se apostaron en el campo, ocultándose lo más posible, yo fui al sitio indicado haciendo como que llevaba el dinero; pero ese infame se comió la partida, y no pareció. ¡Si yo hubiera sabido lo que iba á suceder! ¡Pobre hijo mío!—y el señor Pablo se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo demás ya lo sé,—dijo el joven.—Una mañana encontraron á Martín en el camino de Córdoba atravesado de tres balazos. ¿Y ese asesino continúa en la Sierra? ¿y nunca será castigado?

—¿Qué quieres? se le ha perseguido, pero es imposible dar con él. Tiene todas las malas cualidades de su oficio. Es sagaz, ágil, sereno, conoce el terreno mata por mata y cueva por cueva; sería preciso un milagro.... Yo no vivo ni sosiego, no por mí que ya soy viejo y no me importa morir, pero tengo una hija....

—¿Pues qué?—interrumpió Juan Antonio con vehemencia.—¿V. cree á ese bandido capaz?...

—Mira, muchacho,—dijo el señor Pablo sacando un papel del bolsillo del chaleco,—lee eso.

El joven leyó, con el rostro imitado:

«Querido y antiguo amo: perdono á V. su poca formalidad en acudir á las citas acompañadas, mas espero que no se repita. Estoy otra vez en quiebra y vuelvo á citar á usted junto al *Olivar Grande*. Es un sitio muy ameno, en el que yo *lo veo todo*. Esta vez hará el favor de echarse en el bolsillo cuatrocientos pesos; pues como V. recordará, me debe doscientos de la vez pasada. Le advierto que son inútiles los testigos de vista y que la hora más á propósito es la de las siete, porque ya no hay día para nada; usted es viejo y necesita que le cuiden; supongo que no querrá separarse de su hija Mari-Nieves, que es una guapa muchacha, como se separó de su hijo Martín (Q. E. P. D.).

«Creo que para el martes ya habrá podido traer el trigo de Córdoba.»

Cuando acabó de leer, Juan Antonio estrujó el papel entre los dedos. La emoción le impedía hablar.

II

—Ya ves—dijo el señor Pablo—que no me asusto sin motivo y que necesito tomar una determinación. Es inútil que dé parte por segunda vez; ese facineroso no caerá en el lazo. Puedo disponer del dinero que me pide, pero sobre quitárselo á mi hija, no servirá más que para retardar el golpe. El Morenillo me odia de muerte desde que lo despedí.

—Pero dejar su casa, sus costumbres, su modo de vivir.... ¡Ay señor Pablo! ¿lo ha pensado V. bien?

—Muchacho, tú no comprendes ó no quieres comprender. Sé que el abandonar mi cortijo, estos campos en que he nacido y me he criado, estos aires puros y saludables, va á costarme la vida; pero antes que todo es mi hija; ¡sí ella muriera! No quiero pensar en ello....

—¿No había un medio? ¿No ha discurrido V.?

—¿Qué he de discurrir, muchacho? Hace dos días que mi cabeza es una devanadera, pero nada. Vivo aislado aquí, en toda la serranía no hay más sitio habitado que el caserío de tu padre á un cuarto de legua. Ese granjato de Perico es más cobarde que un conejo y mi hija, ya ves, ¿qué ha de hacer la pobre? Así es que estoy en continuo sobresalto; por la noche cierro y atranco puertas y ventanas, pues ese bandido, el mejor día puede reunirse á otros de su ralea, y darme, no un susto, otra cosa peor.

—Es verdad.

—Hasta para salir á tomar el fresco á la puerta de mi casa, no me separo de la escopeta. Es una vida insufrible.

—Sí, señor Pablo, ya me hago cargo.

—Nada, nada, ¿cómo ha de ser! Ese tuno me cita para el martes, estamos en juéves; mañana, sin que lo sienta la tierra, hago mis preparativos; pasado mañana voy á los civiles y me traslado á Córdoba.

—¡Ay! señor Pablo, ¿cuánto lo siento!; ¿Cuánto lo va á sentir mi padre! ¿Se lo ha dicho V. ya á Mari-Nieves?

—Sí, muchacho, yo la sabe. ¡Pobrellita, cuánto ha llorado!

—¿Ha llorado?

—Pues claro. A ella como á mí no nos gusta Córdoba. ¿Qué vamos á hacer allí, de qué vamos á vivir? Aquí trapeáramos esto; estando yo aquí producía algo, pero.... ¿Qué le habremos hecho á Dios?—repuso el señor Pablo, poniéndose en pie y llevándose una mano á la frente.

En este momento salió de la casa una hermosísima

jóven, una de esas muchachas que sólo se ven en tierra de Córdoba, matronas en el desarrollo, niñas por la expresión inocente y graciosa, de ojos negros y cabellos castaños.

—¡Padre—dijo,—cuando V. quiera, ya está la cena.

El jóven, que también se había puesto en pie, la devoraba con los ojos.

—¿Quieres cenar con nosotros, muchacho?—dijo el señor Pablo.

—Muchas gracias. Es tarde y mi padre me estará esperando.

—Mucho ojo por el camino.

—¡Ca! no señor. Voy bien acompañado. Esta—prosiguió tomando la carabina que estaba apoyada a la pared—es una compañera segura.

—¡Es una buena arma!

—¡Y tanto! Dios se lo pague a mi amo el señor marqués que me la ha regalado: no falta nunca.

—Adios, pues, si no quieres acompañarnos.

—¡Buenas noches, señor Pablo; buenas noches, Mari-Nieves! El sábado ó domingo volveré por aquí á ver si ha habido alguna novedad.... Anda, Rastrojo.

Rastrojo era el perro perdiguero que ántes dormitaba. Su amo le llamaba así, porque le había encontrado recién nacido, junto á un lindero, abandonado quizá por su desnaturalizada madre.

Juan Antonio echó una postrera mirada á la muchacha, saludó con la mano y se alejó, no sin oír el ruido del cerrojo de la puerta del cortijo, que el señor Pablo cerró á piedra y lodo.

El jóven no fué á su casa directamente; dió algunos rodeos, andando despacio y cabizbajo. Indudablemente le preocupaba algun pensamiento; quizá recordaba los bullos ojos de Mari-Nieves. Durante el camino se sentió dos ó tres veces, quedándose abstraído y como si hablara consigo mismo.

Si el perro le miraba con inquietud, meneando la cola.

Una hora despues el jóven cenaba en compañía de su padre á quien no dijo una palabra de la conversación que había tenido con el señor Pablo. Se acostó más temprano que de costumbre y se levantó al rayar el día. Llenó un morral con las provisiones que pudo encontrar en la despensa, examinó su carabina, se ciñó una canana á la cintura, echóse una manta al hombro y salió del caserío, al parecer tan preocupado que no se acordó de su perro que estaba encerrado en el corral.

III

Subió á la sierra, porque el caserío estaba situado en el declive, y se encaminó directamente á una majada, que sin duda conocía, pues los pastores le recibieron con amabilidad. Habló un rato con el más viejo, y despues de beber el último trago de vino blanco, por vía de despedida, volvió á emprender su camino.

A la caída de la tarde se hallaba en lo más fragoso de la sierra, que no es lo más elevado, sino la falda, por la parte del Sur.

La atención de las facciones del jóven y el desorden de su traje, indicaban que la jornada había sido fatigosa. Solo en medio de aquellos verticuetos en donde apenas se encontraba alguna que otra senda, Juan Antonio echaba de ménos á su fiel Rastrojo, y deploraba el inexplicable óbvio de no haberlo traído en su compañía.

Poco ántes de anoecer, el jóven se hallaba hambriento y rendido de cansancio.

Llegó á un sitio en que una cortadura del terreno le permitió andar más. Delante de él había una hondata, formada por un enorme peñón á cuyo extremo tuvo que detenerse. La Peña ofrecía en su base un tajío que parecía la entrada de una cueva, pero que no lo era. Había allí restos como de una fogata apagada; sin duda los pastores ó los contrabandistas elegían aquel sitio resguardado para celebrar sus banquetes.

Juan Antonio se sentó en el suelo, en lo alto y al borde del peñón. Se colocó la carabina entre las piernas y abriendo el morral, comenzó, no á comer, á devorar un trozo de fiambre y algunos pedazos de queso, que paría con una navaja de Albacete, grande, de muelles, y llena, como todas las de su fábrica, de inscripciones y labores grabadas en la hoja.

Terminado el refrigerio, mojado con un trago del vino contenido en una botella pequeña, el jóven sintió, como en natural, un sueño invencible.

Las sombras de la noche caían, los objetos se borraban á la vista, las estrellas principaban á brillar.

—¡Un día perdido!—murmuró Juan Antonio.—Dios quiera que no sea igual mañana.

Pensó en dormir, porque sus ojos se cerraban á pesar suyo. Habíase levantado un viento frío e incómodo y el jóven, recogiendo precipitadamente los restos de sus provisiones, descendió del peñón, buscando el abrigo de la hondata.

Barró con un pico de la manta los restos de la hoguera, se envolvió en aquella, puso su morral á guisa de almohada y teniendo agarrada la carabina con una mano se quedó dormido.

A las once de la noche comenzó á disminuir la oscuridad, porque apareció la luna. Una silueta humana se diseñó en lo alto del peñón. Era un hombre como de cuarenta años de edad, de mediana estatura, muy cargado de espaldas; sus espesos y grises cabellos casi se confundían con sus cejas y con su barba, más espesa y más cana todavía. Tenía las piernas encorvadas hacia afuera, signo de gran vigor y los brazos desmesuradamente largos.

Iba envuelto en una manta por bajo de la cual asomaba la boca de un trabuco; mas por lo interior apenas estaba vestido con una chaquetilla gitana y una camisa hecha jirones que dejaba ver el pecho moreno y peludo.

Este hombre era Gil Rojas, alias el Morenillo, diminutivo que no le sentaba bien, atendiendo á su edad. Lo que más se destacaba en su rostro sombrío, eran los ojos de una expresión feroz, irónica é inteligente, cuyas pupilas brillaban en la oscuridad con un brillo fosforescente.

El facineroso venía de la parte baja de la sierra, lanzando hácia todos lados miradas recelosas como buscando algo. La luna, en este momento apareció sobre la cima del peñón á cuyo albrigo dormía Juan Antonio, reflejó uno de sus rayos en la llave de la carabina de éste; era bastante, el oso había descubierto al cazador.

Una sonrisa sardónica entreabrió los labios del Morenillo. Rápido como una saceta, silencioso como un espectro, en dos saltos se puso al lado del jóven. Este continuaba durmiendo; la carabina se había escapado de su mano.

El bandido tomó el arma, se separó á alguna distancia, y ocultó aquella tras unos pedriscos, entre los que brotaban algunas malezas.

Hecho esto, y sin perder de vista al durmiente á quien daba de lleno la luz de la luna, se detuvo pensando este monólogo mental:

—He caminado todo el día atravesando la sierra. Ha hablado con el tío Guineíta y sin duda el tupo del pastor le ha dado buenos informes de mí.... He de ajustar cuentas con el tío Guineíta.... Si ha salido de caza no ha disparado un tiro; si quería pasar podía hacerlo en el Gran Capitan de Córdoba.... ¡A cosa es clara.... Aquí hay de por medio me gustos ojos.... Podía haberle tumbado de un tiro, pero me da miedo conocer las intenciones.... ¡Pobre mirlo! se ha caído del nido.

Terminado este soliloquio interno, volvió á acercarse al sitio en que estaba Juan Antonio, le contempló con feroz complacencia, semejante á la del canibal que danza en torno de su víctima.

El jóven seguía durmiendo profundamente. El Morenillo puso una rodilla en tierra, y la boca de su trabuco junto á la sien de aquel.

El bandido tocó con el dedo el gatillo de su arma; pero no disparó. Sin duda una idea súbita hizole desistir de su propósito é incorporóse:

—No,—murmuró,—quiero que sienta la muerte, que sepa quién le mata.

Había en aquel sitio cuatro ó cinco grandes pedriscos, llevados allí como para servir de escalones en los campestres refrigerios. El Morenillo se sentó en uno de ellos á alguna distancia del jóven, preparó su trabuco, y cogiendo del suelo una piedra angulosa, la arrojó con alguna fuerza á la cabeza de aquel.

Sin duda el facineroso era siberita y quería observar con comodidad las emociones del despertar de Juan Antonio.

Este, al golpe de la piedra, abrió los ojos, pensó en pie con la rapidez de un cadáver galvanizado, miró hácia todos lados como buscando su carabina, y exhaló un grito de desesperación porque su atónita mirada se cruzó con la acerada y fría del facineroso.

IV

—¡El Morenillo!—exclamó.

El mismo, que apenas viste y calza—dijo éste, haciendo una mueca feroz.—Tú no me esperabas tan temprano. Me gusta sorprender en la cama á los amigos.

—Dámeme mi carabina.

—¡Ah! ¿venías armado? Bien hecho; estos vericuetos no son seguros; pero mira, chiquito, te aconsejo que no te muevas tanto; hablemos en paz y gracia de Dios.

Juan Antonio buscó en su faja la navaja de Albacete, pero por una extraña fatalidad también se le había perdido.

La boca del trabuco del salvador le apuntaba siempre; la impotencia contra aquel miserable, y la expresión odiosa y sarcástica de éste, le exasperaban. Veía inmogrado el objeto de su expedición; recordaba á Martín muerto; al señor Pablo obligado á abandonar su hogar; á la que amaba desde niño amenazada é indefensa, y todos estos pensamientos le producían estatueros de rabia.

Era impetuoso, la sangre bullía en él; comprendió que el facineroso había adivinado sus intenciones y no dejaría escapar su presa; sintió un vértigo, y restleto á morir, avanzó algunos pasos.

—Tú te la buscas,—dijo el Morenillo poniéndose en pie y enfilando el trabuco; pero en el mismo instante de herir el gatillo oyendo ruido en lo alto del peñón, alzó instintivamente la cabeza, y lanzó una imprecación tremenda.

Sintió un golpe en el pecho, que como ya hemos dicho llevaba al aire, porque se había desvenado de la manta. Una navaja, cayendo de lo alto, se clavó, ahondando mucho, en su pulmón izquierdo. Herido y todo, disparó su arma contra Juan Antonio casi á boca de jarro; pero sea que el dolor de la herida hiciese desviar la puntería del saltador, sea que aquél no estaba destinado á morir, casi milagrosamente salió ileso de la carga de metralla de que estaba lleno el trabuco.

Aún no repuesto de su asombro, el jóven oyó á un lado ladridos y vio á Rastrojo, su perro perdiguero, que lo acariciaba saltando alegremente.

El Morenillo estaba muerto y tendido en un charco de sangre...

Rastrojo había sido el salvador de su amo; hé aquí cómo.

Recordaremos que cuando Juan Antonio salió de su casa, el perro quedó encerrado en el corral. Comenzó á bullir en el caserío la gente que se levantaba y Rastrojo á ladrar desahogado.

No bien se vió libre, buscó á su amo por toda la casa, con esa solicitud de que sólo un perro es capaz. Salió al campo, registró los alrededores, oliendo la tierra, parándose á veces y alzando la cabeza como para tomar vientos. Indudablemente Rastrojo debía estar dolorido, sorprendido y humillado. Su amo había prescindido de él, había salido dejándole encerrado; ¡qué ingratitud! Y si se trataba de cazar ¡qué humillante aberración! ¡qué ovidio de sus grandes cualidades y de sus notorios servicios!

El perro estaba azorado. Se alejaba del camino, y volvía á él buscando á su amo. Salía de nuevo al campo y continuaba su infatigable rastreo. Poco á poco se fué internando en la sierra; no sabemos qué instinto le guiaba.

Rastrojo era el Rey Mago de los perros, pero sin estrella. En cuanto á revelación, de seguro la tenía, aunque no muy clara y perceptible, si se atiende á sus numerosas desviaciones y regates. Iba, venía, retrocedía á un sitio por donde había ya pasado, como para orientarse, siempre oliendo el terreno; por lo cual nos retractamos de lo dicho, y creemos que el perro tenía también su estrella; una estrella terrenal.

Pero á pesar de sus vacilaciones y de que su amo le llevaba hora y media de delante, Rastrojo seguramente estaba sobre la pista; si *querer es poder* en los hombres ¿qué no será en los perros que tienen más superior instinto? El inteligente animal avanzaba siempre; se detuvo en la majada donde había estado Juan Antonio, no sin haber sostenido un encuentro con los perros del ganado.

A partir de este punto, las exploraciones de Rastrojo fueron ménos vacilantes; pero al llegar al terreno donde él pedernal y las malezas dificultan el rastreo, el perro volvió á sus dudas.

Sin embargo, siguió adelante. Conforme avanzaba iba recorriendo su seguridad, y animaba más rectamente; el bien anhelado estaba más cerca, el cariñoso olfivo llegaba cada vez más directamente á su olfato.

Sería imposible calcular las leguas que anduvo Rastrojo en aquel no muy largo trayecto. Por fin, guiado por ese instinto, que pudiera llamarse *estilo del olfato*, se iba aproximando á su amo cada vez más. Media hora ántes de llegar al sitio en donde éste dormía, el tenaz animal debió experimentar una gran contrariedad de que nos hacemos cargo por inducción, como Cuvier al reconstruir los fósiles antediluvianos. Rastrojo sin duda véiose detenido en su ruta por una gran zanja con honores de arroyo grande, que partiendo de la sierra termina en el pueblo de *Los Pedroches*. Aunque era verano, la zanja llevaba bastante agua, porque dos días ántes habían caído chaparrones torrenciales. El perro, en compensación inversa de muchas cualidades, tenía un defecto, cual era su timidez hácia el agua. Nos figuramos verle al borde de la zanja azorado ante aquel obstáculo imprevisto, siguiéndole en una larga extension buscando un paso seco, volver desengañado sobre sus pasos porque su instinto le revelaba que su amo se hallaba casi en línea recta á él, y no quería perderla y desorientarse. Nos le representamos acercándose al agua, retrocediendo, meneando la cola en señal de preocupación y quizá ladrando á aquella insidiosa corriente. Se dice de Enrique IV de Francia, que al entrar en las batallas hacía un supremo esfuerzo de voluntad para vencer su innata timidez, y otro tanto debió hacer Rastrojo, aunque en distinto trance, para decidirse á pasar la zanja, pues la atravesó, si se atiende á que cuando encontró por fin al objeto de sus anhelos, todavía estaba mojado.

Salvada la líquida barrera, el resto fué un juego para el fiel animal. Casi huella por huella, se entiende, á veces huellas imaginarias, siguió el mismo trayecto que su amo, y llegó al borde del peñón en donde éste se había sentado para tomar su refrigerio.

Sabido es que los perros no poseen la cualidad de los animales de la raza felina, y sufren, como todos los mortales, la influencia de la sombra nocturna; pero si Rastrojo no veía bien, en cambio sentía cada vez más los *aires* de su amo, y llegó al suodicho sitio, rastreando y hovandando siempre, é indudablemente hubo de tropezar con un objeto, que era la navaja de Albacete de que Juan Antonio se sirvió en su comida y que, al recoger sus bártulos, providencialmente dejó olvidada.

Rastrojo, con una inconsciente hociçada, empujó la navaja; ésta cayó desde el borde casi vertical del peñón, y fué á clavarse en el pecho desnudo del Morenillo.

Algun lector supondrá que esto es inverosímil, mas por ventura ¿no ha dicho un gran pensador que *sólo lo inverosímil es lo verdadero?*

V

Cerciorado de que el saltador estaba muerto, y no queriendo exponerse á la responsabilidad moral y material del silencio, Juan Antonio fué á dar parte al puesto de Guardia civil más próximo, que era el de Puente Bermeida.

Como es natural, le constituyeron en prision, y al día siguiente condujéronle á la cárcel de Córdoba.

Fué procesado, y se habló mucho de la causa, que duró cuatro meses.

Para abreviar resumiremos en dos períodos la acusación y la defensa.



PASEO SOLITARIO, cuadro por J. R. Wehle



EL ABUELITO, cuadro por J. Gascointz

«Señores magistrados,—dijo entre otras muchas cosas el ministro fiscal,— aunque inconfeso y por lo tanto inconvicto, el crimen del procesado está latente y la prueba moral es plena. El reo no ha podido explicar satisfactoriamente su encuentro con Gil Rojas (a) el Morenillo, ni mucho menos la herida originaria de la muerte de éste, pues la explicación de la intervención del perro es una verdadera fábula, creída sólo por los niños. No ha habido lucha en legítima defensa, puesto que se ha encontrado la carabina del reo, cargada, y sí asesinado, en atención a que la navaja del homicida era de su pertenencia. Probado el delito perpetrado con premeditación y alevosía, sólo me resta, cumpliendo con un penoso deber, y apartándome un tanto del texto de las leyes (tal y cual), que prescriben mayor pena, pedir para el reo la de trabajos forzados durante quince años, multa de mil pesetas, ó de no la subsidiaria; todo esto teniendo en cuenta los buenos antecedentes del procesado.»

El abogado defensor, jóven que comenzaba su carrera del foro, y que quería darse á conocer, entre otros eficientes períodos, dijo también reuniendo:

«Señores magistrados: creo que he deshecho hilo por hilo la urdimbre de cargos tan trabajosamente tejida por el ministro fiscal. El encuentro del procesado y del muerto está perfectamente explicado en la conciencia de todas las almas buenas y generosas. ¿Qué asistido es éste, que perpetrado su crimen en un lugar enteramente solitario, no oculta el arma con que le consumó y se presenta él mismo á la justicia? Además, voy á admitir, aunque por un momento, la hipótesis de que mi defendido hirió, é hirió á traición; señores magistrados, ¿no es discernible que comprendiendo con quién se las había y la suerte que le esperaba, que no podía ser otra cosa que la muerte ó el secuestro, el honrado jóven aprovechase un descuido de su terrible adversario? ¿Está justificada la terrible pena pedida por el ministro fiscal? Pero no; como ya he dicho, la suposición de alevosía es falsa y tengo órden de mi defendido de rechazarla terminantemente, porque el punzonoso jóven no teme la pena corporal, sea la que fuera, pero sí el estigma con que marca toda condena.

»Señores magistrados: fallad en justicia; absolved libremente al acusado ó condenadle á la última pena; pues para un corazón honrado y una conciencia limpia es preferible la muerte á la deshonra.»

El tribunal condenó á Juan Antonio á tres años de trabajos forzados.

Aquella misma tarde, el señor Pablo recibió una carta de aquél, en la que el desdichado jóven protestaba de su inocencia, expresaba su amor hacia Mari-Nieves, y concluía con el siguiente párrafo:

«Yo me resignaré al presidio, á la mancha que ha caído sobre el humilde nombre de mi padre, si me aliena la esperanza de conseguir el bien que tanto deseo. De no, estoy resuelto, pondré fin á mi vida, confiando en la misericordia de Dios.

»Aguardo respuesta en todo el día de mañana: si no la recibes, recen V. y Mari-Nieves por mí.»

En el mismo día, poco antes de anoecer, Juan Antonio recibió la contestación.

«Mi estimado Juan Antonio,—decía el señor Pablo;— te escribo inmediatamente para evitar que hagas una barrabasa. Mari-Nieves, yo y cuantos te conocen, estamos persuadidos de tu inocencia. Cumple tu condena, pórtate en el presidio como en todas partes, y cuando salgas ven á vernos; mi hija y yo te esperamos.

»Mira, muchacho: los juicios de los hombres poco significan; lo que importa es estar bien con Dios.

»Mañana te verá, si me lo permiten. Entre tanto, cuenta con tu amigo de siempre, «Pablo Barroso.»

FELIX REY.

EL TRAPO Y EL PAPEL

(Un cuento que parece historia)

I

¡Cuánto he lucido en el mundo! ¡Qué de cosas he visto, y qué de cosas he oído!

Todo ha pasado ante mi vista, como pasan los sueños por la mente.

Antes de ser lo que soy, he pertenecido á una clase distinguida.

¡Qué orgullosos me hallaba yo, al lado de todas mis compañeras y formando parte integrante de los escapates de casa de Escolar!

¡Ah! ¡cuánta mano blanca, despojándose del elegante guante negro, se posaba sobre mí!

Pero yo era muy cara, valía mucho y mi color era tan delicado... pero por fin un día abandoné el estrecho recinto de mi vivienda, hicieron un envoltorio conmigo y fui á parar al cesto de una modista.

¡Cuántas manos me cogieron, qué de pliegues formaron conmigo, qué de costuras atravesaban mi naturalza de flexible tela, como las venas cruzan por el cuerpo de un sér humano!

Pero á la par, ¡con qué cuidado me trataban!

Mi color era blanco, como la rama de azahar que iba á servir de corona á la desposada para quien me estaban confeccionando, según oír decir en más de una ocasión á *Madame Periquet* que era la modista que me traía entre manos.

Salté de aquel suplicio y, sin embargo, otro más cruento me esperaba; la prueba. ¡Horrible palabra!

Besé, á pesar de todo, el cuerpo de una linda muchacha que apenas contaba diez y siete primaveras.

Era esbelta, agraciada de rostro, y existía tal timidez en su sonrisa que parecía blanca azucena que doblaba su corola impulsada por la brisa de una primavera mañana.

Pasados algunos días y después de haber estado expuesta á las miradas indiscretas de tanto curioso y de haber oído frases de alabanza, que después de todo me dieron orgulloso, una mañana bien temprano me cogieron y volví á besar de nuevo el cuerpo de tan encantadora niña.

Fuimos á la iglesia y, terminada que fué la ceremonia, volvimos á casa, no sin antes haberme estrujado con tantos y tantos abrazos como recibió la novia.

Yo no sabía en verdad lo que me pasaba.

La novia aturdida dejó caer sobre mí un pedazo de bledo embadurnado de chocolate.

¡La primera mancha que hería mi susceptibilidad!

Después, pasado el día sin ningún acontecimiento digno de que yo lo recordara, llegó la noche, entramos en un precioso gabinete y allí dos doncellas me hicieron abandonar el precioso cuerpo de la inocente niña.

Me arrojaron sobre una silla, corrieron los cortinones que comunicaban con la alcoba, y no pude ver más.

Sólo vi que junto á mí se hallaba triste y mustia la pobre flor de azahar que engañadamente había la preciosa cabeza de la jóven desposada.

II

Contar una por una las mil vicisitudes que he pasado en el resto de mi vida sería tarea más que imposible.

Sólo si diré que he asistido á grandes reuniones y que después de mi primera mancha, he recibido otras varias... que afeaban mi condicón.

Del gran mundo pasé al mediano: tuve por amas á una coqueta, á una niña boba y á una viuda que al mes de morirse su esposo se puso de blanco.

Estuve en manos de una prendera y de allí me trasladé á casa de una poetisa que la primer medida que tomó con respecto á mí, fué el mandarme teñir de negro porque le parecía el color más interesante.

Me harté de versos y... pasé al pequeño mundo, á manos de una doncella de... labor que me cuidaba y cepillaba con esmero; pero tuvo esta que hacer un regalo á una cocinera, compañera suya, que se casaba, y me trasladé á la cocina.

¡Cuántos me miraban cuando jóven! ¡Qué de alabanzas me tributaban! Ya fui vieja y por todos fui despreciada.

¡Triste condicón la de la vida!

Hasta que llegó el instante de mi muerte y hoy soy un guñapo arrojado en medio de la calle.

III

De esta manera se lamentaba un trapo que se hallaba medio oculto entre un montón de basurín.

Un papel que allí se encontraba y que había oído la relación de aquel compañero de infortunio, ya cansado de tanta lamentación, quiso increpar al pobre trapo y ponerle como un ídem, y le dijo:

—¿Podrás callar, mentecato? ya estoy cansado de oír lamentaciones. Mucho más que tú he valido yo, y sin embargo no me quejo y recibo por mi suerte la misma tumba que tú.

—¿Quién hablaba de esa manera? prorumpió el trapo haciendo esfuerzos por salir de entre el montón.

—Yo, dijo con voz lígubre el papel.

—¿Quién eres?

—Nadie soy ahora; pero he valido mucho más que tú. Nací por mi triste condicón papel y fui á parar á la redacción de un periódico de mucha fama.

Me tocó en suerte un número extraordinario que llevaba las firmas de hombres reconocidos en la república de las letras.

Pasé de la imprenta á los puestos y de ellos á manos de un hombre sabio, que después de haberme leído me guardó cuidadosamente.

La edición de aquel número se agotó y miles de personas solicitaban los números que permanecían ocultos en los estantes de las librerías de los hombres eminentes.

Pasé pues de unas manos á otras y en todas las inteligencias dejaba la luz, la luz del saber y de la ilustración, la idea del progreso, la idea de Dios, mientras tú sólo has representado el lujo y has sido la causa de la perdición de muchas familias.

—Y tú, desgraciado papel, añadió el trapo, culpa tienes también de esa perdición; fíjate bien y lee en ti mismo y comprenderás los aplausos que has dado á ese mismo lujo que criticas.

—Te engañas.

—Lee y verás.

Y efectivamente, la luz de un farol caía de lleno en el impreso del papel...

«Ayer se verificó el enlace de la bella y distinguida señorita de V. con el aventajado jóven D. X.

»Lucía la novia un precioso traje blanco brochado con adornos de incomparable valor.

»Conocidos son de todos el proverbial gusto y el lujo que la distinguida familia... etc., etc.»

»El baile estuvo brillantísimo, los trajes y la pedrería que ostentaban las preciosas damas que llenaban el salón, son una prueba más del exquisito gusto que reina entre las españolas para la elección de su tocado.

»La verdad es que el lujo les presenta ante nuestra vista rodeadas de los encantos... etc., etc.»

—¿Te has convencido, querido compañero?

—No, añadió el papel. Yo soy en todos los terrenos más que tú.

—Así debía ser, añadió el trapo lanzando un suspiro, pero por desgracia no sucede así.

—Yo, continuó el trapo, te ayudo á nacer y por eso quiero que seamos amigos, y quiero á la vez que comprendas que aunque tú divulgas y arrojas ciencia, en el siglo en que vivimos tienen por desgracia más valor los trapos que los papeles.

Iba á contestar el papel, pero no pudo; había olvidado el gancho de un trapero recogió el trapo y dejó al papel envuelto entre el montón de basura.

—¿Tema razón mi compañero! pensé para sí el papel. ¡Qué espantosa soledad!

MIGUEL DE PALACIOS

SÉPTIMA CONFERENCIA

de la Asociación geodésica internacional, en Roma

I

Hace meses manifestaba esta ILUSTRACION ARTÍSTICA que, con esperanzas como nunca de llegar á una solución satisfactoria, se estaba agitando entonces en el mundo científico el gran problema de la elección de un primer Meridiano Universal, punto de partida de las longitudes geográficas y del Tiempo Universal ó Cosmopolita.

Fundábanse tan gratas esperanzas en la casi seguridad de que la cuestión había de tratarse extensamente en la Asamblea que iba á celebrarse en Roma la Asociación Internacional Geodésica; donde, reunidos oficialmente Delegados de todas las naciones convenidas, era de esperar que se llegase á un acuerdo definitivo; cumpliéndose así los deseos manifestados constantemente desde hace dos siglos por los hombres de ciencia, respecto á unificar las longitudes; y, como consecuencia natural de tal unificación, á convenir una hora universal.

Pues bien: el mundo está de enhorabuena. La Asamblea de Roma ha tomado oficialmente IX resoluciones importantísimas, en cuya virtud todas las longitudes geográficas se computarán muy en breve desde el meridiano de Greenwich, y el día cosmopolita empezará en el instante de iniciarse el día civil-medio en el meridiano situado á 180 grados del mismo meridiano de Greenwich.

Dentro de poco, pues, cesará lo que en tiempo no lejano ha de aparecer como anomalía incomprensible de esta época adelantada: el hecho actual, eminentemente anti-científico, de que las agujas de los relojes están en el mismo instante de tiempo absoluto señalando en toda la tierra hacia todas las direcciones posibles, y la ardua y enojosa tarea de estar reduciendo longitudes en todos los observatorios y en todos los barcos, aun en los supremos instantes de la tempestad, cuando la carta que ha de consultar el marino se refiere á un meridiano distinto del de su almanaque náutico.

¿Quién concebirá dentro de poco que, como hoy sucede, por las diferencias de meridiano, un despacho telegráfico se reciba antes de haber sido expedido? ¿Que dos navegantes cuenten en el mismo momento absoluto diferente día de la semana, y aun del año y del siglo? ¿que se necesiten cálculos para averiguar el «CUANDO» de un suceso trascendental?

II

Importa mucho conocer bien las deliberaciones y los acuerdos del Congreso Internacional de Roma; principalmente, porque han de formar época en los anales del mundo; y, además, porque algunos periódicos, mezclando en una cuestión de ciencia pura, orgullos y susceptibilidades de falsa y perjudicial patriotía, han llegado á estampar que, en la elección de Meridiano, se libró en Roma reñida batalla entre el meridiano español (!) de Hierro y el inglés de Greenwich, saliendo derrotado el español por veintidos votos contra cuatro.

Con decir que no HUBO batalla ni votación ni PODÍA haberlas, está juzgada la noticia. ¡Así se escribe la historia! España, desdichadamente, (según lo tiene hace tiempo manifestado esta ILUSTRACION ARTÍSTICA), ha contado sucesivamente las longitudes desde los meridianos del Estrecho de Gibraltar, Toledo, el antiguo Colegio de Guardias marinas de Cádiz, San Fernando, Ferrol, Cartagena, Plaza Mayor de Madrid, Observatorio de esta Capital, Lisboa y la catedral de Manila. También las ha contado desde la Isla de Hierro; pero este meridiano, (nunca determinado directa y científicamente), es un meridiano ficticio, que viene á ser el de París.

En efecto, Luis XIII, rey de Francia, pensando haber hallado el Meridiano de Ptolomeo, ordenó que el PRIMER Meridiano se contase en su reino desde la Isla de Ferro, suponiéndola á los 20 grados justos del observatorio de París; pero, habiendo hecho ver posteriores observaciones (hoy reconocidamente muy grosseras) que la diferencia de longitud entre París y la principal población de la Isla

de Hierro es de 20° 5' 5", los franceses, para que siempre París se hallase a los 20 grados justos del supuesto meridiano primitivo de Luis XIII, hicieron caminar hacia el Este ¡qué puerilidad! el cerro de origen 5' 5"; por manera, que el meridiano de Ferro no pasa por ningún punto determinado científicamente, ni *aui siquiera notable y conocido*, y es un círculo puramente convencional, 20 grados al Oeste de París: en otros términos, el llamado meridiano *español* de Ferro es el meridiano de París.

Hoy, con los adelantos inmensos de la Astronomía y con las exigencias de la navegación moderna, el Meridiano Universal tiene que estar determinado por un Observatorio de primer orden, ligado por triangulaciones exactísimas y por hilos telegráficos a otros observatorios de igual clase; y el círculo imaginario de Ferro no debía entrar, ni entró, en el número de los que podían aspirar en el Congreso Geodésico de Roma a ser punto de partida de la cuenta de las longitudes y del tiempo cosmopolita. Así es, que no se libró, ni podía librarse, batalla ninguna entre Ferro y Greenwich, ni existió la votación invención peregrina que algunos periódicos han tenido por conveniente trompear. ¿Hay observatorio en la Isla de Ferro? ¿No? pues Ferro, meridiano francés de Luis XIII, tenía que quedar excluido, y desde luego lo quedó, sin discusión.

Pero no anticipemos.

III

La Asociación Geodésica Internacional celebra Asamblea general reglamentaria cada tres años en alguna ciudad importante de las diferentes Naciones Asociadas. El día 15 de octubre próximo pasado se reunieron en el histórico salón del Capitolio en Roma los Delegados de Austria, Baviera, Bélgica, Darmstadt, España, Estados Unidos, Francia, Hamburgo, Inglaterra, Italia, Noruega, Países Bajos, Prusia, Rumanía, Rusia y Suiza, (faltó el de Dinamarca por enfermo); y abierta la sesión por nuestro compatriota el General D. Carlos Ibañez de Ibañez de Ibero, como Presidente que es de la Asociación por doce años, en virtud de cuatro reelecciones seguidas y unánimes, tomó la palabra el Sr. Baccelli, ministro de Instrucción pública del Reino de Italia, y pronunció en latín un discurso de bienvenida y salutación a los Delegados presentes de las Naciones citadas. El Presidente Sr. Ibañez contestó en francés con un elocuente discurso, dando las gracias al Ministro, y exponiendo el objeto de la reunión.

Y aquí conviene hacer notar el cómo basta en una Asamblea de carácter puramente científico pueden penetrar los celos nacionales; pues el ministro italiano dijo en latín su discurso por no tener para con Francia la deferencia de hablar en francés, según práctica y disposición reglamentaria de la Asociación Geodésica Internacional; y también merece especial mención la española entereza de nuestro compatriota el Presidente Sr. Ibañez que, desentendiéndose, como verdadero hombre de ciencia, de las rivalidades políticas que en estos momentos apartan a los gobiernos de Italia de los hombres públicos de Francia, contestó, fiel a las tradiciones y reglamentos de la Asociación, en la lengua francesa; cuando tan fácil le habría sido el hacerlo en latín, ó en italiano por deferencia a la Nación donde la Asamblea celebraba sus sesiones.

Otro raso del General Ibañez.

Aunque desde hace tantos años es Presidente de la Asociación, tiene siempre la galantería en las reuniones ó asambleas trienales de ceder la presidencia al Representante más caracterizado de la Nación en que se verifican las sesiones. Siguiendo, pues, en Roma tan delicada conducta, no bien hubo terminado su contestación al Ministro de Instrucción Pública de Italia, propuso a la Asamblea que le reemplazase el Coronel del cuerpo de Estado Mayor del Ejército Italiano Sr. Ferrero, quien fué aceptado por aclamación; de manera que, contra lo que han dicho los mismos periódicos, y por efecto de la galantería del Sr. Ibañez Ibero, nuestro compatriota no pidió el Congreso Internacional de Roma; pues la mesa quedó constituida como sigue:

PRESIDENTE HONORARIO

General BAEYER, prusiano.

PRESIDENTE EFECTIVO

Coronel FERRERO, italiano.

VICE-PRESIDENTES

BAUERFEIND, director de la Escuela politécnica de Baviera

FAVE, individuo de la Academia de Ciencias de Francia.

SECRETARIOS

HIRSCH, Director del Observatorio de Neuchatel, Suiza.

OPPOLZER, Consejero de Estado, Austria.

IV

La Mesa de la comisión permanente de la Asociación Geodésica, compuesta del General Ibañez de Ibero, presidente, y de los Srs. Hirsch y Oppolzer, secretarios, había redactado, con anterioridad, un extenso informe relativamente a la unificación de las longitudes y a la adopción de una cuenta universal del tiempo.



(MARCHÓSE) dibujo por W. Tangley

Esta luminosa Memoria sirvió de base para las discusiones de la Asamblea, y para las resoluciones en ella tomadas. Documento de altísima importancia científica, merece ser conocido de cuantos se interesan por los progresos del mundo moderno; y, por eso, dedicaremos a él artículo especial.

Y con tanta más razón, cuanto que ya los Norte Americanos de los Estados Unidos y del Canadá han adoptado para sus líneas ferreas el tiempo de Greenwich; por manera, que en estos momentos, y con esa rapidez propia sólo de los yankees, se ajustan al tiempo cosmopolita las marinas de Inglaterra y de los Estados Unidos, así como las grandes empresas propietarias de los 161,000 kilómetros de ferro-carriles existentes en los Estados Unidos y el Canadá.

¿Cómo no dar cuenta a los lectores de esta Revista de los fundamentos en que se apoya medida de tanta trascendencia para el comercio universal?

E. BENOT

NOTAS DE MI VIAJE

(Conclusion)

En mil ocasiones, recordando los típicos arrabales de mi Sevilla había yo escuchado aquella misma voz y aquellos mismos cantares de boca de alguna mujer, a través de las celosías ó detrás de su balcón, casi oculto por los tientos de claveles y ramilletes; también al caer la tarde atravesando las huertas que rodean mi ciudad por el lado de la Macarena ó siguiendo la orilla del Guadalquivir, me había parado silencioso, para no perder una sola de sus notas, traídas desde lejos por las auras del crepúsculo! Pasaron muchos segundos y yo permanecía clavado en aquella esquina sin acertar á moverme: de pronto perceptible el ruido de una puerta que se abría y asomarse á la reja de un balcón una figura de mujer que instantáneamente desapareció de mi vista. El aspecto de la calle sombría con sus caserones, su pasadizo, su retablo, sus rondadores y por último aquella silueta de mujer que resaltó en la oscuridad como una vision vaga, casi informe, juntamente con las impresiones experimentadas durante la noche, me produjeron febril excitación y extraño vértigo que no era bastante á dominar. Púsemme en camino y atravesando otras calles más estrechas y tortuosas, subiendo y bajando empinadas cuestas, deje á mis espaldas los altos muros de un edificio que despues supe que era la iglesia del Tránsito, antigua sinagoga, dirigiéndome á mi alojamiento. Cuando el curioso viajero ó el artista llegan á la imperial ciudad, despues de visitadas otras antiguas poblaciones, como Burgos, Avila y Salamanca, lo primero que anhela conocer y procura examinar son las producciones del risueño y ostentoso arte mahometano, para dar descanso á la mente fatigada con las interesantísimas obras que produjo el estilo románico, el góthic y el renacimiento, de que tan abundante copia conservan aquellas capitales. Los alineamientos de las construcciones llevadas á cabo en los siglos X, XI y XII con

su pesada robustez y fortaleza, descaemos verlos sustentados por las levantadas durante la dominación agarena y en sus tres periodos; el arco semicircular con sus puntas de diamantes y de sierra, sus zig-zags y finiculos, por los ultramicriculares y tumidos que ornán caprichosos lóbulos, por los atalburques y lacerías; los capiteles historiados en que tan infatigablemente representara el artista animadas escenas de la vida real, por los peregrinos follajes de origen bizantino, juntos con las reminiscencias del clasicismo romano, y finalmente, la misteriosa severidad de sus recintos por la primorosa gala, por la ligereza y áerea esbeltez que tan al vivo se refleja en los edificios erigidos á imitación de la famosa grande aljama de Córdoba, y de los encantados palacios de Medina-Azahra. Nacieron los primeros al calor de la idea cristiana, y como ella durante aquellos siglos revistiéndose con el burdo sayal y el austero cilicio del penitente; como su benéfico influjo habíase extendido á todas las esferas, manteniendo vivo el espíritu de la divina palabra, así sus manifestaciones tenían por fuerza que ajustarse al rigor de aquellas santas doctrinas, máxime cuando el oneroso yugo de la dominación musulmana pesaba tan duramente sobre los cristianos. En oposición á estos santos ideales, á las aspiraciones infinitas de los que veían en el matrimonio la fuente de eterna regeneración, que más de una vez hubo de llevarlos hasta el punto de desafiar el poder de los califas, se nos muestra el pueblo arvisor, exaltado de temperamento, de imaginación ardiente, de sensibilidad apasionada, fastuoso y espléndido por naturaleza, llevando vivas en la mente las deslumbradoras imágenes del Oriente é impresos en el corazón los sonados relatos del Profeta; así no es extraño, que al extenderse por las fértiles comarcas de Castilla ó por las encantadas vegas de Andalucía, acorciados por sus brisis y por los abasudadores rivos de nuestro sol, trasen entónces, como lo hicieron, de dar rienda suelta á su fantasía y á sus sentimientos, convirtiéndose en pocos años la antigua Colonia Patricia, la famosa Hyspalia y la Teletum de los monarcas visigodos, en dignas rivales de Damasco y de Bagdad.

No nos resta al presente en la última de aquellas ciudades ninguno de los grand-s monuments del estilo árabe bizantino, característico del califato cordobés, restos desmembrados é incompletos, como las hojas que arrebata el viento y esparce por los campos; así los trastornos y conmociones por que atravesó la opulenta Talatola han hecho desaparecer las muestras de la primera época de su dominación, y si queremos estudiar los rasgos distintivos de aquella civilización, si descaemos deleitar la vista con los caprichosos linamientos y peregrinos ornatos de su arquitectura en conjunto, tendremos que buscarlos, y á fe que se encuentran, ya en los días de la dominación mauritana, ó bien despues de la reconquista por Alfonso VI durante la gloriosa monarquía del hijo de San Fernando. Entónces fué cuando se construyó la magnífica sinagoga llamada actualmente con el nombre de Santa María la Blanca (1) ó á lo menos sufrió visibles reparaciones, como lo prueban sus almocárabes y ornatos. La protección dispensada por los monarcas castellanos al pueblo judío, obtuvo señaladísima muestra en los tiempos de D. Pedro II entónces, merced al valimiento de su tesoro D. Samuel-ha-Levi pudo un apulente hebreo, el Rabbi D. Meyr Aldelí, invertir parte de sus riquezas en la construcción de otra muy notable sinagoga, conocida en nuestros días por iglesia del Tránsito ó de San Benito. Si en la de Santa María la Blanca hallamos reminiscencias más ó ménos dicientes del arte del califato, esta se nos presenta como hermoso modelo de la fusion del musulmán y del cristiano, perteneciendo por consiguiente al grupo de monumentos mudéjares cuyo estudio tanto interesa á los artistas y arqueólogos. No sin experimentar en el alma profunda y triste impresion se penetra en la hoy abandonada sinagoga, en cuyo recinto no se hallan ni las elegantes arcadas ultramicriculares de Santa María la Blanca, ni sus columnas y naves: su planta es un gran rectángulo, y sólo cuando los ojos se van acostumbrando á la tenue luz que por sus ventanas recibe, es cuando empiezan á mostrarse los delicadísimos adornos que la avaloran. A poco más de la mitad de sus muros laterales, en direccion de Norte á Mediodía, corre una ancha faja de almocárabe compuesta de peregrinas labores que figuran hojas de parra enlazadas con tallos y finiculos, alternando en algunos espacios los escudos cuartelados de castillos y leones como prueba del agudamiento de sus edificadores al monarca Justiciero. Halláase dicha banda circunscrita superior é inferiormente en toda su extension por una leyenda en caracteres africanos, y sobre esta y debajo tambien, otra hebreas: sobre la gran zona, circuye la parte superior del muro una serie de elegantes arcos lobulados que se apoyan en columnitas pareadas con caprichosos capiteles, apareciendo en unos el alhojete mauritano, y en otros las hojas de figura de las fabricas cristianas ó los recuerdos bizantinos; forman sus enjutas monudas atalburques, resaltando en el interior de algunos de estos arcos, complicados encajes de lacerta dentro de ojivas tumidas, y corriendo al rededor de la archivolta en cada uno de sus siete lobulos tenías ó piñas: corona toda esta tan espléndida ornamentación otra leyenda

(1) Amador de los Rios. *Historia de los Judios de España y Portugal*, T. 2.ª, pag. 240. El Sr. D. Manuel de Assas en la *Monografía sobre este templo* publicada en la gran obra *Monumentos artísticos de España*, afirma que corresponde dicha fabrica al tiempo del Califato, sufriendo notable restauración en los de D. Alfonso X.

da hebrea de blancos caracteres que aparecen sobre fondo negro.

Lástima causa en verdad, considerando en vista de tales testimonios los anhelos del pueblo proscrito, que aquellos ilustres hombres cuya doctrina y sabiduría era reconocida hasta por sus más encarnizados enemigos, hubieran tenido que valerse, para llevar á cabo la construcción de este monumento, de las enseñanzas arquitectónicas musulmanas: los que asombraban por la palabra, no podían reflejar su espíritu ni expresar sus aspiraciones por medio del arte, y á no ser por las inscripciones hebraicas consignadas en sus muros, podríase muy bien atribuir su erección á cualquiera de aquellos odiados magnates castellanos. Sin otro sello más que este, con el carácter distintivo de dos civilizaciones que no eran la suya, habríanse confundido con otras, pasando inadvertidos los esfuerzos de la grey judaica y los nobles estímulos del Rabih, D. Meyer y del Tesorero D. Samuel. Siéntese honda pena en el corazón cuando en medio de la angustia del oprímido pueblo lo vemos gozoso y satisfecho por haber erigido su templo durante aquellos «días buenos» y «años famosos» después de tanto luto y tanta persecución. ¡Cuán elocuentemente hablan al alma las dos inscripciones hebreas que para conmemorar tan fausto suceso y en honra y alabanza de D. Pedro y de los judíos edificadores, se leen en el testero de la sinagoga! «Las misericordias (dice una de



JAQUE-MATE, cuadro por Enriqueta Rouner

ellas) que Dios quiso hacer con nos, levantando entre los jueces—é príncipes para libramos de nuestros enemigos—y angustiadores, no habiendo rey en Israel que nos pudiera—librar después del último cautiverio de Dios—«««««derráramosnos unos á esta tierra y otros á diversas partes, donde están ellos deseando su tierra—y nos la nuestra»»»»» Aquel día que fué fabricada (la sinagoga) fué grande é agradable á los judíos: los cuales por la fama—de esto vinieron de los fines de la tierra,—para ver

cante de nuestros templos! Después de visitados ambos, bien cerca se me ofrecia ancho campo para fundar el contraste: desde la abandonada calleja en que se alza el Tránsito distinguía resaltando sobre el fondo azul del cielo las aéreas flechas y delicadas agujas de San Juan de los Reyes; á él enderecé mis pasos, buscando en su solitario claustro algun descanso á las impresiones de aquel día.

JOSE GESTOSO Y PEREZ



EL DOMINGO, cuadro por Otto Kirberg

EL SALON DE LA MODA

Los que deseen suscribirse únicamente á este periódico por anualidades, semestres ó trimestres, con pago anticipado, deberán regirse por la siguiente nota de precios:

EN ESPAÑA, un año, pesetas 16. — Seis meses, pesetas 8. — Tres meses, pesetas 4,50 EN PORTUGAL, un año, 3000 reis. — Seis meses, 1600 reis. — Tres meses, 900 reis. Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Se admiten suscripciones en todas las librerías y centros de suscripción.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

← BARCELONA 28 DE ENERO DE 1884 →

NÚM. 109

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MARÍA, cuadro por Beers

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL CRISTO DEL MILAGRO, por don E. de Lisonó.—JUAN DEL PUEBLO, por don Benito Más y Pral.—CARTA DE DON ANTONIO DE TRUEBA.—SÉPTIMA CONFERENCIA DE LA ASOCIACIÓN GEODÉSICA INTERNACIONAL EN ROMA (10), por don E. Benoi.

GRABADOS.—MARÍA, cuadro por Beers.—¡QUE VIENE EL LEÓN! cuadro por Franz Verhas.—LA VIDA MODERNA, cuadro por Lorenzo Casanova.—NUEVO APARATO AMERICANO PARA DESPEJAR DE NIEVE LAS VÍAS FERREAS.—PUERTA DEL PALACIO DE MOSEY-SORELI, EN VALENCIA.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El suicidio.—Del amor y otros excesos.—Los estudiantes.—Auto de fe.—Mudanza de decoración.—Cómo cambia de domicilio la alegría oficial.—La Catedral de León y la Alhambra.—El mozo y el godo; la castellana y la ohalasá; Aldonza y Lindaraxa.—Un vistazo a la China.—Un imperio hidrópico y una república oxigenada.—El té y el apoponax.—Mandarines y coctees.

Felices los cronistas que, allá, por los años del hierro, tenían la misión de narrar los hechos de sus señores; porque las pragmáticas del oficio les ordenaban ser panegiristas y no críticos, contar lo bueno, ponderar lo notable, tender un manto de retóricas flores sobre las grandiosas acciones... y cuando llegaban a una vituperable, omitirla. Era, sí, su misión dichosa, pero ¡ay del cronista de Madrid, al cual la verdad le pide homenaje y el temor a desagradar a su señor le corta el aliento cuando va a rendir aquel testimonio de veracidad a la desnuda diosa!

Esto digo y pienso porque no sé cómo empezar mi relato de este período de tiempo trascrito en la vida de Madrid, desde que por última vez tuve la honra de conversar con usacredes. En mis apuntes se amontonan notas ínfimas, y aplicando el oído a los lejanos rumores, escucho detonaciones, y asomándose al horizonte, veo pasar el triste y solitario ferrete de dos suicidas. Un hombre acaulando—el Sr. Rodríguez Leal,—y un evipudatado á Cortés, han puesto fin a sus días. Mientras esto sucede en las clases mejor educadas, y en el seno de los creyentes, las gentes del pueblo riñen navaja en mano, y los callejones del Oso y del Bonellito presencian el desfile del juez de guardia y la camilla mortuoria.—Los hijos de aquel picaro dioseallo que hurtó los chapines de Mercurio,—de Caco hablo,—han resucitado las aventuras que Goboriou, —el Homero de los ladrones,—describe en sus novelas: la aristocrática calle de Felipe III ha sido el teatro de su hazafia... No quiero seguir adelante, porque prefiero callar y romper mi pluma á levante acta de tales sucesos. Una nube negra ha pasado sobre Madrid, y el Manzanares se ha convertido en el Leteo,—ese río de ácido sulfúrico y olvido!

**

Cambios de tema, y busquemos en el pentágono alegres sonos. ¿Dónde acudiremos? ¿Dónde, sino al amor? Sigamos esa pareja de novios que van por la calle de Luchana, á un cuando el oficio de tercero nos ofenda. Pero ¿qué sucede?... ¡Oh Dios mío! ¡Hay hnos menuditas!... ¡El amante ha disparado un tiro á su amada! ¡Error sucesivo!... Creíamos ir en pos del amor é íbamos siguiendo á los celos... abandonamos tan desgraciada huella... Desinfetemos nuestra crónica de infernales vapores... Hagamos un paquete de estas noticias, de estos hechos, de estas páginas, de estas pistolas humentes, de estos puñales que gotean sangre, de estos corraones donde late el odio... y echémoslo en algun pozo de donde nunca más puedan salir... En un buzón de correos.

**

Las calles de Madrid han estado más animadas que de ordinario. La Universidad había cerrado sus puertas, el anfiteatro de San Carlos veía sus mesas de disecion silenciosas; los estudiantes reunidos en numerosa comitiva realizaban una manifestacion contra el Marqués de Sardaña y los decretos que como ministro de Fomento habia dictado respecto á enseñanza.

El estudiante es la juventud, la pasion, el genio pronto, el arrebatado pasajero. ¡Temed, oh estadistas, estas cóleras infantiles! Siempre fueron temibles, cuando los pechos en que hervian se cubrian del manto; cuando visten los militares uniformes de las academias de Belona, cuando combatian por la patria en aquellas terribles de la independencia, cuando se iban á las puertas de Palacio á insultar á las testas coronadas... Pero ¡lo son más cada día, porque el estudiante es hoy un sér sedado, un prudentísimo ciudadano; porque la juventud del año 84 es una vejez bonita, sin canas ni arrugas... porque es una pasion que razona, un corazon que cuando está ciego de amor ve más que el de sus abuelos cuando se ponía lentes, y cuando arde en indignacion somete su sentimiento á la ley. Este ardor-frio, este furor tranquilo, este *festina-lente*, es la juventud de la época, hija de una generacion de descreídos cuya experiencia ha encontrado en la cuna.

Lo cual aplicado al caso presente significa que las manifestaciones estudiantiles han tenido sus gritos, sus amenazas, sus paseos tumultuarios por calles y plazas... pero han tenido principalmente un fin práctico, una intencion traducible en leyes y al hablar con el Ministro de Fomento casi le han dictado un programa de enseñanza.

Un auto de fe hubo en la calle de Atocha. El reo que sufrió la pena de quemazon estaba blanco de terror y se

encogia bajo los calientes besos de las llamas, las cuales le dejaron bien pronto convertido en palpitantes pavas que temblaban al soplo del aire y por cuyas negras cadávericas corrian insectos de oro, los gusanillos de la muerte por incendio.

Era un número de la *Gaceta*, aquel precisamente en que se hallaban impresos los decretos sobre enseñanza. Viendo arder este número de la *Gaceta*, como el hecho coincidia con la caída del gobierno liberal y el triunfo del partido conservador, no pudo menos de pensar que en aquellas páginas, húmeros de tinta de imprenta, ardan las alegrías de cientos de empleados para quienes es el periódico oficial libro divino, una hoja escrita y firmada por los dioses que todo lo pueden; ardan allí sus esperanzas de mejora, su comodidad, el portvenir de sus hijos... La *Gaceta* es en España, y especialmente en Madrid, el *alfa* y el *omega* de la ventura. El que la tiene á su devoción vive, manda, derrocha, gasta reluciente paño de Sedán y coruscante sombrero. El que está en la desgracia de ese Dios de papel, lleva botas rotas, mugrientas levitas, vacío bolsillo!

¡Bien quemado está!

**

Pero más lo están los vencidos. ¿Los veis? Entran en la colmena y bulen en ella. Son las abejas del presupuesto que liban las flores de la nómina y fabrican la miel del expediente. Son los empleados... Ya están dentro del ministerio repartiendo cesantías... Es cosa de repetir el canto guerrero y melancólico del poeta de Roncesvalles: «¿Cuántos son? uno, diez mil, un millón, millones de millones.— ¡Y ahora, cuando el ángel anulado de la derrota va á contarlos... ciento, diez... uno... ninguno!»

¡Sí; la alegría oficial ha cambiado de domicilio. Ya no sonríe en la cara de los constitucionales, ya no se deshace en perlas de ingenio cayendo de los labios de sus oradores y del pico de la pluma de sus polemistas. Ahora es la gracia malagueña de Cánovas y la antequerana de Romero Robledo la que priva. Nuevo gobierno, nuevas córtes, nueva política; unas elecciones siquiera, para que los españoles miren al portvenir con el incierto ánimo y la febril curiosidad del lector de folletines que tiene bajo sus ojos un centenar de páginas llenas de venenos, sorpresas, duelos, raptos y faltas de castellano?

**

Al mismo tiempo, en el mismo día, tal vez en el mismo instante, se han sentido temblores en los cimientos de la Catedral de León y en los de la Alhambra de Granada.

Se trata de dos maravillas de distintos artes engendradas y esas dos maravillas padecen del abandono de los gobiernos. En país más cuidadoso de sus glorias habria empeño de todos por conservar esas dos preciosidades; aquí este sublime desden castellano, este frío olvido del ayer que es la mitad del alma española hace irse demoronando esos portentos de piedra y yeso.

La catedral gótica con sus cresterías y sus ojivas es el mejor templo del alma cristiana. El sol se tiñe de colores al pasar por las cristalerías de las ventanudas donde se representan pasajes bíblicos é imágenes pintadas con luz.

La Alhambra es el templo de los sentidos, la deificación del sensualismo, un himno á la majestad del sér humano, algo que tiene ecos de cancion de amor y el ritmo grandioso de la epopeya.

Otra es la catedral gótica de aquel hombre que pasa su vida en combatir por la fe, de aquel monje que como el gusano para labrar su seda se encierra en la celda de piedra del convento, y allí á solo consigo mismo, imagina que sobre el feicista en que desecaman los pesados *infolium* agita sus alas el ángel de las inspiraciones.

La Alhambra es la creacion de un pueblo poeta ántes que guerrero, enamorado ántes que poeta y sibarita ántes que enamorado.

Bajo las bóvedas de la catedral se imagina el artista ver siempre la imágen de la castellana que ora por el pronto regreso de su señor, empeñado en tremendas empresas de guerra.

Bajo los aéreos camarines de la Alhambra, alumbrados por luz cenital, creceris ver siempre á la odalisca, mal ceñida al cuerpo las perfumadas gasas, ya con el ansia del amor esperado, ya con el voluptuoso cansancio del amor satisfecho.

La heroina del arte gótico es Aldonza, la casta y severa cristiana, madre de fuertes hijos á quienes comunica con su sangre una fe combatiante y una supersticion cruel.

La inspiradora del arte árabe es la princesa de la sangre de los Omeyas, delicia del profeta y cuyos brazos son el mejor premio del vencedor. Lindaraxa llama la historia; con su nombre ha compuesto endechas la poesia, canciones la música, y en las claras y rutilantes noches grandiosas de estrellas y rasgos de relámpagos.

Los símbolos de estas dos civilizaciones, de estas dos religiones, de estas dos artes, por las que combatiéron el moro y el godo, donde oraron y amaron Aldonza y Lindaraxa, están amenazados de muerte. Y no habrá podido hacer el hombre elegía más terriblemente melancólica que la que forman con sus ruinas los arquitrabes de la Catedral de León y las columnillas del patio de los leones de la Alhambra.

**

Porque no tengan razon los hombres graves en acusarme de preferir para mis digresiones los asuntos de

poca monta, y dejar á un lado los que traen preocupados á los cerebros más sesudos de Europa, diré algo de la contienda internacional de Francia y China; y no han de ser noticias que el telégrafo trasmite casi ántes de que los sucesos ocurran; ha de ser una consideracion que está á primera vista, que salta desde luego á los ojos.

La China es un inmenso imperio, poblado por miles de millones de súbditos; Francia es ménos que una nacion, porque está toda reconcentrada en una ciudad, en Paris.

El chino es un insaciable bebedor de té; el parisense es un contanzam bebedor de Champagne, y el pálido brebe que aquel consume explica sus odios frios y duraderos, mientras el burbujeante vino de los restaurants de Paris, da razon de la alegría de ese europeo incapaz de persistir diez años en una guerra y dos días en un mismo pensamiento.

El imperio chino es un monstruo de absurdas proporciones, de miembros disparatados, de vientre obeso, como el de sus filósofos de porcelana; dentro de cuya mole no corre la sangre sino el rubio té que impulsa y mueve á guisa de corazon una perfumada tetera de barro.

Paris es una ciudad oxigenada, una ciudad víctima de la risa, que todos los días inventa un chiste y todos los días siente la tristeza de un nuevo desce y la nostalgia de una nueva epopeya.

Así, pues, Paris resolverá de un modo ó de otro, bien ó mal, á conazonos ó con notas diplomáticas, la contienda que hoy tiene con el celeste imperio; pero la resolverá pronto, porque ya está cansado de oír hablar de Tonkin y del marqués de Tseng.

Y los mandarines de China conservarán á través de los siglos su odio á Francia, mientras que la carcajada de una *acoute* resonando en la atmósfera de los bulevares hará olvidar á los parisenses todo lo sucedido.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

MARÍA, cuadro por Beers

Otro ejemplar de la famosa galería de mujeres hermosas, que publicamos con gusto, ya que opinamos, con el Arcéopago, que la contemplacion de lo bello predispone al ánimo para lo bueno.

¡QUE VIENE EL LEÓN! cuadro por Franz Verhas

Un travieso rapaz ha imaginado el medio más sencillo y de seguro efecto para dar un susto á su hermanita. Metido debajo de una de esas pieles de leon que tapizan algunos suntuosos gabinetes, ha aparentemente embestido á la inocente niña que, llena de terror, corre á refugiarse en el regazo de su madre. El muchacho, satisfecho de su travestura, asoma la cabeza por debajo de la felz voraz melitica para enterarse del efecto producido por su arriesgada falsificación; al paso que la madre, conocedora sin duda de los preliminares, ni manifiesta sorpresa, ni espanto, ni enojo siquiera.

Esta sencilla, pero no ménos ingeniosa composicion, se halla realizada por un dibujo irreprochable, una agrupacion elegante y nada rebuscada, una entonacion simpática y una riqueza de accesorios que armonizan perfectamente con el asunto y completan el cuadro, sin empero aglomerar detalles inútiles y de mal gusto.

Esta clase de trabajos producen siempre simpática impresion, y cuando, afortunadamente, se reproducen por el buril de una manera tan acabada como lo ha hecho Weber con el cuadro de Verhas, esa impresion, sin ser la que cause el original, es tanta como puede esperarse de un grabado hecho con talento, habilidad y conciencia artística.

LA VIDA MODERNA, cuadro por Lorenzo Casanova

(Este cuadro lleva el núm. 49 en el catálogo de la exposicion París)

Representa este lienzo á una hermosa jóven tendida indolentemente sobre un diván. Mientras aspira los aromas que exhala un enorme pebetero junto á ella colocado, acaricia á un perro faldero que ha tomado posesion de su regazo, produciendo visible descontento en otros dos canes, que sin duda se creen con derecho á los tratos de la nacion más favorecida, como dicen los estadistas.

Este cuadro es agradable y en la ejecucion de la figura principal el artista se ha impuesto dificultades de dibujo por el gusto de probar que sabe vencerlas. El color está bien aplicado, aunque quizás el vestido tenga sobrado sabor de carne, lo cual produce á primera vista el efecto del desnudo; y el conjunto revela en el autor fáciles condiciones artísticas.

Es, además, esta composicion una bien concebida alegoría de la sensualidad que caracteriza á nuestra época. Esa jóven, voluptuosamente tendida, saturada de aromas, que en su indolencia, en su pereza mejor dicho, prodiga sus caricias á un animal importuno y feo; esa jóven es, realmente, la vida moderna, consagrada al placer material, aspirando los deleterios aromas de la adulacion, prodigando sus afectos á los séres más indignos de ellos, y alimentando la inteligencia con la lectura de periódicos en que la literatura está representada por las novelas de Zola y el arte por las caricaturas de Grevin.

NUEVO APARATO AMERICANO para despejar de nieve las vías ferreas

En la exposicion de maquinaria y aparatos para ferrocarriles últimamente celebrada en Chicago (Estados Unidos), ha llamado la atencion por su ingeniosa construccion

el aparato para limpiar de nieve la vía, que representamos en conjunto y en detalle en nuestros dos grabados.

Este nuevo sistema, de origen canadiense, consiste en una gran espiral de eje perpendicular colocada en la parte anterior de un wagon empujado por una ó más locomotoras. En lugar de hender simplemente la nieve y echarla á los lados, como los aparatos ordinarios, éste la levanta por efecto de la rotación de la espiral, la cual gira sobre su eje con una velocidad de 300 vueltas por minuto, por medio de un par de máquinas horizontales. Este sistema es de reciente aplicación, habiéndose terminado el primer aparato en abril último, en cuya época se le hizo atravesar con feliz éxito cerca de Orangeville un banco de nieve y hielo de 45 metros de longitud por 1",80 de espesor.

Puerta del Palacio de Mosen Sorell, en Valencia

Uno de los edificios más característicos de Valencia, el palacio de mosen Sorell, fué pasto de las llamas en el mes de marzo de 1878, desapareciendo con él una de las páginas de la historia arquitectónica de los siglos XIV y XV.

La puerta del citado palacio representada en nuestro grabado data probablemente de fines del siglo XV, notándose en la escasa elegancia de sus columnatas, en el poco gusto de sus adornos y en la desmesurada prolongación del arco que cobija el escudo, la decadencia de aquel arte ojal que tantas maravillas produjera. En los vanos que quedan entre el arco y las molduras que rodean la puerta, está esculpida la siguiente leyenda, divisa de la noble familia de los Sorell: *Lo que tenemos fallece; el buen obrar no perece.* A pesar de su escaso mérito, la antigüedad y el carácter original de este palacio hacen que los amigos del arte y de la arqueología lamenten muy de veras su desaparición.

EL CRISTO DEL MILAGRO

I

Si hubieran Vds. preguntado á los vecinos de los pueblos de aquella comarca, habrían oído lo siguiente:

«Nadie sabe cómo vino á este sitio, pero se cree que apareció milagrosamente.»

Sin embargo, personas interesadas, si tal puede decirse, contaban otra historia.

Segun los primeros, aquel Cristo, tan viejo, y recientemente restaurado por orden y á costa del alcaide, previo un guante entre los devotos, era mucho más primitivo que los primitivos tiempos de España.

—En la época de los abuelos de los abuelos de los romanos—decía el padre cura del lugar inmediato, sin saber lo que se decía,—ya estaba ahí esa imagen.

Y como el maestro de escuela del pueblo se atreviese á objetar humildemente que ántes de la época romana y de la fundación de Roma no había venido al mundo Jesucristo, el párroco estuvo tentado de excomulgarle por contaminado con el virus moderno.

Durante las persecuciones de los cristianos por los Emperadores, el Cristo estuvo oculto; uno de los infelices que consiguieron escapar de la muerte, lo trujo de Roma.

—Esta era una versión, además de la del señor cura mencionado.

Pero la verdad, según opinión de un testigo ocular, que negaba el milagro origen, era que aquella imagen había sido tallada y regalada á la iglesia del pueblo, por un escultor hijo del lugar y que de regreso de América á mediados del siglo XVI, quiso manifestar su gratitud, por haber realizado una fortuna, á la iglesia donde fuera bautizado.

Vivían los descendientes del escultor, y conservaban parte del capital, á pesar de los desastres sufridos en tiempo de la invasión francesa y de que uno de los descendientes del rico artista, había derrochado algunos miles de duros viajando, también en América, en busca de otra fortuna, como la que reunió su antecesor.

Hablar del Cristo del Milagro en el pueblo, en cuya iglesia estaba guardado, era lo mismo que hablar de todos los vecinos, que le cuidaban y le custodiaban, no solamente por su representación divina, si que además porque le consideraban como padre y fundador del pueblo y convivio de todos.

En tiempo de guerra civil ó de cualquiera clase de revueltas, se redoblaba la vigilancia de la iglesia.

Sacar el Cristo en rogativa y romper las nubes á llover agua sobre la comarca, era todo uno.

Sacar el Cristo para que cesaran las lluvias y aparecer el Sol, era lo mismo.

Cuando le sacaron una vez para que el gobierno aliviara de contribuciones al pueblo, recibieron la noticia de que les habían aumentado el cupo.

En materias políticas no tiene jurisdicción—observó el alcaide.

—O no la usa—replicó el cura.

—Es lo mismo.

Las muchachas casaderas acudían á pedir al Cristo del Milagro, que practicase uno, presentándolas novio en buenas condiciones matrimoniales.

Los enfermos iban de continuo á pedir alivio, ó se encomendaban al Cristo desde el lecho del dolor, cuando no podían salir á la calle para visitar el templo.

Las viudas lloraban ante la sagrada imagen durante algunos días: despues ya no la veían sino á la hora de la misa, lo mismo que el cura.

Las madres que habían perdido algún hijo, no faltaban un día en la iglesia: decían que allí, en derredor del Santo Cristo, veían á sus perdidos angelitos.

¡Cosas de madre!

Ello era que milagrosa ó naturalmente aparecida la imagen, obraba grandes prodigios, al decir de los lugareños, y que en cuestion de enfermedades, por ejemplo, entre el médico de los tres pueblillos allí próximos y el Cristo, no cabía duda; el que curaba á los enfermos era el Cristo; y el que mataba á los demás, el médico.

Son achacos de la carrera.

¿Cómo le engalanaban en el día de la fiesta que le dedicaba el vecindario?

(Al Cristo, por supuesto, que no al médico.)

La alcaldesa prestaba sus mejores alhajas para que se las colgasen al Cristo, y aunque en otro tiempo lo hacían así aquellos carinosos y agradecidos vecinos, en tiempo moderno han suprimido la gala con uniforme que vestían á la imagen.

—Es un escándalo—me decía el maestro de escuela y no sé si por emulación—lo que he presenciado yo en los primeros años de mi estancia en este pueblo de cafes.

—Me parece—le dije—que los trató V. con mucha franqueza.

—Pues no le pusieron al Santo Cristo un zagalajo de la alcaldesa y un pañuelo de Manila y unos pendientes de la boticaria! Hoy no se hace esto; se le rodea de ramos de flores.

Las flores simbolizan mejor la religion y la fe, que los zagalajos, siquiera sean de alcaldesa.

II

La familia heredera del autor de la imagen, se componía de padre y dos hijos, uno de éstos hombre y otro varon.

Era ella más hermosa que «la sonrisa de un ángel,» como decía el maestro de escuela en unos versos que *la sacó* en día de su santo.

Muestra cariñosa que le valió cinco duros de regalo en metálico que le hizo el padre del ángel.

Contaba escasamente diez y nueve años Rosita, y más de diez y nueve cientos de pretendientes la habían importunado con sus amorsos; pero el tío Cosme era una fiera vestida de corto.

Preguntarle por su hija, en vez de halagar su cariño, era lo mismo que sacudirse un puntapié en el reverso de la figura.

Lántiéndose si el pregunton ó interesado en la salud de la chica, era animal macho.

—Bastante te importará á ti,—solía responder á los mozos con quienes tenía franqueza.

En una ocasión cayó enferma Rosita y el médico se vio muy apurado para tomarla el pulso, porque el padre no consentía que la tocan.

Velay naté,—decía—si los médicos no pudieran serlo hasta llegar á ser viejos, no se darían estos casos de inmoralidad. ¿Qué ley ni qué razon pueden obligarme á mí á que tolere que V. manosee á la chica?

Por fin cedió ante el temor de que su Rosa se desgraciase, y cuando logró verla buena y sana, le dijo al médico:

—Mire V., yo conozco que soy algo raro, pero V. no se incomode, porque no tengo malos pensamientos.

—Ya lo sé—replicó el médico.

—Ahí tiene V. dos onzas peluconas por la cura, y en paz.

—Aquí sobra dinero, hombre....

—Nada, dos onzas y tan amigos; cuando yo se las doy, guardélas y abur. No es porque yo crea que V. lo ha hecho todo.

—La naturaleza ayuda.

—¡La naturaleza! ¡la naturaleza! ¡Qué manera de pensar tienen estas gentes de letras! Todo se lo *echan* á la naturaleza y no dejan nada para Dios.

—Hombre, Dios sobre todo.

—Y el Cristo del Milagro. Ese, ese ha sido el verdadero doctor. Vds. entran á ciegas en la habitación del enfermo; le pulsas, le miran la lengua, le tocan el testuz, y en seguida recetan lo que les parece: si aciertan, bien, y si no, tambien. Con decir que la enfermedad venía derecha, y extender la cédula de empadronamiento para el cementerio, se acabó.

La teoría del tío Cosme era la que profesa la mayoría del vulgo.

El tío Cosme era un hombre, que nada tenía de tonto.

Pero sí de malicioso.

Rosita era una hermosura de primer orden y un ángel por su carácter y sentimientos.

En cambio Ramoncito, el hermano de Rosa, jóven de veintidós años, había nacido para dar disgustos á su padre.

El primero se lo dió al nacer, puesto que su nacimiento costó la vida á su madre.

Convencido de que somos mortales y de que á lo mejor de la vida, se viene la muerte tan callando como decía Jorge Manrique, aun cuando él no había leído á ningún poeta, rechazaba cuantos oficios y carreras le proponía su padre.

—V. es rico,—decía—¿para qué quiere que yo me sacrificue y sirva á nadie?

—Yo no quiero que sirvas á alguien, pero sí que sirvas para alguna cosa. ¿Te parece justo pasar la vida hecho un vago y sin aprender siquiera dónde tienes tu mano derecha?

—Lo que es eso... diga V. que llegue una ocasión en que pueda probar dónde tengo mi mano derecha, y ya verá V.

El tiempo pasó y el mozo, libre del servicio de las ar-

mas, mediante el pago de la cantidad exigida por la ley, permaneció en el pueblo, sin ocuparse siquiera de la labranza en los terrenos de su padre.

III

Qué pasó ni cómo Rosa pudo llegar á enamorarse del médico del lugar, no pudo saberse.

Pero es verdad que estas cosas no las saben más que los interesados y cuando son prudentes y no las comunican, no hay medio de saberlas por más que se adivine ó se presume.

El principio del amor es siempre lo mismo aunque varíe en causas y accidentes.

Tal vez agradecida Rosita por la curación de su enfermedad primera, fijó sus ojos en el médico.

Este no se sabe por qué los fijaría; pero es de suponer que porque le gustó la chica.

El resultado fué unos amores que no sospecharon ni el tío Cosme ni Ramon.

Bien decía aquel:—«Inconvenientes de ser jóvenes los médicos.»

Pero como los médicos ni sus novias tienen privilegio para no perder la salud, siquiera sea accidentalmente, y aun para morir son iguales á los profanos, Rosita cayó enferma segunda vez.

Íntil será pintar la diligencia con que D. Ricardo, el médico, acudiría al mal.

La enfermedad tomaba un carácter alarmante.

Aquellos labios de púmpura estaban cárdenos.

Aquellos ojos negros en los que se adivinaba un fondo insondable de pasión y un foco de luz celestial, velados por los párpados, parecía como que se despedían de la vida.

—Si yo consiguiera llevarla á ver nuestro Cristo; ese Santo Señor patrono del pueblo y particularmente de nuestra familia...

Este ligero egoísmo del tío Cosme, podía disculparse, aparte de la impiedad manifiesta, porque de ordinario no sabía lo que hablaba, pero mucho menos en aquellos momentos.

Salió precipitadamente de su casa y se dirigió á la del cura, á pesar de ser su enemigo electoral.

Esta es una clase de enemigos irreconciliables en las localidades pequeñas.

—Vengo á proponer á V. una cosa.

—¿Una transacción?—preguntó el cura satisfecho.

—No, y sí.

—Sepámos.

—Mi hija está muy malita.

—Ya lo sé. ¿Necesita V. mi auxilio? Voy corriendo; no quita lo cortés...

—A lo importante—interrumpió con ira el pobre padre al ir semejante suposición.

—¿Luz?

—Lo que yo quiero es que me autorice V. para llevar el Santo Cristo á mi casa.

El cura le miró con asombro.

—Doy mil reales para el culto.

—Ni aunque fuera V. un millón: lo que me propone es una profanación completa.

—No lo sé, pero...

—Yo no lo consentiré jamás.

—En secreto, sin que nadie se entere...

—He dicho que no, y basta.

Los esfuerzos del tío Cosme fueron inútiles.

El cura no accedió á la pretension del padre de Rosa, que salió gritando:

—Pues bien, si mi hija se muere...

—¿Que?

—Yo sé lo que he de hacer.

Para un padre no hay obstáculo ante el peligro de sus hijos.

El plan fué tan rápidamente concebido como ejecutado.

¡Llegó la noche.

El tío Cosme, no queriendo fiar de nadie la ejecución de su proyecto, se dirigió solo en dirección á la iglesia.

Se detuvo é inspeccionó con una mirada los alrededores.

Luego dió dos golpes en la puerta, y esta se abrió.

—¡Silencio!—dijo una voz de mujer—si nos oyeran ¿qué sería de nosotros?

—Era la mujer del sacristán, más dulce y maleable que el cura.

Ella se encargó de cobrar los mil reales no precisamente para el culto, pero sí para ella, que tan relajada estaba con las cosas de él.

El tío Cosme entró y la puerta se cerró tras sí.

En aquel momento llegó hasta la puerta de la iglesia un hombre envuelto en una capa.

—¡Esto es inconcebible! son ladrones! ladrones... y.... Ahora veremos si sé dónde tengo la mano derecha, ya que lo duda mi padre.

Los minutos trascurrieron y la puerta de la iglesia volvió á abrirse, oscura por dentro como la boca de un monstruo.

Un brillo salió.

El hombre que esperaba se lanzó sobre el cuchillo en mano, y descargó un golpe.

—¡Detente!—gritó el que salía.

Pero entre uno y otro hombre cayó... tal vez un tercero.

Afortunadamente el que salía, que era el tío Cosme, como queda dicho, reconoció la voz del otro.



¡QUE VIENE EL LEÓN! cuadro por Franz Verhas



LA VIDA MODERNA, cuadro por Lorenzo Cusanova (Este cuadro lleva el número 49 en el catálogo de la Exposición París)

—Ramon, hijo,—murmuró—soy yo, cállate y ayúdame a levantarte. ¡Ah! ¡qué profanación! ¡qué sacrilegio!... Pero tú me perdonarás, ¿no es verdad, Señor? siquiera en gracia del cariño paternal que me impulsaba. Si ella muere ¿qué será de mí?

Ramon, que durante algunos segundos había permanecido inmóvil, dominado por el espanto, creyendo mal herido á su padre, se aproximó, al fin, con vacilante paso.

—Perdon, padre mio!—balbuceó.

—No, no, hijo, no hay de qué perdonarte; tú has cumplido como bueno, pero... vamos, no perdamos tiempo. ¿Qué significa?...

—Ramon, tu hermana se muere, si no la salva esta Santa imagen; la he pedido al cura, le he suplicado con lágrimas en los ojos que me concediese este beneficio, y nada he conseguido. Afortunadamente la sacristana es ménos escrupulosa. Vamos, ayúdame, hijo.

Entre ambos levantaron cuidadosamente la Santa imagen, que no había sufrido desperfecto en la caída.

Pero el puñal de Ramon se veía clavado en el pecho del Santo Cristo.

—Dios mio!

—Horror!

Gritaron casi á un tiempo el padre y el hijo al hallar el acero clavado en la imagen.

—Rosa! ¡Rosa mia!—murmuró el tío Cosme dominado por una exaltación repentina—mi hija se muere: Dios castigará en mí el sacrilegio crimen de mi hijo.

IV

Pero Dios tuvo piedad de Rosa que recobró la salud, merced á la visita de la divina imagen y á los esfuerzos de la ciencia.

¡Pobre doctor!

—¿Cuánto estudió, cuánto sufrió y cuánto creció su amor por la enferma!

Pero no daba con una ingrata el médico; que Rosita, que entregaba voluntariamente su salud y su vida en manos del joven, también le entregaba su corazón.

Cuando pasaron los días de peligro inminente, cuando despejada y tranquila pudo la enmorada doncella darse cuenta del mal pasado, el doctor respiró.

—¿Cuánto te debo!—decía la hermosa niña, cuando estaba sola con el doctor y una buena mujer criada del tío Cosme y tan antigua como su amo en la casa.

—¿Cuánto le debo á V.!—repetía cuando se hallaba presente su padre.

—¡A él! ¡á él! ¿Y al Santo Cristo, nada?

—Padre!

—¿A él le debes la vida y yo también: él me libró de morir de una puñalada la noche que le traje á esta casa. Milagro, milagro patente! sabe que le amo, que uno de mis antepasados le dió forma y...

—Padre!...

—Ya sé que estoy diciendo herejías y disparates, pero el contenido de verte buena me trastorna.

Nadie se enteró en el pueblo de la visita del Cristo á la casa del tío Cosme.

Este ántes del amanecer lo volvió á conducir al templo. Solamente se observó, que la santa imagen tenía en el costado izquierdo una señal que parecía la cicatriz de una herida.

De ella, no se supo cómo, empezó á manar sangre, y este milagro se repetía cada año en el día de la fiesta dedicada al Cristo del Milagro.

V

Rosita y el médico declararon cierto día al tío Cosme sus atrevidos pensamientos.

No creían ambos que tan á gusto accediera el buen hombre á sus pretensiones matrimoniales.

Pero el tío Cosme respondió:

—Es buen mozo, te quiere mucho, y ha trabajado el *fabretico* lo mismo que un negro por salvarte la vida. Si no lo ha conseguido hasta que yo traje el Santo Cristo, ¿eso es otra cosa. ¿Pero qué tiene que ver el pobre con un médico como Nuestro Señor? La intención ha sido buena. Más me gusta para marido que para médico. Ahí verás lo que yo decía: «Esos son los inconvenientes de los médicos jóvenes.»

Y los chicos se casaron. En cuanto á Ramon...

Al año justo de haber sorprendido á su padre al salir de la iglesia con el Cristo, su cadáver, con un puñal clavado en el costado izquierdo, fué hallado en un barbecho próximo al pueblo.

E. DE LUSTOXÓ

JUAN DEL PUEBLO

¿Quién es Juan del Pueblo? ¿Dónde ha nacido? ¿Qué erudito le ha tratado? ¿Dónde están sus obras? ¿Cuál es su tumba y cuáles las efemérides que dejó en las crónicas y en los calendarios?

Nadie lo sabe; genio desconocido, especie de sombra fugitiva que pasa sin detenerse ante nuestros ojos, que eternamente huye y aparece, apenas si pudo sorprenderle alguna vez la mirada escrutadora del pensador ó del filósofo; apenas si logró estrechar su callosa mano el artista ó el poeta.

Y sin embargo, él es el que os cosecha los sazonados frutos del estío y de la primavera; él es el que entrega á la inteligencia un mundo de materiales; él es quien busca

el metal y las piedras preciosas para satisfacer las vanidades de la sociedad volitaria y ostentosa; él, quien abate el cedro, hace llano de la montaña, mueve la máquina, despliega el lino sobre las olas, arroja el pez y el ave sobre la mesa del potentado, borda el paisaje de pictóricos grupos y recoge las salvajes armonías de la naturaleza.

Yo he visto á Juan del Pueblo cruzar por los vericuetos y las sinuosidades del monte con la piqueta al hombro, la chaqueta al brazo, la frente sudorosa y los ojos entornados melancólicamente; yo le he visto en traje de fiesta, en el ancho corcho de la aldea, saltando y brincando como un chicleto revoltoso; encendidas las mejillas, radiantes sus ojos, entrecabiertos los labios, teniendo enfrente á su compañera de amores y fatigas y satisfaciendo sus ambiciones con un clavel ó un ramo de jazmines; yo le he visto también, con la melena erizada como el león del desierto, los ojos fuera de las órbitas, la sociedad ó de ser devorado por ella. En todos estos estados le he reconocido por sus lineamientos propios, por sus notas características, por sus eternas genialidades. Juan del Pueblo, fué siempre el mismo, cuando se llamó ciudadano y cuando se llamó siervo; cuando siguió á Leonidas y cuando siguió á Espartaco.

Anfura llena de esencia de tomillo ó de campesinas mieles; instrumento melodioso ó ronco, según el grado de habilidad de la mano que supo herirlo; volcan del que se desprendieron ora columnas de inofensivo humo, ora torrentes de lava capaces de convertir en yerros los lugares más deliciosos, Juan del Pueblo fué, es y será siempre la contradicción viviente, el enigma de la Esfinge, la síntesis más acabada de la personalidad humana en su primitiva rudeza.

Yo he visto á Juan del Pueblo herir sin compasión á su hermano, y llorar amargamente al pie de una cuna vacía; yo le he visto arrojarse á la hoguera, y morir en el patibulo, siendo á la vez malhechor y mártir; he escuchado en sus labios la maldición y la plegaria, el himno patriótico y el *Dies iræ*; le he contemplado en el altar y en la barricada.

Juan del Pueblo no escribe; canta y llora, ruge ó suspira tiernamente, aprende como un rapsoda la estrofa de Tirteo ó improvisa sus coplas tierrisimas y originales. El punteado de la guitarra, el sonido del tamboril, la quejas de la gaita, hé aquí sus músicas predilectas. Las bandas militares le aturden, las orquestas teatrales le molestan; si de grandes ruidos se trata, prefiere el del cañon y el de las terribles catástrofes sociales: Juan del Pueblo comprende, acaso, la música del porvenir; las orquestas que tienen por maestros el trueno, el huracan y el océano.

Estudiar á Juan del Pueblo cuando se entrega á esas terribles aficiones, no suele prestar gran deleite al espíritu; prefiere por tanto contemplarlo en sus horas de calma.

El mar, al rayo de la luna y cuando lo riza el viento apacible de la noche, es mucho más bello que en las borascas, aunque otra cosa creen los que sólo han visto las tempestades desde la orilla; y el mar tiene mucho del genio de Juan del Pueblo.

Decía que Juan del Pueblo canta y no escribe; ¡cuán tiernos deliciosos son sus cantares!

Bajo el cielo azul de mi Andalucía, en sus campiñas bordadas de espigas y de flores, Juan del Pueblo se me ha mostrado alguna vez, encarnado en una personalidad determinada.

Hace poco ha muerto entre nosotros un pobre poeta desconocido á quien yo hubiera dado el nombre con que encabezó estas líneas.

Balmaseda — así le apellidaban — había nacido en Egipto, patria del dramaturgo Velez de Guevara y del legista Pacheco; no sabía leer ni escribir y trabajaba de fogonero en la línea férrea de Madrid, Zaragoza y Alicante.

Los que le conocieron aseguran que una melancolía extrema constituía el fondo de su carácter; que tenía distracciones de iluminación y que cuando oía un cantar, se lo aprendía de memoria sin el menor esfuerzo.

Un día sorprendió á sus compañeros con una peregrina novedad: había *sacado* — compuesto — varios cantares. ¿Qué proceso extraño, qué transformación maravillosa se había operado en el alma de aquel rudo hijo del trabajo? Nadie pudo imaginarlo: el hecho es que Balmaseda componía versos que cantaba él mismo, y que deleitaban á los que los escuchaban; el hecho es que Balmaseda se había convertido en poeta.

Los estudios de literatura popular comenzaban á ocupar el magín de nuestros literatos y la nueva de que existía un *pobre que vertía perlas* sin conocer el a, b, c, corrió entre los folkloristas sevillanos, que sintieron curiosidad extrema. Conocieron á Balmaseda, le halagaron con generosos aplausos, y el bardo del pueblo sintió robustecerse su estro rimando sus contenidos y sus aficiones. La oruga se proveía de alas para abrasearse en los fuegos del sol: Balmaseda hacia publicar su librito de cantares y espiraba al poco tiempo.

Había cumplido su providencial misión; la oscuridad y el sepulcro le llamaban y él seguía obediente estas solicitudes.

Como el cisne cantaba y moría satisfecho;

Un *dolorisio* continuo tengo en el *tra* derecho, ¡son *gorpes* del corazón que me están partiendo el pecho!

El pecho me están partiendo yo no lo puedo *aguantar*; ¡son muchos los asesinos y grandes *gorpes* me dan!

Mi amigo el poeta Luis Montoto, decía á la publicación del libro de Balmaseda, dirigiéndose al Sr. Machado, fundador del Folk-lore en Andalucía:

«Me dice una persona respetable, que el autor del *Primer Cancionero de Coplas flamencas* (r) ha muerto de hambre. Yo no sé si sus compañeros en el trabajo dirán su oración fúnebre encomiando la fuerza muscular de sus brazos y su mayor ó menor destreza en limpiar los coches de la línea férrea — que este era su oficio? — tengo, si, el convencimiento de que tú exclamarás, al pasar por la vista estas letras escritas al correr de la pluma: «¡Pobre Balmaseda! ¡Pobre poeta!»

Y en efecto, estas fueron las exclamaciones de todos aquellos que supimos la historia, por demás vulgar, del pobre trabajador que, víctima de los rigores de la suerte, había partido de este valle de lágrimas, dejando á su hija y á su esposa á la ciencia del cielo. ¡Pobre Balmaseda, si, es dijimos los que asistimos con la imaginación á los funerales del desdichado Juan del Pueblo!

Hijo del trabajo, había llevado á la fosa como el sello del genio que se ostentaba sobre su frente quemada por el sol y por la hulla. Se murió y lo enterraron. Hé aquí todo: ¿no es eso?

Acaso si no citara yo alguno de los cantares que contiene el libro de Balmaseda, habría quien creyera producido de una atilada sensiblería las líneas que llevo estampadas: veamos por tanto, como tomaron forma en aquel cerebro inculato, las bellas concepciones de la musa andaluza.

Mi citado amigo hace notar, con sobrada razón, la preciosa analogía que hay entre la copla que sirvió á Becquer para escribir su *Venta de los Galos* y una seguidilla del malogrado Balmaseda.

Hé aquí la que utilizó Gustavo Adolfo:

En el carro de los muertos
la pasaron por aquí,
llebava una mano fuera
¡por eso la conocí!

Dice así lo que Balmaseda ha hecho:

Hasta el *caverrito*
pasaba llorando;
y la conocí por el pañuelo
que la iba tapando.

La *vi enterrada*
con la mano fuera;
¡como era tan *agraciada*
le *fará* la tierra!

Becquer, escritor culto, *poeta fino*, como diría uno de nuestros flamencos, no se atrevió á completar la copilla que le inspiró una de sus más bellas leyendas; Balmaseda, es decir, Juan del Pueblo, identificado consigo propio, fué más atrevido y vió todos los detalles del cantar.

En la segunda seguidilla hay un toque dantesco, capaz de hacer llorar á un conductor de cadáveres: «*Cuando la enterraban faltó la tierra*.» A la compañera de Juan del Pueblo le falta frecuentemente.

¡El hijo del hombre, según rezan las Escrituras, tampoco hallaba una piedra donde reclinarse su cabeza!

Oigamos á Balmaseda:

Aquel que tenga un *sentido*
que no se ponga á pensar,
que si piensa en achicarlo
él mismo lo agrandará!

Esquina grande era
la que le saqué al león:
siento fiero me llama,
¡mira si lo agradeceré!

¡Dices que me quieres mucho!
yo me quisiera morir
y despues de muerto verte
sin que me vieras á mí.

Estando en la *soledad*
al silencio le hablé yo,
para contarle mis penas,
¡y el silencio no me oyó!

Juan del Pueblo ó Balmaseda, como ustedes quieran, ve las relaciones más lejanas y halla la forma poética sin conocer las flores de tálco y trajo de la retórica. Penas á las que ni el silencio atiende, son penas de una intensidad infinita.

Limpíate los ojos
que llorar no vale,
que la mancha que á tí te ha *caído*
se lava con sangre.

Anoche durmiendo ví
un Cristo en mi cabecera,
enclavado en la cruz
con dos velinas de cera.

En estas coplas hay tal amargura y tal melancolía que con dificultad se encontrará nada que le sobrepuje en Heine y en Becquer; la primera parece un reproche de Otello, la segunda es más bella y más gráfica que aquella rima del poeta alemán que comienza así:

A la orilla del Rhin, del sacro río
la santa y gran Colonia se levanta, etc.

El coplero andaluz, con una ojeadada inconsciente que hubiera envidiado el mismo Hartman, sorprendía los efectos externos de la pasión y los reducía á vivas imágenes. Hé aquí la prueba:

Como la bayeta negra
tengo yo mi corazón,
como la verde mis ojos,
como la amarilla yo.

Pero hablando de Balmaseda se ha olvidado de Juan del Pueblo —dirá algún lector que haya visto otras muchas relaciones olvidadas por mí hasta este punto. No tendría razón, Balmaseda no es más que un nombre, un eco, una metamorfosis de nuestro Juan, aún cuando vivan su hija y su esposa y ardan las velitas de cera del Cristo que vió á la cabecera de su lecho. Es, como si dijéramos, un detalle que el lector frívolo puede dejar á un lado, un tipo que tomé de la realidad como hubiera podido tomarlo de los fantasmas de mi cerebro.

Juan del Pueblo, poeta, es así, y si bien pudiera presentarlo á mis lectores palpitando en otras encarnaciones, no es este por ahora mi propósito.

Un moderno colector de cantares, mi querido amigo Rodríguez Marin, ha presentado á mi gigantesco protagonista escribiendo su propia historia en una serie de preciosas copillan: el buen Juan del Pueblo es historiador y poeta lírico al propio tiempo. Poco trabajo nos costaría mostrarle como protagonista de una interminable epopeya.

Balmaseda ha muerto, pero sus rimas, tomando vuelo, como una bandada de aves canoras, por el Mediodía de España, irán á engrosar el tesoro de nuestro cantos populares.

Quizá alguna noche serena y estrellada, como aquellas en que presenciaba Heine el baile de los muertos, llegando á su ignorada hoya con la brisa que agita las flores del cementerio, pugnarán por levantar á su autor de la sepultura.

BENITO MÁ Y PRAT

Sevilla 1883.

Sr. Director de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA (1)

Bilbao 13 de enero de 1884

Muy Sr. mio y amigo: escribo á V. confiado en que ha de permitir que uno de los colaboradores de LA ILUSTRACION y cronista de Vizcaya, supla la deficiencia de la explicación que se da en el número 105 de su excelente periódico al grabado que con la designación de *La jura de los fueros*, se publicó en la última página del mismo número.

Hacia el año 880 de la Era Cristiana era Vizcaya estado independiente y autónómico que se gobernaba por leyes consuetudinarias, populares y patriarcales y en caso de guerra elegía sus caudillos por la voluntad de todos sus *erriales* ó municipios congregados so el árbol de Guernica al sdn de las cinco bocinas que se tañían en los cinco montes más altos.

Uno de los caudillos ó protectores de Vizcaya, llamado Cenón, habia pasado á la corte de Asturias á tratar asuntos del procomun y habia sido allí encarcelado. Entónces Vizcaya invadió las comarcas orientales de la monarquía asturo-leonesa y ejerció represalias. Los asturianos leoneses desembarcaron en Bájico, costa de Vizcaya, y allí fueron derrotados y obligados á reembarcarse por los vizcaínos acudillados por un caballero de Bustriña llamado Fortun Fruiz.

Pasados algunos años, un ejército leonés acudillado por un príncipe llamado, según unos, Ordoño, y según otros, Odoario, invadió á Vizcaya por la cordillera pirenaico-cantábrica. Salieronle al encuentro los vizcaínos acudillados por Lope Fortun, hijo de Fortun Fruiz y más conocido por Jaun-zurria ó el *señor blanco* porque lo era de cuerpo, y Sancho Estévez, señor del Duranguesado, y en el valle de Padura, dos leguas al sur de donde andando el tiempo se fundó la villa de Bilbao, fueron derrotados los invasores y perseguidos los restos de su ejército hasta el árbol Malastu que señalaba en Layrado los límites de Vizcaya, dejando muerto en Padura á su caudillo, á quien más adelante se erigió un santuoso sepulcro que aún subsiste en el pórtico de la iglesia de Arrigorriaga, cuyo nombre que significa «lugar de piedras enrojecidas,» tomó el valle de Padura en memoria de la sangre que habia enrojecido su suelo.

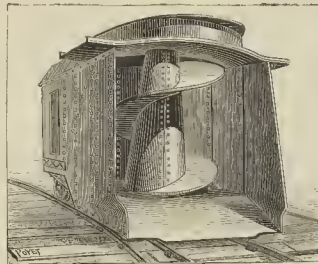
Sancho Estévez, que habia sido herido de muerte en la batalla, fué conducido á Tabira de Durango donde mu-

(1) Describiendo con el mayor gusto á los desesos expresados por nuestro distinguido colaborador el Sr. D. Antonio de Trueba, insertamos la carta que este ilustrado escritor nos ha dirigido con el objeto de ampliar la descripción que, en términos generales y con la sobriedad que nos impone el reducido espacio que queda para texto en nuestra publicación; hicimos del grabado á que dicha carta se refiere.

(N. de la D.)



NUEVO APARATO AMERICANO PARA DESEJAR DE NIEVE LAS VÍAS FÉRREAS



DETALLE DE LA ESPIRAL VERTICAL DEL ANTERIOR APARATO

rió poco despues y en cuya iglesia de San Pedro perseveran dos momias que la tradición asegura ser la suya y la de su mujer doña Tida, y en cuanto á Lope Fortun ó Jaun-zurria, fué aclamado por los *erriales*, congregados so el árbol de Guernica, señor hereditario y condicional de Vizcaya, cuyas libertades juró allí y juraron sus sucesores consanguíneos hasta que uno de ellos, en 1371, heredó la corona de Castilla con el nombre de D. Juan I.

El cuadro del jóven pintor vizcaíno D. Anselmo de Gumea, premiado con medalla de oro en la exposición celebrada en Vizcaya en 1882 y reproducido en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, representa la Jura de los fueros de Vizcaya por Jaun-zurria so el árbol de Guernica.

ANTONIO DE TRUEBA

SÉPTIMA CONFERENCIA

DE LA ASOCIACION GEODESICA INTERNACIONAL EN ROMA

II

La Memoria presentada en Roma á la Asociacion GEODÉSICA INTERNACIONAL por los Sres. General IBÁÑEZ DE IBERO, Presidente, y Secretarios HIRSCH y OPPOLZER, sobre la unificación de las longitudes y la cuenta universal del tiempo, constaba de tres partes principales:

- 1.ª Utilidad de la unificación.
- 2.ª Eleccion del meridiano inicial.
- 3.ª Unificación de las horas.

Conviene, pues, darlas á conocer con separacion; y, ya que la naturaleza especial de esta Revista no consiente la insercion íntegra de trabajo de tanta magnitud y de tanta importancia científica, expondremos sucintamente la esencia de su luminosa argumentacion.

I

UTILIDAD DE LA UNIFICACION DE LOS MERIDIANOS.

1.º Es, no sólo conveniente, sino absolutamente necesaria, la eleccion de un solo meridiano universal, en esta época de instituciones internacionales que, reconociendo la individualidad de las naciones, organiza legalmente la Humanidad civilizada, creando las uniones postales y telegráficas, unificando los pesos y medidas, protegiendo á través de las fronteras nacionales la propiedad intelectual, artística é industrial, haciendo respetar los derechos del hombre aun en los campos de batalla, por

medio de la Asociacion de la Cruz Roja, etc, etc.

2.º La unificación de las longitudes producirá incalculables ventajas á todas las ciencias geográficas, ahorrando la considerable y enojosa pérdida de tiempo que cada día exige á los geógrafos la continua transformacion de unas longitudes en otras, cuando las cartas se ajustan á diferentes meridianos.

3.º La Geodesia, aunque regularmente no mide más que diferencias de longitudes, no puede prescindir de las coordenadas absolutas en sus estudios trascendentales de teoría y de física del globo: la Geodesia está, pues, altamente interesada tambien en la unificación de las longitudes.

4.º La Astronomía lo está igualmente, para evitar las reducciones, al coordinar las observaciones hechas en los diferentes observatorios y comparar las efemérides, por necesidad calculadas para un cierto meridiano.

5.º La Meteorología, así como la física del globo (magnetismo terrestre,...) necesita resumir las observaciones para las mismas instantes físicos y levantar con ellos cartas sinópticas.

6.º Toda la ciencia humana, en fin, no concentrada hoy, como en otros tiempos, en dos ó tres centros privilegiados, sino distribuida por todas las naciones civilizadas, tiene necesidad real y urgente de la unificación de las longitudes.

7.º Si desde el punto de vista científico se impone la unificación, las ventajas son incalculables en el terreno de la utilidad práctica;

Para los marinos que, cuando sus cartas y sus almanaques están ajustados á meridianos distintos, tienen que hacer diariamente y aun en medio de las tempestades, cálculos enojosos, cuyos errores pudieran resultar en pérdidas de buques, de ricos cargamentos, y de preciosas vidas;

Para los oficiales de Estado Mayor; Para los cartógrafos, los topógrafos y los hidrógrafos; Y, sobre todo, la utilidad práctica será de resultados inmensos en la enseñanza geográfica, no sólo en las escuelas primarias y secundarias, sino, con mayor especialidad, en las escuelas superiores especiales, politécnicas y de navegacion.

Si importa muchos millones de pesetas la economía de tiempo que produce anualmente la unificación del sistema decimal de pesos y medidas en las naciones que de él se sirven, ¿á cuánto no ascenderá la economía que la unificación de las longitudes producirá á los sabios, á los geógrafos, á los navegantes, á los maestros y á los discípulos?

II

ELECCION DEL MERIDIANO INICIAL

1.º La tierra es un esferoide de revolucion; y, por consiguiente, no existe NINGUN PRIMER MERIDIANO NATURAL.

Hoy no puede aceptarse la hipótesis de los geodestas que, discutiendo mal algunas mediciones de arcos terrestres, consideraron á nuestro planeta como un elipsoide de tres ejes; y, por tanto, no puede considerarse como meridiano IMPUESTO POR LA NATURALEZA al círculo que pase por el eje mayor ó el eje menor de ese supuesto elipsoide.

Tampoco puede servir de meridiano NATURAL aquel en que la declinacion de la aguja magnética sea hoy cero, puesto que es un hecho científico indubitable que la declinacion magnética varía continuamente.

Referir el primer meridiano universal á cualquier otro gran fenómeno NATURAL, ya astronómico, ya geodésico cuya definicion dependiera de observaciones minuciosas y de cálculos complicados (modificables siempre con los progresos incesantes de la ciencia), seria incurrir de nuevo y voluntariamente, en un error análogo al que cometieron el siglo pasado los sabios que creyeron haber hecho una gran cosa deduciendo la longitud del metro de las dimensiones del Globo terrestre, que pensaban haber determinado de una vez y para siempre con entera precision.

2.º No habiendo, pues, ningun meridiano IMPUESTO por la naturaleza, la eleccion del que haya de servir universalmente para la cuenta de las longitudes y del tiempo cosmopolita, tiene, por necesidad, que ser arbitraria; y de pender, por tanto, de razones de pura conveniencia científica, y de razonable facilidad práctica.

3.º Sólo hay que exigir, en el estado actual de la ciencia, que el meridiano inicial esté suficientemente definido

tenga garantías de estabilidad y se halle situado de tal modo que ofrezca grandes facilidades para determinar diferencias de longitud, ya por líneas y cables telegráficos, ya por transportes de cronómetros.

Necesitándose, pues, para la navegación moderna una exactitud de medio minuto de arco, ó sea de dos segundos de tiempo, correspondientes en el Ecuador á la longitud de un kilómetro; y exigiendo las ciencias geodésicas y astronómicas una exactitud (que ya alcanzan) de algunos centésimos de segundo, equivalentes á una DECENA de metros; resulta que el meridiano inicial del mundo debe estar determinado por un observatorio astronómico de primer orden, situado en region que no sea de naturaleza volcánica, ni sujeta de un modo exagerado á los movimientos seculares del suelo, por lo cual este observatorio ha de hallarse ligado á otros de igual importancia, por triangulaciones de la mayor exactitud.

4.º Estas exigencias científicas bastan para excluir, sin discusión, gran número de meridianos, como el de Hierro, el de Tenerife, el de Behring y demás meridianos oceánicos; por más que hayan sido apadrinados por hombres eminentes.

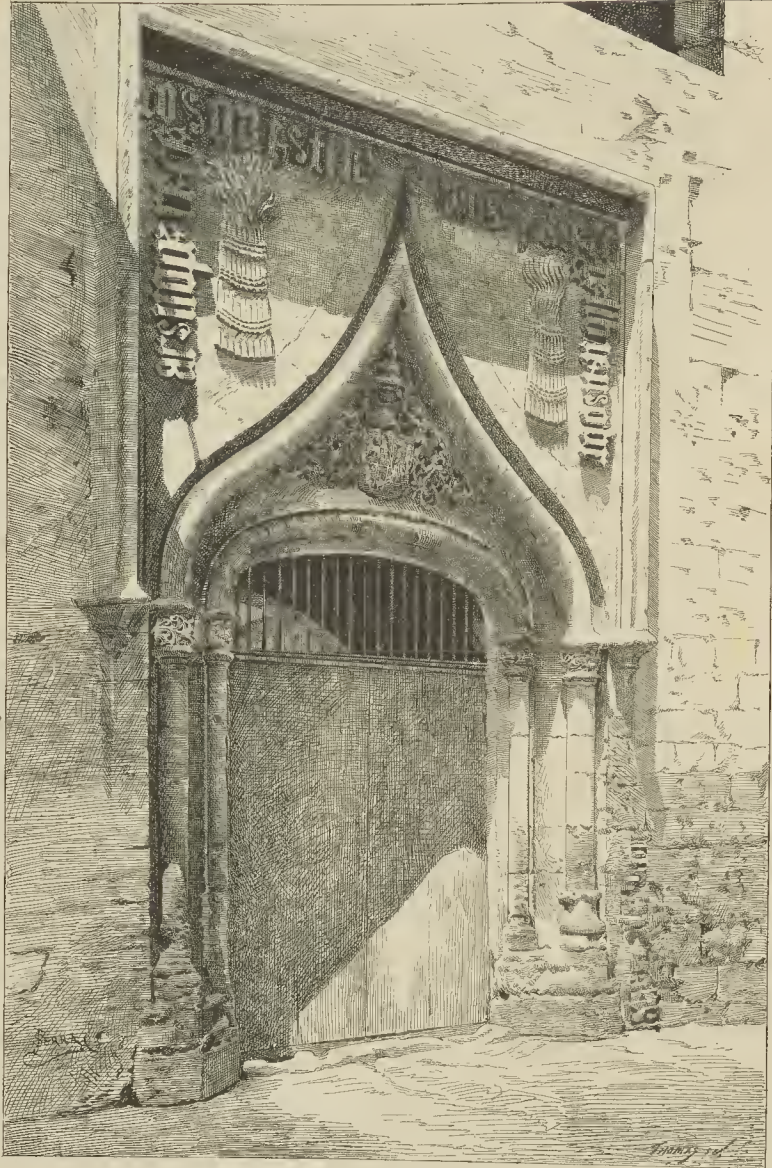
5.º No es serio pensar en la erección de observatorios especiales en el Estrecho de Behring ó en el Pico de Tenerife, ó en la Isla de Hierro, y ligarlos por cables telegráficos á los Continentes; con el solo objeto de adormecer celos nacionales, y crear un primer meridiano universal que no sea ni español, ni francés, ni inglés, ni alemán, ni americano, etcétera.

6.º Debe, pues, ser elegido como inicial el meridiano de uno de los cuatro grandes observatorios en que se publican los más importantes almanaques náuticos y efemérides astronómicas: Greenwich, París, Berlin ó Washington.

7.º Reducida la elección á uno de estos cuatro meridianos, y siendo indiferente cualquiera de ellos, debe escogerse aquel cuya elección ocasione el mínimo de trabajo en los cambios que la reforma haya de originar.

8.º En este concepto, la elección del meridiano de Greenwich no puede ser dudosa. La marina de Inglaterra (40,000 buques y 370,000 tripulantes), así como los mercaderes de los Estados Unidos de la América del Norte, de Alemania, de Austria, de Italia y de otros países; es decir, el 90 % de los navegantes calculan ya sus longitudes por el meridiano de Greenwich.

Los *Nautical Almanachs* más extendidos, y las efemérides más usadas en los observatorios, son los calculados para el meridiano de Greenwich; por más que no les sean inferiores «La *Connaissance des Temps*» ajustada al de París, ni el «*Berliner Jahrbuch*» calculado por el de Berlin.



PUERTA DEL PALACIO DE MOSEN SORELL, en Valencia

Las cartas topográficas y, sobre todo, las hidrográficas dibujadas según el meridiano de Greenwich, abarcan una superficie terrestre mayor que todas las demás cartas juntas ajustadas á otros meridianos.

III

UNIFICACION DE LAS HORAS

1.º Resuelta la cuestión de meridiano, lo está la de la hora universal ó cosmopolita; porque, desde el momento en que todas las efemérides y *almanachs* sean calculados por un solo y mismo meridiano, el tiempo de este meridiano será el empleado por la Astronomía, la Geodesia, la Meteorología, la Física del Globo, la Navegación... y á él, por grandes conveniencias prácticas, habrán de acomodarse las extensas líneas de comunicación por mar y tierra, los correos y las administraciones telegráficas.

2.º La adopción de un tiempo universal, no supone que las poblaciones abandonen sus hábitos de trabajar durante las horas de luz solar, ni que dejen de destinar al necesario descanso las de la ausencia de luz.

Coexistirán, pues, las horas locales (ó las regionales, donde convengan) con el tiempo cosmopolita ó universal.

El empleo de ambas horas se generalizará más fácilmente por el uso de relojes duales, ó de dos muestras, una destinada al tiempo local, y otra al cosmopolita.

3.º El inicio del día y de las horas cosmopolitas indica el de la transición de las fechas;

Y debe hacerse del modo que ofrezca menos complicación, y mejor concilie la enojosa diferencia hoy existente entre el *día civil* que comienza á media noche, y el *día astronómico* que comienza al siguiente medio día.

4.º Los navegantes y los astrónomos no pueden, por muchas causas, abandonar el día astronómico; y, no siendo de esperar que, sin imponer á las poblaciones sedentarias un cambio muy violento, se empezase el día del calendario usual á medio día, debe sólo hacerse coincidir el día astronómico con el día internacional ó cosmopolita.

5.º Esta coincidencia se conseguirá fácilmente, arreglando la hora universal por el meridiano distante 180 grados del de Greenwich.

El día cosmopolita, pues, empezará al momento preciso de media noche en el meridiano situado á 180 grados de Greenwich, ó sea en el momento del MEDIO-DIAMEDIO de Greenwich.

6.º De este modo, el tiempo universal y el astronómico serán el mismo, sin cambio ninguno en las efemérides astronómicas ni náuticas, y permaneciendo, en el extremo Oriente, conforme á la evolución histórica, el origen del cambio de las fechas.

Este arreglo tendrá el inconveniente, para parte de Europa, de que las horas de la mañana serán de un día cosmopolita anterior al día civil; pero en América coincidirán con la fecha universal todas las horas de trabajo en cada día; ventaja que, para los Estados Unidos y el Canadá, será una recompensa muy merecida, por haber, desde luego, aceptado graciosamente el meridiano inicial, en Europa situado.

IV

Hé aquí á grandes rasgos, y desprovisto de las bellezas de estilo y de la claridad de los ejemplos, el luminoso dictamen del General IBÁÑEZ DE IBERO y de los Secretarios Sres. HIRSCH y OPPOLZER.

Las resoluciones tomadas en su vista por la Asamblea de Roma, y que harán época en la historia, serán objeto del artículo siguiente.

E. BENOT

EL SALON DE LA MODA

Los que deseen suscribirse únicamente á este periódico por anualidades, semestres ó trimestres, con pago anticipado, deberán regirse por la siguiente nota de precios:

EN ESPAÑA, un año, pesetas 15.—Seis meses, pesetas 8.—Tres meses, pesetas 4,50 EN PORTUGAL, un año, 8000 réis.—Seis meses, 1000 réis.—Tres meses, 600 réis. Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Se admiten suscripciones en todas las librerías y centros de suscripción.



AÑO III

←BARCELONA 4 DE FEBRERO DE 1884→

NÚM. 110

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA MAQUINA DE HACER HOMBRES, por don J. Ortega Munilla.—LAZARO, por don Luis Mariano de Lara.—LA LEYENDA DE BEGOÑA, por don Antonio de Trueba.—SÉPTIMA CONFERENCIA DE LA ASOCIACION GEODÉSICA INTERNACIONAL EN ROMA (III Y ÚLTIMO), por don E. Benot.

GRABADOS.—PAISAJE DE INVIERNO, cuadro por A. Schweitzer.—EL REGIMIENTO DE GRANADEROS WURTEMBERGUES EN EL PARQUE DE COEUILLY (Guerra franco-prusiana, 30 de noviembre de 1870).—LA PASION DEL COMBATE, cuadro por Laslett J. Pott.—EL ARTE MODERNO Y EL DEL RENACIMIENTO, estatuas por Rodolfo Weyr.—UN TOQUE ATREVIDO, cuadro por Meyer de Bremen.

**NUESTROS GRABADOS
PAISAJE DE INVIERNO,
cuadro por A. Schweitzer**

El grabado de este título es copia de un cuadro de Adolfo Schweitzer, pintor joven todavía, pero uno de los primeros paisajistas de Dusseldorf, de esa ciudad venero



PAISAJE DE INVIERNO, cuadro por A. Schweitzer

de artistas. Aun cuando el buril no puede reproducir el colorido del lienzo original, da sí a conocer la mayor ó menor fidelidad con que el pincel imita las bellezas de la naturaleza, produciendo en la imaginación del que contempla el grabado gran parte del efecto que se propuso el artista. Acerca de este punto basta examinar la lámina para convencerse de que el pintor no sólo ha copiado, sino que ha fotografiado con el pincel, si se nos permite expresarnos así, el paisaje que se propuso trasladar al lienzo; su obra no adolece de esa superabundancia de detalles á que recurren muchas medianías; y el feliz contraste de los tonos así como la elección del punto de vista, revelan sobradamente sus conocimientos y experiencia en la pintura de paisaje.

EL REGIMIENTO DE GRANADEROS wurtembergueses en el parque de Coeuilly

A los diez y nueve siglos de civilización cristiana, aún se llama gloria al laurel ó á la palma que se conquista en el campo de batalla.

Si esto es así (y desgraciadamente lo es), ¿de qué distinta manera pensaban los bárbaros de Atiá, ni qué otra cosa piensan los fanáticos del Mahdí, á quienes no les ha alcanzado pizca de Evangelio?

Elo es que hay guerras, y que los episodios de esas guerras sirven de asunto á grandes lienzos; porque de esta suerte, es un decir, se perpetúan las grandes tradiciones, y los hijos se inspiran en las hazas de los padres. ¡Bonito anda el mundo con semejantes teorías!... Nosotros nos permitimos creer que San Vicente de Paul vale diez Napoleones, aún ahora que cada napoleón vale más de cinco pesetas.

Vamos á nuestro cuadro.

Los prusianos, ó mejor dicho, la Alemania aliada, sitiaba á París. Los franceses organizaron una resistencia poderosa, pero, como ya tenía dicho Vautban, plaza sitiada es plaza tomada. La capital de Francia estaba condenada desde la inexplicable rendición de Metz. Para conjurar su fatal destino, los parisienses intentaron vanamente romper el círculo de hierro que les aprisionaba. Una de estas salidas, la que representa nuestro grabado, fué capitaneada por el general Ducrot, gobernador de París, atacando principalmente el parque de Coeuilly, que era en realidad el punto más débil del sitio. El ataque, á pesar de todo, fué rechazado, quedando el campo por los granaderos de la «Reina Olga», que sentaron su fama de bravos á expensas de su sangre.

LA PASION DEL COMBATE, cuadro por Láslett J. Pott

Hay gustos que merecen palos y entre ellos no debiera eximirse de tan contundente correctivo el gusto de hacer reír á los animales para recreo de unos cuantos desocupados que se gozan en tan cruel espectáculo. Y sin embargo, ese combate singular, en el cual pierde casi siempre la vida uno de los contendientes, cuando no uno y otro, tiene para muchos, y para los ingleses particularmente, un atractivo indecible.

Mas, como no es cuestión de filosofías lo que debemos tratar en esta sección de nuestro periódico, nos limitaremos á decir que esa horrible fiña ha inspirado el asunto del cuadro que nuestro grabado representa y que, á juicio de los inteligentes, es una obra maestra de ejecución. Sus figuras de los personajes que presencian el combate, sus actitudes naturalísimas y variadas, la expresión de sus semblantes, la misma variedad de la risa que ponen en sus labios las peripicias de la lucha, el interés con que el viejo gotoso anima á uno de los reñidores, todo, conjunto y detalles, revela que el autor es maestro en el género.

EL ARTE MODERNO Y DEL RENACIMIENTO, estatua por Rodolfo Weyr

Rodolfo Weyr es indudablemente el más fecundo de los escultores vieneses, y uno de los más eminentes por su conocimiento del arte que profesa, así como por su número creador. Su imaginación brillante, su aptitud artística y su inventiva inagotable hacen que produzca mucho y con gran facilidad. Las dos figuras que reproducimos adornan los dos lados del arco de una de las grandes ventanas del museo imperial de Viena, y representan, con feliz ejecución, el arte moderno y el del Renacimiento.

El primero está simbolizado con las obras de Winkelmann, la fuente del Trueno y el Hermes del templo de Diana en Efeso, combinando así con mucho acierto la imitación de las obras antiguas con la tendencia naturalista moderna.

La segunda figura es una personificación del arte clásico, de ese arte que dio nueva vida al espíritu libre de la época del Renacimiento.

UN TOQUE ATREVIDO, cuadro por Meyer

Un artista *tourista* ha improvisado un taller en el patio de una granja, y mientras se da un punto de reposo con la dueña, los hijos de ésta *locan* á su manera la obra del pintor. Cuando éste se acerca *locan* al impensado corrector que le ha depurado su improvisación, mandará normalmente á toda la chiquillería rústica y jurará no tomar siquiera un apunte en país del cual no le conste que todas sus mujeres son infectadas. La gente menuda, en tanto, creará de buena fe que el huesped se ha vuelto loco, pues lleva á mal un toque aplicado tan concienzudamente, una pincelada neta, vigorosa, valiente, en que ha entrado más verde que en todo el bosque que tenía abocetado el artista; pincelada que los muy bribonzucos califican de árbol con

toda seriedad y que afirman ser capaz de engañar á los mismos pájaros.

El autor de esa sencilla composición ha estado en ella completamente feliz. Con dificultad puede darse un grupo de niños mejor combinado, unas actitudes más naturales y unos semblantes más infantilmente picarescos.

LA MAQUINA DE HACER HOMBRES

(Cuento)

I

La villa de Nido-negro, tantas veces citada por mí en estas breves historias, se había enriquecido por los años de 1808 y 1812, con el comercio del cáñamo y la patata.—«Aquí tenemos, decía el gran humanista D. Severo, gloria de la comarca, todo lo que es necesario al gobierno de los pueblos felices y bien regidos: patatas y cordeles.» El escudo de la villa era un trozo de maroma y un campo cubierto de la vegetación verde y blanca del venturoso y útil tubérculo, honra debida á que un día pasó por aquellos campos un rey de Leon y dijo mil galanterías y elogios de tan fértil terreno.

Mucho, mucho había progresado Nido-negro. Los cáñamos iban á Bilbao y Barcelona para servir de jarcia á los navíos; á Zaragoza y Sevilla para hacer mantas bastas y estezados groseros; y donde quiera que hacía falta una vara de cordelillo para atar á un hombre, uncir una bestia, liar un mazo de plumas, hacer un embalaje ó una escala, allí estaba la fama de Nido-negro, puesta tan alta como sus casas en el plano inclinado de Sierra-Ariscá, de donde descendía la flota llena de verdes cañameras, tan frescos y lozanos por que mil trenzas de agua los cruzaban y mojaban sus raíces.

II

Y como tanto había enriquecido el concejo, llegó un día en que se pensó en hermosear el aspecto del lugar. Hicieronse dos poscos, uno alto para el invierno, con sus dos filas de árboles; otro bajo para el verano, con su sombra de bien pobladas acacias. Despues de reconstruir una nave del templo, que rezumaba las aguas de todas las lluvias y colaba los aires de todas las tempestades, un día la campana concejil aborotó el ocatarro, llamó al pueblo, congrególe en torno de la plaza, y lleno de emociones fué entrar en la Casa de la Villa á los concejales, uno tras uno, desde D. Lesmes el médico, hasta el tío Suca-Cande, confitero; amén del veterinario, cojo de un par de coces que le disparó una mula, y del contratista de consumos, que iba abrumado por una joroba gótica ó ojal, tan pesada y grande que no existe cosa á que comparese pueda.

—¿Qué sucede?—preguntaba la gente.

—Parece que se trata de comprar una máquina que haga hombres.

—¿Es posible tal dilate? replicó el más ilustrado.

—Sin duda. Un sabio mecánico ha venido á ofrecer sus servicios al municipio. «La guerra—ha dicho—pide hombres, y como las mujeres necesitan veinte años para entregar á la sociedad uno que pueda resistir las fatigas de la guerra, yo—añadió con gran aplomo—os daré una máquina con que podáis enviar á la guerra hombres sin término. Ya podrá matar el hierro de los cañones, que el hierro de mi máquina se dará buen arte para reemplazarlo.

III

No es fácil narrar los obstáculos que encontró la idea en su camino. Cuando la Inquisición iba á intervenir, encerrando en alguno de sus negros calabozos al artífice creador de hombres, sobrevino el terremoto revolucionario de la Independencia, que no sólo echó por tierra aquel tribunal, sino cuantos institutos de autoridad había en la nación. Quedó Nido-negro entregado á sus pocas fuerzas y á sus muchas esperanzas. Entónces el Concejo determinó ir á buscar al bueno del maquinista que les había prometido crear un regimiento de hombres tan símiles de los nacidos de femenino útero que no lo conociera el más pintado.

Llamóse al tal que vivía en el vecino villorrio de Astaciervo, caserío antiquísimo perdido en el seno de un negro bosque de enebros y sabinas.

Calisto era el nombre con que se conocía al artista y ningún otro apodo ni apellido le particularizaba.

Era Calisto un hombre agigantado y enjuto, de pequeñas y descarnada cabeza, con grandes y prominentes maxilares, la nariz recta y cuadrada, ojos muy pequeños y vivaces y un círculo surcado en la cuenca del ojo derecho, y producido por el ludir con el antejo de aumento, engastado en cuerpo amarillo, que tenía allí cerca de su banco de herramientas como útil y más que como útil como compañero. Calisto había entrado en la cincuenta y su pelo propendía al tono gris de plomo, más acentuado sobre las sienes, donde casi, casi había canas. Inclusero y celiibe, de ignorada procedencia y de juventud desconocida, llevaba 20 años en Cantinpalos ejerciendo el oficio de maquinista, oficio entónces poco extendido, especialmente por las comarcas rurales y agrícolas, más atrasadas siempre que las que viven de la industria fabril.

IV

Pasó un mes y al cabo de él salió del laboratorio de sus habilidades Calisto, conduciendo á hombros un largo cajón de la forma de un ataúd. Condujolo sobre sus propios lomos á la Casa Consistorial de Nido-negro. Allí lo

destapó y dejó al descubierto un hombre muerto. Tal parecía al ménos.

Entónces Calisto, tomando la palabra, dijo de esta manera:

«Hé aquí al hombre prometido. Esto que parece carne es goma y esto que simula por su dureza el hueso no es sino piezas de hierro templadas como el más fino acero. ¿Le veis muerto? Pues aplicad el oído á su pecho... oireis el rumor de los pulmones que parecen respirar y del corazón que parece moverse acompañado. Los pulmones son fuelles de encorado cuero. El corazón es un péndulo; los ojos cristal, marfil sus huesos, seda sus cabellos y barbas. Todo es obra de la industria... Voy á ponerle en pié. ¿Le veis? Anda, saluda, se sienta. ¿Os parece milagro? Pues yo le doy cuerda para que ande, con dos llaves. Hé aquí una: se llama «amor». Su ojo es de oro, su guarda de diamante y platino. Mirad la otra llave; se llama «hambre». Toda ella es de duro hierro. Cuando se la da cuerda, mi hombre de metal, sábia combinación de ruedas y resortes, obedeciendo á aquellos dos poderosísimos muelles, se mueve, corre, anda, acomete grandes empresas. Su celeridad, su vigor no tienen á qué ser comparados... Pero cuando su cuerda se acaba, cuando la tensión de esos dos poderosísimos muelles cesa, esta máquina cae al suelo sin fuerza alguna. Todo lo que en ella era vida se convierte en inercia.

V

«Ah! naceis ignorantes!—añadió despues de una pausa Calisto, dando una gran carcajada y mientras burlona sonriente jugaba en sus labios.—Os asustáis de mi indigna? Pues ¿canso sois vosotros cosa distinta? ¿Conjuro sois de fuerza y gravedad? dos grandes llaves os hacen vivir y moveros y esas dos llaves no son sino el amor y el hambre. Uno y otra os empujan, os hacen moveros como locos en el fatal torbellino de la vida, y cuando ya dejáis de sentirla, ¿qué sois racion holgazana recordando el árbol que moribundo se sorbe su ración de oxígeno en el bosque? Vivís mientes el hambre espolea vuestro estómago y el amor pone alas en vuestros pensamientos. Cuando esto se acabe.... os acabáis vosotros.

J. ORTEGA MUNILLA

LAZARO

Cuento que debía ser verdad, si la verdad pudiera ser cuento

I

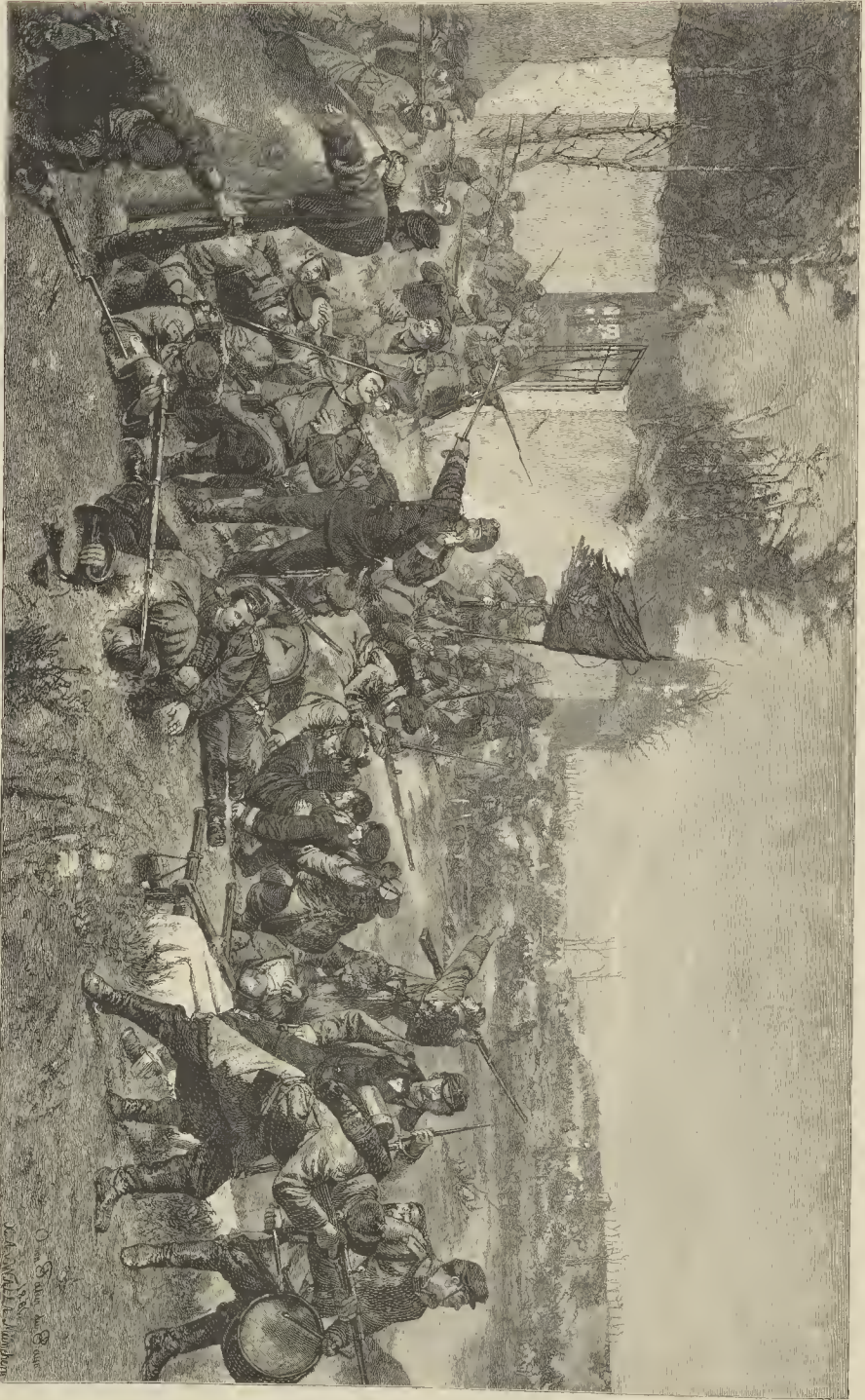
Lázaro acababa de cumplir veinticuatro años. Pero ¿quién es Lázaro, y qué había hecho en aquellos 24 primeros años de su vida para que nos ocupemos en su ignoradísima persona? ¿Era algo ser excepcional, algún hombre superior, alguno de esos mortales privilegiados elegidos por la suerte para ser la admiración de sus semejantes y el asombro de propios y extraños? ¿Era uno de esos genios que de tarde en tarde aparecen en el mundo para comover y trastornar sus cimientos, para marcar á la humanidad nuevos derroteros ó para iluminar con su llama divina la triste noche de la ignorancia humana? No hay que hacerse ilusiones: nuestro héroe no era nada de eso. Lázaro era sencillamente un jóven de veinticuatro años que se llamaba Lázaro.

Su niñez había transcurrido como casi la de todos los hijos de padres acomodados. Jugar mucho, estudiar poco, dar algunos cachetes á sus compañeros, recibir no pocos, de sus amigos; pellicar á la niña de la portera; esconderse al oír la voz de su padre y buscar en todas las desgracias infantiles amparo y protección en el seno materno; esas habían sido sus naturales ocupaciones en la edad feliz que tanto recuerdan los viejos, y de la que los jóvenes no quisieran acordarse nunca.

Pasó el Ripaldá por la memoria de nuestro héroe como pasan los rayos vivificadores del sol por el cristal, sin dejar huella ni rastro alguno; pasó el Fleury y la gramática y las corridas de toros con banasta y trajes de percalina, y las funciones del circo de Price los domingos por la tarde, y las viruelas, y el sarampion, y la escarlatina, y la primera comunión y un ascésit en ortografía; y apareció en lontananza como un iris de dicha y de ventura, como la más feliz realización de todas las esperanzas humanas, el primer pantalón largo. Allí donde empezó á hacer de las suyas el sastré, acabó el niño. Tras el pantalón largo, vino la segunda enseñanza; empezó la amistad á germinar en aquel corazón nuevo; los cachetes infantiles se convirtieron en puñetazos; los pellicazos á la niña de la portera en algun que otro beso robado á alguna modistilla transeunte. Reemplazó al sublime aunque incomprensible Ripaldá, el oscuro y enmarañado Rey y Heredia, y en el bolsillo de noche de una americana de talle ajustado y botones de nácar, despararramó su mortífero veneno la primera cajetilla del estanco. Ya ven mis lectores, por todas estas señas, que Lázaro era un personaje tan insignificante, como Miguel, ó Ramón, ó Antonio; poco más ó menos como nosotros hemos sido, poco más ó más, como serán nuestros biznietos.

Lo único que diferenciaba algo á Lázaro de algunos de sus compañeros y que por lo mismo le identificaba más con la generalidad, era su holgazanería.

Todos los recursos de su imaginación, se empleaban con perseverancia inaudita, digna de mejor empleo, en inventar recursos, pretextos y hasta razones para no estudiar y para no asistir á clase. El catarro de la semana anterior, la proximidad de los días del abuelito: las fiestas del pueblo de su doncella; la noche-buena; la apertura de las



EL REGIMIENTO DE GRANADEROS WÜRTEMBERGUESES «REINA OLGA» en el parque de Coesfeld, 30 de noviembre de 1870

O. S. Müller
J. Müller
J. Müller



LA PASION DEL COMBATE, cuadro por Leslie J. Pott, exhibido en la Real Academia de Londres

ciencia, la dicha del buen acierto y la dignidad de los cabellos blancos. La fortuna del tendero sólo sirvió para proporcionar en cotidiano desorden la satisfacción de los gustos heterogéneos de cada uno de los espasos de encastillado digámoslo así en sus aficiones, se entregaba con más ardor á todo lo que pudiera separarle del otro; y cuando doña Robustiana tuvo el buen gusto de dejar este valle de lágrimas antes que Lázaro, éste se encontró viejo, solo, y pobre. Era pues, como se ve, no un personaje novelesco, no un sér excepcional digno de que relatar sus aventuras ningún Cide Hamete Benengeli, sino un sér vulgarmente adocenado de tantos y tantos como llenan el globo terráqueo, á la manera que los innumerables granos de trigo colman la medida del labrador en la cosecha. Lázaro es cualquiera, Lázaro pulula por todas partes, Lázaro soy yo, eres tú, es aquel, Lázaro es un átomo de la masa común de la humanidad; Lázaro es, por fin, una *vera effigies*, del o que el hombre en su vanidad incomprendible, llama el rey de la creación y que está según él, hecho á la imagen y semejanza de su Creador. Y Lázaro vino á dar en la cama de un hospital oyéndose llamar por practicantes y hermanas de la caridad el número 57 en vez de seguir teniendo el nombre que le dieron sus padres en el bautismo.

La última noche de su vida (y perdonemos nuestros lectores que convirtamos en comedia de magia lo que hasta ahora ha sido un cuento) Lázaro en el pleno uso de sus facultades intelectuales, que nunca las había tenido muy sobresalientes, comenzó á batallar en su cabeza todas las peripetias de su vida vulgar; volvió de nuevo á lamentarse de sus continuos desvaríos, y entre el ardor de la fiebre y la desesperación de encontrar toda su vida inútil, y el justísimo temor del que se ve próximo á comparecer ante la presencia del juez inapelable, justo es que digamos que no eran las últimas horas de nuestro protagonista, las que deben concurrir en la muerte del justo. Una idea tenaz era, sin embargo, la que destacaba de las otras entre las alucinaciones de su agonía. «Dios,—pensaba ó decía,—ha dado al hombre una existencia demasiado corta; apenas si le da tiempo para darse cuenta de sus malas acciones, y se le escatima avaramente para el arrepentimiento y la enmienda. El mundo está muy mal arreglado; si el hombre, sabiendo lo que sabe, al concluir su vida, naciera de nuevo, ya sería otra cosa: todos seríamos previsores, todos justos, todos buenos; y no ya sólo el infierno, sino hasta el mismo purgatorio, podrían convertirse en cuartos desahogados. ¿Por qué Dios, que todo lo puede, no ha querido hacer esta noche en provecho de la humanidad extraviada? ¿por qué no había el hombre de nacer dos veces?»

Tales fueron las últimas ideas y las últimas palabras de Lázaro al espirar en el lecho que la caridad pública le había proporcionado.

IV

Eran las tres de la madrugada; las mortecinas luces de los faroles de la sala de San Pedro chisporroteaban tristemente esparciendo por la ancha galería el nauseabundo olor de sus torcidas impregnadas en aceite. Los practicantes dormían; una hermana de la caridad rezaba, cerca del lecho mortuario; y los enfermos más ó menos graves, escondidos entre sus sábanas, testigos mudos de sus dolores, parecían no prestar la atención más pequeña á cuanto á su alrededor pasaba.

El cuerpo rígido y amarillado de Lázaro permanecía inmóvil: sus vidriados ojos, que ninguna mano caritativa había aún cerrado, parecían dirigirse al cielo, y todo era silencio, tristeza y soledad. Un ruido tenue, imperceptible tanto como puede serlo el aleteo de una mariposa, se per-



EL ARTE MODERNO, estatus por Rodolfo Weyr

cibió sobre la almohada donde Lázaro apoyaba su yerta cabeza, y una voz imperceptible á todos los oídos humanos murmuró á los de Lázaro «¡Sea! Dios no desoye nunca las plegarias de los hombres, por absurdas que sean y por imposibles que parezcan cuando salen entre lágrimas del fondo del corazón; Dios lo puede todo, hasta el punto de que lo único imposible para él, es poner límites á su poder y á su misericordia; tú esperas en tí mismo para salvarte; tú has rogado y pedido con fe: tú has muerto con una ilusión ó una esperanza, sé el primer hombre y el último que la vea realizada. ¡Lázaro, levántate!»

V

Y Lázaro murió para el mundo, pero su alma pasó á un cuerpo recién nacido;—y ¿cosa incomprendible.... absurda, pero cierta! Lázaro conservó su memoria,—y sabiendo todo cuanto en su vida primera le había sucedido, volvió á incurrir en los mismos errores, á cometer una por una todas sus necesidades, á ser tan desgraciado, tan torpe, tan infeliz como en su primera existencia. ¿Para qué dos vidas, si sobre con una para ser desdichado? ¿Quién pudiera reducirla á la mitad! ¿Quién pudiera no haber nacido!

LUIS MARIANO DE LARRA

LA LEYENDA DE BEGOÑA

I

La insigne villa de Bilbao está al pié de una montaña. En las estribaciones de esta montaña hay una colina que lleva el nombre de Artágan, equivalente á Aito del encinar, y al pié de la colina existe desde tiempo inmemorial el celebrado santuario de la Virgen de Begoña, cuya princi-

pal y maravillosa leyenda voy á escribir después de decir algo acerca del origen y el nombre de santuario tan venerado en todo el litoral cántabro.

Ni la tradición popular ni la historia fijan la época en que empezó á darse culto á la Virgen María al pié de la colina de Artágan. La tradición sólo dice que la imagen apareció en una encina de las que, como el nombre de Artágan indica, poblaban el sitio donde se erigió el santuario, y añade la vulgarísima y repetida cantinela, propia de casi todos los santuarios de la Virgen, de que se trató de erigir el templo en punto distante del de la aparición y se desistió de ello porque milagrosamente eran trasladados de noche á este último punto los materiales que de día se acopiaban en el primero. En cuanto á la historia, la primera vez que menciona el santuario de Begoña no pasa del año 1300 en que, de la carta de población de la villa de Bilbao, resulta que aquel santuario existía ya como monasterio ó lo que es lo mismo, como iglesia parroquial, pues los que en este país se llamaban monasterios eran los templos que hoy llamamos iglesias parroquiales.

La tradición enlaza y explica el nombre de Begoña con la milagrosa resistencia de la Virgen á que se le erigiera templo en sitio distinto de aquel donde había aparecido su imagen, pues supone que al ir á trasladar esta á lo alto de la montaña, se oyó una voz misteriosa que decía *be-go-ñá*, quieto el pié, y de aquí el nombre de Begoña que conservan la imagen y el sitio donde se erigió el santuario.

Esta etimología es completamente inadmisibile, sobre todo para el que sabe que los nombres geográficos euskaros se fundan casi constantemente en la condición más característica de la localidad que designan. En esta regla, generalmente desconocida hasta que á fines del siglo pasado comenzaron los verdaderos estudios sobre la lengua euskara ó vascongada, é ignorada aún del vulgo y de muchos que, aunque no se crean vulgo, lo son, está comprendido el nombre de Begoña que significa al pié ó en lo bajo de la colina, designación á que corresponde el sitio que ocupa el santuario.

La citada regla no se limita á los nombres geográficos euskaros antiguos de la región donde esta lengua es aún viva y vulgar, pues se observa constantemente en los nombres del mismo origen dispersos en el interior de la península hispana, de lo que citaré dos ejemplos, aunque pudiera citar docientos: Aranda (de Duero) y Reñosa que son modificación de *Arandía* y *Errenotxa*, equivalentes el primero á «valle grande», y el segundo á «comarca fría.»

La imagen de la Virgen aparece sentada, como todas las antiguas, si bien, siguiendo la antiestética moda moderna, se la ha vestido de modo que aparenta estar de pié, y el tipo de su faz es el más pronunciado de la raza euskara. Lo probable es que la imagen date de los primeros siglos del cristianismo, y, oculta cuando la invasión mahometana amenazaba traspasar el alto Ebro y derramarse á Vizcaya, reapareciese cuando aquel peligro cesó por completo, ó sea en los siglos x ú xi, en que los mahometanos se habían ya alzado de la margen meridional del Ebro, que no llegaron á pasar, según testimonio unánime de la tradición y la historia.

Los señores de antigüedades romanas en Vizcaya, han hecho mucho ruido con motivo de una inscripción en caracteres y lengua latinos que se encontró cerca de los degus al Noroeste del santuario de Begoña, en la república de Lixua, en un sitio llamado Achbolucta ó roca del molinar. La inscripción era esta:

Estaba en una roca que se había cortado para facilitar el paso desde los pueblos de la parte baja de la merindad de Uribe á los de la parte alta. Generalmente se interpretaba el *vecuñeses* por *begoñeses*, y no faltó quien, fundado en esta inscripción, creyese haber existido en Begoña una ciudad latina llamada *Vecuña*. Esta creencia era absurda y parece imposible que la inscripción de Lúxua hubiera dado ocasión á ella, pues el *vecuñenses* latino no era más que la traducción del *becuac* euskaro, que equivale á «los de abajo» ó de la tierra baja, y por tanto la inscripción debía interpretarse por «los de la tierra baja abrieron ó costearon este paso», que en vascoense se expresaría diciendo: «*Becuac eincacua da au.*»

Al terminar el siglo xv en que se reedificaron muchas iglesias de Vizcaya dándoles mayor amplitud y suntuosidad, pues las antiguas eran generalmente pequeñas y de modesta fábrica, se trató también de reedificar la de Begoña, y en efecto, la obra se emprendió en los primeros años del siglo xvi.

Con esta reedificación está relacionada la maravillosa leyenda del robo de las joyas de la Virgen que me ha parecido conveniente narrar más circunstanciadamente que la narró el Padre Granda, único y poco afortunado historiador de nuestro insigne santuario, y ménos absurdamente que la narra por regla general el vulgo.

II

La obra de Nuestra Señora de Begoña estaba muy adelantada, aunque no tanto como deseaban los piadosos begoñeses. El abside del templo estaba ya techado, colocados altar y retablos principales y la veneranda imagen devuelta al culto en el sitio que debía ocupar definitivamente, pero la parte anterior de la iglesia aún estaba destechada.

Rodeaban el santuario afiosas encinas y las campanas pendían de una grandísima que estaba detrás de aquel y á cuya sombra se congregaban desde tiempo inmemorial los vecinos de Begoña para tratar los asuntos del pro-comun, como sucedió un siglo despues cuando lo hicieron para acordar y aprobar las ordenanzas por que se había de regir la república.

La imagen de la Virgen estaba adornada de ricas joyas que eran piadoso donativo de la devoción popular, y uno de los canteros que trabajaba en la obra concibió el sacrilego pensamiento de despojarla de ellas.

Una noche, cuando todos dormían en las caserías cercanas, se dirigió al santuario y tomando una alta escalera de mano, que servía para la obra, la arrojó al muro á medio levantar, subió á este, desde allí colocó la escalera interiormente, descendió por ella, reunida su ímpia codicia por el brillo de las joyas de la Virgen en que se reflejaba la luz de la lámpara que ardía en el presbiterio, subió al altar, y fué despojando á la Virgen de sus ricas joyas.

El niño Jesus que la imagen tenía en brazos estaba engalanado con una preciosa corona de oro y diamantes, y el ladrón dirigió á ella su sacrilega mano. Entonces la Virgen asió su brazo para impedir que cometiera aquel nuevo sacrilegio, y el ladrón espantado con aquel prodigio, descendió precipitadamente del altar dejando en este las joyas de que había despojado á la santa imagen y volvió á subir al muro.

Allí se detuvo pensando si todo habría sido alucinación suya, y como dirigiese la vista hácia el altar y viese brillar las joyas que había abandonado, la tentación de consumir el robo volvió á asaltarle. Tornó á bajar del muro, se dirigió al altar, tomó las joyas, sin atreverse, empero, á alzar su mano á la corona del niño Jesus y con ellas se alejó del santuario.

Dirigióse á la barrada de Trauco que es la que cae al



EL ARTE DEL RENACIMIENTO, estatua por Rodolfo Weyr

oeste del templo, y con gran sorpresa suya se vió detenido por un muro impenetrable de maleza que le impedía el paso por todas partes y desgarraba su vestido y aún su carne con agudísimas espinas.

Decidióse entonces á bajar á la villa con la esperanza de ocultar allí su crimen á favor de la confusión y el desconocimiento de gentes que reinan en las grandes poblaciones y descendió hácia Mallona.

Había allí un humilladero con la imagen de Jesus crucificado alumbrada por una lámpara, y como el ladrón dirigiese la vista á la imagen, parecióle que ésta le miraba airadamente, y huyendo de aquella mirada se apresuró á alejarse del humilladero, pero inmediatamente se vió detenido por una manada de enormes carneros que le embestaban y le hicieron volver atrás.

Ya lleno de terror y poco ménos que arrepenido de su crimen, tomó cuesta arriba dirigiéndose hácia Meazábal, que es en la cima del monte donde San Vicente Ferrer había erigido una ermita á Santo Domingo, cuando en el siglo anterior había asombrado á Bilbao predicando en la iglesia de Santiago en lengua valenciana y haciéndose entender perfectamente del pueblo que no sabía más que la diversísima vascongada.

Pensaba descender por allí al valle de Zamudio y siguiendo la costa del mar, pasar á Guipúzcoa y entrar en Francia donde creía sustraerse fácilmente al rigor de la justicia y enriquecerse vendiendo las joyas que había robado, pero al ascender á Meazábal se vió acometido de una porción de fierísimos toros que le hicieron volver atrás cada vez más espantado.

Bajando á la barrada de Ocharcoaga, que cae al Oriente del santuario, se dirigió por Garázar y Zubituz hácia el vado de Echebarri. Apénas había emparejado con el espeso bosque de Palatu-zugasti, un gigante armado de una

espada de fuego le salió al paso y el ladrón lleno de espanto penetró en el bosque.

Entónces oyó que las campanas de Begoña tocaban á rebato. Los begoñeses, al oír las campanas, se dirigieron apresuradamente al santuario y vieron con asombro que las campanas pendientes de la encina de la república, se tañían por impulso invisible. Sospechando que algo grave sucedía en el templo, vieron á la Virgen despojada de sus joyas y comprendieron, por la escalera arrimada al muro, que le habían sido robadas.

Dirigiéronse unos hácia la barrada de Trauco y otros hácia la de Ocharcoaga en persecución del ladrón sacrilego, y éste, al sentir que se acercaban al bosque donde se había refugiado, les salió al encuentro, les confesó su crimen y les entregó las joyas, resignado á sufrir el castigo que merecía.

Pocos días despues el sacrilego expió su crimen con la vida en el collado de Larriagaburu, en el collado de las Angustias como hasta poco tiempo ántes de nuestra época se llamaba el que hoy llamamos el Morro.

El culpable fué al suplicio lleno de arrepentimiento y pidió por única gracia que se le sepultase al pié de la columna destinada á la colocación del púlpito, por ser aquel el sitio desde donde el santo apóstol valenciano había dirigido la palabra al pueblo.

Prometiésele esta gracia y allí se le enterró. Pasados algunos años abrióse la sepultura para enterrar allí otro cuerpo y se encontró completamente incorrupto el brazo que había asido la santa mano de la Virgen al ir el ladrón á alzarla para despojar de su rica corona al niño Jesus!

Tal es la leyenda más notable del insigne santuario de la Virgen de Begoña en Vizcaya, que tiene otro santuario filial no ménos venerado y de la misma advocación en las cercanías de Gijón en Asturias.

Paréceme que si razon hay (como yo creo que la hay, y muy grande) para recoger los cuentos y tradiciones populares de otro órden, como se están recogiendo y estudiando en todos los países cultos, no la hay menor para recoger y estudiar las tradiciones populares religiosas que á pesar del candor fervoroso que les ha dado vida y de lo sobrenatural que domina en ellas, son documentos muy expresivos y elocuentes para estudiar y conocer lo pasado.

ANTONIO DE TRUERA

SÉPTIMA CONFERENCIA

de la Asociación geodésica internacional en Roma

III Y ÚLTIMO

La Memoria redactada por la Mesa de la Comisión permanente de la Asociación, cuyos rasgos principales hemos dado fielmente á conocer en el precedente artículo, pasó ante todo al exámen de una Comisión especial de la Asamblea, la cual había de emitir su dictámen, despues de oír las opiniones de todos los Delegados que quisiesen exponerlas.

Creíase por algunos que, al tratarse de la unificación de los meridianos y de la designación de una hora universal, habían de chocar entre sí los diversos y encontrados intereses de nacionalidad; pero los Delegados de los diferentes Gobiernos asociados, eran ante todo hombres eminentes, lumbreras del saber, y todas las intransigencias dictadas por la rivalidad de los celos nacionales cedieron ante las exigencias y necesidades científicas, los dictados de la razon y las conveniencias generales.

La discusión de la Memoria de los Sres. YBÁÑEZ, HIRSCH y OPOLZER en el seno de la Comisión, lo mismo que en las sesiones de la Asamblea plena in-

ternacional, fué por todo extremo instructiva é interesante; y, aprobada en votación ordinaria cada una de las IX proposiciones presentadas por la Mesa, se procedió á la votación nominal del conjunto de todas ellas, resultando que todos los Delegados de la Asamblea Internacional de Roma votaron afirmativamente, excepto uno, que se abstuvo de votar. Resultado brillante y satisfactorio, en una reunión donde parecía que habían de librar batalla los encontrados prestigios de los celos nacionales!

Las importantísimas resoluciones de la Asociación geodésica internacional, concernientes á la unificación de las longitudes y de las horas son como sigue:

I. En interés de las ciencias, lo mismo que en el de la navegación, del comercio y de las comunicaciones internacionales, es muy de desear la unificación de las longitudes y de las horas. La utilidad, tanto científica como práctica, de esta reforma, supera con mucho los sacrificios de trabajo que su adopción pueda exigir. Debe, pues, ser recomendada á todos los Gobiernos de los Estados interesados en ella, para que se la organice y consagre por un Convenio Internacional, á fin de que, en lo futuro, un solo y mismo sistema de longitudes sea empleado en todos los Institutos y oficinas geodésicas, por lo ménos para las cartas generales geográficas é hidrográficas, así como para todas las efemérides astronómicas y náuticas; con excepción sin embargo, de aquellos datos para los cuales convenga conservar un meridiano local, como para las efemérides de tránsito, ó para las que haya que indicar en hora local, como los establecimientos de puerto, etc.

II. A pesar de las grandes ventajas que, así en las ciencias como en las aplicaciones, está llamada á realizar la introducción de la división decimal del cuarto de círculo en las expresiones de las coordenadas geográficas y geodésicas, y en las expresiones horarias correspondientes, conviene, por consideraciones eminentemente prácticas, hacer abstracción de ella en la gran medida de unificación propuesta en la resolución primera. Sin embargo, para satisfacer, al mismo tiempo, consideraciones científicas muy serias, la Asamblea recomienda con este motivo que se extienda,—multiplicando y perfeccionando las tablas necesarias,—la aplicación de la división decimal del cuarto de círculo; á lo ménos para las grandes operaciones de cálculos numéricos, para los que presenta ventajas incontestables, aun conservando, si se quiere, la antigua división sexagesimal en las observaciones, las cartas, la navegación, etc.

III. La Asociación propone á los gobiernos que se elija como meridiano inicial el de Greenwich, definido por la distancia media de los pilares del instrumento meridiano del observatorio de Greenwich; porque este meridiano llena, como punto de partida de las longitudes, todas las condiciones que la ciencia reclama; y porque, siendo ya



UN TOQUE ATREVIDO, cuadro por Meyer de Bremen

actualmente el más generalizado de todos, ofrece más probabilidades de ser universalmente admitido.

IV. Conviene contar las longitudes á partir del meridiano de Greenwich en la sola dirección de Occidente á Oriente.

V. La Asociación reconoce, para ciertas conveniencias científicas y para el servicio interno de las grandes administraciones de las vías de comunicación, tales como los caminos de hierro, las líneas de los barcos de vapor, los telégrafos y los correos, la utilidad de adoptar una hora universal conjuntamente con las horas locales ó nacionales, que necesariamente continuarán siendo empleadas en la vida civil.

VI. La Asociación recomienda, como punto de partida de la hora universal y de las fechas cosmopolitas, el *medio-día-medio* de Greenwich, que coincide con el instante de media noche, ó con el principio del día civil en el meridiano situado á 12 horas ó á 180 grados de Greenwich. Conviene contar las horas universales de 0 horas á 24 horas.

VII. Es de desear que cuanto ántes introduzcan el nuevo sistema de longitudes aquellos Estados que hayn de cambiar de meridiano para adoptar la unificación de las longitudes y de las horas.

Importa igualmente que el nuevo sistema sea introdu-

cido desde luego en la enseñanza.

VIII. La Asociación espera que, si el mundo entero acuerda la unificación de las longitudes y de las horas adoptando el meridiano de Greenwich, como punto de partida, la Gran Bretaña verá en ello un motivo más para dar por su parte un nuevo paso en favor de la unificación de los pesos y medidas, adhiriéndose al Convenio del metro de 20 de mayo de 1875.

IX. Estas resoluciones serán elevadas á conocimiento de los Gobiernos, y recomendadas á su benévola consideración, expresándole el deseo de que, cuanto ántes, un Congreso especial, tal como lo ha propuesto el Gobierno de los Estados Unidos, concluya un convenio internacional, consagrando la unificación de las longitudes y las horas.

Como declaramos en el artículo primero, el mundo está de enhorabuena; porque, si bien estas IX resoluciones tomadas en Roma por la Asociación Geodésica Internacional no tienen aún carácter diplomático, lo ostentan, sí, oficial; pues los Delegados de las diferentes Naciones asociadas fueron á Roma autorizados previamente por sus Gobiernos respectivos, para deliberar sobre la unificación, no sólo de las longitudes, sino también de las horas.

Por consiguiente, es de altísima probabilidad que estas IX resoluciones sean muy en breve obligatorias; pues, por la eficaz iniciativa de los Estados Unidos de la América

del Norte, se reunirá próximamente en Washington un Congreso internacional diplomático; y allí se acordará que todas las longitudes se cuenten desde el Meridiano de Greenwich, y que el día cosmopolita comience cuando sea *media-noche* á los 180 grados del propio meridiano.

Verdaderamente, no es fácil calcular las ventajas de la reforma acordada en la Conferencia Geodésica de Roma, inspirada firmemente en la necesidad, y, sobre todo, en el deseo de favorecer los intereses de la ciencia, tanto como los de las comunicaciones humanas en los países de la civilización, así por tierra como por mar.

Pero, de cualquier modo, hará éra tan considerable progreso; pues, de una parte, para satisfacer las necesidades de las poblaciones sedentarias, continua como ahora el día civil; y, de otra parte, con la adopción de un *SOLA MERIDIANO INICIAL* y la de una *SOLA* cuenta cosmopolita del tiempo, se satisface plenamente á todas las actuales exigencias científicas y á todas las necesidades económicas del mundo civilizado, estorbadas ya, á cada momento, y de un modo irritante é irresistible, no sólo con la anti-científica é inconveniente multiplicidad de los meridianos, sino también y muy principalmente con la cuenta del tiempo, inventada en Egipto 30 siglos há, cuando estaba reducida la civilización á las márgenes del Nilo.

E. BENOT

EL SALON DE LA MODA

Los que deseen suscribirse únicamente á este periódico por anualidades, semestres ó trimestres, con pago anticipado, deberán registrarse por la siguiente nota de precios:

EN ESPAÑA, un año, pesetas 15.—Sola mes, pesetas 8.—Tres meses, pesetas 4,50 EN PORTUGAL, un año, 8000 réis.—Sola mes, 1500 réis.—Tres meses, 800 réis. Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Se admiten suscripciones en todas las librerías y centros de suscripción.



AÑO III

BARCELONA 11 DE FEBRERO DE 1884

NUM. 111

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN MENDIGO, cuadro por R. Tusquets

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL HOMBRE VERDE, por don F. Moreno Godino.—EL SUENO DE LAS PLANIAS, por don J. Rodríguez Moreale.—RI-TOLES DUALES PARA EL TIEMPO LOCAL Y EL COSMOPOLITA, por don E. Benot.

GRABADOS.—UN MENDIGO, cuadro por R. Tzschuetsch.—VISITA A LOS ABUELOS, cuadro por J. Vinea.—PIERROTINE, cuadro por E. Serra.—INDICACION, cuadro por W. Schulze.—LOS ÚNICOS AMIGOS, cuadro por A. Spiess.—LAS ROCAS DEL PATERNOSTER, CERCA DE GURNESEY, dibujo por Pielich.—SUBLEMENTO ARTÍSTICO: EL PALACIO DE LA EXPOSICION EN NIZA.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El más pobre de los doce.—El Ateneo y su nuevo local.—Ideas de ayer e ideas de hoy.—La razón.—¿Dónde está cuando se dice que se ha perdido?—Ballets por asalto.—Lectura poética en casa de Martic.—Academismo.—Un duque académico.—Candidatura académica.—La Peza.

Poco esperan del mes de Febrero los que distribuyeron entre los doce del año el caudal de los días, en el primer calendario del mundo, cuando le dejaron tan pobre y sin fortuna, con sus veintiocho auroras y sus veintinueve crepúsculos. Sin duda alguna que para explicar esta desigualdad irritante e injusta hubo altas razones que no pudieron convencer a Febrero. Verdad es que quien dijo altas razones dijo altos crímenes, iniquidades que se suben a los cielos para librarse de la furia de los hombres.

Quien distribuye vientos y tempestades regaló a Febrero la caja de los trucos y hacedillos de rayos. La Diosa de los jardines y bosques le negó sus flores y sus aromas; ¡y cómo no había de ser tan dura con Febrero, siendo ella mujer y hermosa y él pobre! La historia se mostró también avara con Febrero y no le otorgó sus gloriosas clemencias. Viéndose pues tan misero y sin fortuna, Febrero comprendió que nada podía esperar de los hombres y enderezó su súplica a Dios, el cual, como ya tuviese distribuidas las principales festividades de su Iglesia, vino a decirle: «O has de pasarte sin ninguna, ó has de darte por contento con la que te puedo entregar, que es la bacanal cristiana, un ajuetarse de pasiones y vicios, un día de locura tan grande, que desde él se cubren en mi casa las mesas con paños de luto y con crespones las imágenes de mis elegidos.»

Y Dios entregó a Febrero la fiesta del carnaval, encerrada en una cajilla de música.

Entre alegre y contento partió Febrero a tomar posesión de sus dominios, y de cuando en cuando, escuchaba la caja de música, donde el cilindro erizado de vibrantes puas metálicas, entonaba canciones de voluptuosidad y pereza, que se deslizaban por el oído como embriagador brebaje por los labios del sediento, y allá dentro en el alma, encendían ideas pecaminosas contra las cuales en vano luchaba Febrero.

Hé aquí cómo va por el mundo el mes pobre y alegre, el segundo de la casa del tiempo, llena de desengaños el alma y de canciones la garganta.

**

En la calle del Prado ha abierto sus puertas el nuevo edificio del Ateneo. En vano los halagos de las artes, congregadas para dar honrada y lujosa residencia a la primera tribuna científica de España, desplegaron sus recursos: los antiguos moradores del viejo caserón de la calle de la Montera, los descriptos fundadores del Ateneo, que aún recordan la cara de Alcalá Galiano y se reúnan todas las noches en el salón llamado de los retratos y que, durante mucho tiempo, ha constituido una de las más poderosas pilas eléctricas de la opinión pública, ese coro de senadores, ese conclave decanado no puede mirar con simpatía al nuevo edificio... porque los ancianos miran con prevención toda novedad, temiendo descubrir entre sus asombros y sorpresas, la silueta rectangular del fétetro.

¡Sí, jóvenes ateneístas, en la alegría de vuestro nuevo palacio, en vuestro deseo de estrenar su tribuna, no olvidéis que a vuestro lado está la generación que os ha antecedido y que no puede seguros sin detenerse un momento al salir del viejo Ateneo y derramar á hurtadillas una lágrima que pronto va a perderse entre canas y arrugas!

Todo edificio que se hunde, entera con él algo vivo; en todo piquetazo que da el alfiler destructor, hay estremecimientos dolorosos, como los que suscita la cruenta labor del scalpelo. Mucho más sucede esto cuando el edificio que se viene abajo ha sido palenque intelectual del que han salido tres generaciones de ingenios, tres estirpes de filósofos, tres pléyades de oradores. Allí hizo sus armas el reducido clasicismo, allí el romanticismo se coronó de fúnebres helechos, mientras vibraba en sus labios el latido de su calenturienta desesperación. Allí germinó la moderna filosofía y en sus aulas empezaron a brillar nuevos nombres y á gobernar el mundo de las ideas nuevos espíritus. El viejo ateneísta, al salir de aquella casa, deja en ella la toza juvenil y la trusea por el sudario, sudario que en fríos pliegues cae sobre su espíritu helándolo... De sus ideas, de sus amores, de sus glorias, de su fe... ¿qué es lo que queda?... Lo mismo que quedará muy

pronto del Ateneo... Polvo funeral y melancólica memoria.

La historia de la construcción del nuevo Ateneo tiene interés y merece ser conocida. ¿Cómo una sociedad relativamente pobre ha conseguido edificar el palacio en que hoy se hospeda? Hasta ahora el ingenio literario había sido compañero de la pobreza y jamás se le vio de buen acuerdo con el crédito. Así como el hambriento con sólo hablar Quevedo hacía enflaquecer á los jamones con sólo mirarlos, el ingenio literario y artístico con sólo mirar á los billetes de banco letrados y antiguos en unos papelechitos eventuales de valor, pero esta vez el Ateneo encontró banqueros que le adelantaron un millón de reales, arquitectos que de balde diseñaron sus planos y dirigieron sus obras, pintores que le regalaban cuadros y le adornaban con frescos las techumbres. El Ateneo ha salido de la nada, esto es, de un montón de papeles de crédito que el ingenio se comprometió a pagar en breve plazo. Lo cual demuestra que no siempre está el dinero en malas manos y que si á veces cae en las de Shylok, otras muchas brilla en las de Ceneas.

Este nombre me recuerda la poderosa y culta sociedad romana que hacía á Virgilio el presente de una quinta y á Horacio el de un prado plantado de nogales. ¿Qué bien soñaba el poeta á la sombra de sus propios árboles y en la región soledad de su propio palacio! Pero anduvieron los tiempos, que más valía que se hubieran estado quietos para lo que nos iban á traer, y trajeron eras bárbaras que Cervantes se acostaba sin cenar y en que Quevedo era respetado, no por el inmenso genio que Dios puso en su alma, sino por una cruz roja que el capricho de un rey pintó en su pecho. Y cambiaron las cosas, pero no el sino de los hombres de ingenio de quienes, según la frase de Víctor Hugo, está enamorada una arpa, el hambre. Para estos escritores que necesitaban leer y no tenían libros, que deseaban un lujoso gabinete en que trabajar y sólo disponían de una buhardilla fué un paraíso el Ateneo que alguien ha llamado la casa de huéspedes de Minerva.

Los pinceles de Gomar, Labero, Jover, Balaca, Puebla, Ferriz, Monleón, Lhardy, Beruete, Melida, han decorado con algunas de sus inspiraciones el nuevo Ateneo.

La luz brillantaba los muros del salón de sesiones, el público llenaba sus quinientos huecos, las damas sus elegantes tribunas, el rey y la corte su estrado... Empezó la solemnidad y el Sr. Cánovas del Castillo leyó uno de esos trabajos críticos e históricos en que sobresale.

El Ateneo quedó inaugurado y ya comienzan sus tres secciones sus habituales tareas. A la nueva generación le queda por cumplir un difícil deber: hacer tan ilustre el palacio como lo fué el modelo hospedaje en que hasta ayer estuvo el Ateneo.

**

Una triste noticia: Campo Arana, el ingenioso autor dramático y articulista, ha tenido que ser separado de su familia para que la ciencia alienista se hiciese cargo de sus perturbadas facultades.

Mucho más horrible que la muerte es esta del espíritu, especialmente cuando es un hombre de talento el que la sufre. Su cuerpo queda en pie, por sus venas circula la sangre, pero ¡qué triste es este remedo de la vida, qué irrisoria esta apariencia de la salud, qué ferocemente sarcástica esta comedia que representa la materia cuando está ausente el espíritu!

Un loco es un vivo muerto, algo así como un cadáver insepulto al cual no le queda de la vida sino lo puramente animal de ella, un estómago que funciona como una retorta, un corazón que se mueve como un reloj.

**

El Madrid que se ha dado en llamar elegante, el de los polvos de arroz, el que adorna los cabellos de las mujeres con rocío de brillantes, y sus corazones con los requiebros de patron de los revisteros de ballets; ese Madrid que tiene coche, palco en el Real y una multitud de necias vanidades en el alma, sufre una enfermedad terrible. La tarántula le ha mordido y ha infiltrado en su sangre el veneno del cotillon. Y habéis de ver en esos dorados salones cómo visten ministros y duquesas, bellas en capullo y diplomáticas en *herbe*. Vénus con corona y Joves coronados... En vano la seriedad humana protesta contra el baile; mientras el hombre pase una parte de sus años en la juventud el baile tendrá una razón de ser: la sinrazón de esos primeros años. Pero al traer aquí esta materia no lo hago ni para satirizar esa monomanía dancante ni para cubrir á las ilustres bailarinas de flores, sino para advertir que por lo que de las revistas de salones se desprende, cada vez adquiere más autoridad el sistema llamado de la *sautee*. Varios jóvenes de ambos sexos deciden bailar y eligen el aristocrático salón en que han de hacerlo; sin prevenir al amo de la casa, asaltan esta, llevan quien toque el piano, ó un par de violines debajo del gaban de pieles y el baile empieza. El amo de la casa no puede resistirse, tiene que admitir la invasión con la sonrisa en los labios. ¿Que está de mal humor? Pues como si estuviese contento. ¿Que le duelen las nuélas? Pues no importa...

Antiguamente la buena educación consistía en no molestar al prójimo: ahora consiste, por lo visto, en sacrificarle.

Las gentes elegantes á fuerza de sustituir el viejo sistema ceremonioso por el nuevo sistema de la franqueza han encontrado su ideal en un frac de faldetas cortas, en un vestido de baile de descote bajo, en un cigarrillo ruso fumado por una dama, en un *clac* que al abrise hace el ruido de

un petardo... Echemos una borlada de polvos de arroz sobre esta inmensidad de tonterías.

**

Por lo que á la literatura se refiere, hay que dar cuenta de la lectura del poema de Velarde el *Capitan Garcia* efectuada en el Centro militar.

La Academia española anuncia para el día 10 la recepción de su nuevo miembro el duque de Villahermosa en quien brilla la prosapia más que el ingenio. La Academia sigue sus tradiciones: ha fundó la aristocracia para entretejer á las segundones que hacían acrósticos. Un duque más en la Academia no alterará la riqueza del diccionario. Los duques son respetables con tal de que respeten el idioma, y es sabido que el mejor medio de que un hombre no vuelva á escribir consiste en nombrarle académico.

Para la plaza vacante en esa sacristía del idioma hay dos candidatos, Martos y el P. Mir. Los amigos oficiosos han hecho un mal servicio al P. Mir: compararle con Martos; pero suponemos que el P. Mir triunfará porque no pueden reunirse en el mismo libro de actas las dos en que se da cuenta de la entrada de un duque de tantos y del primer orador español.

Campoamor ha entrado en el Consejo de Estado y Nuñez de Arce va á publicar su poema *La pesca*.

Como se ve los dos líricos se han dedicado á pescar.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

UN MENDIGO, cuadro por R. Tzschuetsch

Con decir que este lienzo figura en el Museo Nacional de Madrid, que es el primero del mundo, queda hecho el mayor elogio de la obra y de su autor.

Nuestro laureado paisano dibuja con perfección y pinta con seguridad digna de un maestro. Examinémosle *mendigo* y áun cuando no se puedan apreciar las bellezas de color que avaloran el original, se echa de ver á simple vista el detenido estudio de toda la figura y la ninguna vacilación con que está ejecutada. Su realismo es el realismo de Ribera, poco simpático cuando el asunto lo es poco de sí; pero no es el realismo de Courbet que se goza en destruir lo bello allí donde la belleza puede existir, y, más ó menos cierta, estamos acosados por un mundo artificial.

Tzschuetsch tiene valor positivo en el mundo artístico. Este nombre lo debe no tan sólo á sus compañeros, sino al público que es un gran juez en bellas artes, como que estas se hallan principalmente destinadas á excitar un sentimiento dado por medio de la forma, y ese sentimiento no es patrimonio exclusivo de iniciado alguno. Actualmente en la exposición Parés, ese público, sin previo acuerdo, se detiene ante un cuadro que lleva por título: *Una lección de canto llano*. ¿Porqué esa opinión unánime del público? Por la fascinación que sobre él ejerce el verdadero artista; por esa fascinación que le detiene, asimismo, ante la *Salida del baile* de Roman Ribera, ante el *Cuentarito* de Villegas, ante las *Rogatas* de Galfote, ante el *Ladron* de Fabrés, y ante otros lienzos y acuarelas que honran al arte y á la patria.

VISITA Á LOS ABUELOS, cuadro por J. Vinea

El asunto de este cuadro es altamente simpático y se halla realizado por una ejecución digna de aplauso. Todos los personajes se hallan en situación, desde el anciano clavado por la edad en su poltrona, hasta el niño que, tan alegre como cortés, corre á dar un ósculo respetuoso á su querida abuela.

El conjunto impresiona favorablemente y en sus detalles denuestra el autor tanto conocimiento de época como profunda observación de estas agradables escenas de familia.

PIERROTINE, cuadro por F. Serra

Nuestro insigne paisano ha *femenizado* (pásemne Vds. el verbo) el tipo del payaso del teatro popular francés. Todos saben que Pierrot es un ejemplar del muchacho travieso, burlón, dado á las aventuras, con cara de imbécil y hechos de astuto, pendenciero, enamorado, parecido al *arlecchino* de Italia y, como éste, síntesis del pueblo en cuya mente se engendrará, por obra de un autor anónimo, el personaje en cuestión.

¿Quién hizo el desmenuamiento de la criatura? ¿Quién la llevó al teatro? ¿Quién la imbuicó en todas las pantomimas grotescas? ¿Quién concibió su extraño traje, su holgada camisa con enormes botones, su intensa goliata, su faz embarranzada y su casquete de soldado?... *Di aquí la cuestión*, como diría el gran poeta inglés. Los engendros populares carecen de partida de bautismo. Tienen algo de los refranes, que con ser de todos conocidos, nacen generalmente de padres ignorados.

Nosotros no podemos hacer el árbol genealógico de Pierrot, pero sí añadir un dato que comprueba la antigüedad de la mala reputación en que le tiene su patria. Allá, por aquellos tiempos en que la poesía y la pintura se hallaban en estado embrionario, los muchachos franceses tenían la costumbre de dibujar en la falsa portada de sus manuales de estudio un Pierrot ahorcado por el delito de robo de libros. Era algo parecido y generalizado como nuestro habitual

Si este libro se perdiese,
Como puede suceder... etc.

Pierrot, pues, empezó por ser ladrón de libros y ha tra-

minado por ser el bobo de las trashamantes compañías de títeres.

Los pintores, que todo lo idealizan, y han dedicado últimamente a dar forma y color agradables á ciertas especialidades de varios órdenes. Así, por ejemplo, han inventado el traje de Luna y embellecido á las mismas brujas de Macbeth.

Serra no ha querido rezagarse y ha hecho una *Pierrotine* que está diciendo ¡comedia!

Señores gastronómicos ¡mucho ojo!... Esta clase de manjares producen casi siempre gravísimas indigestiones.

INDECISION cuadro por W. Schütze.

¿Dirá que sí?... ¿Dirá que no?... Ello es que la muchacha ha de tomar su partido... No siempre un mozo honrado, apuesto y trabajador, se dirige con buen fin á una muchacha que lleva en la linda cara todo su patrimonio. Mas por otra parte, la han dicho tantas cosas de los hombres... Cosas casi tan malas como las dicen á los hombres de las mujeres... Que son muy inconstantes, que después del matrimonio sacan las uñas, que todas las muchachas les parecen mejor que la propia, que la taberna está muy próxima al hogar doméstico, que las malas compañías, que las pícaras tentaciones.

Todo esto se le ocurre á la joven de nuestro cuadro en el momento más crítico de su vida; precisamente cuando de una palabra suya depende todo su porvenir.

Pero, Señor!... Si al fin y á la postre el destino de la mujer, y sobre todo de la mujer del campo, es casarse, ¿porqué meterla en la cabeza una porción de tonterías y sembrar desconfianzas cuando el amor se alimenta principalmente de ilusiones?

Esos afectos encontrados, esa lucha entre el temor y el deseo, esta indecision propiamente dicha, están perfectamente reproducidos en el cuadro de Schütze.

LOS ÚNICOS AMIGOS, cuadro por A. Spliss

El asunto de este cuadro se nos figura el cuento de la Cenicienta sin hada bienhechora y sin príncipe. Solo en el mundo, recogida por caridad en una granja, está destinada á vegetar como una cosa cualquiera, sin inspirar afectos y rogando á Dios que no se los haga sentir. Sus amos, que la explotan cuanto pueden, la humillan en el sempiterno recuerdo de su limosna; sus convencios la contemplan con la mayor indiferencia y hablan de su desarrollo como del de un árbol que empieza á dar frutos á su propietario; los mozos del lugar ni siquiera se han apercebido de que ya ha cumplido quince años. Su presencia únicamente es acogida con entusiasmo en el gallinero: las aves de corral son más agradecidas que ciertos individuos de la especie humana. Y, sin embargo, una tarde ó más pronto esos amigos únicos están condenados á morir á sus manos; la pobre *maza* se verá obligada á degollarlos sin piedad; ella que los vio nacer, ella que los crió con tanto cariño, ella que frecuentemente les dirigía la palabra como si fueran capaces de comprenderla!

¡Pobre Cenicienta de la granja!... Pasó, por desgracia, el tiempo de las hadas... Si se encontrara una chinecha de cristal, pudiese estar segura de que no te llamarían á palacio para acomodarla á tu pié.

LAS ROCAS DEL PATERNOSTER, cerca de Guernesey, dibujo por Pleihel

Las accidentadas costas de las islas del Canal de la Mancha, llamadas también Anglo-normandas, han merecido que uno de los más insignes escritores contemporáneos, Victor Hugo, dedicara á su descripción algunas admirables páginas de su novela *Los Trabajadores del mar*. Pálido sería cuanto pretendiéramos añadir á lo ya dicho por el esclarecido poeta: aunque de nuestros lectores que deseen conocer lo que son dichas islas, no harán mal en recorrer los capítulos de la novela citada, en la seguridad de que nos agradecerán el consejo. Por nuestra parte, pues, nos limitamos á reproducir por medio del grabado uno de los más salvajes puntos de vista que ofrecen aquellas costas, el llamado *Rocas del Paternoster*, famosas entre los marinos que suelen surcar las aguas del pequeño archipiélago por las dificultades que oponen á la navegación, habiendo sido allí tan frecuentes y tan rápidos los naufragios que según voz popular deben su nombre á que el naufrago sólo tiene tiempo de rezar un Padre nuestro ántes de ser devorado por las arremolinadas olas. Hoy no son ya tan frecuentes estos siniestros merced al conocimiento perfecto que de dichos parajes se tiene y al sistema de faros establecido por el gobierno de la Gran Bretaña.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO (I)

EL PALACIO DE LA EXPOSICION EN NIZA.

En la ladera de una colina alfombrada de olivos y coronada de pinos marítimos con sus copas de color verde oscuro, se eleva el palacio de la Exposición de Niza, para cuyo emplazamiento ha sido menester practicar un dilatado corte entre espesos naranjales cuyos dorados frutos emaltan la verdura circundante de mil puntos luminosos. Este palacio es muy parecido al del Trocadero; pero tan gracioso, tan ligero con sus dos torrecillas, tan armonioso

(1) Desearo dotar á esta publicación de enanos elementos variados y amenos reclama su importancia, hemos resuelto acompañar á algunos números de la *Ilustracion artistica* escogidos *Suplementos* que representen asuntos de actualidad ó de bella alicia, inaugurando hoy los que nos proponemos publicar de vez en cuando con la magnífica lámina á que alude la descripción que sigue.

(N. de los E.)

con sus policromos colores, tan hábilmente comprendido, que desde luego cautiva la vista. Si á esto se añade que desde su entrada se contempla el panorama más risueño, más extenso y deslumbrador que darse pueda, formado por el Mediterráneo á la derecha y la ciudad de Niza desmenuada á la orilla de las azuladas ondas; enfrente varias colinas llenas de quintas, setos y verjeles; á la izquierda las últimas estribaciones de los Alpes con sus placas de nieve y sus profundos valles; delante el verdor de todas las vegetaciones mediterráneas, y sobre todo esto el firmamento azul, la luz, el sol ardiente, fuerza será convenir en que si durante este siglo se han celebrado muchos Exposiciones, ninguna presenta un carácter tan especial como la de Niza ni es fácil que compita otra alguna con ella.

En cuanto á sus demás condiciones exteriores, fácilmente podrán apreciarse examinando nuestro grabado, reproducción exacta del original.

EL HOMBRE VERDE

FOR DON F. MORENO GODINO

I

Currito era un joven de diez y siete años, muy guapo, muy bueno, muy trabajador, y que quería á su madre la señora Casilda, como á las niñas de sus ojos. Vivían ambos en una casita de su propiedad, situada á dos tiros de bala de la ciudad de Albacete.

El padre de Currito había sido cincelador de la fábrica de navajas, cuchillos y puñales de dicha ciudad y á él se debían muchas de esas primorosas hojas en las que se lee la inscripción de *Petrus me fecit*.

Desde que su hijo pudo manejar un cincel hizole trabajar á su lado, transmitiéndole una parte de su habilidad, y cuando murió le dejó asegurada una plaza en la fábrica, de modo que Currito pudo sostener á su anciana madre.

Se miraba esta en su hijo y era de ver lo limpio y bien cuidado que le tenía.

El muchacho se pasaba todo el día trabajando en Albacete y cuando al anochecer regresaba á su casita, estaba seguro de encontrar una cena muy sabrosa y una cama muy blanda.

Aunque viuda ella, y el huérfano de padre, pasado el natural sentimiento por la pérdida que habían sufrido, vivían ambos tranquilos y satisfechos. El dueño de la fábrica estimaba mucho al joven operario por su inteligencia y laboriosidad y todos le querían por su buen carácter y simpática figura.

Currito se levantaba cantando (buena señal) y se acostaba contento como todo el que ha cumplido con sus deberes. Sin embargo, algunas veces se quedaba pensativo y como ensimismado. Era andaluz, había nacido en Sevilla, en donde pasó sus primeros años, hasta que su padre obtuvo la plaza de cincelador en la fábrica de Albacete; y tenía la imaginación viva é impetuosa. Gustábasele la majeza, los caballos con vistosos aparejos, los botines pespuntados por lo fino y todas esas cosas que constituyen la idiosincrasia de la tierra de María Santísima.

Además, había llegado á la edad crítica en que el corazón se despierta y la imaginación se crea visiones amorosas. A veces pensaba en la hija del dueño de la fábrica, que tenía ojos de *ma'adora* y que entonaba una *soleá* que ni de perlas; pero no se atrevía á formular sus aspiraciones. Ella era rica y él sólo ganaba un jornal apenas suficiente para atender á sus obligaciones. Debaba, pues, correr el tiempo, esperando con esa confianza de la juventud, que crece tan natural la felicidad, tan fáciles sus castillos en el aire, que supone imposible que no se realicen el día ménos pensado.

II

Al anochecer de un día de fiesta del mes de mayo, mientras su madre preparaba la cena, Currito salió á dar un paseo y á tomar el fresco, porque hacía calor. El cielo estaba clarísimo y la luna llena brillaba espléndidamente. El joven, cantando unas peneras y pensando al mismo tiempo en los medios de hacer fortuna para satisfacer sus vagas aspiraciones amorosas, se fué acercando á una fuente que había á dos tiros de bala de su casa, y ántes de llegar, á la luz de la luna, vio un hombre de aspecto sombrío que estaba sentado en el pilón, que era muy ancho, y á su lado un perro, sentado también, que tenía lo creían ustedes una pipa en la boca, de la cual lanzaba grandes bocanadas de humo.

El hombre llevaba en la cabeza un sombrero verde de anchas alas, vestía un tabardo verde que le llegaba hasta los pies y tenía en la mano un palo largo, semejante á una chibita, de cuyo extremo superior pendía un talego abultado como conteniendo dinero á otras cosas.

El perro era negro, ratonero, pero más grande que suelen serlo los de esta casta; llevaba abierta la raya en la cabeza, como un gomoso, y atusado el bigote á la borgoñona.

Currito, que era valiente y tenía la conciencia limpia, aunque algo sorprendido, no se intimidó y siguió avanzando hacia la fuente.

—¿Quién es ese que viene?—dijo el hombre verde.

—Es Currito, el hijo de la señora Casilda—contestó el perro, quitándose la pipa de la boca con su pata derecha y soplando para ahuyentar la ceniza.

—¡Ah! ¿Currito, el joven más juicioso de la comarca? ¡Por los cuernos del diablo! me gustaría hacerle algún favor.

Y luego, dirigiéndose al joven, que ya se había aproximado, repuso:

—Hola, Currito, ¿cómo va de salud? Apostaría cuatro mil duros, es decir, la sexta parte de lo que hay aquí—y golpeaba el talego que llevaba pendiente del palo—á que esta noche va á sucederte algo bueno.

—Y Dios quiera que nunca le suceda á V. nada peor—añadió el perro moviendo la cola y alargando la pata para dar un apretón de mano á Currito.

Este le miraba con asombro; ¡un perro que hablaba! El joven supuso que el hombre verde era ventríloquo, y que, como un gitano que él había visto en Sevilla, fingía hacer salir la voz de donde quiera.

—Señores, hace calor,—dijo Currito, no sabiendo qué decir.

—Y con esto al lado, mucho más,—observó el hombre meneando el talego que despidió un ruido metálico.—La guita hace sudar.

Y luego repuso:

—Unos comen con cubierto de plata y otros con cubierto de palo. Si quieres ser de los primeros, siféntate aquí y echemos una brisca;—y al decir estas palabras sacó una baraja del bolsillo.

—Caballero,—dijo Currito,—con todo el respeto debido á usted y á este individuo que tiene cola y cuatro patas, debo advertir, que si bien ustedes me conocen, yo nunca he tenido el honor de ver ni al uno ni al otro.

—¡Y eso qué importa!—exclamó el perro quitándose otra vez la pipa de la boca.—Nosotros le queremos bien á V. y procuraremos hacerle rico.

Currito comenzó á admitir la posibilidad de que se había encontrado con uno de esos brujos, espíritus, súcubos ó incubos, que, al decir de la gente, en algunas ocasiones se entretienen en proteger á las personas honradas.

—Currito,—dijo el hombre verde,—bajo palabra de honor te aseguro que harás bien en coger la pelota al bote, si no quieres trabajar toda la vida y al fin y al cabo morir en la miseria.

—Y dice bien—observó el perro;—no hubiera hablado mejor mi maestro de primeras letras:

Si pierdes la ocasión
Tú serás un melon.

—Pero bueno, ¿qué hay que hacer para adquirir esa fortuna de que me hablan?—preguntó el joven.

—Poca cosa, sentarse y echar una partida conmigo.

—¿Y qué vamos á jugar? porque mi bolsillo está limpio.

—No todo lo que vale es dinero, muchacho,—dijo el hombre verde.—Te hago un trato. Yo he tenido trescientos treinta y tres criados y todos me han salido sisonos, holgazanes y dormilonos; necesito un buen sirviente, y como conozco tu honradez y actividad, te propongo que juguemos, tú tus servicios y yo mi dinero.

—Explíquese V.

—Si ganas (que es lo probable), te llevas este talego que contiene veinticuatro mil duros en monedas de oro con el sello de la restauración...

—¿Veinticuatro mil duros?

—Sin faltar ni un céntimo.

—¿Y si pierdo?

—Te obligas á servirme durante un año y un día. Te repito que lo más natural es que ganes, porque yo soy muy torpe en la brisca.

III

Currito se quedó pensativo.

La proposición era tentadora; ganando, realizaba todas sus aspiraciones, podía casarse, procurar á su madre una vejez llena de comodidades...

Mientras el joven reflexionaba, el perro, poniendo una de sus patas delanteras á lo largo de su nariz, le hacía significativos guiños.

—Además,—se dijo Currito á sí mismo,—quizás este buen hombre, que me conoce, quiera protegerme de un modo delictivo, y tirará á dejarse ganar... y por último, lo más que me puede suceder es perder. ¿No trabajo ahora en una fábrica? pues lo mismo ó ménos trabajaré en el servicio doméstico.

—Pues no tardas poco en decidirte—observó el hombre verde;—si todos los jugadores lo piensan tanto, buen año echarían los casinos y las tabernas. Vaya, di, si ó no.

—Acepto.

—En buen hora.

—¿Es V. formal en sus tratos?

—Mira, muchacho, yo soy un bellaco de primera clase, pero estoy sometido al influjo de un encanto que me obliga á tener palabra; á cumplir mis compromisos, bajo pena de la vida.

—No tengas cuidado—dijo el perro guardando la pipa en el bolsillo de la americana encarnada que llevaba puesta sobre el lomo;—te garantizo de que cumplirá las condiciones y de que no hará trampas. Yo estoy aquí.

—Pues al avío,—exclamó Currito;—á ver quién da.

Comenzó el juego. Francamente, ¿Vds. creen que el buen muchacho podía ganar en aquella encerrona al aire libre? El perro, desde las primeras bazas repitió sus guiños, como diciéndole á aquel «mira y ganarás» y luego, volviéndose hacia un lado, le enseñó un espejo que llevaba en un costado, en donde parecía que se reflejaban las cartas del hombre verde. Currito, mirando al espejo, desatendía al juego y no llevaba cuenta de las brisacas y triunfos salidos.

Sin embargo, los jugadores se pusieron á dos partidas



VISITA A LOS ABUELOS, cuadro por J. Vinca



PIERROTINE, cuadro por E. Serra

cada uno. Acabada la quinta, que era la decisiva, el joven, despues de haber contado, dijo:

—He perdido por dos tantos.

—Por no haber encartado el caballo de espaldas,—observó el perro.

—Tú tienes la culpa, mastín,—exclamó Currito,—tú y tu maldito espejo.

—¿Cómo es eso, me tuteas, belitre?—dijo el animal alzando una pata como jurándose.

—Eres peor que un gallego que pierde media copa,—gritó á su vez el hombre verde.

—Quiere eludir las condiciones—repuso el perro—transformémosle en asno, para que en lo sucesivo no pueda engañar á nadie.

—Tienes razon.

El hombre verde extendió sus manos sobre la cabeza de Currito, y, en un decir amén, le salieron á este dos orejas de burro. Al vérselas en la fuente, el pobre joven comprendió el lazo en que había caído y que por la mala nada adelantaria.

—Señores,—dijo,—sosegaos y tratemos de entendernos.

—Eres mi criado durante un año y un día.

—Lo seré, pero con una condicion.

—Podias haberla puesto antes.

—Lo hago ahora.

—Dila.

—Yo soy un muchacho honrado.

—Bien, ¿y qué?

—Usted no me podrá mandar nada que sea contrario á la religion, á la moral, á la patria ó al rey.

—Convenido.

—Quisiera además pedir á V. un favor.

—Parece que te ha hecho la boca un fraile. Pero en fin hoy estoy de buena vena. Vaya, di.

—Tengo una madre pobre y vieja, que con mi ausencia se moriría de dolor y hambre. Concédame V. el plazo de un año para trabajar á destajo y dejarla con qué vivir, mientras yo sirvo á V.

El hombre verde miró al perro y se rascó la oreja derecha, como reflexionando.

—¿Cuánto—preguntó—necesitará tu madre para pasar durante doce meses?

—Unos cuatro mil reales.

—¿Caramba, es una derrochadora! pero te repito que hoy me has pillado de vena. Te los adelantaré á cuenta de tu salario. Ahí los tienes.

El hombre verde abrió el talego y dejó caer al suelo un monton de monedas de oro; el perro las fué contando con una ligereza digna de un cobrador del banco, hasta apartar la susodicha cantidad.

—¡Muchas gracias!—dijo Currito guardándose el dinero. Ahora sólo me resta pe....

—¿Otra te pego?

—Pedir á V. que me conceda ocho dias para ir perorando á mi madre y despedirme de ella.

—¿Qué te parece?—preguntó el hombre verde al perro.

—Seamos magnánimos—contestó lacónicamente el animal.

—Hoy es domingo,—repuso aquel,—el lunes de la otra semana, á las seis en punto de la tarde, este señor de ratonero te irá á buscar á tu casa para conducirte á mi castillo.

—Está bien, señor; pero los ratoneros todos se parecen, ¿cómo le reconoceré?

—¡Imbécil! En primer lugar él te hablará.

—Bueno.

—Además, la americana encarnada que lleva puesta no puede confundirse con otra alguna: es corte de Mejía.

—Es verdad.

—Y por último, para más señas, ir calzado con borceques marroquíes amarillos, en las patas traseras.

—Basta, señor, estamos convenidos. Pero, por despedida, tenga V. la bondad de quitarme estas orejas de burro.



INDECISION, cuadro por W. Schütze

—Es justo.
—Gracias. Hasta la vista.
—Hasta el otro lunes—dijo el perro sacando su pipa del bolsillo.

IV

Omito detalles. ¡Pobre madre y pobre hijo que tuvieron que separarse! Currito siguió al perro que caminaba gallardamente con sus borceques marroquíes, y al cabo de dos meses y cuatro dias llegaron al castillo del hombre verde, que estaba situado en un país cálido, segun mi parecer, en una de esas comarcas africanas que aún están por explorar.

El castellano acogió al joven con cordialidad y le permitió un día de descanso.

Al amanecer del siguiente, el hombre verde, en traje de caza, despertó á Currito y le llevó á un salon pintado de negro, en el que habia trescientos treinta y cuatro garfios colgados en las paredes, y en todos, excepto uno, otras tantas cabezas humanas.

El pobre muchacho se quedó consternado.

—Esas cabezas,—dijo el hombre verde,—han pertenecido á criados torpes, sisonos ó perezosos, y ese garfio que está vacío espera la tuya si no cumples bien tus quehaceres.

—¿Y cuáles son, señor?

—Por hoy, ¡limpiar una cuadra, trabajo que ha de estar terminado al anochecer, hora en que regresaré de mi cacería.

—Bien, señor,—balbuceó Currito,—haré todo lo posible.

El hombre verde condujo al joven á una cuadra no muy grande en la que habia algunos montones de paja.

(Continuará)

EL SUEÑO DE LAS PLANTAS

No sólo en el momento presente, cuando despues de los trabajos y delicados experimentos de Siemens, sabemos cómo la luz eléctrica ejerce sobre los vegetales an-

loga acción que los rayos del Sol, sino ya de bastante tiempo data la cuestion de saber y demostrar si las plantas necesitan reposo durante la noche, ó si, por el contrario, pueden vivir sin descansar, conservando ileso su organismo y no variando ninguna de sus condiciones vitales.

Muy pocos descubrimientos han sorprendido tanto como los resultados obtenidos por Siemens respecto de la acción de la luz sobre las plantas en general y singularmente sobre las gramíneas. Aún se recuerda el rápido nacimiento y la floración de las plantas en el invernadero de la Exposicion de electricidad de Paris; la controversia originada por las afirmaciones del experimentador todavía no ha terminado, y la cuestion, puesta desde entonces á la órden del día, parece que ha de resolverse á favor de los que opinan en contra de Siemens y sostienen la necesidad del sueño de las plantas.

Grandes atractivos presenta el problema desde cualquier punto de vista. Por una parte trátase de determinar acciones nuevas de aquello en que están puestas todas las miradas de los experimentadores, la atención de los sabios y el deseo de los industriales, afanosos por adquirir, en tiempo más ó menos cercano, el dominio de una fuerza que promete maravillas y portentos, nunca igualados hasta ahora ni soñados por los que anhelantes buscan en todos tiempos medios para ensanchar y agrandar la fecunda y productora actividad humana. De otra parte, la acción de la luz eléctrica sobre las plantas podría ser de inmediata é importantísima aplicación. Partiendo de los experimentos citados, se prevé una gran revolucion en la agricul-

tura; sueña la imaginacion con inmensos campos sembrados de trigo y ve en pocos meses surgir el airoso tallo, brotar la espiga, que crece en su parte superior durante las nieves y granarse en sazón para que el labrador recoja el codiciado fruto mucho ántes que ahora, por obra y gracia de esta luz eléctrica, vaga y melancólica como los rayos solares reflejados por la luna, azulada y poética como las lejanas montañas de las costas del Norte. Y pudiera la fantasía recrearse de antemano en la contemplacion de fingidos dilatados viñedos iluminados durante la noche por brillantes soles eléctricos cuyas radiaciones sacarian á la savia del invernal letargo, la harian circular por el tronco, brotarían las yemas de las hojas, se desenvolverian estas pasando por los más variados tonos de color verde, floreceria la vid, fecundaríanse los huevecillos y el fruto se doraria ó tomaria hermoso color rojo, y completamente maduro, recibiríalos las viñadoras en sus cestos, y llegado al lugar, convertiríase en néctar delicioso, restaurador de fuerzas perdidas, mágico licor, fuente y origen de toda actividad y manantial de viril energia.

Todavía el problema tiene otro carácter no ménos importante: el carácter estético. Al fin trátase de las más hermosas galas con que la madre Naturaleza se atavía, y que son al propio tiempo signo de su fecundidad y promesa de formas y razas, nuevas unas veces y las más reproducción de otras, y siempre, pruebas de la perpetuidad de las especies y de la evolucion de los individuos: trátase de las flores y de las hojas, símbolo de la eterna juventud de la fecunda madre, adorno magnífico que realiza su hermosura y señal de la renovacion de la vida, del esparcimiento de las ocultas fuerzas productoras que en su seno alientan y en él se nutren.

Examinando con algun detenimiento el asunto de que se trata, nos hallamos con un hecho fuera de toda duda, á saber: la luz eléctrica actúa sobre los vegetales como la luz solar; de modo que las funciones vitales de las plantas se cumplen cual si recibieran directamente la vivificante luz del sol. De donde se deduce la posibilidad de acelerar la vegetation por medio de la electricidad, sien-

pre á condiccion de no perjudicar con ello la vida misma de las plantas ó causar alteracion en sus funciones.

Para resolver esta cuestion conviene contestar á estas preguntas: ¿las plantas duermen? ¿en su sueño ejercitan movimientos especiales, cuyo objeto sea, por ejemplo, preservarse de determinados accidentes? Y aun despues de haber dado solucion á estos problemas, se hace preciso examinar ciertas condiciones de la luz eléctrica—y entre ellas las propiedades térmicas—y ver en definitiva si satisfice todas las exigencias de la vida vegetal. Reservando para mejor ocasion el detenido y minucioso estudio de estas cuestiones, voy á limitarme á marcar los puntos principales en que se funda la opinion contraria á la teoria de Siemens, tratando ligeramente de dar solucion á las cuestiones propuestas.

No puede dudarse del sueño de las plantas. Pfeffer, Crie, Brongniart, Pompiian y sobre todo el incomparable naturalista Darwin han dado pruebas evidentes de ello y este último muy singularmente en los capítulos sexto y sétimo de la obra titulada *Facultad motriz de las plantas*. Establece el gran naturalista Inglés que las hojas se mueven durante el dia en sentido determinado, describiendo unas veces curvas sencillas—comunemente elipses—y otras, líneas sinuosas de mayor complicacion; pero estos cambios de posicion se alteran al llegar la noche; las hojas modifican su posicion relativa; casi siempre se cierran las flores, y observando el crecimiento de la planta se ve que es casi nulo en ausencia de la luz. De aquí la deducccion del sueño de las plantas; cuyo acto está probado en el hecho de que no sólo cada género y especie de plantas duerme de diverso modo, sino que áun el sueño varia en los distintos individuos. Debe entenderse la diferencia esencial entre el sueño de las plantas y el de los animales; pues en las primeras se reduce á simple cambio ó alteracion del movimiento diurno de cada vegetal; y en las segundas á modificaciones esenciales y diferencias en el sueño de los distintos individuos, cuyas diferencias fueron objeto de estudios notabilísimos de Darwin, consignado muy al por menor en la magnífica obra ántes citada.

Por punto general el sueño de las plantas consiste en cierta modificacion del movimiento diurno. Si ponemos atencion en el movimiento de ciertas hojas,—especialmente en las lobuladas y compuestas,—vemos que la mayor parte varian de posicion durante la noche, y ordinariamente giran de tal modo que llegan á colocarse casi verticales, si durante el dia su posicion era horizontal. Al seguir cuidadosamente esta especie de rotacion de las hojas se notan fenómenos muy curiosos: si la hoja es jóven percíbese sus movimientos con más claridad; se la ve durante el dia lozana y fresca, dirigida hácia el sol con una especie de instinto, exponiendo á la luz sus partes más delicadas, la cara de matices más claros, los lugares donde se agrupan en mayor número los órganos de la respiracion y asimilacion, cual si tuviera ansias de agotarse en un instante toda su vida, absorbiendo por entero la actividad del rayo solar que la acaricia. En cambio por la noche prodúcese fenómenos más singulares todavía. Como si se sintiera herida, ó quizá para recoger y guardar aquella impresion de luz, va la hoja replégandose y la flor se cierra, de igual modo que nuestros ojos cuando queremos dar mayor duracion á sensaciones agradables ó nos recogemos para pensar; adquiere distinta posicion, pónese muchas veces vertical y otras llegan hasta unirse sus bordes, acérrese más al tallo y áun llega hasta abrazarlo como el niño abraza cariñoso á la madre, y así per-



LOS ÚNICOS AMIGOS, cuadro por A. Spiess

manece dormida y quieta hasta que el primer rayo solar de la mañana despertála é invita á seguir la sutil ondulation de aquella luz de quien depende principalmente la vida vegetal.

Así descansan la delicada *minosa*, el apreciado incomparable *trigo*, el *lotus* sagrado y simbólico, la oírosa *malva* y la hermosa *acacia farnesiana*, cuyas hojas tanto se arrojan y de tal modo pléganse para dormir que, observado el arbusto durante la noche, parece que en lugar de hojas tienen sus ramas retorcidas cuerdas de poca extension.

Multiplicadas y extendidas las observaciones, se ha visto que muchas especies duermen y ya posee la ciencia extensos catálogos aumentados de dia en dia hasta el punto de poder afirmar que las plantas duermen, siempre en el sentido de significar su sueño cierta variacion del movimiento diurno propio de cada vegetal.

Ahora bien: si es indudable el sueño de las plantas, ¿cuál es su objeto? ¿puede prescindirse en la vida vegetal de este movimiento nocturno, y aplicando la luz eléctrica, impedir que las hojas se dirijan unas veces hácia arriba, otras hácia abajo, en determinadas ocasiones se plieguen y en otras se unan al tallo hasta abrazarle y envolverle por entero? También en estos puntos los experimentos de Darwin son concluyentes. Observando que las hojas se colocan durante la noche en posiciones distintas y variadas y que siempre las partes más delicadas son las que con preferencia se ocultan, puede pensarse si el objeto del sueño es proteger á los vegetales de los efectos perniciosos de la radiacion nocturna. En efecto, la cara superior de las hojas, aquella parte de color verde más puro, constantemente expuesta á la accion directa de la luz, es también la más delicada y necesita estar protegida de esa radiacion que en el espacio de una noche vuelve amarillar las hojas verdes y áun llega á quemarlas por completo, y también existen plantas—las cuales, como ciertas especies de grosellas, jamás alcanzan á dar fruto si no se preservan de la radiacion nocturna. Además—y es-

to sucede lo mismo en los climas fríos que en los cálidos—si por medio de cualquier artificio se obliga á las hojas á permanecer horizontales durante la noche, impidiendo los movimientos del sueño, aquellos órganos padecen, sobre todo en su cara superior, dirigida siempre hácia el sol, y de aquí la imprescindible necesidad del cambio de posicion con el objeto de proteger durante la noche aquellos delicados órganos, donde se verifica la funcion de la respiracion.

Parece, no obstante, que si la temperatura es constante, ó si los efectos de la radiacion nocturna pudieran contrarrestarse, la planta no dormiría y su vida y crecimiento serian continuos y no experimentarían la menor alteracion. Evidentemente sucedería así; pero, por desgracia, no es la luz eléctrica el medio de conseguirlo. Siemens, es cierto, demostró que esta luz puede ocasionar en el mundo vegetal los mismos fenómenos que la luz solar, mas recuérdese el limitado lugar de los experimentos y ténganse presentes las diferentes condiciones de un invernadero y del aire libre. Crece la planta entre cristales y á determinada temperatura muy diferentemente que expuesta á todas las acciones atmosféricas, á los cambios bruscos y á las alternativas de calor, frío y humedad.

Hay, sin embargo, en la misma luz eléctrica una condicion que en mí sentir la imposibilita para la grande é importantísima aplicacion acometida por el Ilustre físico Siemens. Por semejarse más y más á la luz de la luna son los destellos de la luz eléctrica fríos y helados; sus rayos podrán deslumbrarnos, llenar nuestra imaginacion de poesia, traer á la fantasía imágenes y sueños románticos de ideales; pero nunca traen ese calor vivificante de los rayos del sol; ese calor que ha quemado las arenas del desierto; ese calor que eleva de la superficie de las aguas caprichosas nubes, las cuales allá en la altura é mismo Sol colora con vivos y espléndidos destellos de su luz. Como de la luz, vive del calor la planta, y como la luz eléctrica está fría no puede darle sino la muerte, pues muerte es impedir el necesario sueño y los movimientos de él penitres.

JOSÉ RODRIGUEZ MORELLO.

RELOJES DUALES

PARA EL TIEMPO LOCAL Y EL COSMOPOLITA

La organizacion de los grandes ferrocarriles extendidos de Oriente á Occidente, las múltiples líneas de navegacion oceánicas, los correos, los telégrafos, las ciencias todas relacionadas con las formas y dimensiones del globo, la cronografía, la historia... necesitan hoy imprescindiblemente de una HORA UNIVERSAL.

Pero los crepúsculos matutino y vespertino, las alternaciones de luz solar y de sombras, seguirán siempre viajando alrededor del globo en silenciosa pero ineludible sucesion; y sus fenómenos indicarán constantemente al sér humano las horas del dormir y del trabajar; de modo que la posicion del sol gobernará los usos domésticos en cada localidad mientras el mundo exista; y jamás los habitantes de la tierra estarán todos durmiendo, ó todos trabajando, en el mismo momento del TIEMPO ABSOLUTO.

La civilizacion, pues, y los progresos del siglo XIX, por una parte; y por otra, la sucesion de los fenómenos naturales efecto de la rotacion terrestre, hacen que el hombre actual necesite simultáneamente de dos cómputos del tiempo. Como habitante del planeta en que vivimos, tiene precision de conocer la hora cosmopolita: como residente



LAS ROCAS DEL PATERNOSTER, cerca de Guernsey, dibujo por Peileh

en una determinada localidad, no puede prescindir de saber cuándo sale y se pone el sol en su horizonte.

Hay espíritus pequeños, que se creen grandes porque estorban. Cuando no debiera haber más que un coro de alabanzas unánimes a la Asamblea Geodésica Internacional de Roma, donde por sabios eminentes se han sentado las bases de la unificación de las longitudes y de las horas, no ha faltado quien, para ostentarse más grande que esos sabios, pondere la dificultad de tener que llevar a la vez dos cuentas del tiempo; una para saber lo que pasa junto al campanario de su pueblo, y otra para conocer lo que ocurre en el mundo y lo que pasa en la Humanidad.

Ridícula y todo, la objeción, envuelta en chistes y en malicias, se sostiene entre algunos. Todo progreso supone condiciones a que hay que sujetarse, y que nuestros abuelos no necesitaron aprender. Para poner un despacho telegráfico es necesario averiguar dónde está la oficina, y saber cómo se extiende un telegrama, en qué mesas se escribe, en qué sitio del papel se pega el sello, etc. Y ¿es serio maldecir del telégrafo, por ser necesario estar al tanto de tan insignificantes pormenores? ¿Va a proscribirse el sistema métrico decimal, por ser necesarios nuevos pesos y medidas, quedando inútiles las antiguas varas de medir?

Para facilitar, pues, el conocimiento de las horas locales y de la cosmopolita ó universal, habrán de usarse relojes duales, ó de doble muestra; pero no de distinta maquinaria que la de los actuales, en lo esencial.

Actualmente se construye todos los años un millón de relojes y de cronómetros, y los fabricantes muy pronto generalizarán los relojes de doble indicación. Pero, sin necesidad de acudir a los productos nuevos, pueden servir los existentes con solo un cambio de muestra.

El famoso ingeniero canadiense Sanford Fleming, que tanto ha trabajado en favor de la unificación de las longitudes, no ha creído rebajada su autoridad de hombre científico descendiendo a esta clase de pequeños problemas prácticos, que la industria sabrá al cabo resolver del modo que presente mayor comodidad y baratura.

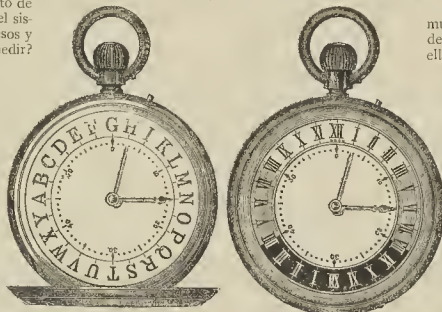
Sanford Fleming cree conveniente que se diseñen por 24 letras del alfabeto las 24 horas del tiempo cosmopolita; y que, como de costumbre, continúen las horas locales señaladas por números romanos. Las 24 letras del alfabeto estarán impresas en un anillo móvil que pueda resbalar, por rozamiento suave, concéntricamente a la circunferencia de los números romanos, los cuales se hallarán fijos (ó al revés); la circunferencia de los números romanos será la móvil, y la fija entonces la de las letras designadoras de la hora universal).

El siguiente diagrama da clara idea de la disposición imaginada para utilizar los relojes hoy existentes.



Si á la hora G del tiempo cosmopolita, son las doce del día civil en una localidad, se hará girar el anillo de las letras (si este es el móvil) de modo que la G caiga debajo de las XII; y, si las letras de las horas cosmopolitas correspondientes á la noche local se fijen de un color cualquiera, desaparecerá el inconveniente de los relojes hoy en uso, que no distinguen las horas de luz de las horas de oscuridad.

Pero mejor que el anterior sistema sería el indicado por los dos diagramas que siguen.



En un anillo (móvil por rozamiento suave) pueden estar las letras (ó otros signos cualesquiera) indicadoras de la hora universal, como marca el 1.º de los dos últimos diagramas, cuya tapa se supone abierta; si esta tapa está CALADA CIRCULARMENTE por su centro, y si en la corona externa resultante están grabadas en números romanos las horas del día local y de su noche (señaladas estas por medio de color oscuro, y los crepúsculos por degradaciones de ese color), cuando la tapa se cierra, se leerán solo las horas locales indicadas por las mismas agujas; y cuando se abra, se verán las del tiempo universal, si el anillo móvil de las letras está convenientemente ajustado.

Ahora la manilla de las horas anda doce veces más despacio que el minutero; pero, para la reforma, que indican los dos últimos diagramas, sería necesario que el horario

anduviese veinticuatro veces más despacio que el minutero; reforma fácil de introducir en todos los relojes actuales; y más fácil aún de ejecutar en los que se fabricasen de nuevo, especialmente y *ad hoc*.

Otros medios ocurren, y han sido ya propuestos, como el de hacer que los relojes de bolsillo tengan dos muestras: una en el anverso para el tiempo cosmopolita, y otra en el reverso para el local (ó al revés), fijas las letras y móviles los números romanos (ó al contrario), etc., etc.

Sanford Fleming da mucha importancia á la designación por letras de las horas del tiempo universal. En rigor, pueden usarse otros signos (las cifras árabes, por ejemplo). Pero los números no tienen sobre las letras ninguna ventaja especial; el hábito ha hecho familiares los primeros para la designación de las horas á la presente generación; pero, si las 24 subdivisiones horarias del día se designaran por letras, la hora cosmopolita, muy en breve, se entendería por medio de ellas, como sucede en la actualidad con los números romanos.

Sin embargo, las letras, al colocarse en círculo en la muestra de un reloj, tendrían la ventaja sobre los números de ser símbolos de importancia igual; y una cualquiera de ellas podría elegirse como primera de las 24 para el inicio del día cosmopolita; mientras que con los números tiene el 1 que dar principio á toda serie.

Mas Sanford Fleming lleva una idea más trascendente de mayor alcance al proponer los signos del alfabeto para el tiempo cosmopolita. El sistema actual no puede quedar abolido de repente; pero, dadas las ventajas de la cuenta cosmopolita, el nuevo cómputo del tiempo reemplazará irremisiblemente al actual en un plazo que sin duda será largo, aunque no tanto quizá como al presente se nos figura.

Pues bien, para la sustitución, servirá á maravilla el uso de las letras. Supongamos que la G del tiempo universal correspondiera al medio-día civil de una población cualquiera. ¿No aprenderán muy pronto sus habitantes que cuando el horario está en la G son las XII, y que es la una de la tarde cuando llegue á la H, etc.?

Las personas residentes en aquel punto pronto se familiarizarán con la relación entre las letras ó signos cosmopolitas y las alturas del sol sobre el horizonte. Sustituir números con números es siempre tarea muy difícil; pero no tanto relaciones conocidas con símbolos enteramente nuevos.

Vese, pues, que si el Congreso Diplomático de Washington hace obligatorias las resoluciones oficiales de la Asamblea Geodésica Internacional de Roma, los dos cómputos del tiempo, el LOCAL y el COSMOPOLITA, no presentarían dificultad ninguna, mediante una modificación insignificante en los instrumentos horológicos actuales.

Y es que siempre, cuando suena la hora de un gran progreso, sobran á la industria los medios de realizarlo con la mayor facilidad.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

«BARCELONA 18 DE FEBRERO DE 1884»

NÚM. 112

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FLORES SILVESTRES

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—SILUETAS DE CARNAVAL, por don Benito Mas y Prat.—EL HOMBRE VERDE (continuación), por don F. Moreno Godino.—NOTAS DE MI VIAJE, por don José Gestoso y Perez.

GRABADOS.—FLORES SILVESTRES.—LA CATEDRAL DE COLONIA.—PRISION DE RATOCZKI's, cuadro por Julio Bencsur.—EL DIA TERRIBLE.—UNA CONGOJA, dibujo por C. Karger.—EL COMPOSITOR LECOQ.—CACHORROS DE PANTERA DEL JARDIN ZOOLOGICO DE DUSSELDORF CRIADOS POR UNA GATA.

NUESTROS GRABADOS
FLORES SILVESTRES

No son, ciertamente, las de invierno las flores más fragantes y pomposas. Entre las zarzas que cierran los caminos y entre las humildes verduras que se producen en los huertos, permite Dios que crezcan violetas de grato aroma, rosas de delicados colores, claveles de matizadas hojas, lirios del color de la pureza que aparecen sobre tallos del color de la esperanza.

Y de la misma suerte, crecen á menudo en el campo hermosas criaturas que, abandonadas á sí mismas, sin cultura, desgreñadas y apenas envueltas en miserables harapos, llaman la atención por su belleza, que debe ser mucha cuando la inocencia de los elementos no ha sido bastante para destruirla.

Véase, por vía de ejemplo, la niña de nuestro cuadro, y dígame si su inculca hermosura no es digna de compararse á la de las inculcas flores de que ha hecho un inculca ramo. Hé aquí el verdadero realismo artístico: el autor ha tenido el buen talento de no hacer de esa preciosa criatura una pastorcilla á lo Florian; pero dentro de la verdad, de que nunca puede prescindir el que se propone reproducir á la naturaleza, ha encontrado la idealidad que es la aspiración inseparable del arte. Esa flor silvestre, ese botón de rosa perdido entre bosques de trepadoras y plantas de alcañofa, puede sostener la competencia con la más donosa camelia que se deshoje en esos brillantes invernales que se llaman salones.

LA CATEDRAL DE COLONIA

Dice cierto autor que un buen monumento arquitectónico es una poesía petrificada. Aplicando esta bella imágen á la catedral de Colonia, podemos decir que esta obra colosal es el poema del arte cristiano. El sentimiento religioso, cuya forma más bella y filosófica es la arquitectura gótica, no ha producido, ni probablemente producirá, un ejemplar más grandioso, más armonioso, más elegante, más rico, en una palabra, más completo.

Debióse el proyecto al maestro Gerardo de Rile y puso la primera piedra el arzobispo Conrado de Hochstaden el día 14 de agosto de 1248. ¡Quién le dijera al muy piadoso y muy católico prelado que la catedral tardaría más de seis siglos en terminarse y que cabría á un emperador protestante la gloria de colocar la última piedra en la basilica de que Conrado puso la primera!...

Es imposible describir el efecto que causa esta catedral, así exterior como interiormente. Las renombradas de Toledo y Burgos, la de Viena, la afiligranada de Estrasburgo, la célebre de Florencia, la riquísima de Milán, todas parecen desmedradas, díganlo así, al compararse con ese modelo ofival, que parece concebido por un dios y ejecutado por una legión de titanes.

PRISION DE RATOCZKI's, cuadro por J. Bencsur

Francisco Ratozki's II, duque de Hungría y de Transilvania, no podía asentir pasivamente á que los austriacos le despojaban de sus dominios, arrojándole con desdeñada un especie de limosna que á su fuerza soberana le repugnaba aceptar de sus implacables enemigos. Resuelto á perder la vida ó á reconquistar sus estados, conspiró una y otra vez contra el Austria, y el primer tercio del siglo xviii registró en sus anales las tristes aventuras del infortunado príncipe. Por su parte los austriacos no le daban punto de reposo, y á la pérdida de sus estados debió añadir el duque, en varias ocasiones, la pérdida, aún más sensible, de su libertad.

El cuadro de Bencsur representa el momento en que nuestro príncipe es reducido á prisión, á tiempo de estar cuidando á su esposa, recién parida. Los soldados austriacos, sin compasión para con la enferma ni respecto para con la dama, penetran en la alcoba de ésta, en gran número y armados, como pudieran lanzarse al asalto de una fortaleza. El duque les acoje con una mirada de soberano desprecio y resguarda el cuerpo de su esposa, cuyo semblante y actitud demuestran el temor de que se halla poseída.

Esta composición está concebida con grandiosidad; el grupo principal es palpitante de interés, ejecutado con holgura y rico de expresión.

EL DIA TERRIBLE

Los árboles ya no tienen hojas; no hay para qué decir que los campos ya no tienen espigas. Todo parece haber muerto: la nieve es el inmenso sudario arrojado sobre el cadáver de la naturaleza.

¿Quién cuidará de las pobres avecillas, quién proveerá á las necesidades de esos débiles animales, tan alegres, tan bien alimentados durante las estaciones benignas?... Dios es el Dios que á todo atiende; á las necesidades de los seres débiles proveerán otros débiles seres; los niños se compadecerán de los pájaros que tienen hambre, que tienen frío y que también son obra de Dios.

Esta composición es agradable como todo aquello que,

en correcta forma, describe un sentimiento puro, un acto de bondad, una manifestación del ánimo inclinado al bien. Esas criaturas que compadecen á los pájaros, no dejarán de compadecer á los hombres. El autor del cuadro ha elevado un bello monumento á la caridad.

UNA CONGOJA, dibujo por C. Karger

No siempre son las alteraciones físicas las causas ocasionales de los desconciertos de la máquina humana. Con frecuencia las influencias morales obran directamente en nuestra manera de ser corporal; y, ó mucho nos engañamos, ó á este órden de causas obedece la congoja que aflige á la dama de nuestro grabado. Insintivamente lleva la mano al corazón; aquí, aquí es donde sin duda la duele.

Esto aparte, la composición es bella: el desenvolvimiento de la dama y la sorpresa de la anciana sirvienta se hallan bien expresadas, y sin saber porqué, se siente uno atraído hacia esa enferma del corazón que merece cuantas simpatías apetezca el autor para ella.

EL COMPOSITOR LECOQ

Cárols Lecoq es uno de los pocos músicos que ha tenido la envidiable suerte de que sus composiciones recorrieran en poco tiempo casi todos los teatros del mundo civilizado. Nació en París en 1832, es hoy una celebridad más que europea: en todas partes se cantan sus festivos piezas musicales, en donde quiera se han hecho populares sus jugueteras y lindas operetas. Tan fecundo como original, reúne á la frescura de sus melodías una notable habilidad de instrumentación, y la variedad más graciosa y lozana en sus melódicos ritmos. Recientemente se ha estrenado en el teatro de las Novedades de París su última obra titulada *El Pájaro azul*, la cual ha alcanzado el más brillante éxito, y que seguramente estará destinada, como todas las anteriores, á representarse en los teatros de ambos continentes, añadiendo nuevos laureos y creciente popularidad á los conseguidos ya por tan estimable compositor.

Cachorros de pantera del Jardín zoológico de Dusseldorf criados por una gata

El Jardín zoológico de Dusseldorf puede vanagloriarse de haber obtenido muchos y notables resultados en la cría de animales de otros climas. Allí se ven jugar en los departamentos de fieras cachorros de leopardos, cuatro magníficos leoncillos de dos meses, y dos cachorros de pantera, todos ellos nacidos en el establecimiento, sin contar las crías ya regulares y periódicas de especies exóticas de ciervos, y un verdadero rebaño de bueyes almiscados.

Una pareja de panteras, el macho de la variedad negra, y la hembra de la especie comun amarilla, tubo el año pasado dos hijuelos parecidos al padre, pero la madre los mató á poco de haber nacido. Este año han hecho otra cría que son los cachorros representados en nuestro grabado, y que nacieron despues de una gestación aproximada de 3 meses. No se puede decir que vieron la luz al nacer, porque el uno abrió los ojos al cuarto día y el otro al octavo, pero apenas nacidos se los separó de la madre, entregándolos á dos robustas gatas domésticas, que se muestran bastante cariñosas con sus hijos adoptivos; otro gato doméstico les sirve de compañero en sus juegos infantiles no siempre agradables.

Estos dos cachorros son de color gris negruzco que va cambiando cada día más en gris y amarillento, de modo que se parecerán á la madre.

SILUETAS DE CARNAVAL

I

El primer antifaz conocido en la historia del hombre es la hoja de parra, el primer disfraz el de serpiente.

Adán y Eva conocieron el Carnaval en el Paraíso: en esto no cabe la menor duda, si hojeamos el Génesis con la paciencia y la reflexión propias de tan peliagudo asunto.

Para probar este sencillísimo aserto, bastará recordar que el Eden no era otra cosa que un precioso jardín bordado de naturales pabellones, y en el que las lianas y las campanulas servían de colgaduras y bambalinas. Luminabanlo estrellas brilladoras en vez de farolillos venecianos, y tenía por incansable orquesta las aves canoras que habían de repartirse más tarde por toda la redondez de la tierra.

Habremos de confesar, que aún cuando todo parecía dispuesto, en lugar tan apacible, para la eterna contradanza del amor, no había pasado por la imaginación de nuestros padres, el que abriera la temporada el mal espíritu disfrazado de serpiente; pero éste, que tenía la intuición de que las hijas de Eva habían de proporcionarle ratos deliciosos si conseguía vestirles de máscaras, quiso dar á nuestra madre el primer ejemplo y ocultándose en brillante piel y asomando su careta verde y viscosa por entre las tropezadas flores que abrazaban el árbol de la Ciencia, le dijo en alta voz y enseñándole los dientes:—¡Eva, hermosa Eva! ¿me conoces?

Frases sacramental fué esta, supuesto que se repite todavía, y á ella va unida no sólo la causa de nuestras fiestas de Carnestolendas, sino también el fundamento de nuestra moderna filosofía. Si Eva no conoció el mal espíritu que se recataba en la serpiente, fué porque aún no había probado la fruta, porque aún no había nacido la escuela socrática, porque no se había conocido á sí misma.

Debió, pues, contestarle:—¡Máscara, no te conozco!—porque, con este motivo, el espíritu disfrazado entabló con

ella uno de esos diálogos que en los salones públicos acaban en el restaurant, y que, en el Paraíso, terminó con una frugal merienda de manzanas que se indigestaron á la humanidad, por permiso divina.

Adán, que por lo visto no había comprendido que pudiera tomar billete en tan encantado lugar un intruso de tan mala intención como el Satanás de la leyenda bíblica, buscaba á su cara costilla por los bosquecillos de naranjos y limoneros, y ¡cuál no sería su sorpresa al hallar á Eva, próxima á disfrazarse en unión de su infernal pareja!

—¡Hola! ¿qué es eso?—debió decir con voz natural y clara al comprender que la hermosa Eva le ganaba por la mano.—¿Me vas á abandonar dejándome en beatitud eterna, pero privado de tu hermoso palmito? ¡No en mis días; yo te seguiré por todos los senderos de la tierra!

Y dicho y hecho, probó de la fruta prohibida y buscó su correspondiente careta.

Un prado de amapolas, que muy cerca del río del placer se parecía, prestóse su encendido colorote y le proporcionó un antifaz de púdor, que aunque insuficiente para cubrir sus cuerpos, transformó como por encanto sus mejillas.

Riéndose, de verlos tan mal disfrazados, el diablo, que llevaba, como he dicho, un verde capuchón de escamas que le cubría desde la cabeza hasta el rabo, y ellos hubieron de verse también, al pasar cabe el delator espejo de una laguna. Lo propio ocurrió á aquellos corteses que asistieron al baile *sin trajes* dado en los buenos tiempos de Roma por la impúdica Mesalina, y algo de esta primitiva carcajada suele resonar en nuestros bailes modernos, en los que sólo queda, del disfraz completo de la serpiente del Paraíso, la cola de las damas y las escamas de los concurrentes.

Era preciso completar el traje y como en aquellos benditos tiempos no había modistas ni almacenes de confección, fué preciso recurrir á los de época que colgaban graciosamente de las parras y de las higueras paradisíacas. Las formas de nácar de nuestra madre quedaron veladas por un elegante *deshabillé* que consistía en el manto de oro de sus cabellos y en la falda de hojas naturales que tratan hoy de resucitar nuestras modistas; el atlético pecho de Adán cubrióse con la sedosa barba y sus robustos lomos con el mandil vegetal, que luego ampliaron y completaron sus hijos obligados por las terribles palabras: *¡con sudore vultus tui vesceris pane*. Aun al mismo Hacedor costó trabajo reconocerlos, supuesto que llamó á Adán por su nombre y le preguntó qué había hecho de su inocencia. Desde aquel momento, también, quedaron velados para el primer hombre los encantos y las intenciones de su compañera de infortunio.

A contar desde este punto, Eva, que procuraba aparecer más bella y encantadora de lo que en realidad era, aprendió el arte de cambiar de vestido como su maestra la serpiente, y puso para ello á contribución árboles, plantas y flores. Es decir, se disfrazó de cien maneras distintas.

Algunos lectores, sutiles y amigos de analizar la expresión de mis pensamientos, me dirán, con razon seguramente, que Eva no tenía necesidad de disfrazarse, toda vez que hallándose sola con Adán, no había de verse en el caso de las Evas de nuestro tiempo. Esto sólo tiene una explicación lógica: debía recordarse que ya entre este matrimonio modelo andaba poniéndose asechanzas la serpiente. El ejemplo fué contagioso; aún hoy existen muchas Evas, que permiten que las conozcan todos los hombres, menos aquellos con quienes comieron la primer manzana.

Que estos primitivos disfraces dejaron algún rastro en la tierra, es cosa conocida y probada suficientemente.

Los hebreos, guardadores de la tradición del Génesis, se dieron, más de una vez, á las locuras del disfraz, é imitaron aquellos banquetes que no pudieran llamarse, por cierto, de carnes-tolendas. Los griegos fueron en esto de los disfraces tan consecuentes que cubrieron sus rostros con la hoja de parra de nuestros padres. Durante las vendimias dedicábanse á los mayores excesos con la cara pintarrugada ó cubierta de antifaces, y apuraban las henchidas ánforas danzando al són del crótalo ó de las dobles flautas que soplaban hermosas auládras.

Sabida es la gran importancia que la máscara llegó á adquirir en la antigüedad y no hay riesgo en asegurar que ella fué la precursora de nuestro teatro ensañándose de la careta de Téspis y de los teatros griegos.

No parece sino que desde la infancia del mundo sintieron los hombres la necesidad de velar lo que son ó lo que creen ser, ora tras un trozo de carton, ora tras las distinciones acomodaticias que mutuamente les diferencian.

La hoja de parra, el mandil, el quiten, el manto de púrpura, el frac, la levita: disfraces que cubren al hombre todo carne y todo vanidad, dándole, ya en lo antiguo ya en lo moderno, algo que se asimile, por su propia voluntad ó por voluntad ajena: jirones que caen sin el menor valor real, cuando se cumplen sus días y viene á desmenuzarse la muerte.

Antes de morir, el gran Saladino, emperador de los Turcos, mandó pasear su mortaja por las calles de Damasco precedida de un vocedor ó heraldo que repetía al ó de destemplados instrumentos:—¡Ved lo que resta de la magnificencia del gran Saladino! En efecto, restaron unos cuantos harapos cogidos con broches de diamantes y manchados de sangre y cieno.

Hoy vemos en nuestros bailes de máscaras á Almanzor y á Barbaroja y somos muy capaces de mesurles las barbas. Aquellos disfraces los dejó el tiempo sumidos para siempre en el gran ropavejería del pasado, como dejará otros muchos que brillan ostentosos sobre los hombros mortales de sus dueños.

II

Pero, noto que me estoy disfrazando de filósofo y uo-
narlista, y como podría acontecerme como a aquel mili-
tario que dejaba siempre el portamonedas sobre la cama
de noche, para que pagaran los amigos, vuelvo sin vacilar
a mi tema, asegurando que no tengo la mision de arreglar
el mundo ni de arrancar a la humanidad su tradicional
carena.

Nuestro romancero morisco nos recuerda que los
árabes, que hallaron acaso establecida en España la cos-
tumbre de los carnavales ó fiestas de máscaras, hubieron
de aceptarlas al cabo, aun cuando nunca les dieron la
preferencia.

Los juegos antiquísimos, que se conservan en las cam-
pañas andaluzas, traen á la memoria la saturnal greco-roma-
na, que encarnó de tal modo entre nosotros, que no pudie-
ron extirparla del todo ni las puras costumbres gólicas ni
las dominaciones musulnias. Aquí, como en todo el
occidente de Europa, hemos mostrado siempre gran afición
á taparnos la cara.

Dejando aparte los libros divertimientos de la Edad
media que trajeron las prohibiciones de 1523, y pasando
por alto aquellas mascaradas de Italia que procuramos
copiar alguna vez con menos fortuna, nos hallamos en la
época de la más refinada galantería cortesana.

Luis XIV de Francia y Felipe IV de España son los
soberanos que desde el Renacimiento acá prestaron más
decidida protección al disfraz y á la máscara.

No por esto lograron llevar á la tumba sus rostrillos de
terciopelo, y conoceros sus flaquezas, que nos hacen son-
reir maliciosamente cuando los vemos destacarse en nota-
bles lienzos ó levantarse sobre elevados pedestales.

Tras del grave y altivo semblante del primero, asoman
las picarrescas cabezas de Mine, de Montepan y de sus
otras favoritas; tras del capitollo del segundo hace mues-
cas y contorsiones una cohorte de cómicos y literatos. Si
al de Francia nos referimos, hay que pensar en aquellas
ostentosas fiestas en las que el célebre jardinero Le Nôtre
cuidaba de preparar los pabellones de jazmines y madre-
selvas, cubiertos de tal modo, que eran como trampas de
lindas ropas escalonadas en un Paraíso de luz y de flo-
res; si del segundo hablamos, vendrán á nuestra memoria
las noches del Retiro y la plaza monstruo construida
en 1637, con sus 488 fuertes y sus 7,000 lucas, que apén-
as podía contener las revolvosas mascaradas.

Sin embargo, lo que corresponde el honor de haber
organizado tan preciados regocijos públicos es á nuestro
buen rey Carlos III. Este monarca, que sabía dónde le
apretaba el zapato, levantó el anatema, que de cierto mo-
do pesaba sobre el Carnaval desde el tiempo de Felipe V,
y permitió que el dios Momo con su corte de niñas y ju-
guetonas penetrase en nuestros corrales de comedias.

Aquí comienza á diseñarse la era moderna del Carna-
val en España. Fernando VII quien en vano circunscri-
bió al reducido espacio del hogar doméstico; todo fué
en vano; la ola carnavalesca volvió á levantarse con la
regencia de María Cristina y preparó el reinado de Cape-
lina.

Estábamos en pleno siglo XIX.

Y hé aquí que ya podemos tomar del natural alguno de
esos cuadros que palpitan en nuestros días.

Desde el harapiento disfraz que se confecciona en la
casa de vecindad, hasta el brillante traje de época que ha
de servir en los aristocráticos salones, hay un abismo que
llena imaginariamente el vino y la alegría.

Por nuestras calles y plazas, pulula el hijo del pueblo,
que envuelto en un raído redingot, y calzadas las espue-
las de algun sargento de caballería cuando se lo permiten
los bandos de buen gobierno, se cree un Napoleón Bona-
parte ó un príncipe ruso. Colgada de su brazo va su es-
posa ó su querida, arrastrando la cola sembrada de es-
trellas de talco y llevando sobre la cabeza una diadema de
papel dorado.

El estruendo de la murga callejera que se situó por ca-
sualidad á la puerta de su morada, prepara su salida triun-
fal del mezquino tugurio ó su ruidosa entrada en la ta-
berna. ¡Adios penas del día de trabajo! ¡adios sombras de
la pobreza que quedan tras ellos, plegándose en los ángu-
los desconchados de la buhardilla, donde está sin colcha
ni sábana su jergon de paja!

El potentado, que se reclina en su carruaje, les es fa-
miliar, porque creen que se disfraza como ellos; ¡quién
rayará más alto aquel día, remedo de las antiguas saturnal-
es, en que pueden hablar de tú á todos aquellos caba-
lleros y dirigir atrevidas miradas á aquellas damas, que
huyen frecuentemente de la mugre de sus chaqueta!

Una máscara no se sabe cuánto puede ser, y si, como
dice el refrán popular, bajo una mala capa suele ocultarse
un buen bedebor, bajo un mal disfraz, no siempre se oculta
un pobre obrero. Hé aquí porqué la máscara callejera
es dirige un profundo saludo con su tricrismo pegado con
migajón de pan, y os pregunta si la conocéis. Es claro:
¡apénas hay en los cuentos de vieja, príncipes y generales
disfrazados como ella!

Sin embargo, las más de las veces, la máscara de la
plaza pública sufre dura pena por entregarse á estos espe-
jismos de carnestolendas.

Recuerdo que me hallaba cierta tarde de Carnaval en
la Plaza Nueva de Sevilla, donde es costumbre escalonar
los carruajes de lujo alrededor de los asientos y bajo las
palmeras que la adornan. Las hermosas del gran mundo
ostentaban allí sus gracias y sus diamantes: los diablitos,
los mascarones, los engendros del tugurio, en fin, con

templaban con ávidos ojos aquella pléyade aristocrática y
creían ver el cielo abierto.

—¡Mira cómo me miran!—decía á su acompañante un
pobre Rigoletto harapos, que se habia detenido exótico,
ante una soberbia careta.

Le miraban, es verdad; tras de sus hombres se asoma-
ba la perfumada mollera de un gomoso que hacia alatala
del colosal sombrero del arlequin para lanzar sus flechás,
á mansalva, á una beldad arrogante y ostentosa.

En tanto, el arlequin temblaba de placer bajo sus tra-
pos, creyendo haber fijado la atencion de aquél prodigio
de carne y piedras preciosas, y hacia resonar cándidamen-
te sus cascabeles.

Ascendamos en la escala. ¿Quién no baila en los pre-
sentes tiempos? Las semillas de Mabilie, traídas á España
por los vientos trasparenicos, han fructificado prodigiosa-
mente. Figuraos que nos hallamos en el teatro de la
Alhambra de Madrid y que llenan el clásico recinto los
aires populares de Bocaccio.

¡Qué multitud de hombres y de mujeres! ¡qué turbion
de murmullos y de notas! Aquel movimiento arrastra,
aquellas carcajadas aturden, aquellas luces ciegan, aquella
atmósfera oprime, desvanece y sofoca.

Durante las primeras horas de la noche todo es bello y
encantador; los rostros se ocultan bajo las caretas y las
formas se pierden en los pliegues de los capuchones; la
copa llena deja ver, al través del cristal, algo voluptuoso
como el plíncer que pasa, y las insinuantes voces del waltz
os hacen buscar ávidamente un tale esbelto y una mano
pequeña.

¡Guardaos de ese tallo y de esa mano al rayar el día!
No ocurre lo propio en los salones del gran mundo.

La careta está prosrita y sólo suele llevarse sobre el
corazon como los ramos de flores. Un baile de trajes es
un sueño retrospectivo que se desvanece casi siempre al
amanecer sin dejar la menor huella.

Yo recuerdo una de estas fiestas deliciosas, durante la
cual pasaron á mi lado, arrastrando sedas y terciopelos y
deslumbrándome con sus galas y sus brillantes, desde Sem-
míramis hasta María Stuart, desde Desdémona hasta Flo-
raña la ramilleteira.

Mis aficiones clásicas llevarónme á pedir un rigodon á
cierta Elena, cuyo Menelao hallaba entusiasmado con una
Lucrecia Borgia deliciosa, y que por esta causa nos deja-
ba charlar tranquilamente.

Vagando por aquellos encantadores salones en que la
moda y la riqueza habian reunido cuanto puede soñar el
deseo, teniendo al lado una mujer que sólo vivia, al parecer,
en la memoria de los escasos helenistas de Europa, nada
tenia de extraño el que olvidase mi traje de sacer-
dote de Júpiter y creyéndome en París le jurase que la
amaba.

¿Qué es lo que pasó entre los dos? Jamás he podido
explicármelo: ella fué mi consecuente pareja, hizome tan
sóllo dos veces *sus à vis*, y yo creí neclamente que aquel
desdichado amor podría dar asunto á otra *Ilíada*.

Pero rayó el día, buióse el postrer rigodon y Menelao
se despidió de mí tomando el brazo de Elena para volver
á su palacio. Cuando le volví á ver y quise recordarle
nuestros coloquios del baile de trajes, me dijo con encan-
tadora sencillez, haciendo resonar el varillaje de concha y
plata de su abdomen:

—Amigo mío, la Elena á que V. se refiere murió poco
después de la toma de Troya en los brazos de su esposo,
aunque no sé si lo consignó así Homero!

Sevilla 1884

BENITO MAS Y PRAT

EL HOMBRE VERDE

(Continuacion)

—Echarás esa paja á la parte de afuera, por esas ven-
tanas.

—La echaré, señor.

—Pues hasta luego, y ¡acuérdate!

—Me acordaré, señor.

El hombre verde se alejó. El jóven examinó la cuadra
que tenia dos grandes ventanas bajas que daban al campo
y en las que no habia ni maderas ni cristales. Como la
pieza no era de grandes dimensiones, ni la paja mucha,
supuso que le sobraría tiempo para hacer su tarea.

Tomó una pala y empezó á arrojar la paja por una de
las ventanas; pero ¡cuál fué su asombro cuando notó que
por cada paletada que echaba al exterior, entraban tres
por lo ménos por la otra ventana!

Suspendió su faena sobresaltado, y al mirar hacia todas
partes, como buscando la explicacion del enigma, vió una
de las más lindas figuras de mujer que pueden presentarse
de un muchacho de diez y siete años, que le miraba por
una gran claraboya practicada en la pared. Tenia la hermo-
sa un par de ojos que parecian las estrellas Vénius y Sirio
vestidas de luto, la frente nevada y un torrente de cabel-
los negros que la caian á lo largo de las mejillas.

Y lo más particular es que Currito se decía:

—Yo he visto esta cara y no me acuerdo dónde.

La encantadora vision desapareció y entónces el jóven,
recordando las cabezas clavadas en los grufios, se puso de
nuevo á trabajar; pero en balde, porque la maldita paja
que salia por una ventana, entraba con creces por la otra.
Era aquello una especie de tonel de las Danaides.

El pobre muchacho comprendió que se afanaba inútil-
mente, y como buen español y buen andaluz, se puso
á cantar y á bailar en el estilo de su tierra, dando las

palmaditas que el caso requeria; y entregado estaba á
esta diversion, cuando se abrió la puerta de la cuadra y
¿quién dirán ustedes que se presentó? pues ni más ni
ménos que la linda criatura que anteriormente le miraba,
y que sonriendo graciosamente le dijo:

—¡Pues tiene V. buen modo de trabajar!

—¡Válgame Dios, señorita!—replicó Currito.—¿quién
piensa en nada habiendo visto á V.?

—¿De dónde ha venido V.?

—¿Que de dónde le he venido? ¡Pues ahí es nada! de
España, de la propia España.

—¿Y dónde está eso?

—Pues en el mapa, carita de rosa; pero yo soy de An-
dalucía, que está junto al cielo.

—¡Andalucía! ¡Andalucía!—murmuró la incógnita co-
mo queriendo recordar.

—Un país en que hay un vino de oro líquido y sus
narrajn tan grandes como la cabeza del amo de este cas-
tillo.

—Me gustaria ir allá,—dijo la hermosa recitando, nun-
que con una ligera variante, un verso de Camprodon,—
pero si permanezco aquí más tiempo, será causa de que le
castiguen á V. Vamos á almorzar.

—Con mil amores.

—Siento mucho que esté V. tan poco adelantado en
su trabajo. Temo por su cargo.

—Si la cuelgan en el farolito el favor ¡cachito
de cielo! de volverla hacia el lado de la claraboya, en
donde ántes he visto á V.

—Está bien, venga V.

—Al fin del mundo ¡requetebonita!

Currito la siguió al comedor, se sentó á la mesa, y
cuando quiso recordar, se encontró solo. Esto le contra-
rió, pero sin quitarle por completo el apetito; así es que
hizo honor á media docena de chuletas que sin duda es-
taban destinadas á él.

Restauradas sus fuerzas con el almuerzo y recordando
siempre los garfios y las cabezas, volvió á la cuadra y se
puso á trabajar, pero tambien sin resultado: la paja conti-
nuaba saliendo y entrando por las ventanas.

El sol declinaba ya del zenit y Currito pensó con espanto
que se iba acercando la hora del regreso del castellano.
En este conflicto determinó poner piés en polvorosa.

V

Al llegar al patio del castillo, se encontró de manos á
boca con el perro ratonero, que al verle salió de un chirri-
bilit de madera, y le dijo:

—¿A dónde va V.?

—Me largo.

—Pero ¡insensato! ¿á dónde? ¿A morir de hambre, de
sed y de calor?

—No me *engañarías!*

—No, porque ese verbo no es castellano; pero le atrapa-
rán á V. y le empalarán.

—¿Y qué hacer?

—¿Quiere creer á un amigo?

—¡Amigo!—murmuró Currito un tanto humillado.

—Vuelva á la fiera, procure hacer lo que le han man-
dado y dé largas al tiempo.

A pesar de este consejo, el jóven quiso salir del casti-
llo, pero todas las puertas estaban cerradas. Volvió á la
cuadra y se encaramó á una ventana para saltar, mas des-
istió de su propósito, porque vió un foso y al lado una
empalizada que cerraban el paso.

Intentó otra vez arrojar la paja, pero en balde.

Entónces se sentó en el suelo en un rincón y se puso á
pensar en su madre y en la bella desconocida. Aquello
debió ser un conjuro inconsciente, porque ésta se presen-
tó á los pocos momentos más hermosa, si cabe, porque
traia las mangas levantadas, enseñando unos brazos ebúr-
neos.

—Poco ha trabajado V., dijo.

—Señorita, yo no puedo hinchar perros.

—Deme V. la pala.

—¿Cómo! ¿Va V.?...?

—Sí.

—¡Cá! eso no puede ser. ¿Pues qué, el hijo de mi ma-
dre ha de consentir que manjeen tan rudo utensilio estas
manecitas que parecen dos copos de nieve?

—Déjeme hacer,—replicó ella,—encantada de esta ga-
lantería de Currito.

—Por mi salud que no.

—Deme V. la pala, en seguida se la devuelvo.

El jóven, que era galante, no pudo oponerse á este ca-
pricho. Alargóle la pala, ella la tomó, describió tres circulos
en el aire y se la devolvió á Currito.

—Trabaje V. con fe.

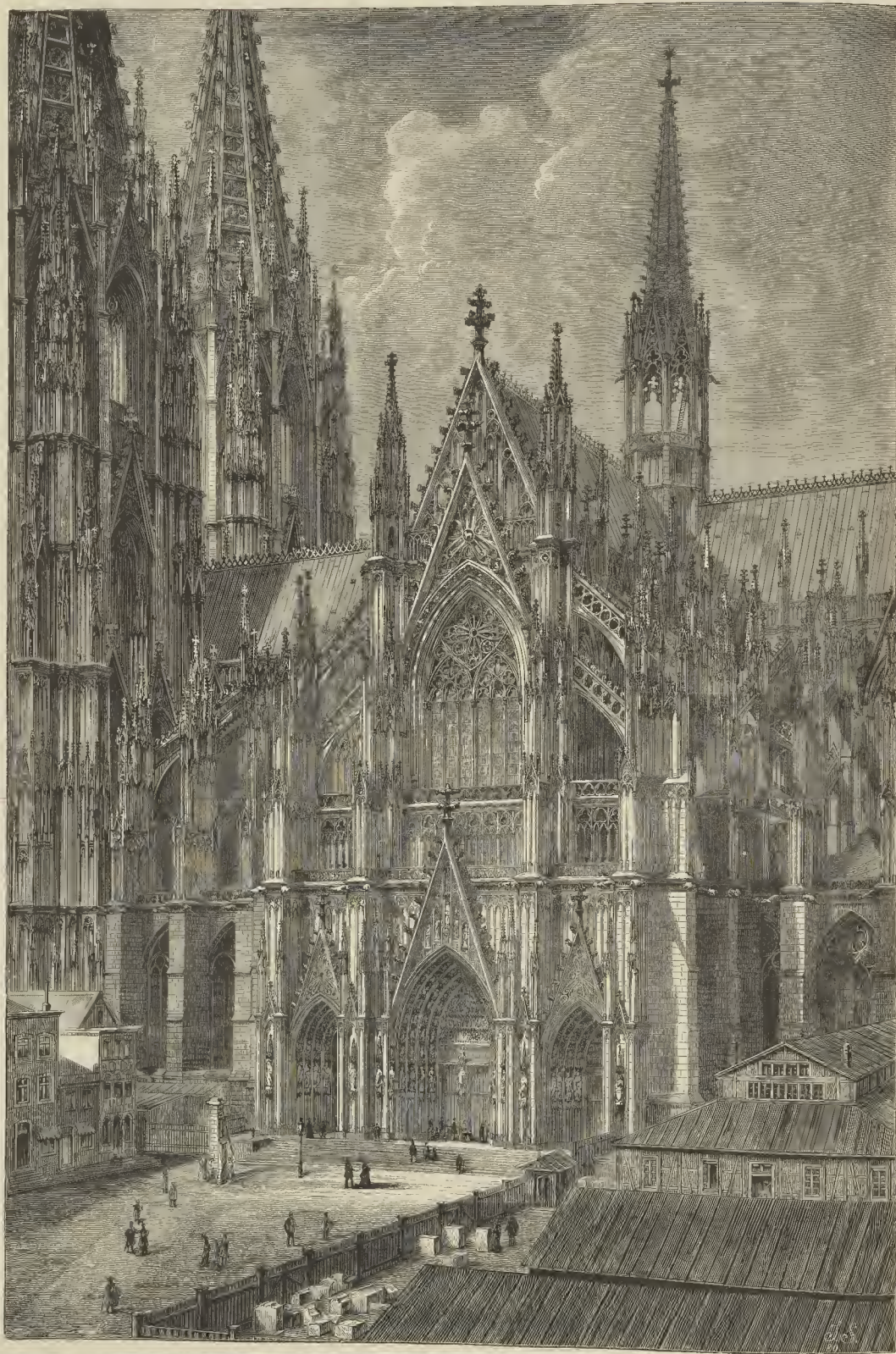
Él se puso á trabajar junto á una ventana, mientras que
ella en la otra, extendió los brazos hacia fuera; ¡coquetal
bien sabia que los tenia blancos y tornados.

El jóven lanzó un grito de júbilo, porque la paja no
entraba ya por la ventana; así es que en ménos de una
hora quedó la cuadra limpia de polvo y paja.

Acabada la tarea, fué á dejar la pala en un rincón y
cuando se volvió ¡oh, desgracia! la buena moza habia
desaparecido.

—¿Qué lástima!—exclamó—la hubiera dado cuarenta
besos.

En esto se oyó una campana que anunciaba la hora de
comer, y Currito se trasladó al comedor con un apetito
feroz. Se sentó solo á la mesa, llena de muchos y buenos
manjares, y cuando estaba en los postres, se presentó el
hombre verde, todo cubierto de polvo.



LA CATEDRAL DE COLONIA



PRISION DE RATOCZIS, cuadro por Julio Benesur

—¿Qué tal, muchacho?—
dijo.—¿has terminado tu ta-
rea?

—Señor, ¿está limpio este
mantel?

—Ya lo creo.

—Pues más limpia ha que-
dado la cuadra.

El castellano hizo un gesto
de contrariedad.

El joven se levantó de la
mesa y se puso a pasear por
el comedor, cantando la si-
guiente soledad:

Me estás poniendo con maña
Las piedras por los caminos
Para que tropiece y caiga.

—Basta de cante—exclamó
el hombre verde;—oye y en-
térate de la tarea de mañana.

—Diga usía, señor.

—Tengo una yegua salvaje
que se ha escapado y nadie la
puede coger. Mañana la bus-
carás por todos mis dominios
y la traerás a la cuadra que
hoy has limpiado.

—Bien, señor, haré lo po-
sible.

—Es que si no, te aguarda
el garfio que ya conoces.

VI

Al día siguiente, Currito,
llevando una cabezada en la
mano, salió al campo en busca
de la yegua, y no tardó en ver-
la paciendo la hierba de un
prado.

—Alazana tostada con ca-
bos blancos,—dijo el joven;—
ésta debe ser.

Y se dirigió hacia ella ocu-
lando la brida y enseñándola
el sombrero lleno de avena.
La yegua le dejó acercarse,
y cuando iba a echarla mano,
dió un bote de carnero y se
alejó de una carrera. Currito,
que no la perdía de vista, la
siguió por praderas y vericue-
tos; pero el maldito animal, si
bien no se separaba mucho,
tampoco se dejaba coger.

Currito fatigado se había
sentado en una peña cuando
vio venir á la bella descono-
cida que le avisaba para al-
morzar, pero ¡con qué pasito
venia, cielo santo! Sin apenas
desflorar la hierba con sus pie-
citos.

—Me temo, Currito,—le
dijo,—que la faena de hoy sea
aún más difícil que la de ayer.

—¿Qué importa con tal de
que yo vea esos ojos y esos
piñitos?—replicó Currito re-
quebrándola en caló.—¿Cómo
se llama V.?

—Lindalina.

—Parece un nombre de
crystal; ¡viva la gracia del nombre y de la persona que lo
lleva!

—Pienso V. en cosas serias.

—No pienso más que en ese cuerpecito. Sé que á la
corta ó á la larga me han de cortar la cabeza.

—¿Quién sabe? Por lo pronto le aconsejo que almuer-
ce y no se moleste en perseguir á la yegua: es punto mé-
nos que imposible....

—Usted cree... ¿Y si usted me ayudara?

—¿Yo?

—Esto es sin extorsion alguna, sin que se descompon-
ga ni uno solo de esos cabellos de seda.

—Ya veremos—dijo la hermosa con maligna sonrisa;—
almuerce V. y vuelva á este sitio.

Hízolo así Currito, y despues no se ocupó en alcanzar
al animal salvaje. Entró en el tiempo paseando y cantan-
do hasta que vio venir á Lindalina.

La saludó quitándose el sombrero, y ella le dijo:

—No quiero prolongar su incertidumbre de V., por-
que no obstante su buen humor, he notado que de vez
en cuando mira V. con inquietud hacia el castillo.

—Es cierto, señorita, aquel maldito garfio me escara-
baja.

—Pues bien, voy á ver si puedo ayudar á V.

Sacó del bolsillo un silbato de marfil, y así que hubo
silbado tres veces, la yegua cerril vino á escape y se paró á
su lado. Ella la asió de la crin y la puso la cabezada
que Currito llevaba á prevención.

—Ahora no tenga V. cuidado, este animal le seguirá
como un cordero.

—Y yo, si pudiera, seguiría el camino del cielo para



EL DÍA TERRIBLE, cuadro por H. Bethker

coger todas las estrellas y ponérselas á V. por pen-
dientes.

Ella se alejó sonriendo de aquel extraño ofrecimien-
to, que no tomó por lo serio: ¡como no había estado en
Andalucía!

Llevó la yegua á la cuadra, y el alegre joven se sentó á
comer muy satisfecho. Poco despues oyó cuernos de caza,
ladridos de perros, y en seguida se presentó el hombre
verde, el cual, apenas hubo bebido un vaso de vino, le
dijo á quemaropa:

—¿Y la yegua?

—En la cuadra, señor, comiéndose un pienso que da-
ría envidia á cualquiera cristiano.

El castellano hizo una mueca de disgusto. El tunante
tenia antojo por la cabeza de Currito, pero, como ya sa-
bemos, estaba sometido á un encanto que le obligaba á
ser formal en sus tratos.

—Está bien, muchacho—dijo disimulando su con-
trariedad;—veo que eres inteligente y laborioso, pero el tra-
bajo de mañana es de padre y señor mio....

—Para los tontos, señor,—interrumpió Currito con fa-
tuidad.

—Pues bueno, mañana tienes que ir á coger un nido
de oropéndolas que está en la más alta rama de un haya
que crece en medio de la isla que habrás visto á media
legua de aquí.

—La he visto, é iré.

—No encontrarás barco, ni transporte alguno, y como no
sabes nadar....

—Ya me ingeniaré.

—Tienes que traerme todos los huevos del nido, que

son quince, y si rompes siquie-
ra uno....

—Me cuelega usía del garfio;
¡vaya una novedad!

—¡No, bribon!—exclamó el
hombre verde sin poderse
contener;—no te colgare; te
haré asar hasta que estés me-
dio muerto y comere de tu
carne. ¡A acostarse!

Currito se marchó cantan-
do la consabida soledad de....

Me estás poniendo con maña ..

VII

Poco despues de romper el
día, el joven rondaba por los
alrededores del lago, buscando
inútilmente un medio ó un
sitio poco profundo para pasar
á la isla; pero hubiera sido más
fácil atravesar á pié enjuto un
océano. Andaba, pues, en der-
redor de aquella agua enemiga
como las sombras infernales
por las orillas de la laguna Es-
tigia. Primeramente soportó
esta contrariedad con resigna-
cion, porque esperaba, con
algun fundamento, el socorro
de Lindalina; pero ésta no
venia y las horas se pasaban.
Currito se iba sobresalan-
tando.

Por fin distinguió á lo lejos
un bulto que se movia.

—Ya está aquí,—pensó ex-
halando un suspiro de satis-
faccion.

Pero ¡oh sorpresa! ¡oh desen-
canto! ¿Sabén Vds. quien
venia? pues el mismísimo per-
ro de la pipa.

—¡El mastin!—murmuró el
joven consternado.

—¡Salud y prosperidad!—
dijo el ratonero saludando;—
venga V. á almorzar, ya es
hora.

—¿Almorzar? Cuando no
doy un perro chico por mi
cabeza.

—Nunca ha valido tanto.

—Cuidadito, mastin!

—¿Está V. loco? haga lo
que le manden y calle.

—La verdad es que no de-
bo creamme enemigos,—pensó
Currito.—Donde menos se
piensa salta un perro.—Y dul-
cificando la voz, repuso:—
Perdone mi vivacidad, señor
ratonero; pero hágame cargo,
me han amenazado con ser
asado vivo... ya ve V....

—Tenga ánimo, no le fal-
tan amigos y el día no se ha
acabado;—y al decir estas pa-
labras sacó la pipa del bolsillo
de la americana y se puso á
fumar; pues hay que advertir
que no necesitaba cargarla ni
encenderla.

El joven, reanimado con las palabras del perro, y para
más predisponerle á su favor, buscó una frase agradable.

—Es preciso convenir—le dijo—en que es V. un gran
fumador de pipa.

—Sigo la moda: todos los elegantes la fumamos.

Currito sintió deseos de darle un puntapié, pero se con-
tuvo.

Cuando iban á entrar en el castillo, dijo:

—Amiguito, ¿no podria V. ayudarme á buscar ese
maldito nido?

—Yo no soy perro de aguas,—respondió el ratonero
con gravedad.

Cuando despues de almorzar, Currito volvió á la orilla
del lago, sintió un estremecimiento de alegría. Lindalina
estaba allí con un sombrero de paja de Florencia y una
sombrija china.

—Oiga V.,—dijo la hermosa con trémulo acento;—me
espían, los momentos son preciosos, si nos ven juntos es-
tamos perdidos.

—¿Que me pierda yo cincuenta veces ántes que ser
causa del más mínimo disgusto que pueda nublar esos
lucientos! Oiga V., bonita, probablemente mañana ha-
rán en el castillo chuletas con mi carne; la suplico que
tome sigüera un pedacito.

—No diga majaderías. Tenga valor y déjese guiar por
mí,—y diciendo estas palabras sacó del bolsillo una varita
blanca, la puso en direccion del lago é instantáneamente
abrió un sendero verde en medio del agua azul.—Ahora

—repuso volviendo la espalda á Currito y agachándose,
—tome V. esos dedos de mis piés y con ellos podrá agar-
rarse para subir al árbol; pero tenga cuidado de no per-

der ninguno; de no, mañana me mataría su amo de V., porque él me pone todos los días los chapines.

Currito iba á formular nuevas protestas, pero ella le impuso silencio con un ademán.

El jóven se entró por el sendero, trepó al árbol y cogió todos los huevos del nido, mas en su precipitación no advirtió que había dejado caer al suelo el dedo pequeño del pié izquierdo de Lindalina. Volvió á tomar la senda, que á medida que pasaba íbase inundando de nuevo, y pronto estuvo al lado de su protectora.

—¿Y mis dedos?
—Aquí están.
—Vaya V. dándomelos.

La hermosa se fué colocando los dedos, pero como ya sabemos, faltaba uno.

—¡Cielos!—exclamó—¡me ha perdido V.! El castellano me matará.

—¡Por todos los santos de la corte celestial!—exclamó á su vez Currito azorado.—¿Tiene V. un corta-plumas?

—¿Para qué?
—Para cortarme el dedo que á V. le falta y...

—Pero ¡insensato! ¿Cómo quiere V. que me venga bien? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Morir tan jóven!

—Su padre de V. no será tan bruto.

—No es mi padre, sino mi tutor y quiere casarse conmigo.

—¡No mientras yo viva!—exclamó Currito con ímpetu.

—Pierda V. cuidado, ántes moriré.

—Pero ¿qué hacer?

—Por hoy nada. Vuelva al castillo, actéstese, mañana, ántes de ser de día, ensille la yegua que está en la cuadra y venga á buscarme á este sitio.

Abandonaremos este país para siempre.

Currito tomó una de las manos de la hermosa y la cubrió de besos.

En el castillo se repitió la escena de las noches anteriores. El hombre verde estaba desesperado de la exactitud y buena maña de Currito.

—Mañana—le dijo—ántes de irme de caza te diré lo que tienes que hacer.

—Pero que no sean fruslerías, señor. Piense usía en un trabajo serio y trascendental.

El castellano le miró con ojos de basilisco y se fué á dormir.

VIII

Mucho ántes de ser de día, el jóven ensilló la yegua, que se había vuelto mansa como un borrego, y fué á la orilla del lago, en donde ya le aguardaba Lindalina con un sombrero de viaje que era una maravilla. Montaron ambos y partieron como una flecha. Al día siguiente, á la una de la tarde, estando tomando un refrigerio en un ventorrillo, oyeron un gran ruido y vieron á lo lejos una nube de polvo.

—¡Por los doce Apóstoles!—exclamó Currito—¡estamos perdidos; el amo se aproxima con un escuadrón!

—¡A caballo!—dijo Lindalina.

Salieron á escape, pero los perseguidores iban ganando terreno.

—Meta V. la mano en la oreja derecha de la yegua—mandó la bella fugitiva.—¿Qué ha encontrado V.?

—Una rama seca.

Arrojéla por detrás de su hombro izquierdo.

Currito obedeció, y ¡cuál fué su asombro! cuando vio surgir á su espalda un bosque tan espeso é intrincado que apenas daba paso á los reptiles.

—Ahora hemos ganado un día—dijo Lindalina.—Aprovechémosle.

—¡Es V. la novena maravilla del mundo!—exclamó Currito dando un vigoroso espolazo á la yegua.

El hombre verde detenido en su camino por aquel obstáculo, mandó prender fuego á la selva; pero los arbustos eran muy nuevos y en esto no ardían. Fué preciso derribarlos á hazazos y en esto se invirtió mucho tiempo. Abierta una vía, continuó su persecución á rienda suelta.

Al día siguiente, como á las dos de la tarde, la fugitiva pareja, sin detenerse, aunque sí acortando el paso, res-



UNA CONGOJA, cuadro por C. Karger

tauraba sus fuerzas con un *rashtof*, y ántes de haber terminado volvieron á oír á su espalda el ruido siniestro, pero mucho más estrepitoso.

—Aquí están otra vez,—dijo Currito;—acabarán por alcanzarnos.

(Continuará)

NOTAS DE MI VIAJE

EN TOLEDO

Ofrece por doquiera el mundo sobrenatural del arte á los que en él viven alejados del bullicio de la tierra, mil y mil inexplicables satisfacciones que en vano trataríamos de encontrar en la realidad, y á medida que más nos identificamos con sus imágenes, penetrando en su misterioso santuario, cada vez va aumentando la intensidad de nuestras impresiones hasta llegar un momento en que todo lo que para muchos pasa inadvertido ó desechado como insignificante, es para nosotros causal *troufismo* é inagotable tesoro de goces infinitos. El denso velo que oculta á las miradas de los profanos los rasgos de mística belleza, tan al vivo reflejada en los rostros de las Virgenes del siglo xv, y que por consiguiente dejan de apreciar, no existe para nosotros que siguiendo anhelantes las débiles huellas del cincel del entallador sobre el alabastro ó el mármol, encontramos en fil latente el espíritu creador que animó aquellas pupilas bajo los entreabiertos párpados, al tiempo que dejaba impresa eternamente en los finísimos labios la ineffable sonrisa, reflejo de las almas puras. Parécenos entonces que nuestro ser confundíendose con el poderoso aliento que dió vida á la imagen, participa de aquel sereno y serenidad que la animara, estableciéndose estas misteriosas corrientes que nacen de un mismo pensamiento, de un mismo anhelo y de idénticas esperanzas. Desdichados quienes sonríen indiferentes al advertir nuestro entusiasmo, que no llegarán nunca á apreciar tales in-

timos goces, y cuando sientan su pecho herido por el inexorable azote de la desgracia, cuando vean rodar en una hora sus más caras ambiciones, resultado del trabajo de muchos años, cuando sientan desaparecer para siempre sus sueños de gloria y poderío, no tendrán refugio alguno donde acudir, ni hallarán tampoco lenitivo á sus amarguras, único fruto que produce la semilla de tantos desvarios. ¿Cómo ha de hablarles á su corazón la soledad de los claustros, el sombrío ámbito del templo, la inerte estatua, la luz de solitaria lámpara alumbrando las divinas efigies ó el incienso que asciende al cielo entre las armonías del órgano y los acentos de las piegarías? ¿Cómo tampoco han de sorprender en el reposo de la noche los tristes gemidos de las generaciones pasadas que se escuchan en el confuso montón de osamentas y polvo? Y ¿cómo por último, encontrarían la pérdida calma, vagando por los campos ó entre los hacinados escombros de las ruinas? Inútil por completo que vuelvan los ojos á estos testimonios mudos para ellos; cada vez les será más odioso su aislamiento, mayor su pesadumbre.

Tan íntima, tan profunda era mi dicha la tarde inolvidable pasada en San Juan de los Reyes, encontrábame tan bien en medio de aquel mundo de arte abismado en estos pensamientos, que á veces creía escuchar los latidos del corazón respirando ansioso en aquella atmósfera formada al calor de tantos históricos recuerdos. Poco á poco á través de las tracerías de piedra de las ojivas, bajo las sombras de doseletes y marquesinas, de los oscuros ángulos del patio, por todas partes parecíame ver surgir como confusa vision sin formas ni contornos primero, y más determinados despues, mil y mil mudos espectros cubiertos de cenicientos hábitos, otros con la régia púrpura, algunos vistiendo relucientes arneses y formando todos maravilloso conjunto imposible de expresar. Momentos ántes acababa de reconstruir con la mente todo el esplendoroso

período musulman despues de contemplados los reflejos de su arte en los muros de Santa María la Blanca y del Tránsito y entonces aquellas imágenes se unieron y juntaron con las demás, acudiendo á mi cerebro los preclaros días de Alfonso el Sabio, de Pedro el Justiciero, de don Juan II y de Enrique IV, evocando tras ellos, rodeada de los resplandores de una gloria inmortal, la gigantesca figura de Isabel I.

Entregado á mis meditaciones me olvidaba por completo del mundo exterior, parecíame sentir en torno mio el mismo espíritu de aquel siglo que liberto al pensamiento de su ominoso yugo, que tendiendo su mirada á través del inmenso Océano llevó á cabo la más grandiosa de las epopeyas humanas coronando al mismo tiempo las torres y alminares de la Alhambra con los pendones de Castilla y Aragón. Testimonio elocuentísimo de aquel poderoso aliento que influyó en todas las esferas y del singular auge que alcanzaron nuestras artes, es el monumento que contemplaba levantado para conmemorar la victoria obtenida en los campos de Toro sobre los portugueses defensores de los derechos de doña Juana la Beltraneja. El desastre de Aljubarrota era vengado con creces por el valor castellano en esta jornada y la piedad de la Reina Católica manifestábase al Altísimo criándole un templo que acreditase para siempre su profundo agradecimiento.

Motivo de gran júbilo fué para la imperial Toledo el triunfo de sus monarcas, viniendo á aumentar la alegría y regocijo de todos los pechos, la fausta nueva de la llegada de los reyes victoriosos que venían á dar gracias al Señor de los ejércitos por la felicísima terminación de aquella lucha, que aseguraba para siempre la corona de Castilla en las sienas de su excelsa soberana.

Toledo desplegó con tal motivo toda la pompa é inusitado lujo que le sugería su fervido entusiasmo y las casas y palacios de sus magnates ostentaban los más ricos ornatos, así como las filigranadas tracerías de las monumentalmente portadas de iglesias y conventos hallábanse casi oculta

por los terciopelos franjados de oro y los damascos de mil colores. Por todas partes brillaban las notas de las alfarcas de la India y sobre el fondo claro de las telas de sarsafán y los brocados moncos con sus elegantes axamcas resaltaban los enormes escudos de pizarra orlados de pomposos lambréquines.

Por las puertas de la ciudad derramábase hasta la llanura inmensa muchedumbre, más alegre aún por gozar en aquel día último del mes de enero de 1476, de la temperatura tan apacible como des acostumbrada que producía el sol espléndido alumbrando á la sazón á la regocijada ciudad.

Sería sorprendente espectáculo el producido por la multitud con sus abigarrados trajes en que se mezclaban y confundían los de los menestrales cristianos con los de los judíos, mudiejares y conversos, las mujeres del pueblo, con los hábitos de los religiosos, los soldados con relucientes cotas y empenachados bacinetes, con los pajecillos que apartaban las gentes para dejar paso á algun rico-hombre cabalgando en brioso corcel, cubierto de ricas gualdrapas, con infinitos borlones de roja selería, mientras que por otro lado heraldos y maceros precedían el Regimiento de próceres toledanos representantes de la ciudad, con sus blasonados pendones enhiestos sobre las picas y lanzas de las milicias, bizarramente ataviadas. Llegaron los monarcas hasta las puertas de las murallas seguidos de los más poderosos magnates vencedores en Toro y en Zamora, rodeados por la multitud que se agolpaba á su paso vitoreándoles y aclamándoles con extraordinario entusiasmo. Los gritos arrancados de todos los leales pechos, la alegría pintada en los rostros, el vertiginoso movimiento de tantos seres pugnando por acercarse á la régia comitiva, el bello y estruendoso ruido de las trompetas, las reverberaciones del sol sobre los bruidos arneses, los penachos de los yelmos y de los testuces de los caballos ondeando incesantemente, el brillo de los brocados y los mil acordados instrumentos que celebraban la fausta victoria y la régia entrada; producirían á no dudarlo, uno de esos maravillosos cuadros que tan frecuentemente nos ofrece la Edad media con sus triunfos, sus glorias, sus héroes y sus grandezas.

Habíase dispuesto para solemnizar este acontecimiento numerosas cuadrillas de *danzadoras y cantaderas* (1) que en presencia de los reyes lucieron su destreza y habilidad, mientras que la multitud alborozada repetía aquel cantar con que fué saludado Fernando V al pisar el suelo castellano.

Flores de Aragón
Dentro en Castilla son:

(1) A. de los Ríos, Monumentos arquitectónicos de España.



EL POPULAR COMPOSITOR C. LECOQ

Y los niños, dice un escritor coetáneo (2) narrando aquel suceso, tomaban pendoncitos y caballeros en canas jineteando decían: «¡Pendon de Aragón! ¡Pendon de Aragón!»

Así entraron los Católicos monarcas por la famosa puerta de Visagra saludados por las descargas de los espingarderos, que oscurecían el cielo con las nubes del humo de la pólvora, llegando hasta la plaza de Zoocodover y de allí por las Cuatro Calles hasta la soberbia basílica donde eran recibidos por el Arzobispo, Dignidades y toda la clerecía que les acompañaron hasta el altar mayor, donde con profundo recogimiento dieron gracias al Altísimo por las mercedes recibidas, volviendo á aposentarse al alcázar.

Dos días andados, el 2 de febrero, otro grandioso espectáculo estaba reservado para los moradores de Toledo. Los Reyes Católicos acordaron ir á depositar ante la tumba de don Juan I, vencido por los portugueses, las riquísimas preseas hechas en la jornada de Toro, en que según el decir del escritor coetáneo arriba citado «ovieron

(2) Andrés Bernaldez. Crónica de los Reyes Católicos. Tom. 1.º cap. VII.

gran despojo e presa el rey don Fernando é los suyos de caballos e armas e prisioneros e oro e plata e ropa y otras muchas cosas» (3). De este modo vindicando la memoria del desastre primero, parecían llevar la paz á aquel sepulcro, donde acaso se escucharian en el silencio de la noche gemidos de dolor recordando á Aljubarrota.

A hora próximamente de las nueve, acompañados de la misma pompa y ostentación que en él se entró, dirigiéronse todos á la Catedral, en medio de un numerosísimo concurso que se agolpaba á las calles del tránsito. «Vestían ambos magníficos trajes: ostentaba en especial la Reina un suntuoso brial de brocado blanco, salpicado de castillos y leones de oro, y pendía de su cuello un rico aderezo de hermosas piedras balajes brillando la del centro por su extrema magnitud, á que añadía no poca esuma la creencia de haber pertenecido al rey Salomon, según parecia revelar una leyenda que la rodeaba. Una corona de oro sembrada de piedras preciosas ceñía su frente, cayendo sobre sus hombros vistoso manto de armines que recogían tras ella dos gallardos paños en cuyo pecho lucían las armas de Castilla.» (4)

Después de los trompeteros que abrían la comitiva, iban enhiestas las banderas reales y las de los magnates que asistieron á la batalla de Toro, después el árnés del alférez Duarte de Almeida á quien el intrépido Pedro Vaca consiguió arrebatarlo, no sin que aquel lo defendiese después de perdido el brazo derecho, con el izquierdo, y cuando le faltaron ambas manos asióle con los dientes apretadamente hasta extinguirse su vida (5). Tras dicha armadura las banderas portuguesas inclinadas hacia el suelo. Una vez ante el sepulcro de don Juan I, hecha oración, quedaron allí depositadas las banderas y armadura, en la llamada hoy capilla de los Reyes Nuevos, donde todavía puede verse el embohecado arnés pendiente de la bóveda.

Todo este cúmulo de gloriosas fechas, prósperos sucesos é inmortales nombres tienen forzosamente que acudir á la cabeza de quienes por vez primera recorren los desiertos claustros, los abandonados aposentos y aquel maravilloso templo hoy desmantelado y triste. Consecuencia de un voto ofrecido á la Divinidad fué la erección de esta singular fábrica, bastante ella de por sí para expresar el espíritu religioso de aquella centuria y el adelanto en todas las esferas del arte que entonces recibieron sobrenatural impulso.

JOSÉ GESTOSO Y PEREZ

(Continuará)

(3) A. Bernaldez, Ibid.

(4) Amador de los Ríos: Monografía de San Juan de los Reyes arriba citada.

(5) Lafuente. Hist. de España.



Cachorros de pantera del Jardín zoológico de Dusseldorf criados por una gata

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

←BARCELONA 25 DE FEBRERO DE 1884→

Núm. 113

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL TENTADOR, cuadro por J. E. Gaiser

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL FANTASMA ROJO, por doña Carolina Coronado.—GAYARRÉ EN PARÍS.—REMEDIOS: por don Angel R. Chaves.—EL HOMBRE VERDE (conclusion), por don F. Moreno Godino.—NOTAS DE MI VIAJE (conclusion), por don José Gestoso y Perez.

GRABADOS.—EL TENTADOR, cuadro por J. E. Geiser.—ALEJANDRO DUMAS (padre).—ALEJANDRO DUMAS (hijo).—SILLA DE LA CORONACION, ESPADA Y ESCUDO DE EDUARDO III EN LA ABADIA DE WESTMINSTER.—RUINAS DE LA ABADIA DE WHITBY.—UN SOLDADO PER DIOS... cuadro por Herald Friedrich.—SUMENTO ARTÍSTICO: MUJERES ROMANAS.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

¿En qué consiste que las fiestas, siendo constantemente las mismas, parezcan a los hombres completamente diversas? ¿En qué consiste que sucediéndose unas a otras con periódica monotonía y coincidiendo con los mismos días y horas, ya les parece a unos que tardan en llegar, ya imaginan otros que atropelladamente todas concurren y se juntan?... Es que en ellas cada uno pone el estado de su alma, ya las alegrías de la juventud, ya los desengaños de la vejez.

El carnaval se acerca; Cuasimodo ha salido de su tumba y agita en su diestra el fisco erizado de cascabeles, frutos dorados, dentro de cuya cáscara resonante tiene su domicilio la alegría.

La careta con su sonrisa de carton, con sus ojos vacíos, invita a nuestra cara a cubrirse y a disfrazar a su amparo la voz y los sentimientos.

El domo, hábito del júbilo, cogolla de la risa, hoga de la raza humana, sale del armario, desarraiga sus pliegues de seda, y colgado de los brazos inmóviles de un maniquí, aguarda al hombre como diciéndole:

—Yo soy la tónica de Nesso; si una vez dejas que mis paños flotantes toquen tu cuerpo, sentirás en él los besos de las pasiones. El Dios del amor me solicita para que encierru tus audacias. Debajo de mí misteriosa envoltura se han escondido coramas de héroes que iban a una zambra a buscar la venganza, y delicados cuerpos femeninos en cuya cintura se enroscaba la serpiente: de la voluptuosidad.

Detrás de la careta parece hervir la risa; los ojos abiertos en el carton son como troneras por las cuales nos acecha una caterva de diablillos juguetones, que escriben pequeñas lanzas, agudas como agujas, envuencadas las puntas en el dulce veneno de la embriaguez.

Las caretas pueden ser el asunto de un estudio social; porque a fuerza de querer disfrazar a quien las lleva, muestran el fondo de su alma. Ved el antifaz de raso, ved su brevedad y su brillo, ved cómo se posa sobre un rostro hechicero, como una mariposa negra sobre una uagnolia. Oculta y enseña; es un pretexto para que la imaginación reconstruya con lo que se ve lo que no se ve... Advertid cómo el antifaz deja al descubierto los ojos, que son el arma del combate; los labios, señuelo del beso.

El domo tiene su leyenda de amor y de odio. Sobre el espaldar de un jardín, inmediato al palacio de mármol, por cuyos rasgados balcones salen torrentes de luz y olas de armonía, el domo, doblado, y abandonado sobre un banco, habla de un duelo que allí cerca debe estar efectuando, y mientras una bella dama, asomada a una ventana, con rostro que palidece tras el carmin y los efectos del disfraz, presta atención a los rumores de la noche, al vibrar de los aceros que lejos, muy lejos suenan... la luna, levantándose gruidosa y ensengentada, parece una hostia con que ha conulgado el amor de todos los hombres y que han ensangrentado sus odios... Hé aquí que vuelven los duelistas y mientras allá abajo, con un bosquecillo de bojés, queda tendido el cadáver de Pierrot, vuelve el domo a cubrir unos brazos que tiemblan con los estremecimientos de la ira... y los sobrevivientes del lance vuelven al palacio, sin que el crimen que han cometido desluza el brillo de las cornucopias erizadas de labor churriguesca, y de velas que se queman como un perfume.

¡Ah!... los modernos han acabado con estas febriles alegrías, con estas violentas pasiones; han quitado al amor lo que tenía de poético y de medroso, sus besos a la luz de la luna, sus duelos en los bosquecillos de bojés...

El discurso del Sr. Cánovas del Castillo en el Ateneo de Madrid ha sido y es campo donde se levantan amigos y adversos comentaristas como flores de distintos matices en campo fecundo. ¡Felices nosotros que podemos prescindir de pasiones políticas que nunca han mordido nuestro corazón ni enturbiado nuestro cerebro, y hoy nos es dable examinar el discurso del Presidente del Ateneo sin ver en sus líneas las huellas que ha dejado en la obra la mano del Presidente de Ministros! ¡Venturosos palenque este de la *Ilustración Artística* donde contienen todas las ideas y lizan todos los mantenedores con tal de que traigan en su escudo por leyenda, el ingenio ó la ciencia! Porque esta anchurosa condiccion de las columnas en que escribo, me deja elogiar sin tasa ni medida el discurso del Sr. Cánovas, historia del Ateneo, y galería biográfica de sus hombres ilustres.

El Rey, presentándose en el Ateneo como «un socio más», dejando a la puerta las aparatosas solemnidades de

la monarquía para ser uno de tantos soldados en aquel ejército de pensadores y artistas, constituye una página de la Historia de España que no la escribirá, no, el cronista con la misma tinta con que describió el motin de Aranjuez y la fundacion de la escuela de tauromaquia de Sevilla.

Paz... Trabajo... Estos son los dos remeros que empujan hoy a España... Si guía el genio la caña del timon... ¿no ha de ser feliz la arribada?

**

La terrible pero necesaria contribucion de la sangre ha pedido a 45,000 madres sus hijos. Los cantares de despedida de estos nuevos soldados alegran y entristecen al mismo tiempo las calles de todos los lugares de España.

Siempre será popular la campaña contra las quintas. En vano razonará el estadista la necesidad de los ejércitos permanentes, en vano explicará el necesario ministerio de las armas: cuando haya agotado sus argumentos, de la última fila de revolucionarios saldrá un grito de «¡Abajo las quintas!» y con él votarán los corazones de todas las madres.

En las canciones del quinto que se despiden de su pueblo, hay más estro poético que en centenares de tomos de académicas poesías. Esta poesía que anda por las calles, que acompaña a la interjecion y al grito de guerra, que estalla sobre las cabezas de las multitudes alejadas por el ansia de independencia, que suspira en la reja, que llora en el calabozo, ya se llame jota, malagueña, seguidilla ó zortico, es algo que no cabe en las estrechas reglas de la retórica, algo como un licor hirviente y espumoso que se escapa del vaso que lo encierra, y se derrama fuera del recinto trazado por la crítica sábia, fuera de los moldes creados para todos los metros de la poética, fuera del mismo idioma si no encuentran en él la frase que se acomode con la idea.

**

Esto me trae como de la mano a dar cuenta del notable desarrollo que van adquiriendo las sociedades del *Folk Lore* español. Su objeto es reunir las canciones y dichos populares, los rasgos de ingenio y frases felices de ese autor inédito llamado pueblo que imprime sus obras, no en páginas tipográficas, sino en la conciencia nacional.

El pueblo, a pesar del genio que palpita en sus leyendas, del candor primaveral de sus cuentos infantiles, de la honda ternura de sus endechas de amor, del instinto dramático de sus romances y epopeyas de ciego, se encontraba en España hasta ahora en la misma situacion que el bisoño poeta que llega de provincias con un sombrero viejo en la cabeza y una resma de poemas en la sombrero, que inútilmente llama a las puertas de todos los editores pidiéndoles por Dios que le hagan célebre.

El *Folk Lore* español se ha decidido a ser el editor del pueblo. No ha habido nunca autor que dé por menos dinero obras que valgan más.

**

Además de varias obras de poca importancia estrenadas en los teatros de Madrid, ha habido dos estrenos interesantes bajo el punto de vista literario: el del drama del Sr. Pleguezuelo «Mártes ó Delincuentes» en la Zarzuela y el casi-proverbio de Echegaray «Piensa mal y acertará?» en el Español.

Un éxito muy brillante saludó con aplausos la obra del Sr. Pleguezuelo, que aparece ya como autor dramático de primera fuerza, y sin embargo, a la tercera noche el empresario tuvo que retirarla del cartel porque el público no acudia a llenar las localidades. ¿En qué consiste esto?... Ganas me dan de traer a cuento y copiar entre comillas el prólogo aquel memorable que Goethe escribió a la cabeza de su genial poema. Ahora como en aquella página el empresario le pide al poeta algo que atraiga a las muchedumbres, algo que anime la desierta sala, grandiosas insinuciones que sorprendan por su novedad.

La dramática española parece encerrada en dos círculos: en uno, formado con las ruinas de la literatura clásica, manotean y accionan los personajes de los dramas góticos, los galanes embutidos en corazas, las damas engullidas, con sus dueñas y pajes alrededor; en otro gritan y blasfeman los personajes del neo-romanticismo. O el drama sembrado de descripciones de batallas con el indispensable sacrificio del escudero que hace una empresa heroica, ó el drama del adulterio lleno de protestas contra la ley que no permite que los matrimonios se deshagan como quien deshace un barquillo. Unase a esto la falta de buenas compañías dramáticas y se explicará el alejamiento del público.

La obra de Echegaray es un milagro que consiste en hacer una comedia sin actores. En los teatros-cafés, un exiguo escenarío y un personal aún más exiguo obligan a los directores de escena a suprimir personajes en los dramas que tienen muchos. Esto ha tenido que hacer Echegaray. Dentro de poco el dramaturgo escribirá en el reparto de sus obras:

«Don Nuño.—Primer galan... si lo hay.»

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL TENTADOR, cuadro por J. E. Geiser

Líhense Tenorios ó Maranas, pímetres ó pisaverdes, calaveras ó enamorados, pollos ó gomosos, el caso es que en todos tiempos y en todas partes ha habido, hay y habrá tentadores de la honestidad de las doncellas, que no respetan ni aun los sitios más sagrados. Hasta a la puerta del templo, en el momento en que la piadosa jóven deposita su óbolo en el cepillo de los pobres, se acerca el tentador a ella, deslizando en su oído ambiradas frases que hacen latir con fuerza su inexperto corazón. ¡Mucho cuidado, doncellas inocentes! Las insinuaciones de estos enamorados de profesion, que tan dulces y melódicas os parecen, suelen tener fatales consecuencias, aunque sólo sea porque el amor que leáis en sus ojos desaparece una vez satisfecho, dejando en su lugar la indiferencia y el olvido, cuando no la deshonra.

El distinguido artista augsburgués J. E. Geiser se ha inspirado en este asunto para trazar el cuadro de que es copia nuestro grabado, el cual ha llamado la atencion por el vigor del colorido, la propiedad en los trazos y accesorios y la naturalidad y expresion de las figuras.

ALEJANDRO DUMAS (padre)

En el primer tercio de este siglo, llegaba á París un jóven de tez pronunciadamente cobriza, de cabello extremadamente rizado, de labios gruesos, nariz vulgar, ojos pequeños y penetrantes, cabeza ligera y bolsillo más ligero que la cabeza. Llevaba una carta de recomendacion nada menos que para un general, carta sobre la cual habia levantado en el aire ¿qué es un castillo?... un palacio completo. Desgraciadamente para nuestro jóven, el general (que le abrió magnánimamente sus brazos) no podia compartir con él ni un dinero de que nuestro recién llegado.

Perdido el jóven en la inmensidad de París, fué sucesivamente amanuense de notario, aspirante á poeta, autor dramático silbado, cuanto se puede ser en una Babilonia como París, sin ser real y positivamente cosa alguna.

Transcurrieron luego nada menos que cincuenta años, y el jóven forastero habió sucesivamente la capital de Francia como un príncipe indiano y como un amigo pegote; recorrió la Europa, unas veces como el orgulloso triunfador sus dominios, otras veces como el banqueroero la tierra de que se fuga; sentado en el trono de la opinion pública en unas ocasiones, y en otras ocasiones viviendo en la burguesía de un rey que ha abdicado voluntariamente; académico por derecho conquistado y fondista por inclinacion; su vida dió mucho que decir y su muerte dió más que lamentar.

Recientemente la villa de París le ha erigido una estatua.

Primeramente se la habian erigido los lectores de *Catalina Hovart* y de los *Tres Mosqueteros*.

El jóven desconocido hace medio siglo, se llamó y se llamará en la historia de la literatura contemporánea: Alejandro Dumas (padre).

ALEJANDRO DUMAS (hijo)

Heredero de un gran nombre, ya que no lo fué (debiéndolo haber sido) de una gran fortuna; moreno, no tanto como su padre; de ensortijado cabello, ancha la frente, penetrante al par de dulce la mirada, denotando firmeza el semblante, distincion el porte, superioridad el todo; un jóven escritor, confundido ayer entre la turba de superficiales folletinistas parisienses, provoca en un momento dado una tempestad de aplausos; y mientras la crítica discute la conveniencia de su obra, el público devora sin tregua y en breve tiempo, treinta ó más ediciones de *la Dama de las Camelias*. Más dado á rebuscarse en el fango dorado del *demi-monde* que en el amarillol polvo de los archivos, exhibe á los ojos atónitos de una generacion educada en la escuela romántica, toda una galería de *costumbres sentimentales* y de *entretenidas sin corazon*, é introduce en el *hondir* de la honesta dama una sociedad que, tirando un día los encajes y el fraque con que cubre su repugnante desnudez, aparecerá, sin que el introductor haya podido sospecharlo, bajo la asquerosa forma de los héroes de Emilio Zola.

Blandió su padre la espada de Artañan; él maneja el escapollo de Orfila; gustaba aquél del hierro que chocha, prefiere éste la seda que cruje; se hallaba aquél como en su casa en los salones del viejo Louvre y de las ostentosas Tullerías; éste gusta preferentemente de la visita de la *Opera* y del *Bosque*; y en lugar de inspirarse, como aquél, apurando una botella de *champagne* en la copa en que lo bebió Richelieu, estudia las costumbres de ciertas gentes, observando cómo el *champagne* se vierte encima de un costoso traje ó de una tupida alfombra, pisada por el diminuto pié de ciertas damas.

Ése jóven que, por desgracia suya ya no lo es, se llama Alejandro Dumas (hijo).

Silla de la coronacion, espada y escudo de Eduardo III en la abadía de Westminster

Cuando *Westminster-Abby* no fuese digna de ser visitada como uno de los primeros monumentos arquitectónicos de Europa, aun á los ojos del historiador tiene un valor inapreciable por conservarse en ella los restos de muchos soberanos de Inglaterra y preciosos recuerdos de varios de ellos. Allí son de ver, por ejemplo, los objetos que representa nuestro grabado, pertenecientes á Eduardo III, fundador de la orden de la Jarrietaria é introductor en su reino del utilísimo servicio de correos.

RUINAS DE LA ABADIA DE WHITBY

En las pintorescas costas inglesas del mar del Norte, allí donde el río Esk, deslizándose al través de los tranquilos valles poblados de bosque del condado de York, vierte sus aguas en el Océano, descuellan aún las ruinas de un soberbio monasterio fundado por la princesa Hilda a mediados del siglo VII, y destruido dos centurias después por una invasión de los daneses, quedando sólo en pie la iglesia y la torre central, la cual subsistió hasta 1379, en cuyo año se derrumbó a su vez cayendo dentro del edificio. Hoy sólo existen el ábside y el coro con algunos lienzos de los muros laterales, los cuales bastan para dar una idea de la gallarda estructura del edificio, de estilo genuinamente inglés primitivo, severo, imponente, y adecuado para el objeto á que aquel se destinaba; siendo cosa de extrañar que los ingleses, tan cuidadosos en conservar los monumentos antiguos, no hayan tratado de evitar que la abadía de Whitby se fuera derrumbando piedra por piedra, á pesar de la fama que como obra de arte ha tenido en todos tiempos.

UN SOLDADO PERDIDO... cuadro por H. Friedrich

Los que dicen que nuestra España es el país de los mendigos, no han visitado, seguramente, la Italia. ¿Queréis la prueba? La tenéis á mano.

Ningún país exporta sino aquello que le sobra. Pues bien; pedid en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia mismo, un mendigo español, y si no os lo mystifican, os quedareis sin mendigo. En cambio, dirigios al país de Europa que os plazca, España inclusive, y en todos hallareis al original de nuestro grabado, muchacho grandullón, aprendiz de gaita, poseedor de una cabeza semi-artística, que toca mal, baila peor y canta horriblemente; sin perjuicio de abusar de una manera intolerable del derecho de aburrir al prójimo ejercitando alternativamente su voz, sus pies ó su instrumento.

El autor de nuestro cuadro ha estado en el felicísimo: su mendigo es *inconfundible* más que la reproducción de un hombre, es la encarnación de un tipo.

Cuando se quiere hacer el elogio de un retrato, se dice por lo común:—está hablando...—Nuestro mendigo habla, baila, pide, sufre y goza á un tiempo mismo; y siempre es el transtenerino, es decir, la hermosa estatua antigua, mutilada por el tiempo y cubierta por una costra de barro de la decadencia.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MUJERES ROMANAS

Si hubo un tiempo en que las mujeres romanas contrubuyeron poderosamente al engrandecimiento de la señoría del mundo; si Augusto debió gran parte de su celebridad á la prudencia de su esposa y los Gracos sus virtudes á la educación que recibieron de su madre; otro tiempo vino en que, decadidas las antiguas costumbres, afirmado el Lacio, y el Capitolio á disposición del más osado; las sucesoras de Lucrecia perdieron el honrado concepto del hogar, transcurrieron sus horas en ridículas distracciones, y dieron con su reputación en ridículas distracciones, y dieron con los caminos, inclinando al lascivo transeúnte á caer en la tentación de arrojár una moneda en la fuente metálica, donde se recogía el precio del pudor de las degeneradas matronas romanas.

Una de esas escenas de voluptuosa decadencia representa el cuadro que hoy reproducimos, notable no tan sólo bajo el concepto plástico, sino por el profundo estudio que revela de las costumbres que representa.

El pintor Luna, á quien se debe este lienzo, concebido con intención y ejecutado con facilidad, ha perfeccionado en Roma sus estudios, pensionado por las Islas Filipinas; distinción que ha justificado, entre otras producciones de su talento, con la *Muerte de Cleopatra*, cuadro premiado con segunda medalla en la exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1881.

Luna es un pintor en toda la acepción de la palabra. Su talento se manifiesta no en frías reproducciones de la naturaleza ó en reducciones de modelos más ó menos artísticamente dispuestos. Sus asuntos revelan por sí solos el talento del autor. Filipinas debe estar satisfecha de la protección que ha dispensado al artista; la posteridad justificará apenas pronuncia el nombre de Horacio sin que asome á sus labios el de Mecenas.

EL FANTASMA ROJO

Á EMILIO CASTELAR

¿Lo oíste, Castelar? Dicen los magos Que esas luces del cielo tan extrañas Que se aparecen cual sangrientos lagos, Son de un mundo que ha muerto las entrañas.

¿Lo sabe Campano? El que decía, Antes que esa fantasma apareciera, Que del astro ignorado que moría Los átonos rodaban por la esfera.

¿Lo sabe el pueblo ya? Tú, que adivinas Lo que escondido pasa en su conciencia, Como del hombre dice en las nebulinas Penetra del astrónomo la ciencia.

Tú, que vives por él, por él te afanas, Por él combates y por él te humillas, ¿Sabes de aquellas luces sobrehumanas Lo que piensan las gentes más sencillas?

¿Son el hambre? ¿La guerra? ¿El terremoto? ¿Fuego? ¿Diluvio? ¿El fin de nuestra tierra? ¿Cuál es lo sabido! el porvenir ignoto Que ese esplendente logogrifo encierra?

¿Es el gérmen tal vez de los amores De la tierra feraz y el sol fecundo, Que en vacueto en esos vagues resplandores Engendro habrá de ser de un nuevo mundo?

¿O será ese fantasma llama ardiente, Que ha de caer sobre la raza impía Para enseñar a la malvada gente Lo que á Sodoma le causó aquel día?

¿O tal vez es vapor de sangre humana Que en Europa y América vertida Otro diluvio nos traerá mañana Para lavar la tierra maldiceada?

Tú lo debes saber; tú y los que niegan Lo que el pueblo creey, y hoy ya combate. Tú y los que en mar sin límites navegan De hirvientes olas entre el rudo embate

Tú, y los que sondan la extensión del cielo Descubriendo en el sol hierro y ceniza; Tú, y los que buscan con ansioso anhelo La ciencia que los dogmas pulveriza.

¿No habéis pasado insólita velada Sobre los libros de escritura roja, Desde aquella de Adán tan comentada Toda la historia eterna, hoja por hoja?

¿No bajasteis á egipcio mausoleo Arrancando á las momias el sudario? ¿No pisasteis de Roma en el trofeo? ¿No cavasteis de Troya en el osario?

¿No tenéis por el aire en hebras miles Y en las marinas ondas enroscados Prodigious médicos reptiles Que escriben vuestros signos acordados?

¿No tocáis con eléctrico resorte En el antro infernal de los abismos, Y desde el Sur hasta el confín del Norte Llamáis y os respondéis vosotros mismos?

¿No tenéis un cristal que lleva á Marte La luz de vuestra mágica pupila, Y espejos de metal, por cuyo arte De la luna estampáis la faz tranquila?

Pues hablad, responded, alzad los ojos; Decid qué quiere esa vision extraña; Si es risa celestial ó son enojos, Cuál su destino es, quién la acompaña.

No vengáis á turbar nuestras ciencias Si no sabéis lo que nos dice el cielo; Si á entenderlo no alentan vuestras ciencias Dejados en la fe, nuestro consuelo.

¿Quién sabe si en la inmensa contextura De planetas y soles ignorados, De creaciones y seres increados, La ciencia no es la ciencia, es la locura?...

Tal vez penetre más en los arcanos Del infinito á alma inmaculada, Que el razonar de cálculos humanos Para encontrar en la razón la nada.

O luz ó fe; ó dioses ó mortales; O penetrad en la morada eterna Y explicad sus misterios celestiales, O dejad gobernar á quien gobierna.

¡Flammarioni! Donde su ciencia acaba Empiece vuestra fe; si es un castigo, Lumbre, hielo, ceniza, piedra ó lava, Al fantasma temed y orad conmigo!

CAROLINA CORONADO

Paño d' Arcas, 1.º de enero de 1884

GAYARRE EN PARIS

La prensa parisiense y en particular la dedicada á la crítica teatral se ocupa estos días del debut del célebre tenor español en el Teatro Italiano, dedicándole frases tan entusiastas, elogios tan lisonjeros, que fácilmente podrían considerarlos como hiperbólicos cuantas personas no han tenido todavía el placer de oírle. Y en efecto, Gayarre, lo mismo en París que en cuantas capitales se ha presentado, ha correspondido con creces á la fama de que iba precedido; se ha apoderado del ánimo del público desde las primeras notas y arrancado frenéticos aplausos áun á los que con más prevención acudían á escucharle.

Prolija tarea sería la de trasladar á nuestras columnas los juicios emitidos por los diferentes críticos parisienses, por más que todos ellos estén unánimes en encomiar el mérito de nuestro distinguido compatriota; razon por la cual preferimos reproducir el artículo que en el *Figaro* le dedica uno de los más competentes y en el cual se ocupa de Gayarre no sólo como aventajado artista, sino como distinguido caballero y excelente hijo.

Hacia mucho tiempo, dice el *Figaro*, que se aguardaba el debut del célebre cantante, de quien se habian ocupado mil veces con elogio los periódicos extranjeros. Mucho tiempo hacía que siempre que se hablaba de cualquier tenor cuya voz extasiaba al público, había alguien que exclamaba: «Todo eso es nada en comparación de Gayarre.

¡Ah, si oyeráis á Gayarre! El que no le haya oído, no ha oído nada!»

El mundo entero, tanto el antiguo como el nuevo, conocía al célebre tenor; el mundo entero le había aplaudido y festejado; únicamente Paris no habia tenido aún ocasión de apreciar su talento. Hubo un momento en que alimentó esta esperanza: cuando M. Vaucorbell se encargó de la dirección de la Opera; dícese que Ambrosio Thomas exigió entonces que se ajustase á Gayarre para crear el papel de Paolo en su *Francisca de Rimini*. Mediaron efectivamente tratos entre el artista y la nueva dirección, pero no se pudo llegar á un acuerdo, y Gayarre se nos escapó una vez más. Para mitigar la amargura de esta decepción, algunos *diletanti* furibundos hicieron adrede un viaje á Madrid donde el gran tenor descollaba en primer término. Por fin, lo que no pudo hacer la Opera, lo han hecho los Sres. Maurel y Corti, empresarios del Teatro Italiano. La brillante revelación del artista de quien todo Paris se hará lenguas mañana, y á quien todo Paris querrá ir á aplaudir, figurará, juntamente con la representación de *Herodías*, en el activo de la dirección italiana, y si los abonados se quejan todavía, bien puede decirse que son muy difíciles de contentar.

Gayarre tiene tres papeles favoritos en los cuales brilla con más vivo fulgor que en los otros; Fernando de *La Favorita*; Vasco de Gama de *La Africana* y *Lohengrin*. Por desgracia, las dos primeras partituras sólo pueden cantarse en nuestra Academia Nacional de música, y por el momento es imposible presentar la última con el aparato que requiere en el teatro de la plaza del Chatelet. Por esto ha habido que contentarse con *Lucrécia*.

La salida de Genaro, en el primer acto, ha producido en el público uno de esos grandes movimientos que sólo se observan en las grandes circunstancias. Por seguro que estuviera Gayarre de sí mismo, por acostumbrado que esté á los triunfos, tenía casi tanto miedo como un simple debutante. Desde la noche en que, desconocido, pobre, debutó con el *Eliure d'amore* en el teatro de Varese, jamás se habia sentido poseído de una emoción tan grande. ¡Parece tan temible este público parisiense que en pocas horas sanciona ó deshace las famas mejor sentadas... Pero Gayarre se ha apoderado de él casi en el acto. Su primer traje, cuyo figurín hizo que le dibujase Eugenio Lacoste, expreso para este debut, ha gustado mucho, así como la fisonomía franca y simpática del artista.

Julian Gayarre tendrá unos treinta y cinco años; es de regular estatura, moreno, de mirada expresiva, boca sonriente y aire muy español. Asegúrase que es sencillo, modesto, instruido; que habla muy bien una porción de lenguas, y que no tiene esos caprichos, exigencias y excentricidades que tan frecuentes son en los tenores afañosos de notoriedad. Es casi francés, pues ha nacido en la frontera pirenaica, en el valle del Roncal (España). Su padre, honrado labrador, le crió como «un señor». No economizó nada para darle una buena educación; así es que Gayarre ha conservado grato y profundo recuerdo de sus primeros años, al cual ha dado cuerpo mandando reconstruir, tan luego como tuvo medios para ello, la casita paterna que iba arruinándose. En esta casita pasa todavía hoy el distinguido cantor sus más agradables momentos, habiendo reunido en ella una hermosa colección de libros y objetos de arte. Su padre, que murió hace cuatro años, no ha querido dejar nunca esa casa que el hijo ha embellecido poco á poco y la que ha convertido al fin en un pequeño museo. El anciano se mantuvo toda su vida fiel á las tradiciones de su juventud; hasta el fin ha llevado su traje de campesino, compuesto de calzon corto, chaqueton y boina; vestido con este traje fué una noche á oír á su hijo cuando cantaba la *Africana* en el Teatro Real de Madrid.

He dicho que uno de los papeles que mejor canta Gayarre es el de Vasco de Gama. Aquella era la primera vez que el padre veía á su hijo en el teatro; así es que, tan luego como terminó la representación, corrió éste en busca del anciano, que á la sazón tenía ochenta años, y más satisfecho que nunca de los aplausos que habia obtenido, le preguntó:

—¿Qué tal? ¿Se ha divertido V.?

—Sí.

—¿Y qué es lo que más le ha gustado?

—¡Esas jóvenes que llevan las faldas tan cortas!

Ni siquiera se le ocurrió al buen viejo hacer mérito del triunfo del hijo querido; al excelente hombre le habia deslumbado, fascinado el baile del cuarto acto; el tenor habia sido eclipsado por las bailarinas.

Entre los objetos de arte que adornan su casa del valle del Roncal, el que primero enseña Gayarre es un soberbio álbum en que los principales cantantes del universo han trazado un croquis ó estampado un autógrafo. Forma también parte de esta colección una pluma de oro y perlas finas que se le envió hace algún tiempo en circunstancias bastante lisonjeras para él. Hablase dicho que Gayarre renunciaba á cantar en Madrid; al punto redactó el Sr. Castelar un verdadero mensaje que firmaron los personajes más importantes de la corte, y se lo envió el tenor juntamente con la susodicha pluma rogándole que se sirviera de ella para firmar el nuevo contrato.

Un detalle para concluir.

Gayarre es el único tenor que puede sostener una nota filada por espacio de veintisiete segundos. Cuando se le dijo así á Mario, éste no quiso creerlo.

—Es imposible! exclamó, ¡veintisiete segundos!

—Fácil es convencerse de ello.

—¿Dónde está ahora Gayarre?

—En San Carlo.

—Pues voy allá.



ALEJANDRO DUMAS (padre)



ALEJANDRO DUMAS (hijo)

Y Mario hizo expreso el viaje desde Nápoles en compañía de un tenor amigo suyo.

May en breve circuló la noticia de esta llegada y su causa. La noche de la representación, y en el momento de emitir Gayarre la nota filada, todos los cronómetros sabieron de los bolsillos. El tenor español, por pura coquetería, sostuvo aquella noche la nota veintiocho segundos. Más que si hubiese dado el do de pecho.

En la partitura de *Lucrezia* no cabe ninguna nota filada de veinte segundos; pero el público parisiense no se paga de los *lours de force*; ha aplaudido todas las notas de Gayarre, y cuando éste hubo cantado la romanza de *Don Sebastiano*, que intercaló en el tercer acto de la ópera de Donizetti, la ovación que hizo al asombroso cantor ha sido la más entusiasta de cuantas he presenciado. Hasta se ha tenido la crueldad de pedir la repetición de la romanza, y Gayarre estaba tan satisfecho de su triunfo que la ha repetido sin mostrar cansancio alguno.

El día en que Gayarre cante el *Faust* en la Grande Opera se contarán las representaciones por llenos.

REMEDIOS

(Episodio del año 9)

I

Por más que hago, no me puedo acordar del nombre del pueblo; pero lo que sí recuerdo perfectamente, es que estaba a la izquierda de la carretera de Extremadura, que sólo había tardado tres días en llegar a él desde Madrid, y que tenía unas casas muy bajas, por encima de las que sobresalía una torre muy alta, como se destacaría un gigante que tuviese congregados en torno suyo una colección de enanos entretenidos en escuchar su voz. En el momento en que empieza mi cuento, lo que imita perfectamente la voz del gigante era la campana de la torre, que con su volutar incansante arrancaba unos gemidos cascados y dolorosos, como si pidiera favor y auxilio en un grave aprieto.

Los enanos, esto es, las casas, abrían llenas de terror las bocas de sus ventanas, y por entre sus descarnadas encías asomaba de cuando en cuando una cabeza soñolienta y ausada, que, dirigiéndose a los vecinos, muchos de los cuales ya se habían lanzado a la calle a pesar de faltar más de dos horas para amanecer, preguntaba:

—¿Qué sucede?

A lo cual los de abajo contestaban, unas veces con ira, otras con miedo y siempre con disgusto:

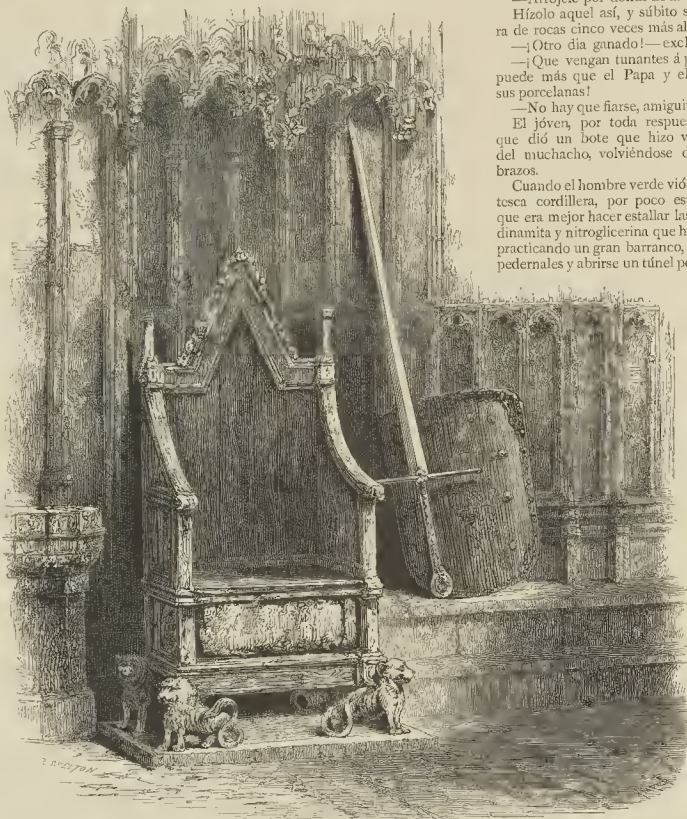
—¡Que ya están ahí!

Yo estaba acurrucado en un rincón de la sala alta de una de aquellas casas; no comprendía nada de lo que sucedía y, sin embargo, temblaba y no acertaba a moverme. Mi cabecita rubia, porque es bueno que sepan Vds. que entonces, merced á los 8 años escasos que contaba, tenía la cabeza como la de esos alados querubines que hay pintados en los retablos, se escondía con una tenacidad abrumadora entre los pliegues de la manta que me servía de cobertor y de sábana al mismo tiempo. Me parecía que mi propia respiración estaba confundida con aquellos misteriosos séres que, según decían los vecinos, estaban allí ya, y por temor de ser descubiertos ni á respirar me atrevía.

Enfrente de mí había una ventana, pero la escasa claridad de las estrellas llegaba hasta el improvisado lecho en que mi pequeño cuerpo buscaba en vano el reposo interceptado por dos cuerpos opacos. Aquellos dos cuerpos eran los de Remedios mi prima y Andrés su novio, que cuchicheaban echados de bruces en el alféizar.

Antes de pasar adelante, bueno será que diga cuatro palabras sobre los dos personajes que van á tener una parte muy principal en esta historia.

Remedios, la hija de mi tía Nicolasa, contaría á la sazón diez y ocho añitos. Era alta y de compleción robusta, pero sin perder por eso nada de su esbeltez. Su tallo, que se dibujaba perfectamente entre los escasos pliegues de su vestido de alpin, aparecía airoso y cimbrador como una palmera, á pesar de que la moda de aquel tiempo le condenaba á buscar su feticio nivel en el nacimiento inferior de su seno redondo y bien modelado, aunque un tanto exuberante. Su cara fresca y redonda como las cerezas que con tanta abundancia se cogían en su huerto, estaba adornada de dos magníficos ojos negros que sombreaban por arriba dos cejas arqueadas y valientes como



Silla de la coronación, espada, y escudo de Eduardo III en la abadía de Westminster

una ojiva gótica, y por debajo dos semicírculos ligeramente violados que daban no sé qué de pensador y sombrío á todo su semblante. Una nariz un tanto aguileña, una boca de labios más bien gruesos que delgados, y una barba que partía en dos un hoyito que parecía sepultura de corazones, hacían que Remedios fuera tenida en el pueblo por la moza más gurruda y apuesta de diez leguas á la redonda.

Y la verdad es que aquel aserto hubiera sido completamente verdadero, y aún capaz de extenderse á algunas leguas más, si algo de avasallador y altivo no hubiera dado á su fisonomía un carácter duro y repulsivo que estaba á punto de destruir todos los encantos que la naturaleza había prodigado en una de sus más hermosas criaturas.

Andrés, por el contrario, era un mocetón alto como un castillo, robusto como un campesino alemán y duro como un roble. Sus facciones eran correctas, su cuerpo derecho y bien formado, por lo cual podía muy bien ser tenido por un buen mozo en toda la extensión de la palabra.

Sin embargo, como en todo lo humano cabe el defecto, y nada sino lo divino alcanza la absoluta perfección, así como en Remedios era la dureza su sombra, en Andrés la llegaba á constituir una blandura tal que hacía comprender desde la primera mirada que aquel hombre de nada por sí solo sería capaz, y que, como la cera, estaba pronto á modelar cuanto de bueno ó malo se quisiera imprimir en su dócil pasta.

Como he dicho ya, Andrés y Remedios, echados de pechos en el alféizar de la ventana, hablaban en voz lo suficientemente baja para que nadie que pasara por la calle pudiera oír lo que decían, pero no tanto que no llegaran hasta mi clara y disintamente sus palabras. Verdad es que mi edad y el sueño que, sin el incidente de los recién venidos, hubiera sido dada embarranzado mis infantiles sentidos, hacían olvidar mi presencia allí.

Pero como de todas mis facultades sólo me quedaba el oído, que el miedo aguzaba más y más, casi puedo decir que oíra mi voluntad escuché sin perder una sola sílaba el siguiente diálogo:

(Continuará)

EL HOMBRE VERDE

(Conclusion)

—¡No lo permita Dios!—gritó la encantadora con acento conmovido—es preciso detenerlos; busque V. en la oreja izquierda de la yegua, puede que haya algo.

—Esto,—dijo el jóven, presentándola un guajirito con tres picos.

—Árrójele por detrás de la espalda.

Hízolo aquel así, y súbito se elevó detrás de ellos una cordillera de rocas cinco veces más alta que el Pirineo.

—¡Otro día gnado!—exclamó Lindalina con expansion.

—¡Que vengan tantitas á perseguirnos!—dijo Currito—¡si V. puede más que el Papa y el emperador de la China con todas sus porcelanas!

—No hay que fiarse, amiguito; sigamos corriendo.

El jóven, por toda respuesta volvió á espolear á la yegua, que dió un bote que hizo vacilar á Lindalina; pero el pícaro del muchacho, volviéndose de medio lado, la sostuvo con sus brazos.

Cuando el hombre verde vió delante de sus narices aquella gigantesca cordillera, por poco estalla de cólera, pero reflexionando que era mejor hacer estallar las rocas, mandó traer toda la pólvora, dinamita y nitroglicerina que había en veinte leguas en contorno; y practicando un gran barranco, consiguió volar una gran parte de los pedernales y abrirse un túnel por donde se lanzó á tienda suelta, seguido de sus satélites. Confiaba en alcanzar á los fugitivos, porque había tomado caballos de refresco, y supuso, con razón, que la yegua de aquellos debería estar á punto de reventar.

IX

Su cálculo no salió fallido. A las treinta horas, á favor de un anteojo, vió á lo lejos la jóven pareja.

—¡Cincuenta mil perros chicos—exclamó—al que los traiga vivos ó muertos; pero vivos será mejor!

Esta colosal promesa centuplicó el ardor de los tunantes que le acompañaban: todas las espuelas estaban rojas, todos los caballos cubiertos de espuma.

Entre tanto, Currito y su compañera, algo descuidados, departían de cosas agradables. Atravesaban por un país tapizado de blanda hierba, y como el astuto del hombre verde había encargado á los suyos el mayor silencio, al salir de un recodo del camino los perseguidores se encontraron muy cerca de los fugitivos.

Currito y Lindalina lanzaron una exclamación á duo.

—¡Pronto!—dijo ésta—á ver si queda algo en las orejas de la yegua.

—Una gota de agua verde.

—Títela usted hácia atrás.

Ya era tiempo, porque un sayon muy mal encarado, destacado del grupo de los perseguidores, había conseguido agarrar por la cola á la yegua, pero ésta le hizo una coz mayúscula, al propio tiempo que la hermosa le arrojó un chapín á la cara.

El hombre cayó al suelo y ¡cosa maravillosa! el verde tapiz del campo se líquidó en un instante, formando un mar de agua verdosa tirando á negro, que parecía pez.

Entonces Lindalina, viendo que la yegua no podía más y que por el pronto estaban en salvo, mandó á Currito detenerse.

Ciego de rabia el hombre verde, hincó el cicante á su caballo, y se entró por el agua de su color.

Al ver esta acción, los fugitivos quisieron emprender de nuevo su camino; pero en balde: por más que el jóven espoleaba á la yegua, ésta no se movía.

Entre tanto el castellano seguía avanzando, aunque con mucho trabajo.

Currito se desesperaba; Lindalina rompió á llorar: volvió aquel á espolear al animal, pero inútilmente.

—¡Huyamos á pié!—dijo tratando de desmontarse, pero ¡oh asombro! no pudo; estaba clavado á los arzones.

Y el hombre verde avanzaba siempre, ya estaba muy cerca de la orilla. Levaba un brazo levantado haciendo á los pobres inuchachos signos amenazadores.

—¡Váyase V. sola—dijo Currito á su compañera—y rece un Padre nuestro y una Ave María por mí.

—¡Pero si no puedo moverme!

—Entonces, cerremos los ojos y á morir.

El hombre verde estaba ya tan cerca que oyó estas palabras. Lanzó una infernal carcajada, dió repetidos espoleos á su caballo que nadaba, y ya iba éste á poner el casco en la ribera, cuando ¡qué dirán Vds. que sucedió?

¡La cosa más rara, más inaudita y más providencial que ha podido imaginarse!

Una cabeza de perro surgió de entre aquella agua verde y glutinosa; una cabeza de perro, que abriendo la boca, asíó al hombre verde por el pantalón moruno que llevaba puesto; y tirando tirando, le sepultó en el abismo de aquel mar.

Al ver desaparecer á su señor, los pícaros que le seguían huyeron á la desbandada.

Currito y Lindalina estaban estupefactos. Quisieron hacer andar á la yegua, pero el animal continuaba inmóvil y ellos clavados á la silla.

—Quizá nos hallemos sometidos á un encanto,—dijo

Currito tristemente,—y vamos á permanecer aquí cuarenta ó cincuenta siglos, sin comer, sin beber y sin afectarnos.

Pero el hombre piensa y Dios dispone.

Aquel mar, río, lago, ó llámanse como se quiera, se fué secando inmediatamente, quedando unas praderas de esmeralda que no había más que ver.

Luego se vió un bulto casi imperceptible que parecía un conejo. Fuése agrandando poco á poco, y cuál fué la sorpresa de ambos jóvenes, cuando conocieron al perro ratonero que se acercaba con su pipa en la boca. Marchaba con un con-toneo de dandy que le sentaba muy bien.

Llegó por fin junto á la atónita pareja, saludó con la pata derecha delantera, quitóse la pipa de la boca, se sentó, y pronunció gravemente el siguiente discurso:

—Huelgome grandemente, jóvenes amigos míos, de que con la muerte de vuestro perseguidor, cesado hayan vuestros sobresaltos, y puesto que el amor ha inflamado vuestros corazones, espero que vuestra union no será subrepticia ó de tapadillo, y si sancionada por la Iglesia y por el contrato civil si os casáis en un país en donde esté establecido. Bien quisiera en-donarlos, como regalo de boda, el anillo de Saturno y la ganadería de los famosos toreros de Guisando; pero en mi estrechez sólo puedo ofrecerlos, á tí, Lindalina, este dedo de tu pié, que tu descuidado amante dejóse olvidado en la isla del lago, que harto le necesitarás para correr cuando á tu marido se le antoje darte una paliza; y á tí, Currito, la cosa que más amo en el mundo, como es esta pipa de Gambier culotada.

Y diciendo estas palabras, presentó á los jóvenes los susodichos objetos, que ellos aceptaron por no hacerle un desprecio.

—Ahora, *Bahmendi*,—prosiguió el perro dando un golpe en el corvejon de la yegua con una de sus patas delanteras,—llévalos en paz y gracia de Dios á donde quieras ir.

Bahmendi hizo una graciosa corveta. *Bahmendi* en el idioma de aquellos países significa: *fielidad*.

El ratonero saludó y se alejó con gentil continente meneando la cola, y Currito, con la boca abierta, exclamó:

—No cabe duda, este perro es todo un caballero... —Y vamos, muchacho, levántate, perezoso!—dijo la señora Casilda, despertando á su hijo.—Hoy es día de fiesta y comemos en Albacete. ¿No sabes, picarillo? Hay grandes novedades. Ayer D. Severiano y yo tuvimos una larga plática. Si quieres, pronto te casarás.

—¿Con quién?—preguntó Currito despezrezándose—¿Con Lindalina?

—¿Qué es eso de Lindalina, tunante? Con María Pepa, la hija del dueño de la fábrica.

F. MORENO GODINO

NOTAS DE MI VIAJE

(Continuación)

Las salvajes hordas acaudilladas por el Capitan del siglo, más feroces que las del terrible Atila, complacieron-se en mutilar los aéreos y delicadísimos ornatos, romper los grandiosos sarcófagos, destruir á balazos las cabezas de las estatuas de los santos, de los ángeles y de los heraldos del ábside, colocados en aquel lugar como eternos vigías del sagrado recinto, y no satisfechos todavía sus feroces instintos, la tea incendiaria redujo á cenizas la famosa biblioteca aniquilando gran parte del claustro bajo. ¡Baldon eterno para los que tal hazña consumaron!

Empero volvamos los ojos á lo pasado, apartémoslos de lo presente, si queremos dejar al alma que se espacía y deleite con los elocuentes testimonios que subsisten todavía. Estamos en los primeros meses del año de 1496: atraídos por la fama de su creccion concurren á trabajar en ella número tan considerable de alarifes, oficiales, canteros y entalladores que, al abastecido, encontrábase ya casi á punto de ser habitado. El extimo arquitecto Juan Guas vea insensiblemente realizarse el sueño de su genio. Miéntras que de una parte rechinaban los fortísimos andamios con



Abadía de Whitby

el peso de los hombres, de otra gemian los cables subiendo enormes sillares; más distantes, los cincelos de los entalladores iban produciendo ojivas y cresternas, blasones y estatuas, conopios y pináculos, tréboles y ondulantes gúrnaldas: se crábanse en lo alto los nervios de una bóveda con pesadas dovelas, esculpíanse en los muros peregrinos ornamentos ó caldos ándalos, mientras que abajo los aserradores de madera y piedra, los peones encargados del pulimento y afinación de los grandes monolitos, los herreros y forjadores, no eran bastantes á distraer de su profunda abstracción al insigne arquitecto, que desde un ángulo contemplaba la obra ó con enorme compás trazaba en el suelo extrañas figuras que despues habian de convertirse en estribos y flechas, rosetones y arcos. En tanto la fábrica iba alzándose de la tierra, como una de esas soñadas construcciones que á veces creemos ver dibujando sus contornos entre las brumas de la tarde, cada día mostraba nuevos primores, tocando la sobriedad de su primitiva traza, por toda la risueña pompa con que se atavió el arte ojival en sus postimerías; esto á consecuencia de la célebre frase de la régia fundadora que al visitar las obras pocos meses despues de comenzada la edificación y considerando no haberse interpretado sus descos por la poca riqueza con que se labraba, dijo á los maestros y oficiales: «¿Esta nonnada me avedes fecho aquí?» Desde aquel momento multiplicáronse los esfuerzos de todos hasta llegar á producir acaso el más delicado y peregrino ejemplar del arte originario del Rhin en España. Una vez ya en disposición de ser habitado, la munificencia de Isabel I llegó no sólo á dotarlo espléndidamente sino que acumuló en su tesoro las más ricas joyas llevando su anhelo hasta el punto de establecer en él muy selecta biblioteca, para lo cual hizo venir de Alemania gran cantidad de libros que sirvieran de recreo y apacible soñaz á los religiosos observantes de San Francisco para quienes se destinaba el edificio. ¿Qué se hicieren tantas ricas presas, que los bordados ornamentos, los tapices y paños ofrendas de reyes y poderosos, dónde están aquellos funosos libros de vitela, cuyos iluminados márgenes acreditaban la sin igual pericia de quienes ocupaban su vida en el adorno de cada uno de ellos, y dónde, por último, encontraríamos las huellas de tantos ilustres varones que hallaron dentro de sus muros seguro refugio á las tempestades del alma? Todo ha desaparecido para siempre é inutilmente tratáremos de encontrar los más leves vestigios de su perdida grandeza. El tesoro del templo pasó á manos de las hordas napoleónicas y el claustro éntas poblado donde mil veces resonaron las sólidas doctrinas emanadas de las controversias, donde se

celebraron famosos Capítulos de las Ordenes Militares y donde tuvieron lugar docésimas conclusiones teológicas, ostenta por todas partes las señales de la destrucción y del abandono. No podía sin embargo entretenerte en estos varios pensamientos sin imaginarte sentado en uno de sus ángulos confundido con las penumbras, solitario fraile dentro de cuya cabeza se agitaba un mundo de ideas y cuyo espíritu templado en el crisol de la más severa austeridad, comenzaba entónces á robustecerse para en plazo no lejano acometer altísimas empresas que legaran á la posteridad su nombre, rodeado de la gloriosa aureola que envuelve á los héroes y á los genios. Aquel religioso que yo creia ver meditando en un rincón del claustro fué llamado andando el tiempo el Cardenal Fr. Francisco Ximenez de Cisneros....

Las plumas de los historiadores han tratado repetidas veces de este soberbio edificio, los poetas ansiosos de emociones han acudido especialmente á sus delicadísimos claustros sintiendo el soplo vivificador de la inspiracion en todo el misterioso recinto y los artistas han trasladado á sus lienzos los mutilados restos de sus estatuas, ocultas bajo flotantes jirones de parietarias, las elegantes ojivas festoneadas de tréboles, los estribos y contrafuertes coronados de agujas y pináculos. Sin embargo, tiene tal interés para todos los amantes de la antigüedad y del arte, manifiesta de tal modo las santas creencias y las aspiraciones de la época en que fué erigido que á no existir, crearíamos hallarse incompleta la historia de aquel reinado faltando la gloriosa página donde se perpetúan los laureles de Zamora y de Toro.

La impresion que se experimenta cuando penetramos en el templo produce un gran frio en el alma, pues en vez de recrearse la vista con el reflejo de las doradas tablas de los altares, con el brillo de las lámparas de plata y con las rejas del Renacimiento, embellecidas por las fantasías platerescas, sólo se contempla el vasto conjunto sin que ninguna nota brillante venga á distraernos, pero á medida que nos fijamos en la esbeltez de sus proporciones, en la elegancia de sus lineamientos, en los encajes que por doquier lo adornan, ciertamente que no echamos de ménos las ricas presas, productos de las artes industriales que un tiempo lo enriquecieron. Su planta es de una cruz latina, si bien las partes laterales que forman los brazos aparecen relativamente muy cortas. Sólo el ábside y presbiterio serían bastantes para inmortalizar el nombre de Juan Guas; tanta es su gallardía y tan admirable su fábrica que la mente siguiendo ansiosa aquellos aéreos nervios parece con ellos remontarse al cielo ó perderse en las regiones de lo infinito. Desde lo alto de los pilares, parecian mofarse de mí asombro multitud de cabezas sonrientes ó de burlesca expresion, que asomaban por cima de las cresternas en forma de régia corona, que hace las veces de capiteles. Acaso el entallador que las ejecutó hubo de colocarlas en aquel sitio comprendiendo que cuantos llegasen á él tendrían que sentirse poseidos del asombro que causa aquella grandiosa manifestacion artistica. Al mirar sus labios eternamente contraídos, riendo con el mayor desden, llegué hasta imaginármelas animadas por el aliento de la vida, tan fiel es su expresion y tal efecto producen vistas desde abajo.

Los muros del crucero encuéntranse ornamentados con sin igual pompa ocupando ambos frentes, en línea horizontal, una serie de cinco enormes escudos incluidos en arcos florenzados ornamentales con las empresas contracuadradas de Castilla y Leon, Aragon y Sicilia, timbrados con la corona real y el águila nimbada, á los lados el yugo y las flechas y al pié dos leones en actitud de humillarse. Cuatro ligeras pilastras que terminan cada una con un capiteo, cobijan estatuas de vírgenes y santos, los separan, circunscribiendo la parte superior de este ornato sencilla moldura, bajo la cual corre una cinta con caracteres góticos minúsculos, conmemorativa de la ereccion del monumento.

Las grandes tribunas que arrancan de los pilares del arco toral, son el modelo más perfecto y acabado que puede imaginarse en este género de construcciones y la

vista se deleita contemplando su singular ligereza y la primorosa gala del arte ojival en su último período, mal llamado por algunos, decadente. No es posible llevar la fantasía a más alto grado de idealismo, pareciéndonos al situarnos en este lugar del templo, que no hombres, sino celestiales espíritus, han podido levantar con la inerte piedra aquel conjunto, delirio inmortal del genio. Al poderoso aliento de una inspiración casi divina, débese ciertamente; y en vano sería que de otro modo tratásemos de explicarnos el efecto que producen en el alma las sublimes concepciones del arte. Más sobriedad y sencillez de adornos se observan en las partes restantes del templo: su gigantesca nave sólo ofrece en los muros laterales y bajo los enormes arcos apuntados de las bóvedas cuatro grandes ventanas ojivales de ajimez, en cuyo tercio inferior se ostentan sujetos a los parteluces los escudos de los reyes, timbrados con coronas y águilas y a los lados el yugo y haces de flechas. Separa la zona alta de la baja una elegante crestería trebolada que llega hasta el antepecho del coro alto. Consérvanse en algunas de las referidas ventanas fragmentos de las policromas vidrieras que marcan ostensiblemente el estilo del Renacimiento, cuyos brillantes destellos habían de hacer olvidar las tradiciones alemanas, tan en boga por espacio de tres siglos.

Las sombras del crepúsculo iban poco a poco envolviendo al edificio. Los baticos de arcos y pilares aparecían más marcados y los últimos rayos del sol que al atravesar los vidrios de colores iluminaban fantásticamente los rostros de las estatuas, á veces azules y otras verdes ó rojas, al irse retirando, concluyeron por bordar con vivísimos contornos de fuego, las hojarascas de las repisas, las tracerías de los antepechos, hasta extinguirse por último en las coronas de los santos ó en los capuces de los religiosos.

Una vez fuera ya del sagrado recinto, piséme á contemplar su ábside que flanquean elegantísimos contrafuertes, formados por haces de baquetillas; sus molduras superiores sirven de base á las estatuas de los heraldos con blasonadas dalmáticas, sobre cuyas cabezas se levantan airovas marquesinas adornadas de floroncillos. En las partes de muros que hay entre dichos contrafuertes y dentro de los espacios que dejan los arcos ornamentales de las zonas superior é inferior, existen todavía los grillos de hierro arrancados á los cautivos de Málaga por la benéfica mano de la gran Isabel una vez conquistada aquella ciudad. (Cuantos recuerdos evocan los enmohecidos hierros y de qué manera tan olocuente manifiestan la gratitud de los desgraciados al Dios de los ejércitos y á la ilustre soberana á quien debieron su redención!)

Estas memorias históricas que hubieran debido ser



UN SOLDADO PER DIO, cuadro por Heraldo Friedrich

respetadas por cuantos se precian de españoles y aman sus glorias, han sido víctimas, no hace mucho, de incalificable atentado por parte de cierto jefe político, que estimó podrían reportar mayor utilidad siendo fundidas y convirtiéndolas en rejas. Vergüenza causa la sola enunciación del hecho y dudáramos de él si no lo confirmara así los historiadores de Toledo. Afortunadamente la *hazaña* no llegó á consumarse y todavía se conserva número considerable, bastante á perpetuar los triunfos de Málaga y el reconocimiento de tantos séres al ver trocadas las sombras de sus lobregas prisiones por el sol esplendoroso de la libertad.

Desde la gran explanada en que se levanta San Juan de los Reyes, abárcase con la vista un conjunto tan vario, tan rico en pormenores, tan poético y al par tan grandioso, que apenas si puede la pluma dar una ligerísima idea de sus innumerales bellezas. Sirven, por decirlo así, como de pedestal, al coloso creado por Juan Guas altas ro-

ros ó en los quicios de las ventanas y puertas se ven crecer altísimas matas de jaramagos.

Por las impresiones experimentadas en tales momentos califiqué de inolvidables las horas de aquella tarde pasadas en San Juan de los Reyes, y en efecto, jamás se borrará de mi memoria el cuadro que con ellas tan toscamente acabo de dibujar y que no obstante de conservarlas todas grabadas en lo íntimo del corazón, á pesar de que ahora mismo las siento con toda su viveza é intensidad, mi palabra y mi pluma se resisten á expresarlas: acaso sin yo darme cuenta, avara el alma de este tesoro, guardálas en su oculto retiro, temerosa de verlas desaparecer al contacto del helado hábito del mundo material, anhelando vivir con ellas, sin que nada turbe su misteriosa posesión para que de este modo no pierdan el indefinible encanto que las rodea, esencia impercedera de los recuerdos queridos.

JOSÉ GESTOSO Y PEREZ

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



AÑO III

← BARCELONA 3 DE MARZO DE 1884 →

NÚM. 114

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA FUENTE MILAGROSA cuadro por F. Wagner

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—Remedios (Conclusion), por don Angel R. Chaves.—LA BUENAVENTURA, por don Vicente Colorado.—LA LEYENDA DEL KIRGHIZ, por Adolfo Llana.—LOS DIAMANTES, por don Cecilio Navajo.

GRABADOS.—LA FUENTE MILAGROSA, cuadro por F. Wagner.—CUANTO TARDA! cuadro por J. E. Sainin.—LA LUNA DE MIEL, cuadro por Leopoldo Roca.—CHIMENEA DEL SIGLO XVII.—SEFULCRO DE EDUARDO EL CONFESOR EN LA ABADIA DE WESTMINSTER.—EL PRIMER CUARTETO FEMENINO AUSTRIACO.—EL TIEMPO PRECIPITANDO LAS HORAS, reloj modelado por Gustavo Doré.

NUESTROS GRABADOS

LA FUENTE MILAGROSA, cuadro por F. Wagner

Esta sencilla composición está impregnada de poesía: todo en ella respira placida calma, todo ayuda á la contemplación piadosa; no hay un solo objeto que desentone la armonía de la naturaleza, teatro de una peregrinación agradable, fundada en una creencia que únicamente puede contradecir un alma depravada.

Una combinación rítmica, un artificio primitivo, hace brotar del árbol de una cruz el límpido caño de una cristalina fuente. Los pobladores de la comarca crean devotamente que las flores empapadas en esa agua poseen virtudes milagrosas; y á esa fuente acuden las almas enamoras y las almas inocentes, es decir las madres y las tiernas criaturas, á humedecer sus ramos en el caño de la divina misericordia. Cada uno de esos ramos representa un dolor ó una esperanza, pero representa, á mayor abundamiento, un tesoro de fe, un caudal inmenso de esas creencias que nunca serán suplididas por filosofía alguna, por mucho abuso que desgraciadamente se haya hecho de ellas.

Amargas decepciones nos impiden poner en los hombres nuestra confianza. ¿En quién la pondremos, entonces, cuando nos hayan enseñado á no ponerla en Dios? Cuando llegue ese día, ya no llevarán las niñas sus ramos á la fuente milagrosa; pero ¿á dónde volverán sus ojos las madres cuando el doctor las diga que la ciencia es impotente para salvar á sus hijos?...

¡CUÁNTO TARDA!, cuadro por J. E. Sainin

Nunca es agradable esperar, habiendo muchas circunstancias en la vida en que la expectativa es cruel, y en que ora nos impacienta, ora excita en alto grado nuestro sistema nervioso; ya nos aburre ó bien nos desespera, ya en fin nos sume en un estado de intolerable melancolía, según la persona ó el objeto causa de aquella. Bajo esta última impresión se encuentra la hermosa joven de nuestro grabado. «Cuanto tarda!» dice para sí, y estas solas palabras unidas á la expresión de su rostro, son, más bien que una reconvencción, prueba evidente de un amor tan profundo como sincero, pues no revelan en ella despecho ni ira de la ofensa inferida con la tardanza á su amor propio, sino cariñoso sentimiento por no ver llegar tan pronto como deseara al hombre á quien ha entregado su virginal corazón, y al cual debían llenar de gozo esas palabras y esa melancolía que tan vehementemente correspondencia á su pasión demuestran.

El cuadro de Sainin es tan sobrio en detalles como perfectamente trazado: la figura de la joven tan simpática como expresiva, y los efectos de claro-oscuro, fielmente reproducidos en el grabado por el diestro biril de Brend'Amour, dignos de tan aventajado artista.

LA LUNA DE MIEL, cuadro por Leopoldo Roca

Insiguiendo nuestro propósito de reproducir en la ILUSTRACION ARTISTICA por medio del grabado algunas de las obras que figuran en la *Exposition Paris*, insertamos hoy la copia de un cuadro de nuestro joven compatriota Leopoldo Roca, el cual ha escogido como asunto del mismo una de esas escenas venecianas del siglo XVI, por tantos artistas representadas. La obra del Sr. Roca se distingue sobre todo por el vigor del colorido, y en su conjunto demuestra que su joven autor, entusiasta por la carrera que ha abrazado, puede llegar con el estudio é inspirándose en las obras de los grandes maestros, á ser un artista distinguido.

CHIMENEA DEL SIGLO XVII

No cabe dudar que los adelantos modernos en el arte de la construcción han simplificado y hecho más cómodos los medios de calefacción de las habitaciones, substituyendo las monumentales chimeneas de los pasados siglos con las estufas y aparatos de gas, carbon de piedra, etc., hoy puestos en uso; pero el arte escultórico y la elegancia y suntuosidad que aquellas comunicaban á las estancias de nuestros aatepados han perdido mucho con estos. Una prueba de ello es la bella chimenea del siglo XVII perteneciente á una casa señorial inglesa, que representa nuestro grabado, y la cual es de admirar así por la armonía de sus líneas como por la sencillez de su ornamentación que realiza la de la cámara en que está colocada.

SEFULCRO DE EDUARDO EL CONFESOR, en la abadía de Westminster

Entre las varias construcciones curiosas que conserva en su recinto la celebre abadía inglesa, las que más llaman la atención del extranjero lo propio que del hijo del país, son los sepulcros que forman el panteón de los hombres eminentes de Inglaterra, reyes, guerreros, políticos ó escritores: panteón que ha llegado á ser una Walhalla nacional, donde reposan cuantos dieron fama y gloria á su patria. La serie de sepulcros reales, comprende, en casi no

interrumpida sucesión, desde Eduardo el Confesor, fundador de la primitiva abadía, hasta Jorge II. La tumba del primero, mandada construir por Enrique III en el nuevo monasterio, es notable por su antigüedad y por su original arquitectura; pero su pristino esplendor ha desaparecido ya; la cubierta de madera que se colocó por disposición de la reina María no sustituye dignamente la magnífica lápida de otro tiempo, y las sagradas reliquias que tanto respeto inspiraron en las pasadas épocas fueron diseminadas en tiempo de la Reforma, no siendo tampoco recomendable su actual estado de conservación. De todos modos, como obra artística de tan apartado período es digna de consideración y de estudio.

EL PRIMER CUARTETO FEMENINO austriaco

No hace muchos años recorrió algunos países del Centro y Norte de Europa un cuarteto de cantatrices, compuesto de cuatro bellidades escandinavas, y ahora recoge grandes aplausos en Viena otro cuarteto, formado por las tres hermanas Fanoy, María y Amalia (Thampa y por Marianna Gallowitch, hijas de Espira, las cuales acaban de regresar á la capital después de haber dado en muchos países conciertos vocales que consisten principalmente en canciones populares las cuales entonan con admirable ajuste y perfecta concordancia.

Sus voces, si bien puras y agradables, no son de gran volumen ni de mucha extensión. La de Fanoy es de soprano, la de Amalia de tenor, voz que por lo común sólo posee el sexo feo; y las de las otras dos de contralto.

EL TIEMPO PRECIPITANDO LAS HORAS, reloj modelado por Gustavo Doré

Gustavo Doré ha muerto, pero como todos los artistas de verdadero genio, ha dejado obras que son cada día más admiradas y que harán perdurar la fama y el renombre de que ya en vida pudo gozar. En las páginas de nuestro periódico hemos tenido ocasión de insertar reproducciones de algunas de ellas; hoy agregamos otra que da perfecta idea de la vigorosa imaginación del artista y de que su mérito como escultor rivalizaba con su talento como pintor y dibujante.

Es un precioso modelo de reloj de sobremesa, que representa al Tiempo precipitando las Horas por la terrestre esfera, composición digna de la inventiva del autor y de originalidad sobresaliente, y cuya descripción juzgamos superflua porque á primera vista se comprende la idea que la ha inspirado.

REMEDIOS

(Conclusion)

—Eres un cobarde, Andrés,—decía Remedios,—tu falta de resolución hará que no nos casemos nunca. Tú eres pobre; mi madre no consentirá que hagas de mí tu mujer hasta que seas rico y en tu mano tienes el serlo cuando quieras.

—Déjame, Remedios, no me tienes la paciencia. Más tarde ó más temprano heredaré á mi tío el cura y más vale esperar un poco á tener que arrepentirse toda la vida.

—Siempre esperando,—murmuró Remedios con marcado acento de mal humor.—Tu tío no tiene aún una edad avanzada, su salud parece hecha á prueba de bomba, y sobre todo, esos tios que dejan una pingüe herencia no se mueren nunca.

—¿Y qué le he de hacer, Remedios?

—Que ¿qué has de hacerle?... oye, Andrés, lo que yo te digo es que no estoy resuelta á aguardar más tiempo. El hijo del escribano me asedia con sus requiebros y no espera más que yo abra la boca para poner á mis pies una fortuna que mal año para la de tu tío. Todas las muchachas de mi edad están ya casadas y me miran en són de burlas, vengindose así de que yo valgo más que todas ellas.... Puesto que tú no te decides, el hijo del escribano se alegrará.

—¿Y serás capaz de casarte con ese escarabajo, pequeño y enteco, con una cara más amarilla que un cirio?

—¡Vaya si seré capaz! El domingo no pienses en sacarme á bailar, que yo te aseguro que sólo el hijo del escribano ha de ser mi pareja.

Andrés debió ponerse tan amarillo como aseguaba que lo era su rival. Guardó un momento de silencio y después con un castañeteo de dientes que lo mismo pudiera ser efecto de un profundo terror como de una reconcentrada ira le of que murmuraba:

—Remedios, mi tío ha sido para mí más que un padre. A él le debo cuanto soy, y de él espero la fortuna que me ha de hacer dueño de tu mano. Si como á Abraham Dios me envía un ángel para que te tocara no más que al pelo de la sotana, no sé lo que haría. Pero cuando tú me amenazas con dar la mano á ese miserable, creo que tendré valor... Mañana á la noche me dirás si soy cobarde. Tú lo quieres, verás de lo que soy capaz.

Aquel diálogo me había hecho levantar la cabeza, y á pesar de la oscuridad me pareció que los ojos de mi prima despedían esas chispas fosforescentes que produce la piel de un gato negro cuando se le frota en las tinieblas. Andrés la miraba, presa de una extraña fascinación. Se le hubiera tomado por uno de esos pájaros atridos por el hábito de una serpiente.

Yo ví claramente que Remedios le cogía una mano y of que le decía:

—Sobre todo es preciso que obres con cautela. El cirio

que tu tío te profesa te pone á cubierto de toda sospecha; pero el testamento que tiene hecho á tu favor pudiera comprometerte. De tu prudencia depende todo. Ahora escucha lo que has de hacer.

No puede oír más. Las voces de la calle redoblaron, un ruido sordo y extraño estremeció el fangoso suelo que había debajo de la ventana, y el miedo, volviendo á apoderarse de mí con mayor violencia, me obligó á esconder de nuevo mi cabeza bajo el cobertor.

Sólo llegaba á mis oídos, aunque cada vez más lejano, aquel rumor fatídico y siniestro que repetía sin cesar:

—¡Ya están ahí!

II

Los que estaban allí eran los franceses; porque no sé si me he olvidado de decir que estábamos en el comedío del año de 1809.

La última manifestación de mi miedo había sido un sueño tan profundo, que cuando me desperté ya el sol penetraba con una intensa claridad por aquella ventana, obstruida poco antes por las figuras de Andrés y de mi prima Remedios.

Los rayos del luminar del día me habían dado un valor de que durante la noche no me hubiera creído capaz, y sin titubear un momento salté del nada muelle lecho, sacándomi cuerpoillo de una manera parecida á un perro que sale del baño y asomé á la calle aquella cabezita rubia y sonrosada de que ya he hablado, para inspeccionar lo que en el pueblo pasaba.

El espectáculo para mí no tenía nada de aterrador. Una larga fila de soldados ocupaba por completo la calle que se extendía á mis pies, como una inmensa cubreca que se hubiera dormido en el seco caz de un arroyo.

Llevaban todos ellos unos chacós altísimos y tan anchos en su parte superior que parecían hechos para preservar á sus dueños de todas las inclemencias del cielo. Y por sí aquella altura no fuera suficiente, unos plumeros largos y derechos como los cipreses del campo santo servían de alegre coronamiento á aquellas moles, á las que si hubiera estado en otra edad se me hubiera ocurrido comparar con pirámides escogidas para tumba por las águilas del Imperio.

Los corrajes blancos, las inmensas cartucheras y las cascacas azules con vueltas de grana que uniformaban á aquellos hombres les daban, á pesar del polvo y de las salpicaduras de barro que les cubrían, un aspecto tan alegre y tan marcial, que yo no hacía más que preguntarme por qué su llegada había producido tal espanto.

Alentado por aquella impresión me aventuré por las calles tomando la dirección de la plaza y con asombro ví que ni un alma circulaba por ellas. Las puertas estaban cerradas á piedra y lodo, sólo alguna que otra ventana dejaba un ligero intersticio abierto como si alguien espantara y un silencio de muerte reinaba en todas partes. Hasta por extraña coincidencia un perro lanzaba lastimeros aullidos delante de una crija de que se escapaba la claridad indecisa de cuatro cerros que alumbraba un cadáver que había allí de cuerpo presente.

Todo parecía ser hostil; hasta el cielo que la noche anterior se había mostrado claro y diáfano, se encapotaba entonces detrás de una cortina de apiñadas nubes tan sombrías como el odio de la tierra.

Sólo mi corazón infantil era el que se compadecía de aquellos soldados, protestando en silencio contra tanta injusticia. Sin embargo, bueno será que en defensa de mi patriotismo, haga constar que aquella protesta no tardó mucho en enfriarse en un tanto.

Dos vecinos del pueblo, los únicos seres humanos que se veían en la plaza, deletraban un papel que se acababan de fijar en una esquina y que no debía estar escrito en muy correcto castellano. Era un bando puesto por los franceses.

En él se amenazaba con la muerte á cualquiera que cometiese el más ligero acto de desobediencia á los caprichos de aquellos soldados que por lo visto se habían erigido por fuero propio en señores absolutos de nuestras vidas y haciendas.

La única disculpa que yo les encontraba, era la necesidad que debían tener de resistir á la pasiva oposición que se les presentaba. Sin duda alguna sin el temor de que tales amenazas se cumplieran, nadie hubiera dado un jarro de agua á aquellos hombres.

Cuando estaba escuchando las últimas palabras de bando, un ruido de pasos que por una de las calles adyacentes se sentía me hizo volver la cabeza.

Cuatro franceses traían en una especie de parihuela á un hombre que vestía un uniforme todo lleno de galones de oro.

Mi curiosidad de niño me hizo acercarme. El hombre, que después supe que tenía el grado de coronel, era un anciano de largos bigotes grises, de rostro erudo y de mirada llena de esa seguridad que da la costumbre de mirar de frente á la muerte.

En el pecho de su casaca entreabrada se veía una cruz que debía ser la de la Legión de honor. Una de sus piernas iba profundamente entrapajada por haber sufrido un balazo en un muslo que le había interesado al fémur.

La contracción de sus facciones revelaba que los dolores debían ser horribles, pero ni una queja salía de sus labios que sólo tenían palabras para dar órdenes.

Aquel hombre era el jefe de la fuerza que se había posesionado del pueblo.

—Muchacho,—me dijo en un idioma casi ininteligible y viendo que los dos que leían el bando me habían dejado solo en la plaza,—sabes á casa del cura?

—Sí,—respondí con orgullo,—es la única que conozco.

—Pues guía y pronto, que ya tengo gana de que esta maldita perra se vea libre de los vaivenes del camino.

El trayecto era corto. Como había dicho muy bien al coronel francés, la única casa que había visitado en el pueblo era la del cura, aunque sin tener ocasión de ver a su dueño, porque a nuestra llegada, según nos dijeron, el digno sacerdote había salido acompañado de su escopeta a una próxima dehesa con el objeto aparente de matar unos cuantos conejos, y con el verdadero de ver si columbraba el destacamento francés cuya venida se anunciaba ya.

En mi triste pensamiento parecía haber entrado un rayo de sol. La mano de Remedios que yo veía sin cesar señalando una víctima a un puñal que brillaba en las tinieblas, comenzaba a verla sujeta por una especie de ángel de bigotes grises y de uniforme galoneado. Indudablemente aquel militar iba alojado a casa del cura y su presencia aseguraría la vida del tío de Andrés.

Si yo hubiera tenido un poco más de resolución ¡con que placer hubiera contado al coronel el diálogo de la noche anterior!

Decididamente yo veía la venida de los franceses de muy distinto modo que los demás. Por lo pronto iba a evitar un crimen horrible.

Pensando en esto llegamos a la puerta de la casa del cura. Una fuerte alabada resonó, y una cabeza pálida, descenajada y rigurosa como el pergamino de un viejo breviario, se asomó a una ventana. Mejor que por una mujer se la hubiera podido tomar por una de aquellas brujas que contaba mi abuela que todavía en sus tiempos usaban los sábados el nada cómodo palafren de una escoba.

Asomarse y volverse a esconder todo fué uno. Sólo entre el estridente sonido de los estremecidos vidrios, o un como a modo de chillido agudo é inarmónico que gritaba:

—¡Ya están ahí!

III

De las cosas que jamás he olvidado en mi ya demasiada larga vida, es la impresión que produjo en mí la vista del cura de aquel pueblo cuyo nombre no puedo recordar.

Todavía, a pesar de la larga fecha que va trascurrida, parece que estoy viendo aquel escaso mechoncillo de pelo gris que le caía sobre una frente que debía haber sido estrecha hasta que el cuero cabelludo se encargó con su ausencia de borrar toda idea de frontera; aquellos ojos pequeños y relucientes sombreados por dos cejas parecidas cada una al lomo de un jabalí, aquellas mejillas grises y coloradas y aquella nariz cuyas líneas parecía haber destruido el inseparable pañuelo de verbas, encargado de recibir el contingente de la abultada tabaquera de cuerno tan continuamente visitada por los callosos y velludos dedos de su dueño.

Su cuerpo de atóxicas proporciones había perdido toda su agilidad merced al prominente abdomen que marcaba perfectamente el raído paño de una sotana corta, verdinegra y deslucida que era todo su adorno. Su alceculo, que delante casi quedaba oculto por una abultada pañeta; debía haber sido azul y blanco en sus buenos tiempos; pero la acción del sol y la de la intemperie le habían robado de tal modo los colores que mal año para el que se atreviera a marcar el principio del nudo y el fin del otro.

Desde la primera ojeada se adivinaba en él un Nemrod atajado en la mitad de su carrera por la gota y la obesidad. Su bondad debía tener más de costumbre que de imposición. Su sotana era sólo una transacción con la chaqueta del cazador de oficio. Aquel hombre, en contraposición a muchos de sus colegas, debía ser bueno sin saberlo.

Como detalle importante conviene hacer constar que de la sazón no era muy bien considerado en el pueblo. Frecente era en aquella época oír contar que en tal ó cual parte había ido un infeliz soldado de los enemigos de España alojado a una casa y que su dueño ó dueña, después de haberle inspirado la más absoluta confianza con sus agasajos, había aprovechado su sueño para arrojarse al pozo ó deshacerle la cabeza a martillazos. Tales rasgos, calificadas de patrióticos por el común de las gentes, merecían siempre las más acres censuras de la caridad cristiana del digno ministro del altar. Esto le había hecho incurrir en la nota de afrancesado, y tal nota bastaba entonces para eclipsar las más relevantes virtudes.

Cuando llegamos al umbral de la estancia que le servía de despacho, de sala de recibio y de comedor, acababa de trasagar un enorme jicaron de chocolate y repasaba un pequeño volúmen que lo mismo pudiera ser un libro de oraciones que un manual de cetería.

Aunque sin duda alguna ya esperaba la visita, ni se movió siquiera del anchuroso sillón de vaqueta claveteado de bronce dorado en que reposaba su corpulenta humanidad, y dignándose sólo alzar la cabeza, murmuró con una voz entre mal humorada y cortés:

—¡Adelante quien sea!

Y como por toda contestación uno de los soldados le mostrara un papel que debía ser la boleta de alojamiento de su jefe, añadió:

—Bueno, bueno, ya me figuro lo que es esto. Aquí no hay grandes cosas, pero ya que la suerte lo quiere comerá de lo que hay y dormirá en una cama más ó menos blanda.

Al decir esto trató de ponerse de pié, pero como no lo hubiera tan rápidamente como hubiera deseado, dió un fuerte puñetazo en la mesa en que acababa de dejar el libro, no sé si molestado por la gota ó por la visita.

El coronel francés, entre tanto, apoyado en los brazos de los que le habían conducido, apareció en la estancia.

El cura al verle, a pesar de su mal entendido patriotismo, sintió un movimiento de compasión.

—¿Está V. herido, militar?—preguntó.

—Sí,—contestó el interperado en mal castellano,—los españoles tienen Vds. la cabeza dura y se han propuesto no dejar uno de nosotros sano; su proverbial hidalgüta deben haberla agotado antes de que pastramos la frontera.

El cura le miró con mal reprimido enojo y contestó:

—Si la hidalgüta consistiera en dejarnos pisar por el primer advenedizo que se le antojara apoderarse de nuestras vidas y haciendas y hacer pesebres para sus caballos de los altares en que se veneran las santas imágenes que adora nuestra fe, le juro á V., militar, que yo sería el primero en renegar de esa hidalgüta. Pero dejemos estas cuestiones y vamos á lo que importa. Esa pierna necesita un buen lecho en que descansar; la fiebre no tardará en sobrevenir y es preciso que cuando los hagamos volverse á esa condenada Francia de que no debían haber salido nunca, no puedan decir que los que les rompemos los huesos en el campo, no se los curamos cuando de mejor ó peor gana les damos hospitalidad.

El coronel le tendió la mano, murmurando:

—¡Así me gusta que hablen los hombres!

Pero el sacerdote le volvió la espalda. Su caridad cristiana había dicho todo cuanto tenía que decir y era fuerza dejar hablar á su patriotismo.

Si los que le sacaban de afrancesado hubieran presenciado aquella escena, de seguro hubieran rectificado la opinión que su españolismo les merecía.

Después sólo se oyó la voz áspera del clérigo dando órdenes para que se trasladara á su misma cama al herido. Yo estuve dando vueltas alrededor de este último, pensando cómo le contaría lo que había oído la noche anterior; pero al verse sólo empezó á prorumpir en tales juramentos, que aunque yo no los entendía, haciéndome perfectamente cargo de lo que debían significar, sentí tal miedo que me dí á correr sin ocuparme de otra cosa que de ponerme en salvo.

Lo único que debo confesar es que al entrar en mi casa sentí todavía más pavora al mirar la cara tranquila y risueña de mi prima Remedios.

IV

Sin la preocupación que tenía embargados los ánimos, todos hubieran notado mi azoramiento durante aquel día; pero harlo tenía cada cual con pensar en sí para ocuparse de los temores de los demás. Sólo Remedios me pareció que dos ó tres veces me miraba con unos ojos que querían penetrarme hasta el fondo de las entrañas.

A la caída de la tarde me tranquilicé bastante. No pudiendo resistir mi impaciencia, á pesar de la orden terminante que se me había dado de no moverme de casa, me escapé para rondar los alrededores de la del cura, y con gran regocijo ví que el coronel francés había hecho poner doble centinela á la puerta. Con esto estaba parado el primer golpe. Mientras-é estuviere allí no había cuidado alguno.

Al dar la vuelta á mi morada encontré á mi prima hablando en el zaguan con Andrés. Este estaba pálido como un difunto. Ella, que durante el día se había informado minuciosamente de cuanto había yo visto en casa del cura, debía estarle dando instrucciones. Por sí con ello pudiera salir al encuentro de sus planes, me apresuré á dar la noticia de la doble centinela; pero cuando creí que esto contrariaría en extremo á Remedios se me figuró ver en sus ojos un relámpago de satisfacción. Mientras yo subía precipitadamente la escalera, mi prima estrechó significativamente la mano á su novio y ambos se separaron.

Aquella noche fué para mí la antífisis de la precedente. Las agitaciones del día, el pasado insomnio y la tranquilidad que casi por completo había recobrado contribuyeron á darme uno de los sueños más tranquilos y más profundos de mi vida. Sin embargo, estaba de Dios que no había de disfrutar por largo tiempo del reposo, y apenas los primeros albores del día se dibujaban en el horizonte, una extraordinaria agitación que tanto en la calle como en las otras habitaciones se notaba me hizo saltar del lecho y correr precipitadamente á la ventana.

Algunos soldados franceses corrían de una parte á otra con visible azoramiento; yo no podía entender las frases que al paso se cruzaban, pero su gestic y su entonación me dejaban adivinar que algo grave excitaba su encono y los traía inquietos y mal humorados.

Un temor instintivo me hizo separarme de la ventana y mi primer impulso fué volverme al lecho; pero como la curiosidad pudiera más en mí, me vestí con prentura y sin aguardar á que me llamaran para desayunarme bajé la escalera que me separaba de la pieza en que solía reunirse toda la familia.

En ella estaban ya congregados no sólo la gente de casa sino algunos extraños, los cuales habían cuenta en voz baja pero agitada del extraño suceso que había puesto en conmoción al pueblo entero. Yo entré sin que nadie se fijara en mí y me acuqué en un rincón. Lo primero que noté fué que el semblante de mi prima Remedios estaba extraordinariamente pálido y que sus ojos, que me parecían entonces más grandes y de una mirada más profunda, se volvían inquietos de una parte á otra.

—Yo siempre lo había dicho,—murmuró uno de los narradores,—el Sr. Cura no ha sido jamás afrancesado. Con más talento que nosotros meditaba un plan y para llevarlo á cabo aparentaba condenar cuantas cosas se hacían en los pueblos vecinos contra los gabachos.

—A pesar de todo,—replicó otro,—no me acabo de con-

vencer de que haya sido él el solo autor de la muerte del coronel.

—Pues la cosa no ofrece duda. La puerta ha quedado no sólo cerrada sino custodiada por dos centinelas, nadie ha penetrado en la casa durante la noche, y sin embargo, cuando sus subordinados han entrado en la alcaoba en que creían que descansaba su jefe, se le han encontrado cosido el pecho á puñaladas.

—Pero en cambio se ha hallado también al sacerdote durmiendo con la mayor tranquilidad en el lecho que se había hecho improvisar al otro lado de la casa.

—Eso sólo prueba que su patriotismo había hecho de antemano el sacrificio de su vida.

Al oír esto, un sudor mortal bañó todo mi cuerpo, mis ojos se anublaron y mis oídos no escucharon ya más que un zumbido sordo y profundo. Para mí las cosas habían pasado de otro modo. Andrés penetrando por las tapias del corral había buscado á oscuras á su tío y el haberme olvidado de advertir á Remedios el cambio de camas había dado por resultado la muerte del coronel. Por un momento creí que mi impresión había salvado la vida del digno clérigo.

Pocos momentos bastaron, sin embargo, para convencirme de que lo que yo creía imprevision de parte de los perpetradores de aquel crimen no era más que un exceso de astucia.

Un nuevo interlocutor, entrando pálido y azorado en la estancia, murmuró:

—Roguemus á Dios por el alma del Sr. Cura. Esos perros descreídos le levantan á fusilar.

Entonces un supremo esfuerzo me hizo levantarme. Mi garganta iba á prorumpir en un grito; pero los ojos de Remedios se clavaron en mí de tal manera que me impidieron hablar.

En aquel momento sonó una descarga de fusilería. Todos á una y como movidos por un resorte cayeron de rodillas exclamando:

—¡Que Dios haya recogido su alma!

Sólo yo no pude unir mis preces á las de los demás. Un síncope me había privado del conocimiento.

V

Una peligrosa enfermedad que me tuvo á las puertas de la muerte, hizo que á pesar de los peligros que ofrecían los caminos, me sacaran de aquel pueblo antes de que pudiera darme cuenta de nada. Sólo el vigor de mi naturaleza y los cuidados que se me habían prodigado pudieron salvarme. Durante el delirio debí decir cosas espantosas. Pero ¿quién hace caso de lo que dice un chiquillo atorado de una fiebre?

Sólo ya cuando los franceses habían evacuado nuestro territorio y habían pasado años enteros de aquellos sucesos volví á aquel pueblito de la torre alta y las casas bajas. Mi prima Remedios era madre de un hermoso niño y dueña de una cuantiosa fortuna. Su marido Andrés había tenido el mal acuerdo de amanecer una mañana colgado de las ramas de uno de los olmos del huerto de su casa, no sin dejar antes una carta diciendo que á nadie se entera de su muerte.

En cuanto al buen cura, he leído posteriormente en muy serias historias su nombre. De seguro que si él pudiera oír los enconos que arranca á los historiadores el bárbaro acto de patriotismo que se le atribuye, aquellas alabanzas le harían más daño que las censuras que en vida le dirigían los que le daban por afrancesado.

Para concluir ¿creerán Vds. que les voy á contar desventuras y lástimas de mi prima Remedios? Todo al contrario. Las noticias que siempre he tenido de ella me la pintan rodeada de toda suerte de prosperidades y satisfacciones. Pero ¿quede luego esto el desconuelo á las almas que cifran todo su conato en practicar el bien? Muy lejos de ello. Tales injusticias de aquí abajo son las que hacen persistir en la esperanza de que hay una justicia inmutable allá arriba.

Al verme cargado de años, confieso que me estremece el tener que dar cuenta ante ella del silencio que guardé cuando mi cabecita era rubia y sonrosada como la de los alados querubines de un retablo.

ANGEL R. CHAVES

LA BUENAVENTURA

I

—Mañana us tu santo, María.

—Sí, Jorge; mañana hace siete años que nos casamos.

—Esta tarde, cuando vayais á buscarme al taller, pediré al maestro el jornal de la semana é iremos con el chico á la Virgen de la Paloma, nuestra santa patrona, á quien, como todos los años, mandaremos decir la misa del alba para que vele por nosotros.

—Y después...

Después nos pasaremos por casa del compadre á invitarle para que venga al campo con nosotros y diga lo que le apetece el cuerpo para añadirlo á la merienda.

—Buen gloton está el compadre.

—Es alegre y dicharachero como un diablo. Tiene buen vino; y en cuanto levanta el codo y empina á su sabor, se le ocurren unas cosas, que á mí me hace reventar de risa.

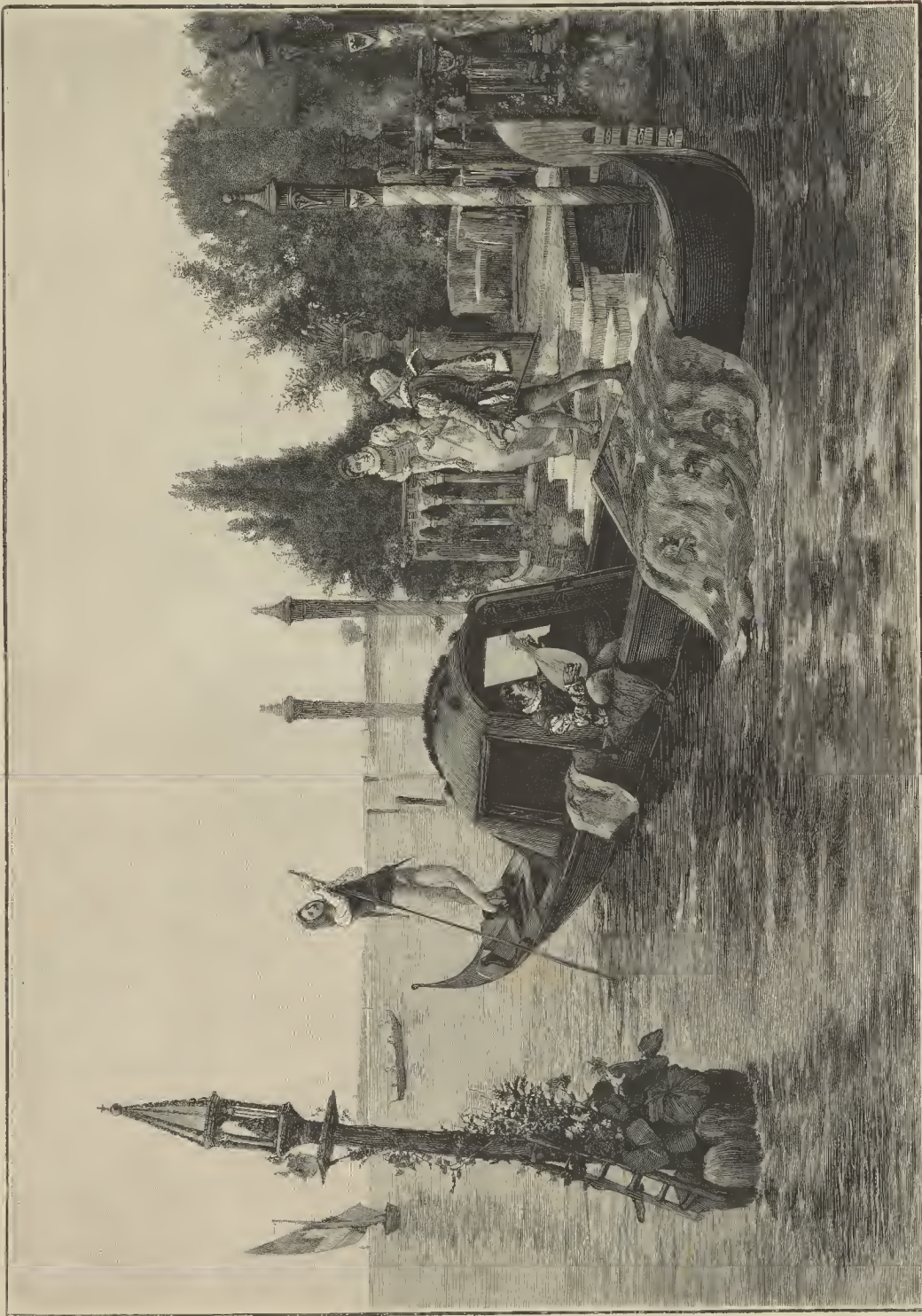
—¡Qué día nos espera!

—Uno al año no hace daño, muchr.



¡CUÁNTO TARDA! cuadro por J. E. Saintin

EXPOSICION PARES



LA LUNA DE MIEL, cuadro por Leopoldo Roca

—Luego vendrán los apuros.
—¿Y quién piensa en eso ahora! Mientras haya salud y trabajo, ancha vida. ¿Cuándo vas por el pequeño? Tengo un hambre que no veo.

—Valiente Judas tenemos en casa. Esta mañana, entre él y el gato, me han roto una cazuela... ¡Le voy a matar!

—Ya será algo ménos.
—Rompe trajes que es un gusto. Toda la calle de Toledo sería poco para él.

—Es un muchacho y necesita jugar y divertirse. Anda, anda, tricle de la escuela pronto.

María se echó un manto sobre los hombros, se anudó un pañuelo de seda bajo la barba, y, cogiendo el llavín de la puerta, salió a paso largo diciendo a su marido:

—Ten cuidado no se pegue la sopa.
—¡Bendita sea la hora en que nací, bendita mi mujer, bendito mi hijo y bendita la Virgen de la Paloma a quien debo tantas cosas buenas como se ha servido darme!

Así decía entre dientes Jorge al par que liaba un cigarrillo de papel que fué á encender á la hornilla sobre la cual hervía una cazuela de sopas de pan á las que el azafrañ daba un hermoso color de oro viejo.

Después de la comida Jorge volvió al taller, el pequeño á la escuela y María quedó fregoteando y buriendo todos los rincones de la casa.

Era un matrimonio feliz, como lo son casi todos los de la gente artesana, la cual, distraída por el trabajo y las labores de la casa, desconoce en su mayoría esos vicios que engendran la miseria, la envidia y la ambición de quienes no teniendo nada quieren poseerlo todo.

A la caída de la tarde, María, más limpia que una patena, fué á recoger á su hijo á quien saludó con dos ó tres cachetes, pues el condonado había limpiado con los pantalones los ladrillos de la escuela y estaba que no había por donde cogerle.

Lionqueando lo arrastró su madre por la mano hasta la calle de Embajadores, en donde trabajaba el padre en un taller de ebanistería.

Cuando éste les distinguió dejó la esponja del barniz y dijo dirigiéndose al maestro:

—Allá vienen mi mujer y el chico.

—Padre, padre.

—¿Por qué lloras? Los hombres no lloran nunca; ¿entendieses? ¿Quién te ha pegado?

—Madre.

—¿Qué le has hecho?

—Nada.

—¿Y por nada te pegan? ¡Por vida del chapiro! Vamos, da un beso á este señor.

—¡Limpiale ántes, no vaya á llenarle al maestro la cara de mocos.

—Ven, hombre, ven. Ya estás limpio. Da un beso á este señor.

—¿Cómo te llamas?

—Juan.

—¿Qué más?

—Rodríguez.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Y tu madre ¿cómo se llama?

—María.

—¿De qué?

—Rodríguez.

—No, hombre, Rodríguez es tu padre.

—Mi padre es Jorge.

—Bueno, hombre, bueno; toma estos cuartos. ¿En qué los vas á gastar?

—En banderillas.

—¿Te gustan los toros?

—Sí señor.

—¿Te lleva tu padre á la plaza?

—Padre, no; madre me lleva á la plaza de la Cebada.

—Bueno, hombre, bueno.

—¿Cómo se dice á este señor que te ha dado los cuartos, galopin?

—Muchas gracias.

—No las merece.

—Bueno.

Del taller bajaron á la Virgen de la Paloma, pagaron su misa y de allí subieron á la Cava Baja á casa del compadre.

—¿Tanto bueno por aquí! Coged una silla y sentaos en el suelo.

—Gracias, venimos de prisa.

—¿Cómo así?

—Tenemos que comprar los avíos de la merienda.

—Es verdad; mañana es tu santo y el aniversario de vuestra boda. ¡Y decir que yo he apadrinado á estos tres gandules! No me lo perdonaré nunca.

—Contamos contigo mañana.

—Pues no faltaba otra cosa. No olvidarse del carnero asado; los caracoles y los callos con mucha guindilla ¿eh? Que conviden á beber; ya sabeis que no hay fiesta sin vino.



CHIMENEA DEL SIGLO XVII

—¿No se te ofrece más?

—Un par de latas de pimientos.

—¡Echa por esa boca!

—Que no seas tacaños; el año anterior agusteis el vino y tuve un cólico que por poco me ahogo. ¿Quereis que os acompañe? Beberemos unas copas. Por la víspera se conocen los días. ¡Ea! vamos á remojár el gaznate.

—Parece usted una cuba rota; nunca se ve hartó.

—Y qué queres, hija, qué queres, la vida hay que pasarla á tragos.

La noche transcurrió alegremente; se bebió, se cantó y se rió de lo lindo. El trabajo y la faena fueron para la pobre María que anduvo guisoteando, fregando y colocando en un gran cesto la merienda, sin desatender al chico que daba más guerra que un regimiento.

A las dos de la mañana todos dormían.

II

Amaneció un día hermoso, el cielo despejado y fresca la temperatura, las cuales convidaban á correr y revolcar-se sobre la hierba apenas naciente.

Cuando llegaron los cuatro á la Virgen de la Paloma ya había terminado la misa del alba.

Esta contrariedad les disgustó grandemente, sobre todo á puño cerrado en brujas y en agujeros.

—¡Mal principia el día! refunfuñó sordamente.

—Hombre, no seas caviloso, le ditas su mujer; oiremos la primera misa que digan, y santos pascuas. Lo mismo da una que otra.

—No es lo mismo. La primera era por nosotros; la Virgen nos esperaba y la hemos desairado, durmiendo como unos puercos.

—Y ya ¿qué se ha de hacer? La Virgen nos perdonará si la hemos faltado, como dices. Bien sabe Dios que no ha sido nuestra intención esa.

Al salir el sacerdote de la sacristía para dirigirse al altar, sus pies se enredaron en un largo descosido de la alfombra y estuvo á punto de caer.

Jorge sintió que se le caujaba la sangre; ¿qué tristes presagios eran aquellos? No pudo oír la misa con devoción; sus ojos vagaban de uno á otro lado inquietos y temerosos, observando las fórmulas del rito y sorprendiendo mil detalles extraños que jamás se habían mezclado hasta entonces en el sagrado oficio. Otras veces sus miradas se clavaban recelosas en el altar; la Virgen parecía estar más triste que nunca... ¡cuálquiera diría que lloraba! Los santos que por el templo se extendían tenían todos ellos fijos en él los ojos; sus brazos de madera temblaban bajo sus vestiduras de pino.

La misma oscuridad de la iglesia no era natural, por

que el día era claro y alegre; los vibrantes sonidos de la campanilla se le atoraron dolorosos gemidos; cuando el sacerdote se volvió para bendecirlos, ¡extraña casualidad! su mano se detuvo un momento en dirección á Jorge como si le señalara entre la multitud.

Sin embargo, á la salida del templo, la impresión pareció borrarse ante el bullicio y la algarazara de la calle.

Se dirigieron hacia la fuente de la Teja. A la entrada del puente se detuvieron á tomar unas copas.

—A la salud de V., comadre.

—Que le haga buen provecho, y tantas gracias.

Jorge bebió tres ó cuatro copas seguidas sin decir palabra alguna.

—¿Qué mosca te ha picado?

—No lo sé.

—¿Saliste de casa con el pié izquierdo ó te hallaste con un cojo?

—Es posible.

—Vaya otra copa y fuera penas; hoy es día de bañar y divertirse; ¿no es verdad, comadre?

—Es cierto, es cierto.

Jorge seguía preocupado á pesar de las excitaciones de su compadre Miguel, el cual, dispuesto á divertirse á toda costa, sacó partido de la murria de su amigo para hilvanar una porción de frases y de bromas con que matar el tiempo y esperar la hora del almuerzo.

—Créame V. á mí, señora María, lo que á éste le escarabaja el alma es un sueño que tuvo la otra noche; sí, señora; un sueño que tuvo la otra noche; ni más ni ménos. Perdona si te descubro, yo no sé callar nada.

—¿Y qué sueño fué ese?

—Un sueño muy triste; ¿no ve V. la cara que tiene?

—Pues la otra noche soñó que se moría del garrotillo.

—¡Ave María purísima!

Y sus angustias no provenían de que se le apretase la nuez, sino de lo que sería de su mujer y su chico, después que él cerrara el ojo. Figúrese V., comadre; ¡como si no quedara yo en el mundo!

—Dios no lo quiera.

—¿Que yo quede en el mundo? Tantas gracias por la fineza.

—No lo decía por eso.

Pues mire V.; por nadie en el mundo haría yo otro tanto. Aquí donde V. me ve, he tenido novias muy guapas y jóvenes, que se morían por estos pedrascos que se han de comer la tierra. Pero ¡que si quieres! ninguna me ha pescado. ¿Yo casarme? no en mis días. El buche sudó bien se lame. Todo ménos casaca. ¡Eso sí! por un amigo hago yo cualquier barbaridad; y si este cerrase el ojo, pongo por caso, no tendría inconveniente en sustituirle. Así como así, ya voy estando achacoso y...

—A otro perro con esa pedrada.

—Y luego, que V. también se lo merezca.

En estas y otras cosas llegaron á la fuente de la Teja. El sol calentaba bastante; buscaron un sitio de fresca sombra y, al pié de un grupo de árboles, se sentaron y tendieron sobre la hierba.

El lugar, aunque no una cosa del otro mundo, era pintoresco y alegre. A uno y otro lado se extendían calles de árboles, entre las cuales se veían pequeñas y blancas casitas de vecindad, en cuyas plantas bajas se guisaba de comer y vendían vino. Los columpios y caballos del río ocupaban un buen trecho; á la derecha corría la tapia de la Casa de Campo sobre cuyas bardas asomaba verde y tupido ramaje; á la izquierda los largos tendedores del río mostraban al aire y al sol multitud de prendas de lienzo blanco; los cantares de las lavanderas, el gorjeo de algunos pájaros, el silbato de la locomotora de transporte y la campana de la ermita de San Antonio formaban dulce y arrullador concierto.

Nuestros cuatro amigos, después de haber descansado y fumado algunos cigarrillos, comenzaron á animarse y á correr de un lado para otro. A la hora del almuerzo todos estaban contentos.

Se puso sobre el mantel, tendido en el suelo, la cazuela del cordero asado, otra de arroz con corazón de vaca y huevos duros; despacharon ésta, y, en seguida, Jorge con la punta de la navaja abrió una lata de pimientos y la vació sobre el asado.

—Deja algunos para la tarde, dijo María.

Almorzaron con buen apetito y la bota del vino se renovó dos veces.

Ya calientes de cascos se dieron á correr y á dar volteretas por el suelo diciendo chicleos á las lavanderas que por allí pasaban y cuchufletas á los transeúntes. Entrada la tarde asaltaron los columpios que agitaron con toda la fuerza de sus puños, pasando de allí á poco á los caballos de madera que describiendo siempre el mismo círculo giran y giran con tal velocidad, que fuera bastante á marear cabezas más firmes que las suyas.

Legada la hora de la comida María puso sobre el mantel, ya sucio y pingoso, las cazuelas de los callos y los cal-

racones, los cuales fueron saludados con entusiastas aclamaciones. La guindilla había sido prodigada á manos llenas. Cada bocado requería un buen trago de vino.

Miguel y Jorge estaban completamente borrachos; aquél decidior y alegre, éste triste y cabizbajo. Miguel con la insistencia y terquedad del beodo seguía barajando la idea de la muerte de su compadre y la viudez de María.

(Continuará)

VICENTE COLORADO

LA LEYENDA DEL KIRGHIZ

No es esta la venturosa historia de Zadig, que refieren los viejos libros.

No es esta la cancion de Zobeida, que cantan las madres para arrullar á sus pequetuelos.

No es ninguna de las leyendas de color de rosa, ni la del sultan de Kandahar, ni la de las montañas azules.

No es tampoco el alegre cántico guerrero de la tribu de los Beni-Vader, ni el relato de las desdichas de Nabussan, ni la balada de los reyes de Sevendib.

No es el cuento de Lobna, la criatura blanca como la leche que nació en un río de sangre.

No es el poema de la reina Astarté, apasionada del último de sus vasallos, ni la peregrina historia de Moabdar, ni la de Satoc el aventurero.

Esta es la leyenda del Kirghiz.

Vivía feliz en el Turkestan el más misero de los esclavos, Itobad, hijo de Arbogad y de la gentil Zurina.

Conocía el placer, que es un relampago, y la pena, que es la sombra de la satisfacción. Sabía que el fastidio es una enfermedad, y que el trabajo la cura; que el amor es un bien enlazado con la desdicha; que el templo del favor es grande, pero con puertas demasiado estrechas y bajas; que el dolor es pasajero, como lo son todos los goces; que la resignación es un filtro para adormecer los pesares; que el cuerpo no es libre, pero que siempre lo es el pensamiento; que la conformidad es un bálsamo, y la codicia un monstruo insaciable; que los tesoros del corazón valen más que las preciosas piedras; y que quien puede vivir con menos vive siempre mejor, sin necesitar de los otros ni desprenderse de la virtud.

Por estas cosas, más que por los secretos que conocia, le llamaban sabio. Su dueño era cruel, y algo todavía peor, pues era repugnante. A medida que los tratamientos de Kissel brillaban más por su crueldad, enalteciábase con la resignación las virtudes del esclavo.

Los hombres libres de la tribu se reunieron para libertar á Itobad. Y le dijeron á Kissel:

—Danos á tu siervo: si quieres oro por él, tendrás oro; y si no quieres oro, tendrás que tomar hierro.

Y contestó Kissel:

—Sea libre por mi voluntad.

Pero Itobad no quebrantó su cadena porque no quiso ligar el bien que se le daba con el agradecimiento á quien no le merecía.

Y dijo:

—Muera yo en triste esclavitud, mas no se manche mi corazón, porque agradecer á Kissel es una mancha. El no ha deseado libertarme, le obliga el temor, y á mí tendria que obligarme la gratitud ó consumirme el remordimiento. Signa cada cual su senda.

Entonces, los hombres libres de la tribu mataron á Kissel, y dijeron á Itobad:

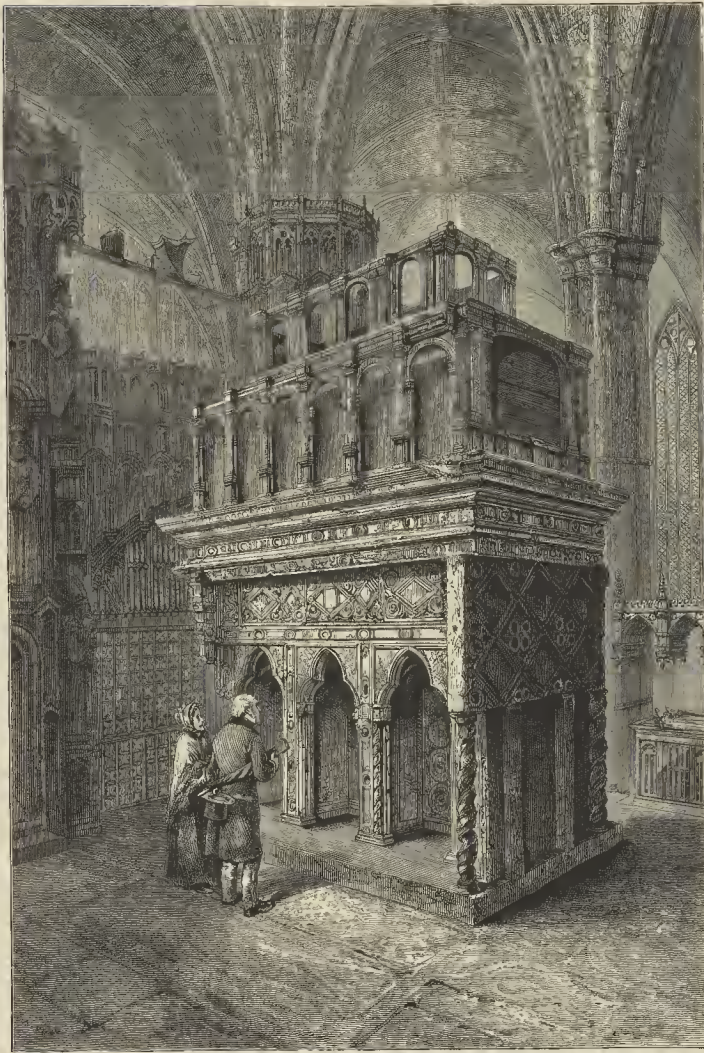
—Ya eres de los nuestros.

Pero Itobad repuso:

—No aplaudo vuestro proceder ni admito la libertad empapada en sangre. Era el fiel esclavo de Kissel, lo soy, continué siéndolo. Tengo mi lugar al lado de su sepulcro. No me apartaré del amo que murió sin quebrantar mi cadena y que murió por mí. Idos.

Los hombres libres no supieron dar una respuesta á Itobad. Y se retiraron silenciosos.

Y el esclavo y el amo siguieron todavía juntos, separados tan sólo por la piedra de la sepultura.



SEPULCRO DE EDUARDO EL CONFESOR, en la abadía de Westminster

En esto, apareció la guerra, porque apareció el enemigo. Los batalladores kirghiz marcharon al combate, y les fué contraria la suerte. Perdicron su valeroso caudillo, y su vieja bandera, y su atámbor sonoro.

Cejó la derrotada hueste, y se reunió junto á la tumba de Kissel, y los jóvenes y los ancianos dijeron á Itobad:

—Se nuestro caudillo. Condúcenos á la pelea.

Y les respondió Itobad:

—Si haré porque está en peligro la patria, y nuestros hogares, y la tumba de mi señor; porque al resonar sobre nuestra tierra los malditos pasos del extranjero, está escrito que el criado abandone al amo, y el hijo á la madre, y el esposo á la esposa, y el amante á su adorada, y los fieles al sacerdote, y los sacerdotes al altar. Y como está escrito, ha de ser, y yo, Itobad, os conduciré á la pelea.

Y los condujo. Y rechazaron al enemigo.

Pero el enemigo volvió á la carga con triplicados refuerzos, y tras del primer escuadron llegó otro, y otro en seguida y todavía otro despues. Cinco, diez, quince, veinte hombres para cada kirghiz, veinte sables contra uno, cuarenta brazos contra dos. Y los kirghiz retrocedían maldando, mas parecia que de cada uno de los muertos brotaban tres feroces vivos, y era peor matar que retroceder. Así llegaron hasta la tumba de Kissel, y sobre ella se arrojó Itobad, herido en el pecho por una bala. Y dijo á los suyos:

—No hay cielo para los cobardes; no hay patria para los que viven mirando en ella al enemigo. ¿Que aguardais para caer de nuevo sobre los apiñados escuadrones? ¿Hay cabezas que hendir? ¿Hay cuerpos que atravesar?

—Si hay, le costaron todos.

—¡Pues á ellos!

Y tornaron los kirghiz á la desigual batalla, y volvieron á retroceder. Pero Itobad les preguntó:

—¿Teneis pólvora? ¿Disparan bien vuestros fusiles?

—Tenemos pólvora, y nuestros fusiles disparan bien, y respondieron los que quedaban.

—¿Pues á qué venis?

Y volvieron á cargar los kirghiz, y otra vez se retiraron. Pero Itobad les preguntó:

—¿Os quedan fuerzas? ¿Cortan bien vuestros sables?

—Tenemos fuerzas, y nuestros sables aún no han perdido el filo.

—¡Pues cortad!

Y en otra desesperada carga perdieron los kirghiz la mayor parte de su gente. Cuando Itobad los vió volver, gritó desde lejos:

—¿Retroceden vuestros caballos?

Y los kirghiz dieron con rapidez media vuelta cayendo sobre la enorme masa de sus enemigos.

Quedaron ocho, y volvieron junto á Itobad, y éste les preguntó:

—¿Estais vivos?

—Si, le respondieron los héroes.

—¿Pues á qué venis?

Y retrocedieron los ocho, tomando á la pelea, y ninguno pudo volver.

Entonces se aproximaron los enemigos á la tumba de Kissel, y cuando Itobad los vió llegar, les preguntó:

—¿Ya no quedan kirghiz?

—Ni uno, le respondieron; puedes entregarle.

—¿Se han batido muy bien?

—Todos cumplieron como buenos. Rinde las armas.

—¿Han peleado sin vacilar hasta el último instante?

—Si. Te perdonaremos la vida.

—¿Habeis tenido muchas pérdidas?

—Muchas. Pero no disparé tu fusil, porque te mataremos.

—¿Hubo algun kirghiz que se mostrara cobarde?

—No. ¿Qué vas á hacer?

—Voy, dijo Itobad disparando su fusil sobre el enemigo, voy á enseñaros cómo se muere por la patria.

Cayó muerto el valiente jefe de los vencedores, y cayó Itobad acerbillado á balazos sobre la tumba de Kissel.

Esta es la historia del esclavo Itobad.

Esta es la leyenda del Kirghiz.

ADOLFO LLANOS

LOS DIAMANTES

Como el aire es lo más barato por su abundancia, y tan barato que se respiraba gratis ántes del señor Camacho, el diamante es lo más caro por su escasez y rareza, á que hay que añadir su bellissimo esplendor. El diamante, el más refrangible de los cuerpos transparentes, es por lo regular incoloro, y tan duro de suyo que puede herir el producto más firme del reino mineral, sin que ninguno, por firme y compacto que sea, lo pueda herir á él, pues sólo puede labrarse con su propio polvo, con su dureza misma: su peso es el del agua multiplicado por 3 1/2.

Y ved qué cosa; esta piedra tan preciosa que en tamaño de un adoquin bastaria para pagar de un porrazo todas las deudas nacionales, no es sino una formacion de carbono, esto es de carbon puro.

¿Dónde diablos está la ciencia de nuestros hacendistas que no sirve ni para hacer un adoquin de formacion tan simple como barata? Amasar el carbon lo haria cualquiera de ellos sin tizarse: el *quid* está en dar al carbon lo que técnicamente se llama brillo adamantino.

Y no es chanza: desde Newton, que estudiando las propiedades ópticas del diamante, previó que era combustible; desde Lavoisier y Davy, que por la combustion lo trasformaron en ácido carbónico, hasta los químicos contemporáneos, que por medio de una corriente eléctrica, lo han trasformado en un carbon idéntico al de uso comun, todos los hombres competentes han reconocido esa identidad entre el carbon y el diamante.

Pero como en el estado actual de la ciencia, todavía no da la encina tanto que dé palmas, aunque la industria sí da ya pedrería muy bien falsificada, habremos de ir á la India, al Brasil, á la Siberia por diamantes, ateniéndonos á lo poco que en esta materia da de sí la madre naturaleza



EL PRIMER CUARTETO FEMENINO AUSTRIACO

El diamante cristaliza siempre casi en todas las formas del sistema cúbico y particularmente en la del octaedro. Hallase en los terrenos de aluvion, provenientes de los despojos de antiquísimas rocas arrastrados por las aguas.

En las cercanías de Golconda, en Bengala y en Borneo hay muy ricos terrenos diamantíferos; pero las minas del Brasil, descubiertas a principios del siglo XVII, alimentan al presente el comercio para diamantes de todo el mundo, exportando anualmente para Europa de cinco a seis kilogramos de estas piedras en bruto, que quedan reducidas a unos ciento ochenta gramos luego de labradas.

En el Brasil se buscan los diamantes triturando los pedruscos cuarzosos y lavando luego este cascajo más ó menos desmenuzado. Brigadas de esclavos, hambrientos y azotados, agitan el material en el agua dentro de un recipiente bien cerrado, hasta encontrar la dichosa piedra, que no se encuentra todos los días, ni todos los años a veces, como si consciente de su valía, se complaciera en la piedra en hacerse esperar.

¡Alabado sea Dios! exclama por ordenanza el infeliz que tiene al cabo el feliz hallazgo. Y entrega la riqueza al sobrestante, y continúa esclavo, hambriento y aun azotado, buscando sin tener ocasión de alabar á Dios hasta otro año.

Pero hasta que se supo tallarlo, no adquirió el diamante todo su valor, pudiendo decirse que entonces se descubrió por segunda vez. En efecto, por esta labor adquiere en su más alto grado la potencia refractaria y la propiedad de multiplicar y dividir al infinito sus radios luminosos al través de sus facetas. No es esto decir que no se labrara antiguamente en bruto, sin su esplendor latente no se hubiera apreciado nunca; ese esplendor salió afuera al toque ó conjuro del arte, pero hasta siglos recientes sólo se labró el diamante de un modo irregular y grosero.

A principios del siglo XV el arte de tallar diamantes estaba ya muy adelantado, siendo notables los trabajos del joyero Kermann, y á fines del mismo siglo le dió mayor perfección el diamantista Berquem, el cual hubo de imaginar los procedimientos modernos.

El diamante se talla con un instrumento de acero dulce cubierto de polvo diamantino, polvo que se obtiene frotando entre sí los diamantes en bruto que se resisten al corte.

Actualmente sólo se tallan diamantes de dos modos: á la *rosa*, forma exclusiva de las piedras pequeñas, ó á *brillante*, forma de las grandes, y por consiguiente la más estimada. En la primera forma, la parte aparente de la piedra es una pirámide guarnecida de facetas triangulares, mientras la otra parte es perfectamente plana y entra en el asiento del engaste. En la otra forma, que hace más refractaria la potencia diamantina; la parte superior de la piedra presenta una cara circuida de facetas triangulares también y en losange; la otra parte ofrece la forma de una pirámide igualmente de facetas y truncada por otra cara pequeña. Esta última forma está montada al aire dejando ver así casi toda la piedra.

El precio del diamante es necesariamente caro, pues á los grandes gastos de explotación (perdida muchas veces, pues muy pocas se encuentra lo que con tanto afán se busca) hay que añadir la dificultad de labrarlo y la cuantiosa pérdida que de la labor resulta. Este precio, siempre alto, varía según la limpieza de la piedra, la forma en que está tallada y su tamaño, sobre todo. Los diamantes en bruto coloreados ó manchados, que sólo sirven para polvo, valen de 120 á 140 reales quilate; los diamantes en bruto, pero laborables, valen unos 190 reales quilate, cuando no pasan del quilate; en pasando se evalúan por el cuadrado de su peso multiplicado por 48. Ahora bien, los diamantes labrados se estiman por su tamaño y la forma en que están tallados.

Los diamantes cristalizan el reposo de los siglos en muy pequeñas formas, que todavía menguan al desgaste de la lima. Sin embargo, como otras ocho maravillas, hay ocho diamantes, ocho no más en todo el mundo, célebres por su tamaño relativamente enorme. Estos preciosísimas piedras son: el *Regente*, el *Radjah*, el *Nizam*, la *Montaña de*

luz, el *Orlow*, el *duque de Toscana*, la *Estrella del Sur* y el *Rey de Portugal*.

El más bello diamante del mundo es el *Regente*, rayo de luz cuajado ó condensación de luz, ó luz presa en un engaste. Se halló á 45 leguas al Sur de Golconda y pesaba en bruto 410 quilates, quedando reducido á 137 después de labrado, labor pacientísima y delicada que duró 760 días ó sean dos años largos. Se compró en bruto por 1.250.000 reales; se gastaron en labrarlo 500.000, y en 1717 lo adquirió el duque de Orleans por 1.350.000 reales. Actualmente se valía en 32.000.000 de reales (8.000.000 de francos). El *Regente* está tallado á brillante.

Otra piedra preciosísima es el diamante del *Radjah* de Mattan en Borneo, que pesa en bruto, en cuya forma primitiva se conserva, 318 quilates y se valía en unos 16.000.000 de reales.

El *Nizam*, que posee la familia reinante de Golconda, está en bruto también y pesa 340 quilates, valuándose en unos 20.000.000 de reales.

La *Montaña de luz* es una piedra de extraordinaria extensión, aunque de poco espesor; pero tiene aguas magníficas y peso de 186 quilates, valuándose en unos 20.000.000 de reales.

El *Orlow* es el diamante de los Czares de Rusia y tiene el tamaño de un huevo de paloma. Esta riquísima piedra, que formaba en otro tiempo el ojo que le quedaba á un ídolo de Brahma, fué robada por un soldado francés de guarnición en las posesiones de Francia en la India. Este soldado, inconsciente del cuantioso valor de su saqueo, vendió la piedra por sólo 200.000 reales. Más avisado el comprador lo vendió á su vez con prima cuantiosa; y pasando así de mano en mano, llegó á las de Catalina II que lo adquirió por unos 9.000.000 de reales y una pensión vitalicia de 300.000. El *Orlow* está tallado en facetas y adorna el cetro de los Czares.

El *gran duque de Toscana*, diamante engastado en la corona imperial de Austria, pesa 139 quilates y medio; es americano y tiene muy bella forma. Esta piedra, aunque preciosísima también, se adquirió gratis: el último duque de Borgoña, á quien pertenecía por adquisición harta onerosa, hubo de perderla el malhadado en la sangrienta batalla de Morat, donde se la encontró el emperador de Austria.

La *Estrella del Sur*, que una negra, esclava, hambrienta y azotada, se encontró en la provincia de Minas Geraes, en el Brasil, pesaba en bruto 254 quilates, quedando reducida por la labor á 125. Hasta hace algunos años era propiedad de un rico joyero de París.

Por último, el rey de Portugal diz que posee un diamante tamaño como un huevo grande de gallina, con peso de 1680 quilates. Esta escandalosa piedra sería el rey de los diamantes, si fuera de limpió esplendor; mas por desgracia es de lúces amarillentas, lo que le hace desmerecer mucho en el mercado. Con todo eso se valía en 900.000.000.000.000.000.000.000.000.000 de reis.

CECILIO NAVARRO



EL TIEMPO PRECIPITANDO LAS HORAS, reloj modelado por Gustavo Doré



AÑO III

← BARCELONA 10 DE MARZO DE 1884 →

NUM. 115

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DEL DISTINGUIDO PINTOR L. ALMA TADEMA, dibujado por A. Schubert

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LA CAVERNA DE LA MUERTE, por don F. Moreno Godino.—EL TRIUNFO DEL VISIONARIO, por don Mariano Presta-mora.—LA BUENAVENTURA (conclusion), por don Vicente Colorado.—LA CIENCIA ANTIGUA, por don José Echeagaray.

GRABADOS.—L. ALMA TADEMA, dibujo por A. Schubert.—UN IDILIO EN EL MAR, cuadro por J. Kray.—MELANCOLIA, cuadro por J. Marqués.—EN LA IGLESIA, cuadro por A. Spring.—MARÍA HEILBRONN, de la Opera cómica francesa.—¡ABRE! cuadro por H. J. Zügel.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO.—APOTEOISIS DE GUSTAVO DORÉ, cuadro por Motty.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Cambio de decoración.—Acaba la locura.—La leyenda de Píñata.—Ángeles disfrazados.—Resurrección floral.—Bailes de trajes.—*Tantus vanitatum*.—La esfinge negra.—La prodigalidad con careta.—Salvas con polvora ajena.

La Cuaresma esgrime su cetro hecho de una costilla de esqueleto humano y manda á las pasiones entrar en caja, á los hombres resignarse á no gozar los encantos tentadores que los rodean. Despues de las locuras del Carnaval vienen las severidades de estos viernes, las vigiliat, los ayunos.

Sábida combinación ésta que hace coincidir el despertar de la naturaleza con el martirio de la humanidad.

Pero aún tiene esta una puertecilla para escaparse del tiempo.

¿Queréis saber la historia profana del domingo de Piñata? Pues oid.

Carnaval era un pícaro de la condicion más proterva. Tenía tanto de sátiro como de demonio. Sirvió á Velazquez de modelo para el cuadro de *Los Borrachos*. Su cara es la del tercer borracho, empezando á contar desde el siniestro lado. Se entretenía en romper á pedradas los cristales de colores de la catedral de Toledo, cerca de cuyos muros nació del amor de una sultana y un renegado. Llegó á viejo sin llegar á bueno. Echaba mazas á los perros y á las personas de suposición. Persegua á las muchachas, y cuando iba haciendo momos á las más lindas, se le ponían los malvados ojos como el ascua de un cigarro. El demonio se disfrazó de mujer para conquistar-lo, y se lo llevó á los infiernos una noche tormentosa. Cuando el primer oficial del negociado del martirio le aplicó á las espaldas un hierro candente, ¡calculad el corcovo que pegaría!... Lloró y pidió clemencia, diciendo entre alaridos:

—¡Vuelveme, Señor, á la catedral, y seré aún modelo de hombres!

La infinita misericordia le otorgó aquello que demandaba, y volvió Carnaval á su oficio de pertiguero del templo. Muchas horas pasó sumido en oracion muda, clavadas las rodillas en una losa, viendo danzar los átomos de polvo y el humo irisado del incienso en un rayo de sol que descendía desde la frente de un San Juan Bautista puesto en un roseton calado. Pero su arremetimiento duró poco: tres dias. El domingo se escapó del templo y dió mil vueltas por el Zocodover, cometiendo mil desmañes. Fue la reencarnación del pecador, y su pecado se llamó domingo de Piñata.

El espíritu se despidió en el del mundo, y entra como una pelona en el templo, silencioso, triste, oscuro, sin esplendores. ¡Tumba mística en que la vida deja el bagenaje de la materia y se convierte en luz!

**

—¿Quiere V. bailar conmigo?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta.

¡Oh franqueza del candor!

Quienes hablan son dos niños de los que asistieron al baile infantil del teatro de la Comedia. ¡Espectáculo divino! ¡Los ángeles vestidos mundanamente para darle una broma á un santo!

Hay un muchacho moreno, de dulces, rasgados ojos, que se sienta en un rincón y no quiere bailar. Va de *Fausto*. *Margarita* se le aproxima. Esta *Margarita*... es una margarita. Talle de columna salomónica, trenzas de oro hilado ó luz tejida, palabrillas de caramelo y andar de gorrinillo.

—¡Ven á bailar!—le dice á *Fausto*.

—¡Tengo sueño!

—Lo mismo decía el *doctor Fausto* ántes de ser rejuvenecido. Y es que los niños y los viejos se parecen en que estos no aman ya... y aquellos no aman aún.

**

La temporada de invierno de los teatros agoniza, porque agoniza también la temporada de invierno del mundo. Viene la primavera á toda prisa, y como señora noble y bien nacida, manda delante al sol que vierte en los campos espumas de su rescoldo con que se desentumecen los miembros helados de Flora y la clásica Pomona se apresta á trabajar. Van los arroyos salpicando, en vez de gotas de agua, flores invernales. En los remansos flotan los caballitos del diablo, el primer insecto atrevido que sale del cesto de la primavera. Las capas miran con amor á las perchas, y no esperan á que la ley del divorcio

sea en Francia una realidad para divorciarse de los hombres con quienes se casaron ante el altar del invierno, hecho de témpanos y lameadores de agua helada. Los viejos, con todo, desconían del sol y dicen inspirados en su santa experiencia:

—¡Ahora es cuando hay más pulmonías vacantes! y estas vacantes son como las cruces: se dan al que menos las espera.

**

La aristocracia madrileña ha hecho una ostentación de riqueza y buen gusto en el baile de trajes dado en el palacio de Fernán-Núñez. Brillante transformación la que se operó en la escogida sociedad que llenaba los amplios salones. Fué desterrado el frac, se sacaron de los armarios históricos las joyas y trajes de añejas edades. El dinero ha corrido pródigamente y por los periódicos ha ido dando vueltas la cifra de cuatro millones de reales que se supone gastada en este baile.

Bien está que se haga circular al dinero, que es en esto como la sangre, que si no circula de nada sirve; pero una pregunta se nos ocurre:

¿Esa aristocracia que emplea cuatro millones en terciopelo, raso y pelucas, cuánto dinero gasta al año en libros?

**

Muy interesantes sesiones celebra la sociedad de Africanistas. El problema de Africa encierra sin duda el problema del porvenir para España. Es necesario que los hombres de talento se dediquen á estudiar á nuestros vecinos de allende el estrecho. Es preciso que se los estudie no contentándose con mirarlos con ojos de artista que se place en el pintoresco de los trajes, en los pliegues flotantes de un alquicel ó en los ojos ustoriados de una beldad que, el rostro cubierto, cruza la estrecha calleja. Vayan si nuestros artistas en busca de asuntos á Africa, pero es preciso emplear la observación, el análisis; es preciso buscar á través de esas hordas, entre el tumulto de las kabilas, el camino de civilización y progreso.

Africa se nos ofrece como una esfinge, poderosa y temible, en cuyos ojos centellea un rayo y que guarda su secreto entre las garras.

**

Iba por las calles de Madrid una máscara el lúnes de Carnaval y en vez de bromas daba dinero al que se acercaba. El inverosímil suceso acumuló erredor de la máscara compacta y gritadora muchedumbre. Todos se preguntaban quién sería el pródigo enmascarado. No faltó quien dijo que era un loco de Leganés fugado del manicomio. Frente del sitio en que apareció la máscara vive don Lesmes, el avaro que presta á 150 por ciento.

Nadie le ha llamado loco en su vida.

¡Triste enseñanza la que se desprende de este contraste!

Si queréis que vuestra reputacion de ceteros no padezca, atencos á esa verdad.

**

Trátase de organizar á los porteros de Madrid en cuerpo colegiado. Trátase de abrir una escuela oficial de mujeres telegrafistas. Trátase de fundar escuelas de obreros en las que se enseñen ciencias aplicables á la industria. Hay quien proyecta implantar en España las cajas escolares de ahorros de Francia. Abrigan otros el pensamiento de hacer en Madrid una exposicion anual de pintura... Se teme que el nuevo ministro de Hacienda aumente el tipo de la contribucion.

Ya se quién era la máscara que tiraba el dinero el lúnes de Carnaval.

Era ese eterno proyectista que no se cansa de plantear todos los dias nuevas ideas y abandonar las que el dia ántes se plantearon... Este proyectista era el que se habia disfrazado é iba por las calles tirando el dinero del país.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

L. ALMA TADEMA, dibujo por A. Schubert

Aquellos que suponen á los ingleses desprovistos de sentimiento artístico, cual si los rayos del sol de la gloria no pudieran penetrar á través de la atmósfera que impregna el carbon de piedra, padecen un grande error, y ahí está, entre otros, para demostrárselo, el artista cuyo retrato publicamos y de quien nuestros favorecedores conocen ya alguna obra. Pintor, por lo comun, de escenas de costumbres, no carece de aliento para mayores empresas, bien así como el gran autor de *Hamlet* recorrió toda la escala de las formas dramáticas. El arte pictórico dista mucho de haber muerto, ni siquiera decaído, en la patria de Baydell, de Brown y de Stothard.

UN IDILIO EN EL MAR, cuadro por J. Kray

Por más que los cupidillos mitológicos sean ya unos fenómenos pasados de moda y que el amor de los vates bucólicos sea una especie de sentimiento arqueológico, el artista obra perfectamente cuando hace á la humanidad el honor de suponerla, hoy como hace mil años, asqueable á unas cononcciones deliciosas que fomentan, aunque no se explique, el encanto de la soledad, la majestad de los mares y la poesía del cielo á la hora del crepúsculo.

Esa fruicion íntima, ese bienestar resultante de la proxi-

midad de dos seres cuya simpatía determinan el sitio, la hora y ese acaso, ese impensado que entra por tanto en el problema de la vida; todo eso ha inspirado el cuadro de J. Kray que publicamos. Mezcla de real y de fantástico, idilio un tanto pícaro, tiene el don de trasportar el ánimo á las regiones del ideal, promoviendo cierta sensacion, grata y apacible al par, muy parecida á la que deben experimentar los personajes de la composicion. Estos navegan, al parecer, á través de un mar sin orillas. Dado que la orilla está tan distante, ¿llegarán á puerto sin tener que consignar avería?..

MELANCOLIA, cuadro por J. Marqués, dibujo del mismo

La naturaleza es para el artista una especie de tesoro inagotable, cuyas puertas se hallan abiertas de par en par para que todos tomen de él cuanto apetezan, sin temor de agotar las riquezas que contiene. Muchos son los que acuden al cebo, pero ni todos aciertan á elegir piedras preciosas, ni tampoco conocen todos el arte de engarzarlas de tal suerte que resalte su valor y aumente su belleza.

No pertenece á este número el pintor cuyo lienzo reproducimos, para quien la realidad, sin dejar de ser real, se halla impregnada de ese sentimiento, de ese algo que se respira en las obras del buen artista, áun cuando copien las más vulgares escenas de la vida rústica. Tiene, además, este paisaje ambiente y luz, reflejándose en él la plácida calma que ponderaba el poeta bucólico al ponderar las ventajas del campo.

El Sr. Marqués es un artista que siente lo que produce y produce lo que siente: de aquí que sus cuadros sean siempre estimables para cuantos comprendan la poesia del arte y el arte infiltrado de poesia.

EN LA IGLESIA, cuadro por A. Spring

La fe, la fe que pone en los labios una oracion é infunde la esperanza en el ánimo atribulado, es patrimonio de viejos y niños, según resulta de nuestro cuadro de Spring. Viejos y niños, con efecto, forman el grupo que el pintor ha colocado en ese rincón de una iglesia que tambien debe ser armonizada, cual si quisiera decirnos que la juventud presente es poco amiga de frecuentar el templo del Señor.

Algo puede haber de eso, ciertamente; pero si, prescindiendo de la significacion del cuadro, nos limitamos á la parte plástica del mismo, es indudable que en ese rincón de iglesia se respira un ambiente del todo místico, se goza de una tranquilidad beatífica, que nunca proporcionará el mundo que pudiéramos llamar mundanal, mundo cuyo pasado se quiere olvidar como si nos diese vergüenza y cuyo porvenir procuramos no adivinar, como si nos diese pena.

La oracion de los fieles de nuestro cuadro sube al trono de Dios entre la espiral del incienso, ahogada por la voz del órgano santo. El artista ha copiado del natural y copiado con fervor: él es artista, puesto que cree y ora en sus personajes.

MARÍA HEILBRONN, de la Opera cómica francesa

El estreno de *Manon*, última obra musical del ya célebre Massenet, ha permitido apreciar al público parisiense todo el mérito de una cantatriz que hasta aquí se habia dado á conocer en papeles relativamente modestos. Considerábasele, sí, como música distinguida, pero el envidiable éxito que ha obtenido creando la protagonista de dicha ópera, ha hecho que hoy se la tenga ya por cantatriz eminente. María Heilbronn reúne á una voz fresca, pura, bien timbrada, una pronunciacion clara, armoniosa, sin esos acentos insólitos y raros tan comunes á las cantatrices parisienses. En *Manon* se ha revelado además como actriz inspirada, arrebatando al público con su expresion dramática, con su exquisita naturalidad y su conocimiento escénico, y consolidando los cimientos de una reputacion que en breve será europea.

¡ABRE! cuadro por H. J. Zügel

Esta sencilla composicion es una verdadera joya de dibujo y de grabado. Un rebaño harto exigio llega á la humilde alquería: la pobre niña que lo ha conducido á pastar es tan inocente como las ovejas de que cuida. Estas la quieren porque las cuida con esmero, y la pastorcita ama á los pacíficos animales porque tal vez son los únicos seres que la acarician.

El asunto de la composicion, si asunto merece llamarse, ha sido tratado infinidad de veces; pocas, empero, con la artística y simpática verdad de que ha dado pruebas el autor de este cuadro.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

APOTEOISIS DE GUSTAVO DORÉ, cuadro por Motty

El gran dibujante francés que murió prematuramente hace poco más de un año, era tan inteligente maestro como buen amigo. Era imposible, pues, que el aniversario de su muerte pasara desapercibido; la deuda de la patria le ha satisfecho principalmente M. Motty, discípulo y admirador de Doré.

La apoteosis dedicada á la memoria del artista está bien concebida y su ejecucion recuerda la manera de hacer de aquel á quien honra. Todos los protagonistas reproducidos por Doré desde Jesucristo hasta *Atala* y desde el *Judio errante* hasta *D. Quijote*, juntamente con todos los actores

cuyas obras ilustró el fecundo dibujante, de Milton a Lafontaine, de Ariosto a Perrault, se dan cita cabe la tumba de quien empleó su talento en dar forma a las más grandes figuras de la historia y a los más populares tipos de la fábula. Genios inmortales deponen palmas y coronas en la losa que tiene grabado su nombre; una común expresión de dolor se trasparencia en el semblante de todos y hasta parecen traslucirse a través de las metálicas celadas de varios caballeros de la Edad media que, con sus lanzas sin hierro, en señal de duelo, custodian el sepulcro del inmortal intérprete de la *Biblia* y la *Divina Comedia*.

Los editores de la ILUSTRACION ARTÍSTICA, que en este momento están popularizando en España y América las obras de tan insigne dibujante, se complacen en reproducir ese bello tributo dedicado a su gloriosa memoria.

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

I

Desde las barricadas a las cuerdas

En el célebre año de 1848, Sebastian Acebo (a) el Toro, joven de veinticuatro años de edad y natural de Padron, en Galicia, ejercía en Madrid el oficio de conductor a domicilio de cerveza de la fábrica de Santa Bárbara. Apodábanle el Toro, por sus grandes fuerzas y aspecto hercúleo, mas no por su *acomitividad*, pues Sebastian, ó Bastian, como generalmente le llamaban, era bueno como el pan é incapaz de meterse con nadie. No era una masa informe de músculos y de carne, sino una máquina sólida y admirablemente equilibrada, con brazos vigorosos y piernas de acero. Fuera de esto, su fisonomía placida y sus ojos casi dulces, predisponian en su favor. En resumen, tenía cabeza de niño, cuello de toro y un monte de cabellos encrespados como la melena de un leon negro.

Además de conductor de carros de cerveza, Sebastian era guarda-almacén de un depósito que la susodicha fábrica de Santa Bárbara habia establecido en la calle de las Velas para surtir á las innumerables tiendas y tabernas del barrio, y tenía allí su domicilio. Sin familia ni aficiones en Madrid, el honrado gallego, que era naturalmente expansivo, contrajo estrecha amistad con otro joven, poco más ó menos de su misma edad; el cual, por ser uno de los personajes más importantes de esta verdadera narración, merece aparte merecer.

llamábase Gil Gomez, *el Ardilla*; era manchego, y dependiente de una pastelería con honores de despacho de vino, que estaba situada en la calle de Toledo, en el espacio que media entre la plaza de la Cebada y la fuente-ciudad, y á la cual, por pertenecer á un individuo de este nombre, llamábanla Pastelería de Santiago.

Sebastian y Gil, ó séase el toro y la ardilla, trabaron cordialísima amistad, sin duda por la ley de los contrastes. Gil era ágil, inteligente, fec, aunque de fealdad agrada-bles; sobre todo, sus ojos ofrecían tal impresion de viveza, que iluminaban toda su figura. En su primera juventud habia sido volatinero de la legua y poseía habilidades propias del oficio, como las de ventrilocuo y dislocado.

La pastelería de Santiago era una segunda casa para Sebastian, que no podia pasarse sin ver á Gil dos ó tres veces al día y dos ó tres horas por la noche, antes de acostarse.

Los dos jóvenes se querian de veras, quizá porque entre ambos se completaban; eran el Niso y Eurialo de la calle de Toledo.

En aquella época la política fermentaba.

Las ideas revolucionarias estaban de moda, la proclamación de la república en Francia soliviantaba á los patriotas españoles y nadie pensaba más que en conspirar y echarse á la calle, como vulgarmente se dice. Sabido es que la de Toledo es siempre masa dispuesta; y hábilmente explotada, fué el foco de donde salió el pronunciamiento, revolución, motín ó llámese como se quiere, contra la dictadura del general Narvaez.

Gil era algo caliente de ideas: Sebastian no estaba en ninguna temperatura, pero arrastrado por su amistoso cariño, se batió al lado de aquel en la intenciona que por fin estalló y que obtuvo un éxito desastroso.

Ambos amigos formaron parte de *las cuerdas* destinadas á ultramar y desembarcaron en el puerto de Manila, entre otros víctimas de la libertad.

Apénas llegados tuvieron la suerte ó la desgracia de encontrarse con el Sr. Martín.

Este habia tenido una preñería en Madrid, en la calle de las Maldonadas. Despues de haber plantado varias industrias que no prosperaron, obtuvo un modesto empleo para Filipinas, y hacia cinco ó seis años que ejercía el cargo de gobernadorcillo del departamento de Zangoanga. Se ocupaba además en la corta de cañas y maderas de unos plantíos que habia tomado en arrendamiento, y aprovechando sus conocimientos en carpintería y muebles, tenía un taller de estos, en el que empleaba bastantes operarios.

Cuando desembarcaron los deportados, se hallaba en la ciudad. Como vecino que habia sido del barrio de la Latina, conocia á Gil y á Sebastian, y sabiendo lo forzudo, resistente y laborioso que era éste, le ofreció trabajo en condiciones bastante ventajosas, aunque bajo la base de un compromiso escrito que debia durar tres años. Todos los destrerados eran libres, aunque sometidos á la vigilancia de la autoridad; pero no tenía recursos la mayor parte de ellos, y como nuestro héroe gallego se encontraba en

este caso, aceptó á condicion de que su amigo Gil fuese también contratado.

El gobernadorcillo accedió á este deseo, por consideracion hacia Sebastian, que le convenia; y héte aquí á los dos amigos instalados en el taller de Zangoanga, y casi frente á frente de los moros piratas y desalmados de Joló.

Sebastian fué destinado á la corta, Gil á los trabajos del taller.

Al Sr. Martín, dueño de la explotación del plantío y gobernadorcillo por añadidura, se le conocia con el apodo de *Chafarote*, porque siempre llevaba un gran sable pendiente de la cintura. No era enteramente malo, pero creia, quizá con razon, que para ejercer cualquiera clase de mando, se necesita cierta energia y dureza de carácter; así es que trataba á sus gobernados y trabajadores un poco á la buqueta.

Afortunadamente estos tenían una especie de providencia en Petrita, la sobrina del Sr. Martín, joven de diez y seis años, rubia, esbelta, agraciada aunque vulgar, de compasivos sentimientos y de genio alegre.

El trabajo en los dominios de *Chafarote* era rudo, pero no insoportable. Se coma bien por cuenta del amo, se ganaban regulares jornales y además habia el atractivo del peligro, pues los moros fronterizos atravesaban alguna que otra vez el *Río de los Sapos* y caian en algarada sobre el territorio español limitrofe, dando que hacer á trabajadores y soldados.

Nuestros dos amigos se resignaron pronto á su nuevo género de vida, con tanto más motivo por cuanto tuvieron una compensacion y una distraccion.

Cuando Petrita viólos por vez primera, experimentó una impresion de duda y luego de sincera alegría. Aunque ambos estaban algo cambiados, la jóven no tardó en reconocerlos.

—¿Son Vds. el Toro y el Ardilla?—exclamó palmoteando.—¡Caramba, cuánto me alegra de volver á verlos!—Y como advirtiése un movimiento de sorpresa en ellos, prosiguió:—¿Qué, no se acuerdan Vds. de mí?

—¿Petrita?—dijo Gil.
—La misma que viste y calza.
—¿Petrita?—repitió Sebastian.—¿Cómo! ¿Dres tí, digo, es usted?

Los tres jóvenes se entregaron á una efusion tal que hizo asombrar lágrimas á sus ojos, y el lector convendrá en que no era exagerada, cuando le ponga en antecedentes. Siete años ántes Petrita, que entonces tenía próximamente diez, vivia con su tío en Madrid, en la preñería de la calle de las Maldonadas, y como era algo golosa, frecuentaba la pastelería de Santiago, en la calle de Toledo. Allí conoció á los dos camaradas y allí pasaba con ellos todos los más ratos que podia, haciéndoles jugar con ella y entreternerla.

Sebastian la levantaba en sus brazos hercúleos, haciéndola *ver á Dios*, como dicen los chicos, ó paseándola sobre sus robustos hombros. Gil la enseñaba cantares, se dislocaba en torno de su cuerpo, ó la admiraba con sus habilidades de ventrilocuo, de suerte que la pequeña no sabia cuál de los dos la divertía más, y llegó á quererlos como toda niña ó mujer quiere á quien la distrae.

Todos estos recuerdos evocados por Petrita y los deportados, los llenaron de enternecimiento, puesto que á ellos se unia el recuerdo de Madrid, de aquel barrio tan alegre, de aquella plaza de la Cebada tan animada.

Petrita se expresaba con viveza y espontaneidad, los dos amigos con emocion y con cierta cordedad, cuyo origen todavía no adivinaban. Ambos miraban á su linda interlocutora y apénas podian comprender cómo la chiquilla delgaducha y casi raquítica se habia transformado en tan apetitoso jóven.

Chafarote puso fin á aquellas amistosas expansiones llevándose á su sobrina.

—Mira, muchachos,—la dijo,—te prohibo el mucho pique con esos ni con ninguno. Todos los que aquí vienen son los peores de cada casa y cuando les dan el pié se toman la mano: con que ¡mucho ojo!

II

De cómo el amor se entra por el corazon de los deportados

No obstante esta prohibicion, especialmente en los dias de asueto, Petrita buscaba ocasiones de reunirse con sus antiguos amigos, y casi siempre los tres hablaban más del pasado que del presente. Gil demostraba alguna que otra vez sus habilidades y amenizaba la conversacion con chistes y canciones de última moda. En cuanto á Sebastian, era menos expresivo, pero tambien solia encontrar una palabra oportuna, una de esas frases sinceras que llegan al corazon, revelando su carácter bueno y leal; bien así como un rayo de sol que atraviesa una nube.

La jóven les oia con interés y á su vez desahogaba con ellos el disgusto de que estaba poseída en aquella monótona existencia á la que no podia acostumbrarse, así como tampoco al genio rudo y violento de su tío. Hacíales cuantos pequeños favores podia, les procuraba los mejores alimentos, se habia encargado de repararles la ropa, y en resolucioin, era para ellos una especie de hada benéfica.

Una noche, cuando iban á acostarse, Sebastian dijo á su amigo:

—¿Sabes que me parece que estoy enamorado de Petrita?

—¡Bah!—contestó Gil.—¿A tí te parece? pues yo sé que lo estoy.

Los dos jóvenes se miraron en silencio y cada uno se tendió en su catre de lona.

Durmieron poco ó nada. Hicieron una especie de exá-

men de conciencia, como queriendo persuadirse á sí mismos de que su amor era el único verdadero y digno de ser correspondido.

—No es posible,—pensaba Gil,—que Sebastian la quiera tanto como yo. ¡Qué demonio! Petrita no es un peso de veinte arrobas; ¿qué va á hacer de ella y con ella? y además, ¿qué se puede esperar de un *Toro* más que una comada? Ella le cogerá niudo.

—Gil es muy feo,—se decía á su vez Sebastian.—¿Cómo es posible agradar á una mujer con una nariz que parece una guindilla? Petrita le mandará á paseo.

Y atormentados por estas cavilaciones, y por los insectos que otras noches despreciaban, ambos se agitaban en su respectiva cama.

Gil fué el primero que, notando la inquietud de su camarada, rompió el silencio.

—¿Qué diablos tienes?—preguntó.—No se puede dormir á tu lado: bufas como lo que eres, como un toro.

—Un toro vale y puede más que una ardilla,—replicó Sebastian con ímpetu.

—¡Ca!

—¿Cómo que ca? Vamos á verlo.

—¡Alza!

(Continuad)

EL TRIUNFO DEL VISIONARIO

Nació pobre y casi no se sabe dónde ni exactamente cuándo; murió pobre, y si se sabe cuándo y dónde, se ignora el paradero de sus restos. De niño, persiguió la pobreza; adolescente, los piratas y las olas pusieron muchas veces en riesgo su vida; hombre, ni tuvo patria fija ni fué tenido nada menos que por loco; la casualidad, y su indomable constancia, le reivindicó; la envidia le hizo morir oscuramente; ¡quién sabe si por intervencioin del divino hado, que no viendo en sus contemporáneos talento para comprenderle, les querría humillar negándole justicia para enaltecerle!

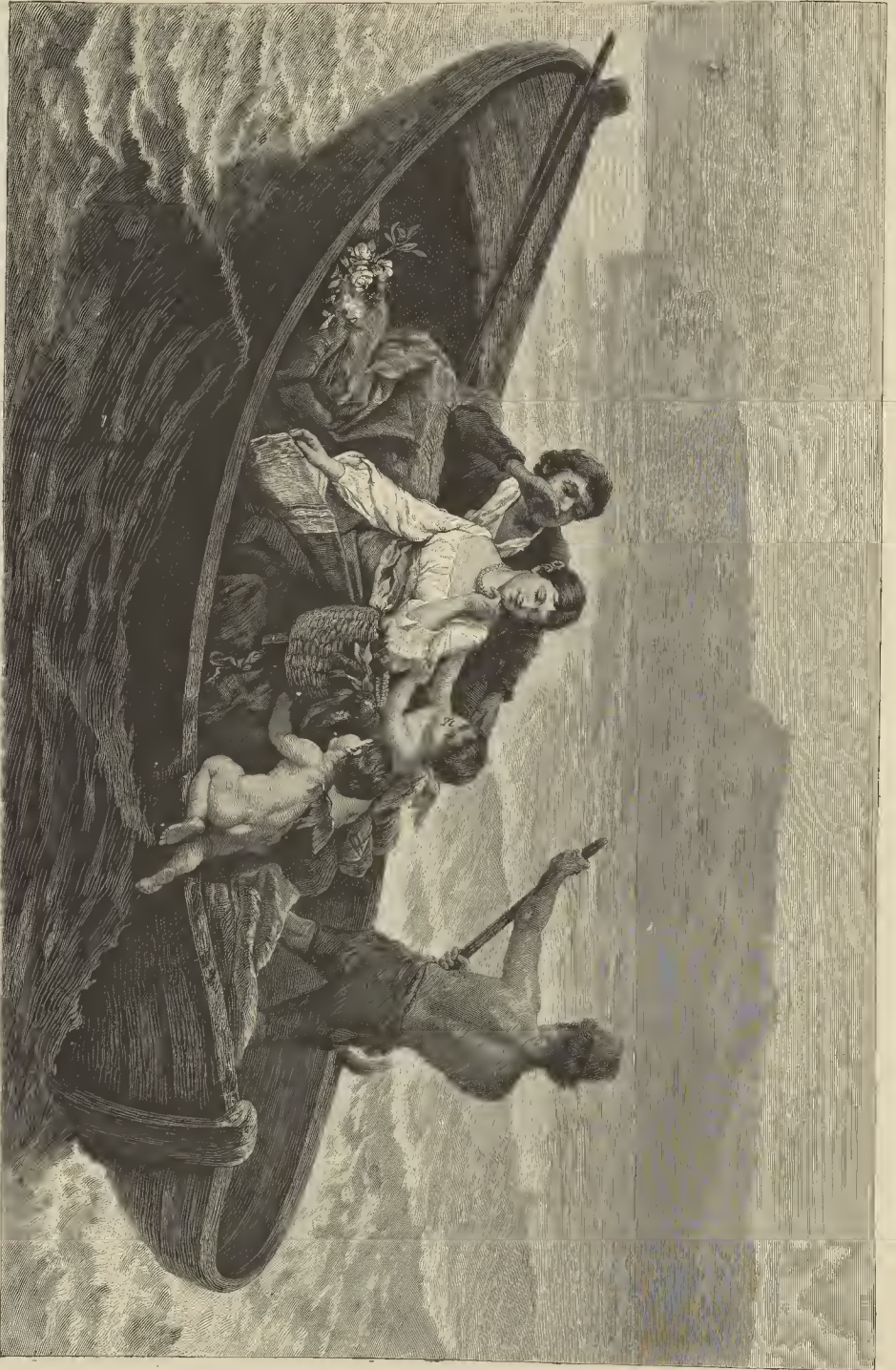
Tal se nos presenta, ó tal fué en su época, á grandes rasgos trazada, la figura de nuestro héroe; pero como la luz de la justicia, si se oscurece, no se apaga, convirtiéndolo sobre él todos sus rayos, mucho más resplandecientes por reflejar en el pasado olvidado, nos lo hace ver hoy tal cual es: como grande entre los grandes. Por eso nosotros quisiéramos conocerla desde sus más primitivos y mínimos detalles; porque quisiéramos saber cómo germinó y se desarrolló en su inteligencia una idea que si alguno podia admitir como posible, sólo él podia creer como cierta; idea cuya concepcion es un atrevimiento inusitado, cuya exposicioin ponía á uno en tristísimo apuro, cuya realizacion demandaba tanto esfuerzo, tanta constancia, llevaba en sí tanto peligro.

En general somos poco aficionados á pensar seriamente y nos ocurre que cuando se nos dice una cosa que todos la creen ó cuyos resultados estamos viendo desde la infancia, la creemos sin ninguna dificultad, y aún en estos tiempos de maravillosos y repetidos descubrimientos, nos ocurre más: estamos tan dispuestos á creer cuanto se nos anuncia, que no paramos mientes en las dificultades de cuanto hasta ahora se ha hecho ó en adelante pueda hacerse. Pero retrocedamos al siglo XV; pensemos cuán nulo era el desarrollo de las ciencias de aplicacion; pensemos en que los conocimientos astronómicos y cosmográficos descansaban en el sistema de Ptolomeo que, haciendo á la tierra centro, parte principal y mitad inferior del universo, no podia tener sino pequeñas partes, que entonces parecian inmensas, para la habitabilidad de la raza humana; despues aguas, muchas aguas, pero no aguas tranquilas é inofensivas como las de las orillas de nuestras costas, sino aguas traidoras y absorbentes que se significaban en los mapas despues de las terribles palabras *mare tenebrorum* con figura *ad hoc*, que ya era una mano negra, la de Satanás, que apresaba y hundía al osado que en ellas se presentaba, ya el pájaro rock, de inmensas alas y poderoso pico para alzarse con navíos enteros y destrozarlos. Esto en cuanto á los peligros; en cuanto á las razones, la tierra no podia ser un globo, porque ignorándose el efecto que causan en los cuerpos el centro de gravedad, se seguía que los del hemisferio opuesto tendrian entonces que andar con la cabeza abajo y los piés arriba; á más que los libros sagrados, ó la tradicion fundada en ellos, enseñaba la unidad de la tierra, de la humanidad adámica, de la familia redimida por la divina sangre y que era absurda y manchaba de herejía, segun la incontestable autoridad de Lactancio, San Agustín y Nicolás de Lira, la opinion de que hubiese antípodas.

La ciencia, pues, con su círculo de hierro y las ideas religiosas cohibiendo el ánimo, hacian imposible pensar en un más allá, ó si se pensaba tenía que ser por intuicion, lo cual, si muy bastante para el que la siente y está en condiciones de poder ejecutar, es muy poco para el que ha de disponer á otro, primero á que la crea, segundo á que se arriesgue á ayudarle. Hé aquí por qué el que primero habló de haber más tierras que las del antiguo mundo, halló en el desarrollo de su proyecto tantos obstáculos, porque no podia menos de hallarlos: idea tan grande sólo podia ser comprendida por tan grandísimo genio; por eso se encarnó en el tal idea, porque sólo él podia salvarla.

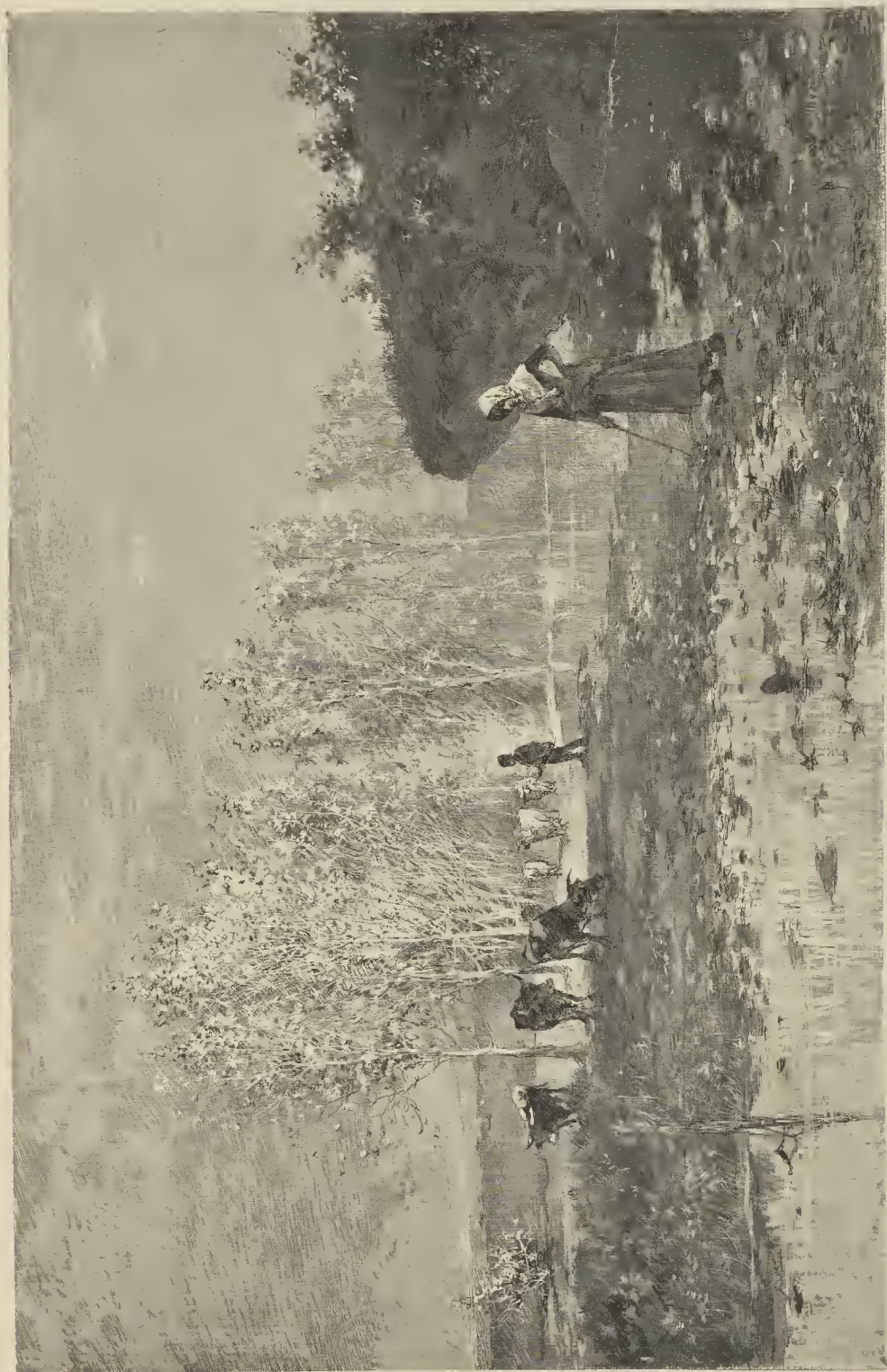
**

Segun cálculos, hacia el año 1435 ó 1436 y en Génova ó Savona vino al mundo Cristóbal Colon. Estudió dos años, fué cardador de lana otros dos y contando catorce de edad se hizo á la mar. ¡A la mar, á ese espacio de



UN IDILIO EN EL MAR. cuadro por J. Kray

EXPOSICION PARES



MELANCOLÍA, cuadro por J. Marqués, dibujo del mismo

peligros, pero en cuya inmensidad tanto puede ver y concebir el genio! Navegó por todas las aguas entonces conocidas, tuvo muchas veces en inminente riesgo su vida, particularmente una en que despeñada su embarcacion, luchó tres días seguidos sobre un mástil contra las embravecidas olas. ¿Por qué le respetaron al fin? ¿Fue porque la muerte no puede con el genio hasta que el genio cumple su destino ó porque tal lance no fué más que una prueba para templar su ánimo, para disponerle á arrostrar serenamente los muchos peligros que en su mision le aguardaban? Decimos esto, porque en la vida de Colon hay mucho de providencial. Así, en 1470, arribó á Lisboa, centro entonces de los conocimientos cosmográficos y en donde pudo apreciar una serie de detalles que, insignificantes para cualquiera, sirvieron de mucho á su preparado espíritu. Su idea se convirtió en creencia y para él no hubo ya duda: la tierra era redonda, y hecha con cálculo y plan, ni podía haber la zona abrasadora de que en último término hablaban los más transigentes, ni podía haber obstáculo alguno para que los vastos espacios complementarios del mundo conocido fuesen habitables y se comunicasen entre sí. En su genio, no cabía ya otra cosa sino buscar el camino, y queriendo engalanar á su patria con tal gloria, á ella se dirigió en 1476; pero con tal desprecio fué oído que ni respuesta obtuvo, encaminándose á Venecia, y si más afortunado aquí se le dio, es para llamarle orgulloso visionario: vuelve á Portugal, y una comision encargada de oírle, rechaza sus ideas como delirio de un loco.

Colon ejerce, sin embargo, un secreto ascendente: hace proposiciones que merecen tristes calificativos: el entusiasmo, la conviccion con que las apoya, la majestuosidad con que expone y pide, deben significar algo. Por eso la junta que cree expuesta su seriedad si aprueba; que se ve halagada, si, aceptando, acierta, busca un modo, sin reparar el medio, de alcanzar todas las ventajas, sin correr inconvenientes. Y con efecto, invita á Colon á presentar un plan detallado y demostrativo del proyecto, so pretexto de estudiarlo, pero con intencion de hacerlo ejecutar por cuenta propia y en secreto. ¡Infame estratagemá que una tempestad del mar y el poco genio del piloto elegido desbarataron en pocos días! Irritado Colon, salió inmediatamente de Portugal, fines de 1484, volvió á su patria, quiso otra vez entenderse con ella y ella le dió... otra desdichosa repulsa.

Pero como si supiese que algo tenia que cumplir, Colon ante nada ceja. Valerosísimo campeón de la ciencia, á quien puede darle auxilio le dice lo que piensa; si no se lo da, le desprecia y sigue adelante. ¿Que nadie le hace caso? No importa; él es más que todos porque representa *algo*, al paso que los demás sólo representan la *negacion*: el vencerá pues. Vencerá, sí, porque nunca falta á la razon un fray Juan Peres de Marchena que la defiende. La dificultad es dar con él y Colon dió apenas puso su pié en la noble España, que, teo entonces del mundo, por su heroísmo, lo atrajo; que madre solicitada, por su proteccion, lo hizo su hijo; por que si Colon, hombre, es por azar genovés; Colon, genio, por adopcion es español; porque si en Génova recibió el sér, por España recibió la gloria. Vino pues á España con todos sus cariños, reconcentrados en su jóven hijo Diego, y con todas sus esperanzas, reconcentradas en sus proyectos; mas dirigiéndose, ántes de dar éstos á conocer, á Huelva, con objeto de dejar el hijo en casa de un pariente, se acercó al convento de Santa María de la Rábida á pedir por el amor de Dios un poco de pan para el necesi-



EN LA IGLESIA, cuadro por A. Spring

tado niño. De aquel convento era prior el padre dicho, quien viendo el porte distinguido, áun en su indigencia, de Colon, le invitó á descansar. Colon aceptó y habló y, como dice un escritor contemporáneo, el padre Marchena escuchó, comprendió y creyó. Desde este instante, febrero de 1486, el padre Marchena fué la verdadera providencia del proyecto. Valido de su ascendente sobre Isabel la Católica, de la cual habia sido confesor y ante la cual gozaba gran reputacion de hombre sabio y de virtud, todo lo empleó en favor de Colon. Por cierto que todo lo necesitó, más una constancia de seis años para vencer los muchos entorpecimientos que opusieron algunos cortesanos y la empresa de la reconquista que tanto embargaba á los reyes. Isabel, que tambien presentia, se puso al lado de los ménos, nombró una comision para formalizar el contrato de convenio y resultó un nuevo entorpecimiento porque Colon pedia lo que la comision, poco afectá, rechazó por insolente jactancia, y era: el título para sí y sus sucesores, de grande almirante, el virreinato de las islas y continentes que iba á descubrir, el derecho de proponer gobernadores y el décimo del total de beneficios; mas los amigos que ya habia predispuesto el padre Marchena y los creyentes que ya habia hecho Colon, entre los cuales se distinguieron el cardenal Mendoza, Alonso de Quintanilla, y sobre todos por su energía en apoyar y generoso ofrecer, Luis de Santángel, obraron tal efecto en el conzon de Isabel, que á todo accedió; hasta, si era necesario, vender sus joyas. ¡Qué podia coronar mejor el gran proyecto que este ilustre trinidad de Colon, Marchena é Isabel, ó sea del genio que concibe, el genio que comprende y ampara y el genio que ampara é impulsa!

Firmáronse pues las escrituras el 17 de abril de 1492, y aunque debia emprenderse el viaje inmediatamente, las resistencias que opusieron los vecinos de Palos de Moguer, que por una obligacion que tenian con la corona, eran los que debian prestar los bajeles, entorpecieron la salida hasta el 3 de agosto, en cuyo amanecer zarpó de dicho puerto la expedicion con tres carabelas, la *Santa María*, en la que iba Colon, y la *Pinta* y la *Niña* comandadas por Martin Alonso Pinzon y Vicente Yañez Pinzon.

Mucho trabajó Colon hasta verse embarcado, muchísimo trabajó despues hasta llegar al descubrimiento que buscaba; por fin lo halló á la madrugada del 12 de octubre en la isla Guanahaní, que desde entonces se llama de San Salvador. Siguió explorando el archipiélago de las Lucayas, al que pertenece la ciudad, continuó al de las Antillas, en el que exploró Cuba y Haití, y habiéndosele extraviado Alonso Pinzon con la *Pinta* é ido á pique la *Santa María*, el 4 de enero de 1493 se dió á la vela para España. Poco diremos del regreso por lo mismo que tiene mucho que decir: fecundísimo en adversos trances, puede formar interesante cuadro en la epopeya de que es tan digna la vida de Colon, y si se concluyó fué sin duda porque todo se concluye en este mundo: por eso arribó á Palos el 15 de marzo de 1493.

**

Colon venció, pero no descansó; llegó al fin de la obra, pero no al fin del trabajo: en la idea era un profeta, pero en la vida era un soldado perpetuamente batallando; cuando no los hombres, el elemento, cuando no el ridiculo, la ingratitude; todo era contra él! Obtenidos los honores que por de pronto no pudo ménos de merecer su triunfo, volvió á la desgracia, con la desgracia bajó al sepulcro y en el sepulcro le acompañó mucho tiempo. Por lo debemos mucho. Honrémosle, pues: honrémosle, sí, que honrándole, nos honramos, y amaovechando el aniversario de su triunfo, de este glorioso día en que Colon presentó un mundo nuevo al mundo antiguo, evoquemos su espíritu para decirle: hombre eminente, no te apenes las injusticias de tus contemporáneos; no te apenes si te despreciaron vivo hasta hacerte arrastrar vida miserable, ni si te olvidaron muerto, hasta dejar perder tus restos. ¡Tus restos, que hoy que la justicia impera, se buscan como una reliquia, tu vida que nos inspira tantas bendiciones!

MARIANO PRESTANERO

LA BUENAVENTURA (Conclusion)

¡No habia que apurarse por eso! él se casaría con la comadre y adoptaría al chico. Así como así, de padre á padrino sólo hay unas letras de más ó de ménos.

Estas ideas entraron en el pensamiento lígubre de Jorge y asociadas con los sucesos de aquella mañana en la Virgen de la Paloma, parecian completarse unas con otras dentro de su ebrio cerebro. Bien podian estos últimos ser un aviso y aquellas una revelacion. El compadre no dejaba el estribillo.

—Te repito que no hay motivo para estar triste. Come y bebe hasta reventar. Yo en tu caso me moriría contento.

A Jorge le temblaba la mano y, al beber, el vaso castañetaba con sus dientes. ¿Qué habia hecho él para mere-

cer la muerte? ¿A quién había faltado? ¿A quién ofendido?

—No te preocupes lo que vendrá después, repeta Miguel; aquí quedo yo dispuesto a todo; te lloraremos, te enterraremos, y antes de cumplir el luto nos casaremos; ¿no es verdad, madre?

Esto no le consolaba á Jorge, porque lo que él sentía en tal caso sería separarse de su mujer y su hijo, no volverlos á ver nunca. No, esto no podía suceder; la Virgen de la Paloma no le desampararía hasta ese extremo. Jorge tenía fe en ella, y le daba el corazón que había de venir en su auxilio como siempre.

—Vino, venga vino, gritó Miguel arrojándose sobre la bota. ¡Diablo, si está vacía! ¡la han sacado las tripas!... ¡Nada!... ¡que si quieres!... ¡mi gata! Oye tú, Jorge; trae más vino; ¿oyes? que traigas más vino. ¿Se convida de esta suerte á los amigos? Quiero vino, vino; más vino.

Y se puso á gritar como un loco.

Jorge se levantó y volvió á caer todo lo largo que era.

—¡Borracho! le gritó el compadre que ni podía moverse.

Jorge se levantó y cayó varias veces, hasta que por fin, tambaleándose y dando tropezones cogió la bota y se encaminó hácia la taberna.

—No, no quiero morir, iba diciendo en voz alta; no quiero dejar á mi mujer; no quiero separarme de mi hijo, Virgen de la Paloma, no me desampares.

—Oye, salao; ¿quieres que te diga la buenaventura?

Jorge abrió sus ojos todo lo grandes que eran y, poseído de un miedo infantil y supersticioso, se detuvo. Las gitanas le causaban un terror profundo.

—Dame una limosnica para mis churumbelicos que están jambrios y esmayaitos, y te adinaré un secretillo que tienes en el corazón.

En medio de su borrachera, quizá influido por ella misma, el ebanista, que no dudaba ni un punto de las facultades adivinatorias de las gitanas, sintió una corazonada y una curiosidad invencibles. Lo que tanto anhelaba saber podía conseguirlo con sólo extender la mano. Sin embargo, no se atrevía.

—Vamos, salao, ¿te digo la buenaventura? La Virgen de la Paloma es quien me envía.

Indudablemente la gitana había oído las últimas palabras de Jorge. Este, al escuchar el nombre de la santa patrona, extendió el brazo y abrió la mano sobre cuya palma salieron unas cuantas monedas de cobre que para comprar el vino llevaba.

—Toma; para tí todo, dijo á la mujer, la que recogiendo los cuartos, hizo sobre la ancha mano de Jorge la señal de la cruz diciendo con cierta solemnidad grave:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén;—y dijo esta última palabra estampanando un ruidoso beso en la limosna que, entre el pulgar y el índice, tenía.

—Esta rayica que cruza á lo largo de la mano y se pierde entre los dedos dice que tu vida ha de ser larga y dichosa; y esta otra que cruza la primera te avisa que vivas prevenido, pues tienes un amigo que, envidioso de tu fortuna, trata de engañarte y robarte lo que más estimas en el mundo. No te confíes de él; aunque es para tí cariñoso, te las guarda y jura en el fondo de su alma y te desea la muerte con todo su corazón. Quiere perderte, codicia tu mujer y tu hacienda, y no perdona medio de conseguir sus intenciones; pero la Virgen de la Paloma me ha mandado para advertírtelo, que ella te ayudará si tú te ayudas, como así lo espero, porque eres valiente y á pesar de tus buenos sentimientos darás su merecido á quien te falte. Y adios, hijo mio, que al buen entendedor con pocas palabras basta y ya hemos hablado de sobra.

Jorge quedó aterrado, permaneciendo por algún tiempo inmóvil y mudo, paralizado el pensamiento, abotagado y absorto como si fuera un estúpido.

La borrachera entorpecía su inteligencia, y cuando ésta comenzó á funcionar influida por aquella, tomaba las ideas por hechos indudables, los delirios por realidades, las casualidades por avisos providenciales y las palabras por sucesos consumados. Vivía en la imaginación y á través de ella contemplaba el mundo y las cosas.



MARÍA HBILBRONN, de la Opera ómica francesa

Para Jorge era evidente todo aquello que la superstición le sugería. ¡Se atunaban y engranaban tan bien unas cosas con otras que, las palabras de la gitana, fueron como el enigma y la explicación del misterio! La bola de nieve fué creciendo en su febril cabeza. La embriaguez la dió proporciones colosales y llegó al fin ántes de haber tocado el principio.

Si su compadre Miguel era un malvado, quería robarle su mujer y su hijo y no se detendría en los medios hasta conseguir apoderarse de ellos. Sus palabras revelaban bien claramente sus intenciones; pero afortunadamente había sido prevenido y ¡por Cristo! que se las había de pagar todas juntas.

La cólera y la ira se apoderaron del corazón de Jorge y, vomitando improperios y maldiciones, tiró la bota del vino contra el suelo, echó á andar tambaleándose y dando tropezos, al propio tiempo que la noche iba borrando el paisaje con sus primeras sombras.

Antes de llegar al sitio donde su mujer y el compadre le esperaban se encontró con su hijo, el cual al distinguirse corrió á él y se abrazó á sus piernas, de tal suerte que á poco da con su padre en tierra.

—Quita de en medio, dijo soltando un terno, y dando al muchacho un golpe con la rodilla. ¿Qué diablos quieres?

—Madre está llorando, exclamó Juan. Viendo que V. tardaba tanto ha ido á buscarle y ha vuelto diciendo que no le encontraba. El señor Miguel se reía porque, á lo que dijo, ya sabía él que tenía al fin que suceder todo esto. Yo he salido corriendo, he preguntado por V. á todo el mundo y nadie le conocía. Unos guardias me han querido coger, pero yo me he escapado. Venga V., padre. Venga V. pronto para que madre no lllore.

Esta relación, dicha, deshilvanadamente, exasperó á Jorge, hasta hacerle estallar de rabia y de furor, cuando llegó cerca del corro oyó al compadre que gritaba:

—No se apure V., mujer, no se apure V. por tan poca cosa. ¿No la dije yo á V. que había de morirse? Pero, ¡qué importa! ¿Soy yo costal de paja? Apechuque V. conmigo.... Verá V. qué felices somos. ¡Ea! para que se va-

ya V. acostumbrando, démosnos un abrazo.

Miguel se dirigió á María y, que querías que no, la estrechó entre sus membrudos brazos, al propio tiempo que Jorge, cogiendo un cuchillo, se lanzó sobre su amigo.

Nadie recuerda cómo fué; las cabezas estaban mal seguras, la memoria borrosa, y además, había entrado ya bastante la noche; pero lo cierto de ello es que Jorge, en vez de dar contra su amigo, hundió el cuchillo por tres veces en el pecho de su pobre mujer, la cual espiró en el acto.

Al llegar á este punto, Jorge, que me refería en una de las habitaciones del presidio de Alcalá la historia de sus desgracias, rompió en sollozos.

—¿Qué es de su hijo de V.?

—Le pregunté maquinalmente.

—Sigue el mismo oficio que yo tuve.

—¿Y Miguel?

—Viene alguna vez que otra á verme; me proporciona recursos y cuida y atiende á mi hijo allá en Madrid.

—¿Cuánto tiempo le resta á V. todavía de prisión?

—Dos años: si ántes no hay indulto.

—¿Y después?

—Trabajaré y viviré honradamente.

—¿Cree V. en la buenaventura?

—¡Ah! señor; he creído en ella; pero ya no volveré á ser tan imbécil. ¿Cómo he de creer en esas cosas si á ellas debo mi mala suerte?

Me despedí de Jorge, y al trasponer la puerta del presidio me dije para mí mismo:

—¡Es muy posible que las preocupaciones engendren en la vida más crímenes que la corrupción y las malas pasiones!

VICENTE COLORADO

LA CIENCIA ANTIGUA

Nada brota por repentino impulso ni en la ciencia, ni en la sociedad humana, ni aun en el mundo físico. Todo tiene su historia, sus precedentes, sus prolegómenos por decirlo así.

A la salida del sol precede el crepúsculo matutino en que grado á grado las sombras de la noche se van fundiendo en la claridad del nuevo día. El crepúsculo vespertino sigue á su vez á la puesta del sol, y las tinieblas nocturnas llegan lentamente por el ancho espacio.

Y de este mismo modo toda transformación social por brusca que al parecer sea tiene su crepúsculo; y todo progreso científico viene creciendo de lo antiguo por insensibles incrementos.

Toda nuestra ciencia de hoy, toda esa prodigiosa industria, que ha cambiado la manera de ser de las modernas sociedades, son árboles espléndidos que hunden sus invisibles raíces en las negras profundidades de los siglos que pasaron.

La mecánica es tan antigua como la historia, ó por mejor decir mucho más antigua que la memoria escrita ó que la memoria tradicional de los pueblos y de las razas. Y la termodinámica, ciencia modernísima, se remonta si no como ciencia como germen, á los griegos y á los egipcios, como vamos á ver con un ejemplo escogido entre mil.

Pero en el origen de las sociedades, al ménos de las que nos son conocidas, la ciencia no es libre.

El sacerdote la crea ó la recoge, y cuidadosamente la guarda entre las sombras del misterioso templo ó en el sombrío cráneo del iniciado, templo humano más imperecedero que el de piedra y bronce. Es más: no sólo la casta sacerdotal crea la ciencia y la cultiva y la conserva, sino que la explota en beneficio del culto y quizá también de sus ministros.

Imaginemos que hoy una raza sacerdotal fuese única poseedora de todas las grandes leyes de la ciencia, de todos los secretos de la industria, de todas las fuerzas naturales que el genio libre del hombre ha creado: duena del vapor, del telégrafo, de la luz eléctrica, del teléfono, del fonógrafo; templos las estaciones de caminos de hierro, templos las estaciones telegráficas, templos las fábricas de gas y las de manufacturas, y cosa profana el resto; profana en suma toda la masa social; masa inocente y asombrada que vería correr abrasadas locomotoras con espantosa velo-

ciudad; que oiría la voz del amigo, del hermano ó de la mujer adorada á muchas leguas de distancia; que sentiría el rayo al mandato del exorcista; y que se prosternaría aterrada ante prodigiosas potencias de todo punto incomprensibles. Espanta pensar la influencia de una clase que con tales condiciones de poder se viese.

Pues esta, aunque en escala mucho más reducida, era la situación del sacerdocio egipcio y áun del sacerdocio helénico ante el público ignorante y creyente.

Hemos dicho que vamos á tomar un ejemplo en la ciencia antigua, y el lector que quiera estudiar otros muchos, puede acudir al interesante libro de M. Albert Rochas titulado «*Les origines de la science*», cuyo autor los toma á su vez en gran parte de las «*Ennémetas*» de Heron.

Se trata de fingir el siguiente prodigio y de resolver el siguiente problema.

Un santuario.

En él un *ara maravillosa*, especie de pilastra en cuya superficie superior ha de encenderse *el fuego sagrado* para las ceremonias del culto.

Enfrente una capilla ó nicho con la divinidad en su centro y con sus puertas ordinariamente cerradas.

Estos son los datos, y el prodigio consiste, en que *espontáneamente*, sin que mano oculta intervenga, sin que nadie pueda salir del santuario ni éste tenga comunicacion con lo exterior, al punto que el fuego arda en el hogar, las puertas de la capilla por sí mismas giren y se abran y muestren la figura venerada del Dios. Y que despues al apagarse, se cierren; y que cuantas veces se repita una ú otra operacion, á intervalos arbitrarios, sin que pueda suponerse que hay aviso ú orden, coincidan automáticamente ambos hechos.

¿Se enciende el fuego del ara? se abren por sí mismas las puertas.



Santuario cuyas puertas se abren cuando se enciende fuego en el ara.

¿Se apaga? por sí mismas se cierran.

Tal es el problema mecánico; hé aquí la solución según el autor citado la describe.

Todo lo que sigue está en una pequeña cámara bajo el piso del santuario.

El altar (ó el ara) es hueco, quizá de una sustancia me-



[ABRE] cuadro por H. J. Zügel

tálica y completamente cerrado: claro es que estará ocupado por una masa de aire.

De dicho hueco parte un tubo, que termina en una esfera tambien cerrada y casi llena de agua.

Del fondo de esta capacidad sale la rama mayor de un sifon cuya rama menor desemboca en una especie de marmita ó cubo.

La marmita está suspendida á una cuerda que pasa por una polea, bifurcándose despues en otras dos cuerdas que dan vueltas alrededor de *dos ejes*, los cuales son precisamente los ejes de las dos puertas del nicho ó capilla de la divinidad, prolongados hasta la cámara subterránea.

Por último alrededor de cada eje hay arrollada otra cuerda y ambas se reunen en una sola, que pasando por una polea termina en un contrapeso.

Este contrapeso estrirando las cuerdas mantiene cerradas las dos hojas del camarín ó capilla.

Veamos ahora cómo funciona el mecanismo que precede.

Enciéndose fuego en el ara: el calor dilata el aire de su interior: la fuerza elástica de éste empuja al agua del depósito esférico, la obliga á subir por el sifon y la vierte en la marmita.

Cargada esta última con el líquido, que á ella ha pasado, tira con nueva fuerza de las dos cuerdas, vence la resistencia del contrapeso, hace girar los ejes de las puertas y sus hojas se abren apareciendo la imagen á las asombradas miradas del oficiante, quizá del mismo Rey.

Hasta aquí la primera parte del prodigio.

Pasemos á la segunda.

El fuego se apaga: el aire se enfría y deja de oprimir al agua del depósito esférico: la presión atmosférica domina sobre el agua de la marmita y la empuja por la rama corta del sifon que es la que en ella penetra, dejándola en seco como estaba el principio.

De este modo vuelve el líquido, por el juego natural del sifon, al depósito esférico, y la marmita pierde su peso supletorio. Incapaz de esta manera de sostener el contrapeso, este la vence, tira de sus cuerdas, hace girar los ejes y las puertas del camarín se cierran espontáneamente; tan espontáneamente como se abrieron.

La segunda parte del milagro queda cumplida: se apagó el fuego, se cerraron las puertas.

Es verdaderamente admirable en su sencillez el mecanismo que acabamos de describir, y si en vez de ser patrimonio de unos *pocos escogidos*, si en vez de ocultarse en las sombras de un templo, se hubiera mostrado á la inteligencia de miles y miles de seres, quién sabe hasta dónde lo habría fecundado el aire puro de la libertad y la luz espléndida de los cielos.

Quizá hubiera adelantado algunos siglos la civilización moderna: ¿quién sabe?

En una pequeña cripta, en las tinieblas de un templo, monopolizado por unos pocos, fué sencilla, estéril, sirviendo cuando más para asombrar á unos pobres creyentes y para estimular el culto de algún Dios monstruoso ó ridículo de las orillas del Nilo.

¿Y sin embargo cuántos gémenes de vida industrial y de vida científica hay en esta superchería sacerdotal!

La teoría del calor como fuerza motriz está allí. Allí en germen la moderna máquina de aire caliente.

Y bajo el piso del santuario se ahogaban, si así puede decirse, grandes y fecundas leyes de la física.

Porque, en efecto, ¿á qué se reduce todo el artificio? A utilizar la fuerza elástica del aire dilatado por el calor. En último análisis el fuego dilata el aire de un recinto cerrado, y este aire levanta un contrapeso. No más.

Pues esta es, como decimos, la modernísima máquina de aire caliente, posterior á la máquina de vapor.

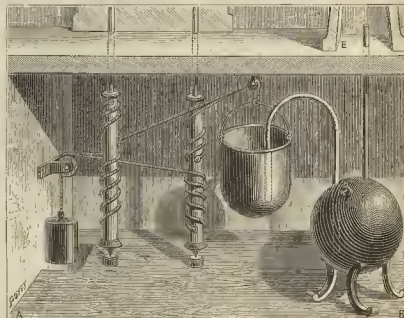
Esta es la aplicación del calórico como fuerza motriz.

Esta es la termodinámica de nuestros días.

Potencia motriz: la energía del calórico. Hogar: la superficie del ara. Cuerpo elástico intermedio: el aire. Embolo móvil: una columna de agua. Fuerza resistente: un contrapeso. Trabajo útil: abrir las puertas de un

camarín sagrado. Efecto moral: asombrar cándidos y alentar supersticiones. Efecto económico: reunir ofendidas.

Atropellad esfinges: pasad pilones: cruzad patios y columnatas: rompied las puertas del misterioso santuario: arrancad el ara impura de un apís ó de un osiris: sacadla al sol: tendedla sobre dos carriles, y se convertirá el fuego sagrado en hogar; y la caja del ara en cuerpo de locomotora; y en vapor el agua del depósito esférico; y el fingido prodigio y la indigna superchería se convertirá tambien



Mecanismo situado bajo el piso del santuario para que se abran las puertas al encender el fuego del ara.

en verdadero prodigio de la industria y en admirable verdad de la ciencia.

Porque es lo cierto que el mecanismo de que nos ocupamos, áun en sus últimos pormenores, supone un gran adelanto relativo de la mecánica, de la física en general y de la hidráulica en particular.

Llama la atención ante todo el juego del sifon, que permite al mecanismo funcionar espontáneamente en sentido inverso para cerrar las puertas del camarín.

En efecto, el sifon tiene su rama mayor en la capacidad esférica y su rama menor en la marmita. De este modo cuando el fuego se extingue y el aire se enfría, el sifon actúa en su sentido propio y saca toda el agua de aquella volviéndola al primer depósito.

Eran pues conocidas de los egipcios, al ménos empíricamente:

- 1.ª La acción del fuego como fuerza motriz: grande ó pequeña, poco importa.
- 2.ª La dilatación del aire por el calórico.
- 3.ª La ley fundamental del sifon.
- 4.ª La ley mecánica de las poleas.

Todo combinado con la más extrema sencillez y con el más sutil ingenio.

Otros muchos artificios y mecanismos pudiéramos citar, casi todos inventados con fines religiosos poco correctos; pero no por el uso que de ellos se hacia son ménos dignos de estudio.

La ciencia es en verdad muy antigua y la ciencia egipcia supone un inmenso período de civilización; que en verdad no se levantan pirámides, ni se construyen templos prodigiosos, ni se perforan montañas enteras al despertar del sueño del salvajismo.

JOSÉ ECHEGARAY

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



AÑO III

→ BARCELONA 17 DE MARZO DE 1884 →

NÚM. 116

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN BUEN AMIGO

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL ESCAPARATE FANTASMA, por don Benito Mas y Prat.—LA CAVERNA DE LA MUERTE (continuación), por don F. Moreno Godino.—MONASTERIO Y PALACIO DE CARACATEDO, por don F. Giner de los Ríos.

GRABADOS.—UN BUEN AMIGO.—EN EL PIANO.—SHEREZADA, cuadro por Fernando Keller.—FLORES PARA LA FIESTA MAYOR, cuadro por Virgilio Ripari.—¡YA LLEGA PAPÁ! cuadro por F. Sadé.—LA MUERTE DE VIRGINIA, cuadro por Miola.—EL AMOR Y EL HADO, grupo escultórico por Gustavo Doré.

NUESTROS GRABADOS

UN BUEN AMIGO

Mucho habría que decir del título de este cuadro. Mas, al fin y al cabo, no se trata de la significación de la cosa, sino del mérito de una composición pictórica. Además, a la vista de ese tipo cándido, al considerar cuán graciosamente cobija la niña en su seno virginal al felino que considera ser su buen amigo, lo único que se nos ocurre es temer por esa niña inocente, que no conoce las mañas gatunas.

EN EL PIANO

La juventud y la belleza, la belleza y la poesía, la poesía y la música, son ideas que se enlazan perfectamente. Una composición cualquiera que las comprenda en un grupo artístico, ha de producir forzosamente una impresión favorable; y esto ocurre á la simple vista de nuestro grabado. Una niña espiritual, quizás demasiado espiritual, ejecuta en el piano una de esas obras, llenas de suavísima armonía, que durante mucho tiempo hemos desleñado y que posteriormente se han convertido en calificativos de magistrales. Al lado de la ejecutante dormita un joven, dormita que no duerme; es decir, experimenta una de esas sensaciones que embargan el espíritu y le trasportan á regiones que no son las regiones de este mundo.

Quizás el lienzo aparece algo frío; si su autor no es inglés, debiera serlo, según el juicio que generalmente se tiene formado de los hijos de Albion; por más que en el arte pictórico sus artistas sienten, conciben y ejecutan como el más ardiente poeta del Mediodía.

SHEREZADA, cuadro por Fernando Keller

Pocas obras han tenido en este siglo la popularidad que obtuvo la de Gallaud, titulada las *Mil y una noches*. El autor ha supuesto en ella la existencia de un sultán que elevaba sucesivamente á su tálamo á cuantas mujeres tenían el singular capricho de dar su vida á trueque de ser reinas un solo día. A pesar de tan triste experiencia, Sherezada arrostra el peligro y en la noche de su fastuosa boda comienza á relatar á su imperial esposo una serie de cuentos maravillosos, cuyo interés se prolonga mil y una noches y se prolongara, ciertamente, mucho más, á no ser porque el sultán, maravillado del talento de Sherezada, revoca la orden de muerte cumplida en todas las precedentes sultanas.

El cuadro de Keller representa á Sherezada en el calor de su relato. La sultana no es una cuentista vulgar; sus relatos son el fruto de una portentosa imaginación oriental, y en su invento debe haber algo del genio que inspiró á los antiguos bardos los cantos patrióticos que tan grande influencia ejercían en el ánimo de los antiguos pueblos. El pintor, con buen acuerdo, ha hecho de Sherezada un verdadero poeta en el calor de su improvisación, y de su esposo el tipo de la dureza contenida por la curiosidad. De suerte que si un paísano nuestro ha expresado, en un hermoso grupo escultórico, la idea de la belleza dominando la fuerza; Keller, sin necesidad de apelar á los irracionales, ha dado forma á la idea de la dureza subyugada por la poesía.

FLORES PARA LA FIESTA MAYOR, cuadro por Virgilio Ripari

El pintor italiano que ha expuesto últimamente este cuadro en la exposición milanesa del palacio Brera, ha sobresalido en el país clásico del arte por la verdad y energía, por el desenfado y la acentuación, con que da cuenta de los sentimientos y de las pasiones que agitan el pecho de los jóvenes. Con una gracia no desocada como la de algunos dibujantes franceses, con un fuego comunicativo pero que no sonroja á los curiosos, pinta las escenas propias de la vida á los veinte años, fijando su catejole observador en todas las clases de la sociedad.

En el cuadro que hoy reproducimos ha presentado un hermoso grupo, mezcla original de realismo é idealismo, que únicamente pueden apreciar en todo su valor los conocedores del tipo italiano. Ripari titula su cuadro: *Fiori per la Sagra*. La sagra es la fiesta mayor del pueblo, y con efecto, una aldeana es la hermosa doncella del cuadro; pero una aldeana despojada de toda su rudeza, bien así como su galanteador tiene todo el aspecto físico de un pisaverde de salón. Tipos, uno y otro, esencialmente italianos y difíciles de apreciar por quien no está familiarizado con ellos, es indudable á pesar de todo, que la impresión que causa este cuadro confirma el gran concepto en que los artistas tienen á su autor.

¡YA LLEGA PAPÁ! cuadro por F. Sadé

Los pobres pescadores se han hecho á la mar para gran trabajo de su subsistencia y la de de sus familias: al traspasar el sol el horizonte, la de uno de ellos acude á la playa para aguardar el regreso de su jefe, siendo uno de

sus pequeños hijos el primero que divisa en lontananza la lancha, con esa mirada de águila propia de los acostumbrados á escudriñar los lejanos horizontes marinos; y al reconocer la barca paterna, lanza alegre la exclamación que sirve de título al lienzo. El autor de este, distinguido pintor holandés, se ha dado á conocer ventajosamente por sus marinas, y por la propiedad con que reproduce en sus cuadros la flora y fauna del Océano.

LA MUERTE DE VIRGINIA, cuadro por Miola

El cuadro de este título, que ha figurado dignamente en la última Exposición de Bellas Artes de Roma, es una composición vigorosa y llena de expresión y movimiento. A la puerta de un carricero romano yace el cuerpo inanimado de Virginia, cubierto de sangre. Su padre, con el arma homicida en la mano, se dirige airado contra los decemviro, sentados en el Foro y visibles en lontananza. Al rededor del paricida se agolpa una compacta muchedumbre de hombres, mujeres y niños, que en su actitud demuestran el horror de que están poseídos. Una mujer anciana, con el cabello suelto y la mano en la cabeza, que probablemente será la nodriza de la doncella víctima del puñal paterno, mira con tanto horror como cólera al enérgico Virgino. Todos los detalles de esta sangrienta y trascendental escena, así los trajes, como los objetos, son perfectamente adecuados á la época, y el lienzo en su conjunto da una perfecta idea del aspecto de la antigua Roma.

EL AMOR Y EL HADO, grupo escultórico por Gustavo Doré

Nuestro grabado es copia de un grupo escultórico, obra del famoso Doré, exhibido en el Salon de Paris de 1877. El Hado, representado en forma de una anciana de majestuoso aspecto, cuyas facciones son fiel trasunto de las de la madre del artista, está sentado sobre una roca, teniendo al Amor apoyado entre sus rodillas. Con su mano derecha sostiene las tijeras, símbolo de la implacable Atropos, y con la izquierda el hilo del humano destino; á sus pies yacen la rueca y el reloj de arena, teniendo uno de ellos apoyado en la aljaba del Amor, de la cual se escapan las saetas en ella contenidas. Es el fatal momento en que las terribles tijeras van á cerrarse para cortar el hilo de una existencia; el Amor, procurando retener este hilo con una mano é impedir el movimiento de las tijeras con la otra, levanta su hermoso y apenado rostro, y con mirada suplicante, parece implorar al Hado que respete aquella existencia; pero en vano; el destino ha de cumplirse, y el Amor es impotente para aplazar una hora siquiera su irrevocable decreto.

No pretendemos encomiar la elevación del pensamiento del artista, ni la ejecución del grupo escultórico en que le ha dado forma; esta obra está ya suficientemente juzgada por la crítica que ha emitido sobre ella su más envidiable fallo.

EL ESCAPARATE FANTASMA

I

La historia que voy á contaros me ha sido referida por ella misma, la última vez que la ví, cuando partía para San Baudilio en unión de dos de sus compañeras de infortunio.

Adelina se hallaba una noche en la vía pública delante del escaparate del joyero Giuseppe Lenon, con su pañolillo lleno de prendas atacadas al brazo, haciendo una de esas estaciones tan gratas á la mujer, y sobre todo á la mujer bonita.

La joyería de Giuseppe Lenon era la mejor joyería de la corte, y su escaparate, grande, muy grande, como el orgullo y la ambición de los usuales parroquianos del establecimiento.

Tras su magnífico cristal, claro y limpio hasta el punto de no percibirse sino al contacto de la mano; sobre sus paños de terciopelo, clavetados de plata; bajo sus grandes reverberos cubiertos de colosales pantallas, lanzaban chispas de luz; relámpagos irisados, microscópicas centellas, una multitud de caprichosos objetos de oro y piedras preciosas; un verdadero mar de solitarios y sargas de perlas; una miriada de alhajas colocadas en preciosos estuches de aromáticas pieles, cuyas tapas entreabiertas como fauces de caiman tapizadas de paño de seda, parecían demandar con fiereza las miradas de los transeúntes.

Contemplaba Adelina todas estas preciosidades y dejaba vagar su imaginación por lontananzas color de rosa, reflexionando cuán bien sentirían en sus orejas aquellos pendientes figurando alados insectos, en sus muñecas aquellas sierpepillas de oro, y en su cuello mórvido y redondo, tales calabotes y conules medallones plagados de rubíes; cuando se le acercó un desconocido cuyo largo leviton y ancho sombrero ocultaban uno de esos bustos de sátiro que con tanta frecuencia aparecen en los cuadros de Rubens. Su boca, gruesa y recogida hacía las orejas, dejaba asomar unos dientes mutilados y desiguales, como las almenas rinosas de una fortificación romana; sus pupilas, verdes como las del gato, estaban fijas en escleróticas sanguinolentas; su nariz, chata y encorvada, ensanchábase de vez en cuando, como la de un corcel de batalla ántes del combate.

Adelina, al ver tan cerca de sí aquella figura, digna del pincel de Hogarth ó del lápiz de Ortega, quiso huir prontamente; pero el desconocido pareció comprender el mal efecto que había producido su presencia y no díó lugar á que la jóven acentuase su movimiento de repulsión, ántes

bien, entrando en el establecimiento y tomando su puesto de observador al otro lado del escaparate, puso entre Adelina y él un regular espacio; colocados así el uno frente al otro, *vis á vis* como dicen los franceses, sólo los separaba un muro de cristal y de diamantes.

Nuestra heroína hubiese abandonado su observatorio de buen grado por no soportar la mirada inquisidora del hombre-sátiro; pero ¡cran tan bonitas las joyas que aún no había examinado! ¡Tenía tantas cosas que decir á un brazalet de piedras color de cielo, que estaba, como quien dice, saliendo del estuche!

Olvídada del curioso impertinente que seguía sirviendo de término á aquel paisaje de pedrería, Adelina volvió á engolfarse en sus imaginaciones.

Recordó haber leído en cierto libro que le prestara una vecina suya, más entrada en malicia que en años, que las piedras preciosas tenían en gran virtud de alcanzarlo todo. Con un collar de granates, podía atravesarse el océano sin correr peligro de muerte; con un topacio amarillo, en el que hubiese grabado un halcón, no había que temer asechanzas de los calaveras ni de los vicios verdes; con un aderezo de sardónicas ó un hermoso berilo montado en oro se gozaria, por siempre, de buena salud, sometiendo de paso al blando yugo algún opulento Nabab, ó guapo manco, valeroso y príncipe por añadidura.

Como consecuencia de estas grates reflexiones, cruzaron por su imaginación los lujosos trenes que solían acompañar á las joyas que estaban escalonadas ante sus ojos, de los que aquellas brillantes piedras eran tan sólo corona y complemento, acabando por sonar, despertando de pie, en carretelas, corceles, lacayos, alcazares perfumados y cubiertos de alfombras, cámaras nucleares con blandos lechos, y gabinetes formados de raso azul alabrado por opacas limpiaras de porcelana.

Los transeúntes, entre tanto, pasaban y pasaban: la calle, llena de activa muchedumbre, era como viviente mar en cuya orilla permanecía Adelina sirviendo de escolto. Las risas, los murmullos, los animados diálogos de los que iban y venían por aquel lado, apenas llegaban sacarla de sus abstracciones; sólo cuando in pollo atrobado la echaba una flor, cuando algún zafiro montañés la daba un codazo, cuando, en fin, alguna jóven de vida airada se colocaba junto á ella con expresión procaz, limpiándose los labios pintados de bermellón con el dorso de su mano pecadora, como para decirle que aquellos ricos diamantes no se habían montado para ella; Adelina salía de su encantamiento y dejaba de contemplar momentáneamente las diademas y los solitarios.

También en estos intervalos, se hallaba de nuevo con el sátiro del largo leviton que la contemplaba tenazmente desde el fondo del escaparate y que, con el dedo índice, señalaba cada una de las joyas que más solicitaban la atención de Adelina. Al cabo sólo quedaron en la retina de la jóven dos imágenes; la una, espléndida, radiante de luz: las joyas del escaparate; la otra, sombría, oscura como el pecado: el señor del ancho sombrero que claramente expresaba su deseo de regalar alguna de aquellas ricas presas á la aturrida moza.

II

Frecuentemente os habrá sorprendido, mirando con pertinacia varios objetos á la vez, un fenómeno óptico, en el cual tiene la imaginación no pequeña parte: antojos que se acercan ó se retiran, se agrandan ó se empequeñecen, toman nuevo volúmen ó van perdiendo sus líneas poco á poco. Es ese estado de vacilación, en que el pensamiento no se adecua al objeto mirado, en que el mundo exterior puede huir bajo nuestras plantas; es ese estado patológico que nos sorprende en las alturas y al borde de los abismos, y que se conoce con el expresivo modismo de *irse la cabeza*.

El vértigo se inicia siempre de este modo.

Adelina debió de sentir algo parecido, si no es ya que algún espíritu jugueton tocóle con sus invisibles alas de mariposa; cuando ella se deleitaba en contemplar un grupo de piedras azules rodeadas de triángulos de diamante, el escaparate de Giuseppe Lenon comenzó á moverse; lenta pero sensiblemente, y dando media vuelta á la derecha y rompiendo al parecer las firmes abrazaderas de hierro que le sujetaban al quicio de la gran puerta, echó á andar por la acera, como si tuviera piernas invisibles y permiso especial del diablo para marchar sin obstáculos por todas partes.

Adelina vió que el escaparate se separaba de ella como se separa la costa del náufrago y el rayo de sol del pobre encarelado á quien no da bastante juego la cadena. La huida lenta, suave, silenciosa de todo aquel mundo de cristal y pedrería; de aquella arca misteriosa de preciosidades y riquezas, determinó en ella un fenómeno de afinidad y atracción al cual no pudo sustraerse: á medida que el escaparate hulla, ella avanzaba también, como si formara parte del mueble; su mano trémula, apoyada ligeramente en el cristal, se extendía tocándolo con las yemas de los dedos y con las puntas de sus uñas rosadas; aquellas uñas, brillantes como el ágata, cruzaban al rozarlo de ese modo particular que crisa los nervios.

Fantasmagoría extraordinaria: Adelina adelantaba paso á paso tras el escaparate que se contoneaba por la acera sin que se cerrara un solo estuche, sin que se apagara una sola luz, sin que se moviera una sola piedra; y el sátiro del leviton seguía sirviendo de fondo á la perspectiva andante, aunque, ahora, vuelto de espaldas á la jóven y al escaparate, abriendo la marcha; mostrando á través de los cristales su nuca de toro y sus espaldas cargadas como las

de Sísifo. El demonio ó la fantasía habían tomado cartas en el asunto.

El escarpate no encontraba valla ni tropiezo en su marcha triunfante y progresiva. Su gran masa trasparente salaba cuantos grupos hallaba al paso; ni se rompía un vidrio ni crujía una sola de sus lujosas ensambladuras; los transeúntes se filtraban por él entrando y saliendo como Pedro por su casa, y más bien parecía hecho de corpúsculos de niebla ó de ligerísimos rayos de luna, que de cristal alemán y alerce aromático. A verlo algún académico de la de Ciencias, como lo veía Adelina, no se hubiera puesto más sobre el tapete la debatida cuestión de la impenetrabilidad de la materia.

El afán de Adelina crecía á medida que las joyas se querían apartar de ella; su pupila inmóvil parecía querer guardar la imagen de un aderezo de turquesas, de preciosa factura, con la fidelidad de un objetivo fotográfico; hubiere seguido al escarpate fantasma hasta el fin de la tierra; por eso avanzaba paso á paso, anhelosa, en silencio, mirando con desconfianza á los transeúntes que borlaban momentáneamente la perspectiva radiosa pasando á través de toda ella como las salamandras por el fuego; tropezando en fin con los que se le ponían delante y mirándolos de hito en hito, con esa atonía del que no puede explicarse lo que le rodea.

El escarpate fantasma corrió toda la calle, que se hallaba llena de gente, dobló la esquina, desembocando en una plazuela ya menos concurrida y tomando el rumbo de una callejuela oscura y solitaria, adquirió por contraste más deslumbradora brillantez. Ya en aquel reino de las tinieblas era un faro luminoso flotando en un mar de sombras; un trozo de cielo abierto en un horizonte lleno de nubarrones; un gigantesco depósito de fuegos fatuos caminando entre tumbas; que no otra cosa que nichos parecían las desvenecjadas puertas y estrechas ventanas de la callejuela por la cual caminaban en silencio, Adelina, el sátiro del leviton y el escarpate del joyero Giuseppe.

El callejon se estrechaba al final como un embudo, forma, como todos saben, de los nueve círculos del Dante; si Adelina hubiese separado sus ojos, un momento, del escarpate, temblara sin duda de espanto: las estrechas callejas de los albancines y zacatinés, el histórico Compás de Sevilla, las peligrosas redés próximas al Azoquejo de Valencia y al Potro de Córdoba, no podrían compararse con aquella serie de mezuquinas casucas con las ventanas junto al cielo y las tortuosas escaleras hasta el portal; con aquellos nidios de palomas torcaces, por cuyas innumerables hendiduras se escapaban arulllos y gorjeos, inexplicables rumores y ráfagas amarillentas.

El escarpate se detuvo ante una de estas habitaciones, acaso la de más agradable aspecto; parecía haber llegado al término de su lenta y silenciosa ruta.

Adelina se detuvo también. La sombra del sátiro desapareció en aquel momento del fondo del cristal, y apagándose, poco despues, instantáneamente los reverberos del prodigioso mueble, quedó la jóven sumida en oscuridad profunda, como si le hubieran puesto ambas manos sobre los ojos.

Tris brevísimo intervalo volvió á hacerse la luz en torno de Adelina y entónces ocurrió algo más extraño todavía. El escarpate, rico en esplendores, mostróse de nuevo ante la niña sirviendo de cancel al arco de ingreso de la raquífica escalera; mas, en vez de reverberos, iluminábalo la palmariora que apretaba entre sus descarnados dedos una vieja maclenta y gibosa, colocada así el mueble en el mismo sitio que ántes ocupara el sátiro y quebrando su fantástica sombra en los primeros tramos de aquella subida peligrosa.

Así colocada, la vieja estantigua dejaba resblalar las ráfagas de su vela de sebo sobre las radiantes piedras, con diabólico arte, iluminando á la vez los desconchados pedañes; el turgio envuelto en tales luces y sombras, parecía más adecuado pata contener las calderas de Pero Botero que para guardar hermosuras de veinte abriles y muestrarios de joyas.

Recuerdo haber visto, en compañía de Adelina, una copia de Rembrandt que despertó en ella el recuerdo de la Celestina de la palmariora. La figura á que me refiero estaba, como casi todos los estudios de este genial pintor, medio oculta en la sombra, llevando en la siniestra mano una bufía y con la derecha puesta á guisa de pantalla; conservo su fotografía y aún me pone los cabellos de punta.

El aspecto de aquella harpia hubiera decidido á Adelina á volver la espalda y huir del turgio á que el escarpate la había conducido; pero el aderezo de turquesas brillaba dulcemente como si quisiera mandar á los ojos de la jóven los rayos centuplicados de una miriada de estrellas, y como la vieja subía poco á poco los escalones, y el escarpate iba tras ella, Adelina subió también hasta que el fantástico mueble se detuvo en una cámara primorosamente tapizada, con cortinajes y divanes de raso azul flordeisado y preciosos espejos de penacho, inclinados graciosamente, que reproducían la luz de cuatro candlabros de brillante metal.

Como palidecen las estrellas á la proximidad del sol, los reverberos del escarpate fantasma se debilitaron al hallarse ante aquellas luces, y como si las bufias fueran talismanes mágicos que absorbieran al mueble andante en sus llamas, este quedó convertido en una primorosa mesa de tocador sobre cuya tapa de mármol apareció el aderezo de turquesas que algún hada propicia había escamoteado, para ofrecérselo á Adelina con aquel perfumado gabinete.

III

Contóme Adelina, que, sintiéndose fatigada, se reclinó en uno de aquellos divanes, rellenos de pluma, y se quedó dormida profundamente.

Y soñó que se desposaba con un príncipe poderoso y gentil, el cual le ofrecía como regalo de boda el aderezo de turquesas y brillantes; que sus damas y sus pajes la precedían hasta el umbral de su cámara nupcial; que el príncipe la recibía en sus brazos, y que un coro de cantores y tocadores de laud, entonaba al otro lado de la cámara el más suave de los capitamios.

Vió distintamente las colas de las cortesanas, las dalmítions de los servidores, las cítaras de los músicos; sintió el roce del sacerdote, el murmullo de las felicitaciones; las risitas maliciosas de las damas de alto rango; derramó dulces lágrimas al separarse de su pobre madre y se estremeció de terror al escuchar el chirrido del cerrojo dorado que la dejaba por vez primera en brazos ajenos.

Cuando pasó el sueño apuntaba el alba. Adelina abrió los ojos rodados de círculos color de violeta.

La habitación en que se hallaba no era la suya. Ni se veía su modesta mesita de labor en cuya canastilla dormía un gatito juguetón y travieso que solía despertarla todas las mañanas, ni el cuadro de la Virgen rodeado de rosas de cuyo clavo pendía el rosario de coral regala de su primer novio. En vez de las modestas sillas de pino, que le eran tan familiares, rodeábanla sillones de anchos brazos cuyos espaldares ostentaban pajarracos bordados de vivos colores; su velon de azófar se había sustituido por una elegante lamparilla, y en el mismo lugar en que se abría su ventana adornada de tientos de albahaca, yefase un gran balcon cerrado por discretas persianas verdes.

Lo último que miró fué su lecho: no era aquel lecho modesto y limpio de soltera, estrecho como un nido y blanco como la espuma; antes al contrario, sus grandes almohadas conservaban la señal de otra cabeza, sus ropas frías y revueltas se deslizaban hasta el suelo pesadamente, como inmensos sudarios; aquellos doseles, aquellas colgaduras y aquellas randas gravitaban como plomo sobre sus sienas.

Adelina se levantó de un salto acurrucándose avergonzada en un ángulo del gabinete: un armario de palo santo cubierto de inmensa luna, reflejó su rostro entrojecido con la fidelidad más irritante.

Trémula, calenturienta, sobreexcitada, tomó su vestido de percal y su pañuelo de seda que se hallaban colocados en una elegante duquesita y golpeó la puerta que estaba cerrada con dos vueltas de llave.

Mientras la abría una mano experta é invisible, la pobre jóven recordó que había olvidado su costura; al tomarla lanzó un grito y ocultó su rostro entre las manos. Bajo las prendas acabadas ocultábase el aderezo de turquesas.

Adelina bajó á saltos la escalera y salió á la calle. Alboréal, y esos primeros rumores de la ciudad que van creciendo poco á poco, de los que forman principal parte la campana y la esquila, el pregon y el chirrido del cerrojo vecino, zumbaban en sus oídos como interminable carcajada.

Sin darse cuenta de ello encontróse en el mismo punto en que se detuviera la noche anterior: delante del escarpate del joyero Giuseppe.

El escarpate estaba cerrado herméticamente como los demás que le rodeaban; pero en sus tablas largas y estrechas como las de un ataud, se leía en letras amarillas sobre fondo negro lo siguiente:

GIUSEPPE LENON,

DIAMANTISTA.

SE ENGANZAN HONRAS Y SE LAMRAN PIEDRAS.

O por lo ménos, esto es lo que sigue leyendo Adelina en las paredes del manicomio de San Baudilio.

BENITO MAS Y PRAT

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuación)

Levantáronse encolerizados; disputaban por vez primera, y como no tuviesen fósforos, se buscaron en la oscuridad. Un puño de hierro asíó el brazo de Gil, el cual clavó sus uñas en el cuello de Sebastian.

La camorra era inminente. —Estamos locos,—dijo este último soltando el brazo de su compañero.—Déjame. Vamos á dormir.

Volvieron á echarse en las camas. —Oye, Bastian,—dijo Gil despues de un momento de silencio,—te pido perdón de mi tontería.

—Yo he tenido la culpa; me he enfadado sin motivo. —No hablemos del particular, ó mejor dicho, sí, hablemos. Entre nosotros debe haber franqueza, ¿verdad?

—Por supuesto. —¿Tú quieres á Petrita?

—¡Oh! sí. —Yo también: hé aquí el problema; tratemos de resolverle. Antes de conocerla, ya éramos amigos. Nunca he moro reñido; que esto no sea un motivo.

—Tienes razón.

—Puesto que los dos la queremos, que ella escoja, y á quien ella se dé que San Pedro le bendiga. —Dices bien. —Se lo diremos mañana. —Convenido. Si no quiere á ninguno de los dos, nos consolaremos mutuamente. Si elige á uno, al otro al ménos le quedará un amigo. —Es verdad. Te prometo someterme á su fallo. —Yo también. Un apretón de manos y á dormir, si podemos.

III

Dos declaraciones á quemarropa.

El día siguiente era festivo y ambos compañeros buscaron ocasion de encontrarse con Petrita.

La jóven notó en ellos una preocupacion extraña. —¿Les habrá reñido mi tío?—pensó. —Apénas la vieron, Gil dijo á su compañero:

—¿Vas á ser tú?

—Yo no, no podría. —Pues yo sí, ya verás;—y aproximándose á la muchacha, repuso con acento resuelto aunque conmovido:—Petrita, Sebastian y yo tenemos que decir á V. una cosa.

—¿Y qué es?

—Que él y yo la queremos á V. —¿Vaya una noticia!

—No, es que la queremos... vamos... la queremos á V... es un decir... como los hombres quieren á las mujeres... —Ja jóven comprendió y soltó una carcajada, pero viendo el aspecto consternado de ambos pretendientes, reprimió su hilaridad.

—¿Ha comprendido V.?—insistió Gil, que era el más osado.

—Creo que sí, pero ¿cómo ha sido eso?

—¡Vaya V. á saberlo! Anoche reñimos Gil y yo y por poco nos matamos y hemos decidido... —Sebastian no pudo más; su cortedad nativa le ató la lengua.

—Hemos decidido que V. elija entre los dos. ¿A quién prefiere V.?

—A ninguno—contestó Petrita. —Sebastian crispó los labios; Gil se puso lívido en tanto que su nariz tomaba tintes aún más purpúreos.

—Tranquílcese Vds.—repuso la jóven.—No prefiero á ninguno, porque estimo igualmente á los dos. Por ahora seamos amigos; con el tiempo Dios dirá.

—Pero... —Nada, nada, no es ocasion de pensar en eso. —¿Pero V. no se ha incomodado con nosotros?—preguntó tímidamente Sebastian.

—¿Soy alguna tonta ó desgraciada?

—¿Y seguirá viéndonos?

—¿Y queriéndonos?

—¡Claro! ¡No faltaba más! Cada uno de Vds. vale mucho para mí, y juntos... ¡digo!... pero me voy... esa pobre india Ivona que vive junto al río se ha puesto peor; quiero verla y volver ántes que sea de noche.

IV

¿En dónde está?

Dos días despues reinaba gran consternacion en toda la factoría.

Petrita había desaparecido. —Hasta la tarde del segundo día no hubo verdadera inquietud, porque se supuso que la jóven se había quedado asistiendo á la india enferma; pero cuando se supo que no había estado en la cabaña de ésta, todos comenzaron á preocuparse seriamente.

Tan pronto como Sebastian y Gil supieron la novedad, fueron á ver á Chafarote, que les recibió con cajas destempladas, diciéndoles:

—Más valia que la buscarais en vez de venir á incomodarme con necias preguntas.

Era la hora de recogerse. Los dos amigos se retiraron á su tugurio y una vez allí celebraron consejo.

—¿Has oído lo que ha dicho ese bárbaro?—preguntó Sebastian.

—Sí. —¿No te parece que, no por él, sino por nosotros, debemos buscar á Petrita?

—¿Buscárala! ¿Cómo?

—Como se buscan las cosas perdidas.

—¿Y en dónde?

—Como Petrita no parece ni muerta ni viva en el término español, es preciso suponer lo que dicen todos.

—¿Que ha sido robada por los moros fronterizos?

—Claro, no hay otra explicacion posible.

—¿Y opinas que debemos ir?... —Naturalmente.

—¿Habria que pedir permiso. Segun contrato no podemos alejarnos más que cien varas de la factoría.

—No nos lo concederá Chafarote.

—¿Lo supones así?

—Tengo la seguridad; hace tiempo que he caído en ese melon.

—Pues nos pasamos sin él.

—¿Cómo! ¿Te atreverías?... —Estoy resuelto á buscar á Petrita aunque los moros me emparen y me destuelen vivo. Sin ella, esta vida es insoportable y vale más acabar de una vez.

—Tienes razón.

—¿Me acompañas?

—Andando. Ahora mismo. Si nos pillan los moros los



EN EL PIANO



SHEHZADA, cuadro por Fernando Keller

divertiré haciendo mis mejores suertes de prestidigitación y dislocación y ¿quién sabe? quizá me nombren reyzeuelo ó sultan; y si nos comen, ya no tendremos necesidad de comer.

En el resto de la noche ambos camaradas combinaron su plan para la siguiente. Llegada esta, cuando todo el mundo dormía, se prepararon para la expedición. Pusieron a la espalda, á guisa de mochila, un saco lleno de fiambreros y frutas secas, metieron en la faja un cuchillo filipino, y se colgaron de la cintura un frasco de aguardiente, envuelto en esparto retorcido. Además, Gil, que era la suma prevision, opinó que no debían llevar sombreros, y sipañuelos a la cabeza que serían menos visibles de lejos; y por colmo de refinamiento, sobre el que llevaba puesto, se ató una caja de hoja de lata llena de fósforos, y se la colocó tan alta, para que no se mojará, soplando que tenían que atravesar un río á nado.

Excusado es decir que durante todo aquel día Petrita no había parecido.

V

Inconvenientes de los botes de hoja de lata

A las once en punto de la noche, los dos amigos salieron de la factoría saltando una empalizada.

La primera parte de su expedición era muy sencilla: cruzar un campo de juncales y cañas, llegar al río de los Sapos, que divide la posesión española del territorio de Joló, y atravesar aquel á nado. Una vez allí, explorar el terreno y buscar á Petrita.

Todo este plan era muy vago é incierto; pero es preciso considerar que, jóvenes, enamorados y aburridos de trabajar, no pesaron con mucha madurez los inconvenientes.

Además, quizá sentían el presentimiento, la fe, la intuición que constituyen los dones del amor verdadero.

Atravesaron los juncales, llegaron á la orilla del río y se arrojaron á él. Ambos eran buenos nadadores y no temían los calabambres, porque en aquel clima y en aquella estación el agua está casi caliente, pero nadaban con dificultad. El río es más que cenagoso, viscoso: la linfa parece que está impregnada de gluten; y como hasta llegar al comedío el fondo es muy desigual, los pobres jóvenes experimentaban una gran contrariedad, sobre todo Gil, que era muy nervioso. A veces tenían que hacer pié, y en vez de arena ó pedernal, posaban sus plantas desnudas en una materia escudridiza formada de montones de sapos, cuyo contacto causaba á aquel escalofríos. Necesitaba de toda la energía de su carácter para no prorumpir en exclamaciones de horror. Sebastian, menos sensible, se resignaba más; sin embargo, tuvo un momento de repugnante consternación; al sentir el pié en el fondo, se hundió en una especie de hoja hasta la rodilla derecha, y al levantar la pierna, merced á un violento esfuerzo, se encontró rodeado de bestias inmundas, algunas de las cuales trepaban por su espalda.

Era aquello como una ducha de sapos.

Había pisado sobre un montón inmenso de estos que se entregaban á sus amores, agrupados en innumerables racimos, según su costumbre.

Sebastian desprecioso como pudo de su cuerpo aquel gluten viviente, y los dos amigos continuaron nadando ó andando á intervalos.

Poco antes de llegar á la mitad del río, oyó una detonación y Gil sintió un ruido y un golpe cerca de la cabeza...

Hé aquí el motivo:

El señor Martín (a) Chafarote tenía costumbre de acostarse tarde. Después de recogerse sus trabajadores, hacia las cuentas del día y pensaba en las faenas del siguiente. Aquella noche al terminar su tarea, se asomó á la ventana de su despacho, á tomar el fresco, fumando una trompeta. Mirando distraidamente hacia el río, que corría enfrente á una distancia como cerca de un kilómetro, llamó su atención una cosa particular.

Un objeto reducente y movable brillaba en la oscuridad de la noche, vagaba, al parecer, sobre el agua y se ocultaba algunos instantes para volver á aparecer.

¿Qué podría ser?

La luna no, porque estaba en su primer cuarto y despedía una luz tenue, aún suponiendo que reflejase sobre el río.

¿Una barca? ¡Imposible! por aquella parte este no tiene fondo seguido para ser navegable y además la luz no era de linterna ó farol.

¿Un pez raro? Méenos: en el Río de los Sapos no los hay.

¿Intentarían un golpe de mano los moros fronterizos? De ser así, no guardaban las debidas precauciones.

¿Qué podría ser?

El foco brillante, haciendo extrañas oscilaciones y eclipses, seguía avanzando por el río.

Chafarote estaba sorprendido é inquieto.

Bajó al zaguan, tomó una carabina, despertó á un criado malayo, y seguido de éste, salió de la casa.

—¿Qué será aquello?—le preguntó, haciéndole notar el objeto.

El malayo se encogió de hombros.

Se acercaron al río, andando por dentro de la posesión que estaba rodeada de una fuerte empalizada. El señor Martín era irreflexivo y estaba acostumbrado al despotismo ultramarino, presumía además de gran tirador, y éralo en efecto; de suerte que sin pararse en pelillos, cuando comprendió que estaba á tiro, aguardó ocasión oportuna, hizo puntería y disparó su arma.

Un instante después sonó un ruido como el de dos cuer-

pos duros que se chocan, brilló una llama de luz roja, que se extinguió en seguida, y luego todo volvió á quedar en el silencio y en la oscuridad.

Chafarote cada vez más preocupado, cargó de nuevo la carabina, despertó al portero de la empalizada, que dormía cerca de la puerta, en un chiribitil, se hizo abrir esta y se encaminó á la orilla del río.

En vano exploró la corriente con la mirada.

Nada se oía ni se veía; bien es verdad que, desgraciadamente, la opaca luz de la luna habíase velado tras un nubarrón inmenso.

Pasado un rato volvió á su casa, despertando á algunos guardas y trabajadores, y encargándoles que vigilaran por sí los moros intentaban alguna algarada.

VI

Un agujero sin salida

Gil sintió un golpe y vió el reflejo de una llama que brillaba sobre su cabeza. La bala de Chafarote había atravesado el bote de hoja de lata lleno de fósforos y estos se inflamaron produciendo aquel resplandor.

—Nos persiguen—dijo á Sebastian, que nadaba á su lado.

—Sí, es preciso apretar.

Apretaron en efecto. La corriente se iba haciendo más honda.

Llegaron á poco más de la mitad del río, y como no conocían las particularidades de éste, vieron expuestos á una imprevista contrariedad.

Conforme se avanzaba hacia la orilla derecha del río de los Sapos, la corriente se hace tan impetuosa y rápida que es imposible resistirla. Nuestros dos camaradas lo intentaron en vano, procurando ganar la ribera; fueron arrastrados con mareadora rapidez.

Era inútil nadar; el agua parecía una catarata horizontal.

Subito, Gil, que iba delante, desapareció como si le hubiese tragado un agujero, en un sitio en que el agua formaba una franja de espuma. Sebastian ve el eclipse de su amigo, y ántes de que tuviera tiempo de condolerse, siente sus piernas asidas como por una mano que tirase hacia el fondo, y dando vueltas, se hunde á su vez. Luego es arrastrado por una corriente sonora, luego parece que se eleva al mismo tiempo que el nivel del agua, y por último se encuentra flotando, suavemente llevado, como en un riachuelo.

Esta calma relativa, devolviéndole su lucidez, hizo pensar en Gil. ¿Dónde estará? ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

En una de estas brazadas, sintió enredados sus dedos en una masa fina y como esponjosa; tiró hacia arriba, se persuadió de que era una cabellera, y por medio del tacto reconoció el cuerpo de Gil.

Suponiendo que estaba muerto ó desmayado, el buen Sebastian encaramó aquel cuerpo sobre su espalda.

Llamó á su camarada, pero este no respondía ni hacia el más leve movimiento.

Entonces, puesto que lo apacible de la corriente lo permitía, creyó que debía nadar diagonalmente con objeto de llegar á una orilla.

Hizolo así á ciegas, porque ¡cosa extraña! en aquellos lugares no había el más mínimo reflejo de luz.

Parecía que el río cruzaba por lo interior de un sepulcro. Conforme el nadador avanzaba transversalmente, sentía que el fondo disminuía, hasta que ya se tocó en sólido.

Algunos pasos después el agua le llegaba á la cintura. Se cargó á Gil á guisa de costal y siguió andando, hasta que por fin sus piés tropezaron en un obstáculo vertical.

Era la ribera. Sebastian subió á ella; ya era tiempo, porque se hallaba muy fatigado. Entonces pudo ocuparse de su amigo, que vivía, si bien estaba privado de sentido.

Dejóle suavemente en el suelo, se sentó á su lado y destapando á tientas el frasco de aguardiente que llevaba, como ya se ha dicho, mojó las sienes de Gil, según usanza de los indios filipinos en semejantes casos.

A la segunda rociada, volvió este en sí con gran alegría de Sebastian.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo. ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo. ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo. ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo. ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo. ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo. ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo. ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo. ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo. ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo. ¿Habrá podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó el vacío y por debajo del agua.

Hicieron así, mas pronto hubieron de detenerse al tropezar con una especie de muro granítico.

Le palparon á tientas, andando, y pronto sus manos encontraron el vacío.

Siempre palpando, torcieron una esquina que formaba la pared. Sus piés tropezaban con guijarros, el eco de sus pasos y de sus palabras resonaba con fuerza, por lo cual supusieron que caminaban por debajo de una bóveda alta.

Después de media hora de marcha lenta y precavida, Sebastian dijo:

—He tropezado con una rama. Quizá llegamos al término, y vamos á salir al campo.

Pero no llegaban á ninguna parte. Parecía que andaban describiendo una curva; más no podían darse cuenta, por causa de las alucinaciones de la oscuridad.

Hallábanse cansados, aburridos y desalentados.

—Gil.

—¿Qué quieres?

—¿No te parece que esto es el cuento de nunca acabar?

—Ojalá fuese cierto, pero es historia y lastimoso.

—Me ocurre una idea.

—Dí.

—Hemos nacido en España.

—Tú no, eres gallego.

—¡Hola! ¿bromitas?

—La ocasión es oportuna.

—Oyeme con seriedad.

—No me verás reír.

—Hemos nacido en España, entre sol y entre moscas;

¿no te parece que es una ignominia que muramos de hambre y de sed y en la oscuridad como dos mochueros?

—Bien, ¿qué es lo que quieres?

—Que acabemos.

—¿De qué?

—De vivir.

—¿Matándonos?

—Naturalmente.

—Pensaré en ello. Por ahora me parece prematuro.

—¿Prematuro?

—Claro.

—¿Tienes alguna idea, alguna esperanza?

—La esperanza de ser comido vivo. ¿No oyes?

En efecto, olíase un inmenso vocerío.

VII

Enter umbra

Nuestros dos héroes hallábanse en una caverna, entre granítica y madreporica, formada en parte por la continua acción de las aguas del río buscando salida, y quizá también por la superposición de los habitantes del país.

La teogonía de los moros de Joló está basada en una extraña mezcla del mahometismo persa y de los encantos, sortilegios y hechicerías peculiares á los pueblos salvajes. Creen en Omazar, genio del bien; en Armanes, espíritu del mal; y además en los gnomos, duendes, salamandras y demás creaciones elementales.

Según costumbre primitiva, buscan para la celebración de sus ritos y ceremonias, los lugares ocultos, envueltos en la sombra y el misterio, y por lo tanto los sitios subterráneos y casi inaccesibles.

Por una prevision tradicional de deriches, santones y hechiceros, la gruta del río, á donde habían ido á parar nuestros desgraciados héroes, era poco conocida. Servía de templo y de club religioso y teocórico, y más de una vez había salido de ella revoluciones y golpes de Estado. Los habitantes de aquellas latitudes tienen la leyadura de la China, en donde, como es sabido, hay espíritu de rebeldía contra los poderes constituidos.

La gruta ó caverna, por lo exterior, sólo presenta el aspecto de un monte lleno de pedernales y malezas. En la cima hay una meseta escueta, desde donde se domina una gran llanura sin vegetación, que á veces sirve para fiestas públicas, ejecuciones y maniobras militares.

Pocos en Joló saben que aquel monte está horadado, y sólo los afiliados á una secta misteriosa, la secta de *Diao!*, lo cual quiere decir *agua y sombra*, conocen la entrada del antro, oculta bajo una piedra cubierta de tierra y zarzales.

La gruta, pues, en lo interior está formada de roca y pedernal agrietado, y en lo exterior de tierra en donde brota una raquítica vegetación.

En la parte opuesta á la entrada, hay un sendero hecho de escalones informes para subir á la cumbre de la eminencia.

Aquella noche, poco ántes de llegar Gil y Sebastian á la caverna, grupos formados de cuatro ó cinco personas de ambos sexos, deslizándose furtivamente en la oscuridad, fueron reuniéndose en un sitio del monte, no muy elevado de la falda. Varios de ellos desviaron la piedra que tapaba la entrada, que era un agujero no muy grande, y todos, de uno en uno, penetraron en la caverna.

El último fue un hombre de edad ya madura, pero ágil y vigoroso, envuelto en un traje talar blanco y cubierta la cabeza con una capucha.

Una vez en el subterráneo, la turba anduvo un rato á oscuras y en silencio, y al resonar tres palmadas, que repitieron los ecos, prorumpieron todos en un grito unánime que fue el que oyeron nuestros atribulados personajes.

Casi de repente brillaron un sinnúmero de antorchas que iluminaron las tinieblas.

Gil y Sebastian, deslumbrados, apenas tuvieron tiempo de ocultarse detrás de una roca.

La luz roja de las antorchas reflejaba caprichosamente en la bóveda y paredes de aquella fantástica caverna,

lana de cristalizaciones, de ramas que crecían en los intersticios de las rocas y de algas ondulantes, que heridas por la llama, parecían serpientes de acero.

Había allí espacios de sombra y de claridad, reverberaciones fantásticas. Las lianas que se entrelazaban por todas partes, movidas por la brisa del río, se asemejaban a escolopendras convulsas.

El suelo presentaba un aspecto ménos fantástico, pero quizá más espléndido que la bóveda y muros, pues estaba formado de guijarros de minerales, desde el mármol hasta el jaspé, salpicados de cuarzos cristalizados que rutilaban como estrellas formando mosaicos de pedrerías, saturadas de óxido de hierro, que hacíanle parecerse a coral petrificado ó á sangre hecha polvo.

VIII

En donde se demuestra en todas partes existen explotadores y explotados.

Una vez encendidas las antorchas, la turba se detuvo en un espacio grande que había en el centro de la gruta.

El hombre de la capucha que, según parece, era el gran *derviche* ó Santon, situóse en medio, pronunciando palabras vagas é incoherentes, como algunos predicadores antes de comenzar su sermón.

La multitud le rodeaba silenciosa. Había allí muchos hombres de tez negra ó amarilla y algunas mujeres viejas que, como en Europa, pasada la edad de los atractivos, se dedicaban á la devoción ó á las intrigas.

El *derviche* fué elevando la voz gradualmente hasta prorumpir en la siguiente pléyara ó discurso:

¡Omazor, Omazor, Omazor!

No permitas la iniquidad sobre la tierra.

Los buenos te ayudarán; á los buenos no les importa morir.

Porque van á los baques perfumados, entre cuyos fondos les estrazan las harías de color de rosa, transparentes como el agua y claramente vírgenes y esposas.

¡Pero ántes hay que librar de tiranos al mundo y vencer á tu enemigo Arimanes; tú nos ayudarás, nosotros te ayudaremos.

Los suñanes y los jefes desprecian tu espíritu, nosotros los pulverizaremos.

¡Omazor, Omazor, Omazor!

El día de la justicia se aproxima. Nosotros pelearemos; encadena tú al fatal Arimanes.

Al recitar el Santon cada uno de estos párrafos ó versículos, la turba hacía un movimiento de prosternación. Cuando terminó, todos extendieron la mano como prestando un juramento.

Substian y Gil, situados á alguna distancia y ocultándose detrás de la roca, presenciaban atónitos esta extraña ceremonia.

Gil, que era muy listo, dijo en voz baja á su compañero:

—Es preciso que tomemos una resolución.

—¿La que tú quieras.

—Si no nos presentamos á esos animales, no tenemos mas porvenir que la muerte inevitable.



FLORES PARA LA FIESTA MAYOR, cuadro de Virgilio Ripart

—Y si nos presentamos creo que también.

—Puede que no. Indudablemente estos son devotos que han venido aquí á rezar los matines ó las Cuarenta horas; ese grandullón tiene todo el aspecto de un sacerdote falsificado.

—Es verdad.

—Estas gentes son crédulas á macha martillo y parecen poseídas de religioso recogimiento. Como los asistentes á la bóveda de San Ginés, en Madrid, temen pero desearían presenciar un milagro, como por ejemplo, el de ver al diablo. ¿Por qué no hemos de proporcionarles este gusto?

—Te veo venir, pero no comprendo. ¡Unos diablos con blusa y pañuelo á la cabeza!

—Ya te explicaré mi idea. Ven, metámonos aquí detrás.

El *derviche*, como he dicho, terminó su salmodia y los circunstantes extendieron sus brazos, cuando hé aquí que una voz lejana resonó en aquel recinto, repitiendo tres veces y con distintas inflexiones:

¡Omazor. Omazor, Omazor!

El santón se quedó estupefacto, y la turba inmóvil y

sobrecogida. Todos temblaban y nadie se atrevía á romper el silencio.

El *derviche* se prosternó hasta tocar la tierra con su barba, lo cual contribuyó á aumentar la general consternación.

Por fin el sacerdote, haciendo un esfuerzo, é incorporándose un poco, exclamó:

—¡Omazor, glorioso espíritu! ¿qué nos quieres?

Un nuevo acento, más cercano y más penetrante, repitió:

—¡Omazor, Omazor!

Luégo, sin dar lugar á que la turba se repusiera de su espanto, mientras todos, imitando al Santon, se habían prosternado, oyóse otra voz, y después otra, hasta un número infinito. Todas ellas salían de sitios diferentes, diciendo, gritando, aullando, gimiendo, en diversos diapasones. Oíanse gritos sordos que parecían provenir del fondo de la tierra, otros caían de la bóveda, ó salían de entre las ramas pendientes de los muros graníticos; trepaban, se arrastraban, estallaban en medio de la apiñada muchedumbre, que se separaba asustada.

Los más miedosos se arrimaban á la pared, lanzando miradas extraviadas como buscando la salida.

De repente cesaron los gritos.

El Santon se atrevió á abrir los ojos que tenía cerrados.

Los que pensaban huir se detuvieron.

Algunas mujeres desmayadas comenzaron á volver en sí.

La mayor parte de ellos se atrevieron á mirar timidamente hacia la parte sombría de donde había salido la primera voz.

(Continuá)

MONASTERIO

Y PALACIO DE CARRACEDO

En la orilla izquierda del Cúa, pintoresco afluente del Sil, allá en lo más frondoso de los valles del Bierzo, y casi á igual

distancia entre Villafranca y Ponferrada, alzanse las ruinas de la vasta construcción, elevada á fin del siglo x por Bermudo II y ampliada y restaurada por el Emperador Alfonso VII y D.^a Sancha en la primera mitad del xii. Por desgracia, en la última centuria fué objeto, la iglesia especialmente, de una de esas reparaciones bárbaras, cuyo secreto no se ha perdido todavía.

Los restos de importancia arqueológica que aún pueden allí verse—suponemos que por poco tiempo—corresponden al segundo de esos periodos, ó más bien, á toda la serie del arte románico y á los primeros pasos del ojival; lo que de las postrimerias de este queda, y ménos de los posteriores, no vale la pena de estudiarse. Aquellos restos pertenecen, unos, al antiguo convento cisterciense; otros, al palacio. La iglesia y la sala capitular constituyen los primeros; las habitaciones llamadas de D.^a Sancha, los segundos.

La iglesia es hoy una enorme construcción, tan enorme como insignificante, que sólo en su extremo occidental deja ver algunas de las últimas pilas del grandioso templo románico de tres naves, cuyo lugar ha usurpado en mal hora.



¡VA LLEGA PAPÁ! cuadro por F. Sadée

Con tales datos, ¿qué puede citarse de ella? Reuniendo en una sola ojada el interior y el exterior, tal cual reliquia, todavía de importancia, como son los sepulcros situados en el antiguo atrio del N.º, el tímpano con el Cristo y los símbolos de los evangelistas; las estatuas del abad Plourenco y de Alfonso VII, probablemente trasladadas, como el tímpano, de otro sitio; la parte inferior de la torre; el hermoso óculo románico sobre la pequeña puerta (ya ojival y muy linda) de Poniente; y, en el interior, los capiteles que han podido resistir la informe obra del siglo XVII.

La sala capitular tiene grande interés. Es de planta cuadrada—como la Cámara de D.ª Sancha, de la cual hablaré más adelante y que se encuentra sobre ella,—y se halla subdividida por cuatro pilares cilíndricos, formados por haces de ocho columnas, con un capitel corrido. En el fondo, hay restos de un altar; en los muros laterales, sepulcros; y en el lienzo que la limita del claustro, renovado y sin interés, salvo la puerta románica que le da ingreso, una portada, constituida por tres archivoltas románicas también, a cada uno de cuyos costados se abre una ventana doble del propio carácter.

Esta elegante construcción ofrece extremada semejanza con otras dos del monasterio portugués de Alcobaca, sobre el cual ya he tenido lugar de llamar la atención de los aficionados en las columnas de este mismo periódico. Dicho monasterio, cisterciense asimismo, pertenece de lleno, como el de Carracedo, al tiporománico.

Ahora bien, la llamada *Casa dos tombos*, ó Panteón de Alcobaca, donde están los ricos sepulcros de D. Pedro I y D.ª Inés de Castro, y la sala capitular del mismo convento, presentan la estructura más análoga posible á la de Carracedo. Sin duda, aun el observador más superficial advertirá desde luego que el Panteón de Alcobaca ha sido todo el reconstruido y decorado del modo más infeliz posible en el estilo pseudo-medieval de la primera mitad de este siglo; los extravagantes adornos de los capiteles lo prueban del modo más indubitado. Pero la semejanza de su estructura general con la de la Sala Capitular, que se conserva pura, indica al propio tiempo que dicha estructura ha sido respetada en la moderna restauración. En ambos departamentos existen los pilares en haces de 8

columnas, como en Carracedo; los capiteles corridos; las ménsulas iguales; las bóvedas ya con carácter gótico; en suma, la analogía es tal, que hace pensar en la imitación de unas por otras, ó en un tipo común originario. Debe advertirse que el panteón de Alcobaca es rectangular, no cuadrado, como nuestra Sala.

Por una escalera pesada, ruinosas y sin gracia alguna, se sube á las que pasan por habitaciones del Palacio. Entre sus departamentos, algunos de ellos cubiertos ya por bóvedas de cañon apuntado, sólo dos merecen singular mención en un trabajo tan breve y superficial como el presente: los que llevan los nombres de Antecámara y Cámara de D.ª Sancha. Ambas son admirables.

La primera es un rectángulo de unos 7' por 5'; y en cada uno de sus lados tiene un hueco: la pequeña puerta de entrada, en uno de los mayores; en el de enfrente, otra, casi gótica ya, que da paso á la cámara y que seguramente ha sido encajada después en el primitivo husco (que quizá fué ventana); en uno de los costados menores, otra puertecilla que debió conducir á las habitaciones derruidas; y frente á ésta, un hermoso óculo sobre el antiguo jardín. Pero el interés de esta habitación está en la bóveda. A primera vista, parece gótica, merced á los aristones que la decoran; pero nada más distante de la verdad. Es sólo una especie de cúpula de ocho paños, formada por la intersección de dos cilindros normales y de otros dos alabeados; ó en otros términos, es una curiosísima é importante bóveda románica dentro del género de las llamadas por arista.

El paso del octógono de lados desiguales, que resulta, á la planta rectangular del suelo se verifica en los cuatro lados menores, que son los de los ángulos, dos veces por medio de trompas, y otras dos por arcos. A los ocho baquetones sencillos, que acusan las juntas, hay que añadir otros ocho, de varios anillos, meramente decorativos, y que dividen en dos cada uno de los paños verdaderos; de ellos, los que podríamos llamar diagonales, figuran descansar sobre las trompas y arcos de los ángulos, y todos arrancan de ménsulas que recortan la imposta, elevada 3', 20 sobre el suelo, lisa y pintada con hojas de la época de la construcción, probablemente. La bóveda resulta bastante peraltada; pero el arco que representa la función del fornero, es simplemente de medio punto, y su realce estriba en la adición de dos elementos verticales. Sin entrar en más pormenores, impropios de este lugar, basta lo dicho para dar idea de una bóveda, que recuerda la de la Torre de la Cámara Santa de Oviedo, menos complicada que la del palacio berciano.

No ofrece poco interés, aunque en otros respectos, la pieza inmediata, que lleva el nombre de Cámara de doña Sancha. Es un gran cuadro de 11' por lado, emplazado, como ya se ha dicho, sobre la sala capitular y subdividido, como esta, en nueve tramos por cuatro columnas exentas, románicas, de una sola pieza y completamente análogas á las curiosísimas de la girola de la Catedral de Avila; sólo que mientras estas arancan sobre un pedestal prismático, á la manera clásica, en las de Carracedo sustituye á ese pedestal un cuerpo cilíndrico de 1', 30 de alto. Cada una de estas columnas sustentan 4 arcos apuntados, normales entre sí y sobre cuyos tímpanos descansan ocho techos planos de madera pintados y correspondientes á los ocho departamentos en que se divide la Cámara: el 9.º ó central sostiene una cúpula octogonal, también de madera, con su cornisa, tableros y clave, igualmente decorados. El carácter

de estas pinturas—alguna parte de las cuales han sido quizá restauradas en tiempos más modernos—parece decididamente árabe, á pesar de las bichas, de marcado sabor gótico, que en ellas alternan con hojas y otros motivos.

Aunque este techo, cuya época tal vez no es posterior á la primera mitad del siglo XIII, no sea el único ejemplar de su clase en dicho período, puede reputarse uno de los más importantes; más por desgracia, si desde el verano último nada se ha hecho para protegerlo del viento y el agua, que ya tienen la mitad de él en tierra, no es fácil resistir á los temporales del crudo invierno presente.

Sobre la fecha de esta construcción, salvo lo que se examina de sí, hay un dato que no debe olvidarse. Tal es el de que fué edificada después de la Antecámara y mencionada. Así lo prueban la estructura del muro medianero entre ambas, en el cual se conservan aun, por la parte que cae dentro de la Cámara, canchillos y otros elementos de la cornisa exterior románica, ajimeces de igual estilo (no tendría sentido haberlos abierto después) y ciertos otros pormenores. Todo ello parece indicar el primer tercio del XIII, como la época en que la Cámara fué erigida: ó más bien—pues nuestra cronología es aún muy varia, según las comarcas y en general muy insegura—la transición y aborreo del estilo ojival.

En este departamento hay todavía algunas otras cosas de interés. Tales son, en primer término, las tres losas perforadas de sus ventanas ó rosetas, que por su carácter



EL AMOR Y EL HADO, grupo escultórico por Gustavo Doré

se tomarian como más antiguas que el estilo románico; sabido es que Viollet le Duc, en estas losas (de que tan bellos ejemplares conservan nuestras iglesias del X) cree ver el origen primero de lo que después hubieron de ser ventanas y rosetones ojivales. Además, merece citarse la enorme chimenea románica situada junto á uno de sus ángulos, con su cornisa adornada *peñen*; y por último, la galería, especie de pórtico ó mirador cubierto, de tipo románico también, con su puerta y su ventana gemela, sus elegantes columnas pareadas, su escalinata y su hermosa vista sobre el paisaje y huertos, cuyas yedras, zarzas y arbustos, ensombrecidos de la construcción, le dan un aspecto pintoresco lleno de poesía.

Tal es, en sumario compendio, este monumento, perdido en el fondo de aquella risueña comarca y uno de los datos que más importaria conservar para la historia de nuestra arquitectura. Baste advertir que en los edificios de este tiempo, en su estudio comparativo con los análogos de otros países y señaladamente de Francia, es donde debe buscarse solución á problemas como el siguiente: la arquitectura gótica, ¿es tan sólo una creación é importancia francesa, ó por el contrario, un resultado natural de la necesidad de satisfacer á ciertas condiciones, y no ha podido menos de obtenerse donde quiera que estas han aparecido? Porque, en tal caso, aún cuando la superioridad del estilo francés lo haya hecho sobreponerse (y no en todo, quizá) á los de otras comarcas, tal vez podría llegarse á admitir pluralidad de centros de evolución para el paso del románico al ojival y... pero ¡tente pluma! estas son cosas graves y del dominio del arqueólogo, no del mero turista.

Por desgracia, el monasterio de Carracedo no lleva trazas de poder servir dentro de poco á turistas, ni á arqueólogos, ni para ilustrar ésta ni ninguna otra clase de problemas.

F. GINER DE LOS RIOS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LA MUERTE DE VIRGINIA, cuadro por Mielas



AÑO III

↔ BARCELONA 24 DE MARZO DE 1884 ↔

Núm. 117

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JULIETA Y FRAY LORENZO, cuadro por T. Wores
(Inspirado en la escena 1.^a del acto IV de la célebre tragedia de Shakespeare titulada *Julietta y Romeo*)

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—MEMORIAS DE UN PEDAZO DE PLOMO, por Fabricio.—LA CAVERNA DE LA MUERTE (continuación), por don F. Moreno Godino.—COLORES DE LOS ANIMALES, por don José Rodríguez Mourelo.

GRABADOS.—JULIETA Y FRAY LORENZO, cuadro por T. Wores.—CAZADOR GERMANO, escultura por Otto Lang.—LA TRACION DE CARMAGNOLA, acuarela por Villegas.—EL PRIMER TROPEZÓN DE UN ARTISTA, cuadro por Eugenio Stieler.—NACIDA EN LOS BARRIOS BAJOS, dibujo por Fernando Fonseca.—LA CUNA VACÍA, dibujo a la pluma por Llimona.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA LECCION DE PESCA, cuadro por A. Guillou.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El naturalismo en el teatro.—Antagonismo entre los bastidores y la verdad.—Las Vengadoras de Sellés.—Tormento.—Feraldo entre el hombre y el perro.—Panorama carino.—El único idioma universal.—Overtura floral.—El gran patista.—Aranjuez.—Modos de esperar la primavera.

Lo que caracteriza a la semana que ha terminado es un gran ardor en las discusiones literarias. Es espectáculo nuevo en nuestro país el que se discute una obra de arte con pasión y con calor.

Hasta ahora España parecía fascinada por la política. Está *boa constrictor* la atraña como a un ave, y cuando la tenía retenida por los invisibles hilillos del hechizo, la devoraba. El hecho, pues, de que un triunfo intelectual encienda en el ánimo del burgués una idea favorable ó adversa, una idea al fin, es digno de ser solemnizado como etapa gloriosa para los hados del espíritu.

Todas las noches, en el teatro de la Comedia hay una lucha terrible entre los que defienden el drama de Sellés *Las Vengadoras* y los que le matenmatizan. La discusión que se inicia en el teatro continúa luego en los cafés, en los círculos literarios y sociales.

—¿Hace bien el autor dramático en pintar la sociedad? —Sin duda alguna. ¿Por qué no ha de serle permitido al dramaturgo lo que se le consiente al novelista?

Este es el eje de las discusiones. El arte es para unos la imitación de la verdad, una copia palpitante de la vida; para otros es un escombro de perfiles bellos, del cual se aparte cuidadosamente lo feo, lo enojoso. Muchos años pasarán antes de que el naturalismo,—entendiendo por tal la pintura exacta de la verdad humana—sea admitido en el teatro, sin protesta. El convencionalismo ha muerto ya en la novela; y se ha reflejado en el escenario, de donde será muy difícil arrojarse. Donde el campo es un telón pintado, la luz de la luna un rayo de luz Drumont, la calle unos cuantos metros de tablas, no es mucho que los sentimientos anden falsificados. Todo es fingido: la alhaja y su estuche.

Tengo, pues, por ansia generosa de mejora, pero por imposible empeño, el de infiltrar en ese fantasma de tul y lentejuelas algo que tenga apariencia y visos de sistema nervioso y sanguíneo.

* *

Esto en cuanto a la tesis general del teatro naturalista: en cuanto al drama de Sellés, he de decir que tiene defectos, pero no es por ellos por lo que se le rechaza, sino por la enérgica franqueza de sus pinturas. *Las Vengadoras* son la Venus venal, la mujer de todos, esas bestezuelas del amor, que se pavonean en un rayo de sol y gloria como una gata, cuyos instintos tienen. El lujo es su único Dios; un traje elegante las convence más que una declaración de amor. Ni son esposas, ni madres. Dios las hizo infecundas, estériles, hermosas vacías de todo sentimiento, alcázares desahabitados é inhabitables.

* *

Perez Galdós ha publicado otra novela. Titúlase el nuevo libro *Tormento*. Es una creación calenturienta, que agita el alma del lector y la deja estremeada para siempre. Se trata de un clérigo malcontento con su suerte. Se enamora de Tormento y es el de su vida entera. ¡Qué delicadas observaciones! ¡Qué intencionadísimas frases! Hay en *Tormento* un estudio del alma humana tan profundo y perspicaz, que nunca ha llegado Galdós tan allá.

La laboriosidad de Galdós corre parejas con su talento. —Mire V. lo que es este hombre,—decía un amigo de Galdós.—Cuando quiere descansar es cuando se pone a escribir. Lo que a él le cansa más es tener la pluma ociosa.

* *

¡Coincidencia notable! Cuando empieza la veda empiezan los bandos canchobos. Esto es: en cuanto el hombre no necesita del perro para cazar, encierra el hocico de este—oh vil ingrátido!—entre duros alambres. Va el pobre animalito dándose manotadas en la cabeza, sin poder ladrar libremente, ni echarle una forecilla a una perra de buen ver. Un perro culto ha pintado en la siguiente frase su vida durante la primavera:

—¡Es vivir detrás de una rejá! ¡Es tener incomunicado el olfato! ¡Es tener la lengua en prisiones!... Es un suspiro (ladrido) a través de una alambra!

¿Qué sistema es más digno de la civilización? ¿Poner bozales a los perros ó poner lorigas a las pantorrillas de

los transeúntes? Para resolver el problema, sólo hay que atender a que cada transeúnte suene tener dos pantorrillas, y que el perro que más, tiene un hocico.

La economía política condena, pues, a los perros a llevar bozal.

En Constantinopla hay tantos perros que si se echa un pedazo de pan al suelo, se abren treinta bocas perunas y se lo disputan. En Marruecos, durante el estío, hay una veintena de aficionados de verdugo que recorren las calles cazando perros. Veloz se precipita la cuadrilla por las estrechas calles blandiendo una lanza, en la que van ensartándose perros y más perros. Lastimeros ladridos se escuchan donde quiera. ¡La lealtad se ve perseguida por la barbarie!

Aquí se prefiere el envenenamiento y el amanecer en toda esquina se encuentra un espantoso cuadro. Los perros más alegres y gallardos del barrio, el que blanco y lanoso, pequeño y esponjado como bola de jabón ó puñado de nieve se posaba en el taburete del piano—único amigo de la belleza—y el que recio y corpulento más que el toro jaramero enseña sus armadas fauces junto al ferrado portón del granero—único amigo del avaro,—todos pagan el diezmo de sus vidas al miedo de los hombres. *Lucrecia Borgia* ha ido poniendo en la boca de la lealtad el veneno de la traición.

* *

Un periódico propone que en los Institutos se enseñe, en vez de matemáticas, tres idiomas. ¡Cuando lo que aquí se necesita es saber hablar menos... y saber contar más!

Un enemigo de la erudición lingüística decía: —No hace falta saber idiomas... Yo hice un viaje con un matrimonio ruso, y aunque ni marido ni mujer sabían más que su idioma nativo, yo, que sólo hablo español, me entendí perfectamente con ambos.

—¿Cómo! —Al hombre le hablé de negocios... a la mujer, de amor.

* *

Por algo se empieza. Principios hay más absurdos. Ahí está, sino, el de la primavera que empezó con una quinceña de días robados al invierno, y ha llegado a su apogeo de flores y pájaros en una noche serena.

La labor de la tierra no se interrumpe por la lluvia. Ella, en los incansables talleres de su escenografía pinta flores, ilumina praderas, esmalta las alas de las mariposas y las colas de los pájaros, llena los surcos de nidos y de orquestas volátiles los árboles... Amanece un buen día y la primavera coge la paleta de sus colores y su pincel lumínico. Con su sombrero *miniche* sobre la frente y su ligero traje de claros velos, en torno al garrido cuerpo, camina sin cesar como la luz de quien es hija, y cada grano de tierra se convierte en un grano de aroma, y entre el ramaje se ven inmóviles pajarillos que parecen jantares de música esperando a que les den cuerda para cantar.

* *

Aranjuez es hoy un inmenso ramo de todas flores atado con esa cinta enorme que se llama el Tajo. Es un bosque reducido a jardín. Sus calles de álamos tienen algo de las columnatas de un templo. A veces se diría que los trinos de los mirlos son el sonar de las campanillas de plata de la catedral de Toledo. Y allí, al fin de la calle, se levanta el palacio donde tanto idilio real se ha desarrollado entre tapices flamencos y muebles de oro y concha.

Aranjuez no varía de aspecto con los años. Su sello de nido de amores egreños está marcado en todas partes.

El siglo XVIII ha dejado allí su perfume de siglo galante; perfume que, como el del sándalo, jamás se evapora totalmente.

* *

Diversas maneras de recibir la primavera. —La primavera se acerca. Empezaré a tomar zarzaparrilla.

—¿Cuándo nacerá la primera rosa?

—Los botones de los árboles se hinchan, la savia sube, los trigos crecen. ¿Habrá buena cosecha de cereales?

—¿Habrá buena cosecha de mariposas?

—Brindemos por la primera flor.

—Brindemos por el primer insecto de elitros de oro y esmeralda.

—¿Guerra al insecto! ¡Viva la primavera insecticida!

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

JULIETA Y FRAY LORENZO,

cuadro por T. Wores

Los trágicos amores de Romeo y Julieta inspiraron al gran Shakespeare una de sus más bellas é interesantes composiciones dramáticas; la cual, a su vez, ha sido interpretada plásticamente por artistas de reconocido talento. Los más han escogido por tema de sus cuadros las entrevistas arriesgadas de los dos amantes; alguno ha pintado su doble suicidio; Wores ha dado forma a la escena I.^a del acto IV de la tragedia inglesa. Julieta, secretamente casada con Romeo, se halla obligada a dar mano de esposa al joven París, y en un desesperada situación toma consejo de Fray Lorenzo, el único protector serio del joven matrimonio, el que bendijo su unión, el que aconseja a Julieta beber el narcótico que ha de hacerla aparecer como

muerta, para trasladarla despues a Mantua, donde la aguardará Romeo á salvo de sus enemigos.

Nuestro grabado representa esa entrevista entre Julieta y Fray Lorenzo, siendo recomendable el uno y el otro personaje, aquella por el dolor y abatimiento que revela toda su figura, y este por el aire venerable y compasivo de su semblante y de su actitud. Es un cuadro verdaderamente sentido.

CAZADOR GERMANO, escultura por Otto Lang

Reune esta figura cuantas condiciones son necesarias para ser declarada obra de primera fuerza y joya del arte moderno. Desnudo el cuerpo, fornidos y bien proporcionados los miembros, rudo y franco el semblante, desgreñada la áspera meina, altiva la mirada, enérgica la actitud, la diestra blandiendo el hierro ensangrentado y la firme planta oprimiendo con vigor la cabeza del jabalí agonizante; ni debió ser el antiguo germano, el hijo de aquella raza sujeta, que no vencida, por los romanos.

Roma ha admirado la primera esa obra de aliento poderoso, en la cual ha demostrado su autor que el talento de un artista puede convertir una mole fría é inerte en una estatua llena de vida, de energía, de juventud y de varonil belleza.

LA TRACION DE CARMAGNOLA, acuarela por Villegas

Francisco Bussone, llamado Carmagnola, fué uno de los más célebres generales italianos del siglo XVI. Primeramente al servicio del duque de Milan y más tarde al de Venecia, fué acusado del delito de traición á esta república y decapitado en 1432, á la temprana edad de cuarenta y dos años.

No ha mucho, en la exposición París, deteniábase los inteligentes y los simples aficionados ante una acuarela, magistralmente pintada, representando á un miembro del *Consejo de los Dies* que pone de manifiesto al Dux Foscarini y á dos magistrados de la Señoría las pruebas de la traición de Carmagnola. Una sola era la opinión del público. —Es imposible, decía, pintar con mayor verdad la atención, la sorpresa, el efecto producido por la revelación más inesperada.

No es ménos bien entendida en este cuadro la agrupación de los cuatro personajes que en el figurar, y por lo que toca á la ejecución, no cabe desplegar en una acuarela ni mayor seguridad ni más valentía.

Ninguna de estas condiciones es de extrañar tratándose de un artista como el Sr. Villegas.

EL PRIMER TROPEZÓN DE UN ARTISTA, cuadro por Eugenio Stieler

Cogido *infraganti*, es denunciado á la autoridad del señor cura como reo del delito de poner en ridículo nada ménos que al maestro, respetable anciano, que sin duda pertenece á la escuela pedagógica de los que hacen entrar la letra con sangre, puesto que el acusado lleva la mano anticipadamente á la parte que ha de ser dolorida.

La turba escolar, presa de terror, aguarda la sentencia. Afortunadamente para el culpable, el señor cura parece tomar la cosa por su parte cómica, y es probable que todo termine con una homilía evangélica, intermedia á lo sumo con algun paternal tirón de orejas.

Raras veces este sencillo asunto, reproducido hasta la saciedad, ha encontrado interpretación más acabada. No hay en todo el cuadro una sola figura que no esté en juego, y cuyo semblante y actitud no expresen cuanto el autor se ha propuesto: la del venerable cura es preciosa; los otros tienen que ver uno por uno; el delincuente *está hablando*...

Damos la más cumplida enhorabuena al artista alemán, autor de la obra.

NACIDA EN LOS BARRIOS BAJOS, dibujo por Fernando Fonseca

¿Han visitado Vds. á la Virgen de la Almudena? ¿Han tomado alguna vez el sol cabe las orillas del Manzanares, á la hora en que las humildes lavanderas blanquean las interioridades de los vecinos de la villa y corte?... Pues ese tipo pertenece á la *saciedad* que frecuenta esos sitios y á menudo destaca á alguno de sus miembros femeninos al centro de Madrid para secundar al director del ramo en el hábil empeño de expender décimos de la lotería nacional.

Otros ejemplares de ese mismo tipo auxiliar al referido director en la fábrica de cigarras, donde se elabora una materia que en la China podría llamarse opio y aquí se llama tabaco...

El autor de este dibujo ha copiado del natural, con ojo observador y pulso seguro; bien podría decir como Juan el Evangelista:—Y el que lo vió, da fe de ello.

LA CUNA VACÍA, dibujo á la pluma por Llimona

Si en la pintura á la aguada se conoce la seguridad con que un artista dibuja y da color, á causa de las dificultades que ofrece la corrección de lo defectuoso, esa seguridad, esa confianza en sí mismo debe ser superior en un dibujo á la pluma, donde no cabe poner al pié: *el enmendado vale*.

Prueba de ese conocimiento profundo del dibujo es la lámina de Llimona que hoy reproducimos, ejecutada con una firmeza digna de todo encarecimiento. El autor con exiguos recursos, ó mejor dicho empleando la memoria de recursos pictóricos que puede utilizar un artista, dando forma, ya no tan sólo á una figura, sino á un sentimiento, porque esas *plumadas* dan por resultado una madre en el abatimiento del dolor, en el desconcielo de la sole

dad. Y para ello no ha tenido necesidad siquiera de mostrarnos el rostro descajado de la pobre mujer, de apelar a una de esas actitudes dramáticas, siempre de seguro efecto y por lo mismo deseadas del verdadero genio cuando no son necesarias; no; y sin embargo, véase detenidamente esa figura y dígame si es posible expresar más con menores medios.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA LECCION DE PESCA, cuadro por A. Guillou

No hay en pintura asunto, por insignificante que sea, que no pueda ser realizado por una buena ejecución. Esto se ocurre a la simple vista del cuadro de Guillou que hoy publicamos. Su *argumento*, llamémosle así, no puede ser más sencillo. Una elegante joven se ha embarrado en compañía de un *lobo marino* para distraerse pescando. El pez mordió el anzuelo, y el viejo marinero da a su agraciada compañera una lección de pesca, sin duda la primera, pero que ciertamente no será la última, a juzgar por el interés que muestra la discípula.

Producir con tan sencillos elementos un lienzo lleno de vida, es empresa que heredita la fuerza de ejecución del autor, quien parece haber hecho alarde de renunciar a todo accesorio convencional para concentrar todo el interés en las dos figuras del cuadro, cuya expresión es tanto más de elogiar en cuanto es más frívolo el sentimiento que en ellas domina. Reina, además, en toda la composición una tan placida calma, que el más refractario al mar tampoco pasaje de buena gana a bordo de esa lancha, en donde maestros tan entendidos enseñan a discípulas tan aplicadas.

MEMORIAS DE UN PEDAZO DE PLOMO

1

Fuí engendrado en las entrañas de la tierra de donde la avaricia de los hombres me sacó a la luz del día.

Entonces era yo una piedra irregular con mucho barro, poco oro y alguna plata.

Era la plata mi esposa, a quien entre mis brazos poseía hasta confundirla conmigo mismo: el oro circulaba humilde por nuestras venas, y el barro era el lecho en el cual, inmóviles y extáticos, gozábamos tranquilos y silenciosos placeres.

El día en que nos arrancaron del lugar escondido en que yacíamos, la luz del sol me mostró a los hombres brillante y esplendoroso.

Ninguno de cuantos nos miraban pudo distinguir el oro ni descubrir la plata.

Yo los celispasaba a ambos.

¡Era yo el más hermoso de los tres!

II

De mi país natal pasé, tras un corto viaje, a las manos de un caballero a quien otros de menor edad llamaban el doctor Vera.

El doctor, al tomarme entre sus dedos, dijo a los que le acompañaban:

—Este pedrusco que hoy he recibido es procedente de una mina de Almaden recientemente descubierta y cuyo propietario me lo remite con objeto de que examine las cantidades proporcionales que contiene de oro, plata y plomo.

Me estremecí presintiendo una desgracia.

El doctor Vera continuó:

—Deseo que asistan Vds. a este análisis tan sencillo como curioso. Dentro de breves instantes habremos dividido este mineral en tres porciones distintas: una de tierra, otra de oro y plata, y una tercera de plomo.

La dolorosa impresión que estas palabras produjeron en todo mi ser, me desprendió de la mano del doctor Vera y caí al suelo desvanecido.

Pocos momentos después, cuidadosamente metido en una vasija herméticamente tapada y rodeado todo mi cuerpo de no sé qué sales ó drogas, me introdujeron en un horno.

Allí comencé mi martirio.

El calor y las drogas, con una crueldad de que sólo los hombres son capaces, me convirtieron en líquido, se precipitaron sobre mí y, sin que mi herviente furor pudiera impedirlo, me arrebataron de los brazos a mi querida esposa la plata, para entregársela a mi rival el oro.

Después de una larga resistencia caí sin fuerzas en el fondo de la vasija.

¡Desde entonces odio al oro y a los hombres con todo mi peso!

—La operación está terminada,—dijo el doctor,—ya podemos apreciar los resultados.

Pronunciadas estas palabras, el desahogado sabio separó cuidadosamente el barro que nos envolvía; y al elevarse de mi lado, estrechamente abrazados, el oro y la plata; y por fin, apoderándose de mí, dijo, arrojándose a un rincón con el más soberano desprecio:

—Esto es plomo.

¡Ah! aquel doctor inicuo me había separado del sér para mí más querido en la vida, se lo entregaba á otro, me alejaba de ellos tal vez para siempre y todavía me insultaba!

¡Jamás plomo alguno aborreció con más intensidad que yo!

¡La ira me ahogaba!
Juré vengarme.

III

Lo primero era recobrar a mi esposa; arrancarla de los brazos de su amante.

Mi rival era oro y yo plomo: a esta desigualdad de clases era debida sin duda alguna la causa de mi abandono.

La plata es vanidosa; y prefiere al oro, que jamás tuvo corazón, a cualquier alma de plomo por húena y amante que esta sea.

Era, pues, necesario ser oro a toda costa.
La casualidad vino en mi ayuda.

Un hombre que servía al doctor Vera se apoderó de mí y me llevó a su casa en donde con palabras de fuego me ablandó, selló y doró hasta convertirme en una moneda de cinco duros, por lo que pasé, entre otras muchas, un día que mi providencia tuvo que cobrar no recuerdo qué honorarios del doctor.

¡Había realizado mis ambiciones!
¡Oh fortuna increíble! ¡Era oro!

IV

Caí en un castillo de palma, entre una peseta y una moneda de dos duros.

El golpe seco de la madera y el chirriar del hierro me indicaron que había sido encerrado en el fondo de un cajón.

Apéñes se hubo restablecido el silencio, la moneda de dos duros me dijo:

—Si V. me hiciera el favor...

En el sonido conocí a mi rival: mis entrañas de plomo se conmovieron: volví la cabeza, quiero decir, el busto hacia la peseta y me hallé frente a frente de mi perdida esposa.

—¿De qué?—pregunté yo entonces con no muy buenos modos.

—De quitarse de en medio: esa peseta que tiene V. a su derecha es mi mujer.

—¿Está V. bien seguro de ello?

—¿Qué quiere V. decirme?

—¿Que esta peseta es mía y muy mía!—vociferé yo cubriéndola con mi cuerpo.

—Caballero,—dijo entonces ella,—no se eche tanto sobre mí, que me ahoga: pesa V. como si fuera de plomo.

—Por lo visto, la plata de Almaden tiene buena memoria,—repusé sonriendo.

—¿Cómo? V. me conoce?

—¡Ingrata!

—¡Es posible!... Usted... ¿eres tú?... ¿tú?... ¿mi querido plomo?

Y se arrojó en mis brazos.

—Ya le había yo conocido en el metal de la voz,—murmuró la moneda de dos duros con cierta sorna.

—Sí, yo soy,—dije entonces encarándome con mi rival:—ahora arreglemos nuestras cuentas, caballero.

—Yo no tengo cuentas que arreglar con plomos de más ó ménos.

—Valgo quince pesetas más que V., caballero.

—Esto es falso.

—Lo veremos.

Ya iba yo á arrojarle sobre mi rival cuando se apoderaron de mí dos dedos y of la voz del doctor Vera que decía:

—¡Tomás, vaya V. a pagar la carga de leña que trajeron esta mañana.

Al caer produjo un sonido seco. Era la segunda vez que el doctor me separaba de los míos.

—Esta moneda es falsa,—exclamó el muchacho.

El doctor Vera volvió á tomarme; entre sus dedos examinándome con atención.

—Efectivamente, es falsa.

Y cogiendo un grueso martillo me golpeó con toda la fuerza de su brazo.

Quedé convertido en una bola.

El doctor y yo estábamos ciegos de cólera.

¡Ah! ¡si yo hubiese podido devolverle los martillazos!

Por fin me arrojó al suelo.

Si hubiera comprendido el lenguaje del plomo habría oído que al caer dije sordamente:

—¡Tú me las pagarás!

Aquella misma noche Tomás me recogió del suelo y me guardó en su bolsillo.

V

Del bolsillo de Tomás pasé, mediante cinco céntimos, á la tienda de un armero: éste hizo conmigo lo que con otros muchos pedazos de plomo: me convirtió en bala, y me colocó, bien empaquetado, en su escarapate.

Allí dormí durante mucho tiempo, proyectando mi venganza contra el doctor Vera.

VI

Una mañana me llevaron fuera de la ciudad.

Por lo que oí que hablaban mis conductores, colegí que se trataba de un túnel.

No bien llegamos al sitio convenido de antemano, me desempaquetaron y ví que me encontraba en un grupo de personas.

No lejos de nosotros había otras dos colocadas frente a frente.

—¿Han contado Vds. los pasos?

—Sí, señor; quince justos, ni más ni ménos.

—Pondremos poca pólvora con objeto de que las balas lleven poca velocidad.

—La cosa no es para que se mate ninguno de ellos.

—Lo que sobra en el mundo son muéjeres.

—Sí; pero ese diablo de doctor Vera tiene mucho amor propio, y basta que le disputen una cosa para que él se aferre más y más en poseerla.

—Figúrense la alegría y el temor que produjeron en mí estas palabras!

Alegría, porque se me presentaba la ocasión de vengarme de quien era la causa de todas mis desdichas; y temor, porque lo tenía de que recayese en cualquier otra bala la elección, en cuyo caso no podría realizar mis vengativos propósitos.

Efectivamente; otra bala mereció tan singular fortuna.

—¡Hermana!—la dije con voz sorda.

—¿Qué me quieres?

—Que lo mates.

—No te lo prometo, porque el fuego de la pólvora hace demasiadas cosquillas, y la velocidad del disparo no da tiempo de fijarse.

—Pon de tu parte lo que puedas: te lo exijo en nombre de la clase.

—Lo que yo deseo es terminar pronto y tumbarme luego al sol por los siglos de los siglos.

Se hicieron los disparos: miré y ví que los dos adversarios seguían en pié uno enfrente del otro.

La misma recomendación que á la primera hice á otras dos balas.

Al cabo, ¡oh dicha! llegó mi turno.

¡Qué ansiedad!

¡Ira á las manos del doctor ó á las de su enemigo?

Entré en el cañon de la pistola.

¡Cuántas emociones!

Pasé de una mano á otra.

¿En poder de quién estaba?

No of ni una palabra, ni una sílaba, ni un suspiro.

La incertidumbre me tenía desesoado.

Sonó la señal: iba á salir del cañon y todavía ignoraba contra quién me dirigía.

Era preciso proceder con calma; andarse con piés de plomo.

Se oyó el disparo.

Fué cosa de un segundo.

Me asomé á la boca del cañon de la pistola, ciego por el humo y el fuego: llegué á la mitad del camino sin saber todavía lo que deseaba.

¿Cómo le ví?

No sé: fué más bien un presentimiento. Pero, soñada ó real, yo ví la cabeza del doctor Vera, y, loco de placer y sediento de venganza, me dirigí hacia ella con la velocidad del rayo, y, abriéndome paso por la sien izquierda llegué hasta los sesos donde me revolqué á mis anchas.

El alma del doctor acudió á la cabeza, y, encarándose conmigo, exclamó:

—¿Por qué ese ensañamiento? ¿Qué te he hecho yo?

¿Eres plomo tu hombre?

—De tí aprendí á ser cruel, que nadie mejor que el hombre es maestro en miserables pasiones. Yo soy el plomo de Almaden, á quien un día robaste el amor arrojándome con desprecio de tu lado. Soy el mismo pedazo de plomo á quien otra vez golpeaste duramente, arrebatando á mi vanidad y amor propio un valor que debí al ingenio y á la fortuna, ya que no á mis propios méritos.

¿Qué te hice yo para que así me tratases? ¿Crees que hay algo despreciable en la vida? Lo que el orgullo de los hombres desdicha se vuelve contra ellos y mata. ¡Yo soy tu obra!

—¡Miserable!—dijo entonces el espíritu del doctor ahriendo las alas,—tu odio me ha robado mi cuerpo, es cierto; pero, mira, me has devuelto la libertad. Contra mí eres impotente.

Agitó las alas y desapareció en el cielo.

Desde aquel día, yo, pobre pedazo de plomo de Almaden, habito olvidado dentro del cráneo del doctor en el fondo de una tumba, pensando tristemente en un pedacito de plata que para los hombres vale una peseta y por el cual daría yo todo el oro del mundo.

FABRICO

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORINO GODINO

(Continuación)

IX

De cómo se efectúan los milagros

¡Horror!

Vieron un monstruo sobrenatural que tenía dos cabezas; una en la parte más elevada, que era sólo un montón informe de hojas de lentisco entre las que relucían dos ojos, y la otra entre los muslos, con la particularidad de que ésta en vez de orejas ostentaba dos piés humanos. El acéfaló se sostenía sobre dos piernas de cuyas rodillas salían dos brazos.

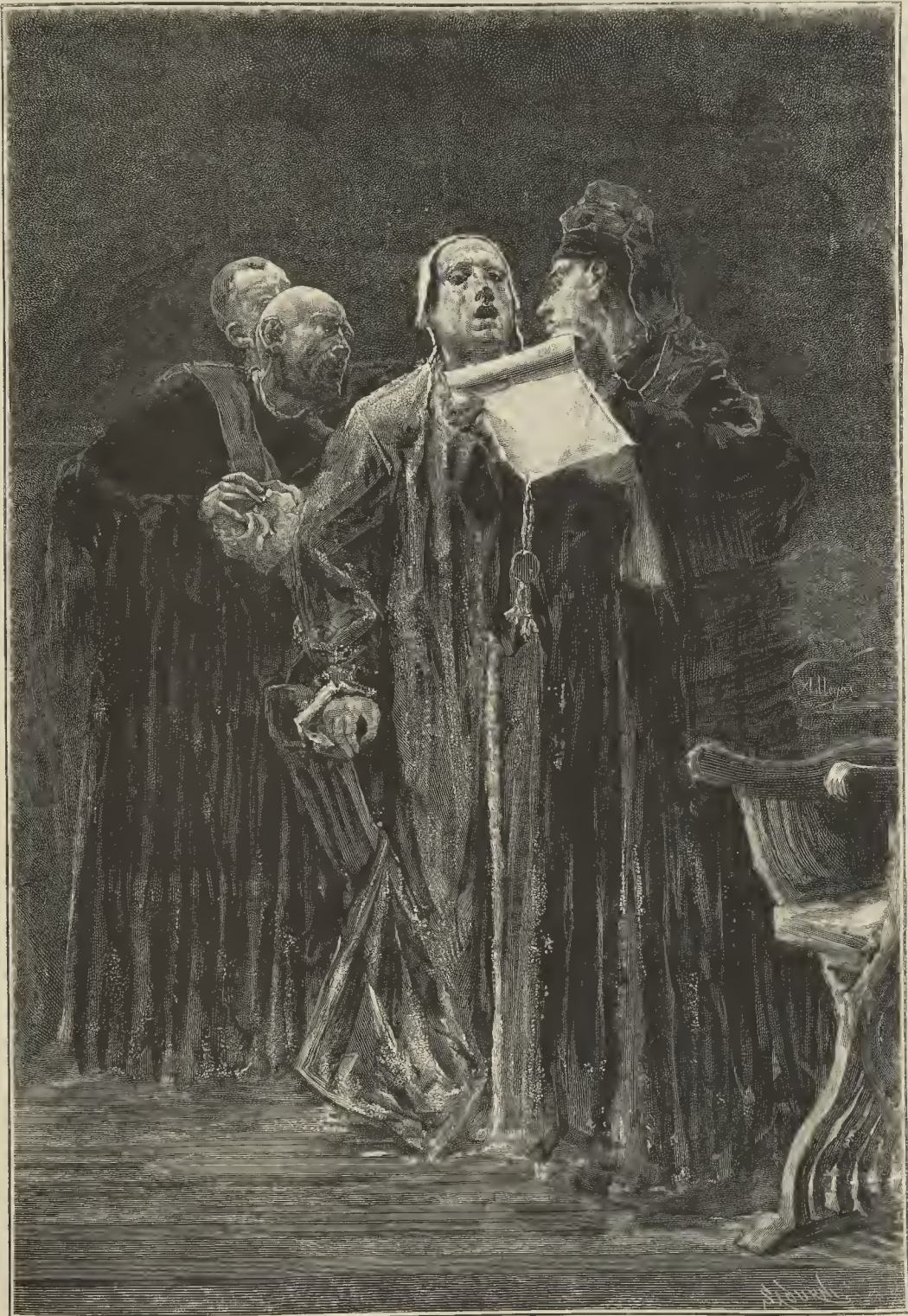
La cabeza inferior se adivinaba, más bien que se veía, envuelta como estaba en una nube morada, que formaba un gran lazo en la parte superior.

El lector habrá comprendido que este sér fenomenal, estaba formado de Sebastian el hercúleo y de Gil el ventrílocuo y dislocado.

Pasado el primer momento de terror, el derviche, que



CAZADOR GERMANO, notable escultura por Otto Lang



LA TRACION DE CARMAGNOLA, acuarela por Villegas (Exposicion París)

no tenía pelo de tonto, y que había pasado una temporada en las posesiones españolas, comprendió aquella monstruosidad. Con una palabra hubiera podido reducir á aquel sér extraordinario á sus naturales proporciones, pero se guardó bien de pronunciarla, por la razón que se dirá más adelante.

En cuanto á los demás circunstantes, ignominiosos hasta el idiotismo, estaban aterrorizados. Azrael, el ángel de la muerte, que en la creencia musulmana es bello, aunque sombrío, en la teogonía de Joló se transforma en un sér espantoso é inverosímil, de un aspecto parecido al que presentaban los dos amigos entrelazados.

Estos, por casualidad, habían tenido una idea feliz.

La turba, pues, á la aparición del monstruo, creyó llegada su última hora; pero el sagaz Santon prefirió sacar partido del milagro, y domeñar al ángel malo, venciendo su influencia. Este prodigio acrecentaría piramidalmente su influencia religiosa y política, llevando á feliz término *La conspiración de los Espíritus*, la cual tenía por objeto derribar del trono á Muhamet-Kark, actual Sultán de Joló, que se había emancipado del dominio teocrático, y proclamar á Ali-Kark, príncipe heredero, que se hallaba vigilado y desterrado de orden de su padre.

El marrullero sacerdote se incorporó, impuso silencio con un ademán á la multitud paralizada de espanto, y se adelantó solo hacia la temerosa aparición. A aquel ademán, cesaron hasta los sollozos y oraciones recitadas en voz baja.

Viendo aproximarse al Santon, Sebastian dijo á su compañero, lo más bajo posible:

—Viene hacia nosotros; ¿qué irá á hacer? trae el aire resuelto.

—Eso he notado con sorpresa. Antes me parecía tan miedoso como los demás.

—Se comprende, estaba asombrado por la ventriloquia; pero ahora creo que se come la partida.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Dejarle venir y si se acerca á nosotros darle yo un puñetazo que le despampane; esto aumentará el terror de los otros y como lo probable es que huyan, nos quedaremos dueños del campo.

—Vaya por el puñetazo; no me opongo.

Pero el Santon no se acercó derrechamente á ellos. Se detuvo antes de llegar, como á distancia de diez pasos y les dijo á media voz y en español chapurrado:

—Amigo de vosotros; devérchive no quereros mal, ni vosotros á él. Amigo.

—Amigos todos,—contestó Gil.

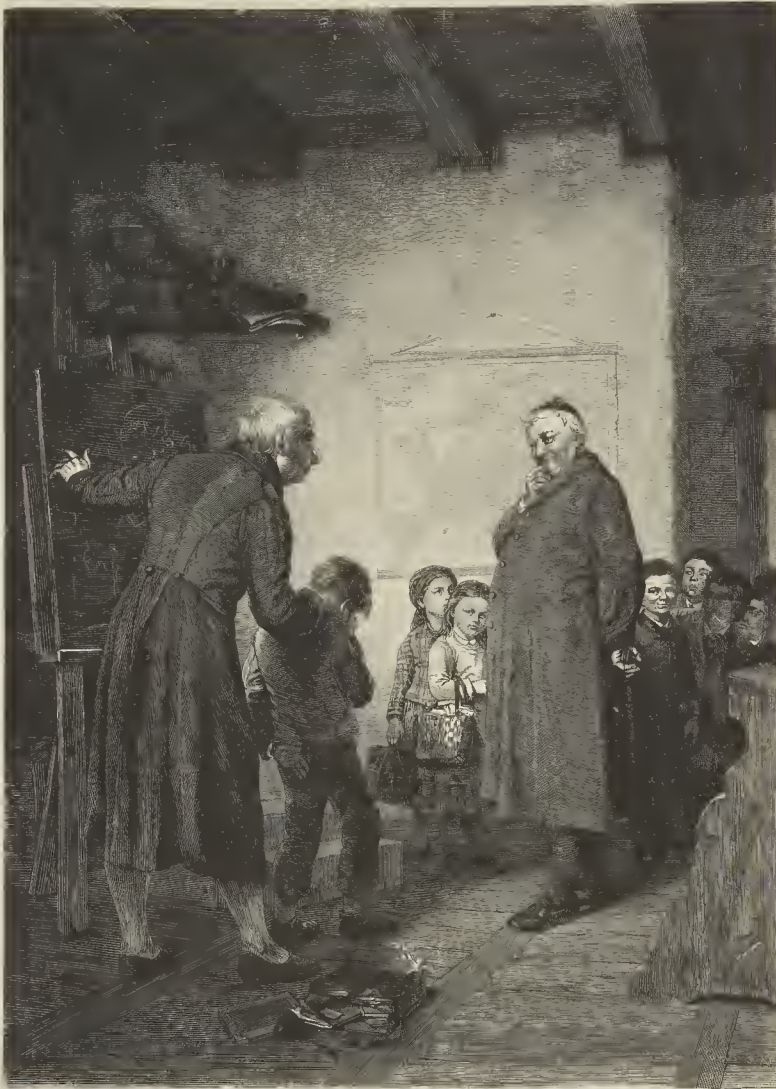
El sacerdote se aproximó haciendo reverencias, como para persuadir á la turba que adoraba á aquel espíritu poderoso, aunque maligno; cuando estuvo cerca, hizo seña á los dos amigos para que entrasen con él detrás de la roca; lo cual verificaron los tres rápidamente, como espectros que se desvanecen en el aire.

Un momento despues se presentó á medias el devérchive y extendiendo una mano hacia la multitud estupefacta, gritó:

—¡Quietos y esperad!

Y dicho esto volvió á desaparecer.

Detrás de la roca medió una explicación; los dos camaradas declararon al Santon el objeto de su escursión, y le indicaron sus habilidades; y este comprendió todo el partido que podía sacar de ellos, con tanta más razón, por cuanto en aquel triunvirato no podía haber lucha de inte-



EL PRIMER TROPIEZO DE UN ARTISTA, cuadro por Eugenio Stieler

reses; siendo únicamente el de los jóvenes encontrar á Petrita, y el suyo aumentar su prestigio milagrero y político.

Por una feliz casualidad, la linda doncella, hecha en efecto prisionera por los moros, se hallaba en el bohío ó parroquia del Santon, que prometió ponerla en libertad á condición de que le ayudaran en sus supercherías religiosas.

Sólo un punto fué objeto de discusión. ¿Quién había de prestar el primer servicio?

—Dénos V. la prisionera y luego haremos cuanto se le antoje—dijo Gil.

—Bien, pero antes es preciso que operemos algun prodigio gordo, que aumente mi preponderancia. Un *Veli* de la ribera se ha apoderado de la muchacha, y necesito de gran influencia para arrancársela; trabajando para mí lo hacéis por vosotros.

Los dos amigos titubeaban. Por fin convinieron en practicar inmediatamente un nuevo milagro, á condición de que el devérchive les trajese á Petrita al día siguiente y luego les facilitase medios para llegar á territorio español. Sin embargo, Gil, que era el más ingenioso, debía ponerse á disposición de aquel, durante un día, para seguir haciendo prodigios al aire libre.

X

El Santon de los siete cielos

Figúrense Vds. lo que pasaría en la caverna.

El devérchive tiñó á los dos amigos de cere que llevaba en amuletos ocultos, con objeto de desfigurar la encarnación humana; luego les colocó colas de algas y alas de lentiscos. Era un gran artista decorativo,

Cuando todo estuvo preparado, salieron los tres de su escondite.

Sebastian llevaba á Gil sobre los hombros y al sacerdote entre sus brazos.

La turba, al ver este grupo, retrocedió espantada, lanzando gritos lastimeros como un perro que recibe una pedrada. Creían que el monstruo se había apoderado del Santon é iba á devorarle; pero ninguno se atrevía á socorrerle; mas ¡cuál fué su asombro cuando le oyeron recitar la siguiente plegaria ó himno místico:

He domado al Espíritu. He domado su fuerza. He hecho que me columpie en sus brazos.

He secado el manantial de la muerte. No hay muerte para mí. Despues del Profeta y de Onasor, no existe en el mundo un sér más poderoso que yo.

Dichosos los que pelean á mi lado.

He descubierto la bebida mágica; la bebida conquistada de ibis, colopendras y anfibiosas diluidas en la baba de Bishrah, la yegua del profeta.

Soy el Santon de los siete cielos. No hay nadie más poderoso que yo, ¡Dichosos los que pelean á mi lado!

He domado el Espíritu; tengo mis piés sobre él.

En efecto, los devotos vieron con el rabo del ojo que el devérchive estaba encaramado sobre el monstruo que se encorbaba en actitud humilde, mientras que Gil culbreaba, se retorcia en posiciones imposibles, trepando por el cuerpo de Sebastian y por entre las piernas del sacerdote.

Todo aquello destacándose en la penumbra á alguna distancia de las antorchas, producía un efecto maravilloso.

—¡Es el Santon de los siete cielos!—murmuraba la multitud asombrada.

Despues de unas evoluciones postreras, entre las que Gil tuvo á bien rodar hecho un lío por el suelo, soltando voces de ventrilocuo que salían

de todas partes, Sebastian dejó en tierra al devérchive, que extendiendo los brazos y dirigiéndose á la turba, gritó:

—¡Salid!

Mientras se verificaba el despejo, los tres milagreros, formando un grupo caprichoso, acordaron las últimas condiciones.

El Santon salió el último, y cuando se hallaron solos, los dos camaradas se miraron en silencio y luego estallaron en una de esas risas convulsivas, nerviosas, imposibles de contener.

Por mandato del devérchive, los devotos habían dejado algunas antorchas encendidas y además aquel indicó á nuestros héroes un sitio en donde podían hallar manojos de teas de resina.

Gil, que fué el primero que se sosegó de su hilaridad, opinó que debían registrar la caverna, por lo que pudiera suceder. En el mismo paraje en donde estaban las teas, que era un espacio casi circular y no muy grande, los exploradores vieron con sorpresa un sin número de sacos de lona, que formaban un alto monton. Supusieron que contenían provisiones y como las suyas no eran muy abundantes, Sebastian desató uno de ellos, que medio se vació en el suelo.

—¡Pólvora!—exclamó asombrado.

—¡Pólvora!—repitió Gil retirando la antorcha que llevaba en la mano.—¡Hola! ¡También aquí se tienen municiones ocultas como en la calle de Toledo! ¿Habrá también por aquí algun general Narvaez?

Los dos amigos se apartaron de aquel sitio sin cuidarse de recoger la pólvora vertida.

Y como estaban fatigados de tantas emociones y ejer-

cicios, tomaron un corto *piscalotis* y se tendieron a dormir esperando al Santon.

XI

Amor subterráneo

—Petrita!
—¡Sebastian! ¡Gil! ¡Qué alegría! Al fin nos volvemos á ver.
—Pues ya lo creo. Hubiéramos buscado á V. por todo el mundo.
—¿Pero saldremos de este sitio tan horroroso?
—Saldremos, y si V. quiere, no para volver al lado del señor Martín.
—Que es un... Chafarote.
—Pero es mi tío.
—Sí, pero nunca querrá ser el nuestro.
El Santon puso fin á este tercio, que era medio ininteligible para él, diciendo:
—He cumplido mi palabra, cumplid vosotros la vuestra.
—Estamos prontos; pero no podemos dejar sola á esta jóven.
—Enhorabuena, que se quede uno con ella.
—¿Cuál?—preguntaron á la vez los dos camaradas.
El derviche se hallaba perplejo; no sabía á quien exhibir primero; si al más fuerte ó al más habilidoso.
Petrita miraba á los tres, con sorpresa.
Cansado de vacilaciones el Santon dijo:
—Me es igual empezar por cualquiera de los dos.
—Entonces que ella decida,—observó Sebastian.—¿No te parece, Gil?
—Bueno—contestó este, y luego dirigiéndose á la jóven, repuso:
—Uno de los dos tiene que acompañar á este señor cura.
—Para hacer milagros—observó Sebastian.
—Pero como estos pueden costar caros como los de San Gineto, el que salga de aquí corre riesgo de no volver.
—Y de morir tostado.
—Sin esperanza de ver á V.
—Ya sabe V. cuánto la quiero.
—Y yo también.
—En otra ocasión no quiso V. elegir; ahora es preciso.
—¿Pero qué es preciso?—preguntó Petrita, aturrida con esta jerga.
—Que elija V. uno que se quede aquí, que la acompañe, que sea feliz, que huya luego con V. ¿Ha comprendido?
—Sí—contestó Petrita, confusa. A intervalos miraba á los dos amigos, ó bajaba los ojos. Su eleccion estaba hecha, pero era buena y no quería causar un dolor.
Entre tanto los dos camaradas la miraban con ansiedad.
—¡Vamos!—dijo el Santon impaciente.
—¿Quién se queda?—preguntó Gil que era el más nervioso—¿Sebastian ó yo?
—¿Es forzoso?
—Absolutamente forzoso.
—Pues... Sebastian.
Gil inclinó la cabeza, procurando reprimir las lágrimas.



NAICIDA EN LOS BARRIOS BAJOS, dibujo por Fernando Fonseca

ron del porvenir. Sebastian convenció á Petrita de que, una vez libres y en territorio español, no debía volver al lado de su tío Chafarote, el cual seguramente se opondría á sus amores.
La jóven recordó á su amante que éste estaba comprometido por un contrato á trabajar durante tres años en la factoría y que su tío le obligaría á ello legalmente. Esta objecion preocupó un tanto á Sebastian y despues de debatir el asunto, que efectivamente era dificultoso, convinieron en que ambos se presentarían al Capitan general de Filipinas, pidiéndole su amparo. Una vez casado con Petrita, Sebastian no tenía inconveniente en trabajar, para Chafarote, el tiempo que fuese necesario.
Los dos amantes comenzaron este diálogo, estando sentados en el suelo, á alguna distancia uno de otro, pero para oirse mejor fuéronse aproximando. Además Petrita tenía miedo, la vacilante luz de las teas poblaba aquel recinto de sombras y de visiones; las ramas pendientes del techo ó que brotaban de entre las grietas de las paredes, parecíanle culebras ó animales espantables; así es que la pobre no tuvo más remedio que acercarse lo más posible á Sebastian y permitir que éste la tomase ambas manos, con objeto de tranquilizarla.

(Continuará)

COLORES DE LOS ANIMALES

No hay observacion, por insignificante que parezca, ni dato alguno, aun el más simple, sin valor é importancia en la ciencia actual. Todos, y cada uno de los elementos constitutivos del gran contingente de hechos y experimentos que la forman, tiene su valor, y aun lo más minucioso é inútil en apariencia, se aprecia y estima, no sólo por ser resultado de la actividad humana, nunca satisfecha de conocer y jamás fatigada del trabajo, sino tambien en cuanto constituye una veces suerte de prueba de leyes y principios anteriormente conocidos, y otras sirve de comienzo á observaciones nuevas y de base para inducciones de órden superior, las cuales cada vez nos acercan más y más á esa eterna verdad, cuyos vivísimos resplandores iluminan el entendimiento y alientan el deseo de saber, impulsándole hacia las valiosas conquistas científicas, gloria y premio del constante y sacrosanto trabajo.
Precisamente la ciencia de nuestros dias cuidase, con gran solicitud, del interesante pomenor, antes sin razon alguna tenido en olvido, cuando no despreciado como bagaje inútil y cosa de poco momento, indigna de ocupar la atencion de quienes tenían á menos consagrarse al estudio de los fenómenos, y entregados á sublimes lucubraciones unas veces y engañados otras con la esperanza de hallar en caprichosos principios y por métodos singularísimos la primera razon y causa eficiente de cuanto existe, ni paraban mientes en los hechos sencillos á su vista acaecidos y en los cuales se encuentran no pocas veces las leyes, que por torcidos é inciertos caminos buscaban,

ni aún tenían tiempo de mirar hacia abajo y á su alrededor, embelesados como estaban en la contemplacion ideal de las cosas de arriba, sublimes cuestiones y principios generales, en cuyas investigaciones poco ó nada adelantaron, acaso por no haber tenido en cuenta que de lo pequeño y miserable fórmase lo grande, y que lo complejo resulta de lo simple, y que en la Naturaleza el estudio de lo accidental y contingente es base segura y comienzo del camino para inquirir lo fundamental.

En la actualidad siguese muy distinto rumbo, sin por eso desdeñar la tradicion científica, antes al contrario, dándole todo su valor y apreciando en mucho y aprovechando todos los esfuerzos anteriores y antiguos trabajos en sentido de descubrir y dar á conocer la verdad; porque es necesario entender que el objeto de la ciencia no ha cambiado; es siempre el mismo, y la diferencia de ayer á hoy reside sólo en la mayor extension del método y en el perfeccionamiento de los procedimientos de investigacion.

Teniendo presente este sentido de la ciencia moderna, nadie ha de extrañar que los colores de los animales hayan sido estudiados cuidadosamente y áun clasificados á fin de inquirir su objeto; pues si la Naturaleza ha hecho que los séres presenten en su piel, en su pluma, en sus escamas ó en sus anillos muchas y variadas coloraciones, no será por mero capricho ó por recrear solamente la vista del curioso admirador de las obras de aquella fecunda madre, y alguna razon habrá para que la luz se quebre sobre el plumaje del sagrado *ibis* y le haga parecer de vivísimo color rojo, choque con el pelo del oso de Siberia y toda ella se refleje produciendo el color de los colores, incida en el gallardo cuerpo de la gentil cebra y presente las simétricas manchas de su piel, y ofrezca los metálicos destellos del más hermoso tomamol si envuelve el sutil plumaje del diminuto *alibri*. Por otra parte, la cuestion se hace todavía más interesante desde el punto en que naturalistas tan celebrados como Darwin y Wallace, hicieron de ella asunto muy preferente de sus estudios é investigaciones.

De cuantos problemas puedan presentarse en la actualidad á la consideracion del naturalista, no es de los más interesantes el referente á los colores de los animales, y áun puede decirse que ninguno le aventaja en importancia y novedad. Acerca de él, además, se ha dicho y se ha hecho muy poco, y por esto mismo merece llamar particularmente la atencion del investigador.

Darwin y Wallace primero, Magnus y Allen despues y más recientemente Cammerano y Heckel, son casi los únicos naturalistas que se han ocupado con fruto en el estudio de la coloracion de los animales, habiendo llegado los dos primeros á formular cierta hipótesis, bastante fundada en hechos y no desprovista de lógica; lo cual, no obstante, ninguna ley general puede darse todavía, y sólo cabe indicar los resultados inmediatos de los hechos observados y estudiados por los distintos naturalistas que se han consagrado á la resolucion de los varios problemas comprendidos en la cuestion del color de los animales.

Abraza esta toda una serie de problemas importantes. En primer término, al examinar la variedad infinita de matices que toma la luz cuando incide bajo distinto ángulo sobre la piel de los animales observándose dos cosas, á saber: la variedad de tonos de un mismo color y la combinacion de distintos colores, de donde pueden deducirse, desde este punto de vista, dos series de observaciones, una en sentido de estudiar la coloracion uniforme que presentan algunos animales, y otra referente á aquellos que ofrecen su piel manchada por diversas tintas, diferente el color de sus plumas ó con matices varios sus escamas.

Examinando los colores en general, y abarcando el conjunto, conviene indagar su origen investigando si proviene de exclusiva accion de la luz ó si existe en los animales alguna otra causa que á su coloracion contribuya. Otra cuestion se refiere al objeto y fin especial de cada color y en este punto deben inquirirse las propiedades de todos ellos y el servicio prestado por cada uno al animal que lo posee. Despues de este estudio, cuyo resultado es adquirir no sólo conocimiento de los colores de los animales, sino tambien su objeto, viene la consideracion de cómo se distribuyen en la escala animal, en cuyo punto se consideran y establecen relaciones entre los distintos colores, ya aislados, ya considerándolos en las diferen-

tes especies de animales que los poseen, consecuencia de lo cual puede ser cierta clasificación de cuantos individuos comprende la escala zoológica, tomando por tipos colores determinados, y agrupando a, su alrededor sus derivados y los resultados de sus múltiples y variadas combinaciones.

Tal es la extensión del problema y tal su alcance, y aunque no hayamos llegado a resolverlo por completo, se ha estudiado ya lo bastante para establecer ciertas conclusiones enteramente conformes con los hechos y admitidas y recibidas en la ciencia.

Al preguntarnos qué cosa son los colores de los animales, nos hallamos con dos cuestiones principales, sobre las que pueden ya comunicarse resultados ciertos y positivos respecto de determinados puntos. Estas cuestiones son las siguientes: consideración de los colores en sí y cómo se clasifican y consideración del significado, naturaleza é importancia de los colores.

En primer término cabe preguntar: ¿todos los colores de los animales son cualidades exteriores, sin que en ellos tenga la menor participación la estructura interna, ni en ellos influya, para nada, la constitución misma del ser? Para contestar á esta pregunta es necesario tener en cuenta ciertos hechos de la mayor importancia. Por punto general dividense los colores de los animales en externos é internos, según se hallen en la superficie y en la piel ó en la carne y en los huesos, y para hacer esta división se invoca el hecho de algunos huesos que en ciertos animales presentan color verde, sin que pueda decirse cosa alguna respecto del especial origen de tal coloración, por lo cual el asunto se concreta ya á los colores exteriores, respecto de los cuales las observaciones son más precisas y exactas, singularmente en lo que se refiere á su interpretación.

De dos maneras pueden producirse los colores externos de los animales. Unas veces la sola acción de la luz sobre la piel basta para determinarlos, en cuyo caso la interferencia luminosa es causa única del color. Otras la piel se halla teñida, como cualquiera tejido, por un pigmentum especial. De aquí la división en colores epidérmicos y colores hipodérmicos. Muy fácilmente se distinguen los animales que poseen unos y otros: basta cambiar la posición del animal y ver si el color varía ó permanece fijo; en el primer caso será producido por la sola acción de la luz y por una verdadera tintura en el segundo. Todos esos seres de colores vivos con cambiantes irisados, los hermosos tornasolados que presenta el plumaje de muchas aves y las variaciones de los destellos metálicos de ciertos insectos, son exclusivo producto de interferencia luminosa: gala prestada de la cual puede la luz privarles, como priva á las nubes de los contornos brillantes y de los magníficos matices de púrpura; adorno y nada más con que la luz los atavía, quizá para ocultar con la belleza incompatible del color determinadas imperfecciones.

Con el reparto 120 recibirán los suscritores á quienes corresponda la anunciada cromolitografía representando un BAUTIZO Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX, copia de una acuarela del Sr. Llovera. Hubiéramos deseado repartirla antes, pero lo numeroso de la tirada y el cuidadosamente aquellos, pues el resultado de este trabajo ha sido tan perfecto como tendrán ocasión de apreciar. Debemos desde luego recomendar eficazmente que al poner el correspondiente marco á la expresada cromolitografía, no se corte el papel blanco que la rodea, pues de lo contrario, además de hacerle perder su carácter de acuarela, se la privaría del realce y lucimiento que le da dicho papel blanco.



LA CUNA VACÍA, dibujo á la pluma por Llimona

Pueden dividirse en colores epidérmicos,—y con ello se enta ya en su interpretación,—en *útiles, indiferentes, rudimentarios y accidentales*. Entre los primeros son notables los colores *protectores*, por cuya virtud un animal puede huir de sus enemigos; los *atractivos*, con los cuales los animales de gran tamaño ejercen cierta influencia sobre sus víctimas, y los *conservadores y desviadores*, que sirven para los fines indicados por sus nombres.

Casi todas las observaciones acerca de la coloración de los distintos animales refiérense á los colores útiles, sin duda por ser aquellos cuyo objeto y fin se perciben y estudian con mayor facilidad, y además porque los colores útiles son realmente una prueba nada despreciable en favor de la lucha por la vida y de la adaptación al medio. Para demostrarlo basta fijarse en algunos hechos perfectamente conocidos y estudiados.

Muchas víctimas de animales carnívoros presentan perfectamente intactas ciertas partes de su cuerpo que ofrecen determinadas coloraciones, lo cual demuestra que los colores protegen, y en este caso, quizá ejerciendo acción

repulsiva sobre el animal destructor. Casi todos los insectos que tienen manchas oculiformes de distinto color que el general de su cuerpo se preservan de sus enemigos y si acaso alguno es devorado, las partes correspondientes á las citadas manchas se libran por completo del ataque, son una especie de coraza ó blindaje que defiende al animal débil y pequeño del grande y fuerte que quiere aniquilarlo.

A estas observaciones deben añadirse los recientes estudios del eminente profesor Hæckel, acerca de los corales de la isla de Ceilan. En los fantásticos bosques submarinos donde se crían hermosos y magníficos corales verdes, todo es verde, y hasta verde es el color predominante de la isla entera; región afortunada de la perpetua juventud de la Naturaleza, isla eternamente verde, paraíso soñado por poetas y artistas, tierras por donde han de extenderse desde ahora y en lo sucesivo las observaciones y trabajos del naturalista. Como los corales, verdes son las plantas, verdes la tina del mar, los reptiles, los pájaros y las mariposas, ofreciendo la más hermosa gradación de tintas, desde el oscuro del musgo, hasta el trasparente y vivísimo de las aguas, y esto tanto los seres citados como ciertos animales marinos inferiores, y aun crustáceos y moluscos de gran tamaño. El insigne profesor explica esta suerte de *monocromatismo* acudiendo á la selección natural y á la teoría de los colores protectores como una consecuencia suya.

En efecto, si nos figuramos un animal de color igual ó muy semejante al medio en que vive, evidentemente este será poco visible, y por lo tanto podrá ocultarse con mayor facilidad de sus enemigos, confundirse con las cosas que le rodean y asegurarse más larga vida. En cambio, la subsistencia de los seres coloreados con las mismas tintas del medio en que habitan está asegurada; puesto que con mayor facilidad pueden acercarse á sus víctimas sin ser notados. De esta manera, por la lucha verificada en las condiciones requeridas, la selección se practica de continuo, en virtud de adaptaciones al medio y del aprovechamiento de cuantas condiciones rodean á los seres, lo mismo las que se refieren á sus semejantes que las de la misma Naturaleza inorgánica, en cuyo contacto viven.

Ignórase todavía la condición biológica del color negro y del color blanco; pero no pueden ponerse en duda las simpatías de los animales por determinados colores, y su antipatía por otros. En este punto observanse verdaderas maravillas, sólo comparables á las singulares acciones de los sonidos y de los colores sobre cada especie animal. No son tales cosas, como podría creerse, juegos de la fantasía; son realidades observadas á cada momento, fenómenos cuya importancia crece á medida que se estudian y que están llamados con el tiempo á constituir una de las partes más útiles é interesantes de la Historia natural de la Creación.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO

ILUSTRACION ARTÍSTICA



AÑO III BARCELONA 31 DE MARZO DE 1884 NÚM. 118

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—RECUERDOS DE LA SEMANA SANTA EN SEVILLA, por don Benito Mas y Prat.—LA CAVERNA DE LA MUERTE (continuación), por don F. Moreno Godino.—ARQUEOLOGÍA HISPANO-MAHOMETANA, por don Rodrigo Amador de los Ríos.

GRABADOS.—EL HIJO DE CHILPERICO, cuadro por Alberto Maignan.—LA CANCIÓN DEL DÍA, cuadro por Fausto Zonaro.—EL

PRIMER FRUTO DE BENDICIÓN, cuadro por Fausto Zonaro.—LO RELEI, estatua por Roberto Caser.—EL CONDE TEODORO DU MONCEL (notable electricista).—LOS TRAMPOSOS, cuadro por Meyssheim.

NUESTROS GRABADOS

EL HIJO DE CHILPERICO, cuadro por Maignan

El autor de este lienzo es uno de los autores franceses que con mayor aliento y éxito cultivan el difícil género

histórico. La escena que representa ese hermoso cuadro se remonta al tiempo de los merovingios.

Chilperico I, que reinó en la segunda mitad del siglo VI, había repudiado á Odevaria para casarse con Fredegunda, de la cual tuvo un hijo varón, destinado á sucederle en el trono. Dios castigó en el manebro la falta de sus padres: rendido por mortal dolencia, perdióse toda esperanza en la ciencia de los hombres, bien limitada por cierto en aquellos rudos tiempos; y entónces nada mejor idearon



EL HIJO DE CHILPERICO, cuadro por Alberto Maignan

sus afligidos padres que hacerle colocar en una parihuela y dejarle en contacto con el sepulcro de San Medardo. Pero el cielo se negó a obrar un milagro y el infante empezó a agonizar apenas fue introducido en la oscura cripta que guardaba los restos del santo obispo.

Tal es la escena que Maignan ha reproducido con enviable talento. La disposición general no puede ser más acertada. En detalle, no cabe expresar con mayor verdad el reconcentrado dolor del padre, el dolor físico del hijo, la desesperación de la madre y su postrera esperanza en un poder sobrenatural. La impresión que causa el lienzo es profunda: de él podría decirse que huele a muerto.

LA CANCIÓN DEL DÍA, cuadro por F. Zonaro

Los hijos del pueblo son por naturaleza poetas y cantores. Ellos han sido los autores anónimos de un sin fin de grandes pensamientos verificados correctamente sin saber lo que es metro, ni pié ni acento; como se han encargado también de popularizar ciertas melodías que instantáneamente pasan del teatro ó del salón á la calle, sin que se sepa qué ó quién las ha transmitido á la multitud que resulta conocerlas y entonarlas repentinamente.

Sucede con esas canciones lo que con los pargaus: nadie los lleva; pero en cuanto caen cuatro gotas no se ven más que paraguas por las calles. Vais al teatro; oís una canción que se os pega instantáneamente, que el público hace repetir con entusiasmo, que tarareáis mientras regresáis á vuestro domicilio... Pues bien, al día siguiente, el aprendiz que indolentemente se dirige á su taller, el obrero que regresa de su fábrica, hasta la sirvienta cuya pertenencia musical es el martirio de la vejeidad, se han apoderado del motivo melódico y toman por su cuenta el ponerlo en boca.

Los pilluelos del cuadro de Zonaro vagabundean por las afueras de la población entonando el aire del día: tenor y bajo á *natura*, están ejecutados con una verdad que honra seguramente á Zonaro, artista italiano, que ha encontrado esos tipos cabe la incomparable bahía de Nápoles.

EL PRIMER FRUTO DE BENDICION, cuadro por Fausto Zonaro

Amáronse nuestros jóvenes esposos como la moral exige y casaron con la Iglesia ordena. En la seguridad de que no falta pan á quien ama el trabajo, ni puede desconfiar del porvenir el que ahora poco ó mucho de su salario, han gozado de un presente tranquilo, en el interior de un hogar modesto, pero embellecido por la juventud, el amor y la esperanza. El Señor ha bendecido ese matrimonio, deparando á ese cielo conyugal el ángel que le hacía falta. Un niño robusto, bello, vivarachó, ha venido á colmar la alegría de la casa, abriendo nuevos horizontes al deseo de sus padres. ¡Con qué valor soporta el marido su mayor trabajo desde que su hijo consume una parte de su producto!... ¡Con cuánto afán economiza la mujer, ya no lo superfluo, sino hasta una porción de lo necesario, pensando en que la peseta que ahorra es la base del capital del pedazo de sus entrañas!... ¡Qué rayo de sol dispararía las tinieblas del hogar como la sonrisa de ese niño; ni qué música celestial sonaría en los oídos de esa enojada pareja, como suena la primera palabra que balbucea el tierno infante!...

Los que satirizan el matrimonio porque nunca han comprendido la cantidad del afecto de familia; los pesimistas que se empeñan en hacer de este mundo una noche tenebrosa, donde apenas brillan las onzas de oro de una que otra gaveta; comprendan que aún hay felicidad en la tierra para los esposos que llaman bendición de Dios al advenimiento del primer hijo.

LORELEI, estatua por Roberto Caner

En la mitología griega y romana la encantadora de las aguas era la sirena. A orillas del Rin, la tradición tuvo el buen gusto de suprimir la escamosa cola al hada de las ondas. Lorelei (compuesto de Lore, nombre de la ondina, y Lei, nombre de una roca situada encima de San Goarshausen) es la mujer fantasma, de esbelto continente, cuyas delicadas formas se insinúan á través de su ligero traje y más ligero velo del color de las olas: su pelo y rubia cabellera flota á merced del viento, que ora agita mansamente las aguas, ora las encrespa con estrépito. Su canto, como el de las sirenas, atrae á los hombres, y si alguno intenta resistir esa atracción, las olas le sepultan en su seno. Si, por el contrario, el pasajero se atreve á escuchar las desnudas rocas en que Lorelei se muestra, ó es precipitado al abismo desde sus alturas, ó si el hada se encuentra de mejor talante, se contenta con hacer extraviar á su víctima por entre un laberinto de juncos y espadañas que le retiene durante muchos días.

Sabido quién es Lorelei, se ha de convenir en que raras veces las creaciones de la superstición popular han encontrado una forma tan poética, tan sentida, tan artística, como la que Caner ha obtenido en la estatua que reproducimos.

TEODORO DU MONCEL, notable electricista

No ha muchos meses declamamos, al ocuparnos de Siemens, que la ciencia eléctrica estaba de luto con motivo de la muerte de este distinguido ingeniero, acaecida poco después de la del célebre Breguet. ¡Cuán léjos estábamos de figurarnos que al poco tiempo habríamos de seguir al sepulcro otro electricista no menos aventajado que ellos, el conde Teodoro du Moncel, tan conocido en nuestra patria por sus obras sobre electricidad y telefonía! Y sin

embargo, nada más cierto por desgracia: el conde Teodoro du Moncel, cuyo retrato tenemos la satisfacción de insertar en este número como débil y justo homenaje á su laboriosidad y grandes conocimientos, falleció el 16 de febrero último.

Hijo del conde du Moncel del general de ingenieros y por de Francia del mismo título, consagróse desde sus juveniles años al estudio de las ciencias, y más especialmente al de la arqueología, sobre la cual publicó notables escritos. Sus padres, imbuidos en preocupaciones tan rancias como vanas, no llevaban á bien que el jóven se dedicara á semejantes trabajos, y juzgando neciamente que con ello degradaba su nombre, cuando lo que hacia era rodearlo del brillo de más verdadera y provechosa nobleza, exigieron de él que renunciara á sus aficiones arqueológicas para acudir exclusivamente de su hacienda. Teodoro no pudo avenirse á las pretensiones de los suyos, y de su resistencia surgió un rompimiento con la familia, que le dejó privado de todo recurso. Obligado por esta causa á renunciar á los estudios arqueológicos que requerían gastos considerables, dedicóse du Moncel á los de la electricidad, en cuya ciencia se instruyó sin auxilio de profesor alguno. Dióse á conocer escribiendo varias series de artículos en diferentes revistas científicas, y luego emprendiendo trabajos originales, en especial sobre las corrientes de inducción, las pilas y los electro-imanes; cabiéndole el honor del descubrimiento del flujo eléctrico, que tantos servicios ha prestado á la química y que ha llegado á ser un agente precioso de combinación.

De 1850 á 1856 construyó más de veinticinco aparatos nuevos por los que fué premiado con medalla de primera clase en la Exposición de 1855, siendo los más notables el anemómetro eléctrico, los mensuradores eléctricos de niveles de agua, el anotador eléctrico de improvisaciones musicales, el regulador automático de temperaturas, aparatos de alumbrado eléctrico de las cavidades oscuras del cuerpo humano, sistemas de telegrafía, galvanómetro anotador, cerraduras eléctricas, etc.

En 1860 fué nombrado ingeniero electricista de la Administración de Telégrafos, en 1866 oficial de la Legion de honor y en 1874 individuo libre de la Academia de ciencias. Siendo redactor en jefe del periódico *La Luz eléctrica*, ha llenado con sus escritos las páginas de esta revista, publicando al propio tiempo muchos volúmenes y folletos sobre los progresos de la electricidad, entre otros *El Teléfono*, *El alumbrado eléctrico*, *El Microfono* y el *Fonógrafo*, *La Electricidad como fuerza motriz*, y otros muchos que hoy sirven de provechosa consulta para cuantos á dicha ciencia se dedican.

LOS TRAMOSPOS, cuadro por Meyerheim

Este cuadro, parodia de una escena barroca entre duranines y petardistas, es de una verdad insuperable. Si Darwin hubiese tropezado con monos de esa naturaleza, tan monos y tan dotados de expresión á un tiempo, hubiera argumentado con el ejemplo de esos cuadrumanos, que tienen todas las trazas de tres pilletes redomados. Por supuesto que el *caballo blanco*, ó seáse el entrapamado, no es tan lerdo como sospechan los fulleros, y es muy posible un bien de treinta mil demonios, si los demonios se curasen de tales monadas.

Dado que algunos artistas tienen el raro capricho de criticar los vicios de los hombres por medio de animales, como ya lo venía haciendo Esopo en sus fábulas, hay que conceder al autor de esos monos un estudio de ellos tan detenido y esmerado que no puedan menos de quedarle agradecidos los salvajes pobladores de los bosques de Tetuan.

RECUERDOS DE LA SEMANA SANTA EN SEVILLA

La Virgen de la Esperanza

I

Sevilla tiene particularidades que le son propias, fiestas que pasarán á proverbio, detalles que no puede conocer el viajero, sino es ya que se decida á ser sevillano, á plantar sus reales en medio de sus alamedas y de sus verjoles.

Entre estas particularidades, que trascienden poco á poco, pero que no se manifiestan en toda su plenitud al primer golpe de vista, cuéntase la de una exagerada predilección por determinadas imágenes, por ciertas advocaciones, por templos especialísimos; cosa que si pasa inadvertida para el que la ve en la santa semana, llevar ofensas á éste y aquel altar, á uno ó otro templo, es patente y fuera de duda para el que conozca la rivalidad que existe en las distintas hermandades, la emulación que reina en el adorno de *los pasos* y el antagonismo que hierve en las solennes manifestaciones públicas.

Entrando en este campo de investigaciones, fecundo y rico de color local, advertiremos que, entre las imágenes de Jesús y de su Santa Madre, estas tienen siempre para el sevillano la primacía; por esto digo algo, con alto sentido y sobra de razón, que era esta tierra la *tierra de María Santísima*.

Hay un pintor á quien han hecho célebre *las Concepciones*, no hay para qué decir que es Murillo. Sería curioso investigar si el fué quien fomentó, en Sevilla, hasta llegar al delirio esa predilección por las imágenes de María, ó si el notable pintor, influido como buen sevillano por esa atmósfera de veneración, que aún no se ha disipado, halló esas delicadas y graciosas imágenes que, colocando el divino pié sobre la luna,—que mengua de envidia—y dando al viento los sutiles pliegues de sus ropajes, parecen ascen-

der perpetuamente hácia los cielos rodeadas de un precioso coro de desnudos angeillos.

Sus Madonnas de Rafael, más bellas acaso, producen en el ánimo una emoción distinta á la de mis Concepciones sevillanas. Parece que bajo este cielo azul, que se cubre por las tardes de nubes de colores; que en estas márgenes floridas, donde la Psiquis griega ha dejado sus formas de mujer porque se encontraba fea entre tanta hermosa; en estas Hespérides, en fin, donde las manzanas de oro penden aún de los árboles, á pesar de no existir ni un solo de los personajes de Hesiodo y de Homero, había de hallarse el supremo arquetipo de la belleza femenil, el gran ideal del pintor cristiano; la virgen en quien no se ve la carne, porque va separándose, poco á poco, de la forma, como una envoltura de niebla.

Todos los pintores que siguen la escuela vislumbrada por Giotto, hallan en una realidad más ó menos perfecta de un patrón de sus Virgenes; sólo por una poderosa abstracción logramos nosotros separar á la Fornarina de los lienzos del favorito de los Médicis; con Murillo no ocurre lo propio, el modelo permanece eternamente oculto bajo aquellas formas extrahumanas. Una Concepción suya, es la mujer que no nos explicamos sentando la planta en el pavimento, áun cuando este sea de rico mosaico como el de los palacios de Italia, ó de resplandeciente cristal, como aquellos que sustentaron á Esiter en los alcázares del rey Asuelo.

Rafael escribía á uno de sus amigos que no hallando modelo apropiado para sus creaciones, se solía servir de uno que el mismo se había forjado; sin embargo, la ojenda envidiosa y maligna de sus émulo supo descubrirlo al fin, y si no logró ver á la ramilleteira del Trastevere, que mostró al autor del *Pasmo de Sicilia* los primeros misterios de la forma, señaló en cambio á la hermosa y desdichada *Jornera* que había de condensarse á perpetua vergüenza dando su alma al hombre y sus encantos al artista.

Nadie ha podido decir qué modelos halló Murillo para sus Concepciones; los que afirman que estas tienen el tipo andaluz se equivocan grandemente.

Y en verdad que si el Pintor del Cielo hubiera querido copiar pura y simplemente á nuestras hermosas, como hizo Rafael en sus Virgenes romanas, hubiera llevado también al de Urbino gran ventaja. Según los escritores sagrados y principalmente San Epifanio y San Nicóforo, la madre de Jesús era de mediana estatura, trigueña, de cabello castaño, de ojos garzos, ó semejantes en color al fruto maduro de la aceituna, de arqueadas cejas y hermosos labios. Como la esposa del Cantar de los Cantares hubieran podido decir: *soy morena, pero hija de Jerusalén*; nuestras mujeres, como ya expresó Camptopom, plagiando ó parafraseando el sagrado texto, *son dignas de ser morenas y sevillanas*.

Hay sin embargo en las Concepciones de Murillo algo que se aleja de la andaluz y de todas las mujeres del mediodía de Europa. El cabello suelto y tendido por la espalda es propiedad de la castellana del Norte, de las protagonistas de las baladas escocesas, de las hadas de los cuentos dinamarqueses: la española, al modo griego ó hebraico, árabe ó romano, jamás llevó el cabello suelto; siempre arrolló sus hermosas trenzas como Aspasia, Rebecca, ó la favorita de Abderraman III.

El amplio ropaje que cubre, con sus ondulantes pliegues, los Concepciones de Bartolomé Estéban, se parece más al traje de la dama de la Marca alemana, que á la airosa falda corta de las hijas de Andalucía. Últimamente, la mujer andaluz, más que serena majestad, tiene movilidad y gracia.

De estas observaciones resulta que Murillo hubo de buscar algo de lo que el pueblo conservaba de las tradiciones góticas para completar el tipo ideal que se había forjado, pues aunque puede suponerse que la segunda Eva tomara de la primera sus delicadas formas y su suelto cabello, es un tanto discutible el que Murillo lo tuviese en cuenta.

Del mismo modo puede asegurarse que el pintor de la Virgen de la Servilleta no halló las vestiduras de sus Concepciones en las que ocupaban nuestros altares: la mayor parte de estas ostentaban sus túnicas piegadas á la manera bizantina, y había de separarse de tal tradición para dotarlas de esos vaporosos ropajes que tienen tanto de arosos como de sutiles.

II

Pero nos hemos separado de nuestro propósito, llevados del irresistible deseo de investigar cómo se desarrolló en Sevilla la predilección por las imágenes de la Madre del Cristo, y habremos de volver sobre nuestro asunto, que es el de recordar algunas particularidades que se relacionan con este modo de ser del pueblo sevillano.

Durante la Semana Santa, se extrema, como hemos dicho, la emulación religiosa, dando por resultado esas magníficas cofradías que llaman á la tercera capital de España todo un mundo de turistas curiosos.

El que visita, por primera vez, los templos en que se hallan colocadas las imágenes que han de hacer estación al día siguiente, no puede menos de lanzar un grito de admiración al ver reunidas, en corto espacio, tantas riquezas. El oro, el terciopelo, el brocado y las piedras preciosas, cubren, por decirlo así, las esculturas, y brillan á la luz de los cirios á la manera de aquellos tesoros de que nos hablan los cuentos orientales y las Memorias del Papa Silvestre II. Diademas riquísimas, collares y pendientes de un valor inapreciable, aderezos de rubíes, esmeraldas y perlas, reducen acá y acullá como lluvias de luceros. Los

dedos de las Vírgenes desaparecen bajo las sortijas y sus resplandores y nimbos harían la fortuna del más pobre barquero del Guadalquivir.

En las Reinas del Cielo tienen sus camareras que pertenecen á lo más elevado de la sociedad, las cuales no se dan punto de reposo cuando hay que cubrir aquellas cabezas de brillantes y aquellos senos de perlas.

Las andas ó pasos, son verdaderas montañas móviles, que sustentan el peso de una gloria escultórica y de un sin número de tesoros reales; véanse los del Salvador ó de San Lorenzo, los de San Isidro ó de San Gil; todos ellos son igualmente ricos y ostentosos.

Ni un solo año deja de estreñarse alguno de esos objetos en los que se derrocha el terciopelo y el oro como si fueran cosa de poca monta y escasa valía. Los mantos suelen estar bordando años enteros, y, como verdaderas obras de arte, cuestan muchos miles de duros.

Habrà quien diga que tal lujo, tal ostentación, tan magníficas riquezas, constituyen una falta de sinderesis tratándose de la religion del Crucificado, de las ceremonias de la Iglesia de aquel Cristo que no tuvo en el mundo una sola piedra donde reclinarse su cabeza; pero esta objeción dejará de hacerse tan pronto como se vea la religiosidad exagerada, el prolijo cuidado, el orden y compostura que reina en estas Cofradías, verdaderas exhibiciones artístico-religiosas que tienen un sello especial y propio en esta privilegiada región.

Entre una multitud que se apina en las calles del tránsito, levantando sólo ese ruido especial de la ola humana que pugna por romper el límite, pasan los misterios ó pasos llenos de flores y guarda-brisas y alumbraos por una miriada de luces que arrancan brillantes destellos de las alhajas y objetos de arte que los decoran. Vistos de noche, se asemejan á constelaciones móviles que rastrean por la tierra, rodeando ya una Dolorosa, ya á un Nazareno, ya á uno de esos grupos de personajes bíblicos que animó el cincel de nuestros grandes escultores. La multitud se alza sobre las puntas de los pies para recorrer, con la vista, ora las angulosas formas de un Cristo de Montañés, ora el rostro lloroso y bello de una Magdalena de la Roldana, ó empapa sus ávidas pupilas en las notables labores de sus tónicas y de sus mantos.

Para acompañarlos dignamente, el cofrade se cubre con capuz de blanco estameño; lleva al pecho bordado escudo; luce fino guante y calza zapato charolado con hebilla. La sevillana, que se asema al balcon de la carrera ó se confunde en la fila de curiosos, que abre el cuerpo de hermanos bastoneros, contribuye también á dar tono á la solemnidad poniéndose sus mejores galas; el manto de Manila, á que la hija de San Bernardo ó de Triana es tan aficionada, forma bello y pictórico contraste con el abrigo francés ó el gran sombrero de largas plumas, importado por las estatuarias hermasuras de Alemania.

Imposible sería describir las cofradías sevillanas con la minuciosidad que sus innumerables particularidades demandan. El nazareno, se manifiesta de distintos modos y se presta á numerosos análisis. Si lo consideramos como perteneciente á la buena sociedad, hemos de verle siempre pulcro y coquetuelo, llevando el estandarte ó la vara de plata; dirigiendo de vez en cuando su mirada á las bellas y haciendo que asome bajo la túnica su bien cortado pantalón de paño negro: si le consideramos como hijo del pueblo, podemos verle con el alto capirote sobre la frente, llevando al brazo la rizada cola, que plegó su novla con gran cuidado, sustentando el pesado cristo en la cintura y dejando ver el pañuelo con encajes; grito presente alcanzado, tal vez, en las deliciosas horas de la rejá. El primero, no se separará de su puesto mientras dure la procesion y apenas estrechará la mano de un pariente ó de un amigo; el segundo, hará de vez en cuando el juego de los desahogados, es decir, confortará su ánimo en la taberna cercana. Uno y otro guardarán, á pesar de todo, gran compostura y llegarán al fin de la carrera satisfechos y orgullosos por haber cumplido su deber.

En las cofradías, como hemos dicho, es donde con más viveza resulta el especial antagonismo que existe entre las distintas hermandades. Basta que un trompetero del Salvador lleve el paño de su trompeta bordado de oro, para que al año siguiente le sobrepujen en riqueza los heraldos de la de San Lorenzo; es suficiente que la hermandad de San Gil luzca en sus senos un águila de plata para que se sobredoren las águilas de los legionarios de Triana; si los hermanos de la de San Isidro lucen sus palios cubiertos de brocado, no hay duda que los del Mayor Dolor y Traspaso procurarán que los suyos lleven bandadas de pedrería y flocos de oro.

Pero los que no consisten que vaya nadie más allá en lo que toca á su abogada y dueña, son los macarenos, que tienen sus pasos en la celebrada parroquia de San Gil—á cuyo areolado entró vivo el Rey D. Pedro—y veneran en su iglesia á la Virgen, bajo la advocación de la Esperanza.

La Virgen de la Esperanza—*¡su maresita!* como la llaman en su expresivo lenguaje—es una imagen delicada y graciosa, que sin ser notable escultura, tiene ese atractivo especial cuyo secreto sabe explicar tan sólo, el estético á quien se le apareció en sueños, rodeada de nubes de grana.

Si preguntáis á uno de sus devotos por qué la prefiere á otras más bellas, no sabrá qué contestaros y os responderá lo que el novio á quien dijerais por qué quiere á su novia más que á la vecina de enfrente que tiene los ojos más azules y los cabellos más abundos. La Virgen de la Esperanza se deja atrás á todas las Vírgenes; es un fenómeno psicológico que no se explica el macareno, como

no se explica el uterano por qué adora á la de Consolación, pequeña y vulgar escultura que él halla inimitable, como reza el cantar:

— ¡Mira qué bonita era!
se parecía á la Virgen
de Consolacion de Utrera

Para el macareno, la Virgen de la Esperanza con su manto verde y sus ojos *adormitados*, es el prototipo de la gracia y de la hermosura.

Asombra ver cómo esta hermandad, compuesta de las clases méjor acomodadas y relegada á un barrio extremo, acumula joya sobre joya y objeto sobre objeto, para hacer descollar sobre todas á su imagen favorita.

El manto de la Virgen, que aún no está acabado de bordar, ha costado cerca de treinta mil pesetas y los trajes de las centurias romanas llamadas vulgarmente *armados* son un verdadero derroche.

Conociendo el carácter desprendido y generoso del pueblo andaluz, habiendo asistido á alguna de sus fiestas íntimas y teniendo en cuenta su veneración tradicional por la mujer, se explica satisfactoriamente esta monomanía especialísima.

Recuerdo que en una de esas fiestas, que se hacen en mayo, cerca de las Cruces vestidas de rosas y de álamo blanco, una hermosa *flamenca* vertió inadvertidamente su caña de vino sobre el altarillo en que se apoyaba el sagrado y fragante madero. Pusieronse ceñudos los asistentes viendo el percance, y el novio de la jóven, que se miraba en sus ojos y era un macareno de gracia, *no se anduvo en chiquitas*, como suele decirse, sino que quitando de los redondos hombros de su amada el rico pañuelo de Manila, cuyas flores bordadas eran más vivas y hermosas que las naturales del altar, limpió con él la mancha de manzanilla diciendo á los admirados circunstantes:

— ¡Como este paño
tengo yo *pa mi niña*
doscientos cuatros!

Si esto se hace en Andalucía por una mujer, ¿qué no se hará por la Virgen que es, como si dijéramos, el ideal de la amada que ni se manilla ni envejece?

Los macarenos tienen para su Virgen oro y terciopelo, flores y piedras preciosas, palios y farolillos de plata. La cofradía sale por la madrugada y se goza en esperar los destellos del alba para que se veayan dando á luz, poco á poco, las preciosidades que atesora.

Cuando el sol ha tendido en el cielo todos sus dorados esplendores, llegan *los pasos* á la histórica puerta de la Macarena, donde los espera el barrio entero con febril impaciencia.

— ¡Cómo palpitán los corazones al ver el manto verde bordado de oro de la Virgen de la Esperanza y su simbólico estandarte! ¡Qué orgullosos van los legionarios romanos que lucen sus cascos adornados de largas plumas y cuyos capitanes, ó centuriones, llevan encima más preseas que el mismo triunviro que escandalizó á Roma con su ostentación y sus prodigalidades!

Al ver aquellos nazarenos, aquellas marías, aquellos ángeles, aquellos heraldos y bastoneros, que adelantan triunfalmente, la multitud se mueve, se empuja, aplaude y da vivas á la Virgen de la Esperanza que asoma por el soberbio arco.

El paso en que la Imagen se alza brillante y triunfadora, se vuelve hacia uno y otro lado, y las *sactas*, es decir, los cantos populares sagrados, brotan espontáneamente de los labios de los más fervorosos.

Dice así la nuestra popular:

Por allí viene la Virgen,
con el sol se ve venir;
¡mareasita o mis entrañas
cuántas penas tengo aquí!

Mare mía e la Esperanza
entiende tu hermosa mano
y échale tu bendición
á este pueblo sevillano.

La Virgen de la Esperanza
es la que sabe mi mal,
que me meto en la capilla
y me parto de horror.

La Virgen de la Esperanza
no tiene comparación,
cuando la sacan al campo
al instante sale el sol.

Después de estos ó parecidos desahogos populares, el hermano que guía el paso de la Virgen da tres golpes secos de marillo, las andas avanzan por el dilatado campo del Hospital, suena un nuevo y prolongado *¡viva!* y sigue su curso la procesion.

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla, marzo 1884

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuacion)

XII

En donde se verá cómo el Santon de los siete cielos, estuvo á punto de dar un borinquazo en la tierra

Entro tanto, en el exterior de la caverna se efectuaban grandes acontecimientos.

Antes de salir del antro, el derviche vistió á Gil el traje que requería el importante papel que debía representar.

Omazor (genio del bien) queriendo premiar las altas virtudes y merecimientos de su Santon, predilecto, había esclavizado en poder de éste, al hijo primogénito de Arimanes (espíritu del mal) y la noticia de este prodigio había cundido por todas las poblaciones de la ribera del *rio de los Sapos*.

Con efecto, una mañana, vióse al glorioso sacerdote atravesar por los campos, envuelto en su blanco cantón de capucha, acompañado de un ser maravilloso y desconocido. Era este un monstruo inverosímil, que tenía cuatro brazos, pero sin manos, ni pies, ni garras, ni pezuñas. Su cuerpo estaba cubierto de escamas, conchas, espinas y otras materias inexplicables. A veces andaba á lo cuadrúpedo, á veces se erguía y se apoyaba en un largo palo que en el retobo de una palmera canana, á veces se hacía un ovillo y rodaba por el suelo, á veces asomaba la cabeza por entre sus dos sustentáculos más prolongados, á veces abría estos en sentido inverso extendiéndolos de plano sobre la tierra y reposaba la cabeza sobre uno ó otro.

Se asemejaba á un odre hinchado, á un pulpo después de muerto.

Los primeros campesinos que se encontraron con el derviche y su extraño acompañante, se pusieron á recaudo, y sólo cuando notaron que aquel bicho sujeto al monstruo por medio de un largo y grueso cordel atado á la cintura, se atrevieron á observarle desde lejos. Percibieron vagamente sus ojos grandes, inmóviles y vidriosos, sus orejas que parecían las alas cartilaginosa de un murciélago y sus formas que no tenían ninguna.

El temeroso asombro de los espectadores lejanos llegaba á su colmo, cuando oían una voz, ó más bien un grito salvaje, que saliendo casi á la vez de los cuatro puntos cardinales, repetía:

— ¡Santon! ¡Santon! ¡Santon!

Indudablemente se confirmaba el rumor; aquel monstruo era *Masrá*, hijo de Arimanes y de la Sapo Felestra; el Santon le había encadenado. ¡Qué gloria para el Santon! ¿Y el Sultan, el ciego Sultan de Joló desconocía la autoridad de aquel predestinado donador de espíritus malignos?

— ¿Y le trataba con desvío, y le hacía vigilar?

— ¡Cuinto embrutece y ensorberce el poder á los príncipes!

La noticia circuló rápidamente por las aldeas y behós. Todos deseaban y tenían ver al divino derviche y al monstruo cautivo. El sagaz sacerdote no quería aproximarse á las poblaciones por no asustar á sus habitantes, pero pasaba á alguna distancia de ellas, con objeto de exhibirse.

A veces, en sitios, quizá convenientes, ataba á Masrá (a) Gil, al tronco de un árbol, y separándose algun espacio, se postraba en tierra como para hacer oración. Entónces se le acercaba algun otro derviche de segundo orden, ó bien un campesino ó quizá una mujer. Cambiaban entre sí frases misteriosas, y luego el Santon, volviendo á tomar el ramal del monstruo, continuaba su extraña excursion.

Desde el día anterior se observaba en el país una cosa rara é inexplicable y más movimiento que de costumbre. Cruzaban por los montes y verticuetos grupos que no eran de cazadores, ni de gentes dedicadas á las faenas agrícolas. En la noche que había pasado notáronse hogueras que precian señales, y en resolución flotaba en la atmósfera ese *no sé qué*, á que alude Shakespeare, cuando dice:

— Hay algo podrido en el Estado.

Al llegar la mitad del día, el Santon era seguido por una compacta multitud de personas, aunque no tan de cerca como Pedro el Ermitaño cuando predicó la primera cruzada.

Masrá imponía á las turbas, que admitaban á cierta distancia sus portentosas contorsiones.

El derviche parecía abstraído. Andaba lentamente, sin mirar á nada ni á nadie.

Próximamente á las dos de la tarde, hizo una de sus paradas, ató á un árbol al hijo de Arimanes, que estaba pensando en lo que harían Sebastian y Petrita en el subterráneo, y se desvió un trecho, acercándose á un manantial bordado de cáñavales.

De entre estos salió un hombre con aspecto de pastor, que se arrojó delante del Santon como demandándole sus bendiciones.

El derviche extendió sus manos sobre su cabeza y sin mirarle, le dijo:

— ¿Está todo pronto?

— Sí.

— ¿Cuántos?

— Mil de Mindanao, ochocientos de Boslan, doscientos entre ribereños y costeros y catorce presidiarios tagalos y españoles, fugados.

— ¿Total, dos mil catorce?

— Así es.

— ¿El príncipe, está pronto?

— Lo está.

— ¿Cuándo desembarcará?

— Cuando le avismos.

— ¿Armas?

— Suficientes. Tres depósitos.

— ¿Municiones?

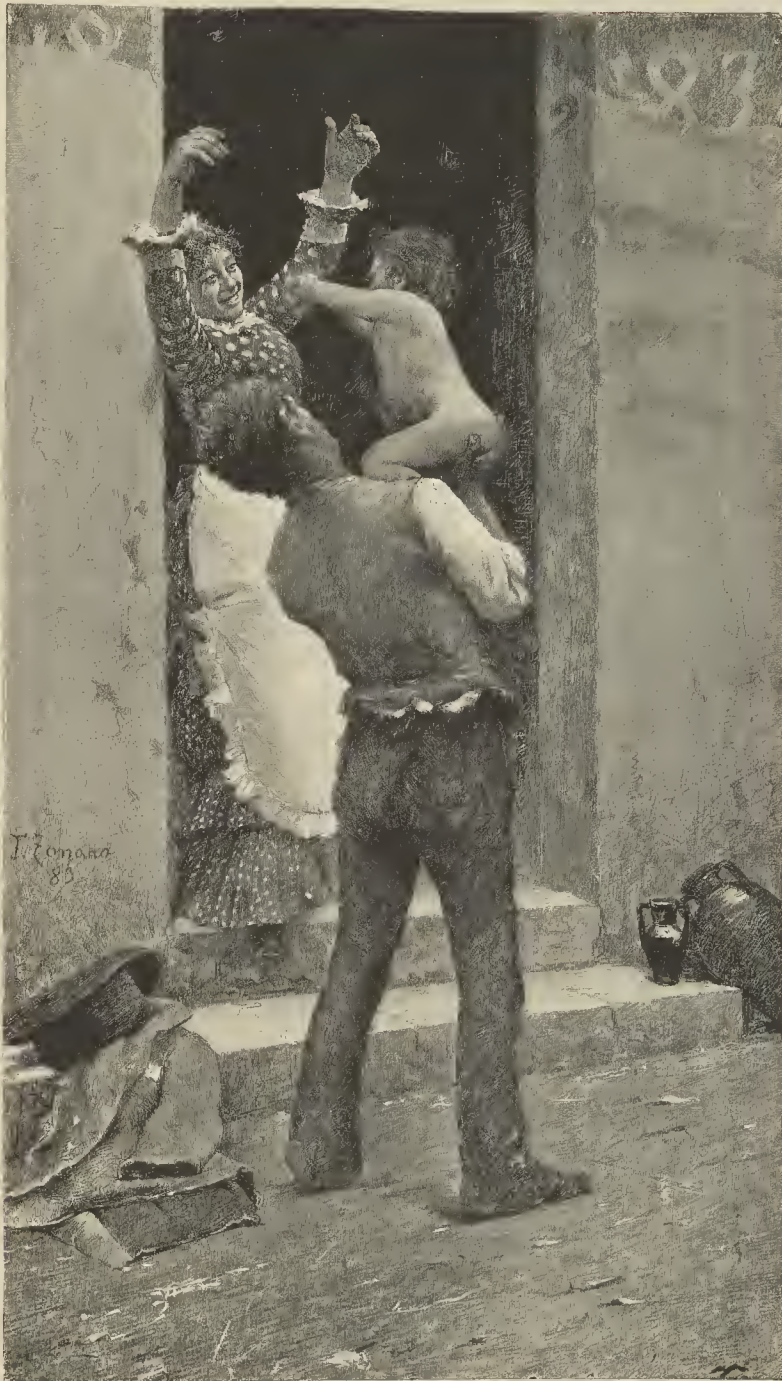
— Dos. Uno en la ensenada de Zuguallan, otro en la caverna del río.

— Está bien. Separémonos porque nos observan. Al anochecer entraré en el bosque de los Castaños, por la parte del Sur; espérame allí, y allí te daré mis últimas instrucciones.

El derviche prosiguió su caminata.



LA CANCION DEL DIA, cuadro por Fausto Zonaro



EL PRIMER FRUTO DE BENDICION, cuadro por Fausto Zonaro

A la caída de la tarde, Masrís ó séase Gil, enroscándose graciosamente á la cintura de aquel, le dijo:

—Oiga V., señor cura, esto va siendo pesado, estoy cansado y me ahojo de calor.

—Tener paciencia, amigo,—contestó el Santon en un español nada académico.—Al anochecer, libre. Fallar poco.

—¿Y nos cumplirá V. su promesa?

—Siempre yo cumplir.

—¿Nos pondrá en tierra de España?

—Ole que sí.

Indudablemente, el milagrero se había rozado con algun andaluz.

—Y diga V.—repuso Gil, que tenía ganas de hablar.—¿Podremos contar con algun recurso de dinero?

—Ser muy pediguéño, pero yo ser generoso.

Una idea súbita hizo que Gil se apartase del tema primitivo y preguntara al Santon:

—Y diga V., ¿qué supone que harán mis compañeros solos en aquella cueva?

—¡Quién sabe! Harán... cachipuches.

Esta palabra inesperada en boca del derviche sonó mal al pobre Gil.

La tarde descendía rápidamente y el sol declinaba. El sacerdote había conseguido su objeto y Gil representado su papel á las mil maravillas, y eso que llevaba una espina y una escama clavadas en el corazón. La multitud no cesaba de seguirles; tal vez, como último milagro, esperaba presenciar la ascension del Santon de los siete cielos, si quiera al primero de los idem.

Poco á poco el donador y el espíritu esclavo fuéronse aproximando al bosque de los Castaños.

Ya bien entrado el crepusculo nocturno, se hallaban á corta distancia de él.

El derviche se detuvo.

—Por despedida,—dijo á Gil,—es preciso hacer algo sorprendente, para dejar un buen recuerdo á esos que nos están mirando.

El complaciente jóven reflexionó un momento. Buscaba una idea nueva, una bomba final. Hallóla por fin, pero cuando se apercebía á ponerla en práctica, haciendo flexiones para estar ágil, sucedió una cosa tremenda é inesperada.

Seis negros colosales, montados en otros tantos caballos, salieron del cercano bosque y se dirigieron al galope hacia donde estaban nuestros personajes.

Al verlos aproximarse, el Santon se puso lívido y dejó caer la cuerda con la que llevaba atado á Gil (4) Masrís.

Este comprendió que aquellos sicarios no traían buenas intenciones y puso piés en polvorosa, corriendo desahoradamente con direccion hacia el bosque. La turba de espectadores, viendo libre al monstruo, se desbandó espantada, porque además los curiosos rezagados trajeron noticias sorprendentes é inquietantes: el Santon, el propio Santon de Joló había llegado al territorio ribereño. Se hablaba de una conspiracion descubierta, de prisiones hechas, de castigos acordados.

El país, en aquellos momentos, se asemeja á España ó á las Repúblicas del Sur de América en ciertas épocas.

Todo el mundo se encroñó en sus chiribitios, temerosos de la terrible cólera del Santon, cuyo carácter conocian.

Entre tanto, los jinetes negros habian rodeado al derviche y poniéndole las lanzas al pecho le intimaron que se diese preso de orden del soberano de Joló.

XIII

Prólogo de un auto de fe

Desde entónces los acontecimientos se sucedieron con gran rapidez.

Durante la noche se dijo que en las primeras horas de la mañana siguiente serian quemados vivos los principales factores de la conspiracion abortada, que tenia por objeto, nada ménos que el desmantelamiento del Santon y la proclamacion de su hijo Ali Kark.

La ejecucion de la terrible sentencia debia verificarse en la explanada del monte, llamada así porque estaba cerca de éste.

A nadie extrañó tal apresuramiento. Joló está en perpetuo estado de sitio; sin consejo de guerra se condena á las gentes, por el mismo motivo por el que es valiente la española infantería: *porque sí*.

Además se conocia el genio apremiante del Santon.

Las idas y venidas de los agentes de éste y los preparativos que algunos curiosos trasnochadores observaron, confirmaban estas noticias.

Desde que rompió el alba, grupos de gente, escamados, pero ávidos de espectáculos; fueron acercándose recelosamente á la susodicha explanada. Con efecto, muchos hombres se ocupaban en llevar grandes carretones cargados de leña.

Luego la fueron colocando hasta formar un gran montón ó pira.

Después llegaron soldados á pié y á caballo y se formaron en tres masas en orden de batalla.

Entre tanto el genio se hacía más numeroso; las colinas y ribazos vecinos estaban llenos de espectadores. Algunos quisieron subir al monte próximo que constituia un buen punto de observacion, pero le hallaron ocupado militarmente.

Se sabia vagamente el nombre y calidad de los ajusticados; eran el Santon de los siete cielos, otros tres derviches, dos hechiceras, no por su hermosura, sino de profesion, y alguno que otro perteneciente al estado civil.

Conforme trascurrian los momentos, crecia la multitud y se aumentaba la ansiedad general.

Los devotos esperaban un milagro y un castigo sobrenatural. No era posible que Omaoz dejara tostar-se á su Santon favorito; quizá le arrebataran al cielo; tal vez mandaría en su socorro á Masrís, el hijo maravilloso de Arimans.

«No le habian visto el dia anterior encadenado bajo el poder del derviche?»

De todos modos, si las altas potestades permitian que se consumara tal iniquidad, el espectáculo debia ser portentoso y muy semeiante al del Purgatorio imaginado por el poeta persa Ferdousi.

«¿Qué convulsiones! ¡qué gritos de los condenados á la hoguera!»

Algunos de los espectadores llevaban armas ocultas bajo los largos caftanes, mas ¿para qué? ¿Era posible intentar nada en favor de los ajusticados?

Tres cuartos de hora despues de la salida del sol, un movimiento de curiosidad agitó á la multitud: vióse á lo lejos una nube de polvo y á poco rato se presentó el Santon de Joló en persona, seguido de un numeroso escuadrón.

No cabia duda, la cosa iba á ser solemne y se habia procurado que pareciese ejemplar.

El soberano, que era un hombre alto y enjuto, con cara de saltador de caminos, dejó el caballo y subió á la meseta que, como ya se ha dicho, habia en la cumbre del monte.

Desde entónces cuatro prageros, situados á los cuatro lados de la explanada, gritaban de vez en cuando:

—¡Va á cumplirse la justicia del poderoso Santon de Joló, señor de los hombres, hijo del sol y del mar!

Un rato despues llegó otro escuadrón, en medio del que venian los condenados.

Eran doce y los traian en tres carretas.

Desde aquel instante la emociion y el interés fueron indescribibles. Los espectadores, mal situados, se empujaban ó empujaban á los de delante, las cabezas se movian, y se oyó por todas partes un sordo murmullo.

Las carretas fueron llegando una por una junto á la pira que ya empezaba á arder. Los cuatro primeros que se aparearon eran tres hombres seculares y una mujer; los primeros estaban abatidos, la mujer, por el contrario, mostraba gran ánimo y miraba resueltamente hacia todas partes. Al ver al Santon, hizo una horrible mueca de hechicera vieja, y escupió.

Aquello era inaudito, fenomenal; la multitud se estremeció.

Segun muestras, todos los reos debian ser arrojados *al braceró* á un mismo tiempo; pues llegó la segunda carreta y luego la tercera, en la que, segun parece, venia la flor y nata de los conspiradores, que eran el Santon de los siete cielos y los derviches.

Todos se aparearon. Los sicarios atizaron la hoguera y la enriquecieron con algunos troncos nios.

Al ver al Santon, la multitud no pudo reprimir un grito. El predilecto de Omaoz, el donador de Masrís, el jefe del *Dinat*, se presentó con toda la dignidad que su papel requería. Estaba pálido pero sereno.

Colocaron á los doce condenados en fila, al lado de la hoguera, y detrás de cada uno de ellos se colocó un sayon que debia empujarles, dado el caso probable de que alguno no quisiera abajarse voluntariamente.

Sólo se esperaba un signo del Santon, que *presidía*.

De pronto el Santon prorumpió en estas palabras:

—¡Joló, Joló, Joló: serás libre de tu tirano!

(Continuará)

ARQUEOLOGIA HISPANO-MAHOMETANA

PILA DE ABLUCIONES, EXISTENTE EN SAN FELIPE DE JATIVA

Recogidas con loable diligencia, si bien agrupadas no con el mayor acierto, guardáanse á la intemperie en el patio que sirve de ingreso á la *Casa Consistorial* de la antigua *Setabis*, muy estimables reliquias de los pasados tiempos, romanas casi en su totalidad y consistentes en pedestales, cipos, estatuas, algunas de ellas fragmentarias, inscripciones y otros objetos de índole semejante, de los cuales en su mayoría dieron ya cumplida noticia los escritores que se han ocupado en estudiar los monumentos setabienses.

Adosado sin embargo al muro, bajo el hueco de la escalera que da acceso al piso principal del edificio mencionado, figura por acaso entre aquellas memorias de la antigüedad pagana, un monumento digno del más detenido estudio, el cual se halla labrado en una sola pieza de mármol rojizo, vetado de blanco, y se ofrece en tal paraje como oscurecido y avergonzado de sí propio.

De forma rectangular, consta de cuatro frentes, dos de ellos ocultos por completo en la desdichada colocacion que á este monumento se ha dado, mostrándose exarados por algunos muy expresivos bajo-relieves los que quedan al descubierto, mientras que vaciado el interior, constituye cierta especie de caja, circunstancia que ha dado origen á graves disquisiciones entre los eruditos, quienes no han vacilado hasta aquí en reputar como *sepulcro antiguo* al objeto á que aludimos, aunque sin determinar el arte de que fué fruto, ni decidirse á fijar la época á que corresponde.

En la *Memoria* que con el título de *Inscripciones y antigüedades del reino de Valencia* recogió y ordenó el Príncipe Pío, é ilustrada por el docto don Antonio Delgado, insertó la Real Academia de la Historia en el

tomo VIII de las suyas, encuéntrase la sencilla noticia de la existencia de este monumento, limitándose á explicar con estas frases el autor el desdichadísimo grabado que del indicado objeto se publica con el número 298, en la lámina 52:

«Sepulcro ó caja de mármol precioso con los medios relieves que van dibujados en este número y de las dimensiones que aparecen de la escala. Servía de pila para las caballerías; pero el... gobernador D. Gaspar Pascual de Bonanza, conociendo su mérito, lo hizo trasladar á la casa capitular á fin de que allí se conservase. Representa el dibujo los dos frentes y ambos costados» (1).

Más explícito que el Príncipe Pío y más interesado que éste en reconocer la filiacion de aquella reliquia,—después de hacer relacion de una pila de agua bendita que se conserva en la iglesia de San Félix de Játiva y que Villanueva estima como anterior á la época de los godos,—el diligente Bion, cronista que fué de Valencia, escribe á este propósito:

«Es difícil señalar la precisa antigüedad de este rico trozo de escultura; pero es posible que sea contemporáneo de un *repuleo de jaspe* que se conserva tambien. Hasta 1788 sirvió éste de pila á una fuente junto á la puerta llamada de *Conceytayna*. Mas construida otra en su lugar con veinticinco caños abundantísimos, el diputado del Común D. Antonio Mateo Pueyo, cuidó de que se guardara este precioso monumento, depositándole en las Casas Consistoriales, bajo cuya escalera subsiste todavia. El célebre Perez Bayér, que sólo vió un lado cuando estaba en su antiguo sitio, juzgó que habia sido sepulcro de cristianos; y por el genio del bajo-relieve conjeturó que era del siglo iv ó principios del v, esto es, de los tiempos de Arcadio y Honorio, ó de Valente.

No es difícil—prosigue Boix—explicar sin embargo las alusiones de todas sus figuras. Mas el P. Villanueva no siguió la opinion del erudito Sr. Bayér, admitiendo este monumento como resto de aquella época cristiana. Falta el labaro, que no dejó de ponerse jamás desde los tiempos de Constantino, si es que no estuviera en la cubierta de este sarcófago, que se perdió; y la lucha de los gladiadores y luchas de fieras eran además incompatibles con la religion cristiana. Y no es bastante para asegurar un origen cristiano la figura del centro, aunque parezca representar la caridad, y las de la mano derecha signifiquen el buen pastor que pone sobre sus hombros la oveja perdida. El sabio Pablo Aringho en su *Roma subterránea* no encontró jamás la caridad bajo este símbolo; y la del buen pastor, que es harto comun en ellos, siempre está acompañada de otras señales del cristianismo; ¿no será posible que la figura del centro, segun la opinion del P. Villanueva, exprese el amor maternal con respecto á la madre, ó al hijo, ó á los dos enterrados allí, y que las otras puedan indicar los donarios y ofrendas hechas á los dioses manes?»

«Podrá ser muy bien—concluye—un sepulcro cristiano, aunque los relieves sean de inspiracion genética. Pablo Aringho, Mabillon y Rafael Fabretto citan fragmentos de esta clase, hallados en el cementerio de Ponciano. El papa Inocencio II se enterró en el suntuoso sepulcro del emperador Adriano» (2).

Echase de ver desde luego, por las palabras de Boix, que si bien el Príncipe Pío, Perez Bayér y el P. Villanueva estaban conformes en reputar *sarcófago* el monumento setabiense trasladado en 1788 al lugar donde hoy se conserva, unos lo referian á los tiempos del paganismo y otros ó consideraban romano-cristiano, aunque con reminiscencias genéticas, opinion que al parecer sigue sin recelo el cronista de Valencia, interpretando cada cual á su arbitrio los bajo-relieves que decoran los cuatro frentes del supuesto sepulcro.

Ni á unos ni á otros de los citados eruditos hubo de ocurrírseles sin embargo el detenerse ante la especial configuracion del objeto que estudiaban, pues si hubieran fijado su atencion en ella, no habrian hallado motivo para sus disquisiciones. Y con efecto: para comprender que el monumento á que aludimos no podia ser en modo alguno ni *sarcófago* ni *caja sepulcral*, bastaba con reflexionar que su longitud máxima no excede de 1",25, aproximadamente (7 palmos valencianos), mientras que su latitud, tambien aproximadamente, apenas llega á los 0",28 (3 palmos valencianos escasos) y su profundidad á 0",18 (poco más de un palmo). ¿Existe ó se ha descubierto sepulcro de la época genética y de la época cristiana con estas condiciones. La respuesta no es dudosa, á nuestro juicio, para aquellos que conozcan los más sencillos rudimentos de la arqueología.

Pero, aún suponiendo que en tales condiciones hubieran podido ser labrado este resto de la antigüedad para sepulcro, ¿podia asegurarse, cual unos y otros lo hacen, que aquellos bajo-relieves que lo ilustran eran simbólicos en el paganismó ó en el cristianismo? El acento de ellos, el tono que en ellos resplandece, y en una palabra, todos y cada uno de los caracteres que presentan, ni autorizan ni excusan, á lo que nos es dado entender, semejantes hipótesis, hechas en agravio de la historia de las artes en España.

Si la forma del monumento no consistente en manera alguna que sea considerado como *sarcófago* ó *caja sepulcral* romano, ya durante los dias del paganismó, ya cuando en virtud de la paz de Constantino triunfó la idea cris-

(1) Página 43 de la indicada *Memoria*.

(2) *Xifras, memorias, recuerdos y tradiciones de esta antigua ciudad*, págs. 27 y 28.

tiana; si no guarda relacion de ninguna especie en sus exornos con los que se advierten en otros monumentos sepulcrales de aquellas épocas; si tampoco existen analogías entre los sepulcros cristianos de la Edad media, ni en forma ó configuración general ni en las representaciones, y esta reliquia setabiense; si el tono, si el acento, si el carácter de sus bajo-relieves se aparta sensiblemente de cuanto se hizo durante la dominación romana y los tiempos posteriores, ¿cuál puede ser la legítima filiación de este extraño y controvertido monumento, cuya importancia no puede ser por nadie puesta en duda?

Lejos de mostrarse, cual repetidamente se asegura, como *sarcófago* ó *caja sepulcral*, ya cristiano, según los unos quieren, ya romano, conforme los otros pretenden, el objeto á que venimos refiriéndonos es sencillamente y cual todo en él persuade, una *pila de abluciones* labrada durante los días de la dominación musulmana, circunstancia que, mientras hace subir de punto el mérito de que el citado monumento se halla revestido en el concepto artístico y arqueológico, por ser superior en ambos á la celebrada *pila* descubierta en los adarves de la fortaleza de la Alhambra de Granada y conservada actualmente en el *Palacio* de los Al-Álmaraes y á la hallada no ha mucho tiempo en Sevilla (1), nos obliga á deplorar la total desaparición de los monumentos arquitectónicos, erigidos en Játiva en los tiempos mahometanos y de los cuales quedan como único testimonio los restos encalados y deformes de la *Casa de los Condes de Pino-hermoso* (2).

Rectangular como las *pias* de Granada y de Sevilla, de altura semejante á la de las de Córdoba y Santander, ofrécese con efecto exornada la de Játiva en sus cuatro frentes por una faja de relieves, cuyo carácter y cuyo acento no consentían en realidad fueran reputados ni gentilícos ni cristianos, produciendo en los eruditos la confusión de que dan idea las frases copiadas arriba. Ocupan el frente principal, hoy al descubierto, tres medallones circulares, uno en el centro y los otros dos á los extremos de la faja referida, desarrollándose en los intermedios una historia, no del todo fácil de interpretar al presente, la cual continúa en el otro frente, donde se halla repartida de igual manera; esto es: ocupando los intermedios de los medallones circulares que en la disposición indicada se abren en el centro y en los extremos de la faja y manifestándose por último en los costados diversas representaciones de animales, en las forma que procuraremos notar para su más clara inteligencia.

Llama el vano del medallón de la izquierda, en el frente principal, la figura de dos pavones graciosamente enlazados por los enhiestos cuellos; y mientras ofrecen afrontadas las cabezas, levantan las peregrinas colas, característicamente labradas como lo están ambos animales,—cuyos penachos se distinguen perfectamente,—guardando muy estrechas analogías en el diseño y la disposición general, no sólo respecto de los dos pavones que traídos de Persia por nuestro malogrado amigo el Sr. D. Adolfo Rivadeneyra, se ostentan hoy en el *Salon ethnográfico del Museo Arqueológico Nacional*, sino tambien con relacion al magnífico trozo de tisú conservado en el tesoro de Saint-Sernin en Tolosa (Francia), en el cual se muestran asimismo dos pavones afrontados, y por bajo, dentro de una cartela, escrita en caracteres cúficos, la vulgar leyenda:

La bendición perfecta (sea para mí dueño) (3).

(1) Los lectores que lo desearan, pueden servirse consultar, respecto de esta interesantísima *pila*, el artículo que publicamos el 30 de abril del pasado año en la hoja literaria de *El Día* con el título de *Pila de abluciones del alcázar de Madinat-Az-Zahira en Córdoba, recientemente descubierta en Sevilla*, así como la transcripción del epígrafe que ostenta, la cual insertamos por medio de nota en la pág. 149 de nuestra *Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal*, dada á la estampa por el Museo Arqueológico Nacional en el citado año de 1883.

(2) El estudio de estos imponentes restos dimos á conocer primero en la *Revista Ilustrada* y después en la *Memoria* referida, págs. 108 y 213 y siguientes.

(3) El ilustré M. Caumont estima, no sin legítimo fundamento, que esta tela debe haber sido labrada en Oriente, añadiendo: «Le savant conservateur du musée du Louvre, M. A. de Longpérier a écrit: 'J'ai montré mon dessin, pense que cette belle étoffe peut remonter au premier quart du XII siècle'» (*Abécédairé d'Archéologie*, tomo relativo á la *Architecture religieuse*, pág. 364).



LORELEI, estatua por Roberto Caner

Maltratado y roto por el borde el medallón del centro, consiste sin embargo distinguir en él la imagen de una mujer completamente desnuda, sentada sobre el suelo y en actitud de dar el pecho á una criatura, destacándose en el medallón de la derecha la figura de un león en disposición de devorar otro animal, que parece ser un ciervo, siendo aquí de reparar que el dibujo, la ejecución, el tono, la actitud y el acento de ambos animales es el mismo que tuvimos ocasión de notar en el estudio que pretendimos antes de ahora de la magnífica *pila* descubierta en los adarves de la fortaleza de la Alhambra y cuya reproducción en yeso, hecha por nuestro buen amigo el entendido restaurador de aquel monumento, Sr. D. Rafael Contreras, figura hoy en el *Museo Arqueológico Nacional*, donde se ostenta (4).

Nada hay en efecto de mayor analogía, ni que mayores puntos de semejanza brinde para establecer, de acuerdo con lo que enseña la *pila* hallada en Sevilla, el legítimo parentesco que bajo esta relacion existe entre esta *pila* descubierta en Játiva y las de Granada y de Sevilla ya mencionadas; pero si aun esto no fuere bastante, todavía vienen á corroborar nuestro aserto los restantes relieves que son sobrado interesantes y afirman el hecho de que no fué para los musulmanes españoles desconocida en modo alguno como peregrina, según por lo comun se ha creído y se sigue con error creyendo, la representación de la naturaleza viva, sino que antes por el contrario, la pintura y la escultura fueron cultivadas por los secretarios del Islam en Al-Andalus, como lo fueron en el Oriente, cual es público y notorio entre los entendidos.

Si, que sea baste fijar con entera exactitud el verdadero asunto representado en esta *pila*, véanse á la derecha

(4) Dicho estudio aparece inserto en el tomo VIII del *Museo Español de Antigüedades* (pág. 291 á 317), bajo el título de *Pila arábiga descubierta en los adarves de la fortaleza de la Alhambra*.

del medallón central, ya descrito, dos jinetes armados de todas armas y ambos afrontados que esgrimiendo largas lanzas tienen entre sí, á lo que parece, trabado serio combate y cuyas figuras resaltan sobre un fondo de picadas hojas y flores, distintas en su desarrollo de cuantas se ostentan en los monumentos mahometanos labrados hasta el siglo XII inclusive, é iguales ó semejantes por lo ménos á las que enriquecen la portada ó pretendido *Mihrab* de la Casa de los Condes de Pino-hermoso en la misma Játiva.

Perdida la rigidez característica de los monumentos esculturales, hasta ahora reconocidos como fruto de los musulmanes españoles, las figuras de ambos guerreros se hallan bien movidas, recordando las representaciones de igual naturaleza que se ostentan en algunos de los estimables capiteles procedentes de Aguilar de Campóo, que en el *Museo Arqueológico Nacional* se conservan y las de otros muchos miembros románicos de la misma época. Coronadas por turbantes, algunas de ellas vestidas acaso de almalaías y aljubas, y otras llevando sólo *sarrajillas*, miranse á la izquierda del medallón central hasta cinco figuras varoniles, tres de las cuales conducen sobre los hombros sendos corderillos, mientras otra arrastra el suyo por el cuello con ambas manos, y la quinta, finalmente, lleva pendientes de la siniestra mano dos aves y en la derecha un objeto que acaso pueda ser un pan ó cosa semejante.

No faltará quizás quien halle en esta parte del relieve de la presente *pila*, motivos para creer que en tales representaciones se alude á la Adoración de los pastores; pero hay que tener en cuenta para mucho las costumbres islamitas y entre ellas la fiesta del *Fitr* ó *Alfitra*, con que termina la pascua de Ramadhán, y en la cual se sacrifican corderillos, no teniendo nada de extraño por consiguiente, que haga el relieve referencia á la mencionada fiesta, como más de acuerdo con el traje de las figuras, el acento con que se ofrecen y lo especial de las siguientes representaciones.

Adosada al muro en el hueco de la escalera en la *Casa Consistorial* de Játiva, cual queda dicho, no puede en la actualidad gozarse por completo de esta *pila*; pero gracias al exacto diseño publicado por el Sr. D. Vicente Boix en su obra acerca de aquella histórica población, es por fortuna realizable el intento de dar á conocer los relieves que enriquecen y avaloran el peregrino objeto, cuyo estudio y descripción pretendemos.

Repartidos en igual disposición que en el frente hoy visible, múestranse en el que oculta el muro otros tres medallones circulares, roto por desventura el de la izquierda é íntegros á dicha los otros dos, destacándose en aquél y sentada á la usanza oriental una figura vestida, tocando cierto instrumento que semeja un laúd ó una guitarra; llenan el central dos imágenes, ambas varoniles, cubiertas de tocas y amplio ropaje, y de las cuales, barbada la una,—que figura en segundo término,—vierte con la mano derecha el líquido de un jarro sobre una taza que muestra en la izquierda, hallándose la otra en disposición de recibir la taza y empujando con la derecha un saquillo ó tal vez una botella de pequeñas dimensiones; otras dos figuras varoniles se hallan en el medallón último de la derecha, ambas en pie y en actitud difícil de interpretar, pero cuyo traje, que nada tiene ni de gentilíco ni de cristiano, no es distinto del de las demás figuras ya mencionadas.

Coronadas de altos bonetes, vestidas de aljubas y alguna de ellas ostentando un manto ó jaique, dos en actitud de acometer á una tercera, ó acaso de danzar, tañendo la cuarta, inmediata al medallón central, una especie de tambor ó *bondir* y sentada la quinta, ya próxima al medallón de la derecha, y tañendo á su vez un instrumento de viento que parece una bocina,—ocupan el espacio que de uno á otro medallón media, cinco figuras bien conservadas y expresivas, mientras que repartidas tres á tres á cada lado de un árbol cargado de fruto, se miran en el espacio comprendido entre el medallón de la izquierda y el central mencionado, otras seis figuras en diversas actitudes: con la mano derecha empuña un jarro la figura del extremo izquierdo y lleva con la siniestra otro utensilio, en tanto que la que le sigue, en pie como la anterior, coge y come del fruto del árbol, así cual la tercera que, echada en el suelo, parece descansar á la sombra del mismo árbol; sentadas tambien en el suelo la cuarta y la sexta, le-

vántase entre ellas la quinta figura, cuya cabeza ha desaparecido por rotura, descubriéndose la caja de un laúd ó guitarra cuyas cuerdas tania con la mano derecha; llevan las tres figuras que se hallan tendidas ó sentadas en el suelo, cubiertas por turbantes y tocas la cabeza, cosa que no acontece con las dos primeras cuyas abundosas mechas caen sobre los hombros, y todas ellas se muestran vestidas de amplios ropajes, á excepción de la primera ó sea la del extremo izquierdo, que ostenta desnudo el medio cuerpo sobre el cual se cruzan dos bandas.

En uno de los costados de la *pila* resalta el diseño de dos animales, uno de ellos que convencionalmente semeja ser león, disponiéndose á devorar al otro sobre el cual se lanza; y separados por una pila que surge de una hoja—rizada como lo están las vestiduras de los personajes representados,—álzase en pie, afrontados, dos *gerbos* ó animales de igual índole, viéndose en el otro costado otros dos relieves, en cada uno de los cuales se reproduce exactamente el mismo asunto, aunque en sentido contrario dispuesto, que representa un águila con las alas abiertas, sujetando con las potentes garras un animalito y devorándolo sañuda con el pico.

Cual de la precedente descripción se deduce, no es, á lo que se nos alcanza, grandemente difícil de comprender que ninguna de las escenas esculpidas en este singular monumento autoriza la creencia de que hubo de ser labrado, como hasta aquí se ha creído, para servir de *sepulcro*, supuesto contradictorio desde luego por la especial configuración que afecta el mismo objeto, según procuramos notar arriba; aludiéndose por el contrario en los relieves que ilustran la *pila* á una fiesta, que puede ser sin grave error la de *Alfiva*, tan celebrada entre los musulmanes, y con la cual da término el ayuno impuesto por la venerada pascua de Ramadhán,—consagrada á la oración y á la cuaresma, en memoria de haber descendido de los cielos el Korán en el indicado mes (1);—siendo todos los elementos que en la composición de los mencionados relieves entran, alusivos á las costumbres musulmanas, como es musulmán el acento y lo son los detalles y accesorios, fuerza habrá de ser que reconozcamos que la *pila* descubierta y conservada en Játiva es el monumento de escultura musulmánica más importante de cuantos en España existen y de cuantos hasta la fecha son conocidos entre los ilustrados en trabajos y publicaciones extranjeros, como

(1) Korán, sura II, aleya 181



EL CONDE T. DU MONCEL, notable electricista

creemos que su labra no puede llevarse más allá de los últimos años del siglo XII, ni traerse más acá de los primeros del XIII.

La existencia de las hojas rizadas que, naciendo en las regiones orientales, se extienden luego por Africa, dominando en el Egipto y pasando á ser patrimonio de los artifices en las extensas comarcas del Magreb, fué importado luego á España por los almohades, las estrechas analogías que son de observar y hemos apuntado entre esta decoración, tal cual se ofrece en la *pila* setabiense y se muestra en el supuesto *Mihrab* de la Casa de los Condes de Pino-hermoso en la misma Játiva, decoración que se aparta en su acento y expresión de la que quedando como patrimonio de los mudéjares debía producir las maravillas que de este estilo, propiamente español, son conocidas, y en manos de los artifices andaluces y principalmente granadinos, había de transformarse al punto que

revela el famosísimo alcázar de los Al-Ahnuares; el simbolismo que entrañan aquellas representaciones de la eterna lucha del bien y del mal, que tomando origen en las creencias pérsicas, vive en España durante los días del Califato cordobés, según revela la *pila* labrada de orden de Al Manzor el año 377 de la H. (987 J. C.) para el alcázar de Az-Zahira, *pila* descubierta en la calle de Lista de Sevilla, y que salvando los tiempos se reproduce por igual sentido en la *pila* conservada en el palacio de la Alhambra de Granada, obra del año 704 de la H. (1304 de J. C.); la expresión de aquellas figuras que se advierten en los bajo-relieves esculptados en los intermedios de los medallones, expresión que trae desde un principio á la memoria, según quedó arriba insinuado, la de las esculturas de la época románica, por la que hubieron de ser influidas sin duda alguna las musulmanas,—circunstancias son todas que autorizan á sospechar desde luego que la importantísima *pila* de Játiva no puede ser atribuida á época distinta de la prefijada, pues no lo consienten en modo alguno los elementos artísticos que en ella resplandecen.

Lástima es en verdad, que la presente *pila*, apartándose en esto de cuantos conocemos, no conserve rasgo alguno epigráfico que consienta determinar con toda exactitud su fecha; pues en tanto que las *pidas* sevillana y granadina ostentan ambas la data fijada, y la *pila* de la Catedral de Santander así como la que se custodia en el *Museo Provincial* de Córdoba (2) permiten por el dibujo de los signos marcar la fecha probable de su labra, la *pila* de Játiva no guarda, á lo que nos fué dado reconocer, rasgo alguno epigráfico por el cual adquieran mayor autoridad nuestros verosímiles supuestos.

De cualquier modo que sea, lo importante es dejar demostrado, cual pretendemos haberlo conseguido, que lejos de ser este monumento *sarrafago* ó *caja sepulcral*, es meramente una *pila de abluciones*, y que en vez de hallarse inspirados sus relieves ya en el arte pagano, ya en el cristiano, lo están en el arte mahometano, reivindicando para él esta verdadera joya artística que honra por todo extremo á los musulmanes de la región y antiguo reino de Valencia.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

(2) Véase cuanto respecto de la *pila* cordobesa manifestamos en nuestras *Inscripciones árabes de Córdoba*, pag. 379 y siguientes, y por lo que hace á la de Santander el estudio que de su epigrafe hicimos en la pag. 240 de la *Memoria acerca de algunas inscripciones árabes de España y Portugal*, arriba citada.



LOS TRAMPOSES, cuadro por Pablo Meyerheim

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

↔ BARCELONA 7 DE ABRIL DE 1884 ↔

NÚM. 119

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA DOLOROSA, cuadro por Guido Reni

SUMARIO

REGRESO DEL CALVARIO: SOLEDAD DE MARÍA, por D. Vicente de la Fuente.—NUESTROS GRABADOS.—JERUSALÉN, por D. E. de Latorre.—EL POCO DE LOS LÁMPARAS, por D. Enrique Pérez Escribá.—LA CAVERNA DE LA MUERTE (conclusión), por D. F. Moreno Godino.

GRABADOS: LA DOLOROSA, por Guido Reni.—EL MORIBUNDO, grupo escultórico por Enrique Butti.—MATER DOLOROSA, cuadro por Carlos Veriat.—LA MATERNIDAD, dibujo por P. P. Rubens. JESUCRISTO, escultura por Francisco Rude.—EL DOMINGO DE RAMOS, fresco por Plandri.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: EL TRIUNFO DE LA AURORA.

REGRESO DEL CALVARIO

SOLEDAD DE MARÍA

Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor.

De Jeremías son estas palabras que se personifica a Jerusalén arruinada, pero la Iglesia las aplica oportunamente a la Virgen María, y a su dolor en el Calvario al desprenderse del cadáver de su Hijo, que lleva a enterrar la piadosa comitiva a un sepulcro nuevo abierto en la roca y en un huerto inmediato.

María se deja arrancar de las inmediaciones del sepulcro y baja del Calvario. Entónces parece que es el momento en que su pecho dolorido expresa más bien con su continente que no con palabras, que apenas podría articular, esas doloridas frases: —«¡Oh vosotros, los que pasáis por este camino y calle de la Amargura, reparad y mirad si hay un dolor que pueda equipararse con el mío!» Y estas palabras doloridas pasan de generación en generación, de gente en gente a todos los hombre afligidos, a todas las madres desesperadas por la pérdida de sus hijos, pues ¿qué madre tuvo un hijo más bello, más santo, más digno de ser querido que María? Y ¿qué madre vio morir a su hijo, más desastrosa, más iníca, más inhumanamente? Creo que el mayor dolor que puede haber en el mundo es el de una madre que ve morir de hambre a su hijo único: pero entre este suplicio de la naturaleza, y el otro de ver morir a su hijo único en un patíbulo por una traición infame y una injusticia horrible, el del hambre es mucho menor. María, pues, al bajar del Calvario dice a todas las madres cristianas, que lloran justamente la pérdida de sus hijos queridos: —«¡Vosotras, pobrecitas, que bajáis conmigo de vuestro Calvario dejando enterrados a vuestros hijos, comparaos conmigo y ved si vuestro dolor justo, natural y desmedido, puede igualar al dolor mío!»

Pero María no habla: su dolor se reconcentra en su pecho como en un vaso cerrado: el dolor grande es sombrío y taciturno: dichoso el que logra que su pesar se evapore en gemidos. Con pasos vacilantes sigue a la comitiva, que respeta ese dolor inmenso. ¿Acaso sabe ella lo que le pasa? ¿Acaso sabe por dónde va ni adónde va? Ya no tiene ni aun el triste placer ni el consuelo ¡palabras horribles en este caso! de abrazar el cadáver de su Hijo, besar su rostro lívido, limpiar con esmero y con cariño la sangre coagulada en su cara, meter su rostro entre las espaldas de su burlesca corona y herirse con ellas, complaciéndose en que maltraten su rostro los abrojos que maltrataron el de su Hijo. Ni aun le es dado estacionarse cerca del cuerpo de su Hijo y guardar su sepulcro como la desdichada Resa los cadáveres de sus hijos. Consigo lleva el paño blanco con que limpió el rostro ensangrentado de Jesús; lleva también la corona de espigas y los clavos, trofeos de aquella derrota, que es la mayor victoria de Dios, siquiera sea dolorosa para quien recoge esas reliquias.

María no podía menos de conservar esos tristes recuerdos, y así se explica el que se hayan salvado y llegado hasta nosotros, santificados con el contacto del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, dignos por tanto del culto de la patria que les da la Iglesia. No se concibe que San Juan, la Magdalena, la misma Virgen en el abismo de su dolor, dejasen de recoger aquellos objetos funestos, pero ya adorables, que algún día habían de colocar los Césares sobre sus coronas imperiales. ¿Quién no ha visto el esmero con que las familias honradas recogen y conservan los objetos que pertenecieron a sus difuntos queridos, por lúgubres y dolorosos que sean los recuerdos, que evocan! Una madre que ha perdido a su hijo honrado, gallardo y valeroso, víctima de una bala homicida, recoge el mortífero plomo y lo conserva con esmero de paso que lo maldice. Pero María en su resignación admirable y sobrehumana no sabía más que bendecir, ni podía maldice aquellos objetos cruentos, dignos ya de veneración profunda.

Bajado el Calvario, la comitiva fúnebre entra silenciosamente por la puerta Judiciaria y atraviesa la de la Amargura, sombría entónces con la escasa luz del crepúsculo, que ha reemplazado al eclipse so-

brenatural y milagroso. Cruza las calles menos transitadas para llegar al cenáculo. Jerusalén presenta en aquellos momentos un aspecto extraordinario sombrío en medio de la solemnidad de la Pascua. A la embriaguez, al paroxismo de la rabia y la venganza han sucedido el susto, el pavor y los remordimientos. ¡Triste es aquella Pascua! La venganza satisfecha engendra el recelo, y la alegría esperada no aparece. Corren noticias pavorosas y siniestras entre los grupos de holgazanes y curiosos, amigos de proparar novedades. El velo del templo se ha rasgado: varios profetas han salido de los sepulcros durante el terremoto, y sus cuerpos macilentos, no como espectros, sino como realidades palpables, se han aparecido a varios israelitas piadosos, revelándoles misterios terribles, castigos providenciales, la ruina de Jerusalén, la dispersion, el degüello, la esclavitud social, la terminación del culto, y todo en castigo del asesinato del Justo, del Santo, muerto a su vista en aquella tarde, por quien el sol ha vestido luto, al paso que más allá de las regiones solares y en el cielo que no se ve, detrás de lo que llamamos cielos, se han hecho grandes regocijos, entrando el Justo en las mansiones de la gloria, rodeado de las almas de los patriarcas y de los santos y hombres de bien, que esperaban su venida desde los tiempos de Abraham. Y estos justos y profetas aparecidos a varios israelitas fieles, cuyas manos, acosadas por el trabajo, no se hallan manchadas con la Sangre del Nazareno, rebosan en júbilo por lo que tocaba a ellos, al paso que su indignación estallaba en imprecaciones y amenazas por el crimen nefando, por el sacrilegio asesinado cometido en aquel día.

Pero estas noticias que corren por Jerusalén, que llegan a oídos de los sacerdotes envidiosos, y del mismo pretor romano, poco caviloso por un asesinato jurídico de más ó de menos, no llegan a los oídos de la Madre Santa, que acaba de perder a su Hijo, y que en su dolor profundo sólo busca el retiro, en su modesto aposento la soledad, la oscuridad, y dentro de esta soledad sombría se reconcentra en la soledad de su corazón, soledad aún más lóbrega y vacía. Los consuelos la desconcielan: agradece los conatos de mitigar su dolor, pero no los acepta. Aunque los aceptara ¿de qué le servirían?

¡Oh cuánto diera Ella por estar ahora sola enteramente en su pequeña casita de Nazareth, cerrada la puerta, junto al pobre hogar, donde ya ni aun la ceniza tiene calor ni la lámpara luz! Allí recordaría en medio de la oscuridad los favores del cielo, la aparición del Ángel, la vida laboriosa y resignada compartida con el Hijo y el Esposo, los coloquios con los espíritus celestiales, el júbilo santo al ver a Jesús volver del desierto y de sus excursiones evangélicas, mudar sus ropas y renovar su calzado, y escuchar de labios de los discípulos la narración sencilla y entusiasta de sus portentos y milagros. Todo se acabó menos el dolor. Acabó el tormento del Hijo, pero no el de la Madre.

El sol brilla de nuevo sobre Jerusalén: en el corazón de María sigue la noche y sigue en su aposento. Las trompetas del templo anuncian la solemnidad del sábado. Las preces de María y sus dolorosos suspiros ya no van allí. Esa religión acabó con el Decidido. Si antes era mortal, ahora ya es muerta y en breve será mortífera. El templo de María está en el Calvario: allí van sus preces desde el rincón de su pobre aposento, allá sus afectos, allá los suspiros. Corred, corred al templo de Salomón, restaurado por Zorobabel, ampliado y decorado por Herodes el Grande, corred a postraros ante Dios los que ayer asesinasteis al Hombre-Dios; sacrificad animales y haced correr la sangre de los toros los que ayer hicisteis correr la sangre del Justo. Los soldados romanos están afilando sus espadas para hacer correr la vuestra en ese mismo recinto, y después de degollarlos al pie de ese altar, caerán sobre vosotros los muros del templo y quedareis sepultados y calcinados bajo sus escombros ardientes.

Y un día frente a ese templo, barrido de la superficie de la tierra al soplo de la indignación divina, que disparará sus cenizas mezcladas con las del polvo de vuestros cuerpos, en ese monte frontero se alzará otro templo, a donde vendrán a postrarse de todos los confines de la tierra los discípulos de ese galileo que habeis crucificado, de cuyo sepulcro salen misteriosos resplandores, que revelan su gloria venidera y la gloria sempiterna del que momentáneamente yace en él. Predicho está que ha de ser glorioso su sepulcro.

Decidle al Pretor romano que ese Nazareno que habeis muerto hoy entre él y vosotros, es posible que resucite, ó que digan sus discípulos que ha resucitado. Poned allí guardia, no de soldados romanos, que no se prestan para ese servicio, sino de la cohorte de esbirros que os sirve para vuestras mal-

dades. Vuestra conciencia os dice que va a resucitar en breve, y durante el reposo del sábado no reposará vuestra conciencia ni cesarán vuestros remordimientos.

VICENTE DE LA FUENTE

NUESTROS GRABADOS

LA DOLOROSA, por Guido Reni

Contemplando la *Perla* en el museo de Madrid, se ve a la Virgen María en el interior de la familia; contemplando la *Concepción* en el museo de París, se la ve en la plenitud de su gloria; contemplando la *Dolorosa* en el museo de Berlín, se la ve en el colmo de su pena. Las Virgenes de Rafael respiran felicidad, las de Murillo éxtasis, la de Reni el dolor de los dolores.

Jamás artista alguno ha superado al pintor boloñés en la reunión de los dos sentimientos que constituyen la esencia de la vida de María. La *Dolorosa* de Reni parece concebida y ejecutada por un hombre superior a los demás hombres en el arte de comprender y expresar la angustia de la madre y la resignación de la santa.

EL MORIBUNDO,

grupo escultórico por Enrique Butti

Pocas obras de arte, de las últimamente expuestas en Milan, han causado impresión tan profunda como el *moribundo* de Butti. Hay en esa figura un realismo tan real, que a su vista, ha dicho un excelente crítico:—He aquí un cuadro de Ribera convertido en escultura.

No importa que la muerte venga por el medio más aceptable que pueda concebirse, como lo es el de los años; no importa que el moribundo se incline penosamente sobre el Crucifijo para sellar con un ósculo supremo la alianza entre el redimido y el Redentor.... Al fin y al cabo se trata de la muerte, y la muerte reproducida con una verdad tan prosaica, digámoslo así, como la empleada por Butti en la ejecución de esa obra maestra de natural, no puede sino afectar triste y repulsivamente al espectador. Ese cuerpo, esqueleto prematuro; ese pecho oprimido del cual está escapándose el último aliento; esa mano derecha que buelta la tierra como para aferrarse a ella con la tenacidad del instinto de conservación; esa sámana que pronto será mortaja y esa cabeza en que se ve anticipadamente la ya casi amarillenta calavera; detalles son que honran al artista; pero en los cuales no puede fijarse la vista por mucho tiempo.

Un trabajo de esta naturaleza ha de pasar forzosamente desde la exposición al cementerio.

MATER DOLOROSA, cuadro por Carlos Veriat

El asunto dista mucho de ser nuevo. Por lo mismo que, aun aparte el sentimiento religioso, es difícil concebir situación más interesante y dramática, son en gran número los artistas que han medido sus fuerzas en este empeño. Mas como en la manera de sentir y expresar la muerte de lo inmortal y el dolor de la divinidad, es imposible prescindir del doble carácter de tales protagonistas, de aquí que solamente un Rafael, un Velazquez, un Guido Reni, hayan estado, cuanto cabe estarlo en lo humano, a la altura del Redentor en su pasión ó de la Virgen asistiendo a ella.

Veriat ha abordado la empresa y, dicho sea en honor suyo, ha salido con honra. Hay en el Cristo yacente de ese cuadro una majestad, una dulzura, que imprimen a las huellas del sufrimiento un tinte verdaderamente sobrenatural. En cuanto a la *Madre Dolorosa*, no sólo se halla en una actitud felizmente encontrada, sino que se ha conciliado en su semblante el dolor de los dolores y la resignación dulce, tranquila, de la queapuró el cáliz inclinándose ante la voluntad de Dios.

El efecto que causa este cuadro es verdaderamente místico, sin que su autor haya tenido que apelar para ello a los recursos del bello-nil y del óbre que convierten muchas veces al Hijo y a la Madre en dos seres tan materiales que, casi casi, infunden más repugnancia que adoración.

LA MATERNIDAD, dibujo por P. P. Rubens

La primera intención de un artista en determinado asunto, es por lo común la obra en que más francamente se revela la fuerza de su genio y la facilidad de su ejecución. Al ser reproducido un apunte sobre el lienzo, gana ciertamente en corrección y en grandiosidad de efecto; mas no por esto la primitiva idea vale menos a los ojos de quien puede juzgar de una piedra preciosas antes de pulirla. Así, en el dibujo de Rubens que hoy publicamos, se echa de ver a primera vista la grandeza de la concepción, la firmeza del contorno, la elegancia de la forma, cuantas condiciones, en una palabra, avaloran las obras del fecundo maestro de la escuela flamenca.

JESUCRISTO, escultura por Francisco Rude

Una vez más el cincel de un grande artista ha acometido el imposible de arrancar al mármol el secreto de una imagen del Redentor en la cruz. El museo del Louvre posee la obra de arte que reproduce nuestro grabado y en la cual su autor ha ido, tan allí como es dable en la manifestación escultórica del Mártir de los mártires.

El Jesucristo de Rude no está inspirado, ciertamente, en el de Velazquez, que es, a nuestro parecer, lo que pudiéramos llamar última palabra del problema; la diferencia capital dependa, tal vez, del momento escogido por

cada uno de esos autores. El pintor español ha estudiado al Dios después del sublime *Consummation est*; el escultor francés parece colocar en los entreabierto labios del Crucificado la dulcísima frase:—Discípulo, hé aquí á tu madre....

Fijémosnos en este instante supremo, contemplemos la obra de Rude, y de seguro adoraremos al Dios que de tal suerte inspira á sus criaturas.

EL DOMINGO DE RAMOS, fresco por Flandrín

Treinta y tres años después de haber cantado los ángeles, junto á una humilde cuna: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad* el pueblo de Jerusalem recibía en triunfo á Jesús y sembrado de flores su camino, exclamaba: *¡Hailanna al Hijo de David!* *¡Bien llegada sea el que viene en nombre de Dios!* El triunfador no venia al frente de aguerridos ejércitos, sino de unos pocos hombres rudos y pacíficos; no se ostentaba sobre el carro de marfil y oro, sino que venia montado en una mansa pollina; no hacía ostentación de esclavos encadenados, ántes predicaba la libertad de todos los oprimidos, empezando por la mujer; no irradiaba en su mirada el orgullo insultante del triunfador, ántes bien de sus hermosos ojos brotaban silenciosas lágrimas al considerar la inevitable ruina de Jerusalem.

Flandrín, el primer artista místico de Francia, el más insigne profesor de pintura mural de esa nación, ha ejecutado la *Entrada triunfal de Jesús* en uno de los lienzos de pared de la iglesia de San German de los Prados en Paris. Nuestro grabado es una verdadera obra de arte que da una perfecta idea del original. A su simple vista se echa de ver que el misticismo artístico del siglo XIX, tan ideal, más ideal sin duda, que el de los siglos XV y XVI, es capaz de producir, en lienzos y muros, tipos y escenas que únicamente en sus éxtasis ascéticos concibió el sublime precursor llamado Fra Angelico.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EL TRIUNFO DE LA AURORA.

Aun cuando la alegoría representada en este soberbio grabado ha sido ya tratada por otros artistas, así antiguos como modernos, no cabe dudar que el autor de este lienzo ha competido en acierto con los más celebrados. No juzgamos necesario hacer la descripción de esta alegoría mitológica, que la gran mayoría de nuestros lectores comprenderá con sólo contemplar el grabado: sólo sí haremos observar que el pintor ha debido inspirarse al emprender este trabajo en las obras análogas de los artistas italianos y españoles de los siglos XVII y XVIII, imitando con feliz resultado el estilo de los frescos que adornan varios de los palacios y monumentos de España é Italia.

JERUSALEN

Con mano trémula tomamos la pluma para tratar de esa joya de Oriente, que encierra en sí conchia la perla más estimable del universo.

Hay que el hombre se concentra en sí mismo; hoy que todo cristiano se postra ante Dios, admirando su obediencia por redimidos del pecado; hoy que se escucha en los templos la palabra de los sacerdotes, que explican los misterios de su pasión y su muerte; hoy que el pensamiento y el alma se trasladan intuitivamente á aquellos lugares y á aquellos lugares en que se consumó el divino misterio de la Redención del género humano; hoy, decimos, debemos retroceder con el recuerdo diez y nueve siglos, y visitar el sitio que fué teatro de acontecimiento tan sublime. No hay para qué decir que ese sitio es Jerusalem, la tierra llamada Santa, el lugar bendecido, lleno de piadosas memorias, heroseado con la sombra de los patriarcas, visitado por los profetas; teatro en donde se celebró ese poema divino que se llama Biblia, honrado con la presencia del mismo Dios.

Jerusalén, esa ciudad de sacrosantos recuerdos, debe su fundación al rey pontífice Melchisedech. Edificada sobre la pendiente occidental de un plano inclinado, cubierto de olivos, que corona las montañas de Judea; rodeada de espesas murallas, construidas hoy con las piedras que formaban el templo de Salomon; flanqueada de almenadas torres, que se alzan de cien en cien pasos; con sus piscinas y abovedadas puertas, con sus vistosos y variados minaretes, que se confunden con el cielo, parece, como dice un poeta, la esplendorosa aparición de la estatua de Jehová. Sin rio que bañe sus murallas, sin valle alguno que le ofrezca la riqueza de su cultivo, conduciendo al viajero por estrechos senderos abiertos en las rocas, por uno de los costados de sus inaccesibles montañas el aspecto de Jerusalem es como el de casi todas las ciudades de Oriente: de lejos atrae con un encanto engañador, de cerca desaparece como desaparece la juventud para dar paso á la edad viril, y está á la ancianidad.

Jerusalén, esa ciudad que experimentó muchas veces la cólera de los microdeadores del mundo; Jerusalem, que vio al bárbaro Adriano, no contento con profanar todo lo santo que encerraba, celebrar ferias, vendiendo en almoneda pública y cambiando por caballos los individuos de su pueblo; Jerusalem, la rica joya que conquistó David para colocar la silla de su reducido imperio; Jerusalem, la que vivió en su seno el templo que hizo construir Salomon, conteniendo la majestuosa unidad de Jehová; Jerusalem, conquistada y reconquistada en diferentes ocasiones por

los reyes de Persia y de Egipto; Jerusalem, la que presencié muchas veces las desdichas de sus habitantes, conducidos á la esclavitud; Jerusalem, la que asistió á la demolición de su templo; Jerusalem, la que constituía sólo el vestíbulo del Santo Sepulcro, es hoy día la imagen de una trístísima tumba.

Sus calles vacías, sus puertas abiertas, sus caminos desiertos, nos muestran lo que va de ayer á hoy, al mismo tiempo que lo ideal de lo pasado.

Jerusalén es inmortal por sus tradiciones y por su historia.

Ya se vuelva la vista á su pasado, ya á su presente, siempre encontraremos á la Jerusalem primitiva, á la que se dió el nombre de Ciudad Santa. Podrán variar las épocas, las generaciones, todo, en fin; pero su nombre siempre resonará, no como un nombre vulgar, sino con el respeto y la consideración que se merece, y es porque Jerusalem es la patria común de todos los cristianos, es el trono, el asiento y pedestal de la religión.

La mayor parte de la vida de nuestro Redentor pasó bajo su cielo. Sus calles y plazas escucharon más de una vez su voz, dirigiéndose al pueblo, que le atendía lleno de respeto y sumisión; pueblo que salió á recibirle á sus puertas cubriendo su camino con palmas y ramas de árboles, y aún con sus mismos vestidos, de que se despojaba por alforbar en su marcha al que más tarde debía morir crucificado.

Jerusalén desde aquellos tiempos ha visto llegar á sus puertas innumerables peregrinos que vienen á besar la roca sagrada, emblema de nuestra fe. Hoy día no es ya la ciudad de los tiempos de Constantino y Adriano, no es la que ayer se alzaba allora en medio del desierto; es la ciudad que, aunque pálida sombra de lo que fué, conserva en cada monton de ruinas una epopeya de grandeza.

Jerusalén interiormente es triste y sombría. Chateaubriand la describe admirablemente, con toda la melancolía y solemidad de su ingenio: sólo él ha encontrado, después de los profetas, palabras para expresar suficientemente la desolación de estos lugares. Su población indígema y compuesta de judíos, árabes, turcos y egipcios, es pobre é inactiva; todo contribuye en esta ciudad á representar la imagen de la muerte.

El cristianismo conquistó á Jerusalem, pero no pudo conservarla. Los reyes que sucedieron á Godofredo de Bouillon tan sólo poseyeron sus ruinas por espacio de noventa y nueve años. Saladino, rey de Persia, de Siria y Egipto, los expulsó en 1187, y desde esta época triunfó el islamismo en el seno de la cuna de la cristiandad; mas penetrado de la santidad de su moral evangélica, no profanó el sepulcro del que es considerado por los turcos como un gran profeta y enviado de Dios.

El Santo Sepulcro se compone de una pequeña cúpula, cerrada dentro de otra mayor, y en la que se muestra un fragmento de roca cubierto de láminas de mármol blanco, que ofrece á la veneración del viajero el verdadero lugar del sepulcro.

Procesiones de peregrinos llegan de todas las extremidades del mundo para besarle como un testimonio de veneración.

Jerusalén es tan grave como los pensamientos que inspiran sus monumentos. Todo en esta ciudad convida á la meditación; desde la cúspide de la ciudadela de Sion, donde se halla la tumba del rey y poeta David, hasta el escaloso valle de Josafat; desde las aguas de la fuente de Silóe, que baña sus pies, hasta el espacio que guardan entre sí los elevados y cónicos picos de las montañas de San Sabas y Jericó.

Todo en esta ciudad, como en sus calles, tiene un verdadero sello de grandeza. Todo lo que constituye su paisaje es trístísimo; nada tiene de ameno y variado; nada que distraiga á los que cruzan por sus montañas, donde no se escucha ni aún el rumor que producen sus pasos en la arena, y donde no se ve ni la más ligera nube que empañe el cristal de su encendido cielo.

Hé aquí por qué Jerusalem, sin un leve soplo de viento que distraiga la imaginación del viajero, deja suspensa su alma, inclinándola al recogimiento. Al contemplar sus desmantelados edificios estas ideas aumentan su desercion, viéndose más de una vez precisado á arrodillarse, clavando su frente en la tierra para bendecir al Dios hecho hombre y para orar pidiendo el perdón de sus culpas.

En medio de todo esto un pensamiento de desesperación cruza por la mente del viajero. Jerusalem, como ya hemos dicho ántes, se encuentra en poder de los enemigos de nuestra religión.

Jerusalén no sólo alberga en su seno los restos de la raza judía y musulmana, sino también á un gran número de copios, griegos, armenios y católicos, que prefieren abandonar su suelo por otro, ni tan feraz ni tan pintoresco, en cambio de orar constantemente sobre el sepulcro, que es el sagrado depósito de su fe.

Esta es Jerusalem; esta es la ciudad cuyo nombre pronuncian todas las generaciones; esta es la ciudad que inspiró al Taso su gran poema; esta es la ciudad del mundo, pues que no hemos conocido otra más santa, más poética ni más grande.

Hoy al pronunciar su nombre nuestro pecho palpita, y nuestros labios pronuncian una oracion en loor de su recuerdo.

¡Dichosos nosotros si, como el errante judío, podemos llegar un día hasta sus muros para depositar en ellos nuestro último suspiro y morir contentos con la idea de que cubrirá nuestros huesos la tierra de Abraham!

EL POZO DE LOS LAMENTOS

Cuento fantástico

CAPÍTULO PRIMERO

El perro Satanás

Voy á contaros la historia de Mosen Garceran, hidalgo aragonés, que en los ratos de ocio, se entretenía en reirse de Dios y del diablo.

Debo advertiros, á fuer de hombre honrado, que no me atrevería á jurar con la mano derecha sobre los Evangelios y la izquierda en el corazón, que sea verdad todo lo que se dice, y como ciertas dudas se albergan en mi conciencia, amplío el título con la denominación de *Cuento fantástico*, lo cual será una garantía para que mis lectores se den por satisfechos y crean á punto cerrado todo lo que le sucedió al hidalgo aragonés, héroe de esta narración.

Entremos en materia.

Mosen Garceran era panteista sin saberlo; consideraba á Dios como alma del mundo y al mundo como cuerpo de su divinidad; no iba nunca á misa, jamás cumplía con los preceptos de la Santa Madre Iglesia, y en la plaza del pueblo, hablaba á voz en grito, con poco respeto de las cosas sagradas, tratando á los curas de gandules y explotadores de la crédula ignorancia de sus feligreses.

Todas las religiones eran, para nuestro hidalgo, una farsa productiva, pero como Mosen Garceran tenía puños de Hércules, corazón atrevido y voluntad *madrugadora* para las penencias, nadie se atrevía á llevarle la contra en la aldea, en donde imperaba como rey absoluto por derecho de fuerza.

Las beatas, al verle pasar, se persignaban, asegurando que Mosen Garceran, cuando muriera, iría de *patillas* al infierno; y los curas, cuando le veían venir por una calle, torcían por otra, murmurando en voz baja esta frase, ahuyentadora de los malos espíritus: *Vade retro, Satanus*.

De todas estas cosas sa rein nuestro hidalgo, y como era hombre rico, descuyado y rumboso, no le faltaban amigos y áun amigos, que á pesar del trífido á azufre que despedía su cuerpo, compartieran con él las *franchetas* á que les invitaba.

Mosen Garceran, en un arranque de orgullo, de vanidad satánica, había mandado inscribir sobre la puerta de su casa solariega, este letrero: *Aquí vive un rico, que no se morirá ni de hambre, ni de sed, ni de frío*.

Aseguran las crónicas, que esta nueva insolencia, que este poco temor de Dios, quitó el sueño á más de un vecino timorato de la aldea.

Era nuestro hidalgo gran aficionado á la escopeta, y pasaba la mayor parte del tiempo persiguiendo á las perdices, con tan incansable tenacidad, que muy pocos se sentían con alientos para acompañarle en sus excursiones cinegéticas.

Por esto sin duda, Mosen Garceran cazaba sólo acompañado de su perro *barbas*, *de dos narices*, animal de tan buenas condiciones para la caza, como feo y repulsivo á los ojos del que contemplaba su estampa.

Le llamaban al perro *Satanus*; tenía el pelo de un color rojo sucio, los ojos amarillentos; y por la hendidura que separaba sus narices, dejaba al descubierto sus dientes y sus colmillos, dando á su cabeza un aspecto repulsivo, amenazador.

Satanus se estaba riendo siempre de un modo extraño, mientras que sus amarillentas pupilas despedían tan trísticos fulgores que eran una amenaza perpetua de las pantomimas del pueblo.

Y por cierto que no le faltaba razón á los que tenían miedo á *Satanus*, porque aquel endiablado perro ladraba poco y mordía mucho, condición temible en los animales de raza canina.

El alcalde tenía diariamente una ó dos denuncias contra el perro del hidalgo, pero másándose el cogote, como el hombre que se halla en un grave apuro, daba *carpetazo* á las denuncias, pidiéndole á Dios, desde el fondo de su alma, que le librara de los terribles colmillos de *Satanus*.

Así las cosas, llegó á fuéres Santo, día de unción y religioso recogimiento para los fieles católicos.

Reinaba el más profundo silencio en la aldea; todos los vecinos, reunidos en la iglesia, se entregaban con fervor á las pláticas religiosas propias de la *Semana de Pasión*, conmemorando la bajada á la tierra del Hombre Dios, y el sublime drama que tuvo lugar en la cumbre del monte de las *Calaveras*.

Allí, arrodillados ante el ara santa, los fieles creyentes rezaban, en voz baja, el salmo del santo rey David, que comienza de este modo:

Sálvame, oh, Dios! porque las aguas han penetrado hasta mi alma.

Atollado estoy en un profundísimo cieno, sin hallar dónde afirmar el pie.

Llegué á alta mar y sumergíome la tempestad.

Mientras tanto, Mosen Garceran se hallaba solo en su casa con *Satanus*, pues todos los criados habían ido á cumplir con la Iglesia.

El hidalgo se paseaba por la sala, con muestras de mal humor, y de vez en cuando detenía sus pasos y miraba á su perro, que tendido sobre una piel, seguía con sus ojos todas las evoluciones de su amo.

De pronto, el hidalgo soltó una ruidosa carcajada, y dirigiéndole la palabra al perro, le dijo:

—Amigo *Satanus*, ¿no opinas que para que tu amo no se aburra, debería irse al monte á soltar cuatro escopetazos á las perdices, aunque murmure las beatas y le excomulgue la Iglesia? Porque, la verdad es, que en estos días, que



EL MORIBUNDO, grupo escultórico por Enrique Butti



MATER DOLOROSA, cuadro por Carlos Veriat.

Dios ha muerto, según afirman los curas, debe tenerse más libertad para hacer lo que a uno le dé la gana.

El perro, como si entendiera a su amo, se levantó, se esperezó arqueando el espinazo, y lanzó un bostezo largo y prolongado.

—Puesto que estás conforme, manos a la obra—añadió el hidalgo, descolgando la escopeta y metiendo algunos fiambreros en el morral.—Ni tú ni yo, somos aficionados a los ayunos y a las colaciones, y como no volveremos hasta la noche, bueno es pensar en nuestros volneros.

Y el hidalgo, soltando otra carcajada, repuso:

—Te doy mi palabra de honor, querido *Satanás*, de que si se me presenta el ciervo de San Eustaquio, con la cruz entre las *parrameras*, aunque sea *Juñés Santo* te hago fuego.

Satanás aulló de un modo tético, y como si se apoderara un vértigo de él, comenzó a dar saltos diabólicos en derredor de su amo, quedándose por fin parado junto a la puerta, enseñándole los dientes y moviendo los ojos con vertiginosa rapidez.

El hidalgo soltó una tercera carcajada, más ruidosa, más estridente que las anteriores diciendo:

—En verdad que eres feo, *Satanás*, y si yo creyera en el diablo, diría que se hallaba escondido debajo de tu piel. Poco después, cuando el hidalgo salía del pueblo, con la escopeta al hombro y el perro delante, entonaba el sacerdote al pie del altar el *Gloria*, y las campanas de la torre lanzaban al viento sus melancólicos ecos que debían enmudecer hasta el *Sábado Santo*.

Aquellos ecos prolongados, como lamentos que se perdían en el espacio, parecían decirle al hidalgo cazador: «Deten tu paso, respeta el doloroso silencio de los creyentes que se agrupan al pie de los altares, y recuerda que hace diez y nueve siglos, tu Dios derramó su sangre en la cumbre del Gólgota por redimir tus pecados».

Pero Mosen Garceran continuó su camino hacia el bosque, ansioso de interrumpir con las detonaciones de su escopeta, el silencio religioso de tan santo día.

Durante dos horas, cruzó en vano la selva en todas direcciones, sin encontrar la caza apetecida.

El mal humor iba apoderándose del hidalgo, cuando de pronto su perro *Satanás* se detuvo en seco junto a una inmensa *maraña* de triste aspecto que campeaba sola en el fondo de un valle rodeado de téticos cerros.

Garceran preparó su escopeta, y mandó al perro que entrara en la *maraña*.

Satanás, al oír la voz de su amo, dió una embestida, pero pronto retrocedió lanzando aullidos, y con los pelos del espinazo erizados, como si el pánico se hubiera apoderado de él.

—¿Tienes miedo, *Satanás*?...—le gritó el hidalgo dándole una terrible patada.—Pues yo te juro que estoy tan hambriento de descargar la escopeta, que, aunque en esa mata se albergue el diablo, le haré salir mal que le pese.

Y como el perro se resistía a avanzar, Garceran penetró en la *maraña*, rompiéndose la ropa y rasgándose la carne.

Cuando el cazador se hallaba en el centro de la espesura, vio salir por el extremo opuesto, un hermoso ciervo que le arrancó un grito de gozo, y haciendo esfuerzos titánicos, salió de la espesura tronchando ramas, anhelando hacer fuego sobre la codiciada pieza.

Con gran asombro observó el hidalgo, al echarse la escopeta a la cara, que el ciervo caminaba muy despacio cojeando y sin el menor recelo.

—¡Está herido!...—pensó el cazador—le faltan las fuerzas para correr... es mío.

Y apuntando con detención, disparó la escopeta.

Al disiparse la nube de humo producida por la pólvora que la humedad del valle hacia más compacta, Garceran vio con extrañeza, que el ciervo continuaba su camino muy despacio y cojeando.

Mientras el cazador cargaba precipitadamente la escopeta, jurando y blasfemando como un condenado, el ciervo seguía pausadamente su marcha, como si le fuera indiferente el peligro que le amenazaba.

La distancia que separaba al cazador de la res, apenas llegaría a veinte metros. Era imposible que un tirador tan certero como el hidalgo Garceran, errara el segundo disparo.

Procuró serenarse, afinó la puntería y dió *gusto al dedo*, diciendo al mismo tiempo:

—Ni Dios con todo su poder te salva.

El estampido de la detonación se repitió de un modo lúgubre en cien distintos puntos. Cada roca, cada quebradura de los barrancos, exhaló un lamento quejumbroso, y el espacio se llenó de pavorosos ecos.

El humo de la pólvora fué ensanchándose poco a poco hasta convertirse en una inmensa nube de color plomizo que cubrió el horizonte envolviendo al sacrilego cazador.

Mosen Garceran abrió inmensamente los ojos, no veía más que humo en derredor suyo; el sol había perdido sus rayos, el día su luz, y la nube en vez de dispersarse se hacia más densa, más impenetrable.

Aquello era extraño, incomprensible. El cazador levantó la mirada hacia el cielo, y con gran asombro, vió retratada, en la nube que se extendía sobre su cabeza, la esbelta silueta del ciervo.

Entonces, no pudo contener un grito de admiración; el ciervo continuaba su marcha por el aire, cojeando y con gran pausa.

Mosen Garceran, ya lo hemos dicho, era un hombre sereno y poco supersticioso, pero ante aquel fenómeno inexplicable, sintió que su corazón latía con violencia y que su cerebro se perturbaba.

Apartó los ojos del cielo, y se puso a cargar la escopeta con temblorosas manos.

Entonces vió delante de él, a tres pasos de distancia, a su perro *Satanás*, que sentado sobre sus patas traseras, le miraba con fosforescentes ojos, aullando y enseñándole los dientes.

—Ya lo ves, querido *Satanás*,—dijo el hidalgo con acento trémulo—el ciervo se rie de nosotros, la niebla le protege; pero yo soy terno en mis empeños y me he propuesto matarle, aunque para ello tenga que dar mi alma al diablo.

El perro abrió inmensamente la boca, lanzó un gruñido sordo, amenzador, y Garceran vió con espanto, que de los amarillentos ojos de *Satanás* brotaron dos chispas de fuego.

Al mismo tiempo, una voz agria, sobrenatural, estridente como el rechimiento de dos metales que chocan con violencia, dijo:

—Acepto.

Esta voz parecía brotar del fondo de la tierra.

El hidalgo retrocedía con espanto; gruesas gotas de sudor inundaron su frente, y sintió que la sangre se helaba en sus venas.

El perro *Satanás* mientras tanto continuaba mirando a su amo con fijeza, tenía los pelos del pelo erizados y de cada uno de ellos brotaba una chispa fosforescente, que se convertían, al extinguirse, en pequeñas partículas de azulado humo.

Garceran sintió miedo por la primera vez de su vida. Aquel perro le devoraba con sus ojos de fuego; sus mandíbulas chocaban produciendo un castañeo amenazador, y temiendo sin duda un ataque brusco de aquel terrible animal, le apuntó con la escopeta, é hizo fuego.

Nuevamente volvieron a repetirse de un modo tético en aquellos barrancos los ecos de la detonación.

El cazador buscó a su víctima, pero el perro *Satanás* había desaparecido.

Entonces, Garceran se llevó las manos a la frente, y se dijo:

—¿Estaré soñando ó despierto?...

—Despierto—contestó la misma voz que poco ántes había helado su sangre.

Garceran dejó caer la escopeta, su cuerpo temblaba, el sudor se desprendía gota á gota de su frente; se llevó las manos a los ojos, se cubrió con ellas el rostro, y faltó de fuerzas para mantenerse en pie, cayó de rodillas, exhalando un gemido.

Pero este enervamiento, hijo del pánico, duró poco. El hidalgo, avergonzado de sí mismo, se levantó del suelo, y vió con inefable gozo, que la nube se había disipado y que el hermoso sol de la tarde iluminaba con sus últimos reflejos los cerros y el valle, llenádoles de suaves y poéticos tonos.

Un hombre, sentado sobre una piedra, con la escopeta sobre las rodillas y una enorme pipa en la boca, contemplaba en silencio el cadáver del perro *Satanás* que se hallaba tendido á sus pies, sobre un charco de sangre.

Mosen Garceran miró á aquel hombre á quien no conocía. Era indudablemente un cazador á juzgar por su traje y por su aspecto.

El rostro del desconocido era repulsivo, antipático, inspiraba desconfianza; tenía los ojos de un verde oscuro, excesivamente hundidos en el cráneo; los cabellos y la barba rojos y una profunda cicatriz en mitad de la frente.

Durante un momento, el desconocido permaneció contemplando al perro muerto, y aún sonriéndose de un modo que daba frío; porque, al sonreírse, ensanchaba unos dientes negros, largos y repugnantes.

De pronto, levantó la cabeza, fijó sus ojos en Mosen Garceran, y con una voz que parecía salir del fondo de una caverna, dijo:

—Hola, camarada; ¡qué mal tratas á los perros, en cambio de los buenos servicios que te prestan!

—¿Y quién eres tú?...—le preguntó á su vez el hidalgo, ofendido de la franqueza de aquel hombre.

—Soy cazador.

—Yo conozco á todos los cazadores de veinte leguas á la redonda, y no recuerdo haberte visto nunca.

—Es que yo soy un cazador cosmopolita—contestó sonriéndose de un modo extraño y enseñando sus negros dientes del desconocido—pero no cazo liebres, ni perdices, ni ciervos, como tú.

—Pues ¿qué cazas entonces?...—le preguntó el hidalgo con alteración.

—Yo cazo almas, y vengo por la tuya,—contestó el desconocido, soltando una ruidosa carcajada.

CAPÍTULO SEGUNDO

Satanás en persona

Mosen Garceran, que, ante la pura transparencia del cielo y la vivificante luz del sol, había recobrado su varonil espíritu, miró con fijeza al que se llamaba cazador de almas, y creyendo que trataba de darle alguna broma, se fué acercando poco á poco, y le dijo, mientras cargaba la escopeta, como una precaución para lo venidero:

—¿Y te producen mucho esas caerías de almas á que te dedicas?

—Mucho más que te ha producido á tí esta tarde el ciervo cojo, á quien no has podido meterle una bala en el cuerpo, y eso, que le has dirigido los disparos de tu escopeta, á veinte pasos de distancia. Amigo Garceran, si continúas así, tu fama de cazador perderá mucho.

Esta contestación, pronunciada con sarcástico acento

por el desconocido, mortificó el amor propio del hidalgo aragonés.

—Es que el ciervo cojo tiene indudablemente el diablo en el cuerpo—contestó Garceran con destemplado acento.

—¡Hola!... ¿Crees tú en el diablo como el vulgo?...

—volvó á preguntar el desconocido.

—Yo no puedo creer en lo que no existe; la idea del infierno y sus terribles emisarios sólo cabe en los enfermos cerebros de las viejas y las beatas de mi aldea.

—¿Hace poco no pensabas de ese modo.

—¡Yo!... ¿Cuándo?...

—Cuando disparaste tu escopeta sobre este pobre perro, creyéndole el diablo, sólo porque te miraba con los ojos chispeantes y porque el pánico trastornaba tu cerebro.

—Lo maté porque lo creí rabioso—repuso el hidalgo, apartando los ojos de aquel hombre cuya mirada le fascinaba.

—Bah; para creer lo que me dices, necesito una prueba—repuso el hombre de la cicatriz, chupando su pipa, y despidiendo enormes bocanadas de humo.

—¿Y qué prueba es esa?...—preguntó el hidalgo con inseguro acento.

El desconocido extendió su largo y descarnado brazo hacia el fondo del valle, y dijo:

—¿Ves aquel *tollo* de piedra, que parece desde aquí el brocal de un pozo?

—Sí; me he metido en él muchas veces en tiempo del celo de la perdiz.

—Pues si quieres matar al ciervo cojo, y como dices, no temas al diablo, métete en aquel *tollo* y espera dentro de él la llegada de la noche. Tenemos luna llena; el ciervo irá á las ocho en punto á beber agua en el arroyo que se desliza por el fondo de ese valle, parándose á veinte pasos de distancia del cañon de tu escopeta.

—¿Y quién me asegura eso?...

—Yo.

—¿Y quién eres tú?...

—*Satanás* en persona; el diablo en forma de hombre, —añadió el desconocido soltando otra carcajada.

Mosen Garceran comenzó á sospechar que todo aquello no era más que una broma pesada, que algún chusco quería jugarle en vista de su incredulidad religiosa.

El hidalgo aragonés era hombre poco sufrido; montó la llave de su escopeta, se terció el arma sobre la sangría del brazo izquierdo, cogió con la mano derecha la garganta de la culata, y puso el índice en el disparador.

El desconocido observó todas estas maniobras, que tenían algo de amenaza, con perpetua calma, sin que se moviera ni una sola línea de su repulsivo rostro.

—Lo que yo creo,—añadió el hidalgo,—es que en el mundo existen muchos pobres diablos, y que tú eres uno de ellos; y te advierto, que el apropiarte un papel que no te corresponde, podría costarte caro.

El desconocido se encogió de hombros, y continuó fumando y sonriéndose.

—Hace poco—dijo el hombre de la cicatriz—ofreciste tu alma al diablo si te presentaba la ocasión de matar al ciervo cojo; pero según creo, te hallas arrepentido de tu ofrecimiento... Yo te creía hombre de más palabra.

—Nunca he faltado á ella.

—¿Entonces, continúas con la idea de matar al ciervo?...

—Ahora más que nunca.

El desconocido dirigió una mirada hacia el punto del horizonte por donde se hundía la majestuosa aureola del sol.

—El día agoniza,—dijo con acento cavernoso—la noche avanza; si tienes valor, como dices, si no temas al diablo, como aseguras, métete en el *tollo*; que yo te prometo, que, cuando los rayos de la luna caigan como hebras de plata sobre las transparentes aguas del arroyo, tú matarás al ciervo cojo.

—Acepto—exclamó el hidalgo con alteración.—Pero ¡ay de tí si me engañas! porque yo sabré encontrarte, aunque te ocultes el infierno; ¡ay de tí si me juegas alguna broma! porque te juro, por la salvación de mi alma, que la bala de mi escopeta se sepultará en tu cuerpo.

—Anda y confía en el diablo, que no falta nunca á su palabra.

Mosen Garceran se encaminó con paso firme hacia el *tollo* de piedra, situado á unos veinte metros del arroyo; se metió dentro de él de un salto, puso la escopeta en la *trouera*, y se sentó sobre una piedra.

El sol se había hundido por occidente; la poética luz del crepúsculo llenaba el valle y los cerros de suaves tonos, y las primeras sombras de la noche avanzaban por oriente poco á poco, ansiosas de apoderarse del imperio de las tinieblas.

El hidalgo aragonés miró por entre las juntas de las piedras que formaban el redondo *tollo*, y vió que el desconocido permanecía sentado en el mismo sitio, en la misma actitud y con la pipa en la boca.

Aquel hombre tenía la inmovilidad de una estatua, y Mosen Garceran, receloso, no apartaba de él los ojos.

Cerró la noche y el hidalgo continuaba mirando desde su *esfera* al desconocido.

El valle se llenó de profundas tinieblas; y cosa extraña, aunque Garceran se encontraba á más de trescientos metros de distancia del desconocido, le veía perfectamente, como si le circundara una aureola de luz de un rojo amarillento.

—¿Será efectivamente el diablo?...—se preguntó en el fondo de su conciencia el hidalgo aragonés.

Pero como si esta duda le avergonzara, añadió:

—Imposible... Y si lo es, tanto mejor, porque así podrá decir á todo el mundo que he visto al diablo y escribir en la lista de mis amigos un nombre célebre.

En este momento, la luna asomó con toda su resplandeciente grandeza por la quebradura de un barranco, extendiendo sus plateados rayos sobre las aguas del arroyo que serpenteaban en el fondo del valle.

Mosen Garceran apartó los ojos de la inmóvil figura del desconocido, para fijarlos en el majestuoso astro de la noche.

El hidalgo se estremeció bruscamente. En la cumbre del cerro había una enorme roca suspendida sobre el abismo, sitio en donde sólo las águilas podían detenerse y hacer su nido; y en esta roca, vió sentado al cazador de la cicatriz, fumando impasible su pipa.

La clara luz de la luna iluminaba perfectamente el cuerpo de aquel hombre extraño.

Garceran se pasó varias veces las manos por los ojos, como si no diera crédito á lo que veía.

Volvió á mirar; no le quedó la menor duda; allí estaba el desconocido; era el mismo hombre, tranquilo, impasible, despidiendo bocanadas de humo, y sonriéndose de un modo que oprimía el espíritu.

Entonces el hidalgo, obedeciendo á un impulso superior á su voluntad, se puso en pie, y sacó la escopeta de la tronera.

Jamás la planta del hombre había pisado aquella roca, atalaya inabordable de las águilas. ¿Cómo había llegado hasta allí, en tan pocos minutos, aquel hombre?..

Mosen Garceran se aturdió; porque el caso era verdaderamente sobrenatural; pero su asombro creció de un modo superlativo, al ver que el cazador de la cicatriz se hallaba á la vez sentado en cuatro puntos distintos; es decir, en el sitio donde le había dejado, en la roca de las águilas, y en las dos cumbres de los montes que circundaban el valle.

Garceran no pudo contener un grito de terror, de espanto; chocaron sus mandíbulas, crujieron sus huesos, se erizaron sus cabellos, y un temblor convulsivo agitó su cuerpo.

—¡Qué horrible pesadilla!...— murmuró con acobardado acento.

Entonces, para que el espanto creciera en el alma de Mosen Garceran, vió bajar por la ladera de un cerro al ciervo cojo y detenerse por fin en las orillas del arroyo.

La res inclinó la cabeza sin el menor recelo y aplicó los bellos en las aguas del arroyo.

Sus grandes y hermosas *parmenas* se dibujaron en el agua, como sobre el bruñido cristal de un espejo.

Garceran vaciló un momento, pero su sangre cazadora se reanimó ante la vista del hermoso ciervo, y apuntándole su escopeta, hizo fuego.

El esbelto animal recibió el balazo en mitad de la frente, lanzó un bramido quejumbroso, y rodó sin vida, hasta el fondo del barranco.

El hidalgo lo olvidó todo, exhaló un grito de gozo, y ya se disponía á salir del *tollo* para apoderarse de su presa, cuando resonaron cuatro carcajadas que helaron la sangre de sus venas.

Al mismo tiempo, vió avanzar hacia el *tollo* los cuatro cazadores que poco ántes habían perturbado su cerebro.

Caminaban sin hacer ruido, pero dejando en pos de sí huellas de fuego y sonriéndose de un modo satánico.

Garceran se creyó perdido; cayó de rodillas, juntó las manos con beatitud, dirigió una mirada al cielo, y arrepentido de sus culpas, iba á elevar á Dios una súplica para implorar su perdón, cuando sintió caer sobre su cabeza una mano que le quemó el cráneo, y oyó una voz que le dijo, destrozando su corazón:

—Es tarde: tu alma me pertenece.

Entonces resonó en el fondo de la tierra un trueno espantoso, se tiñó la luna de color de sangre, crujieron las rocas, se estremecieron los árboles, y Mosen Garceran sintió con angustioso espanto, que el suelo del *tollo* se hundía y se hundía arrastrando su cuerpo con una rapidez vertiginosa hasta el fondo de un abismo ignorado.

Desde esta noche han trascurrido más de cien años; el *tollo* del cazador se convirtió en un pozo sin fin; cuando se arroja una piedra, tarda mucho tiempo en llegar al fondo, y entonces se oyen largos quejumbrosos, y aullidos



LA MATERNIDAD, dibujo por P. P. Rubens

de perros que amedrentan el espíritu de los sencillos habitantes de la aldea.

La tradición asegura que por aquel pozo bajó al infierno el sacrilego hidalgo Mosen Garceran, y hay muchos pastores que afirman, que el ciervo cojo va al arroyo á beber agua todas las noches de *Juñetas Santo*, pero las vías férreas y el telégrafo eléctrico se han encargado de que emudezca para siempre *El Pozo de los llaneros*.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

(Conclusion)

XIV

El mayor monstruo, los celos

¿Qué había sido de Masri (a) Gil (a) El ardilla? Al ver acercarse á los jinetes negros, corrió á refugiarse en el bosque de los castaños, y una vez allí, viendo que no era perseguido, se detuvo á descansar y á reflexionar.

Era ya de noche y la oscuridad era completa. Lo primero que hizo fué desembarazarse de su traje de hijo de Arimanes, que le estorbaba.

Después se internó, por más precaución, en la espesura y se sentó en el tronco de un árbol caído.

Su deseo era volver á la caverna, al lado de sus compañeros y amigos, y resolvió hacerlo inmediatamente.

Aunque se hallaba desorientado por la larga caminata de aquel día, confió en su natural sagacidad y en las observaciones que había hecho desde el momento en que salió de la gruta.

Esta estaba situada hacia la parte del Norte y cerca del río. Con estos indicios tenía bastante. Por fortuna, á la caída de la tarde, el Santon le había propinado un refrigerio y sólo le molestaba un tanto la sed. Buscó una fuente, manantial ó cosa parecida, y su buena estrella hizole tropezar con un manso arroyuelo que entre menudas guijas corría. Abrevóse y se chapuzó en él, y una vez fresco y restaurado, emprendió su exploración.

Se alejó del bosque recelosamente, cerciorándose de que no era visto ni seguido; se orientó hacia el Norte y comenzó á andar á campo traviesa.

A veces oía rumores lejanos y veía brillar luces. En dos ocasiones oyó ruido de caballos, y se ocultó lo más posible, haciéndose un lio.

El pobre Gil ignoraba los sucesos de aquella memorable noche. Mientras caminaba, pensaba algo en el Santon, que debía estar prisionero y mucho en Petrita y Sebastian, solos en la caverna.

A las seis horas de marcha, se cedió lo que había pensado y era, que aunque de noche, debería distinguir la masa del monte destacándose de entre la oscuridad.

En efecto, un punto negro cortaba la línea del horizonte.

Desde aquel momento, Gil caminó con seguridad y en línea recta, y conforme se aproximaba, andaba más de prisa como atraído por la quereencia. Pronto llegó á la falda de la eminencia, y la costó sin vacilar, porque sabía que la entrada de la caverna estaba hacia el lado del río.

Gil, en la prevision de lo que pudiera suceder, se había fijado mucho en los lugares, cuando salió en compañía del Santon.

No tardó en hallar la subida oculta; pero al empezar su ascension, se detuvo sobresaltado. Hacia la parte opuesta, esto es, por el lado de la llanura, oía rumores que el pobre jóven no podía explicarse.

Vaciló, pero pensó con razon que esto era un motivo más de refugiarse en la cueva, motivo tanto más poderoso por cuanto ya empezaba á discurrirse el día.

Trepó por entre las malezas, y no sin gran dificultad pudo encontrar la piedra que tapaba el agujero de entrada. Una vez encontrada, le fué fácil moverla, porque segun

había observado al salir, giraba sobre un cilindro elevado sobre cuatro hierros en cruz.

Puso el pié en los primeros toscos escalones que servían para el descenso, y al ir á cerrar la entrada, por más precaucion, se le ocurrió un pensamiento inquietante:

¿Habrá luz en la caverna?

Pero supuso que sí; teniendo provision de teas, Sebastian y Petrita no estarían á oscuras.

Cerró, pues, el agujero, haciendo girar la piedra, y bajó. Con efecto, el antro, aunque no muy bien, estaba alumbrado.

Gil se adelantó precavidamente con el oído atento, pero no percibía ningun rumor. En la parte opuesta brillaban dos teas encendidas.

Aquel silencio sepulcral no sorprendió al recién llegado; pues supuso que á aquellas horas sus compañeros estarían durmiendo.

¡Durmiendo, ah! Avanzó poco á poco hacia donde estaban las teas; la opaca y humosa luz de estas no alumbraba lo suficiente: los objetos parecían vagamente confusos.

Por no despertarlos si dormian, y tal vez por otro motivo, Gil no quiso llamar á sus amigos.

Fuó adelantando. En un rincón, junto al muro, creyó distinguir dos bulbos tendidos en el suelo. ¿Serian Petrita y Sebastian?

Se aproximó: eran ellos, eran ellos que dormian apaciblemente, el uno junto al otro, demasiado juntos.

Sebastian con su blusa y con su larga faja lacia habia improvisado una almohada, y sobre ésta reposaban su cabeza y la de Petrita, tan juntas, que sus alientos debian confundirse. Gil les miró desalentado; aquello tenía un aspecto de alcoba nupcial, sin que faltasen las antorchas de himenno.

El pobre jóven exhaló un gemido; el dragon de los celos le devoraba el corazón. Miraba á los durmientes y luego extraviadamente hacía todas partes.

Le zumbaba la cabeza; los objetos que le rodeaban se hacían móviles á sus ojos, parecía que oía rumores en el techo de la gruta.

Mil pensamientos distintos cruzaban por su cerebro delirante, pensamientos de venganza y de concupiscencia.

Dentro de él se habían encerrado Omazor y Arimanes y luchaban á muerte. ¿Quién vencería?

Gil, sin conciencia de sus actos, se separó de la feliz pareja, tomó una tea y empezó á andar por todas partes; los grandes dolores necesitan de movimiento.

Recorría la cueva, parecía el genio de aquel antro inspeccionando sus dominios.

Llegó á un sitio en que aquella estrechaba, formando como una pieza aparte, y al ir á entrar casi corriendo tropezó en una dura rama que salía del muro y se dió un violento golpe en la cabeza.

Vaciló atontado, cayó al suelo y dejó caer la tea, que quedó encendida....

Brilló un foco de luz, luego se produjo un ruido como un chisporroteo y despues...

XV

El trueno godó

—¡Joló, Joló, Joló: serás libre de tu tirano!

Todo el mundo oyó esta exclamación del derviche.

El Sultan que se hallaba en la meseta del monte, sentado á la oriental con las piernas cruzadas, se puso en pié pálido de ira, é hizo la señal para la ejecución del suplicio.

Los espectadores sintieron un escolofrío general.

Cada uno de los suyos cogió por el brazo á cada uno de los condenados.

La leña de la pira sonaba al



JESUCRISTO, escultura por Francisco Rude

quemarse y las llamas oscilaban como erguidas serpientes de fuego.

En el instante en que la primera víctima, esto es, la hechicera que había escupido al Sultan y que por su debilidad opuso menor resistencia, iba á ser arrojada á la hoguera, oyóse un ruido espantoso, una detonación terrible, como al volar una mina ó al dispararse diez baterías de cañones á un mismo tiempo.

La multitud lanzó un grito unánime de terror; el monte contiguo á la explanada se había abierto, arrojando llamas, humo y montones de pedernales; el Sultan y cuantos le acompañaban habían desaparecido ó hundido en las entrañas de la tierra.

El pueblo se agitó, exclamando: «¡Castigo, castigo!» los sircarios soltaron á sus víctimas, los que llevaban armas las sacaron á relucir, los soldados se desbandaron, la turba invadió la explanada y deshizo la hoguera, y el derviche fué exaltado en hombros de muchos devotos que gritaban:

—¡Es el Santon de los siete cielos!

Se buscó al Sultan entre los escombros del monte trasformado en una sima, y se halló su cuerpo destrozado en la ribera del río. Antes, los adeptos del *Diaz* tuvieron cuidado de completar los efectos de la voladura, haciendo desaparecer los rastros de la pólvora, que hubieran podido explicar las causas del milagro.

El príncipe Ali-Kark fué proclamado Sultan de Joló, y aunque dominado por la teocracia, se le consideró como á soberano más aceptable que su padre; sobre todo por parte de los españoles; pues fué el primero que rindió pleito homenaje á S. M. C. la reina de España.

Si se sabe algo de Petrita y de sus dos amantes, me avisan ustedes.

F. MORENO Y GODINO



EL DOMINGO DE RAMOS, fresco por Flandrin

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



AÑO III

← BARCELONA 14 DE ABRIL DE 1884 →

Núm. 120



UNA CAMARERA, cuadro por Otto Erdmann

Don Abelardo de Cárlos, fundador y director de la *Ilustración española y americana*, ha fallecido!...

Las letras y las artes han perdido un valioso protector. Cuantos se interesen por la cultura pública y crean que el periódico ilustrado es uno de los más poderosos elementos para difundir en todas las clases el amor á lo bueno y á lo bello, consagrarán un recuerdo de honor á la memoria del Sr. de Cárlos, por la fe, por el cariño, por la constancia, con que fundó y ha sostenido, entre otras publicaciones, que honra á la patria.

Para llegar á este lisonjero resultado, debió el Sr. de Cárlos emplear un capital efectivo muy respetable, y otro capital, aún más de agradecer, en desvelos, en fuerza de voluntad, en jugo de su clara inteligencia, en sacrificios que pasan desapercibidos del público y que son las espaldas de ese camino de amarguras recorrido indefectiblemente por cuantos empujan á los pueblos por la vía de su progreso.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, que puede apreciar como pocos cuanto ha hecho y valido D. Abelardo de Cárlos, se asocia al dolor de su respetable familia y de los Sres. redactores y artistas de la *Ilustración española y americana*, que será siempre honroso timbre del padre y del amigo á quien merecidamente lloran.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL CORAZON DE FORMOSEDA, por don J. Ortega Manilla.—LAS CHULAS, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—LOS VIEJOS (1), por don E. Benot.

GRABADOS: UNA CAMARERA, cuadro por Otto Erdmann.—VIENE! cuadro por Canuto Ekwall.—UNA PROCESSION EN SAN MARCOS DE VENECIA, acuarela por Arcadio Mas.—MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fotografías instantáneas por el nuevo procedimiento de Meisenbach.—ESCENA VALENCIANA, cuadro por J. Agrasot.

NUESTROS GRABADOS

UNA CAMARERA, cuadro por Otto Erdmann

Si la figura de ese lienzo es inventada, hay que convenir en que su autor entiende de niñas bonitas; si es retrato, hemos de confesar que el original había de ser una camarera muy peligrosa. Por de pronto, ese tipo, mejor que al estado de humilde doncella de servicio, se aviene al de princesa disfrazada. Así, por ese estilo, se concibe á María Antonieta, la austriaca de belleza á un tiempo severa y dulce, trocando en los Trianones de Versalles sus regios atavíos por el humilde traje de la aldeana helvética.

¿Deducimos de esto que el cuadro de Erdmann carece de verdad?... Ni por asomo. Aquello de—la verdad es una—podrá ser verdad en el órden moral y en el matemático; pero en el sentido de la belleza ocurre lo que en las rifas; saca quien saca. Camareras, y menos que camareras, hemos conocido á quienes ha cabido el premio gordio; y por contra muchas niñas de encopetadas familias no han acertado ni los millares del número favorecido.

Nuestro pintor, por lo tanto, puede haber estado en lo cierto; y lo cierto, en nuestro caso, es que la camarera de Erdmann es una obra de arte deliciosa, admirable de hermosura, perfecta de naturalidad y en todo tan acabada que constituye una joya del arte.

Contribuye no poco á dar una idea aproximada de ese cuadro la maestría con que ha sido grabado por Brendamour.

¡VIENE!... cuadro por Canuto Ekwall

Las palabras tienen el valor que las imprime la inflexión con que se pronuncian. No ha muchos días leímos de cierto actor inglés que causaba, á su voluntad, hilaridad ó espanto en sus oyentes con sólo acentuar una palabra tan vulgar ó indiferente, al parecer, como *Mesopotamia*....

Pues bien, con un elemento tan sencillo como puede resultar de la tercera persona del singular del presente de indicativo del verbo *venir*, un artista de talento ha compuesto un cuadro palpante de vida, de sentimiento, de interés y de verdad.

¿Viene!... No dice más el título; no se acierta á ver al que viene, ni tenemos antecedente alguno respecto de su persona... Y sin embargo, ¿habrá qué calidad de tocante al que viene? ¿Habrá qué desconocida la calidad del afecto que une á la persona incógnita que viene y á la gentil doncella que espera?

Lo que se ve y lo que no se ve es igualmente claro, evidente, visible en esta composición. Algunos profesores de escultura han dicho y hasta han demostrado que con cualquier trozo de estatua que se les ponga de manifiesto, se empeñan en reconstituir la estatua completa. Otro tanto ocurre con este cuadro. Considerando la actitud de la doncella, se adivina la del galán; haciéndose cargo de la estancia, se ve perfectamente la calle.

El cuadro es, además, rico en detalles y produce una impresión simpática, revelando bajo todos conceptos el recomendable talento de su autor.

UNA PROCESSION EN S. MARCOS DE VENECIA, acuarela por Arcadio Mas

(Exposición París)

Nuestro compatriota autor de esa agradable composición, es un entusiasta por Venecia. Hace seis años, cuando apenas empezaba á desembarazar de malezas la senda por donde peregrina el artista, le encontramos haciendo estudios en la ciudad perla del Adriático, embebido ante su palacio ducal, admirado ante su singularísima basílica, atónito ante los frescos de Tíepolo, en demanda de un colorido que le permitiera reproducir las téticas aguas de sus canales y el sol riente de su incomparable cielo.—¿Permanecerá V. mucho en Venecia?—le preguntamos; y él contestó:—Lo ignoro: los artistas permanecen en los museos mientras las queda que ver en ellos, y Venecia es un museo en cuyo catálogo no se ha puesto todavía la palabra fin.

Desde esa época, el joven Mas, que siente por Venecia una pasión fácil de concebir, hace lo que todos los enamorados, reproducir á su amada bajo cuantos aspectos la ha contemplado y hallado hermosa desde el punto de vista del arte.

Uno de esos aspectos es el asunto de la acuarela cuya copia publicamos, obra valientemente ejecutada y que ha sido unánimemente aplaudida por cuantos han visitado la última exposición París.

MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fotografías instantáneas

No bastaba reproducir fielmente la naturaleza por el procedimiento de Daguerre. El progreso, consecuencia natural de todo invento, exigencia de los tiempos modernos, en los cuales todo lo que no adelanta, muere, hacia preciso mejorar en velocidad de obtención y en facilidad de multiplicación, el mecanismo que un día maravilló á la generación que inmediatamente nos ha precedido.

Hablar hoy del daguerrotipo, es hablar de las Mensajerías aceleradas; la simple fotografía apenas puede compararse á las diligencias en que viajan nuestros padres... Hoy encontramos lenta la marcha del ferro-carril; y pedimos á la electricidad su concurso para trasladar, ya no nuestro pensamiento, sino nuestra persona, de un extremo á otro del globo.

La fotografía instantánea, en el sentido literal de la palabra, es ya un hecho; su multiplicación directa por medio de la imprenta la corroboran las pruebas que hoy publicamos, debidas á los constantes estudios y ensayos del profesor alemán Meisenbach. Ellas son la última perfección del arte; y si bien se examinan, tan notables son, que debieran satisfacernos plenamente, si la palabra *adelante!* no estuviera escrita en el blason de todos los pueblos.

ESCENA VALENCIANA, cuadro por Agrasot

Los que califican de incomparable el cielo de Andalucía y de sin rival aquellos campos que bañan el Guadalquivir, el Genil ó el Darro, son injustos con el cielo y los campos valencianos, tan feraces, tan rientes y tan típicos como aquellos. Allí la esbelta palma crece frondosa cual pudiera en las ardientes regiones africanas; allí ha tomado carta de naturaleza la exótica higuera chumba y la pita de acerado remate; allí el naranjo de dorado fruto embelesa la vista después de haber recreado el olfato con el precioso aroma del azahar. Niñas de singular belleza oriental y fornidos mancebos que hasta en su traje recuerdan á los árabes, pueblan esta tierra llena de encantos y que el artista visita con singular predilección.

El que viaje por semejante paraíso, podrá apreciar, en los días festivos especialmente, á la caída de la tarde, cuando los posteriores rayos del sol dan á la escena un tinte de imponderable poesía, escenas parecidas á la que de una manera gráfica representa nuestro grabado.

EL CORAZON DE FORMOSEDA

I

Se alza el telon...

...era la época que que estaban de moda los fracs verdes con boton de oro, y el pantalón colan era el límite extremo de la elegancia masculina; cuando vivía *Figaro* y la musa de Zorrilla dormía envuelta entre las nieblas del no ser; cuando Madrid ostentaba en sus calles muy pocas aceras, y alguno que otro farol que de techo en techo enviaba el resplandor incierto del aceite de oliva; cuando la Puerta del Sol era tan estrecha como hoy lo es la calle de Sevilla; cuando lo que hoy se llama «Todo Madrid», aún no existía, porque los hábitos del lujo, las costumbres aristocráticas y el esplendor de esa nueva aristocracia que ha engendrado la Bolsa no habían aún producido todos sus frutos.

Ricardo de Formoseda era uno de los elegantes del año 33, puesto que al dar las cinco en un reloj de mesa que había en su despacho el día 27 de enero, se ajustó la desgarrada prenda que los historiadores llaman fraque, y después de hacerse con soltura un lazo en la corbata y pisar su mirada de arriba abajo por todo el cuerpo, se lanzó á la calle empujando en su diestra un junquillo rojo con puño de ágata; en la izquierda mano llevaba los dos guantes blancos, que según era entonces moda tam-

bien, volvían á casa sin haber calzado los puños de los elegantes.

Era Ricardo de Formoseda, puesto que es preciso que os lo presente, hijo único de un acaudalado terrateniente de la campiña, el cual terrateniente poseía sobre mil hectáreas de viñas, y más de cinco mil hanegadas de olivos en Alcalá, asiento de su casa: una de las más fuertes de labor de toda la tierra castellana.

Pocos meses después de su matrimonio, murió la mujer de Saturnino Formoseda, dejándole envuelto en pañales aquel retoño que andando el tiempo, y veinticinco años no más, había de ser Ricardo de Formoseda tal y conforme ahora aparece á nuestra vista, con su frac verde y su gentil talle, el sombrero de copa en la cabeza, los dos rizos de pelo negro muy atusado sobre las sienes, el bigote erizado á uso de cosaco, como entonces también se acostumbraba.

Salió á la calle, y como vivía en la de Cedaceros, bien pronto se halló en la Carrera de San Jerónimo, que ya entonces era, y creo que siempre ha sido, la principal arteria de la vida social de Madrid, y sin duda, como hombre que sabe á dónde dirige su rumbo, no tardó en encaminarse á buen paso por esta Carrera de San Jerónimo, cruzó la Puerta del Sol, bajó por la calle del Arenal, y en una de sus últimas casas, en cuyo portal había una tienda de relojero, se detuvo: era el número 27 y 29.

El portal dejaba mucho que desear en cuanto á limpieza; era un lóbrego é inmundó receptáculo si se le compara con los portales de las modernas viviendas de los madrileños de ahora; entonces era como todos los portales de Madrid; un largo pasadizo de tierra húmeda, y en cuyas paredes había todos los síntomas de la incunía y de la suciedad.

Formoseda vio detrás de la mampara de cristales salir la cabeza calva del relojero con el ojo derecho protegido por el antejo de círculo de cuerno, á través del cual el pobre artesano contemplaba y escurriéndola la misteriosa vida de los relojes descompuestos; vio la llama azulada del candil de alcohol que le servía para recomposiciones; y luego, más allá una escalera entornillada, y abrupta que se defendía contra las invasiones del extranjero, como los Apeninos contra las invasiones de César; pero Formoseda en sus veinticinco años de edad, y en su naturaleza desarrollada vigorosa en las solturas de la vida campesina, apellugado con los 35 escalones, y llegó al último piso donde después de haber tirado de un cordón de lana bastante sucio, penetró en una habitación de techo tan bajo, que no sabemos si fué por cortesía ó por evitar un golpe con el quicio de la puerta, por lo que se quitó el sombrero, y entró en la sala con la espina dorsal encorvada y la cabeza baja.

Aquella habitación era poco más pequeña que un pañuelo de yerbas; y con ser tan estrecha, tan baja de techo y tan ahogada, alguna hada maravillosa, burlándose de la arquitectura, y de la impenetrabilidad, había puesto y conseguido encerrar en tan angosto recinto una enorme cómoda, cuatro sillas de Vitoria, una copa dorada llena á la sazón de fuego; y había además adornado las paredes con cuadros de litografía, con un Cristo bordado en cañamazo y con una pila de cristal llena de agua bendita. Las paredes, el techo y hasta el suelo desaparecían debajo de aquella aglomeración de muebles y adornos. No se veía el color del papel, no se veía qué clase de ladrillo formaba el pavimento; apenas quedaba espacio para entrar; y una vez colocados en sus sitios una dama y una jóven que dentro de la sala estaban, y Formoseda, no quedó allí lugar, no ya para que otra persona entrase, sino siquiera para respirar el aire de Dios.

—Señor de Formoseda,—dijo la dama,—no le esperábamos esta tarde. Como está el tiempo así!...

—¡Ah!—dijo Formoseda atusándose el bigote y lanzando una mirada profunda á la señorita;—yo soy hombre de palabra. ¿No había prometido á V. que iríamos á la Casa de Campo?

—Sí, pero como la tarde amenaza lluvia,—contestó la dama,—pensamos que V. habría desistido del viaje.

—Por mí no ha de quedar,—dijo Formoseda.—Ya tengo encargado el coche... No es de dos caballos porque los tienen tomados para la romería del Pardo; y ya sabe V. doña Eleuteria, que estas romerías cargan con todos los caballos de Madrid. Pero he conseguido una carretela con dos mulas. ¿Creo que á Vds. les será indiferente que la carretela sea mejor ó peor?

—¡Ah!—dijo la señorita que había permanecido muda hasta entonces y fijos sus ojos en los de Formoseda mirándole gravemente,—ya teníamos preparada la merienda.

—¿Cómo merienda!—dijo Formoseda.—¿Vds. piensan acaso que yo cuando invito, invito á medias? Con el coche va dispuesta una merienda, y no consentiré que salga otra cosa de aquí más que sus personas, y eso ha de ser pronto, porque ya la hora se acerca. Son las tres y media y á las cuatro iremos á buscar el coche.

—Si es así,—dijo doña Eleuteria,—pronto estamos arregladas. La niña está vestida, y yo con que me ponga un manton estaré arreglada también.

Dijo así doña Eleuteria y con gran soltura, no se sabe si volando por encima los muebles ó andando á brinquetes por la estrecha senda que entre unos y otros quedaba, alzóse, dejando solos á la señorita y á Formoseda.

II

Los Ochandianos

Aquella principalísima señora y su hija, eran nada más que los últimos vástagos de la antigua y linajuda estirpe de

los Ochandianos, originaria de la Borunda, donde habían sido poseedores de extensos terruños, y habían explotado todos los comercios, al mismo tiempo que los privilegios de la aristocracia.

Pero así como durante dos siglos los Ochandianos habían sido hijos de la dicha y sus bienes habían aumentado incesantemente, de improviso una mala época cayó sobre ellos, y no hubo día que no trajese su plaga para la antes poderosa estirpe; hoy era una enfermedad que arrebataba al jefe de la familia; mañana una mala cosecha, al otro día una tormenta de rayos y centellas que incendian los graneros y destruyen tres casas de labor que estaban contiguas. Por este camino y á este paso en poco más de veinte años la cuantiosa fortuna de los Ochandianos fué reducida á la nada; y los que ayer fueron grandes señores, quedaron convertidos en humildes y tristes aristócratas sin una peseta.

No hay tristera que mo la de un hombre que tiene un escudo sin poseer otros con qué abrillantarle; porque de tal manera están dispuestas las cosas en esta picaresca vida, que de poco le vale á una persona tener en su árbol genealógico todas las saviyas de la sangre azul y todos los retoños preclaros del libro de la *Genea*, si no está ingerto en ese árbol un filon de láminas de oro que resplandezca y salga por las ramas con los hermosos frutos del metal noble.

Los Ochandianos habían representado en la Borunda, y aun en toda aquella provincia el papel de los antiguos señores venidos muy á ménos despues de los sucesos de la guerra de la Independencia y de las córtés de Cádiz.

El último viástago de los Ochandianos que había ejercido verdaderamente ese señorío, fué el abuelo de doña Eleuteria, el cual el año de 18... era un anciano de 70, delgado y ágil, fuerte y robusto como un jóven; y tan desprovisto de los alfileres de la vejez, como de las tristezas de esta edad. Era un muchacho completamente, con su cuerpo siempre embutido en los pliegues del traje de la época, las delgadas pantorrillas cubiertas con los calcetines de color de canela, los zapatos de cuero adobado, con hebillas de plata, y el amplio casaca de paño de color de nocturna con los botones de nácar y las vueltas de raso encarnado. Cuidaba mucho de su persona y tenía cierta fama de Tenorio engrandecida y agigantada por la poesía de la leyenda, desde que la edad le había hecho retirarse de las armas de Cupido.

Este buen señor, que fué uno de los pocos miembros del antiguo régimen que llegaron sanos y salvos al poder de las modernas cosas, tenía gracia en el decir, y una chusca manera de poner en caricatura lo que no le agradaba, que no había cosa tan graciosa como cuando alzados los manteles despues de la cena en su casa solariega de Salvatierra, refería en broma los sucesos de las córtés de Cádiz y las discusiones de aquellos grandes hombres que difundieron las primeras luces del parlamentarismo en nuestra patria.

Don Alejandro Ochandiano tenía algo de Aristarco, porque todo lo encontraba mal en las cosas que habían sucedido y que no eran de su tiempo; y con tal ahínco perseguía las costumbres iniciadas en las córtés, que era una risa el oírle satirizar los discursos del que despues fué conde de Toreno, y las brillantes arrogancias de Canga-Argüelles; sin que fuera posible contener la risa en los límites de la reserva cuando describía el salón de sesiones de Cádiz que él había visto, y decía que tenía una barrera como la plaza de toros, y que la tribuna pública era como la tribuna de una iglesia; de tal manera que un día un gitano que entró á ver una sesión, lo primero que hizo en cuanto levantó la cortina de la puerta fué santiguarse.

Pero como nada hay eterno, la gracia y la salud de D. Alejandro cayeron juntas en un día. Un constipado que despues se convirtió en pulmonía, se le llevó llandamente con todos sus fueros señoriales al otro barrio.

Nueva pérdida de lo poco que les quedaba. Los desastres aumentando, y ya sin que mano mortal pudiese remediarlo ni darle remedio, hicieron que al casarse doña Eleuteria no pudiese elegir su esposo entre aquellos príncipes y papales barones de la antigua Navarra que habían siempre sido los pretendientes de las blancas manos en casa de los Ochandianos, y tuvo que apechugar con un comerciante de Pamplona que tenía una tienda de hierro y vivía tal cual pesando lingotes y embalando barras de plomo.

Gran lástima fue en verdad para los *manes* y *juvales* de la casa ilustre aquel matrimonio que influyó en la hasta entonces siempre sangre azul de los Ochandianos las gotas rojas del ferretero, plebeyo por sus cuatro costados.

No fué muy larga tampoco la vida del ferretero; y doña Eleuteria huyendo de pliegos que cayeron sobre ella, y por salvar los 10 ó 12,000 reales que la dieron por el traspaso de la tienda, de mano de gojillas y escribanos, se vino á Madrid donde se dedicaba al noble oficio de coser para fuera, ayudada de su hija que vino de Pamplona á la edad de doce años, y que en los cinco que van trascurridos desde que llegó á la corte se había hecho una muchacha de singular belleza y de atractivos nada comunes.

Genara se llamaba esta criatura, cuyos ojos eran grandes y negros como una noche de invierno y cuyo cuerpo no había alcanzado el desarrollo excesivo de las líneas curvas y se conservaba en un gracioso límite de esbeltez y ligereza. La nariz de este último retoño de los Ochandianos era recta y pequeña; la boca no era tan chisca como la nariz, pero tenía en cambio doble gracia al cerrarse y abrirse, y no parecía sino que sus labios habían aprendido

en la escuela de Lucifer el arte de decir y decir con hechizo. Dos pícaros hoyuelos habían ido á reunirse en la comisura de los labios por bajo de las mejillas como dos resplandores de gracia; y las cejas eran largas y negras y muy móviles. En las grandes ocasiones de expresar afectos muy hondos y sinceros llenaba de expresión el yelido semblante dándole una visibilidad inteligente que encantaba, porque no parecía sino que al hablar con Genara las ideas saliendo de su boca iban á reflejarse en un espejo que no era sino el rostro de ella. ¡Ay! ella tenía la aspiración de las cosas grandes, á pesar de que su padre fué hombre siempre apegado á lo temporal de la vida, é incapaz de hacer cálculos sobre lo eterno.

Genara había padecido una propensión soñadora muy propia de todos los últimos restos de las familias que fueron grandes y despues vinieron á ménos.

Ella soñaba con las cosas ricas, las telas de seda, los zapatos de raso, los brillantes, los carruajes, los magníficos caballos, las adulaciones de la gente, el arte de vivir en sociedad, el tener un abanico de nácar, el ponerse una mantilla de encaje, sujetarse rosas en el pelo, y aparecer ante las gentes rodeada de una aureola de gracia, de juventud, de hermosura y de gloria. Todo esto aparecía impregnado de amargura, con la tristeza del emigrado á quien arrojaron violentamente de su cuna y se queda en la frontera mirando con melancolía ponerse el sol en su patria.

¡Pobre Genara! El vértigo de las grandezas dominaba en su alma; y se sentía tan incapaz de someterse á las duras necesidades de la vida, que cuando doña Eleuteria tuvo que tomar la enérgica y heroica resolución de ir á solicitar obra en la casa del *Valenciano*,—un tendero de telas y camisas de la calle de Postas,—derramó tantas lágrimas, que un autor de madrigales hubiera podido hacer de ellas cuatro ó cinco buenas sargas de perlas.

¡Y qué obra les dió!

—Si por fin,—decía ó pensaba Genara,—se nos hubiese encargado el bordar sobre holandá, ó el hacer de esas lindas flores, que no parece sino que salen de un jardín bien cultivado, ó el coser ó bordar con oro y plata, todo lo llevaría con gusto. Pero coser y más coser en estas telas negras que parece que han estado tendidas al humo de una chimenea cuatro años... Eso es un horror.—Y se miraba las manos de soslayo volviéndolas por el dorso y por la palma para ver cómo la luz se trasparentaba en aquellas venas y en aquellas suvidas carnosas y rosáceas de los dedos.

La verdad es que Genara no era una gran maestra en el arte de la costura. Esto es preciso que lo digamos, porque tenemos para con el lector la religion de la verdad.

Aquellas manos que estaban inimitables de elegancia y sultura para sujetar un abanico, para sostener un fino pañuelo de holandá ó encaje, y para jugar con los rizos de su pelo que caían hacia adelante gallardamente, resultaban torpes y sin gracia al coger la aguja é intentar hacer un largo pespunte.

Genara tenía su teoría sobre el pespunte: decía que era coser dos veces una misma cosa; y le parecía el cómo de la necesidad tomarse un trabajo tan estéril, cuando con una sola puntada quedaban las cosas tan bien sujetas y tan firmes.

Muchas veces sostenía entre sus dedos una aguja y examinaba la aguda punta y el estrecho ojo; y en el odio profundo y arraigado que le tenía hubiérsele creído que la increpaba, y que el honrado utensilio de las labores femeninas sostenía con ellas conversaciones como la siguiente:

Genara.—Vamos á ver; ¿por qué no huyes de aquí? ¿Quién te ha mandado venir á molestarte? ¿Tú no sabes cuál ha sido mi cuna? ¿O crees tú, pícara aguja, que dedos como los míos fueron creados por el Señor para que tú los pinches y los martirices?

La aguja.—Cállate, necia, cállate. ¿No sabes que no tienes más dinero que el que puedes ganar conmigo? Si yo me voy, ¿sabes lo que va á ser de tí? ¿No sabes que si no se cuenta conmigo, se tiene que contar con el diablo? A mí me inventó un ángel, el ángel de la vida familiar; y sin el apoyo de este pedacillo de hierro, de esto tan sutil y quebradizo que me constituye, ¿cuántas honras se hubieran hundido y cuántas reputaciones se hubiesen disminuido! Echa de tu corazón esos últimos resíduos de orgullo Ochandiano; déjate de esos recuerdos necios, que acabó la familia de los Ochandianos ricos y ha empezado la familia de los Ochandianos pobres... A trabajar, Genara, á trabajar.

Genara.—¡Ah! cómo me insultas. ¿Tú crees que no he de tener yo resistencia para impedir que esos consejos se apoderen de mí alma? No; la nobleza de los Ochandianos resistirá esta época de desastres. Muchas veces he oído decir que en las épocas de traste para la Iglesia los cristianos se retiraron á las Catacumbas por no pactar con los gentiles. Pues de esta manera yo me retiraré á las catacumbas del hambre por no pactar con las innobles vulgaridades del trabajo.

La aguja.—Con tu pan te lo comas, Genara; es decir, sin pan te lo comas, porque no veo otro camino de que entre aquí por la mañana esa libra de pan rubio y bien cocido que huele á gloria, sino apelar á mí.

Genara.—¡Jamás.

La aguja.—¿Sabes para quién es la camisa que estás haciendo? ¿Quieres que te lo diga? Pues esa camisa no creas que va á ponérsela ningún caballero, ni ningún príncipe de la sangre. Es para un soldado del Regimiento de Orellana. ¿Sabes, querida mía, que esa tienda á donde va tu señora mamá todas las mañanas en busca de trabajo

es ni más ni ménos que una sucursal del local donde se trabaja para que se cubran nuestros bravos militares...

Genara.—¡Cállate! ¿Quieres que yo solicite trabajar en la camisa de un soldadote... Déjame, déjame. Yo no niego tus méritos, excelente aguja; pero reconozco que no he nacido yo para tí, ni tú para mí. Yo he nacido para tener doncellas y modistas que obedezcan mis órdenes y hagan los trajes que han de servirme para ir á las solemnidades de Palacio... ¿Tú crees que yo he nacido para estar entre estas cuatro malas paredes? ¿Cuántas veces he soñado hallarme en el salón de la China del Palacio de Oriente! Allí veo á la corte congregada y á los nobles con los antiguos trajes... De repente aparezo, y todas aquellas personas me saludan cariñosas; hay entusiasmo y admiración en los ojos de todos los hombres, y envidia en los de todas las mujeres... Y cuando una vez se ha soñado con todas estas grandezas, créme, aguja, que no se renuncia para siempre á ellas.

III

Vestidos viejos, orgullo humano y zapatos rotos

Eran las cuatro de la tarde cuando el Sr. de Formoseda y las ilustres damas de Ochandiano salieron de paseo encaminándose á la calle de Postas.

Doña Eleuteria y Genara habían salido con los restos de antiguos trajes de seda bastante averidos: dos faldas de raso en las que el observador ménos perspicaz hubiese notado las arrugas y la laceridad propias de la vejez.

Especialmente la falda de doña Eleuteria, ajustándose con sus innumerables pliegues al cuerpo enjuto y delgadísimo de la viuda, tenía todas las apariencias de un andrajó expuesto á la intemperie en días de lluvia.

La venerable dama llevaba un manto y una antigua mantilla de blonda que desde sus entoces hombros subía á darsombra á su cabeza, aunque no tanta como era preciso para que se ocultasen las arrugas de la frente y las canas del pelo.

Doña Eleuteria era una de estas señoras que llegan á la edad provecia sin haber conseguido el don de la venerabilidad; porque no todos los viejos se hacen, al hacerse viejos, venerables. Antes, por el contrario, doña Eleuteria tenía algo risible en su fisonomía arrugada y llena de ángulos, en su nariz larga y curva que empezaba ya á buscar la amistad de la barba, y en su demarcación senil, porque contrastaba con la alegría de los ojos y con los movimientos descompasados y saltones.

Puesto había sin duda Dios al lado de tal madre tal hija, por que más vivo fuera el contraste de la hermosura de esta, siendo como era una criatura en la cual resobaba la juventud y la lozanía. Sin ser mejores los trapillos con que se adornaba, parecían ya buenos, porque iban prendidos con los alfileres de la juventud.

(Se continuará)

J. ORTEGA MUNILLA

LAS CHULAS

I

Ellas, las chulas, son la clase más encantadora, más barbiada y más espiritual de nuestro tiempo.

Ellas, sin saberlo, influyen sobre todo, lo dominan todo, llevan su estilo á todas las clases.

Las chulas de Madrid no se han estudiado bien por nadie: no se ha profundizado respecto á ellas.

Pero nosotros las conocemos hasta por los pliegues más menudos y más recónditos de sus entrañas.

¡Dios las bendiga!

Ellas son el amor.

El amor, la gran pasión de la humanidad.

Si ellas me leyeran (y eso que la mayor parte de ellas saben leer) no me entenderían.

Yo voy á ponerlas en notoriedad, en evidencía.

Yo voy á demostrar su importancia social y su trascendencia política.

Hoy, en ciertas esferas, y por ante ciertas escuelas, priva lo transcendental.

Pues bien: yo afirmo y lo sostengo á capa y espada contra todo el que me contradiga, que la chula de Madrid es transcendental y docente, y revolucionaria é insurrecta, y libre pensadora, sobre todo encarecimiento, sobre todo ponderación.

No tenemos inconveniente en decirlo: para dar á conocer completamente á las chulas de Madrid, no basta comprenderlas; nos encontramos con que para decir completamente lo que son, no hay palabras en ningún diccionario. Su fisiología completa es imposible, porque la influencia de su sér es infinita.

Ni las dimensiones de un artículo son marco bastante para contenerlas.

II

La chula de Madrid es hija de la manola y nieta de la maja.

Y la maja madreleña viene de tiempo inmemorial.

Puede, pues, decirse, que la chula tiene dinastía en el pueblo de Madrid, y una soberanía indiscutible.

Además de ser gata de Madrid, está realizada por un saborete, por un picante, por un no sé qué delicioso de andaluz y de gitana.

Vamos, el marco, el se acabó, el no hay más allá.

Que Dios las bendiga y las rompa la crisma cuando venga á pelo y en zorro, como ellas mismas lo quieren;



¡VIENE!... cuadro por Canuto Ekwall



UNA PROCESION EN S. MARCOS DE VENECIA, acuarela por Arcadio Mas (Exposicion París)

adquirida por S. A. R. la infanta doña Paz

porque la *jembra* á quien no se le menea la pámpaña cuando lo ha *merseado* ó se ha *desmerseado* con el suyo, no la quiere el suyo ni le importa un comino *ni tan siquiere*, y en ciertas ocasiones el no hinchársela un ojo ó tenerlas *torcidas* y *encogidas* de un mes á quince días es despreciarlas, tenerlas en ménos que un trajo viejo. ¡Pus hombre, no faltaba más!

Y luego que, para que las mujeres que son mujeres tengan buena salud, y estén frescas y hermosas, hay que mearles la sangre.

¡Qué fatiga!

III

La chula es una cosa preciosa, preciosísima, divina.

El que no lo sepa ó no lo crea, no ha tenido nada que ver con ella.

Es un *desgrasiao* que ha *venao ar mundo pa* morirse á *escaras* sin saber lo que es la *grasia* y la gloria de Dios, y lo rico del mundo.

La chula legítima, casada ó soltera, polla ó galla, es generalmente pobre y generalmente honrada.

Ella vive de su trabajo y se alimenta de su corazón.

En ellas la naturaleza es poderosa, palpitante, volcánica, como en las mujeres de los primeros tiempos de la humanidad, de la infancia de la raza, con la diferencia de la colaboración y de la enseñanza de los siglos, esto es, del progreso, de la civilización.

Pero hay en ellas y por una multitud de fases, algo tangible, sensible, irresistible, que es genuinamente primitivo.

Hay chula que le da quince y falta á Eva, y con mucha ventaja.

¡Qué poder de vida! ¡qué efluvios de pasión! ¡qué fragancia de Paraíso, qué tesoro de lo fecundo, de lo candente, de lo embriagador, de lo prolífico!

¡Qué indias bravas tan ricas, tan lanzadas, tan espontáneas, tan de pelo en pecho, tan *si señor*, tan ni temo ni debo, tan aristocráticas y al mismo tiempo tan delicadas y tan rudas!

¡Qué callos, qué caracoles, qué hebreas y qué peleón!

Y sobre todo, ¡qué *arate*! (Ya sabéis que *arate* en flamenco quiere decir sangre, y que la sangre, según las sagradas escrituras, que no me dejarán mentir, es alma.)

¡La sangre alma!

Pues ya se ve que sí, y en las chulas, alma de fuego y de tempestad con truenos y relámpagos.

Vénus Citerca en los brazos de Júpiter Tonante.

IV

La chula es torera por excelencia, y tiene un capote que ni Cúchares, ni Joselito, ni el esclarecido Montes, ni el excelso Pedro Romero.

La más mínima chula le compone la cabeza al galopo más consumado de la Cestería de San Bernardo, de la Viña del Perchel ó del Avapiés ó las Vistillas

La chula no estoquea.

Cuando se harta de colgar banderillas, y algunas de fuego y de todas las *disposituras* posibles, al sesgo, cuartando, al quitebro, á toya carnero, descabella, y se larga pomposa, fiera y despreciativa, dejándose *espatarrao* y *reventao ar usero der arba*.

Aunque no fuera más que porque Madrid produce la chula, yo no sabría lo que hacerme si no tuviera á orgullo el honor de ser vecino de *Madrid*.

Que me echen para acá grisetas, esto es, aprendizas y obreritas de París: ¡peste! ni para lhermerles el zancajo á nuestras reinas de la chulería.

V

¡Qué damas tan características las chulas!

Damas, sí señor, damas y muy damas.

Y tan cierto es esto, que no hay dama por encopetada que sea que valga dos pitillos si no tiene una ración suficiente del espíritu de la chulería.

Esto es el atractivo, la gracia, lo querencioso, lo fino, lo que da el opio y causa vértigo: la acusada y brava raza española; porque, en último resultado, la chula no es otra cosa que el tipo más acabado, más desenfadado, más elegante, más espiritual, más bravo y más ardiente y apasionado de la mujer española.

Ella es el resumen de las más preciosas cualidades de las mujeres de nuestra grande y gloriosa patria.

Y no exageramos.

El que no las conozca y tenga ojos para ver y agallas para aguantar, que se meta entre ellas y mire y estudie, y se convencerá muy pronto y tal vez á mucha costa de que son incommensurables.

VI

Ellas, como todas las fuerzas superiores y predominantes (esto es filosofía), se han apoderado de todo inconscientemente, fatalmente (y sigue la filosofía), como un contagio que predominando en la atmósfera se hace sentir en todo.

VII

Entrais en un círculo elevado, resplandeciente, aristocrático, de sangre entera, y se os recibe en chulo flamenco: — ¡*Ole, camará!* ¡qué mundo! — y para deciros que una cosa está en regla no os dirán *perfectamente*, sino, *al pelo*; y para expresaros la negativa de esto ó de lo otro, os dejarán oír un *ni tan siquiere!* ni más ni ménos que si estuvierais en la *Fábrica*.

Y esto es divino: nosotros no lo censuramos.

Esto es el espíritu pintoresco, ardiente, apasionado, imaginativo, del pueblo de pan y toros de Jovellanos.

Del pueblo que solo, con su propio esfuerzo, con su sola sangre negra, soterró las águilas imperiales y alzó y

mantiene con saña de la Francia, y como testimonio inmortal de su espíritu de brava autonomía, de indomable independencia, el obelisco del Dos de Mayo en el Campo de la Lealtad.

Pues bien: la chula es la representación viva, grandiosa, chispeante, arrebataadora, fuerte, de Madrid; es la hija de la manola que se batía con todos sus medios y con todas sus armas, por Dios, por la patria, por su amor y por su *aguel*, y esto de una manera espontánea, sin reflexionar, como por una consecuencia natural de su ser.

VIII

Si, la chula, sin pretenderlo, sin luchar, por una razón de fuerza prolífica, se ha metido en todas las clases de la sociedad española, ha tomado carta de naturaleza en ellas, las ha salpimentado, las ha enriquecido: ha sustituido en todos los círculos, hasta en el parlamento, el vocabulario del *caló* ó del flamenco, al diccionario de la lengua, vendiéndole y reduciéndole casi á la impotencia; castigo digno de sus iniquidades: los treinta y seis de la medalla pendiente y del uniforme lagartino, andan perplejos, no atreviéndose á admitir ni á rechazar el flamenco, por aquello de que, y singularmente en materias de lenguaje, el uso hace ley y ley que por sí misma se pronuncia y constituye.

¿Y tendría una influencia tan determinante lo flamenco y lo jacarandoso sin la intervención de la mujer?

Las mujeres han gobernado siempre al mundo, lo gobiernan y lo gobernarán: ellas corrompen las civilizaciones ó las purifican: ellas son las señoras del corazón, y no sabemos cómo hay estólfidos que declaman pidiendo la emancipación de la mujer, de la esclava.

¡La esclava!

Que le pregunten á una chula si ella es esclava.

Que le hace gritar su caballero á *trompá limpia*: mejor, eso es que la quiere; que la mata, mejor; es que la adora; pero si no la mata, á la fin y á la postre ella se queda encima, y arreando y apretando con la vaquera que es una compasión.

¡Zapatito con las chulas!

IX

La maja pasó á principios de este siglo, cuando desaparecieron Goya y don Ramón de la Cruz.

La manola heredó á la maja.

Era la misma cosa, pero en progreso.

Una derivación.

Necesariamente en algún modo se había aschomado, se había modificado, como las grandes damas habían perdido su olor á majas.

Por lo demás, se conservaban las cualidades: el carácter inquieto, el desenfadado, el desgarrado, la ocurrencia irresistible, la propensión á los agarramientos de moño, á los



MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fototipografía instantánea por el procedimiento de Meisenbach

manifiestos sin órgano; la afición al gaitarreo, al canto, al baile, al continuo jaleo, al lujo vistoso, immoderado y fanfarrón, á lo asombroso, á lo excepcional, al chulapeo, al trato, á la posada, y sobre todo, á los toros, con la adoración á los toreros valientes.
La manola ha pasado al mediar nuestro siglo.
Pero dejando una heredera.
La chula.

X

Entremos en su fisiología.
La chula es la muchacha del pueblo de Madrid.
El *chic*, el *pechull* más encantadores que pueden suponerse.
La chula viste con una elegancia especial, lo que no está en el traje, sino en ella.
Usa la moda corriente, pero la realza, la acentúa.
Tiene el aire desenfadado, pero no del todo.
Es, ya lo hemos dicho, un progreso, una señorita *sui generis*, de tez delicada, de belleza asombrada, graciosa, insinuante, lanzada, pero sin desvergüenza, salvo cuando se la provoca; es lo incalificable.
Confesamos nuestra impotencia.
No podemos describir á la chula, lo repetimos, tal como la comprendemos.
Es el sér más original del mundo.

XI

A su abuela la maja y á su madre la manola, les estorbaba lo negro para leer.
La chula ya es otra cosa.
Está educada, se la ha criado con cierto mimo.
Se la ha enviado desde pequeña al colegio.
Se trata de la chula de alta calaña.
De la aristocracia de su clase.
De la hija del chalan, del tratante ó del industrial, que ha tenido *dineros* para gastarlos en su hija para que sea tan *señorita* como la que más.
Si hubieran sido completamente arrancadas de la casa paterna y del barrio, si se las hubiera relegado como internetas al colegio, se hubieran desnaturalizado.
Pero se las ha educado de una manera mixta.
El colegio no ha podido vencer la influencia del barrio.
La atmósfera del barrio no ha desvirtuado la del colegio.
De modo que por este dualismo de la educación se ha producido el gracioso género, el género originalísimo é inimitable de la señorita en la chula, y de la chula en la señorita.

XII

Ahora bien: áun las chulas pobres reciben hoy una educación infinitamente superior á la que recibían las señoritas de antaño.
La más miserable hace un gesto de desden si se la pro-

pone bailar unas manchegas, torciendo con una expresión epigramática el bello *jeico*; la boca de ángel travieso y pícaro, estaría mejor dicho.

La chula vals.
Se perece por el vals.
La chula lee.
Yo tengo la seguridad de que una respetable parte de mis lectoras son chulas.
¡Dios las bendiga!
Sin que deje por esto de bendecir á las otras.
Pero una chula escogida y mareante se va de entre las manos.

Pues y si la chula es cigarrera, *pongo por caso*, maestra de labor peninsular, y literata (que las hay), ¡Jesucristo! la esencia del género; las que pueden con un relampagueo de ojos, y áun con un guiño y una sonrisa hacer jóvenes á un viejo, más aún, resucitar á un muerto!
Ellas son elocuencia desde el rictus más alto del peinado hasta la puntita del pie.
Llevan consigo el misterio de un amor incomparable.
Y pensar que sus amores van á dar en las heces, en los tunantes, en los gorrillas, en los qué se yo qué... en lo incalificable!

¡Lástima!
No se comprende que unas tales mozas puedan querer á unos tales engendros.
¡Horror!

XIII

El trapío de una verdadera chula es indescriptible.
Tiene un estilo particular que no puede confundirse con ningún otro.
Van como todas las que son intransigentes en materia de modas.
Sólo hay una cosa con que no transigen.
El sombrero.
Ni áun tratándose del sombrero á la austríaca.
Cuando no llevan velo ó mantilla ó *foulard*, llevan pañuelo de seda de la India, de un color fuerte llamativo.
¡Y qué pañuelo, Dios mío!
Nadie lo lleva como ellas.
El pañuelo es chulo, elocuente, gracioso, y hasta acometedor.

Este es un verdadero tocado.
Con él están irresistibles.
Bajo él emboscan, por decirlo así, una mirada que mata.

Pero cuando se *disfrazan*, cuando se ponen de *paisano*, animan el traje común de las otras, le hacen más elegante, más... ¿qué se yo? más, mucho más.

Y concluyamos, porque esto es interminable.
La chula es inmensa.
Necesita para ella sola muchos libros.
Es un estudio psicológico más profundo que lo que ostensiblemente aparece.

No puede desconocerse á la chula aunque pretenda transformarse.

Tiene un olor característico.
Pero este olor es fragancia.
Esencia primitiva de vida y de poder.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LOS VIEJOS

I

En varios periódicos americanos se vienen reproduciendo, hace tiempo, artículos escritos con toda la apariencia de científicos, para probar que existe un perfecto paralelismo entre la decadencia física y la intelectual.

Acaso no provenga sólo de inspiraciones de ciencia equivocada, la pasión que en ellos se advierte, ni su evidente exageración; que, en las últimas etapas de la controversia, ha llegado hasta el extremo de asegurar que el *ocaso* de las facultades psíquicas ocurre entre los 40, ó los 45 años de edad.

**

Muy de enhorabuena estaría el elemento joven, que esto escribe, si científicamente pudiera probarse que los viejos no sirven para nada; pero, cuando la exageración llega hasta el extremo de lanzar *absolutas*, basta, para probar la oquedad de las intemperancias promulgadas por la irreflexión y la ligereza de los pseudo-cientistas, el sencillísimo medio de presentar *EXCEPCIONES*. En efecto; al que niegue que existe el movimiento, no hay modo mejor de refutarle sus paralogismos, ó sus sofismas, que el de pasearse delante de su paradójica personalidad. ¿Hay quien sostenga que los viejos no sirven para nada? Pues la mejor respuesta es la de hacer pasar ante su vista la veneranda procesión de los viejos inmortales.

**

Hay, sin embargo, que no desconocer la *valía relativa* de algunos de los argumentos aducidos en la discusión. No fueran exagerados ni sacados de quicio, y algo habría que agradecer.

Si se dijera que, *REGULARMENTE*, la generación que se va no mira con buenos ojos modificarse, ó desaparecer, ante las exigencias de los tiempos, las teorías que estudió ó los dogmas en que puso su fe; si se agregara que muchas veces los hombres ya gastados contrastan con toda tenacidad las invasiones del progreso y se obstinan en levantar con polvo de lo pasado diques inútiles contra las arriadas incontrastables de lo porvenir; que se consideran grandes porque resisten; que juzgan virtud la tenacidad, y deber el hacinar estorbos y obstáculos hasta el último momento; que creen absolutos y petrificados los principios que estudiaron en sus mocedades, y que cierran los



MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fototipografía instantánea por el procedimiento de Meisenbach



ESCENA VALENCIANA, cuadro por J. Agravat

oidos para no oír y los ojos para no ver, cuando sospechan que vacila ó se tambalea el alcázar de sus dogmas; que algunos, para resistir en toda conciencia, creen necesario no enterarse jamás; y quemar el libro que denuncia hechos que no pueden quemarse, y levantar patibulos y hogueras para acallar al evangelizador de ideas incoercibles;... si se dijese esto solamente, y aún mucho más, entonces apenas sería necesario entrar en el palenque y romper lanzas en la contienda; puesto que se habría enunciado finicamente, con más ó menos acierto, con más ó menos pasión, una serie de verdades RELATIVAS Y CONTINGENTES, digna sin duda de atención, como la de todos los hechos y fenómenos no generales que se presentan á la observación y al experimento.

Más el ataque á los viejos se presenta con caracteres de ABSOLUTO y pretensiones de científico; y es preciso salirle al encuentro, para patentizarle su vanidad.

**

Por otra parte, las increpaciones contra la vejez ostentan antiquísimo árbol genealógico.

Cuando la sociedad se dividía en guerreros y en esclavos, y cuando la mujer era considerada como cosa, claro es que el viejo tenía que valer poco, ó no servir absolutamente para nada. La juventud debía brillar sola, por sus prestigios irresistibles, y por su incuestionable utilidad. ¿Qué papel podía representar un setenón en los juegos olímpicos de Grecia? ¿Cuál una vieja en la gastada sociedad de Roma? ¿Para qué podía servir, en general, un esclavo viejo? Sólo en una muy exigua minoría podrían ostentarse entonces como méritos las canas y las arrugas en el rostro. Solamente algún general con su experiencia; sólo algunos patriotas con sus hábitos de gobierno; únicamente el sacerdocio sostenedor de tradiciones petrificadas... podían resultar acreedores á la consideración universal en aquellas antiguas sociedades, fundadas por el triunfo, y sostenidas por la esclavitud y las depredaciones de la guerra. Y entonces, más que ahora, indudablemente, la vejez sería en general inútil, consumidora y no productiva; y cuando se engiesse en autoridad, estorbo insuperable al progreso de aquellas generaciones.

Peró hoy, por más apariencias científicas de que quiera rodearse la cuestión; por generosos que quieran suponerse los impulsos que empujan á los jóvenes; y por disculpables que quieran considerarse sus enojos al considerarse detenidos en su marcha hácia lo que consideran como la última THULE del progreso; hay que estudiar la cuestión llevando en cuenta todos los datos, no algunos solamente, del importante problema.

Por de pronto, y en lo que éste tiene de sociológico, es preciso observar que ni aún los revolucionarios más ardien-

tes han pensado en suprimir de un golpe lo pasado. Un pueblo es lo que es, más por sus hábitos que por sus códigos fundamentales. En las resistencias sociales entra más lo consuetudinario que el mayor ó menor número de años de los interesados en un régimen. *Hasta cierto punto*, sería más fácil construir una ciudad enteramente nueva y con todos los adelantos modernos, que introducirlos en una población antigua, no preparada para los tranvías, las grandes estaciones de los caminos de hierro, la distribución por medio de entubaciones adecuadas del agua y de la luz, y muy en breve la distribución de la fuerza barata á domicilio.

**

Peró no es este aspecto puramente social el que tiene más directamente relación con el problema científico del pretendido paralelismo entre la decadencia física y la intelectual.

Hay uno esencial; enteramente fisiológico; y éste es el que no hacen entrar ni poco ni mucho entre los datos del problema, por olvido indisculpable ó por malicia inocente, los sostenedores del paralelismo.

Este factor indispensable es nada menos que el orden de aparición de nuestras facultades físicas y psíquicas.

**

No se comprende cómo puede sostenerse afirmación semejante. Cuando nace el niño ¿hay en él el menor asomo de inteligencia, por más robustez fisiológica de que venga dotado? A los pocos años, cuando su agilidad es incansable y su gracia es encantadora, cuando sus aptitudes fisiológicas funcionan de un modo enérgico y con toda la eficacia que reclama exigentemente el desarrollo físico ¿qué es aún su inteligencia? Ni aún siquiera sabe contar: su vocabulario está reducido á muy pocos centenares de palabras, entre las que no figura nada abstracto; y su inteligencia es, en muchos casos, inferior al instinto de algunos animales privilegiados. Unos años después parecen paralelos el crecimiento corpóreo y el de la mente; pero esto es una verdadera ilusión. El cuerpo es capaz entonces de los más duros ejercicios, y de las habilidades más extraordinarias; pero las facultades poderosas y prominentes á la sazón son las imaginativas y las de imitación, no las filosóficas. Lenguas, artes, geometría... lo experimental entonces puede la inteligencia dominar; pero lo verdaderamente metafísico entendido, como se debe, en la acepción de razón suprema de los fenómenos y de sus leyes... eso no es aún accesible al ser humano. Pasan años aún; y entonces cesa la agilidad: ya el baile y los *sports* todos niegan las

gracias y la soltura que sólo conceden á la juventud; procaicas arrugas afean la tersura de la tez; los rizados adornos de la cabeza, empiezan á descuartar insolentemente; el ebano restante, por una avaricia grotesca, empieza á convertirse en plata; las que una poesía inocente llamó perlas de la boca entre móviles rubies tienen que abandonar su acostumbrado albergue, de grado ó por fuerza; y ¡oh prosa vill! ¡oh demolición afrentosa! las digestiones se hacen difíciles, la alegría desaparece, y el insomnio convierte en eternas las desconsoladas noches del invierno;... pero, entonces, precisamente entonces, cuando el cuerpo empieza á arruinarse, cuando los ojos piden auxilios á la óptica, cuando la finura del oído empieza á embotarse, cuando el invierno exige más leña y más abrigo, y las toses atosigan, y el cuerpo fatigado tiene que desistir de hacer vida galante;... entonces es, entonces precisamente cuando la inteligencia ve con lucidez pasmosa las teorías que ántes tú aún siquiera podía vislumbrar, cuando lo general y lo filosófico le descubren la grandiosidad de sus hasta allí veladas hermosuras, cuando la imaginación no produce monstruos de frivolidad; y entonces es cuando en las noches de insomnio cristalizan los modelos conformes con la belleza armónica de las cosas, y la invención científica y artística encuentra los medios de realizar las que en la juventud aparecían utopías imposibles.

¿Cómo, pues, los sostenedores del paralelismo no ven que esto y no otra cosa es lo que sucede en el mundo? ¿Cómo aseveran, sin atenuaciones, que la vejez no sirve para nada?

¡Oh! deberían considerar que el hombre, por efecto de evoluciones portentosas, acerca de cuyas condiciones no hemos de entrar aquí, el hombre es superior á todos los demás animales, reducidos casi á las funciones de nutrición y reproducción, no por la finura de su vista, de su oído y de su olfato, ni por la sensibilidad de su tacto, ni por lo inconstatable de su fuerza, sino por el sentido invisible del número y del ritmo, por la potencia de sus generalizaciones, y por la maravilla de sus inventos; y que todas estas soberanas facultades tienen por condición la RIQUEZA DE LOS DATOS, que no se adquiere con la tersura del rostro, ni con el ébano de los cabellos, ni con la blancura de los dientes, sino con el desarrollo cerebral que no cesa con los años, puesto que está en razón directa de la edad.

**

¿Puede esto demostrarse?
Sí.

Las obras de los sabios lo testifican; y á presentar la evidencia de tan interesante aseveración, dedicaremos el artículo inmediato.

E. BENOF

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



AÑO III

← BARCELONA 21 DE ABRIL DE 1884 →

Núm. 121

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LEOPOLDO CANO, celebrado autor de «La Pasionaria»

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LA PASIONARIA, por don Manuel Angelon.—EL CORAZÓN DE FORMOSA (continuación), por don J. Ortega Munilla.—LOS VIEJOS (II), por don E. Benet.

GRABADOS: LEOPOLDO CANO, celebrado autor de *La Pasionaria*.—UN MODELO ÁRABE, cuadro por Ricardo Madrazo.—LOS PROTAGONISTAS DE LA PASIONARIA: D. Antonio Vico.—Elisa Mendosa Ybarra.—Ángela Ravira.—UNA LECCIÓN DE ESCRITURA, dibujo por A. Hamman.—JUAN BAPTISTA DUMAS.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: VÉNUS ACARIANDO AL AMOR, cuadro por Pompeyo Battoni.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Panorama floral.—Palmas y palmitos.—El domingo de Ramos.—Procesiones religiosas y mundanas.—El pleito entre la mantilla de casco y la de gasa.—La blonda es humo tejido.—La huelga de los cocheros.—Místicos y profanos.—Vénus.—La Dolorosa.—Sepulcros blanqueados.—La carrera sucede a la campana.—El globo del Buen Retiro.

Vamos al Retiro que está hermosísimo. Rosas pálidas asoman sus caritas de pascua, entre las verdes hojuelas de un ciprés; románticos eslelés y clásicos lirios, disputan cabecando á impulso del viento sobre la preferencia de una ú otra escuela literaria; nuestros jazmines suben por la moñosa y olvidada pared en busca del horizonte libre; ejércitos de pensamientos, rebaños de minutillas, mesnadas de espuelas de caballero, tribus salvajes de madreivas triscan, pululan por el bajo suelo, en los montecillos, quién en los troncos de los almeces y álamos, según su inclinación y aspiraciones, comarcales en esto á los hombres, que unos se contentan con un poco de agua que beber y un poco de tierra en que morir, y á otros les parece poco el ancho mundo para sus pasos; ¡los muy necios!

**

Pasemos del campo al templo; de la alegre religión de la primavera, á la triste pasión del Dios-hombre.

Lleno el templo de fieles. A la puerta se venden palmas, ramos de olivo y romero. Huele que da gozo. ¡Día de júbilo para el mundo!... ¡Viene Dios, viene Dios cabalgando en la Jumenta de Betsafé y suena el vítor de las conciencias oprimidas! Las mujeres se engalanan, se ponen bonitas y prenden flores en los cabellos.

Van á la misa de palmas.

A ver quién se lleva la palma de la hermosura. No hay función más solemne.

El pueblo se une al desfile de los sacerdotes, y sobre la línea ondulante de cabezas va otra línea de palmas que suben y bajan graciosamente.

¡Sa palma recta, delgada, sin adorno, símbolo de la esbeltez y la pureza, se ería bajo un cielo todo luz. Allí vienen apareadas las palmeras, y en la época de los grandes huracanes, sus troncos se retuercen en otro alrededor del otro, formando audaz móvil columna salomónica, como dos serpientes enamoradas que, mordiéndose, juegan.

El sacerdote, relumbante de oro, se vuelve al pueblo: abre sus brazos, y de sus manos cae la bendición que viene á posarse en la palma, como la palma del arco.

**

Después saldrán del hondo cofre la mantilla de casco y la de gasa.

Una va por la acera de la izquierda y por la de la derecha la otra. ¿Cuál es más graciosa?

Plégase la mantilla de gasa sobre el pelo y cae en onda negra sobre el busto. Es una obra común de las arañas y el humo. Este puso la materia; aquellas la manufactura... (No sé si debo decir la manufactura tratándose de insectos que carecen de manos.)

La mantilla de casco encierra el de la mujer en un estuche de rojo ó azul. Parece una perla dentro del cáliz de una petunia.

El sombrero francés tiene alejada de la vida pública á la mantilla.

Un solo día del año está de huelga el sombrero: el Jueves Santo.

Como los cocheros de punto.

Se ha observado que todos los años después de pasar el Jueves Santo, la prensa denuncia la costumbre antigua de conmemorar la muerte de Jesús pasando mundana procesion de hermosas por delante de los ojos curiosos de los hombres. Cuando muere la Luz universal, es cuando salen á volar las mariposillas fascinadoras de la moda.

Habla un místico:

—¡Horror! ¡Horror!... ¿Las ve V.? Delante del espejo se aderezan y componen. En ese botecillo de que sale aroma, no hay agua bendita sino *foin caillé*. Se pondrán majas y se irán á la Carrera de San Jerónimo, después de haber entrado y salido en las iglesias, con el fausto de la reina de Saba... Pero, señor, ¿no saben que es humildad lo que predicó Jesús?... ¡Sepulcros blanqueados! Sepulcros que sirven de cuna al amor.

**

¡La carraca! sucesora de la campana, le hace callar. Quedan mudas las torres y el badajo de la campana, colgando entre los labios sonoros de bronce como la lengua

de un perlático entre sus desvencijadas encías. Los aviones que acaban de llegar en compañía de las palmas, paisanos suyos, encuentran silenciosa su alta mansion... Allí abajo, en la nave oscura de la iglesia, suena el áspero crujido de las tablas de la carraca. La de la catedral de Colonia tiene la madera de cuatro encinas y atreuna al crujir. Desde la carraca de Colonia á la de un niño, ¡qué serie de rumores tan distintos! Pueden formar una escala diatónica, cuyos timbres desafinan al compás de una batuta esgrimida por el demonio de la jaqueca.

La carraca indica el triunfo de las tinieblas, y cuando la campana calla, el mundo se pone serio; las nubes trazan en el cielo las arrugas de una frente llena de pensamientos penosos: las aguas de los mares ennegrecen, y dice la leyenda que hay rios que se paran hasta el sábado de gloria. Entónces la campana vuelve á sonar. Mil cohetes suben silbando...

Son las culebras del pecado que huyen del mundo.

**

Pronto quedará instalado en el Jardín del Buen Retiro un globo cautivo, el cual servirá de recreo á los madrileños amigos de emociones fuertes.

¡Un globo!

Un globo para el que desde abajo le contempla es, permitásemos el alarde de ciencia geométrica, una serie de esferas cada vez menores que acaban en un punto. El que ahora veis, como nuestro planeta echado á los ámbitos del universo para girar en torno á la tierra, truécase luego en mancha invisible, en minúsculo borroncito, en una gota de tinta, que al fin se desvanece por completo.

Para el que va en la barquilla, nuevo Argonauta de una soñada navegación aérea, es, debe ser, muy poco lo que experimentado estas emociones—algo trágico, algo sublime, algo apoteótico, eso de sentirse arrebatado á un mundo ignoto lleno de esplendorosas quimeras. Dejarse aquí abajo á la mujer amada, al hogar querido que aún nos saluda con el plumero de humo de su chimenea, á los amigos y á los enemigos que también es dulce tenerlos y vencerlos; —abandonar, en fin, estas adoradas sombras de la tierra, para flotar en un espacio luminoso y libre, no puede menos de producir en el alma opresión triste y desconoladora.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LEOPOLDO CANO, autor de *La Pasionaria*

La Pasionaria de Cano no ha dado la vuelta al mundo en ochenta días, como el héroe de Julio Verne; pero en otro tanto tiempo ha dado la vuelta á España. Pocos, quizás ningún drama moderno, ha sido más rápidamente propagado en la escena, ni más unánimemente aplaudido.

En este momento en que Barcelona está llamada á unir su opinión á la opinión de las primeras ciudades españolas, creemos que nuestros favorecedores han de agradecernos la publicación del retrato del Sr. Cano, cuya obra se está traduciendo simultáneamente al idioma de cuantos pueblos acogen en su teatro las grandes concepciones de los dramaturgos contemporáneos.

UN MODELO ÁRABE, cuadro por Ricardo Madrazo

El asunto de este cuadro es casi un pretexto. El autor, que lleva un apellido ilustre y que no puede haber olvidado aquello de *nobleza obliga*, ha querido demostrar y ha demostrado que posee el secreto de la luz y del color de la perspectiva.

LOS PROTAGONISTAS DE LA PASIONARIA.

Antonio Vico.—Elisa Mendosa Tenorio.—Ángela Ravira

El público les ha hecho repetidas ovaciones. La ILUSTRACION ARTÍSTICA les consagra este recuerdo; como se lo dedicó, pronto hará un año, á D. José Valero, el decano de nuestros actores, el *maestro*, como le llama cariñosamente Vico.

¡Ojalá se nos presenten muchas ocasiones en que rendir igual tributo al arte escénico español!

UNA LECCIÓN DE ESCRITURA,

dibujo por A. Hamman

Yo no sé en qué piensan los padres de las jóvenes lindas y casaderas cuando las dan por maestros á un galante que entenderá mucho de pedagogía, pero que fijamente entiende algo más de aquel arte que inspiró á Ovidio su obra más popular. ¿Hay quien lleve su candidez hasta el punto de creer que la lección de nuestro dibujo, un día y otro repetida, ha de dar por todo resultado los adelantos caligráficos de la bella discípula?... O el autor dice más de lo que quiere, ó el semblante de la niña vende un sentimiento que ese autor no ha sospechado.

La lección van á recibirla los confiados padres, y los verdaderos progresos los hará en el corazón de aquella, el feliz maestro que, bajo un exterior muy ingenuo é inofensivo, está próximo á alzarse con el santo y la limosna, ó sea con la niña y su dote.

¡Ah, padres, padres!... ¡Cómo echais en olvido la escena del fingido D. Alfonso en el *Barbero de Sevilla*!...

JUAN BAPTISTA DUMAS

El día 11 del corriente mes ha perdido Francia uno de sus ciudadanos más ilustres, la humanidad uno de sus miembros más útiles, la ciencia uno de sus profesores más eminentes; Juan Bautista Dumas.

Habia nacido en 1800, y desde una población secundaria, después de haber permanecido algún tiempo en Suiza, se trasladó á París, que le tenía deparado un porvenir inmenso. El que llegó á la gran metrópoli de los pueblos latinos hecho un simple farmacéutico, había de ser sucesiva y rápidamente profesor del Ateneo, de la Facultad de Ciencias, de la de Medicina y del Colegio de Francia, fundador de la Escuela central de artes y manufacturas, diputado, ministro de Agricultura y Comercio, Gran cruz de la Legión de honor, miembro del Instituto y Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias.

Era, sin disputa, el primer químico de su país y el sabio más modesto de nuestros tiempos. Era más aún, era el hombre mejor dispuesto para emplear su actividad y su fortuna en bien de sus semejantes.

En cierta ocasión, una mujer desolada se presentó en su despacho.

—Caballero—le dijo—necesito de vuestro concurso. Mi marido, que se ganaba la vida honradamente pintando cuadros, se ha vuelto loco.

—Loco!...—exclamó Dumas.

—Loco, sí señor. Se le ha metido en la cabeza que es posible fijar exactamente los objetos en una plancha brúñida, y todo se le vuelve hacer ensayos que le distraen de su trabajo. Lleva consumidos en ellos nuestros ahorros, y si vos no lo remediais, va á acabar por vender hasta la última hilacha de nuestro menaje.

—Pero ¿qué puedo yo hacer para contener á vuestro marido?

—Mucho, señor. Mi marido sabe que sois el primer químico de Francia; si visitáis su taller y le decis netamente que su plan es una quimera, desistirá de él indubitablemente.

El eminente sabio se compadeció de aquella mujer atribulada, y visitó el taller de su marido. Cuando se hubo enterado de los propósitos de éste y de los medios que pensaba emplear para realizar su *locura*, díjole simplemente:

—Continuad vuestros ensayos, Sr. Daguerre, y librad contra mí caja todas las sumas de dinero que os hagan falta.

Al poco tiempo se enteró el mundo con asombro, de que un pintor francés había encontrado la manera de fijar los objetos, con exactitud precisa, en una plancha de metal brúñido.

Dumas había costeado la invención del daguerreotipo.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

VÉNUS ACARIANDO AL AMOR, cuadro por Pompeyo Battoni

El paganismo es la religión de los sentidos. Los obras que ha inspirado hieren, generalmente, los afectos sensuales. Gracias que de esta regla común se separen algunos ejemplares de Juno y Minerva; mas de seguro no se aparta ninguna Vénus, inclusa la tan justamente ponderada de Milo.

Ateniéndonos, pues, á las consecuencias naturales de la pintura reproductora de asuntos paganos, es indudable que el cuadro de Battoni es una obra clásica en su género. ¿Dónde encontrar, como no sea en las admirables obras del Ticiano, belleza más simpática, juventud más apetecible, formas tan morbidas, actitudes más naturales, como en ese grupo de la más pura é irreprochable escuela italiana?...

El amor es hijo de Vénus y constituye la esencia *divina* de su madre. Esta ha nacido poéticamente de la espuma del mar y es conjunto el más completo de la belleza hecha para el placer; placer que, á pesar de todo, tiene su origen en el Olimpo y sus templos en la tierra...

Compaginense todos esos elementos y dígame si es verdad que Battoni ha resuelto una verdadera ecuación artística.

LA PASIONARIA

Drama por Leopoldo Cano

Es carácter distintivo de la actividad intelectual de nuestro siglo la tendencia á plantear y resolver aquellos problemas que afectan á la naturaleza en el orden de la materia y á la humanidad en el orden social. Los profesores de ciencias físicas y químicas ya no pierden cándidamente el tiempo buscando la piedra filosofal ó el élixir de eterna vida. Más poseedores de la verdad y más prácticos que sus predecesores, buscan, dentro de lo posible, los elementos que han de trasformar el empleo de las propiedades de los cuerpos; y en vez de pedir á la alquimia lo que la alquimia no podría darles, han sustituido la fuerza animal con la fuerza del vapor y andan buscando, con éxito, manera de que la electricidad haga de ese vapor un agente arqueológico, propio solamente de sabios muy contentadizos y de pueblos muy estacionarios.

En el orden literario la tendencia no es ménos profunda y práctica; y de la misma suerte que los filósofos moralistas abordan netamente las grandes cuestiones sociales, renunciando al laberinto del *yo* y del *no yo*, en el cual creemos que ellos mismos se pierden; los poetas empiezan á encontrar ridículas

las enchechas á Filis y las letrillas de enamorado platónico que constituyen el *menú* invariable de la poesía bucólica.

Una vez determinada esa tendencia, el teatro no podía menos de ajustarse á ella, porque el teatro ha sido, es y será trasunto de su tiempo; y en el nuestro los primeros cultivadores de la literatura dramática han encontrado azas estrecho el cuadro en que se encerraban unas cuantas personas para resolver la manera más accidentada de casar á una muchacha, á despecho de un tutor ridículo ó de un traidor ávido de su fortuna. No tratamos de regatear la gloria que legítimamente ha cabido á los famosos dramáticos de una escuela que tiene por representantes á autores tan insignes como Breton en España, Scribe en Francia y Goldoni en Italia; pero á cada tiempo corresponde su tipo literario, no hijo de la voluntad de un poeta más ó menos potente, sino impuesto por la fuerza de las circunstancias, por algo superior que determina la manera de ser de las cosas, dentro de un orden de progreso uniforme, que, de una manera insensible, inconsciente hasta para los grandes genios, imprime el carácter general de las manifestaciones de cada época, como el estado del cielo imprime el color dominante en la tierra.

Pretenden algunos críticos, y no sin razones atendibles, que la escena no se ha hecho para plantear en ella, y menos resolver, los problemas que agitan á nuestra sociedad; acusando de cínicos y hasta de corruptores á los dramáticos que, para aplicar el dedo á la llaga, empezaban por ponerla en descubierto á los ojos del público. Respetamos su opinión que, después de todo, tiene muchos ejemplos en que apoyarse; pero no perdamos de vista que los primeros dramáticos del mundo penetraron antes de ahora, no menos decididos, en este terreno, y á nadie se le ha ocurrido hacerles un cargo por haberlos dejado, gracias á ello, sus obras más inmortales. ¿Se ha tratado en el teatro moderno un problema más profundo que el acometido por Calderon en *La vida es sueño*?... Y si tenemos presente que el mayor y más repetido cargo que se hace á nuestros autores contemporáneos es la insistencia con que exhiben en el teatro á la mujer adúltera, ¿podemos olvidar que ese mismo tipo de mujer es la constante base de los más grandes poemas dramáticos de nuestros importantes poetas del siglo XVII?... ¿Porqué acusar á Selés, por ejemplo, de cortar el nudo gordiano por medio de la muerte de la esposa criminal, cuando ese desenlace, bueno ó malo, justo ó injusto, es idéntico al de *El médico de su honra* y al de *A secreto agravio secreta venganza*, que son dos de los más indiscutidos timbres de D. Pedro Calderon?

Desengañémonos: el poema dramático es como la fábula; de él ha de desprenderse una moraleja. Siempre que de la acción de un drama resulte la apoteosis ó siquiera la impunidad del vicio, el drama será inmoral; pero si un autor, al exhibir la llaga, aplica á ella el cáustico de la crítica ó el hierro candente de la catástrofe al vicio debida; la acción podrá adaptarse más ó menos al temperamento de estos ó aquellos espectadores; pero siempre encerrará una lección provechosa, á expensas, tal vez, de los nervios de una parte del público.

Expuestas estas consideraciones, ocupémonos de *La Pasiónaria* de D. Leopoldo Cano, cuyo estreno en Madrid fué más que un éxito, pues revistió las formas de un verdadero acontecimiento.

Ante todo, ¿quién es D. Leopoldo Cano?... No se crea que vayamos á hacer una biografía de esas que parecen una cédula personal amplificada; nada de esto. Nos limitamos á decir: ahí le tienen nuestros lectores en la primera página del presente número.

De ese parecido retrato se desprende que el Sr. Cano ya no es joven; pero que dista mucho de ser viejo. Se encuentra en la edad en que ni la fría experiencia ha destruido las ilusiones, ni éstas preponderan hasta tal punto que la realidad no desvanezca sus sutiles engaños. A juzgar por los rasgos salientes de su fisonomía, por la severidad de sus líneas, por la firmeza de su mirada, por la franqueza de su expresión, el Sr. Cano debe tener, á la vez, un carácter expansivo y enérgico.

Como Cervantes, como Ercilla, como Camoens, maneja á un tiempo la pluma y la espada: oficial superior de un cuerpo facultativo, ha comprobado, una vez más, que las musas, con ser unas vírgenes muy prudentes y recatadas, no se traen de visitar los campamentos ó de descender á los cuerpos de guardia.

Bravo, como buen militar español, no se arredra el Sr. Cano ante el enemigo. Surge en su mente un plan arriesgado, el de *La Pasiónaria* por ejemplo; no se le ocultan las dificultades, pero las mide con

ojo sereno. El peligro es, para ciertos temperamentos, más un incitante que un motivo de retraimiento. Conoce la máxima de Vauban: *plaza sitiada, plaza tomada*; y pone sitio al asunto, resuelto á tomar la plaza, bien obligándola á capitular, bien por asalto. Todo es cuestión de táctica; mejor dicho, todo es cuestión de genio.

En *La Pasiónaria* no cabía una victoria á medias; ó del primer empuje derrotaba el autor al enemigo, ó se estrellaba en el empeño, perseguido en su retirada por la caballería de la crítica, que no había de dejarle títere con cabeza, ó sea escena ó personaje sin cuchillada.

Tanto mejor para Cano; los triunfos fáciles únicamente pueden satisfacer á los pusilánimes: el autor rebasó el campo enemigo y se llevó en despojos, como el romano, los mismos carcanes, las mismas esposas, las mismas cadenas, que estaban dispuestas para castigar su osadía. Quizás no falte quien pretenda que la ruidosa victoria obtenida por el Sr. Cano, es debida á una sorpresa; más claro, que la brillantez de la forma ha impedido descubrir el fondo; bien así como aquel á quien ha deslumbrado el rayo, camina á ciegas y se precipita inconscientemente en el no sospechado abismo. A lo cual cabría contestar que la sorpresa no está proscribida en buena táctica y que en tales casos la culpa es exclusiva del que deja sorprenderse. No es este, empero, el caso de *La Pasiónaria*. Cuando la batalla entre el autor y el público se libra cien veces consecutivas, siempre con los mismos soldados, siempre ejecutando los mismos movimientos y siempre consiguiendo igual éxito, ¿puede atribuirse el triunfo á la sorpresa del incauto enemigo, que está advertido repetidamente y conoce de memoria hasta la más pequeña evolución de la táctica contraria?

Scamos justos: los grandes éxitos únicamente los obtienen las grandes obras: el Sr. Cano es más que un poeta fácil, robusto, brillante; es un hombre pensador, es un autor profundo, es un gran conocedor de las flaquezas humanas, es un dramaturgo valiente y es, además, un táctico que asegura de antemano el resultado de las más atrevidas empresas.

No conocemos personalmente al Sr. Cano. Al unir nuestro aplauso al de España toda, lo hacemos con esa íntima fruición, no exenta de orgullo, producida por el convencimiento de que la dramática moderna española, que ha contado en pocos años á un Breton, un García Gutiérrez, un Zorrilla, un Ayala, un Tamayo, un Echegaray y últimamente un Cano, es digna continuadora de las glorias de nuestro incomparable teatro.

Y hecha esta justicia, séanos lícito, concretándonos á *La Pasiónaria*, hacer la siguiente pregunta: ¿ha estado oportuno el Sr. Cano en la elección del asunto? ¿Debió haber empleado sus poderosas dotes en algo menos vidrioso, en algo menos repulsivo en su esencia, en algo que no le hubiera precisado á familiarizar con el público desde la escena, un tipo cuyo contacto, fuera de la escena, el público rechazaría? En este punto encontramos fundamentada la división de los pareceres. Aun así, el nuestro, muy humilde por cierto, se inclina á disculpar al Sr. Cano. Daremos nuestras razones.

¿Qué es *La Pasiónaria*? Es la triste historia de la mujer caída, es la exhibición animada de la célebre octava real del *Canto á Teresa del Diablo Mudo*, en que dice de aquella que fué un día cristalino río y cómo ha terminado en estanque de aguas corrompidas, detenidas entre fétido fango. Este tipo, con efecto, sería repulsivo, si en el cielo tenebroso de la vida de esa mujer no brillara un punto luminoso que termina por disipar las tinieblas. *La Pasiónaria* es madre, y el amor maternal, si no la ha rehabilitado, hemos de creer que la ha redimido. En este estado presenta el Sr. Cano á su protagonista.

Ahora bien; María Magdalena, cortesana en Magdalena, sería un tipo repugnante en la escena; pero la misma María Magdalena al pié de la Cruz ó acompañando á la Virgen en su espantosa soledad, es un tipo lleno de poesía, más aún, lleno de santidad.—Tú estás redimida—la había dicho Jesús—porque has amado mucho.

La Pasiónaria ama mucho, también; y si su amor no es, apuradamente, el amor divino de la antigua cortesana de Judea, es el amor más noble, más puro y más desinteresado de todos los amores humanos.

El público no ve, no puede ver, realmente, en ella, al ángel caído en el fango de que habló Espronceda, sino á la madre tan rica de afecto como pobre de ventura.

Esa mujer fué la víctima de un hipócrita y en el curso del drama lo viene siendo de una cáfila de egoístas. Gracias si entre los personajes que figuran en la acción, encuentra un sér generoso que la tienda

una mano compasiva; pero ese personaje, sensible es decirlo, tiene más corazón que cabeza: sin esta circunstancia hubiera podido evitarse la catástrofe final del drama, esa catástrofe que, con sentimiento lo decimos, es, en nuestro pobre juicio, el gran lunar de la obra. El Sr. Cano tuvo en su mano haber hecho prisionero al infame seductor, dejando á la opinión del público que dictase la sentencia; y ha preferido fusilarle sin formación de causa.

La acción que se desarrolla en *La Pasiónaria* no pretendemos referirla: el extracto de un drama, tal como aparece en los periódicos, únicamente puede dar de él una idea muy pálida. La impresión de las obras de arte hay que recibirla directamente: quien quiera conocer el argumento de la obra del Sr. Cano, aténgase á nuestro consejo y pague su curiosidad á la entrada del teatro. La crítica (dispénsenos la palabra) se escribe para los iniciados en un trabajo; aquellos que lo desconocen no pueden apreciar el juicio que merezca. La crítica es la síntesis (ó pretende serlo) de la conciencia del público, y no puede tener conciencia de una cosa quien esta cosa desconozca. Esa conciencia ú opinión del público que asista á las representaciones de *La Pasiónaria*, quizás convendrá con nosotros en que le falta á la obra la debida contraposición de caracteres. Casi todos los personajes del drama brillan por su perversa intención: los dos únicos que no son rematadamente canallas (Marcial y el Juez) se aproximan á tontos. El Sr. Cano parece haber formado tan pobre concepto del corazón humano, que hasta malea el de esa niña angelical que durante la acción ha sido la esperanza del público. El autor de *La Pasiónaria* creerá estar en lo cierto, ¡insigne y triste error que no le envidiamos! pero aun así, hay verdades demasiado amargas para servir las al público como fruta corriente.

**

Respecto al estilo en que el drama está escrito, no dudamos en calificarlo de notabilísimo. Su autor, evitando los inconvenientes de un lirismo impropio de la acción y del tiempo, y aun de todos los tiempos y acciones, ha hecho hablar á sus personajes el lenguaje natural de los hombres. Ora en cortado diálogo, ora en deliciosas tiradas de versos, surgen pensamientos nuevos, claros, elevados, exactos; encerrados dentro de una forma precisa, nítida, elegante. En el público siempre han producido y producirán indecible efecto las frases sentenciosas y los conceptos levantados; y cuando, á mayor abundamiento, tienen la ventaja, digámoslo así, de una instrumentación wagneriana, no puede menos de pagar tributo á esta parte de la forma, que entra por no poco en el drama que nos ocupa.

Podrá decir la crítica que los versos, así los buenos como los malos, son anti-realistas; pero no es menos anti-realista la música de las óperas, y sin embargo, nadie dirá que las notas de la *Norma* y de los *Hugonotes* no nos trasporten, de la manera más natural y simpática, á los tiempos de los druidas y de la *Sau Bartolomé*. En verso están escritos *El desden con el desden*, *El alcalde de Zalamea*, *Marcela* y *El Tanto por ciento*; y Dios se lo pague á sus autores.

**

Un drama tan arriesgado, tan resbaladizo como *La Pasiónaria*, hacia preciso, aparte el mérito especial de su estructura, una ejecución excepcional, si el público no había de encontrar harto atrevido el pensamiento del autor. Suerte fué para el Sr. Cano haber dado con intérpretes á la altura de su obra; suerte tanto mayor, en cuanto uno de los más importantes le fué deparado providencialmente. Nuestro público tendrá ocasión de comprobar este aserto, pues el drama se representa en esta ciudad por los mismos artistas que lo estrenaron en la corte.

Corre la protagonista á cargo de la Srta. doña Elisa Mendoza Tenorio, paisana nuestra, si bien pisa ahora por primera vez la escena barcelonesa. Comprometido, muy comprometido era el papel que se confiaba á sus ya probadas fuerzas. El tipo de *La Pasiónaria* es, después de todo, poco presentable desdunadamente: se trataba por lo tanto de conciliar lo real y lo ideal, es decir, de resolver ese eterno problema del arte que consiste en embellecer la naturaleza sin que la naturaleza misma se aperciba de ello. Esta teoría la profesa todos los artistas serios, pero lo difícil es encontrar el justo medio, el punto exacto en que deben converger, como el cristal y la imagen en el estereoscopio, el realismo y el idealismo. Esta dificultad, la mayor que ofrece el drama del Sr. Cano, la ha vencido magistralmente la señorita Mendoza Tenorio. Verdad es que para ello reúne cuantas condiciones son de apetecer: corazón para sentir, talento para crear, figura agradable, semblan-



UN MODELO ÁRABE, cuadro por Ricardo Madrazo
(tomado de una fotografía de Laurent)



LOS PROTAGONISTAS DE LA PASIONARIA

Antonio Vico

Elisa Mendoza Tenorio

Angela Ruvira

te expresivo, voz vibrante y dúctil en las transiciones, mímica natural aunque siempre distinguida, y una verdadera pasión por el arte que la asoció lealmente al éxito de las obras que se la confían.

Desde que aparece en escena, pobre, desahucada, arrojada del templo, rechazada por los hombres y casi dejada de la mano de Dios, el público adivina en ella a una gran víctima, y unánimemente se pone de su lado. Cuando se entera de lo que ha sido *La Pasionaria*, es tarde para rectificar el concepto: la Srta. Mendoza Tenorio se ha apoderado ya de los espectadores, y estos hacen suyo el juicio y la conducta de *Marcial*.

Marcial es el Sr. Vico, ó mejor dicho el Sr. Vico desempeña el papel de *Marcial*; un muchacho de tan ligera cabeza como buen corazón; un voluntario de Cuba que tiene azogue en el cuerpo; á quien se le ocurre que Madrid es la manigua y que trata á cuantos se le ponen por delante como sin duda trató á los separatistas de aquella isla. Hay en el carácter de este personaje una mezcla de candor y de malicia, de dulzura y de energía, que hace sumamente difícil su interpretación perfecta. Y sin embargo, el Sr. Vico vence todas las dificultades con esa aparente facilidad que hace de la declamación la cosa más sencilla del mundo... para el que no ha de declamar. Verdad es que la maestría del Sr. Vico no puede controvertirse y que cuantas veces este actor, una de las pocas glorias de nuestra escena, crea un tipo, el arte está seguro de obtener un nuevo triunfo.

Con tan buenos elementos no era difícil prever un éxito, pero la representación de *La Pasionaria* necesitaba algo más, necesitaba una actriz especial de esas que no figuran en el cuadro de compañía alguna, una artista que hiciera sentir á una edad en que no se siente, que declamase un gran papel á la edad en que apenas se recitan fábulas con la monotona peculiar de los colegios. Esa actriz que no podía hacerse, se la encontró hecha el Sr. Cano.

Durante los ensayos del baile *Excelsior*, hubo de llamar la atención entre las figurantes, por su facilidad en comprender y por su manera de ejecutar, una tierna niña, de nueve años apenas, hija de padres tan míseros que alguna vez, como aseguró llorando esa pobre criatura, faltaba en su casa hasta un pedazo de pan que llevar á la boca. D. Francisco Arderius, empresario del baile y que no por habernos introducido los Bufos, deja de ser un distinguido artista y un buen señor, reparó en la niña, se compadeció de ella, adivinó la llama del genio dentro de aquel cuerpo frágil, y parte por esta intuición parte porque, como dirían los musulmanes, *estaba escrita*, se encargó de su porvenir. Esta niña, fenómeno de precocidad, es Ángela Ruvira; la pequeña figuranta de ayer es hoy uno de los firmes elementos que contribuyen al éxito de *La Pasionaria*.

En este momento crisálida del arte, será mañana una de sus glorias. Buena falta hace en nuestro país siguiera una esperanza. ¡Se ha extinguido tan rápidamente la generación de la colosal Bárbara Lamadrid, de la irremplazable Matilde y de la inspirada Teodora!...

Ángela Ruvira, en *La Pasionaria*, tiene rasgos sublimes, tanto más sublimes cuanto son espontáneos. Nadie la ha enseñado á decir, como nadie la ha enseñado á sentir. Oyéndola corren las lágrimas de los espectadores. ¿Qué mucho que así sea, si en los ensayos lloraban cuantos la oían declamar, ó mejor dicho, cuantos la oían repetir en verso el relato de una miseria que ántes había referido en prosa infantil?...

Y lo más sorprendente en esa criatura privilegiada es que al confiárselo el papel que representa en *La Pasionaria*, hubo que enseñárselo de viva voz. ¡La pobre no conocía las letras!... Sus protectores han subsanado esta falta, y en mes y medio Ángela ha aprendido á leer correctamente y á escribir de una manera inteligible. ¡Ah! Gracias sean dadas á los que la tendieron una mano generosa; gracias á los que, con su buen talento, presintieron el talento de la niña desvalida... Ángela tiene un gran corazón; ¡Ángela no será ingrata!...

**

Hemos expuesto sencillamente las consideraciones que nos sugiere *La Pasionaria* y la ejecución de esta obra por sus principales intérpretes. No pretendemos haber hecho un juicio crítico; ni nos lo hemos propuesto, ni disponemos de tiempo suficiente, ni nos sentimos con autoridad bastante. Pero en España se está tejiendo una corona de flores para el ilustre autor de ese drama, y la ILUSTRACION ARTISTICA no ha podido resistir á la tentación de poner en esa corona una modesta violeta.

MANUEL ANGELON

EL CORAZON DE FORMOSEDA

POR DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

El color del vestido era de pasa corinto, y tenía rasando el suelo unos agremados oscuros con puntos y cuentas de azabache, muchas de las cuales se habían perdido, nadie sabe cómo ni dónde; y los pies que eran todo lo menudos que pueden ser, iban ¡oh dolor! calzados malamente con unos zapatillos de cuero, que por cuatro ó cinco distintos lados se abrían con bocas de tristeza y muerte. La industria femenina había andado en aquellas bocas, y una aguja las había cosido dándolas despues de cierto unte negro que disimulase en lo posible la vejez; pero por desgracia este disimulo no bastaba; y aquellos dos pies tan bonitos bien se veía que iban encerrados en dos andrajos de piel de cabra.

Formoseda iba alegre y contento, como lo va siempre el hombre de veinticinco años cuando acompaña á una mujer tan bonita.

—Ya verán Vds. qué gran tarde pasamos... ¿No se me habrá olvidado el permiso?—dijo buscando con precipitación en los bolsillos,—no, aquí está,—añadió sacando de uno de ellos un papel en que se le autorizaba para entrar en la Casa de Campo.

—¿Cuánta gente hay por las calles!—dijo doña Eleuteria. Efectivamente, era la hora de la mayor concurrencia que iba y venía á pasar. Este pueblo madrileño que tan dispuesto se halla siempre á la diversion, había tenido un gran pretexto aquella tarde para echarse fuera de sus falleros, de sus domicilios y de sus oficinas. Y está claro, era tan hermosísimo el sol que todo lo inundaba con su luz de oro. Las calles aparecían envueltas en la ancha fiaja luminosa; y las sombras de los transeúntes bailaban y danzaban sobre el empedrado y las paredes de las casas. Genara hubiese preferido que el sol aquella tarde se hubiesen escondido tras de pardas nubes, porque cuanto más luz, más triste era la vejez de su traje; y más desconsoladora la apariencia de sus zapatos.

Hacia mil ingeniosas combinaciones de pasos, y llevaba de cincuenta distintos modos hacía adelante la falda, para que al andar, con la precipitada marcha no se le viesen aquellos dos innobles pedazos de cuero; pero ellos parecían ávidos de salir á la luz, y un golpe de viento que arremolinaba alrededor de la gallarda y esbelta figura de la doncella los pliegues volantes de la seda, mostraba por entero aquellos dos pies que hubieran sido el orgullo de una princesa china, si no hubieran sido calzados con los zapatos de *Mignon*.

Llegaron á la calle de Postas, y al final de ella, creo que es el número 7 ó 9, había una posada, tal como hoy aún las tenemos.

Era un ancho zaguán que desembocaba en un enorme patio que estaba lleno de acémilas y carros; había grupos de arrieros, unas cuantas mesas bajas en las cuales gitanos, gañanes y gente del oficio del matallotaje comían ciertos guisos calduidos y humentes. En el fondo del patio se veía una puertecilla, sobre cuyo quicio oscilaba una rama de romero pendiente de una soga. Era la taberna, y había un verdadero cordon de peregrinos, desde las cuerdas al mostrador, donde escanciaban en una medida de barro crudo, cierto líquido negruzco que traía la ciudad de Valdepeñas, pero que había nacido de no sé qué comendanzas quínicas endabliadas.

—¿Cómo es eso?—dijo Formoseda paseando una mirada de impaciencia por todo aquel cuadro.—No ve enganchado el carruaje... Ese picaro de Tolendas, de seguro que nos deja con un palmo de narices... Se habrá emborrachado... ¡Babecia semejante!

Y despues, encarándose con el mozo de posada que había salido ni encuentro de nuestros tres amigos: —¡Eh!—dijo,—¿sabe V. dónde se ha metido ese borracho de Tolendas?

—¡Ah! Tolendas,—dijo el mozo de posada.—Ahora creo que está...

—Sí, ya sé que estará en la taberna. Es el sitio de la reunion de todos estos.

Y dirigióse á la taberna, y allá encontró, en efecto, á Tolendas que apuraba su quinto ó sexto vaso de vino.

—Pero hombre, tienes una calma,—dijo Formoseda.—Hemos dicho que vendríamos á las cuatro, son las cuatro y cuarto y no veo al coche ni á las mulas, ni te veo á tí.

—No se apure V.—dijo Tolendas,—que en seguida enganchamos. Pues digo, que soy poco dispuesto para enganchar.

En efecto, no tardó mucho porque despues de apurado el último sorbo de aquel líquido negruzco, fuése á la cuadra; allí se le oyó refunfuñar no se sabe qué voces piadosas que hicieron poner á las mulas las orejas erguidas como presintiendo un zurriagazo en los lomos.

No habían pasado cinco minutos cuando un vejeísimo coche de colleras con mucho barro en las ruedas, y muchas cuerdas remendando las roturas de las ballestas, estaba delante de la puerta y enganchadas á él dos mulas; una de ellas blanca y la otra alazana de desigual alzada pero de no mala estampa.

Tolendas había encendido un *chicote* y restañaba el látigo en el pescante. Muy pronto subió doña Eleuteria y no tardó tampoco en verse colocados á su lado á la niña y Formoseda.

Doña Eleuteria tuvo entónces uno de esos sueños femeniles de los que los hombres no podemos nunca darnos cuenta; y es que al verse en aquel coche, detrás de los cristales cerrados, al sentir huir las piedras debajo de

las ruedas, al oír el restallido del látigo, y el campanilleo de las mulas, le parecía estar trasportada á aquellos felices días de su infancia en que los Ochandiano gozaban todos los placeres de la feraz Borunda, y trasportábase en una magnífica carroza á cualquiera fiesta sonada de las inmediaciones de su pueblo.

Madrid huía de ellos; y por las ventanas de la capota veían pasar en vuelo fugaz las casas y los transeúntes. Las mulas iban desenfrenadas con el continuo restallido del látigo y el vocabulario soez de Tolendas; el cual puede decirse que para avivar la marcha de sus bestias, despedía como Júpiter rayos.

Bajaron por la calle de Segovia. No era como hoy la calle de Segovia una enorme vía de comunicacion abandonada; porque los ferro-carriles se han llevado el movimiento humano por otra parte de la coronada villa; entónces era la calle de Segovia una de las principales arterias del comercio de Madrid; y por ella andaban de continuo filas de carronatos y recuas de arriaraje que traían de las líneas de Alcalá, de la Andalucía, de Valencia y del Aragon alto los ricos frutos que estas feraces campañas producían. Era un muestrario curioso y entretenido del comercio español; en el cual se veía desde el gitano de largas zancas que conduce una piam de yeguas salvajes, hasta el muletero andaluz que guía un soberbio caballo, sin olvidar el maragato que á pié va lentamente tirando de la jáquima de un mulo cargado hasta el cielo.

Cuando desembocaron en el campo, la niña tuvo un momento de alegría.

Hasta entónces todas aquellas esperanzas que ella había fundado en aquel viaje al campo se hubiesen visto defraudadas; porque ella se sentía con el alma de princesa y con el traje de mendiga.

De modo que fué necesario que una oleada de viento fresco impregnado de la humedad aromosa de la yerba llegase á la ventanilla del coche y la diese en pleno rostro. Entónces se despertó, porque la naturaleza la llamó con sus mil voces ignotas é indescribibles; y sintió dentro de su alma un movimiento y un como salto de alegría.

IV

Vamos á Alcalá

La familia del señorito de Formoseda tenía su casa en Alcalá de Henares, y era de las más antañudadas y principales de las Castillas. Aún hoy puede verse á la derecha de San Diego y á la entrada de Alcalá de Henares un antiguo caseron destaralado, pero no exento de las bellezas arquitectónicas que caracterizan las obras del siglo pasado. Enorme zaguan dentro del cual pueden formarse dos escudradores; seis ó siete patios descomunales que unos desembocan en otros, y en donde se cierra el ganado de labor; y dos piezas de fábrica de sillaría rematadas por la espadaña de una capilla donde los Formoseda tienen derecho de celebrar el sacrificio de la misa por especial concesion de un Papa.

Don Claudio Bartolomé Formoseda y doña Salomé de Sigüenza, eran los padres del gallardo don Ricardo y esperaban aquel día con ansia verdadera.

(Se continuará)

LOS VIEJOS

II

Verdaderamente que, á no estar nosotros muy acostumbrados á formar en las minorías, sentiríamos ahora arremetimiento profundo de haber empezado á escribir en alabanza de los viejos.

Durante ausencia brevísima, una turba revoltosa de hechiceras, nada brujas, ántes bien todas trasuntos de Venus, y de 200 meses cada una cuando más, penetró sigilosamente en nuestro estudio á curiosar y revolver papeles; y, violando escandalosamente el secreto de nuestros manuscritos, leyó el artículo anterior, y nos recibió, á nuestra vuelta, atrolándonos en coro con el cantar andaluz:

Un viejo vale un doblon,
Un mozo vale un real,
Y la mujer de razon
A lo barato se va.

Despues, aquel enjambe encantador desapareció tirando libros, desordenando papeles, y jurando no volver más á mirarnos á la cara.

**

¡Qué favor y qué disfavor en solos cuatro versos! ¡Respetables son los viejos; eso sí! pero... á la mujer se le van los ojos tras la lozanía de la juventud. El pollo es su favorito manjar.

¡Malditos treinta años,
Funeada edad de amargos desengaños!

Ya la primera cana hace receloso al amor. Esas calvas lustrosas de 35 estios, el oro en los dientes, el corvo abdomen enemigo de la flexibilidad, las patas de gallo en los antes tersos pómulos... necesitan ya que el limpio retintín de las pesetas resuene en los odios femeniles, para distraer á los ojos y que no se fijan en los estragos del tiempo. Y, si esto pasa en el veneno de la vida, ¿qué encanto encontrar en piés arrastrando, espaldas en bóveda, ojos mustios, reuma, asma y lentitud?

Decididamente: Venus huye asustada de la vejez.

Y sin embargo, ¡oh hechiceras de 200 meses! el mundo es de los viejos.

Y si no, veamos quién suele tener en sus manos la política.

El Emperador de Alemania Guillermo cumple ahora 87 años; Moltke, el vengador de Jena, va con el siglo, y Bismarck será el año que viene un deplorable setentón. Viejos han muerto casi todos los pontífices romanos; y el último, Pio Nono, en cuyas manos se perdió el poder temporal, tras la promulgación del Syllabus y la declaración del dogma de la infalibilidad, falleció casi nonagenario, desmintiendo el famoso *non videbis annos Petri* (no verás los años de Pedro) dicho a los Pontífices en el acto de la consagración. Después de los 60 años se distinguió por sus severas medidas de represión y por su infatigable habilidad diplomática, el ministro de Pio Nono, cardenal Antonelli, á quien tanto ha debido la política de resistencia del ultramontanismo. Alejandro, emperador de Rusia, liberador de los siervos, causa de la última guerra de Oriente, murió hace poco, de resultados de una migraña infernal de milisimo, siendo ya un sesentón. Su canciller, el príncipe Gorschakoff, que tanto ha influido en la diplomacia europea, falleció no ha mucho, á los 85 años, en casa de una joven hermosísima, la célebre Braun, con quien pensaba casarse. Inglaterra sólo se fia de los viejos; y baste, para prueba, citar los honorables nombres de Beaconsfield, Bright, Gladstone, Palmerston y Sir Robert Peel. Lord Palmerston, aunque notable desde su entrada en el Parlamento, sólo logró desde España á Turquía su fama de ministro *omniscente* en la época del 35 al 41 y aun mucho después; es decir, cuando era ya más que quincuagenario. El cojo Talleyrand que murió de 84, y Metternich, de 85, fueron los diplomatas más importantes de su tiempo. Thiers contaba 76 años cuando desplegado respecto de las desdichas de la guerra franco-prusiana y de la rebelión de la Commune una energía que ningún político de Francia suponía en él. En España brillan bajo el pabellón de los viejos, políticos de gran resonancia... Argüelles murió casi de 90 años. Istúriz contaba próximamente los 60 cuando decidió los matrimonios regios. Gallardo ya septuagenario era el alma del Ateneo. Ya habían cumplido los 60 Espartero, Narvaez, Orense, cuando más injunjo ejercieron en el país, con sus dogmas de la Soberanía Nacional, la conservación moderada y la república federal.

Másés murió de 120 años; y tenía 80 cuando libró á los judíos. San Juan era más que octogenario cuando escribió el Evangelio. Kong-Fu-Tseu (Confucio), el célebre legislador chino, murió de más de 70. Mahoma era de 52 cuando su egira á la Meca, y contaba 60 cuando, ya sonetadas las tribus hostiles de la Arabia, entró en la misma Meca á derribar los ídolos. Agostino, de 80 años cumplidos, fué á Egipto á sostener la insurrección contra el segundo Artajerjes. Pasma el pensar lo que hizo en 5 años Julio César, después de cumplir los 51, gastado en su persona, calvo, y sordo, según algunos. Desterrado á Pompeyo en España é Italia y, luego, decisivamente en Tesalia. Destronó en Egipto á Tolomeo y dió la corona á Cleopatra. Desfizó en tres días las fuerzas sublevadas de Farnaces,



LA LECCION DE ESCRITURA, dibujo por A. Hamman

rey del Ponto, victoria que comunicó al Senado con el famoso *veni, vidi, vici*. Destruyó en Africa á Metelo y á Catón; y en Munda á Pompeyo el joven; hizo un puerto en el Tiber; reformó las leyes, arregló el calendario; y, por entonces tambien, debió escribir el clásico libro de *Bello Gallico*. Los estrategas todos, unánimemente, colocan á Julio César por encima de Alejandro Magno y de Napoleón; porque éstos alcanzaron de jóvenes sus triunfos; y aquél siendo ya viejo.

¿Dónde, pues, está el paralelismo entre la decadencia física y la intelectual?

Pero de la política pasemos al campo de las ciencias. Aquí tambien, ¡oh hechiceras de 200 meses! el cetro es de los viejos.

Siempre las artes han representado á los sabios con calva reluciente y lenguas y reverendas barbas blancas. Así á los profetas de Israel. Así tambien á los siete sabios de Grecia. Thales, el que primero predijo un eclipse lunar, murió de 70 años según unos, y de 100 según otros; de 81 Solón, el legislador de Atenas; de edad muy avanzada Chilon, el más probable autor del *Conviteo á sí mismo* y de *El oro es la piedra de toque de los hombres*; de más de 70 años, Pitoco, el enemigo de la embriaguez; de edad avanzadísima Bias, el más sabio de los 7 sabios, que daba á sus amigos cuanto tenía, y autor del *Todo lo llevo conmigo*; de 70 Cleobulo, cuya máxima *«Mientras más palabras, más ignorancia»* parece siempre de actual-

lidad; y muy viejo Periarro, á quien su sabiduría no le impidió ni el hacerse tirano de Corinto, ni el matar á su mujer en un raptó de enojo.

Pues si de los 7 sabios pasamos á los demás filósofos (¡que sabían más que ellos!) nos encontramos que los nombres más venerandos pertenecen á los viejos.

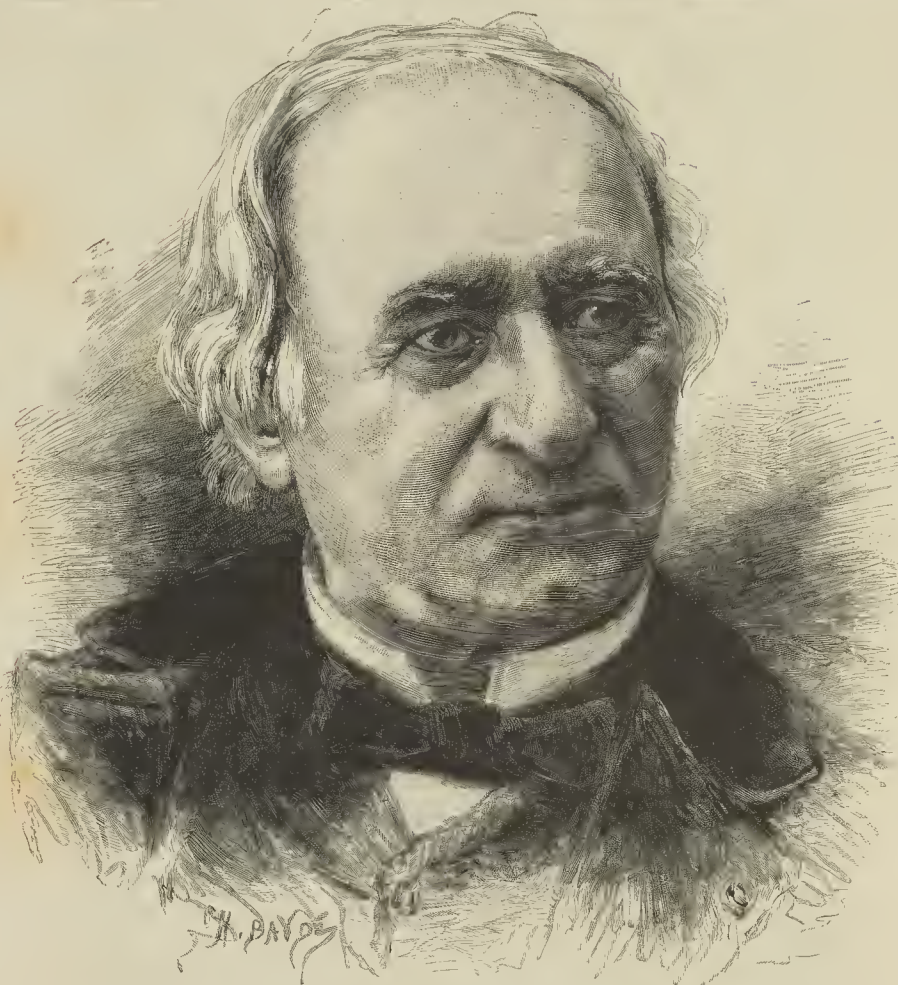
Pitágoras 80; 80 su discípulo Filolao; 82 Platon; 90 Diógenes el Cáríaco; 104 Demócrito. Aristóteles, cuyo influjo en la edad media ha sido incomparable (á pesar de haber sido quemadas en París en 1209 las traducciones árabes de sus obras) no vivió tanto como los otros filósofos citados; pero sus principales obras fueron escritas cuando ya pasaba de los 53 años; esto es, después de haber acompañado á Alejandro Magno en sus primeras empresas por el Asia, que fué cuando, á su regreso, fundó en Atenas la Escuela peripatética.

Pues ¿qué decir de Aristarco, astrónomo de Samos, que ya profesaba la doctrina actual de los movimientos de rotación y traslación de la tierra, por lo cual fué acusado de perturbador de la quietud de los Dioses; del otro Aristarco, crítico de la Iliada; de Eratóstenes, el que primero encontró el modo de medir un grado de Meridiano y determinar la oblicuidad de la eclíptica; de Isócrates, el maestro de elocuencia; de Hipócrates, el Genio de la medicina?... Eratóstenes, habiendo perdido la vista, se dejó morir de hambre á los 80 ú 82 años, por serle ya imposible trabajar; Isócrates tambien se dejó morir de hambre, cuando, según algunos, tenía cerca de 100 años, al saber la pérdida de la batalla de Queronea; Hipócrates, «el viejo divino», falleció de 80 según unos, de 100 según otros.

Pero apresurémonos. Si fuéramos á escribir de todos los ilustres filósofos viejos de la antigüedad sería preciso hacer un Diccionario.

Vengamos á la época moderna, citando sólo de paso los que buennamente acudan á la memoria: San Agustín, que murió de 76; Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino, que falleció quizá nonagenario; Rogerio Bacon, el Doctor admirable, franciscano, á quien se han atribuido grandes invenciones,—la de la pólvora, la de los vidrios de aumento, la de la bomba de aire, la del ósforo ó algo analogo... (por todo lo cual pasó en los calabozos la mayor parte de su dilatada vida de 80 años); el otro Bacon, canceller de Inglaterra, autor del *Novum Organon*, escrito á los 59 años, promulgador del método experimental, muerto á los 63 años de resultados de la explosión de una retorta...

Si, apresurémonos, y vengamos á esta edad moderna, más que ninguna otra fecunda en viejos, y d' fuerza intelectual como jamás había visto el mundo;—sexagenarios como Leonardo da Vinci, Huyghens, Keplero, Arago, Leverrier, Ampère, Stephenson;—septuagenarios como Copérnico, Galileo, Bradley, Leibnitz, Haller, Bosovich, Laplace, Berthollet, Oersted, Faraday, Darwin;—octogenarios como Newton, Kant, Franklin, Herschell, Volta;—nonagenarios como Humboldt, Chevreuil...; y otros muchos, muchísimos más, cuyos nombres no acuden en este instante á la memoria, desobedeciendo á las evoca-



J. B. DUMAS, célebre químico, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de Paris, fallecido el 11 de abril

ciones de la más buena voluntad. ¡Oh! ¡Gloria á cuantos soles no aparecen en este momento ante la pluma!

¡Falta de vista, no ultraje, es no reverenciarlos ahora en el recuerdo!

Pues las obras inmortales
de los muertos que no mueren

no fueron frutos de la juventud, por más que esa juventud brillase en muchos casos por su sorprendente precocidad.

Leonardo da Vinci, hijo ilustre de una edad ilustre, precoz en aritmética, música y dibujo, luego admirable escultor y profundo arquitecto, poeta, botánico, astrónomo, mecánico, y el mejor ingeniero de su siglo, gran profesor en el laud, vigorosísimo jinete, hermoso, galante, amigo del lujo..., empezó, cumplidos ya los 45 años, la famosísima cena del refectorio de los dominicos en Milan, hoy ya muy deteriorada; y, después de los 48, la gran estatua de Francesco Sforza. Y son producto de su edad madura sus célebres tratados, en donde, como preternatural conocimiento, están anticipados, en pocas páginas siempre, los descubrimientos de Galileo, Keplero, el sistema de Copérnico, las teorías recientes de ilustres geólogos, las leyes de la hidráulica.... Huyghens, también precoz, y, tanto, que á los 22 años era ya conocido por sus obras de geometría, y á los 36 por el descubrimiento de uno de los satélites de Saturno, escribió lo mejor de sus obras imperecederas y verificó sus más grandiosos descubrimientos en edad ya avanzada, cuya fuerza intelectual era tan ambiciosa que á los 60 años empezó á estudiar los *Principia* de Newton, y después el cálculo de Leibnitz. Keplero, precoz igualmente, tenía 47 años cuando descubrió las leyes inmortales sobre que descansa la astronomía moderna. Ampère publicó de 51 años la teoría de los fenómenos electro-dinámicos; de 53, la determinación de la superficie curva de las ondas luminosas; y, de 59, el ensayo sobre la filosofía de las ciencias. Stephenson tenía 49 años, cuando logró al fin ver abierto el camino de hierro entre Manchester y Liverpool, donde su inmortal

locomotora sirvió por primera vez de agente de tracción; después de triunfar, á la segunda vez, de la oposición que en el parlamento suscitó la idea de una rápida locomoción, estimada entonces como muy inconveniente; después de acallar las invectivas del ridículo; después de vencer la resistencia y oposición de eminentes ingenieros, y después, por último, de dominar el contumaz motin de los propietarios de las tierras cruzadas por la vía, los cuales, brutalmente, arrojaban de ellas á los ingenieros y operarios. ¡Acogida admirable de tan portentoso invento!

Copérnico no concluyó su obra de *revolutionibus orbium caelestium* hasta tener 57 años, y no cesó de corregirla y enmendarla hasta que la dió á la imprenta teniendo ya 68; el mismo día en que recibió impreso el primer ejemplar, lo tocó y se murió.

Galileo no publicó su *Siderius Nuntius* hasta los 46 años: su actividad fué incansable hasta los 60, cuando la Inquisición le obligó á abjurar sus herejías (!) y pronunció el famoso *e pur si muove*, tan comentado y contradictorio; y á los 74 años perdió la vista, á consecuencia de sus incansantes observaciones astronómicas. A esa edad publicó el «Diálogo sobre el movimiento local» y descubrió la liberación diurna de la luna.

Bradley, el primero de todos los astrónomos por el asombroso consorcio que en él se verificó de la ciencia con la práctica, ya ilustre por el descubrimiento de la aberración de la luz, no descubrió la nutación del eje de la tierra hasta cumplidos los 65 años.

Leibnitz, historiador, teólogo, físico y matemático, fué siempre portentoso hasta los últimos años de su vida; si bien realizó de los 30 á los 37 el más importante de sus descubrimientos, el cálculo diferencial.

Laplace, después de los 70 años ejecutó todavía una inmensa tarea matemática. De los 40 á los 68 años publicó Faraday sus grandes trabajos sobre el electro-magnetismo. Darwin era ya quincuagenario cuando publicó el «*Origen de las Especies*» y sexagenario cuando imprimió el «*Descent of man*». Kanti no apareció como inteligencia de primer orden hasta después de los 57 años, cuando

publicó «La crítica de la razón pura»; á los 64 dió á luz «La crítica de la razón práctica»; á los 66 «La crítica del juicio.» De 70 años Franklin, que

Eripuit calo fulmen sceptrumque tyrannis

fué á Francia en demanda de auxilios para asegurar la independencia de su patria. Herschell, organista, mecánico, matemático y astrónomo, hizo sus primeros descubrimientos de Urano y sus satélites y de dos de los de Saturno, desde los 43 á los 51 años; y la inmensidad de sus trabajos sobre el sistema Solar, la revolución de las estrellas unas al rededor de otras y sobre las nebulosas, es muy posterior. Volta descubrió la maravillosa pila de su nombre de los 50 á los 56 años de edad. Y ¿qué decir de Humboldt, comparable sólo con Haller en la universalidad de conocimientos, é incansable en la importancia de sus trabajos hasta los 90 años de su edad? Iba á cumplir los 60 cuando emprendió con Ehrenberg y Rosa su gran viaje de 4500 leguas, que tanto sirvió para rectificar la Geografía de Asia.

¿Dónde encontrar, pues, el paralelismo entre la decadencia física y la intelectual?

Pero, al llegar aquí, oigo ya al enjambrado amotinado de las viejas de 200 meses:

«¡Bien! para algo ha de servir la edad senil: hasta los colmillos del lobo tienen contra el mal de ojo gran virtud;... pero guardéense los sabios esos libretos que nadie entiendo; que lo que nosotras queremos es lo agradable, lo artístico, lo que haga palpitar el corazón con lo bello; lo que posea el secreto de la risa.»

«¡Si? Pues nadie como los viejos posee ese talisman; nadie como ellos sabe hacer reír; nadie como ellos sabe hacer asomarse á los párpados las dulcísimas lágrimas con que el arte conmueve el corazón.»

Ea: emplazadas quedais para el artículo siguiente.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



AÑO III

← BARCELONA 28 DE ABRIL DE 1884 →

NUM. 122

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FARISEO Y PUBLICANO, copia del celebrado cuadro de Robbeke

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—**BUÑUELOS** por don Benito Más y Prat.
—**LAS SIETE ESTACIONES**, por don Eduardo Lopez Bago.—**EL CORAZON DE FORMOSIDA (Continuación)**, por don J. Ortega Muñilla.—**LOS VIEJOS** (II y último), por don E. Benot.
GRABADOS.—**FARISEO Y PUBLICANO**, cuadro por Robbekeo.—**UN MÁSCARA**, dibujo por Vierge.—**PLENILUNIO**, dibujo por Llovera.—**EL CORAZON DE UN REY**, grupo escultórico por Ximenes.—**EN EL COSTURERO.**—**CONVERSACION ÍNTIMA**, por F. Garbino

NUESTROS GRABADOS

FARISEO Y PUBLICANO, cuadro por Robbekeo

Para comprender el mérito de esta preciosa composición hasta tener presente las circunstancias que, según el título, concurren en el personaje principal. Fariseo vale tanto como decir hipócrita; publicano equivale á orgulloso, opulento y opresor. Constitúan los fariseos una de las más preponderantes sectas judías, hasta que Jesús predicó contra sus prácticas religiosas en las cuales dominaba más la ostentación que la devoción, y hasta contra sus costumbres privadas, bien poco conformes con las apariencias de virtud que querían darse. No menos dignos de crítica, y aún más generalmente odiados, eran los publicanos ó asentistas de las contribuciones que, especialmente en las provincias, levantaban grandes fortunas á expensas de los esquilimados ciudadanos.

De los publicanos, y de los fariseos especialmente, dicen las Escrituras que hacían limosna anunciándola á son de trompetas; y con tales antecedentes dígame si el tipo de Robbekeo puede ser más ajustado á verdad. El traje de ese hombre mentidamente caritativo es de por sí fastuoso; de sus bolsos repleta saca una moneda que deposita en la caja de los pobres; pero en su actitud, y sobre todo en la petulante expresión de su rostro, se echan de ver los bajos móviles que impulsan su conducta. Para él se pronunciaron sin duda aquellas palabras de que era más difícil la salvación de un rico sin corazón que el paso de un camello por el ojo de una aguja.

Como figura de estudio, el *fariseo y publicano* de nuestro cuadro es una obra verdaderamente comprendida y magistralmente ejecutada.

UN MÁSCARA, dibujo por Vierge

Nuestro paisano, el Sr. Urrabietta, tan conocido en París bajo el nombre de *Vierge*, sufrió hace mucho tiempo una terrible enfermedad, que le ha tenido imposibilitado de dedicarse á sus habituales trabajos artísticos. Sin embargo, como el buen soldado pide su alta en el Hospital de sangre apenas se siente apto para empuñar el fusil; *Vierge*, no bien ha podido utilizar su mano izquierda, á falta de otra mejor, se ha apresurado á dar fe de vida en las páginas de su periódico predilecto, *El mundo ilustrado*.

El dibujo que de esa publicación reproducimos, fué empezado antes de enfermar el Sr. Urrabietta, y terminado recientemente. Es la reaparición de un artista querido del público, que se promete nuevas muestras del fecundo lápiz del dibujante español. La que hoy ofrecemos á nuestros favorecedores demuestra que el autor, al cabo de tanto tiempo de infelicidad forzosa, puede imitar al venerable maestro de Leon en su célebre frase:—Decía mos ayer...

Reciba nuestro compatriota el parabien más sincero y johlá nuestros próximos y frecuentes ocasiones de hacer interesantes nuestras páginas con sus bien acabados dibujos!

PLENILUNIO, dibujo por Llovera

Las fases de la luna y los accidentes de la vida de una mujer bonita tienen una analogía perfecta. Tras el cuarto creciente en que empieza á atraer la curiosidad por los indicios de una belleza en embrión, viene el plenilunio, la hermosura en todo su desarrollo, un fulgor que todo lo eclipsa, una autoridad caprichosa que todo lo subyuga, un astro sin rival, objeto de todos los deseos, blanco de todas las miradas, divinidad de todos los cultos, autócrata de todos los cortesanos. En el plenilunio de la estrella mujer, un capricho equivale á una orden, una sonrisa vale un mundo, un favor vale un cielo.

Llovera ha dibujado ese plenilunio femenino, representado por una joven hermosa, no de la hermosura vulgar que resulta de la combinación de líneas estéticamente correctas, sino de esa hermosura ideal, poética, dulce, tal como la vió Rafael, tal como la soñó Dante; la hermosura de Margarita antes del pecado, de Julieta antes de enamorarse á Romeo.

Pero á la luna llena sucede el cuarto menguante y aún después del cuarto menguante sobreviene la desaparición del astro. Es la ley inevitable de la naturaleza: todo lo viejo ha sido joven; el viento arrebató las hojas secas de las flores que una reina prendió en su cabellera. La hermosa joven de Llovera será madre, será abuela... ¿Quién reconocerá entonces á la sultana del *Retiro* en la arrugada devota de las *Calatravas*...

EL CORAZON DE UN REY, grupo por Ximenes

Era, con efecto, un gran corazón el del rey de Italia Víctor Manuel II... Representante de un pensamiento colosal como lo era la unidad de la fraccionada patria, al frente de las naciones grandes potencias de Europa, llevaba con noble firmeza la corona que su pueblo y la suerte de las armas le habían caído; pero nada le era tan grato como despojarse de la exterior inmajestad real para confundirse, en costumbres y tratos, con sus más humildes súbditos. Intrépido y apasionado cazador, frecuentemente

se echaba la escopeta al hombro y, seguido de un perrazo tan fiel como inteligente, como el más sencillo burgués batía los llanos y las montañas, sin más protección que la de Dios, ni más garantía que la confianza que le inspiraban su valor y el cariño de los italianos. Cualquiera que sea el juicio que Víctor Manuel como rey merezca á la historia, como hombre privado será siempre una figura simpática por su bondad y lleaneza.

Sus solitarias excursiones leuran causa de muchas aventuras que se popularizaron prontamente. El escultor Ximenes ha representado con una sencillez llena de buen gusto, el hecho ocurrido á Víctor Manuel en una de esas expediciones. Un pobre niño se ha lastimado: la casualidad le ha deparado un amigo que le consuela, y el pobre rapaz no sospecha por cierto que su cariñoso protector sea nada menos que el rey de Italia, á quien el muchacho se figuraría sin duda con un continente y vestidura parecida á la de los Magos de los Belenes.

La obra causa una impresión simpática y, en el semblante del protagonista se echa de ver, á pesar de su negativa belleza estética, la más preciosa valla de la belleza del corazón.

EL COSTURERO

Si la fotografía instantánea hubiera sido un hecho cuando fué dibujada esta composición, cabía dudar si su original fué debido á ese procedimiento. ¡Tan realmente está en él reproducida la naturaleza felina, en uno de sus actos de más confiado abandono!... Mucho ha producido el arte en el género de costumbres de los animales: Giacomoelli y Lengó han dibujado de ellas verdaderos capítulos de un poema.

Nuestro grabado es una escena de comedia, pero los caracteres de sus personajes son dignos de los perfiles de Breton y de Narciso Serra.

CONVERSACION ÍNTIMA, por F. Garbino

Esta composición, tan sencilla como es, reúne cuantas condiciones hacen admisible un cuadro de género. La *hembra*, que tal debe llamarse á la dama del cuadro, por la expresión de su semblante y por su seductora actitud, se presta á la intimidad de ese varón, cuyo rostro y mirada tienen más malicia que una nota del canciller prusiano.

Admitido el principio de que las obras de arte no se venden por metros nuestro grabado es un delicioso *bijou* que puede figurar dignamente en el *crin* más escogido.

BUÑUELOS!

(Recuerdos de la Feria de Sevilla)

Siéndonos ya familiar el panorama de la celebrada feria de Sevilla, podemos entretenernos en investigar sus vistosas particularidades (1).

No es oro todo lo que reluce, y en verdad que las vistosas casillas, adornadas de flores y espejos, y ocupadas por sonoros pianos, donde resucian las melodías de Schubert y las graciosas peneiras andaluzas, no pueden dar nuncia la característica de la solemnidad que tanto encanta al turista curioso.

Si sólo hubiéramos de cruzar esas calles interminables, donde colocan sus nidos palomas nobles, más bellas que las que figuran en los cuadros de Horacio Lengó; si sólo tuviéramos que parar mientes en la majá aristocrática que lleva un tesoro en la cabeza; si única y exclusivamente nos detuviéramos á contemplar cómo se contraen los músculos bajo la media de seda y se dilata el menudo píe preso en la zapatilla de raso, seguramente que no podríamos ofrecer, como es debido, el segundo que, más de una vez, habrán admirado nuestros lectores, ya en las páginas de *LA ILUSTRACION*, ya en otras páginas más ó menos ilustradas y anenas.

Bellas son esas fiestas de buen tono en las que, á la deslumbradora suavidad del raso y de la seda, se unen otras vislumbres y otras suavidades; dignas de estudiarse, y de tenerse en cuenta, son también esas escenas del mundo elegante que en las casillas de la Feria surgen á la vista del curioso como fotografías de espectáculos; pero hay otras escenas y otros cuadros que tienen relativa importancia y que por contraste las completan.

Las escenas á que me refiero no están, como las otras, tan al paso del observador que se le entren sin esfuerzo por los ojos, y si hay algo de ellas que suele exteriorizarse lo íntimo, lo propio, hay que buscarlo bajo los blancos cortinajes de las buñolerías ó en el estrecho recinto de las tiendas de menudo y caracoles.

Dejemos pues á un lado la clásica barraca de los Polichinelas, que recuerdan el primer esbozo de diálogo dramático, y pasemos sin entrar por los teatros mecánicos en cuyas andamiadas distingo al embadonado Pierrot, que golpea el bombo desahoradamente y mira con cínica precadía por encima del justillo de la pobre titiriter que tiembla de frío ó de vergüenza. No hagamos caso de esas galeitas de figuras de cera en que están en amigable consorcio Lucrecia Borgia y la casta Susana, Antonelli y el héroe de Gaeta; suprimamos también la visita á la Rifa del Asilo, en cuya tienda dilatada mueven los manubrios de las tómbolas, pequeñas y aristocráticas manos; y demos, en fin, un salto íntimo, legando cerca de los caballitos de madera, que, al son del pífono y del tamboril, giran y giran sin descanso.

Ya estamos en nuestro campo de operaciones.

(1) Véase el año 1883 de *LA ILUSTRACION ARTISTICA*.

Frete al semicírculo de los *tios vivos* ó caballitos expresados, se abre una larga calle formada por barracs pequeños y desiguales, y amplias tiendas de campaña con letreos, colgaduras y banderolas.

Son las buñolerías y las tiendas en donde la cocina popular andaluza saca los platos clásicos de feria, el menudo y los caracoles.

El cuadro no puede ser más pictórico y extraño. A un lado se escalonan los referidos tenduchos, con sus tonelles formando pirámides ó cubiertos por adosamientos de tablas en las que se ven pintados racimos de uvas, ramos de flores y panzudos Bacos; al otro, se suceden, de trecho en trecho, las chozas forradas de tela blanca, cuya cubierta en forma de tijera coronan gallardetes innumerables de color rojo y gualda. Delante de cada una de aquellas estancias, que parecen gemelas, se levanta un ara; es decir, un anafe cuyas llamas lamen el asiento tiznado de una gran sarten, donde hierve el aceite produciendo un agradable y delicioso chirrido.

Al ver aquellas tiendas, aquellos adornos, aquellas piras; y aquellas mujeres, de pié, eugalanadas *gentilmente* y dispuestas, al parecer, á guardar el fuego sagrado... de sus anafes, no habrá faltado inglés que tome las buñolerías por templos gentílicos y á las gitanas buñoleras por sacerdotisas de Vesta.

Pero el caso es que, esto, no pasa de ser una ilusión como la de los carneros ó la de los molinos de viento del Ingenioso Hidalgo, y que las tiendas son tiendas, banderones sartenes, y las gitanas gitanas que se buscan honradamente la vida ofreciendo sus buñuelos al transeúnte.

Ahí las tenéis, vestidas con los *trajitos de cristianar*, aseadas y limpias como una patena, con el abundante moño anudado y la peineta de concha colocada graciosamente; haciendo gala de su alimonada falda y de sus pañuelos de Manila, que arrollan sobre el pecho de modo que dejan ver dos maravillas esculturales: el brazo y el cuello. La sonrisa más provocativa é intencionada vaga por sus labios, tras los que se guarece un ejército completo de menudos y blancos dientes; sus talles flexibles y sus redondas caderas explican el secreto del baile flamenco, todo balanceo y voluptuosidad. Si después de fijar sus ojos en vuestros ojos, bajan los párpados para miraros al bolsillo, sois hombres muertos: los ojos suelen ser *bastiños* en las gitanas.

Una de las distracciones favoritas de los ingleses, es la de pasar de un extremo á otro de la calle de las buñolerías, cruzados de brazos y con la proverbial impavidez de los de su raza. Las buñoleras *se despañan con ellos á su gusto*, diciéndoles cuanto se les viene á la boca y gozándose en contemplar aquellos rostros inalterables como el del Convidado de Piedra.

—¡Mia, inglés!—exclama una flamenca de labios húmedos y torneado mollero;—¿quies probá un *guñuelo* que te ha de sabé á gloria?

—¡Mister,—añade la de al lado con los brazos puestos en jarra—tengo unos *guñuelos* pá tí, que te va á chupá los deos de gusto!

El inglés saca y mete alternativamente las manos en su largo leviton, cálese los queredos para no perder un solo contorno de aquellas formas, ni un solo pliegue de aquel traje, y exclama riéndose con toda la boca:

—¡Mí, no querer *guñuelos*; mí querer mijarte, gitana!

—¡Largo, mala sombra!... replica la flamenca volviéndole la espalda y brindando su merced á alguna pareja que pasa.

Estas escenas se repiten, de manera más picante aunque menos cómica y acentuada, con los innumerables transeúntes que desfilan ante aquellos anafes que tienen algo de hoguera de aquelelar.

—¡Ven acá, jermoso!—dicen á un viejo verde que acompaña á dos niñas como dos rosas—tengo buñuelos más chicos que la boca de ese pimpollo y más tiernos que sus corasonito; ¿los quieres?...

El viejo mira á la graciosa flamenca y, consultando instintivamente su bolsillo, quiere esconder el rostro y meterse bajo siete estados de tierra; pero la buñolera, que *conoce el paño*, le busca la cara, como suele decirse, y le *larga* esta filípica á quema ropa:

—¡Mía er caramal, que le dan á Dioe con un soplo y va jaciéndose presona!...

Suele ocurrir que pase un *mozo crivo* de los de sombrero de queso y cadena con dijes de tres libras de plata, al que avanza la buñolera por no perder la costumbre.

—¡Vaya, á que no has probao mis buñuelos!... le dice procurando flecharle con la mirada.

Pero el mozo, que también lo entiende, porque ha nacido en la tierra de María Santísima, le responde prontamente:

—¿Y quién te ha dicho á tí, mala adelfa, que yo comulgo con ruedas de molino?

A lo que la gitana replica sin dejarle acabar la frase:—¡Que más quisiesas tú, sino que yo juese píleta, pa sabé lo que es el agua bendita!...

Si hubiese de dar cuenta de los dichos agudos, de las frases de gracia, de los retruécanos y tirotes á que dan lugar las *enganchadoras* ó mozas que se sitúan cabe los respectivos anafes, no acabaría nunca. La señora grave, la activa aristócrata, la elegante polluela, el dandy y el macareno, son solicitados simultáneamente por las buñoleras con objeto de que levanten la cortinilla de la tienda y tomen plaza en las tendidas mesas donde luce el plato pintado de Triana, enchido de forradas pirámides del producto aceitoso. Claro es que, más de uno y más de diez, acceden de grado ó por fuerza á traspasar el umbral del templo de Vesta y se incinan al cabo en sus misterios.

Levantemos, también nosotros, la cortina y penetremos en el santuario.

Las buñolerías son, como hemos dicho, espaciosas tiendas de campaña de cuyas ligeras armazones penden, á veces, las mudas de ropa blanca de su dueña, lavadas, planchadas y convertidas en graciosos cortinajes mediante una sencilla combinación de costuras. Acá y acullá, se ven algunos pedazos de percal encarnado y amarillo, que visten los puntales ó estribos de la choza dividiéndola en dos departamentos ó mitades: algún que otro espejo, de marco dorado, se columpia en las paredes de lienzo de aquel albergue, reflejando en sus lunas los rostros de *sacrifados* y *sacrificadores*.

Si desde la puerta sólo vemos un confuso montón de bustos que sobresalen tras las largas mesas; rostros y brazos que se cruzan ó se entretajan al tomar las cañas y los buñuelos; manchas vivas de color producidas por los pañuelos de seda, las chaquetillas andaluzas y las fajas de gran; al entrar, el cuadro se aclara, las figuras y los escorzos van tomando su verdadera posición, los detalles se aíslan y penetran por la retina con todas sus exquisitas nimiedades.

En primer término, una morena gruesa, de ojos vivos y penetrantes, como desafortunadamente acompañada de tres jóvenes rubias, que no se quedan atrás en desocupar el plato, á pesar de ser delgadas y espirituales como flores de estuá; un caballero apuesto, á quien coodea la rubia más próxima, se come con los ojos, no los buñuelos, sino los menuditos dedos de la morena cuyas rosadas uñas ha puesto el aceite más brillante que las puso la naturaleza. La morena mira al joven, la rubia pierde el bocado por tirar al dandy un soberbio pelliczo, la rubia número dos, se atufa el mozo, frunce las cejas la sudisicha y, en tanto, el gitano que trae la otra libra de masa frita, se acerca á la mesa preguntando:

—¿No toma otro buñuelo el señorito?...

Un detalle. Dos saboyanitos harapientos, que tocan el arpa y el violín á la puerta de la buñolería, cantan en español chapurrado lo siguiente:

Me gustan todas,
me gustan todas,
me gustan todas
en general;
Pero, las rubias,
pero, las rubias,
pero, las rubias,
pero, las rubias
me gustan más!...

Los que ocupan la mesa próxima son gente de rompe y rasga: ya hemos dicho que las buñolerías recuerdan las agapas del siglo primero, que daban plato y mesa lo mismo al pordiosero que al potentado. Tres mozos como tres triquetos, y tres flamencos más esbeltas que parecían de barcos veleros, charlan por los codos y se ofrecen, entre alegres risas, el apático producto que ante ellos hamea.

En ese lenguaje hiperbólico que hemos tenido ocasión de estudiar en las anteriores líneas, se dicen mil cosas incomprensibles para el profano; pero claras y distintas para los iniciados en la fraseología vulgar: la anciana, que parece ser guardadora de aquellas preciosidades de nuestra región, hace desaparecer de vez en cuando un buñuelo colosal y se rie con toda la boca produciendo el ruido sordo de la matraca de nuestra Giralda.

Los músicos saboyanitos cantan, tras de la cortina:

¡Tres eran, tres,
las hijas de Elena!
¡tres eran, tres!...
y ninguna era buena.

Allá, en un ángulo, se ve á un personaje delgado como asta de bandera y amarillo como el pergamino.—Tiene ante su transparente individuo una jicara de chocolate, que contempla con éxtasis, y se le van los ojos tras el último buñuelo que nada en el plato.

Es indudable que acaba de llegar del pueblo, pues así lo pregonan su levitoncillo roído, su corbata de pico de loro, su puntiagudo cuello y su mugriento sombrero, colocado al parecer sobre un palo de telégrafo.

En el grupo de flamencas, se oyen estas frases que le vienen pintiparadas.—*¡Aquel gachó tiene hambre atrásá como los maestros de escuela!...* Y así parece en efecto; es un dómíne de pueblo que distrae un hambre de siete meses. Un hambre de gestación incompleta.

Tales inteligencias sintéticas, suelen hallar las viandas de Lúculo y Baltasar en un buñuelo.

En último término, aparece el verdadero cuadro de costumbres de nuestra tierra: varias hijas de Triana y San Bernardo, cantan y bailan al son del crótalo y de la guitarra. La mesa ha sido separada del centro y un ancho corro de mancebos se agrupa allí, como abejas en el ronceral cubierto de flores. Una joven de cadera escultórica y pies diminutos hace pareja á un galán con patilla que parece nacido expresamente para bailar con ella. De vez en cuando trina la guitarra, suenan las palmas y repican los palillos alegremente: es que comienza *la parja* una copla de sevillanas. El cantor ó la cantora la acompañan así:

Me gusta San Bernardo
por lo torero,
el barrio de Triana
y el *matuleto*.
Y también digos:
la Puerta de la Carne
y el Barquillo.

Del balcon de tus ojos
d'una caída,
no puedo levantarme
si no me miras.
Me he quitado,
señal de que tus ojos
me habrán mirado.

Fácil es comprender el efecto que producirán todas estas figuras reunidas, ya se destaquen de noche á la luz de los colosales candilones, ya se iluminen, al cabo, con los primeros rayos del sol naciente que un tiempo se reflejaron en las áureas esferas de la Giralda: imposible sería intentar un boceto á la pluma, porque sólo un pincel cargado de colores podría dar del cuadro una idea aproximada.

Ni un solo momento se conserva la misma agrupación; el movimiento es continuo, persistente, simultáneo; unos rien, otros charlan, estos se levantan, aquellos se sientan, los de más allá se aproximan; ya se ven manos unidas, ya brazos enlazados, ya cabezas que recuerdan el cuadro de Villegas titulado *El Ultimo Beso*; ya, en fin, cuerpos que pierden la vertical y dan bajo alguna de las mesas blandamente.

Tomar plaza en estas tiendas suele ser empresa difícil. Allí no suele ocurrir lo que en aquellas tiendas de las cuales dijo Baltasar del Alcázar:

Pídolo, dánmelo, bételo,
págolo y véyeme contento.

La primera dificultad que hay que vencer para tomar una libra de buñuelos, es la de encontrar sitio; la segunda, la de encontrar buñuelos; la tercera, la de pagarlos á su justo precio: la de *irse contentos* es dificultad menor, si se trata de los *rumbosas* hijos de Andalucía, que entran en las chozas Valentinés y salen Bartolomé sin apercebirse de ello.

Verdad es que, en tiempo de Feria, no hay nada que espante y sería necedad notoria reparar en veinte pesetas más ó menos: lo que no va en lágrimas va en suspiros y para algo hinc la masa la buñolería. La aromática manzanilla, el fortificador cazalla y el chocolate de los P. P. Benedictinos, suelen entrar pocas veces bajo los pabellones de las buñolerías de la Feria; pero, si entran, es preciso pagarlos á peso de oro; por eso solo *juergas* son menos frecuentes en ellas, que en las *casillitas* propiamente dichas.

El chocolate incoloro, el peleon y el típico *arranca-rejas*, son los líquidos que más abundan; aunque ponderados y clogiados por sus dueños de tal manera, que, algunas veces, logran hacerlos pasar por el néctar que escanciaba al padre de los dioses el hermoso garzon de Ida. Es preciso, por tanto, pagar el plato, y esto lo hacen á sabiendas el pollo, el viejo verde, el novio que aún no ha visto menguar su luna de miel y el macareno que lleva consigo á la *niña de sus ojos*.

Las vestales de la buñolería, que no venden jamás sus encantos, dan de balde las sonrisas, hasta el momento de pagar *el gachó*: un *gachó* no conseguirá una mirada de una gitana si no se deja la plata en la choza. Fuera de allí, sólo encontrará relámpagos desdeñosos bajo sus pupilas de fuego.

Para terminar este cróquis y dar una idea del afán de lucro que domina á esta raza, de la que dijo Balzac, no sé con qué fundamento, que había heredado muchas cosas nuestras, os contaré un lance de Feria, que no deja de ser oportuno é ingenioso.

Cierto inglés, penetró en una buñolería con objeto de regalarle a los celebrados buñuelos calientes. Sirvióronselo, y, después que hubo tomado algunos, pidió la cuenta, con la acostumbrada impasibilidad inglesa.

La gitana que le servía, deslumbrada por el brillo de los centimes que relucían entre las mallas de acero de su portamoneda, díjole que los buñuelos valían *tres doravallas*; es decir, tres monedas de cinco duros, y para dar carácter á la cobranza, le presentó un papellito con unos cuantos garabatos, que guardó el inglés en su cartera.

Pronto le advirtieron de la estufa, y el extranjero volvió desalado á la choza, en compañía de un polizote que halló, por ventura, en el camino.

—¡Vamos, devuelva á este caballero sus monedas ó aténgase á las results!—dijo el ministril, encarándose con la atribulada gitana y aspirando de paso el olorillo del aceite hirviendo.

A lo que la flamenco contestó, clavando en el adusto polizote sus grandes y expresivos ojos negros:

—¡Quituste de ahí, don núde! ¡qué he de devolvé yo ni un perro chico!... ¡Es verda que este inglés ha dao quince *chulés* por los guñuelos, pero *se llevao pú su tierra la reseta!*

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla, marzo 1884

LAS SIETE ESTACIONES

I

El tren partió lanzando la máquina un estridente silbido. Yo iba en el tren, y el motivo de mi viaje lo referiré sencillamente.

Aquel día era Jueves Santo, el día más triste del año. Por las calles no se oía el rodar de los carruajes, los habitantes de la ciudad iban á pié, vestidos de luto, entrando y saliendo de los templos; y aquel silencio de muerte que impresionaba el oído, como aquel color negro impresionaba la vista, no eran lo más á propósito para hacerme variar de mi decisión.

Estaba resuelto á permanecer en la cama y no salir de casa.

Yo era entónces bastante despreocupado en materia religiosa. Como todos los jóvenes, no iba á misa más que cuando tenía novia y mi novia me citaba para las Calatravas. Había leído las obras de Voltaire, las novelas de Eugenio Sué y *La Vida de Jesus* por Ernesto Renan. Teníame por excomulgado; envidiaba la gloria adquirida por aquellos autores y estaba pensando en imitarles escribiendo un libro contra la institución del matrimonio; y si este libro se vendía bien y el editor me lo pagaba mejor, me casaría con mi prima Julia, una buena muchacha que vivía en provincia.

Acerca de todas estas cosas estaba yo meditando y casi me decidía por no escribir nada y no casarme con nadie, cuando llamaron á la puerta de la escalera, y á poco de abrirse ésta, á la de mi habitación.

—Adelante,—grité sin moverme y algo mal humorado. Porque eran las doce, hora en que todo *Madrid* almuerza, en que los trabajadores comen, y en que yo tomaba el chocolate, pareciéndome de muy buen gusto aquel atraso en mi régimen alimenticio que me permitía disfrutar más tiempo de las dulzuras del sueño.

No era la consabida jébara puesta sobre el plato y éste sobre la mano de un brazo que á su vez pertenecía al cuerpo de la criada.

—¿Quién es?—pregunté alarmado viendo, si no las facciones, la figura de un individuo que, no acostumbrado como yo estaba á la oscuridad, andaba á tientas por mi cuarto tropezando en la silla donde dejé mi ropa, pisando los botas que estaban al pié de la silla, mientras que con las manos extendidas parecía un magnetizador de las tinieblas.

—Abre por Dios el balcon ó enciende un sóforo; ¡qué diantrel me parece que voy á romper algo,—exclamó el interpelado en cuya voz reconocí á mi amigo Gustavo.

Oyéte por encender un sóforo y con él la vela para lo cual no tenía que levantarme de la cama.

—¿Tú por aquí á estas horas,—le dije;—¿qué ocurre?

—Me parece que no son horas intempestivas,—me replicó estrechando mi mano,—son las doce.

—¡Las doce!—y tirando del cordón de la campanilla grité:—¡el chocolate!

—Perdona chico, pero lo que es hoy pedes pedir el almuerzo.

—Nunca almuerzo yo tan temprano.

—Es que vengo á buscarte y no sabes á la hora que volveremos.

—¿Caramba! ¿me necesitas imprescindiblemente?—pregunté con verdadera angustia.—Yo quería dormir un par de horas todavía.

—No es posible, levántate y ven conmigo.

—¿A dónde vamos?

—A recorrer las estaciones.

—¿Estás loco?

—Estoy en mi sano juicio. Vístete pronto.

—Ópto porque las recorras tú solo. Te dejo en completa libertad.

—Imposible.

—Escucha, Gustavo, amigo mío, tengo sueño, déjame.

Gustavo sin responderme se dirigió al balcon, y con una crueldad de que nunca le hubiera creído capaz, abrió las dos puertas de madera. Un rayo de sol penetró inmediatamente hasta mi cama.

Esto era ya demasiado.

—Pero ¿qué te has propuesto, hombre inciuco?

—Que te levantes y vengas á recorrer las estaciones.

Una idea luminosa cruzó por mi cerebro.

—Capitulemos,—dije,—yo haré lo que tú quieras, pero impongo una condición.

—¿Cuál?

—Es preciso que la aceptes sin saberla. Yo iré en cambio á donde tú vayas, puedes disponer de mí en absoluto por todo el día.

Gustavo se quedó pensativo. Después mirándome con una sonrisa extraña, como si hubiera adivinado la estrategia de que iba á valerme, dijo:

—Aceptado.

—Iremos á recorrer las estaciones.

—Justo.

—Pero tenemos que ir en coche.

—Está bien,—terminó tranquilamente.—Iremos en coche.

Me quedé estupefacto.

Por más que Gustavo pasaba con justicia por ser un hombre extraordinario cuya vida era un misterio, cuya influencia y superioridad sobre todos sus amigos se manifestaba desde el primer día, yo esperaba que mi condición sería rechazada como un imposible.

Ir en coche en Jueves Santo estaba prohibido de orden del Excmo. señor Gobernador civil.

Así se lo manifesté á Gustavo y volviendo á sonreírme me contestó:

—Iremos en coche.

No tuve más remedio que vestirme.

Poco tiempo después salíamos de mi casa, y sin pronunciar palabra me dejé guiar por Gustavo.

—Dónde está el coche,—pregunté viendo que andábamos demasiado.

—Vamos á buscarlo.

Y tomó por la calle de Bailén, siguiendo hasta el cuartel de San Gil, bajando por el paseo de San Vicente, hasta llegar á la estación del Norte.

—¿Estás loco?—exclamé deteniéndome.—¿Vamos á emprender un viaje?



UN MÁSCARA, dibujo por Vierge



PLENILUNIO, dibujo por Llovera

—Vamos a recorrer las estaciones,—me replicó apoderándose de mi brazo y haciéndome penetrar a viva fuerza en el salón de espera.

—Voy a tomar los billetes,—dijo en seguida.—No tengas cuidado y quedarás contento de mí.

Me parecía estar soñando. Cuando me quedé solo, miré a mi alrededor para estudiar la fisonomía de mis compañeros de viaje.

Eran seis nada más. Uno de ellos un ministro de la corona, otro un usurero que en cierta ocasión me prestó una pequeña suma y a quien por esto conocí en seguida, la vecina del principal de mi casa una mujer muy guapa, que gozaba de gran fama en el mundo galante, un individuo que en cuanto le miré se acercó a mí y con descompuesto tono me dijo:

—Oiga V., ¿tengo yo monos en la cara?

—Caballero, V. dispense.

—Es que a mí no me mira nadie que no me conozca.

—Ahora que le conozco a V. no le volveré a mirar,—terminé haciendo un profundo saludo y retirándome para evitar una cuestión inútil.

Había otro sentado en un banco que me agradó mucho más. Era un señor grueso, colorado, rebosando salud y que parecía tener buen apetito, porque todos sus bultos de mano eran estas de comestibles por entre cuyas tapas de mimbre salían, ora las patas de un pollo envuelto en un número de «La Correspondencia», ora el cuello de una botella.

Y el último, era un sér alto, delgado, de color bilioso, cuyos ojos se fijaban con expresión de odio reconcentrado en el ministro de la corona.

Este se acercó a mí en seguida que me vió solo y me preguntó:

—Caballero, aquí, como V. ve, todos somos algo. ¿usted qué es? y dispénsame.

—Yo? poeta,—le respondí.

Asomé a sus labios una sonrisa malévola.

—Copiero!—murmuró creyendo que yo no le oía.

—Coplero, sí señor,—añadió enojado,—y V. no es coplero también?

—Yo soy crítico,—y me volví la espalda.

En esto entró Gustavo dando apretones de manos a todos; llevaba un paquete de billetes de ferro-carril que repartió en seguida.

—Un reservado de primera clase,—dijo entregándoselo al ministro.

—Billete de tercera a mitad de precio,—y lo recibió el usurero.

—¿Quiere V. reservado también?—preguntó a la mundana.

—Ya sabe V. que voy donde van las mercancías.

—Uno de perra, este es para V.—dijo al pendenciero, y añadió en tono de broma:—si necesita bozal, también lo tiene la empresa.

—Billete de segunda clase,—y lo recibió él de las cestas de provisiones:—tenga V. cuidado no se manche de grasa.

—Uno de primera clase, señor crítico.

—Yo quiero un reservado como el ministro.

—No puede ser.

—¿Y a mí qué me das?—le dije a Gustavo.

—Toma, no te quejes. Una berlina-cama.

Estuve a punto de abarazarle.

—¿Vienes conmigo?

—Gracias.

—¿Cómo me dejas solo?

—Solo en el wagon, pero no en el tren.

—¿Dónde vas tú?

—En la máquina. Soy el jefe del movimiento.

En esto se abrieron las puertas de cristales que dan acceso al andén y pasó un mozo gritando:

—Vinjeros al tren.

Allí estaba el tren esperándonos; eran todos los wagones negros, más parecidos a prisiones que a coches de ferro-carril.

—Pero ¿qué tren es este?—pregunté despues de instalarme en mi berlina-cama, a un empleado que pasaba.

—Caballero, este es el tren del Purgatorio. Feliz viaje. Sonó la campana de la estación, el silbato de la máquina y partimos.

II

Maldita la gana que tenía yo de dormir. La jugarreta de mi amigo me pareció del peor gusto posible. Al oír las palabras del empleado que me explicaban mi situación, quise abrir la portezuela y arrojarme de aquel sombrío wagon aun a riesgo de matarme. Pero la portezuela resistió a mis esfuerzos y además el tren lanzado a toda máquina llevaba una velocidad espantosa.

Estaba como loco, grité, me desesperé, pero nadie escuchaba mis gritos. Tomé el partido de asomarme a la ventanilla para ver el paisaje, pero el paisaje era un inmenso desierto, sin un árbol, sin una planta, un arenal interminable y el tren continuaba su marcha lanzando por la chimenea de la máquina una densa nube de humo negro que iba corriendo en dirección contraria por encima de nuestras cabezas, hasta llegar al último coche donde describiendo una violenta curva, cambiaba su dirección y dándosese que empezaba a perseguirnos. Al poco rato llevábamos detrás un ejército de vapores que el aire se encargaba de deslucrar.

A la distancia de un kilómetro, vióse de pronto una cabaña que se levantaba al borde mismo de la vía. El tren empezó a disminuir su velocidad, y Gustavo pasó por el estribo. Iba recorriendo los coches y taladrando los billetes.

—¿Vamos a parar?—le pregunté.—¿Hemos llegado al término de este viaje tan desdichado?

—Llegamos a la primera estación,—me contestó.—Es esa choza.

La máquina lanzó un silbido y el tren se detuvo.

Entonces pude leer clavado sobre la paja del techo de aquella pobre vivienda este letrero: HUMILDAD.

De la cabaña salió un pastor, a quien seguía un perro, Gustavo abrió la portezuela del reservado de primera clase y tuvo que sacar a empellones al ministro de la corona que se resistía a bajar.

—Su Excelencia se queda aquí. No tiene pagado el billete para seguir más adelante.

—Esto es una infamia, un desacato;—rugía Su Excelencia.

Pero no tuvo más remedio que bajar del wagon.

—Déle V. la mano a este señor,—dijo Gustavo.

Su Excelencia miró con desprecio al pastor y se cruzó de brazos estrechando su cartera ministerial, mientras relucían al sol los entorchados de oro de su magnífico uniforme.

—Y además déle V. la cartera y cambie V. su uniforme por esas pieles de oveja. El señor le reemplazará a V. en el wagon y en el ministerio.

El ministro rompió a llorar como un chiquillo cuando le quitan un dulce, pero no hubo remedio, tuvo que entrar en la choza con el pastor, y a poco rato vimos salir al pastor vestido de ministro y subir al reservado de primera clase, mientras que el ministro con el traje de pastor y el perro que se echó humildemente a sus pies, quedóbanse a la puerta de la cabaña.

El tren continuó su marcha hasta la estación siguiente. Era esta un magnífico palacio para cuya construcción debía haberse gastado el oro a manos llenas. Dentro de él oíanse alegres músicas, resonaban francas carejadas y una multitud de camareros cruzaban por los salones llevando sencillos manjares. En el salón principal se celebraba un gran festín y por los balcones que estaban abiertos, veíase al anfitrión que brindaba a la salud de sus comensales y a cada momento metía la mano en una caja de valores sacando puñados de monedas de oro que arrojaba y recogían aquellos parásitos.

En letras formadas con piedras preciosas, estaba el nombre de la estación. ¡LARGUEZA!

Allí bajó mi conocido el usurero, teniendo Gustavo que pedir auxilio a cuatro robustos mozos que a duras penas pudieron arrancarle de su departamento de tercera a mitad de precio. Pero cuando llegaba a la puerta se volvió hacía mí gritando:

—¡Acuérdese de que me debe todavía los intereses!

—Yo se los cobraré citándole a juicio,—le contestó el prodigo que se cruzaba con el saliendo del palacio para subir al departamento desocupado.

Seguimos el viaje y llegamos a un edificio de grandes dimensiones, lleno de rejías y celosías; levantábase a su lado una iglesia, y en la cúpula una cruz. Era un convento, a cuya entrada se leía CASTIDAD.

De allí no salió nadie, pero allí entró mi vecina del primer piso, y entró llorando, recibiendo a cada un abrazo paternal un sacerdote.

Volvió a sonar el silbato, volvimos a emprender la marcha y con la misma velocidad en poco tiempo recorrimos el trayecto que nos separaba de la cuarta estación.

Era un grupo de árboles, los únicos que hasta entonces habíamos visto, y bajo los árboles ví una tribu de salvajes que gesticulaban y saltaban alrededor de un hombre que tenía la mirada fija en el cielo, mientras sus labios se movían elevando a Dios sus oraciones. Llevaba el traje de los misioneros, abofeteábanle y escupíanle el rostro, clavaban en sus carnes flechas y las mujeres le pellizcaban y mordían cruelmente. El misionero llevaba en sus manos una cruz y en la cruz se leía este lema: PACIENCIA.

Abrióse la perra y con las debidas precauciones hicieron salir al que había trabado conmigo en la estación de Madrid una pendencia. Los salvajes se lanzaron sobre su nueva víctima, y yo viendo que el misionero desfallecía, grité a Gustavo:

—¿Qué demonio! Trae aquí a ese santo varón. Esta es una berlina-cama donde irá mejor, puesto que está herido y en cuanto a mí me dedicaré a cuidar. Porque así como así no tengo ya ganas de dormir.

Hízose como yo deseaba y continué nuestro viaje.

Esta vez se detuvo el tren sin que yo viera árboles, casas ni chozas que indicaran el sitio de la estación. Temí algún accidente y me asomé a la ventanilla.

—No te asustes,—me dijo Gustavo,—no pasa nada, es que tiene que bajar otro viajero.

Y me mostró la entrada de una gruta que yo no había descubierto hasta entonces.

—¿Qué estación es esta?

—La TEMPLANZA,—me respondió saliendo de la gruta un anacoreta que iba a llenar de agua en un manantial próximo una vasija de barro. Mientras se llenaba, el solitario recogía algunas raíces que eran su comida.

—Baje V., caballero,—exclamó Gustavo abriendo la portezuela del wagon de segunda clase en que iba el hombre de las cestas de comestibles.

Este no pudo oponer resistencia a nada ni decir una palabra. Llevaba un pollo asado en la mano derecha, una botella destapada en la izquierda y en aquel momento tenía la boca llena.

El anacoreta subió al wagon que se desocupaba y dejámos al gloton en aquel desierto.

Yo tenía grande impaciencia por conocer la estación en que iban a dejar al señor crítico.

—Vamos a ver,—pensaba para mis adentros,—cuál es el mayor tormento de un envidioso. Contra envidia caridad, dice la doctrina cristiana, pero valiente cosa y valiente castigo para que se enmiende la señora crítica. La envidia lleva el tormento en sí misma. Allá veremos.

Y despues de curar las heridas al misionero, me asomé a la ventanilla en cuanto el tren se detuvo.

No se engañaban mis ojos. Allí estaba delante de mí, nada menos que el Parnaso, Apolo con las nueve musas, y a su alrededor, vivos como el dios del paganismo, todos los personajes que están retratados en el telon del teatro de la Comedia.

Admiré entonces la sabiduría de la Providencia. Para un crítico el mayor martirio es meterlo de patines en el Parnaso.

Nuestro hombre lloró, gesticuló, pateó, se le rompieron los lentes, pero no hubo más remedio. Gustavo le agarró por una oreja y le obligó a bajar. Entonces al ver a las nueve musas se contuvo y dirigiéndose a ellas, empezó a enamorarlas, pero las musas le volvieron la espalda.

—¡En marcha!—gritó el jefe del movimiento.—Y mirándome con una expresión singular me dijo:—Ahora te toca a tí.

—¿A mí? ¿Pues cómo es eso? ¿Qué defecto tengo yo? Y agarrándome a la portezuela empecé a gritar:

—¡Gustavo! ¡Gustavo!

El misionero al ver mi desesperación procuraba tranquilizarme. Pero aquello era superior a mis fuerzas. Era una traición indigna. Yo creía ser un mero espectador de los incidentes del viaje.

—Usted es un viajero como los demás,—me replicó el sacerdote,—un viajero de la vida.

—Sí, señor, pero yo tengo billete de ida y vuelta. Gustavo me ha engañado.

—Gustavo es un buen amigo de V. y V. tiene el mismo billete que tienen todos.

—Le digo a V. que de ida y vuelta, haré mi reclamación a la compañía.

—No se habrá fijado V. en que consta en el billete la fecha de la vuelta. Hasta que V. se corrija de su defecto.

En esta controversia el tren se detuvo. Abrióse la portezuela de mi berlina-cama y apareció Gustavo.

—Baja,—me dijo con un tono tan imperioso que sentí miedo.

—Gustavo ¡por Dios! dime al menos qué clase de tormento me reservas; acuérdame de que soy amigo tuyo.

—No te apures,—me contestó,—en un principio pensé corregir tu vicio condenándote a dar vueltas como los perros a la rueda de un asador.

—¡Cruel!

—Pero tu buen comportamiento cediendo la cama, que es lo que tú más aprecias en el mundo, al pobre misionero herido, me hizo poner un telegrama desde PÁGENCIA dando las órdenes convenientes para modificar tu destino.

—¿Y ya no asaré carne?

—No; baja conmigo y te convencerás de que he buscado para tí los medios de atenuar el rigor del castigo.

Obedecí porque no había otro remedio.

La estación era una casa de moderna construcción. Sobre los balcones del piso principal había una muestra en que se leía: LA DILIGENCIA, diario político y de noticias.

—Pero esto es un periódico. Esto me conviene. Publicaré mis versos. Si todos los castigos fueran por el estilo...

—Te equivocas. Tus versos no sirven de nada en mi periódico. No publico poesías. Tu defecto, tu pecado capital es LA PEREZA. Aquí tienes el correctivo.

—¿Qué tengo que hacer?—le pregunté asustado.

—Serás noticiero. Tendrás diez duros al mes, y una gratificación para botas.

—¡Horror!

Pero ya mi amigo sin hacerse caso, dejó en mis manos unas cuartillas y un lápiz subiéndolo al lado del maquinista gritó:

—A Madrid con las virtudes recogidas que hacen allí mucha falta. ¡A toda máquina!

—Trabajo inútil, caballero,—dijo una voz a mi lado.—Todos los años hace lo mismo. Saca de allí los vicios que sobran y se vuelven con las virtudes que faltan. Pero el poco tiempo de estar en Madrid las virtudes se han convertido en pecados capitales y vuelta a emprender el viaje.

Me volví para conocer al que me hablaba.

—Era un cajista de LA DILIGENCIA.

—¡Oh! ¿cómo me vengaré yo de ese hombre?—dije cerrando los puños al ver el tren que partía.

—Harto sufrí ya,—continuó el operario,—compadécete V.

—¿A quién? ¿a Gustavo?

—Es señor no se llama Gustavo, Gustavo es un nombre supuesto. El que usa en Madrid. Pero su verdadero nombre es otro. ¿Ha leído V. el *Infierno*? Pues bien, allí está retratado. Gustavo es *Sisifo*.

EDUARDO LOPEZ BAGO

EL CORAZON DE FORMOSEDA

POR DON JOSÉ ORTEGA Y MUNILLA

(Continuación)

Habían salido en su coche, tirado por un bravo tronco de mulas a las afueras de la población, esperando ver de un momento a otro aparecer envuelto en nubes de polvo el caballo del señorito de la Formoseda galopando con dirección a los patrios lares.

Era a la caída de la tarde; una de esas horas que pre-



EL CORAZON DE UN REY, grupo escultórico por Ximenes

ceden al crepúsculo, y que ya están impregnadas de la suprema melancolía y de la tristeza poética que engendra en las cosas la ausencia del sol.

La campiña alcalina verdeguaba bajo aquella tibia luz y una extraordinaria calma parecía reinar en los cielos y en la tierra. El silencio batía sus alas sobre aquel paisaje, y en toda la infinita extensión que desde la carretera se descubría la vida humana hallábase representada no más que por el sonido de un cántico lejano, y la actividad de hombres y brutos por el movimiento acompasado y cadencioso de tres juntas que en lo más lejano arañaban la tierra con la punta de sus rejas. El campo parecía matizado de un mismo color, el verde profundo de los trigos ya hechos, y de las cebadas en flor. No había esa infinita variedad de matices que constituye el principal encanto de los países húmedos donde crecen el helecho y el lentisco, sino una uniformidad de tonos desesperante para el que fuese allá á buscar los atractivos de un paisaje lleno de contrastes; y que, sin embargo, poseía toda la belleza de la antigua poesía clásica que se fundaba más bien que en los contrastes, en el oculto idealismo encerrado por las formas.

Dieron las cinco en los relojes que honran los edificios de la ciudad de Alcalá, y de una y otra parte empezaron á asomar las gentes que se echaban fuera de sus viviendas para espantar el ánimo; de aquí para allá veíanse grupos de militares que marchaban haciendo sonar las espuelas en sus botas; comparsas de clérigos que paseaban despacito, deteniéndose cada veinte pasos á mirar el terreno que habían andado; coros de muchachas con pañuelos de seda á la cabeza, y autorizadas por la cofia blanca ó gris de una anciana; saltones enjambrados de niños que se perseguían corriendo por las verdes llanuras de una á otra parte.

El antes silencioso y solitario campo se llenaba de gente.

Don Claudio Bartolomé de la Formoseda se había apeado del coche y apoyado en su robusto junco contemplaba el límite de la carretera hacia el horizonte invisible,

y su señora dentro del carruaje movía muy rápidamente un abanico y asomaba de vez en cuando su blanca cabeza por la ventanilla, escurriéndolo toda la carretera.

Por fin D. Claudio levantó la vista en dirección á la derecha, y dijo:

—Ya le tenemos aquí.

En efecto, había distinguido una nubecilla de polvo en el camino; y bien pronto de entre ella se destacaron las formas oscuras de un jinete que venía al trote. Era el señorito de la Formoseda. En efecto, venía cubierto de polvo, rigiendo con desenfado y abandono un caballo negro de gran alzada y gallarda postura. Echó pie á tierra, saludó á sus padres con abrazos, y luego dijo, mostrando sus palabras un profundo disgusto:

—¿Pero qué sucede? ¿Qué motiva esta llamada tan imprevista? ¿Por qué me han llamado Vds.? He pasado muchas horas de angustia creyendo que estarían Vds. malos. Por fortuna los veo á Vds. No me explico qué es lo que sucede.

Don Claudio le puso la mano cariñosamente en el hombro, y contemplando embobado la hermosa figura de D. Ricardo, le dijo:

—Eso ahora lo sabrás. Vamos á casa.

Un zagal se apoderó del ramal de la cabalgadura de D. Ricardo, y éste entró en el coche con sus padres dirigiéndose á la casa solariega de los señores de la Formoseda.

V

Al día siguiente

Al día siguiente el señor de Formoseda llevó á su hijo á la iglesia de San Diego, y allí á empujones cariñosos le llevó á la capilla que vulgarmente se llama de los sepulcros, y le dijo:

—¿Ves ese cuadro que hay en ese frontis?

—Veolo,—dijo el señorito de la Formoseda,—y cien veces lo he visto. Pero ¿a qué viene el que V. me lo enseña?

—¿Sabes lo que representa?

(Continuará)

LOS VIEJOS

III Y ÚLTIMO

Al concluir el artículo anterior emplazábamos para éste á las «*amotinadas viejas*» de 200 meses, con el fin de demostrarles que los viejos han manejado gloriosísimamente el talisman maravilloso poseedor del secreto de conmovier el corazón, haciendo temblar la boca con las convulsiones de la risa, ó acudir á los ojos las lágrimas de los más puros sentimientos.

¿Quién como Cervantes? Pues el Manco inmortal había ya cumplido 58 años cuando publicó la primera parte del Quijote, y 68 cuando la segunda. Y ¿ha habido autor alguno que sepa hacer reír como aquel viejo inmortal?

A escape hemos de citar sólo algunos nombres para probar que la imaginación creadora de la novela, se alza mas y más alto todavía mientras más años cuenta; como si las fuerzas de la inventiva fuesen proporcionales á la edad. Lo mejor de Dumas y de Balzac no es lo primero que salió de sus plumas. Victor Hugo escribió á los 57 años «*Los Miserables*,» y á los 70 «*Los anales de un año terrible*,» octogenario ya, ha publicado el «*Torquemada*,» y 300 cuentos. De 57 dió al público Swift «*Los viajes de Gulliver*,» De 58 Defoe el «*Robinson*,» De 48 Dickens «*El cuento de las dos Ciudades*,» y de 52 «*Nuestro mutuo amigo*,» De 56 Longfellow «*Los Cuentos de una posada*,»

Ya muy en el otoño de la vida (y no puntualizaremos los años por tratarse de damas) publicaron George Elliot (Mariana Evans), Fernán Caballero (Cecilia Bowly) y Ossiana (Catalina Macpherson) las mejores de sus preciosas novelas. Y, aunque de otro genero, no se olviden las obras de Santa Teresa, correspondientes á los últimos años de su vida.

Es tal la abundancia de citas que en materia de letras y de artes acude al recuerdo, que la dificultad del elegir es lo que entorpece el volar de la pluma, para probar que las más admirables creaciones del genio han venido al mundo después de haber cumplido sus autores la edad de 45 años, límite infundado de la potencia imaginativa.

Lope de Vega murió de 63, después de producir, según dicen, 1800 comedias y 400 autos sacramentales. Créese que pasaba de los 55 Tirso de Molina, cuando escribió «Desde Madrid á Toledo», una de las mejores de sus 300 comedias. Calderon compuso la mayor parte de sus 500 obras dramáticas desde los 51 á los 80 años.

Y ya en la época moderna ¿cabe no citar á Breton y al Duque de Rivas en el número de los viejos fecundísimos?

Lo mejor de Shakespeare, siendo todo portentoso, son sus últimas creaciones, posteriores á los 45 años. Lo mismo hay que decir de Molière. Ambos murieron quincuagenarios; y sus fuerzas inventoras eran aún inmensas, cuando cedia en ellos la vital. De 50 años produjo Racine su «Esther» y de 52 su «Atalia».

No es posible que las 54 comedias de Aristófanes fueran, todas, obras de su juventud, puesto que consta haber estado 39 años ocupado en ellas.

A Homero (sea de este personaje lo que la crítica quiera) nos lo representa la tradición mendigando, viejo y ciego, su pan de puerta en puerta.

Dante debió escribir mucho de su «Divina Comedia» cerca de los 50 años. Milton, sin duda, tenía más de 54 cuando empezó el «Paraíso perdido». Goethe casi nada notable hizo hasta después de los 45; á los 48, «Hermann y Dorothea»; á los 56 «Fausto»; á los 59, «Afinidades»; á los 82 «Helena» (2.ª parte del Fausto). Lafontaine dió á luz de 73 años los 3 últimos libros de sus fábulas; y de 54 á 71 Béranger sus canciones y su autobiografía.

Pues, si de los poetas pasamos á los oradores, á los historiadores, á los críticos, á los jurisperitos.... acuden á la memoria los nombres de Ciceron, gran parte de cuyos tratados son de los 58 á los 62 años de su edad; Hallam, cuyo «Exámen de la literatura europea» es de los 52 á los 61; Lista, que, septenario, escribió sus críticas; Littré, que empezó, quincuagenario ya, su Diccionario impenso; el P. Mariana que murió casi nonagenario; Chateaubriand, que á los 63 publicó sus «Études»; Lamartine que á los 57 dió á luz «Los Girondinos»; Luis Blanc, que á la misma edad mandó á la prensa la «Historia de la Revolución del 48»; Grote, que, entre los 52 y los 62, escribió su «Historia de Grecia»; Carlyle, que á los 59 publicó los dos últimos tomos de «Frederik the Great»; Prescott, que á los 51 imprimió la «Historia del Perú», y tantos, tantos otros como merecen siquiera mencion, Macaulay, Gibbon, Michelet, el P. Isla, Mosonero Romano, Fermin Caballero, Patricio Escosura, Duran.... y cien nombres más y más, ¡todos ilustres!

¿Y pintores? Tiziano, el artista siempre jóven, aunque murió centenario; Lúcas Jordán, septuagenario; Murillo, que pintó el San Antonio de la catedral de Sevilla en los



EN EL COSTURERO

últimos años de su vida....; Riard, decano de los pintores franceses, que acaba de morir octogenario; septenario, Simonis, el famoso escultor; Auber, el músico, de 80; Suppé....

Ibamos aún á citar los «Idilios» de Tennyson; los «Cantos en muchas claves» de Holmes; los «Poemas» de D. José Joaquín de Mora, el enemigo de los asonantes; el «Tratado sobre la naturaleza humana» de Hobbes; á D'Alembert, el esclavo de la libertad más aún que matemático; á Alcúino, tenido por el más sabio de su tiempo; á los octogenarios Johnson y Aldrovand; á Alburquerque el famoso héroe portugués del Malabar; á Belisario, el General que con menos medios ha hecho más; al viajero Bonpland, octogenario...; pero alguna vez hemos de dar punto á la enumeración de LOS VIEJOS INMORTALES; y aquí nos separamos de tan buena compañía.

Muchas veces, años enteros quizá, hemos estado pensando continuamente en escribir un libro con ese título glorioso: «LOS VIEJOS INMORTALES»; y esa es la razón porque tantos nombres de oro se encuentran archivados en los registros de nuestra memoria.

No; no han sido buscados ahora expresamente para impugnar la infundada teoría del paralelismo entre la decadencia física y la intelectual; ántes bien y muy al contrario, por habernos llamado constantemente la atención el hecho de que con los años crecen el talento y la imaginación, hasta convertirse en genio; por eso, nos extrañó desde un principio la reciente insistencia en sostener, contra toda evidencia en nuestra opinión, la malaventurada teoría de un paralelismo que no existe.

Si como disminuyen, sin excepción, la gracia, la esbelta y el vigor muscular con el trascurso de los años, decrecerían también y SIN EXCEPCION las potencias intelectuales.... ¡oh! entonces no existirían ni la *Iliada*, ni el *Paraíso perdido*, ni el *Quijote*, ni el *Fausto*, ni.... pero ¿á qué citar?

Y hay otra prueba contraria al paralelismo del desarrollo psíquico y del corpóreo. Prueba evidente LA PRECOCIDAD.

No entraremos en pormenores; porque en un artículo consagrado á los «Viejos» no cuadraría bien, en modo alguno, el hacer la apoteosis de la juventud.

Pero alguna indicación hemos de hacer.

No es siempre cierto el repetido dicho de

Carlyle de que «mientras más rica es una inteligencia, más lento es su desarrollo.»

Gran número de los que llegaron á ser VIEJOS INMORTALES, empezaron llamando la atención por su precocidad. Leonardo da Vinci, Huyghens, Kepler, Galileo, Leibnitz, Newton, Franklin, Humboldt, Dante, Lope de Vega, Calderon, Víctor Hugo... y varios más de los citados.

Y, si todavía parecieran pocos, cítenos entre las precocidades portentosas á Pascal, que á los 12 años y sin auxilio de libro ninguno encontró las 32 primeras proposiciones de Euclides; á Mozart, que á los 8 años tocó el órgano en Versalles, rival ya de los más grandes maestros; á Rafael, genio ya á los 17; á Byron, Bellini, Fortuny, Espronceda, Larra; á Alejandro Magno; á Napoleón primero, á Pitt.... y miles y miles de artistas é inventores que bajaron al sepulcro antes de la edad viril; ó que, aun habiendo muerto de edad procreta ejecutaron de jóvenes, ó poco más, sus obras más celebradas. Santo Tomás y Balmes, murieron antes de ser quincuagenarios. Lo mejor de García Gutiérrez y de Hartzbusch son sus primeras producciones. El Gran invento de Watt fué de casi niño.

No; no existe el paralelismo supuesto.

En algunos casos podrán coexistir el crecimiento de las facultades físicas con la perfección de las intelectuales; pero en los más, cuando el cuerpo empieza á declinar, todavía sigue aumentando el vigor psíquico; y en muchos, la precocidad ha sido una aborrida luminosísima del genio.

Algun ejemplo podrá aducirse de chochez. Verdad, ¿Y qué? ¿Quién puede negar que Hartzbusch perdió la lucidez de sus facultades en los dos últimos años de su vida? ¿Ha dicho alguien que los hombres de talento conservan siempre la integridad de sus potencias? ¿No ha habido enfermos de enfermedad mortal que todavía han ejecutado obras maestras? Tomás Hood, en el lecho de que no volvió más á levantarse, compuso «El Puente de los Suspiros».

No; no existe tal paralelismo. El desarrollo cerebral no corre parejas con el de los demás órganos. Platon era tan vigoroso luchador, que pudo presentarse á disputar los premios píticos é ístmicos; pero ¿podría deducirse de aquí que todos los filósofos tienen fuerzas musculares de jayán?

Dícese que el genio muere sin descendencia; lo cual es cierto, puesto que los grandes hombres no tienen hijos como ellos; pero, porque Aristarco, el crítico, tuviese dos hijos idiotas, ¿puede deducirse que el talento no engendre nunca más que tontos?

De los hechos aislados no puede deducirse más que la realidad de su existencia, pero de la repetición de los casos se deducen siempre leyes.

La aparición, pues, y el desarrollo de las potencias intelectuales, así como su fortuita decadencia, no siguen, en general, paso á paso el desarrollo y la decadencia de las facultades físicas del hombre.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



CONVERSACION INTIMA, cuadro por F. Gtárbina



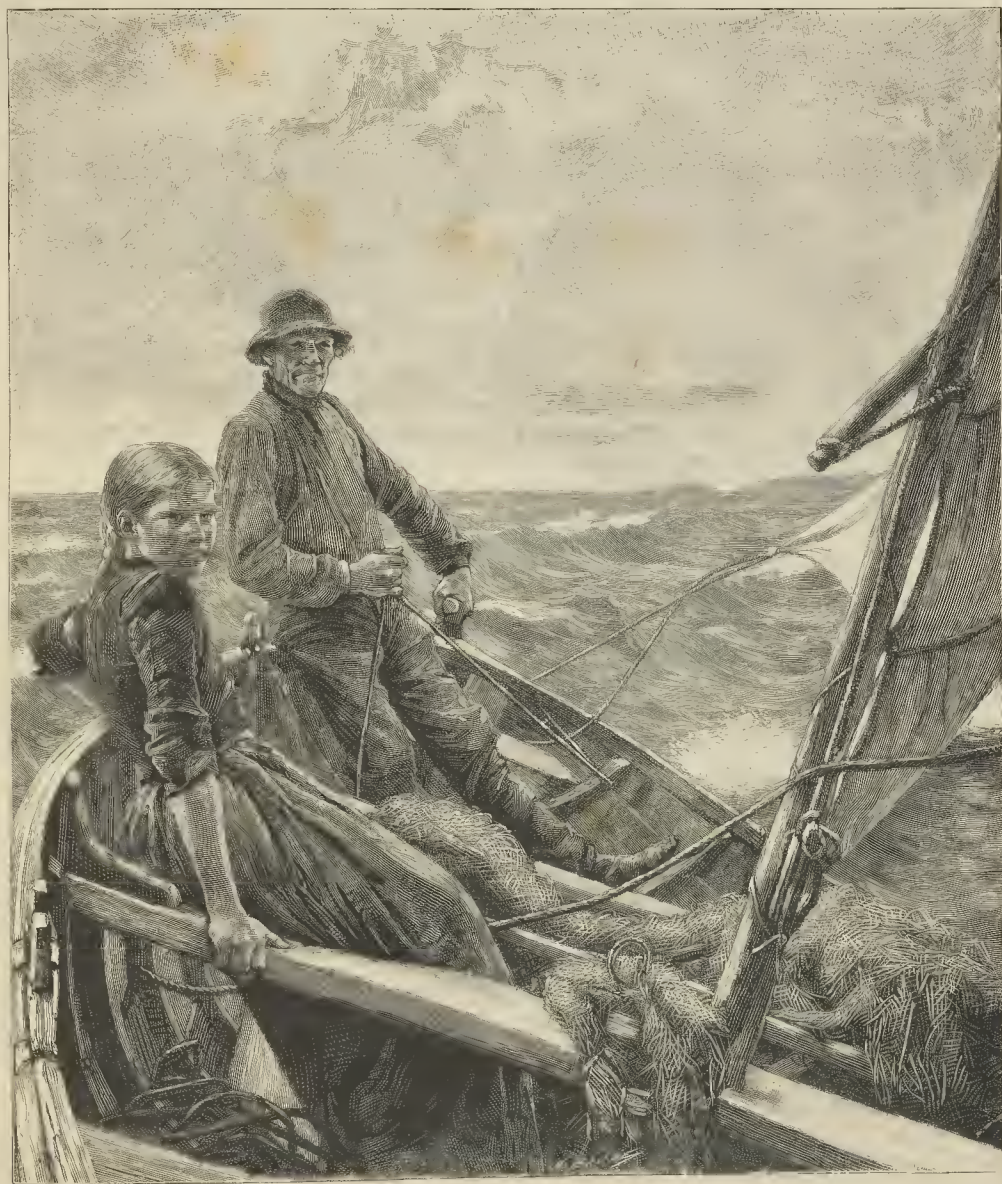
AÑO III

→ BARCELONA 5 DE MAYO DE 1884 →

Núm. 123

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Número dedicado á la reproduccion de los principales cuadros presentados en EL SALON DE PARIS DE 1884



LA VUELTA DEL PESCADOR, cuadro por M. Edelfeldt

ADVERTENCIA

La ILUSTRACION ARTISTICA, que no perdona ocasion ni sacrificio para que sus favorecedores posean las mejores reproducciones del arte de todos los tiempos, tiene la satisfaccion de publicar en el número presente las copias de siete lienzos, escogidos entre los mejores del último *Salon de Paris*.

Un contrato especial con los propietarios de *Le Monde illustré* nos ha facilitado dar á la estampa esas primicias del arte, al mismo tiempo que se publican en la capital de la nacion vecina.

Atenta nuestra ILUSTRACION á todas las manifestaciones del arte, ha tomado á las disposiciones necesarias para que sus suscritores posean bellas copias de los lienzos que más se celebren en exposiciones notables, inclusa la que próximamente ha de verificarse en Madrid, que parece pondrá el sello á la reputacion de nuestros más renombrados pintores.

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—¡ALELUYA! por don José de Siles.—EL CORAZON DE FORMOSEDA (continuación), por don J. Ortega Munilla.

GRABADOS: LA VUELTA DEL PESCADOR, cuadro por M. Eidefeldt.—CLEMENTE V DESPUES DEL FESTIN DE SU CORONACION, cuadro por J. P. Laurens.—UN MATRIMONIO INOCENTE, cuadro por M. Buland.—ENTIERRO DE ATALA, cuadro por M. G. Courtois.—¡ABANDONADO!, cuadro por M. Deschamps.—¡POBRE YORIKI! cuadro por M. Dagnan.—SUFIMIENTO ARTISTICO: RETRATO, por M. Chaplin.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

¿Dónde está la primavera?—Lluvia, nubes que pasan.—Vivir es nadar.—La nostalgia de la rana.—Velo de cristal.—¡Viva el paludismo!—Elogio del simon.—Italia en Madrid.—Rossi y Hamlet.—El ser más fiel y el ser más ingrato de la creacion.—Dime cómo es tu perro y te diré cómo eres.—*La gran Comedia*.—Un ingenio en China.—Las elecciones.

Es preciso ser muy crédulo, tener una absoluta certeza en las verdades oficiales, para estar seguro de que nos encontramos en primavera. Parecemos condenados á ver desmentido, cada día una vez, aquello que los programas de la vida anuncian. Al llegar á esta parte del año, al pisar las últimas tablas del puente que separan abril de mayo, estamos tentados de retroceder y volvernos á los más tranquilos y apacibles días del invierno. Al menos en ellos nos consolaba la chimenea, con sus llamas crepitantes y saltonas: las eses de fuego, los azules relámpagos que exhalaba al quemarse la resina encerrada en los leños, dibujaban en nuestra retina un cuadro luminoso de perspectivas idéntas. Pero ahora la chimenea está cerrada, vacía, y yacen en ella, convertidos en ceniza, los últimos rescoldos. Llueve á destajo, las nubes corren sobre nuestras cabezas y vuelan sobre la humanidad atónita sus odres llenos de agua. Esta procesion de nubes parece no terminarse nunca: pasan los días y las semanas, y el agua sigue cayendo. Las ciudades preséntanse al observador envueltas en una mortaja de cristal, que á tal puede compararse este velo de hebras de agua que tejen los ángeles aquí arriba y lo dejan caer de un incansable telar. Si esas multicolores viajeras, si esas peregrinas flotantes, lloran alguna desgracia, grande ha debido de ser esta según es el llanto. Si tratan de remojár la tierra y prepararla á las faenas de la agricultura, hay motivo á creer que proyectan convertir toda la península en un inmenso plantío de arroz y hacer de todos los españoles pálido pueblo de ribereños y huertanos.

Como los madrileños no están acostumbrados á tan continuadas lluvias, no hay en nuestros usos trajes á propósito para sobrellevarlos. Con este sol vivísimo, con este limpio cielo, el paraguas es un mueble que sólo sirve para dejarlo olvidado en las tiendas y cafés; y los chanclos un monstruoso calzado que, si se ve en los escarpates de las tiendas de goma, rara vez oprime un pie que se estime en algo. Tenemos arreglado nuestro vestuario para vivir en un país de temperatura agradable y claros horizontes. Si esto sigue será preciso sustituir el paño por el caoutchouc, la seda por el hule, la bota por el chanclo...

¡Ah, feliz el que tiene coche! Comprendo que los cocheros de Madrid se hayan declarado en huelga en estos días en que son tan necesarios. El coche de alquiler en la capital de España, con su ético caballo, con su imundo auriga, es, cuando llueve, un elemento social importantísimo.

Hoy es la *caesafuana* con que los madrileños nos aventuramos por esta ciudad sumergida, chorreando agua el jamego de sus súcitas crines, despidiendo por las ruedas la berlina chispas de barro, que saca al entrar en los charcos; es esta máquina semoviente la última degeneracion de la concha marina de Neptuno. No hay nada más feo, no hay nada más útil. Si queréis que sigamos contando lo que en Madrid ocurre, permitidme al menos entrar en una berlina de alquiler.

**

¿Dónde vamos? Recorramos los teatros.
¿Qué es esto! ¿Tan rápida marcha tiene el caballo de

este coche de alquiler que hemos tomado, que, sin advertirlo nosotros mismos, nos ha trasportado á Italia? Tal vez estamos cerca del Tíber, acaso no lejos del Vesubio. Pero no: dicen que nos hallamos sobre un volcan, mas no es el de Nápoles, y la Italia en que hemos caído, es una Italia viajera, la Italia de los artistas que van y vienen de pueblo en pueblo, representando y cantando dramas y óperas con esa particular gracia del histrionismo que Dios ha concedido á los italianos.

En el Teatro de la Zarzuela hay ópera italiana, ópera de á tres pesetas: si la tiple da el *si*, ya se comprende que un *si* de doce reales ha de parecer un *no*.

En la Comedia el gran trágico Rossi interpreta obras maestras. De verdadero acontecimiento artístico puede calificarse la representación de *Hamlet* dada por este insignificante actor en el dicho teatro. Los dramas de Shakespeare se resisten á ser interpretados por actores de medianas facultades. Una oda al mar hecha por un principiante, por un poeta calagurritano, será siempre un bostezo de las musas y una invitacion al sueño: hecha por Quintana, es el hermoso canto del progreso y del triunfo del espíritu que honra las letras humanas. Pues de igual modo si entregais los dramas de Shakespeare á actores medianos habreis convertido á *Rosalind* en un vulgar Epicuro, á *Macbet* en un intrigante de melodrama, á *Desdemona* en una damisela llorona é histórica: habreis arrebatado á estas figuras toda su grandeza. No es posible tocar á lo divino sin mancharlo. No se pinta el cielo con un pincel y azul de Prusia, sino disolviendo átomos de genio entre los átomos de pintura. *Hamlet* es un lado de la humanidad, el lado de las pasiones negras, del odio y la venganza, el espíritu humano cuando ya en la cuna ha recibido entre los sorbos de la leche matriz los dejos de la hiel que amarga. Rossi expresa como nadie este carácter hecho de violencia y amor, en que hay una mano que acaricia y una garra que hiera, un puñal y un beso, un cerebro enfermo y un corazón lacerado.

No se aprende en los conservatorios de artes ni en las cátedras de declamacion, esa manera de decir, este instinto de actor que ve entre las onabras y lee entre las líneas. Lo que el hombre de ciencia no consigue cuando devora volúmenes y saquea los tesoros de las bibliotecas queriendo hacer revivir en su imaginacion un carácter histórico perdido, lo hace el actor de genio con la simple lectura de aquel manuscrito, sin otra fuente de erudicion que las apostillas y entrecomados del diálogo. Tal es el privilegio por el que el arte escénico tiene vida propia, y en virtud del cual Shakespeare escribiendo su monlogo *ser ó no ser*, necesita de Garrick para que las líneas de negros caracteres sean evocacion de lágrimas y dolores.

**

En punto á dolores, aunque no humanos, no dejan de ser dignos de atencion los que experimenta la raza canina. Un bando cruel es fijado todas las primaveras en las esquinas. Los perros viejos ya le conocen por cierto olor de sangre inocente que exhalan sus caracteres. En vano el perro es el compañero más fiel del hombre. En su conducta para con este y en el cruel pago que de ella recibe hay motivo para dos frases admitidas en el lenguaje comun. «Fiel como un perro» se dice de todo hombre que tiene la virtud de la fidelidad. «Se le trata como á un perro» se dice de aquel á quien injustamente se maltrata. Entre estas dos frases colocad al hombre y al perro, al primero armado de su escopeta, al segundo armado sólo de su instinto; el primero hecho verdugo de la naturaleza por su gusto, el segundo hecho cómplice del crimen por agradar al hombre. Aquella primera frase es un sollo de majestad y nobleza á cuya sombra puede acurrucarse el perro á presenciar al efecto en un patíbulo.

El perro acompaña al hombre, y se acomoda á las condiciones de su amo, participa de sus vicios y toma algo de su estado social. El avaro pone á las puertas de su tesoro un perro feroz y cumplido que á un duermiente ladra, que sueña con ladrones, y muestra su cruel dentadura á cuantos se acercan. Carlos V, acercando su lebral según nos le pinta el maestro, está en buena compañía. Las Vénus del Ticioano suelen tener allí cerca en un pliegue del ropón de terciopelo sobre que se destaca su hermosa desnudez, ó al pie del lecho, un perrillo faldero, un gozquecillo de ojos curiosos y lascivos. Tampoco está un mal acompañado la madre del amor por esta alimánica que viene á ser el pecado vigilante. La soledad del pastor está acompañada del feroz mastín que tiene la fuerza de un mulo y la compulencia de un asno. El aficionado á la caza no puede salir sin su podenco de luenga oreja que envuelve su cabeza en una especie de flotante esclavina. El aficionado al campo por el campo mismo, el amigo del paseo, suele ir acompañado de un sedoso terranero el más inteligente de todos los seres despues de la mitad del género humano. En suma, cuando en el recodo de una avenida del Retiro, ó de una senda de la Casa de Campo veo venir hácia mí un perro, casi advino qué clase de persona viene detrás.

A los que aman á los perros hay que advertirles que estén con cuidado. El Borgia municipal prepara sus misteriosos bebedizos, hace sus embudidos de ultratumba y acecha en las esquinas el paso de un perro inocente.

**

Las elecciones se están efectuando en España en los actuales momentos. La urna está en cinta de la Repre-

sentacion Nacional. ¿Dará á luz dichosamente? Las curules de la Inclusa esperan á los diputados desconocidos. Las musas de la locuocencia preparan sus productos. Séanos ligera la taquigrafía.

**

La gran Comedia es el título de una excelente obra dramática representada en el teatro Español. Su autor es Enrique Gaspar, agente consular de España en China. *La gran Comedia* es la vida, ficcion, engaño, miserable farsa donde los orpelles ocultan desdichas, el taico lagas y donde la luz de las candelijas escénicas riela sobre lágrimas.

El público aplaude estos retratos de su fealdad, cuando están hechos con talento. Las *Meninas* de la Casa de Austria sonreian de gozo cuando las pintaba Velazquez. Y eso que las pintaba tan feas.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LA VUELTA DEL PESCADOR, por M. Eidefeldt

¡Cuán grata impresion produce este cuadro! Diríase que su autor se ha propuesto dar una idea de la tranquilidad de los elementos en armonía con la tranquilidad de los personajes... ¡Qué de verdad, qué de franqueza en esas actitudes, en esos semblantes del viejo marino y de su joven compañera!...

El mar es un teatro que acaba por imprimir tipo especial á sus actores. Cual si en el mundo del agua, sin obstáculo alguno entre ellos y el cielo, sin rumor alguno que turbe la quietud de la inmensidad, se sintieran vigilados más de cerca por el Creador ó llegasen más distintamente á sus odos los preceptos de moral eterna, la gente de mar refleja en su semblante la lealtad de todos sus actos.

A la vista de esa pequeña embarcacion y de sus tripulantes, cualquiera diría espontáneamente:—Hé aquí á dos miembros de una familia honrada...

CLEMENTE V DESPUES DEL FESTIN DE SU CORONACION, cuadro por J. P. Laurens

Clemente V, llamado Beltran de Got, fué elevado al supremo pontificado en 1305. Ardia Italia en guerra á causa del encono entre güelfos y gibelinos; por cuyo motivo, ó quizás cediendo á las influencias del rey de Francia, puesto que Beltran era francés, resolvió establecer la Santa Sede en Aviñon. Fué el primero, dice Petrarca, en preferir las salvajes riberas del Ródano á lasafortunadas orillas del Tíber. Coronóse en Lyon con extraordinaria pompa, asi como, entre otros magnates y príncipes, los reyes D. Jaime de Aragón y Felipe el hermano de Francia.

Terminada la coronacion, que tuvo lugar en la iglesia de San Justo, celebróse un gran banquete, en el cual los comensales, olvidando su propia dignidad y la dignidad de la persona agasajada, hubieron de estar tan destemplados que, viniendo de las burlas á los insultos y de los insultos á las cuchilladas, perecieron, entre otros, varios cardenales de la comitiva del pontífice.

Sin duda el autor de nuestro cuadro ha supuesto que los cadáveres hubieron de ser trasladados á los subterráneos, en donde Clemente V, vistiendo aún el rico traje de la coronacion, contempla los restos animados de los que poco tiempo ántes fueron sus compañeros en la Iglesia Romana.

La obra de Laurens es horrible de verdad y la impresion que causa es tan desagradable como su asunto. Pero de todas maneras no puede negarse que es una buena obra de arte.

UN MATRIMONIO INOCENTE, cuadro por M. Buland

En este cuadro todo es primavera, las personas y las cosas. Verdadero idilio en accion, nos enseña cuánta felicidad cabe en la tierra, siquiera la felicidad de nuestros jóvenes esposos sea muy distinta de la de los poderosos del mundo.

Bien humilde, por el contrario, es su condicion; bien pocas galas realizan la hermosura de la novia; pero necesitan joyas, perfiles, ni artificios la que, como ella, tiene el semblante de ángel y de ángel tiene el alma?

Apénas unidos, vuelan nuestros esposos al campo; al campo donde se conocieron, al campo donde se amaron, al campo donde todos los días combatirán por la vida, al campo que hoy les emblesa con sus flores y mañana les alimentará con sus frutos.

¿Cuántas desposadas, cubiertas de encajes y pedrería, del brazo de un magnate, cuyo pecho se halla cubierto de bandas y cruces, contemplan con cierto desprecio á nuestra humilde pareja y se sobrecorrieran de horror á tener que arrostrar su destino!... Y sin embargo, ¿quién sabe... Quizás al cabo de algunos años, al hacer el balance de su dicha uno y otro matrimonio, no fuese el hogar del pobre el más triste y solitario...

ENTIERRO DE ATALA, cuadro por M. G. Courtois

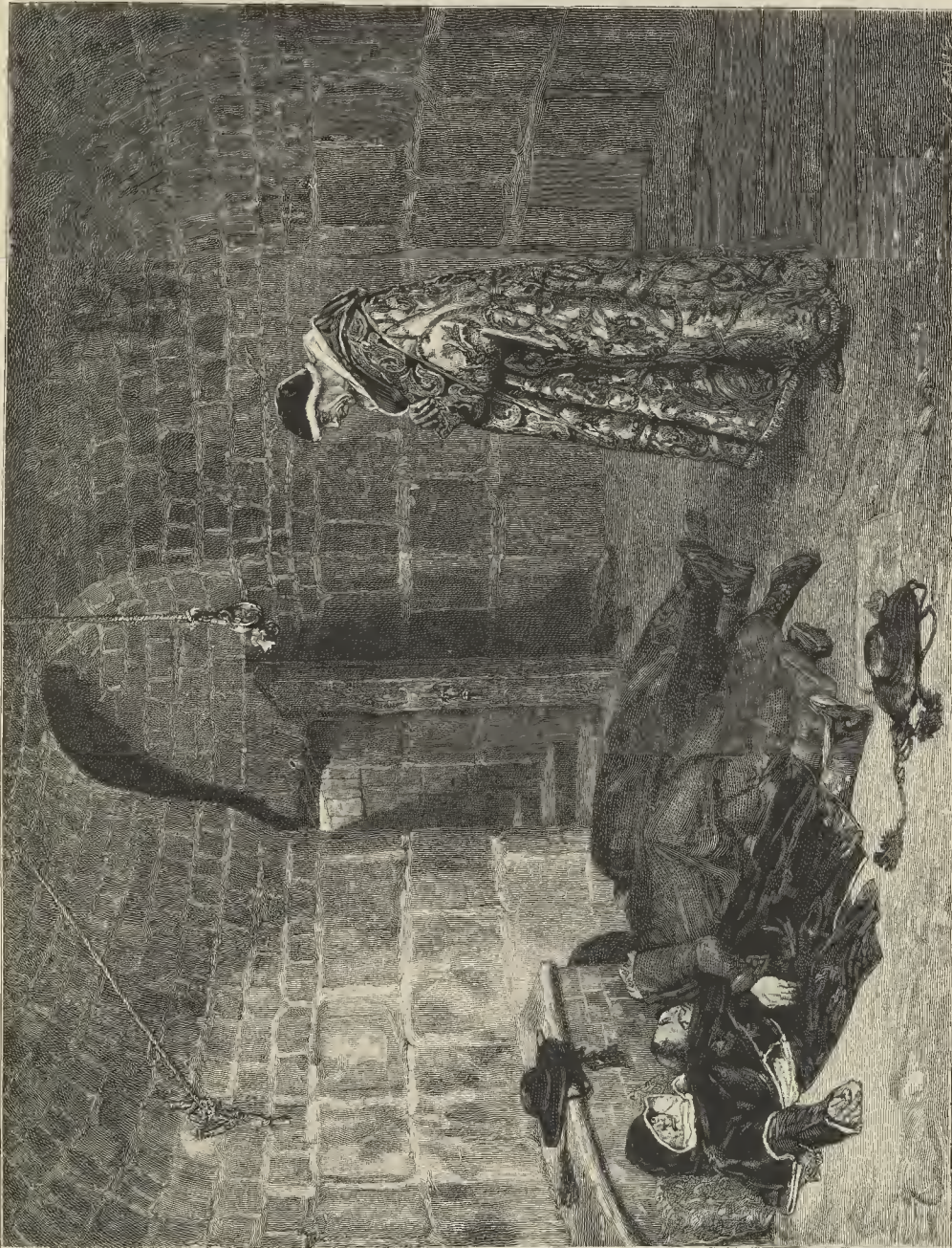
Atala es una de esas criaturas que debe su inmortalidad al genio de un hombre. Como Minerva surgió armada de la frente de Júpiter, según la mitología, las grandes figuras de las eminencias literarias surgen de la mente de sus autores en el completo de su desarrollo y de tal suerte privilegiadas que pasan á la posteridad en estado inerrup-

tible. Así acontece con la *Julietta* de Shakespeare, con la *Franziska* de Dante, con el *Ingenioso Hidalgo* de Cervantes, con la *Esmeralda* de Víctor Hugo, con la *Margarita* de Goethe y con la *Atala* de Chateaubriand

El autor de los *Mártires*, que quiso pasar á la Historia

como un gran diplomático, cuando la Historia ni se ha ocupado ni se ocupará de él sino como un gran poeta cristiano, personificó en Atala lo que podríamos llamar perfección del idealismo virginal. Chactas la ama con una pasión salvaje y la hermosa americana no siente ménos amor por

el impetuoso mancebo, pero en el amor de uno y otro enamorado hay una diferencia esencialísima. Chactas ama con los sentidos, Atala ama con el corazón; Chactas ama como aman las criaturas de barro; Atala ama como aman los ángeles del cielo



CLEMENTE V DESPUES DEL FESTIN DE SU CORONACION, cuadro por J. P. Laurens

La desdichada sucumbe, porque su vida no es la vida de este mundo, su patria no es la tierra.... Chactas conduce á la fosa el cuerpo inerte de la interesante Atala y un rayo de luz divina penetra tardíamente en el pensamiento del jóven. El anciano eremita recibe la preciosa carga que conduce el desesperado amante y encamina el pensamiento de Chactas á que busque á su amada entre los coros de las vírgenes celestiales.

Esta escena fúnebre ha ejecutado Courtois con verdadero sentimiento artístico. De su cuadro se puede decir que es una poesía pintada.

¡ABANDONADO!... cuadro por M. Deschamps

¡Es posible!... ¡Hay madres que abandonan realmente

á sus hijos? El delito que no cometen las fieras ¿hay padres desnaturalizados que lo cometan?...

¡La necesidad!... ¡Cuán pocas serán las madres que, obligadas por la necesidad, expongan á sus hijos á la vuelta de una esquina!...

¡La vergüenza!... ¡Horrible excusa! ¿Acaso lo que engendró el vicio, se borra mediante un crimen?...

¡Pobre niño inocente! Muy abiertos tienes los hermosos ojos, vueltos al cielo... Es que en el cielo únicamente ves estrellas, ignorante de lo que son nubes preñadas de tempestad. Tus padres, sin corazón, han depositado, entre los harapos que te envuelven, un papel en que imploran para tí la protección de las almas generosas. ¿Con qué derecho la esperan los padres que te abandonan!...

Tales son las reflexiones que inspiró el cuadro de Deschamps, hermoso lienzo y al mismo tiempo página admirable de moral al alcance de todos.

¡Desdichado de aquél á quien remuerda la conciencia ante ese cuadro!...

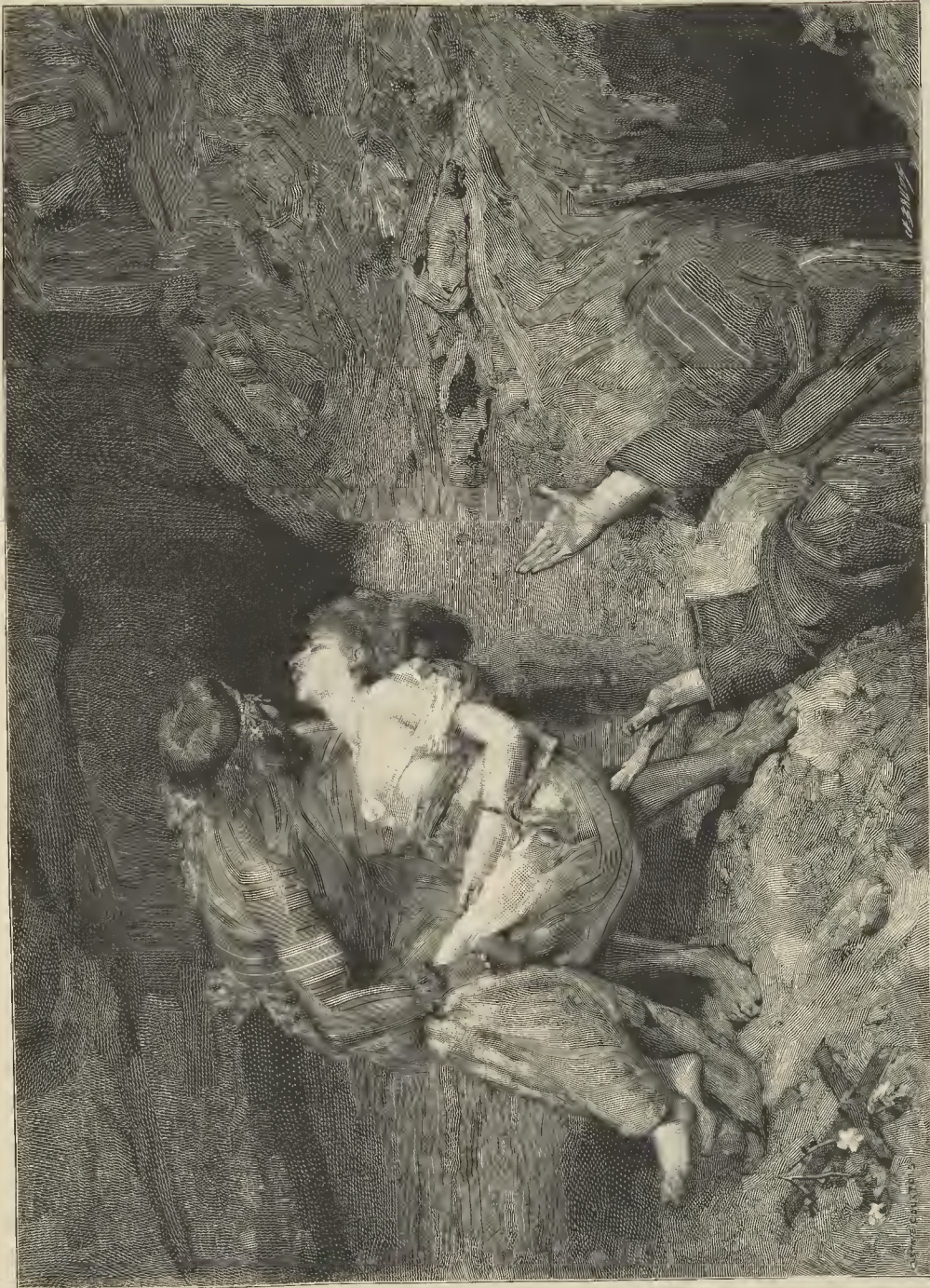
¡POBRE YORICK!..., cuadro por M. Dagnan

Este cuadro tiene cierta analogía con el de Courtois. Tambien hay en él una fosa y un sepulterero y un hombre jóven, que contempla los restos de otra criatura humana.... Pero en el cuadro de Dagnan podríamos decir que el muerto es Hamlet, porque muerto está el hombre que sólo vive para la venganza....

La sepultura que se abre es, también, para una vírgen,



UN MATRIMONIO INOCENTE, cuadro por M. Eiland



ENTIERRO DE ATALA, cuadro por M. G. Courtois

para la infeliz Ofelia; pero la virgen de Shakespeare es muy distinta de la virgen de Chateaubriand; aquella se suicida inconscientemente después que el amor de un hombre, ó mejor su desamor, la ha vuelto loca; esta se muere de lo que se morirían los ángeles si bajasen á la tierra y temieran manchar sus alas.

Hamlet va al cementerio donde se abre la tumba de Ofelia, de Ofelia que es su víctima inocente, y en lugar de matarse como un desesperado ó de pedir perdón á Dios como un creyente, se entretiene en filosofar á propósito del cráneo de cierto actor bufonesco y en decir una porción de cosas muy buenas, pero muy fuera del caso.

Bien han hecho los ingleses en escribir tomos sobre Hamlet: con los escritos y los que se escribirán, no se acertará á explicar lo inexplicable, ó sea el verdadero carácter del príncipe de Dinamarca, que á pesar de ser una de las grandes creaciones del genio, dista mucho de aparecer destacada y nítida como el Macbet del propio autor ó como el Segismundo de Calderón.

Por esto sin duda el Hamlet del cuadro de Dagnan se resiente de cierta frialdad, de cierta falta de expresión, hija de que, como hemos dicho antes, el autor no ha podido comprender lo incomprendible.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

RETRATO, por M. Chaplin

Hay quien pretenda que un retrato no puede ser una obra de arte, una obra inspirada, una obra que revele á un genio. Los que tal dicen habrán visto probablemente alguna fotografía iluminada ó alguna de esas ramplonas copias del natural que pasan en breve tiempo del salón al desván y del desván á la prendería. Pero cuando el retratista se llama el Ticiano ó Velázquez, ó Rubens ó Goya, cabe que un retrato constituya, como acontece en los primeros Museos del mundo, una joya artística, expuesta en lo que se llama Galería de honor.

Chaplin en nuestros tiempos, como el célebre Madrazo, ha demostrado que en la ejecución de un retrato cabe desplegar inmensos recursos artísticos y hasta tener verdadero estilo propio, y por cierto que á nuestros favorecedores no ha de pesársles que en este ramo del arte, les ofrecemos una muestra tan bien acabada como lo es el Retrato de nuestro Suplemento.

¡ALELUYA!

La trompetería de los órganos de la Catedral, dejando salir por sus bocas en forma de flor torrennes de música, convocaba á los fieles á fiesta solemne. Temblaban las luces picadas de los cirios bajo el estrepito armónico, y á sus oscilaciones luminosas las mil labores de los retablos de oro brillaban alternativamente con deslumbrador oleaje de chispas y claridades. Lueros paños de terciopelo rojo cubrían los pilares de piedra del templo. Y allá en las bóvedas y en el fondo de las capillas, atraídas por los respiraderos, las nubes ya algo disipadas del incienso se rebullían en la sombra, como velos de gasa agitados por manos invisibles.

El blanco pavimento de mármol estaba ennegrecido por la multitud. Hinchía ésta las profundas naves, y apilábase en las puertas, apretada y revuelta, como las aguas alrededor de un remolino. Sobre el confuso y vasto manto que formaba la gente, algo blanco veíase á ratos avanzar, retroceder, estacionarse, cruzar ó circular en torno del templo; era una sobrepelliz que llevaba órdenes de un punto á otro, estableciendo sagrada armonía en la complicada función religiosa.

Días antes los pilares del templo hubieran repetido, agigantándolo, el zumbido de un ala; en tal silencio habían estado dormidos. La peste puso su mano estranguladora por toda la ciudad, arrancando de los labios, aún palpitantes, el suspiro de la vida. Viéronse doquiera casas mudas como sepulcros, procesiones de luctuosos, conyoves de la terrible fiesta de la muerte. Quedáronse viudos los lechos para poblarse las tumbas. Los cementerios, lugares de imperturbable recogimiento, rompieron sus puertas para recibir el prolongado tumulto de los muertos que le arrojaban. Aquí y allá se encontraba al padre buscando al hijo, el esposo á la esposa, el enamorado á la perdida doncella. Escenas de terror representábanse en cada esquina. Y en aquel oleaje fibreño, el acierto no había tirado un cable de salvación á la existencia naufragada. El sombrero espectáculo de los cadáveres inundaba en los vivos el hielo ó la desesperación. Parecía que la alegría había huído para siempre, como un ave espantada. Hasta la religión misma, con los esplendores de sus altares y las dulzuras de sus prometidas glorias, no despertaba en la imaginación pavorosa sino sombras de muerte.

El hábito de primavera purificado por fin la atmósfera contagiada. Casas rosadas volvieron á asomarse al balcón; pájaros gozosisimos cruzaron el aire; las flores desdoblaron sus pétalos, con la suavidad y armonía de un beso. Renunciando el mundo al placer, secó también sus ojos el espíritu afligido. El corazón, emballado largo tiempo por el dolor, empezó á dar golpes, á ensancharse, y á tantear una explosión que era un tronco bajo nieve que reverdecía con el sol. —¡Aire para los pulmones! ¡rayos para los ojos! ¡fiestas para el alma! —Ésta era la queja que revoloteaba en todos los labios. Entónces el templo, como un cielo de piedra, extendió sus bóvedas para recibir el canto del entusiasmo.

A todo un pueblo congregaba la Catedral. ¡Hermoso día fué aquel! El sol derramaba sus torrentes de luz sobre las vidrieras, cuyas transparentes pinturas incendiaban esplendorosamente sus colores fulgurantes. Las naves de ojivas aparecían bañadas de oro, de naranja y verde como maravillosas alamedas de bosque sagrado. Columnas y arcos, doseles y pilas, hornacinas y verjas participaban, en aquel momento, del fulgor del día, dejando su lobreguez eterna. —¡Aleluya! ¡aleluya! —Tal era el canto que vibraba en el ámbito divino. El llanto del arrepentimiento, el congojoso suspiro de la acción de gracias hinchaba todos los pechos. De pronto, hacía un rincón, allí donde ocultaban las sombras la camilla de los expósitos, resonó un grito. El canto de ¡Aleluya! seguía magnífico y solemne. Sus notas y versículos parecían sublimar al pueblo colocándole en esfera refractaria al pecado. El recuerdo aún pendiente del estrago venido, hacía incapaz de toda acción culpable. El grito, entre tanto, no distrajo la atención de la multitud; breves miradas, ligeros riueros, ecos de impaciencia: nada más consiguió para sí aquel lamento extraño é impopular. El canto de ¡Aleluya! lo ahogó entre sus olas de sonidos como un trueno de borrasca.

Cuando, terminada la función y cerradas las puertas, el portero de la Catedral entró con su perro junto al camastrojo de tabla de los expósitos, encontró un niño muerto.

«El también había cantado en un grito, el himno de ¡aleluya! al dejar á la humanidad que le había abandonado!»

JOSÉ DE SILES

EL CORAZON DE FORMOSEDA

POR DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

—Bien me lo ha dicho Fray Dimas el dómine que me enseñó á mascarullar el latín... Y V. se ha encargado de que no lo olvide repitiéndolo cada cinco días.

—Pues bien: yo lo sabes: eso significa y representa la toma del caserío de la Formoseda por tu quinto abuelo. —¡Gran hazaña y larga fecha! Es un grato recuerdo, pero con esto de las glorias históricas no pasa lo que con el vino: pasando tiempo se hacen más débiles. Vino añejo y glorias jóvenes. Hé aquí, querido padre, mis ideas.

—¡Ah, ah! —exclamó riéndose alto, á pesar de la sanidad del lugar, el señor de la Formoseda. —¡Cuánto gozo de oírte! No porque sean esas mis ideas, sino porque te veo con un talento! El mundo y los libros te han enseñado mucho.

—Los libros á pensar: el mundo á vivir. —Pero yo no iba á eso. Esa hazaña, á pesar de tus teorías, nos ha hecho la principal familia del país. Sólo nos falta una cosa para que nuestro poderío se redondee: que la única fortuna capaz de competir con la nuestra, la de los Lustrólas, se agregue á la de los Formosedas...

El señor hizo un gesto de disgusto y se miró las puntas de las botas.

—¿Me has entendido? —exclamó el padre bajando el tono de su ronca voz.

—De sobra, señor padre. —Los Formosedas tenemos el don de penetrar presto el sentido de las palabras.

—Pero no entró en el cálculo de V... ¿V...? hablemos en términos concretos... ¿V. quiere que yo me case con Resignada Lustróla?

—Exactamente, exactamente, hijo mío, gloria de los Formosedas...

—Y... eso... no puede ser.

—¿No puede ser?

—Yo tengo unos amores en Madrid...

—¿Si? vamos, algún trapicheo...

—No señor: va en ello mi amor de toda la vida.

—Hombre no me extraña que te enamores, ni que te gusten las mozas, ni que las busques y andes á su husma... Pero ¡un muchacho de tu edad, guapo como tú, listo más que Cardona y rico, se deje engañar de esa manera!... Resignada es guapa.

—Pero mi novia de Madrid lo es más.

—Resignada es rica.

—Mi madreñita, que no es madreñita, no tiene una peseta... ni zapatos nuevos siquiera.

—¿Lucido amor! Chico: desde que os habeis dejado caer la ropa hasta los pies, convirtiendo el calzon en pantalones y os habeis dado á leer gacetas y periódicos no sois como ántes eran los jóvenes. Por Dios, que no sacáis el jugo á la vida. Para vosotros es una caña estrujada y filamentosas: para nosotros era un surtidor de miel y Jerez. La gozábamos como un sueño de quince años. El amor era esclavo nuestro. El guardia de corps entendía el amor verdaderamente: era hijo de Venus. Vosotros sois sus hijastros... Enhorabuena, ten tus trapicheos, tus devaneos, tus amorcillos... Pero no te cargues de cadenas sin motivo... Entre paréntesis. La boda está arreglada. La heredera de los Lustrólas sabe que llegaste ayudo: te espera hoy á las doce para que comas con ella. Está loca por tí. A pesar de su taciturnidad la alegría se le escapa de los negros ojazos... Anda, pillete... ¡qué porvenir el tuyo!

El señorito se quedó pensativo y con la frente baja, contando las rayas del piso de piedra.

VI

La novia

Resignada era una mujer que había cumplido los veinticuatro años por San Andrés. Su rostro era la misma severidad, enjuto y seco, envuelto en las bandas negras de un pelo como el ala de la urraca, peinado sencillamente en dos trenzas que se desplegaban hacia las sienas en dos lisas masas y se retorcían sobre el occipital en un nudo de trenzas. Los ojos de Resignada eran grandísimos, teniendo la pupila un lugar muy exiguo allí en aquella inmensidad azulada de la córnea; la niña negra, de un negro profundo y sin brillo: la córnea amarillenta, de un blanco lechoso alrededor del iris y de un blanco vidrioso otras los vértices. Eran unas pupilas como no he visto otras; de una fijeza extraordinaria, de una inmovilidad severa, de una penetración desagradable y de una perspicacia que hacía desconfiar de ellas.

¡Ah, vosotros los ángeles del cielo de Sevilla, los artistas divinos á quienes Dios ha enseñado el secreto de hacer esos ojos que adornan el rostro de la andaluza como una estrella, un segmento azul del cielo... no habeis tenido parte alguna en estos ojos de Resignada, que hablan de una luz que no alumbraba, de un fuego que no calentaba, de un corazón que no ama, de una tierra que no produce y de una vida fría, lánguida, estéril é infecunda, como la del sér híbrido. La pupila de la andaluza es un rayo de sol dentro de un marco de sombra: es un algo que vive y brilla debajo de un ala de seda.

Os explicaba admirándolas las calles de Sevilla tortuosas, embalsamadas de azahar y nardo; las riñas de espaldas que se buscan y reuercen bajo el balcón de una mujer hermosa; las noches de luna en que las hadas, las almas de los guerreros morunos y el espíritu de los poetas árabe-cordobeses juegan y se buscan entre los laberintos de rosales de San Telmo y se zambullen dulcemente en las olas del mano padre Guadalquivir.

Bien distintos de estos ojos del Resignada. Si talte era esbelto: su pecho abundante y bien formado, de una hermosa curva que arrancaba de la cintura con suavidad, se acrecentaba y hacía más violenta en el prometido y se desvanecía en la planicie deliciosa de la garganta; —¡pés de dotes mitológicas, desierto de amor en que se perdían los besos!

No era pues fen, Resignada; ántes por el contrario, era de una belleza indescriptible, escultural, llena de aplomo, fundada en el sólido argumento de las líneas, bien diversa de estas otras bellezas espirituales que tienen todo su mérito en la expresión, cantadas por Beoquer y Huland, soñadas por las imaginaciones de quince años y los Byron en *gerbe*, desesperación de los Tcnorios de pluma nueva, y motivo de suicidios en proyecto y no llevados á cabo por fortuna en esta última añeja ctape del caduco siglo.

VII

Himenco

El enlace de los dos troncos genealógicos llamados en las clasificaciones de la heráldica Formosedas y Lustrólas, se verificó el día 17 de mayo en la iglesia de San Diego, en aquella misma capilla llamada vulgarmente de los sepulcros donde don Claudio Barolomé Formoseda propuso á su hijo don Ricardo el ventajoso enlace con la señorita doña Resignada Lustróla de Sonto-Rivera. Asistieron á él lo más notable de la hidalgua de Alcañal de Henares, y salieron del hondo cofre en aquella memorable mañana las prendas del antiguo vestuario del siglo xviii, aún no desaparecido por completo de la superficie de la tierra; porque á la sazón era cuando estaba la indumentaria atravesando ese gran período de crisis que sustituyó los calzones por el pantalón, la casaca por el frac y el sombrero de canchil por el sombrero de copa alta. Así como cuentan los viajeros que hoy en Constantinopla las dos generaciones, vieja la una y joven la otra, que luchan por el dominio en la política y en las costumbres se distinguen porque la primera usa el traje tal del Profeta, y la segunda las prendas cortas y ajustadas de los europeos, de igual manera en aquella época lena de gente hidalgala y nobilísima se puede observar con sólo examinar el traje quéines eran los amigos de las nuevas ideas vertidas por la Revolución y propagadas por el Parlamento de Cádiz, y quéines los que apegados aún con amor irresistible á la época calcinada del absolutismo, esperaban con ansia y encamibando sus pasos á que volviése á brillar sobre la frente de algún soberano por derecho divino, aquella gran aureola que fue el orgullo del deseado don Fernando. ¿Quién sino don Lesmes Clavijo, el antiguo cobrador de alcabalas reales, podría llevar aquel estrecho pantalón de color de tórtola que tan ridículamente se ajustaba á sus encanajadas y temblonas piernas; y quién sino doña Mónica de Castrovieja hubiera tenido la osadía necesaria para sacar sobre sus sienas calvas y pintadas de negro con pez para señalar el pelo, aquella enorme cofia de tres candiles que al moverse oscilaba como las alas de un pájaro moribundo? Pues qué, ¿quién sino doña Juana de las Quintanillas que en sus reclinatorios de roble esculpido están en las gradas mismas del altar de las Lustrólas y que figuran en su árbol genealógico como tres ramas muertas, pues ya en los años 65, 54 y 51 respectivamente de su vida no han abandonado la santidad virginal del casto lecho de la doncella por los fecundos placeres matrimoniales, ¿quién sino estas tres belladas alcalainas podrían ostentar toda la varia abundancia de extrañas vestimentas;

la antigua mantilla, la peineta dorada, los largos pendientes de turquesas y abalorios, el broche de topacios y brillantes simulando una culebra que perseguía á un ratón, y el enorme abanico que hacia juego con la diminuta sombrilla; la tela de los trajes de seda del Japon representando una baraja de cartas esparcidas sobre un fondo verde

de matices de seda gris hordados de lentejuelas doradas, y todos los mil detalles que hacen de sus cuerpos una ambulante preñerfa, representándolas en la vida como tres bellas estampas de algun libro de la antigua indumentaria?

Todo lo más antiguo y linajudo de Alcalá de Henares

habia salido de sus casas, y habia acudido á los trajes clásicos que separaban la sangre hijodalga de la sangre plebeya, y que recordaban con su extraño gusto las glorias y los trasuntos nobilísimos de aquel gran pueblo donde los árabes han dejado tantos monumentos y tantas gotas de sangre.



ABANDONADO, cuadro por M. Deschamps

Don Ricardo de Formoseda que era hombre nuevo en todo, pasó un mal rato cuando se vió rodeado por aquella coleccion de estantiguas, porque odiaba todo lo que era símbolo de la pasada época á que su padre pertenecía; y á no ser porque la gravedad del acto le imponia un aspecto serio, hubiera soliado la carcajada al ver cómo todas aquellas monias empolvadas del siglo anterior se encor-

vaban y le hacian saludos cuando apareció llevando de la mano á la que ya era su esposa.

VIII

Pantoon

Estaba convenido por Formoseda con su padre y el de

Resignada que el nuevo matrimonio se iria á vivir á Madrid; á cuyo fin, en el antiguo caseron que los Lustras poseian en la calle de don Pedro V les amueblaron el piso principal, y llevaron á las cuabras dos troncos de yeguas del país, anaestradas así para el tiro como para la silla.

¡Oh manes del polvo y de la vejez! ¡Oh musa que pones en la mente el arte difícil de dar vida á la muerte! Si



POBRE YORICK. cuadro por M. Dagnan

acudiérais con vuestro auxilio á mi pluma, podria esta intentar la descripción de aquella casa que hace pocos años un Ayuntamiento republicano mandó derribar en bien de la salud de los transeuntes que amenazaban ser aplastados bajo su mole.

Dos pisos la componian; sus enormes balcones con anchas verjas de hierro boleado, eran más grandes que una de las modernas casas del barrio de Salamanca. En aquellos balcones habia espacio para dar una carrera de caballos, para dar una batalla, para todas las cosas que necesitan mucha tierra. Hermoso era el herraje del balcon, del órden corintio más puro y no fundido como hoy se hace en virtud del deseo de acabar pronto las cosas, sino modelado á fuerza de martillazos y lentamente; de tal modo que aquellos dos balcones representaban la vida de

dos obreros inteligentes en el arte de la herreria. Las vidrietas eran del más burdo silice, amparadas y protegidas de unos persianucos verdes alrededor de los cuales habia tanto polvo como telas de araña. La primera tarde en que fueron unos criados á limpiar aquel mausoleo, al abrir estas persianas una familia de murciélagos salió volando cegados por la luz del día; y al entrar esta luz dentro de las amplias estancias de elevadísimo techo parece como que ella misma se asombró de lo que veía y alumbraaba y sonrió en la superficie resplandeciente de una enorme cómoda de limoncello, hizo guilhos en los espejos grandísimos cuyos marcos dorados representaban desbordamientos de flores y frutos, y se dejó absorber por el tinte oscuro de los muebles de los cinco salones de aquella grande casa que hoy pasaria por un palacio.

Habia unos del gusto de Luis XV con sus grupos de amorillos de porcelana de Saxe sobre las mesas; en los antepechos de los balcones veladorcillos sostenidos en un único pié que era una columna salomónica; al lado de las dos chimeneas grupos de sillas doradas tambien, y el fondo de las paredes cubierto de seda marroquí con filetes de cuero de Córdoba.

Todo era rico y suntuoso. El piano de cola que en la sala principal aparecia cerrado y envuelto en un enorme sudario, era de lo mejor de las fábricas alemanas y llevaba ya cincuenta años sin que la mano del arte ó de la belleza corriera ágil sobre las blancas teclas que el tiempo habia vuelto amarillas, y las teclas negras empolvadas.

(Continuar)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

← BARCELONA 12 DE MAYO DE 1884 →

NUM. 124

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL FRAILE MENDICANTE, cuadro por J. R. Wehle

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL GALLO DE LA PASION, por don Luis Mariano de Larra.—EL ÚLTIMO DRAMA, por don Félix Rey.—EL CORAZON DE FORMOSA (conclusion), por don J. Ortega Munilla.—LA EXPLORACION DEL PILCOMAYO, por don Manuel Aranda.

GRABADOS: EL FRAILE MENDICANTE, dibujo por J. R. Wehle.—MANON LESCAUT, cuadro por Dagnan.—LAS CARTAS, dibujo por J. R. Wehle.—MONUMENTO A GARIBALDI EN TURIN, por el escultor Eduardo Tabacchi.—OBJETOS ARTÍSTICOS DE CERÁMICA Y BRONCE.

NUESTROS GRABADOS

EL FRAILE MENDICANTE, dibujo por J. R. Wehle

Es recomendable esta sencilla composicion por la expresiva fisonomía y natural actitud de sus personajes. Un padre capuchino departe afablemente con un niño que se encuentra verdaderamente pendiente de sus labios. La homilía versa, sin duda alguna, sobre un punto de moral infantil; y aunque esta clase de temas nunca son del agrado del oyente á quien se dedican, nuestro capuchino habla con tanta dulzura, reprende con tanto cariño, se hace tan simpático á su precoz interlocutor, que indudablemente la leccion será aprovechada. Semejante á la menuda lluvia que hace germinar la semilla, al paso que el agua torrencial la arrastra y hace inútil la sementera, así las palabras del censor, y más del censor cristiano, deben ser tales que penetren en el corazon sin destrozarlo y conmuevan sin peligro de ocasionar una ruina.

Nuestro mendicante es diestro en el arte. Miembro de una orden que todo ha de esperarle de la buena voluntad del prójimo, su principal mérito consiste en captarse esa voluntad, y esto consigue empezando su obra por los niños que eran los más amados de Jesucristo, precisamente porque los niños representan el mañana de la sociedad, y el buen cristiano tiende incesantemente á la perfeccion en el porvenir.

Hé aquí porqué encontramos simpático el dibujo de Wehle, que á nuestros ojos representa la doctrina de Cristo infiltrada hoy en la sociedad de mañana.

MANON LESCAUT, cuadro por Dagnan

Moria en Francia el 25 de noviembre de 1763 el abate Prevost, autor famoso de varios libros apreciados y sumamente popular por su novela *Manon Lescaut*. El autor del cuadro que publicamos se ha inspirado en la patética muerte de la heroína de la novela, cuyo entiero efectúa el único hombre que ha permanecido al lado de aquella que tan festejada fué en vida. Manon Lescaut viene á ser, en cierto modo, la predecesora de Margarita Gautier; lo cual prueba que en la Francia del siglo XVIII no eran ciertamente desconocidas las damas de las camelias.

El cuadro de Dagnan causa la triste impresion que el autor se ha propuesto. El rígido cadáver de esa mujer, tendido sobre una inmensa mortaja de nieve, mientras su único compañero dispone la fosa que guardará aquel cuerpo aún no privado de todas sus gracias; el paisaje árido, el cielo gris, uniforme, que pesa como una losa de plomo sobre ese rincón del mundo en que tiene lugar la fúnebre escena; todo impresionada de una manera dolorosa y avalora el talento del ilustre pintor.

LAS CARTAS, dibujo por J. R. Wehle

Estas cartas son otras cartas. Para ellas no se ha inventado el correo, ni los sellos, ni los sobres engomados.

Las escribe, por lo general, una mujer ladina que juega con trampa.

Cuando decimos las *escribir*, debiéramos haber dicho: las *eschar*.

Eschar las cartas es un tarugo más conocido que el del halazgo de la joya; pero que, como este, todavía no se ha desacreditado lo bastante, puesto que todavía hay incautos que se tragan el anzuelo. Esos incautos son comunmente incautas.

La niña que ama en secreto ó sin esperanza tiene una inclinacion fatal á lo maravilloso. En su ridícula preocupacion la acompañan muchas que si son jóvenes, ni tienen la disculpa de un amor contrariado.

La frase empleada en semejantes casos es: *consultar al Destino*.

Este tiene mucho de mitológico, y aún tiene más de necio. El Destino es el editor responsable de todas las bellaquerías que cometen los que son tontos y los que aparentan serlo.

En el cuadro de Wehle se nos figura que el tarugo va á medias.

Se trata de ¿quién engaña á quién?

Ni la joven parece muy convencida, ni la bruja muy confiada.

Quizás en la dudosa expresion de esas fisonomías consista el mayor mérito de la obra.

MONUMENTO A GARIBALDI EN TURIN, por el escultor Eduardo Tabacchi

(Proyecto premiado)

El popular general á cuya memoria ha tratado de levantar el Ayuntamiento de Turin el monumento reproducido por nuestro dibujo, es una figura que si no ha alcanzado las proporciones de la epopeya, ha merecido en cambio los honores de la leyenda.

Muchos hombres de Estado contribuyeron, sin duda, á

la unidad italiana y muchos militares la conquistaron á punta de espada; pero en el corazon del pueblo la trinidad unitaria siempre se compondrá de las mismas personas: Victor Manuel, el conde de Cavour y el general Garibaldi.

Se conciben, pues, los honores póstumos que se han consagrado á su memoria.

El monumento que los turineses proyectan levantar ha sido premiado con justicia en concurso. A la derecha del basamento, una matrona, en cuya frente brilla la estrella de la gloria, empuña con una mano la bandera de la patria y con la otra la trompeta de la fama. A la izquierda, un majestuoso leon parece vigilar la obra del general. Este se halla representado en sus últimos tiempos; de pie sobre una roca, en actitud de contemplar el espacio con triste mirada, cual si lamentase su forzada inaccion cuando tanto hay que hacer para llevar á cabo los ideales garibaldinos.

No faltará quien á la vista de ese monumento maldiga quizás del héroe á quien se dedica; pero ni esto menguara la popularidad del general, ni disminuirá la belleza de la bien trazada y bien sentida obra del profesor de escultura en la Academia Albertina.

Objetos artísticos de cerámica y bronce

Las cuatro obras de arte representadas en la última plana de este número son de fabricacion inglesa. Las dos primeras, ejecutadas por M. Solon, revelan el exquisito gusto de este artista, en especial el jarron, adornado con bellos relieves, y fabricado así como la fuente por el método llamado *pasta sobre pasta*, es decir, aplicando sobre la arcilla capas graduales de oro y esmalte que dan al objeto el aspecto del más pulido metal, ó del marfil más terso y brillante.

El centro de mesa, lo propio que el candelabro, demuestran que los artistas ingleses de la actualidad, inspirándose en las obras más clásicas de la antigüedad, aplican á estos objetos de uso doméstico al par que de ornamentacion ese estilo y esa factura elegante y sobria que tanto se apartan de la pesadez, ó mejor dicho de la solidez que hasta ahora predominaba por lo general en los objetos análogos de igual procedencia.

EL GALLO DE LA PASION

(Cuento eclesiástico)

«San Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho antes que el gallo cantase me negarás tres veces.»
Evan. San Mateo

I

Acababan de sonar las ocho en el reloj de *San Páido*, con el acostumbrado toque mortuario que desde fines del siglo XVII, recuerda á los vecinos del barrio del Pez de Madrid la tradicion de dicho convento. Segun esta, parece que enamorado el monarca Felipe IV de una bellísima morja, y usando ó abusando de su alta jerarquía y de sus atrevimientos amorosos, intentó por diversos medios triunfar de su resistencia. Aterrada la esposa de Jesucristo y creyendo al rey capaz de apelar á medios extremos para conseguir el logro de sus deseos, hubo de confesar á la madre abadesa sus temores, y de acuerdo ambas idearon burlar al egregio amante. Cuando éste, ayudado por el poder y el oro, penetró una noche en el convento, se encontró con toda la comunidad rezando el oficio de difuntos alrededor de un humilde féretro, sobre el cual, y alumbrado su bellissimo rostro por blendones de amarilla cera, yacia muerta la religiosa que habia inspirado al rey de España ardientes deseos ó amor apasionado. Aterroré éste con tan fúnebre espectáculo, y en recuerdo de aquella triste noche y de sus perdidos amores, regaló al convento un reloj cuyas campanas doblan siempre á muerto al dar las horas y los cuartos. El rey ignoró siempre que la religiosa, objeto de sus amores, vivió muchos años despues de aquella escena; y aún hoy existe el mismo reloj con sus dobles campanas y su toque de difuntos.

Como decíamos al empezar, acababan de dar las ocho. La noche era oscura y fria. Febrero el loco guarda casi siempre en sus últimos dias resabios del invierno, y el vecino Guadarrama mandaba á la villa y corte el soplo fino y mortal de sus nevadas crestas. Era miércoles santo, y por las anchas puertas de las iglesias salian en apinado conjunto los creyentes y los desocupados, las beatas y los católicos, las niñas juiciosas y los mozalbetes atrevidos. En los alrededores de los templos se oian los destemplados acentos de las carracas y los golpazos con que en bancos y puertas celebran los muchachos, sin comprenderlo, el momento en que la vela más alta del tenebrario se apaga bajo la caperuz de hojalelata que con ademan indiferente maneja el sacristan mayor ó el más antiguo de los acólitos.

En una casa de modesta apariencia de la calle del Molino de viento, y en uno de sus últimos pisos interiores, una pobre muchacha de diez y ocho años, bella como los ángeles y desgraciada como los mártires, permanece con los ojos bajos y sentada en una humilde silla de paja, cerca de la ventana pequeña, que da escasa luz á aquella habitacion miserable.

—¡Un día más!—exclama con voz imperceptible; y el ruido que en los cristales hace una violenta ráfaga de viento es la única respuesta que el mundo exterior da á la honda pena de su alma.

Del rincón de una pequeña estancia á quien da el nom-

bre de alcoba la necesidad de no tener otra, sale un quejido tenue y doloroso, como arrancado por el dolor de un pecho infantil, y es preciso que varias veces se repita tan triste queja para que la joven se levante y corra á calmar el llanto de aquel pedazo de sus entrañas.

Horrible es el abandono de los seres queridos y triste y larga la existencia de los que sólo viven con el recuerdo de más serenos dias; pero cuando á ese abandono va unida la miseria, cuando á la pena acompaña la traicion ó el crimen, es la existencia carga tan pesada, que no se concibe cómo pueda el alma soportarla un solo dia.

Luisa, huérfana de padres, pobre y desvalida, gana miserablemente su sustento con el jornal mezziquino que ofrece á la mujer la industria ó el trabajo, es madre tres meses, y tres meses hace que el hombre á quien dió su amor y en quien confió su ventura, no ha vuelto á pisar los umbrales de su desdichada morada.

Son las casas de veindad conjunto extraño de alegrías y dolores, y abigarrado albergue de los distintos seres que, últimos pedañitos de la escala social, forman la masa no siempre compacta y dócil del pueblo. Allí es todo extremo exagerado; allí la alegría tiene gritos discordantes y estridentes carcajadas, allí el dolor se expresa en alaridos por sollozos alborotados. Un pequeño cambio agradable de fortuna se celebra con profusas libaciones de mosto envenenado: la muerte de un ser querido, no parece bien sentida, si no obliga al huérfano á arrancarse los cabellos, ó á retorcerse en histéricas convulsiones. El calendario marca de antemano las expansiones colectivas, y en los estrechos corredores del patio, en las barandillas de los pisos, en las aberturas del tejado mismo, rostros humanos, almas y cuerpos, pies y bocas, celebran en unisono acorde las locuras del carnaval, el nacimiento del Dios-hombre, ó las verbosas de Virgenes y apóstoles. Pero así como en la clase elevada de la sociedad los ruidos y la animacion parece que empiezan con la primera hora del nuevo dia, así todos los ruidos de las casas de veindad quedan siempre apagados, como si estuvieran muertos todos sus habitantes, antes de las doce de la noche.

Era, como hemos dicho, la del miércoles santo. Cerradas todas las puertas y ventanas, acostados todos los vecinos, apagadas todas las luces y envuelta en la más profunda oscuridad, aquella porcion del Madrid moderno que con el tiempo se verá trasplantada á las afueras, cuando un gobierno previsor ó una sociedad verdaderamente filantrópica construya viviendas sanas para los obreros, parecia una gran tumba ó un verdadero *hoyo grande* donde aññados y en monton olvidaban en el descanso del sueño, dulce imagen de la muerte, sus miserias ó sus dolores.

Muchas veces habia vuelto á sonar el reloj de San Páido: Luisa lloraba y helada é inmóvil como una estatua yacente, parecia no pertenecer al mundo de los vivos. ¡Qué noche tan larga! ¡Qué pena tan profunda! ¡Qué vida tan triste!...

II

—De modo que no traes en tu conciencia ninguno de esos pecadillos propios de la juventud, que suelen arrastrar consigo dias de remordimiento y arroyos de lágrimas?...—decía D. Andrés del Olmo, rico almacenista de maderas, á un joven que sentado á su mesa parecia haber compartido con él una comida abundante.

—Absolutamente ninguno,—contestaba Carlos de Montreal, apurando de un sorbo el contenido de una taza de china, llena un momento antes de un moka delicioso.

—Amorcillos sin consecuencia y relaciones pasajeras no tienen importancia ninguna en la vida del hombre, y al pedir á V. la mano de su hija, libre está mi pensamiento y tranquilo mi espíritu.

—Bien venido seas entónces á mi casa; mi hija te ama, nuestras fortunas son casi idénticas, vuestra edad y vuestros genios semejantes; será feliz vuestro matrimonio, pues con tales augurios se anuncia.

Media hora despues, y una luego, y dos y tres más tarde, continuó la conversacion de la que vino á participar la prometida del joven, muchacha de veinte años, no mal parecida, y pizpireta, alegre y decidida; cuando era la pobre Luisa, triste, melancólica y dolorida.

—No olviden Vds. que estamos en semana santa,—dijo á la una de la noche la hija de D. Andrés, abriendo maquinalmente una Semana Santa lujosamente encuadrada que habia sobre un velador del despacho de su padre. Vds. á recogerse, yo á leer, antes de hacerlo, la pasion del Salvador. Y sin perder palabra del animado diálogo del joven y del viejo comenzó á pasear sus ojos por aquellas santas páginas, murmurando inconscientemente las sublimes palabras del libro santo.

—Si he insistido tantas veces en pedirte cuenta de pisadas aventuras,—decía al joven el anciano,—es porque ha llegado á mis oídos una escandalosa historia de tu vida de soltero.

—Ya he dicho que no tengo nada de qué acusarme.

—¿Qué? no conoces á una costurera llamada Luisa?... ¿No es cierto que hayas compartido con ella doce meses de tu vida, en su modesta casa, ocupando su memoria y su corazon constantemente?

—No sé qué mujer es esa, ni se refiere á mí la historia que le han contado.

Rara casualidad y extraño caso. Acabar el joven de pronunciar estas palabras y oirse el estridente y prolongado canto de un gallo vecino, fué cosa de un instante. Al mismo tiempo leia la joven:

«...y Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho: antes que el gallo cante, me negarás tres veces...»

III

Pero es el caso que rara es la casa de vecindad donde un zapatero de viejo, ó un carpintero con taller propio, no tenga cinco ó seis gallinas, sultanas adoradas de un gallo rjoso y en su patio lóbrego y oscuro no faltaba un hedi-dio de cuartucho con honores de gallinero, ni faltaban en él los huéspedes consabidos. Luisa leí, ó más bien hacia resablar sus miradas por una humilde Semana Santa, tan modesta y mal encuadrada como su desmantelada vivienda. Abierto estaba el libro por el evangelio de San Mateo, y el índice de su mano derecha flaco y descarnado apuntaba maquinalmente y como movido por interior resorte el mismo párrafo «...y Pedro se acordó de la palabra que Jesús le había dicho: antes que el gallo cante me negarás tres veces...»

Segunda coincidencia extraña: un canto chillón y agudo hizo retremblar las vidrieras de la ventana. El gallo del patio había anunciado el comienzo del nuevo día.

Apañadas lágrimas rodaron de pronto por las pálidas mejillas de Luisa: levantóse sobresaltada, corrió á la alcoba, y como si una luz profética, como si el don de la segunda vista iluminara su inteligencia, arrodillóse junto á la cuna de pino de su hijo, murmurando: «Ha renegado de nosotros; ya no tienes padre.»

En aquel mismo momento pasaba por la calle del Pez el jóven de quien hemos hablado. El reloj de San Plácido dió la una con el doble mortuorio de sus tristes campanas. El canto del gallo se oyó por tercera vez en la calle del Molino de viento. A las últimas notas de su chillona garganta se unió un quejido sobrehumano y el ruido de un cuerpo cayendo sin vida sobre la acera turbó por un instante el profundo silencio de la noche.

IV

«Anoche falleció repentinamente en la calle del Pez, frente á las monjas de San Plácido, el jóven y distinguido abogado de esta corte D. Carlos de Monreal. Enviarnos á su afligida familia el pésame por tan sensible pérdida. La Correspondencia de España.»

LUIS MARIANO DE LARRA

Marzo de 1884

EL ÚLTIMO DRAMA

I

Nadie supo por qué Casimiro, el más grande de los actores de su tiempo, abandonó el teatro de una vez para siempre de la noche á la mañana.

Yo, que conozco la causa, voy á referirselas á mis lectores.

Es el último drama que representó en la vida y el cual, trasladado á la escena, le hubiera proporcionado el más legítimo de todos sus triunfos.

La primera escena de este drama se representó en las calles de Madrid entre Casimiro y una criada de servicio.

—¡Muchacha... muchacha!...
—¿A quién llama V., caballero?
—¿A quién he de llamar? A tí.
—¿A mí?
—Sí por cierto.
—Yo no soy muchacha.
—¿Cómo!
—Soy doncella... y viuda para lo que V. guste mandar.
—¿Cuánto me alegro!
—¿De la viudez?
—De lo que voy á decirte.
—Soy toda orejas.
—¿Qué doncella tan honesta!
—Es favor.
—¿Y tienes unos ojos!...
—¿Pues ya se ve que los tengo!
—¿Y una mano!
—¿Y qué más?
—Mira, niña; no quiero meterme en honduras. ¿Tú vi-
ves, es decir, doncellas en el número 6 de esta calle?
—Precisamente.
—¿Principal?
—Izquierda.
—¿En casa de esa señora alta?
—Y gruesa.
—¿Graciosa?
—Y bonita.
—Que se llama... se llama... se llama... ¡Si tú me qui-
sieras decir cómo se llama!
—Magdalena.
—¿Sotem?
—Viuda.
—Es lo mismo.
—¿Cómo lo mismo?
—Quiero decir que... vamos...
—¿Ya está V. buen peine!
—Anda, anda! ¿Y por qué dices eso?
—Si no sabré yo del pie que V. cojea!
—¿Que tú sabes?...
—Si pensaré V. que soy bobal!
—No, no; nada de eso.
—¿Creo V. que es la primera vez que le veo?

—¡Ah! ¿Me conoces?
—¿Pues ya lo creo!
—¿Desde cuándo?
—Pero, señor, si no hay cosa más de sobra en la calle que V. ¡
—¿Me has visto?
—Desde que el sol asoma, hasta las tantas de la noche, le estoy á V. viendo todos los días hecho un poste frente al balcon de mi señorita, hace lo menos tres meses.
—Es cierto, es cierto.
—¿Y no se cansa V. de hacer la centinela?
—Y dime, ¿tu señorita ha reparado en ello?
—Lo mismo que yo.
—¿Y qué dice? ¿Le gusta verme?
—Como si la sacasen las nuclas.
—¡Eh! ¿Qué diablos estis diciendo?
—Lo que V. oye. Mi señorita no le puede á V. ver ni pintado.
—¿Es posible!
—Dice que le tiene á V. sentado en la boca del estó-
mago; no la deja V. ni á sol ni á sombra; que en todas partes le encuentra; que la sigue á todos los sitios; que sueña con V., y que hasta en la sopa cree que le va á ha-
llar un día.
—¿Es decir?...
—Que le aborrece.
—Mira, mira; toma esos veinte duros. Te agradezco la franqueza, pero...
—No se apure V. por tan poco. Es cierto y muy cierto que mi señorita dice de V. todo eso; pero... por eso mismo... ¿V. me comprende?... por eso mismo es más fá-
cil que la caiga V. en gracia más pronto.
—¿Tú crees?...
—En cuanto las personas se tratan, ¡ya se sabe!... Así principia la simpatía, y el cariño, y el *aguel* de las per-
sonas.
—¿Luego, si yo tratase á tu señorita?...
—¿Quién lo duda?
—¿Ay, doncella de mi alma! ¿Y cómo me presentaría yo á ella?
—Diciendo: «Aquí estoy yo.»
—¿Y me recibirá?
—¿Pues no faltaba otra cosa! Mi señorita tiene prontos, un poco malo el carácter, y el genio avinagrado; pero en el fondo, es excelente.
—Me lo había figurado.
—Todo lo que se diga es poco.
—Tan buen fondo tiene, ¿eh?
—Rehuenísimo.
—¡Bendita sea tu boca! ¿Y á qué hora te parece que vaya?
—A la caída de la tarde.
—¿Entre dos luces?
—Sí; á esa hora está siempre muy melancólica, y dis-
puesta á partir un piñon con cualquiera.
—¿Y qué bonita estaré!
—¿Que si está bonita? como un lucero.
—Toma, toma esa monedilla de cinco duros.
—Me parece que va V. á simpatizar con mi ama.
—¿De veras?
—Lo que es el trato! En cuanto conoce una de cerca á las personas, las toma quercencia sin poderlo remediar. Eso me ha pasado á mí con V.; porque, la verdad, le tenia á V. prevención, pero en estos cinco minutos que le he tratado, ya le tomé cariño, como si fuera cosa mía.
—¿Y tu ama?
—Le pasará lo mismo. ¿Acaso no es de carne y hueso como yo?
—¿Tienes razon, tienes razon. Hasta mañana.
—A eso del anoche; no se olvide V. de la hora.
—Comprendido.
—Yo estaré ojo avizor.
—Gracias, ¡qué amable es esta chica! Adios.
—Adios, señorito; y no se olvide V. de mí.
—Nunca, hija mía, nunca.

II

—¡Tilín, tilín!
—¿Quién?
—Abre; soy yo, doncella de mi alma.
—¿Por quién pregunta V.?
—Por la señorita Magdalena. ¿No lo sabes?
—Disimule V., que está cerca de aquí.
—Deseaba ver á la señora. ¿Está en casa?
—Sí señor.
—Pues pásese V. recado. Toma, esto para tí.
—Tenga V. la bondad de esperar un momento; en se-
guida salgo.
—Señorita...
—¿Qué ocurre?
—Un caballero...
—A estas horas...
—Dice que desea ver á V.
—Dile que no estoy en casa.
—El caso es que me preguntó, y le he dicho lo con-
trario.
—¿Qué fastidio!
—Le diré que vuelva.
—No, no; si sabe que estoy en casa, que pase adelante.
¡Qué fastidio!
—¿Le paso á la sala?
—Aquí mismo.

—A los piés de V., señora.
—¿Quién podrá ser?
—Beso á V.... ¿Cómo! ¿Es V....? ¡V.!
—Sí, señora; yo mismo. Hace tres meses que...
—Sí, sí; es inútil que V. me lo repita; hace tres meses que le veo á V. clavado á todas las horas del día y de la noche frente á mis balcones; tres meses que...
—Que la amo á V., señorita.
—¡Oh! caballero, V. me honra demasiado. Ciertamen-
te no merezco el vivo interés que me manifiesta, ni creo haber cometido pecado alguno en mi vida, por el cual me haya hecho acreedora al castigo de verle á V. cons-
tantemente.
—Señorita...
—¡Ah! Perdóneme V.; soy muy franca, demasiado fran-
ca, es cierto; y, conociendo como conozco sus pretensio-
nes, quiero decirle lo que al fin, más tarde ó más tem-
prano, había V. de oír de mis labios: es cuestion de tiempo; ya ve V., no puede ser mi falta más pequeña.
—Sepa V. que si pudiese dirigir mis sentimientos, me hubiera privado del placer de amarla por el gusto de com-
placerla; pero el cariño no obedece á reflexión alguna; nace espontáneamente y se dirige, á pesar nuestro, á don-
de ménos quisiera el mismo que lo siente.
—Efectivamente, la simpatía y la antipatía son capri-
chosas y ciegas; se estima á una persona sin razon ni cau-
sa aparente; quizás el que amamos es indigno de nuestro amor, no nos corresponde, y sin embargo, le seguimos queriendo sin poderlo evitar. Conozco mucho de esto, si señor, conozco mucho de esto.
—¿Dígamele V. á mí!
—Pues á V. voy á decirselo, y le suplico nuevamen-
te que perdone mi franqueza; las cosas claras; ¿á qué andar con rodeos? ¿No es preferible la verdad á la men-
tira, sea esta cual fuere? ¡Antes desengañado que engaña-
do! Yo soy así.
—Que me place.
—Pues como decía á V., tanto la simpatía como la antipatía son ciegas, y áun injustas, las más de las veces. Por ejemplo: V. me ha manifestado un afecto del que no soy digna. En cambio, V., y me complazco en decirlo, es un perfecto caballero, una persona amable, distinguida... tengo la seguridad de que no es V. un tomo...
—Tanto honor...
—Pues bien, á pesar de todas esas cualidades que re-
conozco, vea V. qué cosa más extraña... no me es V. sim-
pático. V. perdone, pero no lo puedo remediar. La sim-
patía y la antipatía, son ciegas é injustas las más de las veces.
—Es decir, que mis pretensiones han fracasado.
—Completamente.
—Pues voy á dar á V. una prueba de mi amor.
—¿Retirándose?
—No, señora; anunciándole á V. mi próximo casa-
miento.
—¿Qué chistoso! ¿Con quién, con mi doncella?
—No señora, con V. misma.
—¿Connigo!
—Con V.
—Usted se burla, caballero.
—Se lo aseguro á V. formalmente.
—¿Y cómo habrá de ser eso?
—En la iglesia como Dios manda.
—¿Me llevará V. entre civiles?
—No; irá V. por su propia voluntad.
—Entonces, puede V. esperar sentado.
—Tengo mucha paciencia.
—Pero no hay paciencia que cien años dure.
—No es menester tanto tiempo.
—Le aseguro á V. que preferiría la muerte á casarme con V.
—Pues se casará V. conmigo.
—Si me hiciera V. el favor...
—¿De qué?
—De retirarse.
—Con mucho gusto.
—Además...
—¿Qué?
—Me atrevería á rogarle...
—Que no vuelva á poner los piés en esta casa, ¿no es cierto?
—Usted lo ha dicho.
—Así lo haré.
—También me atrevería á suplicarle que no se moles-
tase en continuar mirando á mis balcones; la casa de en-
frente es sólida, y no necesita puntales de ningún género.
—En eso ya no me es posible complacer á V.; conti-
nuaré persiguiéndola hasta que V. me llame.
—¿Hasta que yo!...
—Hasta que V. me llame.
—¡Ah! Pues tiene V. para rato.
—No tanto como V. cree. A los piés de V., señora.
—Usted perdone mi franqueza.
—No hay de qué. Adios.
—Hasta el valle de Josafat.
—No; rectifique V.; hasta el día de la boda... si no nos vemos antes.
—¡Á... já... já!...
—¿Qué tal, señorito?
—¿Quieres ser rica?
—¿Qué quiere V. decir?
—Que si quieres tener mucho dinero.
—¿No que no!



MANON LESCAULT, cuadro por Dagnan



LAS CARTAS, dibujo por J. R. Wehle

—Pues entrégate a mí en cuerpo y alma.
—¿Cómo!
—No, no voy a tentar tu doncellez; únicamente deseo que me sirvas ciega y fielmente en todo, sin que nadie, ¿lo entiendes? sin que nadie, ni tu ama, se entere de cosa alguna.
—Pierda V. cuidado.
—Mañana te espero en mi casa.
—No faltaré.
—Adios.
—Teresa!
—¿Qué manda V., señorita?
—¿Cómo se llama ese caballero?
—No ha dicho su nombre.
—No vuelvas a abrirle la puerta nunca, ¿has oído?
—Se hará como V. lo manda.
—Cuidado que es antipático.

III

El amante de Magdalena se llamaba Casimiro, el cual tenía la fecha y el tipo de un seminarista.

Alto, delgado, escuálido, la tez amarilla, los pómulos salientes, todo él afeitado y pelado, desgarrado, maltrecho y por último, cubierto con un traje negro de levita en no muy buen uso.

Después de la anterior entrevista cambió sus reales a la casa fronteriza de la de Magdalena, piso segundo, en el cual había huéspedes.

Tomó un cuarto con balcon a la calle, pidió la llave de su habitación, y su primer cuidado fué hacer notar a Magdalena que le tenía por vecino; cosa que ésta no tardó en averiguar.

Así transcurrieron los días, hasta uno en que en el balcon de al lado del de Casimiro que correspondía a la misma casa de huéspedes, apareció un capitán de húsares, de largos bigotes rubios, buena presencia, y al parecer osado y atrevido.

A los dos ó tres días de la aparición del húsar, éste notó la vecindad de Magdalena, y ésta la de aquel.

El húsar empezó a hacer guiños y telegrafos. Magdalena relase de los aspavientos del vecino, y sin haberse dicho una palabra parecieron entenderse.

Siempre que el húsar estaba al balcon, velase á Casimiro en el fondo de su cuarto de espaldas á la calle, apoyado en una mesa y la cabeza reclinada sobre la mano. ¡Quizás su presencia contribuyó á estrechar las relaciones de Magdalena con el húsar!

—¿Que rabiel!—se decía casi siempre para sus adentros.—¿Que rabiel!

Por fin el capitán de húsares decidió pasar á la casa de Magdalena, y una tarde le vieron atravesar la calle de acera á acera y perdersse en el portal de la vecina.

Casimiro, en el fondo de su cuarto, de espaldas á la calle, con el brazo sobre la mesa y la cabeza en la mano, no se movió en toda la tarde.

—¿Qué disgusto está pasando!—se dijo Magdalena, que le veía á través de los visillos.

—Señorita...
—¿Que se ofrece?
—El vecino...
—¿Qué vecino?
—El militar.
—¡Ah! ¿El húsar? Que pase, que pase al instante.

—Oí! por los cuerpos *gaitas*, y las güenas mosas y el *aquel* de lo flamenco y de lo... de las...
—No es V. poco redicho. Pase V., que mi ama está esperando.

—¡Viva el salero!

—Señora, V. disimulará que me presente así; pero la ordenanza no tiene siempre en pié de guerra.
—Es V. muy dueño.

—No; es que ya sé que esta casa no es un cuartel; pero la milicia no distingue de colores y el deber...
—Sí, sí; ya comprendo lo que V. quiere decirme.

—Eso mismo; porque lo militar no quita á lo cortés, y yo sé distinguir lo bueno de lo malo, y la ordenanza de lo que marca la etiqueta.
—Lo supongo. Tome V. asiento.

—Con su permiso. Yo soy muy franco, señora, pero muy franco. En el cuartel me llama todo el mundo el *capitán claridades*. Porque yo le digo la verdad al mismísimo lucero del alba.
—Eso le honra á V.

—Así es que al venir yo á esta casa vine con un propósito.

—¿Con uno?
—Con los que vayan saliendo.

—¡Já... já... já!...
—Pues verá V., el propósito que me trae á esta casa es militar, sí señora, militar.

—¡Já... já... já! ¿Y cuál es? Sepamos.
—Como militar vengo de conquista.

—¿De conquista? Tiene V. el genio muy alegre. ¿Y qué conquista le trae aquí?

—El rendir una fortaleza con viveres y todo.

—¡Já... já... já! ¿Dónde está esa fortaleza?
—Sentada en esa butaca que V. ocupa.

—¿No es mala ocurrencia! ¿Y qué enemigos ocupan la plaza?

—Su corazón de V.
—¿Nada más?
—¿Le parece á V. poco?
—¿Y quién le ha dicho que sea enemigo de V.?
—Un mozalbeta que por lo visto ha sobornado al enemigo.

—¿Ese seminarista que vive en su misma casa?
—Efectivamente.

—¡Ah! no lo crea V.
—Ya me figuraba yo que tenía V. mejor gusto. Sin embargo, él me ha referido que V. no se casaría con nadie más que con el... y... la verdad... esto me ha picado un poquillo, y me he dicho: «¡Pues veamos si se sale con la suya!»

—¿Eso dijo?
—Sí, señora: eso mismo. Yo no lo quise creer; pero el hombre insistió de tal manera, que... vamos... que me lo creí.

—¿Lo creyó V.?
—Sí, me dijo: «¡Aunque V. mismo la oiga que no me quiere, es mentira, y la prueba es que se casará muy pronto conmigo!»

—¿Con él?
—Yo me amosqué; y aunque soy muy poca cosa... la verdad... me propuse dar en la cabeza á ese espantajo.

—Hizo V. bien.
—¿De suerte que puedo esperar?...
—Caballero, la cosa no es pedrada de pícaro; es grave y merece pensarlo despacio. Por hoy sólo puedo decirle que ha tomado posesion de su casa, y tendrá un verdadero placer en que venga á visitarme con frecuencia.

—La sitiaré á V. en debida forma, según manda el arte de la guerra.

—Soy plaza débil.
—Desde hoy comienza el bloqueo.

—Resistiré.
—¿Mucho?
—Lo bastante para que le sea á V. grata la victoria.

—A la orden, mi capitana.
—Hasta mañana.
—No faltaré.

FÉLIX REV

(Continuad)

EL CORAZON DE FORMOSEDA

(Conclusion)

Delante de los balcones había mamparas de seda china iluminadas por cierto con muy mal gusto por un artista místico que representó en ellas vidas de santos, degollaciones de mártires, empalmeamiento de profetas y otros horrores piosos tan dignos de la palma celestial como impropios de un salon donde la gente va á bailar y á divertirse.

IX

Se inicia el combate

La lucha entre aquellas dos naturalezas acrecentó de día en día. Resignada era fría, severa, cumplidora del deber y amante del sacrificio. Ricardo era ardiente, cuerpo voluptuoso y alma soñadora, enemigo de los lazos que atan, de las cadenas que sujetan, de todo lo que corta al espíritu sus alas y le convierte de sér volandero en cosa pegada á la tierra. Un momento de reflexion bastó á Resignada para comprender que era imposible toda reconciliacion. No hubo reyertas, no hubo disputas. Las dos inteligencias se miraron frente á frente, se reconocieron tales como eran y se resignaron á vivir sin fundirse en la suma divina del amor.

Aquella enorme caverna de la calle de D. Pedro el V volvió á tomar su antiguo y característica fisonomia de panteon. Se acabaron las risas; se desvanecieron las sonrisas de luz que corrían por el mueblaje del gran salon de gusto Luis XIV cuando se reunían de noche en él los jóvenes esposos. Volvió á caer la sombra; volvió á reinar el silencio. Torva la mirada, el dios penate de los Formoseda guardó aquel recinto con las manos cruzadas y la frente hundida con tristeza en el infinito mar de las penas sin consuelo, de los desastres irremediables, de las resignaciones sin llanto, de los amores helados y de las lágrimas que se congelan ántes de salir á la luz!

X

Primavera

El día de Corpus Christi fué fecundo en sucesos. Porque Ricardo se había entregado por completo al dolor de no ser comprendido por su mujer y había visto como aquel fiero de su vida conyugal canteizaba en su alma fibra á fibra todos los del amor: tambien cauteriza el hielo.

Aquel día saltó de pasco solo. Era el pleno dominio de la primavera.

¡Qué alegría en el ambiente! ¡Qué júbilo en el aire! ¡Qué palpacion de alas entre los bosquesillos de la Casa de Campo! El rayo de sol: la rama del álamo: el pájaro. Estos eran los símbolos de aquella alegría infinita de cielo y tierra.

Como no hay cosa viva ó muerta que no se éntre en el vasto campo del alma cuando el alma sufre, Ricardo oyó

que estas tres representaciones del amor primaveral le decían...

Pero esto merece cuartilla nueva.

XI

El pájaro, el rayo de sol y la rama del álamo

(Hay un momento de silencio. Ricardo se ha sentado á la sombra del álamo y ha descubierto su cabeza.)

EL PÁJARO.—¡Tonto! ¡Hombre de alma muerta!... ¿No sabes que hay quien te ama?... ¿te has olvidado ya de aquella hechicísima niña de los zapatos rotos?

RICARDO.—Ese verdad. Aquella fué un trapicheo que no ha dejado raíz en el alma.

LA RAMA.—¿Que no ha dejado raíz? Cuando plantaron á mi padre..., este hermoso álamo que te da sombra... la raíz no se sentía, no se veía... pero luego creció; se ensanchó, se agitó bajo tierra como una euleña y hoy está mostrando sus puntas en el río, á cien metros de aquí.

EL RAYO DE SOL.—Busca á esa mujer que te adora. Puede que se esté muriendo de hambre.

RICARDO.—Ella me amaba de verdad. ¡Pobre Genral!

EL PÁJARO (viniendo á posarse delante de Ricardo).—¿Puedes consolarte con ella de tus infortunios domésticos.

RICARDO.—¿No me rechazará?

LA RAMA.—¡Rechazarte!... Está seguro de que no. Sueña contigo, llora por tí, besa sin cesar el retrato que le diste... y se muere de hambre.

RICARDO (levantándose).—¡Ah! Entonces ¿qué espero? Es una obra de caridad socorrerla.

(Cubre su cabeza con el sombrero y se va.)

EL PÁJARO (viniendo á posarse en la rama).—Se adoran... se adoran... ¡Pobre Resignada!

LA RAMA (cumpléndose bajo el peso del pájaro).—Resignada se llama así por algo... Es un sér frío: no morirá de pena.

EL RAYO DE SOL (volándose por entre las sombras para buscar al pájaro y á la rama).—El amor tiene sus leyes invencibles. Nada puede impedir que se cumpla su lógica.

XII

En efecto: el amor tiene sus leyes invencibles. El señorito de Formoseda anduvo uno cuantos días acometido de un delirio, de una ilusion, de un vértigo. Creía que el amor era una armonía del cuerpo y el alma, una sinfonía de sentimientos y sensaciones, un duo de dos séres, templados en el mismo tono como dos cuerdas iguales de una citara doble. Y se le presentaba en forma bien distinta. Hondas diferencias de carácter le separaban de Resignada. Pero la seriedad de su alma se oponía, por otra parte, á devaneos ilegales, á un amor fuera del matrimonio. Adorar á Genara y ser adorado de ella le parecian cosas fáciles. Pero no encontraba gusto en ese amor á escondidas, en una pasion que era un crimen, en un delite que tenía que gozar ocultándose del mundo... ¡Qué bonita era Genral! Pero en cambio ¡qué majestad había en la virtud adusta, severa de Resignada! El amor de aquella tenía para Ricardo el encanto de lo desconocido: el amor de ésta tenía para Ricardo el encanto de lo respetable.

XIII

Pero en aquellos días de vacilacion y duda ocurrió una cosa importante. Resignada dió á luz. Aquel niño sonrosado, que agitaba sus piernecillas entre el nido de sus faldas, parecía bajo los encajes de sus bautismales adornos, una flor de salud y vida.

Formoseda sintió una oleada de sangre acudirle al cerebro y dentro de él inflamarse en una gran idea.

—¡Necio de mí!—exclamó.—¿Buscaba mi corazón y hete aquí que este niño, este angelito lo trae entre sus invisibles alas.

Miró á Resignada, y viéndola sonriente, por primera vez, entre los dolores del alumbramiento, la cogió una mano y se la besó; mientras su alma pensaba:

—Es una santa, es aún más: es una madre

J. ORTEGA MUNILLA

LA EXPLORACION DEL PILCOMAYO

I

La América del Sur es el país de los grandes rios: allí desarrolla su curso majestuoso el inmenso Amazonas, ese río que, seguido en casi toda su longitud por el osado Orellana, poco despues del descubrimiento del nuevo continente, no puede considerarse aún verdadera y totalmente explorado, á pesar de prestarse á la navegacion hasta 5,000 kilómetros de su desembocadura; el Paraná, cuyo nombre indio significa río por excelencia, y tambien máj; el Orinoco, cuya enorme masa de agua hizo creer á Colon que costaba las orillas de un gran continente; el Magdalena, de pintorescas riberas y accidentado curso; el Madre de Dios, de numerosos tributarios; el Pangauy, el Tocantins, el Iza, el San Francisco, el Cassiquiare, y otros y otros, que tenidos allí por humildes afluentes, darian nombre en nuestra Europa á grandes cuencas fluviales. Muchos de ellos están ya reconocidos en toda su extension; mas, á pesar de hacer casi cuatrocientos años que se descubrió ese continente, que continuamos llamando nuevo; á pesar

de los muchos viajeros é ilustres sabios que, como los Azara, los Humboldt, los Schomburgk, los Bonpland, los Wied, los Marcoy y los Cuviaux, han recorrido de un siglo á esta parte considerables extensiones del mismo, guiados los más por un objeto científico, algunos por un motivo comercial y los ménos por razones políticas; y no obstante el numeroso contingente de emigrantes que la vieja Europa envía de continuo á esa parte del país americano, aún continúan bastantes de aquellos rios total ó parcialmente ignorados, por más que el exacto conocimiento de su curso ofrezca inapreciables ventajas para las relaciones amistosas y comerciales de los diferentes Estados.

Apénas hace cuatro ó cinco años que el malogrado Cuviaux trazó el plano de cinco importantes rios, cuya invencion fué el primero en emprender en su totalidad; aún no ha transcurrido tanto tiempo desde que Wiener reconoció el curso del Napo, caudalosa corriente que pone en comunicacion la república del Ecuador con el bajo Amazonas; probable es que á estos recientes y arriesgados viajeros sigan otros que, como ellos, sepan arrostrar toda clase de peligros y privaciones hasta conseguir que la ciencia geográfica se enriquezca con los datos indispensables para llenar los vacios que tienen todavía incompleta la inmensa red fluvial sud-americana; más aún, para conseguirlo en breve espacio, pues afortunadamente para nuestra época, los estudios geográficos cuentan con entusiastas partidarios, las exploraciones se multiplican y los gobiernos y corporaciones las prestan un auxilio valioso y eficaz, de que ántes no podían disponer los viajeros, reducidos á sus solas fuerzas.

Uno de los rios últimamente reconocidos en casi toda su longitud ha sido el Pilcomayo, caudalosa corriente que naciendo en los altos Andes de Bolivia, al pié del cerro de Potosí, desemboca en el rio Paraguay algo al Sur de Asunción, capital de la república que lleva el nombre del segundo de dichos rios. En su curso, que se calcula de unos 2000 kilómetros, atraviesa los dos Estados referidos, y además la República Argentina, á la cual sirve hoy de límite con el Paraguay su orilla derecha. Por esta razon y por fertilizar con sus aguas gran parte de la dilatada cuanto ignota region conocida con el nombre de Gran Chaco, se comprendió la importancia que para los tres Estados tiene la navegacion regular por dicho rio. Una sola consideracion basta para apreciar esta importancia en toda su extension: á causa de las insuperables dificultades que ofrece la comunicacion terrestre, los productos boli-



MONUMENTO Á GARIBALDI EN TURIN, por Eduardo Tabacchi (Proyecto premiado)

vianos remitidos á la República Argentina, tienen hoy que enviarse á un puerto del Pacifico, bajar por este mar, dar la vuelta por el estrecho de Magallanes y subir por el Atlántico hasta Buenos Aires para ser desde allí expedidos á su destino en el interior, enorme rodeo que se haría de todo punto innecesario si se regularizara la navegacion por el Pilcomayo, el Paraguay y el Paraná.

Há ya largo tiempo que se vienen haciendo tentativas para explorar el Pilcomayo, pero todas ellas han resultado infructuosas.—En 1721 el P. Patino lo remontó hasta infuertosos.—En 1741 el P. Castañares pereció Tobas á retirarse.—En 1741, el P. Castañares pereció víctima de los indios Mataguayos.—En 1844, Van Nivel, encargado por el gobierno boliviano de reconocer el rio, recorrió unas treinta leguas y regresó diciendo que este se

exuende y se pierde en la llanura del Chaco; se habia extraviado en el Bahado.—En 1863, el P. Gianelli partió de Bolivia con sesenta y tres jinetes bolivianos, y reconoció unas sesenta leguas por la orilla izquierda del rio; mas al llegar al sitio llamado Piquirenda, su gente se negó á seguir adelante.

No creemos exagerar nada diciendo que el número de exploraciones intentadas, ya por parte de Bolivia, ya por la de la República Argentina y la del Paraguay, pasa de veinte. En setiembre de 1882 la primera de dichas Repúblicas ha organizado otra que regresó desbandada, privada de su caballería que le robaron los Tobas orgones.—Estos mismos indios ahuyentaron otra enviada por el gobierno argentino, y una nueva expedicion organizada recientemente por el mismo gobierno, se perdió en uno de los falsos brazos del Pilcomayo. Las luchas que se traban continuamente en la frontera entre los blancos y los indios Carayás dan lugar por una y otra parte á terribles represalias, y hacen sumamente difícil el contacto con los indios, los cuales alegan en su defensa que si matan á los blancos, es porque éstos no les dejan vivir en paz y exterminan á los suyos. ¿Cuándo llegará el dia en que el mundo civilizado sepa y comprenda que el indio es un hombre como los demás y que bajo su desnudo pecho late un corazon con frecuencia generoso y hospitalario?

Una de las últimas exploraciones del Pilcomayo, exploracion que, así como la de otras regiones, ha exigido la generosa sangre de una víctima, vertida en holocausto á la ciencia, ha sido la del doctor Cuviaux, infatigable viajero que despues de reconocer con tanto valor y energía como feliz éxito varios rios de la América del Sur, pereció en

su noble empresa, traídoramente asesinado el 27 de abril de 1882 por los indios Tobas, habitantes de las márgenes del Pilcomayo. La noticia de este asesinato causó en Europa una impresion penosísima; pero más aún en los países en cuyo principal obsequio trabajaba con animoso afán el audaz explorador; así fué que por parte de las repúblicas boliviana y argentina se organizaron al punto expediciones con objeto de rescatar del poder de los salvajes los inanimados restos del ilustre viajero así como los de sus compañeros, víctimas tambien del furor de los Tobas; mas por desgracia el resultado de todas ellas fué infructuoso, y sólo pudieron conseguir noticias contradictorias acerca del paradero de tan preciosos restos y del de las dos ó tres personas que de aquella matanza pudieron escapar con vida.



CANDELABRO DE BRONCE DORADO

La expedición últimamente organizada con el mismo fin por M. Thourar y el gobierno de Bolivia ha sido más afortunada, pues no sólo ha logrado adquirir informes fehacientes con respecto al trágico suceso á que nos referimos, sino reconocer en casi toda su extensión el Pilcomayo, de suerte que merced á ella se ha rasgado el velo que encubría el misterioso curso de otro de los ríos americanos y conocida una región jamás atravesada por ningún blanco. De regreso M. Thourar en Europa, se ha apresurado á dar pública cuenta del resultado de su misión, y en el mes de febrero último reunió en torno suyo en la Sorbona una numerosa concurrencia ávida de escuchar de sus labios las peripecias de su accidentado viaje. El relato hecho por este viajero se divide en dos partes; la primera concerniente al triste fin del doctor Crevaux, y la segunda á su exploración del Pilcomayo. Nosotros seguiremos el mismo plan en el presente artículo, extractando de la notable conferencia de M. Thourar los párrafos que más puedan interesar á nuestros lectores.

II

Hace unos dos años que el doctor Crevaux partió de Burdeos para Buenos Aires, comisionado por el ministro

de Instrucción pública para explorar el alto Paraguay, pasando desde este río al de las Amazonas. A su llegada á Buenos Aires, el doctor Ceballos, presidente del Instituto geográfico argentino, y los doctores Omistie y Vaca de Guzman, representantes de Bolivia, le dieron á entender el interés que ofrecía la exploración del río Pilcomayo, el cual nadie había podido recorrer hasta entónces en toda su extensión.

Dotado el doctor Crevaux de un temperamento ardiente, enérgico y emprendedor, se entusiasmó á esta idea, y partióse al punto para Bolivia con objeto de reconocer el curso de aquel río que, en concepto de ciertos exploradores, se perdía en la inmensidad de las llanuras del territorio del Gran Chaco, y cuyo trazado debía suministrar los datos necesarios para el establecimiento de una vía comercial entre Bolivia, el Paraguay y la República Argentina.

El gobierno de esta última, animado de un espíritu de progreso incontestable, puso á su disposición dos marinos de su armada, y le concedió pasaje gratuito por todas las líneas argentinas. Por su parte, el gobierno de Bolivia, más directamente interesado que el argentino en la exploración del Pilcomayo, ofreció á Crevaux cuanto necesitase y le pagó los gastos de transporte en mula desde Tarija hasta la misión de San Francisco Solano, situada á orillas del río en cuestión. Del 8 al 14 de marzo, organizó su expedición eficazmente secundado por los Padres misioneros, hizo en Tarija grande acopio de objetos destinados á los indios, y partió para Santa Ana, donde le aguardaban ya sus compañeros.

Al llegar á Iviuvi, le dieron una noticia que le desanimó, haciéndole comprender la inoportunidad de la expedición y las funestas consecuencias que su empresa podía tener. La guarnición de Caiza había salido dos días antes con objeto de castigar á los Tobas por haber robado estos los caballos del comandante militar Solano. En vano fué que tanto él como el P. Doroteo, superior de la misión, escribiesen al sub-gobernador, rogándole que diese órden de retroceder á la columna; esta continuó su marcha, y no regresó hasta el 30 de marzo, después de haber muerto diez ó doce indios Noctenes, y trayendo siete niños prisioneros. La vista de estas criaturas y el relato de la bélica expedición hicieron temer al P. Doroteo por el resultado de la misión Crevaux, á quien manifestó los funestos recelos que le inspiraba la recien trabada lucha, y la seguridad que tenía de que los padres de los niños prisioneros no dejarían de vengarse. El doctor comprendió el fundamento de estas indicaciones; quedóse un rato pensativo y maldiciendo aquella fatal expedición militar, hasta que, tranquilizándose, pensó que no siendo él de Caiza, ni boliviano, los indios no le maltratarían; y en seguida se puso á acariciar á los niños y á regalarles algunas chucherías.

Es de advertir que el P. Doroteo, al acompañar al doctor hasta el Pilcomayo, había llevado consigo una india Toba de Tarija, llamada Yalla, con objeto de que, enviándola Crevaux por delante, le facilitara tal vez el paso por el país de los indios. Esta india y los niños prisioneros eran la única esperanza que le quedaba al doctor. El 4 de abril partió aquella con el mayor de los prisioneros; Crevaux le entregó ántes de marchar algunos presentes para ella y para sus padres, prueba de su sincero deseo de verlos y hablarles, y le dirigió además estas palabras:



JARRON DE ARCILLA DORADA CON ESMALTES AZULES

«Para que concluya de una vez la guerra entre los tuyos y nosotros los blancos, te ruego que les repitas mis palabras y que se persuadan de que no queremos engañarlos. Si, ahora desamos sinceramente la paz. Te despachamos á tí con el mayor de los prisioneros, y si no ponemos en libertad á los otros, es porque son muy pequeños y están muy cansados, pero los llevaré conmigo. Haz comprender sobre todo á tu padre Galligague y á los demás jefes Tobas, Chorotis y Noctenes, que conviene que vengan á parlamentar conmigo y á ajustar la paz. Diles que no teman, que no recelen que se les tienda ningún lazo; respondo de ello con mi cabeza.»

La jóven comprendió perfectamente lo que de ella se esperaba, dispúsose del doctor y partió contenta y comovida, prometiendo regresar con la respuesta de allí á doce ó quince días. Pero mientras Crevaux encargaba de tan pacífico mensaje á la india, los Tobas y los Noctenes satisfacían su venganza acostumbrada, como se supo al día siguiente por un indio de la misión de Machareti, el cual se presentó herido de tres lanzadas y cuatro flechazos, diciendo que los Tobas habían dado muerte á dos compañeros suyos así como á sus mujeres é hijos. Apenas supo



FUENTE DE ARCILLA DE DIBUJOS DORADOS SOBRE FONDO DE COLOR DE MARFIL

el doctor Crevaux tan desagradable noticia, quedó sumido en la más profunda aflicción. Largo tiempo permaneció pensativo y arrepiñtándose ya de una expedición que iba á ser causa de su muerte; pero el recuerdo de sus últimas exploraciones, y especialmente la del Yapura, durante la cual atravesó ileso el país de los antropófagos uitos, le infundió la esperanza de vencer en la demanda, y confiado en su misión pacífica y en los medios de que contaba valerse, exclamó: «Si muero, sea enhorabuena; pero si no

arriesgo nada, ese río y esa región seguirán envueltos en el misterio que los rodea.»

La única esperanza que le quedaba era el regreso de la india Yalla con sus padres y los jefes indios, pues así conocería la disposición de ánimo de los Tobas; pero esta esperanza quedó también frustrada, porque transcurrió el plazo prefijado y la india no volvió.

A pesar de tanto contratiempo, el tenaz explorador no desistió de su empeño, porque Crevaux pertenecía á la raza de los que sienten crecer su ánimo á medida que aumenta la perspectiva de los peligros, y siguió haciendo sus preparativos para la dudosa excursion, activando la construcción de las canoas y piraguas en que había de navegar por el Pilcomayo, tomando notas acerca del idioma de los Chiriguano y de los Tobas, y coleccionando documentos antropológicos.

Dos ideas le preocupaban principalmente: la reciente expedición de los habitantes de Caiza, y los pantanos que, según noticias, había en la parte inferior del río; ambas ideas le habrían hecho vacilar, si la costumbre de navegar por los ríos y de vencer toda clase de obstáculos, su firmeza de carácter y su energía, no le indujeran á sonar á todo trance la misteriosa corriente y á aguardar la hora de la



LA ABUNDANCIA, ESTATUA EN BRONCE PARA CENTRO DE MESA

partida con vivísima impaciencia. Por fin recibió las armas y los fardos que esperaba de Tarija, dispuso que los indios de la misión de San Francisco los transportaran, juntamente con las embarcaciones, al punto del río escogido para dar principio á la navegación, y á las ocho de la noche del 19 de abril salió de la misión acompañado de los PP. Franciscanos y de todos los indios de la misma que desaban despedirse de él. Eran las nueve y media cuando el timonel Haurat anunció que todo estaba listo. Los indios que, más de una vez, habían advertido á los exploradores de los riesgos de su empresa, no pudieron contener las lágrimas, y los saludaron gritando: *Taupareño pegualta chunreña*. «Id con Dios, amigos.» Misioneros, franceses, bolivianos, indios, todos estaban conmovidos y afectados como si presagiaran un resultado lúgubre y funesto, y entre gritos, consejos y despedidas, las cuatro embarcaciones desaparecieron tras de un recodo del río.

La expedición se componía del doctor Crevaux, Ringel, Billet, Dumignon, y Haurat, franceses; dos argentinos, doce bolivianos y dos indios chiriguano. El mismo día 19 escribió Crevaux dos líneas al P. Doroteo, prefecto de las Misiones, anunciándole que había hecho la paz con los Tobas, y recorrido ocho leguas sin contratiempo. El 20 llegó la expedición á Bella Esperanza, seguida de los Tobas por ambas orillas del río. El 22 durmió el doctor en Teyo, solo en medio de los salvajes, cuyo número aumentaba por momentos. Del día 23 al 26 no ocurrió incidente notable, sino que los Tobas se reunieron ya en número de 2000.

El 27 á las diez de la mañana, la misión llegó á un arenal, y allí los salvajes convidaron á almorzar á los expedicionarios, ofreciéndoles pescado y carne de carnero. Crevaux, Ringel y Billet saltaron en tierra los primeros; en la última embarcación iban el jóven Ceballos, Haurat y Blanco. Apenas avanzaron los exploradores unos cuantos pasos, cuando los rodeó un grupo considerable de Tobas, que cayendo furiosos sobre ellos, los asesinaron á cuchilladas y golpes de *macana* (especie de maza). Entre tanto llegaron á la orilla Ceballos, Haurat y Blanco, y al ver el peligro que les amenazaba, se arrojaron al agua para pasar á la orilla opuesta; los dos últimos se libraron de caer en manos de los indios; no así el jóven Ceballos, el cual fué aprehendido por un Toba, que iba ya á matarlo cuando otro indio se interpuso y le defendió. El azorado muchacho pudo caer muertos á Crevaux, Ringel y Billet, así como á su mismo padre. Haurat y Blanco emprendieron la fuga en dirección Noroeste; pero no tardaron en ser apreados por otros salvajes. Inmediatamente después de la matanza, los indios se apoderaron de los fardos, armas y municiones de los exploradores, prendieron fuego á las embarcaciones y las dejaron ir á merced de la corriente. Volvieron luego al sitio en que yacían sus víctimas, y las hicieron pedazos, llevándose cada jefe á su rancho un miembro como trofeo de su victoria. Su venganza quedaba satisfecha: habían exterminado á los blancos en el punto mismo en que algunos de los suyos cayeran pocos días ántes heridos por las balas de la guarnición de Caiza. Los funestos presentimientos del decaído doctor se realizaron: la ciencia contaba con una nueva víctima sacrificada en sus aras.

En otro artículo describiremos las peripecias de la expedición de M. Thourar y su resultado.

M. ARANDA

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMON



AÑO III

→ BARCELONA 19 DE MAYO DE 1884 →

NÚM. 125

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Escudo que perteneció á Enrique II de Francia. (El original se halla en poder de Mr. G. Pilon de Paris)

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS, por don Ramón Fernández de Mera.—EL ÚLTIMO DRAMA (*Canicón*), por don Félix Rey.—LA EXPLORACION DEL PEGOLAVO (III), por don Manuel Aranda.

GRABADOS: ESCUDO DE ENRIQUE II REPRODUCCION FOTOGRAFICAMENTE POR EL PROCEDIMIENTO INSTANTANEO DE MEISSENBACH.—EL BARON DE MUNCHHAUSEN, cuadro por Vicente S. Lerche.—SALIDA DE UN BAILE, cuadro por Ribera.—UNA VISITA INOPORTUNA, cuadro por Gustavo Sús.—EL TOQUE DE AÑO NUEVO, dibujo por Otto Kopp.—RECOLECTORAS DE FICOS Y ALGAS, cuadro por H. Kasch.—RECUERDO DE ROMA, cuadro por Enrique Serra.—SUPLEMENTO ARTISTICO: EL CUERPO DEL DELITO, cuadro por T. Morgas.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Elecciones.—El senador y el diputado.—Vuelos concéntricos al receptor de la urna.—Novela electoral.—Mayo tiran succe a Abril débil.—Telégrafo musical.—Armonía en el arroyo, en el árbol, en el aire.—El 2 de Mayo.—Bequer.—Sus restos mortales y sus imitadores.—Edición monumental de las obras de Echegaray.—La cárcel modelo.—Dirección acerca del sistema celular.—¡Alto al juego!

Se han efectuado las elecciones para senadores y diputados. Resultado, el previsto. El gobierno se lleva siempre en esta lucha la parte del león. España tiene una nueva representación nacional. La agitación que precede a las elecciones, el ir y venir de los mudidores electorales, y las promesas sin fin de los candidatos, la docilidad con que los electores obedecen, las ambiciones más ridículas que grandiosas que se ciernen sobre cada urna, los mil tipos curiosos é interesantes que en la batalla intervienen, merecen, no un libro, sino una copiosa biblioteca, y no un cuadro, sino un numeroso museo empleado en describirlos ó pintarlos. Lástima es que queden inéditas tales escenas donde cabe todo, desde la alta comedia hasta el popular sainete. Inglaterra tiene un género literario destinado á reproducir y conservar—como el naturalista conserva en bodeciles de alcohol los seres que flotan en la atmósfera, nadan en los mares ó se arrastran por la tierra—estas fisonomías de la vida política. En España apenas se ha escrito cosa de fundamento aún sobre ello. Un solo libro de cuenta hay y su autor, el insigne Pereda, acaba de reimprimirlo en lujosa edición. Se titula *Los hombres de paja*. Es la historia de un señor campesino que consigue ser diputado á cortés, sus correrías á lomo de un venerable cuartago por las aldehuelas inmediatas al pueblo en que mora, las infamias ó ridiculeces de la vida política en los pueblos de poco vecindario; todo sazonado con la sal que Pereda espolvorea sobre sus libros.

El diputado es el hijo mayor de la familia política; el senador el abuelo de ella, con el cual no se cuenta sino para que sancione con una senil sonrisa las locuras que ha hecho el nieto. El congreso es el gran escenario, el senado una especie de academia. En el primero se discute, se lucha, se caldean las pasiones; en el otro cuerpo se dormita.

Las escuelas distintas que disertan sobre sí ambos cuerpos son ó no necesarios para la gobernación de un Estado no se pondrán jamás de acuerdo. El congreso es la patria que grita, el senado la patria que hosteza.

Por fin hemos entrado de verdad en la primavera; se han desgarrado las nebulas, ha lucido el sol, los campos han riado fulgurando los surcos de los sembrados como si hubiesen puesto en ellos simiente de piedras preciosas. Desde los bosques de álamos de la Alhambra hasta los bosques de pinos del Norte, podría establecerse un telégrafo místico de ruseñores, que de copa á copa trasmitiesen entre gorjeos la misma noticia, la de que el mes de Mayo ha recobrado sus derechos imponiendo su autoridad á los rebeldes. El mes de Abril fué débil y se dejó dominar por dos validos desleales: el frío y la lluvia. El primero le amenazó con un puñal de hielo, el segundo le obligó á ceñirse, en vez del regio manto de la primavera adornado de flores, la capa pluvial de los temporales. El reinado de Abril tuvo las turbulencias propias de una minoridad. Pero al niño sucedió el mancebo, al débil é irresoluto monarca el poderoso dominador, y esgrimiendo Mayo su espada de oro hecha de un rayo de sol, su juzgo nubes y ventiscas, y su triunfo le celebró la naturaleza en ese gran templo que se llama el campo, con un *te-deum* magnífico en que cantaron las aves, los lirios y los jacintos sirvieron de incensarios y los insectos de alas brillantes chirriaron su música monótona acompañados de la rana, ese sochantre de la gran orquesta que se asoma á las superficies de los charcos para entonar su alcutya eternamente repetida.

La función religiosa y cívica del 2 de Mayo tiene una solemnidad ante la cual los mismos extranjeros se prosternan. En el seno de la primavera, cuando en las entrañas de la humanidad corren estremecimientos de alegría, cuando en los campos flotan olas de perfumes y de pajaros, esta elegía nacional, este *de profundis* heroico adquiere mayor vida por el contraste. El obelisco del 2 de Mayo se levanta en el Prado de Madrid como un enorme índice de piedra que señala allá arriba á través del

luminoso cielo castellano el camino de los héroes y de los mártires.

La invasión francesa ha pasado, los hechos odiosos de que el año 1808 fué víctima España, no son más que un recuerdo, y la crítica de la historia y el buen sentido del pueblo español han sabido distinguir en aquella felonía al tirano que la cometió del noble pueblo francés que la vió con repugnancia.

Un insigne escritor italiano que hoy se encuentra en la República Argentina, Edmundo de Amicis, reconoce que España ha desgarrado toda la culpa de los estragos que sufrió contra Napoleón y Murat, y dice con notable rectitud que la ceremonia del 2 de Mayo es noble y grande, porque ante aquel sagrado monumento España no tiene sino palabras de paz y perdón.

Los restos del infortunado poeta Bequer van á ser trasladados á Sevilla. Justo homenaje y debido recuerdo al insigne cantor de las rimas. Bequer es un ejemplo de cómo se hacen las reputaciones. Murió casi desconocido y sin otra fama que la efímera del periodismo. Llevaba escritas muchas de sus hermosas leyendas y de sus primeros cuentos, obra de un buril superior en el mármol de la lengua cervantina, y sin embargo no se le concedía otra importancia que la de uno de tantos principiantes. Muere, y apenas muere la fama se apodera de su nombre y de sus versos, se reimprimen sus artículos, y en España y América una ovación de aplausos saluda al malogrado poeta.

Bequer hizo una sola cosa mala: crear un género en apariencia fácil, puesto que desdella la forma, y tentador por lo mismo para los jóvenes que por que se entretienen á la caída del sol y sienten un dolor muy grande cuando sus novias les hacen traición, se juzgan hijos legítimos de Apolo. Al mismo tiempo que crece la fama de Bequer, crece el número de sus imitadores. Estos son como la carcoma en la encina, como la hiedra en el álamo: algo que vive de ajenos jugos.

«Yo siento algo divino aquí dentro»

ha dicho Bequer y repiten con él estos poetas inéditos; cuando la frase de Bequer que debían repetir es esta, refiriéndose á su sentimiento artístico:

«Lo llevaré en la mano, en cualquier parte, pero en el pecho, nó.»

Es propia manera de ser de los genios en las artes el ser muy discutidos, ensalzados sobre manera y deprimidos sin justicia. Se les colma de alabanzas y se les cubre de oprobio, y entre la agitación de las muchedumbres que exaltan con el ardoroso verbo de su ánimo, hay manos que les traen apercebida corona de laurel ó corona de espigas.

Echegaray no podía eximirse de esta ley común á todos los que como él han traído á las artes nuevas ideas y nuevas formas. Su fecundidad ha contribuido mucho á que se le haga justicia. Si en vez de producir con tan prolífica abundancia hubiese sido de otra condición intelectual, de los que conciben despacio y despacio elaboran, muchos años habrían pasado y no hubieran conseguido ver esta unanimidad de pareceres que reconoce en él al insigne dramaturgo.

Pero como Echegaray tiene una fecundidad portentosa, hé aquí que mientras los críticos están discutiendo una obra suya, él arroja sobre el público una avalancha nueva de flores y brillantes, una nueva tempestad de relámpagos celestiales. Un hombre así no puede menos de triunfar. Una de las formas del triunfo ha sido para Echegaray la suscripción nacional iniciada por *La Epoca* en marzo del 81, á raíz del estreno aplaudidísimo de *El gran galote*, suscripción destinada á hacer una edición monumental de las obras del insigne escritor.

Acaba de aparecer el primer tomo de esta edición que contiene *La Esposa del vengador*, *En el puño de la espada* y *O locura ó santidad*, ilustradas con magníficas viñetas por Melida. Echegaray no necesita para que sus obras brillen por completo más que una buena compañía de actores. Calvo está en América, Vico emprenderá bien pronto el mismo viaje... Tendrá que acabar Echegaray, que es gran mecánico, por inventarse una máquina de representar comedias?

Se había efectuado la inauguración de la Cárcel modelo erigida en la Moncloa, la inauguración oficial, la de los brindis y los discursos, pero aún era un edificio sin estrenar; aún no había alentado ninguna esperanza de libertad tras sus rejas, ni ninguna negra desesperación había dormido los crueles ensueños del calabozo en aquellas celdas monásticas del crimen.

Hace pocas noches que se trasladó á ciento veintinueve presos desde el antiguo Saladero á la nueva cárcel. Se les obligó á entrar en el edificio á tomar un baño. Uno y muy largo en las aguas de la cultura necitan los desgarrados presos de la Moncloa, olas de educación que fortifiquen su voluntad como las olas del mar fortifican á los temperamentos débiles.

La cárcel modelo de Madrid, como es sabido, está construida con arreglo al sistema celular. El preso queda incomunicado. La soledad es su compañera, cuatro paredes sus contertulias, un lecho vacío sin esposa, y ver arder

de noche un mechero de gas tras un cristal raspado su único espectáculo. Sistema de gran efecto para un espíritu educado. El hombre á solas, cuando tiene la inteligencia en condiciones idóneas, medita, pero cuando su inteligencia está muerta ó dormida, la soledad y el silencio convierten el sueño moral en muerte, la muerte en desorganización completa, el criminal en loco ó en idiota. Un astro que tiene en las entrañas inflamadas la irradiación de la luz, puede en las inmensas soledades del espacio brillar y reflejar su propia luz; pero el oscuro pedrusco perdido en el cielo, sólo brilla cuando un rayo de luz ajena viene á herir su corteza.

No es esto atacar el nuevo sistema penitenciario, es afirmar una verdad: la de que no es posible obtener la corrección de todos los hombres por el mismo sistema.

El hipódromo de Madrid está lleno de gente. Las tribunas son un arco iris de hermosura y elegancia; el pueblo forma negros cordones alrededor de las maromas que rodean la pista. Delante de la tribuna que ocupan los jueces, los *jackeys* montados en soberbias bestias hacen lucir los vivos colores de sus blusas de raso... Las carreras de caballos de mayo son ya un vistoso espectáculo en la capital de España. Creo que las carreras no son más que un espectáculo y no un medio de fomentar y mejorar la raza caballar española, porque el caballo más útil á la agricultura no es el más veloz sino el más fuerte. He dicho que es un espectáculo y añadiré que es juego de azar en que se cruzan cantidades considerables. ¡Gran efecto dramático conseguiría un juez apareciendo en el hipódromo y echando en medio de la pista su baston con estas palabras:

—¡ En nombre de la ley, alto el juego!

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

ESCUDO DE ENRIQUE II DE FRANCIA.
reproducido fotográficamente por el procedimiento instantáneo de Meissenbach

A la vista de este trabajo hemos de confesar que no cabe llevar á mayor perfección la copia de un objeto de arte. Tentados estamos de decir que el inteligente y aún el simple curioso se harán más cargo de esa complicada obra por su reproducción que pudieran haberlo por el mismo original. Ni el más pequeño detalle, ni la más insignificante línea, ni el menos destacado relieve, han dejado de imprimirse en esa prueba sin rival, que constituye un nuevo progreso en la aplicación de las ciencias físicas.

EL BARON DE MUNCHHAUSEN,
cuadro por Vicente S. Lerche

El baron de este lienzo es, en la tradición alemana, el tipo del cazador que se atribuye aventuras imposibles y que conocemos en España con el nombre de baron de la Bola. Uno mismo es su flaco, contar á sus huéspedes las más estupendas mentiras; pero como el maravilloso cazador habita un suntuoso palacio y trata á sus convidados á cuerpo de rey, nunca le faltan *administradores* dispuestos á tragarse sus bolas mientras se las sirva trufadas y renojadas con *champagne*.

Nuestro héroe ha hecho pintar en las paredes de su rica mansion algunas de las hazañas que tiene obradas en el ramo cinegético. El autor del cuadro ha escogido el momento de sobremesa en que el baron explica uno de los argumentos de aquellas pinturas, que es como sigue:

En una partida de caza, agotados sus proyectiles, hubo de cargar la escopeta con huesos de cereza, cuando se le puso á tiro un magnífico ciervo. Hizo fuego nuestro Nemrod con su acostumbrada buena puntería; pero la insuficiencia del proyectil libró al ciervo de una muerte segura. A la primavera siguiente, el famoso cazador tuvo un encuentro con el ciervo de marras, al cual, entre asti y asta, había nacido y prosperado el más frondoso cerezo de que hasta entonces se tuviera noticia.

Tal es el baron de la Bola ó de Munchhausen.

SALIDA DE UN BAILE, cuadro por Ribera
(Exposición París)

Siempre hemos creído que el público, áun el méjor artísticamente educado, poscia el sentimiento del arte y áun cierta inteligencia intuitiva del mismo, que no sólo le permite distinguir lo bueno de lo malo, sino pronunciarle entre lo regular y lo superior. Penetremos en un Museo, en una exposición, y á buen seguro que sin necesidad de catálogo nos enteraremos de cuáles son los mejores cuadros con sólo fijarnos en los que sean contemplados por mayor número de curiosos.

Esto podía comprobar cualquiera en la exposición París, donde el cuadro de Ribera que hoy publicamos obtuvo el certificado de sobresaliente por unanimidad de votos. Concluido con singular acierto, dibujado con una corrección exquisita y pintado con una verdad y soltura propias de quien domina los efectos del color, es ciertamente una joya de tanto valor como buen gusto. El asunto está tratado de tal suerte que, sin carecer de animación propia, no se ha producido confusión alguna entre los diversos grupos del cuadro, siendo de primer orden el compuesto por los dos pobres niños que empujan su rudo trabajo á la hora en que; contraste amargo! los que gozan del mundo van

á buscar en blando lecho el descanso de unas fatigas que voluntariamente se han ocasionado.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA une su aplauso al del público y felicita muy cordialmente al Sr. Ribera por su deliciosa obra.

UNA VISITA INOPORTUNA,
cuadro por Gustavo Sus

La escena es terrorífica; el enemigo se ha hecho visible; los galos se hallan á las puertas de Roma.

Pero los romanos, uno de ellos, cuando ménos, no parece muy dispuesto á dejarse sacrificar impunemente, y mientras la madre, justamente alarmada, recoge la menuda prole, el padre gallo levanta el idem y se prepara á defender hogar y familia.

El cuadro de Sus está lleno de verdad y prueba el detallado estudio que su autor ha hecho de los dramas del corral.

EL TOQUE DE AÑO NUEVO,
dibujo por Otto Kopp

Desde lo alto del campanario, el toque de la corneta dice al pueblo que empieza un nuevo año. ¿Tiene que ver esta costumbre con algun hecho que explique la sustitucion de la campana, instrumento esencialmente religioso, por la corneta, instrumento típico del cuartel y del campamento? No lo creemos, á ménos que una especie de toque de diana no venga á recordar á los fieles el alba de ese instante en el tiempo que se llama año, en cuyo primer día todos formulan votos de vida nueva, que raramente se cumplen.

RECOLECTORAS DE FUGOS Y ALGAS,
cuadro por H. Rasch

Si una vez más tuviera que comprobarse que el mérito de una obra no debe medirse por el tamaño de esta, el cuadro de Rasch, perfectamente entendido por su grabador, sería una demostracion que de fijo no pasará desapercibida de nuestros favorecedores.

RECUERDO DE ROMA, cuadro por Enrique Serra

Este sencillo lienzo se halla impregnado de dulce melancolía. Los últimos rayos del sol iluminan un paisaje triste, limitado por la vega silbetea de la Ciudad Eterna. La naturaleza ha sido despojada de sus galas: un austero religioso pisa, solitario, el campo inculto; algunos restos de la antigua Roma atestiguan la fragilidad de las obras humanas.

Hay en este cuadro una sobriedad recomendable: el autor debe haberlo concebido en una de esas horas en que se apodera del artista la nostalgia de la patria y de la familia; una de esas horas en que, sin explicarse la causa, las lágrimas caen silenciosas encima de la paleta; horas del ocaeo en que no se vislumbra la posibilidad de la aurora y en que hasta la misma gloria parece una de esas mujeres condenadas á ahogar á sus amadores entre los brazos.

Es un cuadro *sentido* y que por lo mismo hace sentir.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EL CUERPO DEL DELITO, cuadro por T. Moragas

Se ha cometido un crimen, y la justicia africana tiene de bueno la rapidez del procedimiento. El autor de este cuadro ha resumido todo el código en el lienzo.

Allí está el pueblo, es decir, la sociedad que, en defensa propia, reclama el castigo del delincuente. Como sería muy fácil que el *corpo scilicet* quisiera hacerse justicia por su propia mano, un jinete contiene á sablazos los expeditivos impulsos de la *turba multa*.

En primer término son de ver el tribunal, el reo, sus guardianes, el acusado privado y el cuerpo del delito, una camisola ensangrentada.

Si en último término, un término no muy lejano, apareciera la horca, el pensamiento sería completo.

—Y el defensor?... preguntará cándidamente algun abogado de oficio, recién salido de la universidad. El defensor huelga, compañero; el defensor es un invento de cierta dama, que se llama *civilisation*, y que hace maldita la falta entre ciertas gentes.

Este cuadro está lleno de vida en su conjunto y de verdad en sus detalles: Su autor ha demostrado en esta obra lo que vale y lo que puede.

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

POR DON RAMÓN FERNÁNDEZ DE CASTRO

I

En el año de 1842 no era Madrid la populosa villa que hoy conocemos. Algunos de sus barrios, que son en la actualidad bormigueros humanos entre cuyas bocanadas de fétido vaho se asfixia la vida demasada concentrada, eran en aquella época sucias callejuelas de lugar formadas por una media docena de viviendas malsanas y destartadas y por otra media docena de solares donde crecía libremente la yerba y aleteaban á su sabor toda suerte de volátiles domésticos. El barrio de las Salesas y especialmente la plaza de este nombre eran casi un desierto en el que aparecían como oasis el convento, hoy transformado en

Palacio de Justicia, algunas casas bajas, dependencias del mismo, y otras dos ó tres particulares.

Una de estas, situada en el ángulo de la izquierda y separada del convento por un callejon sin salida, pertenecía y servía de habitación á D. Juan Castro, protagonista de la extraña y verídica historia que voy á narrar á mis lectores.

La casa, exteriormente, era de mezquina apariencia y de estrecha fachada; pero tenia mucho fondo y un gran espacio que hubiera podido ser huerta ó jardín, pero que en realidad no era ninguna de las dos cosas, porque unos cuantos palmos de terreno sembrado de algunas legumbres y una higuera raquítica no constituyen una huerta, y quince ó veinte olmos medio secos y una fuente con pilon de mampostería no merecen el nombre de jardín.

Esta casa, casi aislada y cerrada siempre, estaba en armonía con el carácter y ocupaciones de su propietario.

Don Juan Castro habia nacido en La Porra, pueblecito situado en los Pirineos y colindante con el camino que unía á Gerona con Perpiñan, y tan rayano de la frontera francesa que no se sabe si pertenece á Francia ó España; bien es verdad que ninguna de las dos naciones tiene interés en su posesion; tan feo es, tan árido y salvaje.

Con decir que cuando se quiere mandar á alguien á un mal sitio se dice que *se raya á la Porra*, está dicho todo.

Don Juan Castro era natural de La Porra, pero habia pasado su niñez al amparo de un tío suyo que tenia una fábrica de curtidos en Santiago de Galicia. Otro tío, propietario en Madrid, se le habia traído á la corte, y como era solterón y no tenia herederos, probijó al jóven Juan y le dió una educacion esmerada para aquellos tiempos.

El tío, sin duda por no saber en qué ocuparse, se habia dedicado al estudio de la química y de las ciencias físicas, y al morir trasmitió á su sobrino, no sólo las tres buenas cosas que en Madrid poseía, además de la en que habitaba, sino que tambien su afición á los susodichos estudios.

En la época en que le presento al lector, D. Juan Castro tenia cincuenta y dos años, pero representaba sesenta.

Era sumamente feo y de una delgadez espectral, y se distinguía por el monte de cabellos grises y encrespados que se asemejaban sobre su cabeza á una montera de las vulgaresmente llamadas de *pellejo*, y por el brillo sin:estro de sus ojillos redondos y amarillentos como los de un ave de rapaña.

Su parte moral era detestable. Adusto, seco de corazon, egoísta, vengativo y tenaz, no habia conocido ninguna afecion humana, por decirlo así; y en su aridez de carácter sólo se destacaba una afecion que parecía un contrasentido; y era un amor grande por la escultura, si bien este amor podía considerarse sólo como una distraccion, ya que su única, exclusiva y absorbente pasion la constituían los trabajos y estudios de las ciencias experimentales.

Después de algunos viajes que hizo al extranjero, no por placer ni curiosidad sino por aumentar el caudal de sus conocimientos científicos, se instaló ó mejor dicho se encerró en su casa de la plaza de las Salesas como un buho en su agujero solitario.

II

Allí vivia servido solamente por una criada de cuarenta y ocho años de edad llamada Micaela, y allí pasábase los días y las noches solas, sin tratarse con nadie, entregado á sus experimentos químicos con una asiduidad que rayaba en encarnizamiento y suspendiéndolos únicamente de tarde en tarde para entregarse, á guisa de pasatiempo, á sus aficiones escultóricas.

Pretendia resucitar la Alquimia aplicándola á la Física y á la Química; y respecto á la bella arte trataba de hallar el secreto perdido de la pura y graciosa línea antigua.

Ni el orgullo de exhibirse ni el deseo de hacer bien á la humanidad le impulsaban en aquellas fiencas en las que empleaba todo su tiempo, gastando además gran parte de su hacienda en la adquisicion de máquinas, instrumentos y modelos.

Quizá á Castro, hombre de organizacion enérgica, le pesaba el vacío de su existencia y trataba de llenarle, y tal vez esta causa explique las siguientes palabras cambiadas con su vieja sirvienta, una mañana, después de recibir una carta bastante voluminosa:

—Micaela.

—Señor.

—Me he casado por poderes. Dentro de ocho dias estará aquí mi mujer y es preciso que halle la casa aseada y en buen orden.

Micaela se quedó estupefacta y consternada. Su amo se habia casado: en aquella casa iba á entrar otra mujer que sería la dueña; además; ¡quién sabe! no obstante lo avanzado de su edad D. Juan podía tener hijos.

¡Qué golpe, qué contrariedad, qué desencanto!

Pero ¿qué había de hacer? se resignó hasta ver venir, é inmediatamente se ocupó en obedecer las órdenes de su amo.

Con efecto, ocho dias después, D. Juan Castro se vistió un poco más decentemente de lo que tenia por costumbre, salió de su casa á las diez de la mañana y volvió en un ómnibus, cuya imperial estaba llena de baúles.

La señora de Castro tomó posesion de la casa de su marido.

No bien hubo entrado en ella hizo un gesto que indudablemente queria decir:

—¿Qué marido y qué casa!

Y eso que Nemesia Fernandez de Castro no estaba acostumbrada á gollerías. Era una jóven de veinticuatro

años, rubia y bastante bonita, natural de Santiago y pobre como una rata. Cuando ella era casi niña y D. Juan Castro casi jóven habian tenido unos fugaces amorios interrumpidos por la traslacion de éste á Madrid. El recuerdo de aquel devaneo hubo de influir seguramente en el viejo cédibe cuando trató de alegrar su soledad con un compañero.

En cuanto á Nemesia, aunque supuso que su antiguo novio debia estar algo averiado, se resignó fácilmente á la boda por las razones siguientes:

No quedarse para vestir imágenes como ya recibiera. Salir de la dependencia de un tío muy gruñón.

Disfrutar de la fortuna de su pretendiente exaganda por la distancia.

Y sobre todo, vivir en Madrid.

Porque Nemesia era una coqueta de provincia con todos sus perfiles. Leia con avidez novelas y periódicos madrileños y la idea de conocer la corte de España la estrechaba de gozo.

Además, Nemesia creyó, no sin motivo, que siendo jóven y bonita dominaría á su marido y en esta idea basó mil castillos en el aire y dos mil proyectos de color de rosa.

Cuando se halló instalada en aquel caseron desmantelado, en aquella plaza donde crecía la yerba, al lado de aquel hombre apegaminado, de dedos amarillentos, negros ó rojos alternativamente y que oía á drogales, experimentó un movimiento de repugnancia que se convirtió despues en terrible decepcion al comprender que nunca llegaría á doblegar la voluntad de hierro de aquel débil viejecillo.

Porque sucedió que á los pocos dias de su matrimonio don Juan Castro, mirándole intencionalmente con sus penetrantes ojillos y en un tono que no admitía réplica, habíale dicho:

—Mira, querida; yo te he escogido por compañera, no precisamente por tu agraciado palmito ni por nuestros recuerdos de aquel devaneo amoroso, sino porque, pobre y habiendo vivido siempre en el poblachon de Santiago, siempre mejorarás por poco que mejores á mi lado. Por lo tanto, nada de tonterías ni de exigencias. Dentro de esta casa, que si no alegre es cómoda y espaciosa, puedes regalarte á tu gusto y hacer lo que te dé la gana. Fuera de esta nada de visitas ni de diversiones. Sobre todo te encargo mucho silencio y tranquilidad, pues el haberme casado no ha de ser motivo para que interrumpa mis estudios y ocupaciones. Debo hacerte además otra advertencia: sin ser precisamente como el celoso extremeño de la novela de Cervantes, exijo de ti una conducta decorosa é irrepachable, porque aunque viejo, en un caso de extravío, que no quiero suponer, sería inexorable para ti. ¿Comprendes?

Nemesia, que no era tonta, comprendió que bajo la apariencia raquítica de aquel hombrecillo se ocultaba una voluntad de gigante, una obstinacion soberbia y sobre todo un espíritu de venganza terrible.

Se resignó pues. ¿Qué habia de hacer la pobre?

III

Pero se resignó á medias, porque una mujer colocada en una situacion imprevista y antipática se siente capaz de luchar con el hombre más tenaz y más fuerte.

Así pues, en la casa de la plaza de las Salesas estalló una guerra doméstica, ó mejor dicho, no estalló sino que permaneció en un estado latente de ebullicion oculta.

Tal era la situacion conyugal al entrar la primavera del año de 1843, época en que comienza esta historia.

Nemesia era de carácter avieso y caviloso y entendía la lógica á su manera. Segun ella, aquel viejo odioso y repugnante no tenia el derecho de imponerla sus deformidades físicas y morales, negándole todas las compensaciones, por lo que, á riesgo de su vida, determinó vengarse de él del mejor modo que puede vengarse una mujer. Y ya sabemos en qué suelen consistir esas venganzas.

Nadie entraba en aquella triste casa, si se exceptúa, y esto muy de tarde en tarde, alguno que otro viejo, generalmente calvo y con gafas, que se encerraba con D. Juan Castro en su laboratorio; y casi siempre precedían á estas visitas ruido de hornillos encendidos, chirridos de máquinas y detonaciones formidables; lo cual excitaba hasta el paroxismo los nervios de Nemesia.

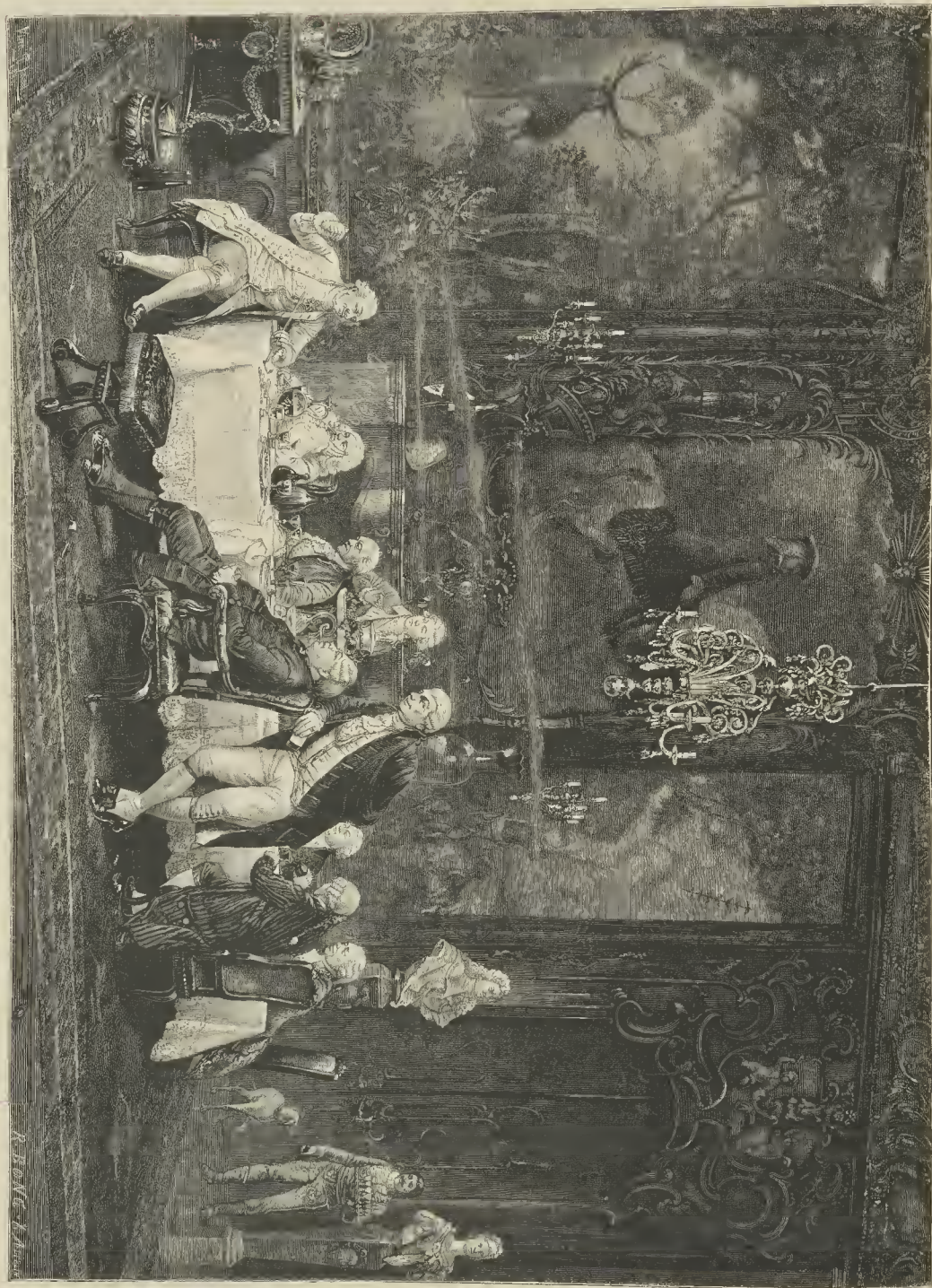
Pronto se dejó sentir la primera manifestacion de aquella guerra de zapa. Micaela, la antigua criada, se despidió de la casa; no podía resignarse á ser mandada por aquella jóven exigente y altanera, que habia venido á usurparle sus atribuciones.

Don Juan prestó poca atencion á este incidente; Micaela no suponía nada para él: era un instrumento reemplazable con otro, nada más.

Una mañana se suscitó una cuestion algo más importante; Nemesia hizo venir á un carpintero para que aserrase uno de los olmos del jardín próximo á las ventanas de su cuarto, con el fin de alutuyar á los pájaros que venían á posarse en el árbol y la despertaban muy temprano. D. Juan se opuso formalmente, y ella, despues de una escena conyugal, se fué desesperada á dar su acostumbrado paseo, al de Recoletos, única excursion que, por lo cercano, la toleraba su marido.

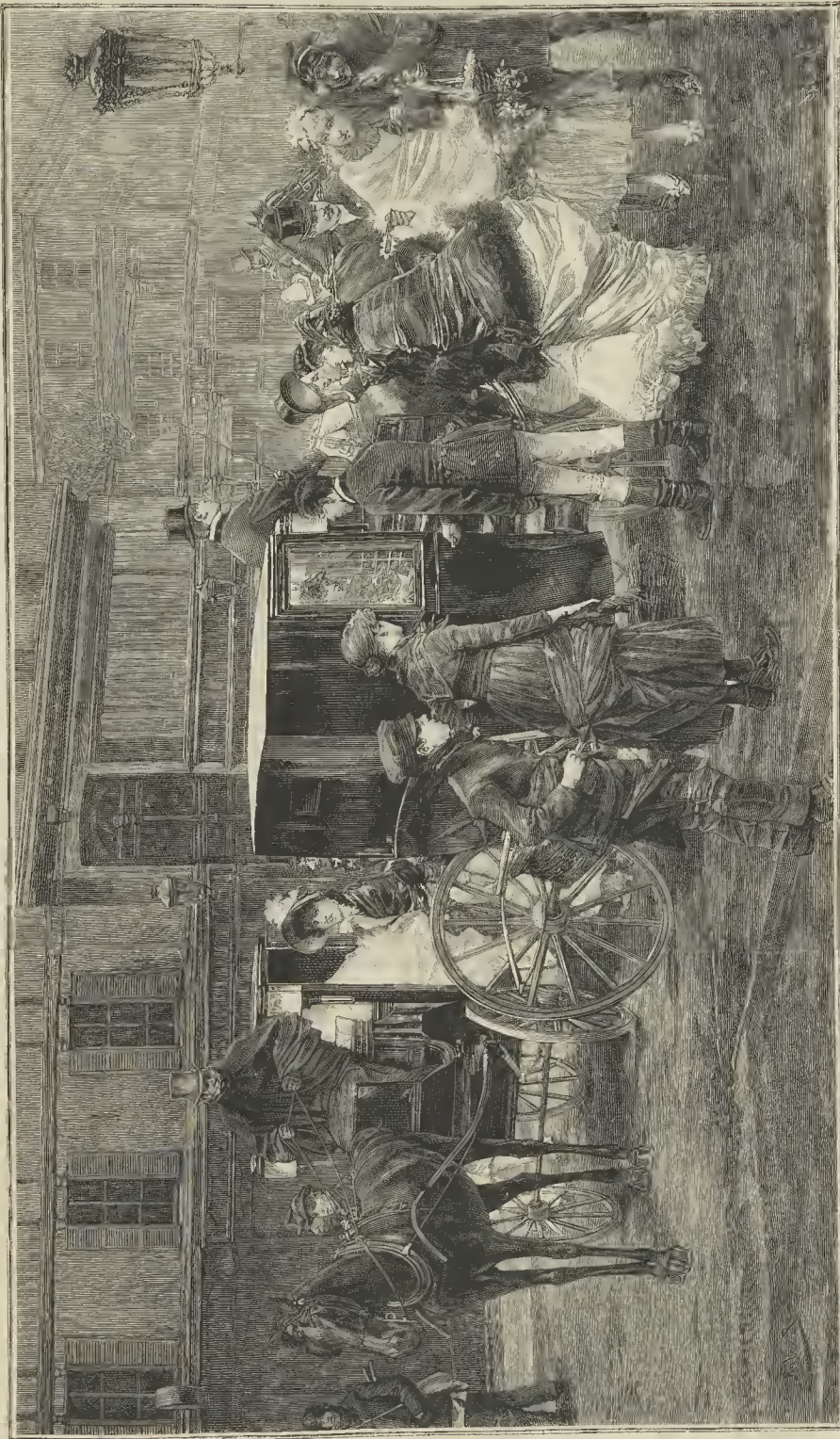
En aquella época el paseo de Recoletos era poco más que un callejon, con una cuesta en uno de sus costados, plantado de árboles torcidos, y en el que sólo habia algunos informes asientos de piedra.

Nemesia, sentada en uno de estos, golpeaba el suelo



EL BARON DE MUNNHAUSEN, cuadro por Vicente S. Lerche

EXPOSICION PARÍS



SALIDA DE UN BALLE, cuadro por Ribera

con su sombrilla, pensando más que nunca en la rebelión, cuando acertó a pasar por frente de ella un joven oficial de caballería, guapo, de talle de avispa (como que usaba corsé) y arrastrando con aire marcial su corvo sable.

(Continuaré)

EL ÚLTIMO DRAMA

(Conclusion)

IV

El húsar siguió visitando puntualmente todas las tardes á Magdalena; las relaciones de ambos se fueron estrechando poco á poco, y algun tiempo más tarde mediaron palabras que hicieron presumir un próximo enlace.

Magdalena veía todos los días á Casimiro en la calle ó en el balcon de la casa de enfrente, triste y cabizbajo. La posición de Casimiro era la del hombre amargado y rendido por las contradicciones y las pesadumbres.

Salía poco de su habitación, en donde apoyado un brazo sobre la mesa, la cabeza reclinada en la mano y vuelto de espaldas á la calle, pasaba largas y eternas horas, principalmente cuando el húsar iba á casa de Magdalena.

Debían desespararle mucho estas visitas.

Un día á la salida de una iglesia, Casimiro se dió de manos á boca con Magdalena.

—Le he jurado á V. que no se casará conmigo.

—¿Qué risa!

—Por tanto, no se casará V. con el húsar.

—¿Por qué?

—Porque lo prohibo yo.

—¿Usted?

—Nos casaremos pronto, muy pronto.

—¿Usted y yo?

—En este mismo año.

—¿Lo cree V. así?

—Y así será.

—¿Qué intento!

—Usted lo ha tomado á broma, y estoy hablando seriamente.

Adiós Magdalena; hasta el día de la boda.

Magdalena sintió frío y calor á un tiempo mismo. Aquella seguridad la trastornaba.

Volvió á su casa muy preocupada, y por la tarde, cuando llegó el húsar le dijo:

—Ya estoy decidida.

—¡Gracias á Dios!

—Me caso, pero con una condicion.

—¿Tú dirás.

—Que la boda ha de celebrarse mucho antes de que termine el año, y sin que se entere nadie de ello. ¿Lo acepta?

—Aceptado.

—Que no se entere nadie, nadie, nadie.

Nadie se enterará. Se arreglarán los papeles con el mayor sigilo, se dispensarán amonestaciones, y una mañana muy temprano, muy temprano, nos vamos á la iglesia á que nos eche las bendiciones el cura.

—Así, así; pero pronto.

—Pronto será.

Después de despedirse el húsar, Magdalena corrió al balcon; en el fondo del cuarto vió á Casimiro vuelto de espaldas á la calle, la cabeza descansando en la mano y el brazo sobre la mesa, como si estuviera pensando ó durmiendo.

—¡Ah! ¡Quizás medita la idea de realizar su proyecto! Piensa, piensa, que cuando ménos lo esperes vas á verte



UNA VISITA INOPORTUNA, cuadro por Gustavo Sus

chasqueado y corrido. ¡Ah!—prosiguió cerrando las manos y frotándose un puño contra otro.—¡Rabia! ¡rabia! ¡rabia! ¡te odio! ¡te odio! ¡Antes muerta que tuya!

Y concluyó sonriéndose, viendo que el húsar salía al balcon mientras que Casimiro seguía durmiendo ó pensando.

V

Todo llega en el mundo; por tanto, llegó tambien el codicioso día de la boda.

Aún no había amanecido, y ya el húsar esperaba impaciente á Magdalena en la sala inmediata al tocador. Por fin salió prendida de mil y un alfileres.

—Te he hecho esperar; perdona. ¿Está el coche abajo?

—Abajo espera.

—¿Nadie habrá sospechado que estás en Madrid?

—Nadie. Todos creyeron en mi licencia, y á estas fechas me juzgan al lado de mi familia en Valencia.

—Pues vamos antes de que amanezca.

—Cuando tú quieras.

—Un momento.

Magdalena abrió uno de los balcones, y miró la casa de enfrente, que estaba muda y silenciosa como un sepulcro.

—Todo cerrado; todos duermen. Vayámonos sin hacer ruido. Temo, no sé por qué, que la boda no llegue á realizarse.

—¡Pues no faltaba más! Dentro de una hora estaremos

puede imaginarse.

—¿Qué significa esto?—exclamó Magdalena.

Y volviéndose horrorizada, se encontró con su marido, que sonreía bondadosamente.

—¿Que sabes?..

—¿Qué?

—Lo que significa esto.

—¿Cuál?

—Mira.

Y lo llevó al balcon mostrándole lo que tanta sorpresa le causaba.

—¿Qué es esto?

—Un maniquí!

—Sí, ciertamente.

—¿Pues, y la persona que habitaba ese cuarto?

—Aquí está.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿En mi casa?

—En nuestra casa.

—¿Es posible!

—Y tan posible.

—Necesito verlo para creerlo.

—Pues aquí la tienes.

Y diciendo y haciendo, el húsar se arrancó bigote y peluca, apareciendo la cara de Casimiro monda como cabeza de seminarista.

casados y bien casados.

—No perdamos tiempo. Echame sobre los hombros este abrigo. Gracias. Dame el brazo. Sujeta ese sable. ¡Ea! En marcha, que pronto amanecerá. ¿Falta algo?

—Nada.

La criada apareció.

—Alumbra, que no se sienta la llave en la cerradura. Oye: tú te vienes con nosotros; no quiero que te quedes en casa; puedes hacer ruido, levantarse alguno en la vecindad, trabar conversacion, y... ¡Sois tan habladoras!... Lo dicho, te llevamos con nosotros.

—Como V. quiera, señorita.

—En marcha.

Tomando las más grandes precauciones, abandonaron la casa, subieron al coche y se dirigieron hácia la iglesia.

Allí esperaban los padrinos y los testigos. Ya había amanecido cuando se reunieron estos y aquellos.

Todo estaba preparado.

La boda se verificó en medio del mayor orden y con bien escasa concurrencia.

Al salir de la iglesia Magdalena, el húsar y la criada subieron á un mismo coche.

—¡Tremos á tomar chocolate á la montaña del Principe Pio. ¿Qué te parece?

—Una gran idea.

—Los tres juntos.

—Los tres.

—Así como así, tengo apetito.

Después del chocolate todavía dieron los tres un paseito volviendo por fin á casa contentos y dichosos.

El primer cuidado de Magdalena, así que se quitó el abrigo, fué correr á los balcones y mirar al cuarto de Casimiro.

¡Quedó petrificada y muda de espanto!

En medio de la habitación, cam á la calle, habia un maniquí de palo, sentado en una silla, el brazo apoyado en la mesa, y la cabeza recostada en la mano.

Tenia el aspecto más fúnebre y estúpido que

Magdalena lanzó un grito.

—Te he cumplido mi palabra,—dijo Casimiro tranquilamente.—Te amaba, te amo, y tu vida me era necesaria. Desde mi infancia soy actor, profesion que bendigo más que nunca, pues gracias á ella he conseguido ser tu esposo. Ya me irás tratando, me conocerás y cuando llegues á conocerme, no podrás menos de amarme. ¿Cómo no, queriéndote tanto!

Magdalena que hasta entonces ignoraba quién era su vecino, recordó al actor más querido y celebrado de España, sintió balagada su vanidad, satisfecho su amor propio y tendiendo una mano á Casimiro, le dijo con voz tierna:

—Te perdono, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que si algun dia dejas de quererme me engañes del mismo modo que ahora lo has hecho.

—No es necesario fingir lo que se siente.

—¿De veras me quieres?

—Mucho.

El matrimonio se consumó y vivieron felices y dichosos.

Vale.

FÉLIX REY

LA EXPLORACION

DEL PILCOMAYO

III

Describamos ahora lo más sucintamente que nos sea dable la reciente expedicion de M. Thour y su resultado. Encargado este viajero de una mision en América por órden del gobierno francés, recibió, hallándose en Santiago de Chile, una comunicacion del ministro de Negocios extranjeros en la que se le prevenia que hiciera toda clase de pesquisas para averiguar el paradero y la suerte de los dos prisioneros de la mision Crevaux, á quienes algunos indios Chiriguanos habian visto atados á unos árboles en el país de los Tobas. En cumplimiento de esta órden, Thour pasó á Bolivia, expuso al ministro del Exterior, Sr. Guizarro, la mision que llevaba y su proyecto de explorar el Chaco tan luego como la hubiese desempeñado, y habiéndole entregado aquél eficaces cartas de recomendacion para que las autoridades de la frontera le auxiliaran en cuanto necesitase, partió á los cuatro dias para Tarija, atravesando la inmensa meseta boliviana desnuda de vegetacion, polvoriento, y circunscrita por una cordillera de volcanes apagados cuyas cimas reflejaban en el fondo azul del firmamento la blancura deslumbradora de sus nieves eternas. En Tarija encontróse con que el gobierno boliviano estaba organizando una columna de doscientos hombres que debian partir muy en breve para el Pilcomayo con órden de ocupar á Teyo, residencia principal de los indios Tobas; y desfilando á las sugerencias del doctor Campos, delegado del gobierno y comisario de la expedicion, accedió á reunirse con ella y á aguardar á que la columna emprendiese la marcha. Efectuóse esta el 26 de agosto, yendo la expedicion acompañada por cien indios Chiriguanos de la mision de Aguirre; á los tres dias llegaron unos y otros á la orilla derecha del Pilcomayo, á un lugar llamado Santa Bárbara, hoy «Colonia Crevaux» situado á los 21° 34' lat. Sur, en donde permanecieron ultimando los preparativos hasta el 10 de setiembre, fecha de la partida definitiva para Asuncion del Paraguay á través del Chaco boreal.



EL TOQUE DE AÑO NUEVO, cuadro por Otto Kopp

Pero antes de exponer las peripecias de esta larga marcha, que duró sesenta y tres dias, convendrá que demos á conocer el resultado de las pesquisas hechas por Thour para encontrar los restos de la mision Crevaux.

Al llegar dicho viajero á la frontera, encontró á Ceballos, el joven boliviano de diez y seis años, superviviente de aquella mision, el cual le confirmó las circunstancias que mediaron en la perpetracion de la matanza, añadiéndole que habia pasado seis meses prisionero de los Tobas, Thour mandó buscar en seguida al indio Yahuanahua, intérprete de la mision, que se habia escapado tambien de la matanza y el cual le hizo el mismo relato que Ceballos. Recorriendo la frontera de Norte á Sur, y tomando informes de los Chiriguanos y Chanupites, adquirió la certidumbre de que habian sobrevivido algunos prisioneros. Al punto envió á decir á los capitanes toba de la frontera y en particular á Peloko, al anciano de noventa y cinco años, que deseaba hablar con ellos. Convino en tener una entrevista á orillas del Pilcomayo, y M. Thour consiguió en ella que algunos indios le prometiesen recorrer las tribus circunvecinas, con notas escritas en francés, español y toba, haciendo saber que iba en busca de los prisioneros. A los pocos dias regresaron dichos indios asegurándole que no quedaba superviviente alguno; más adelante, hallándose ya en el Chaco, supo por los indios Guisnayas que Haurat y Blanco habian conservado su vida en el momento de la matanza, gracias á la intervencion de la india Yalla,

pero que habian fallecido á los cinco meses de cautiverio, de padecimientos y privaciones. De los restos de la mision sólo pudo recoger un barómetro Fortin, una carta de Crevaux, un croquis del Pilcomayo trazado por este y anotado por Billet, y la borda de una de las embarcaciones.

Hemos dicho poco antes que la expedicion de M. Thour emprendió el 10 de setiembre de 1883 la marcha desde la «Colonia Crevaux» para la capital del Paraguay. Esta expedicion se componia de un coronel, dos tenientes coroneles, el doctor Campos, 80 soldados de linea, indios Quichitas de Potosí y 30 guardias nacionales de caballería; en total unos 140 hombres.

El río Pilcomayo que, segun ya hemos indicado, nace en la Cordillera oriental de los Andes de Bolivia, recibe muchos afluentes; su curso es sinuoso y rápido hasta el salto de Pirapo, dos leguas más arriba de la mision de San Francisco de la cual habia partido el doctor Crevaux, á los 21° 15' lat. Sur. Desde este punto hasta el paralelo 22, el curso del río es muy regular; su velocidad es de 1800 á 2000 metros por hora, y sus aguas corren por un lecho de arena aurífera de unos 200 metros de anchura, sin rocas ni troncos de árboles que lo intercepten. La altura de sus márgenes varía entre cinco y seis metros, estando orladas de bosquecillos siempre verdes de sauces, bobos y gayacos. El terreno es llano, arenoso, y en el límite á que llegan las grandes avenidas se extiende una linea de majestuosos algarrobos, y detrás de ellos inmensas llanuras con excecantes pastos.

A las diez de la mañana del 11 de setiembre llegó la expedicion enfrente del sitio en que fué asesinada la mision Crevaux. M. Thour sacó una fotografía de aquel punto,

y plantó en él dos palos cruzados, tributando así un piadoso homenaje á la memoria de tan nobles víctimas, cuyas huellas, frescas todavia, no se habian borrado enteramente de las arenas del misterioso Pilcomayo.

Los Tobas huian ante los expedicionarios incendiando sus ranchos. El 12 de setiembre tuvieron estos la suerte de acampar en frente de lo del anciano Peloko, á quien visitó Thour inmediatamente, asegurándole que la columna iba en són de paz y que respetaría las viviendas y los numerosos rebaños de caballos, mulas, carneros, buyes, perros, etc., de los Tobas. Peloko le proporcionó dos de sus hijos en calidad de guías, los cuales desempeñaron este cometido con tanta inteligencia como solicitud, haciendo atravesar á la columna con sumo cuidado los bañados de Cavayu-Repoti, húmedos todavia; luego la condujeron á la comarca de los indios Guisnayas del cacique Sirome, al través de todo el territorio de los indios Matacos, á donde llegó el 19 de setiembre sin el menor percance, aunque seguida á cierta distancia por un número respetable de indios, en actitud puramente pacífica. Aquel dia hizo un calor sofocante; el termómetro marcó 37° á la sombra á las tres de la tarde. Barruntábase una tormenta, la cual estalló á las seis, desencadenándose una hora despues con toda su fuerza: el viento barria con violencia inaudita cuanto encontraba á su paso, arrebatando las tiendas de campaña y desarraigando copulientos árboles. Guarecidos los expedicionarios en un bosquecillo

de algarrobos, pasaron la noche llenos de mortal ansiedad; de vez en cuando caían anchas y tibias gotas de lluvia; los relámpagos fulgurantes, que se sucedían casi sin intermisión, los envolvían por todas partes, y los estampidos del trueno resonaban en el espacio con ensordecedor estruendo. A media noche la tormenta se resolvió en una de esas lluvias torrenciales como sólo se ven entre los trópicos.

Las relaciones de los exploradores con el cacique Sirome fueron cordialísimas. Los indios Guisnayas de esta tribu están en comunicación casi directa con Jacuiva, población comercial de la frontera boliviana, por la vía de Tonono y de Yturu. M. Thour reanovó sus gestiones para obtener más datos acerca de los prisioneros que habían huido por este territorio, y quedó firmemente persuadido de que habían muerto hacia seis meses. Sirome autorizó a dos de sus hijos para que acompañaran á la expedición hasta el río Paraguay, y esta emprendió de nuevo la marcha el 21 de setiembre.

En la madrugada del 23 encontré en presencia de un crecido número de Tobas y de Tapetis armados de pies á cabeza y en ademán francamente hostil. M. Thour iba á la cabeza de la vanguardia, precedido por dos Guisnayas, cuando el cacique de esta tribu le interceptó el paso, le preguntó con rudeza y altanería á dónde iba aquella columna y qué se proponía hacer en un territorio que no era el suyo, y terminó exigiendo que los expedicionarios retrocedieran. M. Thour mandó al punto que se desplegaran en guerrilla los veinte hombres de la vanguardia; entre tanto llegó el grueso de la fuerza, y á su vista los indios depusieron sin intenciones hostiles, dejando el paso libre. La columna vadó el Pilcomayo, que en aquel sitio era poco profundo, y siguió su marcha por la orilla izquierda.

El aspecto del río era allí diferente; las orillas son arcillosas, de 12 á 15 metros de altura, casi verticales; distan unas de otras más de 1800 metros, pero la corriente no excede de 60 de anchura. La vegetación varía un tanto: los bobos y los sauces desaparecen con las arenas, sustituyéndolos el mistol, el tusca, el cañar, el algarrobo, etc., árboles que tienen de 8 á 12 metros de altura; sus hojas, finas y delicadas, de la misma forma que las de la acacia y colocadas en las ramas del propio modo, ocultan numerosas espinas que dificultaron en gran manera la marcha de los exploradores.

Durante la noche de aquel mismo día desaparecieron los guías. Hasta entonces los indios no habían molestado á la expedición, la cual sólo había tenido que ahuyentar los muchos jaguares que pululaban en torno del campamento, espantando y poniendo en fuga á los caballos. Como ningún indio quería servir de guía, M. Thour tuvo que dirigir la marcha de la columna valiéndose de la brújula. El 2 de octubre acampó esta á los 23° 34' 50" de latitud Sur, sufriendo toda la noche los atrevidos ataques de los jaguares; hacia tres días que no se había visto ningún salvaje, por cuya razón era de tener una emboscada, y en efecto, el día 3, al salir el sol, se presentaron aquellos en número de 800 á 1000. Ocultando el grueso de sus fuerzas



Recolectoras de fucos y algas, cuadro por H. Rasch

entre los cañaverales que rodeaban el campamento, dieron principio al ataque al són de un instrumento llamado *pacuno*, haciendo sus jinetes una diversion hacia la retaguardia, mientras trataban de romper las líneas de los expedicionarios disparándoles una granizada de flechas. Tratóse entonces un recio combate que duró tres horas: la columna tuvo seis heridos, al paso que esta puso fuera de combate más de treinta indios. A las ocho prosiguió la expedición su marcha al través del territorio de los enemigos, los cuales huyeron quemando sus ranchos y abandonando numerosos rebaños de carneros, cabras y bueyes, que la columna respetó. Durante los siguientes días, los salvajes se contentaron con provocar á los exploradores, pero lejos del alcance de sus fusiles, hasta que, asombrados sin duda de que se respetaran sus ganados y ranchos, cesaron en su persecución.

Esta consideración guardada por M. Thour y los suyos redundaba, sin embargo, en su perjuicio, porque los víveres que llevaba la columna empezaban á agotarse; pero convenía dar á los enemigos una lección de superioridad á la vez que confirmarles los anunciados propósitos de paz y buena amistad que en su día podrían dar provechosos resultados.

La marcha continuó unas veces por la orilla derecha y otras por la izquierda, y sin más incidentes llegó la columna el 11 de octubre al sitio llamado Caballo muerto, situado á los 24° 20' de latitud Sur y 61° 31' de longitud Oeste de París. Allí empiezan las inmensas llanuras pantanosas del bajo Pilcomayo; á uno y otro lado se extienden hasta perderse de vista pantanos inmensos, profundos, sobre todo en la orilla derecha, los cuales son continuación de una serie de grandes lagos que en la izquierda se ven hasta cuatro ó cinco kilómetros de distancia. Las márgenes son muy bajas, y apenas sobresalen del nivel del agua.

La caballería de la columna iba ya en un estado deplorable, extenuada, hambrienta, porque los indios, imitando la táctica de los rusos cuando la invasión francesa de principios del siglo, incendiaban todo cuanto había en el territorio que debía atravesar la columna, así ranchos como pastos. Era ya imposible seguir por más tiempo la corriente del Pilcomayo; así fué que los expedicionarios se encaminaron al Este, no quedándoles otra alternativa sino

meterse en los pantanos, de donde jamás habrían salido, ó exponerse á morir de sed. Los indios no dejaron de seguirlos por las praderas. El Pilcomayo se perdió enteramente de vista, dirigiéndose al Sur.

A los pocos días no quedaba ya un buey para el consumo, y hubo que matar las mulas. La marcha se iba haciendo cada vez más lenta y difícil, por todas partes se extendía un dilatado mar de altas yerbas que empujaba á los exploradores al Es-nordeste. Estos habían perdido ya las fuerzas y el ánimo; y todos los días iban dejando atrás caballos que no podían seguirlos. Tan sólo tenían carne de mula para sustentarse; de noche los acosaban manadas de jaguares que, juntamente con las intolerables nubes de mosquitos, no les daban punto de reposo: por otra parte, los indios seguían rodeándolos con un círculo de fuego; de suerte que sufrían los inaguantables tormentos del sueño, del hambre y de la sed. Tuvieron que cruzar grandes bosques de palmeras; iban casi todos á pie, y se vieron además de dejar por el camino todos sus bagajes, porque se iban quedando sin acémilas. El cansancio, el desfallecimiento apenas les permitían dar un paso, y para colmo de penalidades y contratiempos hubieron de cruzar á pie grandes pantanos con agua hasta la cintura; siéndoles de todo punto imposible tenderse, algunos trataban de dormir de pie, pero todos tenían las piernas hinchadas y devoradas por las sanguijuelas.

Después de treinta y dos días de fatigas y privaciones, después de pasar por todos los grados del sufrimiento y de la desesperación, llegó por fin la columna, el 10 de noviembre por la mañana, á un punto que sólo distaba legua y media del río Paraguay, del cual la separaba una inmensa llanura llamada de Naro, á unas seis leguas al Norte de la Colonia Villa Hayes y á doce de la Asunción. Ya era tiempo.

Un cazador de jaguares acudió en su barca al encuentro de los expedicionarios. El júbilo de estos fué inmenso; pálidos, maclientos, muertos de hambre, tendidos de cansancio, con los trajes hechos jirones, presenciaron entonces un espectáculo conmovedor: M. Thour sacó del pecho una bandera francesa, y todos tributaron los debidos honores á las dos banderas que por primera vez acababan de atravesar las misteriosas regiones del Chaco, en las que yacen los restos de tantas víctimas generosas.

El gobierno del Paraguay se apresuró á poner á disposición de los exploradores un cañonero que los condujo á la Asunción.

Su misión quedaba terminada: la Geografía acababa de enriquecerse con nuevos datos acerca del curso de un gran río y de la situación topográfica de una comarca misteriosa y desconocida; pero estas ventajas no se habían conseguido sin tener que lamentar otra víctima sacrificada en aras del progreso, sin tener que deplorar la muerte de un individuo de la expedición que, postrado, y sin fuerzas, se quedó rezagado, siendo pasto de los voraces jaguares.

La ciencia, como la guerra, ha producido siempre héroes, como la religión, mártires, y como la Providencia, bienhechores.

MANUEL ARANDA



RECUERDO DE ROMA, cuadro de Enrique Serra, adquirido por el Sr. Buxareu

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.



AÑO III

← BARCELONA 26 DE MAYO DE 1884 →

NUM. 126

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VIOLANTE, HIJA DE PALMA EL VIEJO, celebrado cuadro de P. Bordone

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—DOS CIEGOS, por don J. Ortega Manilla.—EL HOMBRE DE LOS DOS CARTUJOS (*Continuación*), por don Ramón Fernández de Mera.—LA FLAUTA, por don Francisco Asenjo Barbieri.

GRABADOS: VIOLANTE, retrato por Bordone.—TEATRO DE LA ÓPERA EN BUDA-PESTH.—UNA HISTORIETA DIVERDIDA, cuadro por O. Erdmann.—TRICICLO ELÉCTRICO DE ACUMULADORES.—LOS DESOLADORES DE TÍMPANOS, cuadro por L. Neustaller.—CAÑÓN PARA DISPARAR CARTUCHOS DE DINAMITA.—PROYECTO DE FERRO-CARRIL SUBTERRÁNEO EN NUEVA YORK.

NUESTROS GRABADOS

VIOLANTE, retrato por Bordone

En nuestro número 123, á propósito de un retrato por Chaplin, decíamos cuán infundada era la opinión de los que daban poca importancia á esa clase de obras. Como argumento en nuestro favor, véase el retrato, que hoy publicamos, de Violante, el hijo del célebre pintor Palma el Viejo, maestro del no menos célebre Bordone. En esta obra es de ver cuán bien combinados se hallan el vigor y la delicadeza, la seguridad de la ejecución y la suavidad de las tintas, dando por resultado un conjunto lleno de gracia y que recuerda al Ticiano, en cuya escuela se formó Bordone.

Nació este insigne artista el año 1500 en Treviso y en 1538 fué llamado á París por Francisco I que era gran amante de las artes. Pero ni el clima de aquella capital ni las ceremonias de la corte de Francia eran muy á propósito para hacer olvidar á Bordone el cielo de Italia y su independencia de artista. Regresó, pues, á su patria, residió especialmente en Milán y falleció á los 70 años de edad, con fama de ser uno de los primeros pintores de su tiempo.

Comparando el retrato ejecutado por Chaplin con el ejecutado por Bordone, se echa de ver la diferente manera de hacer del arte antiguo y del arte moderno, que obra con mucha mayor libertad y convencionalismo. Pero en una y otra manera de hacer cabe el verdadero arte, sin que, por ejemplo, el acabado de Rafael valga ni más ni menos que el desenfado de Velazquez.

TEATRO DE LA ÓPERA EN BUDA-PESTH

Los pueblos que tienen la conciencia de su valer procuran dotar á sus principales ciudades de monumentos que, además de dar impulso al arte, sean permanente testimonio de su cultura y poderío. Los edificios monumentales de los pueblos son la historia de su grandeza y de su decadencia, de los sentimientos que han dominado en distintas épocas y de los afectos experimentados por los soberanos ó las asambleas que han regido sus destinos. Basta contemplar las ruinas de que está sembrada Grecia para comprender que los griegos fueron artistas por excelencia; basta hacerse cargo de las catedrales góticas de Europa para echar de ver que el principio religioso fué el imperante de la Edad Media; basta visitar esos palacios de las Mil y una noches llamados *Exposiciones*, y esas fábricas, templo del trabajo en todas sus manifestaciones, para reconocer que el siglo XIX es un siglo esencialmente industrial y no poco materializado.

Place, sin embargo, en nuestros tiempos, ver que las ciudades más importantes construyen famosos teatros que son orgullo de la localidad que los posee, y que, como el de Buda-Pesth, permiten al extranjero formar una ventajosa idea de la capital de Hungría. A nuestra manera de ver, la Iglesia, el Cementerio y el Teatro son los tres objetos que deben visitarse con preferencia: ellos, más que nada, nos dirán hasta qué punto un pueblo ama á Dios, al prójimo y al arte.

UNA HISTORIETA DIVERDIDA, cuadro por O. Erdmann

Cuando un asunto pictórico, insignificante de suyo, está tratado con la maestría en el dibujo y la destreza en el claro-oscuro que revela el lienzo de Erdmann, y cuando su reproducción en el boj está ejecutada con la perfección sobrada notoria que el grabador Brend'amour imprime en todos sus trabajos, no es de extrañar que una lámina como la que lleva el anterior epígrafe cautive agradablemente la atención y que nos obligue á dedicar á su contemplación tanto tiempo como si se tratase de una obra de mayor estudio ó trascendencia. Basta el título para penetrarse perfectamente del asunto y hacer las consideraciones que la vista del grabado naturalmente sugiere, y bastan también las firmas de ambos artistas para comprender la aventajada ejecución de una obra, frívola si se quiere, pero bellísima.

TRICICLO ELÉCTRICO DE ACUMULADORES

Hace pocos meses que ha circulado por las calles de Londres un triciclo común modificado por los Sres. Ayrton y Perry y en el que la fuerza eléctrica se empleaba como medio de tracción, pero este nuevo empleo de la electricidad ha sido más bien un ensayo que una aplicación práctica.

Basta examinar el grabado para comprender cómo funciona este triciclo. Suministra la fuerza eléctrica una serie de acumuladores Faure-Sellon-Volkmar de un tipo especial que ponen en movimiento un motor eléctrico capaz de desarrollar una fuerza de hasta tres décimos de caballo (22 kilogramos por segundo), y que sólo pesa 18 kilogramos. Pone directamente en acción una de las ruedas grandes del triciclo: el viajero tiene á mano un conmuta-

dor con el cual puede variar á su placer el número de acumuladores puestos en circuito en la máquina, según la naturaleza del terreno y la velocidad que desea imprimir al aparato, el freno y la palanca de dirección. Un amperemetro y un voltímetro colocados á su lado marcan á cada instante la fuerza eléctrica consumida (y ya se sabe que esta fuerza es igual al producto de los volts en las bornas por los amperes en el circuito). Por último, dos lamparitas Swan sirven á la vez de faros reglamentarios y de alumbrado para los aparatos.

Es más probable que este primer modelo sufra algunas modificaciones en lo futuro y que pronto veamos circular por nuestras calles algunos vehículos eléctricos más apropiados á su objeto.

LOS DESOLADORES DE TÍMPANOS, cuadro por L. Neustaller

Para tratar asuntos sencillos y producir efecto con ellos, se necesita una verdadera fuerza de ejecución, aparte de un estudio concienzudo de los tipos intentados reproducir. Así, por ejemplo, el asunto trazado por Neustaller no puede estar más desprovisto de interés, y sin embargo, su manera de hacer ha sacado de él un partido evidente. Esos traviesos chiquillos soplan con tal naturalidad y su intención de mortificar á su joven compañera está revelada con tanto acierto, que la vista se fija agradada en esta composición sin pretensiones y que, á pesar de todo, revela los envidiables conocimientos de su autor.

CAÑÓN PARA DISPARAR CARTUCHOS DE DINAMITA

Esta máquina bélica consiste en un cañón de 40 pies de longitud por 4 pulgadas de diámetro, que dispara cartuchos explosivos de dinamita. Como agente propulsor y á fin de que no estallen los cartuchos dentro del cañón, se emplea, en vez de pólvora, aire comprimido, encerrado en un pequeño depósito que se adapta al extremo del tubo. El cartucho ó bala explosiva es de forma oblonga, y en su base tiene un cono de madera para servir de guía y evitar que el roce caliente el proyectil y su contenido; en la punta lleva una cápsula con materia explosiva que al dar contra cualquier objeto, inflama la carga de dinamita.

La fuerza, relativamente poco expansiva del aire, requiere para sacar todo el efecto posible, que el cañón sea de la longitud indicada.

Las pruebas que se han hecho con esta arma en el fuerte Hamilton cerca de Nueva York, donde se ha inventado, han dado por resultado, con un cartucho de dinamita de 2 pulgadas de diámetro, una fuerza de impulso de 500 libras por pulgada cuadrada; por cuya razón se calcula que con un cartucho de 4 pulgadas de diámetro resultará la fuerza balística igual á 2000 libras por pulgada cuadrada, lo que equivale á decir que un cartucho cargado con 100 libras de dinamita puede ser disparado á la distancia de 1 hasta 1 $\frac{1}{2}$ kilómetros con suficiente probabilidad de dar en el blanco. El arma es tan ligera que una lancha de 50 á 60 pies de eslora puede llevar dos de estos cañones para disparar cartuchos de 100 libras de dinamita. Además de su poco peso tienen la ventaja de poderlos desmontar y montar con poco trabajo, lo que facilita extraordinariamente su transporte y manejo en todas las operaciones militares terrestres y marítimas.

Aguárdanse nuevos ensayos, principalmente respecto del empleo de otras fuerzas motrices además del aire comprimido.

FERRO-CARRIL SUBTERRÁNEO en Nueva York

La densidad siempre creciente de la población de Nueva York y la extensión misma de la ciudad han hecho necesario arbitrar medios de comunicación siempre nuevos. No hace aún mucho tiempo que se introdujeron los ferrocarriles aéreos, pero han resultado demasiado lentos por sus frecuentes paradas y están sobradamente distantes de los cruces de los ferrocarriles principales. Por otro lado, la calle principal, llamada de Broadway, que tiene cerca de 5 kilómetros de largo y es la gran arteria del comercio, no tiene suficiente anchura ni para un ferro-carril común ni para uno aéreo. En tales circunstancias se ha proyectado el ferro-carril subterráneo que representa nuestro grabado, que tendrá cuatro vías y anchas aceras laterales más elevadas. Dos vías están destinadas al movimiento local de poca velocidad y muchas paradas, así como para los trenes de mercancías, y las otras dos para trenes de gran velocidad. El piso superior, es decir, la calle verdadera queda así reservada para los transeúntes y carruajes. Para ejecutar los trabajos sin interrumpir el tráfico, puesto que ha de desaparecer el espacio transitable de la calle actual para hacerlo nuevo sobre arcos de hierro que á su vez descansan sobre columnas robustas del mismo metal, se establecerá un pavimento interino, un metro más elevado que el actual, y móvil, para desmontarlo cuando el trecho debajo de los dos pisos está concluido, y llevarlo siempre más adelante hasta que cada calle quede concluida en toda su longitud. Este pavimento interino tendrá de 150 á 300 metros de largo. Calificase los ciencientos de las casas de Nueva York son por regla general más profundos que el nivel de la vía subterránea, pero si alguna que otra casa no llenase esta condición, se subsanará de un modo u otro semejante inconveniente. Así opina la comisión de ingenieros encargada del examen del proyecto.

El obstáculo más formidable es el coste, pero se confía en que el genio americano logrará allanarlo.

DOS CIEGOS

I

En los buenos tiempos aquellos en que era rey de España, por la gracia de Napoleón, su hermano José, no constituía la caza ejercicio muy usado en la Península. Ocupación más grave que la de dar muerte á conejos y perdices entretenía las escopetas, que andaban por esos montes de Dios cargadas con bala y convertidas en fusil belicoso y anti-humanitario. Los ciudadanos que por temor se sometían al rey intruso, hubieron de entregar sus armas de fuego en la Casa-Concejo de sus respectivos pueblos, y los no sometidos usábanlas en la noble empresa de arrojar de nuestra bendita tierra á los señores gabachos. Así es que las perdices se morían de aburrimiento dentro de sus jaulas, tomando el sol ó escarbando la tierra, sin que un cazador las sacase á ver el campo; los conejos y liebres se multiplicaban entre los pies de los combatientes, de modo que causó asombro á Lord Wellington el gran número de estos doctos animalillos que vivió en el Arapil grande de Salamanca; los ciervos y venados pasaban sus gentiles personas por la pacífica extensión de sus ántes conturbados dominios, y las codornices emigradoras tornaban á su África, llevando en el pico la verde rama de emblemático olivo que la patria ensangrentada y doliente buscaba sin éxito por el desierto territorio de Babilen.

No faltaba, sin embargo, algun aficionado al gran placer de la caza que dando de mano á graves ocupaciones políticas, y cual si en nada tuviese el desenlace de la gloriosa tragedia, fuese una mañana hermosa de primavera por el polvoriento camino del Pardo, como quien se dirige hacia el cuartel de San Roque, puesto sobre un vigoroso caballo de campo, y seguido de seis ú ocho oficiales franceses, todos ellos vestidos de paño azul, con botas de cuero adobado, y cascos de reluciente metal en las cabezas.

Salíó del Pardo esta lucida cabalgata á tiempo que el sol asomaba su rodela llameante tras las oscuras lomas del Guadarrama, que á lo lejos descubría sus escalinatas gigantescas de granito, sus rampas grandiosas de pendiente inaccesible, sus crestas y granullaciones verrugosas en que la vegetación muere, tratando en vano de subir aquellas cuestas y despeñaderos, agarrándose con las uñas de las zarzas, y con el reptador pié del musgo. En las afueras del pueblo cruzóse la cabalgata con un pelotón de soldados franceses que vivaqueaban allí. Todos ellos se cuadraron al descubrir al jinete del caballo negro, y gritaron con vozocer y agardentosa:

—¡Vive le roy!

—¡Vive!—respondieron los de la escolta.

El real jinete, pues real era toda vez que así le llamaba la *Gaceta*, no contestó á la entusiasta salutación de otro modo que espoleando al caballo, el cual tomó á media rienda el camino que conducía al monte y serpeaba entre un espeso tomillar, y cual á atmósfera llena de los aromas saludables de la sierra, animaba el deseo de penetrar en la espesura del rebolillar vecino, donde mil urracos murmuraban no sé que chismes patrióticos, y huían á la llegada de S. M. deteniéndose cerca de él, como si los muy pícaros osasen burlar su voluntad omnipotente.

Su Majestad el rey José iba de mal humor, según refiere el puntual cronista. Su anchura frente estaba contraída por las arrugas del disgusto, y su labio inferior, descoloreado y muy delgado, dejábase moñer por los reales dientes que eran blanquísimos y pequeños como de dama. Llegaba al descuido las riendas de la noble bestia, que usando con prudencia de su libertad, no salía de una mediana carrera, con que bien pronto ganó la entrada del monte.

Entónces el Rey intruso llamó á los de la escolta, que adelantaron sus caballos hasta emparejar con el de José, y éste dijo en aquel insinuante tono que le caracterizaba: —¿Dónde vamos á cazar, Augereau?

Augereau, que iba á la derecha del Rey, caballero en un potro de fierá é inquieta cabeza, patas finas y crines recortadas, contestó refrenando al hermoso bruto, que irreverente trataba de adelantár á la real cabalgata:

—Sire, en el llamado Cuartel de las Águilas. V. M. verá cuán agradable cazadero. La abundancia de reses mayores es grande en él. No es extraño, porque hace meses que no suena un tiro en toda la extensión de esta finca de V. M.

—Si se exceptúan las de esos malditos guerrilleros, que á modo de langostas, surgen en asoladora nube por todas partes y se multiplican como los gusanos.

—¿Guerra de bandoleros es la que hacen!—exclamó con indignación Augereau, mientras su caballo corrobó de pura sangre piáfaba furiosamente, como si quisiese protestar del aserto de su jinete.

—¿Y las escopetas? preguntó el Rey.

—Aquí las trae uno de los de la escolta, repuso Augereau.

—Dadme una y retiraos todos. La caza, como la oración, sólo tiene mérito cuando es individual. No saco gusto á este ejercicio si una turba de ojeadores me trae las piezas poco ménos que del rabo, diciéndome: «¡Mételas V. M.!»

—Vuestra Majestad piensa en esto de otro modo que su augusto hermano el Emperador.

—Mi hermano es ménos cazador que yo, afirmó José con entonación orgullosa.

Augereau detuvo su caballo, llamó á uno de la escolta que traía sobre la perilla del marcial aparejo varias armas de fuego, encerradas en sus ricos estuches de piel, y to-

mando una de ellas, puso el gallo en el seguro, y dijo al rey entregándosele:

—Como V. M. guste. El bosque ha sido explorado previamente y una guardia numerosa le rodea; de suerte que puede V. M. gozar con tranquilidad de esta hermosa mañana. Las guerrillas de bribones serranos andan por toda la comarca, pero aquí no han de llegar seguramente.

—¿He preguntado yo eso?—exclamó con enojo el Rey intruso, dando indicios en su pálido semblante de lo poco que le agradaba verse tratado de cobarde.

—Síre,—contestó Augereau bajando su confuso rostro hasta el nivel del cuello del caballo como para hacer una reverencia,—perdone V. M. si oficiosamente...

—Está bien, replicó con sequedad el Monarca espoleando su corcel, que se encabritó antes de partir á galope, y haciendo piernas gallardamente, se separó de la escolta.

Augereau se acercó á los otros oficiales que se habían detenido. Uno de ellos dijo:

—Mal humor tiene hoy S. M.

—Malo,—añadió Augereau.—Como que ha habido carta del Emperador.

—Y según costumbre, le dará esos consejos que él suele y que suenan á censura.

—Hoy es más grave la cosa. Yo he leído un párrafo de la carta. Le llama inepto.

—¡Inepto!—dijo el oficial que antes había hablado.

—¡Inepto!—replicó otro de la escolta.

Y la palabra *inepto* corrió de boca en boca en aquel corrillo de Martes cortesanos.

II

Su Majestad corrió todo lo que le vino en voluntad. Su mal humor necesitaba algún desahogo y hallólo espoleando al potro, por cuyos relucientes ijares se escurrían las plateadas estrellas del acicate, ya húmedas de sangre.

De trecho en trecho aparecía detrás de algún chaparro ó matorral espeso la vistosa figura de un soldado de la Guardia Real, que presentaba su arma al monarca, gritando:

—¡Viva el rey!
—Así no es posible cazar,—pensó José con ira.—Estos bárbaros por guardarme á mí, ahuyentan la caza. Más valía no haber salido del Pardo y permanecer encerrado en aquella parodia de Versailles, recibiendo á esos enfadosos Consejeros de Castilla, que no me habían de otra cosa que de los tapices, de su Moratin, de su Romero y de los frailes. ¡Maldecida generacion de Quijotes! ¡Voto al diantre, que ya me va cargando tan monótona sociedad!

En todo legaba el Rey á un paraje donde desaparecieron súbitamente la espesa vegetacion de pinos, tomillares y lentiscos, comenzaba una gran calva desnuda de hierbas altas y llanísimas como la palma de la mano, que se perdía á lo lejos en varias ondulaciones y declives. Un soldado de la Guardia Real estaba allí tieso, derecho, erguido é inmóvil cual muñeco de palo, con su mosquete entre las manos y el morrión peltado en la cabeza.

El Rey le llamó.

—Acércate,—dijo,—toma el caballo de la rienda y condesciéndale á la escolta.

El muñeco de palo perdió la inmovilidad de su postura, y dejando caer el arma sobre el suelo, sostuvo al caballo mientras echaba pié á tierra el rey José. Este examinó el oído de su escopeta y descendió por la limpia ladera con paso firme y seguro. Su traje le componían sombrero de fieltro negro, sin plumas, cilindros ni adornos, cascaca azul con botones de oro y calzon verde que venía á acabar en la campana de una bota de charol armada de espuela de paseo. Unos guantes de ámbar remataban el adorno de la Real persona, que con la escopeta apercebida para hacer fuego avanzaba despacio, explorando el terreno atentamente. Mucho anduvo así. La mañana estaba apacible, el cielo despejado de nubes, quieto el aire y llena de los aromas campesinos la atmósfera. José, sin ser muy poeta, era accesible á los gratos sentimientos de la naturaleza bella, y acaso entonces al escuchar el pitido de alguna alondra que alzaba su vuelo cantando,

Símbolo del poeta que cuando canta se remonta al cielo;

al aspirar el balsámico ambiente que exhalaban los tomillos, cuyas débiles ramas se estremecían como trinitando al menor soplo de aire, viéndose solo en medio de la campiña, sin Consejeros de Castilla aduladores, sin aquella corte de lambrumon que le ajustó su hermano como se ajusta una compañía de cómicos, para que representase el papel de monarca, erigió la paz, el sosiego de su edad infantil; aquella casa de Córcega que habitaron sus antecesores, humildes y pobres; ¿Quién es capaz de percartarse de los misterios que encerraba entonces su alma, supeditada á impuestas obligaciones, abandonada por un momento, al sentirse libre de sus enojosos frenos?

Sentóse en un enorme tronco de sabina que abatió el hacha ó el rayo, y dejó á un lado la escopeta, apoyando la frente en las enguantadas manos. Así estuvo algún tiempo. Cuando alzó la vista del suelo, contempló delante de sí á unos cincuenta pasos de distancia, el espectáculo que más puede impresionar á un cazador. Erán tres gamos, que sobre un montículo cubierto de maleza pastaban tranquilos. Sus airoas cabezas se destacaban con arrogante elegancia sobre el fondo azul purísimo del horizonte. Bajábanlas para comer la dorada gramínea que alborabraba con su menuda vegetación la ladera, y atentos

á todo rumor, con las movibles orejas en movimiento continuo, y la lágrima pupila mirando al mismo tiempo á todas partes, suspendían el ejercicio de las mandíbulas de rato en rato, quedando entónces con los bellos llenos de hierba, en actitud observadora y temerosa. La caída de una hoja, el volar de un insecto, el graznido de la urraca, los alarmaban interrumpiendo su comida, que proseguía poco despues.

El Rey, sin apartar sus ojos de los gamos, buscó á tientas la escopeta; montóla sin mirar el gatillo; apuntó hacia el grupo de sencillos animales é hizo fuego. La detonacion resonó en la llanura, sin que un eco la reprodujese, y los gamos huyeron illesos con la cabeza echada sobre el lomo y en vigorosa tension los músculos de sus nerviosas patas. Levantóse precipitadamente el Rey para cerciorarse de su torpeza y falta de tino, cuando á la derecha de un pequeño matorral, inmediato al montecillo donde estaban los gamos, se oyó una recia voz que decía con mucho temor y azoramiento:

—¡Eh, cuidado, que hay aquí un cristiano y le vais á acribillar con vuestros pedrigones!

Al mismo tiempo salió de detrás del matorral un hombre altísimo y desgarrado, cuyo rostro curtido por el aire del campo, surcado de profundas arrugas y erizado de barbas, parecía carecer de toda expresion, como en efecto carecía, porque el tal hombre era ciego. Gran sorpresa produjo á Bonaparte la aparición súbita é inesperada de tan extraño personaje, y más aún le suspendió su vestido, que era pobre, astroso y roto hasta frisar casi en la desnudez. Traía un burdo chaqueton de paño pardo con las mangas deshilachadas y raídas, calzon de pana agujeado hacia el sitio que por su propio nombre llamamos posaderas, polainas remendadíssimas y sucias de barro, boreregues gruesos y torcidos, y en la cabeza el casquete de piel que suelen usar los patanes de tierra de Madrid. Pendiente del cuello y reposando sobre la espalda del desatarrado viajero, veíase un morral de lienzo denegrido y una guitarra con tantos agujeros de más como clavijas de menos; su mano derecha crujía un garrote de ferrada punta con que apaleaba cruelmente el suelo al andar, para orientarse. El ciego introdujo en su ancha y desdentada boca los dedos índice y anular de ambas manos, y dejó oír un silbido penetrante. El Rey le miraba con cierta sorpresa.

—¿Llamo á mi burro,—dijo el ciego acercándose hacia donde por el ruido del disparo supuso él que se hallaba el cazador.—Por lo visto hay aquí cazadores, y como soy ciego, y no los veo, hasta que me han descerrajado un tiro, no sé el peligro que corro. Me marchó á otra parte.

Entónces el Rey dijo en el más correcto castellano que supo, y pronunciando despacio las palabras á fin de despojárselas de todo acento galo:

—Me alegro de que mi escopeta no haya hecho el flaco servicio de regarte de plomo las espaldas... Pero ¿qué demonios hacías ahí? ¿Ignoras que este monte es del rey, y coto vedado para los demás?

—¡Vaya, señor!—repuso el ciego.—Esto es del rey, pero como ahora no hay rey, porque el rey está en Bayona...

—¿En Bayona? ¿Y el rey José?

—¡Bah! ¡Bah! ¿El tuerto Pepe Botella? Ni ese es nuestro rey ni lo será en la vida ningún francés pícaro.

—¿Tú has visto al rey tuerto?—preguntó festivamente Bonaparte.

—¡Señor! ¿Vuesa merced se burla. ¿No sabe que soy ciego? ¿Cómo he de verle?

—Entónces, ¿quién te ha dicho que es tuerto?

—¡Toma! Eso lo dice todo el mundo. Tan tuerto es como su madre.

—Verdad es que su madre tenía dos ojos como dos luceros. ¡Mal queirás á ese pobre rey tuerto!

—¡Pobre! ¡Valiente tuno está el rey de copas! ¿Vuesa merced quiere enternarse de la nueva relacion que le ha sacado un grande poeta de Madrid? Aquí la traigo,—dijo el ciego metiendo la mano en el zurron y sacando un buen legajo de papeles groseramente impresos.—En esta relacion lo pomen como no digan duenas. ¡Bien merecido le está al que nos llama á los españoles fripones, que es una cosa así como bribones; se le dicen aquí las verdades del barquero!

El Rey oía sonriendo las lindezas que el ciego le ensartaba.

—Vamos, caballero,—añadió éste,—ya que por un tris no me ha convertido su merced en criba, cómpreme unos romances. ¿Quiere V. el *Romance del buen Rey Diaz de Vivar*? También habla de cosas de guerra, y trae la carta de Jimena Gomez, que empieza así:

A vos, mi señor, el Rey
El bueno, el aventurado,
El magno, el conquistador,
El agradecido, el sabio,
La vuesa sierva Jimena
Fija del Conde Lozano,
A quien vos marido disteis
bien así como burlando,
Desde Búrgos os saludó
Donde vive lacerando.

El ciego recitaba el romance con quejumbroso tonillo de escuela, en tanto que buscaba entre el monton de papeles la relacion del rey Pepe Botella de que había hablado.

—¿Qué te parece á tí ese Cid del romance?—preguntó José.

—Que era lo que se dice un guapo mozo,—respondió con viveza el ciego,—pero hay quien le gana en gualpezas

y en bizarrías. Ahí está si no mi señor Empeinado, que no me dejará mentir, ó si no, cójame á Francisquete y á Mir... ó á Chamberg, que ellos solitos han matado lo menos 1,000 gabachos. ¡Vaya unas despachaderas que tienen los niños! ¡Eso es matar, y no Napoleón, que necesita millones de hombres para conquistarnos! Aquí está el romance. Cójale V. y léalo, que es cosa buena. Mire aquí, que hay una estampa. Pero no, me he equivocado. Este es el *Paso gracioso de D. Napoleon Malaparte y D. Pepe el tuerto*, que trae al fin las *seguidillas lacrimosas de Murat, por el bachiller Carrasco*.

Empezaba á amostazarse el rey intruso con los patrióticos desahogos del ciego, y así, antes de que le viniesen ganas de endosarle cuatro culatazos, lo cual hubiera sido criminal y bárbaro en demasía, quiso poner fin á la charla del Homero guadarromances y le dijo:

—No, yo no quiero romances ni quiero desatinos. Toma esta moneda por el susto que te he dado, y vete de aquí antes de que te sorprendan los guardos y te rompan la guitarra en los cascos.

Alargó el ciego la áspera mano, y el Rey depositó en ella una moneda de oro.

—Gracias, señor, que Dios os dé tanta salud como mal deseo á Pepe Botella.

En esto dejóse oír en los silenciosos ámbitos del monte un rebuzno pausado, grave y estrepitoso, digno de los regidores del cuento cervantino, y el ciego exclamó volviendo la cabeza hacia el lugar donde sonaba:

—Ven acá, alma de mi alma, luz de mis ojos, guía de mis pasos, sosten de mi persona.

Asomáronse, en efecto, por la vecina loma dos orejas puntiagudas y largas, una cabeza de burro huesuda y triste, y todo el burro, en fin, que á paso trunquillo mordisqueando aquí y acullá la hierba, se acercó al ciego. Montóle éste con presteza, saltando sobre él ligeramente y despidiéndose del rey, enderezó la desmedrada y flaca bestezuela hacia el camino, mientras cantaba:

Anoche Pepe Botella
Anoche se emborrachó,
Y le decía su hermano:
—Borracho, tunante, perdido y lairon.

Escuchóle el rey José, echóse la escopeta al hombro y se dirigió hacia el lugar donde había dejado el caballo, murmurando:

—¡Pues señor, buen día se presenta! Mi hermano me llama *inepto*; he errado un tiro á cincuenta pasos, y me he dejado tratar de borracho y tuerto por un ciego maldito... Pero ¿quién está más ciego?... ¿él... ó yo?

J. ORTEGA MUNILLA

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

FOR DON RAMON FERNANDEZ DE MERA

(Continuacion)

El uniforme ejerce gran influencia en casi todas las mujeres de provincia, y Nemesia, que además sufrió á quema-ropa algunas expresivas miradas, se sintió fascinada y atraída hacia aquel brillante hijo de Marte.

Debo omitir detalles inútiles. Damian Hartado, que así se llamaba el teniente, no tardó en rendir la plaza bloqueada, tan predispuesta á una capitulacion. Desde las primeras entrevistas comprendió aquel que Nemesia queria vengarse de su marido, y como estaba con licencia temporal en Madrid y debía incorporarse pronto en Gerona á su regimiento, determinó apurar hasta el cabo aquella aventura, por lo breve poco comprometida.

Pero Nemesia se rindió con condiciones; el teniente debia arrostrar el riesgo de presentarse en el domicilio conyugal, porque ella no queria aventuras de tapadillo como una modista.

Buscaron un medio, y la circunstancia de haber estado Damian de guarnicion en Santiago le facilitó una carta de un amigo, natural de esta ciudad y que además era primo segundo de Nemesia.

El oficial, pues, se presentó en casa de D. Juan á hacer una visita á la señora de Castro de parte de su primo y de su tía. El viejo se alarmó un tanto, pero seguro de su sagacidad, esperó á que pasara ó descargase aquella nube con uniforme, y se entregó de lleno á sus aficiones escultóricas.

IV

La eterna trilogía del marido, de la mujer y del amante, siguió su curso acostumbrado. La historia de los dos amantes fué igual á la de todos, en la misma situacion. Primeramente, precauciones admirablemente tomadas, algunas citas en sitios bien escogidos; despues, y á consecuencia de la impunidad, descuidos, encuentros más frecuentes, y menos precaucion con respecto al marido.

Como casi todos los sabios, D. Juan Castro veía poco de cerca, pero en cambio de léjos tenía una vista de agülla. Una tarde, al volver del Museo á su casa, por el Paseo de Recoletos, vió á una mujer que daba el brazo á un militar; pero mediaba tanta distancia que no pudo adquirir la certeza, aunque sí la sospecha, de quienes eran el amartelado galán y la enamorada dama.

Iba á seguirlos, pero la jóven pareja subió á un coche que se alejó rápidamente.

Al día siguiente el jóren oficial hizo una visita á Nemesia, y al despedirse, D. Juan Castro tomó el sombrero y salió al mismo tiempo que aquel.



TEATRO DE LA OPERA EN SUDA-PETIT



UNA HISTORIETA DIVERTIDA, cuadro por O. Erdmann

Apénas embocaron por la calle del Barquillo, le dijo: —Amigo mío, he recibido á V. en mi casa; V. es jóven y militar; yo, viejo y feo. Es natural que V. haga la corte á mi mujer que es jóven y agraciada; pero también lo es que yo vigile y lo impida. Creo haber visto á Vds. paseando por Recoletos en actitud sospechosa; pero hago caso omiso de este incidente, limitándome á rogar á V. que deje de visitar mi casa y de ocuparse de mi mujer, advirtiéndole que de no, los dos tendrán Vds. que sentir... y no sonría V.; yo no soy jóven y nunca he tenido un sable en la mano, pero me valdré de otros medios que V. ni siquiera sospecha. Con que lo dicho dicho, separémonos en paz, no vuelva V. á mi casa, y mucha salud y ascensos.

—Trascurrieron algunos días sin novedad; el oficial se había eclipsado.

Una mañana, al ir á entrar D. Juan en su casa, le dió una carta un mozo de cuerda que le esperaba, y una vez en su cuarto, la leyó aunque con alguna dificultad, á causa de la mala letra y peor ortografía.

La carta decía así:

«Mi estimado y antiguo amor: ésta sólo sirve para decirle que se ha casado V. con una... que le engaña con un oficial. No necesitaba V. haberse molestado en traer de Santiago un género tan averiado, pues en Madrid abunda.

»Me parece que me explico.

»Mañana me marcho á mi pueblo á reunirme con el que va á ser mi marido, porque, aunque no soy jóven, he encontrado, sin embargo, un hombre honrado que cargue conmigo; pero como me precio de honrada, no le haré los regalos que á V. la suya, ni recibiré de noche visitas de militares que entren por las puertas de los callejones, abiertas con llaves falsas.

»Saluda á V. su afíma.—*Miracle Estébanes.*»

V

Don Juan Castro rompió la carta en pedazos, con pasmosa tranquilidad. Su fisonomía continuó impasible durante la lectura y después de ella; únicamente sus ojos brillaban más que de costumbre.

—Tengo tiempo,—dijo sacando y mirando su reloj, y dirigiéndose hacia su laboratorio.

Á las cinco de la tarde se sentó á la mesa á comer con su mujer.

—¿Qué habrá sido del teniente Hurtado?—dijo ésta.

—Habría ido á Gerona á incorporarse á su regimiento,—contestó D. Juan con la mayor naturalidad.

—Eso supongo, pero no me parece muy político despedirse á la francesa.

Don Juan pensó en si su mujer era simplemente idiota ó únicamente descarada.

Comió de prisa y se retiró temprano á su cuarto.

Cuando supuso que Nemesia había hecho lo mismo, tomó de un hornillo un cordero y le llenó de ceniza.

Salíó al jardín que estaba muy oscuro por hallarse la luna en su último menguante.

Se cercióró de que había luz en el cuarto de su mujer, y andando casi de puntillas, esparció la ceniza sobre la arena de una senda que desde la casa conducía á la puerta exterior del jardín.

Esta puerta daba, como ya he dicho, á un callejón sin salida, formado por la fachada del convento de las Salesas, y por una de las dos que tenía la casa de D. Juan.

Hecho esto, volvió á su habitación, á través de cuya ventana entreabría brillaban resplandores gúmnicos como prueba de que el sabio hallábase entregado á sus trabajos y experiencias.

Se ignora lo que hizo D. Juan durante esta noche, hasta que un poco después de las dos salió al jardín, y por medio de una linterna sorda reconoció la arena de la senda que ántes he mencionado.

Después de este minucioso exámen, esparció la ceniza por varios sitios del jardín, y se volvió tranquilamente á su habitación.

Al día siguiente se levantó á su hora habitual; y algo más tarde oyó á su mujer que reñía á la criada, por haber dejado sus zapatillas al lado de la chimenea de modo que los bordes se habían llenado de ceniza.

Esta escena doméstica hizo sonreír á D. Juan, pero ¡con qué sonrisal! Si Nemesia y el teniente le hubiesen visto!

El viejo acababa en su imaginación una venganza; un psicólogo de seguro hubiéralo adivinado á la simple vista.

Hay rayos de luz tan intensa que traspasan la nube que los engendra.

Indudablemente pensaba en alguna venganza, pero venganza sin exposición ni responsabilidad.

Nada de duelo ni de asesinato.

Don Juan Castro tenía organización de sabio y de artista; buscaba para satisfacer su encono una cosa nueva é ingeniosa; y meditaba en ella con pasmosa sangre fría y crueldad refinada.

Excusaba á Damian hasta cierto punto; pero no transigió con la miserable que le había engañado.

No obstante esta diferencia de apreciación, estaba conforme en vengarse de los dos.

Quería encontrar un medio que no dejase huellas, que no se rozara en manera alguna con el Código, y debía encontrarle pronto, ántes que el teniente se ausentase de Madrid.

El sabio alquimista estuvo durante dos días pensativo y silencioso, revolviendo su laboratorio, examinando sus aparatos de química, tapando y destapando frascos,

¿Destrozaría á Damian, en el momento en que éste abriera la puerta del jardín, por medio de la explosión de una pila de Volta colosal?

¿Le asfixiaría, valiéndose de un gas deletéreo?

¿Le aplastaría bajo el peso de una enorme masa metélica, suspendida por la inanición?

¿Le inundaría súbitamente con una de esas sustancias corrosivas, á cuyo contacto todo se deshace?

Todo era posible, pero exigía una exhibición y colocación de aparatos, que podían ser comprometidas.

Por fin, después de dos días de cavilaciones, D. Juan Castro se frotó las manos en señal de satisfacción.

Había encontrado lo que buscaba.

VI

El resultado de sus meditaciones prueba el endiablado talento de aquel oscuro sabio que se había adelantado á su país y quizá á su época.

Quería vengarse como marido ultrajado y castigar como verdugo y juez á un mismo tiempo, y para llegar á este resultado hacia caso omiso de la muerte ó de los tormentos de dos seres humanos.

Durante una semana D. Juan recibió bastantes visitas, habló en voz alta de nuevas y decisivas experiencias científicas, é hizo venir trabajadores que colocasen nuevos aparatos.

Todo esto tranquilizaba grandemente á los amantes, absorbidos en su devaneo con tanto más ahínco por cuanto, por causa de la ausencia de Damian, debía sufrir pronto un eclipse más ó menos prolongado.

Á últimos de semana el teniente se presentó en casa de D. Juan, preguntando por este que le recibió con cierto sobresalto, pues supuso que era una visita de despedida.

Eralo en efecto. El jóven militar dijo que, no obstante la cortés aunque injustificada prohibición de D. Juan, creía de su deber despedirse de él y de su señora, á la cual profesaba la más respetuosa afectión.

(Continuará)

LA FLAUTA

Este instrumento músico es de tan remota antigüedad, que se pierde en la noche de los tiempos.

No se sabe ciertamente quién fué su inventor, ni es posible averiguarlo, porque más que invención del hombre parece obra espontánea de la naturaleza.

Los sonidos que produce el viento al chocar en los bordes de las cañas, ó de otro objeto cóncavo cualquiera, sonidos que resultan más ó menos graves ó agudos, según la forma y extensión de las concavidades y con arreglo á la velocidad del viento, son fenómenos naturales.

Estos no pudieron menos de ser observados con deleite por las gentes del campo, moradores en los diferentes ámbitos de la tierra, las cuales, deseadas de gozar de tan agradables sonidos, cuando el aire en calma no los producía, cortaron cañas y soplando en ellas, dieron origen al instrumento que nos ocupa y á otros muchos de análogo fundamento.

Esta teoría no es nueva: dos mil años hace que la expuso el gran filósofo y elegante poeta Lucrecio en su célebre poema *De rerum natura*, diciendo:

*El Zephyri cava per calanorum sibila primam
Aegretesti docuere cavas inflare cicutas.*

Lo razonable de tal teoría se comprende sólo con recordar que de todos los pueblos antiguos, tanto de los más civilizados como de los más salvajes, hay memoria de flautas ó instrumentos análogos; y hasta en algunas tumbas del antiguo Perú, anteriores al descubrimiento de las Américas, se han hallado otros, ya en la forma de la *Siringa ó Flauta de Pan*, ó ya como los antiguos *caramillos* hechos de cañas ó de cañilla de grulla.

De todo lo cual puede sacarse la natural consecuencia de que la flauta es obra del Sér Supremo, observada por muchos y muy diferentes hombres, y aplicada y perfeccionada por éstos, según las aspiraciones más ó menos artísticas de cada uno.

Así hallamos que los egipcios atribuían la invención de la flauta nada menos que á su dios Osiris, y que usaban de ella para las solemnidades del culto á Serápis en sus templos; de lo cual dan testimonio los antiquísimos bajos relieves, en los cuales se ven dibujadas muchas figuras en actitud de tocar oblicuamente un instrumento muy semejante á nuestra moderna flauta, al cual daban el nombre de *Sób* ó *Sób*.

Los griegos, tan fecundos en poéticas invenciones, atribuían la de la flauta á diferentes personajes; siendo tantas y tan varias las opiniones de los historiadores y los poetas, que no es posible llegar á una conclusión precisa y determinada.

Desde luego hallamos al dios Pan, quien enamorado de Siringa, fué persiguiéndola hasta las orillas del río Laon, donde la niña se convirtió en cañaveral, y luego el dios, para conservar la memoria de su amada, cortó siete cañas desiguales, y uniéndolas con cera inventó el instrumento músico pastoril, que ha llegado hasta nosotros con el nombre de *Siringa ó Flauta de Pan*.

Del sátrio Marsias también se dice que inventó la flauta *recta*, por el estilo de la que hoy tenemos, llamada flauta dulce. La misma invención se atribuye á la diosa Minerva, quien, estando muy preciada de su hermosura, al mirarse en el cristal de una fuente y ver lo feo que se ponía mientras tocaba, arrojó el instrumento.

También el frigio rey Midas se dice que inventó la

flauta oblicua, y lo mismo se cuenta de Mercurio y de otros que sería prolijo enumerar, siendo la opinión más generalmente admitida la que da la preferencia á Midas, respecto al instrumento griego semejante á nuestra moderna flauta travesera, que es al que más particularmente me refiero en los presentes apuntes.

Si del campo de la fábula pasamos al de la historia, hallamos que los griegos tenían multitud de instrumentos de viento de la familia de la flauta, á cada uno de los cuales daban un nombre adecuado á su origen, forma y extensión, ó al uso especial á que era destinado. Entre ellos se contaba el *ratamaulos*, muy semejante á la moderna flauta dulce ó flauta de pío, y el *plagiarios* ó flauta oblicua, que puede ser considerado como el generador de la flauta travesera que hoy usamos.

Estos instrumentos se construían principalmente de cañas de Orehomens, pueblo situado á orillas del lago Kopaís en Beocia, cuyas cañas, para ser consideradas como *antísticas* ó buenas para flautas, habían de tener por lo menos nueve años de desarrollo. También se construían de boj, de maderas de loto y de laurel, de asta de ciervo, de hueso, de marfil, de cobre y hasta de plata. En el Museo Británico de Londres se conserva un antiguo *plagiarios* original griego, que es de caña forrado con hoja de cobre; y según dice Filostrato, también los hubo forrados de oro.

Entre los etruscos era también usado dicho instrumento, según atestiguan las muchas representaciones plásticas que se conservan de aquella época, y más particularmente una pequeña flauta oblicua de bronce con cinco agujeros, encontrada en un antiguo sepulcro de Toscana. Esta flauta se halla hoy en el referido Museo Británico.

Los antiguos romanos en sus conquisas no sólo se hicieron dueños absolutos de los pueblos, sino que se apoderaron igualmente de su literatura, ciencias y artes, trasladándolas á Roma y convirtiéndolas en latinas. Grecia, en particular, prestó á Roma sus conocimientos musicales, y con estos sus flautas, las cuales cambiaron su nombre genérico griego de *aulos* por el latino de *tibia*, del cual provino llamar *tibelines* á todos los tocadores de diversas flautas, los cuales constituyeron en Roma una especie de conservatorio ó cuerpo colegiado, al cual se dió grande importancia.

No obstante, entre los muchos escritores griegos y latinos que se han ocupado en este asunto, no hay ninguno que nos suministre con claridad los datos indispensables para conocer bien los pormenores de construcción ni el alcance artístico de cada una de las diversas flautas; y entre los historiadores musicales modernos se discute todavía sobre el particular, sin que podamos ahora sacar una conclusión precisa que resuelva tan importante cuestión. Lo único que puede decirse con fundamento, es que nuestra moderna flauta descende por línea recta del *Sób* de los egipcios, el *plagiarios* de los griegos y la *tibia oblicua* de los romanos.

De la Edad media, á causa de las convulsiones y catástrofes que se experimentaron, no quedan documentos suficientes para juzgar del estado en que se hallaba la flauta; sin embargo, ya á fines del siglo xi se hace mención en Alemania de un instrumento llamado *dulcis fistula* ó flauta dulce, y más tarde en Francia se nombra el instrumento *flautin, floute, flauste, fleuste ó flaute*, que era de ocho ó nueve agujeros.

Del siglo xiii tenemos un documento fehaciente, de gran importancia y desconocido hasta ahora, que prueba que en España se usaba entonces la flauta travesera. Es una miniatura de uno de los códices de las Cantigas del rey don Alfonso el Sabio, cuya miniatura representa un jóven tocando dicha flauta; la cual en forma y dimensiones es casi idéntica á las que hoy se usan, y sólo difiere de éstas en que el tocador la tiene colocada á la inversa, es decir, hacia el lado izquierdo.

Guillermo de Machau, poeta y músico del siglo xiv, en su poema intitulado *Le Temps pastour*, hace referencia á las flautas traveseras ó flautas traveseras, instrumentos que tenían seis agujeros.

En el siglo xv los soldados suizos que entraron al servicio del rey Luis XI de Francia, marchaban al compás del tambor y de una pequeña flauta travesera de metal con seis agujeros para los dedos y otro para la embocadura, á cuyo instrumento daban los nombres alemanes de *schweiserpfife, feldpfife* ó simplemente *pfife*, en francés *fifre*, en italiano *pipero* y en español *piparo, pifano, ó pío*, el cual, como instrumento músico militar, se ha usado también en España desde el año 1505 hasta nuestros días; no obstante, la flauta civil (digámosla así) siguió en uso, como lo demuestra el inventario de los efectos que dejó Isabel la Católica, en el que figuran, entre otros muchos instrumentos, tres flautas de boj con guardiernos de latón.

Por aquellos tiempos parece que los alemanes empezaron á dedicarse con mayor ahínco al estudio de la flauta travesera, haciéndose en ello tan notables, que consiguieron que los franceses la cambiaran el nombre antiguo de *flaute traversaine* por el de flauta de Alemania; así al menos se desprende del dicho de Rabelais, quien, refiriéndose á su célebre *Gargantua*, dice que aprendió á tocar el laúd, la spineta, el arpa, la flauta de Alemania.

Indudablemente durante el siglo xvi adquirió en Alemania un gran desarrollo artístico la flauta, pero sin embargo es muy extraño que la obra didáctica más antigua que se menciona sobre tal instrumento sea en alemán sino italiana, compuesta por Silvestre Ganassi del Fontego, con el título de *Fontegara. la quale insegna di suonare il Flauto*, publicada en Venecia el año 1535.

No ha llegado á mis manos este rarísimo y precioso libro; por consiguiente, no puedo afirmar si trata de la antigua flauta dulce, ó de la travesera, ó de entrambas; pero es lo cierto que durante el siglo XVI los alemanes ejercían una especie de monopolio en la construcción y uso de las flautas, esparciéndolas por el resto de Europa con gran abundancia.

La prueba de esto se halla en el inventario que se hizo en la Casa Real de España después de muerto Felipe II, en el año 1597. En dicho inventario se anotan los muchos y ricos instrumentos de música de todas clases que había en palacio, entre los cuales se cuentan nada menos que *veinta y ocho flautas y pífaros*, y hasta una especie de bajón llamado *contrabajo de flauta*. Estos instrumentos se dicen contruidos de marfil con brocales de plata dorada, de boj con abrazaderas de plata, de madera leonada de Alemania con junturas de cuerno ó de latón, de varias piezas y de diferentes tamaños; por donde se viene en conocimiento de que tales flautas y pífaros estaban afinados en diferentes tonos, para formar cuartetos de tiple, contralto, tenor y bajo, de los cuales se hace mención en libros de época posterior.

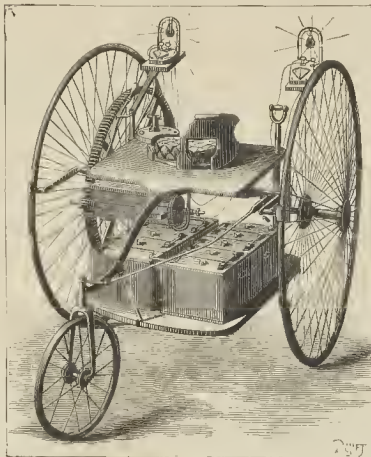
Con efecto, el célebre Pedro Cerone, en su voluminoso *Meloso* dedicado al rey de España Felipe III, é impreso en Nápoles año 1613, trata largamente de los conciertos de flautas y de otros instrumentos, que eran frecuentes en diversos partes de Europa; y veintitres años después el padre fray Marin Mersenne en su *Harmonie universelle*, libro famoso impreso en París, 1636, en folio, no sólo se ocupa en la misma materia, sino que hace una descripción minuciosa de la *Fluste d'Allemand* ó flauta travesera, y del *Sifre* ó pito, diciendo que la flauta se construía de maderas de manzano, cerezo, boj ó ébano y tambien de vidrio y de cristal; da el dibujo de los instrumentos y las tablaturas y escalas correspondientes, en la extensión de dos octavas y media para la flauta y sólo dos octavas para el pito, y añade por fin un *Air de Cour* en notación musical, armonizado para cuatro flautas, escritas la primera ó tiple en llave de sol, la segunda en do en 2.^a, la tercera en do en 3.^a, y la cuarta en fa en 3.^a

Desde esta época en adelante empiezan los grandes y rápidos progresos de la flauta.

En la segunda mitad del siglo XVII aparece en Francia Luis Hotteterre, gran flautista, compositor de muchas obras, entre ellas un método intitulado *Principes de la flüte traversiere, ou flüte d'Allemand*, publicado en París, sin fecha, en los primeros años del siglo XVIII.

La gloria que alcanzó este notable artista, fué bien pronto eclipsada por otro de la mayor importancia. El célebre alemán Juan Quantz no sólo fué un ejecutante de facultades extraordinarias, sino un compositor elegante y fecundísimo, y un artífice de gran inteligencia é inventiva. Cuando empezó á darse á conocer, como concertista, en diferentes pueblos de Europa, la flauta sólo cantaba con una llave, y tenía tantos defectos, que impulsó á Quantz á fundar en Dresde, bajo su inmediata y exclusiva dirección, una fábrica de flautas, en las cuales introdujo grandes reformas, haciendo los agujeros en mejor lugar, con arreglo á las leyes de la acústica, añadiendo otra llave, inventando la bomba de la pieza superior, para regularizar la afinación cuando el instrumento se calentaba, haciendo, en fin, lo que podríamos llamar una flauta nueva, y publicando además en Berlín el año 1752 un Método de su composición para dicho instrumento, con arreglo á todas las innovaciones introducidas, cuyo método alcanzó la mayor popularidad en Alemania y en otras naciones. Quantz nació el año 1697, y fué maestro de flauta y favorito de Federico el Grande de Prusia, para quien compuso multitud de obras, que se han publicado en su mayor parte. Murió en 1773, dejando un recuerdo indelible en la historia de la flauta moderna.

Hoy mismo, el viajero que visite el palacio de Pots-



TRICICLO ELÉCTRICO DE ACUMULADORES

dam, verá en el atril de música que usaba Federico II colocada una composición de Quantz, que tal vez sea la última que tocó en la flauta el célebre monarca prusiano.

Sólo á título de curiosidad bibliográfica, pues no tiene importancia artística, citaré aquí un tratado de flau-

ta, que es, según creo, el más antiguo en su clase que se ha publicado en España; su autor fué Pablo Minguet é Irol, y se intitula *Reglas y advertencias generales para tañer la flauta travesera, la flauta dulce y la flautilla*. Madrid, imprenta de Ibarra, 1754, pequeño en 4.^o apaisado, con láminas de la tablatura de dichos instrumentos.

Lorenzoni publicó en Vicenza, 1779, en un tomo en cuarto su *Saggio per ben sonare il flauto traverso*, que es obra importante para el arte y para conocer los progresos en la flauta que se hacían en Italia.

Otra obra de trascendencia, en la cual se trata del origen de la flauta con más llaves y de la manera de remediar sus defectos, es la que compuso Tromlitz, con el título de *Kurse Abhandlung vom Flüthenspielen* y que se publicó en Leipzig, 1786 y 1800, en 4.^o

El escocés Gunn dió á luz su Arte de tocar la flauta alemana sobre nuevos principios (*Art of playing the german flute on new principles*), Londres, 1794.

El distinguido compositor francés Devienne, que al propio tiempo era un excelente tocador de flauta, dió mucha importancia á este instrumento, no sólo con el Método que publicó en París el año 1795, sino con el importante empleo que dió á la flauta en las orquestas. Del Método se hicieron traducciones á varios idiomas y fué muy estimado.

Otra obra excelente sobre la flauta travesera es la que Dauscher dió á la estampa en Ulm el año 1801.

Los profesores del mismo instrumento en el Conservatorio de París, Hugot y Wunderlich, publicaron su Método en 1804, y con él ejercieron grande influencia en los artistas de Francia y del extranjero.

Berbiguier fué un flautista y maestro muy popular, y su Método, publicado en París y en Leipzig el año 1810, así como otras muchas composiciones del mismo autor, han sido de gran utilidad para la enseñanza, no sólo en Francia y Alemania sino en España, donde muchos de nuestros mejores flautistas han seguido las huellas de aquel elegante maestro.

Llegamos por fin á la época de la gran transformación de la flauta. Sobre este asunto podría escribirse un libro, que no un artículo de periódico; pero como el presente va siendo ya demasiado difuso, procuraré concretarlo cuanto sea posible.

Por los años de 1826 al 27, el capitán suizo, llamado W. Gordon, que se hallaba de guarnición en París y que era un gran aficionado y buen tocador de flauta, concibió el proyecto de hacer una reforma acústica y mecánica en el instrumento, dándole otras proporciones y facilitando la ejecución de los pasos más difíciles por medio de unas medias lunas y varillas, unidas á las llaves, de manera que con un mismo dedo pudieran ejecutarse diferentes movimientos, aun los más impracticables en la flauta usada hasta entonces. Auxiliado por artífices de París hizo varios ensayos de su nuevo sistema, construyendo algunas flautas, que, sin embargo, no produjeron todo el resultado que apetecía.

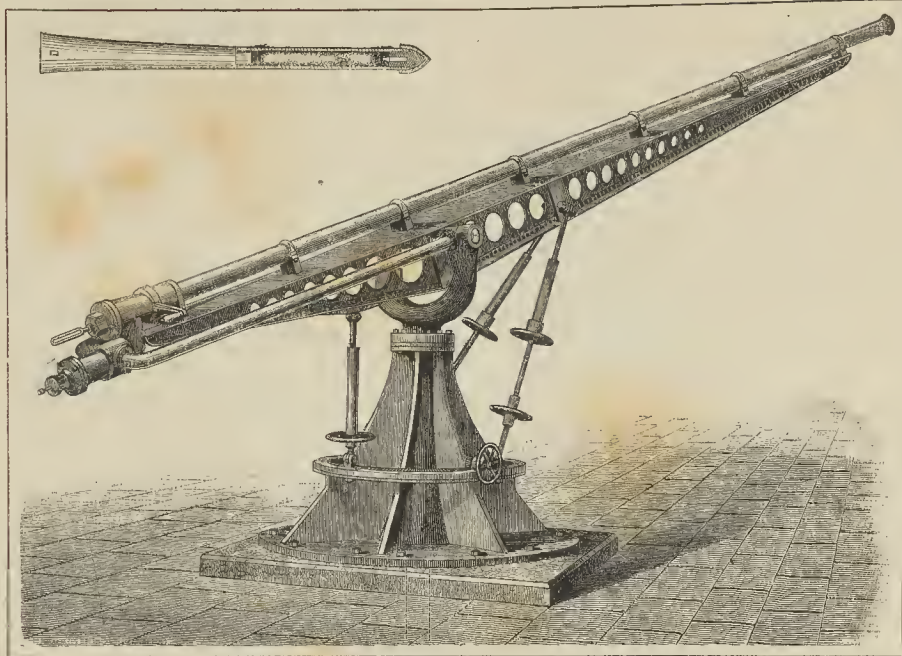
Al mismo tiempo, aunque á gran distancia de Gordon, se ocupaba en trabajos análogos un bávaro, el insigne concertista, compositor, fabricante y reformador de la flauta *Teobaldo Boehm*, cuyas innovaciones tenían muchos puntos de contacto con las del capitán suizo, si bien Boehm inventaba para la pulsación el sistema de anillos que hoy se usa, y procuraba otras reformas más radicales en la parte fundamental ó acústica del instrumento.

Ambos inventores se encontraron casualmente en París, cuando cada uno trabajaba por su lado, y se comunicaron sus planes respectivos. Luego Gordon fué á Munich en busca de Boehm, pero no pudieron ponerse de acuerdo para la amalgama de sus diferentes sistemas, y Gordon desesperado abandonó la empresa, dejando el campo libre á Boehm, quien empezó á propagar su nueva flauta por Alemania y Francia.

Llegada á conocimiento del célebre Tulou, éste la des-



LOS DESOLLADORES DE TÍMPANOS, cuadro por L. Neustaller



CAÑÓN PARA DISPARAR CARTUCHOS DE DINAMITA

precio y nunca quiso adoptarla para la enseñanza de sus discípulos en el Conservatorio de París, si bien hizo por su parte algunas modificaciones en el instrumento anteriormente usado, modificaciones que hoy se conocen con el nombre de *Sistema de Tulu*.

Otro flautista ménos célebre, aunque muy distinguido, Víctor Coche, empezó á estudiar la nueva flauta, y no contento con esto, quiso mejorar la obra de Boehm, valiéndose de los auxilios del fabricante de instrumentos Buffet el jóven. El producto de estos trabajos fué la pu-

blicación de un «Método para servir á la enseñanza de la nueva flauta inventada por Gordon, modificada por Boehm y perfeccionada por V. Coche y Buffet el jóven.—París, 1839.»

Traduzco del francés este título, para hacer notar más claramente el error ó la mala intencion en que incurrieron Coche y Buffet atribuyendo á Gordon el invento y poniendo en segundo lugar á Boehm, como si este hubiera sido un simple plagiarlo de las ideas del otro. De aquí nació una polémica muy animada, de la cual salió

triumfante Boehm, probando que no habia tal plagio y que él era el verdadero y único inventor de la flauta que lleva su nombre y del sistema de anillos de la misma, que luego ha sido aplicado tambien á otros instrumentos.

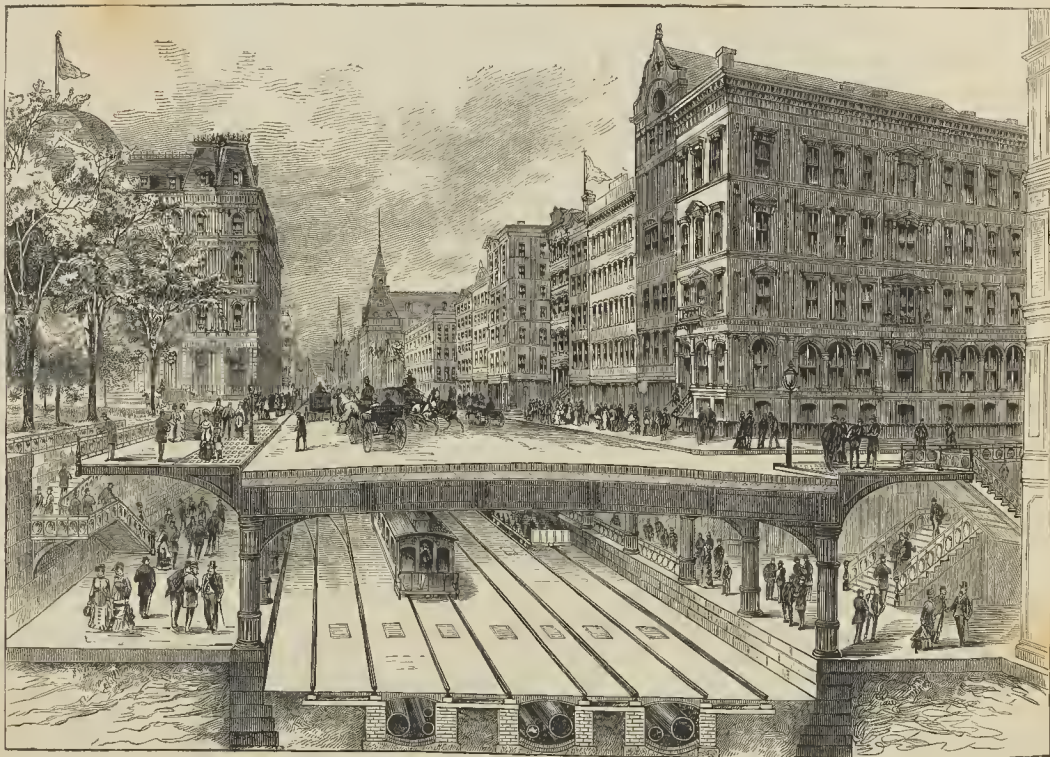
El famoso fabricante belga Adolfo Sax tambien se ocupó en la mejora de la flauta, presentando en la Exposicion del año 1844 una con ciertas modificaciones que no alcanzaron gran éxito entre los artistas, los cuales prefirieron más generalmente la flauta de Boehm. Este publicó en Maguncia el año 1847 un tomo en 8.º sobre la construcción de la flauta y sus nuevos perfeccionamientos, y el año 1849 aún seguia Boehm en Munich mejorando más y más su invento, el cual ya habia sido adoptado para la enseñanza en el Conservatorio de París y en otras muchas escuelas.

Desgraciadamente la flauta de Boehm es todavía de mucho coste, y por consecuencia, de difícil adquisicion para los artistas de escasa fortuna. Así es que no ha podido ser desechada por completo la flauta anterior, y generalmente se usa de las dos, segun las circunstancias. Para la de Boehm hay varios métodos de enseñanza, siendo los principales el de *Dorus*, el de *Canus* y el de *Krakamp*. Para la anterior, y aún para las dos, se emplean otros muchos, entre los cuales descuellan el de *Tulu*, el de *Devonne*, el de *Berbigier* y el de *Walkiers*, sin contar la mul-

titud de Estudios y de piezas excelentes que se han publicado y publican de continuo.

Hé aquí los datos más principales para la historia de la flauta, desde su origen hasta la época presente. Me he decidido á recogerlos y publicarlos, en la persuasion de que los muchos aficionados al tal instrumento, y aún los artistas mismos que lo profesan, verán con gusto mi humilde trabajo.

FRANCISCO ASENJO BARBIERI



PROYECTO DE FERRO-CARRIL SUBTERRÁNEO EN NUEVA YORK

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

→ BARCELONA 2 DE JUNIO DE 1884 →

NÚM. 127

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JOSÉ DAVID, retrato por J. M. Marqués

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don V. Colorado.—NUESTROS GRABADOS.—EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS (*Continuación*), por don Ramon Tusquets (*Exposición París*).—EL MEMORIALISTA, cuadro por G. Wíder.—UNA MEDIDA IMPORTANTE, cuadro por Guillermo Claudius.—ESTUDIO A LA PLUMA, dibujo por B. Gálorfe.—LOS CACHORROS, cuadro por A. Eberle.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: EL AMOR EN LA ALDEA, cuadro por Bastien LePage.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Introducción.—Muerte del Sr. Gasset y Artime.—Exposición de acuarelas del Sr. Bosch.—Inauguración de la Exposición de Bellas Artes.—Noticias teatrales.—Diálogos.

Existe una patología psíquica más grave y complicada que la fisiológica.

El dolor físico excita el organismo, altera sus funciones, las perturba y las destruye hasta ocasionar la muerte; el dolor moral produce dos efectos distintos; de un lado paraliza la actividad exterior, de otro acumula en el espíritu las ideas y los sentimientos que, faltos de movimiento y de forma, determinan el delirio, la desesperación y la locura en las enfermedades crónicas.

El espíritu es entonces un sér enterrado en vida; la voluntad quiere y no puede; el sentimiento golpea nuestro pecho como el preso las paredes de su cárcel, y las ideas, impacientes por desbordarse, se olvidan de las palabras y estallan en lágrimas y en gemidos.

Mi buen amigo el Sr. Ortega y Munilla, en la imposibilidad de escribir con lágrimas y de expresar con ayes los sucesos faustos y alegres, solemnes ó triviales ocurridos en la quincena, me encomienda este trabajo que él habrá de proseguir tan luego como el tiempo le dé fuerzas y resignación suficiente para soportar el dolor que hoy le abate y domina.

**

La muerte del Sr. Gasset y Artime ha impresionado tristemente á todo el mundo.

La prensa de Madrid y de provincias ha consagrado á su memoria cariñosos recuerdos; á su entierro han acudido todos los literatos, políticos y periodistas más ilustres de la corte.

La muerte ha triunfado de las pasiones que separan y dividen á los hombres en la vida.

El Sr. Gasset, además de un talento práctico poco común poseía una laboriosidad sin ejemplo y una incansable constancia, cualidades todas difíciles de hallar en un país tan soñador, indolente y tornadizo como el nuestro.

La obra del Sr. Gasset es *El Imparcial*, periódico que ha enseñado á leer á muchas gentes y que, en las grandes crisis políticas, ha influido poderosamente, en casi todos los ánimos, en nombre de la razón, de la justicia y de la patria.

Así lo reconocen hoy los mismos que eran ayer sus adversarios y enemigos.

Para vencer es preciso morir.

**

En los artísticos salones de D. Pedro Bosch se ha improvisado una Exposición de trabajos artísticos destinados á formar parte de dos álbums que el Sr. Romero Robledo dedica á S. M. doña María Cristina y á S. A. I. Federico Carlos.

Los pintores españoles han llevado á esta obra los ricos y preciados frutos de su peregrino ingenio.

Acuarelas, óleos, sepías, tintas chinas y dibujos á pluma y á lápiz figuran en esta colección que es un verdadero museo de glorias y celebridades artísticas contemporáneas.

¡Qué variedad de asuntos! ¡qué riqueza de dibujos y colores! ¡qué diversidad de estilos! ¡cuántas reputadas firmas!

Un diputado de la oposición, al ver entre las acuarelas los nombres de algunos pintores que han pasado á mejor vida, exclamó haciéndose cruces:

—Ese hombre es el mismo diablo; ¡pues no ha hecho pintar á los muertos! ¡Mucho me temo que, en esta legislación, le hayan de oír los sordos!

**

La apertura de la Exposición de Bellas Artes se ha verificado con toda solemnidad; han asistido SS. MM. los reyes, SS. AA. las infantas, los ministros de la Corona, las altas dignidades de Palacio, el Cuerpo diplomático y muchas y hermosas damas de la nobleza.

El arte tiene el dichoso privilegio de atraer todas las majestades de la tierra y dominarlas con su inefable encanto.

El sentimiento y la belleza son los mayores tiranos del mundo; una mirada, una caricia, un beso rinden la más firme voluntad y la disponen á orillar las empresas más difíciles y á vencer los obstáculos más insuperables; por esto en la familia como en la sociedad, los hombres son siempre el poder ejecutivo y las mujeres el legislativo.

Ellas mandan y gobiernan así en la tierra como en el

ciclo; sin Margarita y doña Inés, Fausto y don Juan no hubieran franqueado las puertas del Paraíso.

El local de la Exposición de Bellas Artes presenta un aspecto magnífico; se compone de catorce salas laterales y una central.

En sus muros hay más de ochocientas obras expuestas. El amor, la guerra, el martirio, la leyenda, el drama, la religión y la patria sirven de asunto á todas ellas.

Los colores, como las notas del pentagrama, con ser tan reducidos no se agotan ni repiten jamás.

Para un hombre de ciencia la naturaleza se divide en tres reinos solamente: mineral, vegetal y animal; para el artista, estas tres unidades, se desmenuven y multiplican en infinitas formas siempre grandes, siempre bellas y siempre nuevas.

Y es que la ciencia diseña y el arte vivifica; aquella analiza y este ama; la una enumera y el segundo crea; la ciencia dice: *es*, y el arte exclama: *sea*.

Entre los cuadros de la Exposición pueden designarse como notables el *Expatriarum* de Luna, composición de una realidad aterradora; monton de carne muerta, restos de gladiadores en cuyos rostros se ven las espantosas muecas de la agonía y largos regueros de sangre que manan de los desgarrados miembros.

Tiene este cuadro efectos de luz que aumentan la lobre-guez del asunto infundiendo pavor y miedo al ánimo de quien lo mira.

La ejecución es osada y valiente; el joven artista filipino ha manejado el pincel como un puñal y hecho de su paleta una trágica camicería.

Contrasta con este cuadro del género naturalista otro de Muñoz Degraín de asunto legendario y que representa la poética catástrofe de *Los amantes de Teruel*, cuyo título lleva.

La concepción aunque basada en la relación de un antiguo manuscrito (1600) que se conserva en el Archivo municipal de Teruel, es originalísima y está desempeñada con grande acierto y bizarría.

El fondo de este cuadro es una iglesia á través de cuyas ventanas penetra débilmente la luz del día; Diego yace en el féretro sobre el cual acaba de espirar la desdichada Isabel; varios sacerdotes en el altar y en el coro y algunos fieles en el centro de la nave componen el resto de esta obra.

La actitud, el gesto y la expresión de las figuras, revelan y dicen, á la primera ojeada, las dramáticas pasiones que han producido un tierno como dolorosa escena.

Tiene tal atractivo inspira tal simpatía y se adivinan tales cosas en el lienzo de Degraín que, tanto como en el de Luna atemoriza y aterra, se ama en este otro la muerte.

Mucho me temo que este cuadro, dado el espíritu romántico de nuestra raza, induzca al suicidio á los amantes como en otro tiempo Espronceda arrastró en su desesperación á muchos poetas imberbes.

**

El Mercader de Venecia ha proporcionado un nuevo triunfo á Rossi.

La escena del Tribunal, en el quinto acto, la hace á maravilla; el público muy escaso; prefiere las corridas de toros.

Segun se dice, María Tubau no formará parte de la compañía de la Comedia en la temporada próxima.

Lo siento, porque, tan notable actriz, es una figura necesaria en aquel cuadro, como éste es imprescindible para ella.

Este rompimiento tiene todas las apariencias de un divorcio, en el que se consigue la separación de los cónyuges, pero no la felicidad de ninguno de ellos.

Una sociedad de autores dramáticos ha intentado tomar en arriendo el teatro Español.

La idea en principio me parece excelente, tan excelente como deplorable en la práctica; afortunadamente ha fracasado apenas proyectada; es la primera vez que en España no se realiza un mal pensamiento á pesar de la tenacidad de sus promotores.

¡Y luego dirán que la naturaleza tiene horror al suicidio!

**

Los forasteros que vinieron á Madrid con motivo de las fiestas de San Isidro van regresando á sus provincias.

Me figuro las conversaciones que tendrán con sus amigos y parientes.

—¿Qué teatro ha visto V.?

—La Alhambra.

—¿Es bonito?

—Muy bonito.

—¿Qué comedia pusieron?

—*Boaza*.

—¿Y qué es ello?

—Una música extranjera que no hay cristiano que la entienda.

—¿Asistió V. á la apertura de las Cortés?

—¡Pues ya lo creo!

—Y, ¿qué hubo?

—¡Qué quiere V. que hubiese! Lo que en todas las aperturas; empuñones, codazos y patadas.

—¿Hay muchas Exposiciones en Madrid?

—A puñados.

—Y ¿cuáles son las principales?

—Pues, mire V.; en Madrid la principal exposición para el forastero es... la del timo.

V. COLORADO

NUESTROS GRABADOS

José David, RETRATO POR J. M. MARQUÉS

Por quinta vez el público de nuestro *Liceo* aplaude en el escenario de tan reputado teatro al bajo profundo José David, cuyo retrato insertamos en el presente número de la ILUSTRACION ARTÍSTICA.

David es un cantante de reputación universal, es el gran intérprete de las sublimes creaciones de Meyerbeer, es el artista consumado en cuya corona han depositado hojas inmarcesibles lo mismo París que San Petersburgo, lo mismo Nueva York que Madrid, lo mismo Roma que Barcelona, en donde ha llenado cumplidamente el vacío que dejara el inolvidable Violetti.

A David aguardan aún muchos triunfos, pues cuenta apenas 48 años de edad (nació en Marsella en 1836); más donde quiera que los aplausos de un público entusiasmado premien su talento de cantor dramático, estamos seguros de que su pensamiento ha de volverse con fruición á ese escenario de nuestro Gran Teatro, en donde *Beitramo* y *Marcelo* han obtenido ovaciones de esas que nunca olvidan los hombres de corazón.

La cantinera, DIBUJO POR J. R. WEHLE

Hay en esta figura una ejecución feliz. La expresión del semblante es de un candor dudoso, cual conviene al oficio de la niña; la actitud es natural y el todo está tratado con holgura.

La cantina no es precisamente la taberna española; y por lo mismo la cantinera no puede ser un adefecio arruinado por los años y las libaciones. La moza de Wehle, joven y no mal parecida, es una flor que se agosta tempranamente por falta de ambiente sano, una inteligencia que empieza á atrofiarse por carecer de cultivo, un corazón que se seca porque no hay un alma piadosa que renueve el juego de sus sentimientos.

Su presente es triste; su porvenir poco risueño...

Hay en su rostro cierta tristeza que parece un presentimiento.

La cantinera es un dibujo sencillo que se presta á un mundo de comentarios.

Muerte de Sísara, CUADRO POR RAMON TUSQUETS

(Exposición París)

El cuadro de nuestro paisano Tusquets que publicamos en este número, es sin disputa la obra de mayor aliento de las exhibidas en la última exposición barcelonesa. Sin negar que en toda clase de composiciones pictóricas cabe el grado de la sublimidad del arte, ello es cierto que los cuadros de historia, cuyo asunto á puro levantado raya en lo épico, ofrecen dificultades de ejecución complejas y para vencer las cuales se necesitan fuerzas y talento de primer orden. Siendo deber del pintor aproximarse todo lo posible á la verdad, la primera de esas dificultades es encontrar dónde estudiar está verde aplicada á unas pasiones y á unas escenas que salen del común de las escenas y de las pasiones. Esa dificultad la suple el genio, no copiando aquello que no existe, sino concibiendo la verdad tal como debió ser en el asunto que se propone representar.

El Sr. Tusquets ha dado en la *Muerte de Sísara* una prueba más de que no se arredra ante esas dificultades; y por cierto que sus fuerzas no le hacen traición y que si concibe con grandiosidad, ejecuta con singular energía. Quizás la crítica pudiera hacerle presente que tratándose de la *Muerte de Sísara*, la figura del general cananeo tiene poca importancia en la composición; quizás algo pudiera advertirse respecto á la actitud un poco forzada de Jabel; pero esas pequeñas observaciones, que no merecerían la pena de hacerse en un cuadro de menor importancia y á un artista que no estuviese á la altura del señor Tusquets, apenas influyen en el valor de una obra que bastaría para formarle una reputación, aun entre el escaso número de pintores que, desdeshando, dignos así, el idilio y la comedia casera, buscan en la tragedia los asuntos adecuados á la potencia de su talento.

El memorialista, CUADRO POR G. WIDER

Hay en este cuadro intención y verdad. El tipo del memorialista, confiante de un fin de dramas de cocina, y el de la niña que acude cándidamente á implorar los auxilios de la literatura callejera, están tratados con fidelidad y soltura, produciendo el conjunto una impresión agradable.

El memorialista, como le llamamos vulgarmente, por más que se le pasen los meses sin ensuciar un pliego de papel sellado, es propiamente el secretario de los amores de las niñas á quienes les estorba lo negro, y también es el encargado de una contabilidad misteriosa que no lleva *Diario ni Mayor*, pero merced á la cual las *Jámulas desprocuradas* ajustan las cuentas con una exactitud digna del primer tenedor de libros.

El doble carácter de los trabajos del memorialista imprime á su continente ciertos rasgos de tormento, gracias á los cuales unas veces toma su rostro el aspecto de un trovador trasnochado, otras veces el de un petardista en activo servicio. Es una figura difícil, pero que el autor de nuestro cuadro ha aproximado á la verdad con buen talento.

Una medida importante, CUADRO POR G. CLAUDIUS.

De cuantos despotismos se ocupa la historia, uno solo se ha perpetuado á través de los tiempos; el despotismo de la moda. Cayeron los Farones de cuya fuerza dan testimonio las Pirámides; cayó Alejandro para quien las pa-

labras gran triunfo eran sinónimo de gran guerra; cayeron los romanos después de haber sido los señores del mundo, y cayeron sucesivamente los bárbaros y los árabes y Gengis y Carlos V y Napoleón y cuantos hicieron de los hombres el juguete de su ambición... Únicamente la Moda, únicamente este despótica que tiene a sus órdenes ejércitos de sastres y de modistas, puede vanagloriarse de haber impuesto su ley á través de los tiempos y pasando por encima de las ruinas de todos los imperios.

Ante los ministros de ese autócrata doblegan su orgullo los varones más encopetados y las damas más exigentes, y el acto de tomar la medida de un fraque ó de probar un vestido de baile, reviste la mayor gravedad aún para las personas más entregadas á la ciencia ó más enlodadas en las trascendentales combinaciones de la diplomacia.

Así no es de extrañar que los personajes de nuestro cuadro desempeñen sus funciones con la importancia que el caso requiere, pues á despecho de esa ponderada seriedad de nuestros abuelos, quizás rendían á la moda un tributo más exagerado que los soporíferos *dandys* de nuestros días.

Estudio á la pluma. POR B. GALOFRÉ

Siquiera la comparación que vamos á hacer sea algo prosaica, diremos que á los buenos artistas les pasa otro tanto que á los buenos cocineros. No necesitan éstos precisamente faisanes y salmones para condimentar manjares apetitosos; ni el artista deja de revelarse en el trabajo más insignificante. Cualquiera que se fije en esas plumadas de Galofré, cualquiera que examine la facilidad, ó mejor, la seguridad con que han sido apuntados esos animales, cubiertos de polvo, abatidos por la fatiga, y pensando, si señores, pensando en lo distante que se halla aún el pescibre; dirá sin duda alguna:—Aquí se ve la mano de un artista.

Los cachorros. CUADRO POR A. EBELER

Hay obras de arte que, aun prescindiendo de su mayor ó menor mérito, son altamente simpáticas, bien por su asunto, bien por la manera de ser tratado, bien por ambas circunstancias á la vez. Esa impresión simpática que, aparte las condiciones artísticas de una obra, nos produce íntima satisfacción al contemplarla, determina cierta comunidad de afectos entre los personajes de un cuadro y el curioso que lo contempla.

Así, verbigarica, la vista del cuadro de Eberle, de asunto hasta trivial si se quiere, nos hace participar de las inocentes delicias de esa madre, para cuyos hijos es un acontecimiento la cría de unos cachorros que casi casi forman parte de la familia. La perra conoce de ha mucho tiempo la buena amistad que la profesan sus jóvenes amos, á quienes sin reserva confía su prole; al paso que los tiempos pacíficos, menos prácticos del mundo, parecen adivinar en el hombre á su futuro tirano y no se restelven á abandonar la protectora sombra de su madre.

La escena está bien comprendida, el grupo bien formado y los personajes, incluyendo en ellos los perros (con perdon sea hecho), demuestran el estudio de un natural que, á puro serlo, no parece estudiado. Hé aquí la mejor condición de esa obra, ser un modelo de verdad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

El amor en la aldea. CUADRO POR BASTIEN LEPAGE

A la vista de esta composición recordamos involuntariamente los cuadros del malogrado Courbet. Indudablemente es bien dibujada, indudablemente las figuras son expresivas, indudablemente el paisaje es natural; pero á todas estas condiciones indudables, nos parece que pudiera abadirse otra que es un realismo excesivo, una falta de poesía, algo, en fin, que nunca está de más, cuando del amor se trata, por más que ese amor sea el de unos rústicos campesinos.

Porque, una de dos; ó el asunto se ha de tratar realísticamente y entónces ¡adónes misión del arte! ó el autor ha creído que esa muchacha tosca, excesivamente tosca, cumplía á las ilusiones que cada enamorado se forma del objeto de su predilección. En el primer caso, creemos que se ha padecido un error de concepto; en el segundo caso un error de forma.

Esto no impide que el cuadro de Lepage tenga circunstancias muy recomendables y que los partidarios de la verdad ante todo puedan calificarlo de obra notableísima. La ILUSTRACION ARTÍSTICA podrá tener predilecciones de escuela, pero ha de admitir todos los géneros, ménos el género malo.

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

POR DON RAMON FERNANDEZ DE MERA

(Continuación)

El sabio al oír hablar de despedida se estremeció, teniendo que podían ser inútiles todos sus preparativos de venganza; pero se tranquilizó un tanto, suponiendo que el galante conquistador no dejaría de venir á despedirse privadamente de Nemesia.

—Despídase V. de mi mujer, amigo mío,—le dijo,—una cosa es que yo prevea consecuencias probables y otra el ser ridiculo como un marido de comedia. Buen viaje, y cuente conmigo para cuanto se lo ofrezca.

No podía desechar del todo su inquietud, temiendo ver frustrados sus planes; pero por ciertas señas y miradas que mediaron entre los dos amantes en el momento de la despedida, el sabio adquirió la certeza de que no se separarían por última vez.

Cuando después de despedir al teniente volvió á su cuarto, encontró sobre su mesa una carta que acababan de traer. Era de un primo de Nemesia, anunciándole que el tío de esta había muerto repentinamente de una apoplejía fulminante, y suplicándole que se lo participase á su prima con las debidas precauciones.

Don Juan no pudo ménos de sonreírse; ¡precauciones para con Nemesia á quien lo mismo importaba su tío que la memoria del gran Tamorlan de Persia!

Después de pensarlo, determinó no hablar á su mujer de la carta recibida, pues podía ser tan hipócrita consigo misma que desistiese de su cita de despedida con su amante.

Aquella tarde la comida fué más silenciosa que de costumbre; ambos cónyuges estaban preocupados.

Llegó la noche. D. Juan hallábase encerrado en su laboratorio prestando atención á todo ruido que provenía de fuera.

A la una salió al jardín, provisto de una linterna sorda, como otra vez con idéntico motivo.

El tiempo le favorecía; grandes nubes otoñales encapataban el cielo.

Examinó las huellas estampadas en la arena de la senda, y respiró con satisfacción.

Entró en la casa, subió al piso principal, pasó por delante de la puerta del cuarto de su mujer, y penetró en una pieza deshabitada, sólo separada de aquel por un tabique medianero.

Este, en cierto sitio, estaba horadado hasta junto al papel que cubría las paredes de la habitación inmediata.

Don Juan escuchó y luego volvió silenciosamente á su laboratorio en donde tomó un globo de cristal, cuyo afilado cuello terminaba en un tubo de goma, y trasladó con grandes precauciones á la habitación antes mencionada.

Sacó del bolsillo una lanceta muy larga que se doblaba y desdoblaba por la mitad, rompió el papel del cuarto contiguo, aplicó el tubo al agujero, y oprimió aquel con sus dedos como para vaciarle de alguna sustancia.

El perfido gas se escapó lentamente por el cuarto de Nemesia, exhalando un olor tenue y enervante, pero agradable al mismo tiempo.

VII

Transcurrieron algunos instantes. Don Juan retiró el tubo, bajó al piso bajo á cerciorarse de que la criada dormía, y volviendo á subir, alzó el picaporte de la puerta del cuarto de su mujer.

La puerta no tenía llave, y sí cerrojo, que estaba echado; pero como D. Juan había tenido la prevision de falsearle, fué un obstáculo que cedió sin gran esfuerzo.

Entró, pues, en el cuarto de Nemesia, abrió la ventana, y se aplicó á la nariz un pañuelo impregnado en una sustancia que sin duda era antídoto contra la asfixia.

A la luz de un quinqué, próximo á apagarse, vió á los dos criminales tendidos en un sofá y enteramente privados de sentido.

Acercóse á ellos y les tomó el pulso. Hecho esto, como todo lo tenía previsto de antemano, disimuló con un nuevo pedazo de papel del mismo dibujo el agujero que había hecho en el que cubría las paredes; volvió á la pieza contigua, tomó uno de esos carros de mano que sirven para la locomoción de las personas impedidas y cuyas ruedas estaban cubiertas de tela para evitar el ruido, y en el trasladó á su laboratorio primero.

Algunas lámparas en forma de globo aclaraban tenuemente la habitación constituyendo un líquido claro y limpio.

Sobre un gran hornillo atestado de lumbre había un recipiente en forma de baño en el cual cabía holgadamente una persona y que estaba lleno de otro líquido en ebullición.

Velanse por todas partes instrumentos raros, grasas de donde pendían cuerdas, pilas eléctricas de todas dimensiones, vasos de barro y de porcelana, hilos conductores cubiertos de gutta-percha que se asemejaban á culebras erguidas, grifos gigantescos dispuestos á aspir su presa; en una palabra, mil cosas y objetos sólo conocidos del sabio D. Juan Castro.

Tomó este un largo cordón hecho de seda y de un metal flexible que tenía la consistencia de una cadena de hierro, y ató al teniente por medio de numerosas y complicadas ligaduras, dejándole enteramente agarrotado; ni la fuerza de un elefante hubiera bastado para deshacerse de aquellas sólidas prisiones.

Tomó otro cordón é hizo otro tanto con Nemesia. A no ser por su respiración un tanto fatigosa, ambos parecían muertos.

Don Juan, no sin trabajo, tomó como un fardo el cuerpo de Damian y le dejó caer sobre una tarima próxima al recipiente.

Luego aplicó á la nariz un pomo. El teniente abrió los ojos é intentó moverse.

Don Juan miró al reloj de pared que había en el laboratorio, y después de algunos minutos dijo:

—No tardará en pasar el síncope. Y al pronunciar estas palabras tapó la boca á su víctima, por medio de una mordaza artísticamente confeccionada.

Después de algunos minutos más, volvió á murmurar:

—Ya es tiempo: está despierto.

VIII

En efecto, Damian, parpadeando como quien no ve claro, miraba atónito hacia todas partes.

Hizo un movimiento como para desatarse.

—Si no se está V. quieto,—dijo D. Juan,—va á caerse al suelo, lo cual retardaría la operación que vamos á practicar. Oiga V. tranquilo y entérese.

Hizo una pausa y prosiguió:

—De seguro V. no sabrá lo que es la galvanoplastia, porque casi nadie lo sabe en España. Pues es una ciencia de gran porvenir que consiste en adherir á un cuerpo cualquiera una corteza de toda clase de metales de modo que ésta se modele exactamente á las líneas y contornos del objeto cubierto. Esta ciencia estaba en la infancia; pero yo la he desarrollado, y aunque me esté mal el decirlo, la he superado, consiguiendo hacer con la escayola lo que antes sólo se practicaba con el metal, como más fácil de liquidar.

La galvanoplastia, como todas las cosas grandes, ha tenido un origen muy sencillo.

Un día una señora, muy rica y muy caprichosa, residente en París, se presentó á un célebre químico muy avaricioso, y le dijo:

—Estoy cansada de tener los cabellos negros, trasfórmeme los V. en rubios, pero de un rubio escandinavo; y le regalo cincuenta mil francos.

La empresa era difícil, pero la cantidad tentadora. Los cabellos se resistían á dejarse cubrir de películas de oro, sin romperse. El sabio hizo mil experiencias, por supuesto en cabelleras postizas, hasta que por fin pudo exclamar como Arquimedes: *Eureka!*

La señora fué rubia, y el sabio ríco.

Usted dirá, ¿á qué conduce este discurso, qué me importa á mí todo eso?

Mucho, amigo mío, porque voy á hacer una experiencia en V., ó mejor dicho, sobre V., cubriéndole de una corteza, no de metal, porque eso es vulgar y costoso, y V. no vale la pena, sino de escayola, ¿comprende?

El desgraciado teniente de cazadores comprendía, á juzgar por la espantada expresión de sus ojos.

Entre tanto, Nemesia continuaba, al parecer, privada de sentido.

(Continuad)

EL 8,099

Juan Porfia, hijo del escribano de L. rga, soñó tres veces que lograba la felicidad. El escribano, gran entendedor de sueños, tuvo por infalible el indicio, y exhortó á Juan para que por su parte coadyuvara á los propósitos de la suerte.

—No olvides,—le dijo,—que hay que rogar á Dios y trabajar al mismo tiempo: la Providencia te anuncia que quiere otorgarte sus favores, pero no aguardes indolente y tranquilo á que ella te busque: sal á su encuentro sin demora.

—¿Y qué he de hacer?—preguntó Juan lleno de entusiasmo.

—Tu apellido te lo está diciendo: porfia.

—Porfiaré, padre; mas quisiera saber el objeto de no errar el camino, en que consiste la felicidad.

—Pues mira: la felicidad es cualquier cosa: para unos se encierra en lo imposible, y para otros en pequeñeces insignificantes. Yo creo, sin embargo, que la base de la felicidad es el dinero, porque con dinero se evitan muchos peligros, se abren casi todas las puertas y se vence la mayoría de los obstáculos. Juzga por mí: yo estoy en Lerga porque no tengo dinero para vivir en otra parte; trabajo continuamente y padezco angustias y privaciones, porque no soy rico; todos los deseos que me atormentan podrían satisfacerse con un poco de oro; si yo tuviera tres mil duros, sería feliz.

—¿Sólo con tres mil duros?

—Compraría el molino de Unda, cuya renta basta para mis necesidades, dejaría de trabajar....

—Y lo que V. ha deseado siempre, que es hacer un viaje á Madrid, sería un hecho.

—Exacto.

—Pues juro á V. que ha de salirse con la suya: me voy á América en busca de los tres mil duros.

—Pues anda con Dios.

—Si logro proporcionar á V. la felicidad, me considerará dichoso.

Marchó Juan á la Isla de Cuba, porfió con todo su corazón y con todas sus fuerzas, y al cabo de un año recibió su padre esta carta:

«Mi querido papá: le envío á V. los tres mil duros: sepa yo que ha conseguido V. la dicha, y seré feliz.»

La respuesta, que tardó tres meses cabales, decía así:

«Mi querido hijo: recibí tu anhelada carta, compré el molino de Unda y visité la opulenta y coronada villa: ¡cuántas emociones! Vivir en este delicioso Ma-



LA CANTINERA, dibujo por J. R. Wehle

EXPOSICION PARÍS



MUERTE DE SISARA, cuadro por Ramon Tusuquets

dría, aunque sólo fuese la tercera parte de cada año, sería el complemento de mi felicidad.»

Hijo y padre continuaron su correspondencia en esta forma:

«Mi querido papá: reciba V. los cuatro mil duros que le mando y cumpla con ellos el deseo que le atormenta.»

«Mi querido hijo: he comprado en la villa y corte un pedazo de tierra para edificar en él una casa. Con otros cuatro mil duros habrá suficiente para todo; voy a vender el molino de Unda y a establecerme aquí de un modo definitivo.»

«Mi querido padre: me he propuesto que sea V. dichoso á toda costa, y la suerte me favorece. Cinco mil duros más recibirá V. con esta carta.»

«Ya verás, hijo mío, qué hermosísima habitación estoy construyendo para refugio de nuestra vejez: sólo le falta un pedacito de jardín.»

«Ahí va, mi querido padre, lo que podrá usted necesitar para el jardín.»

«Tu última carta, idolatrado hijo, me ha hecho reformar mis planes. Sobrándome dinero para la conclusión del jardín y habiéndoseme presentado una verdadera ganga, lo he vendido todo, á fin de poder comprar un preciosísimo palacio que se ofrece por la mitad de su valor. Sólo tengo bastante para satisfacer el primer plazo, más ¿quién dijo miedo? No ha de abandonarnos la suerte cuando ya voy á tocar la orilla.»

«Tiene V. razon, padre mío: la suerte no nos abandonará. ¿Cuánto se necesita para pagar el segundo plazo?»

«Tendré bastante con diez y seis mil duros; y te aviso, para tu satisfacción, que los terrenos en que está situada nuestra finca, aumentan de valor y dentro de dos ó tres años valdrán el doble. Los dos plazos que faltan ascienden á treinta y siete mil duros.»

«Mi querido padre: para reunir el importe total del segundo plazo tuve que vender mi establecimiento: estoy sin un real, y no sé de qué recursos valermé en lo sucesivo. Por lo pronto, y gracias á mis relaciones, he logrado entrar de ayuda de cámara ¿en dónde dirá V.? Nada menos que en la capitanía general, nada menos que al inmediato servicio del jefe de la Isla. Tengamos esperanza.»

«Mi queridísimo, inolvidable hijo: tu carta es revelación de la Providencia: he abusado de tu fortuna, miserablemente, poniéndote en el vergonzoso extremo de servir, cuando no tenías necesidad de llegar á tal punto. Si dejo de pagar uno de los dos plazos, perderé la finca, sin tener derecho á reintegro, pues esta es una de las condiciones del malhadado contrato que hice. ¿Cómo vas á poder reunir, en tu nuevo destino, la enorme cantidad de treinta y siete mil duros? Sería menester que robaras á tu señor, y esto no es posible. Vencerán los plazos... y basta que no puedas pagar el primero para que lo perdamos todo. ¡Perderlo todo, después de tus sacrificios! ¡Ay! ya veo que la riqueza no constituye la felicidad, porque con ella vienen los deseos insaciables, la codicia que nunca se harta



EL MEMORIALISTA, cuadro por Guillermo Wider

y los terrores jamás conocidos en la medianía. Ahora echo de ménos mi humilde casa de Lerga, mi molino de Unda, mi tranquilidad y mis esperanzas. ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió venir á Madrid! ¡Malditas sean mis insensatas ambiciones!»

«Mi queridísimo padre: no se aflija V. ni se culpe por lo que ha pasado. ¿Qué cosa más natural que el deseo de mejorar y de aumentar las comodidades y la hacienda? De mí no se cuide V., porque salí de España con el firme propósito de que mis padres lograsen ser completamente felices, y en ello estriba mi ventura. Jamás seré ladrón ni deshonoraré el nombre que llevo: por esto, quizá, no me ha abandonado la suerte. Y la suerte vuelve á anunciarme que acudirá en mi auxilio. Oiga V. de qué manera singular. Estaba yo reflexionando que no tenía forma de reunir los treinta y siete mil duros (puesto que no hago ninguna clase de negocios), sino sacándome un premio de la lotería. Llegó la noche, y soñé tres veces un número. Voy á jugarlo, y V. verá como nos favorece la suerte.»

«Mi querido hijo: ¡juegalo, juegalo! Es infalible la señal, y de nuevo alienta mi desfallida esperanza. Dime qué número es, para que yo lo vea en la lista si ésta llega antes que tu correspondencia. Estoy tan seguro del éxito, que no he titubeado en hacer una operación, hasta cierto punto vergonzosa, porque no tengo ningún derecho para hacerla. He conseguido, hipotecando nuestra finca á un comerciante que tiene en mí absoluta confianza, el dinero

para pagar el tercer plazo. Dinero que tengo que devolver dentro de seis meses, precisamente cuando el cuarto y último plazo se cumple. Entónces, si no puedo pagar, perderé á un tiempo el caudal y la honra; pero es imposible que transcurran los seis meses sin que te hayas sacado el premio. Acaso te parecerá mal este recurso, mas considera que no tenía otro de que valerme para prolongar mi agonía. Jugamos ahora, porque la necesidad lo exige, el todo por el todo.»

«Mi querido padre: no mata la desesperación, puesto que aún existo. El número que yo soñé es el 8.099, y no pude jugarlo en la extracción que se acaba de sortear hoy, porque estaba vendido. ¡Y el 8.099 ha sacado el premio grande!»

«¡Hijo de mi alma! no debes desesperarte por ese azar de la fortuna: juega el mismo número, juegalo en todos los sorteos siguientes, porque tengo la convicción de que volverá á salir premiado.»

«Mi querido padre: adviné lo que iba V. á decirme: no se me escapará otra vez el 8.099; lo juego en todos los sorteos. He vuelto á soñarlo y participo de la confianza de V. Saldrems victoriosos.»

«Mi querido hijo: ¡yo también lo he soñado! Es de todo punto imposible que nos engañemos. Mas ¿legará oportunamente? Hé aquí mi zozobra.»

«Parte telegráfica. ¡Padre de mi corazón! ¡El 8.099, premio grande!»

«Parte telegráfica. ¡Hijo de mi alma! Llega el triunfo con la mayor oportunidad. Se acabaron las penas. Vente sin pérdida de tiempo.»

**

Los periódicos de la Habana publicaron entónces lo que á continuación copio:

«Vamos á referir un hecho verdaderamente singular. El ayuda de cámara de S. E. jugaba en todos los sorteos de la lotería el número 8.099. En el sorteo que acaba de verificarse, oyó el ayudante á la calle persuadido de haber sacado el premio mayor. Mas cuando leyó los números de las primeras listas y los de la oficial, vió con extraordinaria sorpresa que no aparecía en ellas el 8.099. Creyéndose víctima de una alucinación, guardó silencio, aunque le fué imposible disimular su profunda pena, hasta el punto de que llegó á ser notada por su respetable amo, cuya natural bondad se manifestó en esta ocasión cual en otras muchas. Llamado por S. E., el ayuda de cámara declaró el motivo de su preocupación, haciéndolo en términos tan convincentes, que la primera autoridad de la Isla se decidió á emprender las oportunas averiguaciones para obtener la verdad del hecho, y, con general asombro, resultó completamente probado el error que aparecía en la lista oficial: habíase impreso otro número en lugar del 8.099. Demostróse también que el equivocación no era producto de un fraude, y S. E. tuvo á bien disponer que se pagaran los dos premios (1).

»Y ahora llegamos á la parte dolorosa del caso. El ayuda de cámara había destruido su billete. Y á recibir, por boca

(1) El hecho, en sí, es rigurosamente histórico.

de S. E., la feliz noticia, ha perdido la razón.»

Juan Porfirio vive aún en el manicomio. Su locura es inofensiva y se reduce a escribir en las puertas, en las paredes, en el suelo y en sus vestidos el número 8.009.

A todos los que le hablan dícele con la mayor afabilidad:

«Este es el número que me ha dado la dicha: me propuse que mi padre consiguiera todos sus deseos, y lo he logrado: él vive en Madrid, en un palacio suntuoso; yo me embarco mañana para compartir con mis padres la ventura. Soñé tres veces que alcanzaba la felicidad: los sueños no han mentido.»

ADOLFO LLANOS

LA MEJOR VICTORIA

Sub specie aeternitatis...

«Eres amo y señor del mundo y esclavo de tí mismo,» decía Diógenes con soberano desdén a Alejandro Magno, y añadía «ni te envidio, ni temo; sólo deseo que no me quites el sol.»

Este peregrino menosprecio de la vida y de sus grandezas que revela la frase del filósofo griego, es uno de tantos germenes fecundos de las manifestaciones que toma el pensamiento humano para hacer surgir del fondo delzable de lo temporal y precedero ideales eternos, que enamoran, atraen y seducen a las almas bien sentidas y que caen, por paradoja inevitable, en el extremo opuesto.

De ese germen brotan la semilla del Estocismo clásico, la robusta planta del Cristianismo, los delirios del místico, las sublimes hiperemmesias del asceta, la nostalgia del tenido por dichoso, el hastío del satisfecho, el menosprecio y cansancio de la vida en el pesimista y la traducción grosera de estas premisas en la consecuencia final de todo idealismo desenfrenado, y fuera de su asiento, en el *Wertherismo* ó enfermedad que consiste en la predisposición al suicidio.

¡Que cadena tan inflexible y cuán lúgubre hermosura irradia esta lógica inflexible del error! ¡Cuántas y cuán sustanciosas meditaciones surgen ante esta concatenación, jamás interrumpida, del desenfreno de deseos nobilísimos y aspiraciones infinitas con los fracasos continuos y los desengaños sangrientos que ofrecen las impurezas de la realidad! Para que no nos sorprendan, para que el ideal no degenera en una desesperación estéril ó en un grosero egotismo ante la radical impotencia de parte del individuo de alcanzar el éxito por sus esfuerzos aislados, interesa en primer lugar, sin caer en las exageraciones de Diógenes, hacerse cargo de que la mejor victoria que puede alcanzar el hombre, es la que logra, *venitándose a sí mismo*.

El idealismo desenfrenado del estoico, que sonríe con Epicuro, cuando se le fractura una pierna, del asceta, que se arroja desnudo en un zarzal, del pesimista y del dominado por el *glamour*, que buscan postura artística para morir: este idealismo, por la diversidad de sus manifestaciones, implica una negación absurda, una derrota confesada y una retirada de la lucha, que no es siempre honrosa, aunque en muchas ocasiones sea respetable. La exaltación semi-mágica de la individualidad ante el menosprecio del mundo, del cual se huye y cuya comunicación se evita, quizá por un orgullo exagerado, que dimana de la sobreestimación de la personalidad propia, es un síntoma que acusa



UNA MEDIDA IMPORTANTE, cuadro por Guillermo Claudius

el vicio de origen de estas manifestaciones patológicas de la energía espiritual. Con su habitual sagacidad se apercibía Voltaire a combatir uno y otro día lo que él llamaba su germen de *horror*, tendencia que le hubiera obligado a anularse; con su característico poder de intuición se preparaba Goethe a luchar también contra este *horror* de Voltaire, reconociendo que el fin del hombre es ser ó permanecer libre, combatiendo la necesidad, cuando es preciso, ó armonizando con ella la libertad, cuando es posible; ya que nuestra existencia, lo mismo que el todo dentro del cual se mueve, es una inefable composición de libertad y necesidad.»

A esta necesidad, que es la ley encarnada en el tiempo para regir nuestra voluntad, se refiere la doctrina racional del *medio*, lo mismo natural que social y moral, considerado como elemento y factor de nuestra vida, medio que nos rodea y circunda, al cual hemos de adaptarnos, si no queremos que nos ahogue y asfixie y con cuyas exigencias ineludibles hemos de contar en la delicada combinación que supone el arte de la vida. Con el medio la acción del individuo se agiganta, sin él se anula, contra él se destruye y desaparece. El antiguo aforismo lo declara: *Ducunt volentem fata, nolentem trahunt*. La ley de la tolerancia general, traducida ya habitualmente en regla de cortesía y en precepto de la más rudimentaria educación, confirma este mismo aserto. La fortaleza del carácter, la energía de las convicciones, el culto á las ideas no se confunden con la flexibilidad, necesaria para el trato social, ni con la tolerancia, que se requiere para vivir entre las gentes—Vivir

minaba y sacrificaba, lo mismo sus apetitos y concupiscencias fisiológicas, que sus mas caros afectos é inclinaciones, al fin real, objetivo que perseguía, el de elevar, como él mismo dice, constantemente la pirámide de su existencia, pagando tributo al arte y á la belleza.—Bajo el aspecto imposible de un *húsped* del olimpo, existe en el fondo del carácter de Goethe un alma, que se estudia á sí misma, que procura dominarse, que sufre interiormente los más acerbos tormentos y que, ya ignorando su propio carácter, ya contrariando sus instintos merced á esfuerzos gigantes, huje siempre de la inacción del asceta y se entrega al torrente del mundo y de la vida, pero evita su aturdimiento en el vértigo de los sucesos, para conseguir el *aura mediocritas* de Aristóteles, que le permite soñar con la gloria y con el fin constante de su existencia, dar culto á lo bello.—El combate su impresionabilidad, él cura su predisposición a los vértigos, subiéndolo con frecuencia á grandes alturas, avasalla en su alma el terror imaginario que le infundia la vista de los muertos, asistiendo á los gabinetes de disección de cadáveres, y con el celo avaro del que posee la libertad mas preciada del hombre, la libertad interior, asegura que le han producido muy intenso placer y proporcionado muy útiles servicios estas victorias alcanzadas contra sí mismo. De tal suerte este hombre singular que, segun declaración propia, era *muy extremado en todo*, semejava la impasible y correcta serenidad de una estatua. ¡Cuántas y cuántas pasiones dominaría Goethe para llegar á esta situación envidiable de ser dueño de sí mismo!

en contradicción constante de ideas y opiniones podrá ser menos cómodo que moverse dentro de una uniformidad rítmica, pero será siempre más racional y conforme con la complejidad de la vida que el ideal soñado por todas las intransigencias y fanatismos, cuyo desideratum final consiste en obtener la respuesta que daba el cortesano á su amo y señor: «¿qué hora es?» «la que V. M. desee.»

Lo que llama el naturalismo científico *ley de la adaptación* implica un principio de gran alcance para la vida moral y para la educación. Esta adaptación requiere que el individuo no se aisle, despreciando el medio que le rodea ó encastillándose en un endiosamiento pueril, sino que luche con el medio moral y en las condiciones que el medio moral ofrezca y acomodando su acción á aquellas condiciones, que no rebajan ni dañan gravemente la dignidad. Para vivir recta y honradamente es necesario ante todo procurar vencerse á sí mismo, sujetar y subordinar nuestros gustos é inclinaciones individuales al medio en que vivimos, avasallar, en una palabra, el *enemigo interior*, el orgullo.—Contra estas idiosincrasias fisiológicas y morales, tenidas por invencibles, y de que son manifestación el uso y abuso en los seres débiles de los ataques de nervios y de los síncope, reales ó fingidos, va el severo precepto de Espinosa, recomendando al hombre que viva cual si fuera eterno, *sub specie aeternitatis*, con el fin de librarse de la gravísima falta de sacrificar a condiciones subjetivas y variables el fondo real y persistente de los buenos propósitos. Nadie ha excedido en estas silenciosas luchas contra sí mismo, al célebre poeta alemán Goethe, que do-



ESTUDIO Á LA PLUMA, por B. Galofre

Y el propósito persiste en él durante el largo trayecto de su vida, aplicando siempre su aforismo más preciado «que el talento se perfecciona con el estudio y en el silencio del gabinete, pero que el carácter se forma, se conserva y se mejora en medio del torrente del mundo, de la lucha y de la acción.» Así, de igual modo que allí en su juventud se curaba su propensión á los vértigos, recorriendo las azoteas más elevadas de la catedral de Estrasburgo, que dominaba su excitabilidad nerviosa ante el más mínimo ruido, marchando al lado de los tambores del ejército, se decide Goethe en la campaña de 1792, cuando acompañaba á las tropas aliadas contra la república francesa, se decide llevarlo, según dice, por el deseo de la temeridad, á experimentar en sí mismo, aunque con grave peligro de su vida, lo llamado *la fiebre del cañon*. Colocado durante la batalla en sitios, donde llovían bombas, despedidas por las baterías enemigas, se complace después en describir este estado,

cuya horrible sensación asegura que aumenta la temperatura del organismo, que produce silbidos y hasta excitaciones insufribles en el oído, y que pone ante la vista una especie de faja rojiza; observaciones todas, que justifican, según su parecer, el nombre de fiebre que se da al fenómeno.

Existe en estos y otros actos semejantes un móvil más poderoso que el de un *aptem* visionario ó anhelo de lo voluble y raro; revela Goethe en estos actos un alma superior, enamorada de un sublime estoicismo, educada en la Ética de Espinosa y fornicada con la creencia de que, en medio de los sufrimientos del cuerpo y rodeado de contrariedades exteriores y de circunstancias adversas, puede el espíritu concentrarse en su pensamiento y merced á la sustancialidad que le es inherente hacerse superior á cuantas vicisitudes dificultan su acción ó influencia en el mundo.

Aplicando esta misma norma de conducta á la complejidad, dentro de la cual luchan y en la apariencia ó ante la abdicación de la voluntad se anulan nuestras diversas tendencias morales, es lícito esperar que el hombre forme su carácter, dominándose á sí mismo y haciéndose superior á las contrariedades que le rodean. De tal modo, vencido el hombre á sí propio, pagando el justo tributo que debe al fin real que persigue, reconocerá (y en virtud de esta idea obrará) que el individuo es libre en medio del todo, pero que oponiéndose á él, se anula por completo y adaptando sus energías á las condiciones que el todo le ofrece (salvo su esfuerzo por mejorarlas), aumenta la virtualidad de estas mismas energías, con lo cual colabora, en una existencia temporal, á un fin eterno ó vive, según dice Espinosa, *sub specie aternitatis*.

U. GONZALEZ SERRANO



LOS GACHORROS, cuadro por A. Eberle

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

← BARCELONA 9 DE JUNIO DE 1884 →

NUM. 128



LA MUJER HACENDOSA, estatua por Vordermayer

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS (*Contribución*), por don Ramon Fernandez de Mera.—FUGION DE MORONDANGA, por don Fernando Martinez Pedrosa.—DOS ALMAS EN UN CUERPO, por Escalper.—LOS JARDINES SUMARINOS, por don José Rodriguez Mourel.

GRABADOS: LA MUJER HACENDOSA, estatua por M. Vordermayer.—EL CIRCO POR DENTRO, cuadro por Otto Fikentscher.—EL REY LLEGA, cuadro por J. F. Hennings.—RAFAEL SANZIO, estatua por Redler.—ESCENA DE AMOR, cuadro por F. Oberland.—M. WURTZ, EMINENTE QUÍMICO.—ACTITUD DE UN SOLDADO A LAS VEINTICUATRO HORAS DE SU MUERTE.

NUESTROS GRABADOS

La mujer hacendosa, ESTATUA POR M. VORDERMAYER

Hace mucho tiempo que el arte del tallista, la escultura en madera, estaba abandonado por los grandes maestros. Eran de admirar algunas obras de la Edad media en este género, no desprovistas de mérito; pero los artistas modernos, cual si temiesen que la madera no era materia bastante resistente para transmitir durante siglos sus obras, parecían desconfiarla, ó cuando menos relegarla á los místicos trabajos destinados al templo.

Mas hé aquí que, de pocos años á esta parte, varios escultores de Munich intentaron rehabilitar la escultura en talla, y como la capital de Baviera, por más que políticamente considerada no tenga grande importancia, es potencia de primer orden en cuestiones de arte, empieza ya la madera á recobrar algo de su antiguo favor y no será difícil que antes de poco alardee en los museos y exposiciones junto al mármol y junto al bronce.

Así ha sucedido con la *Mujer hacendosa*, tallada en Munich y recibida con merecido aplauso en Berlin. La materia ó madera es de roble, y ciertamente por la corrección de su dibujo, por la pureza de sus líneas, por la sobriedad de su ejecución, por la naturalidad de su actitud y hasta por el tipo del personaje, podría creerse feliz reproducción de alguna estimable obra de la buena época griega.

El Otro por dentro, CUADRO POR OTTO FIKENTSCHER

No hay cosa que tal desencanto produzca como un espectáculo visto por dentro. Esos reyes que ostentan una corona de talco y que, terminada la representación, cobran dos reales por el importe de su *lista civil* del día; esos condes y barones que, depuesta la brillante armadura, se dirigen en mangas de camisa á la humilde morada del campesino; esas poéticas ondrinas que, apenas salidas de unas olas de percal, pisan, no muy bien calzadas, el prosaico barro de las calles; son otras tantas demostraciones de que en este pícaro mundo dista mucho de ser otro todo aquello que brilla.

Nuestro grabado no representa el interior de un escenario, pero representa la parte oculta de un Circo ecuestre, que para el caso importa lo mismo. Y aún quizá el contraste entre lo que se ve y lo que no se ve es más triste en estos lugares. Ahí están jinetes y amazonas, ecuestres y payasos, en pacífica sociedad con el caballo *Sultan* y la yegua *Lucero*, aguardando, aburridos, á la hora en que exhibir sus formas ó sus bufonadas, ante un público cruel que, despues de presenciar impusible el peligro corrido por los artistas, premia sus ejercicios exigiendo que baile la débil niña rendida de fatiga, ó que continúen dándose de bofetadas los clowns cuyos hijos van á correr seguidamente riesgo de muerte.

¡Oh!... La existencia de esa clase de artistas es bien triste: de niños se les ha enseñado su profesion como se enseña á los perros sabios y á las cabras amestrasadas, y más tarde se les alimenta frugalmente de día para que se expongan á romperse la crisma durante la noche. Y el público no sabe ver en todo esto sino caballos enjaezados y cintas de mil colores y trajes recamados de lentejuelas y mujeres provocativas y payasos que deben estar muy alegres cuando tantas mamarrachadas hacen.... Decididamente las cosas de este mundo nos causarían honda pena si viésemos por dentro la mayor parte de ellas.

El rey llega, CUADRO POR J. F. HENNINGS

Preciosa composición, que cautiva agradablemente la vista. Y la verdad es que ese melancólico efecto de crepúsculo, las pardas nubes que cubren el cielo en gran parte, dejando asomar á intervalos el semi-apagado disco de la luna, los árboles de desnudo ramaje, el camino surcado de carriles y baches llenos de agua, prueba evidente de la reciente lluvia, la humedad de que parece impregnada la atmósfera y la brumosa perspectiva, ofrecen un conjunto sembrado de preciosos detalles y de toques magistrales que revelan la pericia de la mano que los ha trazado. En este cuadro, el asunto principal puede decirse que es lo accesorio, ó cuando más, sirve para demostrar que el inodoro que se trata verifica sus excursiones con sobrada sencillez, fiado sin duda en el cariño y respeto de sus súbditos.

Rafael Sanzio, ESTATUA POR REDLER

El cielo fué bien generoso con el inmortal autor de *La Perla*. A un talento extraordinario unió una ejecución magistral, á un tesoro de sentimiento otro tesoro de amor correspondido, á una fama justamente adquirida desde su juventud, una fisonomía de ángel, correcta, dulce, casi infantil, que revelaba la bondad propia y parecía hecha para captarse la simpatía ajena.

Así lo representa el autor de la estatua que hoy repro-

ducimos y así nos complaceríamos en concebir al autor de esas *Madonas* que parecen copias del natural en un momento de rapto celeste.

Escena de amor, CUADRO POR F. OBERLAND

La verbosidad es condicion de los enamorados. No hay sino asistir á la representación de una comedia y es de ver qué lujo de retórica emplean los amantes en sus diálogos para decirse una cosa tan sencilla como—Yo te amo....

Segun los poetas bucólicos, *canta el pájaro amante en la enramada*; y este canto no es más que una declaración trinitada, pero tan declaración como la del colegial que escribe la primera carta de amor á su primita, educanda de Loreto.

No afirman con menor seguridad los naturalistas que los rugidos del león en el desierto son una verdadera tirada de requiebros dirigidos á la perezoza leona, que preferiría sin duda á tan conmovedora elocucion un cabrito recién cazado en un aduar africano.

Establecidos estos antecedentes ¿cómo se las compondrán, para requerearse de amores, esas dos ranas amantes, esos nuevos Hero y Leandro, que disponen de un idioma que contiene una sola palabra y ésta tan poco dulce, tan poco poética, tan rústica, como la palabra *crut*....

Por fortuna, en lances tales la mirada suplente frecuentemente á la palabra, y el Señor, que en todo atina, ha dotado á las ranas de unos ojazos capaces de reproducir todas las cartas de Abelardo y Eloísa.

Amaos, pues, felices animales; nosotros somos muy discretos y no turbaremos, crueles, vuestros coloquios; mucho más cuando nunca hemos comprendido las excelencias gastronómicas de un frito de ranas.

M. Wurtz, eminente químico

La ciencia acaba de experimentar una pérdida irreparable en la persona de Carlos Wurtz, aventajado químico, individuo del Instituto y de la Academia de Medicina de Paris, ex-decano de la misma facultad y senador inamovible. Nacido en Estrasburgo en 1817, pasó á Paris en 1843 y poco despues obtuvo dos cátedras desemeñadas anteriormente por el famoso Orfila y por el recién fallecido J. B. Dumas. En 1865 obtuvo el premio bienal de 20,000 francos, instituido por Napoleon III, en 1878 la gran medalla «Faraday» de la Sociedad real de Londres, y en 1869 fué nombrado comendador de la Legion de honor. Deja un crecido número de obras de inmenso valor que han contribuido, juntamente con los trabajos de J. B. Dumas, á los progresos de la química, habiendo obtenido casi todas ellas elevadas recompensas nacionales. Este distinguido hombre de ciencia ha fallecido el 12 de mayo último de resultados de una larga enfermedad.

Actitud de un soldado á las veinticuatro horas de su muerte

Entre los fenómenos que se han observado á veces á la hora de la muerte, hay uno que ofrece un interés particular y que hasta ahora venia siendo un misterio. Este fenómeno aparece especial, si no exclusivamente, despues de una muerte repentina causada, ya por heridas recibidas en el campo de batalla, ó bien por otras causas, pero casi siempre cuando ha habido emocion intensa y á menudo cuando el último momento de la vida ha precedido una gran fatiga corporal. El carácter principal de este caso curioso es la persistencia, despues de la muerte, de la expresion facial ó de ciertas actitudes de los miembros del cuerpo, ó en fin, de todas estas partes. Esta persistencia se presenta claramente en ciertos casos, por ejemplo, cuando á pesar de la cesacion súbita de la vida, no se baja un miembro que se habia levantado, ó cuando no cae el cuerpo de un hombre que estaba de pié, ó sentado ó de caballo.

Entre los innumerables ejemplos que pudieran citarse de este fenómeno, no deja de ser interesante el que representa nuestro grabado y que fué observado por el Dr. Rossbach, de Wurzburg, en el campo de batalla de Beaumont, cerca de Sedan, en 1870.

Encontró el cadáver de un soldado, sentado en el suelo, con una taza ó escudilla de estajo en la mano y dirigiéndola hácia una boca de que carecía. Estando el pobre militar en esta posicion, habia sido muerto por una bala de cañon que se le llevó la cabeza, excepto la mandíbula inferior. En el instante de la muerte habian sufrido el cuerpo y los brazos una rigidez que produjo la persistencia del estado en que se encontraban estas partes en el momento en que la bala arecabo á la cabeza. Veinticuatro horas habian transcurrido desde la batalla, cuando el Dr. Rossbach halló el cuerpo en tal estado.

De los estudios practicados acerca de tal fenómeno parece ser que su causa no consiste en la aparicion súbita de la rigidez muscular, sino en una accion particular de los centros nerviosos que se presenta un poco antes ó en el instante de la muerte.

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

POR DON RAMON FERNANDEZ DE MERA

(Continuacion)

—Voy á proceder á la immersion de V....—continué D. Juan.—Para esto, ordinariamente se hace uso del dicho estéril; pero produce la muerte instantánea, y yo deseo que, por lo menos, pueda V. sentir los preliminares de la operacion. A fuerza de investigaciones, he combi-

nado la parafina con otras sustancias, en una fusion que varia entre los treinta y uno y sesenta y cinco grados, segun la vitalidad de la persona con quien se hace el experimento; y el éxito supongo que coronará mis esfuerzos. ¿Dirá V. que mi proceder es infame? No lo niego, tan infame como el de deshonrar á un hombre de bien. Sólo siento una cosa; y es, que la susceptibilidad de la justicia me vede hacer público el castigo que voy á darle; pues sería ejemplar para los pisaverdes, para los maridos, y para esas inocentes mujeres que, como la mia, se dejan engañar.... No se mueva V. tanto; es inútil, las ligaduras son sólidas y además el gas que ha respirado es enervante y quita la fuerza. He dicho.

IX

Don Juan se ocupó en los últimos preparativos.

Se cercioró de los grados á que estaba el líquido contenido en el baño recipiente, luego se aproximó á Damian, le agudereó el uniforme por varias partes, arañándole todos los objetos de metal y cortando los bordados.

Despues aplicó á la nariz del desgraciado oficial un pommo que le privó otra vez de los sentidos, y arastrando le colocó sobre una especie de tarima de cobre que habia en el suelo, cerca del baño. Hecho esto, tiró de una cuerda, pendiente del techo por medio de una polea, y elevó la tarima poniéndola sobre el baño, y estrirando los miembros de la víctima, de modo que quedasen en una postura natural, le sumergió en el recipiente.

Damian desapareció hundándose en el espeso líquido.

Entre tanto Nemesia continuaba inmóvil, con los ojos abiertos pero fijos. Su marido se aproximó á ella, volvió á colocarla en el carro de mano, tomó una linterna sorda y se trasladó con su carga á la habitacion de aquella.

Sentía suavemente en el sofá en que la habia encontrado con su amante, la desató, y salió del cuarto llevándose el carrito y cerrando la puerta.

Vuelto á su laboratorio, elevó la tarima con la que habia sumergido el cuerpo de Damian, el cual, revestido de una materia blanca que marcaba todos los contornos, se asemeja á una estatua de cera.

Dejó pasar un cuarto de hora para que se enfriase y arastrándole desde la tarima á un gran armario, en donde habia algunas estatuas y obras de escultura, le encerró en el guardándose la llave.

Hecho esto, frotóse las manos, con la satisfacion del hombre que ha cumplido todos sus deberes, apagó las luces del laboratorio, tomó su linterna y salió de él, dejando asegurada la puerta.

Algunos momentos despues se acostaba tranquilamente.

X

A la siguiente mañana, poco despues de levantarse, la criada vino á decirle que la señora estaba enferma.

Trasladóse al cuarto de su mujer y hallóla en la cama. La hizo algunas preguntas á las que ella no contestó.

Tenia fiebre y estaba como alegrado. Indudablemente D. Juan habia previsto este incidente.

Hizo llamar á un médico amigo suyo, el cual declaró que la enferma tenia un ataque al cerebro, pero afortunadamente poco intenso.

Don Juan respiró como si se aliviase de un gran peso, no por cariño hácia su mujer, sino porque queria que viviese para.... atormentarla.

Aquel hombrecillo era de la raza de los Caliguias y de los Tiberios.

Nemesia se restableció lentamente, pero quedóse como ensimismada y muy débil.

La noche que pudiera llamarse *de la venganza de D. Juan*, la pobre jóven volvió de su síncope, merced á la influencia de la mañana y del tiempo trascurrido, y se halló sentada en el sofá en que habia estado con su amante.

Sentase muy débil, pero no obstante la incongruencia de sus ideas recordó su cita amorosa y supuso que Damian se habia marchado sin despedirse por no despertarla, y para evitarla las emociones del último adiós.

Se acercó á su cama tambaleándose, se desnudó como pudo y se acostó.

Inmediatamente despues se declaró la enfermedad.

Pasada ésta, cuando en la tranquila debilidad de la convalecencia Nemesia pudo coordinar relativamente sus ideas y sus recuerdos, se pasaba horas enteras pensando en la noche en que vió por última vez á su amante, porque en este punto habia muchos puntos oscuros.

Aquella noche, en realidad ó en sueños, habian pasado cosas inauditas; ella y Damian habian estado agarrados, tendidos en el suelo, en un ancho leño de rejillas, especie de *panemionium*, en medio del cual se agitaba su marido. Porque D. Juan, valiéndose de los recursos de la ciencia, llevó á cabo su venganza con la más ingeniosa y refinada crueldad.

Narcotizó á su mujer de modo que no perdiera por completo sus facultades intelectuales á fin de que pudiera ser espectadora del suplicio de su amante y conservase de él una indeleble memoria; lo cual explica la traslacion de Nemesia al laboratorio.

El implacable viejecillo lo habia previsto todo, eludiendo toda responsabilidad; pues supuso con razon que su mujer no podria deslindar los límites de la realidad y de la pesadilla.

Así fué la verdad; despues de dos meses de una enfermedad en que los delirios eran frecuentes, Nemesia, en la convalecencia, no podia fijarse en nada exacto y concreto,

y naturalmente se inclinaba a suponer que aquellos horribles acontecimientos habían sido sueños de su imaginación calenturienta.

Su marido seguía con ella el mismo proceder de siempre; es decir, el de la indiferencia y el aislamiento. El sabio estaba tranquilo; no era admisible que su mujer formulara que alguna a la justicia ó a la policía, y en un caso estaba resuelto, valiéndose de sus recursos científicos, a hacer callar á Nemesia aun cuando para ello tuviera que arrostrar la responsabilidad de una investigación judicial.

Para aquella, la ausencia de Damian estaba suficientemente justificada, puesto que debería haberse incorporado á su regimiento, y respecto al Ministerio de la Guerra y Dirección de Caballería, la casualidad se hizo cómplice del vengativo marido para asegurarle la impunidad. El capitán cajero del regimiento de cazadores á caballo, de Galicia, y otros dos oficiales, huyeron llevándose los fondos de dicho cuerpo, y se supuso que el teniente Hurtado, cómplice, había, como aquellos, traspuesto la frontera francesa.

XI

Apénas Nemesia se sintió con fuerzas para salir de su casa, pretextando un corto paseo al de Recoletos, fué á registrar las listas de cartas del correo, pues temiendo la suspicacia conyugal había convenido con su amante en valerse de este medio, escribiéndose naturalmente con nombres supuestos.

Creo innecesario decir que fué inútil la minuciosa lectura que hizo de las listas referentes á los tres últimos meses. Este resultado entristeció á la pobre jóven, pero no la sorprendió en gran manera. No era tan niña, ni tan falta de mundo, que se admirase de que un militar, jóven y galanteador de oficio y de afición, la hubiera olvidado, sustituyéndola con otra; lo que si no podía explicarse, y la afectaba sobre todo, era el que ni en los primeros tiempos de ausencia la escribiera ni una sola carta.

Como es natural en la organización femenina, este olvido avivó en el espíritu de Nemesia su amor hacia su ingrato amante.

Nunca se habló de él entre ambos cónyuges, lo cual no la extrañaba á ella, pues sabía que su marido había estado recoleto del oficial.

Así las cosas, un día á principios de octubre, durante la comida, D. Juan Castro la dijo:

—La testamentaria de mi hermano ha terminado y he sido puesto en posesión de la herencia. Como nada nos retiene en Madrid, en donde además mi afición á la ciencia me inclina á hacer gastos inútiles, he determinado que pasemos una temporada en La Porra, en la casa en que he nacido y que acabo de heredar.

Nemesia hizo un movimiento de disgusto.

—El cambio de aires y la distracción —prosiguió D. Juan— serán provechosos para acabar de restablecerte; pasaremos por Barcelona, Gerona y otras poblaciones importantes. Como así, voy haciendo tus preparativos.

Al oír nonaque á Gerona, Nemesia se conmovió; allí debía estar su inolvidable amante.

—La Porra—dijo, afectando un aire de indiferencia.—¿Hacia dónde está eso?

—Pues ya te lo he indicado—contestó D. Juan cuyos ojos amarillentos relucían—hacia Cataluña. La Porra es un pueblo del Pirineo, situado en la frontera de Francia, á algunas leguas de Gerona.

El sagaz y vengativo marido debía haber dicho: á *bastantes leguas*; pero Nemesia no podía apreciar esta exageración geográfica.

Ella había oído hablar á Damian de Gerona como plaza fronteriza; era, pues, evidente que aquel viaje la aproximaba al punto de residencia del oficial, y como D. Juan había previsto, esta idea la satisfacía; tal vez podía ser vista por su antiguo amante, al pasar por Gerona, y de no, estando más cerca, la sería más fácil saber de él.

Don Juan hizo con apresuramiento los preparativos de traslación, remitiendo anticipadamente cajones y bultos llenos de efectos y enseres. Durante estas ocupaciones estaba animado y casi alegre, porque repito que aquel viaje, tan débil y raquítico en apariencia, tenía un carácter poderoso, digno de otra posición y de otros tiempos.

A su pasión por la ciencia y por la escultura, había adunado una nueva pasión: la venganza.

Pero quería vengarse poco á poco, jugando como el gato con su presa.

Se congratulaba de la falta de su mujer; aquel *drama del adulterio* llenaba y distraía su existencia; experimentaba la satisfacción de un gran dramaturgo, que teje los hilos del argumento, prepara las situaciones y concibe y crea la catástrofe.

XII

A últimos de noviembre, ambos cónyuges hallábanse instalados en La Porra.

Habían pasado, aunque rápidamente, por Gerona, pero no era fácil que Nemesia viera ni fuese vista por Damian.

Al aspecto de aquel poblachón, tan árido como el corazón de D. Juan, la pobre mujer quedóse consternada; no podía figurarse aquel territorio de roca y de pedernal, en que sólo había algunos árboles diseminados y una sola huerta, perteneciente á su marido, malamente regada con el agua de un pozo.

La casa patronímica de D. Juan corría parejas con el pueblo; era un caserón situado en las afueras de este, colindante con un profundo barranco, al cual daba precisamente la habitación destinada á Nemesia.

El edificio se componía de muchas piezas desmanteladas, de las que sólo cinco ó seis eran habitables. El cuar-

to de Nemesia se reducía á una alcoba pequeña y á una sala grande. Con gran sorpresa de la jóven, su marido hizo amueblarle con cierto *zamorri*. El suelo estaba cubierto de estera de Portvendres y las paredes de papel recién puestas.

Tenía chimenea francesa y una sillera regular. En los cuatro ángulos de la sala se elevaban otras tantas estatuas de tamaño natural (obras escultóricas de D. Juan) que representaban cuatro notabilidades de la guerra civil; á saber, Espartero, Leon, Orta y Zurbano.

La habitación recibía la luz por medio de dos ventanas; una en la alcoba, alta, de media vara en cuadro, y otra en la sala, baja, y defendida por una reja saliente.

Contigua al cuarto de Nemesia había una pieza cerrada, oscura y deshabitada; más allá, otra en la que D. Juan estableció un laboratorio, aunque no tan completo como el de Madrid; y pegada á ésta estaba el dormitorio del dueño de la casa.

En el ala opuesta del edificio había un comedor, la cocina y otras dependencias.

La criada que servía á los cónyuges fué despedida ántes de salir estos de Madrid, y en La Porra, D. Juan la substituyó por otra, natural de Cervera, y que sólo comprendía malamente el parat fronterizo.

Nemesia salía pocas veces de casa, y siempre acompañada de su marido que no quería dejarla sola por causa de su debilidad. Desde los primeros días de su instalación la pobre jóven había pedido objetos de escritorio.

—¿Para qué?—la preguntó D. Juan,—cuando quieras escribir á tu familia, en mi cuarto tienes cuanto necesitas.

Nemesia comprendió y no insistió, esperando un descuido de su marido; pero éste nunca se descuidaba.

Don Juan la llevaba á su cuarto, alguna vez, libros y periódicos, que, con algunos labores de mano, constituían su única distracción.

No podía comunicarse con nadie exteriormente, porque la casa estaba situada fuera del pueblo; y además la ventana de su habitación daba, como ya se ha dicho, á un hondo y profundo barranco, en cuyo fondo había casi siempre aguas pluviales.

No obstante la triste monotonía de su vida, Nemesia iba adquiriendo fuerzas físicas, y con éstas energía moral.

Su resignación se iba rebelando contra aquel cautiverio y contra aquella soledad. Asomada á su ventana evidenciaba á los campesinos que venían pasar á lo lejos; pues ellos, al menos, tenían aire y libertad.

Don Juan la observaba de reojo.

XIII

Durante dos ó tres días éste se levantó ántes de amanecer, cuando todos dormían en la casa y en el pueblo, y sin hacer ruido entró varias veces en la pieza contigua al cuarto de su mujer, instalando en aquella aparatos raros.

Indudablemente tenía algún proyecto, ingenioso como suyo.

Concluía sus trabajos, cerraba la puerta y se guardaba la llave.

Entre tanto Nemesia sentía cada vez más el peso de aquella abrumadora existencia, y pensaba con más ahínco en su ingrato amante.

Comenzó, pues, á acariciar la idea de la fuga, pero midiendo los obstáculos se resignó todavía á aplazarla, acechando una ocasión de poder escribir á aquel.

En este estado las cosas, una mañana Nemesia almorzó sola en el comedor, y como esto sucedía muy raras veces, aprovechó la ocasión de *fantear*, como vulgarmente se dice, á la criada, con objeto de ver si podía ponerla de su parte y valerse de ella; pero pronto se convenció de que trabajaba en terreno árido, y de que la familia estaba completamente influida y dominada por D. Juan. Es más, comprendió que la inspiraba antipatía; y así era, porque, por regla general, toda criada de edad provecha que sirve á un matrimonio de un viejo y una jóven, se inclina infaliblemente al primero.

Además, D. Juan había hecho cundir la voz de que su mujer, á consecuencia de la impresión de una noticia dolorosa, padecía ataques, á veces furiosos, de enajenación mental, lo cual justificaba el retraimiento en que la hacía vivir.

Con motivo de explorar á la criada, Nemesia prolongó el almuerzo más de lo que tenía por costumbre, y al volver á su cuarto, hallóse con una novedad.

La estatua de Zurbano, que como ya se ha dicho adornaba uno de los ángulos de la habitación, había sido substituida por otra, también de escayola, de cuerpo entero y de tamaño natural.

Esta obra de escultura presentaba notables particularidades.

En primer lugar no estaba tan bien hecha como las otras tres con las que formaba juego. Las estatuas de Espartero, Orta y Leon estaban representadas con uniforme, al cual no faltaba ninguna prenda; y además tenían las líneas correctas y bien modeladas; mientras que la recientemente colocada ofrecía un aspecto desigual en sus formas, con vacíos que parecían jirones y protuberancias que se asemejaban á tumores.

En la estatua de un militar averiado é incompleto, ó por degradación, ó por los desastres de un combate ó retirada.

La cabeza descubierta ofrecía un aspecto erguido, juvenil y de buenas facciones; y la cabeza era lo mejor hecho que tenía la obra; pues las *rapas*, como se dice en pintura y escultura, dejaban mucho que desear.

(Se continuará)

FUNCION DE MORONDANGA

La villa inmediata á Madrid, arde en proyectos y preparativos para celebrar la fiesta de la Virgen de setiembre. Se anuncia quince días ántes, con el revoque de casars y fachadas, señoras de edad y damas recompuetas cuya faz se unta de jalbegue hasta dejarlas, según expresión de sus restauradores, hechas unas palomitas blancas. También se rehabilitan y limpian de guijarros y pedruscos, los caminos tortuosos que conducen á la población: el que va desde la ermita donde la Virgen se venera, á la parroquia, y la plazuela donde ha de verificarse el baile popular, dedicado á los paturdos que aún no se atreven á llamarse señoritos.

Aunque el Ayuntamiento no tiene un cuarto, ni entiendo jota del nuevo sistema decimal, porque abrece las cuentas, y el comun de vecinos se halla á la cuarta pregunta, no falta algun ricacho que eche un guante para el mejor lustre de la fiesta patronímica. Se ajusta una charanga compuesta de tambor, cornetín, bajo y requinto; tráese una carga de cohetes con bengala; se encarga, un predicador que tenga buena voz; las pocas flores que hay en los huertos, suelen todas á la iglesia, con más un cesto de pámpanos y racimos de uvas moradas y gordas como nueces, que en la parra de su casa crió con este fin la alcaldesa, y todo hace esperar, según pública fama, que el pueblo de Morondanga excederá en lujo y ostentación á sus convecinos. Ya que la aldehuela que hay una legua más allá, se da importancia con su San Roque, no es cosa de que quede mal esta con Nuestra Señora. Las hijas del juez de paz son sus camareras y arreglan el manto de tisi, ofrenda que el siglo pasado hizo una marquesa, que casualmente pasó por allí; cuegan á la imagen cuantos dijes y adornos hallan á mano; se renuevan cintas y ramos de artificicio, y hay verdadera emulación entre las señoras de la villa, que han celebrado varias jantús, para acordar lo que cada cual debe de hacer.

Sólo con tal motivo, podrían verse reunidas las capacidades femeninas del pueblo, cuyos divitesones y enemistades traen cola, por datar de larga fecha. Sólo á la mayor honra de Dios se les ve buscarse y dirigirse la palabra. Las camareras son objeto de envidia, porque si bien de antiguo fué costumbre que en este cargo turnen las damas, ellas no sueltan el monopolio, según dicen sus antagonistas, para llevarse siempre la palma, á pesar de no ser naturales de la villa y de no merecer por tanto el título de morondanguenses. En la junta de señoras protectoras, como ellas se llaman, hay dos bandos capitaneados por la sacristana y la maestra, entre los que se suscitan de continuo, piques y dificultades. Cuando uno dice blanco, el otro dice negro; la intrinseca domina en sus deliberaciones y por cualquier quitame allá esas pajas, las susceptibilidades sacan la cabeza, y las lenguas se convierten en puntas de alfiler. Abrir la boca doña Sira, la sacristana, y echar la zarpa doña Dámasa, la maestra, es todo uno. Sus diálogos rebosan sal y pimienta:

—Hay que hacer los imposibles por que no nos echen la pata los de la aldehuela,—dice la sacristana.—Ellos bordarán una enaguilla á su Cristo, y nosotras debíamos haber bordado un manto nuevo á nuestra Patrona; pero como aquí no hay quien sepa bordar!—Doña Dámasa, la maestra, que se cree siempre aludida, contesta:

—Sí, hay quien sepa bordar, que para esto tengo yo mi colegio de señoritas, así como mi esposo tiene el de niños... lo que no hay es quien sepa gastarlo. Con barro á mano se pueden hacer primores, pero como aquí no hay más cera que la que arde...!

—Eso de la cera, no sé si viene á cuento,—replica escocida la sacristana.—Ya sabemos que somos pobres, pero el que más y el que menos, sabe cantar la cartilla...

—Lo de la cartilla,—repite atufada la maestra,—irá con los que están siempre peristan, exponiéndose á que les digan que los dineros del sacristán, cantando se vienen y cantando se van.

—Mi marido no es sacristán, que es maestro de capilla, y para tratar de cosas formales no hay necesidad de ponerse como chupú de dómme...

—¿Lo dice V. eso por mi esposo? Pues ha de saber V. que no es dómme, sino profesor de educación primaria, perito mercantil aprobado, y que ha regentado cátedra; precisamente ha hablado de él, con motivo de unas oposiciones, el Boletín de instrucción pública, porque él no tiene más órgano...

—Ni mi marido gasta disciplinas...

Y así continúa la sesión quedando el diablo tan contento y la Virgen sin vestir.

Se anuncia que va á venir mucha gente forastera; casa hay en que esperan tres familias; los pobres convidan con su pobreza y buena voluntad y los ricos tendrán pocas visitas pero buenas. A casa de D. Zolo, vendrá un canónigo de Toledo; en casa de las viudas madre é hija, esperará un primo del yerno de la condesa de Sofama; asistirá un diputado provincial con su señora y niñas, una de estas que canta y toca el piano con mucho primor; y se cuenta además otros varios visitantes de sorpresa. Lo malo es que este año hay poca caza y que la fruta se la llevó un pedrisco sin que el pueblo haya logrado un céntimo del fondo de calamidades. Y luego, según dicen aquellos pacíficos vecinos, se gastan en Madrid millones en ferias y corridas de caballos.

Un repique de campanas de dos horas, en que bordan de lo fino los acólitos y sus ayudantes, tomando parte en el concierto todas las esquilas y esquilones del abrumado campanario, anuncia las vísperas; tras estas, salen párroco, ayuntamiento y feligreses, cofrades y devotas á traer



EL CIRCO FOR DENTRO, cuadro por Otto Pflanzschner



EL REY LLEGA, cuadro por J. F. Hennings

la Santa Imagen desde su ermita á la parroquia, y como esta procesion puede decirse que es preparatoria, no hay en ella música y salvas, oyéndose únicamente los salmos del oficio parvo que entonan sacristan, monacillos y aficionados, demostrando que sus voces no se hallan de acuerdo. Luégo, sigue la Letanía y Salve, cantadas á coro con verdadero fervor por el vecindario de ambos sexos, acompañada de la charanga; y colocada la efigie en su altar portátil, apáganse las luces y sale el pueblo en tropel, siguiendo á la música que ronda las calles y ensordece el aire con golpes de parche y agudos trompetazos.

Es de noche, y á poco que se descuide la gente en cenar ó comer confitura y carambelos en un puesto ambulante que hay en la plaza, llega el instante ansiado y feliz de uno de los mayores acontecimientos de estas fiestas. Empingorotado todo el mundo en las alturas de la aldea, dyese rumor de cercenros á lo léjos, y el jubiloso grito universal que dice y repite: ¡el encierro! ¡el encierro! movidos por el cual los zafos campeones juran, las mujeres chillan, los niños lloran, y los ancianos tiemblan.

—¡Ahí están! ¡Ahí están!
—¿Por dónde?
—Por Val de Umbrillo.
—No los veo.
—¡Pues mal ruido que traen los condenaos!
—¿No ves relucir la piel de los mansos con la lanza?
—¿Qué son los mansos?—Y contesta la mujer del preguntón:

—Los cabestros.
—¿Cabestros! ¡Y son de libras!
—¡Y cada cuerno como una lanza!
—Anda, que buenas ganas de escabeche tendrá el que los meta mano!

—¡Cirilo, no seas lila, no te metas, mira que tienes hijos, y ya sabes lo que sucedió al Colarín, el año pasado!
—¡Ya llegan! ¡Ya llegan!
—Vamos á esperarles á la cerca, para pegarles un palo al pasar.—Y un mozo que viene pasadito de canguelo, dice:

—No vayas; que á Luquillas, de oír soplar á un lado han dado un accidente.
El encierro avanza, cencerrea fuerte, llega, y la cerca queda más limpia que una bandeja de plata. Cirilo y otros tres ó cuatro matones que salían á encarrarse con las fieras, vuelven talones al saber que un toro tremendo se ha escapado y anda por los alrededores del pueblo, discurriendo á sus anchas si debe ó no debe entrar en el chiquero.

El vecindario está en vela hasta que se cunde que el cornopeto optó por la reclusion, no sin haber revolcado para hacer boca al to Chufas, ó sea al santo de la villa.

En honor á la Virgen, la plaza de la Constitución se ha arreglado este año, que da gozo verla convertida en redondele, para la feria, cualquiera diría que estamos en la *Masquita* de la Puerta de Alcalá. Hay quien murmura que las tablas que sirven de barrera son muy endebles, pero los mozos nada temen porque con sus cuerpos son capaces de hacer frente al toro más bravío.

Se subasta el derecho de abrir el toril, encargo á que no pueden aspirar más que los pudentes, y esta vez, han sido bárbaras las pujas: la mayor de diez y seis duros, y la menor, de tres. Mediante una buena cantidad, andan en lenguas los favorecidos con el dictado de valientes y pueden tener á gala recibir el primer *encontrazo*.

Amanece, al otro día, el novillo del *aguardiente*, des-cerrando fajas, chaquetas y camisas, quebrantando huesos y acostando en el empedrado á algunos valentones que no se saben levantar. La masa popular pide «¡otro toro!» y sigue la *aguardientada* hasta la hora de misa mayor en que el Alcalde invita á los lidiadores á que suspendan la heroica faena y vayan á cumplir como cristianos.

En la función religiosa hubo que admirar la compostura y piedad del pueblo: la misa de *tres*, que rara vez se celebra en esta localidad; las voces de los cantores, sobre todo del bajo, que atronó los oídos del concurso de señoras muy bien aderezadas, y de caballeros notables de la corte; la *Marcha Real* que al alzar tocó la charanga, y muy especialmente, el sermón del Padre D. Trinitario, describiendo la tradición de la Virgen aparecida y celebrando sus glorias, quien al resumir el discurso, dirigió una excitación al pueblo, para que olvidara sus discordias en aras de la religión que perdona las injurias y del interés común de aquellos feligreses, punto que no fué del agrado de los mandones de la villa, alguno de los cuales murmuraba por lo bajo, que bueno era pedir el amparo de la Madre de Dios, sin meterse en camisa de otros varas.

Por la tarde sale la procesion con el aparato y solemnidad de costumbre, y las envidiosas de la habilidad de las camareras de la Virgen decían que parecía que la hermosa imagen andaba con majestad conducida en su carroza gremio romano; las campanas á vuelo alegraban los corazones; la profusion de cohetes lanzados al espacio convertía la carrera en campamento, y más de una vez pusieron espanto en los nutridos grupos de mujeres que cerraban la marcha, llevando candelas encendidas, porque á una de ellas se le incendió la basquiña de resultas de un disparo, que, según se miente, le fué con intención dirigido, por desavenencias entre su familia y la del cohetero. Presidiendo la procesion iba la corporacion municipal,—ya se sabe, de capa,—y entre ella resaltaba un uniforme que era objeto de la admiracion pública. Decían unos:

—Ese de los bigotazos es un general.
—Un extranjero.
—Todo de colorao y oro plata...
—Será un grande,—dijo un serfitor.

—Pues bien grande es,—dijo un payo.

Y un Licurgo del lugar, añadía:

—¡Tontos! si ese es Raimundo, el hijo de la señora Gervasia, que es albardeero de palacio, y que ha venido á darse tono á su pueblo.

Al oscurecer alborotaba la función de pólvora, y seguían los zambombazos, las chispas y la lluvia que la multitud miraba con asombro, y que parecía el maná, al ver á los circunstantes esperandola con la boca abierta. No fué vista ni oída y la gente se replegó al balle dispuesto para el pueblo en las eras, y para los señores en casa de la médica, que se propuso obsequiar á los forasteros de nota, llevando al organista para que pulsara su piano de mesa; allí cantó la *Stela confiante* la señorita de Madrid, aunque estaba constipada, y al final de la remision, los señores de buen humor bailaron *seguitillas*. En la soirée al aire libre, tocaba la murga polkitas, habaneras y valeses, alternando, y un concurrente que pidió que se bailara la *jota* fué silbado.

Ya era el segundo día, cuando *diversionistas* y *diversionistas*, se retiraron rendidos á descansar. La gente hincaba el diente á la médica, porque en vez de refresco, había dado á sus convidados racion de un par de rajás de rico melon de Añover, por barba, mientras que la pibe había tenido agua de limon para las señoras y limonada para los caballeros, al uso de Madrid. Y á las diez estaba ya la plaza que no cabía un alfiler, para la lidia oficial de dos toros de muerte traestados por una cuadrilla de célebres toreros de invierno.

El fuchenda Meliton que había pagado una onza de oro por abrir la puerta al primer toro, salió tan amarillo como su onza, recibiendo el correspondiente aplauso de palmas y silbidos, que él recibía de espaldas al público, para no apartar la vista del chiquero, y al abrir tuvo el honor de quedar aplastado, entre la puerta y la barrera.

Capas y picas, bien: fueron echadas aquellas fuera, y estas puestas á distancia de tres varas del animalito, llamado *Merangue* que era el que se escapó y dicen que había jurado vengarse de sus perseguidores. En las banderillas voló un diestro al tendido, ó sean los carnosos pechos detrás de la valla y atiborrados de humanidad doliente. La suerte de matar, tuvo tan mala suerte que el primer torero cayó de un puntazo en una ingle, y el sobresaliente quebró tres espadas, únicas que había, de los cuarenta y dos pinchazos en hueso sufridos por el cuadrúpedo mártir, tinto en sangre y retirado al corral de orden de la autoridad. Los morondangos en mangas de camisa, impacientes por lucirse, llenaron el redondele, y salieron los novillos embolados, que aunque huidos y asustados de la ferocidad de los lidiadores, llevaban inutilizados trece, á las tres de la tarde. Las vallas se hicieron trizas; cayeron del susto y de las embestidas, mujeres y chiquillos, y un bravucon, por pura broma, abrió la puerta de la tienda del barbero, donde se hallaba apiñada la mejor sociedad, y el novillo á este quero, y á este no quiero, dejó una pava de lesionados, heridas y contusos. Al finalizar in temibles la agradable fiesta taurómaca, resultó un muerto y varios tullidos, pero en cambio quedaron con vida toros y caballos.

En Morondanga no hay periódicos, pero sobran, en cambio, los comentarios hablados. Hubo pedrea de murmuraciones y críticas, entre vecinos y forasteros. La masa de los metesillas decía; que había estado bien, pero que pudo estar mejor. El alcalde actual:

—¡Todo el mundo ha quedado *sastifecho*!

El anterior:

—¡Qué tiene que ver esto con lo del año pasado!

La médica:

—Los que murmuran que sólo el melon son unos melones.

La maestra:

—Salió lo que yo dije: como dirigido por la *rapererín* que en todo se mete, aunque no la den vela para éste entierro.

La sacristana:

—¿Oyeron Vds. los versos que leyó el dómíne? Pues no eran sacados de su cabeza, sino copiados de un librote antiguo. ¡Yo lo creo; por eso gustaron tanto! ¡Cada maestrillo, tiene su librito! ¡Ja...! ¡Ja...!

La juventud labradora y torera:

—Los toros, ¡*¡guenos!* ¡*¡guenos!*!

—¡Mejores fueron otro año que murieron más caballos!

—¡Para eso ogaño han muerto más hombres!

Los naturales añadian:

—¿Han visto Vds. qué peste de forasteros?

Y los forasteros:

—¡Función de Morondanga!

BERNARDO MARTÍNEZ PEDRCSA

DOS ALMAS EN UN CUERPO

Con gran trabajo los humanos atraviesan el campo de la vida cargados con el alma. ¿Quién no recuerda y á cada paso no encuentra ocasion de aplicar la exclamacion del poeta:

Que siendo al alma la materia odiosa
Aquí para vivir en santa calma
O sobra la materia ó sobra el alma.

Pues si cada mortal tiene con un alma peso sobrado y lucha incansante, ¿qué no será del desgraciado que en vez de tener una, como á cada cual le ha correspondido en el general reparto, tenga dos, y acaso enemigas, acaso en continua y cruenta guerra?

Pues por muy fuerte que parezca esto de tener un vi-viente dos almas, hoy que sin gran dificultad se pone en duda la única, no deja de ser un hecho, y un hecho frecuente. Verdad es que, aunque así sea, no habrá quien no considere al infeliz tan bien dotado como un caso patológico ó como una monstruosidad, con más título aún que si tuviese dos cabezas.

Pero ante todo, desearo que se nos comprenda, hemos de fijar los términos con la posible precision.

Cada hombre despierto y en estado de salud se considera único é idéntico. La unidad y la identidad son dos atributos inseparables del yo, dicen los psicólogos. Es esto una verdad trivial para todo el mundo. Yo, Escalpel, soy uno solo; Escalpel, y yo dos personas, Escalpel y otro. Además, yo soy, he sido y seré siempre Escalpel. Soy una sola personalidad y siempre la misma. A través de las edades, á través de las vicisitudes de la vida, á través de infinitos cambios de ideas, de inclinaciones, de carácter, me reconozco la misma personalidad, el mismo yo; y todos los varios sucesos de mi vida próximos ó lejanos los refiero á mi misma persona como agente, paciente ó testigo de ellos.

Lo mismo tengo entendido que les ocurrirá á mis lectores. Ninguno de ellos se considerará dos. Ninguno de ellos dejará de considerarse el mismo desde el más lejano límite donde alcancen sus recuerdos hasta el momento presente. Ninguno vacilará en afirmar que seguirá siendo el mismo hasta el momento de su muerte.

De esta suerte, tomando como expresion genuina del alma, como los psicólogos hacen, el yo único é idéntico, podemos decir que en cada cuerpo hay un alma y sólo una.

Pues bien; hay numerosos casos en que un sujeto no se siente uno sino dos. Se siente él y otro. Su personalidad se duplica. Tiene dos *yos* cada uno de los cuales considera extraño al otro. Fulano, que hasta el momento en que lo consideramos ha sido Juan Perez, se siente al desdoblarse su personalidad Juan Perez y otro, Pedro Sanchez, por ejemplo. Juan se considera diferente y extraño á Pedro, pero las dos personalidades existen en el mismo cuerpo, que en realidad, tomando cada *yo* como expresion de un alma, tiene dos almas.

Es esto tan extraño á lo que tenemos todos los días á la vista y á las enseñanzas de la psicología corriente, que cuesta gran trabajo, no ya explicarlo, sino conceberlo. Estas repugnancias de la inteligencia se disipan en cuanto es dado observar un hecho. Entónces la evidencia se impone. En la imposibilidad de presentar personalmente á nuestros lectores algunos casos demostrativos que en este mismo momento tenemos á nuestro alcance, hemos de llenar en lo posible este vacío con descripciones tan gráficas como sea posible. Claro es que de ellas descartamos lo extraño al objeto y á la índole de este artículo.

He aquí un enfermo que aún vive.
Empezó por creerse víctima de las asechanzas y persecuciones de un extraño. Cuantos sucesos desgraciados le acaecían, achacábalos á gestiones de Lanero su enemigo. Perdía el apetito, gestión de Lanero. Perdía el sueño, la causa Lanero. Resbalaba y caía, Lanero había dispuesto un patinador para que se rompiera la crisma.

En un grado mayor de obsesion por Lanero creía el enfermo que Lanero se había llegado á hacer dueño de su actividad; que lo que él decía y hacía era obra de Lanero. Se veía convertido en un mecanismo sin espontaneidad, que sólo era animado por la voluntad de su enemigo. Así, tenía el enfermo una inocuidad mareante; no cesaba un solo momento; día y noche era un cañón inagotable de palabras; hasta hay dudas de si dormido hablaba; Lanero le hacía hablar. Pero hasta aquí, no obstante la absoluta condicion pasiva á que se creía reducido, se consideraba siempre como el yo único é idéntico. Aunque dominado por Lanero, él era siempre D. Serafín el veterinario y no otro y siempre el mismo.

Mas á fuerza de verse víctima de Lanero y creerse poseído de él y sentirle motor de su actividad, llegó á compartir con él su personalidad, llegó á ser al mismo tiempo Serafín y Lanero, víctima y verdugo. Así está hoy día. Unas veces habla como Lanero, otras como Serafín. Sus actos los refiere alternativamente á una ó á otra de sus dos personalidades y estas coexisten en el propio hasta tal punto que sostiene conversacion rara vez interrumpida, siendo los interlocutores Lanero y Serafín.

Pero lo más grave para el enfermo es que la enemiga sigue. Lanero no deja de martirizar á Serafín un solo instante. Lanero injuria y Serafín se queja y sufre. Y bien si sólo fueran injurias, pero por desgracia Lanero pasa de las palabras á las obras y descarga sobre el pobre Serafín los más crudos puñetazos ó lo aporrea contra las paredes, siendo el mismo cuerpo, instrumento de almas tan contrarias, el que da y el que recibe; y sería posible que Lanero matase á Serafín comiéndose así nuestro enfermo un suicidio que psicológicamente no lo sería, pues el agente psicológico no sería el mismo Serafín, sino Lanero, el infame Lanero.

Notabilísima es esta perturbacion mental; pero aún más llama la atencion si se nota que el enfermo tiene notable lucidez, conoce las personas y las cosas y conserva una fidelísima memoria. Cuando se le interroga responde siempre como Serafín y se lamenta de la deplorable situacion en que Lanero le ha colocado.

En este caso las dos personalidades, los dos *yos*, las dos almas, coexisten en el mismo individuo y, como hemos visto, en lucha bien despiadada entre sí y contra el único cuerpo que sustenta á ambas; pero en otros casos, las dos almas no subsisten al mismo tiempo en el sujeto; por tem-

poradas el cuerpo es asiento de un alma ó de otra, pero sin que quede la menor duda de que son distintas. Ocurrir entonces que el sujeto por cierto espacio de tiempo es uno y más adelante no es el mismo, sino otro sin relacion con el anterior y que no lo conoce.

Una de las observaciones más notables de esta clase es la del Dr. Azam, de Burdeos, bien conocido de todos los médicos mentalistas.

Félica es una histórica inteligente y bastante instruida para su condicion de obrera. A los catorce años, edad en que empezó a presentar los fenómenos que vamos á bosquejar, su carácter es marcadamente triste, concentrado, moroso. Trabaja con afán en labores de costura, pero habla poco, lo ménos posible. Siente dolores vivos en distintos puntos del cuerpo y está fuertemente preocupada con su salud. Sus afectos parecen poco desenvueltos, su voluntad tiene menguada energía. Sus ideas y sus actos son perfectamente razonables; y tal estado es habitual, constante.

Un día, sentada Félica con la labor entre las manos, experimenta un violento dolor en las sienes, cae su cabeza sobre el pecho, sus brazos inertes se tienden á lo largo del cuerpo y un sueño, más bien un sopor súbito, la sobrecoge. Ninguna excitacion exterior, por violenta que sea, puede disipar su dormir profundo; pero á los dos ó tres minutos Félica despierta. ¿Pero despierta la misma Félica? No. Despierta otra Félica radicalmente diferente.

Todo dolor, toda preocupacion sobre su estado ha desaparecido. Era taciturna y sombría, despierta alegre y resuelta; era reservada y contenida, despierta comunicativa y locuaz; era morosa, sus sentimientos afectivos estaban apagados, se despierta exaltada, con un exceso de imaginacion y un exceso de actividad. Entra y sale, habla con todo el mundo, hace visitas, se emociona con facilidad, siendo extremas, aunque fugaces, sus alegrías y tristezas. La jóven silenciosa, enfermiza y parada antes de dormirse, se ha convertido en dos minutos en otra jóven alegre, sana y turbulenta.

Pero hasta este momento no aparece solucion de continuidad en su vida psíquica. La transformacion es tan completa como súbita, pero Félica se reconoce á sí propia, se considera en su estado anterior y recuerda los incidentes de su vida tanto en el periodo de depresion como de excitacion. En verdad que no basta un cambio de ideas ni de carácter por profundo que sea para admitir en el sujeto una conciencia doble, una personalidad doble, dos almas.

Por fases de ideas y de carácter radicalmente contradictorias pasan muchos de nuestros políticos y á nadié se le ocurrió suponer que pudieran tener multitud de conciencias; antes bien arguye tener muy poca.

Mas volvamos á nuestra Félica. Durante período de excitacion que acabamos de describir dura tres ó cuatro horas. Repentinamente cae en el sopor y á los dos ó tres minutos trasfórmase en la Félica primera, concentrada y abatida. *La enferma no recuerda absolutamente nada de cuanto la ha acontecido en las tres ó cuatro horas de la fase de animacion.* No reconoce como suyas ninguna de las acciones que ha realizado. No ha vivido ese tiempo segun su conciencia. Durante aquel intervalo ha tenido una personalidad que no se enlaza con su personalidad presente, que es extraña á ella. Una alma distinta la animaba. Verdad es que al encargarse esta alma nueva, más vívida y energética, del dominio psíquico de Félica, recogia el conocimiento de la vida anterior, pero al abandonar su efímero dominio no comunicaba al alma que habia de reemplazarla la noticia de lo ocurrido durante su gestión.

El período de excitacion de Félica sólo duraba al principio tres ó cuatro horas como hemos dicho, pero sobrevenia casi diariamente. Sumando estos períodos de excitacion tenemos una vida distinta intercalada en la ordinaria de Félica, pues los distintos períodos de excitacion se continuaban en la conciencia de Félica, no eran episodios aislados y sin encadenamiento.

Andando el tiempo la duracion de los períodos de excitacion fué aumentando, llegando á durar meses enteros, quedando reducida la vida normal á intervalos de breve duracion; bien que Félica siempre creia encontrarse en su estado natural, y á la fase contraria, que si era la de depresion la recordaba, y si era la de excitacion la conocia en el período apático de oidas y por el tiempo trascurrido, la denominaba su *crisis*.

Medítese, ahora, un momento sobre tan singular situacion. Una persona que repentinamente deja de vivir segun sus ideas y carácter para despertar á una vida enteramente opuesta; que repentinamente se interrumpe esta nueva forma de su existencia para volver á la primera condicion, sin conciencia ni recuerdo de este interregno en que pudo desdiseñarse toda su vida anterior. Son estas en verdad dos personas distintas viviendo dos vidas diferentes con el mismo cuerpo, trazando dos biografías contradictorias



RAFAEL SANZIO, estatua por Redler

del mismo sujeto real. Pudiera ser en tan extrañas condiciones ser el curioso protagonista de una novela cómica si la pluma no se contuviera respetuosa ante el infortunio humano.

Así Félica concibió durante el periodo de excitacion experimentando la más terrible de las sorpresas cuando en el período de depresion se encontró con tan extraordinaria mudanza. Así pudo dar á luz durante la excitacion y encontrarse en la depresion madre de un hijo que no sabia haber parido.

No necesitamos llamar la atencion sobre los áridos problemas de medicina legal que pueden suscitarse en estas ocasiones.

Ahora bien; ¿cómo se explica esta personalidad doble? Hay que decirlo francamente: no se explica. Alguna hipótesis se ha formulado como la de la ruptura del sincronismo funcional de ambos hemisferios cerebrales ó su alternancia en la funcion, pero estas son interpretaciones á la ventura, sin prueba positiva.

ESCALPEL

LOS JARDINES SUBMARINOS

A propósito de un libro de Mr. Ernesto Haeckel (1)

Termina Darwin la relacion de su científico viaje al redor del mundo recomendando á los naturalistas, sobre todo á los jóvenes, los viajes largos y la visita y estudio de lugares muy apartados y distintos de aquellos en donde se habita constantemente. «Me parece, dice el sabio naturalista, que nada es tan provechoso para los jóvenes como los viajes á países lejanos. En parte satisfacen y en parte avivan este deseo de saber, que, segun Herschel, tienen todos los hombres. La novedad de los objetos y la posibilidad del éxito, comunican al sabio jóven nueva actividad. Además, como los hechos aislados, aun cuando sean muchos, pierden pronto su valor y su interés, el naturalista se dedica á compararlos y llega hasta generalizar.»

Este precepto del gran maestro se cumplió en todas sus partes por el ilustre profesor Haeckel, bien conocido en el mundo por sus originalísimos trabajos y por ser, en Ale-

(1) Titúlase este libro, *Viaje de un naturalista á la India*, publicado recientemente.

mania, el discípulo más aventajado y el partidario más decidido de las teorías de Darwin.

En su juventud habia recorrido Haeckel diversos y variados lugares; estudió los corales del Mar Rojo y de la Arabia, y justificando las previsiones del maestro, publicó acerca de ellos dos interesantísimas Memorias. Viajó por Italia y las costas del Mediterráneo á fin de estudiar los animales inferiores y recoger datos para su *Sistema de las Medusas*, con cuyo trabajo estableció orden y clasificacion en los animales marinos inferiores. En otra ocasion permaneció algun tiempo en nuestras islas Canarias y quizá allí recogió materiales, que unidos á los encontrados en otros países, constituyen el gran contingente científico de dos celeberrimas monografías: una, de los *Radiolarios* —animales inferiores apenas estudiados hasta entonces y á los cuales sirve de tipo la bella *estrella de mar*,— otra, de los *Espóngarios*, cuya vida y costumbres son altamente interesantes.

A pesar de tan largas y fructuosas excursiones, anhelaba Haeckel realizar otra de mayor duracion y estudiar en ella los animales marinos inferiores, en los cuales es riquísima la Fauna de la India. Desde su juventud ansiaba el profesor de Jena hacer un viaje y permanecer algunos meses explorando las costas de Ceylan, la bahía de Colombo, la rada de Punta de Gales y el puerto natural de Bellagenna; atravesar las maravillas de aquella naturaleza tropical: la variada flora, sin semejanza en el mundo; la extraña fauna de la tierra y de las aguas, y poseído de este deseo, durante muchos años, logró verlo realizado, si no por completo, en gran parte, gracias á su constancia, saber y voluntad. La relacion del viaje de Haeckel constituye un libro de gran interés y originalidad; es la descripcion, viva y animada, de una comarca que ofrece al naturalista ancho campo para nuevas investigaciones y al viajero, mil objetos dignos de particular estudio y atencion.

Dar cuenta de las exploraciones del eminente profesor, analizar uno por uno sus interesantes descubrimientos en la India y juzgar, en su vista, el valor y trascendencia de su último libro, ni es tarea fácil, ni cabe en los límites de un artículo. Así pues, habré de contentarme, bien á pesar mio, con indicar brevemente lo más notable y hermoso del por tantos títulos celebrado libro de Mr. Haeckel, fijándome únicamente en las maravillas descubiertas en el fondo del mar, y entre ellas en los corales, más bellos é interesantes en la India que en ninguna otra parte.

Casi no hay naturalista que á la condicion de sabio reuna la de poeta que Ernesto Haeckel posee. Apasionado amante de la Naturaleza, tanto como naturalista de profesion, escribe siempre el profesor de Jena con amor y entusiasmo, expresa su pensamiento con frase breve y gráfica, siempre con elegancia, presentando sus ideas y observaciones con arte exquisito, de modo que á la vez se demuestra que las cosas que dice y las opiniones que sustenta son, por una parte, fruto del estudio paciente, minucioso y detenido, y por otra, producto de verdadero sentimiento de la Naturaleza. Aun tratando de materias difíciles, de pormenores y observaciones detalladas, de experimentos prolijos y de doctrinas poco atractivas de suyo, los libros de Haeckel,—y especialmente el último,—se distinguen no sólo por el método admirable y el rigor de la exposicion científica, sino tambien por el maravilloso encanto del arte que el maestro sabe unir perfectamente con la ciencia pura. Por eso el lector del *Viaje á la India* sigue con grandísimo interés al sabio explorador; vive su vida, acompaña á todas partes y lo mismo se deja guiar entre las maravillas botánicas del jardín de Paradenia, que entre los bosques de corales verdes de los jardines submarinos de Punta de Gales.

En el camino de Haeckel, al fijar y proponerse el plan de su viaje, mucho debieron influir las exploraciones anteriores; pues desde algun tiempo están muy en boga los viajes y observaciones submarinas y los naturalistas se preocupan como nunca con el estudio de las plantas y animales que habitan en el fondo del mar y á diversas profundidades. Recientes son las exploraciones de Agassiz en el Golfo de México y en el mar de las Antillas y sus magníficos estudios sobre las *Estrellas de Mar* de aquellas comarcas, y las anuales expediciones francesas que investigaron las costas del Mediterráneo, algunas del Atlántico y estudian ahora las de Marruecos bajo la direccion de Milne Edwards.

Conociendo los resultados obtenidos en todos estos trabajos, singularmente en las notabilísimas investigaciones de Agassiz, se propuso Haeckel explorar todo el mar de la India, registrar sus profundidades, visitar todas las costas, investigar, por primera vez, una region desconocida y dar con ello á la ciencia nuevo contingente de hechos, mostrando al mismo tiempo nuevos horizontes en que ejercitar los procedimientos de la ciencia de la Naturaleza. Su plan era vastísimo; abrazaba una comarca de



ESCENA DE AMOR, cuadro por F. Oberland

gran extension y no se concretaba á la fauna y á la flora marinas; iba mucho más léjos: pretendia estudiar la configuracion de las costas, los animales y plantas terrestres y establecer todo género de relaciones entre ellos y los marinos, entre las formaciones geológicas del mar y de las costas y determinar por este medio un sistema de leyes, deducidas de la observacion directa de todos los seres, desde el más ínfimo al más superior, que viven en el mar de la India y en sus costas. Obstáculos que no son del caso impidieron la realizacion de tan gran proyecto. Hæckel hizo solo su viaje y se contentó con observar cuanto le permitieron sus propios medios, y á decir verdad, hizo muchísimo.

Figúrese el lector un maestro famoso, profesor en la sabia Alemania; un sajon acostumbrado al frio y á la niebla, naturalista insigne, hombre civilizado y culto, viviendo entre indios, en una poblacion donde apenas van europeos, rodeado de sacerdotes de Brahma, en aquel país donde el sol brilla con toda su magnificencia y el cielo, de purísimo azul, muy pocas veces se nubla, en la isla de Ceylon, donde el espectáculo de la vida de la Naturaleza se ofrece en vegetales y plantas con todo su esplendor y magnificencia: tal era la situacion de Hæckel en Welligama, poblacion enteramente india, donde instaló su laboratorio y vivió durante algunas semanas.

El contraste del gabinete de estudio del naturalista con cuanto le rodeaba, debió ser notable. En medio de una comarca apenas civilizada, toda esta riqueza de aparatos y medios de la ciencia moderna, microscopios, instrumentos de diseccion, útiles para estudiar los distintos animales, cámara fotográfica, utensilios de dibujante y pintor y un hombre sabio que los maneja todos con rara perfeccion, frente á un pueblo que se asombra de verle pescar medusas, actinias y corales, recoger plantas y raras mariposas y otros insectos, frente á la Naturaleza en la más hermosa manifestacion de su vida, ofreciéndose cariñosa y sin esfuerzo alguno á la observacion y desprendiéndose de sus hijos más bellos para que el sabio los estudie y por su conocimiento llegue hasta explorar las entrañas mismas de las madres, donde el hijo se nutrió durante su primer desarrollo embriogénico.

De toda la relacion del viaje de Hæckel, dos cosas,

sobre todo, son dignas de la mayor atencion, á saber: la estacion botánica de Paradenia y los jardines submarinos que rodean el Fuerte de Punta de Gales.

A juzgar por el relato del profesor de Jena, nada hay tan maravilloso ni grande para el estudio de la botánica, como el Jardin establecido por los ingleses en Paradenia y confiado á la direccion del ilustre naturalista Doctor Trimen. Todas las bellezas y encantos de la magnífica flora de los trópicos se ostentan en este jardin, riquísimo en especies indígenas y exóticas y colocado en el lugar más á propósito de la isla de Ceylan. Allí pueden admirarse grupos de gigantescas palmeras, cuyas hojas están en la plenitud del desarrollo y parecen enormes penachos ó abanicos colosales desplegados al aire; árboles del *caoutchouc* y otras especies de *figas*, que alcanzan algunos metros de altura, poblados de anchas hojas de color verde oscuro; *bambúes* admirables, cuyas raíces, saliendo de la tierra, forman una serie de graciosas arcadas y cuyas ramas, llegando hasta el suelo, forman los pilares de fantásticas bóvedas todas cubiertas de verdura; multitud de *helo-hos*, unos de grueso tronco desnudo, oscuro y alto como el de una palmera y coronado por un penacho de hojas abiertas como abanicos, y otros enanos, pequeños, interesantísimos por la belleza de las hojas y los tonos claros de color verde que ostentan; *lianas* diversas y otras plantas trepadoras en las cuales es riquísimo el jardin de Paradenia, y *bananeros* que, segun expresion del mismo Hæckel, parecen coronas de hojas descansando sobre innumerables pilares.

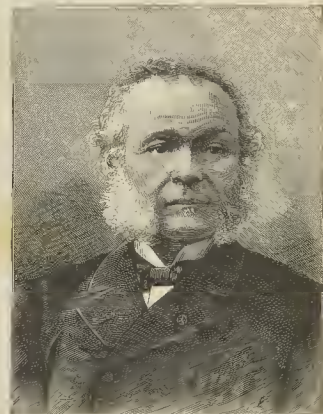
Pero si es grande y maravilloso cuanto en la India se refiere á los animales y plantas terrestres, las bellezas inefabes de la Naturaleza y sus mayores encantos se encuentran en sus razas inferiores que viven en el fondo del mar, constituyendo deliciosos jardines, poblaciones inmensas, espesos bosques donde crecen los corales de todas especies, un mundo, en fin, casi desconocido, oculto y escondido entre las ondas del mar de la India.

Nadie desconoce, en el dia, la importancia del estudio de los organismos más simples y elementales y nadie ignora tampoco la necesidad de procurarse elementos de estudio en los mares, donde habitan y viven todos esos seres rudimentarios, límites del organismo animal y muy fáciles de confundir con las plantas. Como estos seres in-

feriores necesitan para existir determinadas condiciones en el medio ambiente y su número y especie se relaciona con la figura y formacion geológica de las costas y se enlaza con la fauna y flora terrestres, necesariamente en la India, en ese país donde se ostenta con grandísima fuerza y de mil y mil maneras distintas, la vida de la Naturaleza, deben aquellos animales presentarse con caracteres muy singulares, muchos en número y muy diversos á causa de la poca uniformidad de las condiciones del medio en que viven, perfectamente desarrollados y con todos los esplendores de la belleza tropical de las plantas y de los animales.

Con efecto, nada tan hermoso como los jardines submarinos de corales descritos por Hæckel en su último libro y explorados en Punta de Gales y Welligama. Ni los corales de la Arabia, ni todas las variedades descritas por Darwin igualan en belleza é interés á los del mar de la India; es cierto que son más variados los colores de aquellos y sus tonos de mayor pureza; pero si los corales de Punta de Gales no son anaranjados, rojos y amarillos, el color verde, constante para todos, ofrece magníficas gradaciones.

Para tener idea de lo que es uno de estos jardines submarinos, en donde no hay flores ni plantas de ninguna especie y sólo están formados por animales muy inferiores, cuyas formas semejan hermosas corolas, es necesario figurarse el fondo del mar con sus mil accidentes; con sus palacios de verdura donde habitan medusas y pólipos y sus rocas cubiertas de delicadas *actinias*, es preciso imaginarse los bosques de corales formados por verdaderos árboles cuyas hojas, en forma de estrellas, brillan como esmeraldas y mejor que de organismos parecen hechos de estas piedras preciosas. Si con la fantasia é inspirándonos en las descripciones de Hæckel,



M. Wurtz, eminente químico francés



Actitud de un soldado á las veinticuatro horas de su muerte

queremos penetrar en uno de estos jardines submarinos, ocultos entre las olas y testimonio de la vida en el interior de los mares, hemos de figurarnos un mundo muy distinto del nuestro, poblado por otros seres más sencillos y elementales que nosotros.

Envueltos completamente por el agua véase magníficos arbustos de corales verdes ostentando variados tonos de este color, desde el verde amarillento al verde oscuro de musgo pasando por el verde marino, el color de la esmeralda de ciertas madreporas, el verde oliva de las milleporas y el verde malaquita de otras especies; los troncos y las estrellas son del mismo tono y la variedad engendra un género de belleza incomparable en estos organismos tan sencillos que más que animales parecen plantas y no de las más complejas. En el suelo y en las rocas, como recibiendo sombra de los corales, crecen multitud de *actinias*, pólipos singularísimos llamados *antimanas de mar* por su semejanza con estas flores. Hay *actinias* que saliendo como de un muñon, se extienden en filamentos muy delgados y cruzados como las plumas agitadas por el viento; otras son pequeñas y presentan una especie de nudo blanquecino rodeado de festones verdes muy claros y brillantes; otras, en fin, ofrecen formas y colores más variados, predominando siempre los tonos verdes, cual si atestiguaran la eterna juventud de la encantadora isla de Ceylan; juventud y verdura de la Naturaleza que contrasta notablemente con la quietud de aquella civilizacion india, tan activa y fecunda en remotas edades como hoy seca y casi muerta.

Quien siga la interesante relacion de Hæckel podrá tener idea más clara de estas bellezas y de otras no menores maravillas descritas en lenguaje encantador, que les da nueva vida haciéndolas servir al mismo tiempo de placer para el mero aficionado y de útil y provechosa enseñanza para el naturalista de profesion interesado, en primer término, en el conocimiento de esta Naturaleza, madre fecunda de cuanto existe y que ostenta la espléndida belleza de una eterna juventud en la isla de Ceylan.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN



AÑO III

← BARCELONA 16 DE JUNIO DE 1884 →

Núm. 129

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA MUJER DEL BANDOLERO cuadro por G. Schauer

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA, por don Antonio de Trueba.—EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS (Conclusion), por don Ramon Fernandez de Mera.—EL RATO DE LUZ MÚSICO Y PINTOR, por el Doctor Hispanas.

GRABADOS: LA MUJER DEL BANDOLERO, cuadro por G. Schauer.—EL SILLON DESOCCUPADO, cuadro por Percy Macquoid.—LOS NIÑOS DE LA ALDEA.—EL PIRGONO DE M. KASTNER.—EL APRENDIZ DE ZAPATEO, cuadro por A. Rotta.—PREPARATIVOS PARA FORMAR EN LA PARADA, cuadro por G. Green.—LA COLECTA, cuadro por G. Klotz.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: EL CUMPLEROS DEL AÑO, cuadro por Gustavo Iglot.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Junio.—Música del porvenir.—La noche de San Juan.—Desfile anárquico.—La calle de Carretas el día del Corpus.—La verbenas de San Antonio, La Florida.—Goya.—Panorama manzanareño.—Exposición de Bellas Artes.—*Expoliarium*.

El mes de junio reina ya entre los hombres y los pájaros. Es el verdadero mes de las flores, el mes de los exámenes, el mes de entrada de las aves africanas.

El verano reina ya, y su cetro—un abanico—mariposa entre sus manos. Es preciso buscar las telas claras y los sombrerillos de paja. El quitasol se convierte en una institución benéfica. Muchas frentes sudosas sueñan con el mar, y las pupilas dormidas creen ver olas azules fosfóricas moviéndose y lamitando playas de arena dorada y fina. El Manzanareño pide a toda prisa sus esteras para tapar las desnudeces de los bañistas pobres que no pueden viajar.

Es obra de una quincena. Luégo las golondrinas de buena casa se irán en tren expreso á mojar la punta de las alas en el mar.

**

[San Juan! San Juan! Ya llega el santo; ya empiezan á dibujarse en la azul esfera su banderola bordada de estrellas y su cordero, que está representado por una nube blanca; ya se disponen las muchachas á consultar su horóscopo. Aquel día el sol viene con sus más dorados rayos á iluminar el seno de las aguas que centellean al moverse, diciendo en su ignoto lenguaje á los amantes mil cosas felices. Hay dos noches de San Juan célebres en la literatura: La del sueño de una noche de verano y la de Pepita Jimenez.

Ya sabeis lo que pasó aquella noche á Pepita Jimenez: robó un alma al paraíso.

Las fiestas religiosas de esta época tienen un carácter de júbilo extraordinario. El campo entra en el templo el día del Corpus: las naves góticas huelen al perfume de los jardines. En la pila del agua bendita cae un rayo de sol y la ilumina, disolviendo su oro en las pequeñas ondas salutíferas.

**

La iglesia. Llena de mujeres prendidas con elegancia, con flores entre los cabellos; con el largo velo de Flandes recogido con la gracia española, sujeto á las sienes, al cuello, al pecho y al tallo con esos alfileres que sabe colocar tan bien la mano de una madriñela. La sonrisa en los ojos, mezclando lo profano con lo divino, las alegrías de la tierra con las alegrías del cielo, el amor de Dios con el amor de los hombres, avanza la madriñela por las losas del templo y las severas oscuridades del ábside parecen iluminarse de reflejos meridianos.

La calle. El día de Corpus el desfile de transeúntes aumenta en la calle de Carretas. Es una curiosa exposición en que la antigua indumentaria española recobra sus derechos, el sombrero y los adornos parisenses retroceden y en su lugar campea con triunfo la gentil mantilla con sus calados dibujos que la hace parecer sombra tejida.

Desde remotos siglos el rey y la corte tomaban parte muy activa en estas manifestaciones de respeto religioso y asistían á la procesion, entregada hoy á los concejales. La visita de la Encarnacion que hacían los reyes, los infantes, los ministros, los nobles y todos los altos funcionarios y magnates reunidos procesionalmente, constituía un espectáculo pintoresco, y resuscitaban con él las antiguas usanzas, los viejos uniformes de la grandeza, las chupas de raso bordadas de oro, las solennes y ricas casas con sus anchos faldones, por cuyo paño se extienden las greças de primorosos bordados, los mantos de los maestranes, blancos ó rojos, de finísimo paño, con sus rojas cruces y las pelucas empolvadas; todo lo que caracteriza la esplendorosa corte española pasaba por las calles de Madrid y se diría que por evocacion mágica ocho siglos de historia salían de entre las empolvadas hojas del viejo in folio de pergamino, y habiéndose roto las cadenas con que la muerte ata al sepulcro á las cosas, las ideas, los personajes y las instituciones que perecieron, estas y aquellos vuelven á la vida con existencia real y visible.

El rey iba de capitán general con el rico toison de oro y en la diestra el rubio baston de concha, los guantes de ámbar calados y el tricrónico debajo del brazo. La reina lucía traje de brocado, y de sus hombros pendían y al rededor de su cuello se enroscaban esas sierpes de fuego que los joyeros de la real casa saben hacer engarzando en prisiones de oro las magníficas pedrerías del patrimonio régio: diademas y collares que han sido la vanagloria de cien reinas y la envidia de cien princesas. Era verdaderamente espléndido este cortejo que empieza con los reyes y acaba

con los empleados de palacio, los pulidos caballeros, los minúsculos jockeys, los rudos cocheros y en fin toda esa caterva de domésticos que entretiene el caudal regio. Y entre ellos los aristócratas, unos cubiertos, indicando esta preeminencia de poderse presentar ante Dios y el rey con el tricrónico calado sobre las sienes, preeminencia que es, ó una falta de educación, ó una impiedad: así al menos el buen sentido de los modernos estima y juzga ciertos ridículos privilegios heredados de ayer.

Esa comitiva pasa pronto y cuando ese lujo de ropas, de bandas, de cruces, de pichas, de brillantes sujetando raso y terciopelo, de olas de encaje y granizo de pedrería preciosa, cuando todo este conjunto coruscante se desvanecía y las calles recobraban su aspecto habitual, con los transeúntes vestidos del modesto oscuro pergeño de la época, se experimentaba la tristeza misma que produce la ausencia del sol cuando tras breve fulgor de sus rayos tornan las nubes á empañar el espacio.

Tantos privilegios nobiliarios conquistados á fuerza de mandobles y lanzadas, tanto lujo, ese boato oriental, esas vanidades exhibidas entre la relumbrante y aparatosa ostentación de la más brillante de las cortes modernas... sólo sirven para ser exhibidos una hora y escondidos después en el fondo de un arco bajo la fisonomía monótona pero sería de la vida ordinaria.

Y esta ha recordado sus derechos, y como el laminador reduce á delgadinas hojillas la gruesa pieza de oro, ella nivela, iguala y reduce á polvo esos frívolos honores, esas aparatosas procesiones, ese lujo pagano. Hoy la procesion del Corpus es un desfile de fracs negros y de castillas blancas.

**

Las verbenas van á empezar. San Anton ha abierto la poterna de los nocturnos regocijos con llave de oro; camino de la Florida se han puesto los nombrados del comercio menudo, las mesas portátiles, los rimeros de bollos pintados, cometas de plomo y sables de hoja de lata.

La Florida es uno de los sitios más hermosos del paisaje cortesano. Alamos blancos y olmos copudos—cuyo centenario podría celebrarse—enlazan sus ramas allí arriba formando bóveda. Más acá se levanta la capilla donde Goya pintó aquellas deidades que recuerdan sus mandos; por que este género, hasta cuando subía al cielo, iba en compañía de la graciosa gente de Gilimon y el Rastro.

A la izquierda los tendereros del Manzanareño enseñan su red de sogas y sus mástiles, por medio de cuyos bosques de ropa tendida vagan los tipos de una novelita digna de Zola. Al frente, el ferro-carril cruza con frecuencia dejando estremecida la tierra y manchado el cielo. Es un paisaje bonito. Allí se reconstituye mentalmente y sin gran trabajo la época de los casacones, y se ven pasar carrozas de barnizado nogal, arastradas por apocáticas mulas, jinetes vestidos de raso, mujeres envueltas en encajes y caireles de seda, estudiantes de astrosa túnica y grasiento chapeo. Para que nada falte á la ilusión, vese uno rodeado de pobres, de tullidos, de ciegos, en representación de los antiguos pobres de la sopa. Los pobres no han desaparecido con el tiempo.

Lo que ha desaparecido es la sopa.

**

La Exposición de Bellas Artes celebrada en el Retiro es una prueba de lo que sucede en España, de esa desorganización social que constituye la gran enfermedad de la nación. España tiene pintores de mucho mérito, en los certámenes extranjeros ocupan el primer lugar, en el mercado de cuadros los suyos obtienen precios fabulosos: se celebra una Exposición en Madrid y esos pintores no acuden á ella, por donde resulta que el arte nacional sólo se manifiesta tan grande como es fuera de casa. No es esta ocasión ni he recibido yo el encargo de analizar las obras que figuran en la Exposición de Bellas Artes. Pero sí cae bajo el dominio de mi crítica, porque es un acontecimiento de actualidad y dentro de la Exposición el acontecimiento principal es el cuadro de Luna, *Expoliarium*.

Cuadro de horrores vistos al través de la lente maravillosa del genio.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

La mujer del bandolero, CUADRO POR G. SCHAUER

Esta composición, sobria y vigorosa, da una perfecta idea del personaje que representa y hasta del drama que tiene lugar á su vista, por más que no la tenga á la del espectador del cuadro. De pie sobre la pelada roca, midiendo horrorizada la profundidad del abismo, á la espalda el fusil de su marido y en brazos el hijo de sus entrañas, contempla con llorosos ojos como su esposo, prisionero de los dragones, es conducido á un encierro, de donde es posible salga únicamente para el cadalso.

La pobre mujer tuvo la desgracia de amar á un hombre reñido con la sociedad y con sus leyes. Primero fué su compañera, más tarde su esclava, últimamente su cómplice. Desde que se unió á ese hombre ha vivido la vida de las fieras; de todas partes arrojada, en todas partes perseguida, cuando Dios la hizo madre, hubo de pedir, como esas fieras, una cueva al monte, en cuya salvaje soledad se perdieran los gemidos de la parturienta y el llanto de su inocente hijo. Desde entonces teme muchísimo más el peligro, porque la bala de los dragones dirigida á su cabeza, puede herir, puede matar al fruto de su amor. Por esto el autor del cuadro, con sentimiento exquisito, ha pintado

á esa mujer en actitud de proteger al pobre niño y como luchando entre los opuestos impulsos de compartir la suerte de su esposo ó de poner á su hijo á salvo del peligro que le amenaza.

Sin duda el amor maternal triunfará en la lucha; y algunos días más tarde, una joven democrada, andrajosa, pero aún no rendida por la desgracia, recibirá, á través de las estrechas rejas de una cárcel, el beso de amor del bandolero, y en medio de su abyección, lo depositará castamente en las mejillas de su hijo.

Los niños de la aldea

Los niños de la aldea no tienen, para su regalo, parques alfombrados de fina arena y bordados simétricamente de preciosas flores; no tienen estanques de aguas transparentes en que nadan graciosos cisnes de blanco plumaje y peces de escamas plateadas; no tienen juguetes que destruyan, pequeños y artísticos dijes que valen lo que el pan del pobre durante un año; no tienen nodrizas galonadas de oro y plata, ni miñeras vestidas de encajes, ni siquiera una madre bastante desocupada para impedirles que cometan travесuras á veces mortales... Pero tienen, en cambio, el Prado y el bosque de cuyos arcos saturarse; un depósito de agua regalada, en el hueco de un árbol, en donde hundir sus rollizos brazos persiguiendo á frágiles buques de papel; un horizonte infinito para expandir la vista, pájaros para recrear su oído, llanos y montes para desarrollar sus miembros con sano ejercicio; tienen consigo á la Virgen Madre de todos los niños que vela cuidadosa por aquellos cuyas madres no pueden hacerlo directamente.

Hé aquí, sin duda, explicada la grata impresión que causa este cuadro, en el cual se halla perfectamente representada la vida de los niños de la aldea. Su aspecto sano, sus rostros en que se refleja el contento, sus infantiles travесuras, compensan el abandono en que se hallan y harán suspirar á más de un padre cuyo hijo languidece asfixiado por la atmósfera de la sociedad culta, que empieza por sacrificar á los niños como muestra de lo que piensa hacer con los hombres.

El sillón desocupado, CUADRO POR PERCY MACQUOID

Murió el honrado castellano, y se ha producido el vacío en las estancias del sombrío castillo. Todo en él recuerda al buen caballero, de costumbres quizás sobradamente rudas, pero de alma sin miedo y sin mancha. Allí su fusil de caza, allí el uniforme del último cuerpo en que sirvió á la patria, allí el sillón en que descansó de las fatigas de la caza y de la guerra y sentado en el cual profirió sentencias como amigo, ni más ni menos que sus antepasados las dictaron como señores.

Cabe á este sillón lora en silencio una joven huérfana: el vacío que la muerte de su padre ha dejado en el castillo, es más completo y menos posible de llenarse en su corazón. Educada, á causa de ahejas preocupaciones, lejos de un mundo que, dígame lo que se quiera, es el mundo propio de las mujeres bien nacidas, doquiera que vuela los ojos encuentra quien la compadece, mas no quien la consuele. La soledad la espanta y la idea del bullicio del mundo la mareca. Como el ciego que está á punto de cobrar la vista, se estremece á la idea del sol hiriendo sus débiles ojos.

Este cuadro está perfectamente sentido y su autor ha conseguido que ese sentimiento se comunique á cuantos contemplan su obra.

El aprendiz de zapatero, CUADRO POR A. ROTA

Si hay quien dude de que, en este mundo, la felicidad individual es completamente ajena á la fortuna y jerarquía social del individuo, se convencerá de ello á la vista del cuadro de Rotta. Se trata de un humilde aprendiz de zapatero, con más buen apetito que buena mesa, con mejor estómago que coqueiro. Su presente no puede ser menos envidiable: el aprendiz es el vaso que ni siquiera tiene el derecho de desbordarse, por excesivamente que le colmen el maestro con su autocracia y los oficiales con sus exigencias de pequeños déspotas. El carga con el mal humor de los parroquianos á quienes lleva el calzador; él está sujeto á los caprichos de la maestra que le ha convertido en niñera de sus revoltosos vástagos; él tiene la culpa si el candil alumna ó el engrudo ha salido claro ó espeso; y él, finalmente, es el centro de atracción á donde convergen cuantas bofetadas ó puntapiés se perderán en el vacío, á no encontrarse por el camino con el rostro ó las posaderas del pobre meritorio.

Y á todo esto, el tan cambrante, tan alegre, tan listo... Filósofo de pocos años, se hace cargo de la vida tal como el Señor se la ha deparado; acostumbrado á pisar espinas, se ha resignado con su suerte y si, por acaso, encuentra una flor en su camino, llámese propina, golosina, jira ó espectáculo, la aspira hasta saturarse con toda la fruición de sus juveniles años. Un día llegará á oficial zapatero, quizás á maestro... Entónces tendrá aprendices á sus órdenes; será padre de familia, contribuyente, elector... ¿quién sabe?... ¡hasta alcande de barrio!

Pues bien, aún en el principio de la dicha y de la afortunada, recordará los tiempos felices en que, lejos de darse brillo personal, se lo daba, frota que te frota sin reposo, al calzador ajeno.

Preparativos para formar en la parada,

CUADRO POR G. GREEN

Padece el hombre aberraciones muy singulares. Rechaça, por ejemplo, el servicio militar, y sin embargo, se

despepita por imitar siempre que puede a los militares. Ahí va una muestra en el cuadro de Green.

Ese pacífico ciudadano inglés, cuyo aspecto es todo lo menos marcial posible, ese macizo hijo de aquel pueblo cuyos soldados se alistan voluntariamente en tiempo de paz ó son *casados* en tiempo de guerra, embute su corpulencia dentro de un uniforme y se dispone a sudar la gota gorda, por darse aires de Marte á los ojos de sus convecinos. Es un capricho de bastante mal gusto que el artista inglés ha saturado con habilidad.

La colecta, CUADRO POR G. KNORR

Si posible fuera que la fotografía, que tan exactamente reproduce las líneas, reprodujese el pensamiento, la vida, el movimiento, el alma, digámoslo así, de los personajes que tienen participación en las escenas del mundo, diríamos que este cuadro es una fotografía magistral. A tanto raya la perfección del dibujo, la naturalidad sorprendente de las actitudes y la expresión nunca bastante ponderada de los semblantes. El rostro severo del colector, el ensimismamiento místico del personaje sentado en el extremo del banco, la distracción voluntaria del que canta á su lado y la buena voluntad con que el devoto de primer término busca en el bolsillo del chaleco la moneda con que piensa contribuir á la colecta, son de un estudio tan minucioso y de una tan feliz ejecución, que no nos cansamos de recomendar á nuestros favorecedores den á este grabado toda la importancia que realmente tiene.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

El cumpleaños del abuelo, CUADRO POR GUSTAVO IGLER

El hijo, la moda, el arte, cuando disponen de un capital suficiente, pueden inventar espectáculos deslumbradores, que halagen el gusto de los unos ó la vanidad de los otros. Lo que no inventará el arte ni se comprará con dinero es la fiesta de familia, la fiesta íntima, impregnada de gratos aromas, bien se exhale estos de las aristocráticas magnolias, bien del humilde tomillo que se cria en el bosque.

A la vista del cuadro de Iglér, en el cual no hay un solo semblante que deje de expresar inocencia y alegría, cree uno participar de esa felicidad apacible y cien veces más grata que la del mundo dorado y fastuoso. ¡Cuántos cambiarían de buena gana sus faisanes y sus salmones por un pedazo de ese modesto bizcocho, con tal de poder apretarlo como esas inocentes criaturas convocadas para festejar el cumpleaños del abuelo!

EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA

Cuena popular de Viscaya

FOR DON ANTONIO DE TRUEBA

I

El pueblo que cuenta el siguiente cuento que recogí de su boca á la sombra occidental del excelso Gancecogorta, se calla el pensamiento filosófico que el cuento encierra, pero yo creo que el pensamiento es éste: la felicidad ó la infelicidad que el amor da, guarda proporción con la pureza ó la impureza con que se profesa el amor. Por consecuencia de esto, como el amor del Diablo tiene que ser impuro, el amor tiene que hacer infeliz al Diablo.

El que lea ó oiga este cuento, convendrá, al recordar este introito, en que soy tan listo como aquel que decía: «Si acertias que llevo aquí uvas, te doy un racimo.»

Por si hay quien tema que el Diablo me lleve, en venganza de haberme metido en su vida privada, debo tranquilizarle con una noticia: la de que el Diablo, cuando así lo quiere Dios, que manda más que él, es más impotente que un rey constitucional y más bestia que los que blasfeman de Dios.

II

Un día estaba el Diablo dale que le das á las moscas con el rabo, y de repente interrumpió aquella operación exclamando disgustado de sí mismo:

—¡Eh! es indigno de mí este entretenimiento que hasta en la tierra me pone en ridículo, pues allí no hay quien no sepa y diga, burlándose de mí, que cuando no tengo qué hacer, con el rabo mato moscas. ¡Eh por aquí á esta mosca, hé por allá á la otra! Es verdaderamente grotesco que un personaje como yo se entretenga en estas niñerías. Entretenimientos más dignos de mí y de mi trascendental misión de propagar el mal son los que deben constituir mis solaces así en la vida pública como en la privada, y en busca de estos entretenimientos voy á dar una vuelta por la tierra.

Decidido el cornudo á hacer un viaje por acá, comencé los preparativos de viaje y lo primero en que pensé fué la forma y traje que debía adoptar.

—Hoy,—dijo,—se reíría de mí la gente si me viese andar de Coca en Mecca en la forma tradicional, ó sea con el consabido rabo, los consabidos cuernos, las consabidas uñas y las consabidas llamas por la boca. Hoy el Diablo en la tierra necesita adoptar forma verosímil, ya de comerciante, ya la de abogado, ya la de concejal, ya la de diputado á cortés, ya la de ministro, ya la de rey, ya la de presidente de república, ya la de escritor público, ya... aunque sea la de eclesiástico, porque de viajar en la forma tradicional, me conocerían todos y no podría engañar á ninguno ni en la vida pública ni en la privada.

Pensando así, el Diablo tomó un serruchillo y... ras, ras, se aserró los cuernos ó rape, enroscó bien la cola, sujetó la rosca donde es de suponer, se cortó las uñas por más que en esto tuvo sus dudas, pues sabía que no falta en la tierra quien conservándolos insulte á la estética, se vistió de pantalón, gabán y sombrero de copa alta, porque entonces aún no habían ascendido á *tipos* los que llevaban este admiñículo cilíndrico, se dió una buena mano de gato y hecho todo un caballero particular, emprendió su viaje por el mundo.

Dicen que el Diablo tiene cara de conejo, pero nadie que entonces le hubiera visto, hubiera dicho tal cosa. De lo que entonces tenía cara era de uno de esos maricones que cifran su mayor gloria en dirigir bien un cotillon.

III

—¿Y á qué me voy á dedicar ahora?—se preguntó el Diablo al acercarse al mundo.—Tanto y tanto se habla del amor, tanto y tanto se apetece sus goces, tantas barbaridades se hacen por ellos, tantos hombres y mujeres van por ellos al infierno gustosos, que estoy por creer que el amor es la cosa más rica del mundo. Yo no conozco el amor porque no conozco la vida privada, y voy á probar qué viene á ser cosa tan apetecida, y al mismo tiempo mataré dos pájaros de una pedrada corrompiendo y llevándome al infierno á una vírgen sin mancolla y gozando previamente de su amor, que debe ser cosa regalada y apetitosa. Enhorabuena que personajes de mi importancia se consagran principalmente á la vida pública, pero caramba, también es justo que echen una cana al aire en la vida privada.

La primera diligencia del Diablo en la tierra fué averiguar dónde había una doncella hermosa, buena y casta. Súpolo y se encaminó en su busca, pero experimentó tan profunda repugnancia en seguir aquel camino, que con dificultad pudo llegar á la doncella. Una vez llegado, fué tal la que le causó el enamoramiento que no acertó á decirle esos ojos tienes buenos, y se alejó de ella sin poder explicarle aquella repugnancia que al fin, como era tan mal pensado, atribuyó á que la doncella no era tal doncella ni Cristo que lo fundó.

Sucesivamente fué encontrando otras, hermosas, buenas y castas á carta cabal, y le fué sucediendo lo que con la primera, por lo cual se daba á todos los demonios diciendo:

—Mire V. que es mucha gaita lo que á mí me pasa al querer probar un poco de la vida privada, que me encuentro con chicas que se pueden comer crudas, y en lugar de sentirme atraído á ellas por su castidad, su bondad y su sandunga, me siento irresistiblemente repellido y hasta con ganas de echar al mundo con doscientos mil de á caballo y volver á darme un baño en las calderas de Pero Botero.

Pero suponiendo que todas las doncellas con quienes hasta entonces había dado eran doncellas de pega, determinó continuar á caza de una vírgen immaculada y siguió preguntando por ella á cuantas gentes encontraba en su camino, diciéndoles que era muy rico y quería hacer feliz á una jóven pobre que tuviese aquella circunstancia, porque estaba ya cansado de la agitación de la vida pública y ansiaba la quietud de la vida privada.

¡Ah, grandísimo trapalón!

Encontrando en las cercanías de un pueblo á una tal doña Celestina, más vieja que el préstamo un cuarto y más fea que el voto va Dios, le hizo la misma pregunta y le respondió la vieja:

—Casualmente yo tengo una nietecilla que aunque me está mal el decirlo, á casta, buena y hermosa le echa la pata á la más pintada, como que hasta el nombre tiene simpático, pues se llama Sandunga. Venga V. conmigo, señor de...

—Pateta, para servir á V.

—Que sea por muchos años. Pues como iba á decir, véngase V. conmigo, señor de Pateta, si quiere ver á mi nietecilla, que cerca de aquí vivimos ella y yo solitas en una casita fuera del pueblo escondida entre ramas y flores como un nido hecho adrede para arrullarse en él tortolitos como V. y mi nietecilla.

El Diablo siguió á la vieja temeroso de que le sucediera lo de marras, pero creyó volverse loco de alegría al acercarse á la casita viendo que lejos de experimentar repulsión, experimentaba atracción irresistible y sobre todo viendo á la doncella que saludaba su llegada desde la ventana y era capaz con su cara y su gracia de tentar al mismo demonio.

IV

El primer día que pasó el Diablo en casa de doña Celestina, ó lo que es lo mismo, el primer día que se entregó á los goces de la vida privada, fué el más feliz de su condenada vida, porque Sandunga y él le pasaron arrullándose como tortolitos.

Al siguiente se encontró algo indispuesto, por lo que doña Celestina le hizo una taza de zarzaparrilla, y tanto ella como su nieta le aconsejaron aquella tarde que fuese á dar un paseo por aquellas inmediaciones que eran deliciosas. No tenía gana de pasear, pero tanto insistieron abuela y nieta en que diera un paseo lo más largo posible, que al fin se decidió á darle.

Conforme paseaba volvía la vista hacia la casita donde quedaba su amada, con impulsos casi irresistibles de volverse atrás, porque estaba ferozmente enamorado de Sandunga y hasta la misma doña Celestina le atraía-hacia sí con simpatía incomprensible dada la fealdad y vetustez de la vieja.

(Continuaré)

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

(Conclusion)

Era un militar de caballería, á juzgar por el diseño de las medias botas, pero no tenía armas, ni charreteras ni galones.

Cuando Nemesia reparó en la sustitución de la estatua, se sorprendió, y cuando se fijó en ella, sintió un escalofrío, porque creyó reconocer algunos rasgos de la fisonomía de su perdido amante.

XIV

Se sentó frente á la extraña imagen y la miró con una insistencia que parecía fascinación.

Entre tanto su imaginación trabajaba activamente. ¿Por qué su marido había colocado allí aquella escultura?

¿A quién representaba, si representaba á alguno? ¿De qué provenían los vacíos que se notaban en ella? ¿Por qué se parecía á Damian?

Esta última hipótesis abismó á la jóven en un mar de suposiciones y recuerdos.

Recordó su última entrevista con su amante en aquella memorable noche, en que vio ó soñó tantas cosas extrañas y terribles; cosas que, con todos sus detalles, volvió á reconstruir en su memoria.

Se llevaba las manos á las sienes como para concentrar el pensamiento y buscar la solución de los enigmas. Experimentaba un presentimiento doloroso y no formulado, y los primeros síntomas del desvarío, que son la vaguedad de la mirada, ruidos en el silencio y golpes que parece que se producen en el interior del cerebro.

Afortunadamente la voz de la criada que la avisaba para comer, la sacó de aquella ruda batalla intelectual, que había durado siete horas, y digo afortunadamente porque á haberse prolongado algún tiempo, la locura era inevitable.

Fué al comedor casi tambaleándose y se sentó á comer en compañía de su marido.

Haciendo un esfuerzo por parecer serena, le preguntó: —¿Por qué te has llevado de mi cuarto la estatua de Zurbarán?

—Porque he incurrido en la falta que quería evitar. Sabes que no dejó á la criada que limpie las estatuas, por miedo de que las rompa, y hoy he roto yo la de ese valiente guerrillero. Afortunadamente tenía otra que hace juego.

—¿Y de quién es?—Al hacer esta pregunta la voz de Nemesia tenía una expresión que hizo brillar los ojos de su marido.

—Pues no puedo decirlo á ciencia cierta,—contestó éste.—Un amigo mío militar me dió un modelo pequeño de esa estatua rogándome que la ampliase. Según parece, es de un oficial, sobrino suyo, que en la acción de Arlaban hizo prodigios de valor. Reprodújese la estatua en tamaño natural, pero bien por descuido ó por ausencia de mi amigo, no me ha sido reclamada y ahora me alegro.

Nemesia no hizo más preguntas, abrevió la comida y se volvió á su cuarto.

Una vez allí, se reprodujeron en ella las dudas y las cavilaciones. A veces creía en un lazo ó pensamiento oculto por parte de su marido; otras, suponía que eran alucinaciones, hijas de la tristeza y de la soledad en que vivía; y que la estatua no ofrecía el parecido que ella había creído encontrar.

En esta excitación, que no la permitía sosegar ni de día ni de noche, trascurrieron tres días.

El cuarto, era domingo. La criada, despues de servir el almuerzo, salió de casa según costumbre cada quince días.

Nemesia estaba en su habitación mirando con el éxtasis de la tristeza, á través de los cristales de su ventana, el árido y melancólico paisaje.

XV

Pero D. Juan no se hallaba tan inactivo; iba y venía desde su laboratorio á la pieza contigua al cuarto de Nemesia.

Con grandes precauciones para no hacer ruido, trasladó á aquella un recipiente de metal que contenía un líquido hirviendo; sumergió en él un tubo de metal también, cubierto de gutsercha, y como ya en otra ocasión había hecho en Madrid, le aplicó á un impermeable agujero, practicado en la pared medianera al cuarto de su mujer; precisamente en el ángulo donde estaba colocada la estatua desconocida.

El tubo tenía, casi en su remate, una bombita de cristal, hasta donde iba subiendo el líquido del recipiente, que se detenía allí, evaporándose en una especie de *humus* azulado.

Entre tanto D. Juan acechaba por otro pequeño agujero el cuarto contiguo.

Nemesia, que se aburría de todo, se retiró de la ventana y se sentó á leer frente á la misteriosa estatua, á la que de vez en cuando miraba impulsada por una atracción inexplicable.

Una vez que suspendió su lectura y que fijó sus ojos en la imagen, quedóse inmóvil y como fascinada por una fuerza magnética ó por una pesadilla.

La escultura iba tomando diferentes aspectos por medio de lentas gradaciones.

La escayola de las piernas y lueros del busto fué cayendo en pedazos, descubriendo después de paño á través



EL SILLON DESOCUPADO, cuadro por Percy Macquoid



LOS NIÑOS DE LA ALDEA

de los cuales se diseñaban las descarnadas formas de un esqueleto.

La desnudez del cuerpo fué más completa, dejando descubierto todo el *torax* y los hombros, de los que, sostenida por un cordón metálico, pendía una plancha de hierro en la que había una inscripción en letras blancas de relieve.

Nemesia, presa de un vértigo y de una inanición que la impedía moverse y gritar, y á la que quizá contribuía el humo vaporoso que se escapaba por la habitación, leyó con espantados ojos aquella inscripción que decía:

Esqueleto de Damian Hurtado, teniente de caballería, que no ha ganado ningún combate, pero sí seducido á algunas mujeres adúlteras.

Y mientras la infeliz leía loca de terror, sin poder apartar la mirada de aquella pavorosa plancha, la escayola de la cabeza de la estatua-esqueleto fué cayendo también, descubriendo las cuencas vacías y la descarnada osamenta de una calavera...

Oyóse un ruido como el que produce un cuerpo que cae á tierra desplomado.

Don Juan entró en el cuarto de su mujer, levantóla del suelo, y la tendió en la cama, vestida y privada de sentido.

Luégo se llevó la estatua-esqueleto, cuyos fragmentos recogió cuidadosamente; y trayendo con su pedestal la de Zurbano volvió á colocarla en su primitivo sitio.

Mientras se entregaba á estos quehaceres, sus labios se contraían como en una sonrisa, y salía de ellos un ruido que parecía un silbido.

XVI

Contra lo que era de esperar como consecuencia de la terrible impresión que recibiera, Nemesia sólo sufrió un nuevo y leve ataque cerebral, y á los diez días pudo dejar la cama. En su cuerpo debilitado por los padecimientos, más bien morales que físicos, no había fibras bastante fuertes ni aun para producirse una enfermedad.

La primera vez que se halló á solas con su marido, le dijo:

—Tú has asesinado á un hombre,

Don Juan se encogió de hombros.

—Tú has cometido un delito—prosiguió Nemesia—del que daré parte á la justicia.

—Mira, querida—replicó D. Juan con reposado acento—tú no puedes comunicarte con nadie, porque desde ahora no saldrás de aquí. Además, fíjate bien en mis palabras; prescindiendo de que te creen loca y nadie haría caso de tí, á la menor tentativa de evasión, yo emplearía en tí los infalibles medios que poseo para hacerte callar.

—¿Me asesinarías también?

—¿Quién sabe?

—No te atrevas; este segundo crimen dejaría rastro.

—Ninguno, querida. Conoces por experiencia mis inagotables recursos; tu *defunción* será la cosa más natural del mundo.

—Todo está previsto—prosiguió el implacable viejo-cillo.—Todo, hasta ese caso en que la justicia pudiera intervenir en mis asuntos domésticos; yo soy tan precavido como Galba. Si tú supieras tanto de historia romana como de milicia española, sabrías que el susodicho Galba, temeroso de Neron, á quien después birló el imperio, dormía siempre con una espada desnuda al alcance de su mano y con un millon de sestercios en la cabecera de su cama. Yo no soy tan rico, pero estoy en una frontera y tengo también preparados algunos cuartejos, en caso de necesidad; pero la síntesis de todo esto, créeme, es que no podrás salir viva de aquí. Así pues, paciencia y barajar, es decir pensar en tu seductor esqueleto, hasta que yo tenga á bien perdonarte ó disponer de tí.

Dichas estas palabras, D. Juan volvió la espalda á su mujer, y se marchó frotándose las manos, como de costumbre, cuando estaba satisfecho.

Nemesia era también *un carácter* en pequeño. Aunque avolorando las dificultades, estaba resuelta á salir de aquella odiosa casa y vengarse, si podía, de su marido.

Decidida como estaba á morir, pensó en asesinarle; pero el astuto viejo parece como que leía en su pensamiento, guardando toda clase de precauciones.

Aquella lucha le entretenia. El cuarto de Nemesia fué constituido en prision, en donde sólo entraba la criada para llevarla dos comidas cada vez en cuatro horas, quedándose su amo en el umbral de la puerta.

Nemesia parecía resignarse; tenía un plan. Como todos los presos, había registrado minuciosamente su prision y notado en ella un detalle de falta de prevision.

Don Juan era un hombre extraordinario, pero al fin era hombre y falible como tal.

Aun en las cárceles y presidios mejor montados, hay siempre un agujero.

XVII

Nemesia concibió un proyecto de fuga. Su ventana daba sobre un barranco, pero entre éste y la pared de la casa mediaba un espacio de tierra como de media vara. Una tarde, ella había visto pasar por allí unas cabras descarnadas, y lo que hace un animal bien puede hacerlo otro animal, racional por añadidura.

Esta estrecha senda fué la base de sus operaciones. Maduró su plan, á todos los cabos, hizo los prepara-



Prófano de M. Kastner

tivos impunemente, porque ni su marido ni la criada nunca entraban en su dormitorio.

Don Juan estaba perfectamente tranquilo; las puertas todas de la casa eran sólidas y los barrotes de la ventana de su mujer tan gruesos, que aun con una buena lima hubiera sido imposible destruirlos, sino despues de mucho tiempo.

Nemesia, que se había hecho tan previsora como su marido, acechaba una ocasion; no queria aventurar el éxito de su fuga.

Una tarde de fines de marzo, no obstante ser primavera, hacia un frio primaveral.

El cielo estaba entoldado de pardo, como para nevar. A las seis, próximamente, entró la criada en el cuarto de Nemesia para traerla la comida. D. Juan se quedó á la puerta como de costumbre.

El viejo estaba muy constipado y tosía desafortunadamente.

Ambos carceleros se retiraron, cerróse la puerta y se oyó el ruido de la llave y del cerrojo que la aseguraban por la parte exterior.

Nemesia, que siempre escuchaba con atencion lo que hablaban al marcharse (si hablaban algo), aquella tarde oyó decir á su marido:

—Voy á acostarme pronto, no te olvides de entrarme el sudorífico.

—Está resfriado, va á acostarse, esta noche descuidará la vigilancia,—pensó la Nemesia,—pues esta noche es la ocasion.

A las nueve y minutos de la noche oyó resonar en el pasillo los zuecos de la criada y supuso que llevaba el cordial encargado por D. Juan.

Poco despues volvieron á oírse las pisadas, y luégo todo quedó en silencio.

Nemesia dejó pasar una hora más para dar tiempo á que se acostase la criada.

Luégo empezó sus preparativos de fuga.

Bajó la pantalla de su quinqué para que diese la ménos luz posible, trasladó con infinitas precauciones para no hacer ruido una mesa que había en la sala á la alcoba, colocándola debajo de una ventana el unico *descuido* de D. Juan; pues aunque era pequeña y estaba muy alta, no tenía rejá y sí sólo cristal y madera que se abrían ó cerraban desde abajo por medio de una cuerda.

Nemesia que lo había calculado todo de antemano, colocó una silla sobre la mesa, sujetándola con una cuerda; y con grandes precauciones se subió á ella.

En aquella altura alcanzaba de sobra á la ventana.

Abrió el cristal y la madera, y se cercioró de que la falleba era resistente y volvió á bajar.

Sacó de su baul dos sábanas y las cortó á lo largo, así como tambien las dos que había en su cama, procurando no rasgar para no hacer ruido; anudó fuertemente los pedazos, formando dos largas tiras de lienzo, y liándose las al cuerpo, volvió á subir á la ventana.

Atólas á la falleba, que era larga, asegurándola con muchos nudos; dejó caer una hacia la parte exterior de la casa, y la otra, para dentro.

Hecho esto abrió la ventana de la sala, que como ya sabemos tenía una rejá saliente y merced á esta circuns-

tancia y á la penumbra de la atmósfera ántes de una nevada, pudo ver Nemesia que la *cuerda* de lienzo llegaba á una vara del suelo.

Satisfecha de su inspeccion, volvió á cerrar la ventana y se ocupó de los últimos preparativos de evasión.

XVIII

Se vistió y calzó como para salir.

Se puso en el cuerpo un pañuelo de muleton atándosele á la cintura para que no la estorbara los movimientos; y otro en la cabeza á la usanza vizcaína.

Se guardó en el pecho un reloj de oro, y en el bolsillo del vestido un estuche que contenía una pulsera de algun valor; y despues de otros pequeños detalles que omito, se subió á la ventana.

Había calculado que podía pasar por ella, y así era, en efecto, gracias á su extremada delgadez; lo difícil era llegar al marco.

La pobre tuvo que vencer grandes inconvenientes, pero lo consiguió protegida por el *genio de las evasiones*.

Se subió al extremo de la silla, y apoyándose en la tira de lienzo, pudo meter las dos piernas por la ventana.

Esto era lo más expuesto.

El resto fué relativamente fácil; agarrada fuertemente á la tira exterior, se dejó deslizar á tierra, á donde llegó felizmente.

No obstante el intenso frio que hacia, la desgraciada jóven sudaba copiosamente.

Al verse fuera de aquella odiosa morada, sintió un gran movimiento de alegría y respiró á amplio pulmon el helado aire de la noche.

Afortunadamente había salido la luna, aunque velada en parte por los nublados; pero esta circunstancia favorable, aumentó el terror de Nemesia, que pudo examinar el sitio donde se hallaba.

La estrecha senda que corría al borde del barranco, era buena para cabras; pero casi imposible para personas.

Otra idea la preocupaba, además de los inconvenientes de aquel peligroso camino: ¿qué direccion tomaría?

! No conocía la situacion del pueblo, ni lo que distaba de otras poblaciones.

Miró á izquierda y derecha, y se decidió por la primera, porque creyó ver dos ó tres lucecillas que quizá procedían de algunos caseríos.

Comenzó á andar casi incrustada á la pared, procurando separar sus miradas del barranco que la producía vértigos.

Despues de la casa de D. Juan, había una larga tapia, y luégo un vallado de cambrones, que fué el verdaderamente paso peligroso, porque las zarzas salientes, que no podía evitar sin caer al precipicio, la herían las manos.

Al fin del vallado volvió á encontrar una tapia, y vió con satisfaccion que conforme la seguia, la senda iba ensanchando y separándose del barranco.

Llegó á un ángulo que formaba la pared, y se halló en un campo relativamente llano.

Anéguo como una media hora, y viendo un álamo solitario á cuyo pie había dos ó tres grandes pedruscos, se sentó en uno de ellos.

Estaba rendida de cansancio, y tenía los piés hinchados como todo aquel que hace ejercicio despues de una vida sedentaria.

Tan luégo como el reposo del cuerpo se lo permitió, comenzó á pensar en su situacion.

Se había trazado un plan de antemano.

Una vez libre, forzosamente había de encontrar á alguien que la indicaría la poblacion cercana más importante, en donde se pondría bajo el amparo de la autoridad, denunciando el crimen de su marido.

No había querido presentarse al Alcalde de La Porra, porque era de suponer que no la protegería contra aquel.

Lo urgente era alejarse del pueblo, ántes que fuese de día, y no tardaría en serlo, pues en marzo las noches son cortas, y era indudable que, no bien se descubriera su evasión, sería buscada.

Este temor la espoleaba. Intentó ponerse en pié y proseguir andando; pero su cansancio era más fuerte que su voluntad.

Parecía que estaba incrustada al peñasco que la servía de asiento.

Invadíala un invencible sopor; el sopor que producen el insomnio y el frio combinados.

Tenía las manos heladas, y empezó á *no sentir los piés*, como se dice vulgarmente.

Involuntariamente se le cerraban los ojos; al querer abrirlos la estremeció el contacto de una cosa fria que la golpeaba con suavidad.

Eran los primeros copos de nieve...

XIX

No mucho despues de amanecer cundió por La Porra la voz de que la loca de la casa de D. Juan Castro se había escapado y que se la buscaba por todas partes.

Una hora más tarde se dijo que unos pastores la habían encontrado en las cercanías del pueblo, helada y medio comida de lobos; y en efecto, así la encontraron, tendida en el suelo y despedazada la cara y manos.

Los voraces animales no habían tenido tiempo de consumar su desayuno, ahuyentados por los perros del ganado.

Don Juan Castro representó admirablemente su papel de viudo sensible, se vistió de luto, costó un funeral á su mujer en la iglesia del pueblo, y á los dos meses se ausentó

de este, bajo el pretexto de huir de aquellos sitios que le recordaban tan dolorosa catástrofe...

Tres años después se hallaba en Madrid y en su casa de la plaza de las Salesas. Se había hecho devoto y caritativo; todas las mañanas oía dos misas en la iglesia del convento próximo á su casa.

Al ir y venir del templo daba una pieza de dos cuartos á todos los pobres que encontraba, que eran muchos; para lo cual llevaba una gran bolsa de badana llena de calderilla.

Entre sus socorridos, era designado con el nombre de *el señor de los dos cuartos*.

Una mañana, que como de costumbre le esperaban sus *parroquianos* á la puerta de su casa, se presentó en el umbral la criada de D. Juan, que era la misma que le servía en La Porra y que ya había aprendido á chapurrar el español, y les dijo:

—El amo está muy malo, no sale; con que, largo de aquí.

Sin embargo, los pobres acudían todas las mañanas, por interés hácia... los dos cuartos.

Quince días des pues D. Juan Castro estaba enterado.

En el barrio de las Salesas, y particularmente en el patio y corredores de la célebre casa de Tócame-Roque, recientemente demolida por la piqueta de la civilización, se dijo que el señor de los dos cuartos había muerto en olor de santidad.

RAMON F. DE MERA

EL RAYO DE LUZ MÚSICO Y PINTOR

Que los rayos luminosos que del Sol provienen, al llegar á la superficie de la tierra y tocar y atravesar los diferentes cuerpos, se descomponen en haces parciales de variados matices; que pintan con brillantes colores el espléndido plumaje de las aves y las corolas de las flores; que producen los mágicos tornasolados de las nubes en los ortos y ocacos del Sol y los efectos del iris en las gotitas de agua; que dan sus vivos destellos á las superficies metálicas y á las piedras preciosas que el lapidario talla; que comunican, en fin, sus armonías cromáticas á mil sustancias producto de la industria con las que el hombre imita y á veces supera las espontáneas orgías de colores de la naturaleza; cosa es bien manifiesta y aprendida desde remotos tiempos y que, con ser magnífica y hermosa en sus efectos, no sorprende ni maravilla ya al observarla.

Pero el rayo de luz no es tan sólo espléndido colorista, no es únicamente rica paleta que presta sus matices á cuantos objetos en el orbe existen, sino que es tambien perfecto dibujante y fidelísimo copista, y estas cualidades ya han tardado en reconocerse mucho más que la anterior. Los efectos obtenidos en la cámara oscura, y más especialmente los resultados que dan vida al arte fotográfico, son hechos de estos tiempos modernos, en los que se ha visto cómo el rayo luminoso reproduce con tan prodigiosa celeridad como escrupulosa exactitud, sobre las superficies sensibles preparadas al efecto, todos los detalles exteriores de los cuerpos de donde directamente ó por reflexión provienen. Y de ahora son las máquinas fotográficas que en el estereotipon la fugitiva expresión de un sentimiento en la fisonomía humana y las rápidas fases de un fenómeno astronómico; de ahora son los revolvers fotográficos, donde en placas de glicerina preparada con sales de plata de modo que sea sensible á la luz, esta deja instantánea copia de los diversos movimientos de la más rápida acción, como el vuelo de un pájaro, el salto de un caballo, el voltear de un gimnasta en el trapecio.

Si, pues, los rayos de luz copian y dibujan con tan

prodigiosa exactitud cuantos objetos alcanzan á tocar antes de entrar en la cámara oscura, y dan preciosos cróquis de los más fugitivos fenómenos que en la naturaleza se observan, y por otra parte, son los que suministran los colores que alegran y herosean la naturaleza toda, dígame si no hay razón para no considerar á esos rayos luminosos como perfectos pintores de la escuela que más realismo sepa dar á sus creaciones y que mejor domina y avasalla los primores del colorido.

**

No ha sido tan fácil encontrar la acción de los rayos luminosos como productores de armonías, es decir que ha sido más difícil conocer que son músicos además de pintores. Pero el que haya costado al hombre más trabajo averiguar tal maravilla no supone que esta sea menos cierta, pudiéndose presentar ejemplos muy curiosos y de órdenes muy diversos en que se obtienen sonidos producidos por la luz.

Ya de antiguo se conoce el fenómeno llamado la armónica química ó de las *llamas cantantes*. Si se coloca un mechero de gas, que dé poca luz y no en forma de abanico, dentro de un tubo largo de vidrio, de manera que la llama venga á estar en la tercera parte de la longitud del tubo, la dicha llama se alarga, vibra y produce un sonido armonioso en extremo y cuyo tono depende, lo mismo que el timbre, de las dimensiones del tubo y de la llama.

Pero este fenómeno, ya casi vulgar y que ahora se repite con frecuencia en las cátedras de física y de química, ha dado origen hace poco tiempo á una idea verdaderamente luminosa de Mr. Kastner, y que consiste en introducir dentro del mismo tubo dos, tres ó más llamas, las cuales, cuando están á la misma altura, y separadas unas de otras, vibran al unísono; si se unen dejan de sonar, y si se colocan á diferentes alturas forman acordes muy agradables. Esto ha sido el fundamento de un aparato construido por el mismo Kastner, y al que ha dado el nombre de *pirófona*, porque, en efecto, las llamas son las que al vibrar producen los sonidos.



EL APRENDIZ DE ZAPATERO, cuadro por A. Rotta

Poseen estos un timbre muy agradable, semejante á la voz humana y de una extension cromática que puede pasar de tres octavas. Por medio de un teclado análogo al de un piano y de un mecanismo tan ingenioso como sencillo, se obtienen todas las combinaciones de sonidos que con las tres octavas se pueden formar. Al tocar las teclas, las llamas suben, bajan, serpentean, se aproximan unas veces, se separan otras, y en todos estos movimientos extraordinariamente rápidos, ora silban, ora empujecen, ya imitan los más dulces acordes de la flauta, ya semejan los sonidos articulados de la voz humana.

Este curioso instrumento ha tenido un éxito brillante en los conciertos en que ha sonado, ya sólo, ya acompañando coros ó unido á una orquesta.

Pero una modificación reciente que este aparato ha recibido lo ha hecho aún más extraordinario. Los movimientos que por medio del teclado se comunican á las llamas pueden transmitirse por medio de la electricidad, y como en este caso no importa la distancia á que puedan encontrarse los mecheros de las teclas, y sulta de aquellos pueden instalarse en sitios diferentes, lejanos de donde esté el teclado. En éste, un músico puede llevar las manos sobre las teclas como en un piano mudo y las llamas producirán allá, donde se encuentren, y al

parecer por arte mágica, los sonidos correspondientes.

La canalización de la electricidad aún puede hacer más maravilloso el instrumento, pues comunicándose un mismo teclado con varios pirófonos ó sistemas de mecheros, sonarán todos á un tiempo en los diferentes sitios en que estuviesen colocados.

Y hé aquí que científicamente pueden realizarse cuentos y fantasías de *Las mil y una noches*. Un palacio en el que los grandes mecheros de las escalinatas, los juegos de las lámparas de los salones y hasta las luces de los apartados camarines tengan un mecanismo pirófono especial y se comuniquen por hilos eléctricos con un teclado, podrá en momentos dados resonar por todas partes en acordes majestuosos ó en delicadas melodías, según las dimensiones de las luces y de los tubos y las piezas musicales que se ejecuten. Verdadero palacio encantado, donde la luz será armoniosa.

Algo de esto ha hecho ya el mismo inventor, presentando sistemas de mecheros en los que cubiertas las luces con pantallas semejan flores y frutas transparentes y diversamente coloreadas, aún se hace más extraño y vistoso el instrumento por la manera misteriosa de producirse los sonidos.

**

Pero aún pueden citarse hechos en los que la luz influye más directamente en la producción de sonidos. Se puede, en efecto, tener series de globitos de cristal, de un modo especial contruidos y formando caprichosos dibujos y que sumidos en la oscuridad ó en la luz difusa, rompan á sonar con prodigiosos y no esperadas armonías cuando á ellos lleguen rayos luminosos con estudiada intermitencia. Arpas mágicas se pueden construir que, á semejanza de las colinas famosas, no necesitan de nadie que las toque, que ellas sonarán cuando un rayo de luz llegue á juguetear entre sus cuerdas.

La luz entonces puede arrancar tan tiernas melodías y producir efectos tan armonícos, que no parece sino que el mismo genio de la música con cuerpo invisible, pero con

sutiles y luminosos dedos es quien descende á manejar los misteriosos instrumentos.

Resultado tan maravilloso tiene sin embargo explicacion sencilla. Es el caso que no hace mucho tiempo tuvo el físico Tyndall, la idea de hacer llegar un rayo de luz intermitente á pequeños matracas, ó sean globitos de cristal, llenos, ya de gases, ya de vapores diferentes. El rayo de luz de que se sirvió Tyndall era eléctrico y la intermitencia de su llegada á los matracas le obtuvo haciendo girar delante de estos un disco opaco, dentado en sus bordes, de modo que al dar vueltas, cuando uno de los dientes del disco interceptaba el rayo, quedaban privados de luz los matracas y cuando pasaba el diente y llegaba el hueco, el rayo atravesaba sin obstáculo alcanzando á los globitos de cristal.

En estas condiciones Tyndall observó un fenómeno curiosísimo. El rayo de luz, al llegar intermitente á los matracas que contenian vapores de eter sulfúrico, fórmico, acético, así como á los que tenian solamente aire cargado de vapor de agua, provocaba en ellos un sonido intenso, armonioso, cuyo tono y timbre variaban con la intermitencia é intensidad del rayo, con la magnitud de los globitos de cristal y con la naturaleza del vapor contenido en estos.

Repetiendo esta misma experiencia en matracas que contenian aire seco, el sonido no se produce, y al contrario el sonar del globo de vidrio, al recibir el beso del rayo

luminoso, es tanto más intenso cuanto mayor sea la proporcion de vapor acuoso que el aire del interior del matraz contuviera.

En estos curiosísimos experimentos de Tyndall se comprende fácilmente que las radiaciones luminosas, y las caloríficas que las acompañan, al llegar intermitentes á los matracas donde los vapores están contenidos, provocan rapidísimos cambios de tension en estos vapores; cambios de tension que se traducen por vibraciones cuya rapidez y amplitud dependerán de todos los elementos que en el pro-

blema entran, á saber: intensidad de las radiaciones caloríficas y luminosas; rapidez en su intermitencia; tension, temperatura y naturaleza del vapor vibrante; y tamaño del matraz de vidrio cuyas delgadas paredes vibran. Y es claro que por lo mismo que son tantas las circunstancias que en las variaciones del sonido pueden influir, es fácil obtener una riqueza inmensa de combinaciones y los cambios de sonidos consiguientes.

Conocido el hecho fundamental, sin esfuerzo se comprende que pueden construirse y agruparse de mil diversos modos toda suerte de globitos de cristal ó cualquiera otra clase de capacidades de condiciones semejantes en donde se tengan confinadas atmósferas cargadas de vapores susceptibles de experimentar rápidas variaciones de tension por la accion de los rayos luminosos intermitentes, capacidades en fin que sean

además cajas sonoras cuyas paredes vibren al par que las atmósferas en ellas contenidas, reforzando así los sonidos originados y aun dándoles timbres especiales, segun el número y naturaleza de las armónicas que al mismo tiempo resulten.

Y hé aquí cómo pueden construirse los mágicos instrumentos aptos para ser manejados por el músico más extraño que imaginarse puede, por un rayo de luz.

DOCTOR HI-PANUS



Preparativos para formar en la parada, cuadro por G. Green



LA COLECTA, cuadro por G. Knorr

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

← BARCELONA 23 DE JUNIO DE 1884 →

NUM. 130



LA ROMANZA, dibujo por Weble

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA (*Conclusión*), por don Antonio de Trieba.—FEMERALDA, por don Francisco Lorañeta.—METAMORFOSIS DE LOS FENÓMENOS FÍSICOS, por el Doctor Hispanus.

GRABADOS.—LA ROMANZA, dibujo por Wehle.—LOS VÁNDALOS EN ROMA, cuadro por Hirschl.—LA SALIDA DEL CONVENTO, cuadro por Cortazo.—VENDEDORA DE NARANJAS, cuadro de Fabio Cipolla.—LA ÚLTIMA ADQUISICIÓN, cuadro por H. Stetzner.—LA CRÍTICA QUE MUERDE, cuadro por G. Koch.

NUESTROS GRABADOS

La romanza, dibujo por wehle

Si estuviésemos aún en aquel tiempo en que el arte desconocía ó despreciaba la historia del traje hasta el punto de que Vénus vistiera á la Pompadour y Marte á lo Luis XIV, diríamos que la dama de Wehle representaba genuinamente á la musa del canto. Tal es la expresión de su semblante, tal el sentimiento de que se halla poseída, que si de la estatua *El sueño* por Miguel Ángel se dijo que si la despertaran hablaría, de nuestra cantante podríamos decir que si todos nos callásemos se oirían las notas que salen de sus labios.

Su vestido, su peinado, cierta severidad de su belleza que nos hace recordar á María Antonieta en su juventud, nos inducen á creer que el dibujante ha querido reproducir el tipo de una dama austríaca de últimos del pasado siglo. En este caso es posible que la romanza de su canto sea una de esas delicadas composiciones de Beethoven, tan sentidas, tan correctas, tan propias para dar una idea de la verdadera música, ese lenguaje universal que, aún mejor que el de la palabra, entienden todos los corazones no atrofiados por la maldad.

El efecto producido por este dibujo no puede ménos de ser simpático, porque además de sus buenas cualidades artísticas, reúne la del acto á que se entrega la dama y que hace resaltar su gentileza. La mujer tiene dos maneras de ser pintada con seguro éxito: en el interior del hogar doméstico dominada por sus éxtasis de madre; en los salones de la buena sociedad poseída de los éxtasis de artista.

Los vándalos en Roma, cuadro por HIRSCHL

Era el año 4to de la Era cristiana. Roma estaba condenada á muerte por la ley de la historia: antes que los vándalos la destruyesen de orden de Alarico I, la habían destruido las crueldades de Neron, el despoismo de Calígula, la imbecilidad de Heliofábal, y los vicios de cuantos olvidaron la justicia implacable de Bruto y el atinado gobierno de Augusto.

Sonó la hora del exterminio, y los visigodos penetraron en la ciudad eterna: desde aquel día puede decirse que terminó la Roma de los emperadores para dar lugar á la Roma de los Papas. Nada fué respetado, nada quedó sin profanar después del terrible asalto.

El hierro y el fuego se pusieron de acuerdo: el primero inmolaba á los hombres; el segundo destruía los monumentos. Sobre este día de horror han pasado cerca de quince siglos, y aún son de ver en la Roma de nuestros tiempos las huellas de los bárbaros, que debieron principalmente este nombre á las hectatombs de esta jornada.

El cuadro de Hirschl da una idea bastante aproximada de las escenas de ese día de horror en la historia del mundo: nunca como en aquel momento pudo decirse á los romanos:—¡Ay de los vencidos!...

La salida del convento, cuadro por CORTAZO

Reproduce este cuadro una antigua costumbre veneciana, no por antigua y veneciana tan perdida en nuestros tiempos y en todos los países, que no se pudiera reproducir bajo todos los cielos y con trajes á la última moda.

Las familias de la aristocracia tenían y tienen aún la costumbre de encerrar á sus hijas, de infantil edad, en conventos de su especial predilección, donde permanecían hasta que los padres conceptaban ser llegada para ellas la hora de su presentación en el gran mundo. La suerte de los descendientes estaba de antemano fijada: el mayor á la corte, el primer segundón al ejército, el siguiente á la Iglesia, las niñas al convento, en donde permanecían más ó ménos tiempo, ó profesaban sin remisión, según que el estado de los bienes paternos permitía ó no permitía mantener una hija más en el palacio donde involuntariamente vivió la luz primera.

La jóven de nuestro cuadro ha tenido la buena suerte de que, siquiera un poco tarde, su familia se haya encontrado en el caso de recobrarla. La blasonada góndola ha atracado en el andén del convento y la educanda, después de haber trocado su modesto uniforme por un traje suntuoso, abandona á las monjas, abandona su celda, abandona el claustro cuyas sepulturas tanto miedo le causaron, abandona el jardín donde cultivó sencillas flores, abandona todo su pasado, no sin sentir oprimido el corazón y dirigir una triste mirada de despedida á las personas y las cosas que rodearon su infancia.

Al aparecer en el mundo, el mundo la daña, como daña el sol al que deja el oscuro calabozo que habitó durante largos años. Los trasportes de la familia demuestran el júbilo que la infunde esa especie de rescate, que pudo haberse verificado mucho antes á comprender los padres que no hay colegio tan provechoso como el hogar doméstico, ni profesora tan entendida como una madre amante.

Vendedora de naranjas, cuadro por FABIO CIPOLLA

Este trabajo trasciende á modelo; pero el modelo es bueno y el pintor ha hecho más que copiar; ha puesto de su parte algo del genio del arte, que anima las piedras, algo que en esa humilde mujer sintetiza á toda una raza y dentro de esa raza á todo un sexo por ella vilipendiado. Lo de ménos es, quizás, en este cuadro que el tipo de la vendedora sea puro, que la actitud sea natural, que el dibujo sea correcto; todo esto, dílgámoslo así, son condiciones externas de la obra.

Lo que encontramos notable en ella es la expresión del semblante, es una especie de abatimiento del cuerpo, es la tristeza que se transparenta en todo su ser, hija indudablemente, aunque de inconsciente manera, de su abyección. Esos ojos grandes, pero sin fulgor, esos labios carnosos y materialistamente sensuales, esa misma falta de rubor que ostenta partes de su cuerpo que toda jóven pudorosa oculta cuidadosamente, ese abandono de su persona que parece resignada á la ley fatal de su ignominia; dan una perfecta idea de la desdichada mujer árabe, simple instrumento del placer ó grosera materia de explotación y trabajo.

A la vista de la pobre vendedora de naranjas se le ocurre á cualquiera que esa mujer no ha sido redimida aún.

La última adquisición, cuadro por H. STETZNER

El aficionado á antigüedades es un tipo incomprensible para quien no haya coleccionado siquiera sellos de correo ó cajas de fósforos. Con efecto, ¿cómo se explica, sin la pasión del anticuario, que un hombre de razon serena haga un viaje en busca de un ochavo roñoso ó dé por un cachivache de grosera tierra mal pintada y peor cocida, lo que cuesta una vajilla de delicada porcelana inglesa?

El personaje de nuestro cuadro es uno de esos tipos: en el son de ver la gravedad, la competencia, la fruición con que examina su última compra, un *canet* de cristal en que quizás bebió cerveza de Munster el famoso rey profeta Juan de Leyda...

La composición es sencilla, pero la avalora la expresiva naturalidad de la única figura que es de ver en ella.

La crítica que muerde, cuadro por G. KOCH

Si hay, por fortuna, críticos ilustrados que esclarecen, guían y aconsejan á los escritores, críticos que desempeñan su útil misión de una manera suave, siempre culta y, por lo tanto, siempre simpática; críticos que enseñan sin pedantería, censuran sin acritud y corrigen sin ofender; los hay, asimismo y por desgracia, que agrían, y aún mejor, envenenan las cuestiones en que intervienen.

Para ellos no hay respeto debido ni buena forma necesaria. Su misma doctrina es semilla que, en lugar de germinar, arrebata el huaracán que ellos mismos suscitan; maestros partidarios del falso principio de que la letra con sangre entra, hacen aborrecible su propia ciencia; pedagogos de palmeta siempre levantada, esquivan á los discípulos de una escuela en donde el dolor y la vergüenza impiden aprovecharse de lo bueno que en ella se explice, analice ó demuestre.

El cuadro de Koch es la crítica de esos críticos que muerden; una verdadera fábula en acción que vale tanto como un apólogo en verso de Lafontaine ó de Iriarte.

EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA

(Conclusion)

Pensando y más pensando en Sandunga y su hermosura y su salero, se fué metiendo en cavilaciones sobre sí el empeño que abuela y nieto habían mostrado en que fuese á dar un paseo y éste fue lo más largo posible, habría sido inspirado por el deseo de su salud y su alegría ó por otra cosa.

El infierno de los celos empezó á arder en su corazón, porque con ser grande su amor á Sandunga, lo era infinitamente más su orgullo, que ya en otra ocasión le había precipitado del cielo al abismo.

De cavilación en cavilación vino á parar al convencimiento de que mientras él pasaba, abuela y nieto se la pegaban de puño, á cuyo efecto le habían hecho aljarse de ellas, y hecho un basillito y llevándose á cada instante las manos á la cabeza, volvió atrás jurando y perjuroando que si los toros eran ciertos, habría de haber la de Dios es Cristo en la casa de la enramada.

Al echar por un atajo para abreviar camino, llamó su atención un mozo que cerca de una caserfa medio quemada trabajaba como un negro en una heredad lindante con el atajo, y trabó conversación con él, deseoso de distraer un poco de sus negras cavilaciones, y sobre todo, á ver si podía disuadirle de que regara la tierra con su sudor, porque semejante riego era una de las cosas que más ira daban al Diabolo en el mundo.

—Pero, hombre,—preguntó al mozo,—¿por qué trabaja usted así?

—Porque no tengo otro remedio, y aún trabajando así no trabajo lo bastante para atender á mis obligaciones.

—¿Qué es V. casado?

—No, señor, y doy á Dios gracias por ello. Si fuera casado, mis penas serían aún mayores, porque mayores serían tambien mis obligaciones.

—Hombre, no comprendo qué penas ni qué obligaciones puede tener un mozo soltero como V.

—Pues ha de saber V. que las tengo, y muy grandes. Enfermaron á un mismo tiempo mi padre y mi madre, y

después de haber gastado cuanto teníamos y mucho más que pedimos prestado para que nada les faltase en su enfermedad, fallcieron al cabo de un año de padecerla y quedaron sin más amparo que el mío mi abuela anciana y enferma, una hermanita ciega y un hermanito tullido. A fuerza de trabajo pude pagar algo de lo que debíamos y comprar un rebañito de ovejas que hacían gran falta en casa para vestirnos con su lana, alimentarnos con su leche y abonar la tierra con su estiércol, pero entonces sucedió que se nos quemó la casa con todo lo que teníamos en ella incluidas las ovejas, y gracias que nosotros pudimos salvarnos con lo puesto.

—Y no se salvó tambien algun cordel para que V. pudiera echárselo al cuello y ahorcarse de un árbol?

—¡Ahorcarme! ¿Y por qué me había de ahorcar?

—Porque motivos tenía V. para ello.

—Para quitarse la vida nunca hay motivos. Selgas ha dicho que vivir es quitarse la vida y este es el único remedio que aprueban Dios y el sentido comun. Dios es quien nos ha dado la vida y sólo Dios es ducho de disponer de ella.

—Dale con el de arriba,—exclamó el Diabolo, á quien se le habían empezado á encender de ira los ojos desde que el mozo nombró á Selgas. ¡Que siempre han de andar Vds. á vueltas con él!

—¿Pues no hemos de andar, si Dios es lo contrario del Diabolo, es decir, el Bien que es lo contrario del Mal?

Oir esto el Diabolo y continuar su camino como si le hubieran puesto un cohete en salva la parte, todo fué uno.

V

Al acercarse el Diabolo á la casita dió un bramido de cólera porque había visto á Sandunga hacer señas con la mano desde la ventana para que se acercara á un mozo que parecía esperar aquella seña entre los árboles.

En el momento en que el buen mozo iba á penetrar en la casita por la puerta que doña Celestina le abría, se plantó el Diabolo allí hecho una furia infernal y emprendió á trompadas con el buen mozo mientras abuela y nieto gritaban pidiendo socorro á los vecinos.

Gran número de éstos, acompañados del alcalde, llegaron y se apresuraron á separar á los contendientes.

Pugnando el Diabolo por desasirse de los que le sujetaban, se le rasgó el pantalón por detrás y desarrollósele la cola le salió la punta de ella por debajo del gaban.

Observar esto el pueblo soberano que se había ido agolpando allí y empezó á silbidos y denuestos, todo fué una misma cosa.

—Es el Diabolo ¡es el Diabolo, que tiene cola!—gritó uno de los circunstantes.

Y asintiendo el pueblo soberano á esta opinion, se arrojó sobre el de la cola, y acaba con él sino porque el alcalde consiguió arrancárselo de las manos diciendo que era para llevarle á la cárcel y averiguar allí si era el Diabolo y con qué objeto había ido al pueblo, y después de averiguado darle su merecido.

Al ser conducido á la cárcel, volvió el Diabolo la vista y vió que á su rival le entraban en la casita para curarle allí una descabradura que tenía en la frente; y acaso, pensó, para curársela por mano de Sandunga!

Lo que el Diabolo padeció aquella noche en la cárcel no hay pincel que lo pinte, ni pluma, ni lengua que lo narre. Hubiérase dicho, al verle llevar á cada instante las manos á la cabeza, que en la cabeza era donde tenía todo el mal, pero no, el mal le tenía en todo el cuerpo y en toda el alma.

Quería maldecir á la chica y no lo podía conseguir, porque toda maldición en su boca se tomaba, no diré en bendición, porque esta era fruta vedada para él, pero sí en una cosa que no se sabía si era beso ó mordisco echado al aire.

Por la mañana fué interrogado por la autoridad, y negando que tuviera nada que ver con el Diabolo, á no ser que fuera cierto que son el Diabolo las mujeres, explicó la posesion del rabo diciendo que era de un pueblo cuyos naturales eran en aquella comarca tenidos por rubudos como en esta son tenidos los de Güeñes, con lo que se le puso en libertad.

Su intencion era huir más que á paso de la casita de la enramada de cuyas moradoras echaba pestes que se cambiaban en besos ó cosa así, pero por más esfuerzos que hizo, no lo pudo conseguir, porque una fuerza invisible, misteriosa é incontestable le arrastraba hacia aquella casita.

¡Qué desgraciado era el pobre Diabolo en su vida privada!

Volvió á la casita, y poco después de volver, ya Sandunga y él estaban á partir un pihón, porque abuela y nieto habían logrado convencerle de que sus furiosos celos eran infundados, diciéndole que el buen mozo á quien Sandunga había hecho señas para que se acercara, era el albéitar del pueblo á quien querían consultar sobre si habían hecho bien ó mal en darle zarzaparrilla y aconsejarle que diera un buen paseo.

Pero si al Diabolo se le había pasado el berrinche de los celos, aún le quedaba otro que era el que le causaba la resignación con que el mozo de la caserfa medio quemada sobrellevaba sus desgracias.

Fuese por este berrinche ó fuese por el otro, es lo cierto que al Diabolo se le agravó su indisposicion, y para librarse de ella tuvo que pasar meses enteros poniendo el grito en el cielo, digo en el infierno, y tomando zarzaparrilla y otros potingues que le dejaron como un fideo.

Digo y repito que el pobre Diabolo era muy desgraciado en su vida privada!

Apénas se restableció un poco y como que ya iba teniendo ganas de andar en bromas con Sandunga, doña Celestina le salió con una embajada que le hizo pasar un rato de mil demonios.

Un día que Sandunga no estaba en casa, le cogió por su cuenta doña Celestina y le dijo:

—Señor de Pateta, V. no debe extrañar que le diga en confianza y aquí para entre nosotros lo que le voy a decir. Como la gente es tan maliciosa y murmuradora y de una pulga levanta una mula, en el pueblo se empieza ya a decir de V. y de mi nieta que si fué, que si vino, y hay que convenir en que la gente tiene razón para ello, porque como mi nieta está tan ciega por V. y es tan inocentota y tan buena que lleva siempre el corazón en la mano, no sabe disimular que está perdida por V.

Al señor de Pateta se le caía la baba oyendo esto á doña Celestina.

—Perdida he dicho y he dicho dos veces la verdad, porque mi nieta está perdida dos veces.

—¿Cómo dos veces, abuelca?

—Sí, dos veces: la primera, perdida de amor, porque V. como es el enemigo malo para enamorar á las chicas, le ha trastornado el juicio, y la segunda, perdida á los ojos de las gentes.

También al oír esto último se le caía la baba al señor de Pateta que no acertaba á dónde iba á parar la vieja.

—¿Y qué quiere V. decir con eso, abuelca?

—Quiero decir que mi pobre nieta está perdida sin remisión si no se casa V. con ella inmediatamente.

Y al decir esto, la vieja se echó á llorar como una Magdalena.

—Pero, mujer, por los clavos de Cris... digo de espacia, no llóre V. así, que ya encontraremos medio de arreglarlo todo.

—No hay que descalabazarse mucho para encontrar ese medio.

—¿Y cuál es el que V. encuentra?

—¿Cuál ha de ser! Casarse Vds...!

—¿Casarnos! ¿Y cómo?

—Como Dios manda.

El Diablo dió un bramido de cólera al oír esto.

—¡Ave-María purísima!—exclamó la vieja haciéndole dar otro bramido,—no parece sino que le he llamado á usted perro judío!

—Es que... para casarse como V. dice se necesita saber la doctrina cristiana, y yo la he olvidado con la enfermedad que he tenido, y no tengo ahora la cabeza para estudiar.

—Pues es necesario que Vds. se casen aunque sea por lo civil.

El Diablo al oír esto, sintió tal transporte de alegría, que no pudo menos de abrazar y besar á la vieja exclamando:

—¡Ah, sí, de ese modo se arregla todo perfectamente.

—¡Por lo civil! ¡Qué invención tan sublime la de poder unir dos almas en una sola sustituyendo la mano de Dios con la de un alcalde ó cosa así!

El Sr. de Pateta y Sandunga se unieron al día siguiente ante Dios, digo ante el juez municipal.

VI

El Diablo era infelicitísimo en su vida privada ó sea en su matrimonio ó cosa así con Sandunga: todas las desdichas, menos la más gorda de todas las que puede experimentar un hombre casado, había experimentado á los pocos meses de matrimonio. ¡Qué vida, señor, la suya, qué vida privada!

Su salud cada vez estaba más quebrantada, porque no había en su cuerpo hueso que no rñese con el compañero, y sobre todo con el alma. Cada día y hasta cada noche era una continua pelotera entre él y su mujer que tenía por auxiliar á la vieja.

Sandunga recordaba aquella copla que dice:

Ascendita y casada
te quiero yo ver,
que ascendita y soltera
cuquiera lo es,

porque Sandunga desde que se casó se peinaba á dedo y no gustaba agua ni aún para beber, porque bebía vino cuando no bebía aguardiente.

Daba la pícara casualidad de que el albéitar pasaba y repasaba todos los días y aún todas las noches por las cercanías del domicilio conyugal de Pateta y Sandunga. Y por último Pateta había tenido que empeñar hasta el reloj y las sortijas, porque, sin saber cómo, ni por dónde, ni en qué se había quedado sin un céntimo del dñeral con que había llegado á aquella condenada casa.

Lo del dinero no es de extrañar, porque así se va siempre el dinero del Diablo.

La única desgracia que no había experimentado, era, como he dicho, la más gorda que, dado su inmenso orgullo, podía experimentar, ó sea la de que su mujer le hubiese faltado á la fe jurada ante Dios, digo ante el juez municipal.

Esto le consolaba algun tanto de todas las demás desgracias de su vida privada.

Entre sus muchos disgustos se contaba uno casi casi tan gordo como el que le hubiera causado la infidelidad de su mujer, y era el que sentía al recordar al mozo que se resignaba con todas sus desgracias.

El recuerdo de esta resignación le sacaba de sus casillas. Echándose un día á pensar algun medio de convertir en desesperación la resignación de aquel mozo, le ocur-

rió uno que le pareció á pedir de boca: este medio consistía sencillamente en inducirle á que se casara.

—Voy,—dijo,—á ver si consigo que ese mozo se case. Si lo consigo, voto á brios! Bacabolillo, que ese mozo no tarda en echarse un cordel al cuello; que segun me consta por propia experiencia en mi vida privada, casarse y ahorcarse, al menos moralmente, viene á ser una misma cosa.

Al día siguiente se encaminó á la casa medio quemada, que estaba como á una legua de la suya, y hala, hala, dió vista á ella y vió al mozo consabido trabajando en las heredades de sus inmediaciones.

Entonces, transformándose de repente en doña Celestina, cuya maestría para inclinar voluntades á ciertas cosas le era conocida por propia experiencia, continuó su camino hasta llegar al mozo, á quien logró persuadir de que debía casarse inmediatamente, con lo cual la carga de la vida le pesaría la mitad compartiéndola con una compañera de alegrías y tristezas.

Y conseguido esto, que consideraba como un gran triunfo, pues ya estaba seguro de que no tardaría en enviar al infierno siquiera una muestricilla de que no desperdiciaba el tiempo ni aún en su vida privada, dió la vuelta á su casa experimentando á su llegada un berrinche y una satisfacción de órdago.

El berrinche fué por ver que el albéitar se aproximaba á la puerta de su casa sin duda con ánimo de llamar y entrar, sabedor de que él estaba ausente, y retrocedió y se alejó por la arboleda al verle asomar.

Y fué la satisfacción por haber llegado á tiempo para impedir la desgracia más gorda de todas las que le pudieran suceder en su vida privada, que era la de que el albéitar entrara en su casa estando él ausente.

VII

Pasaron años enteros y las desgracias del Diablo en su vida privada se habían multiplicado hasta lo infinito. Digo mal al decir hasta lo infinito, porque aún no había experimentado la más gorda de todas, la desgracia de las desgracias, la de que su mujer hubiese faltado á la fe jurada ante Dios, digo ante el juez municipal.

Consolábase un poco de estas desgracias suponiendo que el mozo de la resignación, si á aquella fecha no se había ahorcado, estaría á punto de hacerlo para poner término al insupportable cúmulo de tormentos que constituirían sus desventuras de soltero agravadas enormemente con las de casado, y determinó dar una vuelta por la casería medio quemada para adquirir completa certidumbre de que su suposición era cierta.

Al dar vista á la casería se sorprendió mucho viendo que ésta, lejos de seguir medio quemada, había sido reedificada y embellecida de modo que el más descontentadizo podía envidiar á los que moraban en ella.

—Beh,—dijo para sí el Diablo,—eso es que aquel mozo y toda su familia se ahorcaron y el heredero de sus bienes ha reedificado la casa.

Conforme se iba acercando á la casería, notaba que las heredades contiguas á ella habían ganado un ciento por ciento en cultivo, y hasta habían sido roturados y quebrantados y ostentaban hermoso y abundante fruto terrenos que antes estaban baldíos y sólo producían zarzas y sabandijas.

Era la hora de la siesta y con este motivo no había por allí un alma á quien preguntar la causa de aquella transformación, por lo que no le quedó más medio para saberlo que dirigirse á la casa, como así lo hizo.

Al llegar frente á ella, se encontró con una escena que si á cualquier otro hubiera enamorado y atraído, á él le causó tal repugnancia y disgusto que estuvo á punto de volver piés atrás.

Bajo un frondoso emparrado que entoldaba la puerta de la casa, se solazaba conversando amorosamente y riendo la familia que allí moraba, compuesta de una anciana que enseñaba á andar á un hermoso niño de poco más de un año, de un guapo chico que bajo un cerezo daba de comer y acariciaba á una pareja de bueyes diciendo que no había pareja tan valiente y gallarda como ella, de una muchacha sonrosada y alegre que cosía y cantaba, de una mujer joven, risueña, aseada y hermosa que daba de mamar á otro niño de algunos meses, y de un hombre, también joven, aseado y con cara de pascua florida, que festejaba unas veces al niño que daba sus primeros pasos en la senda de la vida, y otras al que almorzaba las chupadas al seno materno con dulces y amorosas sonrisas al que le festejaba.

El Diablo, en quien la curiosidad por lo visto pudo más que la repugnancia á lo bello de aquel cuadro, se acercó al emparrado y trabó conversación con aquella dichosa familia sin sospechar siquiera que fuese la que ántes habitaba la casa.

Pero fijándose más en el que parecía ser cabeza de ella, reconoció en él, estremechiéndose de espanto y disgusto, al jóven con quien dos veces había hablado en las heredades inmediatas.

—No es extraño,—le dijo el jóven,—que al pronto no me haya V. conocido, porque desde la única vez que V. me vió he variado tanto por dentro que no he podido menos de variar también por fuera. ¡Bien haya la buena anciana á quien debo esta variación!

—¿Y qué anciana es esa?—le preguntó el Diablo, que ya he dicho es muy bestia cuando Dios quiere que lo sea, como lo prueba el que en aquel instante no caía en la cuenta de quién era la anciana á que aludía su interlocutor.

—¿Quién ha de ser sino una tal doña Celestina que me aconsejó que me casara!

—¿Y se casó V.?

—Me casé con este ángel que amamanta á mi segundo cachorrito, y desde entonces no parece sino que todas las bendiciones de Dios cayeron sobre mi casa y familia, porque la abuelita que estaba enferma, se puso tan buena y tan tiesa como V. ve, la hermanita que estaba ciega recobró la vista como V. está viendo, el hermanito que estaba tullido, sanó, como V. ve también, y con la salud y la alegría y el amor en mi hogar vinieron la abundancia y la prosperidad y el acierto en cuanto ponemos mano. ¡Bendito, bendito mil veces sea Dios!...

Mientras esto decía el jóven reventando de alegría y satisfacción, todo el infierno con sus tenazas y sus garfios y sus calderas de plomo derretido andaba por el interior del Diablo que al oír aquella bendición del jóven ya no pudo resistir más, y dando un bramido espantoso desapareció del emparrado tanto más veloz y desesperado cuanto toda aquella dichosa familia empezaba á hacerse cruces de lo que veía en él.

VIII

El Diablo volvió á casa, no diré que en el colmo de la desesperación, pero sí que poco ménos, y esta desesperación llegó casi á los bordes de la copa de la amargura cuando al ir á acostarse se asomó á la ventana, como hacia todas las noches en tal ocasión para ver si había moros en la costa, y creyó ver la sombra de un hombre en un claro de la arboleda alumbrado por la luna.

Acostóse y permaneció largo rato desvelado, pensando en aquella sombra y en la interminable serie de desventuras que habían amargado su vida privada; pero al fin pensó también que todas estas desventuras eran grano de anís comparadas con el día que Sandunga hubiera faltado á la fe jurada ante Dios, digo ante el juez municipal.

Tranquilizado algun tanto con esta consideración, se quedó al fin dormido, como siempre pronto se vió asaltado de una horrible pesadilla que en vano procuraba sacudir. Soñaba que aquella sombra que había creído ver á la luz de la luna tonaba cuerpo de hombre muy parecido al albéitar, y este hombre trepaba á la ventana de Sandunga, y la ventana se abría, y el hombre saltaba dentro, y la ventana se volvía á cerrar, y quedaba todo en silencio exteriormente, y pasado largo rato la ventana se volvía á abrir, y el mismo hombre saltaba de ella y se alejaba por la arboleda echando hacia la ventana besos con la punta de los dedos como en respuesta de otros besos que desde la ventana le echaban unos dedos de mujer!

Al fin despertó quebrantado de alma y de cuerpo con esta pesadilla, y queriendo apartar de su cabeza un horrible peso que sentía en ella, echó á ella ambas manos y se encontró con que le habían retoñado, en toda su longitud y espesor, los cuernos que ras, ras se había aserrado á rape con un serruchillo al hacer los preparativos de viaje para entregarse en el mundo por algun tiempo á las dulzuras de la vida privada!

Y entonces, saliendo de estampía por la ventana, toró volando, volando, al infierno, y metiéndose al llegar en una de las calderas de Pero Botero henchidas de plomo derretido, exclamó, estremechiéndose de delectación y consuelo:

—¿Qué truco es esto comparado con *aquella*!!

ANTONIO DE TRUEBA

Bilbao 1884

ESMERALDA

POR DON FRANCISCO LOZCOITIA

I

El marqués de Valdecarrizo era un guapo jóven de 28 años de edad que se había propuesto pasar una temporada en Córdoba, su ciudad natal, tanto por aburrimiento del mundo, como por reparar las brechas de su fortuna que ya eran muy considerables.

Tenia una casa solariega en la calle de San Pablo y otra de campo en las afueras de la puerta de Almodóvar, y habitaba esta última por ser más cómoda en la época del calor, que ya comenzaba. De día cazaba por los alrededores y de noche, por no aburrirse tomándose el fresco en el Gran Capitan, solía entrarse un rato en un circo eucestre provisionalmente construido en un plancio al lado de dicho paseo.

Este espectáculo era el único que quedaba despues de pasada la feria de mayo, y se hallaba poco concurrido, en primer lugar porque Córdoba, hace 18 años, no estaba tan próspera y animada como en la actualidad, y además porque la compañía era muy floja en artistas y caballos.

Los espectadores, especialmente en los días no festivos, estaban como en familia, de tal manera que nadie se daba cuenta de por qué aquella pobre gente continuaba en la población.

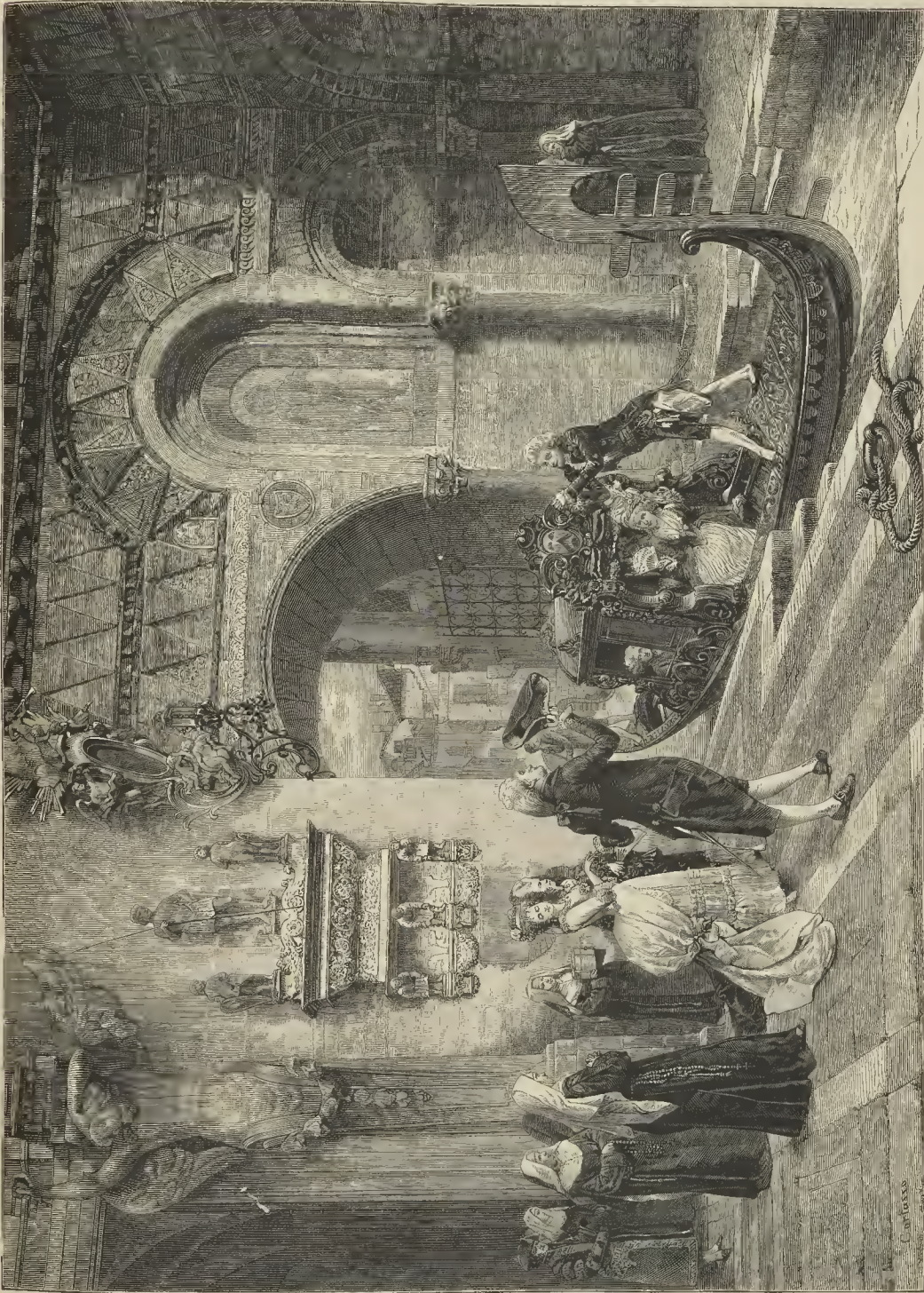
El director del circo, M. Lambé, agradecía la asiduidad con que asistían el marqués y un primo suyo, coronel retirado, y las pocas Amazonas y sílfides de aros de papel les dedicaban sus más expresivas sonrisas.

Una noche, á la hora que empezaba la función, sólo había once espectadores, y M. Lambé, no pareciéndose bien trabajar sin público, determinó pretextar una repentina indisposición de dos de los primeros artistas y devolver el precio de las pocas localidades vendidas.

Hízolo así y se suspendió la función. El marqués y su primo, que á la sazón entraban por la puerta de las cuadras, se enteraron del motivo y oyeron al director exclamar



LOS VÁNDALOS EN ROMA, cuadro por Hirschel



LA SALIDA DEL CONVENTO, cuadro por Cortazzo

Cortazzo

mencionada, casi negra como es, con un ligero viso rojizo-violetico, es completamente opaca y no deja, por lo tanto, pasar la luz á su través.

Pero si esa masa líquida es opaca para la luz, no lo es para el calor, que puede atravesarla en gran cantidad, y como la forma redondeada de la redoma hace que la disolucion adopte igual figura, se origina una especie de lente convergente ó cristal de aumento, de esos que tienen la propiedad de reunir en un punto los rayos que los atraviesan. En el caso indicado se tendrá, pues, una lente convergente para el calor; los rayos caloríficos, que atraviesan la redoma y su contenido, se reunirán en un punto, en el foco de la lente formada; pero la habitacion seguirá á oscurecer.

Ahora bien, si en este caso se coloca en dicho foco un alambre ó una lámina muy delgada de platino, los rayos de calor que allí se reúnan elevarán considerablemente la temperatura del metal, que subirá en seguida á los 200, á los 300, á los 400, grados. Continuando el ascenso de la temperatura, empezará el metal á ponerse incandescente y ya se le podrá percibir en medio de la oscuridad, la incandescencia se hará cada vez más viva, á medida que los rayos de calor sigan llegando; los reflejos que la lámina de platino, calentada al rojo blanco, desprenda serán cada vez más brillantes y la oscuridad de la habitacion se irá disipando; se habrá originado una verdadera lámpara de incandescencia; el calor se ha convertido en luz.

Cuando se quema el carbon en el hogar de un motor de vapor y se aplica despues este motor á una máquina dinamo eléctrica, se transforma el calor en trabajo mecánico y despues éste en electricidad.

Si á su vez en el circuito por donde pase una corriente eléctrica poderosa se interponen alambres delgados de hierro, de plata, de platino, etcétera, se verá que la corriente eléctrica los calienta de tal modo que puede enrojecerlos, fundirlos y aún volatilizarlos cual no lo haría el fuego más intenso de los hornos. La electricidad se ha convertido en calor.

Si la electricidad pasa por hilos delgados de platino ó de carbon, con la intensidad precisa para ponerlos incandescentes, se origina la luz suave y magnífica que con las lámparas de Edison, Swan y Máxim se obtiene; si, en fin, la corriente eléctrica afluye á los extremos de dos conos de carbon puestos á corta distancia uno de otro para que la chispa eléctrica salte entre ambos, se obtiene el brillante arco voltaico que en prodigiosa variedad de lámparas se utiliza. En ambos casos la electricidad se ha convertido en luz.

Como estos, otros muchos ejemplos podrían citarse;



VENDEDORA DE NARANJAS, cuadro por Fabio Cipolla

pero con los dichos bastan para ver cómo los llamados agentes físicos, los antiguamente considerados fúidos, en suma, el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo, se transforman unos en otros de un modo completamente incompatible con la especificidad ó sustancialidad de cada uno. Hecho notabilísimo que ha cambiado por completo las ideas que se tenían acerca de las fuerzas físicas y que ha abierto la puerta á la verdadera concepcion mecánica de todos los fenómenos naturales.

**

Pero de todos los casos de trasformacion, los más curiosos y los que sin disputa están llamados á tener más im-

portancia teórica y práctica son los que se refieren á las trasformaciones de la luz.

La luz, que tantos soles desprenden, se difunde por el espacio á distancias donde el calor no llega, y baña y colora todos los cuerpos que á su paso encuentra. Un solo foco luminoso puede llenar con sus resplandores vastísimo espacio en todas direcciones, y los focos luminosos, perennes ó efímeros, se cuentan en el universo por millones de millones; si pues la luz fuese susceptible tambien de cambiarse, en circunstancias propicias, en calor, en electricidad, en magnetismo, en accion química, en sonido, etcétera, ningun manantial tan fecundo para originar todas aquellas esplendentes manifestaciones de la vida del universo; que si la luz lo llena todo y por todas partes se extiende, fuente inagotable habrá de ser de donde se obtengan, no sólo colores y reflejos, sino extraños y no esperadas armonías, origen perenne de calor, riqueza eléctrica, agente químico y obrero baratísimo; que si al dominio del hombre se llega á sujetar por completo la luz en todos sus cambios, por conocerse las leyes y circunstancias de estos, habrá de causar la más portentosa revolucion en el empleo que de los agentes naturales hace el hombre en su propio provecho.

Es, pues, del caso ver si, en efecto, en la cuestion de las trasformaciones de la luz, se conocen algunos hechos prácticos.

Cambiarse el calor y la electricidad en luz cosa es de hacer tambien bien sabida y ejemplos de ello quedan atrás citados; pero, casos contrarios ó sea de trasformacion de luz en calor, electricidad, sonido, etcétera, no se encontraban por ninguna parte.

Por fin, en estos últimos tiempos se han empezado á conseguir estas maravillas y en verdad que los resultados exceden con mucho, en lo sorprendentes y portentosos, á todo lo que se ocurría esperar de estos fenómenos.

El primer efecto logrado ha sido utilizar la luz como vehículo trasmisor del sonido; enviar la palabra, no por un alambre, como en las líneas telefónicas, sino por un rayo de luz, que funcionando á la manera de hilo luminoso, conduce el sonido. A donde quiera, pues, que alcance el rayo luminoso que de la estacion trasmisora para, se podrá enviar la palabra con la velocidad con que la luz camina (cincuenta y cuatro mil leguas españolas por segundo) y sin necesidad de hilos, ni de cables.

El americano Graham Bell es el inventor de tal maravilla. El mecanismo para realizarla no puede ser más sencillo.

Existe un cuerpo simple llamado selenio, descubierto por el químico Berzelius, hace poco más de medio siglo y al que

no se le había dado aplicación alguna hasta el presente. Este cuerpo, sin embargo, tiene una propiedad muy singular, cual es la de presentar menor resistencia al paso de una corriente eléctrica cuando está expuesto a la luz, que cuando está en la oscuridad; y menor también si llegan hasta él los rayos caloríficos que si permanece en un ambiente frío.

Sabiendo esto, supóngase una lámina de selenio atravesada por una corriente eléctrica y colocada en el circuito de un teléfono. Si á dicha lámina se hace llegar un rayo de luz no continuo, sino interrumpido, por ejemplo, 435 veces por segundo, se producirán en el mismo tiempo 435 variaciones en el estado molecular del selenio y por lo tanto en la intensidad y manera de transmitirse la corriente eléctrica, de suerte que la placa del teléfono será atraída y repelida 435 veces en el mismo tiempo y producirá por lo tanto el *ha* fundamental que es la nota que corresponde á dicho número de vibraciones por segundo.

La manera de provocar, con el sonido que se quiera transmitir, las interrupciones necesarias en el rayo luminoso para que este reproduzca en la estación receptora el sonido primitivo, es la siguiente: en medio de una caja de madera se colocan dos placas metálicas delgadas y paralelas, á poca distancia una de otra y con dos estrechas aberturas (una en cada lámina) que se corresponden perfectamente una enfrente de otra. Por una de las paredes entra un rayo de luz que atraviesa las dos ranuras, cuando las placas están en su posición normal, y enseguida sale sin alteración alguna, por la pared opuesta; pero una de las referidas láminas está fija al fondo de la caja, mientras la otra (la posterior) se encuentra unida por la parte alta á una placa metálica muy delgada que se halla en el techo de la misma caja y rodeada de una embocadura como las de los teléfonos ordinarios. Si se produce un sonido delante de esta placa telefónica vibrará y el movimiento se transmitirá á la lámina vertical que sostiene y donde se halla una de las ranuras. Esta lámina ejecutará movimientos de subida y bajada que impedirán que las dos ranuras estén una enfrente de otra, y de este modo el rayo luminoso que las atraviesa sin alteración cuando la lámina móvil está en reposo, experimentará durante los movimientos provocados por la producción del sonido, variaciones de intensidad correspondientes á las diferentes amplitudes de las vibraciones de la placa te-



La última adquisición, cuadro por H. Stetzner

lefónica. Este es el rayo luminoso, vehículo transmisor del sonido y que Graham Bell llama *rayo ondulatorio*.

La estación receptora, donde este rayo ha de originar un sonido igual al que sobre él obró, se compone de un espejo parabólico en cuyo foco se coloca la barra de selenio; de una pila eléctrica y un teléfono receptor. El

circuito de la pila comprende el teléfono y la barra de selenio. De este modo al llegar el rayo ondulatorio al espejo parabólico se refleja hacia el foco donde está el selenio, le impresiona en cada instante en razón directa de su intensidad y produce variaciones en la resistencia del metaloide al paso de la corriente y las vibraciones consiguientes en la placa del teléfono; aplicando, pues, á este el *oído*, se percibirá un sonido de la misma especie que el producido ante el diafragma de la estación transmisora.

Puede darse otra disposición al mecanismo para obtener el rayo ondulatorio; como por ejemplo, que este, antes de tener tal propiedad, se refleje en un espejo al cual se le comunique el movimiento vibratorio de una placa telefónica receptora del sonido que se quiera transmitir; de este modo el haz luminoso puede ser de mayores dimensiones y por tanto servir para efectuar la transmisión á mayores distancias. Y hé aquí cómo sin hilos ni tubos puede enviarse el sonido á través del espacio.

Las aplicaciones de tan maravilloso aparato son muy importantes. Para las operaciones geodésicas y en las maniobras militares ha de prestar utilísimos servicios; pues de monte á monte podrán comunicarse, *hablarse* y entenderse perfectamente las comisiones científicas, ó la gente guerrera, sin riesgo de que les corten las líneas y sin necesidad de emplear otros medios de comunicación incómodos y deficientes.

Pero lo más curioso que se ve en el fotófono, que así se llama este aparato, es que se vislumbra en él cómo han de efectuarse, allá en lo porvenir, las comunicaciones entre astro y astro, si es que los habitantes de estos llegan á ponerse alguna vez en relación entre sí. El *fotófono* da la idea de lo que ha de ser un *telégrafo interplanetario*. Poco es lo que se necesita; en cada planeta una estación semejante á las que quedan descritas y un haz de rayos luminosos de intensidad sobrada para que sea visible del uno al otro astro. No hay cables que tender, ni postes que fijar en el espacio; el rayo luminoso ondulatorio llevará en su seno el germen del sonido que en el astro á donde se dirige haya de producirse, tal como hoy día los mismos rayos luminosos traen hasta el habitante de la Tierra, las señales de la composición química del astro de donde proceden.

DOCTOR HISPANUS



LA CRÍTICA QUE MUERDE, cuadro por G. Koch

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

← BARCELONA 30 DE JUNIO DE 1884 →

NÚM. 131

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

JAN VAN BEERS
PARIS



DIEZ Y OCHO ABRILES, cuadro por J. de Beers

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—ESMERALDA (Continuación), por don Francisco Lezcoita.—LA BELLEZA, por don E. de Lusion.—LA CIENCIA ANTIGUA, por don J. Echegaray.

GRABADOS: DIEZ Y OCHO ABRILES, cuadro por J. de Beers.—LOS CÓMICOS DE LA LEGUA, cuadro por J. Grutierrez.—MERRIENDA CAMPESTRE, cuadro por M. Volkhart.—APACENTANDO UN REBAÑO, dibujo por B. Galfre.—EL CIARLATÁN, cuadro por B. Ferrandiz.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA VISTERA DE LA FIESTA DE LA ASUNCION EN ROMA, cuadro por Enrique Serra.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Como sale el termómetro.—Trabajo en el campo.—Trabajo parlamentario.—Espigas que cenan.—El verano.—Galicia.—El poema de las montañas y las olas.—Un libro acerca de Shakespeare.—El genio burgués.—Marruecos y Egipto.—La diplomacia, la guerra y las pirámides.—Cosas de caza.

El calor aprieta, al mismo tiempo que los debates políticos del Congreso dan comienzo. Los leones de bronce del palacio de la Representación Nacional sienten fundirse sus entrañas y bostezan, dispuestos a renunciar su destino —el de guardar aquellas dos almondigadas de metal, que simbolizan dos mundos.

El diputado rural que tiene un millar de duros á la sombra y un millar de fanegas de tierra sembrada al sol, piensa con tristeza en que va á empezar la cosecha, y que sus jornaleros, huérfanos de la tutela señorial, arrancarán tristemente al surco su rubio penacho de tallos.

El segador, armado de la hoz, practica en los campos la nivelación proclamada por los modernos filósofos. Por desgracia de la humanidad no es sólo cabezas de espigas, de esas en cuyas aristas se detiene el rocío, no es sólo cabezas de espigas lo que ha caído al suelo esta semana.

* *

Empieza el verano, siendo de advertir que ahora va siendo de moda hacer durante el estío una visita á Galicia. Dos nuevas líneas férreas se inaugurarán allí en el mes próximo.

¡Galicia! Este nombre hace revivir dentro de mi memoria la de un pueblo sufrido héroe del trabajo, experto cultivador de frondosos campos, hábil marente de la más peligrosa costa del mundo, minero, pescador y que lleva en el fondo de su alma como raíz de su ser, un sentimiento de infinita poesía, algo indefinido ó indefinible que participa de la vibración de los patrios bosques agitados por el Sudeste, del acre perfume de sus mares, del encanto de sus blancas casas, esparcidas entre castañares, del melódico timbre de su suave prononciación toda llena de vocales y monosílabos; país dotado de todos los prestigios de una naturaleza espléndida, aislado por sus mismos encantos, por aquellas montañas que suben desde las riberas de sus rías hasta la región de las nieves y de los pájaros; pueblo á quien no debe España un día de luto ni una hora de sangre, desconocido y menospreciado y que obtiene fama, no ya injusta, sino infamante, de torpeza, cuando es una de las regiones de España más fecundas en poetas y artistas. Había de sonar para él un día de redención, un día de justicia, y ese día no podía ser otro que aquel en que se abrieran las puertas de Galicia, el en que la ciencia franquese el paso de sus inaccesibles montañas.

Galicia estaba aislada, separada del resto de España. No tenía otra salida para ver el mundo sino la que le brindaban las alas de lino de sus barcos. Mientras otras provincias, ingratas á España, obtenían favores, mercedes y riquezas y la locomotora surcaba sus campos y las carreteras dividían en anchas sendas sus territorios, Galicia era relegada al olvido. Años y más años costó que la línea férrea llegase á Brañales, pero allí la detuvieron la quiebra de la empresa concesionaria y los colosales montes que se elevaban como muralla imposible de franquear. Para seguir era preciso derrochar el oro. No bastaba tender los rails sobre los terraplenes: era preciso crear el camino, afirmar el piso, unir las orillas de un abismo, tender un puente sobre cien ríos, un viaducto desde la cima de una montaña al picacho de una roca: fauna de gigantes, muy superior á las fabulosas de Hércules y Tesco.

La ciencia lo puede todo hoy sobre la tierra y no reconoce estas dificultades tenidas ayer por insuperables: ¡quién hubiese osado acometerlas á no contar con el vapor, con la electricidad, esos dos obreros impalpables que vibran en medio de los Océanos y palpitan en medio de los aires! Hoy están realizadas, conculcadas, coronadas por el éxito más felice y cabe á Galicia el derecho de un día de júbilo.

* *

Entre los libros que últimamente he recibido figura uno que se titula: *Fueros de gallina alrededor de un ágüla ó escarabajo de un administrador alrededor de Shakespeare*. Su autor, el poeta sudamericano J. H. Suarez, aunque ha tenido insigne mal gusto al escribir aquel título, revela algún ingenio. Pero no es esto lo que da importancia al libro; sino el contener muy curiosas noticias del genial dramaturgo, de su vida y familia. Los documentos que publica este volumen presentan á Shakespeare como un hombre práctico, de espíritu comercial, muy apegado á su familia y al tibio ambiente de su casa.

Maravilla el saber que bajo aquel estilo tempestuoso dormía un buen sentido de burgués práctico, amante del bienestar material. Shakespeare crea una familia, la honra. Desde la edad de treinta años había reunido bastantes economías para comprar en Stratford una casa con dos granjas y dos jardines. A sus profesiones de autor y actor une el lucro de empresario de teatros y director de escena. Sucesivamente, y al mismo tiempo en que crea las más hermosas páginas de su repertorio, se le va adquiriendo una parte de propiedad en los teatros Blakfriars y del Globo, comprar grandes extensiones de terreno: casar su hija Susana y acabar por retirarse á su villa natal sin parecer cuidarse mucho de su gloria literaria; es más, desdenándola, pues no se ocupó siquiera en dejar un libro que facilitase el exámen y la admiración de las generaciones futuras. Una de sus hijas casó con un médico, la otra con un comerciante de vinos, la segunda ni sabía firmar, la primera lo hacía muy mal. Estos datos prueban un olvido del mundo espiritual tal vez poco simpático hoy, pero que revela una ajenidad á la sociedad en que vivía, donde el bienestar mercantil y la *respectability* del dinero se sobreponían á todos los demás prestigios morales. O acaso consiste,—y esto lo dice uno de los mayores críticos del siglo,—en que por el cuerpo y por el espíritu, este gran poeta, era de su generación y de su siglo; que en él, como en Rabelais, en Ticio, en Miguel Angel y en Rubens, la solidez de los músculos, hace equilibrio á la sensibilidad de los músculos; que en aquellos días, florecientes y poderosos para el linaje humano, el genio era una verdad del alma, no una enfermedad incurable como la perla lo es de la madreperla.

* *

La cuestión preferente por lo que se refiere á política internacional es la complicación diplomática á que puede dar motivo la actitud de Francia respecto á Marruecos. España tiene en aquella tierra abrasada por los rayos brillantes del sol meridional y por los rayos del sol negro de la barbarie, dos misiones, una, la salvaguardia de los intereses materiales, el cuidar para lo porvenir de que esa tierra sea el nuevo mundo del siglo XX; otra misión, la de conservar las hermosas tradiciones de la guerra de Africa.

Otra cuestión diplomática pendiente: la eterna cuestión de Egipto. Este desgraciado país, al cual le sucede lo que á la aristocracia y á la patata, que todo lo que tienen bueno está debajo de tierra, atraviesa una crisis vergonzosa.

Cuando el cólera devoraba carne humana en Egipto y parecía decidido á no dejar allí más que las pirámides y los huesos, un sabio doctor alemán, cuyo nombre no hace al caso, pues todos ellos, á más ó menos, se llaman lo mismo, dijo que el cólera es el gran regenerador de la especie humana porque ataca á los seres débiles, enfermos y mal conformados y sólo deja vivos á los fuertes. Discutible es el aserto; pero claro está que toda dolencia epidémica empieza por llevarse los enfermos y después se lleva los sanos.

Egipto parece indicado para ser el gran cebadero de esa fiera del Ganges Hay allí rebaños de fellahs, especie de hombres que sin pan, sin un guijarro que los cubra, sin una choza que los albergue, arrastran una existencia miserable y desventurada.

En aquellas soledades abrasadas por el sol, contéplase frente á frente la monía del Faraon, envuelta en olorosas y ricas telas, circundada de alhajas, y el *fellah*, cubierto de lepra, sin cultura, sin religion. Yacen juntos y se diría que hay más vida espiritual en la momia, cuya perpetuación consigue el arte conservándola para algun supremo día de alborozo celestial con todos sus atractivos carnales, que en el *fellah* roído de gusanos que, acurrucado al sol, ni se mueve para buscar una sombra ni da un paso para ganar su sustento. Es el pueblo de lodo que descendiente de Adán á través de una degeneración purulenta en la que sus facultades morales se han desvanecido. ¡Corrientes de civilización y enseñanza! ¡bastarían á regenerar á esta triste nación que tiene todos sus esplendores debajo de tierra, enterrados en las pirámides! ¡Acaso no, y la guerra,—ese cólera diplomático,—podría con sus terribles efusiones de sangre vigorizar la anémica existencia de Egipto? ¡Quién sabe! El problema permanece insoluble para los hombres de Estado. Cuando la peste bubónica que hoy diezma aquella región de esclavos, se vaya, lo que quee allí, si queda algo, ¿será susceptible de mejora? ¡Quién lo sabe!

* *

Anécdotas de casa.—Cierta propietario quiso ofrecer su casa de campo al rey Carlos IV.

—Señor, encontrárese allí—le dijo— tanta caza como en vuestra mejor posesion.

El rey aceptó la invitacion.

Partió la régia comitiva y llegó al cazadero. Por todas partes se veían perdices que corrian á su volar: el labrador había hecho coger muchas de estas aves y las había soltado cortando las plumas de un ala. Hombres ocultos entre las ramas tenían liebres y conejos encerrados en sacos y los hacían escapar delante del rey.

Los placeres de los poderosos de la tierra, son muchas veces así, tan fáciles y ridículos.

Pero al ver á los ilustres cazadores en uno de esos descansos de la cacería, comiendo en improvisada y bien surtida mesa, no falta quien desee ocupar en ella un lugar, y acerca de la industria más eficaz para colarse como invitado en estas misas mayores del estómago nada hay tan

chusco como el lance que el duque de Saint Simon refiere en sus memorias.

El duque de Crillon casaba á su hija y la daba cien mil escudos de dote. Alrededor del palacio había la animacion consiguiente, y por las ventanas de la cocina salian olores estimulantes capaces de excitar el apetito de una estatua de piedra. Un abate se paseaba por la plaza de Arignon presenciando estos preparativos y pensando cómo á pesar de su condicion humilde sería de los invitados á la comida. Al fin se le ocurrió una idea, llamó á la puerta del palacio y dijo que queria ver al duque.

—Hoy no es posible.

—Se trata de hacerle ganar cincuenta mil escudos, y mañana sería demasiado tarde.

Esta razon fué convincente. Introdujeron al abate en el salon ducal en caasion en que comenzaba la comida. El duque le dijo:

—¿Qué es ello?

—Necesito hablar con V. E. durante media hora.

—Ya veis que no es posible, la comida está empezada... Sin embargo, puesto que se trata de asunto tan interesante, sentados á mi lado, comed con nosotros y me hablais entre tanto.

El abate se sentó y comió como él sabia hacer. Cuando la comida terminó, el duque, cansado de aguardar una explicacion, llamó aparte al abate y le preguntó:

—Deciais que me podiais hacer ganar cincuenta mil escudos... ¿Cómo es eso?

—Creo que dáis al que se casa con vuestra hija cien mil escudos de dote... pues bien, yo tengo un hermano que se casaría por la mitad.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

Diez y ocho abrils, CUADRO POR J. DE BEERS

La juventud y la belleza siempre tentarán el pincel del artista. Infinitos pintores han reproducido infinitas mujeres hermosas y continuarán reproduciéndolas por los siglos de los siglos. Las feas pueden estar tranquilas: la posteridad no se retirará de su desgracia. Esta predilección se explica muy fácilmente.

La misión del arte es la manifestacion de la belleza física por medio de la forma, como la misión de la poesía es la manifestacion de la belleza del pensamiento por medio del estilo. La belleza física puede existir en todos los reinos de la naturaleza y, tratándose del sér racional, puede existir en uno y otro sexo. Pero, dígame lo que se quiera, la belleza de la mujer será siempre más simpática que la del hombre. Adonis ha producido cien Vénus y por cada Apolo una legion de ninfas y de musas.

El pintor Beers ha tenido la buena suerte de dar con el original de ese cuadro y el buen gusto de trasladarlo al lienzo. Nosotros lo reproducimos gustosos porque, francamente hablando, lo bello femenino nos encanta de tal suerte que sin titubear uniríamos nuestro voto al del Arcángelo: no sabemos figurarnos que un cuerpo hermoso pueda ser albergue de la perversidad. Respétese nuestra ilusion, si lo fuere, de que rindiendo homenaje á la hermosura, se le rendimos simultáneamente á la virtud.

Los cómicos de la legua, CUADRO POR J. GRUTZNER

Los cómicos de la legua son, en la familia humana, una especie que tiende á desaparecer. El arte no perderá gran cosa con ello y la humanidad ganará no poco, algo así como sacando anima del Purgatorio.

Purgatorio es con efecto, para esas almas encerradas dentro de un cuerpo que el hambre hace transparente, el destaralado cobertizo ó la rústica cuadra donde se instala el transitorio coliseo. Allí es de ver la metamorfosis que se opera en aquellos asendereados artistas, músicos y danzantes sucesivamente, que pasan por todas las formas, fases y condiciones de un programa que tumbaria de espaldas á Salvini. El director, gerente y *paterfamilie* de la compañía, comienza por ser arquitecto que preside la instalacion, expendedor que despacha las localidades, jefe de orquesta cuyo cornetín resuena hasta la última choza de la aldea, cónsul de la república del Latío, caballero, rey ó emperador de la Edad media, primer bailarín á solo, y en casos apurados oso de los Pirineos ó monstruo del Apocalipsis. A su tenor puede juzgarse de las transformaciones á que están sujetas las partes secundarias, que apenas son parte á parte de la exigua pitanzita común.

¡Pobres gentes!... Son bien dignas de compasion...

En la Roma antigua, y aún en muchas poblaciones que ni son antiguas ni tienen la importancia de Roma, existió la clase de los *Horonax*, que concurrían á los entuertos y recibían salario para figurar un dolor que no sentían. Era un oficio bien poco digno de envidia, porque no ha de ser agradable poco ni mucho eso de afectar desesperacion cuando la alegría retaza por todo el cuerpo. Pues ¿cuánto no es más digno de compasion el cómico de la legua, que ha de provocar la risa de los zafios ó excitar el sentimiento de los imbéciles, para ganar el pan, nada más que el pan, de cada día?

¡Y cuando uno piensa que á esa desdichada clase pertenecieron nuestro famoso Lope de Rueda, el fundador del teatro español, y Molière, el padre de la comedia francesa!...

Merienda campestre, CUADRO POR M. VOLKHART

Realmente el sitio está bien escogido: la sombra de esos árboles corpulentos, la verde alfombra del crecido césped, el rumor del manso arroyo, la vistosidad de las pintadas

flores, el aroma de los silvestres arbustos y el blando céfiro que lo mismo juguetea entre las flexibles cañas que entre los rizados de oro de esas damas elegantes; todo invita a saborear los delicados manjares que una mano inteligente ha dispuesto con exquisita prevision. Nuevo cuadro, pues, tiene un lugar de escena apropiado y el artista ha cumplido en este punto una de las más interesantes partes de su empeño.

Respecto de los personajes, están bien agrupados y expresan la animación y placer que experimentan en ese acto, animación que no degenera por cierto en licencia, como ocurre frecuentemente en los cuadros descriptivos de banquetes al aire libre. Desde el gloton del primer término que devora con la vista los manjares y a quien tarda la hora de emitir su clásica opinión acerca de la ciencia del cocinero, hasta los dos ancianos que forman la última pareja y que probablemente discurren acerca de si podía perderse o no la batalla de Lérida, todas las figuras están bien trazadas, imprimiendo al cuadro la animación que requiere el asunto.

En verdad que el buen humor de la comitiva causa envidia y que le dan a uno tentaciones de hacer presente a los comensales que siendo, como son, trece, el número fatal, podrían salir del paso invitándonos a desempeñar el papel de número catorce.

Apacientando un rebaño, DIBUJO POR B. GALOFE

Galofe es no sólo un genio, sino una genialidad: sostiene dentro del arte teorías que la generalidad no profesa, y entre ellas la de que los lienzos muy acabados, los cuadros que pudieran llamarse miniaturas grandes, dicen poco en alabanza de su autor. Para Galofe las simples indicaciones son bastante; lo que no está en la composición, deben verlo, a pesar de todo, los espectadores; pero deben verlo a favor del dibujo correcto, aunque abrutado, y de un color aplicado magistralmente, siquiera no tenga la gradación, la suavidad y el lamido que tanto preocupan a la mayoría de los pintores.

Ejemplo de esta teoría es el dibujo que publicamos, verdadero apunte de un artista; pero del cual puede decirse que, así como una anécdota puede contener un drama, un simple apunte puede contener un cuadro.

El charlatan, CUADRO POR E. FERRANDIZ

En el comedor de una alquería valenciana, ante una amigable tertulia de labradores presidida por el buen cura de la parroquia, el charlatan repite por milésima vez el discurso en que basa su reputación, ó mejor dicho, la de su infalible curio todo. Con los textos de unos historiadores que él solo conoce y los hechos de unos Anales que él placer se inventa, os demostrará que si los cuerpos de los Faraones permanecen incorruptos, y si Sansón tenía la cabellera que todos sabemos, y si Cleopatra sedujo con su hermosura a Marco Antonio, y si Matusalen vivió novecientos años y si Julio César no pilló un reumatismo al pasar el Rubicón, se debe al imponderable específico que únicamente el charlatan expende, el cual, a mayor abundamiento, es infalible para matar ratones y quitar amañechas.

El auditorio del cuadro de Ferrandiz no parece muy dispuesto a conular con semejantes ruidas de molino; pero no ha de faltar en la casa ó en el pueblo algún mortal bonachón para dejarse seducir por la fraseología del Dulcamara.

Este lienzo es recomendable por la naturalidad de los personajes, tipos todos ellos perfectamente relacionados con la figura principal.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

La víspera de la fiesta de la Asunción en Roma, CUADRO POR ENRIQUE SERRA

Predique cuanto quiera el ateísmo, los pueblos sentirán siempre la necesidad de creer en la influencia decisiva de Dios en las cosas de la tierra. Se desterrarán unas prácticas, pero será para sustituirlas con otras prácticas; y en último resultado, se dejará de rendir culto a Dios, así lamado; pero se tributará al *Siv Supremo*.

El pueblo romano hace, en este punto, ni más ni menos que los demás pueblos; y siendo pastor y agrícola por excelencia, implora a Dios para que bendiga sus cosechas, manifestación religiosa verdaderamente laudable, pero no exenta de todo egoísmo.

Enrique Serra ha presenciado esa especie de rogativas; y por ser ellas típicas, y por tener lugar en la típica campiña romana y bajo ese cielo típico, que parece hecho ex profeso para confundirse en el horizonte con la cruz de San Pedro y el ángel del panteón de Agrippa; ha dibujado un cuadro impregnado de poesía mística, la poesía que mejor sienta a los alrededores de Roma, donde las ruinas de las obras humanas parecen argumentar en pro de la única obra permanente, la obra de Dios.

ESMERALDA

POR DON FRANCISCO LEZCOTHA

(Continuación)

—Quisiera ver á mi hija.
Mandé llamarla. Al verme tan preocupado se sorprendió. Aquí omito detalles dolorosos. Esmeralda ó Victoria,

pues yo siempre la llamaré Esmeralda, a pesar del tiempo trascurrido, reconoció á su padre: ambos se parecían mucho en la expresión y nobleza de las facciones. En fin ¿qué me resta ya que decir á Vds.? nada más sino que Esmeralda se fué con el autor de sus días y que nuestra despedida costó una enfermedad á mi pobre mujer.

Padre á hija me hicieron mil ofertas que rehusé. Dejé-ronme las señas de su banquero en Londres. Pero desde aquel funesto día la fortuna me abandonó por completo: me he quedado sin artístas, sin caballos, sin utensilios, y lo que es peor, sin esperanza.

V

Al día siguiente el marqués de Valdecarrizo y su primo fueron invitados á una cacería en la sierra de Córdoba, donde pasaron una semana.

De regreso á la ciudad, fué grande su asombro al leer en los carteles que anunciaban la función del circo ecuestre los siguientes párrafos escritos en descumunales caracteres: «La empresa agradece á los favores del respetable é inteligente público cordobés, ha contratado á fuerza de sacrificios y por un corto número de funciones á la célebre amazona...»

SEÑOR YA ESMERALDA

que comparte con Madme. Loyo y Madme. Tampé el cetro de la ciencia hípica y del arte ecuestre.»

No bien los dos primos sacudieron, digámoslo así, el polvo del camino, y media hora antes de la función, acudieron á las cuadras y vestuarios del circo en donde reinaba extraordinaria animación.

Apénas los vió M. Lambé, corrió á ellos y con inequívocos signos de extremada satisfacción,

—Ya está aquí, ya está aquí,—les dijo:—esta noche hace su debut.

—Ya lo sabemos, querido M. Lambé. ¿Pero cómo ha sido eso?

—No acierto á explicármelo, señor marqués: é acontencimiento me tiene todavía aturrido. Uno de estos últimos días, por la mañana, estaba yo ensayando: de repente se presenta una señora con el velo del sombrero echado sobre el rostro, me abraza, me da dos sonoros besos, se alza el velo y por poco caigo á la arena al reconocer á Esmeralda.

—¿Fú?—exclamé—¿tú aquí?

—Ya lo veis.

—¿Y tu padre?

—Arruinado y caminando otra vez hácia la India.

—¿Dejádote sola?

—No, con una prima suya, vieja y que apenas tiene para vivir. No he querido serla gravosa y vengo á trabajar con V.

—¿Ay hija mía! ¡en qué mala ocasión! No sé si tendré caballo que destinarte ni si podré hacerte un traje. Estoy arruinado.

—No te inquietes por eso, papá Lambé, yo tengo trajes y dos caballos.

—Y en efecto, Esmeralda traía dos caballos—prosiguió el director:—vengan Vds. á verlos.

El marqués y su primo fueron á la cuadra con M. Lambé y examinaron como inteligentes los dos hermosos animales que este les mostró. Uno de ellos era saltador de obstáculos, ruso, excesivamente largo de remos y de pelo encrespado. Se asemejaba á un ciervo en la altura de su cuarto trasero y tenía el cuello prolongado y flexible.

—Con este caballo—observó el director,—Esmeralda podrá saltar barreras de tres metros.

—¿Y resistirá al desazonamiento?—preguntó el primo del marqués.

—Seguramente. No saben Vds. lo que es Esmeralda. Saltará con *Borso* y saltará con el corcel del diablo. Este otro caballo, según parece, se llama *Orion*—prosiguió M. Lambé, señalando á uno inglés, admirable, lleno de armonía en sus remos, nervioso, y fino como el satén: tenía la cabeza árabe, y los jarretes normandos.

—Este animal es de gran valor—dijo el marqués;—lo menos ha costado ocho mil duros. ¿Cómo el padre de esa jóven no le ha vendido puesto que está arruinado?

—Eso mismo la he preguntado yo, y me ha contestado que á fuerza de ruegos había conseguido del carino paternal este valioso y último regalo.

VI

Fácil es comprender el interés con que el marqués y su primo asistieron aquella noche á la función del circo ecuestre.

En la primera parte, Esmeralda debía ejecutar ejercicios de saltos con *Perso*, y en la segunda montar á *Orion* á la alta escuela.

El circo estaba casi lleno de espectadores. El pomposo anuncio de los carteles había hecho efecto, y además por una feliz casualidad aquella noche lloviznaba, cosa rarísima en Córdoba durante el mes de junio, y los pasantes nocturnos se veían privados de la diversion de tomar el fresco en el Gran Capitán.

A las nueve, Esmeralda se presentó en la arena del circo.

Vestía un traje de capricho, estilo de Luis XV. Llevaba un sombrero tricornio galoneado de oro, peluca empolvada y algunos lunares en las mejillas; así es que no podía juzgarse completamente de la expresión de su fisonomía. Pero los ojos, como había dicho M. Lambé, despedían fuego.

Al practicar un peligroso ejercicio dió muestras de un arrojo sorprendente; y era de admirar aquella frágil criatura dominando á su gigantesco caballo y haciéndole saltar barreras inverosímiles. Velase al animal doblarse sobre sus jarretes é ir á caer al otro lado del obstáculo, y á la amazona, después de resistir á aquella conmoción tremenda, casi clavada á los arzones, saludar graciosamente al público con su mano enguantada.

En Córdoba hay muchos inteligentes, pero pocos podían apreciar como el marqués y su primo la notable seguridad y limpieza del trabajo de Esmeralda. Aplaudían con entusiasmo. Efectivamente, la jóven amazona era un complemento de Madme. Loyo y de Madme. Tampé; tenía la temeridad flexible de esta y la elegante destreza de aquella.

Una hora más tarde, volvió ó presentarse montando á *Orion*. Vestía el traje natural de *cauyère*; sólo que en vez de sombrero alto, llevaba uno á lo mosquetero, con plumas. Sus cabellos partidos sobre la frente se unían por detrás en un conjunto opulento y sus negros y brillantes ojos iluminaban su rostro pálido, altivo y melancólico. Ejecutó los difíciles ejercicios con la misma científica habilidad que su maestro M. Lambé, pero con más facilidad y distinción; parecía que el caballo sentía la influencia encantadora de la mujer. Esmeralda no le obligaba, le guiaba con indicaciones de espolazos, con movimientos de fusta é inflexiones de cuerpo. Un ligero sudor salpicaba apenas la lustrosa piel de *Orion*, que sacudía de vez en cuando su ondulante crin lanzando relinchos comprimidos de alegría.

En esta ocasión el entusiasmo fué unánime; el público estaba electrizado.

Después del ejercicio, y no bien pudieron ser presentados por M. Lambé á la intrépida amazona, el marqués y su primo la felicitaron con efusión.

Gracias á la presentación de la nueva *cauyère*, las entradas aumentaron algo, pero no tanto como esperaba el director. En provincias la curiosidad y la admiración duran poco.

Nuestro protagonista y su pariente, sumamente aficionado é inteligente, veían trabajar á la artista con mayor interés cada día. Sucedia con frecuencia que Esmeralda, en mitad de su trabajo, paraba en seco á su caballo delante del marqués y de su primo. La segunda noche aquel había llevado un ramo para arrojárselo á la amazona, pero como esto es poco galante tratándose de una dama que está á caballo, se puso en pié y en una de las paradas se le dió saludándola.

Esta galantería se hizo costumbre, y la escena del ramillete formó, hasta cierto punto, parte del programa de la función.

VII

Aunque estas flores ofrecidas y aceptadas eran una especie de relación tácita entre ambos jóvenes, nunca habían tenido ocasión de hablarse á solas. El director vigilaba á Esmeralda constantemente. Sólo una noche, pasado algún tiempo, al terminarse la función con una pantomima, Esmeralda estaba sentada como espectador en las primeras sillas, y el marqués, creyendo ver que ella le invitaba con una mirada, fué á sentarse á su lado. Hablaron hasta que terminó el espectáculo.

No es posible decir si Carlos (este era el nombre del marqués) estaba enamorado de la mujer ó entusiasmado por la artista. Cuando hablaba de Esmeralda con su primo, ponderando su destreza, elegancia y talento, éste se sonreía.

Verdaderamente, todo en la jóven amazona era distinguido y singular.

Hospedábase en la fonda de Susini, y se hacía acompañar siempre por un viejo criado á quien no se podía sacar nunca la palabra del cuerpo; tipo del servidor inglés que participa hasta cierto punto del orgullo y reserva de sus amos. El marqués tenía una imaginación ardiente y novelesca y no se resignaba á admitir que la *novela de Esmeralda*, contada por M. Lambé, tuviera un desenlace tan sencillo y tan prosaico.

Sentía vivos deseos de visitarla, pero no se decidía, pues creía adivinar que á la intimidad que él solicitaba, ella oponía obstáculos y los dejaba entretener.

Una noche los dos primos supieron en el circo que Esmeralda se había quedado en la fonda, algo indisputa, y con este motivo ó pretexto se decidieron á ir á verla. Hicieron pasarla sus tarjetas y fueron recibidos.

Esmeralda no se mostró sorprendida ni disgustada, y les hizo los honores de la velada con la mayor naturalidad.

Abordaron bastantes temas de conversación y en todos demostró aquella una elevación en su sentido tan recto, que les dejó encantados.

Se habló de viajes y de países y el primo del marqués dijo:

—¿Cuánto envidio á Vds. por lo que han visto y observado! Yo que no he salido de España!

—No lo sienta V. demasiado—observó Esmeralda.—Entre la vida sedentaria y la errante que yo llevo, prefiero la primera. Me voy convenciendo de que la verdadera felicidad, si existe en alguna parte, no es ciertamente en la continua exhibición y movimiento.

Carlos la escuchaba conmovido.

Ella se levantó, se aproximó al piano y comenzó á tocar distraidamente.

—¿Debe V. saber música, como lo sabe todo?—preguntó el primo del marqués.

—No todo, por desgracia; algo de varias cosas.

—¿Que va V. á tocar?

—Lo que Vds. quieran y yo sepa.



LOS COMIÇOS DE LA LEGTA, cuadro por J. Grutzner



MERIENDA CAMPESTRE, cuadro por M. Volkhart

—El último pensamiento de Weber.

—Bueno. Lo sé por casualidad.

—¡Ooóe con una expresión de profunda tristeza. Al acabar dijo:

—Parece un adiós a la vida y a la felicidad....

—Cuando los dos primos salieron de la fonda, Cárlos estaba perdidamente enamorado.

VIII

Dos días después supieron que la compañía ecuestre se ausentaba de Córdoba, y que sólo daría tres funciones de despedida.

Aquella noche trabajó Esmeralda excediéndose a sí misma. Segun costumbre, se sentó en una silla a ver la pantomima final. El marqués se colocó a su lado: se hablaba muy preocupado.

En un momento en que la orquesta acompañaba a la representación, Cárlos dijo a la jóven, que también estaba pensativa:

—Deseo hablar a V. y la suplico que me indique la hora.

Ella se estremeció, miróle con fijeza y contestó:

—Mañana, al medio día, estaré en la fonda.

Cárlos pasó el resto de la noche y las primeras horas del siguiente día en un estado de constante agitación. A las doce fué recibido por Esmeralda, en su cuarto de la fonda. La jóven se hablaba muy conmovida y sólo pudo indicarle con un ademán que se sentara.

—Señorita,—dijo el marqués con acento firme y tembloroso a la par,—vengo a dar cerca de V. un paso muy grave: mas espero que me comprenderá cuando me haya oído.

Esmeralda no contestó.

—M. Lambé me ha contado el modo que tuvo de encontrar a V. y la manera con que V. abandonó su compañía, reclamada por su padre. ¿Es exacto todo esto?

—Sí señor.

—¿Es igualmente verdad que estando su padre de V. arduamente y asistente, V. no ha querido ser gravosa a una parienta y asistente, lo cual fué motivo para que volviera a seguir la profesión a que se ha dedicado desde la infancia?

Esmeralda titubeó; después dijo:

—Es verdad.

—Pues bien, señorita, yo no tengo familia allegada, mi fortuna es mediana. ¿Quiere V. ser mi esposa?

—¿Por qué me ha dicho V. que no tiene familia allegada?—preguntó Esmeralda mirándole frente a frente.

El marqués bajó los ojos.

—Voy a decirselo a V.,—repuso la jóven,—porque a tener familia allegada, V. no se casaría con una *cayére*.

—He querido decir,—replicó Cárlos,—que mi familia no podrá, por causa de preocupaciones de que yo no participo, criticar un enlace que labrará mi dicha.

—Sin embargo, señor marqués de Valdecarriro, si V. lo olvida, yo debo acordarme de que soy una volatinera.

—¿Pero bien?...

—Rehuso el honor que V. trata de dispensarme.

—¿Rehusa V., me rechaza? ¡Oh! ¡V. debe tener otros motivos!

—Sí,—dijo Esmeralda haciendo un esfuerzo.—Tengo uno, y es que no quiero renunciar a mi oficio.

—Ayer mismo decía V. que ese... oficio la causaba muchos disgustos.

—Es cierto, pero también tiene sus compensaciones, como todas las cosas de la vida. ¿Cree V.—prosiguió con una exaltación ficticia, que no hay encanto y satisfacción suprema en oír los aplausos de la multitud, gozando al mismo tiempo de las emociones del peligro arrojado y vencido?

Cárlos se iba poniendo pálido.

Esmeralda se levantó bruscamente, tomó la mano del marqués, se la estrechó con suavidad y dijo:

—Sepáramos como buenos amigos. Con el tiempo V. me olvidará.

—Yo no olvido nunca,—replicó él con acento indefinido.

—Permancieron silenciosos durante algunos instantes.

—Esmeralda,—repuso el marqués, poseído de vivísima emoción,—amo a V. hasta el punto de morir y he creído que V. me correspondía. Prométame pensarlo mejor, no me rehusa V. la felicidad, tal vez por orgullo. Esta noche al terminarse la función, ruego a V. que me haga saber su resolución definitiva.

Dichas estas palabras, inclinó la cabeza sin acertar a decir nada, y tal vez por evitar una negativa por parte de la jóven, se alejó precipitadamente.

IX

Por la noche, cuando después de la representación salían del circo los artistas, el marqués dijo a Esmeralda:

—Me permitirá V. acompañarla; supongo que ya habrá reflexionado.

Ella tomó su brazo, y seguidos por el criado inglés comenzaron a andar lentamente por el paseo del Gran Capitan.

—He reflexionado, en efecto, señor marqués,—dijo Esmeralda con acento casi alegre,—y hé aquí el resultado de mis reflexiones. V. pertenece a una familia ilustre y caballeresca y debe saber que en los tiempos de la caballería las damas sometían a sus caballeros a pruebas de constancia y abnegación. Unas veces les enviaban a pelear contra los saracenos, otras a encadenar a algún gigante en una selva encantada y no pocas a hacer penitencia en el yermo, como Amadis de Gaula....

—Éxijame V. las pruebas que quiera,—interrumpió Cárlos con vehemencia.

—Las que son compatibles con esta época prosaica.

—Diga V.

—Si consiente V. en contratarse en la compañía de M. Lambé y si después de haber compartido conmigo esta vida errante y azarosa, se siente V. en su resolución respecto a mí, accederé a lo que me demanda.

—¿Y con qué título podrá contratarme?—preguntó el marqués, suponiendo que Esmeralda se chanceaba.

—El título no hace al caso. No se le exigirán a V. imposibles. V. es demasiado caballista para poder dar lecciones de equitación en las poblaciones en donde nos detengamos, y en caso necesario, puede reemplazar al apoderado de la compañía, que no goza de buena salud.

—¿De modo, que será yo el que salude tres veces al público y después le anunciaré el espectáculo del día siguiente?

—Precisamente, V. será el que diga «Señoras y caballeros: mañana grande y brillante representación compuesta de ejercicios variados etc., etc.» Como V. comprende, esto no es muy difícil.

—¿Pero habla V. con formalidad?

—Con toda formalidad,—contestó Esmeralda con acento firme, pero volviendo la cabeza.

—Está bien: acepto el convenio. Mañana temprano hablaré con M. Lambé.

—No, temprano no. Preveo dificultades, tendríamos un disgusto y quiero trabajar por la noche con mis nervios tranquilos. Entiéndase V. con el después de la función.

—Lo haré así.

Habían llegado a la puerta de la fonda.

—Adios, marqués, hasta la vista,—dijo la jóven estrechándole la mano.

—¿Hasta mañana!—y Cárlos besó respetuosa y tiernamente la mano que tenía entre las suyas.

X

Cárlos se explicaba la extraña exigencia de su amada.

—Siente,—se decía,—el orgullo de su inferioridad social respecto a mí. Temé que mi resolución sea el arrebatado de un momento, quiere poner a prueba mi cariño y darme tiempo para pensar fríamente. Además, hay en ella un enigma que no acierto a explicarme.

Pasó el día siguiente lleno de impaciencia y de zozobra. La decisión era terminante, amaba con verdadera pasión y se creía amado; tenía fe en la rectitud del carácter de Esmeralda; y sin embargo, experimentaba una inquietud vaga y dolorosa, un presentimiento de una desgracia próxima.

Después de almorzar, por distraerse de su agitación, montó a caballo y se fué a cazar, o más bien a vagar por la falda de la sierra.

Volvió a su casa al anochecer, comió y se dirigió al circo ecuestre.

Entrando, según costumbre, por la puerta de los vestuarios, vió al director dando disposiciones para la función, que aún no había comenzado, y se dirigió a él.

M. Lambé hablaba con voz seca y estridente; en su aspecto había algo extraordinario. Al ver al marqués, su semblante se contrajo. Este había prometido a Esmeralda no decirle nada, hasta después de la representación, y se limitó a saludarle.

El director sin devolverle el saludo le dijo:

—No esperaba ver a V. esta noche, le suponía más dulcemente ocupado.

Estas palabras y la expresión de desprecio é ironía con que fueron pronunciadas, sorprendieron a Cárlos.

—No comprendo lo que quiere V. decir, M. Lambé.

—Le suponía a V. al lado de su amada, que V. me ha escamoteado.

El marqués se estremeció.

—¿Qué significa esa palabra, M. Lambé? ¿A quién he escamoteado yo? Explíqueme V.

—Caballero, tengo prisa, la función va a empezar, en el intermedio nos veremos.

El marqués quedó solo. Pensaba en las extrañas palabras del director, observaba cierto aire de desaliento en los artistas que entraban ó salían de sus cuartos. Presentía algo inusitado.

Desenaba preguntar por Esmeralda y no se atrevía.

Se acercó a los pesebres, en donde estaban los caballos de esta, y exhaló un suspiro de satisfacción al ver a *Perseo* y *Orion*.

Salió al circo, que estaba casi desierto. Los artistas trabajaban como de mala gana. Entónces le fue ocurrida una idea; fué a ver el cartel fijado en la parte exterior; en él no se anunciaba ningún trabajo de Esmeralda; en cambio en una larga nota el director y los artistas se despedían del público cordobés.

Esto no le sorprendió, pero sí lo primero. ¿Cómo no tomaba parte Esmeralda en la última función?

Se decidió a preguntar por ella al primero que encontrase perteneciente a la compañía; mas, como empezaba el intermedio, determinó ver a M. Lambé. Halló a este en la entrada de las cuadras dando órdenes a los mozos.

—Héme aquí, M. Lambé,—dijo Cárlos aproximándose—espero que me explicará sus anteriores palabras.

—Usted es quien debe explicarme la extraña desaparición de Esmeralda, pues no creo a V. ajeno a ella.

Al oír estas palabras el marqués sintió como un golpe en el corazón. Quiso hablar y no pudo; por fin se repuso y exclamó:

—¿La señorita Esmeralda ha desaparecido?...

—Caballero, no divaguemos. Yo no tengo derechos

sobre ella, es cierto; pero no merecía este abandono. Ella ha obrado mal, pero V. peor; pues, a juzgar por su conducta, no procede V. con rectitud.

Mediaron explicaciones. El director se convenció de la buena fe del marqués, y le refirió cómo Esmeralda había partido a las dos de la tarde en el tren correo de Madrid, dejando escrita una carta cariñosa y lacónica en que se despedía de él *quidam para siempre*, y le regalaba los dos caballos *Orion* y *Perseo*.

XI

Durante mucho tiempo Cárlos permaneció en ese estado inconsciente en el que es difícil definir las sensaciones.

Cuando recobró la facultad de coordinar sus ideas, sondó su corazón y le halló más lleno que nunca del amor y de la imagen de Esmeralda. Advinió toda la extensión del sacrificio que ésta se había impuesto, amándole y huyendo de él. Esperaba un indicio, un rastro para encontrarla; y sentía una vaga esperanza de que si él no conseguía ir a ella, ella, más pronto ó más tarde, vendría a él.

Un día, después de cazar hasta por la noche, halló en su casa una carta que le sobresaltó, porque tenía el sello de Inglaterra; pero antes de abrirla sonrió tristemente al notar que el sobre estaba sellado con un escudo de armas y escrito con letra que parecía de hombre.

La carta decía así:

«Señor marqués de Valdecarriro: durante la invasión francesa en España, mi abuelo mandaba el tercer regimiento irlandés que formaba parte del ejército auxiliar de la Gran Bretaña. En el desembarco sobre San Sebastián, los ingleses y los patriotas españoles fueron rechazados por los franceses. Mi abuelo cayó herido cerca de la playa, y hubiera muerto ó por lo menos hubiera sido hecho prisionero, sin la intervención de uno de vuestros ascendientes (no puedo precisar cuál sea) que a riesgo de su vida le condujo en hombros hasta la ensenada en donde los botes ingleses esperaban el resultado del desembarco.

Tales servicios, señor marqués, no se olvidan nunca y mi familia tiene la tradición de la gratitud respecto a la vuestra. Mi padre escribió al vuestro como yo lo hago ahora, ofreciendo cuanto valemos y poseemos. Mi hermano primogénito tal vez no ha cumplido este sagrado deber respecto a vos por causa del corto tiempo que llevó el título de nuestra casa. Yo, desgraciadamente, le he heredado, y habiéndome informado de vuestra residencia, me dirijo a vos para expresaros mi agradecimiento de mza.

Me permito, además, pedir os un gran favor. Tengo entendido que sois jóven y aún no estáis constituido en familia. ¿Queréis proporcionarme la inmensa satisfacción de daros hospitalidad, durante una temporada, en mi castillo de Mac-Donall? Si mi avanzada edad y mis achaques no me lo impidieran, yo iría a esa noble tierra de España para estrechar la mano de un Valdecarriro.

»Ruegoos que aceptéis mi invitación, teniendo presente que es, no sólo el deseo, sino que también la súplica de un anciano.

»Condado de Clare—Castillo de Mac-Donall—*Lord Mac-Donall*»

Después de haber leído esta carta, el marqués recordó efectivamente haber oído hablar a su padre, con referencia a su abuelo, del desembarco de San Sebastián.

El color era insostenible en Córdoba y nada le detenía en ella. Resolvió, pues, acudir a la invitación que se le hacía. Además, experimentaba una secreta satisfacción en ir a Inglaterra, donde tal vez podría saber algo respecto a Esmeralda.

Durante el viaje, pensó incesantemente en la excéntrica artista; con la contradicción de la separación su amor había aumentado, si esto era posible. La imagen de la jóven amazona se le presentaba rodeada de todos los prestigios; cuánto valía aquella niña abandonada y pobre que rehusaba un enlace para ella ventajosísimo, por motivos de la más refinada delicadeza! ¡Qué corazón de gran señora revelaba el regalo de los dos caballos hecho a M. Lambé, caballos magníficos que por sí solos constituían una pequeña fortuna!

El marqués, después de detenerse algunos días en Londres para admirar aquel planeta (que no ciudad), se trasladó al condado de Clare en Irlanda, residencia de Lord Mac-Donall.

(Continuará)

LA BELLEZA

Cada uno tiene en el mundo su manera de ver las cosas, como cada uno tiene su manera de andar, de decir, su eco de voz, sus virtudes, sus debilidades y sus vicios; cada uno tiene sus simpatías y sus antipatías; en una palabra, sus gustos, y entre ellos, el refrán lo asegura, los hay que merecen palos.

Esto no obsta para que ingenuamente confesemos que el tener buen gusto no es cualidad más apetecible para vivir con dicha, y para llegar a ser hombre de provecho, durante la peregrinación que la criatura ha de hacer, bajo pena de muerte, por este valle de lágrimas.

Por más que sea cosa sabida que de gustos nada hay escrito, lo cierto es que yo estoy muy ufano del mío, como cada uno del suyo, y digo yo, y no nosotros, porque conozco cosas y personas que les caen en gracia a sus compañeros, por cuyo delito los condenaría de buen grado una y mil veces a lo que el refrán consigna que son acreedores los que tienen mal gusto.

¡Cuántas veces he pensado en el inmenso caudal, en el gran tesoro que se le entra por las puertas al dichoso mortal que no tiene eso que ahora podríamos llamar *apria-*



APACENTANDO UN REBAÑO, dibujo por B. Galofre

ciones estéticas en el espíritu. ¡Ahí es un grano de anís! ¡Cuántas veces hubiera yo hecho fortuna, si no tuviera esta profunda aversión á todo lo feo! y sin embargo, ¡cuántas cosas feas me han sucedido! ¡en cuántas ocasiones habré yo estado, si es que no lo estoy siempre, capaz de asustar á los niños, y en disposición de que á mi lado pareciera hermoso el mismo Píctio en cuerpo y alma!

¡Hé aquí el destino del mísero mortal que tiene en su organización ese pícaro vicio de amar la hermosura en todas sus manifestaciones y desenvolvimientos; estará siempre, ó casi siempre, en feo, por pasar la vida soñando y buscando todo género de bellezas.

Si yo no hubiera amado desde niño á las mujeres bellas, ¡quién sabe si todavía tendría aquellas angélicas ilusiones que saqué del colegio, y que constituyen la mayor belleza del alma! Hé aquí, pues, la primera belleza que he sacrificado en aras de la belleza misma. Si yo hubiera sido capaz de amar á una fea, estaría ahora, ¿quién sabe? hecho un palomito, casado, condecorado, y tendría coches, caballos y galas, y andaría por ahí hecho un duque, en vez de ganarme, ya viejo y feo, tristemente el sustento, escribiendo filosofías extravagantes. Si siquiera hubiese yo tenido disposición natural para requebrar y adular á una suegra antídiluviana, gorda y rechoncha, con sus moñetes colorados, sus tirabuzones positivos y su ambiente de señora mayor, ¿quién sabe si hubiera llegado á ser el predilecto de una niña hermosa, pura, angelical y bella, como la finge el desco?

Pero échese V. por esos mundos de Dios á buscar fortuna, sin más tesoro ni más armas que mi naturaleza antitélica á toda fealdad, de todo género y clase.

Desde niño he tenido una gran envidia á los poetas, porque ellos cogen el papel y se despachan á su gusto. Allí depositan la belleza que su alma atesora, y á fuerza de gastarla, pueden quitarse tan incómodo estorbo; pero los desdichados que no saben ó no pueden hacer versos, y están picados de la vibora de la poesía, esos padecen una enfermedad verdaderamente incurable.

No encontrarán sastre que los vista, por no probarles y reprobarles veinte veces cada cosa; ni sombrerero que no los odie por no saber cómo atinar con la forma del sombrero; ni cocinero que les sirva, por no saber cómo presentarles el plato; ni camiserero que pueda dar en el bultillo del cuello; ni criado que acierte con la colocación *estética* de los muebles del cuarto; ni lavandera tan primorosa que no aje el chaleco ó saque poco lustre y blancura á la camisa; ni ayuda de cámara, ni su posición social se lo concede, que convierta en nido espejo sus charoladas botas. Y si el amante de la belleza pudiera ser rico, entonces, ¡cielos santos! ¿cuánto le durara su fortuna? Cuadros, caballos, libros, estatuas, carruajes, armas, perros de caza, la quinta, el estanco, y el soto, y los caballos de carrera, y el palacio, y socorrer á los amigos pobres, y la belleza de una obra de caridad... ¿Y cómo no tener amores con una artista, con esas mujeres privilegiadas que centuplican su hermosura con su *inspiración*, con su talento, con su gloria, con su fama, y...? ¡Oh alma bella! que te arrojen los tesoros de todos los Cresos de la tierra, que tú darás de ellos cumplida cuenta.

Pero todo en el mundo tiene justa compensación: ahí quedan, sino, los placeres puros del amor; del amor delicado, sublime, que es y ha sido, y será siempre, la primera necesidad de toda alma bella.

Esta observación es verdaderamente consoladora. ¡Ya se ve, si uno pudiera amar sin amar á nadie! ¡Si los tesoros de ternura de que el amor se alimenta se quedasen en uno mismo! ¡Si no fuera condición precisa depositarlos en otro ser que correspondiese con la misma ternura... pero sin más tesoro que un alma delicada y un amor puro! Busca, busca amores.

¿Has visto esa criatura angelical, en cuyo rostro candoroso están retratadas todas las virtudes? Pues arrójate á sus pies, y sin más mérito que un alma bella, dile:—Yo te adoro.

¿Has visto esa mujer noble y elegante en cuyos ojos se retrata el vivo fuego de una pasión ardiente? Ella todo lo posee, aristocracia, riqueza, hermosura, talento, sólo le falta quien la ame como ella se merece. Pues arrójate á sus pies, sin más mérito que un alma bella, y dile:—Yo te adoro.

¿Has visto esa madre cariñosa cuyo único deseo es que su hija encuentre un compañero capaz de hacerla feliz, y á quien pueda dejarle encomendado aquel pedazo de sus entrañas el día que cierre los ojos por última vez? Pues pídele la mano de su hija, diciéndole:—No tengo más mérito que mi alma bella que la adora.

En fin, ¿has amado alguna vez, has escuchado las frases ardientes del amor correspondido, has aspirado el aliento perfumado de la mujer que adorabas, has tenido en tus manos la cabeza hermosa del ser querido, has jugado con sus cabellos, has visto reflejarse la llama de tu amor en el espejo de sus ojos, y sobre todo, has creído que te amaban? Pues si algo de esto te ha pasado, piensa si el recuerdo que de tanto bien guardas es bello; recorre tu memoria, y dime si no te dijo nunca una frase que desgarrara tu corazón, si encontraste en ella siempre aquellas condiciones que tú soñabas, si no te mostró más de una vez el egotismo en toda su brutal fiera, si no tuviste celos, si no lloraste desengaños. Y si no has pasado por tan triste trance, el cielo te guarde, porque tú podrás ser feliz, porque en tu alma no existe el grave inconveniente.

La aspiración de lo bello, enfermedad estúpida, ridícula, condición inseparable de los tontos, en el siglo en que vivimos, manía que puede llevarle á la casa de locos, pero que no te llevará nunca á las puertas de la fortuna; que tal vez ponga en tu mano la pluma de los genios, pero nunca la belleza que conoce y aplaude el mundo. Y cuando aprendas á conocer para lo que la belleza del alma sirve, pasarán á tu lado los que, sin alma bella, arrastran coches, y visten galas, y poseen riquezas, y todo el mundo encontrará en ellos la belleza que los tontos con alma bella andan buscando.

Si una voluntad omnipotente y divina me dijera que pidiese cuanto á la felicidad de la vida pudiera conducir-me, le contestaría que en vez de darme algo, me arrebatase lo que en el alma me estorba, y entonces, sería completamente feliz.

E. DE LUSTONÓ

LA CIENCIA ANTIGUA

LOS VEINTE TRÍPODES DE VULCANO

Refiere Homero, en el libro XVIII de su *Iliada*, cómo después de la muerte de Patroclo, y al ver que Aquiles estaba resuelto á vengar á su amigo, fué Tétis al palacio de Vulcano á suplicarle, que fabricase para su hijo un fuerte escudo, un morrión con su correspondiente penacho, una finísima cota y unas hermosas grebas de las que se abrochan en el tobillo á modo de guerreras polainas. Todo lo cual era preciso, porque Patroclo habíase llevado las armas del hijo de Peleu y al perder la vida había perdido toda la armadura de Aquiles.

Llegó, sigue diciendo Homero, la diosa Tétis á la morada del ínclito Vulcano; maravilloso palacio de duración eterna, hecho todo de bronce, brillante como si fuese un astro, superior por su hermosura á todos los palacios de los otros dioses, y que por la propia mano del divino herrero había sido fabricado. Encontró la hermosa nereida al Nímen de las fraguas, cubierto de sudor y muy afanado alrededor de los fuelles, *porque estaba fabricando á la vez veinte tripodes que, puestos contra la pared y abandonados á su propio impulso, pudiesen por sí mismos entrar en el salón de juntas de los inmortales, volviendo después á donde estaban primero sin dirección ni esfuerzo ajenos.*

En esta forma traduce Hermosilla el pasaje que acabamos de citar.

Entrando en el palacio del ínclito Vulcano, dice el traductor,

...De sudor cubierto hallóle Tétis, y agitado en torno corriendo de los fuelles; porque entonces tripodes veintidos á la pared á un tiempo fabricaba que á la paré á veces arriados del magnífico aleazar, por sí mismos en el régio salón entrar pudiesen en que se juntan los eternos dioses y volver otra vez á donde estaban: ¡admirable prodigio! Les pusiera con este fin delgado de un fondo ruedas de oro macizo. Solamente las asas no añadiera; pero entonces las preparaba y en el duro yunque machacaba los clavos que debían afirmarla. En tanto que afanoso él trabajaba con destreza suma, llegó Tétis, y vista desde lejos la hermosa Ciris, que las rubias trenzas con la corona ónticas sujetaba.

La creación de los *veinte tripodes automotores* se ha considerado por mucho tiempo como una de tantas imaginaciones del poeta, pero M. Rochas, en la obra que ya en otro artículo hemos citado, da noticias interesantes y curiosas acerca de este ingenioso invento de la clásica antigüedad.

Segun parece, Apolonio vió dicha singularísima clase de vehículos en la India; Platon hace referencia á varios

mecanismos de este género contruidos por Dédalo; Macrobio afirma que existían en Anzio (puerto del mar Tirreno) estatuas que se movían por sí mismas; Aristóteles habla de muchos autómatas que había tenido ocasión de observar, y en uno de sus libros sobre Política, consigna esta profética reflexión: «Si cada instrumento pudiese por sí mismo, y en cumplimiento del mandato de su dueño, trabajar como las estatuas de Dédalo y los trípodes de Vulcano, es lo cierto que no habría necesidad de esclavos.»

Por último, Heron en su tratado sobre los autómatas (tratado que M. Pron ha traducido y publicado en parte en las Memorias de la Academia de inscripciones del año 1881), describe el mecanismo en cuestion que es en extremo ingenioso y sumamente sencillo.

Consiste en un cajón tan ligero como sea posible y montado sobre tres ruedas: dos de ellas, unidas sólidamente á un eje, son las ruedas motrices; la tercera, que es más pequeña y va delante, sirve únicamente para sostener el mecanismo y dirigir su movimiento. Por lo demás, claro es que el suelo ha de ser horizontal y plano y ha de estar desembarazado de todo obstáculo.

Veamos ahora cómo se comunica el preciso movimiento de rotación á las ruedas, cómo se calcula el tiempo que ha de quedar inmóvil el trípode y de qué suerte se consigue un movimiento de retroceso de todo el aparato; porque tales eran las condiciones mecánicas de los veinte trípodes que la diosa Tétis encontró en las fraguas del inmortal Vulcano.

Allí, según parece, subía sobre cada trípode un dios: entraban todos, como si dijéramos, en el salón de sesiones; deteníanse el tiempo de antemano calculado y dispuesto por Júpiter, y al concluir el plazo concedido á cada inmortal, que quisiera ó no quisiera, llevábasele fuera el trípode móvil, dando fin á su intervencion en el olímpico debate.

El aparato motor, que, como hemos dicho, es en extremo sencillo, se compone de los siguientes elementos:

Un tubo vertical:

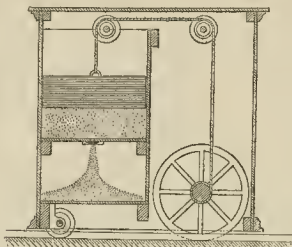
Un diafragma horizontal, que lo divide en dos partes ó capacidades, una superior, otra inferior y que lleva un agujero en el centro; y un contrapeso de plomo que entra en la capacidad de arriba.

Lenando gran parte de esta, entre el contrapeso y el diafragma, se echan granos de mijo ó de cualquier sustancia análoga, con tal que sean pequeños; lustrados, para que no rocen y resbalen fácilmente unos contra

otros; y de la necesaria resistencia para que no se aplasten.

Esta capa móvil de granillos oprimidos por la masa de plomo, sale por el orificio inferior del diafragma con bastante lentitud y regularidad, y cae en la parte inferior del tubo: es una cosa parecida á los relojes de arena.

Tenemos, por una parte, las ruedas motrices dispuestas á funcionar; tenemos, por otra, en el interior del tubo, el contrapeso de plomo que uniformemente desciende; y basta para transformar este movimiento rectilíneo en otro de rotación, hacer que parte de la masa motriz una cuerda, dirigirla por dos poleas, y rodearla en uno ú otro sentido muchas veces alrededor del eje de las ruedas motrices.



MECANISMO QUE PONIA EN MOVIMIENTO EL TRÍPODE DE VULCANO

El peso de plomo tirará de la cuerda; la cuerda hará girar al eje, con el eje girarán las ruedas motrices y engranando por el rozamiento con las asperezas del suelo, como las ruedas de una locomotora engranan con los carriles, harán avanzar al trípode como la locomotora avanza, en la dirección que la rueda de delante vaya marcando sobre el terreno.

Tenemos aplicado el movimiento de avance: los dioses han penetrado en el Olimpo cada uno en su carretoncillo ó trípode correspondiente.

Ahora es preciso que el aparato se detenga, y después es indispensable, que trascurrido cierto tiempo retroceda y se marche por donde vino con su divina carga.

Ambos efectos se consiguen, según explica Heron, de la siguiente manera:

Imaginemos que la cuerda de que ántes hablamos, se divide en cierto punto en dos ramales ó cuerdas de distintas longitudes; que una de ellas se enrolla, como hemos dicho, sobre el eje motor sujetándose al mismo su extremo por un simple lazo enganchado en un clavo ó tope; y que el otro ramal, sujeto también al eje, queda flojo y colgante. Es claro que á medida que la primera cuerda se desarrolla, se enrollará la segunda en sentido contrario, quedando de este modo dispuesta para el movimiento de retroceso.

Ahora bien; cuando la primera cuerda se acaba, el lazo sale del tope; y su acción sobre las ruedas motrices cesa por completo; y el carro se detiene. Si las dos cuerdas fuesen iguales, en este mismo instante empezaría el movimiento de retirada y el dios trasportado no iría más que presentarse, saludar á la celeste asamblea y salir. Pero si las cuerdas tienen longitudes distintas; si al desprenderse la primera, no se ha enrollado por completo la segunda y una parte de ella no se halla en tensión, el trípode se detendrá; y se detendrá tanto más tiempo cuanto más larga sea la longitud sobrante.

Júpiter podía calcular perfectamente el tiempo concedido á cada Dios para que esplayase su pensamiento. Los discursos celestiales podían medirse por pies, por estadios; y por kilómetros hubiera podido medirlos Homero si en su tiempo se hubiera conocido el metro.

Es más; si el ordenador del Olimpo calculaba que tal momento de la discusión era peligroso, podía de antemano disponer las ocultas cuerdas de los trípodes con tales longitudes que en un mismo punto y hora saliesen disparados los veinte carricoches por las veinte puertas del cielo llevándose á las veinte batalladoras deidades cuyos gritos se perderían á lo lejos ahogados por el rechinar de las ruedas y el traqueteo del vehículo.

Y en efecto, por último, cuando toda la longitud sobrante de la segunda cuerda estuviese enrollada al eje, si la acción del contrapeso continuaba, cambiaría el sentido de la rotación y el movimiento de retroceso comenzaría al punto.

Tal es una de las disposiciones de los autómatas á que Homero se refiere sin duda alguna en el pasaje citado; porque es lo cierto que para ser invención ó casualidad, son muchas las casualidades y las coincidencias.

JOSÉ ECHEGARAY



EL CHARLATAN, copia de un cuadro de B. Ferrandiz

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

← BARCELONA 7 DE JULIO DE 1884 →

NUM. 132

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VISTA EXTERIOR DEL TALLER DE LOS SRES. MASRIERA en el ensanche de Barcelona

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—ROBANDO CORAZONES, por don Enrique Pérez Escrich.—ESMERALDA (*Conclusión*), por don Francisco Lozcolla.—EL OPTIMISMO DE LA DISTANCIA, por don U. González Serrano.

GRABADOS.—VISTA EXTERIOR DEL TALLER DE PINTURA DE LOS SRES. MASRIERA EN EL ENSANCHE DE BARCELONA.—UNA HOSTERIA ROMANA, cuadro por E. de Jans.—LA VENGANZA DE LAS FLORES, cuadro por G. Wertheimer.—ESTATUAS DE LOS PINTORES ROSALES Y FORTUNY.—LEGÓ TROPA, cuadro por Tomás von Krier.—LA MORENA Y LA RUBIA, cuadro por H. Bource.

NUESTROS GRABADOS

Vista exterior del taller de los Sres. Masriera
EN EL ENSANCHE DE BARCELONA

Los Sres. Masriera no pertenecen al número de esos pintores que se limitan a pintar buenos cuadros y a invertir su producto en títulos del 4 por 100 ó en tierras de pan llevar, como pudiera un mercader gallego, sea dicho sin ofensa de los laborosos y honrados hijos de Galicia. Nuestros paisanos Masriera rimden fervientemente culto al arte que profesan; y como todo culto necesita un templo, han confiado al arquitecto Sr. Vilaseca la traza y dirección de ese templo, que honra no ménos á su autor que á sus propietarios.

A la simple vista de ese edificio, que imita las sencillas cuanto elegantes líneas de la más pura arquitectura griega, se adivina que únicamente puede haber sido construido para honrar al genio, con lo cual han estado más en lo cierto que los autores de la *Magdalena* y la *Bolsa* de París, de cuyos edificios nadie presuntirá que el primero sea un templo católico y el segundo un lugar de contratación.

La evocación de Grecia ó no tiene razon de ser en nuestros días, ó ha de ser correlativa de la idea de la ciencia y del arte, del arte sobre todo; porque si algo caracteriza el instinto del pueblo griego es su admiración, su respeto, su entusiasmo por lo bello, que trasciende á su vida pública y privada, á su manera de ser, de obrar y hasta de legislar.

Y si alguna duda pudiera caber respecto del arte á que se rinde culto en el interior del taller de los Sres. Masriera, ahí están en su ancho vestíbulo, las estatuas de Fortuny y de Rosales, nuestros dos grandes pintores contemporáneos, de pie sobre el pedestal de su gloria y destellando rayos de ella en el interior de ese santuario del arte, donde se pintan lienzos como el de *Maria de Magdala*.

Felicitemos á los Sres. Masriera, no precisamente porque han tenido medios materiales para acreditar su buen gusto, sino porque á la vista de esa agradable construcción y conocido su objeto, hay que convenir que nuestra querida Barcelona produce indistintamente palacios de la industria que se llaman fábricas y palacios del arte que se llaman talleres.

Una hostería romana, CUADRO POR E. DE JANS

Roma no puede vangloriarse gran cosa de lo que se llama su pueblo hoy. Como en tiempo de sus césares, la famosa ciudad del Tiber encierra una masa de haraganes, nuestros dos grandes pintores contemporáneos, de pie sobre el pedestal de su gloria y destellando rayos de ella en el interior de ese santuario del arte, donde se pintan lienzos como el de *Maria de Magdala*.

Examinad, sino, el cuadro de Jans y si despojais de sus trajes á esos buéspedes de la hostería, ¿qué diferencia hallaréis entre los tipos de sus personajes y los tipos de esa turba acanallada que se enronquea en los combates de los gladiadores y encontraba que se había vertido poca sangre el día en que apenas quedaban en la arena del Circo los cadáveres de una veintena de hombres y de doble ó triple número de bestias feroces?

Pues el mayor mérito de esta composición consiste precisamente en esto. De ella podría decirse que es una fotografía hecha hace dos mil años y grabada hace apenas quince días.

La venganza de las flores, CUADRO POR G. WERTHEIMER

El aroma de las flores la mató.
Así dice el último verso de una sentida balada alemana de Freiligrath, en que se ha inspirado el autor de ese bello cuadro. Ni la balada ni el cuadro resuelven la duda acerca de si las flores homicidas son realmente flores ó una alegoría de las lisonjas, de los halagos, de las hermosas promesas, en una palabra, de las flores que, con procaz intención, se arrojan en el camino de las jóvenes enamoradas. Así, se explicaría la aparición de ese áspid que se escapa del ramillete y que en el cuadro materializa á la muerte, de una manera que no cuadraría ciertamente á la significación de simples aromas letales.

El autor de esta composición es austríaco, pero reside habitualmente en París, de cuya circunstancia se resiente algo el cuadro, que mejor pertenece á la escuela francesa que á la alemana. Cuando los artistas alemanes idealizan,

es indudable que idealizan más poéticamente, y trátanse de un asunto que sin duda se prestaba al ideal, la figura de la protagonista y su vestido, ó mejor dicho su desnudo, no están á la altura de una concepción realmentepoética.

De todas maneras, de esa mezcla de idealismo y materialismo ha resultado una composición agradable y no desprovista de mérito. Quizás pueda objetarse que de la protagonista se ignora, por su actitud y expresión, si positivamente ha muerto ó se encuentra simplemente dormida. Esto, sin embargo, podría estar hecho á propósito, para significar que, en tales condiciones, viene la muerte *tan ca lando*, como dijo el poeta.

Llegó tropa, CUADRO POR TOMÁS VON KATER

Llegó tropa, y cayó que hacer, como se dice vulgarmente.

Los soldados son poco escurpulosos en su manera de obrar: la ley de la fuerza es un código que tiene muy pocos artículos. Verdad es que cuando la necesidad premia y el *salus populi* gobierna, los goliath están poco más que de sobra.

Así nuestro cuadro, que es una verdadera miniatura grabada, representa una calle invadida por la soldadesca; sin que, empero, la cosa haya llegado á su período álgido. Sin duda el país es amigo y como tal se le trata. Empezá á circular el vino, pero aún no ha producido sus efectos. Dios no permita que la cosa pase á mayores, porque en tal caso el dueño de la posada pudiera muy bien liquidar cuentas á mosquetazos.

A pesar de lo cual, el cuadro es animado y tiene cierto sabor simpático que deja presentir, por medio de un finísimo grabado, las buenas condiciones de su original.

La morena y la rubia, CUADRO POR H. BOURCE

A la vista de esas dos deliciosas pescadoras, tan bien concebidas como bien ejecutadas, no se nos ocurre otra cosa que la canción de marras:

—Me gustan todas, me gustan todas,
Me gustan todas, en general...
Pero esa rubia, pero esa rubia,
Pero esa rubia... me gusta más!

ROBANDO CORAZONES

Novela de costumbres

POR DON ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

CAPÍTULO PRIMERO

[Joaquinito se casa!..]

Joaquinito Sarmiento era lo que en el lenguaje de las madres de familia se llama *un buen partido*; tenía veinte y cuatro años de edad, buena figura, rostro simpático, carácter alegre, salud inmejorable, ingenio natural, *don de gentes* y heredero de unos padres millonarios.

Además, era abogado con título legítimo para defender el *pro* y el *contra*, y como profesor en la ciencia del derecho, podía cuando se le antojara, probar que lo *blanco era negro* y lo *negro blanco*, privilegio exclusivo del talento que se rie muchas veces de la lógica, la justicia y la razón: de modo que, si alguna persona se consideraba feliz sobre el misero polvo de la tierra, era indudablemente Joaquinito Sarmiento.

Con estas dotes morales y materiales, nadie extrañaría que, en el pueblo donde tiene lugar la acción de esta verdadera historia, se comentara en todos los tonos, la estupenda, la asombrosa noticia de que Joaquinito se casaba con una madrileña pobre; esto era un absurdo, una afrenta hecha al pueblo, que tenía la *buenos costumbre* de odiar cordialmente á los forasteros; un bofetón moral impreso en el rostro de todas las muchachas casaderas, un insulto arrojado á la faz de las buenas y honradas madres de familia, que habían pensado más de una vez en llamarse *madres políticas* de Joaquinito.

Defraudar las esperanzas es tener mal corazón, y con justicia *pusieron el grito en el cielo*, cuando un sábado del mes de mayo, corrió por el pueblo la noticia del próximo casamiento de Joaquinito.

Al día siguiente, domingo, cuando la campana de la iglesia dió el primer toque de misa mayor, las señoras del pueblo se pusieron las mantillas, cogieron los rosarios y los libros devotos; y haciendo pasar á las hijas delante, se encaminaron á la casa de Dios, llenas de místico recogimiento.

Por el camino, doña Agueda tropezó con doña Soledad, y estas se encontraron con doña Angustias y doña Visitación; después de saludarse, como es propio entre gentes bien educadas, preguntaron por los respectivos esposos, y gozarse en los inocentes besos que cambiaban sus angelicales hijas, se encaminaron todas hacia la iglesia, á cumplir con Dios.

Como era natural, las hijas en la cuadrilla de delante, y las madres en la cuadrilla de detrás, comenzaron á hablar de la cuestión latente, de la noticia de efecto, del casamiento de Joaquinito con la forastera.

Cada cuatro pasos se detenían, porque en los pueblos ha quedado la costumbre tradicional de los frailes, es decir, hablar parándose durante sus higiénicos paseos.

Comentaron en todos los tonos el insulto que se infería al pueblo, casando un muchacho tan simpático como Joaquinito con una forastera, que Dios sabe quién sería.

Aquellas buenas y piadosas mamás soltaron por sus bocas *sapos y culabras* dulcificadas con estilo compasivo é intercaladas con palabras místicas.

—Cránme Vds., si horas; esta boda acabará mal,—dijo doña Angustias, exhalando un suspiro.

—¿Quién lo duda? Dios solo sabe de quién será hija esa muchacha,—añadió doña Visitación, poniendo los ojos en blanco.

—Lo que á mí me extraña—repuso doña Soledad—es que don Joaquín y doña María le den el consentimiento á su hijo para hacer una boda tan disparatada; porque, creo que en el pueblo no le hubiera fallado á Joaquinito con quien casarse dignamente.

—Calle V. por Dios; ese casamiento es un disparate.

—Pues las barbaridades se pagan.

—Ya lo creo que se pagan, y muy caras.

—Bien pueden Vds. decirlo; pero en fin, allá veremos quién es esa muchachuela de Madrid.

—Alguna coqueta *engatusadora* de hombres: es género que abunda en la corte.

—Déjala V., que en el pecado lleva la penitencia, y yo confío que nos hemos de ver mucho andando el tiempo, porque esa boda no puede hacerla otro que el diablo.

—Así saldrá ella.

—¿Y qué callado lo llevaban!..

—Cuando se ocultan las cosas no es por nada bueno, porque yo sé... pero cierto la boca, porque no me gusta murmurar de nadie; cada cual en su casa y Dios en la de todos.

—Pues hace V. mal en callar, doña Angustias; si sabe V. algo de esa muchacha, debe decirlo, porque en Madrid se da *gato por liebre*; y no es cosa que una con su buena fe y su inocencia abra de par en par las puertas de su casa á una desconocida, y en fin, cuando una tiene hijas mozas debe mirar mucho con quién se trata.

Las buenas señoras llegaron á la puerta de la iglesia, y se detuvieron formando un corte; las hijas entraron en el templo; la misa había comenzado, pero las mamás estaban tan vivamente interesadas en comentar la ofendida dignidad del pueblo, que continuaron *despellejando* á la madrileña, á quien no conocían.

Ni siquiera se apercebieron de que se hallaban solas en la plaza de la iglesia.

Un señor, vestido de negro, apareció en la calle inmediata y se acercó á las murmuradoras, con una sonrisa burlesca en los labios.

—Se quedan Vds. sin misa —les dijo saludándolas.

—¿Cómo puede ser eso si no hemos oído el segundo toque?—exclamó doña Angustias, que *llevaba la balata* en aquella *sinfonía de desolladura*.

Bien es verdad que doña Angustias tenía cinco hijos en estado de merecer.

—Eso no me extraña,—contestó maliciosamente el caballero:—muchas veces está uno tan embeebido en la conversación, que no oye nada.

—Dice V. bien, señor don Serafín,—añadió doña Soledad:—estábamos hablando del acontecimiento del día, de la próxima boda de Joaquinito y la madrileña.

—Lo supongo; la noticia ha caído en el pueblo como una bomba, repuso don Serafín.

—¿Qué boda, amigo mío, qué boda!..—repitió doña Angustias.

Don Serafín hizo un gesto que era susceptible á darle muchas interpretaciones.

Este gesto aumentó la curiosidad de aquellas honradas madres de familia.

—Usted sabe algo, don Serafín... de seguro que sabe usted algo —repuso doña Angustias—porque lo que V. ignora...

Y terminó con una sonrisa de esas que llenan de satisfacción al que se la dirigen.

—Pech!—repuso don Serafín, inflando los carrillos.—Algo sé, porque además de ser gran amigo de los padres de Joaquinito, he estado en Madrid, y conozco á la novia personalmente.

—Cuando yo digo que es V. de la piel del diablo... Todas las madres clavaron los ojos en don Serafín: el interés, la curiosidad brotaba á borbotones en aquellas miradas que le devoraban, é indudablemente se hubieran quedado sin misa, á no aparecer una jóven en el átrio de la iglesia, que dijo en voz alta:

—¡Mamá, por Dios, que ha comenzado la misa; ¿qué hacen Vds. que no entran?

—¡Jesus, Jesus! Este don Serafín es el mismo demonio,—exclamó doña Angustias, persignándose.

—Bah, eso todo se reduce á oír dos misas mañana y queda uno en paz con los preceptos de la Santa Madre Iglesia,—contestó riéndose don Serafín.

Mientras tanto, aquellas buenas madres no avanzaban un paso para entrar en la casa de Dios.

—Propongo una cosa, señores,—dijo doña Angustias—que después de misa nos acompañe don Serafín á casa, y nos diga por el camino todo lo que sabe de la madrileña.

—Aceptado, aceptado,—dijeron todas á coro.

—Poco es lo que yo puedo decir de Teresita Segura.

—¡Ah!... ¿Se llama Teresa? Que nombre tan prosaico.

—¿Es guapa?

—¿Es de buena familia?

—Teresita no tiene familia.

—¡Ah! ¿es inclusera?

—Señoras; yo no he dicho eso.

—Como no tiene familia...

—¡Toma; porque es buérfana.

—Vamos, será una cualquiera.

—Dios solo sabe los antecedentes de esa muchacha.

—Yo sólo puedo decir que Teresita Segura *tiene ángel*;

y que la basta una sonrisa, una mirada, y cinco minutos

de conversacion, para robar los corazones de todos los que de la escuchan, y estoy persuadido que, antes de un año, Teresita será la reina absoluta del pueblo.

—Bah; es V. un exagerado.
—Al tiempo me remito, —repuso don Serafín.
—Pero no entran Vds.? —volvió á decir la jóven desde la puerta de la iglesia.
—¿Con que quedamos en lo dicho? —preguntó doña Angustias, sin hacer caso de su hija.
—¿Pero que hemos dicho? —preguntó doña Soledad.
—Toma, que don Serafín nos acompañará despues de misa.

—Bien, bien; iré con Vds. —contestó don Serafín, dándose cierta importancia burlesca.
—Vamos á dentro, vamos á dentro, señoras; —exclamó doña Visitacion — y cuidado con que no se aperceba de nuestra falta de exactitud el Padre Cerquillo; po, que tendria sobrados motivos para reprendernos esta tarde, cuando vayamos á la sacristía á vestir á la Virgen y á tomar chocolate.

— Pero mamá, por Dios, ¿entran Vds. ó no entran?
— ¡Jesus!... ¡Jesus!... Este don Serafín, ya lo he dicho, es de la piel del demonio.
Todas entraron en la iglesia, y fueron á buscar con la cabeza baja, y persiguiéndose, sus sillitas colocadas en la primera fila, como devotas distinguidas.

El sacerdote alzaba en este momento la santa hostia, y no pudo ver el retraso de doña Angustias, doña Soledad, doña Ageda y doña Visitacion, lo cual fué una ventaja para las cuatro piadosas señoras, que habian olvidado el cielo, ocupadas en las miserias de la tierra.

CAPÍTULO SEGUNDO

Las bodas de Canacho

En todos los pueblos de corta vecindad, se encuentra un hombre activo, servicial y desocupado, especie de Providencia en forma humana, tan útil para un entricero como para una boda, materia dispuesta á todo y comodín de sus coetáneos.

Este hombre, en el pueblo que nos ocupa, se llamaba don Serafín, y nuestros lectores le han visto asomar en el capítulo anterior.

Don Serafín era viudo sin hijos, tenía una renta de ocho mil reales al año, con lo que le bastaba y sobraba para vivir modestamente sin experimentar alternativas financieras.

Poseía una casa solitaria construida en tiempo de Carlos III, con todas esas grietas, desperfectos y *verruugas* propias de la vejez.

Don Serafín tenía por ama de gobierno á una mujer de cincuenta y seis años, sumamente económica, que contaba los garbanzos antes de echarlos en el puchero y que compraba las camisas de su amo del producto de los huevos que ponian las gallinas.

Pero volviendo á don Serafín, nadie en el pueblo amontajaba un cadáver con más suntuosidad y limpieza que él, ni arreglaba con mejores condiciones una boda y un bautizo.

Como la costumbre llega á convertirse en una segunda naturaleza, no era posible nacer, casarse, ni morir, sin que don Serafín tomara parte activa en estos actos graves de la vida.

Algunos decían: «¿Qué va á ser del pueblo cuando don Serafín se muera?»

Y en verdad, que no les faltaba razon para abrigar ciertos temores, porque don Serafín era un hombre utilísimo, dispuesto siempre á trabajar por cuenta ajena, sin duda porque nunca ha trabajado por cuenta propia.

Gracias á las comodidades que proporciona el ferrocarril, don Serafín iba á Madrid con bastante frecuencia, pero casi siempre comisionado por el pueblo, porque lo mismo le encargaban la compra de una escopeta que de un abanico, de un caballo que de una sombrilla.

Todos los encargos los desempeñaba admirablemente; las señoras del pueblo aseguraban que don Serafín no tenía precio, que era un *díj*, que con su buen gusto y su *pálique* sabia comprar las cosas más baratas y mejor que ellas, etc., etc., etc.

El ayuntamiento y el clero se hubieran guardado muy bien de disponer fiesta religiosa ó profana, sin encararle la direccion á don Serafín, porque nadie como él arreglaba el monumento de Semana Santa, ni las calles y plaza de la villa, en la festividad del patrono del pueblo.

Con estas prendas, podrá calcularse la influencia de don Serafín en el pueblo de su naturaleza; por eso sin duda, el padre del zarandado Joaquinito le decía una mañana del mes de mayo:

—Mi querido don Serafín, quiero que las bodas de mi hijo superen, si es posible, á las bodas de Canacho, que nos describe el inmortal Cervantes en su *Don Quijote de la Mancha*; porque V. ya sabe, que en aquellas bodas se espumaban de los pucheros gallinas enteras.

Y don Joaquin soltó una carcajada con toda la estrepitosa entonacion de un hombre verdaderamente feliz.

—¡Qué exagerado eres! —añadió doña María, enjugándose dos lágrimas que la felicidad de su corazón hacia asomar á sus ojos.

Ya saben nuestros lectores que doña María era esposa de don Joaquin, y madre de Joaquinito.

—Pierda V. cuidado, que *daremos golpe*, —dijo á su vez don Serafín, con esa firme gravedad del hombre que está seguro de lo que ofrece.

—Aquí tengo la lista de los convidados al banquete de boda y fiesta subsiguiente —añadió don Joaquin, cogiendo un papel de la mesa, que se puso á leer en voz alta.

«Ayuntamiento en masa y señoras: cura párroco; teniente cura y sacristán; médico y señora; boticario y señora; maestro de escuela; maestra de niñas; los cinco militares retirados, con sus señoras; juez municipal; fiscal; suplente y señoras, etc., etc.»

— ¡Jesus, Jesus!... —contestó, sonriéndose doña María.
— Pero ¿adónde vamos á colocar toda esa gente?...

— Sin contarnos á nosotros, creo que vamos á reunirnos en derredor de la mesa unos sesenta personas — dijo don Joaquin — y todas ellas de *buen diente*.

—No hay que apurarse, señor don Joaquin, —añadió, con gravedad don Serafín, —arrámatos la mesa antigua, que es como una plaza de toros; eso corre de mi cuenta; se dispondrán cien cubiertos, porque en estos casos, la experiencia me ha demostrado que vale más que sobre que no que falte. Me encargo, asimismo, de buscar todas las mujeres que hagan falta para la cocina y el servicio de la mesa; viva V. tranquilo, que quedaremos con honra.
— Sólo en V. confío, mi querido don Serafín; y ahora pasemos á otra cosa: es preciso que se marche V. mañana sin falta á Madrid.

—Disponga V. de mi inútil persona —contestó don Serafín, poniéndose una mano en el pecho é inclinándose ligeramente la cabeza.

— Quiero que encargue V. al pirotécnico más famoso de la corte, un castillo de fuegos artificiales con la correspondiente dotacion de cohetes *voadores*; que ajuste una banda musical de diez y seis profesores, con el compromiso de permanecer dos dias en el pueblo, dispuestos á tocar siempre que se les mande. Quiero que me compre V. una aroba de bizcochos para el chocolate; diez arrobas de dulces; trescientas cajetillas de *pitillos*; cien mazos de cigarros puros; café en abundancia; en fin, en esta lista va consignado todo.

Don Serafín iba aprobando los encargos de su amigo, con un movimiento acompasado de cabeza.

—Yo tengo una docena de cajas de tabacos liabanos —añadió el padre del novio— y los repartiremos entre los convidados que tengan la garganta más delicada... Ah, tráigase V. tambien un par de docenas de cajitas vistosas y *alegres* para regalar á las señoras.

Don Serafín apuntó este nuevo encargo en la lista, porque para él era una cuestion de honra no olvidarse nada. Mientras tanto, doña María aprobaba con una sonrisa bondadosa todas las exageraciones de su marido.

—Sólo tengo una duda, —añadió don Serafín, levantando la cabeza —¿qué cantidad quiere V. dedicar para los fuegos artificiales?

— Hombre, esa pregunta me pone en grave aprieto, porque ese género no me ha ocurrido consumo nunca, pero yo creo que con tres ó cuatro mil reales de pólvora se puede hacer mucho fuego.

—Basta: no diga V. una palabra más —contestó don Serafín, guardándose los papeles en el bolsillo.

—Usted va á ser en este caso, como en todos, nuestra Providencia —dijo doña María — y yo por mi parte le encargo que le diga á Teresita, que se ha fijado para el dia 20 del corriente mes el casamiento, y que yo iré á buscarla á Madrid el 18; que la ceremonia religiosa se celebrará en nuestra capilla; y que aquí todos estamos impacientes por abrazarla y verla á nuestro lado.

Y doña María se enjugó otras dos lágrimas, porque la verdad es, que la boda de Joaquinito y Teresita se iba á efectuar, no solamente á gusto de los novios, sino de los padres, como tendrá ocasion de ver por sus propios ojos el curioso lector.

Pero ¿qué perder tiempo? Mientras don Joaquin entrega algunos billetes del Banco de España á don Serafín para comprar los encargos, nosotros diremos que Teresita Segura era una muchacha de veinte años, con la cara risueña como una alborada de la primavera, el cabello rubio como el oro, los ojos azules como el cielo, y un cuerpo esbelto y elegante, lleno de atractivos y de gracias.

Tenía Teresita un hoyuelo en cada mejilla y otro en el centro de la barba, y la sonrisa de sus encarnados labios era la perpetua ampliacion de su fresca y hermosa boca. Su voz era dulce, melodiosa, penetraba insensiblemente en el alma, apoderándose de ella; porque como Teresita tenia eso que en el lenguaje familiar se llama *ángel*, iba por el mundo *robando corazones*, recogiendo simpatías y cautivando voluntades.

Además de tener Teresita un corazón de oro, su padre la habia dado una educacion irreprochable.

Sabia, como ella misma aseguraba con su proverbial modestia, un poquito de todo.

Se quedó huérfana á los diez y ocho años, y bajo la tutela de una señora modelo de virtudes.

El padre de Joaquinito y el padre de Teresita eran amigos desde la infancia y muchas veces se habian jurado casar á sus hijos, como así iba á efectuarse.

El padre de Teresita, hombre de gran talento y gran ilustracion, habia llegado á ser nada menos que ministro de Hacienda, y á pesar de esto murió pobre, tan pobre que no pudo dejar á su hija otro dote que la orfandad que la correspondia.

Ya saben Vds los antecedentes de Teresita Segura, la novia de Joaquinito, que amaba á su prometido esposo con toda su alma, bien es verdad que Joaquinito, por su parte, amaba á su prometida esposa con todo su corazón; y este amor, inspirado y sentido, se alimentaba de todos los perfumes, de toda la poesia, de todo el encanto, de todos los horizontes, de color de rosa, con que se reviste ese *diletto* del alma, que se llama primer amor.

Nuestros sentimos mucho que no lean estas explicaciones las cuatro devotas, que llegaron tarde á la misa mayor,

porque así quedaría satisfecha su curiosidad, y tal vez se persuadirían de que Teresita Segura era un ángelillo de la tierra, que habia nacido para *robar los corazones*.

CAPÍTULO TERCERO

Llegada de la novia

Corrió la noticia por el pueblo de que Joaquinito se casaba el dia 20 de mayo, á las siete de la mañana, en la capilla de su casa, con autorizacion del Arzobispo de la diócesis.

Desde este momento no se habló de otra cosa, era la conversacion cotidiana, *el pan nuestro de cada día*.

Las señoras del pueblo rabiaban acosadas por la curiosidad de conocer á la novia, que sin duda seria una señorita madrileña encopetada y complajosa que las humillara con su lujo y las mortificaria con sus impertinencias.

Se hallaban tambien ocupadas en arreglar los trajes para *dar golpe* en el banquete y en el baile ofrecidos.

El ayuntamiento creyó muy del caso reunirse en sesion extraordinaria para convenir el discurso que el alcalde debía pronunciar en el banquete, á nombre de toda la corporacion.

El cura párroco y el teniente cura, sabiendo que el dia 20 de mayo rezaba la Iglesia á San Bernardino de Sena, el astro más resplandeciente de la órden de San Francisco, creyó muy necesario repasar el *flus sanctorum*, para demostrar á sus católicos feligreses sus profundos conocimientos en el *Año Cristiano*.

En la reunion de la botica, donde acudian todos los desocupados del pueblo, se convino dar á los novios una serenata de bandurrias y guitarras, y colgar, segun costumbre del país, un ramo piramidal en la ventana del dormitorio de la novia.

Aprobó tambien el ayuntamiento que, al dia siguiente de la boda, se corriera un toro con cuerda, por las calles, y que luego lo matora el carnicero con la *puntilla*, repartiendo la carne entre los pobres.

Por supuesto, que el toro lo pagaba don Joaquin.

Todo el mundo estaba alegre. Hasta el maestro de escuela pensó escribir unos versos acrósticos, para celebrar tan fausto acontecimiento.

El asunto de los versos debía ser *La antorcha de himenes*, y pensaba leerlos á los postris.

El tema era delicado y resbaladizo, pero el maestro de escuela, en todos los actos de su vida, se ajustaba á los preceptos de la más sana moral, y tenía la seguridad de no *escurrirse*; así lo hubiera estado tanto de librar sus versos de ripios y *vellenos*, porque á la verdad, no confiaba mucho en su envejecida y desmedrada musa.

El dia 19 corrió por el pueblo la grata noticia que, de una á dos de la tarde, llegaba la novia acompañada del indispensable don Serafín, de la mamá de Joaquinito, y de la señora que habia servido de madre á Teresita durante su orfandad.

El sexo femenino del pueblo *ahñ* las niñas y los dientes con el *piadoso* fin de *arrárr* y *morder* á la forastera.

As las once de la mañana salieron del pueblo don Joaquin y Joaquinito á caballo, y detrás de ellos una carretela descubierta, del tiempo de Carlos IV, tirada por dos mulas. En la carretela iban el alcalde y el cura párroco.

La estacion del ferro-carril se hallaba á media hora del pueblo.

La animacion era grande; la curiosidad de los vecinos indescriptible; las muchachas casaderas cuchicheaban en voz baja, embozando el *d* pecho con las sonrisas; las madres se compadecian hipocritamente de Joaquinito.

El afán de conocer á la novia era tan superlativo, que más de trescientas personas de ambos sexos se reunieron junto á la Cruz de Piedra de la carretera, por donde debia entrar la madrileña.

Cuando divisaron á lo lejos el enorme carruaje envuelto en una nube de polvo, la gente del pueblo, los trabajadores, los corazones *sinos*, comenzaron á dar *vivas* de gozo, mientras que las elegidas de la fortuna criticaban el entusiasmo de aquellos rústicos labriegos.

La gente que, formando grupo, se hallaba sobre el glá-cis del camino, se abrió en dos filas para dar paso al carruaje.

En la carretela iban en el asiento de preferencia, Teresita y el cura párroco, y enfrente doña María y la señora madrileña. El alcalde se habia subido al pescante, junto al mayoral.

Don Joaquin, Joaquinito y D. Serafín trotaban junto á las portezuelas del carruaje, haciendo el oficio de caballeros de la novia.

Teresita, al oír los gritos y la algazara de la multitud, preguntó, algo inquieta:

—¿Qué ocurre?

—Nada, hija mía, —le contestó riéndose D. Joaquin, —son los honrados vecinos de mi pueblo, que salen á recibirte y á vitorearte, como si fueras una reina. Si esto hacen hoy que no te conocen, ¿qué no harán mañana cuando te conozcan?

Teresita se ruborizó, y dos lágrimas de felicidad asomaron á sus ojos.

Cuando llegaron á la Cruz de Piedra, que se hallaba á la entrada del pueblo, los gritos y los *vivas* redoblaron, subiéndole el diapason de aquellos robustos pulmones hasta lo infinito.

Por fin el carruaje, acompañado de la multitud, entró en el ancho portal de la casa solitaria de don Joaquin, y se detuvo junto á la escalera donde esperaban gran número de señoras.

Teresita bajó con ligereza del carruaje, y estrechó las



UNA HOSIERÍA ROMANA, cuadro por E. de Jans



LA VENGANZA DE LAS FLORES, cuadro por G. Wertheimer

manos que se le presentaban, con el corazón lleno de felicidad. Sus hermosos ojos derramaban dulces lágrimas. Como la muchedumbre se agrupaba invadiéndolo todo, Teresita les dirigió una mirada de gratitud, diciendo:

—Ah, señores, yo quisiera demostrar á Vds. lo que siento mi alma en este instante; quisiera darles mi corazón en agradecimiento de tanto cariño.

Y volviéndose hacia la primera autoridad del pueblo, que se hallaba á su lado, añadió:

—Señor alcalde, permítame V. que le abrace y con este abrazo conste que abrazo á todo el pueblo.

Este arranque de sencillo candor produjo un verdadero entusiasmo.

El alcalde, hueco y satisfecho por la honra que acababa de concederle la novia, saludó repetidas veces con el sombrero á la muchedumbre.

Don Joaquín, temiendo que aquella escena se prolongara, dirigió la palabra al pueblo, suplicándole que se retiraran, y recordándole oportunamente la hora que debía celebrarse el casamiento de los prometidos esposos, á la mañana siguiente.

La ovacion habia sido completa, la muchedumbre se retiró dando vivas al novio, á la novia, á don Joaquín, á doña María, á la señora madre, al cura y al alcalde: hubo vivas para todos, menos para las cuatro devotas murmuradoras que salieron de casa de don Joaquín, pronosticando que aquel matrimonio no podía concluir bien; porque nadie ignora que la envidia es perseverante en la culpa.

Teresita, muy conmovida, subió las escalas, apoyada en el brazo de don Joaquín.

Cuando llegaron al comedor donde estaba el almuerzo servido, la novia se dejó caer fatigada por la emoción, en una butaca, y mirando á su prometido esposo, exclamó:

—Pero ¡qué he hecho yo para merecer tanta felicidad!

—Ser un ángel de la tierra y proporcionaros la inmensa fortuna de que mi hijo Joaquín y nosotros te encontramos en nuestro camino, contestó doña María, abrazando y besando á la que muy en breve iba á ser su hija.

Aquella tarde llegó un carro con varias cajas y el equipaje de la novia.

Teresita habia tenido la buena ocurrencia de comprar juguetes y cajas de dulces para hacer regalos á los niños del pueblo, porque no ignoraba que *por la pena se adora al santo*.

Después de almorzar la enseñaron la casa.

Teresita todo lo encontraba bien, y de vez en cuando, exclamaba, batiendo las palmas:

—¡Ah, qué agradablemente se pasará aquí la vida!

Los criados la escuchaban con la boca abierta, y se decían *¡ara su capote* que aquella señorita debía ser muy buena.

Cuando Teresita vio los corrales llenos de gallinas, de pavos, de gansos, de saltadoras cabras, y sustanciosos cerdos, cuando sintió revojetear por encima de su cabeza las palomas que se paraban arrullando en los aleros de los tejados, comenzó á dar gritos de gozo, porque su alma virginal se dilataba á impulsos de la felicidad.

El jardín lleno de sombra, de árboles frutales, la pareció el más hermoso que habia visto en su vida.

Aquella tarde fueron á visitarla algunas señoras del pueblo, acompañadas de sus hijas.

Teresita recibió con mucho cariño, y después, como á cada una la daba una caja de dulces, preguntándola si tenían niños, añadiendo: «porque en ese caso reclamo que los niños vengan á elegir un juguete, para que se acuerden de mí y me quieran mucho,» las señoras comenzaron á persuadirle, bien á pesar suyo, de que don Serafín tenía razón al ponderar los modales, la bondad y la belleza de la novia.

Teresita se apodó aquella tarde de una porción de razones y de voluntades, cosa fácil á la criatura cuando la naturaleza le concede ese don envidiable de las simpatías.

Don Joaquín y doña María estaban locos de contento; Teresa era un tesoro inagotable, el más rico, el más precioso para hacer la felicidad de Joaquín.

Por la noche, los mozos del pueblo dieron una serenata á la novia, y fué preciso: primero, soportar los *pasos dobles*, las *polkas* y las *habaneras* de las bandurrias y las guitarras, y luego, hacerles entrar en el comedor, para que bebiesen un trago, comieran un dulce y se fumaran un cigarro.

Después de esto, los músicos tuvieron por conveniente marcharse con la *música á otra parte*, y media hora después todo el mundo dormía en casa del millonario don Joaquín, soñando tal vez en los acontecimientos del día siguiente, que prometían ser muy ruidosos en los anales pacíficos y rutinarios del pueblo que nos ocupa.

CAPÍTULO CUARTO

El día veinte de mayo

El cura habia dado orden para que á las siete menos cuarto de la mañana se echaran las campanas á vuelo.



ESTATUA DEL PINTOR ROSALES, QUE ADORNA LA ENTRADA DEL TALLER DE PINTURA DE LOS SEÑORES MASRIERA, EJECUTADA POR EL SEÑOR REINÉS

Este volteo de campanas era la señal para que todos los convidados acudieran á casa de don Joaquín.

La capilla estaba situada en el piso bajo, al extremo de un corredor. Allí habia mucha gente, con la ventajita de que abriendo de par en par las puertas de la capilla se veía desde el patio, oficiar la misa al sacerdote.

Se hallaban por lo tanto bien colocados todos los vecinos del pueblo, sólo que los convidados de primera clase entraban en la capilla, los de segunda se quedaban en el corredor, y los de tercera en el patio.

Esto era lo dispuesto y lo que se habia encargado á las dos parejas de la Guardia civil y á los agentes de la autoridad municipal, aunque ni remotamente se temía que se alterara el orden.

Las campanas, con su alegre voltear, pusieron en movimiento á todo el pueblo, que con el traje de los días festivos, fué poco á poco reuniéndose en la casa de los novios.

A las siete en punto, Teresita y Joaquín se hallaban dispuestos esperando á la comitiva de honor que debía acompañarles á la capilla.

Fueron llegando algunas señoras con lo mejorcito del *aria* y todas las alhajas de la familia encima; y bien á pesar suyo quedaron admiradas al ver á la novia hermosa como una virgen del cielo, blanca como el ampo de la nieve y risueña como una albana cuando primavera.

Teresita las recibió con tanta ternura, con tanto cariño, que aquellas buenas señoras no sabían qué hacerse temerosas de que se realizaran los pronosticos de don Serafín.

(Se continuará)

ESMERALDA

(Conclusion)

XII

Allí recibió una espléndida hospitalidad. El viejo Lord, que poseía una fortuna inmensa, esperaba á Carlos y le acogió con cariñosa emoción. Los primeros días

se pasaron en grandes cacerías. Por la noche el Lord, que era aficionado á los placeres de la mesa, los prolongaba en compañía de su huésped, mostrándose á la par expansivo y curioso. Refirió al marqués las vicisitudes de su vida, que habia sido agitada. Segundón en su familia, se casó, demerchó un patrimonio, viéndose obligado á dejar á su mujer en Europa, mientras él se trasladaba á la India con objeto de tomar posesion de la herencia de un tio suyo. Durante su ausencia, fué aquella víctima de una desgracia ó de un crimen quiza, pues robada por un criado infiel, murió casi repentinamente tal vez envenenada. La noticia de esta catástrofe coincidió con la muerte del hermano mayor de Lord Mac-Donall, por lo cual el segundón entró en posesion del titulo y cuantiosos bienes de aquel, apresurando su regreso á Europa.

Además de estas confidencias que probaban el afecto que le habia cobrado el viejo Lord, este se informaba con amigable interés de los gustos, costumbres y esperanzas del marqués de Valdecarrizo, lo cual sorprendia algo á este, pero el anciano señor le demostraba tanta benevolencia que no habia medio de negarse á satisfacer su curiosidad.

Un día Lord Mac-Donall parecia preocupado durante la comida. A los postres, después que los criados trajeron el café y licores y cuando se quedó solo con su huésped, ofreció á este una copa de vino de Madera, y tomando otra, saludó al jóven con cierta solemnidad. Carlos le imitó y ambos bebieron silenciosamente. El Lord dejó su vaso sobre la mesa, y estrechó entre las suyas la mano del jóven español, diciendo:

—Sé que no habia necesidad de este brindis tácito para ofrecer nuevamente mi persona y mis bienes; pero es antigua costumbre en mi familia. Ahora tengo una cosa que pedir á V.

—¿Cuál?—preguntó el marqués.

—Voy á dejarle á V. solo. Durante mi ausencia, tenga la bondad de leer estas cartas por el orden con que están numeradas, y cuando vuelva, V. me dirá la impresion que le han producido.

Le dió tres cartas, y salió de la estancia. Carlos, muy preocupado, miró los sobres que estaban escritos con una letra fina y elegante que parecia de mujer.

Abrió la primera, que decia así:

«Mi amado padre: ¡cuanto te agradezco el haber accedido á mis deseos! Ahora, ausente de tí, comprendo lo bueno é indulgente que has sido para conmigo, y cuanto ha debido costarte nuestra separacion; mas tal vez haya sido necesaria para restablecer mi espíritu enfermo. ¡Qué cosa tan singular es el corazón humano! Al presente, me explico la frase de Madame de Maintenon *¿dónde está el tiempo dichoso en que yo era desgraciada?* He vivido dos años á tu lado, me has iniciado en todas las delicias del cariño, en todas las filigranas del lujo y de las artes, en todos los prestigios de la elegancia y de la fortuna, y sin embargo, impulsada por no sé qué fatalidad irrecusable y extravagante, he rechazado la felicidad, he sido ingrata á tu ternura, echando de mínos mi vida errante y aventurera, los ropajes de mis trajes y los aplausos de la multitud.

«Esta nostalgia de la locura, de los azares y de los triunfos ficticios, me obligaron á rogarte que me permitieses volver á mi existencia entre salubres banquitos y gente humilde y mal educada; y tú, viéndome triste, temiendo por mi salud ya quebrantada por el deseo no satisfecho, sacrificaste tu orgullo y tus afecciones y accediste al más raro de los caprichos.

«¡Cuanto te quiero!

«¡Qué culpable soy y qué insensata! Ahora lejos de tí lo comprendo y me siento como atraída hacia un abismo.

«¡Perdon, padre mio! Sé que es inútil entretenerme después de haberte abandonado. Ignoro si me curaré de mi locura, pero de todos modos te prometo que mi estancia al lado de M. Lambé, será de corta duracion...»

XIII

Carlos, admirado y conmovido, interrumpió su lectura. ¡Aquellas cartas eran de Esmeralda; no cubia duda, y él se hallaba en la morada del padre de la que amaba con tan inolvidable ternura!

Bebió un vaso de agua que habia sobre la mesa, se pasó la mano por los ojos, que estaban turbios, y continuó leyendo.

«Solo una circunstancia me compensa de mi demencia y de mi ingratitud y es la de haber aplazado la ruina de este pobre circo, que iba á hundirse. He sido bien acogida por el público, pero el entusiasmo no puede ser mucho cuando es poca la concurrencia. Mi éxito no me ha conmovido como antes; los espectadores de verano en una ciudad española, no pueden ser muy distinguidos; sólo en dos he fijado mi atencion; dos jóvenes de buena casa que asisten todas las noches á nuestras funciones y á quienes por esta razon, M. Lambé llama *«los abnados»*.

»Uno de ellos me es especialmente simpático, porque habiendo sabido que es el marqués de Valdecarrizo, he creído recordar el título de un militar español, que, según parece, salvó a tu abuelo la vida en el desembarco de San Sebastián.

»Dime si es así.

«¡Adios, padre mío! contesta a tu culpable Victoria, y amame, pues yo te amo cada día más, aunque casi no me atrevo a escribirte.

»Victoria»

El marqués abrió la segunda carta que estaba fechada algunos días después.

«Tengo la satisfacción, querido padre, de haber enmendado algo á este pobre circo que se tambalea, facilitando á M. Lambé su salida de Córdoba, en donde está casi preso por deudas. He hecho mal y bien en venir, mal porque mis ilusiones juveniles y el ficticio prestigio de esta existencia singular, van desvaneciéndose; y bien, porque precisamente este es el mejor medio de curarme de mi devaneo y además de pagar mi deuda de gratitud al pobre M. Lambé, que me quiere entrañablemente.

»Estoy muy disgustada; estos artistas son algo groseros y por otra parte sus desgracias aumentan la rudeza de sus modales. Yo, excepto las horas de trabajo, apenas pongo los pies en el circo, que antes me parecía un palacio encantado.

»No debo ocultarte nada, amado padre mío; existe otra causa en mi desilusión y disgusto; creo que el marqués de Valdecarrizo me ama y yo... yo no sé lo que pasa por mí.»

Victoria, al llegar á este punto, contaba á su padre las fases de sus amores, más ó menos demostradas, con el marqués. Este, al leer, comprendió los enérgicos esfuerzos de disimulo de la joven amazona. Al fin de su carta, Esmeralda expresaba las comprimidas agitaciones de su corazón. «¡Ah! ¡padre mío!»—decía.—«Estoy quebrantada de inquietud, ¿podrá el marqués de Valdecarrizo amar á una *ceyère*, aun cuando llegue á saber que es la hija de Lord Mac-Donall?»

Carlos, que la amaba con todo su corazón, sonrió conmovido por los temores de Esmeralda.

XIV

Abríó la carta tercera en la que la preocupada joven refería la demanda del marqués, la desesperación de este cuando ella rehusó ser su esposa, y la prueba á que había sometido su amor imponiéndole la condición de contratarse en la compañía ecuestre, condición á la cual él se había resignado.

Victoria terminaba así su carta:

«Cuando nos separamos, resuelto el marqués á darme la prueba de la verdad de su pasión por mí, comprendí que no debía volverme á ver, por lo menos en el circo, y haciendo rápidamente mis preparativos de viaje, dejé á Córdoba dos horas después, y quizá en ella mi felicidad. He querido que me preceda esta carta, padre mío, para queaquéis á esta hija *pródigo de corazón*, no sólo con indulgencia sino con piedad.

»Padre amado! pongo mi espíritu en tus manos; sólo tú puedes consolarme.

»Victoria»

—Amada mía!—exclamó Carlos, al terminar su lectura, poniéndose en pié precipitadamente y mirando hacia todas partes como si esperase ver al objeto de su amor; mas en vez de Esmeralda ó Victoria, se presentó en la estancia Lord Mac-Donall, grave, conmovido y como indeciso.

El marqués le salió al encuentro diciendo:

—¡Ah! milord. ¿Por qué dudar de mí, por qué atormentarse á sí misma? Pues qué, ¿no presentas cuánto la amaba?»

—Shakespeare—observó el Lord—ha dicho de la mujer: *mudable como el mar*; yo diría: loca como la brisa. Voy á llamarla.

Volvió á salir por la puerta por donde había entrado y á los pocos momentos se presentó trayendo de la mano á Victoria, tremula de emoción.

Carlos la contempló un instante en silencio, observando los rastros que el sufrimiento y las inquietudes habían dejado sobre aquel hermoso semblante.

—Y bien, hijos míos,—dijo Lord Mac-Donall,—¿es este el modo de volver á verse?

Ambos jóvenes, aproximándose simultáneamente y entrelazando sus manos se miraron en silencio, con una expresión de dicha inefable.

—Vamos,—dijo maliciosamente Lord Mac-Donall—¿he aquí ese pobre circo Lambé un tanto olvidado.

—Padre mío!... —murmuró Victoria.

—Victoria de mi alma!—exclamó el marqués—¿cómo es posible olvidarse de lo que se ama?

—Sin embargo—replicó el Lord—me parece que mi hija preocupada por diferentes pensamientos ha descuidado un poco á sus co-artistas; otro ha tomado á su cargo el cumplir este deber de gratitud.



ESTATUA DEL PINTOR FORTUNY, QUE ADORNA LA ENTRADA DEL TALLER DE PINTURA DE LOS SEÑORES NASRRIERA, EJECUTADA POR EL SEÑOR REINÉS

—Tú, ¿quién sino tú?—dijo Victoria echando á su padre los brazos al cuello.

—El Circo Lambé no existe ya. Su inteligente director vive de sus rentas en Tolosa, su patria, y por afición se ocupa en domar y aminorar caballos. Estoy seguro de que en las veladas del invierno, cuando el antiguo artista reuna algunos amigos en torno de la chimenea, les contará la historia de Esmeralda, la pobre niña abandonada á la que encontró dormida en un campo de trigo.

XV

Lord Mac-Donall y su hija, como buenos irlandeses, son católicos, apóstólicos romanos; de suerte que en el enlace del marqués y de Victoria, las creencias y el amor pudieron vivir juntos y en santa paz. La opulenta fortuna de Lord Mac-Donall permitió á los felices esposos llevar una vida pomposa y elegante.

Tienen un hermoso año que se llama Jacobo, como su abuelo, y piensan, cuando llegue á la edad competente, darle por maestro de equitación á M. Lambé; pues solo éste, según Carlos, es digno de educar en la ciencia hípica al hijo de la amazona Esmeralda.

Medio año después de su matrimonio, los marqueses de Valdecarrizo fueron á Córdoba y al pasar un día por el sitio donde se había levantado el Circo Lambé, que continúa siendo una planicie arenosa, Carlos dijo á su mujer:

—¡Aquí fué el Circo! ¡parece imposible que en tan árido y pequeño espacio de terreno haya nacido un amor tan grande como el nuestro!

FRANCISCO LOZOIITA

EL OPTIMISMO DE LA DISTANCIA

Quando la sabiduría popular, con ciertos resabios escépticos y con no pocos ribetes de pesimismo, repite «que

la hora de la muerte es el momento de las alabanzas, que sólo se ensalza á los muertos, que á ellos se les hace justicia, quizá porque ya no estorban, ni llenan hueco.» expresa verdades de hecho, cuya explicación no es supérflua. Tal vez la malicia, inherente al razonar de bajo vuelo, encuentra justificación en muchos casos, cuando, violando el sagrado de las intenciones, atribuye los móviles determinantes de los juicios favorables á los que fueron, á flaquezas y debilidades de los que son. Sin negar pues el fundamento, que tiene con frecuencia esta malicia recelosa del sentido común, no nos resignamos á creer que el único móvil de la alabanza al que fué y del vituperio al que vive, consista en la horrible lucha por la existencia, donde riñen cruenta batalla las concupiscencias materiales y morales que anidan en esta quebradiza vasija del organismo humano ó sublime destello del ángel sin alas; que ambas facetas ofrecen, con intermitencias sucesivas, luces y sombras en el compendio del mundo, que Pascal define, diciendo que no es ángel ni bestia.

No se compadece con nuestro criterio aceptar como verdad incuestionable que, efecto del negro velo que la ruin envidia extiende por el cielo del pensamiento, sea la justicia un pagaré á larga fecha, cuya realización haya que esperar de la muerte. Sin caer en la necia candidez de un optimismo insustancial y exclusivamente teórico, contra el cual argumentan, con páginas sangrientas, los desengaños, recogidos en abundancia cosecha por todos en su experiencia propia, no se nos alcanza el motivo que asista para inclinarse y áun caer hacia el extremo contrario, en las insulsas jeremiadas de un pesimismo exótico, contra el cual protesta siete veces al día el acicate invencible de nuestro instinto de conservación. Nos seduce más bien aquella afirmación del gran poeta Milton, cuando dice que cada cual lleva dentro de sí su gloria y su infierno. En el mundo interior, en lo recóndito é íntimo de nuestra personalidad, allí donde las flaquezas y debilidades se ofrecen al desnudo, y donde los méritos propios, despojados del falso oropel de la vil adulación, toman su relieve propio, puede y debe encontrar todo hombre que guste emplear sus fuerzas en cultivar el arte estimado acertadamente por Sócrates como el más difícil, el arte de conocerse á sí mismo, en el puede y debe encontrar todo hombre valladar insuperable contra el tedio, la nostalgia y misantropía, que surgen de las injusticias que los demás infieren á cuantos se creen genios ignorados ó olvidados, creencia que constituye quizá Iglesia más numerosa que la católica y la budista.

En ese mundo interior se han de reconcentrar todos los que son juzgados desfavorable y áun impiamente por sus contemporáneos.

Pero ¿es verdad, como entiende la sabiduría popular, que sólo la falta de envidia respecto á los muertos es la que determina la exactitud de nuestros juicios? ¿es cierto, como ha dicho un escritor humorista, que lo bueno, lo noble, lo digno de encomio y elogio tiene, para ser reconocido, como dice V. Hugo, que los genios debían ser contemplados desde las cimas de las grandes alturas, lo bueno y lo justo no puede ser percibido, sino después de pasado por el crisol del tiempo y examinado á inmensa distancia de la vida?

Aunque el hecho es general, decláremos, ante todo, que tiene sus excepciones honrosísimas, que no todos los genios han necesitado pasar por el Calvario del hambre, del olvido y del abandono para ser consagrados y reconocidos como tales. Contra el ejemplo de Cervantes y de otros muchos puede aducirse el de algunos, aunque pocos, que han gozado en vida y presenciado la apoteosis de su gloria. De qué injusticias de sus contemporáneos pueden quejarse, salvo los dardos que les haya intentado clavar la impotencia de algún envidioso, genios como Víctor Hugo en Francia, Goethe en Alemania y algún contemporáneo nuestro en España?

No es la especie humana tan perversa, como se esfuerzan en pintarla el negro humor del pesimista ó el aburrido de su insustancial felicidad, que cae por paradoja, inherente á nuestra flaca condición, en la artificiosa nostalgia de la vida. No es tampoco el ruin sentimiento de la envidia la razón determinante del juicio desfavorable que se forman respecto á las gentes de valer sus contemporáneos. Proceden muchos de estos juicios apasionados del ardor de la lucha, de lo vidrioso de las relaciones personales y de las puntas del carácter, que jamás limamos por completo en el contacto y rozadura con las impurezas de la realidad. Dimanan estas falsas apreciaciones de la *misopía*, que da de sí el criterio con que juzgamos, aunque se nos resista que nos apliquen igual base de juicio.

Si es cierto, como asegura el escepticismo corriente, que no existe grande hombre para su ayuda de cámara, cuánto no influye para ello la perspicacia de lo nimio y de lo pequeño, la falta de grandes perspectivas y el falso ideal que concebimos del carácter humano como obra hecha de una pieza, olvidando su complejidad y el abu-



LLEGÓ TROPA, cuadro por Tomás von Kater

von de condiciones y circunstancias, que constituyen los factores que se equilibran y chocan entre sí para producir la síntesis de la originalidad humana!

Comentando la observación positiva y de gran alcance práctico del Evangelio, cuando afirma «que el más justo peca siete veces al día», decía Goethe que los caracteres perfectos, los que se dice que se rompen y no se doblan y que conservan una majestad aparatosa son los héroes de novela y melodrama; pero que en la realidad los hombres son un conjunto sucesivo de sublime grandeza y de pueriles debilidades.

Además, no conviene olvidar (y en esta consideración se revela ya cómo y por qué la distancia, el decurso del tiempo es base necesaria de todo juicio exacto respecto a cosas y personas) que todo hombre de alguna representación funda sus valiosas condiciones en el relieve innovador que da a la empresa que acomete, con lo cual hiera necesariamente lo estatuido y tomado por definitivo y bueno en la rutina uniforme, á que conduce la fuerza del hábito.

Lo mismo en la vida individual que en la social es preciso detener la crítica histórica, cuando se llega á lo contemporáneo, á lo que existe y se agita á nuestro alrededor. El hervor de la vida social, que nos circunda y dentro de lo cual nos movemos, agita las pasiones, suscita intereses contrapuestos, liga, mezcla y confunde con el subjetivismo endiosado del orgullo el amor propio ofendido ó contrariado. En medio de condiciones tan desfavorables se perturba la serenidad del ánimo, se ofusca la discreción reflexiva y se ausenta por completo de la inteligencia la imparcialidad. Se sobrepone á todo el interés propio, la tendencia de escuela ó el fin exclusivo de partido.

Por otra parte, los anhelos innovadores contradicen lo que existe. El *beati qui possident* se revuelve airado contra el que desea y resulta, comentando el proverbio árabe, que el que está bien colocado, descansando en la cómoda posición horizontal, se siente molestado por el que pretende desalojarle del lugar que ocupa, sin ver más que el deseo de sustituirle y éste á su vez protesta contra el que viene detrás, con mayores impulsos y con idénticas aspiraciones. Y en esta incesante contienda, cada cual percibe y juzga desde su punto de vista y quizá la razón del primero consiste en la sinrazón del segundo é inversamente.

Dentro de esta movilidad continua de la lucha diaria, la contingencia, que envuelve el secreto de lo porvenir, condiciona favorablemente para un cálculo de probabilidades, pero no ayuda para formular juicios definitivos, ni exactos.—Hay que aplazar estos para la resultante final de la lucha, es preciso esperar á que se restañen las heridas, á que las represalias no se sucedan como las oscilaciones de los platillos de una balanza, que no está en el fiel.—Así se dice justificadamente que «el tiempo es el juez definitivo de toda verdad», que «la distancia da colorido optimista á las negras tintas, con que hemos recargado nuestros juicios» y finalmente que con la muerte, con el no ser comienza para lo que ha desaparecido una nueva vida, la consagración por el espíritu colectivo de todos aquellos nobilísimos empeños que han intentado y perseguido todos los mineros de lo ideal.

Mientras el ideal lucha por tomar carta de naturaleza en la vida, adquiriendo el relieve escultural, que presta la concreción de lo real y positivo; mientras el ardor de la contienda persigue destruir lo que estorba para sustituirlo con lo más fecundo, la flor de las fuerzas del espíritu se consagra por entero á ensayar y esbozar, aquí y allá, á toda hora y en todo momento y ante las exigencias vertiginosas de la lucha medios que le conduzcan á su fin y de esta suerte la energía individual ó social semeja Proteo, revistiendo multiplicidad de formas y el impulso innovador que era ayer canto de sirena, sueño de profeta, utopía de reformador, son hoy energía viva, tensión práctica y fecundación gradual de semillas esparcidas para ser mañana grito de guerra ó desesperación, ante el pensamiento de su posible muerte.—Durante todo este período y la diversidad de sus fases los gérmenes, que vienen á la vida, siguen, según dice Spencer, la ley de la diferenciación, sin que sus múltiples fases y aspectos ofrezcan base segura de juicio, hasta que obedezcan á la ley de la integración.

Et verbum caro factum est. Cuando han dejado su estela luminosa en la complejidad de la existencia humana personas y acontecimientos, viene la crítica histórica, libre de la herbumbre de pasiones é intereses, con la imparcialidad á que convidan el lapso de tiempo trascurrido y el

silencio que sucede al término de la lucha, á formular sus juicios sin la miopía anterior.—He ahí la complejidad de circunstancias, que explican la ley del optimismo de la distancia, sin necesidad de echar mano del impio recurso de la roedora envidia.

¿Quién juzgará hoy por ejemplo á los románticos con la saña, con que los criticaban el año 30 los clásicos? ¿Quién será capaz de creer que blancos y negros eran respectivamente concupiscentes y bandidos como se estimaban con bien ponderada reciprocidad nuestros antepasados en la primera época constitucional? Ya lo ha dicho Bossert: «para juzgar una revolución se necesita considerarla á cierta distancia, cuando ya ha producido sus frutos.» Todo grande hombre personifica, en el círculo en que se mueve, algo nuevo, que con él viene á la vida; dejémosle que á la vida se incorpore su obra y fiémos á la acción del tiempo la estina definitiva de su

misión y sin precipitar el juicio ó perturbarlo por la ceguera, que infunde la pasión ó por la estrechez de miras que es el sedimento necesario de todo interés contrariado.

En el ínterin, y cómo regla práctica, que errecen la envidia, que nos eleva por cima de los bajos fondos, en que anidan nuestras concupisencias, evitemos en lo posible *vivir al día*, confundiendo la apariencia con la realidad, huyamos los fanatismos en todos sentidos, que sobreponen lo subjetivo á lo impersonal, procuremos vivir, como dice Espinosa, *sub specie eternitatis*, cumplamos, cada cual en su esfera y dentro de su círculo de acción, la empresa grande ó pequeña que hayamos acometido, fiando, sin temores pueriles ni desconfianzas débiles, ni desalientos injustificados, en que podrá faltar á veces la acción individual, pero que si ésta trabaja hondo y recio, nunca se moverá en el vacío, siempre encontrará el auxilio y cooperación del todo social, cuyo ritmo no altera ninguna impaciencia, y cuya virtualidad fecundiza cuanto es y existe con la semilla siempre fértil de lo que será: fe racional, sin fanatismos, es la que mueve las montañas, la del sectorio es la que engendra la superstición y el error.

U. GONZALEZ SERRANO

Madrid, marzo 1884



LA MORENA Y LA RUBIA, cuadro por H. Bource

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

→ BARCELONA 14 DE JULIO DE 1884 →

NÚM. 133

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Mlle. NEVADA, distinguida cantante norte-americana

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—ROBANDO CORAZONES (*conclusiones*), por don Enrique Perez Escrich.—TODO EL MUNDO, por don A. Sanchez Perera.—EL CÁMEN DEL RUISEÑOR, por don Salvador Perez Montoto.

GRABADOS.—MILE. NEVADA, distinguida cantatriz.—EL MATRIMONIO DE ROMEO Y JULIETA, cuadro por C. Becker.—AL PIÉ DE LA ESCALERA DE LOS GIGANTES EN VENECIA, cuadro por H. Woods.—JOSÉ Y LA MUJER DE PUTIFARR, grupo en mármol por Adán Tadolini.—SUMENTO ARTÍSTICO: FANTASÍA JAPONESA, cuadro por Gustavo Corriols.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El cólera.—Sus colaboradores.—El cólera en la literatura.—*O terror de mares*.—Los apóstoles de Lavapiés.—Dramas de la miseria.—Una pensión al genio.

La aparición del cólera ha sido y es el asunto de todas las conversaciones y de todos los temores. El gobierno ha aislado a España por medio de cordones sanitarios; medidas higiénicas han intentado corregir las malas condiciones de salubridad de la villa y corte; los negocios se paralizan; el temor de la muerte hace desatender las exigencias de la vida; la bolsa baja, y por la tierra corren estremecimientos de pavor. El huésped del Ganges asoma su plúvida cara y esgrime su cetro que es una descarnada tibia.

No hay en realidad motivo que dé al cólera derecho al miedo de la humanidad sin compartir igualmente este triste homenaje con la fiebre amarilla de las costas equatoriales y mediterráneas, con la peste bubónica de Oriente, el tífus europeo, la negra viruela, el *cholera*, que es el fantasma de Herodes recorriendo sin cesar la tierra, la tisis que se hereda á través de las generaciones y diezma á la juventud de las grandes capitales... Todas estas enfermedades, todos estos nombres del morir, todas estas demostraciones prácticas de la miseria y ruindad de la vida son igualmente terribles, y si el cólera lleva la feroz reputación de proveedor de las tumbas, es sin duda alguna porque trabaja poco, de tarde en tarde, dos ó tres veces cada siglo, y le sucede lo que á los grandes holgazanes, que con sólo interrumpir su pereza un día, se acreditan de laboriosos. La estadística enseña que todas aquellas enfermedades han hecho un número de víctimas infinitamente mayor que el cólera.

Lo que hay es que el cólera mata con más rapidez. Una tertulia de buenos amigos que se reúnen esta noche van á continuar mañana su conversación al cementerio. El cólera les ha dado cita en la fosa común y ninguno ha faltado á ella. Además el miedo al contagio hace que el enfermo cólico se vea abandonado hasta de su propia familia. Es morir dos veces, es ir advirtiéndolo cómo pulso á pulso se va la vida.

Hé aquí porque el cólera aterra y de aquí su nombre *cólera de Dios*.

**

En la literatura hay tres cóleras memorables: el que Manzoni describe en *I promessi sposi* y el que Eugenio Sue narra en el *Judío errante*. El tercer cólera á que aludo es el que dió origen al *Decamerón* de Boccaccio. Varios caballeros florentinos desoídos de desimpresionarse del horrendo cuadro que ofrecía la ciudad inmortal de las artes atacada por el cólera, se van á una suntuosa quinta donde llevan hermosas mujeres, los espumosos vinos de la Sicilia encerrados en ánforas de plata y el deleitable perfume de la juventud en sus corazones. Cierran las puertas de la quinta y sobre ellas escriben estas palabras: *Aquí yacen vivos cuantos síeres felices*. Mientras el cólera diezma á Florencia ellos viven en una orgía no interrumpida. Al lejano són de las campanas funerales ellos constatan con el acorde de las carcajadas alegres. Es el triunfo del amor sobre la muerte. Sobre Atenas asolada por la epidemia, los Dioses celebran sus fiestas en el Olimpo. Cerca de Florencia enlutada celebran la fiesta de su amor los jóvenes orgiastas. Estas careñadas, estas fiestas, este amor, este vino que se desborda, esta juventud que triunfa del sepulcro, es el aliento que corre por entre las líneas del *Decamerón*, el perfume sensual del amor á la desesperada.

**

Los debates de ambas Cámaras continúan. Una de las cosas que allí se han discutido últimamente es la adquisición de un acorazado de colosales proporciones, un gigante de hierro que lleve el nombre de España á través de los mares con el prestigio del terror. Discuten los entendidos en arquitectura naval sobre si será mejor comprar varios buques pequeños que un buque grande, es decir, en términos vulgares aunque clásicos, si habrá más provecho para España en comprar las cinco caperucias del sastre baratarío, ó un sólo capuchón demasiado grande para nuestra cabeza.

En realidad habrá notable desproporción entre este barco y los demás de la armada española. Lo indudable es que España necesita marina, que esta necesidad es la más urgente para nuestro país porque la posición que tenemos en el mundo nos obliga á poseer un verdadero ejército flotante.

Mientras no tengamos barcos seremos un halcón sin alas.

**

Los barrios bajos de Madrid han tenido una gran emoción últimamente. Habían aparecido tres curanderos que se suponían investidos por Dios de la misión última de sanar á la humanidad doliente. Dábanse á sí mismos el modesto nombre de *apóstoles* y el procedimiento que empleaban para curar á un enfermo era sencillamente bendecirle, mojar en agua las puntas de los dedos y hacerle decir oraciones. El día en que la autoridad intervino, se promovió un motín; las turbas destruyeron el coche del Gobernador, desgarraron la levita al jefe de policía y entre gritos y aclamaciones y llantos los acompañaron hasta la cárcel modelo.

Lo triste del caso es que un pueblo donde aún tienen fuerza tales supersticiones, donde tres embaucadores de tan burda estofa medran y adquieren celebridad, deja bastante que desear en punto á civilización. La situación del pueblo bajo de Madrid exige reformas importantes así en lo moral como en lo material. Hacen falta muchas escuelas que difundan la luz en el alma, una píquetá que abra anchas vías á la salud y al aire en aquel apelmazamiento de viejos caserones. Cultura y salud, civilización é higiene: hé aquí el gran programa del porvenir para los que quieran que los horizontes de España sean risueños y tranquilos.

La mayor parte de las desgracias del pueblo de Madrid son debidas á ese afán de lo maravilloso y á esa necesidad de emociones fuertes que constituye el pan espiritual de su alimento.

Sólo concibe el *ahuro* como ese milagro del Dios del azar que se llama lotería: depositar en la hucha una á una las pobres monedas que representan la privación de lo superfluo y la merma de lo necesario no satisface á las imaginaciones meridionales. Quieren dar un día un golpe á esa hucha y que de entre los rotos cascos salga un torrente de luminosas y relucientísimas monedas de oro. Así es que el pueblo bajo de Madrid no ahorra, no sólo porque no puede sino porque no quiere. El supremo esfuerso que en las durísimas condiciones actuales de la vida para el pobre representa el privarse de algo preciso, de un pedazo de pan en cada comida ó de un vaso de Valdepeñas, sólo le comprende si tiene por objeto la adquisición de un billete de la lotería.

En cuanto á diversiones públicas, las que necesita han de ser vivas, enérgicas, feroces, las corridas de toros.

Víctima de sus propias condiciones morales, pasará á la historia con el dictado de heróico é inculto.

Pero los que tan duramente juzgen necesitarán no haber nacido en esta tierra y no tener la gran parte de responsabilidad que á todos nos incumbe con haber abandonado la educación de los pobres.

**

Un drama horrible ha ocurrido en la calle del Lobo. Un abogado viudo, padre de una niña de siete años, careciendo de lo más indispensable para la existencia, harto de luchar contra la corriente, de buscar destinos y ocupaciones sin resultado, cercado por el hambre y la miseria, ha matado á su hija y se ha suicidado de un pistoletazo. Nada había que decir de la conducta de este desgraciado. Honrado, bueno, pundonoroso, el mundo le ha negado todos los medios de vida. Mientras puedan suceder estos tristes casos, tendrán razón los que piensan que la sociedad está mal organizada y los que hoy en el proceso que se haga sobre la muerte del paricida y suicida escriban esta severa línea:

Procesado,—el género humano.

**

Imposible parece que haya quien discuta la conveniencia ó justicia de dar al inmortal poeta Zorrilla una pensión. Las Cortes tratan de concedérsela no muy abundante por cierto, y pocas veces se ha llevado á cabo por el cuerpo colegislador un acto de reparación más equitativo.

El grandioso cantor de Granada vive casi en la miseria. Durante más de dos años su único modo de ganar el pan de cada día ha sido los honorarios que le pagaba *El Imparcial* por sus interesantes artículos *Recuerdos del tiempo viejo*, en cuya colección ha pintado su vida y su época. Enfermo, achacoso, lleno de desengaños, carece hoy de todo y se ve obligado á ir por los teatros de provincias dando lectura á sus poesías.

«No es triste ver á tan grande gloria viviendo tan miserablemente!»

Francia ha enriquecido por dos veces á Lamartine, cuando comprándole sus tomos de poesía y prosa, otra otorgándole una pensión de 10,000 duros anuales. Inglaterra ha regalado á su poeta Tennyson un palacio magnífico enclavado en bello parque. Alemania tuvo siempre por Góthe la admiración y el religioso respeto que merecía.

Al mismo tiempo se trata de obtener una pensión para Fernandez y Gonzalez, el Dumas español, el escritor más fecundo de cuantos ha habido, pues sus novelas ascienden al número de trescientas sesenta.

Tan pobre como Zorrilla, no tenía otra renta que un sueldo de 20,000 reales que le daba el Ministerio de Fomento. Al cabo de cuarenta años de vida literaria, al cabo de cuarenta años de trabajo inverosímil, pues en todos ellos no ha dejado de escribir ni un solo día, el pobre novelista se encuentra en la miseria. Su genio colosal no cabe en sus libros, y á esto sin duda y más aún á la celebridad con que ha elaborado sus centenares de tomos dándole al mismo tiempo á tres taquígrafos tres novelas distintas, se debe que muchas de ellas sean indignas del

mérito de quien las ha hecho; pero aún haciendo un severo escrutinio de entre ellas, siempre quedarán en pie desafiando con gloria la crítica *Men Rodríguez de Sanabria, El Cocinero de Su Majestad, Martín Gily y El pastor de Nardugal...* Aún mejores son sus dramas, *El Cid*, y el *Cardenal Cisneros* son dos soberbias creaciones en que chispea un ingenio varonil, fuerte y poderoso, amantado á los pechos de nuestras musas épicas y dramáticas.

No es pedir mucho el pedir para estos dos pobres poetas un puñado de oro.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

Mile. Nevada, distinguida cantatriz

Durante la temporada teatral anterior, ha llamado la atención en París, primero en la Ópera Cómica y luego en el Teatro de los Italianos, un joven cantatriz llamado Emma Nevada, que, astro naciente hoy en el terreno del arte musical, promete ser digna émula de las Patti, Nilsson y otras brillantes estrellas de la escena lírica. Esta joven artista ha nacido en América, en el Estado cuyo nombre ha adoptado por apellido, pues el suyo verdadero es el de Wixon: hija de padres protestantes, abrazó la religión católica en marzo último, y apadrinada por la opulenta norte-americana Mad. Mackay y por el eminente Gounod, recibió el agua del bautismo en la capilla de los Padres Pasionistas de París. Entregada desde su edad juvenil á los únicos recursos de su arte en Viena, halló en Mad. Marchesi una eminente profesora y una segunda madre; es el único sosten de su numerosa familia, y aún no hace muchos meses obtuvo grandes ovaciones cantando la protagonista de la ópera *Lucia* en compañía de nuestro inimitable Gayarre, en el mencionado Teatro de los Italianos, cuyo escogido público no es por cierto de los menos exigentes en punto al arte que allí se cultiva.

El matrimonio de Romeo y Julieta,

CUADRO POR C. BECKER

Romeo y Julieta serían probablemente dos mortales como hay muchos millones parecidos, y Fray Lorenzo sería á buen seguro un ermitaño parecido á la generalidad de los ermitaños. Casi puede asegurarse que Julieta fué una hermosa joven, que Romeo fué un apuesto mozo y que Fray Lorenzo fué un venerable anciano; pero á buen seguro que ni Julieta fué la más hermosa de las muchachas de Verona, ni Romeo el más apuesto de sus mozos, ni Fray Lorenzo el más venerable de sus sacerdotes.

Cuando héte aquí que un potente dramaturgo inglés se apodera de la popular leyenda, la trasporta á la escena, y gracias al maravilloso poder del genio, Julieta, Romeo y Fray Lorenzo dejan de pertenecer al vulgo de la misera humanidad y toman forma poética, ideal, sobrehumana.

En semejante estado de apoteosis, se apodera de ellos el artista; y aquí entran naturalmente las dificultades. Se han dibujado y pintado centenares de Julieta y Romeos de Fruiles Lorenzos, según que cada artista los ha ideado; y ninguno, empero, ha conseguido que la voz unánime del público exclamase: ¡Eureka!—es decir: ¡te encontré!

¿Quién hace tangibles, visibles, reales y á gusto de todos, personajes que precisamente hemos idealizado, cada uno según su manera de comprender y de sentir? ¿Quién pinta, según la idea que cada uno tiene de la estética y del efecto de las pasiones, á Ofelia y á Margarita, á Hamlet y á D. Quijote?

Por esto, sin negar que el cuadro de Becker que hoy publicamos tenga indudable mérito artístico, sin negar que el agrupamiento y actitud de los personajes sean recomendables, sin negar que Julieta sea hermosa, Romeo apuesto y Fray Lorenzo venerable, lo confesamos ingenuamente, sus tipos no son los tipos que hemos soñado á nuestra manera; los encontramos demasiado sanos, demasiado gordiflones, en una palabra, demasiado prosaicos.

Sin duda que esto va en gustos: nosotros apuntamos simplemente el nuestro, con la pretensión algo orgullosa de que si Shakespeare pudiera emitir su voto, había de concordar con nuestra humilde opinión.

Al pié de la escalera de los Gigantes en Venecia,

CUADRO POR H. WOODS

La escena pasa en Venecia y en el famoso palacio de los antiguos dux. En un banco adyacente á las primeras gradas de la artística escalera de los Gigantes está sentada una joven, de tipo verdaderamente veneciano, con la atención fija en un grupo compuesto de una familia de *contadini*, que á su vez contempla con la ingenua admiración propia del labriego aquellas maravillas del arte, no soñadas siquiera en su humilde aldea. Un sacerdote acompaña á dicha familia, refiriéndole tal vez en sencillo y compendioso lenguaje alguno de los episodios históricos unidos al monumental edificio, que tantos recuerdos encierra de la época en que Venecia era la reina del Adriático y del Mediterráneo oriental.

El pintor Woods es uno de los muchos artistas ingleses que se apasionan por la escuela y tipos italianos, y que habiendo residido bastante tiempo en la ciudad de

las cien islas, ha consagrado su estudio y su pincel a reproducir en el lienzo con la soltura y buen colorido que le distinguen, escenas análogas a la que forma el sencillo pero bonito asunto de este cuadro.

José y la mujer de Putifar,

GRUPO EN MÁRMOL POR ADAM TADOLINI

Pocas palabras debemos consignar a este grabado. Como representación histórica, nadie habrá que ignore el episodio bíblico en que se ha inspirado el artista; como obra de arte se distingue notablemente por la expresión de las fisonomías de entranbas figuras, por el discreto modelado de las carnes y por la bien entendida ejecución de los paños, cualidades todas que revelan en el escultor Tadolini no vulgar conocimiento del difícil arte que cultiva.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

Fantasia japonesa, CUADRO POR GUSTAVO COURTOIS

Si tuviéramos a mano al autor de ese bellissimo dibujo, le diríamos:

—Caballero; lo que V. ha dibujado ¿es una fantasia ó es una japonesa?

Porque, francamente hablando, si como sér fantástico (léase caprichoso) tiene algo de japonesa; como japonesa se nos ocurre algo fantástico.

Hasta aquí nuestros conocimientos tocante á ese imperio nos habian dado á conocer á los japoneses y á las japonesas tales como resultaban de los veladores muchachos ó de los estuches para contener barajas ó piezas de ajedrez.

Comparando esos tipos con el tipo de Courtois, se ve que la raza debe haber mejorado bastante, dado el concepto estético que en Europa se tiene formado de la belleza.

Resultado del cuadro que hoy publicamos que las damas del Japon no son ya aquellas mujercitas de nariz imperceptible, de ojos parecidos á una breve linea trazada con tinta sobre un pergamino amarillento, de frente estrecha, dentadura ennegrecida por el betel y tocado tan estrofastrajado que de él no se aprovechó moda alguna, á pesar de haber habido modas muy estrofastrajadas.

Si la verdad está en el cuadro de Courtois, esa verdad acusa un progreso por el cual felicitamos á las japonesas, y más aún á los japoneses.

Nos acordamos, empero, del dicho:—A luengas tierras, luengas mentiras. ¿Dónde estará la verdad, en nuestro cuadro ó en los paquetes que contienen media libra de té? No es fácil dar con la solución, y en este conflicto, fantasia por fantasia, nos quedamos con la de Courtois, que es la más bella.

ROBANDO CORAZONES

Novela de costumbres

(Conclusion)

Contemplaban á la novia con éxtasis, la besaban con ciertos deseos de morderla; pero aquella jóven era un ángel que habia bajado del cielo para hacer la felicidad del pueblo, y no faltaba entre los concurrentes quien aseguraba que se veía un resplandor de luz celeste en torno de la cabeza de la novia, como el que tienen las Virgenes en los altares de las iglesias.

En una palabra: la madrileña iba poco á poco conquistando todas las voluntades, haciéndose dueña de todas las simpatías, y robando los corazones, como habia dicho don Serafín.

A las siete y cuarto, un monaguillo, colorado como un pimiento de la Rioja, comenzó á repiquetear la campanilla llamando á los fieles; y poco después, los novios, los padrinos, los testigos, y los convidados de *escalera arriba* se hallaban al pie del altar, mientras que los convidados de *escalera abajo* se iban colocando á donde Dios y su buena suerte les permitía.

Comenzó la sagrada ceremonia en el más profundo silencio. Todos los ojos estaban fijos en los novios, que formaban la pareja más encantadora de la tierra; porque si Teresita era una muchacha sin *pero*, Joaquinito era un muchacho perfecto.

Nadie dudaba, al verlos, que habian nacido el uno para el otro; y exceptuando algunos corazones envidiosos, que nunca faltan, los demás, todos les bendecian desde el fondo de su alma.

Algunas mujeres del pueblo tenían los ojos llenos de lágrimas, porque sabido es que los pechos generosos se conmueven lo mismo ante la felicidad que ante la desgracia de su prójimo, sólo que estas emociones les proporcionan distintos efectos.

Terminada la ceremonia religiosa, Joaquinito, radiante de felicidad, dió el brazo á la novia, abriendo la marcha. Todos le siguieron.

Don Joaquin daba el brazo á la señora del alcalde, y el alcalde á la señora madrileña; así por parejas y en correcta formacion, cruzaron el largo corredor, y subieron por la escalera principal, al salon donde les esperaba el chocolate.

Durante el tránsito, todo el pueblo formando dos apretadas lineas, se replegaba contra las paredes, para dejar paso franco á los señores.

Aquello no se habia visto nunca; iba á dejar memoria en los gloriosos anales del pueblo.

Mientras tanto, la banda musical, para amenizar la fiesta, seguía tocando una pieza detrás de otra, con gran contento de los sencillos aldeanos.

Las mujeres y los niños del pueblo tocaban respetuosamente con la punta de los dedos el velo de la desposada y el vestido de raso blanco, y luego besaban los mismos dedos que habian tenido la incomparable dicha de rozarse con la ropa de la novia.

Teresita, encendida las mejillas y con los ojos húmedos por las lágrimas, enviaba sus más cariñosas sonrisas al pueblo, acariñando al mismo tiempo las cabezas de los niños que se la acercaban.

En el comedor esperaban en torno de la mesa seis muchachas vestidas con el traje del país, dispuestas á servir á los señores, y como todas ellas eran agraciadas y bien parecidas, se despertó el apetito de los convidados, porque sabido es que nada abre tanto las ganas de comer como una muchacha bonita.

Aquel chocolate tenía algo de esos almuerzos modernos, que nuestros coetáneos, con la mala costumbre de olvidarse de la hermosa lengua de Cervantes, han dado en llamar *lunch*, puesto que la mesa, perfectamente dispuesta, se veía llena de apetitosos fiambres, que nada tenían que ver con el chocolate.

Don Serafín, maestro de ceremonias, director absoluto de la fiesta, fué colocando á los convidados, y debemos decir en honor de la verdad, que aquel hombre Providencia desempeñó sus difíciles cargos con aprobacion general.

Comenzó el desayuno en el mayor silencio; nadie se atrevía á perder su gravedad; don Serafín animaba á todo el mundo y en particular á los arrendatarios de su amigo, gente rústica y poco acostumbrada á banquetes de aquella naturaleza, que se encontraban como gallinas en corral ajeno.

Mientras tanto, la banda musical, junto á la puerta del comedor, apenas habia concluido de *soplar* una polka, *bujaba* una habanera.

Poco á poco se fué extendiendo el buen humor junto á la mesa, desapareció la tirantez propia de los pueblos, y se restablecieron conversaciones parciales de vecino á vecino, aconsejándose los unos á los otros que probaran de este ó del otro plato.

El pavo trufado, el jamon en dulce con huevos hilados, la lengua á la escarlata y el salchichon de Vich, fueron los manjares que más honrados se vieron.

Terminado el desayuno, desde el comedor pasaron á ver las habitaciones de los novios.

La casa fué invadida, la curiosidad estaba hambrienta por saber todo lo que la novia habia traído de Madrid.

Teresa tocó un rato el piano, y comprendiendo que á sus oyentes les gustaria más la música ligera, cantó con mucha gracia dos ó tres piezas de zarzuela.

Todo era alegría, regocijo, entusiasmo; sólo permanecian graves, mudos y taciturnos los cuatro severos rostros de doña Augustias, doña Soledad, doña Visitacion y doña Agueda, que protestaban, desde el fondo de sus conturbadas almas, de aquella festividad, que segun don Serafín, iba por el mundo *robando corazones*.

Cuando á las diez de la mañana, los convidados se resolvieron á regresar á sus casas, ofreciendo volver á las tres de la tarde, hora en que debía celebrarse el banquete, Teresita se quitó la corona nupcial, y repartió una rosa blanca á cada una de las señoras que la rodeaban, diciendo:

—Ruego á Vds. que guarden esta rosa como un recuerdo de la inmensa felicidad que siente mi alma por haberlas conocido.

Este delicado obsequio acabó de entusiasmar á la mayoría de los convidados.

A las once, los novios se quedaron solos en familia. —Mal día, hijos míos,—les dijo don Joaquin, riéndose con *toda la boca*,—pero en fin, dichosos vosotros para quienes empieza ahora la primavera de la vida y la poética luna de miel.

Doña María se contentó con derramar dos lagrimitas y decir, abrazando á la novia:

—Yo creo que soy tan feliz como vosotros.

En cuanto á don Joaquin, como sus ocupaciones aquel día eran múltiples, desapareció de la sala, sin decir nada.

A las tres en punto comenzó el banquete con acompañamiento de música.

Eran ochenta y cuatro convidados en la mesa de los señores; en la cocina y los patios comió todo el pueblo. Aquello era efectivamente las segundas Bodas de Canacho; don Serafín se cubría de gloria, estaba radiante de felicidad.

Desde su asiento, como un verdadero director de orquesta, dirigía frecuentes miradas á las seis mozas que servían á la mesa.

De vez en cuando se levantaba, salía del comedor, y volvía á entrar.

Jamás hombre alguno desempeñó con tanto celo las comisiones de su cargo.

En la mesa se habian colocado en fruteros, bandejas y canastillos, diez y siete postres, y dos enormes ramos.

Todo aquel artístico aparato, todo aquel golpe de vista sorprendente, que causó el asombro de los convidados, era obra del ingenioso, del incomparable don Serafín.

Si aquel hombre hubiera nacido en la ceremoniosa época de Luis XIV, indudablemente la historia le hubie-

ra dedicado una página gloriosa, pero desgraciadamente habia nacido en un modesto pueblo de Castilla la Nueva y bodas como la de Joaquinito y Teresita, *entran pocas en libra*.

Sobre el mármol del aparador habia colocado don Serafín, de un modo caprichoso, cincuenta botellas de Champagne, que *esperaban ansiosas* el momento de echar los taponés por el aire.

La comida fué abundante y succulenta; tal vez carecía de ciertos perfiles y primores propios del refinamiento de la cocina francesa, pero aquella buena gente jamás habia visto cosa igual, y para ellos era una comida digna de un rey.

Los vinos del Priorato, Valdepeñas, Fondillon, Benicarló y Jerez, campeaban en la mesa, dando *vivas* á España, y para los postres, esperaban su turno en el aparador, el Champagne, el Curaçao blanco, el Benedictino, la Aniseta de Burdeos y el Cognac.

Con los vinos y los licores indicados, servidos con abundancia, bastaba y sobra para que *la tomaran* muy de veras los convidados de don Joaquin, pero afortunadamente nadie cometió la grosería de emborracharse, si bien á los postres, todos estaban alegres y con grandes deseos de brindar.

Don Joaquin, adivinando estos deseos, dió la orden para que se sirviera el Champagne, y comenzó á oírse el alegre estruendo de los taponazos de ese vino de la alegría, que es la última palabra para resumir el buen humor de un banquete.

Todo el mundo creyó llegado el momento de probar su ingenio, y los convidados, alargando sus copas, concentraron sus pensamientos y aguzaron sus oídos.

CAPITULO QUINTO

La casa por la ventana

Don Joaquin, de pié, con la copa en la mano, el brazo extendido, rebosando alegría, comenzó los brindis de esta manera.

—Señores: como la felicidad de los novios refleja en mi corazon, brindo por la luna de miel de los recién casados y por la prosperidad de los presentes, y suplico á todos Vds., pidan á Dios que de hoy en un año nos vuelva á reunir en este mismo sitio, para celebrar el nacimiento del primer hijo de Joaquinito y Teresita.

Chocaron las copas y volvieron á llenarse entre gritos y aplausos.

El alcalde, que como primera autoridad del pueblo, creyó que habia llegado el instante de *echar su cuarto á espadas*, tomó una actitud grave, respetuosa y propia de su *jerarquía*, escombró estentóreamente, levantó á la altura de su cabeza la copa del espumoso vino, dirigió en derredor suyo una mirada de superioridad, y dijo:

—Señores: haciéndome eco de los deseos del municipio que tengo la honra de presidir, dejándome llevar por los impulsos de mi generoso corazon, admirando las virtudes de la novia y los dotes con que la naturaleza dotó al novio, brindo por su felicidad, y le suplico en nombre de todo el pueblo, que permanezcan entre nosotros el mayor tiempo que les sea posible, para alegría de todos y provecho de los pobres necesitados. Yo por mi parte ofrezco que, para conmemorar este día, para que quede de él un recuerdo imperecedero en los archivos del Ayuntamiento, dispondré que mi digno secretario en union del ilustrado maestro de escuela escriban una Memoria histórica relatando los faustos acontecimientos de este día. Cuando este trabajo literario quede terminado, se citará á los presentes en el salon de la Casa Consistorial, para que oigan su lectura, y pongan al pié su firma. Así cree este municipio cumplir con el cariño y la gratitud que siente hacia los nobles dueños de esta casa. He dicho. ¡Vivan los novios!

El brindis del alcalde alcanzó un verdadero éxito: todo el mundo le felicitaba estrechándole la mano; algunos le abrazaban.

La alcaldesa se sintió orgullosa de tener por marido un hombre semejante, y al alcalde, bastaba verle la fisonomía para adivinar que estaba satisfecho de sí mismo.

Los brindis continuaron, los hubo de todas dimensiones y para todos los gustos; y algunos convidados, faltándoles el valor para pronunciarlos en voz alta, los formularon mentalmente.

El último que se levantó á brindar fué el maestro de escuela, pobre y bondadoso anciano á quien el municipio con sus atrasos habia pasar largas cuaremas de ayuno, pero que soportaba su mala suerte con la sonrisa de los mártires en los labios.

Don Prudencio Panayagua (éste era el nombre del dónime) llegó al pueblo á los veinticinco años de edad, y contaba en la época que nos ocupa sesenta y cinco; habia por consiguiente enseñado á leer, escribir, las cuatro reglas y algunas nociones de historia y geografía á todos los vecinos del pueblo que no pasaban de cincuenta años.

El pobre dónime era uno de esos sabios de aldea, que vivia muriendo, envuelto en su vieja capa, y era más conocedor de los poetas latinos que de los modernos.

Amante *impetuente* de la poesía, en los ratos de ocio se dedicaba á escribir cartas en verso para los enamorados, gozos y coplas para las festividades religiosas, y otros trabajos poéticos por el estilo.

Cómo su musa, á pesar de la vejez y la larga vida, no habia conseguido adquirir una fisonomía propia, se amoldaba á todos los géneros.

Pero desgraciadamente, en el pueblo la literatura pro-



EL MATRIMONIO DE ROMEO



JULIETA, quadro por O. Becker

ducía poco, y por eso sin duda, á pesar de tener tanto talento, el pobre dómíne se moría de hambre.

El maestro Panyagua se levantó, sacó un papel del bolsillo, se puso sobre la aguilera nariz unos *querredos* grandes como dos huevos fritos, y saludando tres veces con la cabeza á la concurrencia, dijo:

— Señores: no voy á pronunciar un discurso panegírico, porque otros lo han hecho con gran ilustración; voy solamente á leer á la novia una décima modesta, que la dedica mi pobre y envejecida musa. Ruega á doña Teresita que perdone mi atrevimiento y acepte lo único que puede ofrecerla como regalo de boda un pobre maestro de escuela.

— ¡Que len, que len!... gritaron algunos.

El maestro se sonrió, volvió á saludar poniendo de manifiesto su calvicie de zapatero, y repuso:

— Mis versos valen poco, aunque confieso que me han costado de escribir como si fueran bonitos; pero en fin, allá van, con perdón de las musas y de la concurrencia.

Y el dómíne desdoblado el papel, se puso á leer en voz alta la siguiente décima:

Á TERESITA

Pródiga naturaleza
quiso en tu misma persona
ceñir la triple corona
de amor, virtud y pureza:
tu incomparable belleza
aterrora tantos dones,
son tantas las perfecciones
que tu corazón encierra,
que eres ángel de la tierra,
que *roba los corazones*.

Un aplauso cerrado resonó en el comedor. El pobre viejecillo se sonrió con la timidez de la modestia; y después de inclinar la cabeza saludando al público, se dirigió hacia el sitio donde se hallaba Teresita, y doblando una rodilla en tierra, dijo:

— Señora: los versos que tengo el atrevimiento de dedicar á V., son muy malos, pero juro con la mano puesta sobre el corazón, que me han costado tanto como si fueran buenos.

Teresita, conmovida, levantó al pobre viejo y le dió un beso en la frente.

El maestro de escuela dejó asomar dos lágrimas á sus ojos.

Todos aplaudieron á Teresita.

— Gracias, amigo mío, gracias de todo corazón por su delicado obsequio, — dijo la novia.

El dómíne quiso hablar pero no pudo, porque el pobre se hallaba verdaderamente conmovido.

Teresita se quitó un ramito de violetas, que llevaba al pecho, y lo puso en la solapa de la raída levita del maestro, diciéndole:

— Yo recompeno, con el alma agradecida, las flores del poeta, con estas otras flores que la naturaleza ha creado para perfumar el ambiente.

Este rasgo delicado de la novia produjo un verdadero vértigo en derredor suyo.

Don Joaquín, loco de alegría, abrazó al maestro de escuela, y quitándose el reloj y la cadena de oro que llevaba, le dijo:

— Amigo don Prudencio; le ruego que acepte en nombre de mi hija, esto, como un recuerdo del día de su boda.

Don Prudencio abrió inmensamente los ojos, movió la lengua como si deseara humedecer el paladar, y dijo, no con pocas fatigas:

— Pero señor don Joaquín de mi alma: yo no tengo ropa para llevar este reloj.

Este arranque de excesiva modestia produjo la hilaridad en derredor del dómíne.

Teresita colocó su blanca y pequeña mano sobre el hombro del maestro, y le dijo, riéndose:

— Puede V. aceptar el reloj, sin el menor escrúpulo, porque yo tengo grandes proyectos, por consiguiente corre de mi cuenta el que no le falte á V. la ropa que echa de menos ese reloj.

El dómíne se dejó caer en una silla; aquella joya, que valía lo menos tres mil reales, le aplababa, pues sabía es que, á los ojos que están acostumbrados á las tinieblas, la hermosa luz del sol le hiera hasta el punto de hacerles daño.

Todo el mundo rodeaba á don Prudencio dándole la enhorabuena por sus versos y sobre todo por el reloj y la cadena de oro.

El dómíne, con los ojos humedecidos por las lágrimas y la sonrisa en los labios, repartía gracias á derecha é izquierda.

Se tomó el café, y un cuarto de hora después, todos los convidados se hallaban en la galería del jardín, esperando impacientes la señal para que comenzara el castillo de pólvora.

Hay dos diversiones que electrizan, que entusiasman al pueblo español, lo mismo en las grandes ciudades que en las pequeñas aldeas: los toros y los fuegos artificiales.

Comenzaron los cohetes *voadores*, los unos con sus penachos de chispas, los otros con sus bombas de colores, que caían sobre los alegres aldeanos, como una lluvia de oro.

Después de un centenar de cohetes, se pegó fuego al primer cuerpo del castillo, cuyas estrellas giratorias y numerosas campanillas despedían de vez en cuando una

corona de fuego, que elevándose á gran altura, iluminaba la oscuridad del espacio.

El público aplaudía frenéticamente al autor de todos aquellos efectos de luz, que brillaban sobre sus cabezas. La última parte del castillo se reducía á un templo formado por luces de colores, en cuyo centro se leían los nombres de los novios.

Esta apoteosis, esta *gloria* final produjo un verdadero frenesí entre los espectadores.

Terminados los fuegos, comenzó el baile; pero ¿á qué continuar refiriendo lo que sucedió aquella noche en casa del millonario don Joaquín? Basta decir que todo el mundo bailó mucho, que todo el mundo comió mucho, y que á la una de la madrugada se despidieron los convidados deseándose muchas felicidades á los novios, que los músicos dejaron de *soplar*, y que se apagaron las luces, y en la alcoba nupcial se encendió la *antorcha de himeneo*.

CAPITULO SEXTO

Consumatum est

Trascurrió un mes: Teresita iba ganando voluntades en el florido campo de las simpatías.

Una mañana, paseándose por el jardín, apoyada en el brazo de su papá suegro, le dijo, inclinando la cabecita sobre el hombro, y sonriéndose como un querubín:

— ¿No cree V., querido papá, que en este mundo, toda criatura debe ser útil á sus semejantes y mucho más los que gozamos del privilegio de ser ricos?...

— ¿Quién lo duda, hija mía? los ricos no deben olvidarse nunca de los pobres. Pero ¿por qué me diriges esa pregunta?...

— Toma, porque tengo un pensamiento que no puedo realizar sin la venia de V.

— Pues ya la tienes; porque á mí me parece tan imposible negarte lo que me pidas, como hacer de la noche día y del día noche.

— Le cojo á V. In palabra, y puesto que tengo la autorización, ya me las compondré yo con don Serafín para realizar mi pensamiento lo más pronto posible.

— Pero ¿qué es ello?...

— Un poco de paciencia, querido papá, pues no ha llegado todavía la hora de que V. lo sepa.

— ¡Holá!... ¿Y va á saberlo antes que yo don Serafín?...

— Pues es claro, porque él es mi cómplice.

— ¿Y lo sabe Joaquinito?...

— Toma, ese lo sabe todo; porque yo le permito que se asome á una ventanita que tengo en el corazón, desde donde se ve mi alma.

— Vamos, ya veo que te has propuesto matarme de curiosidad.

— Pues para que esa curiosidad no sea tan mortificadora, voy á decirle á V. una parte de mi secreto: necesito para realizar mi pensamiento, ocho ó diez mil reales.

— ¡Zumbomba!... ¿Y qué más?...

— Ya no puedo decir una palabra, porque si vamos continuando las preguntas, va V. á acabar por saberlo todo, y eso no es lo convenido.

Don Joaquín concedió á Teresita *letra abierta* en su caja, porque no podía negarle nada á aquel angelillo de la tierra, que era la alegría de la familia.

Al día siguiente, don Serafín se presentó con una cuadrilla de albañiles, en casa de don Joaquín; se instalaron en una sala baja, que tomaba las luces del jardín, y comenzaron á derribar tabiques.

Aquella habitación, como otras varias del edificio, no servía para maldira la cosa; porque el inmenso caserón de don Joaquín tenía tres cuartas partes más de habitaciones de las que necesitaba la familia para vivir desahogadamente, abundancia de local que sólo se disfruta en los pueblos.

El trabajo de los albañiles duró una semana. Luego don Serafín hizo un viaje á Madrid, comisionado por Teresita, y al regresar al pueblo, trajo multitud de objetos que entraron, unos en cajones, otros envueltos en telas impermeables, en el *salon de los misterios*, según lo denominaba don Joaquín.

Pero como no hay plazo que no se cumpla, una mañana Teresita cogió del brazo á su papá suegro, hizo una seña con la cabeza á su madre política, guió el ojo á Joaquinito, y todos juntos y en familia, entraron en el *salon misterioso*, que Teresita y don Serafín, auxiliados de los albañiles, habían convertido nada menos que en una escuela de música y dibujo.

Además, unas mesitas colocadas junto á las ventanas del jardín se hallaban llenas de herramientas; y en unos canastillos de paja se veían pétalos de flores, tallos de alambre pintado de verde, y todo lo necesario para construir ramos y flores artificiales.

Como Teresita leyó el asombro en los semblantes de sus padres políticos, y este asombro reclamaba una explicación, tomó la palabra, y habló de esta manera:

— Como me aburre la ociosidad, porque no estoy acostumbrada á ella, como aquí me sobran seis horas de las veinticuatro que tiene el día, voy á emplearlas, con permiso de mi querido esposo, y de mis padres, en enseñar un poco de música, otro poco de dibujo, y otro poco en la construcción de flores artificiales, á todas las niñas del pueblo, que quieren honrarme siendo mis discípulas.

La música, el dibujo y la construcción de flores, son muy bonitos adornos para la educación de la mujer, y muchas veces suelen serles útiles para ganarse honradamente la vida.

Doña María lloró, porque aquella buena madre no sabía hacer otra cosa que llorar; don Joaquín abrazó á su hija

política; Joaquinito se sonrió con la satisfacción del que posee un tesoro; y don Serafín presenció la escena grave y satisfecho de sí mismo, por la parte que había tomado en la creación de aquella escuela, que iba á dar días de gloria al pueblo.

La noticia corrió con la rapidez del rayo; el ayuntamiento en masa fué á darla las gracias á Teresita; el cura párroco, desde el púlpito, aconsejó á sus feligreses que imitaran la noble y honrada conducta de doña Teresita, y no se echaran las campanas al vuelo porque lo impidió don Serafín en tiempo oportuno.

Quince días después, Teresita contaba con veinte discípulas que pertenecían á todas las clases de la sociedad.

La escuela de Teresita estaba abierta para las ricas y para las pobres, y todas eran tratadas con igual cariño, con las mismas consideraciones.

Doña Agueda, doña Visitación, doña Soledad y doña Angustias empezaron á convencerse, bien á pesar suyo, de que Teresita tenía *ángel*, y que siguiendo por el camino que había emprendido, no tendría nada de extraño que las profecías de don Serafín se cumplieran y que la madrileña *robaba todos los corazones*.

Al hacer esta manifestación aquellas cuatro *piadosas* señoras, ponían siempre un *pero* y tres puntos suspensivos y esta conjunción adversativa destruía en parte las concesiones que *á regalada dientes* hacían en favor de Teresita.

— Pero sabido es que no se desarraiga con facilidad el odio que se infiltra en el corazón de cuatro beatas murmuradoras y envidiosas.

Mas, ¿qué le importaba esto á Teresita?.. En el pueblo, exceptuando las cuatro mamás que habían soñado llamarse suegras de Joaquinito, todo el mundo adoraba á la madrileña y hubieran besado con respetuosos cariños las huellas de sus pies, si se lo hubiera permitido.

Teresa era un ángel de la tierra; las bendiciones la salían al paso por todas partes, porque el que siembra favores, tiene siempre buena cosecha de agradecimientos, por más que las malas lenguas vayan pregonando que el mundo está lleno de ingratos.

A pesar de esto, las almas nobles y generosas miran con indiferencia la ingratitude, y siguen prodigando el bien por la tierra, sin cobrar otro *tanto por ciento* que la satisfacción que les proporciona el hacerlo.

Teresita, con el auxilio de don Serafín, del cura párroco, del alcalde y del médico, estaba al corriente de todas las necesidades del pueblo y procuraba remediar no sólo las del cuerpo, sino las del espíritu, visitando á los enfermos y á los necesitados.

El médico del pueblo solía decir:

— Yo tengo en doña Teresita un auxiliar poderoso para combatir las enfermedades de los pobres, y muchas veces entre ella y yo derrotamos á la muerte.

Insensiblemente, Teresita, aparentando ser una esclava de la familia, no tener voluntad propia, se fué haciendo la señora, el ama, la reina absoluta de la casa; pero su imperio era tan dulce, tan noble, que todos acabaron por poner su corazón y su voluntad ante los pies de aquel serafín que les aprisionaba con una cadena de perfumadas rosas.

Cuando al año de establecerse la academia de música, dibujo y construcción de flores artificiales, se celebró el certamen público en el salon del Ayuntamiento; cuando las buenas madres del pueblo oyeron tocar á sus hijas algunas piecitas al piano; cuando vieron los dibujos y las flores de las discípulas de doña Teresita, faltó poco para que se la comieran á caricias.

Teresita había establecido premios para las discípulas aventajadas, procurando por este medio estimularlas, pero separándose de la rutina; en vez de coronas, bandis y medallas, si la discípula era pobre le regalaba dinero ó ropa, y si era rica, libros útiles bonitamente encuadernados, con el nombre de la agraciada, en letras de oro, en la cubierta.

El primer certamen fué célebre en los anales del pueblo. Al salir Teresita del Ayuntamiento, cogida del brazo de su papá político, la vitorearon con frenesí.

Algunas mujeres, impulsadas por el entusiasmo de la gratitud, le besaban las manos y la falda del vestido, con el respeto y la veneración que pudieran hacerlo con una santa.

Este triunfo, esta explosión de cariño, estas expansiones hijas de la gratitud, fueron otras tantas espigas que penetraron en los corazones de doña Soledad, doña Angustias, doña Visitación y doña Agueda.

Estas *buenas* señoras no podían soportar con indiferencia que la forastera continuara *robando corazones*, y sus hijas se quedarán para vestir imágenes en la sacristía de la iglesia.

Al separarse de sus amigas doña Angustias las dijo, poniendo los ojos en blanco:

— Desengáñense Vds., á pesar de los aplausos y los vítores, yo sigo en mi trece; esta boda acabará mal, porque estoy viendo que los desfilarras de la madrileña, al fin y al postre, serán causa de la ruina del imbécil de don Joaquín, del bobo de Joaquinito, y la *mema* de su madre, que no tienen voluntad propia para oponerse á las extravagancias de Teresita.

No hay nada tan incorregible como una alma envidiosa, y aquellas *buenas* señoras eran perseverantes en la culpa, porque indudablemente ignoraban que con quinientos reales bien gastados se puede socorrer en un pueblo de corto vecindario, á muchos menesterosos.

Pero ¡oh fragilidad humana! aquellas cuatro mamás hipocritas y mojigatas y sus empalagosos y ridículas hijas, formaban siempre en primera fila en los banquetes, fiestas

y halles que daba Teresita en su casa; y parece increíble, comían con buen apetito, y recibían con manifestaciones de cariño y gratitud las finezas y regalos de la madreña; pero en cambio cuando se hallaban solas, cuando se arro- dillaban dándose golpes de pecho, ante la imagen del santo de su devoción, indudablemente le pe- dían, como favor especial, que se cumplieran sus pronósticos.

Un día, don Serafín le dijo á Teresita:

—¿Sabe V. lo que ocurre?

—No,—contestó Teresita,— pero supongo que V. me lo dirá.

—Pues las hermanas de la co- fradía de la Virgen de las Angustias han andado poco ménos que á sarpa la greña por no sé qué privilegios que las unas dicen tener sobre las otras; pero yo sospecho que no es esa la madre del cordero, sino que, como se han recaudado pocos fondos para hacer la fiesta y el mes de agosto se echa encima, andan las buenas hermanas desazonadas é inquietas.

—Pues eso es muy fácil de re- mediar,—contestó sonriéndose Teresita,—que se fundan en una las dos hermandades, pues ya sabe V. que dicen los sabios, que la union constituye la fuerza. Además, en Nazareth sólo hubo una María, en Belen sólo parió una Virgen, y Dios sólo tuvo una Madre.

—Si, sí, todo eso es verdad,—añadió don Serafín, rascándose el cogote;—pero esas buenas señoras están muy enguerradas y cada cofradía defiende á su Virgen.

—Pues la Virgen no es más que una, amigo mío, y yo he de intentar que se unan las dos her- mandades.

—Le aconsejo á V. que no se mezcle en ese asunto.

—¿Por qué?

—Porque ya tiene V. algunas enemigas entre las hermanas y podría aumentar el número.

—Bah; ya sé yo que no me quieren bien algunas señoras del pueblo; son muy pocas, pero ellas se desgañarán y acabarán por amarme como todos; porque yo, amigo mío, he nacido para no tener enemigas.

Teresita se dió tan buena maña, que á fuerza de halagos, perseverancia y regalos, logró realizar sus deseos.

Las dos hermandades se refundieron en una; redactó un reglamento, en colaboracion con el cura, el maestro de escuela y don Serafín; se nombraron cuatro presiden- tas, á turnar una cada año; infuyó con su suegro para que se le regalara un vestido nuevo á la Virgen, y convidó á comer á doña Angustias, doña Soledad, doña Visitacion y doña Agueda, presidentas vitalicias de la cofradía de la Virgen del Socorro.

Estaba escrito: era imposible no adorar á aquel ángel de la tierra, á aquella alma hermosa, que infiltraba las simpatías en todos los corazones; y hasta la misma doña Angustias, la más recalcitrante y tenaz enemiga de Teresita, al meterse en cama, aquella noche, no pudo ménos de decir, exhalando un suspiro:

—Don Serafín tiene razon: la madreña es un ángel del cielo, que ha bajado á la tierra, en forma de mujer, sin otra mision que la de robar corazones.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

TODO EL MUNDO

Suma y compendio de todas las cosas creadas es para la Academia de la lengua este mundo que denominan, unos, mundo pícaro, y otros, valle de lágrimas. No voy á discutir con la docta y autorísimas corporacion; paso por que todas las cosas creadas se hallen en el mundo (que es bastante pasar) y paso por que existan cosas que aún estén sin crear (y es pasar más todavía) y voy derecho al grano, ó á la cuestion: la cual cuestion es una pregunta que se me ha ocurrido muchas veces y á la cual aún no he logrado hallar respuesta: ¿quién es todo el mundo?

Ya sé yo que el mundo es uno de los enemigos del alma; pero todo el mundo debe de ser cosa distinta.

En muchas ocasiones he oído hablar de las cosas del mundo, que, después de todo, son las únicas cosas que nosotros conocemos; del mundo al revés que se diferencia muy poco del mundo al derecho, acaso porque ya ha sido vuelto más veces que abrigó de cesante; de echarse al mundo y de darse al mundo, como pudiera uno darse al demonio; del mundo nuevo y del nuevo mundo, que áun cuando parezcan una misma cosa, son dos cosas muy dife-



AL PIÉ DE LA ESCALERA DE LOS GIGANTES EN VENEZIA, cuadro por H. Woods

rentes; de cosas que no son del otro mundo, como si dijé- mos, que no son del otro juérez, en que parece que juéves y mundo son sinónimos; y hasta de dar el mundo un esta- llido, amenaza que tienen constantemente en los labios los que andan descontentos con lo que ocurre, que son casi todos los hombres y la mayor parte de las mujeres; pero nunca supe, á ciencia cierta, lo que quiere decir el que dice: todo el mundo.

Esto sucede desde que el mundo es mundo, y pareceme que sería conveniente desterrar del mundo tan pernicioso costumbre; pero cuando de mejorar las costumbres se trata, aunque el reformador posea *este mundo* y el *otra*, suele fracasar en la empresa. Los que han rodado el mundo y tienen por consiguiente bastante mundo para no irse por ahí, por esos mundos, sin saber á dónde van y lo que se pro- ahí, por esos mundos, sin saber á dónde van y lo que se pro- ahí, por esos mundos, sin saber á dónde van y lo que se pro- ahí, por esos mundos, sin saber á dónde van y lo que se pro- ahí, por esos mundos, sin saber á dónde van y lo que se pro-

—Incurre V. en error grosero, amigo mío.

—Está V. equivocado; lo que yo sostengo es la verdad.

—Eso creerá V.; pero todo el mundo sabe lo contrario.

—¡EH! Ya pareció aquello; ¿no se lo decía yo á Vds.?

—Me acerco y digo:

—Caballero, perdome V. una pregunta; ¿ha dicho V. que todo el mundo cree lo contrario?

—Sí, señor; eso he dicho.

—Y ¿sería V.—perdon otra vez—sería V. suficiente- mente amable para decirme quién es todo el mundo?

—¿Cómo que quién es todo el mundo?

—Pues eso.

—Pues todo el mundo son todas las personas que dis- curren; todos los autores que han escrito sobre este asunto, que el señor y yo discutimos; todos los tratadistas antiguos y modernos; los profesores de la universidad; los oradores

de las sociedades científicas; los publicistas más distinguidos; en una palabra, todo el mundo; ¿có- mo se dice todo el mundo?

—Así justamente; decirlo es la cosa más fácil del mundo; pero, vamos, ¿está V. seguro de que ningún tratadista, ningún orador, ningún sabio ha sustentado dis- tintas opiniones? La misma per- sona que con V. discuta ¿no pertenece al mundo?

—Claro que sí; ni quiero yo suponer que en esto haya com- pleta y absoluta unanimidad. ¿La hay en algo por ventura?

—Ya me hago cargo; pero vaya, como V. decía: *todo el mundo*...

—Bien, es una manera de de- cir; eso significa la mayoría...

—¿La mayoría? ¿Y puede sa- berse de qué medios se ha valido V. para adquirir el convenci- miento de que la mayoría piensa como V.? ¿Cuándo se ha verifica- do la votación? ¿Dónde se conta- ron los votos? ¿Quién llevó á cabo el escrutinio?

—Eso, permita V. que se lo diga, es una verdadera mierda, no es preciso materializar hasta ese punto. Nada será más fácil que probar á V. con textos que *todo el mundo*...

—Bien, no insisto: sé cuanto necesitaba saber: *todo el mundo* significa, para cada uno, los que piensan lo mismo que piensa él.

De forma que para éste, hay un *todo el mundo*; y para aquél, otro *todo el mundo* distinto. ¿Eres ministro?—Bien pudieras serlo; crearás que desempeñas el oficio como ninguno; los que te rodean, amigos, parientes, deudos, allega- dos, personas que esperan de tí favores ó solicitan mercedes, opi- narán lo mismo que tí; á lo mé- nos dirán que opinan que eres mejor ministro que cuantos hubo en los pasados y ha de haber en los futuros tiempos. Esa será, para tí, la opinion de *todo el mundo*.

Tu émulo, el que desea susti- tuirte y acaso con probabilidades de conseguirlo, pensará de tí que eres un cernicalo y lo mismo pen- sarán los amigos, parientes, deu- dos y testamentarios que rodean al ministro futuro: esta será para ellos y para él la opinion de *todo el mundo*.

Publicas un libro, escribes una comedia, pintas un cua- dro, haces una ópera, labras un monumento, ó te casas, ó te quitas la barba, ó te compras un sombrero; en cual- quiera de esos casos los amigos íntimos se burlarán de tí, encontrarán el sombrero ridículo, y la tonsura cursi, y la mujer coqueta (lo ménos), y el monumento digno de Chur- riguera (lo más), y la ópera inaguantable, y el cuadro es- pantoso, y la comedia insulsa y pesado el libro; pero, como fácilmente se comprende, á tí te dirán todo lo contrario: celebrarán tu acierto, aplaudirán tu ingenio, ensalzarán tu buen gusto y te dirán cuanto pueda lisonjarte, exagerán- dolo cuanto sea posible para burlarse mejor de tí; porque, al cabo, si uno no se burlase de los amigos, ¿en qué habia de pasar los ratos de ocio? Para tí, *todo el mundo* son esos me- que te adulan; para los demás, *todo el mundo* son esos mis- mos que se burlan de tí: en este caso ese *todo el mundo* es el mismo para unos y para otros; sólo que cada cual lo mira á su modo.

Para el artista es *todo el mundo* los que le aplauden; para el sabio, es *todo el mundo* los que le admiran; para la mujer hermosa *todo el mundo* son sus amantes; para el deudor, *todo el mundo* son sus acreedores; para el general no hay más *todo el mundo* que los soldados, y para el abogado, *todo el mundo* son pleitos.

Hay en el fondo de estas deducciones algo que demu- stra cuán cierto es que el hombre más experimentado y más corrido solo ha visto el mundo por un agujero: el agujero de su propia opinion y de sus personales con- venciencias.

Todo el mundo es una frase muy usual y que refleja per- fectamente nuestra soberbia y nuestra debilidad al mismo tiempo. Lo que nosotros pensamos, lo que nosotros cree- mos, eso presumimos que piensan y creen todos los demás; nuestras aspiraciones, nuestra opinion, nuestros principios, creemos asimismo que son los principios, la opinion y las aspiraciones de todos. Y sucede de ordinario, que los que nos rodean, ya por lisonjear nuestro amor propio con po- bresadulaciones; ya por evitar polémicas desagradables; ora por apoderarse, con halagos, de nuestro espíritu; ora para burlarse de nosotros haciéndose dueños de nuestra volun- tad, fingen pensar, opinar y creer como nosotros mismos pensamos, opinamos y creemos.

Y es tan grato, para la vanidad humana, advertir, no

que nosotros estamos conformes con *todo el mundo*, sino que todo el mundo está conforme con nosotros, que no vacilamos en llamar *todo el mundo* al reducido círculo de los lagotereros que nos rodean, nos halagan y nos adulan.

Bien consideradas unas cosas y otras, viene á resultar que si hubo un rey soberbio y arrogante que se atrevió á decir aquello de *L'etat c'est moi*; hay muchos millones de ciudadanos vanidosos que, aunque no lo digan en alta voz, repiten constantemente para su capote: *Todo el mundo*, soy yo.

A. SANCHEZ PEREZ

EL CÁRMEN
DEL RUISEÑOR
Tradición granadina

En la margen derecha del Dauro y no lejos del sitio llamado *las Angosturas*, existe, rodeado de otros varios, uno de esos deliciosos huertos que, únicamente en Granada y por privilegio especial, reciben el nombre de *cármenes*, conocido con el poético de *Cármén del Ruiseñor*.

El *cármén* de Granada es una cosa *sui generis*. No se asemeja en nada al *cigarral* de Toledo, ni al *miramar* de Valencia, ni á la *torre* de Barcelona, ni, saliendo de los límites de nuestra Península, á la *risueña* y elegante *villa* de Italia, el pintoresco *chalet* de Suiza ó el suntuoso y aristocrático *château* de Francia y Alemania. Es un pedazo de terreno de más ó menos extensión, por lo regular bastante accidentado, y en el que se encuentran mejor ó peor distribuidos, según el capricho y la fortuna del propietario, espacios convertidos en lindísimos jardines, con fuentes, estatuas, estanques y paseos; bosquecillos de laureles ó frescos

avellanos, con arroyos, grutas y bancos rústicos; cuadros destinados para hortalizas y árboles frutales, y sobre todo, miradores para contemplar los bellísimos panoramas que la Damasco de Occidente ofrece por donde quiera que se detenga la vista.

En cuanto al origen de la palabra *cármén*, es la opinión más general que viene de una voz árabe que significa *casa de placer ó mansion de recreo*; si bien algunos han querido darle otra procedencia haciéndola derivar del latino *carmen* (verso, poesía).

Hé aquí ahora el sencillo pero poético asunto á que debe su nombre el *Cármén del Ruiseñor*.



JOSE Y LA MUJER DE PUTIFAR grupo en marmol por Adam Tadolini

aguda espina del dolor. Llegó un día en que el ángel Azrael cernió sobre la cabeza del anciano sus alas negras y azuladas como las del cuervo del desierto; y Jufez, para quien hasta entónces había sido la vida un reflejo del jardín de Hiram, se dobló como una débil caña bajo el peso del infortunio.

El gentil manco que hacía sus delicias, el hijo querido que estaba llamado á perpetuar su noble descendencia y á heredar su nombre sin tacha, cayó en un combate atravesado por una guma.

Desde aquel momento terminó para Jufez la existencia; sus mejillas se demacraron y palidieron, y su frente, antes serena, se surcó de profundas é indelebiles arrugas.

Pasaba sus días en el mirador de su palacio sin proferir una palabra, contemplando con arrasados ojos las azuladas ondas del Estrecho y las brumosas montañas andaluzas. En vano Fátima, su esclava favorita, le mostraba sonriendo las perlas de su boca, y pulsaba, sentada á sus pies, las melodiosas cuerdas de su guzla de marfil; Jufez que la amaba con el cariño de un padre, acariciaba con su mano trémula las negras crechas de la jóven, y pagaba con una sonrisa dulce y melancólica sus esfuerzos por consolarle.

—Dicen, murmuraba una tarde Fátima con una voz tan suave y armoniosa como la de las hadas de Osián; dicen que más allá de ese mar que quiebra en sus ondas los postreros rayos del sol, más allá de aquellas montañas que tocan al cielo con su cumbre, hay una tierra hermosa y privilegiada, toda esmaltada de flores, y

locaba Fátima una alfombra de Persia, y recostado en ella el anciano dejaba vagar su imaginación en melancólicos y dulces pensamientos.

Una tarde de junio se posó un ruiseñor sobre las ramas del avellano y entónd su triste cántiga.

Jufez quedó embelesado escuchando aquella dulce armonía. Parecióle que era el espíritu de su hijo bien amado, que le saludaba de nuevo deseándole prosperidad.

Todas las tardes acudía Jufez ansioso al pie del avellano, y siempre los ecos del avellana canora deleitaban sus oídos y sumergían su alma en un mar de suaves y deliciosas meditaciones.

Fátima, viendo contento á su señor, se retiraba en silencio, y sólo volvía para acompañarle á su cámara cuando el sol se ocultaba tras Sierra Elvira.

Una tarde en que, como de costumbre, escuchaba Jufez al ruiseñor posado en una rama sobre su cabeza, le pareció que los trinos de éste, más cadenciosos y sentidos que los días anteriores, se debilitaban por momentos. Azorado el anciano, levantó su cabeza y vió á la pobre avellana que, cesando en su canto, escondía el pico entre las alas.

Fátima llegaba en aquel instante. Jufez apenas tuvo tiempo de mostrarle el ave; las alas de esta se agitaron con un movimiento de agonía, y cayó exánime junto al avellano, por cuyas mejillas rodaron dos lágrimas.

En vano intentó la esclava hacerle incorporar para trasladarle de aquel sitio. Jufez dobló su cabeza frente y quedó muerto sobre la alfombra al lado del ruiseñor.

SALVADOR PEREZ MONTOTO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.



AÑO III

← BARCELONA 21 DE JULIO DE 1884 →

NUM. 134

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA SALIDA DE LA ALDEA, cuadro por H. König

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LOS POMPEYANOS EN CÁPARRA, por don Pablo Hurtado.—MÚSICA DEL PORVENIR, por don J. Ortega Manilla.—UN TERRITORIO NEUTRO, por don Manuel Aranda.

GRABADOS: LA SALIDA DE LA ALDEA, por H. König.—MUSEO NACIONAL DE PINTURAS EN BERLÍN.—LA PRIMAVERA, cuadro por Pablo Thumann.—EN LA CIUDAD Y EN EL CAMPO.—LA ARTILLERÍA UN DIA DE COMBATE, cuadro por Ricardo Balaca.—REPRODUCCIÓN FOTOGRAFICA por el procedimiento de Meisenbach.—EL TIROLÉS HOFER, recibiendo una carta del emperador de Austria en la que le ofrece auxilio, cuadro por F. Defreyer.

NUESTROS GRABADOS

La salida de la aldea, CUADRO POR H. KONIG

La tropa, alojada en las casas de la aldea, ha recibido orden de emprender la marcha, y el corneta de caballería recorre las avenidas de aquella tocando llamada. Los ecos del clarín no sólo atraen a los soldados, sino también a las muchachas y entre ellas a la sensible jóven en cuyo corazon han dejado profunda huella las galanterías del apuesto corneta. Dolorosa es la despedida, pero el soldado ve en perspectiva otras aldeas y otras muchachas, y aunque jura a la doncella constancia eterna, sus juramentos se disipan con los últimos ecos del marcial instrumento.

El autor de este cuadro, discípulo de la escuela de Munich, se ha conquistado un nombre apreciable en su patria por sus obras de este género.

Museo nacional de pinturas en Berlin

Mientras los cañones alemanes en Sedan proclamaban la caída de un imperio y en Versalles proclamaban el nacimiento de otro imperio, en Berlin, la capital de la nueva confederación, en Berlin, cerebro y brazo de esa guerra que ha trastornado la vieja manera de ser de Europa, se estaba construyendo un grandioso elegante monumento, dedicado, según se lee en su frontispicio, a las artes alemanas. Este monumento, reproducido en el presente número de la *Ilustración*, es el Museo nacional de pinturas, imponente edificio de estilo griego, porque, digase lo que se quiera, siempre que del arte se trate, el buen sentido pagará tributo a la patria de Apelles y de Fidias.

El aspecto de ese Museo nos recuerda involuntariamente la Magdalena y la Bolsa de Paris, en donde el estilo griego está mucho menos bien aplicado, pues jamás Grecia nos inspirará ideas mercantiles, ni la arquitectura de sus templos, construídos para adorar en ellos a divinidades paganas, levantará nuestro pensamiento a las alturas donde reside el Dios de los cristianos. Por el contrario, al subir la doble escalinata que conduce a las puertas del Museo berlines, al detenerse en su ancho vestibulo, al contemplar esa construcción de que puede verse en la capital prusiana, se respira ambiente de arte, y el *touriste*, impresionado, aguarda la aparición de Demóstenes y de sus discípulos.

Los berlineses deben estar satisfechos de su obra: mientras exclamaban ¡*Vae vobis!*! en tierra conquistada, entonces la gloria al arte en la capital conquistadora.

La Primavera, CUADRO POR PABLO THUMANN

El autor de esta deliciosa composición pinta con maestría mujeres agraciadas, y por inclinación y estudio propende a los tipos de la antigüedad y aun al género que hizo inmortal el genio de Apelles. Véase, si no, la bellísima criatura con que ha simbolizado la primavera y que sería tal sin necesidad de esas flores hermosas, muy hermosas, pero no tanto como la jóven que las coge. En esta reside la verdadera primavera de la vida y de la belleza, primavera sin tormentas; belleza ingenua, simpática, admirable para cuantos conciben estéticamente a una mujer ántes de cumplir veinte años.

Representa, además, la Primavera de Thumann la hermosura superior, que es la del alma: esas formas correctas, esos ojos de cielo, esa boca sin tacha, ese conjunto armónico que parece entrevisto en un momento de éxtasis artístico, nada dice a los sentidos, nada a la brutal carne, nada a los que buscan la perfección de la materia por el miserable placer de envilecerla... El pintor ha querido, a nuestro modo de ver, reproducir a la virgen cristiana que pisa la tierra como la pisan los ángeles de la Biblia, y en cuya tersa frente y dulce mirada hay como cierta predestinación a una vida que no es nuestra vida, a un amor que no es el amor de la tierra.

En ese cuadro todo está en primavera, las flores, la mujer y las pasiones.

En la ciudad y en el campo

Las mujeres son bonitas en primer lugar... cuando lo son, y en segundo lugar cuando saben sacar partido de sus naturales atractivos, ataviéndose según las circunstancias de ocasión, lugar y tiempo. Tal dama, realmente hermosa, se hace ridícula por su atavío, y tal otra, que le debe bien poco a la naturaleza, se hace simpática y sobresale por el buen gusto de su tocado.

El autor de esos bonitos dibujos ha querido demostrar, sin duda, que era inteligente en el ramo, y del parangón entre aquellos resulta que una mujer puede ser tan simpática envuelta entre encajes como envuelta entre pieles, a la luz de bujías como a la luz del sol, bajo la atmósfera pesada de los salones y bajo la atmósfera limpia del campo.

La artillería un día de combate

CUADRO POR RICARDO BALACA

Reproducción fotográfica por el procedimiento de Meisenbach

El malogrado autor de ese cuadro tenía, como muy pocos, el don de sentir los tipos que reproducía. Cuando esos tipos eran soldados del ejército español, sus pinturas oían propiamente a cuartel ó a campamento. Sus escenas de batallas no temían, ciertamente, la grandiosidad de las de Le Brun, ni siquiera de las de Verneet; pero sí tenían un sabor de la tierra que las aquilataba a los ojos de los inteligentes y aun de los meros aficionados.

Véase, sino, la escena que reproducimos y diga cualquiera que conozca nuestra artillería rodada, si cabe pintar con mayor conocimiento de causa y con pincel más expresivo. Esos soldados son nuestros artilleros, bravos, fuertes, resistentes en los días de mayor fatiga; ese tren de batalla es nuestro tren cubierto de gloria en los africanos campos... Movimiento sin confusión, actitudes tan naturales que parecen tomadas del natural por la fotografía instantánea, correctísimo dibujo y sobresaliente verdad, son las condiciones que avaloran ese bello cuadro del que fué nuestro distinguido colaborador y al par nuestro simpático amigo.

El tirolés Hofer

RECIBIENDO UNA CARTA DEL EMPERADOR DE AUSTRIA EN LA QUE LE OFERCE AUXILIO, cuadro por F. Defreyer

Conocida ha sido de todo tiempo la adhesión del montañés Tirol a la casa de Austria. Esta adhesión hizo que, tan luego como el victorioso Napoleón I dispusiera de aquella provincia al emperador Francisco para entregarla al rey de Baviera, aliado de los franceses, se pusieran en comunicación los guerrilleros del país con el corte de Viena, y que pasara la frontera el general austriaco Chasteler con una división, siendo este la señal de un alzamiento general. Andrés Hofer, que con Speckbacher y el capuchino Haspinguer, se puso a la cabeza de aquellos montañeses, recibió una carta de puño y letra del emperador austriaco, en la que le prometía más auxilios y le daba su palabra de que jamás haría la paz con Francia sino a condición de que el Tirol continuara unido a la corona austriaca. Con tales promesas aquellos caudillos emprendieron una activa campaña, derrotando a las aguerzadas tropas francesas en varios reencuentros, mas al fin hubieron de ceder ante el creciente número de sus contrarios, la retirada del general Chasteler, y el abandono del Tirol por el emperador Francisco, quien consintió que se dividiera este fidelísimo país entre Baviera é Italia. Hofer fué capturado por los franceses y pasado por las armas en Mantua.

El cuadro del pintor Defreyer, perfectamente dibujado y de vigorosa entonación y colorido, nos da una exacta idea del aspecto de aquellos bravos y enérgicos montañeses, en cuyos rostros se ve retratado su varonil carácter y la convicción con que ponían sus vidas y haciendas a disposición de la causa por ellos defendida.

LOS POMPEYANOS EN CÁPARRA

Episodio histórico

POK DON PABLO HURTADO

I

La ciudad de Cáparra, fundada por los vettones lusitanos, en las inmediaciones de la actual villa de Oliva de Plasencia, sobre 700 años ántes de la venida de Jesucristo al mundo, y de la cual apenas quedan hoy más que determinados cimientos, columnas mutiladas y pórticos demolidos, con alguna que otra inscripción, que la piqueta destructora del tiempo se ha encargado de hacer ilegible, era por el año 44 ántes de la era cristiana, una de las poblaciones más importantes de la Lusitania, por más que las fatales consecuencias de las guerras sostenidas sin tregua por sus hijos con los romanos, atrayendo sobre ella las iras de estos, hubiesen sido causa de su incipiente decadencia.

No hacía muchos lustros que las legiones del Lacio, sometiendo al señorío de la reina del Tiber, le habían impuesto su organización municipal, su régimen administrativo y sus leyes tribunicias y consulares; aunque, a decir verdad, todo esto estaba en desuso, entre gentes que, mirando con prevención cuanto a romano trascendía, conservaban un apego inquebrantable y un culto idólatra al modo de ser social y a las costumbres peculiares de sus mayores.

Era el caer de una tarde de los primeros días de noviembre del año referido: el sol acababa de hundir su ignea cabellera en los mares de occidente, y en el espacio ondulaban los arreboles crepusculares, confundidos con los argentados rayos de la luna, que ya había aparecido en las alturas celestes, en toda su majestad y plenitud.

Por el camino, ó mejor dicho, por la senda escabrosa que desde *Cavia* (Coria) conducía a Cáparra, avanzaba hacia esta un grupo de tres personas.

Una de ellas marchaba a pie: las otras a caballo. El peon, que iba delante, como sirviendo de guía a sus compañeros por aquellos argomales, vestía el traje del país. Toso sayo de lana oscura, con capucha en su parte superior; cinturón de tiras de piel trenzadas, llamado *hal-*

leo; calzon corto y ajustado, denominado *bracca* (de donde se derivó después la palabra *bragas*); *ocreas* ó botines tejidos de crines de caballo; y calzando los piés rústicas espartanas. De su cinturón pendía el indispensable *shambha*, puñal de unos veinte centímetros de largo, que usaban las gentes del país; a la espalda llevaba su *cetra*, es decir, de cuero endurecido a fuego, y se apoyaba en una lanza de poco más de un metro de longitud.

Los jinetes se envolvían, preservándose del viento norte que soplabá, en amplias y oscuras *la.ernas*.

El primero ostentaba sobre su cabeza refulgente casco de bruñido acero, cuya cresta era una loba, sujeto a la barba por cinceladas carrilleras; y los tobales que asomaban por bajo de la lacerna eran de escamas aceradas.

El que cerraba la marcha, llevaba la cabeza sepultada en el profundo capuchón de su abrigo; y a sus piernas se amoldaban vistosas calzas purpúreas, ajustadas por delgadas correas que arrancaban de los *cripidas*, zapatos fuertes, de origen griego, que calzaba.

II

—¡Infernal camino!—exclamó el primero de los jinetes, tirando con fuerza de las bridas a su cuatralbo, que había dado un tropezón mayúsculo.—¿Nos resta aún mucho que andar, Antonio Lucio?

—Señor,—contestó el peon de vanguardia,—al cabo de una milla, habremos salido a campo despejado.

—¿Por Fano!—repuso con marcadas muestras de cansancio el postrer jinete.—¡Una milla todavía!—No sé si podrá llegar con *ánima* a ese término. Pero lo que más siento es el lastimoso estado en que deben ir mis truchas!

—No te preocupes de ellas, caro Servilio. Con tal que nosotros llegásemos ilesos, bien podríamos consentir en la pérdida de tu adquisición.

—¿A un bocado tan delicado en estas longitudes?

—Tan delicado y todo. ¿Es la cosa para menos?... A fe que si la noche nos sorprende por estos vericuetos, y la luna no nos ayuda con su claridad, excusados tiene César otros auxiliares para desembarrarse de nosotros.

—¡Los rayos de Júpiter lo confundan!

Anduvieron algun trecho.

El postrer jinete (que de todo tenía menos de tal) no hacía más que buscar una postura cómoda a su adiposa humanidad sobre su caballería, lo que a pesar de sus errayos no lograba.

Su compañero, que lo advertió, hubo de decirle:

—Comprendo, mi buen amigo, las incomodidades que esta caminata te proporciona. No es lo mismo acudir en perfumada litera a los olímpicos banquetes de Liculo ú Hortensio, que andar rodando por estas fragosidades, como satélite de un infortunado aventurero.

Servilio suspiró.

—¿Cuántas veces te habrás arrepentido de no haber seguido el partido triunfante del pretendido descendiente de Vénus y Anco Marcio!

—No te ofendas, porque no ha sido mi ánimo lastimarte. Pero, confésalo: aunque tu voluntad sea de sacrificarte en mi pro, tu modo de ser se rebela a cada instante contra esta vida de privaciones, de agitación y sobresaltos.

—¡Oh, sí!... Sólo por tí...

—Aprecio en lo que vale la violencia que te haces, y te recompensaré con creces, si la victoria corona nuestros esfuerzos. Yo te conferiré un cargo, que rehaciendo tu perdido patrimonio, pueda satisfacer tu glotonería. Te daré el gobierno de la Cilicia.

—El país de la miel perfumada y de los quesos. ¡No me seduce! Sus costumbres tienen mucho de salvajes, y está expuesta a las invasiones de los mosinecos del Ponto.

—Irás a la Cireñica.

—El granero de Roma. Tampoco me gusta. La endémica melancolía que en aquel aire se respira, me haría morir de nostalgia.

—Entonces te quedarás en España. Aquí, con más sosiego del que hoy disfrutas, podrás apreciar la bondad de sus productos, y habitar ciudades como Córdoba ó Hispalis, ó puertos como Gades, Cartago-Nova ó Ampurias.

—La encuentra harto lejana de la ciudad del Capitolio.

—¿Y la pretura de Sicilia?

—No, no, querido Gneo: un gobierno de provincia sería para mí un cargo insoportable. Adjudícame la prefectura del Erario, yes.

—V escribe en el Dístico mi nombre ¿no es así?

—No, no aspiro a tanto. Baje conmigo a la tumba hasta el recuerdo de que existí en el mundo. No trato de ser bienhechor más que de mí mismo. Guárdese ese honor extraordinario para tí, y para los que, como tí, se empeñan en hacer la felicidad del Universo. Yo no quiero más que a Roma, a mi adorada Roma, cuya vida es la vida de la voluptuosidad y la mollicie, y a donde ayube todo, desde los escaros de la Troada, hasta los *caniculus* lusitanos, desde los faisanes de la Cólquida, hasta los lechoncillos de la Provenza.

III

En este coloquio llegaron al descampado anunciado por el pedestre guía.

Apénas salvaron los últimos chaparros del monte, una escena tan nueva como inesperada surgió ante sus ojos.

En la margen izquierda del río Ambroz, que corría a poca distancia de ellos, se hallaban apodadas hasta una veintena de personas de distintos sexos y edades, y por su traje hasta de diversas condiciones sociales.

Tan atentas estaban á la operacion á que asistian, que no hicieron alto en los aparecidos.

Estos observaron que un poco de los circunstantes, tomando de manos de otro, al parecer criado, una tabla cóncava, sobre la que descansaba un niño recién nacido y en completo estado de desnutricion, se inclinaba hácia la corriente, á la que abandonaba el improvisado esquiote con su inocente carga.

La infeliz criatura, aterrorizada de frio, lloraba con toda la fuerza de sus ternos pulmones.

Los testigos de tan cruel accion, con los semblantes tristes, y miradas de indescriptible ansiedad, clavaban sus ojos en el infortunado navegante.

Las ondas empujaron la aventurera embarcacion, que en breve fué arrebatada por la corriente.

Nadie respiraba.

Los espectadores, alargando el cuello y con las bocas entreabiertas, no perdian el más ligero vaiven de la diminuta lancha.

A unos cincuenta metros más abajo del punto en que se habian estacionado los tres caminantes, otro hombre, con una larga percha y desnudo de muslos abajo, parecia aguardar al inconsciente argonauta.

Mas al confrontar con nuestros conocidos el receptáculo que lo conducia, chocó con una piedra, el niño vaciló, efecto de lo brusco del choque, y cayó al rio.

Un grito unánime y dilacerante se escapó de las bocas de cuantos tal escena presenciaban.

El caballero Gneo, movido á compasion, ordenó á su acompañante:

—¡Sálvalo, Antonio Lucio!

—Señor, es imposible,—contestóle éste encogíendose de hombros.

En tanto se levantaba en el vecino concurso plañidero vocero.

Dominándolo y con voz de trueno, dijo el que habia lanzado el niño á la corriente, y que parecia por su vestimenta y arrogancia la persona de más elevada posicion de las allí reunidas:

—Ya lo ves, Atribato. Las olas han revelado su punible vileza. ¡Naza debe morir!

El venerable anciano á quien se habia dirigido, contestó:

—A no haber mediado tan infalible prueba, no la hubiese tenido por culpada. Ahora... tú lo has dicho, Filon: debe morir. ¡Pobre hija mia!

Y una lágrima de dolor, rebotando en sus párpados, descendió por sus mejillas, hasta ocultarse avergonzada bajo las nevadas hebras de su luenga barba.

—Hemos, pues, concluido,—añadió Filon, dando media vuelta, con excitacion marcada.—¡Vornemos á la ciudad.

El cortejo se puso en marcha, los hombres taciturnos, llorosas las mujeres, y más que todas una niña de diez años de edad próximamente, á quien Filon tomó de la mano, cuyo dolor, más agudo que el de los demás, ó más comprimido, la hacia prorumpir en lastimeros ayes.

El de la pèrtiga abandonó tambien la orilla del rio, y con aquella al hombre se incorporó á sus convencios, sin curarse de la criatura sepulta bajo las ondas.

—¡Pero esto es atroz, inhumano!—exclamó Gneo.—¿Qué significa tan bárbara ceremonia?

—Significa, señor, que hay una mujer recién parida; que su marido, que es el que ha arrojado el niño al agua, cede de su paternidad; y que el rio, sumergiendo en su seno á la criatura, ha probado cuán fundadas eran las sospechas del padre acerca de la fidelidad de su esposa.

—¡Extraño procedimiento!—observó el asendereado Servilio.

—¿Y qué era preciso para que el rio hubiese demostrado lo contrario?

—Que el niño hubiese llegado flotando hasta donde lo aguardaba el ganapan de la percha.

—¡Oh, Filon, Filon!—exclamó Gneo.—¡En crítico momento vengo á implorar tu apoyo!

—¿Qué, ¿de conoces?—interrogó el ilustre epulon.

—Estuve hospedado en su casa algunos días, en compañía de mi padre.

Y mientras cambiaban estas palabras, se volvieron á poner en marcha, siguiendo la ruta emprendida por los caparrenses.

IV

Antes de trascurrir media hora, penetraban en la ciudad, en la que les esperaba otro espectáculo no ménos extraordinario.

En el centro de ella, es decir, en lo que pudiéramos llamar la plaza pública, dada su situacion y amplio perímetro, se sorprendieron á más de mil personas, las que, unas cogidas de las manos y formando círculos, y otras sueltas, pero todas luciendo sus mejores galas, bailaban y triscaban á porfia, con la faz levantada hácia la luna, y cantando á coro, en lengua celibérica, una plegaria, cuya música era tan original como la ceremonia.

Aquellos, más que una ciudad, parecia un manicomio al aire libre.

—¡Magnífico ejercicio para hacer la digestion!—se le ocurrió al futuro Prefecto del Erario, al hacerse cargo de tan desusadas piruetas y ridiculas jerigonzas.

—Esta es la fiesta del *Ignaritia*,—observó Gneo.

—¿Luego tú ya la conoces?

—En la ocasion que te he referido la presencié por vez primera. Se la tributan á la luna, que ellos llaman Astartea, una de sus principales divinidades,

—¡Astartea... Astartea!... Me parece haber oido en alguna otra ocasion ese nombre.

—No es difícil.

—¡Justo!... A un esclavo de Gabinio, el gobernador de la Siria; ¡un cocinero excelente! No habia otro que le igualase para aderezar un plato de esturiones.

Por fin, atravesando aquella alegre multitud, que no se ocupó, ó no aparentó al ménos ocuparse gran cosa de ellos, arribó al domicilio de Antonio Lucio.

La madre de éste, romana y nodriza que habia sido del caballero Gneo, los esperaba en la puerta con marcadas señales de contento.

Al llegar á ella los viajeros, la buena mujer se arrojó á los pies de su lactado, y tomándole las manos se las besó con júbilo inusitado.

—¡Salve, querida Vocusia!—exclamó al verla el caballero.—No dirás que tu hijo ha pasado el recuerdo de su cara nutrix por las aguas del Leteo.

—¡Ah, señor! ¿que no quepo en mí de gozo!—contestó la romana.

—¿Tú esperarías un huésped, y son dos los que acuden...—

—Mí pobre chaza es tuya,—interrumpió la gozosa matrona.—¿Cuándo se ha visto tan honrada?

En tanto, Servilio alargaba á Antonio Lucio una burasca de mimbre en donde sin duda conducia su adquisicion: ayudado del mismo desmontaba con la pesada agilidad que le permitia su ventrada mole, y columpiándose sobre sus piernas, penetró en casa de Vocusia, con la cesita que por breves momentos habia encomendado á Antonio Lucio abrazada hasta con cariño.

V

—Y dime, Vocusia, ¿podré ver y hablar en seguida con Filon?..

—¡Con Filon!... Hoy es dia nefasto para entenderse con él.

—Lo sé; pero yo preciso verle.

—Pues no sé, porque salió de su casa á una prueba...—

—De que ya ha vuelto.

—¿Ciertos... y querrias decirme el resultado?...—interrogó con cierta ansiedad la matrona.

—Ha sido fatal... y yo podria jurar que no es culpable.

—Adios, voy en su busca.

—Seré tu guía.

—No: aún recuerdo donde mora. Quédate con mi amigo, que ya de necesitar más que yo de tus cuidados.

Y salió.

—Dispon, señor,—dijo Vocusia dirigiéndose á Servilio. Este habia tomado posesion de un escaño, sin curarse de ceremonias.

—¡Ah! si tú no me socorres...—

—Aguarda tus órdenes.

—Por el pronto inspeccionemos el estado en que vienen estos pecacillos.

—Y destapaba la cesta.

—¿Fruchas?—preguntó Vocusia aproximándose para examinarlas.

—*Salmo truttis*. A falta de otros, no es mal bocado. Y ¡vaya! no han sufrido mucho con el traqueteo del camino, del que traigo molidos los huesos. Vas á prepararlas como yo te diga. ¡Pero truchas sólo! ¿No tienes alguna otra cosa con que obsequiarlos?..

—Un lomo de jabalí...—

—¡Magnífico! El último lo comí en un banquete del mimico Laberio.

—Dos docenas de tortos...—

—¿Tortos tambien? ¡Ah! Me recuerdas los vivares de los contornos de Roma. ¿Sabes que estoy á punto de reconciliarme con este inculpto país?

—Todo es hasta hacerse...—

—Pues manos á la obra y no perdamos instante, que mi estómago se rebela contra el olvido en que lo tengo.

VI

Y empezó á dar sus culinarias instrucciones á la servil madre de Lucio.

A pesar de hallarse el pueblo en general entregado á los trasportes místico-gimnásticos de la fiesta de Astartea, el circular vestibulo de la casa de Filon se hallaba invadido de gente.

El triste resultado de la prueba del agua habia volado de boca en boca, y muchos amigos, interesados en su desgracia, habian acudido á demostrarle su adhesion y sentimiento.

Mas Filon no estaba en ella.

Dada cuenta á su postrada cónyuge del naufragio de su hijo y del destino que la aguardaba, habia salido á casa de Atribato, á reintegrarse del dote, que á cambio de la posesion de su hija, le habia entregado el dia de su consorcio.

La prueba de su adulterio le daba derecho á reclamarlo.

Desde el instante en que una red de este delito era condenada á la diluma pena, la entrada en su estancia quedaba expedita á cuantas personas querian despedirse de ella.

El caballero ante aquel duelo anticipado, quedó indeciso bajo el pórtico de entrada.

La juvenicita que tomó á Cápara de la mano de Filon, lloraba sentada en el umbral de otra puerta, de las varins que se veian en torno del vestibulo.

Al ver al forastero, se levantó, y yendo á su encuentro lo tomó de una mano y lo introdujo en la estancia de que parecia guardiana,

Sin duda creyó que el romano acudia tambien á despedirse de su madre la recién parida.

Esta, sobre un lecho que sólo se elevaba medio metro del suelo, sollozaba silenciosamente.

Al sentir cerca de sí ruido de pasos, abrió los hermosos ojos, arrasados en lágrimas, y los fijó en el clavadizo.

Su palidez era tan extremada como su hermosura.

Su edad próximamente siete lustros.

—¡Naza!—dijo al verla el caballero.

—¡Ah, señor! ¿tú aquí?... Sin duda llegas á hacerme algun encargo para el otro mundo.

—Acabo de saber que las seculares costumbres de tu pueblo te han condenado á morir.

—Si: voy á morir, ¡pero inocente!—repuso Naza rompiendo en llanto nuevamente.

—¿Por qué has dudado entonces Filon de tu pureza?

—Lo sabrás. Un día fué á Eburá; y aunque sin causa, su celosa condicion le hizo consultar á la profetisa Olba.

Esta le predijo que un romano le habia de hacer sufrir la mayor de las ignominias. ¡Malhadada predicción! Desde aquel dia, él, que no concebía más baldones que los que pudieran hacerse á su honor en ni persona, se hizo más receloso y taciturno: el aire que oraba mis cabellos le ofendía, y me vigió como un Cerbero dia y noche. Quiso el Nado implacable que acertase á hacer alto en Cápara, en una de sus expediciones por el país, el legado Aulo Trebonio, que prozay y disuelto puso sitio al tesoro de mi honra. ¿A qué he de referirte los sinsabores que sufrí? Ni mi esquivar, ni mi prudencia, ni mi aislamiento, me libraron de tan odiosa pesadilla. Trebonio me acosaba hasta en mi propio hogar, valido de su autoridad y de las relaciones que por virtud del cargo oficial que ejerce mi marido, mediaban entre ambos...—

Hasta que un dia... hallándome en casa de Vocusia, apareció en ella el protervo legado. Tal vez mi aversion hacia aquel hombre y el disgusto que me proporcionó su presencia, quizás alguna novedad en mi naturaleza, me hicieron perder el sentido y caí exánime al suelo. Cuando tomé de aquel malhadado deliquio, me hallé en brazos de mi esposo que rugía sordamente y á presencia de Vocusia y del sicario de César que me devoraba con su mirada libidinosa. Filon desde aquel dia, se tornó conmigo, no ya esquivo sino cruel: sus desprecios, sus modales, las cortas frases que cruzaba conmigo, me transian el alma; y cuando, el dia mismo en que se cumplian las nueve lunas á contar desde la ocasion referida, le di el hijo que tanto deseaba, sin compasion de mi estado, sin leer en mis ojos velados por lágrimas de acibar el testimonio de mi honradez, sin escuchar en mis sollozos el eco de la inocencia, calificó de espúreo el fruto de mis entrañas.

—¡Pobre Naza!

Esta desahogó un poco su afligido pecho y prosiguió:

—Yo invoqué la veracidad de Vocusia, que por todos los dioses del Olimpo me juraba no haber sido tocada por Trebonio, al perder el conocimiento en su morada.

¡No bastó razon alguna! El niño fué arrebatado de mi regazo, y sacrificado á la conciencia celosa de su padre, que ante la incompleta prueba practicada, bien podia haber abierto los ojos á la luz de la realidad.

—¿Incompleta dice?

—Sí; mi hijo no se sumergió por sí solo en la corriente. Dijéronme que el chocar con una piedra...—

—Ciertamente, fué la que lo hizo caer al agua y pe-recer.

—¿Ya lo ves! La prueba de mi culpa es imaginaria; y sin embargo tengo que morir, y mi recuerdo será maldito entre los míos!

—No, pobre madre: bastante has sufrido, aún cuando hubieses sido delincuente, con la pérdida de tu hijo. Tú no morirás.

—¡Ah, señor! gracias mil, no por las seguridades que me das de la existencia, sino por esa voz misericordiosa de y justicia que alzas en mí obsequio, en medio del completo abandono en que todos me han dejado.

—¡Tú, Naza, debes vivir!

—Sí; y deseo vivir, más que por las dulzuras que la existencia puede prometerme. á merced de esa pasion sombría llamada celos, por vengar el ultraje que Trebonio trató de hacer á mi marido, y demostrar á este que soy digna de compartir su tálamo con él.

Y la niña de que ya hemos hecho mencion, comprendiendo más por intuicion que por el alcance de las palabras que oia, que Gneo era un bienhechor de su afligida madre, se abrazó á sus rodillas, trasportada de infantil reconocimiento.

VII

En el zaguán resonó de pronto lastimero coro.

Los circunstantes lo elevaron á la aparicion de Filon. Gneo le salió al encuentro, con la sonrisa de la amistad de los labios, aunque en tan criticas circunstancias pareciese un anacronismo.

—Noble duunviro.—(le dijo el romano, saludando á Filon, que ejercia tal cargo en el municipio caparrense)—un instante solamente.

El aparecido lo abarcó de arriba abajo, con mirada fosca y recelosa.

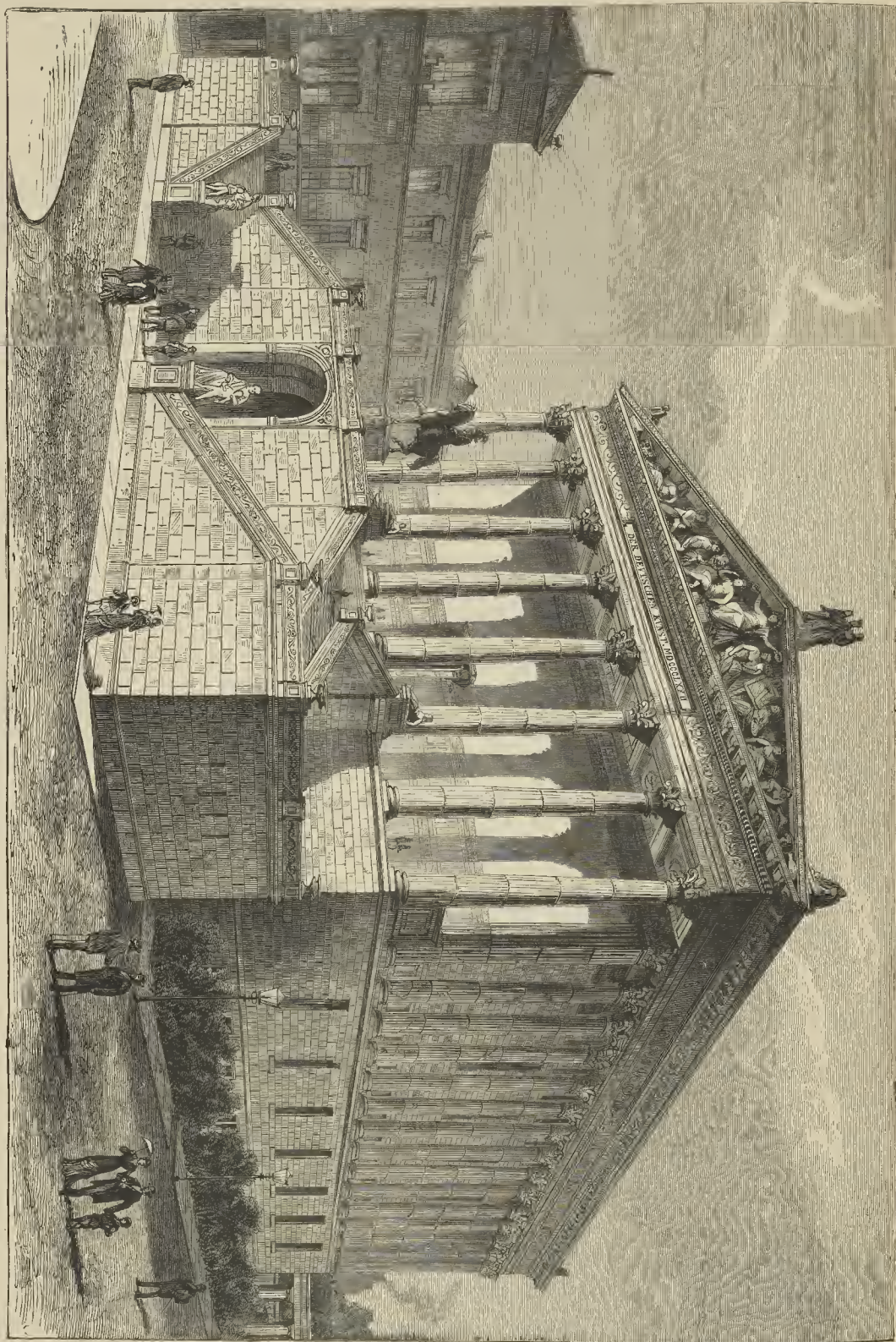
—¿Quién eres?...—le interrogó.

—Lo sabrás, si accedes á que hablemos un momento á solas.

—Pasa.

Y le indicó con la mano otra de las puertas que se veian en torno del pentagonal vestibulo.

Una vez en la estancia á que daba paso, el duunviro la cerró cuidadosamente,



MUSEO NACIONAL DE PINTURAS EN BERLIN



LA PRIMAVERA, cuadro por Pablo Thusmann

—¿No me conoces?—le preguntó Gneo.
—No recuerdo. Lo que veo en tí es un romano, á todos los que detesto.
—A todos no, seguramente. Pero fíjate en mí: ¿tú no me has visto alguna otra vez?
—No estoy para recordárt, y menos para perder el tiempo. Abrevia: dime tu nombre y el fin con que me buscas.
—Soy Gneo, el hijo mayor de Pompeyo el Grande.
—¡Ah! sí. Perdona. Tú asististe á mis nupcias, con tu padre. ¿Cuánto cambio desde entonces, justo Teurest. . . ¿Y vienes solo?
—No.
—¿Con tu padre?
—No lo ha permitido el Hado. El vencedor de los piratas murió asesinado, de orden del rey de Egipto, su pupilo.
—¡Maldades, traiciones, iniquidades por doquiera!—dedujo Filon de tal noticia.
Y rechinaba los dientes y apretaba los puños hasta hacer crujir los huesos.
—César, codicioso del poder supremo, lo persiguió hasta hacerlo morir, para ser solo en el mundo.
—¿Y tú?
—Yo heredero de su nombre y sus derechos, trato de reivindicarlos con las armas.
—Sois, pues, enemigos.
—¡A muerte! El mundo está dividido en dos bandos contrarios: él capitanea uno, yo el otro. Los dos no cabemos en su ámbito... ¿A cuál piensas tú favorecer?
Filon al pronto, no contestó.
El problema planteado no era de aquellos que pueden resolverse en el acto, sin exponerse á graves compromisos y magnas responsabilidades.
En el silencio del vetton, en su mirada escrutadora, en la actitud que tomó, cruzándose de brazos y apoyándose con cierta sorna sobre el saliente esquinazo que determinaba en la pared el hueco del pórtico, comprendió el hijo del conquistador del Asia, que se las había con un hombre de Estado, acostumbrado á madurar sus resoluciones.
—La mayor parte de España sigue mi causa,—añadió el joven patricio, para alentar su resolución é infundirle confianza.
Filon nada objetó.
Su silencio iba ya alarmando á Gneo, á cuya imaginación acudió de súbito una idea salvadora, que al punto tradujo en palabras.
—En tu patria,—prorumpió,—sólo me queda un enemigo que batir: Aulo Trebonio.
—¡Oh!—exclamó el duunviro, experimentando una sacudida brusca en todo su sér, como si una saeta le hubiese traspasado el corazón.
El romano, que al vuelo comprendió que había dado en el blanco, se apresuró á aprovechar la iniquina de su interlocutor.
—Sentiría haberte juzgado devoto mío, y encontrarme con que lo eras en cuerpo y alma del Legado...
—¡Jamás! ¡jamás! Por mucho que le odies, que le abominas, que le detestes, nunca será tanto como yo.
—¿Contribuirías de buen grado á su ruina?
—Su vida, su sangre no bastarían á apagar mi sed de venganza.
—Nos anima entonces el mismo desecho, y... por lo tanto cuento contigo.
—Sí,—respondió resueltamente el enojado hispano—te ayudaré á vencer, ó moriré juntos.
Y se estrecharon las manos en señal de alianza.
—¿Sabes en dónde se encuentra ahora?—interrogó Pompeyo.
—Partió hace un mes al país de los cántabros.
—¿Con mucha gente?
—Dos legiones.
—¿Y tú qué fuerzas?...
—Cáparra te daré media legion próximamente, para lo cual mañana convocaré á sus hijos á consejo armado.
—¡Ah! voy á serte deudor de la victoria.
—¿Nada más se te ofrecía?
—Sí. He visto á Naza.
El entrecjeo del duunviro, que la halagüeña idea de la venganza había desenfocado, tornó nuevamente á plégarase, y sus pupilas fosforescieron de cólera, al escuchar el nombre de su hermosa compañera.
—¿Y bien?...—preguntó con sequedad y acrimonia.
—Sé que la has condenado á morir.
—No, yo no: las sábias leyes de nuestros mayores.
—¡Tampoco! Su delito, sólo su delito.
—No te obceques, Filon: tu mujer no ha delinquido.
En el pecho del vetton hirvió la ira, y en la ofuscación que le causó, dió un paso audaz hacia Pompeyo. Mas comprendiendo al punto su demostración y contentiendo los impulsos de su indignación, repuso con sarcástica tranquilidad:
—¡Vamos! No hablemos de eso.
—Pues precisamente de eso hemos de hablar,—dijo el romano que por su serenidad, á pesar del imprudente ademán de su atlético auxiliar, formaba con éste completo contraste.—¿Tu hijo se sumergió por su propio peso en la corriente (en cuyo caso la prueba era cumplida, se



EN EL CAMPO

gun vuestras leyes) ó fué efecto de aquel tropiezo malhadado?
—Te he advertido que me dejes en paz, si quieres ser amigo mío.
—Porque lo soy entre contigo en estas disquisiciones. Tú has perdido la tranquilidad de tu espíritu, juzgando á Naza indigna de tu consideración; y yo quiero probarte que esa mujer avilada, envilecida y despreciada por tí, es inocente; que una suspicacia de tu condicion celosa, ha creado en tu alma la tempestad que á cada instante engendra esos rayos que fulminas...
—¿Quién te ha dicho que yo padeczo celos? ¿ella quizás?...
—No: tí mismo me lo estás demostrando en este instante. Si no hubiera sido por ellos, si no hubiesen vendido los ojos de tu razon, ¿qué felicidad hubiese igualado á la tuya sobre la tierra? Ademis...
—¡Oh! acorta.
—Yo necesito, ó mejor dicho, ambos necesitamos de su cooperación, para lograr nuestros comunes fines.
—¿De su cooperación?
—Justamente. Tu desagravio, como mi triunfo, dependen de ella.
—No entiendo.
—Ya lo entenderás. Pero es preciso, para ello, que esa sentencia de muerte se revoque.
—¿No lo permita el justiciero Thobel! Ni ella, ni tu nuestra raza han de valer más que las inmutables y sagradas leyes de nuestros abuelos.
—Entonces, yo, Gneo Pompeyo, generalísimo de los ejércitos romanos, usando del derecho que como á tal me conceden las leyes de mi patria, impuestas á los países sometidos á su dominio, opongo mi veto á esa sentencia de muerte, é impido su ejecución.
—¡Aaaaarrrrr!—rugió Filon, ante la salida legal de Pompeyo.—¿Y vienes á pedirme socorros para tu empresa?
—Que no me negarás seguramente, á no ser que contribuyas de ese modo al engrandecimiento de nuestros adversarios.
Filon, delirante, fuera de sí, daba vueltas por la habitación, mesándose las barbas y golpeándose el pecho.
—Espero tu decision,—le advirtió el rival de César.
El hercúleo caparriense, haciendo alto en su desatentado ejercicio, le dijo, con acento que revelaba el acomodamiento heroico de quien se presta á un costoso sacrificio:
—Transijamos.
—¿En qué términos?
—Naza está condenada á morir y morirá. Lo que en tu obsequio puedo hacer, es aplazar la vindicta por los días que tí señales.
Pompeyo no quiso apretar demasiado los tornillos, no fuese á saltar la cuerda,

—Acepto,—dijo;—pero la tregua ha de ser de un año.
—¡Un año!... Eso es una eternidad!
—Por lo menos la otorgarás de siete meses.
—¡No es posible! Siete días.
—¿Y me das tú seguridades de encontrar á Trebonio en tan corto tiempo?
—Sea una luna. ¡No concedo más!
—Convenidos. (Ganemos este tiempo.)
Fio en tu palabra.
—Jamás faltó Filon á ella.
—Los lares te sean propicios.
—Hasta mañana.
A los pocos instantes, Naza y su hija lloraban de alegría.
Y el anciano Atrebato besaba los pies del apuesto hijo del vencido de Farsália.

VIII

¿Lo oís?...
Ése seco martilleo, que se repite por intervalos, denuncia la reunion de los intrépidos vettones, en consejo armado, en la vecina selva.
Internémonos en ella.
Lo primero que aparece á nuestros ojos es un espacio extensísimo y circular, en medio del cual se eleva, tan sencilla como majestuosa, desafiando por su solidez y ciclópeas proporciones el poder de los siglos, el arca cética, altar religioso y á la par tribuna pública de nuestros remotos antecesores.
Sobre ella se destacan las acrólitas figuras de Filon y su aliado.
—Ya lo visteis, hijos de la Vettonia,—les dice aquel:—César durante su pretura en nuestra provincia, no nos administró más que sangre y fuego: nuestros tesoros fueron insuficientes para pagar sus deudas; y arrancó de los hogares lusitanos la flor de sus doncellas, para hacerlas sus concubinas y de sus secuaces. Contrastó su conducta con la observada con nosotros por el gran Pompeyo, que fué un verdadero padre para todos los hispanos. Mas éste ha fallecido, víctima de la ambicion y asechanzas de aquel, y hoy sus hijos tratan de volver por los fueros de su padre y de temer á raya las desmasias de Julio César y sus sicarios... ¿Optáis por el partido de los hijos de Pompeyo contra el protervo destructor de nuestros hermanos de las Ga-

lias?..

Los circunstantes todos, en número de dos mil próximamente, golpearon con sus cortas espadas los éncos escudos, en señal de asentimiento.

(Continuará)

MÚSICA DEL PORVHNR

(FANTASÍA ROMÁNTICA)

Gallardía y Cristóforo se habían vuelto á encontrar en el mundo al cabo de veinte años de separation. Ella habia sabido conservar en el fondo de su alma un amor encendido cuando las primeras ilusiones de la pubertad rozaban con sus alas azules sus rizosos bucles rubios. Parecía una viñeta de una novela romántica de aquellas que la musa del Sena engendrò sobre la tumba de Chateaubriand. Su perfil agudo del fondo, sus ojos del color del cielo, su peinado al desgaire y con afectacion desdénosa, formaban el marco de un espíritu propendiente á lo maravilloso. No comprendía Gallardía la vida como una funcion fisiológica: lo que hay en ella de puramente material la entristecía y disgustaba. ¡El comer! ¡Qué horror! ¡El ponerse encarnada! ¡Qué feo! Se alimentaba de cosas casi inmateriales, de dulces, de agua, de frutas. Habia hecho huir de sus mejillas el carmin de la salud por mil medios artificiales. Transnochaba y madrugaba. Dormía poco, y eso en ensueños.
¿Dónde conoció á Cristóforo? En un concierto. Cristóforo era un violinista de mérito; feo, horrible, con ojos de globo de botica, que le salian del cráneo como salen los de la langosta de su rugoso caparazon. En estos ojos de la córnea era amarilla y surcada de racimillos de venas muy visibles: la pupila chiquita pero muy viva. Una misena larga le colgaba sobre los hombros. Cuando tañía el violín, con aquella monumental cabeza caída encima de la caja sonora del Stradivarius, los cabellos pendientes hacia adelante y mezclándose con las tirantes cuerdas, el brazo izquierdo encorvado para sostener el mástil, y el derecho alargándose ó encogiéndose para guiar el arco de cuerdas... ¡oh!, entonces... así le vió Gallardía y quedó prendada. Ella habia soñado con un hombre que no fuese hombre, sino un conjunto de nervios al servicio del arte. Le dirigió una mirada de las que dirigen las heroínas de las novelas románticas. El sintió el efecto de aquella mirada eléctrica, amatoria y levantó el arco, miró á Gallardía, suspiró alzó la cabeza, haciendo agitarse la cabellera, volvió á tañer y arrancó de la prima una nota perlada, que flotó en los aires como un beso, como una caricia.
* * *

Quando se hablaron por vez primera fué de noche, en un jardín, sentados en una grada de mármorea escalera.

La luna se calaba por entre la hojarasca de la arboleda, vestía de plata las estatutas de dioscillos mitológicos que adornaban los paseos.

—Sí, yo he comprendido que tú me adorabas. ¿No hubo en aquella mirada que me dirigiste un himno de amor que acompañaba las modulaciones de mi arco?... Sí, tú me dijiste en aquella mirada: «¡Soy tuya!...» He venido no a preguntarte si me amas: he venido a saber cuándo nos casamos.

Dió un grito Gallardía.

—¿Casarnos?... ¿Quieres romper ese himno de amor que nuestros corazones aspiraban como un perfume?... No, amémonos castamente, no pasemos del sueño a la realidad. Tú eres mi esposo. Nos ha casado en vez de la bendición de un cura la bendición del Dios del arte... Yo al mirarte te dije mi secreto que se me escapó del alma, como se escapa por las ventanas del edificio incendiado el fuego con sus llamas crepitantes y multicolores... Tú al suspender tus arpegios... al prorumpir en aquella nota aguda, penetrante, llevaste a mi alma la tuya... ¡Oh Cristóforo adorado!... No quieras expresar con símbolos, con palabras dichas en mal latín por un cura sonoliento lo que ha sido dicho, cantado, consagrado, por una mirada y una nota.

Se separaron dándose un beso.

Sus relaciones de amor fueron ridículamente puras. Tras sus retóricas frases no ardía nunca la llama de la pasión humana. El absurdo de sus depravadas fantasías les apartaba de la realidad, les alejaba del mundo. Los apretones de manos con que los amantes vulgares, según ellos, se transmitían a través de los nervios del tacto sensaciones deliciosas, estaban allí sustituidos por un centelleante cambio de miradas. Cristóforo tocaba el violín y Gallardía escuchaba atenta, embebecida. Seguía las ondulaciones del ritmo como el fumador de opio sigue las ondulaciones del humo azul.

Entre el mamotreto de sus papeles de música halló Cristóforo un viejísimo trozo de cartulina en que una mano nerviosa había derramado una procesion de notas. Ya enroscaban estas sus rabos juntándose un arpegio de velocísimas semifusas; ya se detenían y ensanchaban sus negras cabezas parándose a cantar gaseo en la tranquilidad de un compás entero. Encima de estas notas había dos palabras de letras casi ilegibles «Ayer.»—«Hoy.»

Puesto el papel en la falda de Gallardía, Cristóforo ejecutó en su violín aquella música. Era un waltz misterioso y extraño, lleno de originalidad y tristeza. A veces sus melodías se dilataban ampliamente como el río cuando llega a la llanura. A veces se encogían, se encañataban, se retorcían, luchaban consigo mismas.

—¡Oh Dios mío!—exclamó Gallardía cogiendo con sus manos el mástil del violín para apagar sus sonidos.—¿Qué música es esta? ¿Quién la ha compuesto?

—Lo ignoro,—repuso Cristóforo de cuyas pupilas caía una lágrima.

—Sigue, sigue!

Gallardía soltó el violín y flotó en la atmósfera de nuevo aquella música divina.

Cuando hubo acabado el violinista de ejecutar en el Stradivarius las notas estampadas en el pentagrama exclamó:

—Esto es una obra maestra interrumpida, quién sabe si por el desaliento ó por la muerte. El papel que tienes en tu falda ha venido á mi poder entre un montón de ellos. El azar le ha puesto en mis manos... ¿Has oído?... ¡Ayer!... esto lo expresa en mis manos... ¿Has oído?... ¡Ayer!... es la ilusión, es el alma joven que despierta, esperanza, es la ilusión, es el alma joven que despierta, esperanza, es la ilusión, es el alma joven que despierta, esperanza, es el amor que nace... ¡Hoy!... es la dicha poseída, es el encanto gozado, es la felicidad del espíritu conseguida.

—¿V. no continúa?

—No... el autor quisó escribir la música del *Mañana*... lo intentó sin duda, pero no lo ha hecho.

El azar, el hambre, separaron los dos amantes. El féu á América en busca de una fortuna y ella le esperó confiada en que volvería, cargado de oro y laureles que depositar á sus pies... Su dicha, interrumpida un momento, continuaria después.

Pasaron veinte años: Gallardía con su espíritu incólume, con su cuerpo virginal, esperando al violinista; y el violinista haciendo arpegios en Boston y Massachussets, en cualquier aldea de la campiña napolitana ó en las plazas públicas de los Estados Unidos.

Volvió, sí, á los veinte años, pobre, sin más plata que la que tenía entre sus cabellos. Las arrugas habían arañado su rostro y las cuerdas del violín usadas, rozadas, filamentosas, vibraban sordamente con sarcástico acento.

—¡Oh amado!—dijo ella—quiero que esta noche recordemos en el jardín aquella otra noche en que nos juramos amor eterno.

—No puedo—gimió él—tengo reuma... la humedad



EN LA CIUDAD

me mataría... vengo enfermo... ¡traigo el cuerpo tan usado como el violín!...

—Toca el waltz aquel de memoria amorosa para los dos... No pudo negarse el violinista. Tanó.

Ya no sonaba lo mismo el waltz descriptivo de *Ayer y Hoy*... Escucharon los dos amantes con profunda sorpresa. Cristóforo ejecutaba las mismas notas que estaban escritas en el papel; pero ¡de qué distinta manera sonaban! El y ella escuchaban las notas del *Ayer* como un eco de tristeza, de necias quimeras alimentadas con la sangre de la dicha, y las notas del *Hoy* como una fúnebre salmodia que parecía decirles: «Pudisteis ser felices y sois desdichados. Pudisteis crear una familia y estais solos. Aspirasteis á la ventura y vivís en la desesperacion... habeis perdido el camino de la felicidad porque habeis desdichado el camino de la naturaleza.»

Tiró lejos de sí Cristóforo el violín.

—¡Hé aquí—dijo—por qué no he escrito la música del mañana... ¿Sabes, Gallardía, cuál será esa música?... La oracion que digan sobre nuestras tumbas... el zumbido de las campanas que anuncian nuestra muerte.

J. ORTEGA MUNILLA

UN TERRITORIO NEUTRO

Este territorio, de tan ignorada existencia que no ejerce influencia alguna en los destinos ni en la política de Europa á pesar de hallarse situado en ella, no es el Valle de Andorra, tan agitado aún no hace muchos meses por sus cuestiones políticas, ni el Principado de Mónaco, célebre por tener en el engido su trono la ruleta, ni la República de San Marino, respetada por el gran capitán del siglo y por los príncipes y monarcas italianos modernos; tampoco es un distrito enclavado en los riscos de los Alpes ó de los Cárpatos, que por sus condiciones topográficas ó climatológicas, sea de peligroso ó difícil acceso, y por lo mismo poco conocido.

El rincón de tierra olvidado que sirve de asunto á este artículo está situado, por el contrario, en el centro de uno de los distritos mineros más ricos y mas importantes de Europa, á una treinta leguas de Bruselas, en la frontera de Bélgica entre Vervins y Aquisgran (ó Aix la Chapelle, como ahora han dado los reviseros modernos en llamar á esta ciudad, olvidando la antigua apelacion española), y se titula

TERRITORIO NEUTRO DE MORENET

¿Cómo es, preguntará el lector, que en semejante situacion, teniendo á un lado la pequeña, pero importante monarquía belga, y á otro el absorbente imperio alemán, pueda existir un país que no pertenezca á ninguna de ambas potencias y goce de relativa autonomia?

Vamos á decirselo, valiéndonos al efecto de los datos que nos suministra el *Boletín de la Sociedad geográfica de Berna*.

El diminuto territorio en cuestion no pertenece á nadie, por lo mismo que se disputan aquellos dos Estados su posesion. Verdad es que no ha tenido siempre esta semi-independencia, toda vez que sólo data de 1814. En tiempo del primer imperio francés, el territorio de Moresnet formaba parte del departamento del Ourthe (canton de Aubel, comuna de Moresnet, belgas en la actualidad), y hallábase situado en el limite de este departamento con el del Roer.

Cuando, á consecuencia de la disgregacion del imperio de Napoleon I, se quiso trazar al través de dichos departamentos la linea fronteriza entre Prusia por una parte y los Países Bajos por otra, los plenipotenciarios del Congreso de Viena, que sin duda carecian de buenos mapas del país, al rehacer de nuevo la geografía política de Europa redactaron dos artículos que embrollaron la cuestion, y una parte del término municipal de Moresnet quedó sin comprender, ni en la enumeracion de las comarcas anexionadas á la Prusia, ni en la de las asignadas á los Países Bajos, y por consiguiente, á Bélgica. Únicamente se echó de ver la oscuridad del trazado de límites en el terreno mismo, cuando los comisionados holandeses y prusianos se trasladaron á él para fijar con toda exactitud las fronteras de sus respectivos países, resultando de aquí una viva discusion en la que aquellos alegaban en su favor el artículo 66 y estos el 25 del tratado de Viena.

No habiendo llegado á un acuerdo unos y otros comisionados, y menos aún los dos gobiernos á los cuales dejaron la decision del asunto, firmóse un convenio provisional el 25 de junio de 1815 en virtud del cual se estatuyó que, interin los dos gobiernos interesados no se pusieran de acuerdo, el territorio, objeto de la controversia, estaria regido por una administracion comun y que ninguna de entrambas potencias podría ocuparlo militarmente.

Cosa sabida es que todo lo provisional dura mucho, y en el territorio neutralizado de Moresnet sigue subsistiendo. Setenta años hace que aguarda su solucion la cuestion en litigio.

Conocido ya el origen de la autonomia de esta pequeña region, digamos ahora algo acerca de sus condiciones geográficas y administrativas.

La forma del territorio neutro de Moresnet es la de un triangulo casi equilatero, un tanto prolongado, teniendo el lado occidental 5 ¹/₄ kilómetros y el oriental 4 kilómetros de longitud; su superficie abarca unas 550 hectáreas. Su poblacion, diseminada en muchas aldeas, era de 200 á 250 habitantes en 1816, pero hoy asciende á 3,000.

El poder ejecutivo estuvo confiado hasta 1841 á dos comisarios, el uno belga y el otro prusiano; pero desde dicho año, y con el objeto de evitar toda dilacion en el despacho de los negocios, se dejó á cargo de las autoridades locales, y hoy está al frente de la administracion un burgomaestre, auxiliado por un consejo municipal de diez individuos, rigiéndose el país por el Código Napoleon, tal como existia en 1814.

Como este territorio es demasiado pequeño para tener tribunales y empleados ministeriales particulares, todos los asuntos civiles ó criminales se pueden dirimir indistintamente en los tribunales belgas ó prusianos, á beneficio del demandante ó del demandado, y los notarios de ambos países pueden dar fe en ellos por igual. Los registros del estado civil, extendidos en alemán, se custodian en el tribunal de primera instancia de Aquisgran. En asuntos religiosos, el territorio pertenece á la jurisdiccion del obispo de Lieja. Las hipotecas pueden inscribirse en el registro de Montjoie (Prusia) lo mismo que en el de Vervins (Bélgica). Por último, esta reducida comarca cuenta con dos escuelas y una casa de beneficencia.

La situacion excepcional creada por el convenio de 25 de junio de 1815 ha sido causa de que los habitantes se eximieran del servicio militar por espacio de mucho tiempo; pero en 1854, el gobierno belga resolvió no reconocer este privilegio sino á los 400 ó 500 descendientes de los antiguos habitantes y llamó á los restantes á las filas de su ejército. Prusia siguió en 1874 el ejemplo de Bélgica, de suerte que las más preciadas inmunidades del territorio neutro están á punto de desaparecer.

Con todo, aún le quedan otras muchas, que no son por cierto de despreciar. Desde luego disfruta de la envidiable ventaja de que los impuestos son sumamente módicos. Los afortunados habitantes de Moresnet apenas pagan un franco de contribucion por cabeza, cosa increíble en Europa. En 1814, el territorio pagaba al Estado 2,735 francos anuales en concepto de contribucion territorial, patente y capitacion reunidas. Desde entonces no ha tenido aumento esta reducida suma, que Bélgica y Prusia perciben por mitad.

Las mercancías belgas y prusianas no pagan derecho alguno de entrada en el territorio neutro; por consiguiente



La artillería un día de combate, CUADRO POR RICARDO BALACA reproducción fotográfica por el procedimiento de Meisenbach

te este hace las veces de puerto franco, y como se ve tiene todas las ventajas que da de sí la independencia sin casi ninguno de sus inconvenientes.

¿Y en qué consiste que este rincón de tierra conserve su situación privilegiada, ese estado provisional particularmente favorable? ¿Cómo es que en setenta años de tiempo no han podido ponerse de acuerdo Prusia y

Bélgica para que cese esa situación tan sumamente anómala? La explicación es muy sencilla: en el territorio neutro están las ricas minas de zinc que han dado su nombre á la célebre Sociedad franco-belga de la Vieja Montaña.

Há ya largo tiempo que dichas minas están en explotación. En 1421 pertenecían á Aquisgran, de cuya pose-

riedad al otro. Así pues, es probable que la neutralidad del territorio no termine hasta que las minas cesen de dar productos, cosa que por ahora no parece próxima.

Y aquí tienen los tratadistas de Geografía un cuarto. Estado semi-independiente que agregar á los tres mencionados al principio de este artículo.

M. ARANDA



El tirolé André Hofer recibiendo una carta del emperador de Austria en la que le ofrece auxilio, cuadro por F. Defreyger

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

BARCELONA 28 DE JULIO DE 1884

Núm. 195

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Manilla.—NUESTROS GRABADOS.—CROMOS DE VIAJE, por don Fernando Araujo.—LOS

POMPEYANOS EN CÁPARRA (*continuacion*), por don Publio Hurtado.

GRABADOS: MENDIGO GRANADINO, dibujo tomado del natural por J. M. Marqués.—COGIDAS INFRAGANTI, cuadro por J. Weiser.—¡POR UNA NIMEDAD!.. cuadro por E. de Peerd.—JÓVEN ALSA-

CIANA.—DURMIÉNDOSE, DORMIDA Y DORMITANDO, dibujo del natural.—UN DESCUIDO APROVECHADO, cuadro por J. Sonderland. SUPLEMENTO ARTÍSTICO: CRIFTA EN LA CATEDRAL DE GRANADA, dibujo de Pradilla.



MENDIGO GRANADINO, dibujo del natural por J. M. Marqués

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El cólera.—Sus ministros.—El verano y las Cámaras.—El incendio de la Real Armería.—El suicidio y la locura.—Un baile en el Congo.—Las aceras en Madrid de noche.

—¿Cree V. que avanzará el cólera?
—Es dudoso. Pero es temible.

—Sin embargo, esos doctores aseguran que no hay peligro mientras las cuarentenas se conserven y las medidas sanitarias sean objeto de vigilancia y cumplimiento.

—El cólera es un bichito, S. M. del Ganges tiene una corte microscópica. Sus ministros son el hambre y la miseria. Para destruirlos no hay más que dos agentes revolucionarios: el ron y el ácido fénico.

—Tiene V. razón. Yo he nombrado al ácido fénico Ministro de Relaciones exteriores y al ron Ministro del Interior.

**

Dos cosas constituyen el tema de las conversaciones: el verano, impedido por las noticias de la epidemia, y la suspensión de sesiones de las Cámaras.

Las Cámaras españolas han terminado hoy su legislatura. Recobra el edificio del Congreso, gallarda inspiración de las artes helénicas, el silencio, y el edificio del Senado, renovado con las artes del siglo de las vejeces del antiguo caserón que le constituye, cierra sus puertas y corre sus cortinas. Todos los años estos dos acontecimientos eran la señal de la desbandada para la buena sociedad madrileña que se apresuraba a salir de este hormo coronado en busca de las brisas marítimas; pero ahora el miedo a la epidemia, y no el afán natural y patriótico de fomentar los intereses nacionales, detiene en Madrid a los madrileños.

Biarritz era el centro elegido todos los años por los veraneantes españoles, la concha en que navegaban las Vénus de la aristocracia. Este año se verá desierto aquel emporio del lujo y la vanidad.

Es indudable que esta vez el cólera ha sido protección nista.

**

El incendio de la Armería Real constituye uno de esos sucesos tristes en que parece interesada toda la nación. Un viento fuerte y huracanado ayudó al fuego en la obra. El viento le decía: «quemá» y el incendio decía a su cómplice: «empújame».

Era aquello un colosal brasero. Las llamas lamían el cielo é iluminaban de lívidos reflejos el horizonte.

Las armaduras de los gloriosos héroes de la reconquista caían al suelo pesadamente por haberse reconquistado los maniqués que las sustentaban, imagen de la generación presente que no puede ya con el peso de las pasadas glorias.

**

Nueve suicidios han ocurrido en Madrid en sólo una semana.

Esto hace pensar con pavor en si habrá un microbio del suicidio como el hay del cólera y del tifus.

Una vez admitida esta suposición, sería preciso convenir en que ese microbio se desarrolla prodigiosamente con el calor.

Los que creen que el suicidio es la consecuencia de un estado de locura, pueden ver en estos datos una confirmación de sus teorías. Esa cosa sabida que el calor contribuye al desarrollo de la enajenación mental. En verano se volvió loco D. Quijote; en verano se volvió loco Hamlet.

**

Hace pocas noches asistimos á la reunión de la sociedad de Geografía. Un viajero narró con pintoresco estilo un baile dado en el Congo en honor del investigador Brazza. Escuchámosle, que su relato es curioso.

Estamos entre las Bateques del Alima. El país es arenoso, carece de bosques vírgenes y se parece no poco á las grandes mesetas de Argelia. Hay aquí y allí algunos grupos de árboles de campeche ó ébano, entre los cuales serpentean riachuelos, cuyas verdes fibras producen abundantes y variadas esencias, y la liana de caucho.

Las aldeas, pequeños grupos diseminados de cuatro ó cinco chozas, están rodeadas de palmeras cuyas cortezas y palmas han arrancado los indígenas para construir sus habitaciones y objetos diversos de industria, como paguas, canastos, cuévanos, etc.

La aldea tiene hoy su tranquilo aspecto ordinario. Los hombres duermen, ó fuman á la sombra, observando los trabajos de las mujeres y los esclavos, que consisten en tejer, en preparar la tapioca ó el aceite, ó la cerveza de palma. Los chicos se ejercitan en lanzar la azagaya.

Con la rapidez del rayo pasa de boca en boca una noticia.

Un correo que llega jadeante la ha traído. «Rocamambo (nombre que los indígenas han dado á M. de Brazza, y que significa buen comandante), el gran jefe blanco, está á tres días de camino.»

Estas palabras corren como el fuego en una línea de pólvora.

Todos se precipitan hácia el fatigado mensajero y se

apinan en torno suyo. Le dirigen mil preguntas; es un runcun en que los chicos también toman parte.

En cuanto ha pasado el primer momento de emoción, la noticia circula por las aldeas comarcanas. En todas partes hay las mismas demostraciones de sorpresa y alegría. Habrá un gran tam-tam; es cosa convenida.

Empiezan los preparativos de la fiesta. El bello sexo, sobre todo, sale de sus casillas; necesita tiempo para operar las obras maestras de sus tocados, para bruñir sus pendientes, y las pulseras de cobre con que las damas principales del país adornan brazos y piernas.

A pesar de su soberano desprecio por los diamantes y los objetos de oro y plata, las conguesas no dejan de ser coquetas en alto grado.

En cuanto á las piedras preciosas, no usan otras que perlas de porcelana y collares de París, con los cuales se adornan la garganta y los cabellos propios y postizos.

Nuestros lectores no sabrán quizás que en el país se hace un comercio considerable de rodetes; pues sí, y no nos equivocamos al afirmar que en esto las negras no se han quedado atrás. Hay que preparar también la toba que servirá para trazar al rededor de los ojos un círculo blanco con el fin de agrandar sus órbitas y darles más expresión... ¿no usan negro nuestras blancas?... Habrá que limar los dientes, pues no están bastante puntiagudos; gustan en aquel país las sonrisas incisivas.

Como el traje consiste en una paqueta nada más (pedazo cuadrado de tejido, que hace veces de... hoja de parra), se trazarán en diversas partes del cuerpo líneas dispuestas artísticamente, pero procurando siempre dar relieve á las bellezas personales.

Como fondo de color de todos estos adornos se cubren el cuerpo con una espesa capa de aceite de palmera.

Pero el objeto principal será siempre el peinado. En este punto la moda impone sus leyes inexorables.

Una mujer no podrá faltar á las reglas formalmente establecidas sin exponerse á la burla de sus compañeras. Es preciso que su tocado produzca en los hombres distinguidos efectos irresistibles.

Una de las condiciones indispensables es que el peinado sea muy voluminoso.

El sol tropical enviaba aquel día sus rayos más templados. Llegan los invitados al lugar de la fiesta; los de las aldeas vecinas están agrupados con sus amigos del lugar á la sombra de las altas palmeras.

Los hombres se han puesto sus adornos más lindos; pulseras de cobre y marfil en los brazos y las piernas, collares de dientes de cocodrilo ó de león.

Ya llegan las bailarinas con sus enormes tocados; una tiene los cabellos levantados en uno y otro lado de la cabeza á manera de alas abiertas; otra se ha hecho un sin número de trenzas que ha entrelazado con hilera de cuentas.

Todas procuran parecer graciosas y coquetas. Con júbilo febril, mal disimulado, esperan el momento anhelado de empezar el baile.

A la edad de 9 años, las muchachas, núbiles ya, tienen derecho para tomar parte en el tam-tam. El más impaciente de la aldea ha subido á lo alto de una colina; á lo lejos divisa el gran jefe blanco acompañado de unos cuantos de sus «hijos blancos.» Una numerosa escolta de negros le acompaña también, con fardos de mercaderías.

—¡Rocamambo! ¡Rocamambo!—exclaman todos.—La muchedumbre se agita; los jefes se adelantan para estrechar la mano al que les trae la paz y la amistad. Las mujeres quedan apartadas ó detrás de los grupos, pero todas se impacientan por ver á los blancos. Los chicos se meten por entre las piernas de los asistentes ó se suben á las palmeras como monos.

Al fin ya llegaron...

El jefe blanco, vestido con un jaique nada más, descalzo, con un casco en la cabeza, se adelanta para ir al encuentro de los jefes negros, que á su vez se precipitan sobre aquel para abrazarle, exclamando:

—¡Chamba, Chamba!

Rocamambo se sonríe con dulzura. Le conmueve tal acogida en esa tierra africana en que tanto ha luchado, sufrido; mejor comprendido aquí que en su patria adoptiva, donde muchas veces la envidia y el odio han querido arrebatarle ó disminuir la obra que él consideró, y con razón, como suya, y á la que ha consagrado toda su vida.

Todo el mundo está pronto. Los músicos, cuyo número asciende á unos treinta y cinco ó cuarenta, están formados al rededor de su jefe, el tocador de tam-tam. Su instrumento se compone de un tronco hueco de árbol, de un metro y medio de alto, con un cuero de carnero muy estirado en la parte superior. El tocador de tam-tam está de pie y golpea el tambor con la palma de la mano y con los dedos. Los músicos que le rodean tienen calabazas de tamaño y formas diferentes, con uno, dos y hasta tres agujeros.

Entre los instrumentos de cuerda hay uno notabilísimo; es una especie de arpa cuya forma es la de un arco de madera hueca; tiene cuatro cuerdas y produce ocho sonidos diferentes. Para aumentar la caja armónica hay un agujero en la parte convexa del arco que comunica directamente con el agujero de una calabaza hemisférica. En los dos extremos del arco hay una porción de anillos de metal que chocan entre sí cada vibración de las cuerdas del instrumento.

Los bailarines de ambos sexos se forman en dos filas circulares. Cada uno tiene una calabaza llena de piedras ó semillas duras que agitan en cadencia como castañuelas.

Empieza la función. El baile, siguiendo el ritmo de la

música, es primeramente un metro balanceo muy lento hácia adelante, hácia atrás, á derecha y á izquierda; luego es cada vez más acelerado, hasta hacerse vertiginoso. Entónces, gritos que ensordecen y notas discordantes llenan los aires, y en medio de una nube de polvo, cargada de olores acres, se distingue un torbellino de cuerdas de mil matices, que se agitan, se caen, se levantan y producen un efecto originalísimo y fantástico, que podría muy bien figurar en una obra maestra como el *Evailier*.

En los intervalos, un bailarín hace una señal al tocador de tam-tam; cesa la música; improvisa el canto siguiente:

SOLO Rocamambo entre nosotros.
Negros amigos de los blancos;
Blancos amigos de los negros.
CORO ¡Grandes blancos! ¡Grandes blancos!
SOLO Dar buena mercadería,
Por tapioca, bananas,
Conduce colmillos de elefantes.
CORO ¡Grandes blancos! ¡Grandes blancos!
SOLO Dar buen aguardiente,
Para tocar bien el tam tam,
Dar sal y tabaco.
CORO ¡Grandes blancos! ¡Grandes blancos!
SOLO Blancos, muy salvajes;
No comer cigarras, ni sapos;
No conocer fetiches.
CORO ¡Pobres blancos! ¡Pobres blancos!
SOLO Unlamentari léjos de nosotros;
El, blanco mucho male,
Negros no querer á él.
CORO ¡Blanco malo! ¡Blanco malo!
SOLO Mujer negra amar hombre blanco,
A veces hombre blanco amar mujer negra,
Mujer negra querer hijo blanco.
CORO ¡Lindos blancos! ¡Lindos blancos!
CORO FINAL Rocamambo entre nosotros.
Negros amigos de los blancos,
Blancos amigos de los negros,
¡Lindos blancos! ¡Lindos blancos!...

La figura más linda del baile es aquella en que el bailarín procura arrebatar la pluma de gallo de la cabellera de una doncella del lugar.

Ahora bien, no siendo la bailarina ménos ágil que el bailarín, se le escapa, lo cual hace que el hombre multiplique sus esfuerzos. Su buen éxito es aplaudido unánimemente con fuertes carcajadas y gritos frenéticos. También el fiasco excita la hilaridad.

Pero lo que ha producido sensación fue que una jóven bailarina sumamente ágil, después de haberse escabullido cuatro veces de su perseguidor, se acercó á Rocamambo, temblando de emoción, con la mirada fija en la tierra, y depositó á sus pies la pluma de gallo.

Sorpresa general. Jamás se había visto semejante cosa.

**

Un periódico pide anoche que se prohiban esas tertulias al aire libre que se congregan en las aceras de las calles.

En realidad estorban el tránsito; pero no es justo obligar á esa pobre gente á encerrarse en sus cochinetes, jaulas de grillos en que se abrasan durante el día, esperando que con la noche llegue á sus pulmones un soplo de aire respirable.

Como aquí lo superfluo es lo necesario, y viceversa, se piensa en reglamentar la población canina de Madrid, y no en construir barrios de obreros, espaciosos y sanos. El jornalero que vive durante el día derritiéndose al sol en un andamio, así que llega el crepúsculo tiene por descanso un mechinal insano y fétido, cuya única respiración es un ventanuco como una caja de jalea, abierto en el techo.

Para ver horizonte, para respirar aire libre, el jornalero tiene que salir á la calle, la casa de los que no la tienen. Cansado de trabajar, el paseo, léjos de serle placentero, le es enojoso. Desciende desde su buhardilla al arroyo. Se forman esos grupos yacentes que ocupan la acera. queda interrumpido el tránsito de orden del pueblo-rey. Pasa por allí un filántropo y se escandaliza, en vez de pensar que Madrid tiene necesidad de construir barridas para obreros, donde haya mucho aire sano, mucha agua y muchos árboles. El antiguo Madrid se conserva aún con todas las condiciones malas de su sistema de construir apelmazamientos de casas, sin dejar plazas que han de ser como los pulmones de las grandes ciudades. Al rededor de ese antiguo Madrid ha seguido edificando la nueva ciudad sus hoteles, sus barrios de Pozas, Argileles, Salamanca, Chamberí, se ha extendido como gota de aceite en el papel. El antiguo Madrid ha quedado prisionero; despojado de horizontes por sus hijos. En una fuente de veintiduh año haber una colisión entre varias mujeres. Los cántaros se convirtieron en armas arrojadizas y volaron por el aire como rojas granadas de barro. La fuente de veintiduh conserva aún el carácter de los héroes del gran Cruz. La larga fila de botijos ventrados y de otros cántaros se prolonga muchas varas más allá del caño. Forma como larga serpiente cuyos anillos se suceden sin cesar, prosica tímigen de la sed eterna de la ciencia. El amor anda allí con sus encantos, alterando el buen orden de los cacharros... «¿Quién da vez?» pregunta una moza que llega á última hora.

Se sigue un turno de botijos. Al agudor le está vedada la fuente del bien y del mal; esto es, para el caso, la fuente de veintiduh.

A veces el «traidor del agua» se deja arrebatar de la

seducción que inspira todo lo prohibido... Acude a la fuente de vecindad, mirando a todas partes con desconfianza, liba en el fresco chorro, harta de pura linfa las entrañas de su cuba... y se aleja agitando lentamente algo redondo retazo de cuero que sobre su espalda tiene algo de ala

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

Mendigo granadino,

DEBUJO DEL NATURAL POR J. M. MARQUÉS

Los apuntes del *Album* de un artista son como las memorias íntimas de una personalidad que necesita consignar, de una manera ú otra, sus impresiones. O no hay artistas y escritores verídicos en el mundo, ó esa verdad ha de encontrarse precisamente en esos apuntes, en esas memorias, que parecen unos soliloquios del autor á propósito de un objeto determinado.

En prueba de ello, ahí está el *mendigo granadino* de Marqués. Nuestro paisano ha visto á ese personaje, le ha visto y le ha tocado, como suele decirse, y le ha dibujado sobre el terreno. No es, por consiguiente, de extrañar la impresión de verdad que nos causa. Es un verdadero tipo (lo que no constituye tipo no interesa al artista), tipo africano puro, por más que haya nacido cabe el Genil... Si pudiéramos explorar su aboengo, de fojo resaltaría proceder en línea recta de alguno de aquellos cortesanos de Boabdil, cuyas disensiones costaron al *rey chico* la pérdida de su Granada.

Cierto que el descendiente de Zegrís ó Abencerrajes, que no tenemos empiezo en lo uno ni en lo otro, ha perdido algo, y aún mucho, de la gallardía con que sus mayores rompieron lanzas en Viva Rambla; pero aún á través de la degeneración, el africano subsiste, con su tez pálida y hucososa, sus labios sensuales, su mirada lánguida y esa pereza tan propia de los pueblos á los cuales la naturaleza favorece en demasia y que tanto contribuyó á la ruina de los hijos del Profeta.

Cogidas infraganti, CUADRO POR J. WEISER

Bien dice el refrán: lo vedado es deseado, y por lo que respecta á la mujer, harlo sabemos que fué la primera en dar ejemplo.

Refiérese este cuadro sin duda á la época en que, no conocido aún bastantemente el pro y el contra del tabaco, su uso fué prohibido bajo severas penas, y aún la Iglesia creyó del caso fulminar sus censuras contra el conculator del precepto. Por aquel entónces, fumar era una bellacuerza en el sexo fuerte; con que figuréense Vds. lo que ocurriría tratándose del sexo débil. Pero mis señoras las mujeres, sobre todo cuando se llaman Julia Mancini, sobrina del cardenal Mazurino, que es la heroína de este cuadro, no se dan á partido tan fácilmente como los hombres, y el tabaco debió haberles á gloria, por más que, con perdon sea dicho de algunas americanas y andaluzas, no es el hábito producido por una tagamina el que puede haber hecho calificar de celestial el aliento de las damas. Bien procuran las de nuestro cuadro disimular su reprensible conducta; mas las faltas dejan rastro comúnmente, y por lo mismo que no hay humo sin fuego, tampoco hay humo de tabaco sin tabaco en combustión. Las fumadoras de tapadillo han sido sorprendidas, á un tiempo, por el brazo civil y el eclesiástico; pero dudamos se las aplique el edicto del rey, ni la excomunión pontificia. El absurdo en la pena la convierte en imposible.

El cuadro, considerado artísticamente, es bellísimo; sus grupos están bien entendidos, las actitudes son naturales, las fisonomías, en particular las de las mujeres, expresivas, y la impresión que causa es verdaderamente grata.

¡Por una nimiedad! CUADRO POR E. DE PEREYRÉ

En distintas ocasiones lo hemos dicho: hay cuadros que son todo un tratado de moral, y uno de ellos es el cuadro que nos ocupa. Verdad es que para conseguir este objeto, se necesita que á la profundidad del asunto se agregue una ejecución perfecta y conducente como la empleada en esa obra, tan bien sentida como bien realizada.

Por una *nimiedad*, como dice el autor, por una flor que quizás pasó del seno de una mujer al ojal del uniforme de un mancebo; por una palabra ligeramente pronunciada, por una acción torcidamente comprendida, el mal llamado honor de dos hombres ha producido una catástrofe. El hecho ha tenido probablemente lugar en un baile, á donde uno y otro combatiente acudieron soñando toda suerte de felicidades; tal vez, al dirigirse á la suspirada fiesta, uno ó otro besaron con amor la mejilla de su esposa ó con respeto la mano de su madre...

Han trascurrido unas pocas horas, ha tenido lugar un incidente sin importancia real, y el vencido yace bañado en sangre, y el vencedor... El vencedor quizás sea más desgraciado: su conciencia se encargará de amargarle una vida que se le hará sobrado larga.

La composición de este cuadro es realmente notable: todo en él contribuye á infundir tristeza; el lugar de la escena concuerda con la escena misma: uno y otra causan frío, frío en el cuerpo y frío en el alma.

Jóven alsaciana

No todas las alsacias son como esa muestra, que si lo fueran se comprendería el empeño que tuvieron los prusianos por quedarse con esa provincia y el que tienen los franceses por recobrarla.

Sin embargo, ello es cierto que las hijas de Alsacia son generalmente agraciadas y realiza su belleza un tocado bastante original en que sobresale un enorme lazo negro, que las da cierto aspecto melancólico.

Desde que Alsacia ha dejado de pertenecer á Francia, ese tocado parece ser el luto que las mujeres llevan por la perdida patria.

Durmiéndose, dormida y dormitando,

DEBUJO DEL NATURAL

Los tres grados del sueño, podría titularse ese cuadro. Su autor ha vencido en él la dificultad consiguiente á la gradación de una misma cuerda dominante, y lo ha conseguido de una manera agradable y produciendo un grupo encantador.

Así se duerme cuando se tienen pocos años. Y así se pinta cuando se estudia el natural con ojos de profesor.

Un descuido aprovechado, CUADRO POR J. SONDERLAND

No se dirá que la niña de ese cuadro sea egoísta. Dió con el cucurucho de las arvejas y dijo para sí:

—¿A quién pueden hacerle más falta que á las palomas?

Y con la presteza del que practica una buena acción, se planta en el corral y practica la obra misericordiosa de dar de comer al hambriento.

Mas el resultado excede á sus deseos: el cucurucho se viene casi por completo, y como las palomas no están llamadas á interpretar la intención de su generosa proveedora, acuden al monton insperado y se regalan opíparamente, sin hacer el menor caso del asombro de la muchacha, que no la permite ni siquiera esquivar á las aves inocentes.

Es un cuadro simpático, recomendable por su naturalidad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

Cripta en la Catedral de Granada,

DEBUJO DE PRADILLA

Fundaban en 1504 los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel la llamada Capilla Real, anexa á la Basílica granadina, y debido de ella construíase una pequeña y oscura cripta que más tiene de mazmorra que de lugar sagrado.

El forastero que visita esta maravilla del arte gótica, puede ver en la capilla los suntuosos sepulcros de los fundadores y de sus sucesores doña Juana y D. Felipe, prodigios de escultura que recuerdan á la posteridad un drama histórico y una tragedia íntima. Isabel y Fernando en la plenitud de su gloria, Juana y Felipe, unidos únicamente por la muerte en un mismo lecho de piedra.

Esos sepulcros, sin embargo, son una simple y lujosa exterioridad.

Tras esos mármoles afligianados, en el hueco de esas tumbas que son desesperación de los artistas modernos, nada existe de aquellos reyes, nada, ni la ceniza de sus cuerpos, ni el polvo de las reales vestiduras. Las cajas de plomo barreadas de hierro que contienen los despojos de las dos régias parejas, se hallan en la lígubre cripta de que ántes hemos hablado y que el eminente Pradilla ha copiado del natural con particular acierto.

El autor de la *Rendición de Granada* debe haber penetrado con singular emoción en ese recinto subterráneo que guarda la *nada* de esa reina que ha pintado tan bella y tan feliz, de ese soberano que ha trazado tan lleno de benevolencia y de majestad. Y como Pradilla es todo un artista, su dibujo ha resultado un cuadro impregnado de poesía, una poesía extraña, que huele á muerto.

¡Qué contraste, el cuadro de la *Rendición de Granada* y el dibujo de los sepulcros ciertos de sus invictos conquistadores!

CROMOS DE VIAJE

(*D'après nature*)

I

¡Viajeros... al tren!

—¡*Paquí, paquí, Reimunda!*... Este si que está *desocupao*...

—Toma!... Pues dí que sí, no es mala fortuna... ¡Antonía, Rita, Micaela... *venis paquí!*...

—Anda, anda, no perder tiempo; *veime* dando esos *achiperras*.

—Ahí va la cesta; ten *cuidado*, que están ahí los ocho huevos que me dió la Pascuala.

—¡Vaya un disparate!... Buena tortilla se van á hacer. *¡Paquí* tres cosas?

—¿Y qué querías que hiciera? Pues ya verás como te gustan. Toma las alforjas; no las pongas de ese *tao*, hombre. ¿No ves que ya ahí la *cañivya* y se nos va á *aboyar*?

—No tengas miedo; es fuerte.

—Ahí van las correas con los abrigos.

—Bueno, mujer, échalos *pa'otí*, aunque me se ha puesto en la cabeza que *tó* esto está de sobra.

—¿Sobras?... ¡No están malas sobras!... Ya verás si *pa* San Sebastian te chupas *entavía* los *deos* de frío... y sino... aquí está doña Rita, que no me dejará mentir. ¿No es cierto, doña Rita?

—¿*Cudía*?

—Lo del frío *pa* San Sebastian.

—Ya lo creo que hay río... un río que va á dar á la mar, y que tiene un puente...

—Pero ¡qué río ni qué ocho cuartos, señora!... Si habíamos del río...

—¿Frío dice V.? ¿Que tiene V. frío?... Pues, hija, lo que es yo... estoy abrasadita... ¡Uf!...

—¡Demonio de sordal!... La digo que si hace frío *pa* San Sebastian.

—Pero, señora, *pa* preguntar eso no hace falta pegar esas voces; soy algo *tinenta*, pero no es *pa* tanto ¡caramba!... Y luego... ¡me gusta la embajada! ¿Qué sé yo si hace ó no frío? ¿Lo he visto yo?... ¡*Asín* haga más frío que en Madrid por enero!

—Vaya, dejemos esta conversación. ¿Estamos ya todos, Reimunda?... *Mirai* á ver si falta algo; aquí está la muleta, ahí los abrigos, ahí la cesta chica, ahí la grande... pero ¡calla!... ¿*Qué* eso que pinga?... ¡Bueno te estás poniendo el vestido!... ¡Vaya una estrenal!

—¡Jesus, María y José!... Si son los huevos...

—¿No te lo decía yo?...

—Pero *recomendao*: ¡*paquí* me has puesto encima de la cesta ese sacco? ¿No ves que se aplastaban los huevos?

—*Pa* hija, tamboril por gaita; ya la cosa no tiene remedio.

—¿Pero zy mi vestido, Virgen de la Paloma?... ¿Qué hago yo con mi vestido?...

—*Pa* hija... *ndá*... chuparlo si te parece.

—Anda y chupalo tú, *cañonazos*... que no sirves *pa* maldita de Dios la cosa como no sea *pa* hacer *estupicios*.

—Mira, Reimunda, tengamos la fiesta en *pa*.

—Tiene razon la Reimunda...

—Cuidadito con abar el gallo, doña Rita, ó doña Tinenta ó doña Demonios... que ya me voy yo atufando...

Pues no parece sino que se ha hundido el globo... cuando sólo se trata de que se han *escarchao* los huevos... Si se escarcharon por hacer ó por error, *escarchaos* están y *san se acabó*.

—Pii... pii... pii... ff... ff... ff... trácala... trácala... trácala... ff... ff... ff... pii... pii...

—¡Gracias á Dios que hemos *arrancao!*... ¡Adios Madrid, que te quedas sin gente!

II

Parada y fonda.

—¿Qué estación es esta?

—Medina del Campo.

—¿Para mucho aquí el tren?

—Más de media hora.

—¿Oyes, Luisa? Si quieres, aquí podemos bajar; tenemos más de media hora.

—Si, eso dicen. Pero zy si se nos marcha?

—¿Qué se ha de marchar, mujer!... ¿Tanto se tarda en beber un vaso de agua?

—Pues mira, baja tú si quieres, yo no me atrevo. Tengo mucha sed, pero lo que es yo... la verdad, no sirvo para esas prisas.

—Pero no seas tonta, querida; si no hay prisa ninguna; si tenemos tiempo para comer nos un pavo relleno y remojarlo con un par de botellas con toda tranquilidad; cuanto más para beber un vaso de agua...

—¡Vaya, no te empeñes, te digo que no! Yo me atraganto toda si ando con prisas; era capaz de ponerme mala.

—¿Qué aporada y qué niña cres!... Vaya, pues ahí te quedas, mientras yo voy á la fonda á refrescar el gaznate con una botella de gasosa.

—¿Y te atreves á dejarme sola?... ¿Y si se va el tren? Por Dios, Alfredo, no te vayas; eres tan distraído que te vas á quedar en la estación... ¡Jesus! no quiero pensarlo... ¿Qué sería de mí? Era capaz de tirarme por una ventanilla.

—Pero hija del alma, no seas tan aprensiva; hazte el cargo, mujer... si tú no quieres bajar, déjame bajar á mí; yo te aseguro que no hay temor ninguno.

—No me lo digas, Alfredo, no me lo digas... mientras vas á la fonda...

—Si está á un paso... mírala, ahí enfrente...

—¡Bueno!... Pero mientras vas, y pides la botella, y te la sirven, y la bebes, y pagas, y esto y lo otro, y por aquí y por allá, y qué sé yo... ¡por Dios, Alfredo!

—Pero si tengo media hora...

—¡Si, sí!... ¿Dónde estará ya la media hora! Desde que nos lo dijeron...

—Sólo se han pasado tres minutos...

—¡Jesus, qué disparate!... ¡Tres minutos!... Pero, hombre, ¿estás en tu juicio?

—No tienes más que ver el reloj.

—Andará mal tu reloj; yo creo que no te has dado cuenta...

—Si no es mi reloj, sino el reloj de la estación el que lo dice...

—¡Se habrá parado acaso!... ¡Quién sabe, Alfredo!... Ya ves tú que eso no puede ser...

—No seas loca; míjete... vaya, vuelvo en seguida.

—Alfredo, Alfredo, por Dios, no me abandones, no



COGIDAS INFRAGANTI, cuadro por J. Weiser



¡POR UNA NIMEDAD!.. cuadro por E. de Peerd

me des ese disgusto, haz más caso de tu mujercita.... ¡Dios mio!... Y que tenga una que rogar... ¿Quién me lo había de decir hace quince días?... Todos, todos son lo mismo...

—Pero, hija, si tengo seca la garganta...
—Tambien yo la tengo, Alfredo, y me aguantó. No seas malo, por Dios, no seas ingrato, no te vayas; si me quedara sola y el tren se fuese...
—Pero ¡qué se ha de ir! ¡qué se ha de ir!
—Sí, sí, Alfredo, puede irse, no digas que no... Mira, yo te quiero mucho; sientate aquí, á mi lado, estate quietito... ¿Oyes? Ya silba la máquina.
—Andará de maniobras.
—No me dejes, por Dios.
—Esto es sacrificarme, Luisa, sacrificarme por un caricho tonto y sin fundamento.
—Todo lo que quieras; riñeme, pégame, llámame tonta, boba y cuanto se te antoje; pero no te vayas ahora, dame ese gusto; yo te prometo que en la primera estación en que pare el tren otra media hora síguera, me bajo contigo á beber un vaso de agua.
—Pues avidos estamos; lo mismo me vienes diciendo desde que salimos de Toledo, y todavía...
—¿Pero tú no ves que es por lo mucho que te quiero?
—Sí, sí, ya sé; de puro lo que te quiero te muero.

III Criticas

—Oye, chica, miá qué entra tiene aquella *individua* de los *antijos*; con el sudor que *lha corrio* de la frente *plabio* le ha quedado la *fasonancia* como *jaipé*.
—¡Sí, buen jaspe te dé Dios!... A lo que se parece esa cara es á una pared *blanquea* llena de corriduras de gotas... Pero *arrepára*, mujer, *arrepára* en aquel esperpento del sombrero... ¿De dónde habrá *saoa* semejante birria? Como si lo viera *qués* un sombrero de hombre *reortao* por la copa...
—¿El hombre?
—No, boba, el sombrero.
—Y *qués verás* *reortao* por la copa, *retorio* por el ala, y *disfrazo* de *estránjis* con ese pegote de cintajos; debe ser un sombrero viejo de su marido...
—¡Cállate, mujer! ¿Cómo *qués* *qués* ese *menumento* tenga marido? ¿Quién *l'había* de querer?...
—Tienes razón, mujer; no me había *fijado* bien *entadía*; parece una basitica...
—Mira, mira esa; esa sí que tiene que ver. ¿Has visto en la vida *ficha* semejante?
—Cállate, mujer... *Si paxe* *qu'estamos* en Carnaval... ¡Vaya un traje de capricho!
—Lleva el manto *algao* del pescuezo con unos tirantes...
—¡Qué gracioso! ¿Será francesa?
—¡Qué ha de ser! Debe ser portuguesa ó italiana; ó *pué* que sea una mora.

—Vamos á preguntárselo por gusto... ¿nos entenderá? *Oigaté*... la del manto verde... ¡eh! madama, V. dispense. Diga V. por una porfia, ¿de dónde es V.?
—Del valle de Ansó.
—¿Y *pa* dónde está eso, señora? V. dispense la curiosidad; es por una porfia.
—En Aragón.
—Pero entonces, ¿V. es española?
—¡Ya lo creo!
—Usted dispense.
—No hay de qué.
—*Por* hija... ¡quién lo había de decir!
—¡Cállate, mujer, si yo me hago cruces!... Pensar que esa percha es española... ¡vamos! Si yo fuera *menistro* lo prohibía; suponte tú, es una figuración, que esa ficha va á Francia; ¿qué pensarán de nosotros los extranjeros? Eso no se debía consentir, no señor.
—Oye, oye; *miá* tú si sale cierto lo que nos dijeron.
—¿Conoces aquel que va *pa* la fonda?
—¡Toma! *¡Pos no l'he* de conocer! ¡Jesus devinol! Si es D. Prudencio... ¡no está él mal Prudencio! D. Imprudencio sí que se debía llamar. *Miá* tú, *miá* tú cómo lleva del *bracilete* á la ribeteadora del quinto... Pero ¡qué cosas se ven por el mundo, mujer! Y luego se extrañarán de que doña Susanita ande *enriada* con el *tiniente* de caballería. ¡Qué ha de hacer la *probe* señora si su marido *l'anda* corriendo por esos muros de Dios!... ¡Anda, anda! Y que no va poco tiempo el tal D. Prudencio con su conquista... De seguro que se le figura que la tal niña se peina *pa* él solo... ¡buen chasco se lleva! lo ménos que la he conocido yo á la Dolorcitas desde que vive en nuestra culle son cinco cortejos; y ya ves tú... no hace *entadía* un año... ¿Qué merecían esos hombres tan bobos? Una paliza buena es lo que merecían... *Miá* tú, doña Susanita, tan guapa, tan frescachona, tan *distraída*... ¡ría á dejar por ese pingajo, desperdicio de la tropa... Te digo... ya ves tú á mí qué va ni me viene... pero le arrebaca los ojos á ese Judas de mejor gana que lo digo.

IV

La política en el tren

—¡Adios, D. Teodoro!
—¡Felices, D. Nicomedes!
—¿Viene V. de Pamplona?
—No; vengo de Castejon, donde he tenido que ventilar cierto asunto. ¡V. vendrá de Madrid?
—De Madrid, sí señor. ¡Tenía una gana de perderle de vista! Pero, ya se ve... de un día á otro podía presen-

tarse alguna complicacion, y no convenia abandonar al Gobierno.

—Pues yo ya estoy cansado de servir sí que me sirvan. Cuando se anunció el debate político, yo le dije redondamente á Sagasta: «D. Práxedes, yo no pido subsecretarías ni direcciones; se me ha ofrecido una senaduría vitalicia, y el tal ofrecimiento no se cumple; estoy harto de votar que sí, que no, y que qué sé yo, sin sacar nada en limpio; las palabras son siempre palabras; todos mis amigos y parientes saben lo de la senaduría y al ver que nunca llega, me persiguen con cuchufletas y bromitadas que no tengo necesidad de aguantar; ó somos ó no somos; ha llegado la ocasion de herrar ó quitar el banco.» Sagasta me habló de sus compromisos, de la dificultad de la combinacion, de las altas influencias que se interponian, en fin, la cancion de siempre; salimos medio riñendo y yo me fui para mi casa sin aguardar el resultado del debate.

—Pues ha perdido V. cosa buena.
—Sí, ya sé, ya sé. Con que, en suma ¿la boda fracasó?
—Ruptura completa, amigo mio.
—Es una lástima, lo digo con sinceridad.
—Pues yo, si he de ser franco, le confieso á V. que me alegro; porque, no nos hagamos ilusiones, ¿qué porvenir era el nuestro si se embarcaban con nosotros Martos, el Duque, Montero Rios, Morct, Lopez Dominguez, Balaguer, Becerra, Linares Rivas, etc., etc.? Le digo á usted que cuanto más lo pienso, más me regocijo del desenlace que esto ha tenido.

—Es V. muy dueño de pensarlo así; pero el tiempo le probará que se equivoca.
—Allí veremos; por de pronto á mí me ha ofrecido Sagasta solemnemente una embajada.
—¿Ofrecido?... Ríase V. de ofrecimientos.
—Allí veremos, vuelvo á decir; yo no puedo creer...
—Ya lo creeré V., yo se lo garantizo. Y hablando de otra cosa, ¿hácia dónde se dirige V.?
—Si he de ser franco no lo sé á punto fijo.
—Pues, amigo mio, lo mismo exactamente me sucede á mí.

—Por de pronto me voy á Aguas-Buenas; allí irá Sagasta, y siempre es una ocasion de estrechar relaciones; en las estaciones balnearias se íntima con facilidad, y ¡quién sabe! Allí se fraguan combinaciones, se estudian planes...
—¡Ya lo creo!... Me parece muy bien pensado. Un primo mio estuvo una vez á punto de alcanzar una cartera porque, á más de haberle caído en gracia á Cánovas, le salvó de rodar las escaleras de un hotel agarrándole de los faldones de la levita.
—¿No digo yo?
—Yo llevo el mismo objeto que V.; sólo que V. se encamina hácia Aguas-Buenas, es decir hácia el sol que se pone, y yo hácia Biarritz, es decir, hácia el sol que nace.

—¿Se ha ladeado V. hácia la izquierda? Le acompaño.
—Pues no hay de qué, amigo mio; al freir será el reiro; yo tengo más experiencia que V., el porvenir es nuestro; indefectiblemente nuestro; eso es elemental; basta abrir los ojos para conocerlo.
—No me desilustone V.
—Al tiempo me remito.
—Es que hace V. casi, casi, vacilar mis convicciones... si no fuera por la embajada...
—Ríase V. de embajadas.

—Le digo á V. que fué un ofrecimiento formal, y ante varios compañeros; por eso no he tenido inconveniente en manifestarlo; es público... hasta la prensa se ha hecho eco de ello...
—Ríase V., le digo.
—Después de todo, lo cierto es que, ya que voy á Aguas-Buenas... nada me cuesta detenerme en Biarritz.
—Vengan esos cinco...
—Hombre, no, no tanto. En Biarritz veremos qué tal anda la cosa; V. me presentará al Duque.
—Tendré mucho gusto en ello; pero con una condicion...
—Diga V.
—La de que si, no obstante mis pronósticos, viéramos el pleito mal parado...
—Acabe V.
—¡Nadal!... Que me permitiera V. acompañarle á Aguas-Buenas.
—Ahora sí que digo yo; ¡Vengan esos cinco!
—Es la influencia del exprés... El tren... acorta las distancias.

V

En la estacion

—Mucho *pesquis*, señores, que en esta estacion hay mucha gente; ponerse *lío* el mundo á las ventanas *pa* que crean que va lleno el coche. ¡Eso es! ¡Así me gusta! *Sacal* *tos* los abanicos y *resoplai* fuerte como si fuéramos *sofocaos*... ¡Está es la cosa!
—¡Jesus!... ¡Cuánta gente!... Si nos dejaran en paz... tan á gusto como hemos venido hasta ahora... pero ¡cál!
—Mira, *¡Eh* *ya*, quitate de la *ventaniya*.
—¿En verso y en prosa; métese *pa drento*, porque con esa cara tan remonacha que Dios te ha *dao* vas á atraer á la gente. Sólo las feas deben ponerse á las *ventaniyas*, *pa* espantar... ¿No lo dije? Aquel levita te va *chao* el ojo, y se viene *¡aquí* derecho... ¡Abanicaos *tos*!... ¡Uf!...

qué calor! ¡Va uno aquí como sardina en banasta! *¡Paqué* no pondrán más coches?... ¡Ole! le espanté!

—De buena hemos *librao*; *tao* esa caterva se nos iba á colar *¡aquí* *drento*.
—Vaya, parece que de esta no salimos mal; nadie se atreva con este coche; ya no se ve un alma en el anden.
—No hay que cantar victoria tan pronto. Mirar... mirar lo que sale por aquella puerta.
—¡Jesus! Un regimiento entero y verdadero; ahora sí que no nos vale ni la bula de Meco. ¡Ay Dios mio! En ningún coche encuentran sitio... ¡uff! ¡qué calor!
—¡Eh! Chicos, *¡aquí*, *¡aquí*, que aquí hay sitio.
—¡Jesus, lo que se nos viene encima!... No *gués* caldo, toma tres tazas.

—Es la invasion de los bárbaros.
—¿Qué dice V. de bárbaro, *no moco*? El bárbaro será V.; tan mio es este coche como de V.; si V. lo paga yo lo pago *zentiendo* V.? Y yo me meto aquí porque me acomoda; y *zestá* V.? más que hubiera otro sin un alma de aquí no me movería, *zentiendo* V.? Si *quité* V. *espárragos* de la siembra V., *zestá* V.? No ha nacido *entadía* quien se me haya subido á las barbas, *zentiendo* V.? Y *san se acabó* y punto en boca. Echa *¡adé* esos cestos, Teresa, y *veísos* acomodando como podáis, que aquí hay sitio *¡pa* *lós*; nosotros no *semos* más que cinco, y aquí caben *entadía* seis.
—¿stedes serán cinco; pero... ¿y esos cestos?
—Esos cestos son míos, *zestá* V.? y no le deben nada á *naide*, *zentiendo* V.?
—Si yo no digo que no sean suyos...
—Pues eso fallaba, mil demonios, que fuera V. á *icir* que no eran míos. Pues qué, *zpiensa* V. que porque tenga ese *sombrijo* de *¡pipi* *¡pa*, y esas *¡palyas* rubias y esa *caena*, y esos *antijos* se va á *capar* el hijo de mi madre? Pues se equivoca V. *zestá* V.? Y sepa V. que *pa* lo que yo gasto los *arfeñiques* como V. *pa* escribirme la *dentadura*; se entra V.? Y si yo no traigo maletas ni *malinas* es porque no me da la *riald* gana, *lo* *zentiendo* V.? No porque V. me va de estas tranzas se vaya V. á figurar que soy un cualquiera; que tengo aquí en el *botijo* *pa* *¡venar* á V. y á *¡ta* su parentela la boca con *monas* de cinco duros, *legítimas*, *zestá* V.? Que aquí no hay *¡fahendas* ni *¡sorpacharias*, *zestá* V.? Mece ahí esos cestos, Juaniva, y ten cuidado con no tocar á ese cabayero, no sea que se evapore...
—¿Sabe V. que está insultador por demás? Tenga usted más consideracion, que aquí nadie se mete con V.; no provoque V. á nadie.

—Yo no provoco á *naide*, señora, *zestá* V.? Este momento me ha *¡yamao* bárbaro y es lo que no consiento, *zentiendo* V.? ¡Vaya con las *¡comenencias*! Sacra, saca la *boté*, *Laliya*, que echaremos un trago *pa* pasar estas *penyas*... Beba V., *cabayero*, que no quita lo uno á lo otro; V. me insultó, yo le insulté y ¡ah! aví! estamos en paz; pruebe usted ese *vinijo* y quedamos tan amigos; me lo *¡trajon* ayer del mismo Carriena unos compadres de *tao* confianza.

—¡Muchas gracias! No acostumbro...
—¿Remilgos tenemos? Vamos, no se haga V. de rogar; cátele tan sólo, que *¡eso* hay poco en el mundo... Así me gusta... ¡Viva la Pepa y *¡ajiera* el mal humor!

(Se continuará.)

Salamanca 1883

FERNANDO ARAUJO

LOS POMPEYANOS EN CÁPARRA

POR DON PABLO HURTADO

(Continuación)

—No es la guerra que os espera una guerra infructuosa, —continuó el tribuno.—Un espíritu elevado de justicia la preside, y la victoria ha de mejorar grandemente vuestra condicion. Este jóven, que os presento, es el heredero de Pompeyo nuestro bienhechor, y me ha jurado hacernos libres, sin otra condicion que la de ayudarle á aniquilar al Dictador. Podremos volver á constituirnos en pueblo independiente, como lo fueron nuestros abuelos; y el romano nos considerará como un igual ó un aliado. ¿No es esta nuestra comun aspiracion? ¿Necesitais que ante vosotros ratifique tan solemne promesa?

Un nuevo redoble de las espadas sobre las peltas, contestó á la pregunta del orador.

Este se volvió á su amigo y le presentó la empuñadura de la espada.

Pompeyo extendió sobre ella la diestra mano, y dijo con voz estentórea:
—Juro por el excelsio Júpiter Tonante, por el invicto Marte y la memoria veneranda de mi ilustre progenitor, que una vez vencedor de mi enemigo con la ayuda de los bravos lusitanos, les relevaré de las cargas que les impuso la dura ley de la guerra; que sus municipios podrán constituirse en la forma que juzguen oportuna; y que en particular el de Cáparra, obtendrá de mi agradecimiento la consideracion de confederado y sus hijos gozarán el *¡jus* *¡utilis*, si les conviniere.

Un tercero y más prolongado choque de armas, acogió esta solemne protesta de adhesion y reconocimiento, después de lo cual, y á una señal del duunvirto, aquel hermitaero humano se fué filtrando, digámoslo así, á través de la maleza que lo rodeaba, hasta quedar solos sobre el titánico pedestal los dos capitanes.

—Fílon, si la buena suerte me conduce triunfante al Capitolio, yo te ensalzará al patriciado.



JÓVEN ALSACIANA

—Gneo, arranca de mi alma la espina que la punza noche y día, si á ello alcanza tu poder, y guarda la purpúrea toga para quien ambicione algo más que la paz de su hogar.

IX

Durante ocho días consecutivos no hicieron más que afuir á Cáparra las tropas que los municipios de la baja Vettonia, y algunos otros lusitanos, sus convecinos, ponían á disposición del huésped de Vocusia.

Sus armas y sus trajes no podían ser más heterogéneos. Las aldeas enclavadas en los montes Herminios (hoy sierra de la Estrella) le enviaban dos cohortes de fundibularios, que por única vestimenta traían colgadas de los hombros oscuras *sisyrnas* ó zaleas de carnero, ajustadas á la cintura por una tosca correa.

Turobriga (junto á Alcántara) le remitía otra de astarios, armados de agudas *falavias*, lanzas de tres pies de longitud, cuyas cabezas cubrían sombreros de palma, burdamente confeccionados.

Iaconimurgo, en el camino de Cauria á Cáparra, le prestaba una centuria de auxiliares.

De Eburá le llegó media legión, usando sus soldados espadas de cobre de medio metro de longitud y aguzada punta.

De las tropas indígenas, eran las mejor regimentadas y uniformadas.

Cáparra le ofrecía dos mil combatientes.

Y además ya se alojaba en las casas de la ciudad una legión romana, que comandaba el valiente y veterano Tito Labieno.

Pasada revista, como hoy se diría, al total de tropas allegadas, sumaron 9,000 peones y 700 caballos, con los cuales Gneo se decidió á partir en busca de Aulo Trebonio.

—Otra vez en marcha?...—preguntó Servilio, que no daba paz á sus mandíbulas, con marcadas señales de pesadumbre.

—Es preciso. La prontitud en los movimientos, da ándada la mitad del camino para alcanzar la victoria.

—¡Y yo que me iba ya medio acomodando á este género de vida! ¡Vaya todo en gracia de la Prefectura!

En esto apareció Labieno.

—Pompeyo,—dijo al jóven.—Trebonio nos ahorra las incomodidades de la marcha.

—¿Qué dices?—interrogóle con sobresalto el gastrónomo, que presintiendo la proximidad del peligro, perdió el color.

—Que sabedor de que nos hallamos aquí, viene á buscartos.

—¡Que me place!—exclamó Gneo.—¿Cuántas tropas se le calculan?

—Dos legiones.

—¡Más que las nuestras!—advirtió con pavor el gloton, acariciándose con ambas manos, como para cerciorarse de que aún lo conservaba ileso, el abdómen.

—Mientras mayores son las dificultades que hay que vencer, más glorioso es el triunfo,—objetóle Pompeyo.

—¡Ay!... son intenciones demasiado aventuradas. Por mi voto...

—¿Has tomado las oportunas medidas de precaución?

—preguntó el patricio á su lugarteniente.

—Sí. Los cerros vecinos están coronados de espías, hijos del país. No hay que temer una sorpresa.

—¡Mucho cuidado con ella! (¿Qué sería de mí, que estoy recién comido?)

—Vamos á reanimar el espíritu de los soldados,—dijo Gneo.

Y salió con su renombrado capitán.

Servilio que temblaba como un azogado, desde que supo que el enemigo se acercaba, se dejó caer sobre un escaño de corcho, sudando al goterón.

X

La proximidad de Aulo Trebonio era un hecho. Noticias de que Pompeyo andaba ganando adeptos en la Lusitania, voló en su busca para batirlo.

Los centinelas indígenas, escalonados en un radio bastante extenso, en torno de Cáparra, encendiendo fogatas en la cúspide de los cerros, anunciaron la llegada del Legado.

Este, á la mañana siguiente, sentó sus reales á vista de Cáparra, sobre un pequeño altozano.

Pompeyo, para prevenir cualquiera intenciona, acampó también fuera de la ciudad, sobre otra loma.

Ninguno de los ejércitos rompió las hostilidades durante el día, y la noche los sorprendió arma al brazo.

Pensativo se hallaba Gneo en su tienda, cuando inesperadamente apareció en ella una blanca figura.

Era Naza, cuya escultural presencia hubiera convertido al ágamo más recalcitrante.

—Naza, ¿tú por aquí?

—Sí, Pompeyo.

—¿Buscas á tu esposo?

—No: te busco á tí.

—¿Qué me quieres? ¡Ah! tu presencia me anuncia alguna buena nueva, ó viene á preservarme de un peligro.

—Ambas cosas á la vez.

—Habla.

—Estás preocupado desde esta mañana. La superioridad del enemigo te hace dudar del éxito de la jornada, ¿es cierto?

—Nunca debe un general confiar demasiado en el triunfo. A muchos ha perdido su excesiva confianza.

—Una cosa es que se confíe, y otra el que se tema un descalabro; porque tú lo temes.

—Si eso sucediese, yo moriría peleando.

—No es eso. Esquivas contestarme categóricamente, y en mí no debes recelar una inadvertencia. Escucha. Aunque mujer, y como tal no muy perita en el arte de la guerra, vengo á trazarte una regla de conducta, si quieres vencer.

—Pompeyo la contempló con extrañeza.

—¿Desconfías?... Pues es lo peor que pudieras hacer. Tú me has salvado la vida, por el pronto; y siéndote deudora de ella ¿cómo dudas de que mis intenciones sean el facilitarte la victoria sobre nuestros enemigos?

—¡Oh! de tus intenciones no dudo ni he dudado nunca; mas aunque ellas sean excelentes, el resultado de tu plan puede ser deplorable.

—Te respondo del éxito.

—Exponlo, pues.

—Es brevísimo. Mañana será probablemente el choque. Pues bien: no trates de batir las legiones de Trebonio, aunque este á clo te provocase. Recomienda á tus capitanes que estén á la defensiva. El éxito de la jornada estriba en que la noche sorprenda á los dos ejércitos en



DURMIÉNDOSE, DORMIDA Y DORMITANDO, dibujo del natural

las mismas posiciones que hoy ocupan, ó al menos en que la Victoria no haya inclinado su balanza en pro de ninguno de ellos.

Gneo miraba de hito en hito á la vettona. En los ojos de esta que se traslucía algo de sobrenatural.

Viendo que el caballero vacilaba, añadió con acento acucioso, deprecatorio, suplicante, cruzando ambas manos para dar á sus palabras mayor fuerza:

—¡Por Tarani, noble Pompeyo! Depon tu incredulidad. Mira que van en ello, tal vez, tu destino y mi vida.

—Pero... ¿y si no venceremos?

Naza sonrió tristemente.

—Sí,—contestó.—Venceremos! Tú sigue mis consejos, y tal vez cuando te creas más comprometido, te encuentres á las puertas del templo de la Victoria.

XI

Clareó el día, y el sol no tardó en elevarse á los etéreos espacios, prestando al mundo calor y movimiento.

Sólo los ejércitos beligerantes permanecieron inactivos. Cada uno esperaba que el contrario rompiese las hostilidades.

Al fin Aulo Trebonio, viendo que Pompeyo no daba señales de vida, dió sus órdenes para que algunas centurias se moviesen contra el enemigo.

Destacáronse algunos pelotones de guerreros, del grueso del ejército, y andando, andando, fueron acortando la distancia que de los pompeyanos los separaba.

Estos á pié firme aguardaron á los agresores.

En presencia de su inmovilidad, el cesariano sospechó alguna estratagemá, y toda su prevision y actividad se consagraron á tomar precauciones para no ser sorprendido.

Gneo había dividido su ejército en tres porciones. En la de la derecha, que se extendía por el valle, mandada por Tito Labieno, se contaban los honderos herminianos, cuatro cohortes romanas y cuatrocientos jinetas. En la de la izquierda, que regia Filon, se hallaban los hijos de Cáparra y Eburya, y otras tres cohortes latinas. Y el centro, que el mismo Pompeyo comandaba, se componía de los soldados de Turobriga, Laconimurgo, y otros pueblos lusitanos, trescientos caballos y las dos cohortes de triarios, ó soldados veteranos de la legion.

Las fuerzas destacadas por Trebonio acometieron el ala derecha de su competidor, siendo recibidas por los honderos montañeses con un nublado de sendas y certeras peladillas.

Contra Filon avanzaron dos cohortes cesarianas, sobre las que desde luego se precipitaron los fogosos caparrenses, con su jefe á la cabeza.

Los centros de ambas líneas se contemplaban inmóviles.

A las primeras de cambio los soldados de Filon hicieron sentir á las falanges trebonianas los efectos de su empuje, y llevados de su ardor bélico, se internaron más de lo que la prudencia aconsejaba, en el campo enemigo.

Reforzados los romanos con otras dos cohortes de refresco, la lucha se equilibró, y acercándose los combatientes unos á otros, la lid se hizo individual, y empezó á lucharse cuerpo á cuerpo.

Pompeyo, atento al consejo de Naza, mandó á decir al diunviro que se replegase sobre sus anteriores posiciones.

Pero Filon, empeñado ya en sangrienta lucha, le contestó que un español no retrocedía jamás ante el peligro.

Esta respuesta contrató á Pompeyo, no sólo porque se iba á ver obligado á faltar á las prescripciones de la bella vettona, sino porque preveía que el foco de la acción iba á localizarse en la falda de la montaña, cuya superficie escabrosa imposibilitaría el concurso de la caballería, en la que él cifraba sus esperanzas.

En vista de esto, y para que el grueso de las tropas adversas no cayese sobre Filon, mandó avanzar á los

honderos de Labieno y á los turobrigenses, lancieneses, pesures, igeitanos y otros auxiliares.

Con el movimiento acentuado, Trebonio no se atrevió á desamparar los restantes puestos de su línea, y fué más parco en aglomerar fuerzas contra los de Eburya y Cáparra, que hacían prodigios de valor.

Hasta el medio día, puede decirse, los romanos que militaban en el campo de Pompeyo no habían sido más que meros espectadores de la refriega.

Los españoles habían sido los paganos.

Viendo Trebonio que su ala derecha era la más recientemente atacada recabó una cohorte, y dándole ejemplo, cerró con los contrarios.

Filon lo conoció, y olvidado de sí mismo, se fué hácia él como un perro rabioso.

—¡Infame!—le gritó.—Toma el pago de tu deslealtad. Y le tiró tal tajo, que la espada al hendir el viento,

zumbó como el huracán.

Aulo dió un salto atrás, burlando el golpe; mas la punta del arma le alcanzó en la pierna izquierda,

en la que produjo una larga herida de arriba abajo, si bien no interesó más que la piel.

Una docena de legionarios cercó en un instante al osado lusitano, con la sana intención de hacerle expiar con la vida tanta audacia.

El vetton, con los ojos centelleantes y con la agilidad del tigre, se defendía teniendo á raya á sus enemigos.

El legado gritó á estos:

—No matarle: cogédmelo prisionero.

—Mientras viva, será inútil,—advirtió el aliado de Pompeyo.

Mas no había aún espirado en sus labios la última sílaba, cuando resbaló y cayó al suelo, viéndose sujeto por veinte manos de hierro en un instante, ántes de que él pudiese incorporarse.

—¿Con que

solamente muerto, eh?—le preguntó con sarcástica ironía Trebonio.

—¡Maldición!—articuló el prisionero con voz ronca como la bocina de la desesperación.

—Ponédmelo á buen recaudo. Quiero reservarme á este bravo para que adorne el triunfo que me espera en Roma.

La noticia de la prision del diunviro se propagó inmediatamente por los dos campos.

Los españoles que capitaneaba se desanimaron con tan sensible pérdida, la que envalentonando á los reforzados enemigos, dió lugar á que estos hicieran en aquellos horrosos carnicería.

Apercibido Pompeyo de tan funesto accidente, ordenó al tribuno de la legion que regia las tres cohortes romanas de la division del prisionero, que avanzase á hacer frente á los animosos enemigos, y á contener la desbandada en que caparrenses y eburenses se habían empeñado á pronunciar.

Las cohortes se movieron, y el equilibrio se restableció. En el centro y ala derecha de la línea pompeyana, cada cual seguía ocupando su puesto, sin ventaja conocida para ninguna de las huestes.

Sólo los honderos y unos doscientos caballos, guiados por el mismo Tito Labieno, habían logrado una pequeña ventaja sobre sus fronteros adversarios, pero ventaja que nada ponía ni quitaba en la balanza de la victoria.

Y en esta disposición cayó la tarde y las sombras nocturnas fueron desplegándose sobre el campo de batalla.

Los contentientes, sumidos en la oscuridad, se vieron precisados á diferir sus sangrientas rencillas para la próxima alborada.

XII

Hacia tres horas próximamente que la Noche había empuñado el cetro de nuestro hemisferio cuando una sombra movible y cautelosa, burlando la vigilancia de los centinelas de Trebonio, se deslizó á través de su campo, en direccion á la tienda del Legado, sin producir el más tenue ruido.

Al llegar cerca de ésta, un centinela le cortó el paso.

—¡Alto! ¿quién eres?

—Ya lo ves: una mujer.

—¿A quién buscas?

—A tu general.

—¿Qué le quieres?

—Eso queda para él y para mí.

—Entonces...

—Anúnciame.

(Se continuará)



UN DESCUIDO APROVECHADO, cuadro por J. Sonderland

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.



AÑO III

← BARCELONA 4 DE AGOSTO DE 1884 →

NÚM. 136

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PAISAJE, por H. Boulenger

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—CROMOS DE VIAJE (continuación), por Fernando Añejo.—LOS TRES ÚLTIMOS DIAS DEL MARQUÉS DE AYAMONTE, por Pedro de Madrazo.—LOS POMPEYANOS EN CÁPARICA (conclusión), por Pablo Hurrado.—EL FERRO-CARRIL ELÉCTRICO DE FRANCFORT Á OFFENBACH, por M. A.

GRABADOS.—PAISAJE, por H. Boulenger.—¿DOBLARÁ EL CABO? cuadro por M. Ancher.—MEDA, cuadro por N. Sichel.—PESCADORES ITALIANOS, dibujo a la pluma por B. Galofre.—EL GENERADOR ELÉCTRICO DEL FERRO-CARRIL DE FRANCFORT Á OFFENBACH.—EL FERRO-CARRIL ELÉCTRICO DE FRANCFORT Á OFFENBACH.

NUESTROS GRABADOS

PAISAJE, por H. Boulenger

Si la naturaleza es incansable para producir, el artista es infatigable para copiarla. Difícil es en nuestros tiempos trasladarse al campo y escalar los pelados riscos ó pisar la verde alfombra de los prados, sin tropezar con un entusiasta por la belleza rústica, que traslada á su *album* la apuntación de lo que ha de ser un valioso cuadro. La pintura de paisaje abunda, los paisajistas inundan el mercado y á este paso la competencia se entablará entre telas campesinas á tanto el metro superficial.

Y sin embargo, cuántas dificultades hay que vencer ántes de producir algo notable en este género!... Preguntádselo á nuestro eminente Haes y os dirá á qué precio de estudio, de observación, hasta de salud, se sorprende á la naturaleza en sus bellas manifestaciones. Esos innumerables verdes, que con ser verdes todos, no existe uno igual á otro; esos colores del cielo que de tan diversas maneras entonan una composición, desde la tenue aurora hasta el melancólico ocaso; esa bruma, á veces tenue y espesa á veces, que flota sobre las corrientes; esa atmósfera, ya límpida, ya oscura cual si la empañara el hábito de cuanto respira debajo de ella; esas casas, nuevas ó ruinosas, elegantes *chalets* ó desuadas cabañas, que lo mismo pueden completar que destruir el efecto de un lienzo labrado con verdadero talento; cuántas, cuántas dificultades, repeticiones, ántes de que el paisajista de mérito lance el suspiro de satisfacción que corona el vencimiento de los obstáculos...

El paisaje que hoy publicamos no puede ser más sencillo en la apariencia, y sin embargo, su autor ha dado pruebas en él de que ha estudiado la naturaleza de una manera bastante seria para reproducirla con éxito.

¿DOBLARÁ EL CABO? cuadro por M. Ancher

La tarde es borrascosa; la atmósfera pesada; la tempestad agita las aguas y el peligro del navegante es inminente. A la vista de un grupo de marinos, recomendable por la verdad de sus distintos tipos y la naturalidad de sus actitudes, cruza un buque, empeñado en doblar el cabo, á pesar de la ruda oposición de los elementos. ¿Triunfará la pericia del hombre? ¿Doblará el cabo nuestro buque?...

Hé aquí la solución que esperan nuestros marinos, quienes á fuer de peritos en la materia, siguen con verdadero interés los azares del arriesgado empeño. No hay quien deje de interesarse por el pobre navegante que corre un deshecho temporal; por ninguno con la vehemencia del marino, para quien el mar es la patria común de cuantos confían su existencia á una embarcación; patria bien cruel algunas veces, pues como el horrible Saturno, devora á sus generosos hijos. El marino, que muchas veces ha corrido un peligro idéntico, sigue á fuer de inteligente, y casi á fuer de interesado, los azares de la lucha y con sólo fijarse en el semblante de los de nuestro cuadro, se comprenderá el concepto que cada uno tiene formado acerca del final de la tragedia que se representa ante sus ojos. Sucede con este cuadro lo que con el de la *Diva de la temporada*, que hemos publicado ántes de ahora: el interés mayor, la figura principal, el verdadero asunto, no aparecen en el lienzo; y sin embargo, casi podríamos decir que los vemos. Nosotros, cual los marinos de Ancher, presenciámos la escena del buque en peligro; como ellos le vemos elevarse hasta las nubes y descender hasta el abismo; como ellos percibimos el rumor de la tempestad y se nos figura que azotan nuestro rostro las gotas de la lluvia y la espuma de las olas.

Este es el verdadero mérito del cuadro; esto es lo que revela el talento de su autor.

MEDA, cuadro por N. Sichel

El tipo de la infortunada amante de Jason ha tentado á no pocos artistas, y es difícilmente la pasión excitada producirá un engendro tan completo de los desórdenes ocasionados por el amor y por los celos. Medea lo sacrifica todo á un hombre, primero su honra, más tarde á su hermano, finalmente á sus propios hijos.

Se trata, pues, de una figura colosal, épica, transmitida por la poesía de todos los tiempos é idealizada á su manera por cuantos de ella se han ocupado.

En el cuadro que hoy reproducimos, la hija del rey de Cólquida es indudablemente bella, con la belleza varonil que nos place atribuir á la maga cuyos sortilegios alejaron de Jason los peligros de la conquista del vellocino de oro; su actitud es realmente arrogante, tal como concebimos á esa creación de la mitología griega... Pero, aun así, hemos de confesarlo, tiene esa figura una frialdad que desencanta á poco que nos fijemos en la situación del personaje. Por de pronto el autor no la ha pintado en el momento en que se disponía á sacrificar á sus hijos, que es el momento álgido de esa existencia tan rudamente

puesta á prueba. Tampoco el acero que empuña amenaza ciertamente á su hermano, lanzado en su persecución... Luego Medea aguarda, para herir, bien á su perjurio amante, bien á su odiada rival. En uno y otro caso falta á esa figura expresión de odio, fuego de venganza, en una palabra, no es el prototipo de la mujer celosa, tres veces perniciosa en el paroxismo de su pasión.

PESCADORES ITALIANOS, dibujo á la pluma por Galofre

Si no fuera porque Italia es la patria del arte universal, deberíamos quejarnos de ella, que casi monopoliza el talento de todos nuestros más insignes artistas. Galofre no paga menor tributo á la seducción, y si con brillantes colores nos pinta las animadas escenas de unas regatas, da la preferencia á las aguas y al cielo de Italia; al paso que si con pulso seguro de maestro del dibujo copia del natural tipos con que tropieza en sus excursiones artísticas, esos tipos nos revelan que sus excursiones tienen lugar por las orillas de los mares y las veredas de los campos italianos.

No importa, ni debe extrañarnos: el artista es aquel peregrino que se dirige al templo de la inspiración y que, una vez en su recinto, no puede separarse sin adorar á sus ídolos. Lo que conviene es que el genio no permanezca estático; que la admiración no le descorazone; que, como tierra abonada, produzca frutos opimos... Y en este punto, Galofre, siempre valiente, libre siempre, seguro de conseguir su objeto sin sujetar á trabas impuestas friamente al artista, demuestra cada día, lo mismo en sus cuadros que en sus simples apuntes, que España tiene en Italia un pintor más que la consuele de la pérdida del autor de la *Vicaría*.

CROMOS DE VIAJE

(D'après nature)

(Continuación)

VI

En la fonda

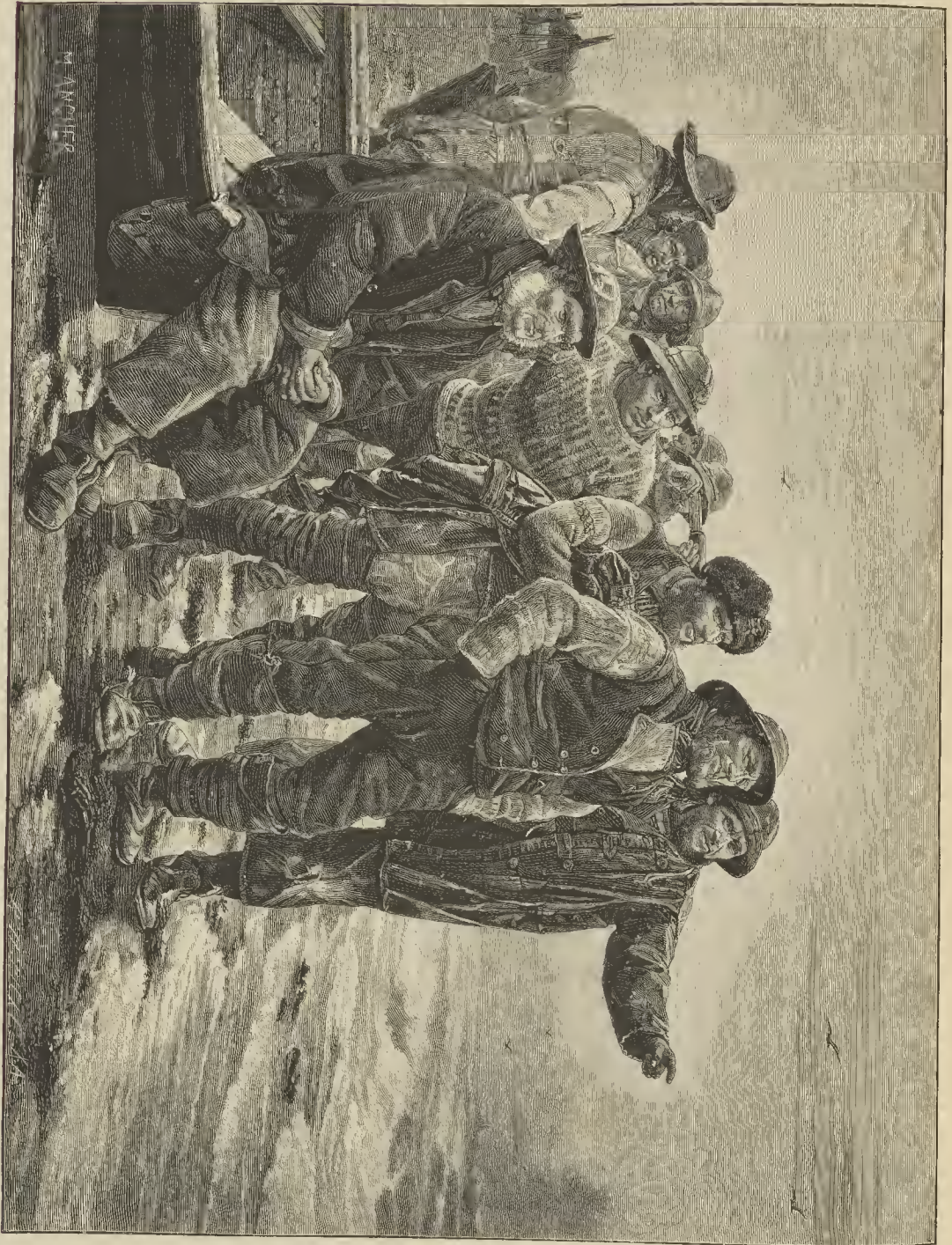
—¡Mozol... ¡Mozol... ¡Café con leche!
—Allá va, señorito.
—Mozol... ¡Mozol... ¡Un chocolate!
—¡Allá va!
—¡Mozol... ¡Un bistek!
—En seguida! ¡En seguida!
—¡Mozol... ¡Unas chuletas... ¡Mozol! ¡Un medio de limón!... ¡Mozol! ¡Una chila de gaseosa!... ¡Mozol... ¡Un vaso de agua con azucarillo...
—¡Allá va! ¡Allá va!
—Pero ¿qué es esto, hombre de Dios? Le pido á V. unas chuletas y me trae una botella de limonada. Pero ¡hombre!... ¡Y se ha marchado!... Pues estoy divertidísimo... ¡Mozol, mozol! Lévese V. esta botella y tráigame unas chuletas, con mil demonios.
—¡V. dispense, señorito! Con tanta gente... fué una equivocación. Ahí tiene V. las chuletas, sin los demonios.
—¡Cuchufletas gastamos!... ¡Bien por el buen humor!
—¡Eh, mozol! ¿V. cree que esto pollo se puede comer? ¡Me ha tomado V. por algún ave de rapaña!... Si está crudo, hombre, si está crudo, que no hay quien le hiñe el diente, crudo y frío...
—Ya ve V... no hay tiempo para calentarlo más.
—¡Eh mozol... mozol! ¿Qué salsa es esta? Por mi tierra no se conoce. ¿Es acaso la *sauce aux mouches*?
—No entiendo francés, caballero.
—Pero tendrá V. ojos para ver que estos tomates están nadando en el marcos.
—Ya ve V... el calor... Eso no se puede impedir.
—¡Mozol, mozol...! ¿Qué demonios de leche me ha traído V. aquí?
—Pues ¿qué tiene esa leche, señorito?
—¿Que qué tiene? Más sal que las salinas de Torreveja; pruébela V.
—Pues está buena, señor; aquí es la costumbre; siempre echamos en la leche unos granitos de sal.
—¡Sí, sí? Pues es una costumbre detestable; eso no se puede tomar. Lévese esa taza y tráigame otra sin sal.
—Aquí toda la leche es como esa, caballero.
—¡Tilín, tilín, tilín!... ¡Viajeros... al tren!
—¡Ay, Dios mío!... Y yo que no he podido todavía partir la pchuga de este pollo...
—Llévatela por el coche, mujer, coge también el pan, porque si no, nos quedamos sin probar bocado; el vino apenas lo hemos podido probar. ¿Cuánto es todo, mozol?
—Diez y ocho reales.
—¡Qué barbaridad!
—Cóbrese V. mi café.
—¿Cuánto es el chocolate?
—¡Eh, caballero! V. dispense; me debe V. la taza de leche.
—Pero, hombre de Dios, si no la he podido tocar...
—Eso no es cuenta mía; yo la he pagado al amo, y no la he de perder.
—Pero si la tiene allí entera.
—Perdone V., caballero; págueme V. los tres reales de la leche.
—¡Qué escándalo!... Tres reales por una taza de leche que no se puede beber... Tenga V., hombre, tenga V. Ya me libraré yo muy bien de volver á pedir nada en esta fonda.
—V. hará lo que guste.

—¡Viajeros... al tren!
—¿Qué se lleva V. ahí, caballero?
—Lo que es mío; el almuerzo que no he podido casi probar. ¡Pues no faltaba más!
—¿Cuánto son las chuletas?
—Doce reales.
—No es caro, sobre todo teniendo en cuenta la salsa de moscas en que estaban; eso no es para todos los días.
—¡Viajeros... al tren!
—¿Qué bien decía D.ª Sinfrosita!... No se puede tomar nada en las fondas. ¡Quita, quita! No volveré yo á salir de mi casa sin buenas provisiones de salchichon y jamon.

VII

En los túneles

—¡Jesus, María y José! Pero esto será lo que dicen que se llama un *túnel*; nos hemos quedado á oscuras enteramente... ¡Ay! Ya se ve la luz... ¿No es verdad que esto impone, *señá Sabastiana*?
—Ya se lo decía yo á V., *señá Tomas*; la primera vez que vine yo con mi difunto que esté en gloria, le digo á V. que medio me desmayé. Gracias á mi difunto que me sosegó con aquella *habia* que Dios le había *dao*, no pasó la cosa á mayores; mire V., mire V., ahí viene otro; asómese V. á la ventanilla: ¿ve V. esa boca negra? Pues ese es el túnel; santíguese V., que ya entramos en él.
—¡Y qué ruido hace el tren aquí dentro!... Da un miedo... ¿Por qué no encenderán luces?
—Pues y *qué* es verdad; en tiempo de mi difunto no pasaba esto; ya es una barbaridad; mi difunto no lo hubiera consentido.
—¡Gracias á Dios! Parece que se respira cuando se ve la luz del día; mire V., *señá Sabastiana*, mire V. lo pálido que se ha puesto aquel caballero. ¿Qué le habrá pasado?
—Se habrá asustado cuando menos; no se parece á mi difunto; ya podían echarle túneles. Pero yo aquella madamita? ¡Fíjese V. en lo sonrosado que tiene el carrillo derecho, y repare V. en las miraditas que la echa aquel individuo, y saque V. la consecuencia... ¡Jesús qué cosas! No, lo *qué* es mi difunto... no lo consentía... Ya se ve... con la oscuridad.
—¡Otro túnel! ¡Otro túnel!
—¿Sabe V. que me voy poniendo mala? Yo creí que ya se habían acabado... ¿Faltan muchos todavía?
—¡Ya lo creo! Y mucho más largos que estos... Ya verá V., ya verá V.: mi difunto se reía mucho en los túneles al ver la cara que yo ponía; ahora ya me he acostumbrado.
—Ya se acabó. Pero ¿por qué será el haber tanto túnel?
—¡Toma! Porque como hay tantas montañas, y tan altas, para pasarlas hacen un agujero que entra por un *lao* y sale por otro. Si mi difunto no se hubiera muerto, vería usted cómo le explicaba todo esto; daba gloria de oírle.
—Pero, diga V., *señá Sabastiana*: entónces... pasarán las montañas por cima del tren.
—Pues ya lo creo que pasan; y ríos, y pueblos, y todo.
—¡Ve María Purísima! ¿Y si se nos caen encima?
—No hay *caídas*; mi difunto aseguraba que no había peligro. Pero ¡calle! El caballero que se pone pálido no hace más que mirarme... Como lo viera puesto tan pálido... Parece todo un señor... ¿por qué se habrá puesto tan pálido? ¡Toma! Y se nos viene *plagué*. ¡Si me querrá decir algo?
—Con permiso de V., *señora*.
—Usted le tiene... ¿No lo dije, *señá Tomas*? Parece, caballero, que le impresionan á V. mucho los túneles.
—¡Ca! No, señora; estoy acostumbrado á ellos.
—Lo mismo que mi difunto. Como se ha puesto V. así... tan pálido... ¡Vamos! Será que se mareará V.
—¡Ca! No, señora; no conozco el mareo, ni en la tierra, ni en el mar.
—¡Igualito que mi difunto, que esté en gloria! Pues yo... como le ví á V. así...
—¡No, señora, no! Son efectos de la imaginación.
—¿De la imaginación? ¡Hombre! Pues es chocante; mi difunto...
—Sí, señora, de la imaginación; cuando entramos en el primer túnel me pareció escuchar una voz á mi oído que me decía: «Caballero, al llegar al cuarto túnel tenga usted preparada la bolsa para entregármela, porque de lo contrario le atravieso el corazón.»
—¡Jesus, María y José!... ¿Y V. oyó eso?
—Lo mismo que si lo hubiera oído; al salir á la claridad, miré hacia todos lados, y como no ví á nadie de quien poder sospechar, lo atribuí á mi imaginación y me tranquilicé; viene el segundo túnel, y volví á oír la misma voz: «Caballero, al tercer túnel la bolsa ó la vida.»
—¡Virgen del Cármen! Pero ¿quién podrá ser?
—Nadie, señora; mi imaginación y nada más; no puede ser otra cosa, porque aquí no se ve persona alguna de quien poder sospechar.
—¿Qué cosa tan rara! á mi difunto no le sucedía eso. ¿Y no ha vuelto V. á oír nada?
—Sí, señora; en el último túnel he vuelto á oír: «Prepara V. la bolsa para el primer túnel ó dispóngase á morir.»
—¡Virgen Santísima!
—Por eso me he venido para aquí, al lado de Vds. que me parecen confianza; porque, aunque yo creo que es la imaginación... también pudiera ser...
—¡Jesus! ¡Jesus! Pero V. nos va á comprometer, caballero; grite V., llame V... ¡Ah! ¡Qué idea! Verá V. que pronto queda arreglado; bien decía mi difunto que hombre, ó mujer, prevenido vale por dos. ¿Ve V.? Yo siempre que voy de viaje llevo un paquete de velas, porque



¿DOBLARÁ EL CABO? cuadro por M. Ancher



MEDEA, cuadro por N. Sichel

estancia fuera de la corte fué tomando cada día tinte más odioso aquel ingrato recuerdo. ¡Necio de mí! No creas que durmí ya en mi pecho esos rencores: las adversidades y los años, los años, sobre todo, me han hecho cuerdo. Mira, amigo mío desde la primera noche en que al acostarte sientas que el codo que sustentaba el peso de tu cuerpo se te queda como pegado al colchón, date por notificado de viejo decrepito y metido en capilla. Desde ese momento, que para mí llegó en la dura prisión de Santorcíz, no debe ya el hombre ocuparse en vanidades y mundanos desvanos, sino sólo en merecer la clemencia del Juez divino, cuyo tribunal se le anuncia cercano...

PEDRO DE MADRAZO

(Se continuará)

LOS POMPEYANOS EN CÁPARRA

FOR DON PUBLIO HURTADO

(Conclusion)

—No puede ser: está dormido.
—Faltas á la verdad. Un militar no duerme nunca en noches en que ha quedado indecisa la batalla, y se espera un momento oportuno para decidirla.
—Duerma ó no, tengo órden de no dejar pasar á nadie.
—Si te obtinas en cerrarme el paso, mañana lo sabrá, y los sarmientos de los lictores imprimirán en tu cuerpo cárdenas señales.
Esta amenaza desconcertó al centinela.
—¿Cómo te llamas?
—Naza.
—Espera aquí.
Y el guardia desapareció.
Tornando á poco, dijo á la vettona:
—Sígueme.
Y Naza lo siguió.

A los veinte pasos era introducida en la tienda del general cesariano, quien, vendada la pierna herida, yacia tendido en una especie de canapé que á la vez servía de cama.

Ante él había un pequeño cartibulo ovalado, con mangares fiambre y un ánfora de vino; todo alumbrado por una lamparita de bronce, en figura de esfinge, á cuyo resplandor pudo apreciarse en detalle el traje y postura de la hermosa lusitana.

Vestía una túnica de lana, color carmin, con flores blancas estampadas en su fondo, ajustada al talle por un cinturón recamado de oro. El cabello, trenzado y arrollado sobre el coronal, estaba sujeto por la parte anterior de la cabeza, con una media diadema que se ajustaba á la frente y las sienas, más alta en su parte media que en los extremos, cuya parte elevada se encorvaba hacia atrás, y de la cual pendía un velo blanco, que flotaba al aire y le llegaba hasta media pierna.

Vistosos dijes, relumbantes arrievques, y supersticiosos amuletos, completaban su atavío.

No hablemos de sus hermosos ojos elípticos, espejos de un alma ardiente y soñadora: sus facciones todas eran acabadas. Baste saber, para comprender que no era una belleza vulgar, que había sido en los primeros años de su edad rubil y elegida por un jurado al efecto, sacerdotisa de Salambona, la diosa de la hermosura y el amor del pueblo ibero, á cuyo culto se dedicaba siempre la jóven más bella del país.

Tal elección aseguraba á las elegidas el porvenir marital, pues siempre casaban con los principales mancebos de la comarca.

Ella dejó de ser sacerdotisa, por ser esposa de Filon. El día que Trebonio la vio por vez primera, escribió á sus libertinos camaradas de la ciudad del Capitolio: «Hasta que le admirado á la esposa de uno de los hombres más importantes de este territorio, hubiese apostado á que no había en el Universo mujer que compitiese en hermosura con la reina Cleopatra, á quien ví en Alejandría, á raíz de la batalla de Farsalia. Después de haber visto á la esposa de Filon el caparensis, juro que he perdido para mí la primacía la hermana, y á la par mujer, de Tolomeo.»

No es extraño, pues, que el hombre que así se producía, dispudiese en el acto la introducción en su tienda de la belleza que tanto había proclamado.

Al verla, se incorporó en su sitial, hasta quedar en él sentado.

—¡Naza!... ¡Tú buscándome!

—La necesidad, señor, á ello me obliga.
—¡Ah! hé aquí otra de las ventajas que me proporciona el cautiverio de tu marido. A no ser por él, mis ojos no hubiesen alcanzado la dicha de verte.

—¿De mi marido?...—repetió ella fingiendo extrañeza.
—¿Pues lo has hecho prisionero?

—¡Oh! sí. ¿Lo ignorabas?
—Por completo. No he vuelto á saber de él desde que apuntó la aurora.

—Entonces... ¿qué quieres de mí?
—Quiero...

Y no se atrevió á proseguir.

¡Era tan grande el sacrificio que consumaba!
—Depon todo temor: nadie nos oye,—le dijo animándola el patrio, mientras sus pupilas se engolfaban torpemente en las incitantes formas de su agraciada interlocutora.

—Pues quisiera... que escuchases mis cuitas; que como caballero contestases á una pregunta que voy á hacerte; y como supremo magistrado en esta provincia, me dispenses la protección que la ley otorga á los desvalidos.

—¿Tú desvalida?

—¿Te extraña!

—Mucho. Pero siéntate, Naza, y honra mi mesa. Nunca me fué dado esperar una ventura como la que en este momento me deparas.

Y le hizo lugar en el escaño en que él yacía.

Su interesante huésped lo rehusó, prefiriendo una banqueta de madera en forma de trípode, que colocó en frente de Aulo, y al otro lado de la mesa.

—¿Tan lejos de mí?—le interrogó este en són de cariñosa reconvencción.

—Sí. ¿Qué merecimientos has contraído aún para conmigo, que te den derecho á tenerme al lado tuyo?

—Cierto, mi hermosa comensal; mas esperanzame de que no siempre te mantendrás á tan esquila distancia.

Y al hacer este intencionado ruego, el genio de la liviandad culebreaba en sus pupilas.

—De ti depende,—contestóle Naza ruborosa, sin atreverse á alzar los ojos temiendo encontrar los de Trebonio, avergonzada de la esperanza que le había concedido.

Aulo, escanciando el vino del ánfora en una copa de ónice contornada de oro, repuso:

—Pues si en mí consiste, bebamos y celebremos nuestra futura é íntima inteligencia; y para que este néctar sea más dulce á mis labios, apuren los tuyos, hermosa hispana, la mitad de esta copa, perteneciente un día á los tesoros de Mitridates.

Naza, más encendida que el licor que su compañero le presentaba, humedeció sus frescos labios en el confortable líquido, que con erótico entusiasmo trasegó al punto á su estómago Trebonio.

—Cuéntame ahora esas penas que te abruman.

—La esposa de Filon te recordó su tenaz persecución; los celos que había hecho nacer en el pecho de su marido, al aperebirse de ella; las privaciones que había sufrido con tal motivo; la muerte á que, juzgándola adúltera, había sido condenada; y de tal modo exageró su situación, y era tan persuasivo su acento, que el romano, que no perdía sílaba de cuantas aquellos labios, trémulos y provocativos, pronunciaban, dando un puñetazo sobre el cartibulo, concluyó:

—Yo castigaré, como merece, tan injusta opresión. Tu marido no volverá á ser libre en toda su vida. En cambio tú vendrás conmigo á Roma, repudiará á mi esposa Léntula, y ascenderás á mi tálamo en su puesto.

Naza sentía hervir en su casto seno un ataque de repulsió invencible hacia el hombre que tan cínicamente se producía; mas con un dominio grande sobre sí misma, ocultó aquellas rebeliones de su espíritu, y acogió sonriente los proyectos de Trebonio, á quien no cesaba de incitar á la bebida.

Hasta seis ánforas de Falerno había hecho apurar al romano, que iba sintiendo ya sus enbrutecidos resultados.

Efecto de ellos, su mano audaz se había alargado más de una vez para alcanzar aquel sér privilegiado, que tanto había encendido sus apetitos carnales.

—Aún es pronto,—le advertía Naza, apartándolo de sí.

—Tienes que conquistarte mi cariño.

—Eran las doce de la noche y Trebonio no podía ya con la cabeza.

Sus palabras eran cortadas y balbucientes.

Al contemplarlo en tal estado, la vettona cesó en su conversación, sostenida á fuerza de invenciones suyas, más ó menos interesantes, las que por el solo hecho de ser por ella referidas, rebosaban poesía y magnético aliciente.

Luégo cruzó las manos sobre la falda y observó de hito en hito al general, hasta convencerse de que Baco con sus caricias, lo había reducido al estado más completo de inconsciencia é inacción.

XIII

A la media hora, el plegado lienzo de la tienda se entreabría para dar paso á la interesante hija de Atretrato.

Acercándose al guardia, que era el mismo que la había guiado á ella, le dijo:

—¿Puedes conducirme á la prisión del jefe de los enemigos, cautivado esta tarde en la refriega?

El soldado, que había adivinado íntima inteligencia entre la aparecida y su general, respondió respetuosamente:

—Puedo, sí; pero si en tanto llamas...

—No llamará... y aunque eso sucediese, sabiendo que era yo quien te ocupaba, hasta te premiaría.

—Siendo así, ven.

Y el vigía delante y Naza detrás se pusieron en marcha.

Esta, en una punta del velo, conducía envuelto cuidadosamente un objeto de no mucha magnitud.

Mientras el custodio iba pensando piadosamente:

—Esta será alguna de las muchas amigas que por doquiera encuentra mi general. ¡Es un amante aprovechado!

Cuatro números cuidaban de la tienda en que yacía maniatado Filon, sita á unos treinta pasos de la de Trebonio.

—Deteneos,—dijo uno á los recién llegados.

—Después que hayamos conversado con el cautivo,—advirtió Naza.

—¿Qué locura! Está incomunicado, y no puede hablarsele.

—Pero podrá ponersele en libertad.

—Tú deliras, buena moza,—le respondió el militar con tono zumbón.—¿Quién pudo imaginar tal desatino?

—El Legado

—¡Imposible!

—En prueba de ello, aquí tienes su anillo.

El centinela lo examinó á la luz de una tea que mandó aproximar.

—Es el suyo... pero...

—¿Qué?... ¿No es bastante garantía de mi palabra la posesión de esta joya?

—Podiera habérsele perdido, y tú ú otro cualquiera, interesado en su libertad, habérselo encontrado.

—Acabo de separarme de él en este instante.

—¿Y quién me asegura que eso mismo es verdad?

—Yo,—repuso entonces el guardia que la acompañaba.—Yo que de órden del general la he introducido en su tienda y les he servido la cena.

—De ese modo, cumpíase su mandato; pero por lo que pueda ocurrir...

—¿Qué quieres que ocurra?—interrogó con impaciencia Naza.

—Me quedo con esta prenda.

—Sea, mas abrevia.

Entró en la tienda el soldado, y á poco salió acompañado de Filon.

—Ahora tú, acompañáanos hasta rebasar las posiciones de vanguardia,—dijo á su acompañante.

Y el romano los condujo obediente hasta que estuvieron al abrigo de los suyos.

—Pero, Naza, ¿qué significa?...—preguntó Filon que resoplaba como un toro, extrañando su imprevista libertad.

—Chist, calla y no malogres mi empresa. En breve lo sabrás.

XIV

Muy luégo dieron en la estancia campal de Pompeyo que con oído exquisito prestaba atención al rumor más insignificante que hasta él llegaba, como el más acucioso vigía.

Al ver á los dos cónyuges, no pudo menos de exclamar, satisfactoriamente sorprendido:

—¡Filon! ¿tú libre?

—Libre,—se apresuró á contestar Naza.—Libre él, tú vencedor, y yo... yo inocente, si mi inocencia puede estar ya fuera del alcance de la duda.

Y las lágrimas afluyeron á sus ojos.

—¿Qué dices, Naza!—le preguntó su marido.

—Sí, sí; ¿qué significan tus palabras?—repetió Pompeyo.

—Mirad,—contestó la honrada matrona con un acento que revelaba al par que fruición, alegría y fiereza.

Y presurosa desenvolvió la extremidad del velo que cuidadosamente llevaba liado en la izquierda mano, y mostró su contenido á sus interlocutores.

—¡Un corazón humano!—exclamaron ambos sorprendidos.

—El de Aulo Trebonio,—advirtió Naza, presa de cierta excitación nerviosa.—El corazón cuyos impuros deseos, al despertar en tu alma el genio de los celos,—(y se diriga á su esposo)—labraron mi desventura. Sospecho de mí fidelidad, me juzgaste cómplice de sus flaquezas, y atormentaste mis días con desprecios afrentosos y glacial indiferencia; hasta hacerme comprender, en mi mortal pesadumbre, que únicamente de este modo podía demostrarte, que el hombre de quien me reputabas amante, no me había inspirado nunca más que odio... ¡odio que he saciado de esta suerte!

—¡Perdona, Naza mía!—repuso el hispano ante aquella prueba de fidelidad.

Y abrio de contento hizo ademán de estrecharla entre sus brazos.

Más cuando ya tocaban al objeto de su constante adoración; cuando flexibles como juncias se doblaban en torno del ébumeo cuello de su compañera, un resto de dolo, torcedora de su alegría, levantándose en su imaginación exaltada, sombría y punzadora, originó una súbita caída en tu sér, y lo hizo retroceder dos pasos.

Tanto la jóven como el romano extrañaron tan brusca mudanza.

Ella, comprendiendo con dolor el móvil de la repulsa, le dijo, en tono de cariñosa reconvencción:

—¡Ingrato! ¿dudas aún?

—Dudo,—contestó Filon con sequedad.

—¡Ah!—observó Pompeyo.—eres injusto con la mujer que te depuró la Providencia.

—¡Desgraciada!—lloró Naza.—¿Qué podré yo hacer sobre la tierra que baste á despejar su espíritu poblado de fantasmas?

—Naza; yo aprecio en lo que vale tu sacrificio. La patria te quedará agradecida á perpetuidad. Mas yo deseo saber si la muerte de Trebonio es una satisfacción sincera dada al ofendido esposo, ó si implica en tí otro sacrificio mayor, inmolando al amante en aras de la paz de tu casa.

Esta suspicacia, no imaginada por la inocente esposa, llevó á su alma un desconuelo extremo.

—Pues bien,—dijo ella en el colmo de la desesperación.—Si estas pruebas humanas no te convencen; si mis protestas, mis lágrimas, mis sufrimientos nada significan para tí... ¡Filon! yo te emplazo para ante la autoridad divina.

Mañana, obtenido el triunfo sobre el enemigo, partiremos en peregrinación á Eburna, y allí, ofreciendo este corazón en el altar de Salambona, que el agur lea el pasado en esta entraña abortecida.



PESCADORES ITALIANOS, dibujo á la piuma por B. Galofre

XV

Bien de mañana Pompeyo mandó atacar el ala izquierda del enemigo á todo el grueso de su ejército.

Los contrarios sostuvieron el primer choque con decision; mas pronto hubieron de empezar á ceder á la superioridad numérica.

Gneo, impaciente por dar felice fin á la jornada, envió allá á los triarios, que no tardaron en acentuar en pro del hijo del vencedor del Asia, los preludios de la victoria.

Los tribunos, los prefectos de las cohortes, los centuriones, todos los jefes contrarios se preguntaban el por qué de no acudir el Legado á reforzar aquella parte de la linea y á infundir aliento á los soldados; tanto más, cuanto que el centro y ala derecha apenas eran molestados, y tenian fuerzas más que suficientes para rechazar cualquier ataque de las tropas que enfrente tenian.

Uno de los oficiales se decidió á penetrar en la tienda de aquel á notificarle el estado de la accion; mas cuando salió y dió la triste nueva del asesinato del general, la más completa desorganizacion y el pánico más horrible cundieron por las filas cesarianas.

En vano el tribuno más antiguo de las dos legiones militantes, tomó el mando del ejército; en vano, dando ejemplo á sus subordinados, trató de infundirles valor y confianza. Esa voz pavorosa, que aunque no pronunciada, resuena siempre en los oídos del vencido, de *sálvese el que pueda*, hizo volver á los legionarios de Trebonio las espaldas á sus adversarios, contribuyendo á dar mayores proporciones al desastre iniciado.

Destrozadas de este modo las haces de el enemigo, Pompeyo, á quien sus tropas habian aclamado *imperator*, entró en són de triunfo en la ciudad de Cáparra, compartiendo las populares aclamaciones con Naza, cuya heroidica habia ya trascendido á la muchedumbre.

Filon, aunque receloso aún de la fe conyugal de su esposa, no dejó de congratularse del triunfo alcanzado.

¿Y Servilio?..

Servilio así que supo que el enemigo iba de capa caída, salió de casa de Vocusia, y tomando lenguas de los soldados, dió un pequeño rodeo y con toda la presteza que su oronda individualidad le permitia, fué á dar en lo que hoy llamaríamos depósito de provisiones, en donde, revolviendo fardos y cajas, lanzó un grito de alegría indescriptible.

En un rincon de la tienda-almacén, habia encontrado una barrica de ostras del lago Lucrino y una pequeña botarga de Falerno.

XVI

Aquella misma tarde Filon y Naza partieron en peregrinacion hácia Eburá, en donde el augur, despues de la solemne conspicion del corazón de Trebonio, disipó la duda que flotaba en el espíritu del dumviro.

Naza delirante de alegría cubrió de besos la fimbria de su sayo talar, y cercenando de raíz, con unas tijeras, sus brillante y abundosa cabellera, la colgó reconocida en el altar de la diosa del amor.

Los dos esposos volvieron á disfrutar la felicidad á que eran acreedores.

En cuanto á Pompeyo... el triunfo de Cáparra aceleró el desenlace de la cruenta enemiga que tenia con Julio César.

Este, viendo el incremento que la guerra civil iba tomando en la peninsula, volvió á ésta, y dió fin del partido de los hijos de su colega de triunvirato.

La batalla de Munda fué el golpe de gracia dado á la causa de los pompeyanos.

En ella perdió Servilio la Prefectura del Erario. Pero ¡vamos! no murió de pesadumbre, toda vez que, á los pocos meses, su nombre figuraba en la lista de convidados al banquete con el disoluto Marco Antonio celebró su torpe triunfo en los juegos Lupercales.

Más consecuente Filon, formó un pequeño ejército y levantó bandera en España, á los tres meses, por los hijos de Pompeyo, llegando á apoderarse de la ciudad de

Sevilla; pero sorprendido por César, fué derrotado y pagó con la vida, en una cruz, su temeraria fidelidad.

Así se cumplió la predicción de Olba. Un romano le hizo sufrir la mayor de las ignominias.

PUBLICO HURTADO

Cáceres

EL FERROCARRIL ELÉCTRICO DE FRANCFORT Á OFFENBACH

Entre los innumerables progresos y aplicaciones de la electricidad descuellan dos muy trascendentales para la vida moderna, el alumbrado y la trasmision á distancia de una fuerza motriz, cualquiera que sea su origen, el agua, el viento, el vapor, el gas ó la accion química. Esta ultima fuerza es la más moderna que el hombre ha utilizado, por cuanto no ha empezado á conocerla sino de medio siglo á esta parte, fuerza que estudia hace treinta años y de la que vá enseñoreándose y aprovechándose en nuestros días. La fuerza en cuestion es la accion química que se desarrolla en una bateria galvánica, formando una corriente eléctrica que por la atraccion y repulsion alternativa que suscita en un iman artificial, imprime á un mecanismo un movimiento giratorio. Muchos aparatos motores, basados en estos principios, se discurrieron; pero ninguno verdaderamente práctico y por consiguiente tampoco de aplicacion inmediata y provechosa, ya por su excesivo coste, ya por lo difícil de su manejo y falta de regularidad.

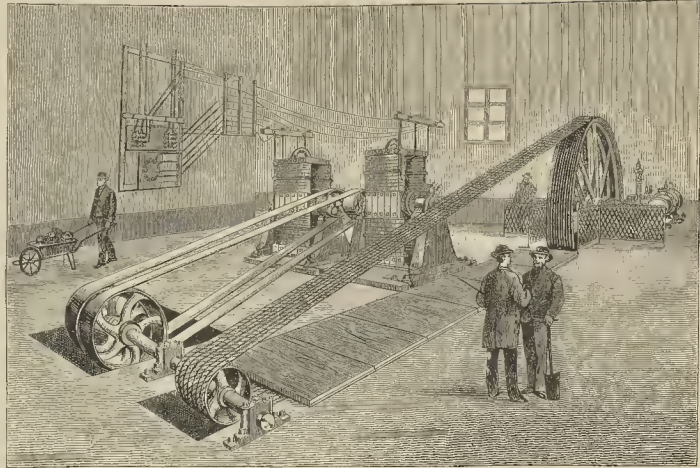
Tres fueron los grandes genios que casi simultáneamente han dado á esta cuestion un aspecto nuevo con la invencion y rápido perfeccionamiento de la máquina electro-dinámica; Paccinotti en Italia, Gramme en Francia y Siemens en Alemania. Las máquinas de estos inventores producen fuerza motriz, no ya por accion química, sino por movimiento, y esta fuerza se trasmite á beneficio á largas distancias merced á la corriente eléctrica, por medio de alambres sencillos ó de cables de alambre segun el caso.

Era muy natural que desde luego se pensara en aplicar á la locomoción la fuerza eléctrica producida por el movimiento de cualquiera otra fuerza motriz, y esto ha motivado en la actualidad la invención de los ferro-carriés eléctricos.

Un motor, que por lo general es una máquina de vapor, pone en rotación otra dinamo-eléctrica fija, desde la cual pasa la corriente engendrada á otra máquina de esta misma clase colocada debajo del vagón ó coche que se quiere mover y cuya distancia á la máquina fija es por lo mismo variable. Tres modos hay de transmitir la corriente eléctrica desde la máquina fija á la adaptada al coche cuyas ruedas ha de poner en movimiento. El primero consiste en hacer servir los mismos carriles de conductores, pasando la corriente desde ellos á las ruedas del coche y de estas á la máquina dinámica del mismo, la cual hace en seguida girar las ruedas. En este caso no ha de haber solución de continuidad en la vía férrea, ni sus barras, por lo tanto, han de tener la pequeña separación entre sí que la prevision aconseja para dejar espacio á la dilatación del metal producida en verano por la elevación de la temperatura, dilatación que, si se tocaran las barras, podría levantarlas por sus respectivos extremos ó desviarlas lateralmente, ocasionando siniestros de los que ha habido más de un ejemplo.

Se concilian ambos extremos, esto es, la necesidad de dejar espacio á la dilatación, y la continuidad de la línea, uniendo las puntas de cada dos barras contiguas con placas de cobre sólidamente remachadas á los dos extremos que han de unir.

El segundo modo de dar paso á la corriente eléctrica desde la estación donde está la máquina fija, al coche inmovible, consiste en colgar un cable de alambre en postes plantados á lo largo de la vía, y que comunica con el coche por medio de una polea que recorre dicho cable y va unida al vehículo y á su máquina dinámica por medio de una barra que la sostiene.



EL GENERADOR ELÉCTRICO DEL FERRO-CARRIL DE FRANCFORT Á OFFENBACH

El tercer modo de comunicación consiste en un tubo suspendido también á cierta altura, y que en su parte inferior tiene una ranura en toda su longitud. En el interior de este tubo continuo se mueve un pequeño émbolo unido al coche y á su máquina dinámica por medio de una barra de hierro, sirviendo para este fin la ranura del tubo; de modo que en este tercer sistema el émbolo y el tubo vienen á reemplazar al cable y la polea del segundo.

La primera manera de dar paso á la corriente por las barras de la vía tiene el grave inconveniente de transmitir la fuerza eléctrica á las personas y animales que toquen la vía conductora, contacto que causaría desgracias sin cuento, sobre todo en el interior de las poblaciones, de las barras á un cable ó á una tubería colocados fuera del alcance de personas y animales.

La segunda manera háase abandonado también porque ya por la lluvia, ya por el rocío, ya finalmente por la nieve y la escarcha en invierno, se intercepta ó dificulta

de repuesto para cuando lo exija el aumento de tráfico; la corriente pasa desde ellas por medio de fuertes alambres á los alambres secundarios necesarios para transmitirla á las máquinas electro-dinámicas de los vagones locomotores.

La idea, proyecto y ejecución de las obras se deben á Alejandro Weimann de Offenbach, que abrió también el capital por acciones para llevar á cabo la empresa y se cuidó de obtener para la misma la concesión oficial. El material, las máquinas y aparatos son de la casa Siemens y Halske de Berlín que también se cuidó del montaje.

Durante la primera semana de explotación hubo muchas interrupciones en el servicio, porque era menester instruir el personal hasta lograr que este adquiriera la práctica indispensable; pero después, gracias á la dirección inteligente del ingeniero Philippsborn, marcha la línea con regularidad perfecta y á satisfacción completa del público y de la compañía concesionaria.

M. A.



El ferro-carril eléctrico de Francfort á Offenbach

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

← BARCELONA 11 DE AGOSTO DE 1884 →

NUM. 137

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO DE TIPOS, coleccion de cuadros por Gustavo Richter

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LOS TRES ÚLTIMOS DIAS DEL MARQUÉS DE AYAMONTE (continuación), por Pedro de Madrazo.—CROMOS DE VIAJE (continuación), por Fernando Araujo.—SANTIAGO DE PEÑALVA, por Francisco Giner de los Ríos.

GRABADOS: ESTUDIO DE TIPOS, por Gustavo Richter.—LA EXPULSION DE LOS CUÁQUEROS DE MASSACHUSETTS.—GUARDIANES DE GANADO, dibujo a la pluma por Galofre.—BACO Y ARIADNA, grupo por Juan Schilling.—LA MÚSICA EN EL CONVENTO, cuadro por E. Grutzner.—SUBLEMENTO ARTISTICO.—PENA AL LABRÓN, acuarela por A. Fabrés.—REGRESO DE FLANDES, acuarela por F. Frohlich.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Las catástrofes se renenan.—Naufragio, incendio, cólera.—Las órtes de España.—Idilio.... al Champagne.

Las grandes catástrofes parecen reunirse y se juntan y agrupan de tal suerte, que cuando un acontecimiento puede afirmarse que están cercanas las otras. Lo mismo sucede con el crimen: cuando se comete un suicidio, en los días subsiguientes hay suicidios por docenas; cuando es un asesinato el hecho que ha aterrado a la humanidad, nuevos asesinatos le acompañan y sirven de cortejo. Diríase que el demonio encargado de perpetrar la clase aquella de delito hace sus rondas de cuando en cuando por cada país y para que se le repite de trabajador hace abundante faena que asombre a todos.

Al incendio de la Armería que convirtió en escombros aquel admirable museo histórico, sucedió el del inmenso depósito de maderas que tenían los señores Castro en el barrio del Pacífico, suburbio de Madrid. Coincidió con este siniestro el naufragio del vapor inglés *Latham* y el del magnífico alcatraz flotante de la compañía trasatlántica titulado *Gijón*.

A esta inmensa desgracia acompaña otra que pone el pavor en el ánimo de los hombres: la diseminación del cólera por más de 70 pueblos y aldeas inmediatas a Tolón y Marsella, su aparición en Liorna, dentro ya de Italia, en la frontera alemana y en otros países.

De todos estos hechos terribles y espantosos quisiera hacer caso omiso en mi crónica para que, dejando yo de narrarlos y dando por borradas las negras páginas que han escrito en el libro de la vida, no hubieran sucedido nunca ni sucedieran en lo porvenir; y que me fuera permitido el presentar a mis lectores entre los caracteres de esta columna tipográfica al barco inglés entrando en el puerto de su destino con felicidad, al barco español conduciendo gallardamente a la Habana ese pedazo de patria que va en el entrepuente de toda nave cuando la vemos alejarse; y si a esta dichosa vida acompañara la del importante establecimiento industrial del señor Castro funcionando prósperamente y a la de los pueblos todos de Europa entregados a sus cosechas sin temor a la epidemia.... ¡oh! entonces.... podría dar por terminada aquí mi misión con esta frase: la felicidad completa, como todos los sentimientos absolutos, no puede describirse.

**

Por desgracia unos son mis deseos y otra la realidad. Negra, espantosa, asoladora se representa.

Hé ahí que arranca del puerto de la Coruña una hermosa nave. En su alivio mástil flota la bandera española, en el bauprés el lema de la casa armadora, en los costados letras colosales muestran a las olas el nombre de *Gijón*. Imposible parece que con los poderosos medios de la arquitectura naval, en mar tranquila y deleitosa el *Gijón* naufrage. Pero cuando Dios quiere perder a un hombre envuelve antes en nebulas su entendimiento. *Quos Deus vult perdere prius dementat*. Y cuando quiere perder a un barco le rodea antes de espesísimas e impenetrables nieblas. Dice el más grande poeta del siglo que el marino tiene una hermana, la noche, y una esposa, la luna. Hay que añadir a esta familia otro miembro importante: tiene un amigo indiscreto, el vendaval, que so pretexto de empujarle le destroza, y queriendo ayudarle en su viaje le asesina; y una madrastra cruel, la niebla, hija del sol y de la noche, nacida de los amores del agua diurno y de los efluvios de la oscuridad. La niebla sale del seno mismo del mar, flota sobre las olas, es primero un encanto de los ojos y un deleite de la mirada; luego crece, envuelve los objetos y parece como que los disuelve. Así como la muerte bota el cuerpo, así la niebla es una especie de muerte de los objetos, porque los anonada y los anula.

Los poderosos reflectores del *Gijón* intentan en vano romper la niebla, el barco está sin guía como un hombre ciego. Ahora bien; ¿es verosímil, ó es probable que las trayectorias imaginarias de dos barcos que navegan en la inmensidad del mar coincidan en un punto? Y sin embargo, así ha sucedido.

El hundimiento del *Gijón* fué rápido, casi instantáneo. ¡Ay de los que sin darse cuenta de ello pasaron en un segundo de la vida a la muerte! Entre las víctimas del naufragio había sesenta niños cuyos inocentes espíritus habrán formado entre las rocas de coral del abismo un paraíso tan deleitable y puro como el que Dios puso allá arriba por encima de las nieblas, las tormentas y las estrallas.

**

El cólera es una enfermedad que ataca a todo el mundo. Lo más terrible de ella son sus síntomas morales en

virtud de los que ni aun las personas que se preservan del microbio y permanecen físicamente sanas dejan de sentir el efecto más terrible de la epidemia: el miedo.

Cae uno enfermo atacado del cólera y huyen cien vecinos de la aldea: muere un cólico y la aldea se despuebla totalmente y sólo quedan en ella el cadáver con sus manos crispadas y el viajero del Ganges que descansa junto a su víctima antes de reanudar su eterna caminata. El miedo es un cristal de aumento a través del cual las cañas parecen espadas y las cuadrillas de segadores tremebundos ejércitos. Por eso el cólera no es sólo una enfermedad; es además una pasión de ánimo que hace contapar por miles las unidades. En vano la estadística ha dicho una vez y repite constantemente que hay otras enfermedades más funestas para la humanidad. A pesar de ello Marsella y Tolón se quedan sin gente, Avignon y Arlés ven reducido su vecindario a la mitad de su cifra ordinaria. El comercio todo de Europa se paraliza, los viajes se suspenden, los trenes salen de las estaciones sin viajeros ni mercancías, las naves permanecen amarradas a los calabotes sin flete ni carga. Así como cuando se recibe una fuerte contusión las ramificaciones dolorosas llegan a todas las partes del cuerpo, de igual modo el cólera de Marsella es un grito de dolor en Barcelona, un estremecimiento pavoroso en Valencia y una agitación no bien definida en toda Europa.

La vanidad científica es superior a todas las vanidades de la tierra. Los doctores franceses y alemanes discuten el cólera, no como se discuten los problemas de la ciencia, sino como el apasionamiento y el calor con que se discuten los intereses materiales. Tantas teorías han expuesto que el que las ha leído todas ellas se halla en peligro de entrar en el manicomio. Unos dicen que el microbio es un animal, otros que es un vegetal, estos que se desarrolla con la humedad, los otros que con el calor; crece; hay quien opina que se cura con el laudano, hay quien sostiene que con la estrigina, tal doctor recomienda los baños de ron caliente, tal otro las inyecciones de sustancias mercuriales. Mientras en Berlín se atribuye toda la responsabilidad de la invasión cólerica a la imprevisión sanitaria de los franceses, en París se canta la marselesa del microbio que empieza con esta estrofa:

«Allons enfants de la patrie,
Le petit microbe est arrivé.»

España é Italia hacen cumplir sus cuarentenas con rigor, á despecho de las burlas de los franceses, que parece imposible que tengan ante el microbio más heroísmo que ante el prusiano.

**

Un incendio es y será siempre para los hombres el más terrible de los espectáculos. Muchos sentimientos humanos han cambiado á través de los siglos, y dificultado en algunas cosas el espíritu y robustecido en otras, ha venido á ser agradable lo que en otro tiempo fué monótono, y odioso lo que á los ojos de la humanidad recién nacida era lícito y natural. Pero creo que la misma sensación de espanto y la misma atracción mágica que en los primeros pobladores de la tierra produjo el incendio de los bosques vírgenes el día en que un rayo hirió la médula seca de una encina, experimentan los hombres del siglo diez y nueve ante un edificio que arde dejando salir de sus ventanas decrepitadas y locas llamaradas. Cuatro millones de reales en tablas que se quemaron en el depósito del Pacífico forman un regular brasero.

Repartid esa leña entre los pobres de Madrid, y vereis como en el invierno próximo no se muere ninguno de frío.

**

Decía hace pocos días un periódico, que ahora tiene España cuatro cortes; la corte grande que es Madrid, la corte oficial que está en Betulú, residencia accidental del Rey, la corte de las damas que está en la Granja, donde se encuentran la reina y las infantas, y la corte de los pretendientes que está en Mondariz, estacion balnearia cuyas salubres aguas utiliza el señor Cánovas del Castillo.

El que quiera gozar de un verano tórrido, de una temperatura de cuarenta grados á la sombra, que se venga á Madrid. En cambio, la Granja brinda al verano con sus jardines seculares, con sus fuentes de mármol, alarde maravillosos del arte irrigatorio y con el espectáculo de las mujeres de la aristocracia española, hermosas sobre toda ponderación y luciendo sus castizas bellezas con el pergamino británico pastoril de las claras telas de sus vestidos y con el desgaire seductor de la vida bajo los árboles.

Todo haría creer, contemplando aquellas fiestas campestres, aquellos improvisados banquetes á la sombra de los pinares, que habían vuelto los buenos tiempos de la Arcadia, si no fuese que de cuando en cuando suena el taponazo de una botella de Champagne. Pero estas detonaciones no nos dejan lugar á duda: los pastores del idilio sólo bebían agua fresca.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIO DE TIPOS
Colección de cuadros por Gustavo Richter

Ocurrencia feliz ha sido la de reunir en un solo grabado distintos originales del ilustre pintor alemán, cuyo retrato y el de su hijo campean en el centro de esa especie de mesa revuelta. Richter estudia concienzudamente sus mo-

delos y ejecuta con una delicadeza y al mismo tiempo con un vigor que han popularizado rápidamente sus obras. Todas ellas tienen un carácter de verdad poco común, como puede comprarse por los ejemplares que contiene nuestro grabado. La primera tarjeta representa á un joven napolitano, la segunda á una egipcia, una odalisca la cuarta (la tercera la titula su autor *amor de padre* y contiene, hemos dicho, los retratos del artista y de su hijo), la quinta figura á dos hermanitos acariciándose, la sexta á un niño jinete sobre un león, y la última á una gitamilla mendiga.

Nuestros lectores recordarán sin duda algunos de esos tipos, porque la especulación los ha generalizado, particularmente por medio de cromos, que difícilmente permiten apreciar el mérito de las obras de arte que no están hechas expresamente para reproducirlas por tan mecánico sistema. A pesar de ello, el mero hecho de su reproducción prueba la importancia que se les da en Alemania, importancia justamente merecida y en el extranjero confirmada.

EXPULSION DE LOS CUÁQUEROS DE MASSACHUSETTS (1680)

Erán los cuáqueros una secta que surgió en Inglaterra hacia el año 1644, á impulsos de las predicaciones de Jorge Fox. El principio fundamental de su dogma consistía en que el hombre lleva en sí mismo una revelación interior que Dios le proporciona, morando el espíritu divino en el alma humana, y por su inequívoca voz, y no por los credos y formularios de los hombres, han de interpretarse para los creyentes las Sagradas Escrituras. Con este dogma y cierta austeridad de costumbres, que más que de austeras tenías de extravagancias, pretendían los cuáqueros ganar prosélitos en los nacientes Estados Unidos, ó mejor dicho en la América del Norte, pero sus esperanzas salieron fallidas por de pronto. A pesar de que la legislación del país toleraba toda suerte de cultos, no tardaron en producirse conflictos religiosos y hubo persecuciones en este sentido, y hasta juces bastante ignorantes para quemar brujas y bastante fanáticos para ahogar herejes.

El distrito de Massachusetts se distinguió durante algún tiempo por su intolerancia y uno de sus actos más notables en este sentido fué el destierro de los cuáqueros, pobres visionarios que querían hacer un mundo especial para su uso privado. Nuestro cuadro representa algunas de las tristes escenas á que da lugar la proscripción, castigo de todos generalmente muy superior al delito de algunos.

GUARDIANES DE GANADO, dibujo á la pluma por Galofre

En el número anterior de la ILUSTRACION ARTISTICA insertamos otro trabajo análogo del mismo artista, exponiendo las consideraciones que su examen nos sugiera. Haciendo extensivas á este dibujo las mismas consideraciones, nos limitamos á llamar sobre él la atención del lector, seguros de que verá una vez más confirmada la justicia de los elogios que del Sr. Galofre hemos hecho.

BACO Y ARIADNA, grupo por Juan Schilling

Baco es uno de los personajes más controvertidos de la mitología. Mientras unos hacen de él un simple borrachín cuya misión divina es presidir los más desenfrenados banquetes é inspirar las más desecoadas danzas, otros le conceptúan síntesis de la tierra generadora é instrumento causante de sus más valiosos productos. El autor del grupo que nos ocupa, debe participar de esta última opinión, pues representa al alumno de Sileno bajo la forma de un gallardo, vigoroso é inteligente manecbo, cuya fuerza dominadora simbolizan los cuatro temibles felinos uncidos á su carro.

Conduce este vehículo al expresado dios del vino en compañía de la bella Ariadna, joven princesa algo movediza, que abandonó los patrios lares á instancias de Tesco, otro enamorado de mala ley que dio esquinazo á su querida tan pronto como halló manera de sustituirla con ventaja. En situación de reemplazo encontró Baco á Ariadna, cuando la honró con sus galanteos, y la niña, que probablemente no deseaba otra cosa, se dejó perder, olvidando las sábias lecciones de la experiencia.

Su felicidad, empero, había de durar poco tiempo. El señor Baco, no menos ligero de cascos que el señor Tesco, se permitió otros devaneos, y Ariadna hubiera estado predestinada, por lo visto, á sucesivos abandonos, si un pariente del ingrato, compadecido de tanto amor y tanto chasco, no la hubiese convertido en estrella, sin duda para que no acabara de estrellarse.

LA MUSICA EN EL CONVENTO, cuadro por E. Grutzner

De la música pudiera decirse que es el idioma de los sentimientos que no tienen forma de expresión por medio de los labios. Nada, en efecto, como la música dispone el ánimo, ya á los más serénicos éxtasis, ya á los más terribles visiones. Se explica, por lo tanto, la importancia que á la música concede la religión y el cariño con que la ejecutan aquellos austeros religiosos, que encuentran en ella un medio de comunicarse con la divinidad en la forma con que nos cuadra concebir que los ángeles alaban al Altísimo.

El cuadro que publicamos, cuyo asunto ha sido reproducido por diversos autores, representa una escena de música en el interior de un convento. Los ejecutantes ponen sus cinco sentidos, como se dice vulgarmente, en la buena interpretación de la *partitura*, y como induda-

blemente sienten lo que desean hacer sentir, es seguro el efecto artístico y hasta el efecto religioso que producirán. Avalora esta composición su distribución bien entendida y el dibujo correcto de las figuras, siendo estimable el tinte apacible que domina en toda ella, que si debilita algo la impresión de momento, en cambio demuestra la confianza que tiene el autor en sus recursos de buena ley.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

PENA AL LADRON, acuarela por A. Fabrés
REGRESO DE FLANDES, acuarela por Pradilla

Raras veces la ILUSTRACION ARTÍSTICA ha publicado un suplemento tan á su gusto como el que acompañamos con el presente número. Y es que raras veces, igualmente, áun con la mejor voluntad y sin escasear gastos, se pueden obtener dos obras de arte tan estimables como las producidas por Fabrés y Pradilla, grabadas por Weber, ya no como grabos los maestros, sino como graban únicamente los genios.

Todo el mundo está de acuerdo en reconocer las grandes dificultades vencedoras para conseguir una acuarela de primer orden, y muchos de nuestros lectores recordarán la impresión entusiasta que causó la *Pena al ladrón*, de Fabrés, cuando en la galería París fué expuesta. Con dificultad suya hubiéramos podido emprender esa obra con otra andadura, si la buena amistad que merecimos á Pradilla, gloria de la pintura española contemporánea, no nos hubiera proporcionado el *Regreso de Flandes*, que no titubeamos en calificar de joya, y áun de joya valiosa, en la cual campean cuantas condiciones califican un trabajo insuperable en su género.

De una y otra composición, siquiera difieran esencialmente en su manera de ser ejecutadas, no hay que ponderar las excelencias. Harto saltan á la vista: el moro de Fabrés, por la expresión de su rostro, por su actitud, por su conjunto y por sus detalles, parece copiado directa y magistralmente en tierra africana; el soldado de Pradilla tiene una marcialidad, una verdad, un concurso de circunstancias tales, que bastarían para formar una reputación, si esas maravillas no fueran comunes en el del ilustre autor de *Juana la Loca*.

LOS TRES ÚLTIMOS DIAS

DEL MARQUÉS DE AYAMONTE

Legenda histórica del siglo XVII

(Continuación)

Aquí hizo D. Francisco Mantel de Guzman una breve pausa, y prosiguió luego con tono más solemne:—Necio es el hombre que presume mejorar la suerte de su país tramando conspiraciones: indilful porfia la del que pretende torcer violentamente el curso de las opiniones de los más, y los iniquita con peligrosas convulsiones, so pretexto de bien público! Y ¡qué horrendo delito el del conspirador! El bandido que roba en los caminos y despoja á los, el asesino que esgrime contra el pecho de la víctima inocente el agudo puñal en las sombras de la noche, son sin duda crimenes odiosos, porque arrebatan la hacienda y la vida ajena y perturban además el pacífico sosiego con la alarma que el delito consumado produce; pero al fin y á la postre el daño que ellos ocasionan tiene limite conocido. No así el crimen del conspirador contra su patria ó su rey: fraguado en el secreto y en el misterio, con más cobardía que la emboscada del bandolero, y con tanta al menos como la asechanza del asesino, estalla con la espantosa violencia de la mina prendida á deshora por oculta mano. Una vez hecha pedruzca la fortaleza de los celos, Dios sabe el vuelo que toma la desencadenada furia que el corazón del hombre ambicioso ó vengativo continúa D. Francisco Mantel con gran calor y como poseído por completo del asunto que había tocado.—Figúrate un diabólico zurrón donde se van depositando las larvas de todos los séres más dañinos de la creación, el escorpion, el escorpion, la araña diadema, la víbora, el áspid, el coccodrilo, el caiman. Esas larvas se desarrollan juntas y cada uno de los ferros engendros revueltos en ese zurrón saca una malignidad aumentada con el ponzoñoso humor de todos los otros. Bien viene, el corazón del hombre de dañado intento es cien veces más mortífero y abominable que es inmundado solo: no hay plaga conocida, no hay epidemia, no hay pedrisco, no hay incendio, no hay inundación que pueda compararse en malignidad. Lo que el hombre atesora en su diabólica mente cuando al espíritu del mal se entrega, ni siquiera se concibe.—Ahora bien, cuando esa mina estalla esparciendo al viento todos los gérmenes del averno, el Estado tiene que defenderse, y se arma en guerra. La sedición se lanza á las calles, conmueven las poblaciones y los burgos, cesan en los campos las útiles faenas y en las ciudades se cierran los talleres; la miseria y el hambre asoman ya de faja livida, la desesperación arma los brazos; trábanse doquiera mortales conflictos: corre á torrentes la sangre; al amparo de sus encontradas enseñanzas, entrégase la soldadesca al pillaje y á la venganza: aquí se mata, acá se viola, allí se instalan entre cadáveres la orgía y la blasfemia... Y el conspirador que entregó su patria á tales horrores, si es vencedor, seguro en el asiento á que le encumbró su ambición, se dispone á no respetar en su país leyes, ni

constituciones, ni costumbres; y si vencido, siempre cuenta con que no le faltarán poderosos valedores cerca del trono, que le salven, cuando menos, de la ignominia del cadalso. A veces este cálculo sale fallido, pero para diez castigados como el duque de Caminha, D. Pedro de Silva y otros, pueden contarse ciento que quedan impunes. ¡Y qué presas desperdicia el cadalso! Parvas incendiadas, escombros humeantes, poblaciones enteras emigrando: la flor de la juventud perdiéndose en campamentos; los ancianos, las mujeres y los niños mendigando por las encrucijadas; son quizá méritos escasos para lucirse en él! ¡Ah! con cien vidas no redimiría el que conspira las espantosas consecuencias de su delito. Mas no perdamos las esperanzas nosotros los conspiradores,—añadió el marqués con gesto y acento de amarga ironía:—tiempo vendrá, de feliz progreso filosófico, en que toda una escuela de juristas conculcadas sostendrá con aplauso á la faz de la religión vilipendiada, de la razón de Estado conculcada y del común seso escarnecido, que el delito político no debe ser nunca, aunque subvierta el orden social por completo, castigado con la pena capital.

—Y quisiera Dios que esa escuela, extraviada y todo como vuesa merced la anuncia, estuviese ya hoy impenetrando de lleno en los Consejos y tribunales de España, para que ella sirviese de escudo á la preciosa vida de vuesa merced.

—Eso suena á dislate, hijo mío, y es muy formal lo que te digo para que, llevado sólo de ciega afición á mi persona, lo contradigas. El que como yo se encuentra ya en la alta cumbre de esta penosa montaña que llamamos la vida, y próximo á tomar desde ella el vuelo á la eternidad, ve las cosas como son en sí y sin las mentidas apariencias de la distancia. Tú contemplas desde lejos la sierra, que no es en realidad sino un gigantesco y pavoroso montón de peñascos y precipicios, y te parece un espléndido cortinaje de azul y oro y lama de plata, y de manera análoga se te representa la escabrosa y empinada senda de la vida. Oyeme, pues, con reflexión y docilidad, que aunque veas que contra mí hablo, es la razón imparcial y serena en los momentos supremos en que acaba todo engaño y comienza la verdad, la que por mí labio te instruye.

Después de un momento de silencio, durante el cual dejó caer la frente sobre la palma de la mano izquierda poniendo bajo el codo la otra mano, prosiguió el marqués:

—El mundo acabará por volverse loco. La conciencia popular condena hoy al conspirador, y con razón, por el inmenso daño que ocasiona, que, áun abortando, no dejó de ser consentido por la intención, seno en que se fragua el pecado; pero llegará el día en que le absuelva. Hoy esa misma conciencia popular acaso absuelva al delator porque libra al Estado de un cúmulo de males; pero vendrá día en que se le escarceza. Pues yo, juez imparcial de mi propia causa, fallando en conciencia ante esta sagrada imagen de la más pura de las vírgenes, angustiada por el más acerbó de los dolores, que nunca se separa de mí para confortarme en mis desfallecimientos, solemnemente declaro que, como conjurado en la satánica empresa de arrebatar á mi rey Felipe IV la Andalucía para erigirla en reino independiente, merezco cien veces la muerte; y que como delator de la horrible trama urdida contra el nuevo rey de Portugal para asesinar á este, incendiar su palacio y entregar la hermosa corona lusitana á los furiosos de la guerra civil, no sólo no fui mal español, sino que era digno del aplauso de todos los hombres sensatos y rectos.

Siguió otra breve pausa, luego un profundo suspiro, y continuó diciendo:

—Pero aquí entra el elemento humano, la faca y miserable carne; porque reconozco que pequé y que soy digno del castigo, y sin embargo... el castigo que espero me hiela de espanto; tan lleno de contradicciones vive el hombre! Mira, Gamarrá, si el rey me perdonase...

Y la entonación enérgica, la fuerza nerviosa, la mirada abstraída con que había pronunciado su profesión de fe moral y política respecto de las conjuraciones y delitos de lesa majestad y subversión del Estado, cedieron el campo á una expresión de sentimientos puramente cortesana y vulgar. Verdaderamente es el hombre un saco de contradicciones: él mismo acababa de observarlo.

—Yo, realmente,—dijo, tomando una postura de abandono muy en consonancia con sus palabras,—en los siete años de prision que llevo cumplidos, he sufrido con exceso la pena de mi delito, y bien podría prometerme un generoso indulto con ocasión del fausto acontecimiento que se prepara á celebrar la corte. ¿Seré yo el único título de Castilla, que, mientras derrama el pueblo lágrimas de júbilo con la esperanza de ver asegurada en la jóven princesa austriaca la sucesión de su rey, hoy interrumpida, está condenado á derramarlas de desesperación y dolor? No: puesto que el arrepentimiento y la corrección me han regenerado y soy otro hombre del que fui, puesto que los proyectos de los perturbadores del público sosiego hoy me aterran, y leo con íntimo contentamiento las noticias de todos los sucesos que pueden contribuir á afianzar los tronos y á darles esplendor, y gozo con las satisfacciones personales que mitigan los graves disgustos que tantas rebeliones, la de Cataluña, la de Portugal, la de Nápoles, han podido causar á mi legítimo soberano; ya que celebre la paz de Munster que concluye las funestas guerras comenzadas por Felipe II, ya que aplaudo la alianza que hoy nace entre Francia y el Imperio, ya que tan de corazón me asocio á la felicidad de mi rey en sus

segundas nupcias, serán todas estas circunstancias, que con ingenuidad y verdad alego, títulos insuficientes para devolverme la gracia perdida? La obtendré, la obtendré... ¡Pobre cerebro mío, cuánto te agitas!... Ya vendrá el descanso!... Se me abrirán estas puertas de hierro, no volverán á correrse para mí estos cerrojos... Volveré á pisar aquellos pavimentos marmóreos... Gamarrá, aparta, aparta: ponme donde vea bien el recibimiento suntuoso del embajador de Alemania.

Cerró los ojos el marqués. Experimentaba el colapso consiguiente á la momentánea exaltación pasada. Su cuerpo, inerte, cubierto de un sudor frío, daba apenas señales de vida: ni se percibía su resuello ni latían sus pulsos. El buen criado, lleno de confusión y perplejidad, no supo hacer más que tenderle del todo en la cama, con gran trabajo por su peso y su lasitud, y echarle encima su bohemio apollado, esperando el momento de que recobrase el cabal uso de sus sentidos.

IV

Aquel desfallecimiento duró algunos minutos; por fin abrió los ojos el marqués, paseando una incierta y vaga mirada por la estancia: usando de sus propias fuerzas, acomodóse mejor en su cama, ciérró más á su cuello las almohadas; entornó otra vez los párpados gradualmente, como cediendo ahora á un sueño bienhechor, y por último una sonrisa de placidez y un ligero movimiento de sus labios, anunciaron el feliz tránsito de su mente del mundo de la vida real á la fantástica region de los ensueños.—Entónces se verificó en él un extraño fenómeno de somnambulismo, pues mientras su criado, prevenido por la indicación que le había hecho, iba recorriendo en silencio la narración del recibimiento del legado tedesco, que se había preparado á leerle en voz alta, por la inauguración de D. Francisco Mantel bien desahogado, como sombras vagarosas, todos los personajes que habían intervenido en la solemne ceremonia. Veía sus caras, sus trajes, sus gestos, oía sus diálogos y sus dichos más fugaces, y hasta se figuraba hallarse entre ellos en las suntuosas estancias del renovado Alcázar Palacio de Madrid, donde pasaba la escena. Era su cerebro una perfecta cámara oscura, pero donde se pintaba lo pasado con acentura absoluta de lo presente.

PEDRO DE MADRAZO

(Se continuará)

CROMOS DE VIAJE

(D'après nature)

(Continuación)

VIII

* Cambio de impresiones

—Pues, como le iba á V. diciendo, la primera detención la hice en Valladolid.

—Buena población, según dicen.

—¡Pech! No es mala, pero no es de mi gusto. Como monumentos tiene á San Pablo, bastante recargado de labores; San Gregorio, con un patio precioso y una buena escalera, que no acaba de agradar como el artesonado que la cubre; la Antigua, que vale la pena de verse, aunque más por fuera que por dentro; y San Benito, con un pórtico, que parece el ingreso de una ciudad fortificada; de la Catedral no hablo, porque es un armatoste pesadísimo; el Museo encierra cosas notables, especialmente la famosa sillería de Berrugete...

—¿Y qué me dice V. del Campo Grande?

—Soberbio, amigo mío: los vallisoletanos pueden estar orgullosos con su Campo, y sobre todo con la cascada que constituye su principal adorno; bien hacen en citar con respeto el nombre de Iscar, á quien deben las principales reformas de que tanto alardean con razón...

—¿Y Burgos, qué tal le pareció á V.?

—Con decirle á V. que soy apasionado del arte, no necesito más. Aquella Catedral es una joya inapreciable. ¡Qué agujas! ¡Qué cúpula! ¡Qué triforios! ¡Qué sillería de coral! ¡Qué retablos! ¡Qué sepulcros! ¡Qué escalera! ¡Qué fachadas!... Vamos, hay que agotar todo el vocabulario de las alabanzas, y no hay para empezar. ¿Y la Capilla del Condestable? Es una maravilla dentro de otra. Por cierto que el *diarone* guardian de esa Capilla me hizo gracia cuando, al explicar los blasones del fundador que campean allí por todas partes, se empeñaba en asegurar que la *crus* que en ellos figura hacía alusión á la peregrinación del Condestable á Jerusalem, y el *sol* á que en aquellos tiempos no se ponía el sol en los dominios españoles; y no vale reirse, porque el *diarone* se enfada.

—¿Y fué V. también á la Cartuja de Miraflores?

—¿Cómo no? Aquello solo vale la pena de hacer un viaje. ¡Qué efecto tan agradable producen los nervios de la bóveda del presbiterio con sus elegantes colgaduras! ¡Qué impresión de asombro me causó el delicadísimo trabajo de Silve y Cruz en el mausoleo de D. Juan II y Doña Isabel de Portugal, y en el sepulcro del infante D. Alfonso! ¡Cuán bella, cada cual en su género, las dos sillerías, y qué notabilísima la estatua de San Bruno de Perreal! Le digo á V. que salí encantado de la Cartuja. En cambio en las Huelgas, como no pude ver los famosos claustros porque para ello se necesitan ciertas recomendaciones que no tuve tiempo ni gana de pedir, no encontré ca-



EXPULSION DE LOS CUAQUEROS



S DE MASSACHUSSETS (1660)



GUARDIANES DE GANADO, dibujo á la pluma por Galofre

si nada de particular, fuera del pórcico, de sabor románico bizantino. Pero en Burgos tuve todavía ocasion de admirar el suntuosísimo retablo de San Nicolás y de echar un vistazo á la parroquia de San Gil y otras fundaciones y al Arco de Santa María. El Espolón me pareció un paseo muy regular, y tampoco me desagradaron los de la Isla, Vadiello, la Quinta, Pisones y Pastizas.

—¡Vaya! Veo que no ha desaprovechado V. el tiempo. Y yo que había pasado tantas veces por Burgos sin darme hacerle una visita... le prometo una solemne reparación. Donde no se detendría V. nada sería en Vitoria.

—Sí, señor; también me detuve algunas horas, lo bastante para recorrer la Florida, que es un paseo lindísimo; para visitar la Catedral, que tiene un espacioso vestíbulo con tres arcos góticos en el fondo, y para echar un vistazo, de vuelta, á la calle de la Estación, que es una hermosa calle con muy buenos comercios. Más me gustó Vitoria que Pamplona; en Pamplona pensaba haberme detenido un día, y á las tres horas estaba aburridísimo; nada he encontrado en Pamplona que me llame la atención como no sea la ciudadela, aunque no entiendo de fortificaciones, y el paseo de la Tacuerna, que es regular. En cambio el camino desde Alsásua es precioso.

—Para camino precioso el de Miranda á Bilbao; allí va uno como encantado; la vía marcha casi siempre bordeando las montañas, subiendo y bajando por ellas, pero sin internarse casi nada: de suerte que ningun paisaje pasa desapercibido; hay sitios en que se ven las poblaciones á vista de pájaro, y hay otros en que se describe materialmente un círculo al rededor de una población, como sucede en el valle de Orduña que se le presenta á V. sucesivamente por sus cuatro costados. El trayecto de Vitoria á San Sebastian es precioso, pero no tiene comparación con el de Miranda á Bilbao.

—¿Usted ha estado en Bilbao?
—Sí, señor; vengo de allí ahora. Mientras mi familia quedaba en Biarritz, yo he tenido la humorada de embarcarme en Bayona para Bilbao, viaje que no aconsejo á nadie por lo molesto, caro y peligroso que es, y después he estado allí unos días recorriendo los pueblecillos de la ría.

—¿Y qué? ¿Vale la pena de verse todo eso? Porque yo tengo el proyecto de visitarlo.

—Le diré á V. Bilbao es, como Bayona, una ciudad puramente comercial; allí no busque V. monumentos, ni calles, ni nada notable, hoy por hoy, como no sea el movimiento del puerto que es extraordinario; cuando la zona del ensanche, ó Albia, esté terminada, ya será otra cosa. Hoy, quitando la iglesia de Santiago, bastante regular y de gusto gótico, y el Campo del Volantín, que es el mejor paseo de Bilbao, se acabó todo lo que hay que ver. Pero en cambio puede V. tomar los traivias de Algorta y Santurce y recorrer en ellos ambas orillas de la ría, y aquello es deliciosísimo; un café tomado en la terraza del *Gran café* de

Portugalete, al extremo de un *quai* incomparable, bordado de palacios, con las Arenas, cuajadas de *chalets*, *villas* y *hoteles* en frente, y la ría en medio, surcada por multitud de vapores que entran ó salen, no es pagado con dinero. Luégo tiene V. las minas, que por sí solas valen la pena de hacer un viaje; nunca olvidaré yo la visita que hice á las de Ortuella ni el reconocimiento que debo á D. Juan Villar por haberme facilitado su inspección.

—¡Vaya! Creo que decididamente me animaré á hacer esa excursión á mi vuelta de San Sebastian y de Francia.

—¿Ha estado V. más veces en San Sebastian?

—No, señor; es la primera vez que voy allí.

—¡Ah! Aquello sí que le gustará á V. ¡Es divino! Es un trocito de París, de los mejores, trasportado á orillas del Cantábrico y recostado en la falda del monte Urgull; allí se respira, allí se vive. No hay iglesias monumentales, ni edificios artísticos, pero no se echan de ménos. ¿Qué Catedral va á competir en majestad con el Océano? ¿Qué monumento más primoroso que la incomparable Concha ó el empinado Urgull? ¡Hurra por San Sebastian! Pensando en el salto de mis casillas. Allí está todo maravillosamente estudiado, y combinado con las seducciones de la naturaleza, para atraer al viajero. No se cansa uno de estar en la calle ¡Qué limpieza por todas partes! San Sebastian es una taza de plata. Y luégo... ¡qué animación, qué vida en esta temporada! En la Concha hay días de bañarse cinco mil personas; y en la Zuriola, y en el Boulevard, principalmente por la noche, se pasan ratos deliciosos, disfrutando de una temperatura de primavera á los acordes de una música militar, y entre las oleadas de un mar de hermosuras iluminadas por la luz eléctrica. ¡Oh! Cuando el Casino, que ahora se alza de cimientos y que ha de ser una maravilla, se halle terminado; cuando las obras de la Zuriola se concluyan, qué ciudad podrá disputar á San Sebastian el arrogante, pero merecido título que ya hoy ostenta con justicia, de perla del Océano? Lo que le aconsejo también á V. de todas veras es que procure asistir á la puesta del sol en el precioso islote de Santa Clara; es un espectáculo magnífico, del que no siempre puede disfrutarse desgraciadamente por las nubes y las brumas del crepúsculo.

—¡Qué ganas tengo ya de verme en San Sebastian! Me lo han ponderado todos tanto, que se me representa en la imaginación como una ciudad de las Mil y una noches. ¡San Sebastian y Biarritz! Son los dos puntos que voy á visitar con más ilusión.

—No junte V., por Dios, á San Sebastian con Biarritz; no hay comparación posible, bajo ningún punto de vista. Yo no sé por qué Biarritz tiene tanta fama, no sé por qué ha de ser el punto de cita, el *rendez-vous* obligado de la *high-life* y de la gente *comm'il faut*. Hay que acudir á los misterios del *baccarrá* y á los caprichos de la moda para explicarlo. ¿Qué hay en Biarritz?

—¿Y la villa Eugenia? y el Casino?

—¡Ah, sí! La villa Eugenia y el Casino... hé ahí dos nombres que parecen capaces de tajar la boca al más descontentadizo. Pues bien, amigo mío, yo no lo soy... y sin embargo, ¡qué diablo! sin negarle su mérito, entiendo que, como se dice vulgarmente, Biarritz no sirve ni para descalzar á San Sebastian; esta opinión he tenido el gusto de verla aceptada por dos bordeleses francos y despreocupados. Lo del juego se comprende desde luégo; pero ese atractivo lo mismo que lo tiene Biarritz, lo puede tener Matapozuelos. Yo le hablo á V. con franqueza; si no estuviera allí mi familia, ¿sabe V. lo que hacia yo en Biarritz? Pues irme al promontorio de la gruta de la Virgen, estar allí dos horas contemplando el espléndido panorama de la costa, desde la desembocadura del Adour hasta España, y después... echar un vistazo en otras tres ó cuatro horas al resto de la población, incluso los cacareados Casino y Palais-Biarritz, y largarme con la inimita á otra parte. ¿No piensa V. visitar alguna otra población francesa?

—Sí señor, quisiera detenerme en San Juan de Luz, Bayona, Pau y Lourdes.

—Me parece muy bien; todo eso lo conozco perfectamente. De San Juan de Luz puedo decirle que para que su recuerdo fuese más grato, no debería uno detenerse nada en él, sino contemplarle sólo al paso del tren; y no es porque luégo desagrada, pues no deja de tener sus atractivos, sino porque al divisarle desde el tren como surgiendo de las olas, la imaginación le presta mil encantos, complaciéndose en juzgarle como una Venecia del Cantábrico, y luégo tropieza en una realidad muy distante de lo que soñó, perdiendo todas las ilusiones.

—Vamos: es como la aparición fugaz de una mujer hermosa envuelta en una gasa trasparente; su recuerdo vive en el alma rodeado de encantos y deseos, mientras que acaso se desvaneciera con la posesión.

—Exactamente. Por lo que toca á Bayona, can decir que es una ciudad comercial está dicho todo; allí verá V. mucha tienda, mucho gancho y mucha zalamería; la Catedral, sin embargo, merece una visita detenida, y desde la Ciudadela se descubren hermosas vistas. El sitio más pintoresco de Bayona es, no obstante, el puente Mayou; el puerto cuajado de velas y vapores, la confluncia del Nive y del Adour con el reducto que la defiende, la calle del Pont-Mayou con el *carrefour* de los Cinco Cantones, la *Petite Bayonne*, la plaza Grammont con el edificio de la sub-prefectura y el teatro, las *allées marines* perdiéndose en el horizonte al otro lado de la plaza de Armas y de la puerta marina; todo esto, formando un magnífico conjunto, se divisa panorámicamente desde el puente Mayou; es lo mejor, y estoy por decir, hablando en *tourist*, que es lo único bueno de Bayona.

—Severo me parece V. en sus juicios.

—¡Oh, no! Justo, y nada más; y hasta un poco indulgente. *Suum cuique* es mi divisa.



BACO Y ARIADNA, grupo por Juan Schilling

—¿Y de Pau, qué me cuenta V.?

—¡Oh! Aquello es otra cosa. La vista que de la cordillera pirenaica se disfruta desde la Plaza Real, los hoteles de Francia y Gassion, ó el *château* de Enrique IV es de lo más bello que puede imaginarse. El *château* merece una visita; como arquitectura, en el estilo del Renacimiento, no vale gran cosa, pero encierra excelentes tapices de los Gobelinos y flamencos, buenos artesonados, ricas sillerías, una escalera magnífica con bóvedas artesonadas cuya decoración varia á cada tramo, y varias curiosidades entre las que merecen especial mención la famosa coraza de tortuga que sirvió de cuna al Bearnés y varios techos ricamente esculpidos. Las iglesias valen poco. La *Basse-Plante* es un paseo delicioso. Pero lo mejor de Pau es indudablemente la terraza de la Plaza Real, enlazada por un puente con la Basse-Plante, por la situación admirable que ocupa; siguiendo esta terraza del uno al otro extremo tiene V. los dos grandes hoteles de Francia y Gassion, este último verdaderamente monumental; la Plaza Real, cerrada por hermosas construcciones á uno y otro lado, con el teatro, de mármol blanco, en el fondo, y la estatua de Enrique IV en el centro; y en fin, tocando con el hotel Gassion, el histórico *château* del popular monarca, dominado por su característico torreón cuadrangular; enfrente, hacia el horizonte, desarrollan los Pirineos sus imponentes masas empujadas por la distancia, y entre ellos y la terraza, se descubren primorosos paisajes, el río con sus puentes, las *villas* y los *chalets* con sus parques y arbolados, la vía con sus trenes, los pueblecitos del contorno con sus casas agrupadas, todo destacándose sobre un fondo verde de variados matices. Le digo á V. que aquello es precioso.

—Pues me alegro de todas veras de contar á Pau en mi itinerario. ¿Y Lourdes? ¿Qué le parece á V.?

—¡Oh! Prescindiendo de su mérito bajo el punto de vista religioso, le diré que la vista general de la población y su campaña es admirable. La basílica, de gusto pseudogótico, está literalmente cuajada de estandartes y exvotos, y posee una capilla subterránea de estilo románico de muy buen efecto. La gruta no ofrece gran cosa de particular; pero lo que le gustará á V. es el agua que de ella brota, clara, fresca y riquísima, la mejor que en mi vida he bebido; y lo que le asombrará verdaderamente es el número prodigioso de tiendas que hallará V. por todas partes consagradas exclusivamente á la venta de rosarios, estampas, medallas y otros objetos piadosos; puede decirse que Lourdes no vive de otra cosa; calles enteras se dedican á ese comercio.

—Parece mentira.
—Pues nada hay más exacto. Pero creo que entramos en la estación de Tolosa; con permiso de V. voy á saludar á un amigo que me estará esperando.

—Es V. muy dueño.
—¡Adios, pues, y buen viaje!
—¡Adios, y servidor de V.!

FERNANDO ARAUJO

(Concluirá)

SANTIAGO DE PEÑALVA

El Vierzó ó Bierzo—como por razon de su etimología debiera más bien escribirse—es la pequeña comarca, de unas cien leguas cuadradas, que forma el primero de los valles del Sil y circuyen en las sierras de Ancares, Omaña y

Cebro, tramos de la Cordillera Cantábrica, al N. y al O.; las montañas de Leon, con la sierra de Jistredo, al E.; y la Cabrera y los montes de Aguiar, al S. Húmeda, fresca, pero sin descender por lo comun bajo cero; perpetuamente verde, ni por su situación, ni por su clima, ni por la raza, ni por las costumbres, ni por ninguna condición real, en suma, pertenece á la seca tierra castellana, de la cual se halla mejor defendida que de Galicia. Por esto, si no conviene volver á la organización que por breve tiempo tuvo esta bella comarca hacia el primer tercio del siglo, en que constituyó una provincia aparte (uniéndole sin razon suficiente otros territorios limítrofes); y si en el carácter y usos de los berceanos se halla todavía cierto dejo leonés, parece indiscutible que en ellos, y más todavía en la topografía de la region, predomina de tal suerte la afinidad con Galicia, que debe conceptuarse error el decreto administrativo, por cuya virtud se halla incorporada á la provincia de Leon, constituyendo extraño maridaje con el grave, seco, y un tanto bravío habitante de la no ménos grave, seca y bravía tierra de Campos.

Dejando á un lado los mil atractivos que esta encantadora region ofrece al viajero, por sus admirables paisajes, las comodidades de su clima y relativa suavidad de sus moradores, así como las muchas cosas de interés que brinda á los curiosos, me limitaré aquí á describir sucintamente uno de los más importantes monumentos arqueológicos que encierra.

En este respecto, es verdad que la provincia de Leon tiene un valor extremado. El influjo arábigo-cordobés sobre elementos latinos y bizantinos tiene aquí ejemplares tales como San Miguel de Escalada y Peñalva; el románico, ora en sus albores, ora en su gradual evolución hacia

el arte ojival, en San Isidoro, Caracacedo, Sahagun, San Pedro de las Dueñas, Sandoval, Gradefes; el esplendor del gótico francés en la maravillosa Catedral leonesa y en Villafraña, San Marcos, Astorga y otros centros, notables ejemplares del gótico florido, del Renacimiento y del plateresco.

En el primer grupo, he nombrado á la abadía de Peñalba, interesantísimo monumento del Vierzo, como que corresponde á un arte cuyos vestigios apenas comienzan hoy á cesar, siendo todavía desconocidos muchos de ellos: testigo, la iglesia de Lebeña, una de nuestras más grandes joyas arqueológicas, bien puede llamarse verdadera revelación de estos últimos años (1).

Santiago de Peñalba fué edificado por el obispo Salomon hácia la mitad del siglo X y con el piadoso intento de conservar allí los restos de San Genadio y San Urbano, que uná centurias antes habían hecho vida penitente no lejos de aquel sitio—en la cueva llamada del Silencio.—Ante toda la situación del templo es admirable. Bien se llegue á él desde Bouzas, bien desde San Cristóbal, bien desde San Estébar, el paisaje es de primer orden, dentro del género propio de la region berciana: valles riñosos y estrechísimos, montañas de rápida pendiente, copioso arbolado, y una abundancia de cascadas y arroyos sin igual en otras comarcas semejantes de Asturias, Santander y Galicia y que mantiene en la vegetación indescriptible frescura.

En cuanto al templo, constituye con los ya citados de Lebeña, San Miguel de Escalada y quizá (2) San Juan de Baños, una de esas importantísimas construcciones en que los recuerdos clásicos se combinan con el influjo de la arquitectura árabe del califato, llevado por los monjes de Córdoba. En el siglo XII, sin embargo, ha sido objeto de una restauración; pero la obra románica no parece haber alterado la estructura fundamental del edificio, ni los principales elementos que le dan su característica fisonomía. Otras construcciones posteriores y sin importancia adosadas á sus muros, incluyendo en ellas la torre, desfigurán su exterior, en cambio; mas por su propia insignificancia tampoco han podido causarle gran daño.

En el exterior, llaman desde luego la atención la combinación de sus cuatro cuerpos de diversa altura, semejantes á las demás iglesias de este tiempo; los espléndidos canes, casi idénticos á algunos de San Miguel de Escalada y más todavía á los de Lebeña; y unas pequeñas gárgolas, que, á ser, como parecen, del siglo X, presentarían un interés difícil de desconocer, pues no suelen encontrarse en este tiempo. La distinta altura de los dos cuerpos que terminan el templo y envuelven los dos ábsides del E. y el O., depende de la reforma que este último ha sufrido, al levantar su cubierta sobre una carpintería, mientras que el lado oriental conserva el simple trasdós de la bóveda.

(1) Situada á la orilla del Deva y casi en el magnífico camino de Unquera á Potes (Santander), la importancia de este templo ha pasado inadvertida mucho tiempo á nuestros arqueólogos; en el verano de 1880, el profesor de la *Institución libre de Enseñanza*, que pasó por este sitio, dirigiendo una excursión de alumnos de este centro, visitó el templo y quedó sorprendido de su importancia, llamando sobre ella la atención de sus compañeros, uno de los cuales, el Sr. Torres Campos, ha ido expresamente este verano á estudiarlo y se prepara á dar á conocer el resultado de sus investigaciones.

(2) En el caso de que—según opinan algunos—la actual iglesia no sea la de Revesvinto, sino en gran parte una reedificación del X.



LA MÚSICA EN EL CONVENTO, cuadro por E. Grutzner

La planta (3) es sumamente importante. La constituyen un rectángulo, orientado en la dirección E.-O. y cada uno de cuyos lados menores tiene inscrito un ábside, que no se acusa por tanto al exterior, y un cruceiro hácia el extremo E., como de costumbre, cuyos brazos son algo mayores que el espacio que entre aquellos ábsides queda libre. Los cobertizos modernos que rodean el edificio por sus lados mayores ocultan dichos brazos, por tener casi el mismo vuelo que ellos.

La planta de los dos ábsides es de herradura; su situación, uno al E. y otro al O., como ya se ha dicho, muy extraña; sus dimensiones, idénticas; y están cubiertos por bóvedas agallonadas con aristas, en la cual, como en la forma de la planta, recuerdan los ábsides de San Miguel de Escalada. El del E. es sin duda el principal, por más que hoy en ambos haya altares. Lo muestran así, no sólo su orientación, sino la circunstancia de tener delante y en el cruceiro la especie de cúpula de que hablaré más tarde. El ábside de Poniente contiene los sepulcros de San Genadio y San Urbano, el primero de los cuales está cubierto con una losa longitudinalmente dividida en dos vertientes por una arista poco pronunciada.

Por último, los arcos de triunfo ó de ingreso á los ábsides son también de herradura y se apoyan sobre dos columnas exentas, coronadas por capiteles latinos con abacos dobles ó aun triples, que recuerdan los bizantinos, v. g. de Ravena. Igual forma y soportes tienen los arcos todos de este templo, variando sus dimensiones tan sólo.

Los brazos del cruceiro, como en Santa Cristina de Lena (aunque esta es de planta de cruz griega), en Valdedios, en Priesca, en Santullano, etc., están formados por dos bóvedas de cañon recto, cuyos ejes son normales al de la nave, á fin de contrarrestar sus empujes; cada una de ellas comunica con esta sólo por una pequeña puerta adintelada con su correspondiente arco de descarga, estructura también usual en los templos asturianos citados.

La nave tiene, próximamente 17' por 53 y se halla di-

tangular, con su arco de descarga y una inscripción de 1132, relativa al abad Estéban. Por fuera, hay adosado á este mismo muro un sepulcro, que podría ser del XI.

El segundo tramo de la nave es cuadrado é importantísimo. Sube á gran altura y forma una especie de cúpula, cuya bóveda, agallonada como la de los ábsides, pasa de su planta á la cuadrada de la parte inferior, en que descansa, no por medio de pechinas, sino de ángulos, disimulando luego la arista cóncava que resulta, con una suave transición de sentimiento y una especie de arquivolta. Sólo esta cúpula bastaría á dar á Peñalba uno de los primeros lugares en la historia de nuestra arquitectura, para la cual constituye un dato precioso.

Por último, las ventanas son pequeñas y rectangulares: sin embargo, en el dintel superior de alguna se advierte la forma de herradura; también debe citarse la losa perforada, hoy ciega, que se ve en el muro exterior del ábside de Poniente.

No concluiré, sin indicar que en esta iglesia quedaban todavía en el último verano una preciosa é intaca cruz procesional de plata grabada, del XV y estilo flamenco, de las más hermosas que he visto (á cuyo varal por cierto, sirve de peana—como es muy frecuente—un capitel latino) y una naveta de cobre esmaltado, tal vez de principios del XII, ya maltratada. ¿Estarán allí todavía? La comisión provincial de monumentos ya está advertida.

Como puede colegirse de estos ligerísimos apuntes, la abadía de Peñalba interesa de un modo fundamental para la historia de nuestra arquitectura, tan desconocida en realidad á pesar de la maravillosa constancia con que á propósito de ella se vienen repitiendo vulgaridades y lugares comunes que excusan de más severos estudios. Especialmente, para la transformación de la arquitectura clásica en la románica, Peñalba constituye un dato tan importante, cuanto que en ella elementos latinos (v. g. los capiteles), bizantinos, como el cruceiro y la cúpula, árabes, como las herraduras y las bóvedas agallonadas, se enlazan y dan lugar á un conjunto, que cada día adquiere más valor. Los canes y las gárgolas son también interesantísimos.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III

← BARCELONA 18 DE AGOSTO DE 1884 →

NÚM. 138



DESDE EL PALCO, dibujo por Llovera.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—CROMOS DE VIAJE (*Conclusion*), por don Fernando Araujo.—LOS TRES ÚLTIMOS DÍAS DEL MARQUÉS DE AYAMONTE (*Conclusion*), por don Pedro de Madrazo.—RAÍSPODAS Ó ARTISTAS, por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS: DESDE EL PALCO, dibujo por Llovera.—EL MATRIMONIO CIVIL, cuadro por Benjamin Vautier.—COSTUMBRES ROMANAS, cuadro por G. Schini.—MARCO ANTONIO CONTEMPLANDO EL CADÁVER DE CÉSAR.—LA TABERNA, cuadro por J. Ostade.

NUESTROS GRABADOS

DESDE EL PALCO, dibujo por Llovera

El teatro es el campo de batalla donde esgrimen sus mejores armas las mujeres de buen tono. Decía Camprodon, con una falta de galantería indisculpable en un autor de tan buena sociedad, que la mujer es *animal nocturno*, y aunque esto escribió á propósito de un baile, nosotros creemos que el teatro es aún mucho más favorable para la dama ávida de conquistas. En el baile concurren muchas circunstancias que pueden determinar un Waterloo; en el teatro todo contribuye á un Arcola ó á un Austerlitz. En el baile es visible y hasta tangible el afeite y el postizo; al paso que en el teatro todo contribuye á la buena perspectiva, la distancia, la luz, las pinturas, hasta las mismas mujeres que consideradas colectivamente contribuyen al buen efecto individual, como en un jardín áun las flores más vulgares contribuyen al distinguido aspecto de la páldra rosa y té de la encendida camelia.

Mi amigo Llovera entiende de achaques femeninos; su constante preocupación es presentar á la mujer en las mejores condiciones presentables (gusto que nlabo) y dentro de este sistema ha producido á la dama de nuestro grabado, que es bella, sí señoras, muy bella, y está en actitud de lanzar una flecha. (Los gemelos, en el teatro, son un carcaj que el niño Cupido se encarga de proveer y que casi siempre dan en el tendón de Aquiles.) Llovera lo entiende... ¡Y tanto como lo entiende!..

EL MATRIMONIO CIVIL, cuadro por Benjamin Vautier

Es un gran día el día de la boda. Un escritor ha dicho que en él se sacaba *ánima*.

No es extraño, por consiguiente, que cuando tanto ha suspirado el alma por el entrevisto paraíso, acuda gozosa á la antecala de esa oficina en donde se expiden pasaportes para el cielo.

Esa oficina es la del Juzgado municipal. Allí acuden los novios, nada difíciles de reconocer. La novia es la más apuesta y hermosa de las mujeres del cuadro: una pequeña nube oscurece su semblante. A punto de emprender un viaje largo, muy largo generalmente, y accidentado, es natural que el corazón lata con alguna violencia. El novio se muestra más confiado: al fin y al cabo es hombre, y los hombres están más acostumbrados á darsañ los peligros.

¿Y porqué no han de hallar esos jóvenes prometidos la suspirada felicidad en el matrimonio que están á punto de contraer? ¿Porque son pobres acaso?... ¡Cuántas y cuántas cabañas colujan mayor suma de dicitas que los artesanos techos de los palacios señoriales!. Donde hay juventud, cariño mutuo y amor al trabajo, existen cuantos elementos pueden engendrar la felicidad verdadera.

Nuestros novios, después que hayan cumplido con la ley en el juzgado y con el ritual en la iglesia, partirán para su hogar, una casita muy limpia, situada en uno de esos hermosos prados alcañinos, en los cuales Dios se complace en bendecir el trabajo del Labrador. Allí vivirán la vida tranquila del campo, y cuando el cielo les depara un lijo y este llegue á la edad de comprender á sus padres, le enseñarán á dirigir la uirada del lado de Francia y á pronunciar estas sencillas palabras:

—¡Patria mía!. ¿Cuándo rescatarás á tus hijos?..

COSTUMBRES ROMANAS, cuadro por G. Schini

Las escenas de costumbres de la antigüedad romana se prestan notablemente para reproducidas por artistas de talento. La arquitectura suntuosa y típica de los edificios, la ornamentación y sobre todo los trajes en los cuales aparece el desnudo ó voluntad del pintor ó se oculta tras los majestuosos pliegues de la toga, del manto ó del velo, son elementos que se utilizan felizmente por cuando se sienten con alientos para acometer obras de empeño.

El cuadro que publicamos en este número da idea de una de esas escenas, de simple recreación de los sentidos, á que tan propensos fueron aquellos hombres, cuyos antepasados habían dado altos ejemplos de civismo y amor á la honestidad del hogar. El dueño de la casa y sus huéspedes, sin duda después de haberse entregado á los placeres de la mesa, contemplan la no muy inocente danza de una esclava y escuchan la extraña música de algunos raros y no muy dulces instrumentos. En estos y otros análogos pasatiempos transcurrían las horas para los patricios de la decadente Roma; y mientras tanto se aproximaban á sus puertas aquellos terribles hunos, aquellos sanguinarios vándalos, aquellos incontrastables visigodos,

que bajo los cascos de sus caballos trituraron las imágenes de los dioses y las estatuas de los emperadores.

Marco Antonio contemplando el cadáver de César

Este cuadro recuerda involuntariamente aquel admirable lienzo de Delarouché, joya del museo de Nimes, *Cromwell contemplantado el cadáver de Carlos Estuardo*. Únicamente varía la expresión que anima al vivo en presencia del muerto. En el asunto inglés, Oliverio Cromwell es el tipo del enemigo fanático que contempla á su abatido contrario, mientras que en el asunto romano es el amigo que se dispone á pronunciar la oración fúnebre de la ilustre víctima.

Con efecto, Marco Antonio, admirador y decidido partidario de la política del gran Julio, no sólo fué el encargado de ensalzar sus glorias con ocasión de los funerales que se celebraron suntuosamente en honor del agosto asesinado, sino que empleó todo su prestigio y el poder que le confería su grado superior en el ejército, para perseguir mientras pudo á los asesinos de aquél.

Más tarde y de acuerdo con Octavio y Lépido impusieron al mundo romano el yugo de aquel célebre triunvirato, que había de traer forzosamente el imperio de Augusto, bien así como diez y ocho siglos más tarde el Directorio francés, especie de triunvirato, había de traer y trajo precisamente el imperio de Napoleón.

LA TABERNA, cuadro por J. Ostade

En materia de bebedores, y aparte el cuadro de *los borrachos*, de nuestro inmortal Velazquez, hay que reconocer la primacía de los pintores holandeses del siglo XVII. Sin duda la taberna debió ser establecimiento muy frecuentado por aquellos tiempos, pues ello es que existen infinitos cuadros de la época describiéndonos escenas típicas de semejantes establecimientos.

Rememorado autor en este género es Ostade, á quien se debe el cuadro que en este número reproducimos, valioso discípulo de Hals y cuya escuela, asuntos y manera de ejecutarlos, recuerdan al célebre Teniers, aun cuando quizás no alcance á este, sobre todo en la intención picaresca de sus obras.

La que hoy publicamos es notable por el buen dibujo y feliz expresión de sus personajes, exclusivamente preocupados de su tarea de beber y fumar, en lo cual parecen ser aguerridos veteranos.

Este ramo de la escuela holandesa ha tenido pocos imitadores, en lo cual nada, ó muy poco, ha perdido el arte, por más que sus asuntos nos hayan dejado apreciables cuadros. Pero la misión de la pintura es algo más elevada; el genio necesita más extensas y más puras atmósferas á que tender el vuelo. Velazquez demostró que sabía pintar borrachos mejor que nadie; pero á su poderoso talento no se ocultó que esas cosas basta probarlas una vez sola.

CROMOS DE VIAJE

(D'après nature)

(Conclusion)

IX

El amor en gran velocidad

—¡Qué diferencia de estos campos, siempre verdes, de este terreno tan pintoresco y accidentado á las inmensas llanuras secas, amarillentas y requemadas de Castilla! Qué precioso es todo esto! No se cansan los ojos de admirarlo.

—Tienes razón; todo esto es preciosísimo; pero mira esta niña que acaba de subir. ¿No es más preciosa que todo eso? ¡Qué ojos más charlatanes! ¡Qué boca más seductora! Y sobre todo... ¡qué garganta más divina! ¿De dónde es V., hermosa, aunque sea mal preguntado?

—De Burgos, pa servir á V.

—¡Ay! Algo bueno daríay por serviría aunque sólo fuera de cobata. Yo creía que en Burgos no había más cosa buena que la Catedral; pero veo que se crían diosas...

—¡Ja! ¡Ja! No suba V. tanto, hombre, que se va usté á caer.

—¡Con tal de que cayera en sus brazos, por bien empleada diera la caída, aunque fuera de las nubes... Pero ¿cómo es su gracia, reina?

—Dolores, pa servir á V.

—¡Dolores!. ¡Ay! Y que no son chicos los que yo estoy pasando.

—¡Qué exageraciones! Todos Vds. son iguales.

—¡Exageraciones!. Pero, hija, si se me va haciendo la boca agua, y siento unos retortijones y me pega unos saltos el corazón...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!.

—¿Se rie V.?

—¡Pues no me he de reir?

—Pues hace V. mal, muy mal, porque reirse del prójimo no es lo que Dios manda. Estoy pasando la pena negra desde que V. ha subido; deme V. esa mano, Dolores... ¿démela V... ¡qué mano más bonita!. Póngala V. aquí, en mi corazón... ¿no sienta V.?

—No, señor, no siento nada.

—¿Que no?.. Pero si parece que tengo ahí dentro una corrida de toros...

—Pero suélteme V. la mano.

—¿Démela V., Dolores; es el único consuelo que me queda... ¡Parece de manteca y rosas!.. Si V. me quisiera un poquito... nada más que un poquito, Dolores...

—Pues no le he entrado á V. poco fuerte... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —Pero ¡qué rebonita está V. cuando se rie! Se le hacen á V. unos hoyitos... ¡Ay! Estar acurrucado en uno de ellos debe ser como estar en la gloria... Pero ¿y la garganta? La garganta sobre todo... tengo envidia de ese collar.

—¡Estése V. quieto!

—Pero si es imposible, hija; V. no sabe lo que por mí pasa. Es una cosa... Mire V., quisiera evaporarme y desco parecer por detrás de esa corbata tan bien puesta.

—¡Jesus, qué ocurrencia! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—Pero ¿qué V. un poco, Dolorcitas, nada más que un poquitin... no sea V. tan esquivia.

—¡Pues qué! ¿Todavía no está V. contento?

—¡Contento yo!. Pero hija, si todavía no ha salido de esos labios de rosa ni una palabra de consuelo. Dígame usted que me quiere... nada más que tanto así... y soy el más feliz de los hombres.

—Si en tan poco consiste... le daré á V. gusto.

—¡La comia á V. á besos!. Me vuelvo loco de placer. ¿Con que es verdad? ¿Con que V. me quiere?

—Ya lo oye V. Pero poquito á poco; las manos quedas...

—Pero si no puedo, no puedo... Estallo de contento. ¡Oh! En el primer túnel que venga hemos de sellar nuestro pacto de amor con un beso. ¿No es verdad, Dolores? ¡Oh! no me niegues esa gracia...

—Es mucho correr.

—¿No ves que el amor tiene alas? ¡Oh, sí, sí! No me negarás ese consuelo supremo. Lo leo en tus ojos, Dolores... lo que es ahora no me cambiará por un rey. ¡Cuánto tarda el túnel! El alma entera te voy á entregar, vida mía. Pero ¿qué es esto? ¡Una estación! ¿Para qué habrá estaciones ahora? Como paremos mucho me consumo.

—No para más que dos minutos.

—Pero ¿dónde vas, Dolores?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Adios y buen viaje; este es el pueblo á donde voy.

—¿Cómo! ¿Me dejas? ¡Imposible!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!. Vaya, diviértete mucho, y que no le den á V. tan fuertes.

X

En la Concha de San Sebastian

—Mira, mira las de Cifuentes. ¡Qué lujo, hija! Yo no sé cómo se las arreglan ciertas personas; ya ves que su padre no tiene más que ocho mil reales... y que es el único que lo gana en la casa... y sin embargo, ahí tienes á las dos hijas de sombrero, y tan empaquetadas como si fueran unas marraquetas... A mí no me digan... ¡aqui hay gato encerrado!. Y mira los orgullosos... nos ven y ni siquiera nos saludan.

—¡Ni falta que hace! Vayan benditas de Dios! Estoy segura de que todo lo que llevan encima lo están debiendo. No quiero trato con tramposos.

**

—¡Adios, D. Gorgonio! ¿Qué está V. mirando con tanta atención?

—Pues, hombre, ¡nada! un capricho. ¿Se acuerda V. de Merceditas, la de Rodríguez?

—¡Ya lo creo!

—¿Se ha fijado V. en que de un año á esta parte se le ha ido desarrollando el *carraje* hasta el punto de llamar la atención por lo opulento?

—¡Hombre, sí! Es verdad. Ahora recuerdo que, en efecto, hace un año parecía poco desarrollada y ahora...

—Pues bien; Merceditas ha entrado en esa caseta de enfrente, la señalada con el número 37, y va á salir de un momento á otro.

—¡Ah, vamos! Ya comprendo á V...

—¡Es claro, hombre! Quiero ver si ese desarrollo es natural ó si es debido á los postizos... Nada me importa; pero ¡psch! algo se ha de hacer para matar el tiempo.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! El bueno de D. Gorgonio... Vaya, pues allí la tiene V.

—¿No lo decía yo?... Si no podía ser menos... Eso no era natural.

**

—Diga V. bañera, ¿estará ahí muy hondo?

—¡Cá, no señora! No tenga V. cuidado.

—Pues he oído decir que todos los años hay ahogados.

—Ser mentira, señora; entrando con bañeras buenos no ahogarse nadie.

—¿Y estará fría el agua?

—El agua del mar no está frío, señora; ser agua templado.

—Vaya, pues vamos allí; pero tengo un miedo... no me soltará V. ¿eh?

—¿Yo soltaré á la señora? Pierda cuidado.

—¡Qué fuerza traen las olas! Parece que está hoy alborotado el mar, ¿verdad?

—¡Cá, no señora! La mar está sereno; muy bueno el agua.

—Pues si hacen una espuma... ¡Ay que me mojo! Cómo corre la ola... Parece mentira... ¡aj, aj, aj!

—Salte V., señora; cuando venir olas altas, dar un brinco buena.
 —Ya, voy aprendiendo. Al principio se siente frío, pero luego da gusto. ¡Cómo chillan esos chiquillos! ¡Qué gritos dan aquellas mujeres!
 —¡Una ola buena! ¡Salte V., señora! Estar una mañana hernoso.

—¿Y perdiste mucho?
 —¡Psch! Unos treinta mil duros, según dicen.
 —Pues á pocos golpes como ese...
 —Figúrate! Creo que nada puede salvarle de la ruina como no sea un golpe de fortuna...
 —¿Y la boda?
 —Pues ahí está el busilis... Lo uno sin lo otro es imposible.
 —¡Pobre Pepe!

**

—Que está aquí, Fernando, no te quepa duda.
 —Pero si es imposible, querida.
 —Te digo que la he visto yo misma, no hace media hora.
 —¿Y qué hacemos?
 —Echársenos; á ella la deben haber dicho algo y viene en tu busca.
 —Pero si ella no sabe que yo estoy aquí; me cree en Baden ó en Spa... ¿Qué tal cara tenía?
 —¡Ba al parecer muy contenta, riendo como una loca.
 —¿Y con quién iba?
 —Con Paco Rosales, si no me equivoco.
 —¡Maldición!
 —Pero ¿qué tienes, Fernando?
 —¡Vamos! Vámonos de aquí inmediatamente... ¡Castigo de Dios!; ¡Castigo de Dios!

**

—Calle V., señora, si cada vez que me acuerdo... Yo, claro, me agarré á la cuerda y me estuve muy quietecita... es mejor ir á la cuerda que entrar con bañera, porque se da una ó la baño más á gusto, y está como quiere y donde quiere... Pues bien, como le digo á V., estaba yo tan quietecita, cuando voy y qué se me ocurre... ¡Cá! si cada vez que me acuerdo... Pues, hija, se me ocurrió alzar los pies y recolgame de la cuerda... ¡Nunca lo hubiera hecho! Más pronto fué el alzar los pies que irme para arriba como una exhalación. ¡Vaya un susto que me llevé! Pero y luego, señora... ¡Nada! Por más fuerzas que hacía no era para bajarlos; gracias á que había cerca otra señora, y la dije que hiciera el favor de bajarme los pies, que si no... allí me quedo haciendo gimnasia hasta Dios sabe cuándo. Le digo á V. que cada vez que me acuerdo...

XI

Los billetes de recreo

—¡Los billetes, señores!
 —Tenga V.
 —Tenga V.
 —¡Eh! ¡Pascuala!... Despierta, mujer, que está aquí el de los billetes. ¡Cá! Si cuando lo coges... tiene un sueño... ¿No es, Pascuala? Vamos, saca los billetes, que está esperando este señor.
 —¡Vamos! ¡vivo, vivo! que tengo prisa.
 —Tenga V. el mio y el de esta. ¡Ay, hija! Siempre le ha de suceder á una esto; cuando está una en lo mejor del sueño le han de venir á fastidiar con estas pampulinas.
 —Estos billetes son nulos, señora.
 —¿Cómo?
 —Que son nulos, que no sirven para nada.
 —¿Cómo que?
 —Lo que yo oye; lo mismo es esto que ese pedazo de papel que está tirado ahí en el suelo.
 —Pero, señor, si me los han *dao* ahí en Vitoria, en la estación.
 —Sí, señora, sí; pero no sirven para nada. Tiene V. que pagar un suplemento.
 —¿Yo pagar? Pero ¿qué santo, señor? Si lo he *pagao* ya, yo misma; si señor, que ahí estará mi firma y la de esta, que aunque mala letra, todavía se *pué* leer.
 —Pues no hay más remedio.
 —Pero ¿por qué? ¿Por qué ha de ser eso, señor? ¿Es esto ley de Dios?
 —Lea V. ahí, señora. ¿Qué dice?
 —Espere V., que saque los anteojos... A ver, estoy sofocada... ¡No será vilido este billete si no está sellado por la estación de salida, siendo obligación de su portador presentarlo al despacho de billetes para llenar este requisito...
 —¿Comprende V. ahora? Como V. no ha presentado estos billetes al sello no son válidos y por consiguiente tiene V. que pagar...
 —Pero, señor ¿y yo qué culpa tengo? Si yo no lo sabía...
 —Lo siento mucho; pero no puedo menos de obrar así; tienen Vds. que pagar un suplemento de billetes sencillos de San Sebastián á Vitoria que les cuesta 58 reales y medio.
 —¡Cincuenta y ocho reales y medio!... ¡Esto es una enga-

ñifa. ¡Pa qué dicen luego que son billetes de recreo? Si los he *pagao* ya; si yo no sabía...
 —¡Engañifa y bien engañifa!
 —No se sofocuen Vds., señoras, porque nada adelantan con eso. Yo lo siento mucho, pero no puedo menos de cumplir con mi deber.
 —Pero ¿y no ha de haber algún remedio? ¿No se podían mandar los billetes á San Sebastián *pa* que les pusieran el sello?
 —Ya no hay remedio ninguno, señora; no hay más camino que pagar los 58 reales y medio. Ténganlos Vds. preparados, que luego volveré con el suplemento... ¡Eh! ¡Buen hombre!... ¡Arríbal! Haga V. el favor de darme el billete. ¿Cómo se llama V.
 —Bonifacio Sanchez, *pa* servir á V.?
 —¡Muchas gracias! Vamos, deme V. el billete.
 —¡Tenga V.!. ¡Qué bruto! Y yo que no me acordaba...
 —¿Qué dice V.?
 —¡Nada! nada!... Que estaba medio soñando, y le he dicho á V. una barbaridad, porque yo no me llamo Bonifacio Sanchez, sino Ramon Rodriguez. Ahí está puesto en el billete.
 —¿Sí, eh? En efecto, aquí esta puesto el nombre de Ramon Rodriguez; pero como no es V. Ramon Rodriguez...
 —Sí, señor. Yo soy yo. ¡Pues no faltaba más!
 —Buena, ya veremos si V. es V. ¿Tiene V. la cédula personal?
 —No señor; es decir, sí, señor; no la tengo aquí, pero la tengo en casa.
 —¿Allí se puede estar. ¿Sabe V. escribir?
 —Pues así, así, un *poquito*. Pero ¿á qué viene tanta pregunta?
 —Ahora mismo lo sabrá V., porque entramos en una estación; venga V. conmigo.
 —Pero ¿á dónde me lleva V.?
 —Ahora se lo diré. Vamos, aprisa que tenemos poco tiempo. Siéntese V. ahí y escriba en ese papel su nombre. Cuidado con el pulso que parece que le tiembla á V. ¿Es usted de la provincia de Avila?
 —¡Cá, no señor, soy de la de Madrid.
 —Veamos la firma. ¡Hola, hola! ¿En qué quedamos?
 ¿Con que al fin confiesa V. que se llama Bonifacio Sanchez?
 —Pero he puesto eso? Si le digo á V. que estoy aturdido... ¡Vamos! Estaba de Dios, no *pué* ser menos. ¿Pa qué me faría yo de mi primo?
 —Primito tenemos? V. sí que lo va á ser.
 —Mire V., señor, le voy á *dirir* á V. la *verdad*: ¡*pa* qué andar con *tilinitas*? Pues sabrá V...
 —No necesito saber nada... Me paga ahora 276 reales y medio, que es el duplo del billete sencillito.
 —¿Cómo? ¿cómo? Pero V. me *quité* dejar sin camisa; ¿276 reales!... ¡Qué barbaridad! ¿y dónde tengo yo tanto dinero? Pero oiga V., señor, mire V... si yo no tengo la culpa... si fué mi primo... Yo le diré á V...
 —No necesito saber nada... Ese billete no es de V...
 —No, no señor, es de mi primo Ramon; verá V., señor; él y yo estábamos sirviendo en Madrid...
 —Si no me importa nada de eso...
 —Pero, señor, si soy un pobre... no sea V. malo *pa* conmigo. ¿Qué daño le he hecho yo á V.? Verá V. como ha sido esto, señor; mi año salió *pa* San Sebastian á últimos de junio y me llevé con él; y mi primo llegó quince días despues con la señora.
 —¿Y qué tengo yo que ver con todo eso?
 —Escuche V., señor, yo le diré á V. Mi amo se quiso marchar muy léjos, *pa* Suiza ó no sé dónde y me dió *pa* que me volviese á Madrid, porque decía que no le hacía falta; y mi primo que tenía ese billete me empezó á enzarzar con que se lo comprase, que él se iba á servir *pa* Francia y que qué sé yo; en fin que yo me dejé embobar y se lo compré por dos duros. Y *vale* V.!
 —Sí, sí; ya veo que Vds. se propusieron pegársela á la Compañía... pero les ha salido mal la cuenta... Vaya V. añejando la bolsa, y apronte V. los 276 reales y medio.
 —Pero esto es *pa* tirarse de los pelos.
 —Tírese V. si gusta. Por mí... aunque V. se quede calvo.

Salamanca

FERNANDO ARAUJO

LOS TRES ÚLTIMOS DÍAS

DEL MARQUÉS DE AYAMONTE

(Conclusion)

La boda de Felipe IV con Doña Mariana de Austria, concertada desde la primavera del año 47, acaba de publicarse en la corte: el embajador de Alemania ha recibido orden del emperador Fernando III de hacer pública y solemne manifestacion de lo grato que le es este nuevo vínculo con la corona de España. Con este motivo habrá en Palacio magnífica recepcion, y luego ostentoso banquete... La nueva reina de España, niña de 14 años, aún no ha venido de su tierra: trae en dote á Felipe IV cien mil escudos de oro, y recibe de él en arras otros cien mil, y cincuenta mil en joyas. Ya partió de Madrid para Viena el primogénito de Castel-Rodrigo conduciendo la joya tradicional, que vale ochenta mil ducados... El rey se ha vestido de gala, de tafetan negro acuchillado y adornado de tafetan cabellado oscuro; el Palacio está

preparado tambien como de gala, dispuestos los doscelos y las camas; éstas de lo más rico que se vió jamás. La cama de respeto del rey, en la pieza donde da audiencia, está cubierta de lamas de plata, y la colgadura es de tela de nácar. Á las seis de la mañana estaba ya el monarca vestido, y por el Buen Retiro pasó á orar á Atocha: volvió á las siete, y asistió en la Real Capilla hasta las doce al jubileo de las Cuarenta horas... Ya entra en su cuarto D. Luis de Haro con el marqués del Carpio, acompañando al embajador... Luciférsimo viene el tudesco, vestido á la española, cuajado de diamantes y con el toison al cuello. —Acaba de besar la mano al rey, y otro tanto hacen treinta grandes que se presentan despues, los cuales están convidados para asistir á la comida. Grandes unos, pequeños otros, éstos gordos, flacos aquellos, pero todos de calidad, deslumbran con los diamantes y las cadenas, y los acuchillados y forros, ya blancos, ya encarnados, ya verdes, ya azules y de otros colores... Hé ahí al duque de Fernandina, con dos cuellos en la ropilla y dos en el ferretuelo; más allá el Almirante y el de Luminares, y el marqués de Liche, luciendo entre los tres más de diez mil diamantes. El conde de Medellin, el de Luna y el de Béjar y sus tres hijos, traen sobre sí más de dos mil cadenas y otras joyas. El marqués de Leganés luce, por ser pobre, unas dos mil flores de blanco y pardo, y botones y cadenas de plata; el de Aguilar trae un vestido á la antigua, tan cuajado de oro, que no pueden dos hombres levantarlo del suelo. El duque de Osuna, con ser tan poderoso, vestido todo de negro, solo se ha puesto un cintillo de diamantes; pero ¡qué cintillo! Es como un cacho de luna que oscurece todas las estrellas... Todos pasan rápidos; pero otro pelotón viene detrás: el de Veraguas, vestido de tela plateada y parda que le trajeron de sus estados; el de Alburquerque, de azul con mucha plata; el de Gandía, de pardo; el de Villahermosa, de negro con alamares bordados de acero, prueba notoria del buen gusto y de la distincion de este gran señor: el de Pastrana, de negro con botones de oro; el de Infantado... Este es el único en quien no se discierne gala ninguna, sin duda porque le basta la de su linaje... ¡Qué alegre y confuso rumor! ¡qué oleaje de plumas! ¡qué reverberacion de diamantes! ¡qué frís en los cintillos! ¡qué raudales de luz amarilla y blanca brotan de esa infinidad de cadenas de oro y de plata al moverse los eslabones de esas articuladas culebrillas de bruido metal! —La bulliciosa comitiva va desfilándose de una en otras réguas estancias; ya dejaron atrás el magnífico *Salon de los Espejos*, y los personajes, ora bíblicos, ora mitológicos, de los soberbios cuadros de Rubens, Velazquez, Ticio y Ribera que decoran sus paredes, se miran unos á otros en silencio despues de desfilarse ante ellos la deslumbradora cohorte. Ya descuepan el gran *Salon dorado*, y no parece sino que los retratos de reyes que animan y hacen viviente su friso, como admirados de tanta galá y riqueza, quedan con los ojos más abiertos y espantados. Ya invaden el vasto comedor del cuarto de verano del rey, donde la luz deslumbradora del *jardin de los Emperadores*, quebrada primero en el verde cortinaje que tejen las copas de los plátanos y acacias, y en la fantástica arquitectura vegetal de un improvisado alcázar de Flora, salpicado desde el zócalo al friso con la diamantina escarcha de cien surtidores, y sólo habitado por mármores estatuas y aves canoras; y tanizada despues en las enredaderas de las celosías, regala la vista seducida y encantada con tibios reflejos que despiertan en los demás sentidos toda la voluptuosidad de los oasis africanos...

Aquí llegaba en su sueño de consentida delectacion palaciega el infeliz marqués de Ayamonte, á quien el fiel Gamarrá habia dejado solo, yendo con gran precaucion, y de puntillas para no hacer ruido, á echarse tambien en su cama. De repente se dejó oír ruido de pasos en la plaza del Alcázar, y el corazón presago de ambos, sin más causa, conmovido á un tiempo mismo, sacudido buscammente el letargo de su sueño, y llevando al criado como una exhalacion junto al lecho del amo, hizo que con expresion de terror se mirasen de hito en hito.
 —¿Qué hay, mi buen amigo?
 —¿Qué ocurre, señor?
 Ambos por un impulso instintivo clavaron sus miradas en las ventanas. Abrió Gamarrá una de ellas, se asomó á la reja, y dijo al marqués, temblando como un azogado:
 —Señor, á la puerta del palacio del Obispo hay alguaciles.
 Asomóse el marqués, los vió, y añadió:
 —Alguaciles de corte: los conozco, son pájaros de mal agüero.
 Esto es hecho.

V

Durante el diálogo de D. Francisco de Guzman con su criado, habia llegado á Segovia el licenciado D. Diego de Villaverde, Alcalde de corte, con Juan de Pinilla, Secretario del crímen, y seis Alguaciles, y apeándose en el meson grande de la ciudad, sin quitarse botas ni espuelas partió con cuantos con él iban á la casa del Corregidor. Avisado este, se presentó en el portal con toda diligencia y en cuerpo, y sin darle tiempo el Alcalde á que subiese por un ferretuelo, porque hizo que se le bajasen, ya que lo reclamaban de consuno el frío y la cortesía, se lo llevó al Alcázar, deteniéndose todos algunos instantes en las casas del Obispo, de donde á poco rato salió una vetusta silla de manos servida por dos robustos gnanpanes.



EL MATRIMONIO CIVIL, cuadro por B. J. Vautier



COSTUMBRES ROMANAS, cuadro por G. Schiati

Llegan al Alcázar. El alcaide D. Juan Navacerrada les espera a la puerta, y el Alcaide le dice:

—Vuesa merced me entregue a D. Francisco Manuel Silvestre de Guzman, marqués de Ayamonte, que está preso en estos alcázares, en virtud de esta cédula de Su Majestad.

Preséntale la real cédula, y el alcaide la besa respetuosamente.

—La obedezco, dice.

Y suben todos a la torre. Cuando el carcelero, por intimación del alcaide, abrió el aposento del marqués, este se hallaba en pie, con el sombrero y los guantes puestos, en actitud digna y demostrando en su semblante la mayor entereza. Su criado estaba atolondrado, anonadado, gesticulando a la puerta de su alcoba como un niño que quiere llorar y no se atreve.—Iba a hacer el alcaide su intimación en forma al reo; pero este la hizo inútil.

—Estoy enterado,—le dijo.—Vamos.

Y emprendiendo la marcha con paso firme y resuelto, le atajó todo discurso.

Gamarra, como un perro leal en quien el cariño vence a la timidez, sin curarse de recoger su sombrero, siguió los pasos de su señor. Al llegar a la puerta de la calle, dijo el Alcaide al marqués:

—Vucencia entre en esta silla.

Entró, y poniéndose tres alguaciles a cada lado, y el Alcaide, el Corregidor y Gamarra detrás, por la calleja del pasadizo del Obispo y por la ronda, salieron a la puerta de San Andrés, y arimados al muro, subieron a la solana del Rastro.—Entrando luego por la puerta fronteriza a San Martín, subieron a la cárcel donde esperaba D. Pedro de Valencia, su alcaide propietario, al cual el Alcaide Villaverde entregó al marqués.—Subieron, y Gamarra detrás de ellos, a un aposento que hacia esquina a la puerta: clavaron las ventanas, y entraron lueces.

No pudo D. Francisco Manuel ocultar su sentimiento de verse en la cárcel pública.

—¡Y había que traerme aquí!—dijo, lanzando un hondo suspiro.

De allí a poco entraron a verle su confesor, el sabio franciscano, lector de teología, Fr. Diego de Miranda, y un virtuoso jesuita llamado el P. Pedralves: los cuales le acompañaron hasta el fin. Mientras con ellos conversaba el marqués, el Alcaide Villaverde salió afuera disimuladamente, y en voz baja, pero no con tanta precaución que no le oyese Gamarra, mandó a un criado de la cárcel que hiciese venir alfarjes y un cuchillero.

Entró en esto el sota-alcaide, y sin empacho ni ceremonia, quitando las botas al marqués, le echó dos pares de grillos: el cual, mostrando nuevo sentimiento y fijos los ojos en su criado que amargamente sollozaba en un rincón del calabozo, dijo:

—Esto era bien escusado; pero dadme una cuerda con que sostenerlos.—Quitóse el alcaide Valencia una de sus ligas, y se la dio, y con ella Gamarra le alivió el peso de aquellos hierros.

Entró en esto el secretario Pinilla a intimarle la sentencia, la cual decía así: En el pleito criminal que antea nos pende, entre el Fiscal de S. M. de una parte, y D. Francisco Manuel Silvestre de Guzman, marqués de Ayamonte, y su procurador, de la otra; sobre el delito *lesa majestatis* de que por el dicho fiscal es acusado; fallamos, atento los autos y méritos de este pleito, que le debemos condenar y condenamos a pena de muerte de cuchillo, y que le sea cortada la cabeza, y a confiscación de todos sus bienes, aplicados a la Cámara de S. M., y a que sean sus casas derribadas por el suelo. Y mandamos que esta sentencia se ejecute sin embargo de cualquier suplicación que de ella se interponga. Y por esta nuestra sentencia definitiva, así lo pronunciamos y mandamos etc.)

D. Francisco Manuel oyó su lectura con gran valor, y con voz entera dijo:

—La consiento, y olvido que en nombre de mi rey me fué prometida la vida. Esto ofrezco a mi Dios y Criador.

Retiróse el Secretario: retiráronse los demás, y quedaron solos en la cárcel el marqués de Ayamonte, los dos religiosos, y Gamarra.

En la pieza inmediata al calabozo del marqués se percibió gran ruido de gente que entraba y salía, movimiento de tablonés, golpes y martillazos, y era que se estaban ejecutando las órdenes del Alcaide D. Diego de Villaverde. Había este mandado a los alfarjes a quienes hizo llamar, que levantasen en aquella pieza un cadalso de una vara de alto, y que dispusiesen un ataud cubierto de bayeta muy basta, y al cuchillero ordenó que hiciese dos cuchillos de muy agudo corte. El marqués oía los golpes y martillazos, mas no se daba razon de lo que aquello significaba, y embobado en el triste pensamiento de la muerte ignominiosa que iba a recibir, se dirigió a su confesor con estas palabras:

—Padre, con gran confusión quedo acerca de la forma de mi suplicio: ¿me cortarán la cabeza por detrás, como a los delincuentes más infames? ¿Será mi muerte en público cadalso?

—Desעה V. E. esos pensamientos,—le replicó el buen sacerdote,—son sugerencias del espíritu mundano. Piense V. E. tan sólo en la salvación de su alma, único bien positivo que le espera.

Y como advirtiese el P. Pedralves que el buen criado, anegado en lágrimas y sin poder reprimir sus singultos y sollozos, ponía en peligro la entereza del reo y su presencia de ánimo, tan necesaria en aquellos momentos sumos,

—¡Ea! buen Gamarra,—le dijo:—ya vos habeis cumpli-

do como leal servidor, y ahora vuestra presencia más daña que aprovecha al señor a quien tanto habeis amado. Nosotros os sustituimos en todos vuestros cuidados, y aun extendemos nuestro servicio a más alto ministerio, a donde, a pesar del más generoso desseo, no alcanza el vuestro. Retiraos, hijo, que vuestro propio señor será gustoso de despediros para entregarse de lleno a las santas meditaciones que deben ya ocupar su espíritu, como buen cristiano.

Arrojóse entónces Gamarra en los brazos del marqués, el cual los abrió muy de grado para estrecharle contra su pecho. Ambos tiernamente sollozaron; pero repuesto en breve el de Ayamonte, y quitándose la sortija de zafiro que tenía en la mano derecha.—Foma, hijo mio,—le dijo:—no tengo otra cosa con que pagarte la buena compañía que en tan larga prisión me has hecho y los consuelos que me has dado.

El mismo la puso en el dedo de su criado, y éste, hecho un mar de lágrimas, salió precipitadamente de la estancia, como cediendo a una inspiración suprema, y lanzando conmovedores gemidos.

El marqués, recobrada su serenidad, permaneció hasta las once de la noche en compañía de dos piadosos asistentes. Recogióse entónces al lecho, y a eso de la media noche, advirtiéndole el alcaide Valencia desde fuera que no se osegaba, entró a preguntarle si algo se le ofrecía.

—El estorbo y frialdad de estos grillos,—le contestó el marqués,—me quitan el descanso.

Dió orden el alcaide a su teniente de que se los quitase, y mostró el marqués mucho agradecimiento a aquel rasgo de humanidad, tan raro en los hombres de semejante condicion como una fragante violeta en medio de un arenal.

—Tomad, le dijo con amistoso acento, este sombrero mio de buen castor, y dadme el vuestro.

Dió las gracias y rechazó el cambio el alcaide, y saliendo del aposento, dejó al reo en reposo.—Durmíó este hasta las dos: entrando entónces los dos religiosos, le dijo el confesor:

—Dos cosas traigo para V. E. que espero en Dios le serán de mucho alivio: la primera es que el corte ha de ser por delante; la segunda, que no será en público, sino en esta pieza de afuera, donde los golpes que V. E. ha oído no eran otra cosa que construir su cadalso.

Mostró consuelo el marqués y exclamó: —¡Bendito y laudado sea mi Dios y Criador, que tantas misericordias usa con quien ha merecido tantos castigos!

Levantóse muy temprano: era viernes 11 de diciembre: aquel día comulgó y oyó tres misas en la capilla de la cárcel, y volviendo luego a su aposento ó calabozo, desayunó. De allí a poco se dejaron oír de nuevo los martillazos de la funesta tarea que proseguían en la pieza inmediata.

—Padre mio,—dijo a su confesor,—ó no tengo corazon, ó le tengo muy duro, pues no me asombra oír los golpes del cadalso en que mañana he de morir.

—Señor,—le respondió Fr. Miranda,—pues V. E. ha sido siempre tan devoto de la Virgen Ntra. Sra., válgase ahora de su intercesion y favor para que le alcance y le sugiera consideraciones profundas de los dolores y agonias que padeció aquella soberana Reina de cielo y tierra oyendo y viendo clavar en la cruz a su hijo, Dios Redentor nuestro, a la hora en que temblando la tierra, turbándose los demás elementos y oscureciéndose los cielos, solos los hombres pagaban en injurias su redencion.

Suspióse el marqués oyendo tan oportuna excitación, y desde aquel punto fué tal su conformidad, tantas sus lágrimas, tan tiernas y devotas sus razones, que todos los que de ello fueron testigos lo juzgaron singular favor del cielo.—Pasó lo restante del día en coloquios edificantes, confesiones y actos de contrición, y con admirable sosiego de cuerpo y espíritu, durmió aquella noche dos horas.

VI

Amaneció el sábado 12: oyó en la capilla cuatro misas y se recogió con los dos religiosos a su aposento. A las nueve abrieron sus puertas: traían un triste presente: el capuz de los ajusticiados. Besó el siniestro saco el marqués: quiso su confesor vestírselo, pero figurándose que tendría aberturas para los brazos, le arrebujó de modo, que en vez de colocárselo bien, lo estorbaba.

—Dadme acá, yo le vestiré, dijo D. Francisco Manuel; y diciendo y haciendo, se le endosó y terció sobre ambos hombros, con tanto sosiego como si estuviera vistiéndose en su palacio. Tomó luego el crucifijo que con el capuz le trajeron, y diciendo:—Ya es hora, vamos,—salió a la sala contigua, donde, al ver el cadalso sin bayetas,

—¿Cómo está esto así? preguntó con alguna viveza. Se repitió en seguida, se reconcilió, y subiendo con paso firme al tablado que rodeaban los alguaciles de corte, con el Secretario Pinillos y muy pocas personas más, pronunció estas palabras:

—Vuesa mercedes me sean testigos de que en viéndome en la presencia de Dios, que espero en la divina misericordia será muy presto, prometo rogar á su piedad inmensa por los aumentos de esta Corona y por la salud y vida del rey mi Señor.

El confesor Fr. Diego de Miranda, juzgando que no todos le habían oído, repitió su generosa declaracion.

Sentóse en seguida el marqués en la silla del patibulo: tenía en las manos la imagen del Crucificado, y en ella clavados los ojos con tanto fervor, y fueron tantos los actos de fe, esperanza y caridad que hizo, tan devotos los afectos que expresó, tan esforzadas y ansiosas las temeraz

que se le ocurrieron, que suspensos y atónitos los circunstantes, parecían ellos los sentenciados a muerte, y sólo él en el pavoroso trance se mostraba animoso.

Llegó á él como abochornado el verdugo, hincó la rodilla y le pidió perdón: leató luego piernas, brazos y cuerpo, y le vendarle los ojos, enredándose el tafetan en la gudeja, se turbó. Viéndole el marqués titubear,

—No te turbes, amigo,—le dijo.

Animado entónces el ejecutor, le vendió bien, y le pasó el cuchillo por la garganta con más presteza y mejor suceso del que prometía aquel vil y torpe esclavo. Luego le cortó la cabeza por detrás y se la puso á los pies, más para escarmiento de desleales que para castigo del que ya estaba libre de toda pena.

Dos horas despues le amortajaron, y al anochecer salió de la cárcel el funeral. Iban en él niños de la doctrina, doce religiosos franciscanos, otros doce de la Victoria, y la parroquia con preste y diáconos. Seguía el cuerpo, llevado en hombros de cuatro hermanos de S. Juan de Dios: el ataud cubierto de bayeta muy basta, clavada y ajustada á la madera, sin pendiente ni otra cubierta. El cielo estaba muy nublado: cerraba la noche y hacia el espectáculo más funesto y pavoroso al concurso, que en muy grande.—Llegaron á San Francisco, y allí, con un solo responso, le enterraron en sepultura común.

En esa misma iglesia de S. Francisco estaba á aquella hora dirigiendo al Señor fervorosas preces por el descanso eterno del infortunado marqués de Ayamonte, un humil de lego que había tomado el santo hábito hacia solo dos dias. Con dar su nombre, no oscuro por cierto, y ofrecer como dádiva para la devota imagen de Ntra. Sra. que se veneraba en aquel templo, una hermosa sortija de zafiro que llevaba en el dedo, su entrada en el convento había sido cosa expedita.

PEDRO DE MADRAZO

¿RÁPSODAS Ó ARTISTAS?

Como cuestion concreta, pero que reviste suma importancia, pues toca á las entrañas mismas de la vida y de la belleza, se trata hoy con calor y apasionamiento superiores á los que movian las luchas entre clásicos y románticos, acerca del alcance y trascendencia del arte.

Estas terribles enemigas, que entre sí mantienen los hijos de Apolo, tienen mucho de locales, bastante que es hijo de las circunstancias y no poco de las contingencias temporales, dentro de las cuales vive el arte y sigue la vida entera su ley progresiva. Pasa el fragor de la batalla; se inicia, á través del decurso del tiempo, lo que algun crítico ha llamado ley del optimismo de la distancia; se apagan los fuegos, cesan las hostilidades y tirios y troyanos dejan en el campo de batalla algun que otro arañazo, en forma de apreciacion injusta respecto á su adversario, pero á la vez se rectifica y amplía el criterio artistico y todos, que son á la vez vencedores y vencidos, cooperan á la victoria y triunfo positivos de los intereses permanentes de la belleza y del arte.

Todos los artistas de todos los bandos, los blancos como los azules, lucharon con ardor por su causa, fueron portandostandarte de sus principios innovadores y llegaron por la lógica inflexible del error, los que se ponian del lado de la innovacion revolucionaria al absurdo de la reaccion, los que defendian las trincheras de lo tradicional al delirio de lo anárquico y de lo revolucionario, revelando de esta manera «que toda protesta innovadora implica una fuerte reaccion» y á la vez «que toda estética inalterable degenera en un impulso innovador».

El *avea mediocritas* de Aristóteles es la ley implícita en los progresos del arte y la piedra de toque, segun la cual se formula el juicio definitivo respecto al valer y representacion de las más opuestas escuelas literarias y de sus más esclarecidos adalides. Aunque hoy exista algun empedernido romántico, aunque se guie por el *parti pris* de su criterio exclusivo, estimará, por ejemplo, que nuestro Moratin debe ser juzgado por sus pedestres comentarios al *Hamlet* de Shakespeare? Si algun clásico atildado examina la representacion genial de Victor Hugo, ¿dudará de sus evidentes aptitudes, porque haya tenido el mal gusto de hacer la apología del pulpito?

El progreso lento de los tiempos ha declarado extemporánea la lucha entre clásicos y románticos. Continuarla hoy seria estéril, pues ella ha dado de sí cuanto podia dar: concepto más amplio y extenso de materia y forma artísticas.

Quizá no está lejano el día, en el cual cese tambien la manoseada contradiccion que hoy se establece entre las escuelas literarias, *naturalista é idealista*. A un error idéntico llegaron ambos, aunque por distinto camino, y á una rectificación fecunda de este mismo error convergen ambas escuelas, siquiera sea por procedimientos opuestos, que de esta suerte se elabora el progreso de las teorías estéticas como de todo en el mundo, parcialmente y por grados, no á modo de cuadrícula fija ó de revelacion genésica. Si la realidad es prisma de infinitas caras, que la percepcion científica se asimila por partes y la creacion estética esculpe y expresa por aspectos parciales, ciencia y arte, lo mismo que todas las grandes energías del espíritu colectivo, que tienen en la vida una gran fuerza humana, son *dinámicas* y no estáticas, progresan y adelantan por grados, á medida que crecen y se agigantan sus perspectivas. De igual modo que el hombre que asciende por una montaña, va descubriendo á cada paso que sube más amplio el horizonte, sobre todo comparado con el limitado que percibía en el fondo del valle, el espíritu

colectivo, que asciende por esta escala de Jacob que se llama el progreso humano, va descubriendo, desde cada pedana que gana, más amplio y extenso horizonte, que le ofrece condicion favorable para rectificar las *miopías* de que ántes fuera víctima. Pudiera, en este sentido, afirmarse contra todo resabio paradójico, que en el órden ideal cómo en la realidad, «la historia del error es á la vez la del progreso de la verdad». Así, en la Iglesia, por ejemplo, la época de las herejías fué la de la informacion y deparacion del dogma, pues enseña el aforismo lógico que sólo errando y errando se llega á corregir y rectificar el error.

Desde sus puntos de vista exclusivos el idealismo, con sus exageraciones clásicas, y el naturalismo, con sus virtudes innovadoras, el primero, ateniéndose á lo tradicional y consagrado cual arca santa en las reglas del buen gusto, *Nóli me tangere* de los infolios de retróicos y preceptistas, y el segundo, enamorado hasta el fanatismo, sobre todo en Zola, de una obsesion empirica y simplemente observadora y expectante, concluan, probando que los extremos se tocan, para negar, aunque contendencia y alcance bien distintos, que fuese la personalidad del artista factor esencialísimo en la produccion de la obra bella. Los esfuerzos de unos

y de otros convergen al mismo fin. Aun lo más personal y de más relieve, el estilo, queda anulado por la pauta ó patrón hecho de la escuela literaria, en que cada poeta se alista. ¿Quién no recuerda como una excepcion los comados academicos que siguen escribiendo con la naturalidad que lo hacian ántes de llegar á ser inmortales? ¿Quién no ha leído las retenciones con que Zola por ejemplo admite en la escuela naturalista á Daudet, cuya delicada percepcion artistica y cuyos rasgos personales igualan, cuando no superan, á la observancia del dogma fundamental del Naturalismo?

El idealismo, con sus soñados tipos de belleza absoluta, supremas é inadividas entidades de la mente divina, y el naturalismo, con la plancha fotografica á que reduce la inspiracion del artista, cual simple colector de lo que recoge en la observacion exterior; ambos á la vez anulan, en sus extremas deducciones, el factor personal, reduciendo al artista á ser un simple rásoda y cercenando su inspiracion para que se circunscriba á ser espejo reflector ó de aquellos tipos absolutos que soñara la imaginacion calenturienta de los idealistas desenferados, ó de aquella complejidad de hechos, que el observador naturalista percibe en el espectáculo del mundo.

Olvidan los primeros que el tipo de la belleza, aunque se le considere como absoluto, en cuanto se realiza y determina, tiene que ser dinámico y manifestar su vida, su evolucion y su desarrollo, principalmente en la emocion estética que despierta en el artista y que este hace despues surgir, mediante su inspiracion, en el público. De otro lado, pasa inadvertido para el naturalista *enragé* que el



Marco Antonio contemplando el cadáver de César

genio no es plancha de blanda cera, en la cual mecánicamente se graba el espectáculo que contempla, sino que el genio, impresionado por la belleza real, queda modificado por ella y segun esta modificacion produce su obra, en la cual, como dice Goethe, va dejando algunas veces hasta pedazos de sus entrañas, hondamente conmovidas por este intenso saber *mirar y ver*, á que se refiere en primer término la inspiracion artistica. Aunque se pretenda, como algunas veces lo intenta Zola, identificar el arte con la ciencia experimental, ¿cómo ha de ser posible que pase para nadie inadvertido que la experiencia vale por su *interpretacion*, hija de aquel saber mirar y ver, propio del genio y negado á los medianías? ¿Cómo se ha de olvidar que esta interpretacion revela la intervencion del factor personal, si el experimentalismo consiste en descomponer la experiencia presente para componer la experiencia futura, de cuya composicion surge despues la sintesis, que engendra la obra de artes, y la prevision, que es producto de la ciencia y á que debe ésta el nobilísimo oficio de conquistadora, segun la denomina Laugel?

Más impersonal aún la obra de la ciencia que la empresa llevada á cabo por el arte, no se puede, sin embargo, prescindir en la primera del elemento personal, que imprime sello y carácter á todas sus construcciones. Tomando, por ejemplo, las Matemáticas, ciencias tenidas generalmente por exactas, y prescindiendo de si las nociones matemáticas son, como quieren unos, tipos creados de una vez por la idealidad genésica del espíritu y que se imponen á la experiencia por virtud de un misterioso acuerdo entre el pensamiento y la realidad exterior, ó son derivadas, co-

mo afirman otros, ya directa, ya indirectamente, de la experiencia sensible cual modelos ó copias de los objetos exteriores; es lo cierto que las mencionadas nociones matemáticas no son representaciones enteramente exactas de la realidad exterior, como lo prueban los ejemplos del círculo de los géometras de radios exactamente iguales, que no corresponde con ningún círculo real, y los puntos de una superficie esférica, equidistantes de los centros, condicion que no se cumple en la esfera material. Conta esta simplicidad inflexible del razonamiento lógico y abstracto, se revela siempre la complejidad sintética de los objetos reales y concretos. Es también evidente que el matemático concibe, guiado por los moldes en que recluye su pensamiento la fuerza de la abstraccion, ideas, cuyos modelos exactos no se encuentran en la realidad. De ello es una prueba el concepto de lo infinitamente pequeño, al cual no llegan jamás nuestros sentidos, ni nuestros instrumentos de division, aun aquellos más precisos. ¿Quién ha visto, en la realidad, por ejemplo, tal como lo contempla, en las abstracciones de su fantasia, el gémetro, el polígono regular de mil lados?

Aun en el caso en que el espíritu, como pretende el experimentalismo moderno, edijera de la experiencia

los elementos primeros de las ideas matemáticas, siempre resultaría que las *labora y transforma* y procede como si las hallara en sí mismo, dando de esta suerte intervencion y relieve al factor personal, que concibe dichas ideas como *construcciones* del espíritu, segun leyes del pensamiento. Merced á esta generacion, que hallará si se quiere su causa ocasional en la experiencia, las ideas matemáticas son, como dice Kant, un *esquema* ó representacion individual de un sistema de relaciones individuales, esquema ó representacion, cuya sintesis es debida por lo menos á la condicion personal del que las percibe y forma.

Algo semejante, aunque con mayor plasticidad, porque se mueven dentro del mundo de la fantasia, acontece con las concepciones artísticas, cuya sintesis se refleja, no en la luna insensible de un espejo, ni en el cliché, de asimilacion mecánica, de la plancha fotografica, sino en el alma del artista que siente, obra y vive y se emociona ante la impresion, porque, como dice St. Mill, podrá ser todo lo material que se quiera la vibracion que nos impresionan, pero la sensacion por dicha impresion causada, es toda ella espiritual é interna y al estado específico de nuestro interior obedece por lo menos en igual grado que á las leyes físicas, segun las cuales la excitacion se ha producido. No tendría de otro modo explicacion posible la sencillísima advertencia consignada ya por Platon, de que el vino sabe bien al que está sano y mal al enfermo.

Esta idiosincrasia moral del artista, es el sello de su personalidad, que elevó á Goethe, el poeta más personal



LA TABERNA, cuadro por J. Ostade

de los tiempos modernos, á la region de los iguales, como llama V. Hugo á los genios. Este sello personal, que el Naturalismo, corrigiéndose, quiere reconocer en las obras de inspiracion, es la distincion característica que puede y debe establecerse entre el arte, bello, y el mecánico de la copia fotográfica. Este sello personal, que el Idealismo, rectificándose, aspira á consagrar en los productos de la imaginacion artística, representa la línea divisoria entre el rípsoda, que copia, y el artista, que crea. El Naturalismo profesa, como principio incontrovertible, que es colaborador á la obra artística el *medio ambiente*, idea racional en el fondo, aunque vestida de ropaje empírico, cuya eficacia no anula la intervencion personal del artista, pues ya declara Zola que toda intervencion artística es un *documento humano*, un pedazo de la realidad, vista *á través de un temperamento*. El Idealismo reconoce tambien que las reglas de buen gusto, consagradas por el juicio unánime de los siglos, no pueden convertir en ar-

tista al que no lo sea, que el poeta nace y hay algo en él ingénito, que es su sello personal. Si no fuera suficiente prueba la concordia de estas opiniones extremas, en que se divide hoy el criterio artístico, hablaría en pró de nuestra tésis, con más elocuencia que todo razonamiento, el hermoso y nunca bien ensalzado desarrollo del *humorismo* en el arte moderno.

Coincidiendo en esta afirmacion, que es por demás fecunda en consecuencias, naturalistas é idealistas, obra será encomendada al lento progreso del tiempo y á la ruda labor de la historia el anhelado concierto entre estas escuelas en puntos todavía más concretos y de más virtualidad para el arte productor y para el arte crítico. En ambas se anuncia ya tambien la sincera conviccion de que el material artístico se toma, ante y sobre todo, del arsenal de la vida real y de la naturaleza. De dicha conviccion se deducirá despues conformidad más estrecha, consorcio más íntimo entre los criterios opuestos, cuya

disidencia parece reducida al presente á una cuestion de procedimientos, ya que en las teorías estéticas del Idealismo y del Naturalismo queda implícita la idea enteramente exacta de que toda obra de arte es á la vez real é ideal y ya que en los frutos inspirados en dichas teorías se revela y se hace práctica esta misma idea. En medio de estos puntos de conexi6n sólo persiste la disidencia en lo que toca al procedimiento, siquiera por fortuna no alcance la disparidad de criterio al fin primordial del arte; que unos y otros partan de aquellos puntos, que les son comunes, y al reñir sus batallas en lo que les divide, que todos recuerden el aforismo de Bacon: *«natura parenda vincitur.»* Con esta condicion perderá algo el amor propio exaltado en la lucha diaria por pontífices y apóstoles de la antigua y nueva doctrina, pero ganarán mucho los altísimos intereses del arte y de la belleza.

U. GONZALEZ SERRANO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMEN



AÑO III

↔ BARCELONA 25 DE AGOSTO DE 1884 ↔

NUM. 139

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL CANDOR, cuadro por J. Zenisek

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—CLAVES Y ZARAS, por don Pedro María Barrera.—EL PELLUCIDIO DE MADRID, por don E. Rodríguez Solís.—EN LA PLAZA, por don Edmundo de Palacios.—LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA, por A. G.
GRABADOS: EL CANDOR, cuadro por J. Zonisek.—LA ELECTRICIDAD, cuadro por Kandler.—PAISAJE, dibujo por Marqués.—ANDRÓMEDA, estatua por Bonamore.—ENTRE SCILA Y CARIBDIS, cuadro por L. Hoffmann.—SISTEMA DE TRILAS, dibujo de TROUVÉ.—Babina y pila paritiles.—Kaly telegrafio.—Aparato acústico (parleur).—SUFLENTO ARTÍSTICO: LA PAGA DE LOS SEÑADORES, cuadro por L'Hermitte.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Verano.—Los pasos de Madrid.—Los furros del estío.—Toumenas y cosechas.—Noticias literarias.—La línea férrea de Asturias.—Volcanos.

Las pasajetas pero terribles tempestades de la canícula estremecen el cielo de España con sus truenos y el surcan con sus relámpagos. En muchas poblaciones de la península hay que contar esa lúchica triste de lágrimas y miseria que consiste en la pérdida total de los bienes del labrador, confiados á los azares barométricos.

Más de noventa pueblos de las Castillas y Aragón han sido víctimas de los caprichos de la atmósfera. Una granizada que dura una hora, deja asolada la comarca, y el tesoro de las eras convertido en negros montones de cereales putrefactos.

El labrador, cuando siembra en el surco y esparce á voleo los granos de trigo, ignora si está labrando para la prosperidad de su casa ó para la ruina de todos los suyos.

**

Hace pocas noches, paseando por las calles de la corte, me detuvo la armonía de un violín que ejecutaba las finébricas notas de la *Danza Macabra* acompañada de un piano. Así como los invisibles hilos de una araña tendidos en el campo, entre dos árboles, al encontrarse con nuestro rostro, os producen la impresión de una red tendida entre vuestros pasos para deteneros, aquella red de notas me detuvo á mí.

Cerradas las puertas de las casas, sólo permanecían abiertas las de los cafés y de las tabernas; á través de éstas se veía algún grupo de bebedores contumaces en pie delante del mostrador con la última copa en la mano; á través de las de los otros veñase los veladores de mármol vacíos, los mozos con la servilleta al hombro dormitando en algún rincón y tal cual pareja de esas que los amores fáciles atan con la cadena de una noche y luego al alba se separan sin recuerdos ni sentimientos. Of algún reloj que daba la una, y el timbre metálico fué repitiendo esta hora muchas veces hasta que me detuve delante del café del Siglo. El violín ejecutante de la *Danza Macabra* se perdía en una serie de arpegios roncós, y el piano con graves acordes le seguía ayudándole en su faena músico-descriptiva. Soy yo hombre á quien estas impresiones calieiras cautivan con indomitable hechizo. Allí estuve delante de la puerta del café cerca del vendedor de periódicos que se había dormido sobre un manojó de *Correspondencias* escuchando la *Danza Macabra* que es el poema de la muerte, escrito por un francés para que el oyente no se conmueva demasiado con el funeral argumento. Cuando acabó la música y el café se quedó silencioso, se destacó en el silencio una voz chillona que prosiguiendo á lo que parecía una discusión acalorada, dijo:

—No hay nadie como Zola.

Hallábase en un círculo literario y me propuse aprovecharme de la circunstancia para recoger algunas noticias que apuntar en mi crónica.

Allí supe que este año el Teatro Español tendrá dos compañías, una de drama y otra de comedia.

Esto es lo mismo que decir: ya que no puedes, llévame á cuestras. No hay actores para hacer una buena compañía, pero hagamos dos.

Cefirino Palencia escribe una comedia para el Teatro Español; Sellés, que pasa el verano en su casa de campo de Oporto, planea un drama que se propone tener terminado para octubre.

Anúnciase la publicación de una revista quincenal en la que algunos jóvenes escritores harán dura campaña en favor del naturalismo.

**

Como este año ha salido poca gente de Madrid á veranear, los paseos, á la hora en que el sol se va y el fresco viene, se hallan concurridísimos y animados.

Hay quien prefiere el Retiro, parque familiar de Madrid, donde por las mañanas se ven millares de niños haciendo resonar bajo los tñneles de follaje sus inocentes carcajadas.

Hay también quien busca lo solitario, lo triste, lo funeral, avenidas cuyo suelo cubre sombra perpetua y entre cuyas prolongadas filas de álamos no se descubre grupo alguno de los que forman la alegría y el amor.

Paseo de melancólicos parece visto desde fuera á través de las verjas y entre las filas de troncos de árboles que se congregan y alinean para formar alamedas y plazuelas. Pero si entramos dentro y os digo que donde nos encontramos es en el Jardín Botánico y avanzáis entre aquella atmósfera húmeda, creceis conmigo que más bien que museo donde la ciencia impera y bajo sus

rayos protectores la naturaleza se desarrolla, parece un pudridero de plantas, y los cartelones que las adornan epítafios bajo cuyo peso ellas se van muriendo. Los bancos de piedra están verdi-negros y mohosos y las estatuas de Carram que tratan de eternizar la gloria de media docena de sabios herboristas químicos, sesienten vencidas por el reuma que trepa, sube, tapiza, mancha y colorea de sangrientos festones la carne blanca de las estatuas. Lástima da y frío ver al buen Cavanillas, cuya venerable fisonomía irita helándose sin que la capa de piedra que le cubre sirva á preservarle del invierno perpetuo. Frio á él mirar las verjas que se descomponen lamidas del agua y del tiempo que con invisibles labios desgastan lentamente sus esquinas. Las fuenteillas con el agua estancada en sus pilones enseñan allá abajo, tras el turbio cristal, una rojiza masa algodonosa de yerbajos lustrosos y mal olientes, que se diría terciopelo podrido. En medio de los grandes arriales circulares hay alguna ninfa de piedra, con una mano de ménos, la nariz carcomida, ó un grupo de faunos que mojan sus piés en un charco y se descomponen lentamente. Allí reinan el reuma y una muerte que no sólo acaba con la vida de la carne sino con la ménos precedera de los mármoles. No avancemos, no avancemos más hasta encontramos con la larga galería donde una mano enemiga de la curiosidad ha enturbia do adrede las transparentes láminas de cristal. Por los intersticios y rendijas se ven pájaros muertos depositados en atades de vidrio, peces y conchas flotantes en bodecos de alcohol, y lo que es más horrible, una familia de ino mias, los pelos erizados y los miembros contraídos que con un vocabulario sin sonidos y en un idioma sin palabras se cuentan algo cruel y medroso. Todo es allí muerte, helazón, el triunfo de la humedad, el frío. Nada ha podido resistir la invasión de estos agentes de la tumba. Hasta un hombre vivo, el único que se aventura en aquellos parques mojados, trae en el semblante la caducidad y el sello del sepulcro, y cuando con una regadera nievada reparte el agua en los hoyos de las plantas, no parece echarles la salud y la vida en los transparentes charcos, sino un responso de óvulo y muerte, salpicado de agua bendita. La salud, la vida, la prosperidad parece estar resumidas y gozadas exclusivamente por algunos monstruosos árboles de obeso tronco y nudosas ramas. Ellos florecen, se desarrollan, acaparan el aire respirable y se apoderan con sus altas copas del sol que llega, pero no dejan pasar ni un rayo al suelo, entregándole de tanta humedad, que guarde memoria de toda pisada. Si el amor va allí, imaginando que tanta soledad y tanta sombra son para sus goces el deseado palacio, tiene bien de qué arrepentirse, y, entristecido, huye presto: tal soledad es la de la tumba, tanta sombra es la de la tristeza. El amor necesita ampararse con la capa de la noche, que es negra pero estrellada, discreta y alegre.

**

La corte está en Asturias donde ha ido á inaugurar la vía férrea del puerto de Pajares.

Esta obra de la audacia y de la ciencia asombra al viajero. Parece haber borrado del idioma la palabra precipicio, porque pone el camino sobre lo inaccesible. El túnel de la Perruca es un cuento de hadas. La piqueta del ingeniero ha perforado toda una cordillera y el Pajares, monstruo de riesgo y nieva, terror del viandante, que levantaba entre las nubes su cabeza crizada de témpanos, ha tenido que rendirse y entregar al hombre la llave de sus caminos.

**

Otra conquista de la ciencia ha anunciado el telégrafo y confirmado la prensa de París. A ser verdad estas noticias, la dirección de los globos está resuelta.

Al hombre le han nacido alas.

Al mismo tiempo que se verificaba en París la prueba del nuevo aparato de la navegación aérea, en el jardín del Buen Retiro un huracán violentísimo desgarraba la seda del globo en que tres fanfumbulos iban á subir á los cielos en cuerpo y alma.

Si el problema está resuelto, no hay que dudar que el globo habrá dejado de ser el toyete del acróbata para convertirse en el vehículo de la humanidad.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL CANDOR, cuadro por J. Zonisek

Hay muchas maneras de bellezas por lo mismo que cada uno se figura la belleza á su manera. A pesar de lo cual tenemos la convicción de que el tipo de belleza que hoy publicamos no ha de ser controvertido por estético alguno.

Y es que, admitiendo, como generalmente se admite, que el semblante es el espejo del alma, aquel semblante será más bello para la generalidad que exprese una virtud, sentimiento más generalmente simpático. Así, por ejemplo, un busto de Mecanina podrá ser, y debe ser, un tipo de hermosura, pero si el autor está en lo cierto, esa hermosura ha de ser la hermosa repulsiva de la lascivia que contribuye á arrastrar por el lodo la púrpura cesárea.

Todo lo contrario sucede al contemplar á la jóven de nuestro grabado. Su bondad es ingenua, su mirada respira

dulzura, sus labios no pueden haber besado sino á su madre; es el verdadero tipo del candor, esa virtud que tan bien sienta á las jóvenes en general y á las jóvenes agraciadas en particular.

LA ELECTRICIDAD, cuadro por Kandler

En todos tiempos el arte pictórico ha empleado la alegoría para representar las ideas y áun los hechos ciertos y ocurridos. Los dioses del paganismo no son otra cosa que alegorías de ciertas ideas y hasta de las pasiones que afectan á la humanidad. Venus es la personificación del amor y como el amor es hermosa; Minerva es la encarnación de la ciencia y como la ciencia es severa; Saturno es la imagen del tiempo y como el tiempo es viejo y se le representa armado de la guadaña con que sacrifica á sus propios hijos. Y es de observar que, por regla general, cuanto significa belleza, producción, virtud ó progreso, se halla simbolizado por una mujer; lo cual prueba que, á despecho de las declamaciones de los impertinentes y de los libertinos, siempre se ha creído que las mujeres valían bastante más que los hombres.

Hoy ya no se inventan dioses; pero no por ello se apocan ménos á la alegoría, y la de nuestro grabado, que representa la electricidad, está tan bien concebida como elegantemente ejecutada. Ese foco esplendente que disipa las tinieblas de la noche lo produce la chispa, lo produce el rayo fabricado por el hombre, atraído á un punto dado por la fuerza de la ciencia y allí encadenado y puesto al servicio de sus antiguos siervos. Ese hilo insignificante, que guarda otro hilo más insignificante aún al parecer, es el conductor de una fuerza misteriosa que hoy ha hecho desaparecer las distancias y mañana hará inútiles todas las demás fuerzas impulsivas; esa tenue plancha que parece un fragmento de papel de estafío sacado del cuello de una botella, aprisiona instantáneamente la voz humana, guarda lo impalpable, reproduce lo invisible y demuestra que la frase *no puede ser* ha sido completamente suprimida por el hombre.

La alegoría, pues, cumple del todo su objeto y su autor ha demostrado que aquello que se dió en llamar *árida ciencia*, puede convertirse en fuente de inspiración para el poeta y para el artista. Diganlo, sino, nuestro Melchor Palau y el pintor de la alegoría de la electricidad.

PAISAJE, por Marqués

ADQUIRIDO POR EL TENOR ANGELO MASINI

(Exposición París)

Marqués pertenece al número de los paisajistas para quienes la naturaleza tiene una poesía susceptible de ser reflejada por el lienzo. Cuando un pintor posee del arte ciertos medios reglamentarios, mecánicos digámoslo así, enseña el maestro á sus discípulos, dista aún mucho de ser un artista; como el alumno que tiene al dedillo la teoría y poética que cursó en las aulas, puede muy bien no ser, ni con mucho, un gran orador ó un gran poeta. Para blasonar de la posesión del *algo divino* que caracteriza al genio, es indispensable una inspiración, un impulso involuntario que, á la vista de ciertos espectáculos ó bajo la influencia de ciertos argumentos, diga al pintor: —¡Detente!... ¡Hay aquí de qué producir lo bello, lo grande, lo sublime!... Sentir y hacer sentir; hé aquí el arte.

Ese sentimiento, Marqués lo posee y lo trasmite. Véase, sino, el paisaje que hoy publicamos: la composición no puede ser más sencilla; sin embargo, tiene luz, tiene aire, tiene frescura, y estamos por decir que tiene armonías, las armonías de las aves que pasan desde esos árboles en que trinan á las pedregosas orillas de ese riachuelo, manto como un lago, transparente como un espejo.

El célebre Masini compró este cuadro apenas expuesto. ¡Dichoso él que cuantas noches canta puede comprar, si se le antoja, una obra de arte!...

ANDRÓMEDA, estatua por Bonamore

En el número 69 de la ILUSTRACION ARTISTICA publicamos una reproducción del grandioso grupo de Fífil, representando á Andrómeda en el momento de ser liberada por Perseo. En la pág. 131 de nuestro tomo segundo se encuentra la explicación del hecho y á ella nos remitimos.

La estatua de Andrómeda que hoy publicamos no forma parte de una composición de tan grande aliento como aquella, pero reúne verdaderas condiciones artísticas así en lo expresivo del semblante como en lo natural de la actitud y la bella modelación del cuerpo. La hermosa hija de Cefeo se encuentra sujeta á la roca que bañan las olas, y entre estas aparece la horrible cabeza del monstruo, dispuesto á devorar á la inocente víctima.

Aunque el asunto ha sido tratado por diversos artistas, por lo mismo que se presta grandemente á ello, la estatua de Bonamore demuestra que su autor posee en alto grado el don precioso de animar á las piedras.

ENTRE SCILA Y CARIBDIS, Cuadro por L. Hoffmann.

Si donde hay un hueso que roer aparecen tres perros, nada tiene de particular que donde haya un bizcocho que zamparse acudan dos gallos.

Después de todo, la situación comprometida resulta para el propietario legítimo del bizcocho; lo cual nada tiene de particular; la doctrina de Proudhon ha tenido

siempre partidarios entre los gallos percosos y valentones.

El lindo cuadro que publicamos es simpático y su ejecución todo lo embellecida que cabe dentro de un asunto que no permite tender muy alto el vuelo del genio. El lugar de la escena parece un pedazo de paraíso, y la figura dominante, el niño asaltado por los gallos, es de una expresión y efecto completos.

Sin que la obra revele grandes pretensiones, su autor ha demostrado que sabe hacer algo interesante con elementos los más humildes dentro del arte.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA PAGA DE LOS SEGADORES

Cuadro por L'hermitte.

Honradamente ganaron su salario; con el sudor de su rostro compraron el pan para sus hijos. Son los héroes del trabajo, héroes para quienes la fama no tiene trompetas, ni la historia páginas.

A buen seguro que muy pocos, ninguno probablemente, de nuestros lectores, cambiaría su suerte por la suerte de esos segadores humildes, que inconscientemente nos prestan uno de los beneficios más generales para la humanidad. Sin ellos las espigas se podrían en sus tallos; sin ellos, sin su ruda faena, la planta no sería trigo, el trigo no sería harina, la harina no sería pan.

Pan comen, á su vez, los segadores; pero ningún pan como el de ellos es regado con el sudor del trabajo. Si entre las maneras de ganarse la vida honradamente hay alguna que pudiéramos llamar más noble, el segador debería reclamar para sí esa ejecutoria verdaderamente secular.

Sin duda por esto el autor de nuestro cuadro, sin dejar de ser realista, ha idealizado á su manera al segador, presentando de él diversos tipos, todos expresivos y simpáticos; el anciano aun vigoroso gracias á las virtudes que imprime la laboriosidad; el esposo que se apresura á dar cuenta de su salario á la madre de su hermoso hijo; el muchacho que parte, con la ganada al hombro, en busca del salario de mañana; y el joven que descansa apoyado en su instrumento de labor y para cuya familia la siega es el capital con que el verano próximo precave los rigores del invierno adusto.

El cuadro de L'hermitte es una égloga de asunto virgiliano á que ha dado forma pictórica un artista de corazón.

CLAVELES Y ZARZAS

Haz cuenta, lector, de que estamos en el pintoresco valle de Loyola, que es uno de los sitios más deliciosos de las inmediaciones de la capital de Guipúzcoa.

Haz cuenta de que en una de esas blancas caserías que medio se esconden entre los árboles, tanto en la llanura como en las ondulaciones y declives de las montañas que limitan el valle, vive Margarita, hermosa muchacha que campió en mayo sus diez y siete años, acompañada de su abuela, anciana conocida con el mote de la Lirona, porque á pesar de sus propósitos de hacer lo contrario, se pasa la vida durmiendo.

Haz cuenta de que la hiedra que cubre toda una pared de la casería y ha conseguido introducir algunos de sus largos tallos por la ventana de la alcoba de Margarita, y la hermosa maceta de claveles que hay en la ventana, y los manzanos de la heredad, y el maíz que verdea en un buen pedazo de la misma, y la vaca lustrosa que saca la tripa de mal año en el campillo que se extiende delante de la puerta de tan alegre vivienda, están á cargo del dueño de aquella otra que se ve en la orilla del Urumea, laborioso y honrado moceton á quien llaman Gil Larraz, que ha dado en la manía de que la vaca, y el maíz, y los manzanos, y la hiedra, y los claveles de Margarita han de ser lo mejor que haya diez leguas á la redonda.

Haz cuenta, por último, de que Gil anda que bebe los vientos por su vecina, y que su vecina maldito el caso que le hace, por cuya razón siempre que él se propasa á hablar de la necesidad de que los hombres querían á las mujeres y las mujeres á los hombres, ella le asegura que le basta con querer su maceta de claveles como á las niñas de sus ojos.

Un domingo por la tarde llegó á la casería un joven de semblante agradable y gallarda presencia, pidiendo un vaso de leche que le sirvió de pretexto para pasar más de dos horas sentado á la sombra de un manzano, viendo dar cabezadas á la abuela y hablando con la nieta, y para demostrar que pagaba generosamente lo que tomaba en cualquier parte. Entre sueño y sueño, notó la anciana que la muchacha había estado muy habladora y que aquel joven la miraba con un ahínco que no parecía sino que hubiera deseado poder verse todo ojos para contemplarla mejor.

Cuando quedaron solas, la Lirona pensó preguntar á su nieta si comedia al forastero; pero en aquel momento se quedó dormida, y como es consiguiente, la pregunta se quedó también para mejor ocasión. En esto acertó á pasar por una senda escocana, arreando á un borriquillo, un pobre viejo que todos los días bajaba á San Sebastian desde unas huertas de la parte de Ametzagaña, con una

carga de hortalizas y frutas. Iba cantando la siguiente copla:

Niña, guarda la llave
de la inocencia,
que si una vez se pierde
ya no se encuentra.

Margarita se quedó pensativa un momento y entróse en la casería, mientras su abuela, mitad dormida y mitad despierta, refunfuñó estas palabras.—Por ahí va Anton Indirectas.

(El autor al lector.) Como yo deseo que seamos buenos amigos; como lo soy tuyo; y como entre amigos no debe haber secretos, aprovecho este momento para decirte que Anton, el que arcaaba al borriquillo, no era conocido más que por el apodo de Indirectas, en atención á que todos sus convecinos le atribuían la cualidad de no pronunciar palabra que no tuviera segunda intención y que no fuera dirigida á alguna persona que pudiera escucharla.

El domingo siguiente volvió el joven de semblante agraciado al valle y volvió á tomar leche y volvió á sentarse á la sombra del manzano, y cuando al cabo de dos horas echó á andar para ir á Hernani, donde vivía según dijo, Gil Larraz que casualmente había pasado la tarde con sus vecinas y el forastero, á pesar de ser en el ajeña costumbre celebrar las fiestas juzgando en San Sebastian á los bolos de á la pelota, y bebiendo cerveza con varios amigos, estaba de un humor de todos los momentos.

El viejo del borriquillo pasó, como de costumbre, y al emparejar con la casería de la Lirona, entonó esta copla, que le supo á Gil á cuerno quemado:

Son los celos un guiso
que comen muchos,
y que al saber más sabio
cambian en burro.

La Lirona, curiosa como mujer, y maliciosa como vieja, se propuso averiguar diplomáticamente lo que Gil tenía; pero su voluntad, como siempre, resultó estéril, porque se durmió antes de poner su plan por obra. Si no se hubiera dormido, siete días más tarde, ó sea al anochecer del domingo siguiente, que por cierto no fué á beber leche el forastero, hubiera podido decir para sus adentros, sin faltar punto ni coma á la verdad.—El lunes estuvo Gil muy taciturno. Y el martes más que el lunes. Y el miércoles más que el martes. Y el jueves más que el miércoles. Y el viernes más que el jueves. Y el sábado más que el viernes. Y hoy hasta media tarde era cosa de no poderse ya sufrir su mal humor, y desde media tarde me he visto negra para poder sufrir su alegría. Todo esto, y la circunstancia de no haber venido á beber leche ese joven que paga con tanto desprendimiento, están diciendo á gritos que Gil Larraz anda enamorado de Margarita y que tiene unos celos morrocotudos.

(El autor al lector.) En confianza debo decirte que si el forastero no fué á tomar el consabido vaso de leche, no debemos echarle á él toda la culpa, porque Margarita, á la que veía todos los días no feriadros en San Sebastian, le había suplicado que suprimiera la visita de los domingos por la tarde. Dicho que se veían todos los días en San Sebastian, está dicho que cuando el forastero había indicado que vivía en Hernani, había cometido el feo pecado de no decir la verdad; pero tampoco esto era culpa suya, porque también lo dijo por consejo de Margarita. Y de esto que te cuento en confianza, puedes tú deducir que, á pesar de ser una mosquita muerta, muy honesta y muy borrosita, Margarita decía otra mentira de tomo y lomo cada vez que aseguraba á Gil Larraz que á ella le bastaba con querer su maceta de claveles.

El amor del guipuzcoano á su vecina era vehemente, como todos los que germinan en un corazón virgen y generoso. La influencia que Margarita ejercía en el espíritu del manabebo llegaba á tal punto, que bastaba un gesto ó una palabra de la muchacha para que las tempestades del pensamiento huyesen de la frente de Gil, como huyen las sombras de la noche á la llegada de la aurora. Declinaba la tarde del domingo en que faltó el forastero de la casería, y Gil se despidió de la abuela y la nieta, internándose entre árboles por una sendita que ponía en comunicación la vivienda de aquellas con la de éste. Llegó á su casa: cenó con gran apicito borona, sardinas y manzanas: trago va, trago viene, se bebió una botella de *sagardía*; y encendió su pipa, acostándose muy satisfecho al poco rato, con la idea de dejar la cama apenas despuntase el alba, para ir á trabajar en los terrenos de sus vecinas y sacar la vaca á un prado que estaba diciendo «comedme».

Y así sucedió. Á la indecisa claridad que precede al crepúsculo matutino, Gil echó á andar senda arriba, con la azada al hombro, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró detrás de la casería de Margarita, donde se detuvo bastante tiempo arrancando algunas hierbezuelas y campánulas que habían tenido la mala ocurrencia de brotar casi escondidas entre unas matas de judías y tomates. Engolfado se hallaba en esta faena cuando oyó un ruido muy semejante al que produce una ventana que se cierra: dió vuelta á la casería y no vio á nadie. Sacó la vaca, la llevó al prado, y volvió al campillo que hacía veces de plazaola.

Entonces creyó escuchar el trote de un caballo que se alejaba y, sin darse cuenta de ello, corrió á todo correr

por entre los manzanos que limitaban á un reducido espacio el alcance de su vista y en breve ganó la altura de una colina, desde la cual dominaba por un lado el camino y por el otro las dos orillas del Urumea. Lejos, muy lejos, en dirección á Astigarraga, divisó á un jinete que no pudo conocer. Y cerca, muy cerca, el viejo del borriquillo, con su carga de fruta y hortalizas entonó, como quien no dice nada, la siguiente copla:

Vigila bien la viña
que tú cultivas,
no sea que un goloso
te la vendmie.

¡Bueno estaba Gil para reparar en coplas! Volvió al campillo con el pecho oprimido, se sentó junto á un árbol, y escondiendo su cara entre las manos, comenzó á sollozar. Mil dolorosas sospechas golpeaban su frente con la violencia que cae el martillo sobre el yunque, impulsado por el vigoroso brazo del herrero: mil ideas absurdas nacían y tomaban forma en su cerebro con la rapidez del relámpago, desvaneciéndose empujadas por otras ideas que nacían y se desvanecían del mismo modo que las anteriores. Díos sabe lo que hubiera durado el conflicto moral del manabebo, á no conjuararle la dulce voz de Margarita, que dijo desde la ventana:

—Buenos días, Gil.
—Buenos días.

—Sube un momento á ver mi mata de claveles.

No hubo necesidad de repetir la invitación. Rebosando júbilo entró el joven en el dormitorio de su amada, y se acercó á la ventana, donde le esperaba Margarita.

—Mira que capullos tiene.

—Muchos; pero ¿quién ha andado en esta maceta?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no está como yo la dejó la última vez que la ví. Esta tierra es más negra que la que tenía.

—¡Ya lo creo! y mucho mejor. Es una capa de mantillo que le he puesto para que medre más la planta.

—¿Y quién te mete á tí en lo que no entiendes? Has traído tierra recogida al pie de un zarzal que en ella había dejado caer sus semillas y mira cuántos brotes de zarza van saliendo.

—¡Ay, qué gracioso! ¿No ves que son rosalitas?

—No estás tú mal rosal. Déjame que arranque toda esta broza.

—No le toques, Gil.—Repito que son rosales. El que me lo ha dicho lo sabe bien.

—¿Y quién te lo ha dicho?

Margarita se puso encendida como una cereza y contestó:—¡Nadie! ¿tú qué te importa?

—Pronto te quedas sin claveles,—repuso Gil, echando á andar con el mismísimo humor de todos los demonios que la tarde en que dejó de jugar á la pelota y de beber cerveza por ver al forastero que iba á la casería á beber leche.

La Lirona había oído el altercado, y con toda la sabiduría del que sabe dónde le aprieta el zapato, pensó acercarse á su nieta y endilgarle este discurso.—El que no está fuerte en materia de plantas confundiendo fácilmente los tallos de las zarzas con los de los rosales. Sucede con esto lo que con el amor: las muchachas no distinguen el fingido del que es emanación del alma. Arranca ó deja de arrancar esos brotes que llenan la maceta; pero ten por cierto que así como yo sin equivocarme podría decirte si llegase el caso, «ese hombre te quiere» ó «ese hombre te engaña», Gil tiene motivos para saber que lo que tú llamas rosales no es otra cosa que un semillero de ajros.

Desgraciadamente, sucedió lo que siempre sucedía: la Lirona se durmió y el discurso se le quedó dentro del cuerpo.

(El autor al lector.) El ruido que oyó Gil, muy semejante al de una ventana que se cierra, y el jinete que lejos, muy lejos, vio en dirección á Astigarraga, prueban que Margarita y el forastero habían pasado la noche en plática amorosa, ó diciéndolo en andaluz, para mayor claridad, *pelando la para*. La razón de negarse Margarita á que se tocase á su maceta, era que el forastero le había llevado la tierra negra, asegurándole que le llevaba mantillo comprado á un jardinero. Después le aseguró que lo que brotaba era producto de semilla de rosales. El forastero mentaba como un chino al asegurar lo uno y lo otro.

Gil había dicho la verdad: el amante incógnito de su amada, había tomado el llamado mantillo al pie de unos zarzales y la maceta se iba llenando de zarzas. Por último, Margarita sabía que Gil no la había engañado nunca, y sabía también algo de zarzas, mantillos y rosales: pero la pobre chica estaba enamorada hasta los tuétanos del joven de gallarda presencia y semblante agraciado, y ya se sabe que la mujer enamorada no sabe, ni oye, ni entiende, ni cree más que lo que tiene por conveniente que crea, entienda, oiga y sepa el que ha logrado cautivar su albedrío.

Durante algunos días no ocurrió nada de particular. La Lirona continuaba viviendo para dormir. Gil llegó á convencerse de que nadie había aconsejado á Margarita que no tocase á la maceta, y de que el jinete de marras no tenía más conexión con el joven que la imaginaria que él, con sus celosas sospechas, le había dado. Seguirá el buen Larraz trabajando con el incansable tesón de vascongado. Margarita continuó yendo sola á todas partes con la libertad que se acostumbra en el país. Hacia tiempo que Gil tenía pensado bajar á Loyola á comprarse unas abarcas



LA ELECTRICIDAD, cuadro por Kandler

EXPOSICION PARES



PAISAJE, por Marqués (adquirido por el Tenor Anselmo Masini).

para reemplazar las que llevaba puestas, que estaban cayéndose a pedazos, y aprovechando un día las horas de la siesta, quiso quitarse este cuidado de encima. A campo traviesa, para economizar tiempo y pasos, emprendió la marcha pensando en que á la caída de la tarde iría á enseñar su compra á Margarita, de la que cada vez se sentía más enamorado. Al saltar un seto que dividía dos heredades, llegó á su oído el giro de una alegre carcajada: se detuvo un momento; giró alrededor una mirada investigadora y ¡cuál sería su asombro al ver á Margarita y al conabido forastero sentados bajo unos alamos, no lejos del mismo seto! Gil sintió que se le iba el alma: tenía fuego en las venas, fuego en el corazón, fuego en el cerebro. El demonio de los celos le empujaba con incontrastable ímpetu hacia la venganza, inspirándole los más criminales pensamientos: su amor infinito á Margarita iba borrándole uno á uno, como una ola borra en la playa lo que se escribiese sobre la húmeda arena al retirarse otra ola. Era aquello el horrible duelo á muerte de dos titanes enardecidos por un odio inmortal. De pronto asomó una lágrima á los ojos del desventurado Gil: la lucha había cesado: la luz había vencido á la sombra: el dolor había amordazado á la venganza. Saltó caultosamente el seto, y arastrándose como una culebra avanzó hasta ponerse á muy corta distancia de la enamorada pareja. Cada sílaba que desde allí oía era un puñal que se le clavaba en el corazón.

Decía el forastero:—¿Ni una palabra me dices? ¿Ni siquiera vuelves hacia mí los ojos? Mírame, aunque sea enojada. Había, aunque sea para maldicirme... etcétera.

—No se abrió mi corazón al amor hasta que le hirió el rayo de tu mirada, y nunca desde entonces ha codiciado otro bien que el de servirme como esclavo... etcétera.

—Leno el pecho de ansiedad y zozobra, ardiendo en llama de amor que irritó la sensibilidad, sin voz, sin aliento, ciega, turbado, loco, llegó al fin á tu lado... etcétera.

Después de esta última etcétera fué cuando verdaderamente oyó Larraza cosas importantes. El joven, á quien Margarita llamaba Federico, habló de las grandes riquezas que poseía en Madrid; dijo que á los dos días tendría precisión de volver á su casa, por exigirlo así la marquesa, su madre, que deseaba casarlo con la hija única de un banquero; añadió que él no podía querer más que á su Margarita, ni vivir más que para su Margarita, por su Margarita y con su Margarita; suplicó á la sencilla aldeana, con frases apasionadas y vehementes, que huyese con él para presentarse á la marquesa, afirmando que ésta, á pesar de sus nobilísimos timbres, al verlos juntos exigiría que sin demora un sacerdote le echase las bendiciones; y concluyó describiendo con desahogada palabrera las delicias que para una mujer joven, hermosa y rica encierra la corte, donde á un placer sucede otro placer, á un triunfo otro triunfo y á una alegría otra alegría. Turbada, vacilante, confusa, Margarita pidió veinticuatro horas para decidirse; después ofreció contestar á la mañana siguiente; después prometió que si á las dos de la madrugada se asomaba á su ventana, sería señal de que estaba resuelta á huir.

Cuando Gil pudo darse cuenta de lo que acababa de escuchar, Margarita había desaparecido. El forastero, atravesando maizales, se dirigió al camino de San Sebastian. Gil le seguía de cerca. ¿Para qué? ni él mismo lo sabía. Casi á la salida del valle encontraron á Anton Indirectas que volvía de la ciudad, arreando á su borriquillo. Anton saludó al paso al forastero, diciéndole:

—Dios guarde á don Pepito.
—Buenas tardes, Anton.

—No se llama Federico! pensó Gil, haciendo un gesto indefinible; y como su amor no era de esas pasiones tumultuosas, en cuyo fondo late siempre el egoísmo, en vez de esperanza, sintió un nuevo dolor más amargo que todos los que hasta entonces había sentido. Comprendió que aquel hombre engañaba á Margarita, por quien él se atravesaría á todo, menos á ofender á Dios. Se acercó al viejo Indirectas, y con voz ahogada le preguntó en suscensejo:

—¿Sabe V. cómo se llama ese caballero?
—Don Pepito de Tal.
—¿Vive en Hernani?
—Vive en la capital, en el barrio de San Martín.
—¿Es soltero?
—Casado. Pero ¿á dónde vas á parar con tanta pregunta, muchacho?

Gil contó sus cuñales al anciano, sin ocultarle que antes de que aquel hombre se llevase á Margarita, estaba decidido á asesinarlo.

—Tomas el rábano por las hojas,—contestó Indirectas.—Con que seas capaz de gastar algún dinero, esa moza será tu mujer por encima del lucero del alba.

—Todo lo que yo tengo es de V. si Margarita es mía.
—¡Todo! No, hombre, no. Yo me contentaré con lo que sea razonable. Por ahora, quedaré satisfecho con que me des un real por una copla en que advierti á esa chica que huyera de malas tentaciones; otro real por otra copla en que te dije que los celos son comida indigesta y otro real por otra copla en que te aconsejé que guardaras tu viña; y otro real por no haber caído hasta hoy en la cuenta de que indirectamente hace ya días que vengo ocupándome de tu asunto, y de que debías haber acudido á mi experiencia para sacudirte las moscas.

—¿Allá va una peseta y siga V. hablando. Pero ¿de veras me casará con Margarita?

—Ya llegaremos á eso: es decir, ya llegarás. Por lo pronto, te vuelves conmigo, y cuando pasemos por la casería de la Lirona, te quedas allí, y convidas á ella y á su

nieta á ver esta noche una función de comedias en la ciudad.

—¿Pero se olvida V. de la cita de la madrugada?
—Tú eres el que parece que olvida que Anton Indirectas siente crecer la hierba, aunque me esté mal el decirlo. No me interrumpas. Harás entender á la Lirona, sin que se entere la muchacha, que el convite es de parte mía, y que si no quiere en adelante pasar llorando el tiempo que no pase durmiendo, es necesario que ni ellas ni nosotros faltemos á esa función de comedias.

—Todo eso diré.
—En seguida vas á Astigarraga, y, también de parte mía, le pides al alguacil el perro de presa que le regalé el invierno pasado: díle que mañana temprano se lo devolveré contigo.

—¿Y á dónde llevo el perro?
—Lo llevas á tu casa y me esperas: de lo demás hablaremos mientras tomamos un bocado y un trago, que tú me ofrecerás y que yo aceptaré.

—Sí, señor: comeremos, beberemos y fumaremos.
Cuando llegaron á la casería de Margarita, el viejo siguió arreando á su borriquillo y lanzó al viento esta nueva copla:

No temas, aunque cruces
mares revueltos;
nunca falta una tabla
que lleve al puerto

La nieta de la Lirona regaba á la sazón la maceta de su ventana, y Gil, que ya se daba por casado, exclamó en tono chancero, encarándose con su amada:

—¿Cómo no se han abierto todavía todos aquellos capullos?

—¡Ay, Gil! están muy marchitos, no sé de qué. Sube. Larraza examinó la maceta: las zarzas formaban ya un espeso bosque al rededor de la mata de claveles; y ésta, mustia y medio seca, tenía color amarillento, síntoma de la próxima muerte de la planta.

—¿Ves lo que han hecho tus rosalitas? Con su gran fuerza de absorción se asimilan todas las partes nutritivas de la tierra, dejándola sin jugos para otras raíces, y con sus tallos y hojas ahogan al pobre clavel, quitándole la luz y la atmósfera libre que para vivir le son tan necesarias como la buena tierra. Pero acauso podremos salvar al enfermo: deja que arranque...

—¡No, no! Tengo empeño en que no se toque á la maceta, aunque pierza la mata de claveles. Ya veremos lo que dices cuando todas estas ramas se cubran de rosas.

La abuela desde el campillo quiso terciar en la conversación, diciendo á su nieta:—«Mucho peligro deben correr esas flores cuando Gil insiste en contrariar, y mucho temo, al ver tu tenacidad, que si Dios no lo quiera, llegara el caso de que te enamores de algún mal hombre que trate de engañarte, desoigas del mismo modo los consejos de mi experiencia y de mi cariño.» Hay que convenir en que esto hubiera venido muy á pelo; pero es preciso convenir también en que sucedió lo de siempre: esto es; en que la vieja se durmió y no dijo esta boca es mía. Gil la desparió sin perder tiempo; despachó su comisión y en seguida echó á andar hacia Astigarraga á recoger el perro del alguacil.

(Se continuará)

EL PILLUELO DE MADRID

RETRATO Á LA PLUMA

¡Mirad!... Es el pilluelo de Marcial... Uno de los primeros granujas de la Península... Miradle, en fin.

Alguno creará que pertenece al ejército, juzgando por la marcialidad con que lleva la gorra militar picarescamente inclinada sobre la sien izquierda.

Cierto que su aire guerrero induce á pensar si será un quinto, ó un licenciado, pero sus años, que, estréndolos mucho, apenas llegarán á trece, manifiestan que si está en camino de ser quinto y de alcanzar el ascenso inmediato, vulgo el canuto de licenciado, todavía la patria no ha juzgado oportuno utilizar su valor.

Y sin embargo, la gorra de cuartel que Marcial lleva, adornada con el número 6, le denuncia como individuo del batallón Cazadores de Figueras.

Digamos, con todo, para no faltar á la verdad, que si Marcial envidia á los pequeños cornetas de la milicia, que admira todos los días en la parada, la gloria militar no ha logrado seducirle todavía.

Le gusta el ejército, pero aborrece la ordenanza, porque él es un pájaro, un sumatuelo, libre, pendenciero, descreído, granujilla, un verdadero gorrion, en fin.

Cierto que el soldado tiene asegurado el alimento y el vestido, es decir, la materia: pero en cambio carece de libertad y de independencia, es decir, de espíritu.

Filósofo, á la manera de Dídgenes, enamorado de la libertad y del sol, un sólo pipío le policía que trata de echarle mano para encerrarle en el Pardo, aire y sol, lo mismo que el filósofo griego pedía á Alejandro.

Pero volvamos á su traje.

La gorra de cuartel de que Marcial se mostraba tan orgulloso era un regalo de un su amigo cabo del regimiento de caballería de Santiago, que á las veces solía obsequiarle con una prenda de desecho, con una cacerola de rancho sobrante, con alguna colilla infumable, ó algún puntapié mayúsculo.

Demás de esto, la blusa azul desgarrada por los codos y sin botones en las mangas, que hacia las veces de camisa, chaqueta y capa, tres prendas distintas y un solo abrigo verdadero, no es prenda de la milicia, aunque sí la única que Marcial poseía.

Los botitos rotos que cubrían á trozos, los piés de nuestro héroe, tenían ¡ah! algunos pedazos de gomas, y sabido es que al soldado no se le consiente calzado semejante, y que unas botinas con gomas costaron la vida al pobre cabo Collado.

Y sin embargo, el pantalón de pana, con algunos hilachos rojos á manera de franja, parecía un pantalón de la tropa...

¡Ilusiones!... El pantalón era propiedad de Marcial, á quien le había costado setenta y cinco céntimos (tres reales) en las Américas, no en las descubiertas por el gran Colón, sino en las descritas por el insigne D. Ramon de la Cruz.

**

Cuando le hallamos, Marcial se ocupa con gran empeño en elevar un globo construido con un pedazo de cartón de teatro y sujeto por cuatro hebras de lino y un tapón de corcho, recogido en el Café de Levante á cambio de un sobrero *lajo* que le arrojó uno de los mozos, y que le obligó á exclamar saliendo al escape:

—¡Camrero!... Todo se ha perdido, menos el tapon. Marcial posee, y de ello se muestra orgulloso, una caja de fósforos que representa el globo y la caída del infatigado capitán Mayet, y dentro de esta caja un medio puro que chupa con imponderable voluptuosidad después de cada comida.

**

Cuando las colillas recogidas en las calles y los cafés llenan su bote de hoja de lata, y merced á su industria y á algunas fundas oficiales, las convierte en *cajetillas nacionales*, tan temibles para el desdichado consumidor, Marcial es feliz, y con sus ganancias hace una vida de sobrero durante algunos días.

Cuando, merced á la cuerda de esparto rodeada al pecho, logra subir de las estaciones algún pequeño bulto, emplea su capital en un 25 de *Correspondencia ó Liberales*, y con el dinero de la venta reposa tranquilo y entregado á ese dulce *far niente* tan querido de los italianos.

Si la policía le sorprende en un café pidiendo limosna, Marcial sostiene imperturbable que es un *recadista* portugués y que los señores le han hecho el honor de llamarle.

Si por desgracia hurta un pañuelo (que á tanto suele obligar la necesidad), afirma que él es un *rapas* desgraciado y que *rapas* viene de *rapaña*.

**

Marcial ha sido barquillero, limpia-botas, comerciante, mozo de cuerda, aronero, revendedor, todo, en una palabra, que la ignorancia y la miseria son malas consejeras y peores amigos.

Sabe jugar á las chapas, y lo que es más, sabe la manera de que siempre salgan cruces ó vice-versa.

Conoce todos los nombres dados á la justicia, y los repite ante sus amigos que le escuchan con asombro:

—En tiempos de Quededo se llamaban *alguaciles*, luego *goyilas*, después *ministros*, más tarde *corchetes*, á mediados de este siglo *gumillas*, seguidamente *amirillos*, y hoy *guardias*.

Dos cuartos de camarones duran á Marcial todo un día, y los sabores despacio y con delicia.

Es aficionado á las artes y á los toros.

No es realmente *gourmand*, pero le gusta como bien, y cuando la ocasión llega, nadie como Marcial sabe que los mejores callos y caracoles son los que se comen en el río, las chuletas más ricas las del Puente de Vallecas, el más sabroso lomo el de las Ventas, y el vino más puro el de Tetuan, pero de las monas lo mismo en Marruecos que en España.

Marcial se jacta de escribir algo, de leer de corrido lo impreso y despacio lo manuscrito.

¿Tiene familia? Lo ignora.

El siempre ha vivido así, es decir, al en el Pardo, algo en la prevención y mucho en la calle.

Nadie como él para hacer perder la pista á un sereno y dormir en el banco de una plaza en verano, ó en el hueco de un portal en invierno.

**

Marcial es universalmente conocido y estimado. Él avisa á los de los puestos ambulantes la llegada del alguacil, aviso que suele valerle un perro chico. El imita el canto del gallo para indicar á las vendedoras de las plazuelas que huyan del guardia que llega, atención que ellas pagan regalándole una naranja, un pimiento ó un tomate, según las estaciones, con algún trozo de pan, todo lo cual acepta por no parecer desagradecido, y porque con ello la vida grosera y material queda asegurada.

No es raro, antes ocurre muchas veces, el ver á Marcial compartir su frugal comida con otro infeliz más desgraciado que él.

**

Marcial asiste á la puerta de la Opera, y cuando por casualidad recibe la contrache de algún espectador aburrido y penetra en el teatro y asciende hasta el Paraiso, sus pulmones se ensanchan, se abren desmesuradamente sus ojos, se hincha su nariz, se colorean sus mejillas, y escucha con religiosa atención el trozo de ópera que le ha tocado en suerte, y siba funesto si la triple da un *gallo* ó al cornetín se le escapa un *more*.

**

Pero la mayor delicia de Marcial es pregonar el periódico con el gran discurso de Castelar, burlando á la policía que le persigue y corriendo calles y plazas, apareciendo y desapareciendo como un fuego fátuo, orgulloso por creer que su débil voz es la campana revolucionaria que llama al pueblo á las armas.

Los días en que los papeles no traen cosas gordas que *vocear* y en que no hay peligro que correr, Marcial apenas se ocupa de ellos.

¿Qué hace entónces?

Vender las famosas cajetillas, ó cromos á cinco céntimos la docena, ó la cuestión de los quince, ó las *Memorias de Frascuelo*, ó relojes «que en la tienda están marcados en cuatro mil reales!» y que él ofrece á perro chico.

**

Marcial se alaba de haber servido de modelo á Plascencia para uno de sus cuadros, y refiere que las botas que el gran pintor le regaló al mirarle con los piés desnudos, le fueron robadas una noche teniéndolas puestas.

—¿Y tú qué hiciste?—le preguntó un discípulo de Plascencia.

—Perdonarle. De seguro le hacían más falta que á mí... Y además, me estaban un poco estrechas y lo primero es la comodidad.

**

Marcial es revolucionario sin saberlo, por instinto. Se entusiasma con los *nihilistas* rusos, con los *socialistas* alemanes y con los *rojos* franceses. Odió á la *burguesía* y detesta á la nobleza, y sin embargo... ¡quién sabe si á un burgués y á una aristócrata deberá la vida!

Nuestro pilluelo conoce á todos los ganchos, timadores, espadistas, mañeras, matuteros y chamicerías de Madrid y aun de España. Comprende algo de la jerga de los presidios, distingue el canto flamenco, sabe requebrar á una barbiata, y baila, si llega la ocasión, arrojando al aire la caña de Manzanilla! ¡La Manzanilla!... ¡El Jerez!... Para Marcial estos dos líquidos son la Eva y el Adán del género humano. Sin ellos ni la mujer ni el hombre existirían.

**

Marcial no falta nunca á la primera corrida de novillos, sin que nadie pueda explicarse el cómo: ni á la romería de San Isidro, á comprar el indispensable pito de cristal con grandes flores de trazo y las sabrosas rosquillas de la *verdadera* Tía Javiera; ni á las verbenas, á comer *churrros* y tomar media copa de Chinchón; ni á las ferias, á obsesarse con una gran tajada de dorado melon ó roja sandía; y en ocasiones hasta va al Escorial en los trenes de recreo de los domingos. ¡milagro sólo comparable al sublime de pan y peces!

Para terminar, Marcial es guerrero, artista, mendigo, filósofo, comerciante, pródigo, soñador, obrero, sibarita, revolucionario, noble, mísero, rico y pobre, todo en una pieza, una enciclopedia social.

Tal es á grandes rasgos, la verdadera efigie del pilluelo de Madrid, de esta celeberrima y nunca bien ponderada *corte* de los milagros, como la apellidó el poeta, síma profunda, pozo sin fondo, nuevo y grandioso tonel de las Danaidas, siempre lleno y siempre vacío al igual del famoso de la mitología.

E. RODRIGUEZ SOLIS.

EN LA PLAYA

Parece este el título de una poesía, pero no lo es, sino el de unas playeras en familia; apuntes de bañistas, tomados del natural, próximamente, según calificación que de un boceto hace su autor, que es un artista muy concienzudo.

¡Cuánta poesía encuentra el sentido viajero y fiel observador en la orilla del mar, durante la temporada de baños!

En las playas del Océano ó del Mediterráneo nos reunimos todas las personas más escogidas de Madrid.

Las de N., las de P., las de X.; los conocidos (por su desgracia) señores Tal y Cual, representantes de la tribuna, del arte, de la literatura, de la política; los niños hijos de las de N. y los hijos de las de P. y de la banca; de la milicia y demás; todos están en la playa.

Allí se juega inoralmente, se fraterniza, se baila; *echan* comedias (á perder), disponen jiras los más alegres entre los concurrentes al indicado sitio durante los meses de verano.

Resulta de aquellos baños son varios maridos, algunos futuros banqueros, magistrados y generales del porvenir.

Porque durante los días en que se reúnen y alternan ó



ANDRÓMEDA, estatua por Bonamore

toman la alternativa ciertas familias, adquieren relaciones provechosas para unos y desgraciadas y perjudiciales para otros individuos.

Amores que nacen y se amamantan al dulce arrullo de las aguas del mar, son los más románticos ó los más naturalistas, según la clase de las parejas enamoradas.

Ya habrán leído Vds. en novelas escritas al alcance de todas las fortunas, y en coplas sentidas, que las brisas del mar cuando soplan, acarician.

Que la luna riela así como los poetas de nacimiento ó poetas por algun accidente desgraciado como golpe ó susto escriben, y así como las yuntas aran y viceversa.

También saben cuantas personas han leído algo, aunque sea poco, en libros de cualquiera de los géneros literarios mencionados, que el mar usa ondas de plata, como nuestras chulas de Madrid las usan formadas con sus propios cabellos.

En la playa prescinden los bañistas, generalmente hablando, de las exigencias y prácticas tiránicas de la sociedad en las grandes poblaciones.

—¿Usted ha estado en Buitrugo de asiento?—preguntaba una señorita del ramo de cursis á un caballero que la miraba con buenos ojos.

—De asiento no, estuve de *tourista*.

—¿Y qué empleo es ese, aun cuando esté mal preguntado?

—Lo ha preguntado V. muy bien, señorita.

—Gracias, favor que V. me dispensa.

—*Tourista*, en lengua casi francesa, es como viajero.

—¿Viajante?

—No, viajero, lo cual varía.

—Pues en Buitrugo, si V. ha estado allí, habrá visto que no hay esto.

—¿Mar? todavía no.

—Quiero decir, esta franqueza, este trato: allí hay más exigencias... No puede V. salir á la calle con una falda de percal.

—¿Y? Tampoco podría salir aquí en ese traje.

—Es un suponer: todos y todas le critican.

—Es un martirio como el de San Antonio.

—Que la sale á una novio: pues ya hay tela cortada para la murmuración: ya V. ve, qué tiene de particular, y no hablo por mí, que á una muchacha le salga un novio?

—Nada; lo extraño es como no les sale á algunas la guarda civil y las prende.

Esta galantería de playa penetra, explicada y sentida, más que un dardo en el corazón de la jóven.

¡Pobres chicos!

En principios de este año los he visto ya casados.

«¡Si habrán salido á veranear!» he pensado varias veces.

Y luego dejándome llevar de la duda respecto á los ejercicios espirituales del matrimonio, he añadido:

«¡Les parecerán ahora la luna de plata y las brisas del mar caricias, ó el astro nocturno una torta con chicharros y las brisas navajas de afeitar!»

De las playas han salido directores de diversos ramos, subsecretarios y hasta ministros.

Allí no se puede hacer más para distraerse, que jugar al monte, á la ruleta ó á la política ó á los novios.

He visto en una ocasión á dos personas importantes sumergidos en aguas del Océano, con el agua al cuello, conspirando.

Una conspiración naval, entre un general y un paisano.

—Seamos cautos—decía uno—que pueden oírnos.

El otro miró en derredor y no vió más que á un besugo que juguetaba allí próximo.

—¿Quién será ese?—preguntó el más prudente, no de los besugos, de los dos conspiradores.

—Por si acaso suspendamos la conversación, que las paredes oyen.

—Aquí no hay paredes, pero...

—Es igual: que los besugos oyen.

En otra ocasión he sorprendido á un caballero que nadaba persiguiendo á otro.

El que marchaba delante era un ministro: el otro un pretendiente que le escoltaba para captarse las simpatías de su excelencia.

—Al que le toque al pelo de la ropa, le parto,—me dijo el pretendiente.

—En este momento sería muy difícil.

V. luego, cuando conseguía alcanzar al ministro, le interrogaba con sumo cariño:

—¿Quiere S. E. alguna cosa?

—No, muchas gracias, es V. un tiburón—replicaba el Excmo. señor.

—Nado regularmente.

—No lo digo por eso, sino por lo feo de sus persecuciones.

—Señor, soy padre de familia cesante.

—¿De familia cesante?

—No, señor: padre de familia y cesante, cargos verdaderamente incompatibles.

—Bien, hombre, bien.

—¡Ah! si V. los viera! todos en cueros vivos.

—¡Vaya un cuadro repugnante!

—Hablo en sentido metafórico.

Por fin, el ministro por divertirse con el pretendiente le entregó una credencial en el agua.

Su excelencia la llevaba cuidadosamente dentro del sombrero de paja y anchas alas con que se defendía contra el sol.

El pretendiente se abalanzó sobre el pliego, le colocó por una punta entre los dientes y emprendió á *toda vela* el viaje de regreso á la orilla.

Parecía un perro ó un cesante de Terranova.

En la playa de un pueblillo del Cantábrico he presenciado un duelo.

Entre los dos contendientes se cruzaron hasta veinte balas.

Hay sucesos providenciales.

Ambos señores salieron ilesos del tiroteo.

Los que resultaron heridos fueron: los testigos, el partero de un bote y seis pescadores más.

Es verdad que tiraban bien los dos combatientes.

En la playa se renueva la sangre, se respira.

Un caballero que vive constantemente en ella, me recomendaba hace pocos días:

—Créame V.: la primera condición para vivir es esa; *mucha playa, mucha playa*.

EDUARDO DE PALACIO

LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA

I

LA TELEGRAFIA ELECTRICA EN LAS OPERACIONES MILITARES

Es tan natural que se haya tratado de utilizar las líneas telegráficas existentes para la transmisión de órdenes y la comunicación rápida entre varios cuerpos de ejército, que casi todas las naciones europeas han creado un servicio especial de telegrafía militar.

Hácese datar del año 1857, época de la conquista de la Gran Kábla por el mariscal Randon, la primera aplicación que han hecho los franceses de la telegrafía ambulante. Durante la guerra separatista, los americanos hicieron constante uso de este sistema de cor-

responsabilidad para el servicio de los ejércitos en campaña. En 1870 y 1871, las tropas alemanas fueron acompañadas, desde el principio de la guerra, de brigadas de telegrafistas perfectamente ejercitadas en la instalación de líneas y en su funcionamiento, que no tenía solamente por objeto las operaciones puramente militares, sino el suministro de material. Véanse algunos detalles interesantes que el ingeniero alemán von Chauvin dió acerca de los resultados de la telegrafía militar prusiana durante la guerra de 1870.

En Prusia se había instruido en el servicio de la guerra, durante la paz, á numerosos empleados sacados de las oficinas de la administración civil. Poco después de romperse las hostilidades, trescientos telegrafistas estaban dispuestos á partir con la vanguardia del ejército, y en breve quedó establecida una comunicación con la retaguardia. El cuerpo telegráfico estaba provisto de aparatos del sistema Morse, y nunca hizo uso del *parleur*. La brigada que iba con la vanguardia llevaba postes ligeros y alambre de cobre, utilizando también alambres aislados ó cables tendidos en el suelo, ó bien colgados según lo exigía el trayecto. Los aparatos Morse pesaban casi lo mismo que los del servicio civil.

Otra brigada colgaba de postes de pequeña dimension una línea menos ligera, por la cual se transmitían los telegramas pidiendo á Prusia víveres y municiones de guerra. Una tercera brigada de telegrafistas, que seguía á la retaguardia en su avance por el territorio francés, cambiaba las líneas provisionales de la segunda brigada en líneas definitivas de la misma fuerza y dimensiones que las empleadas por el gobierno. La utilidad del telégrafo quedó sobre todo manifiesta en los asedios de ciudades y fortalezas. Un perímetro de unos 150 kilómetros de líneas telegráficas rodeaba á París, comprendiéndose fácilmente que tan considerable espacio no habría podido estar acordonado por soldados. De este modo se establecieron dos líneas de hilos aéreos lejos del alcance de los proyectiles franceses: cada una de ellas tenía cuatro hilos que ponían en comunicación á veinticuatro estaciones, y por los cuales se cursaban diariamente millares de despachos al rededor de París. El emperador de Alemania confesó á Moltke que *á no ser por el telégrafo no hubiera sido posible poner sitio á París ó mantener el de Metz por tanto tiempo*. Otra de las ventajas del telégrafo fué la que tenía relación con el suministro de víveres y el empleo del material. Todas las subsistencias de aquel inmenso ejército se sacaban de Alemania, porque en los países invadidos no se podía encontrar el número suficiente de raciones.

Casi todos los ejércitos europeos tienen organizado hoy, como hemos dicho, su servicio telegráfico, y en la Exposición de Electricidad han figurado modelos de los aparatos, carruajes, y demás objetos de material adoptados al efecto. La instalación de una línea telegráfica militar comprende un corto número de operaciones, como transporte y tendido de hilos, colocación de postes si la línea es aérea ó instalación de estaciones. América y Suecia emplean tres carruajes para estos objetos, uno para llevar el alambre ó los cables, otro para los postes con sus aisladores, y otro para los aparatos de estación. Bélgica sólo usa uno, pero únicamente para el caso de establecer una línea directamente en el suelo, sin postes; y está dividido en tres compartimientos, ó sea un cupé descubierto, la estación y el punto en que van colocados los cables.

La operación de desenrollar y tender los hilos se suele hacer automáticamente. Un torno puesto en movimiento por las ruedas va soltando el hilo á medida que el carro avanza. Los carruajes ingleses destinados á los telégrafos de campaña tienen dos hileras de tres carretes de hilo que giran por medio de poleas cuyo eje está en comunicación con uno de los del vehículo. Estos carretes están colocados á la zaga; en la parte anterior del carro hay unas cajas que contienen la pila, el *parleur* y el galvanómetro; por último, en el espacio longitudinal comprendido entre la dos filas de carretes se acondicionan 20 pos-



ENTRE SCILA Y CARIBDIS, cuadro por L. Hoffmann

tes ligeros de hierro formados de partes que encajan unas en otras, y que se sacan como los tubos de un anteojo de larga vista, cuando hay que plantarlos en el terreno.

Hé aquí cómo se instala en Francia una línea telegráfica militar. El material se compone de *carros-estaciones* divididos en dos compartimientos, uno de los cuales sirve de estación y el otro contiene ocho carretes cuyos hilos tienen 16 kilómetros de longitud, de manera que cuando hay que montar una línea mas larga, acompañan á dichos carros unos carretones porta-carretes en los que se pone, además de los hilos, las lanzas y las herramientas necesarias para instalar la línea. Cuando esta se ha de establecer en país montañoso, inaccesible á los carruajes, se lleva el material en mulas, y para desenrollar los hilos se hace uso de carretoncillos de una sola rueda en los cuales se colocan las bobinas.

A cada brigada de construcción están adscritos un sargento, dos cabos y doce individuos. El sargento traza la línea, y los soldados se dividen en tres grupos, uno de los cuales abre los hoyos para las lanzas cuando la línea es aérea; el segundo desenrolla los hilos y hace los empalmes, y el tercero sujeta el hilo á las lanzas y las hinca en tierra.

Nada hemos dicho de los aparatos usados para la transmisión de los despachos. Por lo comun son del sistema Morse; sin embargo, en los Estados Unidos se recibe al oído, es decir, se usa como receptor el aparato acústico llamado *parleur*, empleado por lo general en todas las estaciones americanas. Sin ser mucho más sencillo ni menos voluminoso que el Morse impresor, el *parleur* adolece de un grave inconveniente en campaña, cual es el

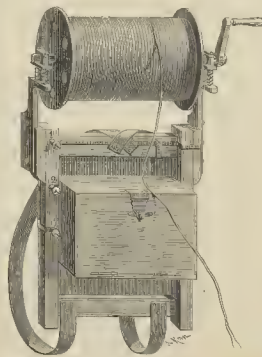
constituyen las dos estaciones. Cada uno de ellos está provisto de una pila y de un aparato manipulador y receptor. La línea está constituida por un cable de dos hilos, enrollado en un grueso carrete fijo en la parte superior de una especie de aparato que el soldado lleva á cuestas como el morral reglamentario. Debajo del carrete, cuyo hilo se vá desenrollando á medida que el soldado avanza, hay una caja que contiene la pila (pila hilmeda del sistema Daniell). El oficial lleva otra semejanje á modo de cartuchera.

Para ponerse en comunicación, cada colateral coge su aparato del que parten tres hilos conductores, uno que lo enlaza con la pila, y los otros dos empalmados á los dos conductores de la línea. El grabado que insertamos representa el *parleur*, que comprende un manipulador Morse, fijo al exterior de una caja en forma de reloj, y dentro un electro-iman con su armadura. El manipulador se maneja fácilmente con la punta del dedo índice de la mano derecha, mientras que con la izquierda se sostiene la caja. Los signos Morse transmitidos así por la línea producen movimientos análogos en la armadura que, dando contra un boton puesto en el fondo de la caja, produce una serie de golpecitos secos, cortos ó largos. Escuchando estos ruidos se puede recibir el despacho al oído.

M. Trouvé ha construido otro aparato, al que dá el nombre de *reloj telegráfico*, especie de manipulador-receptor de cuadrante, que se maneja dando vuelta á un boton barnizado, lo mismo que se hace para poner en hora las agujas de los relojes de *remontoir*.

A. G.

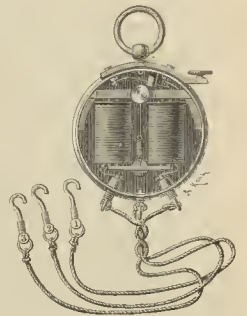
SISTEMA DE TELEGRAFÍA MILITAR TROUVÉ



BOBINA Y PILA PORTÁTILES



RELOJ TELEGRÁFICO



APARATO ACÚSTICO (*parleur*)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III

← BARCELONA 1 DE SETIEMBRE DE 1884 →

NÚM. 140

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA ESTRELLA, estudio por H. Schmechen

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—CLAVELLES Y ZARZAS (*Conclusion*), por don Pedro María Barbera.—NOTAS DE VERANO, por don Benito Más y Prat.—ROSA DE AMOR, por don Manuel Ferrández y González.—LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA, (11), por A. G.

GRABADOS: UNA ESTRELLA, estudio por H. Schmiechen.—HORAS PLÁCIDAS, cuadro por J. R. Wehle.—UNA ESCENA DE LOS NIBELUNGOS, cuadro por T. Pixis.—LA CURIOSIDAD.—MÁQUINA DE LUZ ELÉCTRICA PARA RECONOCIMIENTOS EN CAMPAÑA.—CARLOMAGNO DESTROYENDO EL ÍDOLO DE IRMINSUL.

NUESTROS GRABADOS

UNA ESTRELLA, estudio por H. Schmiechen

La publicación en nuestras páginas de varios retratos de mujeres consideradas hermosas por los artistas que las han dado cierta celebridad, no sólo tiene por objeto familiarizar a nuestros favorecedores con la idea de la belleza, sino demostrar de cuán diversa manera esa belleza es concebida por los encargados de darla forma. Sin negar que haya condiciones generales, comunes a todas las mujeres hermosas, es indudable que nuestra estrella de hoy brilla más en el cielo de Alemania que en el de Inglaterra, por ejemplo.

Rubens y Rafael concibieron bien diferentemente a la mujer hermosa, y sin embargo, ambos crearon tipos de belleza indisputables.

HORAS PLÁCIDAS, cuadro por J. R. Wehle

Este cuadro adolece de cierta frialdad; diríase que sus personajes carecen de calor, de vida, de sentimiento. Suponiendo que sea así, puede creerse que esa calma general de la composición pictórica, obedece intencionalmente al criterio del autor?

Nuestra opinión es afirmativa.

Horas plácidas titúlase el cuadro, es decir, horas de felicidad tranquila, íntima, lejos del mundo y de las pasiones que lo agitan; lejos del vértigo; lejos de esas situaciones violentas, borrascosas, temibles siempre, aun cuando en un momento dado parezcan secundar nuestras más ardientes ambiciones. Las horas que trascurren en esa felicidad ficticia, podrán colmar nuestro deseo, como las alucinaciones del opio ó del hachich colman el de los infelices que con semejantes drogas se envenenan; pero esas horas no serán plácidas, sino turbulentas; podrán satisfacer a lo sumo la vehemencia de una pasión, cual el espectáculo de la tempestad satisface al navegante ávido de emociones fuertes.

En nuestro cuadro, por el contrario, todo respira goce reposado: en el cielo que se descubre desde la abierta ventana, todo es limpidez; ni una sola nube empaña el azul claro, trasparente, de esa atmósfera, no agitada siquiera por el vuelo de un pájaro. Tampoco hay nube alguna en el cielo de amor en que vive la pareja que anima la escena: hé aquí porqué resulta el cuadro algo frío, algo monótono, algo pálido...

Es que el hombre se apasiona del contraste y estima en más los esplendores del sol, si no pudiera compararlos con las sombras de la noche.

UNA ESCENA DE LOS NIBELUNGOS, cuadro por T. Pixis

Las tradiciones alemanas, caballerescas y fantásticas a un tiempo, las leyendas transmitidas de padres a hijos orillas del Rin, tienen un carácter especial sumamente a propósito para inspirar á los poetas y á los artistas. Lo que en España es el *Romanero del Cid*, es en Alemania el poema de los *Nibelungos*; una y otra composición han dado lugar á las mismas discusiones entre los críticos; uno y otro monumento literario encarnan el carácter de cada uno de los pueblos en cuyo idioma se hallan escritos.

Las mismas influencias que determinan la forma literaria popular de las naciones, traspiran en su música, y no es de extrañar, por lo tanto, que cuando nace un verdadero genio indígena, como lo fué sin duda Wagner, se inspire en asuntos no menos indígenas. Wagner no podía componer sobre el libro del *Barbero de Sevilla*, como Rossini no hubiera podido dar forma musical á los *Nibelungos*. De aquí la ópera, una de cuyas escenas ha reproducido Pixis, escena que, después de todo, no figura en el poema de que está tomada la obra de Wagner.

En el cuadro, Sigfrido, antes de partir á los estados de Brunequilla (no puede ser otro el momento escogido por el autor), recibe el cuerno que contiene la mágica bebida que le preservará de recordar á las mujeres cuya belleza le seduzca. El asunto es simpático y está tratado con acierto; pero, lo repetimos, en el poema no hay tal escena, ni tal bebida, ni tal cuerno: hay una mujer enamorada de su esposo (Sigfrido), que más tarde, herida en lo más íntimo del corazón por el asesinato de su amado, se convierte en genio de la más tremenda venganza. En esto consiste el argumento principal de los *Nibelungos*.

LA CURIOSIDAD

Si la curiosidad fuera pecado mortal, estamos por decir que poquísimas mujeres vivirían en gracia de Dios. Y no será porque así los libros divinos como los profanos no estén contestes en echarla en cara esa falta.

Por curiosidad perdió Eva el paraíso y se convirtió en estatua de sal la mujer de Lot.

Pues ahí es nada el susto que pasó la esposa del señor de Barba Azul por el mismo defectillo.

Pero la mujer es incorregible, é imitando al gran poeta inglés, bien pudiéramos decir:

—¡Curiosidad!... Tu nombre es mujer.

O: tienes nombre de mujer...

O: tu nombre es de mujer...

O: eres mujer...

Que de todas estas y otras maneras traducen cierta frase de Shakespeare los que escriben tomos acerca de lo que dijo, y aun de lo que no dijo, el autor de *Hamlet*.

La mujer de nuestro cuadro, casi una niña, rinde tributo á la debilidad general de su sexo, y empleando en juntar pedazos de papel una paciencia que no tendría por cierto, tratándose de cosas útiles, pugna por enterarse de lo que no debe y comete una verdadera imprudencia; más que esto, un verdadero abuso de confianza.

La acción es mala; pero esto no impide que el dibujo sea bueno. La curiosidad de esa mujer no tiene malicia, es verdaderamente infantil, y por esto sin duda no es repulsiva. La fisonomía candorosa de la muchacha nos permite creer que en su mala acción entra por más el impulso de la niña que el cálculo de la mujer.

Carlomagno destruyendo el ídolo de Irmisul

Carlomagno es una de las figuras más grandes de la historia. No tan sólo puede considerarse el fundador de la moderna monarquía, no tan sólo es el guerrero fuerte que crea un colosal imperio sobre las ruinas de otro imperio, no tan sólo es el legislador que deja á la posteridad un código con que suplir las odiadas leyes romanas, no tan sólo es el poeta que da forma á deliciosos pensamientos en el dulce idioma de Horacio y de Virgilio; sino que se destaca en el fondo oscuro de su tiempo como encarnación de la civilización cristiana, como paladín de la causa del Evangelio, como el soldado victorioso que tremola el lábaro de Cristo y lo clava, con robusta mano, en el pedestal que hasta entonces sostuvo á los falsos dioses; mereciendo por sus virtudes que la Iglesia le canonicase su memoria.

El cuadro que reproducimos representa á Carlomagno en el acto de derribar á Irmisul de sus altares; á Irmisul, la horrible deidad en cuyas aras se sacrifican víctimas humanas y en cuyos misteriosos bosques se practica un culto digno de pueblos salvajes, desconocedores de la ley del amor universal, que constituye la esencia del cristianismo.

El famoso emperador está representado en el acto de poner la planta encima de los trozos de la ridícula divinidad. Los druidas, escandalizados, lanzan contra Carlos sus anatemas; pero el gran conquistador les hace comprender que Irmisul no tiene rayos cuando no los ha fulminado contra él, que ha destruido su culto.

La actitud del emperador es imponente, y el conjunto del cuadro da una idea bastante exacta de los tipos y trajes de la época.

CLAVELLES Y ZARZAS

(Conclusion)

(El autor al lector.) Para que no formes juicios temerarios con detrimento de la buena fama de Anton Indirectas, que nunca fué charlatan ni pecó de arrimado á la cola, debo advertirte que habiendo entrado un día en un café de San Sebastián á tomar un tente en pie, se sentó cerca de una mesa ocupada por varios caballeros, uno de los cuales era el consabido don Pepito de Tal, de quien, sin querer, oyó toda la vida y milagros. A mayor abundamiento, la mujer de don Pepito solía comprar á Anton mucha fruta, cuando éste iba por el barrio de San Martín y el viejo conocía á don Pepito de verlo en su casa. Esta última circunstancia explica por qué se saludaron al cruzarse casi á la salida del valle de Loyola.

**

Contra lo que Gil esperaba, Margarita se mostró muy satisfecha del convite.—¡Ya lo creía! decía Indirectas: aun suponiendo que cuando pedía plazo para contestar, no tuviera ya resuelto lo que piense hacer, á las mujeres les bastan cinco minutos para tomar la determinación más grave, y ninguna ignora que cuando se da una cita á la madrugada, la mejor manera de esperar la hora es divertirse.

Fueron, pues, al teatro, donde el cartel les enteró de que verían un melodrama titulado *El sueño del maturodo*. Lo que no les advirtió el cartel es que la hora dice en su primera página que ha sido escrita por un señor García, y que la gente se empeña en creer que el autor es conocido con el nombre famosísimo de don Manuel Tamayo y Baus. Comenzó la función, y la Lírona, dicho sea en su alabanza, hasta se pellizó para lograr una vez siquiera en su vida hacerse superior al sueño. Margarita aparentaba una serenidad que no tenía. Gil no quitaba los ojos de Anton, y Anton no apartaba los suyos de un acomodador que estaba á su lado.

Al salir á la escena el personaje que se llama Alberto, Margarita exclamó:—¡Esa cara!... Al oírle hablar, dijo:—¡Esa voz!... Al escuchar estas frases:

—«¿Ni una palabra me dices? ¿Ni siquiera vuelves hácia mí los ojos? Mírame, aunque sea enojada. Habla, aunque sea para maldicirme...» etcétera.

—«No se abrió ni corazón al amor hasta que le hirió el rayo de tu mirada, y nunca desde entonces ha codiciado otro bien que el de servirte como esclavo...» etcétera.

—«Lleno el pecho de ansiedad y zozobra, ardiendo en llama de amor que irritó la ausencia, sin voz, sin aliento, ciego, turbado, loco, llego al fin á tu lado...» etcétera, la pobre aldeana se puso pálida como una muerta, y murmuró:—Es Federico: ¡infame!

Anton, como el que habla de lo que no le importa y pregunta lo que no sabe, entabló este diálogo con el acomodador.

—¿Cómo se llama ese comediante?

—Don Pepito de Tal.

—¿Es soltero?

—¡Qué ha de ser soltero! Marido de la actriz que está con él en la escena.

—¿Es rico?

—¡Qué ha de ser rico! Trampas y no pocas, será lo que él tenga.

—¿Va á seguir aquí mucho esa gente?

—Con esta función se despiden. Según tengo entendido, toda la compañía se va mañana, excepto don Pepito, que retrasa un día su salida por no sé qué cosa que tiene que hacer.

Margarita no había perdido una palabra. Cada vez más pálida, le dijo á su abuela:

—Vámonos; que estoy muriendo.

Sin acabar de ver el primer acto, salieron del teatro los dos hombres y las dos mujeres, y emprendieron el regreso al valle.

—¿Y para esto he gastado yo el dinero en los billetes? preguntaba Gil á Anton.

—No; te lo has gastado para lo otro. ¡Buena chica te vas á llevar!

—¿Qué le habrá dado? Parece una desenterrada.

—Esa palidez revela tu buena suerte. Es que ya sabe que don Pepito es un tunante, digno de una cadena.

—¿No observa V. que parece que siente mucho haberlo sabido?

—Lo que observo es que debes ir pensando en tu boda, porque Margarita no tardará en ir pensando en tí.

(El autor al lector.) Aquí sería oportuno pintar á grandes rasgos la situación moral de Margarita, ahogándose de ira y de dolor; la de Gil, que oyendo á Anton hablarle de boda, era capaz de olvidarse hasta del grandísimo placer que tendría en romperle á don Pepito un par de costillas ú otra cosa cualquiera; la de la Lírona, que pasada la primera impresión del susto, y viendo que su nieta no daba señales de morirle ni mucho menos, iba andando más dormida que despierta, ni en pena ni en gloria, como los niños del limbo; y la de Indirectas, que en lo más recóndito de su pensamiento tenía ya madurada la decisión de cobrarle á Gil un real por el diálogo con el acomodador y otro real por la palidez de Margarita. También vendrían aquí de molde unas cuantas máximas morales para abrir los ojos á las doncellas inocentes que entregan su corazón sin tomarse el trabajo de averiguar antes si es pez ó es rana el individuo á quien se lo entregan; pero tú estarás ya cansado de leer; yo lo estoy de escribir, y renuncio á meterme en dibujos que, después de todo, podrían resultar garrapatos.

**

Al llegar á su vivienda, Margarita, que no había hablado durante el camino, dijo dirigiéndose á Gil:

—No te olvides de venir mañana temprano á ver la maceta de claveles.

La noche estaba oscura; pero todo el sol del medio día iluminó el alma del aldeano. Apenas entraron nieta y abuela en la casería, Anton dió en voz baja algunas instrucciones á Gil, y cada uno echó por un lado.

Cerca de la hora en que el forastero debía acudir á saber si Margarita había decidido seguirle, la luna apareció en el horizonte, bañando en su luz melancólica aquellos pintorescos sitios. Reñaba tal silencio que se oía el casi imperceptible ruido de las hojas que la brisa agitaba en los árboles.

A las dos de la madrugada, el forastero, ó sea Federico, ó sea don Pepito de Tal, estaba en el campillo, delante de la casería. Pasó un buen rato, y la ventana de Margarita continuaba cerrada. Don Pepito tocó una, dos, varias veces... ¡nada! Tiró una, dos, varias piedrecillas á la ventana... ¡nada! Decidió al fin á jugar el todo por el todo, trató de escalar la pared, agarrándose á las juntas de las piedras. Apenas había comenzado su maniobra cuando un enorme perro se abalanzó á él, echándole á rodar y quedándose con un jiron de los pantalones entre los dientes. Se oyó un silbido y el perro desapareció. Después se oyó una voz varonil que decía:—Comiquillo de tres al cuarto: que lleve V. buen viaje y que no deje de dar memorias á su mamá la marquesa y á su futura la hija del banquero.

La ventana continuaba cerrada. Don Pepito se levantó, y sin tomarse la molestia de averiguar de quién era aquella voz ni por dónde se había escapado el perro, huyó del campillo, poco satisfecho sin duda de haber representado el protagonista de un ridículo sainete cuando esperaba serlo de una apasionada escena del más subido románticísimo.

—¡La del humol... exclamó Gil, saliendo de entre los manzanos, seguido del perro del alguacil de Astigarraga.

**

A la mañana siguiente el mancebo arrancó, sin resistencia de Margarita, todas las zarzas de la maceta: era tarde. La mata de claveles había muerto.—¡Y me traerás otra, dijo la muchacha.—Yo te traeré todas las que tú quieras, se apresuró á contestar Gil.

Poco despues pasaba el viejo Anton arreado á su borriquito, con la carga de fruta y hortaliza que diariamente vendia en San Sebastian. Se detuvo á ver cómo seguía la nieta de la Lirona, y notando el triste fin de la nata de clavetes, prorumpió en estas palabras:

—Estoy pensando que así como las zarzas del campo han dado muerte á las flores de tu maceta, el vicio y la hipocresía, que son zarzas de los hombres, pueden dar muerte á la virtud y á la inocencia, que son las flores más hermosas del alma de las mujeres.

—¿Por qué dice V. eso? preguntó con timidez y recelo Margarita recordando que, según la fama, el viejo Indirectas no hablaba nunca sin retintín.

—Pues lo digo, contestó Anton, porque el comediante que vimos anoche en el teatro haciendo el amor, y que debe ser un tino como una loma, apostaba en el café hace algunas semanas á otros de su raza, que engañaría á una moznilla de este valle, y que se la llevaría á Madrid para divertirse hasta que se cansara de ella. ¿Sabes tú quién podrá ser esa pobre chica?

—Yo... no, señor... no sé... habuécese Margarita, cuya cara se tiñó del color de la amopala.

Indirectas continuó:—Dices bien; ¿por dónde habías tú de saberlo? Le preguntaré á Gil, que como anda siempre arriba y abajo, es posible...

—¿No, no!... No le diga V. nada. ¿Qué le importa á él eso?

—También ahora tienes razon. Gil no piensa en nada más que en ser muy honrado, y muy trabajador y en que reete á tí casi tanto como á la que está en los altares. ¡Qué buena parejita harían!

—Pues mire V., si está de Dios, la haremos. Siguió Anton su camino, apretando el paso para alcanzar á borriquillo, y al cabo de un rato encontró á Gil que volvía muy contento de llevar el perro á Astigarraga.

Fueron juntos hasta Loyola, donde se quedó Gil á comprar las abarcas que necesitaba, y hablaron largamente de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir. Al separarse, Gil, llenando de tabaco la pipa de Anton, exclamó:—¿Cuándo podré pagar á V. lo que le debo?

Torciendo el sentido de la pregunta, Indirectas respondió:

—Ahora mismo. Despues de hacerte varias rebajas, porque sospecho que pronto tendrás que gastar en la boda, me debes: primero: un real por haber evitado que á Margarita se le fueran los pies. Segundo: otro real, por el perro. Tercero: otro real por una copla que tengo ya preparada para cuando haga falta. Y cuarto: otro real por guardar el secreto de todo lo que ha ocurrido, á fin de que mis lenguas no puedan contar lo que no ha ocurrido. Total: una peseta.

—Tómela V., y quíerame V. como si fuera mi padre, porque yo le quiero á V. como si fuera su hijo.

No tardó en susurrarle por el valle que Margarita y Gil estaban hechos un terrón de azúcar. Debía ser verdad, porque tampoco tardó Anton Indirectas en cantar cuando pasóba cerca de la casa de Margarita:

«Este es el purgatorio!»
«Dicen las novias;
Y dicen las casadas;
«¡Esto es la gloria!»

(El autor al lector.) Y yo digo que esto se ha acabado. Gil y Margarita son ya marido y mujer. Son además completamente felices. La gente del valle los mira con envidia, y Anton suele consolar á los envidiosos con las siguientes frases:—¡La felicidad!... ¡la felicidad!... ¿Qué apostais á que si preguntamos á Gil vamos á sacar en limpio que la mayor felicidad de la tierra puede pagarse con dos pesetas?

PEDRO MARIA BARRERA

NOTAS DE VERANO

EN LAS ERAS ANDALUZAS

La civilizacion no tiene entrañas. Llevando sus avasalladores estandartes de uno á otro extremo del mundo conocido; derribando ó perforando las cordilleras que hulla á su paso, y tendiendo sobre los abismos fantásticos encajes de acero, corte, y corre sin descanso; sin que le importen un ardite los gemidos del Titan, que siente el barreno en sus cavidades, las plañideras voces de los faunos y hamadrías que ven invadidos sus dominios á todas horas, ni las impreccaciones de los monstruos de la oscuridad, cuyas retinas, cegadas por los rayos que desperdita la pila volcánica, no han de poder contemplar, una vez más, los aquarelaris ni las danzas macabras.

Las ciudades se transforman, los paisajes cambian de aspecto, los antiguos usos se pierden y se van aproximando de las naciones. En lo grande y en lo pequeño la síntesis se impone lentamente.

El refinado de la máquina agrícola se señala en los campos por una de esas ineludibles transformaciones. Las locomóviles, con su poderoso resuello; las rucdas dentadas, con el rum-rum de sus engranajes; las trilladoras y segadoras mecánicas, en fin, con su trabajar áspero y fatigoso, ahuyentan la bucólica virgiana de nuestras campañas y manchan, con la negra humareda del vapor, cuadros cargados antes con todo un prisma de colores.

Hace algunos años, las máquinas, inmóviles, ociosas, preparadas para entrar en el concierto económico y lucir en las Exposiciones, no habian desfilado ante el bracero ndaluz ni abierto las enormes bocas de sus válvulas para

disputarle el salario. Como se presenten vagamente las invasiones, los braceros las presentan y las declaraban la guerra; los misteriosos geniecillos de la civilizacion que parecen trabajar en su seno, les causaban invencible terror, y á las verlas entrar por los campos á saco, como un ejército de engendros informes, mirábanlas espantados y les hacían plaza gritando:—¡Es la bestia del Apocalipsis que llega!...

Hoy, el bracero y el monstruo mecánico han hecho las amistades y se aproximan sin recelo el uno al otro. ¿Se ha resuelto al cabo la antinomia, señalada por Proudhon en sus *Contradicciones Económicas*? ¿Quién lo sabe! Ello es que las máquinas reinan en nuestras campañas y que los pintores de paisajes se duelen de no hallar, como antes, el celaje siempre azul y las sencillas agrupaciones del antiguo género clásico.

Yo he recorrido más de una vez las eras andaluzas ántes de que reinaran despóticamente en ellas las segadoras Hornsby y las trilladoras Osborne.

Al caer el sol, dejaba el emparado de la heredad cercana, bajo cuyos ásperos paltreros que se balanceaban las relucientes sillas de la Rambla, llenas de agua limpia y fresca, y tomando la vereda oriada, en su conienzo, de maizales, y atravesando largo espacio de rastrojo, sobre el cual había espaciado un tesoro de gavillas doradas, llegaba á la choza en torno de la cual dejaban mis los barcinadores y se amontona el rubio grano despues de aventado.

Si no habéis visto nunca una era, es inútil que os la describa, porque hay en ellas tanta luz que ni la paleta puede copiarlas. Las degradaciones del amarillo cadmio se hallan todas allí y dan un tono general al cuadro que hace daño á la retina: si en los segundos términos no asomaran los toques blancos de los átomos que sombrean el río, los verdes oscuros de los granados y las manchas más ó menos vivas de los lejanos melonares, seguramente que nos parecería la llanura la espalda sinuosa de un gigante sobre cuyo torso se ha tendido un manto de tisú de oro.

Al llegar á la era, lo primero que solicita nuestra atencion es el gran círculo trazado en la parte más limpia y llana, y cubierta de menudas piedrecitas que suelen asomar entre las pajas. Allí se esparcen las destrozadas haces sobre las que ha de trotar la cuadriga y rodar el cilindro dentado del trillo.

Nada más mitológico que esta sencilla operacion, que acaso pronto quedará relegada al olvido, con el uso de las máquinas actuales. El trillo es como el esqueleto del carro primitivo que sude verse en los jeroglíficos egipcios y en los vasos griegos: una ligera armazon de tablas sobre la cual va el trillador que fustiga á las yeguas con su larga tralla.

Este carro y el que le guía describen elipses y círculos concéntricos en torno de un punto dado, sin romper el radio en que se hallan esparcidas las mieses, y cuando las espigas destrozadas por el cilindro del trillo y por los cascos de la cuadriga han dejado escapar todo el grano y cubierto la era de una alfombra de aristas relucientes, las cribas y los bidios de los aventadores separan el trigo de la paja y forman del uno y de la otra caprichosos montones.

Cuando en las horas calurosas del medio día, contemplamos el labrefgo, que guía su trillo soportando los rayos perpendiculares del sol y dejando rodar el cilindro dentado sobre las mieses que parecen un mar de oro fundido, viene involuntariamente á nuestra memoria la fábula de Faetonte y creamos ver en el moreno y sudoroso trillador al travieso muchacho hijo de Apolo y de la niña Clime-ne que dió mil vueltas al cielo sin poder bajar los caballos del carro de su padre, yendo, al cabo, á despeñarse, como suele acontecer á los necios y á los ambiciosos, en las luminosas aguas del Eridano.

Cuenta el mito referido, que, ántes de dar Faetonte en el Pó con sus rebeldes corceles, abrasó toda la tierra: lo propio acontece cuando el labrefgo deja el trillo y las gavillas desaparecen de los rastrojos; comienzan las provocas, y las campañas son presa de esos incendios provocados, cuyas llamaradas divisanos al caer la tarde formando *pendant* con los arrebollos crepusculares. Entónces lloran las hermanas de Faetonte el terrible siniestro; es decir, los campos agostados parecen presentir las tristezas del invierno y los árboles dejan caer poco á poco lágrimas de hojas, que arrebatada el viento húmedo del otoño.

Estudiaba yo historia cuando hallé estas analogías entre el carro del sol y el carro de los trilladores, y pensé, con razon, que así como hay multitud de mitos indios y egipcios que sólo son símbolos más ó menos velados de las transformaciones naturales, este de Faetonte que quema los rastrojos, podría encerrar, sin esfuerzo, la imagen de las últimas faenas de la recolección en las márgenes del Betis, del Eridano ó del Iliso.

Aunque así no fuera, hay suficiente niga poética en las eras para que no necesitemos recurrir á las extravagancias de los tiempos mitológicos.

Bajo el toldo de nubes rojo y gualda de las tardes caniculares, el aspecto que presentan las eras es de lo más virgiliano y delicioso. Las carretas, con sus pesadas ruedas que rechinan á pesar del sebo que se derrite en sus ejes, se adelantan en larga fila y verifican la última operacion de la barcina dejando en tierra un dique de haces. Admira la manera de cargar estas carretas; las gavillas colocadas unas sobre otras tocan al cielo, y cuando los barcinadores se encaraman por los varales hasta lo más alto, parecen guerreros de Africa que tratan de derribar piedra á piedra una fantástica albarrana de metal dorado.

Los grupos de braceros que se forman acá y acullá, ora

aventando, ora apillando, ora llenando las trojes, son en verdad dignos de estudio. Unos, se recatan del sol sirviéndose de un gran sombrero que parece poseer la extraordinaria virtud de la Tarnkappa de Sigfrido el de los Nibelungos; otros muestran su velludo pecho, por cuyas sinuosidades cae el sudor formando silenciosa cascada; estos fuman buscando la sombra que proyecta algún chopo solitario; aquellos agitan sus bidios que recuerdan el histórico tridente, soportando la lluvia de rayos solares que cae sobre el apero, sobre el trillo y sobre los bueyes, y los de más allá, en fin, hacen que corra el cántaro, puesto al abrigo del sombrero, para empezar de nuevo la faena.

Cuando el rojo disco se ensancha y toca al ocaso, asemejándose á un gran espejo redondo cubierto de gasas de escarlata, cuando el viento de la tarde seca el sudor sobre la frente de los trabajadores y se lleva las aristas menudas, la era adquiere más delicado color. El oro amarillea, vense los tonos oscuros de las raspas en los montones de gavillas y la sombra de los almiarés se aguza y alarga sobre los rastrojos. La luna, que asoma por el lado opuesto su cara de monja, se dispone á dar un baño de plata á todo aquel conjunto dorado á fuego, y en la choza de esteras, donde se custodian las alcuas y los dormajos, se arrebujan las tinieblas brincando al trillador el beso de la esposa diligente que acudió á preparar el clásico y saludable ajo. Es la hora en que los yegüefios juegan sobre la revuelta parva, en que las gallinas se preparan á dejar en paz á los cigarrones y á las hormigas, y en que las yeguas, que se amarraron al trillo, pacen sueltas las espigas destrozadas; la hora de los cuentos y de las murmuraciones; la hora de rezar la oracion que evoca el volteo de la esquililla lejana.

¿Conocéis la leyenda de Ruth? Es el idilio de las eras. Ruth, la hermosa niera de Noemi, la jóven viuda moabita, llega, con la madre de su muerto Mahalon, á Bethlehem, cuando comienzan á segregarse las cebadas.

Para atender á la subsistencia de aquella Noemi, cuyas desgracias la habian infundido el deseo de cambiar su gracioso nombre por el de Mara—*amargura*,—se atreve á espigar en los campos del rico Booz, y va humildemente recogiendo las espigas que dejan entre los rastrojos los segadores.

La ley previsora de los hebreos autoriza á las viudas, á los pobres y á los extranjeros á que se aprovechen de estos despojos de la campaña, y Ruth es acogida con agasajo por el rico cosechero, que, al verla afanosa y bañada de copioso sudor tras sus braceros, le dice:—*Oye, hija mia, no vayas á otra heredad ó espigar, ni te apartes de este sitio; sino júntate con mis muchachas y siguelas donde estuviere la siega, y si tuvieses sed, vete al hato y bebe agua de la misma que ellas hayan bebido.*

Tan grata acogida hace profunda impresion en el ánimo de la tierra moabita que inclina su hermoso rostro hacia la tierra y exclama:—*¡De dónde á mí tanta dicha que hallé tu gracia siendo una pobre extranjera!*

A lo que le responde Booz:—*Mé han contado tus virtudes y tus sacrificios y quiero premiartos largamente.*

La jóven espigadora moabita oye estas cariñosas palabras con regocijo y marcha al lugar donde la espera su suegra llevando en su manto los modios de cebada que ha espigado, y al saber Noemi las solicitudes de Booz, dice á la que quiere como á hija:

—Oye, Ruth, voy á darte un consejo que podrá labrar la felicidad de tu vida. Ese Booz en cuyos campos espigas es nuestro pariente cercano y si te tomara por mujer se perpetuaria nuestro linaje. Esta noche avienta la cebada en su era. Lávate, úngete con perfumes, ponte tus mejores galas y ve allí recatadamente de modo que no te sea vista que haya comido y bebido. Despues acécharás el sitio en que duerma y levantando la capa por la parte con que se cubre los pies te cecharás allí: *El mismo, como pariente más cercano, te dirá lo que has de hacer.*

Ruth, se muestra pronta á complacer á Noemi, que anhela que no se extinga su linaje. Cuando el sol cae y comienzan á tenderse las sombras por los llanos dorados de Bethlehem, ungió, lavada, envuelta en perfumadas vestiduras, semejante á una escultura de sándalo color de carne, se encamina á la era de Booz, en la que pronto reinará la paz y el silencio.

Concluyen de cenar los aventadores, los camelleros se alejan lentamente entonando sus cántos orientales y el señor apura el último vaso de vino antes de entregarse en brazos del suecho.

Ruth, que leuacha para cumplir el mandato de Noemi, le ve acostarse junto á un montón de gavillas, y legándose á él calladamente y alzando la pesada capa por la parte que le cubre los pies, échase allí y permanece inmóvil y recogida en sí misma.

Al despertar la noche despierta Booz y ve, acaso á la luz de la luna, aquella hermosa mujer cuyo seno descansa sobre sus pies prestándole calor desusado.—*¿Quién eres? dice, creyéndose presa de un dulce ensueño.*

—Soy Ruth, esclava tuya,— responde la jóven con la timidez del cervatillo,—entiende tu manto sobre tu tierra porque eres el pariente más cercano de mi marido.

Booz benditá á Ruth y durmieron hasta el fin de la noche, levantándose *antes de que los hombres se pudieran conocer unos á otros*. Cuenta además la Biblia, que las bodas de Ruth y de Booz se hicieron muy luégo y que el Señor concedió al anciano esposo un hijo para regocijo de Noemi y de su linaje.

Este fué Obed, padre de Isai, padre de David. Dejando aparte el vivo realismo de que está saturado este pa-



HORAS PLÁCIDAS, cuadro por J. R. Wehle



UNA ESCENA DE LOS NIBELUNGOS, cuadro por T. Pixis

saje bíblico, ya notado por los Santos Padres, decimos que en él resaltan de graciosa manera las costumbres campesinas que no han desaparecido todavía.

Los braceros andaluces mojan aún la sopa en el vinagre de los compañeros de Ruth y duermen como Booz entre las gavillas: acaso hallan también, de vez en cuando, alguna morena espigadora que al mediar la noche levanta la punta de su manta, para echarse allí calladamente; pero no con tan santos propósitos como la mujer del Antiguo Testamento.

La persistencia de estas costumbres se nota en los menores detalles, y aquí viene como de molde recordar que el néctar de los trabajadores, el ajo blanco, que se vierte en los grandes domajos de aliso y se come con cucharas de asta y de madera de avellano, es también tradicional e histórico en alto grado.

En el sombrero donde se resguardan del sol las aceteras, se labra esta exquisita mezcla blanca como la leche, que cruje en el mortero bajo la muñeca del campesino y que se corta á aquellas que no tienen la suficiente habilidad para batirlo hacia un solo lado. Cuando está en punto, se esponian en él una ó más *fachas* y se coloca sobre la mesa rústica, en torno á la cual se agrupan los trabajadores, como si asistieran á uno de aquellos banquetes públicos de los ciudadanos atenienses ó de los primitivos cristianos.

Todo el que pasa por la vereda próxima, es invitado á participar del refrigerio, con las sacramentales frases de *stíniesatú á la mesa*, y cada cual mete en el líquido su cucharita por riguroso turno, cuidando de llevar en ella sopa y caldo proporcionado.

Entre cucharada y cucharada se habla poco y se guarda gran compostura: es la reminiscencia de la cena patriarcal en la cual sólo tenía voz y voto el cabecera de mesa y de familia.

Mucho se ha hablado del ajo, pero en realidad los que le deprimen no saben lo que es un domajo de ese néctar blanco, labrado á la manera andaluza y comido en la era; y el olermos mal después de comido es una aberración de la pituitaria.

«No comas ajos ni cebollas, no saquen por el olor tu bellaquería», decía Don Quijote á Sancho, con sus eternos pujos caballerescos; sin embargo, Cervantes olvidaba que los antecesores de aquellos Arturos, Oliveros y Rolandes, que llegaron á ser luz y espejo de la caballería andante, se hartaron de ajo, de lo lindo, si no mintieron las crónicas. La aversión al ajo y á la cebolla es simplemente un refinamiento romano, como puede colegirse por las siguientes palabras de Sidonio aplicadas á los bárbaros: «Felices vuestros ojos, felices vuestros oídos, que no los ven ni los oyen: dichosa vuestra nariz que no aspira diez veces por mañana y tarde el olor pestífero del ajo y de la cebolla.»

En efecto, galletas, godos y germanos se deleitaban con el ajo frío ó caliente, y tenían por muy sencillos los manjares condimentados con este picante alího. Acaso debemos á ellos la vulgarización del llamado blanco que sólo se sirve en porcelana en algunas mesas de Andalucía, no invadidas por los caprichos de las cocinas gabachas é inglesas.

Después de consumir el ajo ó el gazpacho, Booz duerme, ó lo que es lo mismo: luego que termina la cena la paz reina en la era y sólo turba el silencio nocturno el canto del grillo ó de la cigarrá.

Alguna que otra vez se prolonga la reunión de sobremesa, porque alguno de los trabajadores ha osado descolgar del sombrero la palabra guitarra. El corro se organiza y las muchachas de la huerta ó de la heredad cercana copian las antiguas fiestas griegas bailando, coronadas de espigas, á la luz de la luna. Los ecos de las *saltes* y del fandango se pierden en la llanura solitaria, y el són de las castañuelas y el estrepitoso chocar de las palmas apagan el monótono cri-cri y el interminable chirriar de los músicos de los rastrosos.

La Ruth andaluza canta lo siguiente:

Vente conmigo y haremos
una chochita en el campo
y en ella nos meteremos.

¡Andal! y no presumas más
que tiene tu cuerpo raspas
como el trigo y la cebé.

Se dirige á Booz, que pronto se acostará solo cerca de las gavillas, para entregarse de nuevo á la cotidiana faena, *dantes de que los hombres se conozcan unos á otros.*

Julio de 1884.

BENTO MAS Y PRAT.

ROSA DE AMOR

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Era por los tiempos en que florecía en el famoso Corral de la Pacheca, situado en la calle del Príncipe, siendo el encanto de los buenos vecinos de la imperial y coronada villa, María Calderon, la reina de las comediantas, la amiga, según cuenta la historia, del rey poeta y protector de las letras y de las artes, Felipe IV, á quien sus cortesanos dieron el título de Grande que la posteridad no le ha reconocido; la madre del segundo don Juan de Austria, remedo insuficiente de aquel otro don Juan hijo de Carlos V y hermano de Felipe II.

Pasaba, en fin, lo que vamos á relatar á nuestros lectores en aquella época en que los enredos galantes, las aventuras bizarras, y las cuestiones resueltas á punta y filo de espada eran fases determinantes del carácter de nuestros antepasados, según se ve por las comedias de don Pedro Calderon de la Barca y las de otros no ménos aventajados ingenios.

II

Era al caer de una nublada y fría tarde de noviembre. En el atrio del convento de agustinos calzados llamado de San Felipe el Real, había, á pesar de lo desapacible de la temperatura, algunos grupos de ociosos á quienes había llevado allí y retenido la fuerza de la costumbre, porque aquel atrio realzado sobre la calle Mayor con sus convuchelas al pié, donde se anidaban algunas escribanías, como si dijéramos bandadas de cuervos, y al que se subía por dos graderías enverjadas, era el famoso Mentidero de que tanto se ocupaban las historias de aquellos tiempos; pero como sobreviniese el crepúsculo nebuloso y frío y empezase á caer una llovizna de esas á las que el ser menudas no impide ser calderas, los grupos se fueron aclarando y desapareciendo y sólo quedó un embozado, cubierto hasta las narices por la vuelta de su pesada capa de ronda, y echado sobre los ojos un sombrero de anchas alas que por sus dimensiones le servía cumplidamente de paraguas: una espada barbatesca le levantaba por detrás la haldá de la capa; las piernas robustas, y no muy derechas y sus piés deformes, sostenían un paolento pero vigoroso y de un movimiento desigual que hubiérase podido hacer dudar si era cojo ó no era cojo; esto no obstante, había algo de fereza y de gallarda apostura en el continente de aquel hombre, que á pesar de la lluvia que iba arreciando, se paseaba de largo en largo por delante del vestíbulo de la iglesia.

III

Sonaron al fin las Ave-Marías, á la vibración de cuya primer campanada el pasante se paró, se quitó el sombrero á pesar de la lluvia, dejando ver á la luz del crepúsculo una espesa y rizada cabellera negra, se volvió é indudablemente rezó, pero tan rápidamente que, quitarse el sombrero y volvérselo á poner, detenerse y volver á su paseo, fué todo obra de un segundo: verdad era que la lluvia que arreciaba de momento en momento no permitía detenerse mucho en las *Ave-Marías* y en los *Gloria Patri*.

Un lego salió por la puerta de la iglesia, y dirigiéndose á la gradería que estaba mas hácia la parte de la calle Mayor, cerró su verja y se volvió á la iglesia dejando abierta la verja de la gradería mas avanzada á la puerta del Sol: asimismo cerró uno de los postigos de la puerta de la iglesia y dejó abierto el otro: esto significaba que en la cueva de la iglesia había rosario y disciplinas.

Nuestros abuelos de aquellos tiempos no podían vivir sin estas cosas y sin otras muchas que hoy no se estilan.

IV

La lluvia arreció hasta tal punto que nuestro embozado hubo de ampararse del arco de la puerta de la iglesia. Estaba allí solo.

El desierto Mentidero dejaba caer el agua de la lluvia por sus verederos sobre la calle Mayor por la cual no pasaba un alma.

Todas las puertas de las tiendas y de las casas se habían cerrado, y como no había alumbrado público, la noche se había hecho de todo punto tenebrosa.

Sólo reflejaba turbidamente su luz y la reproducción de una manera caprichosa en el agua que corría sobre las losas del Mentidero el farol que, balanceándose al soplo demasiado vivo y helado del viento, iluminaba el santo titular encaramado allí sobre el arco en una hornacina.

V

Sonaron uno tras otro los tres toques que llamaban al rosario y á los ejercicios á los devotos, y sólo algunos de los mas vecinos del convento y que debían tener gran interés en lavarse de sus culpas con los saludables raudales de la penitencia acudieron y pasaron rebujados á la carrera, desapareciendo en el interior de la iglesia como quien se ampara de un peligro.

Si el embozado se había quedado allí para asistir á los ejercicios, no le corría prisa porque permaneció inmóvil en el hueco del pórtico donde se había amparado, y tal vez cometía una irreverencia, esperando á alguna dama á las puertas de un lugar sagrado y tal vez con el pensamiento lleno de cosas no muy en armonía con lo que preceptúa la Santa Madre Iglesia: y así era sin duda, porque cuando al terminar el tercer toque, dos mujeres, que habían salido de una silla de manos, que habían subido y atravesado rápidamente la gradería y el Mentidero, que parecían ama y criada, se sumergieron por el negro postigo del templo el embozado se sumergió también siguiéndolas y murmurando:

—Ella debe ser sin duda, que como ella ninguna huele tan á rosa fresca y por nadie aspirada y prosiomada la aventura y Dios dirá, que si no es ella, semejante á ella es por lo ménos en la estatura y en la calidad y acaso se gane en el trueque.

VI

La dama y su doncella habían adelantado hácia el presbiterio, se habían arrodillado, habían reza lo un mo-

mento y levantándose luego, se fueron á una puerta por donde por una rampa se bajaba á la cueva donde tenían lugar los ejercicios.

VII

Era aquella que se llamaba cueva una capilla subterránea de grande extension, deprimida de bóveda, húmeda y sombría.

Por algun vicio rotro de los tragaluces entraba un aire helado que cortaba el aliento, y todo aquel espacio lóbrego, siniestro, fantástico, no tenía más luz que la de dos velas de cera que ardían al fondo delante de un retablo denegrido, en el cual, bajo un dosel negro franjado de plata, se confundía un gran Cristo crucificado que completaba, que consumaba lo tético y aún pudiera decirse, lo pavoroso de aquel lugar que habría podido llamarse antecámara de la muerte.

Seis ó ocho mujeres que allí había, estaban separadas de otros ocho diez devotos que habían acudido, por una verja de madera portátil que debía cerrarse en un aprieto, para evitar posibles irreverencias, en el momento en que, terminado el rosario, se apagaban las dos velas del altar para dar principio á la disciplina, acompañada por los salmos penitenciales.

Nuestro embozado se quedó cerca del apartado de las mujeres, aguzando los ojos para distinguir entre aquella fantástica penumbra la dama que había esperado y seguido.

Estaba allí junto al altar, de rodillas, esbelta aún en aquella posición, con la cabeza graciosamente inclinada sobre el pecho y exhalando una piedad poética que no era infinitamente más bella, con una belleza de todo punto ideal, que era como el perfume de su belleza, que no se veía pero que debía suponerse.

Tampoco se podía detallar mucho el semblante del aún para nosotros desconocido galán.

La luz del altar llegaba á él cansada y vaga.

Pero se percibía que su cabellera era soberbia, que la crechta de un leon negro, su frente alta y ancha tras la que parecía bullir algo fatal, su nariz desarrollada y aguilena, y que estaban montadas unas antiparras armadas en cuerno negro y en las que destellaban las lucas reflejos siniestros, haciendo que no pudieran verse distintamente sus ojos.

Unos bigotes poblados y retorcidos y una barbilla ó perilla igualmente poblada, venían á ser la base de su semblante oval y de pómulos salientes.

Lievaba goliña blanca en forma de bacía de barbero, á la moda del tiempo, y sobre la ropilla sencilla de paño negro se percibía sin mucha dificultad una roja cruz de Santiago.

Con lo que hemos dicho, los que conozcan la historia de aquellos tiempos que nos lean, han conocido ya uno de los más grandes ingenios de nuestra patria, al escritor más profundo y docto y al satírico más cruento de aquella época: esto es, don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad.

Se hallaba en sus treinta y cinco.

Esto es, en la fuerza de su vida.

VIII

A la voz estentóreamente sacerdotal del religioso que llevaba el rosario, seguía alternativamente el murmullo del rezo de los devotos, al cual no daba su contingente Quevedo, cuya voz permanecía muda y cuyo pensamiento estaba entonces á cien leguas de toda idea religiosa.

Quevedo, cristiano por temperamento, un tanto libertador, puesto que en una de sus sátiras, y basta con este ejemplo, dice que no cree en los diábolos, y en otros muchos lugares de sus obras enseña la orjea de tal manera que no sabemos cómo no le cogió por ella el Santo Tribunal de la Inquisición contra la herética pravidad; y era que la Inquisición sabía lo que se hacía y no se metía con quien no se metía con ella.

Quevedo cometía asistiendo aquella noche á aquel lugar una pecaminosa é indisculpable irreverencia.

Se trataba de una apuesta.

Aquel día había sido de misa, y la de doce de San Felipe el Real era de gran moda para las damas, porque en el Mentidero las esperaban para requerirlas y ponderarlas los hombres de más ingenio y los galanes de más valía de la corte.

En corro de gente *non sancta* estaba Quevedo á las doce de aquel día, tomando parte en una discusión acerca de las damas que á la misa de moda acudían, todas pomposas y relucientes de engalanadas, cuando acertó á pasar cerca de él una divinidad acompañada de una doncella, autorizada por dueña y rodrigo, y resguardada al parecer por un jayán resollando á matasiete, que fijó una mirada de amenaza en Quevedo, que no la vió, que si la viera, la hubiera contestado, porque se había quedado extático por la hermosura de la dama, que no parecía pasar de los veinte.

—¡Vive Dios,—exclamó Quevedo cuando hubo pasado,—que yo, que no me acuerdo de cosa que sea simplemente por una mujer, me siento como cogido por los cabezones y con unas punzadas del diablo en la cabeza, que capaz me creo por esa maravilla de lo hermoso de perder los piés y de dar en la necesidad de hacerme marido, lo que es lo mismo que decir bestia de carga y yugol!

No os asustéis tanto por el peligro en que os creéis metido, don Francisco,—dijole uno de sus amigos,—que aunque fuerais el gran emperador de la India, no lograrías ni áun el que ella os mirase.

Picóse Quevedo, que era muy soberbio y cuando de mujeres se trataba vanidoso sobre toda ponderacion, y díjole:

—No parece sino que vuestra mala fortuna haya de ser la mala fortuna de todos los demás.

—No tengo yo que quejarme de esa dama,—dijo el otro,—que yo no la he seguido, que satisfecho estoy de la dama á quien sirvo y cuya hermosura es tan de sobra mayor que la de esa doncella, que prestara parte sin perder nada para que ella gane mucho.

—Pues ¡vive Dios!—exclamó Quevedo ya picado,—que tomo ese arcángel para mí y vuestra dama para las sobras.

—No quiero ofenderme,—replicó el otro,—pero os hago la apuesta de que tal ha de dejarnos de desengañado lo que os enamora, que no os queden ni alientos para mirar á la que yo con toda mi alma quiero.

—Lo de la apuesta sea,—dijo Quevedo,—cien escudos van á que esta misma noche habeisme de ver hablando con ella á su reja.

—Los cien escudos vayan.

—Decidme dónde vive.

—Nadie lo sabe: el escudero que la guarda es un tal hombre y un tal esgrimidor, que ninguno de sus enamorados ha podido seguirla.

—No me ha ganado á mí nadie con el as de espadas,—contestó Quevedo, que era muy maton.

—Voy á ser muy leal con vos, don Francisco,—repuso el conde de la Almazara que era el que con él habla:—no sigais cuando salga á esa señora, que se os atravesará el escudero y por ser de día acudirán gentes á impedir la riña: esperad á esta noche que hay ejercicios en San Felipe y ella nunca falta, y se acaban tarde y las calles estarán desiertas.

—Obligado os quedo por vuestro consejo,—dijo Quevedo:—y cómo sabréis que yo he ganado?

—Nosotros estaremos ahí en frente, casa de Oñate, y cuando veamos que la seguís, nosotros os seguiremos.

—Pues hasta la noche, amigos, en que seréis testigos de mi buena ventura, y me voy porque si al salir la veo la sigáis; decid bien que estos no son negocios de día sino de noche.

Y Quevedo se fué.

Ya sabemos porqué había esperado á pesar de lo perverso del tiempo en el Mentidero y en la puerta de la iglesia de San Felipe el Real.

IX

En estas cosas de tal manera censurables estaba pensando sacrilegamente nuestro buen ingenio en aquel lugar de penitencia, y se daba á los diablos por lo que tenía que esperar hasta que se acabasen los ejercicios, cuando sonó reventando con gran estruendo un petardo (que ya por aquellos tiempos y para malos fines los petardos se usaban).

Pararon el rezo, se levantaron de sobre sus rodillas desparavidos los devotos; otro petardo reventó en seguida, y silvase quien pueda, todos tomaron á quien más corra la salida, y cuando Quevedo decía para sí:

—Pardiez, que no parece sino que yo he pagado á ese para que esto más pronto se acabe,—se encontró con que se le venía encima y tenía que sostenerla en sus brazos una mujer que del susto se había desmayado.

Sintióla Quevedo, que ella era, y en vez de procurar tomar con ella la salida, pasó más adentro en medio de la capilla que en un dos por tres se quedó desierta que aún hasta el clérigo y su ayudante habían huido espantados por otra puerta.

X

La dama seguía desmayada, y Quevedo pretendía desajustarla de miedo de que su congoja la matase, y desajustándola más y más se enamoraba, y en medio de su soborsato amoroso, pensaba en lo que había de decir á los frailes que de seguro volverían en monton.

Y así fué, que vinieron precedidos de algunos legos armados de garrotes, no faltando entre ellos alguno que



La curiosidad

blandia una vieja espada, y cuando Quevedo vió que se acercaban, les dijo:

—Bien venidos seais, padres míos, que con este sacrilego y criminal suceso, esta dama que veis desmayada y que es mi esposa, como mortalmente herida ha caído, y yo os ruego la socorrais, ó me presteis una de vuestras sillas de manos para que yo pueda trasladarla.

—Eso mejor y cuanto antes,—contestó uno de los padres,—avisad en el momento á los mozos que vengan con una silla de manos al atrio, á donde sacarán á esta señora que no puede permanecer en el convento.

Un lego partió con el reo.

—¡Indios ó herejes deben de haber hecho esto,—dijo el mismo religioso,—para escarnecer nuestra santa religion, ó ladrones poseídos del demonio para robar en la confusion las alhajas de las mujeres, que si no trajesen tanto boato á la casa del Señor excusarian el escándalo que dan las codicias que excitan.

—Pero mi esposa desfallece, padre, y yo necesito llevarme la cuanto antes para socorrerla,—exclamó fingiéndose lo más angustiosamente dolorido Quevedo.

X

A las luces que algunos de los legos traian apareció de lleno la hermosura de la dama, que era soberana; y como Quevedo la había desajustado, se le veía descubierta su hermosísima garganta, lo cual para los buenos religiosos era escandaloso, por cuya razon mandaron á otro lego fuese á avisar á los mozos que debían traer la silla de manos.

Llegó al fin esta, metieron en ella los mozos á la dama que continuaba desmayada, y luego la sacaron, atravesaron el Mentidero y siguiéndoles Quevedo que les dió las señas de su casa, tomaron por la calle Mayor hácia la de los Coloreros donde en una pequeña casa desvenajada pegada al arco del pasadizo de San Ginés vivia entonces nuestro poeta.

Al bajar por la gradería Quevedo vió que había allí puesta una silla de manos y que una mujer, un jayan y dos lacayos andaban buscando de acá para allá desatentados.

Aquellos eran sin duda los criados de la dama que él se llevaba desmayada en la silla de manos de los frailes.

—¡Andad, andad cuanto más podais,—dijo en voz baja Quevedo acercándose á los mozos,—que ya tendreis buen alborque y mi esposa necesita ser socorrida.

La noche oscura, la lluvia espesa, hicieron que muy

pronto los criados que buscaban á su perdida señora perdieran de vista la silla de manos que á su ama conducía y que había pasado junto á ellos como una sombra.

Llegaron al fin á la calle de Coloreros.

Quevedo se quitó de la pretina la llave y abrió la puerta.

Sacaron los mozos de la silla de manos á la dama que empezaba á volver de su desmayo, y Quevedo se apresuró á dar á los mozos un real de á ocho y á despedirlos metiendo para adentro á la dama.

A seguida cerró la puerta.

XI

El conde de la Almazara y sus amigos, esperaban en vano puestos en una reja de la casa del conde de Oñate; habían llegado tarde, suponiendo que llegarían con mucho tiempo: ya había sucedido el caso sacrilego, ya habían escapado los devotos y ya Quevedo como una hambrienta ave de rapiña se había llevado su presa.

Pero quedaban en la calle dando vueltas de acá para allá y buscando á su señora, el escudero, la criada y los lacayos.

El rodrigon y la dueña no habían ido porque á él con la humedad del día se le había recrudecido el reuma, y á ella se le había exacerbado una tos perruna que padecía y que la ponía á morir.

XII

Acertó á pasar un alcalde con su ronda.

Al ver al escudero y á la doncella y á los mozos que continuaban yendo de acá por allá sin salir de un circulo vicioso como estorninos aturridos, les preguntó qué era lo que hacían allí, y qué era lo que buscaban.

El escudero respondió: —Con nuestra señora vinimos á los ejercicios de San Felipe, y su merced se metió en la iglesia con esta que es su doncella, y segun ella dice, en la cueva solaron petardos y los devotos huyeron espantados y por esta trabucuenta nuestra señora se ha perdido y aún no hemos podido dar con ella.

(Se continuará)

LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA

II

La luz eléctrica en campaña.—Sitios.—Reconocimientos terrestres ó marítimos.

En el artículo anterior nos hemos ocupado de los elementos proporcionados por la electricidad, y que pueden emplearse en la guerra para transmitir órdenes por medio de la escritura ó del sonido. Veamos ahora los que el mismo fluido nos depara para hacer señales convenientes de antemano, ó para facilitar los reconocimientos y operaciones nocturnas, medios basados principalmente en el uso de la luz eléctrica.

En 1868 se iniciaron ensayos á bordo de los buques de guerra á fin de utilizar dicha luz para evitar los choques tan frecuentes en el mar, ensayos cuyo buen resultado indujo á la mayor parte de las naciones marítimas á instalar dicha luz á bordo de los mejores barcos de sus escuadras. Los generadores eléctricos empleados con tal objeto son por lo comun máquinas Gramme, movidas por motores Brotherhoof, y los proyectores de luz los de los sistemas Sautter y Lemonnier, Mangin ó Siemens. Compréndese que en tiempo de guerra puedan utilizarse estos aparatos con los objetos ántes indicados.

Durante el asedio de Paris por los prusianos, se organizó en la ciudad sitiada un servicio especial de transmision de señales por la luz eléctrica. Adoptáronse al efecto los reguladores Foucault, pero en aquella época había aún muy pocas máquinas magneto-eléctricas, y exceptuando un caso del que nos ocuparemos ligeramente, se recurría á la pila.

«La lámpara, dice M. Saint-Edme, estaba colocada en una caja especial, de tapa movable, de modo que se producian á beneplácito rápidos destellos luminosos; el haz lo reflejaba un poderoso espejo dispuesto de modo que se le podía hacer convergente, paralelo ó divergente. Por último, con unas pantallas de color se formaban las ha-

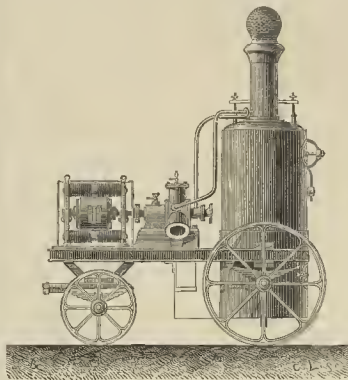
ces rojos, verdes ó azules, necesarios para la telegrafía óptica. Hubo que apelar forzosamente á la pila como generador eléctrico; carecíase de máquinas magneto-eléctricas, y por otra parte, antes de terminar el sitio habría faltado el carbon necesario para alimentar las máquinas de vapor. Tan sólo se alumbró el fanal de Montmartre con la corriente de una máquina magneto-eléctrica: el arco suministrado por ésta era necesariamente más intenso que el producido por pilas de ácido nítrico, compuestas de 50 pares, por cuanto dicha máquina equivale, en potencia efectiva, á 100 de estos. Aquel fanal, hábilmente cuidada, inundaba con sus rayos toda la meseta de Argenteuil, y su resplandor penetraba en el mismo reducho de Orgemont, situado á más de 10 kilómetros, á vista de pájaro. En vano intentaron los alemanes varias veces sorprender de noche nuestros fuertes: la luz eléctrica era una excelente centinela.

«Los sitiadores hacían tambien uso del arco voltaico, ya para examinar nuestras obras nocturnas, ó ya para alumbrar el tiro de sus baterías; el alcance de sus haces luminosos demostraba suficientemente que su generador de electricidad era también magneto-eléctrico, así como la destreza con que estaban instalados los aparatos y la habilidad de su manejo demostraba que los estados mayores contaban con hábiles electricistas.»

M. Martin de Brettes resume del modo siguiente las principales circunstancias en que la luz eléctrica puede prestar útiles servicios en casos de guerra: «Para reconocer una fortificación, el sitiador necesita producir una luz transitoria, suficiente para sus proyectos y no tan duradera que llame la atención del sitiado. Para apuntar una batería á un objeto determinado, es preciso que este objeto esté alumbrado el tiempo necesario para hacer buena puntería. Para no dejarse sorprender el sitiado cuando se abre una trinchera, debe iluminar continuamente el terreno en que más probable es que se efectúe esta operación. Un combate nocturno, el asalto de una brecha, requieren también un alumbrado de duración indefinida.»

Esta enumeración se refiere principalmente á los trabajos de sitio, para el ataque ó la defensa, y en este caso se pueden establecer los aparatos en un punto fijo.

Más para los reconocimientos en campaña es menester un sistema móvil. Con tal objeto se instala en una locomóvil la máquina generadora, pudiéndose la trasportar de este modo á donde las necesidades lo exijan, lo propio que el proyector, que se instala cerca del generador, ya



MÁQUINA DE LUZ ELÉCTRICA PARA RECONOCIMIENTOS EN CAMPAÑA

en un soporte de cuatro ruedas ó bien en un tablado giratorio. El grabado adjunto representa el sistema adoptado en Francia para este servicio. Es una máquina magneto-eléctrica del tipo Gramme, puesta en acción por un motor de vapor de tres cilindros, sistema Brotherhood, habiendo dado muy buenos resultados las pruebas hechas con estas máquinas. «Empleando, dice M. Fontaine, la máquina Gramme de cuatro columnas que, acoplada

en tensión, da 1500 mecheros Carcel, y en cantidad 2500, los observadores situados junto al aparato de proyección de luz, divisaron movimientos de tropas, casas, y carros á 5000 metros de distancia, y á 2700 metros pudieron ver soldados y reconocer que hacían el ejercicio de bayoneta.» En Tolon y Cherburgo se han hecho otros experimentos no menos favorables. Los aparatos foto-eléctricos eran de los construidos por los Sres. Sautter y Lemonnier, agregados al proyector Mangin, habiéndose reconocido unánimemente que el conjunto de estos aparatos constituía una protección eficaz contra los barcos-torpedos que intentarían cruzar el canal de la Carague á Tolon. «Descubriríanse estos barcos á tiempo para dirigir sobre ellos los fuegos del fuerte, y situándose algunos oficiales en puntos á propósito, podrían ocasionar la explosión de los torpedos sumergidos en el momento preciso en que estos barcos contrarios llegasen á su radio de acción.»

La luz eléctrica, instalada en los buques, según hemos dicho, para producir señales, puede prestar importantes servicios en las operaciones de la marina de guerra. La mayor parte de los buques franceses que figuraron en la última expedición de Túnez iban provistos de máquinas magneto-eléctricas y de los aparatos de proyección ya indicados anteriormente. La fragata *Vigilante* utilizó desde el principio su luz iluminando los puertos sospechosos de la isla de Tabarka. Posteriormente, otros buques la usaron también para el alumbrado nocturno de Sfax, Gabes y Susa. Reciente está también el reconocimiento de la rada de Alejandria hecho por medio de la luz eléctrica por la escuadra británica, momentos antes del bombardeo de dicha ciudad.

Dejamos dicho que dirigiendo un haz eléctrico á un punto de la costa ó del puerto amenazado por un barco-torpedo se podía descubrir la presencia de éste. Fácilmente se comprenderá que los buques de guerra dotados de los aparatos convenientes disponen del mismo medio de protección. No pensamos insistir acerca de este punto. Por lo que hace á la inflamación de los torpedos, veremos en el artículo siguiente que también la produce la electricidad.

A. G.



Carlomagno destruyendo el ídolo de Irminsul



AÑO III

←BARCELONA 8 DE SETIEMBRE DE 1884→

NÚM. 141

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¿SERÁ ALMIRANTE? acuarela por H. Valtenburg

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LA BATALLA DE LOS ARIOLES, por don J. de Siles.—ROSA DE AMOR (Conclusion), por don Manuel Fernandez y Gonzalez. LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA (11 y última), por A. G.

GRABADOS: ¡SERÁ ALMIRANTE? acuarela por H. Valtenburg.—UNA PARTIDA DE BOLOS, cuadro por A. Viendt.—EL D. JUAN DE LOS MÉGANOS, cuadro por Carlos Mucke.—PILA DE RICO-MATO DE POTASA PARA INFLAMAR LOS BARRENOS.—EXPLOSOR MAGNÉTICO, SISTEMA BRIGGET.—EXPLOSION DE TORREJOS POR LA ELECTRICIDAD; SISTEMA DE DEFENSA DE PUERTOS Y COSTAS DEL GENERAL CHATEAU.—EL GRAN IGUANODON DEL MUSEO DE BRUSELAS.—SOLDADOS ÁRABES EN EL DESIERTO.—SUFLENTINO ARTÍSTICO; ESCENAS PARISIENSES.—¿QUÉ HA SUCEDIDO? cuadro por J. L. Pellicier.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

García Gutiérrez.—Los poetas románticos.—Programa de una vida ilustre.—Fallecimiento de un príncipe de la Iglesia.—Toledo visto a través de una tumba.—China según la poesía.—China según la realidad.—Los Reyes en Galicia.—Odio y amor de lo infinitamente pequeño.

García Gutiérrez ha dejado en la escena un lugar que no se llenará nunca. De aquella generación de poetas románticos que nacieron al amor de las leyendas de la Edad media, y que se inspiraban en la contemplación de los edificios góticos y de las bellezas de la historia, sólo queda uno en pie, el más alto de todos: Zorrilla. García Gutiérrez tenía de común con todos estos poetas románticos, no sólo la inspiración y el carácter de sus personajes, la forma brillantísima de su estilo desbordante de metáforas y flores, sino además la vida social suya, accidentada y angulosa. Así como los poetas del siglo de oro fueron militares ó frailes, sacerdotes ó aventureros, cuando no fueron ambas cosas juntas, como si la audacia de su fantasía los llevase á buscar lo desconocido, á intentar lo difícil y á emprender lo que les presentaba obstáculos, de igual manera los poetas románticos de nuestra era han sido personajes de una epopeya, héroes de un drama, protagonistas de una acción interesante y enrevesada que descritas por ellos mismos revelarían la condición de una obra de imaginación. García Gutiérrez fué pobre, fué soldado y escribió *El Trovador* al toque de las cornetas, en innumerable cuadro de uno de los peores cuarteles de Madrid, apoyando los pliegos de papel sobre el banquillo de una tarima, teniendo por tintero una jicara rota, y por pluma una malhecha de ave que le prestaba un cabo furril. En estas condiciones, rotundo del tumulto y la agitación de los cuarteles, entre el ir y venir de los soldados, escuchando aquí la canción de unos y poco más allá la disputa que otros tramaban sobre sí les faltaban ó no cartuchos en la canana, es como escribió *El Trovador* García Gutiérrez. Los que imaginan que las comodidades y el regalo, el suntuoso despacho tendido de tapices de Gobelinos, la mesa de ministro, las estanterías llenas de bien encuademados libros, el confort y la felicidad son otras tantas musas que contribuyen á que los partos de la fantasía sean felices, tienen en esto una respuesta que es imposible negar. Las musas se enamoran más bien del pobre que del rico, y tal sucede que un escritor ha escrito en la miseria sus mejores obras y el día en que la felicidad le sonríe dejan de serle fieles aquellas hermosas y tornadizas doncellas.

García Gutiérrez ha cumplido los 71 años. Nació en Chiclana. Sus padres eran honrados y humildes menestrales. La protección de Ventura de la Vega y más aún la de Antonio Guzmán, el inolvidable actor, le sacó de la obscuridad. Por primera vez en la representación y estreno del *Trovador* se dió el caso de que el autor de la obra saliese á escena llamado por el auditorio; desde entonces esa costumbre se ha conservado cuidadosamente, porque las exhibiciones de la vanidad tienen sacerdotes que velan por la conservación de sus ritos. Y es lo cierto que se ha abusado de estas exhibiciones que parecían reservadas al genio para que se las tributase un público electrizado por las grandezas y maravillas de una situación extraordinaria y magnífica. Así, pues, cuando en un teatro, á la primera representación de un drama absurdo ó de una comedia ridícula, vemos como la *claque* saca al proscenio al autor de aquel engendro, nos acordamos de García Gutiérrez y nos parece ver en esta exhibición cómica de la vanidad y de la mediocridad un insulto á la memoria de aquel gran poeta. Fué el primero en recibir en teatros espelios las ovaciones del pueblo.

No tengo necesidad de hacer la lista de las obras de García Gutiérrez, porque la ilustración del lector sabe de sobra que el autor de *Venganza catalana* y de *La Crisida*, de *Juan Lorenzo* y de *El Grano de arena*, de *Margarita de Borgoña* y *El Paje*, de *El Encuchido de Valencia* y *El Rey Moisés*, de *Don Juan de Marana* y de *Calizula*, recorrió todos los tonos de la lira dramática, ya arrancándole las dolorosas vibraciones de la tragedia, ya los alegres carcajados de lo cómico. Van desapareciendo estos insignes varones que fueron la gloria de la generación á que nuestros padres pertenecen. No hay en realidad quien los sustituya, porque á esa ilustre y numerosa pléyade sólo podemos oponer unos cuantos nombres no sancionados todavía con un aplauso definitivo é irrefutable. Tienen para nosotros estos autores insignes en que hemos aprendido el castellano, que nos han enseñado á gustar las emociones dulces de las bellas letras, la poesía

majestuosa y serena de la ancianidad y el dulcísimo perfume de los recuerdos de amor. El crecimiento de su gloria va unido á nuestro propio crecimiento, el desarrollo de su celebridad va unido á nuestras propias impresiones, y forman con gusto un todo como el de la hiedra que se enrosca y trepa por el árbol. En la mansion donde para siempre residen estos ilustres hombres, será posible que recuerden el triste olvido en que trascurrieron sus últimos años. El público es entusiasta, pero tornadizo; fácil en sus entusiasmos, pero poco duradero en ellos. Y así acontece que es la historia eterna del genio, que nace en la pobreza y entre las privaciones: triunfa un día y el aplauso le corona y le halaga, sigue engrandeciéndose y la envidia le morde, y acaba glorioso, pero olvidado en el rincón de la modestia.

El cardenal Moreno ha fallecido.

El día 27 se retiró por la noche á sus habitaciones, después de corregir las pruebas de una pastoral que dirigía á los párrocos de la archidiócesis, y cuando por la mañana los familiares fueron á despertarle, se le hallaron muertos á consecuencia de una apoplejía fulminante. Nació el año 1817 en Guatemala, y cuando aquella república se separó de España vino muy niño aún con sus padres á la Península. El colegio de jesuitas de Madrid completó una educación que había recibido en los Escolapios de Valencia. Siguió la carrera de leyes, ejerció la abogacía, escribió un libro de hermenéutica legal. Cantó misa y rápidamente, merced á la protección decidida y constante del P. Cirilo de la Alameda, entonces arzobispo de Burgos, ocupó importantes posiciones de la jerarquía eclesiástica. Canónigo primero, provisor más tarde, vicario capitular poco después, obispo y arzobispo en un espacio de 26 meses, estaba destinado por tan rápido encumbramiento á llegar en edad viril á vestir la púrpura cardenalicia. Así fué en efecto. No era un innovador ni un teólogo, aunque sus conocimientos de la historia de la Iglesia le daban autoridad en las discusiones sobre disciplina. Poseía un carácter entero y una tenacidad poco común, merced á la cual en el arzobispado de Toledo y Primado de las Españas, consiguió inaugurar el culto en muchas pequeñas aldehitas cuyas iglesias habían sido derruidas hace años por los azares de la guerra, por las tormentas, ó por la incuria y el abandono. El admirable templo de San Juan de los Reyes, con sus muros caídos como encajes, maravilla de las artes de Toledo, obra maestra de la poesía realizada en piedra con un cincel, foresta de granito entre cuyas arcadas los monjes pasaban con el libro abierto, recitando los salmos de David no tan bellos, con serlo tanto, como el recinto donde resonaban y la iglesia de San Jerónimo el Real, sito en el Prado de San Fermín, fundada por un rey ciego, en honor de aquel que le deshonraba, lindo alarde del arte gótico flamígero, deben su restauración á la munificencia del cardenal Moreno. Había hecho administrar las iglesias de Madrid, cuyos curatos sabía que estaban vacantes, por curas ecónomos á sueldo; y los ingresos de pie de altar iban íntegros á las arcas del arzobispado, no ciertamente para enriquecerse quien tal disposición había adoptado, sino para invertir aquellos fondos en las necesidades generales de la Iglesia, en opulentísimas limosnas que enviaba á Roma para el dinero de San Pedro, en la construcción de nuevos templos y en la reparación de aquellos que necesitaban mejoras. Ha muerto dejando una escasa fortuna, escasa si se la compara con las cantidades fabulosas que entraban en las arcas de aquel arzobispado y de las que no tenía que dar cuenta sino á Dios. La virtud le acompañaba en una vida de austeridad y modestia.

Cuando estas líneas se impriman su cadáver reposará en la Catedral de Toledo: le habrán salido á recibir bajo los pórticos de aquel maravilloso templo las sombras del cardenal Tavera y del cardenal de Borbon, los dos grandes príncipes de la iglesia toledana. Habrá resucitado la corte de los legionarios y habrán salido de los rincones de sombra en que se ocultan aquel enjambre de santos de piedra para formar procesion vistosa y multiforme en honor del que durante algunos años rigió la iglesia y la archidiócesis de Toledo. Descansen en paz el espíritu de este varón insigne.

La guerra de Francia y China es hoy por hoy el motivo principal de las conversaciones entre las gentes afortunadas á las cuestiones diplomáticas. Nos interesa poco lo que tan lejos sucede.

Sin embargo, el misterioso encanto que rodea á la China con sus murallas que la aislan del resto del mundo, con su habilidad en las artes mecánicas, con la posesión de inventos como el del papel, la pólvora y la brújula que parece poseían antes que nosotros, dan algún interés á las noticias que se reciben de aquel país. En esto como en otras muchas cosas la fantasía y la realidad andan disgregadas; y en España la fantasía nos presenta á la China como un país famoso. Hay en él pájaros con alas de plata, y sus colas de copioso plumaje caen al suelo desde el árbol en que están ellos posados como la cola del traje de baile de una dama de Luis XV. Hay arbutos que por el color de sus ramas y por las líneas curiosas que describen en un cielo siempre azul y centelleante de luz meridiana recuerdan al coral. Las mujeres y los hombres se visten lo mismo y apenas si se diferencian unos de otros por un lacio y minúsculo bigote y por el tamaño de

los pies que el sexo débil oprime y martiriza en coturnos de hierro. Hay castitas pequeñas que parecen construidas con arreglo al patron de las cajas de cerillas italianas; hay puercitos minúsculos sobre riachuelos que se brincan de un salto; hay mareos de agua dorada en que flotan gruesos pescados de cuyos labios penden unas barbas angulosas y cuyas aletas tienen los reflejos de los metales preciosos; hay familias congregadas delante de pequeños kioscos ocupadas en delicadísimas faenas. Y en todas estas representaciones del pueblo chino no se adviene una existencia laboriosa llena de fatigos, sino más bien el intento de hacer productos que se hacen menos pesados y enojosos ejercitándose en las construcciones de jaulas para pájaros, de objetos de marfil y en el moldeo de delicadas porcelanas.

La realidad nos presenta al pueblo chino bajo muy distinto aspecto. Hay en él comarcas donde el hambre reina como una peste negra que va llamando hoy á una puerta, mañana á otra y cria á las generaciones cada vez más débiles hasta el extremo de que los jóvenes de veinte años apenas pueden ya andar por su propio pie. La vejez se anticipa, porque el hambre anticipa las enfermedades. Hay otras regiones donde la peste bubónica diezma al vecindario. No son amigos de la guerra y su ejército está indisciplinado. El sonido de un tiro le dispersa, porque aquella raza de enanos de ojos oblicuos y larguísimas trenzas no ha sido creada para conquistar el mundo, sino para conservar el pedazo de tierra enorme que Dios le distribuyó en la repartición de las naciones. Francia necesita reverdecer los laureles de Magenta y de las Pirámides y ya que no puede habérselas con Prusia, lo cual constituye el principal atractivo del porvenir para ella, ensaya sus cañones Armstrong y la nueva organización de su infantería, luchando con esta mensada de cobardes chinos, y echando á pique con el orgulloso tronar de los cañones de sus acorazados las débiles embarcaciones que como un ejército de cábaros navega en las aguas dulces de aquellos sonrientes ríos. ¡Pobre China y desventurada Francia! Aquella perecerá ó sufrirá las condiciones que Francia le imponga, como Francia tuvo que sufrir las condiciones que Alemania le impuso. Esta es la vida y esta es la historia triste y desesperante. ¡Cómo ha de ser!

Continúa el viaje de SS. MM. por la costa de Galicia, y es una serie no interrumpida de sorpresas, no sólo de los reyes sino de los altos dignatarios que los rodean, el espectáculo obligado de aquellas perspectivas no soñadas, de aquellas rias deliciosas sombreadas por árboles de verdor eterno, de aquella accidentada crestería de las rocas que limitan el término del mar. Galicia tiene muchas condiciones para que España la dedique dos meses del año, es decir, para convertirse en el jardín de los madrileños que necesitan desde julio á setiembre irse á una parte fuera de Madrid. La frescura del ambiente, la hermosura del paisaje, el encanto de la vida de sus ciudadanos que aún conservan un resto de la sencillez primitiva cantada por los poetas bucolicos, son los atractivos principales que harán á los madrileños preferir á otra cualquiera las playas de Galicia. La política en tanto está dormida, porque no es compatible con los placeres idílicos que hoy gozan los encargados de regirlos. Más vale así: otras veces ha sido la política el drama, hoy es el idilio; lo más, lo más, se aventuran á emitir opiniones sobre el porvenir entre una partida de caza y una expedición en lancha por una ría de la provincia de Pontevedra.

El microscopio del doctor Llopps continúa atrayendo un público numeroso á los jardines del Buen Retiro. Gran sorpresa han producido las revelaciones de lo infinitamente pequeño. El hombre había creído poseer la ciencia absoluta de la tierra cuando supo que había en ella elefantes y ballenas, tigres y panteras; lo monstruoso y lo feroz le sedujeron en un principio, pero luego ha resultado que hay algo más temible que estos habitadores de las selvas no pobladas, y que en una gota de agua, en una gota de sangre, en la epidérmis de nuestras manos y en el pétalo de una rosa hay naciones, y naciones de publicitos infinitamente pequeños que se reproducen con una facilidad portentosa, que viven un segundo, y que apenas mueren, de su propio cadáver nacen cien generaciones que se reparten en lucha civil incesante, el dominio de un átomo microscópico de planeta. Este hervir de la vida de lo infinitamente pequeño nos acerca cuando el microscopio nos lo muestra en toda su verdad. ¡Qué ir y venir tan activo y agitado; qué luchas tan crueles y tan imprevisitas! Aquellos animalitos que nos tragamos en un vaso de agua y cuya inmensidad de número no basta á acompañar el cristalino líquido, tienen armas poderosas; luchan y se arremeten con garfios y con uñas; se devoran unos á otros, y convierten cada partícula de materia en el campo de batalla. Si algo fuera necesario para convencerse de que la vida es una lucha, no tenemos más que acudir al microscopio y él nos lo demostrará. También tienen su amor, según parece, estos animalitos mendaces, y en la batalla de su vida que dura un segundo, hay una millonésima parte de este pequeño espacio que dedican á darse unos á otros un beso.

NUESTROS GRABADOS

¿SERÁ ALMIRANTE? acuarela por H. Valtenburg

¿Por qué no ha de serlo?... De ménos hizo Dios á Juan Barth, y no por esto dejó de ser el terror de los argelinos y de los ingleses.

Las cosas requieren vocacion, disposicion y aplicacion. En cuanto á vocacion, la de nuestro rapaz es hereditaria: marino fué su padre, marino fué su abuelo; el mar es secularia de uno y otro, y sin embargo, el niño persiste en el empeño de la familia: el mar es su elemento, el mar es su esperanza... ¿Tendrá vocacion el chico?...

Con un pedazo de corcho, un guñapo, un bramante y un mal cuchillo ha construido un barquichuelo que podría en movimiento el aire producido por el aliento de un pájaro... ¿Para que luego vengan ingenieros á enseñarle cómo se construyen los acorazados de primera clase?... ¿Qué Comerna ni qué niño muerto!... La vocacion hace á los héroes... Ese muchacho está en camino de almirante...

¿Se aplicará?... Hé aquí el problema. Un secreto impulso nos dice que sí; no hay sino fijarse en las líneas de ese rostro infante ya acentuadas, en la atencion con que ejecuta su trabajo, en algo que revela una fuerza de voluntad superior á sus años, esa fuerza de voluntad que ha dado lugar á una frase consoladora para los desheredados: querer es poder.

La acuarela de Valtenburg está hecha de mano maestra, con una firmeza, con una seguridad que demuestran la que su autor tiene en el dominio del arte.

UNA PARTIDA DE BOLOS, cuadro por A. Viendt

La vida en el interior de los castillos señoriales era, si mucho se apura, regalona y ostentosa, pero adolecida de monotonía. Únicamente así se explica la presencia en tales sitios de los *louis* ó bufones y las familiaridades á que les tenían acostumbrados aquellos orgullosos barones y aquellas tan recatadas castellanas. El *louis*, unas veces con sus agudezas, otras veces con sus narraciones, á menudo con sus groseras chocarrerías, interrumpe el silencio de aquellos inmensos salones, apenas turbado una vez al año por la presencia de algunos caballeros vecinos, á quienes todo se les iba contando sus brutales hechos de guerra.

No es de extrañar, por lo tanto, que las damas de nuestro cuadro, á falta de mejor y más propia distraccion, juegan á los bolos con el *louis* del castillo. En algo se ha de pasar el tiempo cuando no existe sociedad y la biblioteca contiene apenas unas cuantas vidas de santos, que las niñas se saben de memoria, y algunos tratados venatorios, de una falta de interés indiscutible.

El asunto está bien tratado en el cuadro que publicamos, de composicion agradable y dibujado correctamente. Los accesorios están oportunamente escogidos, de suerte que el conjunto, á pesar de ser fastuoso, tiene un cierto tinte melancólico que sienta perfectamente á la escena. Indudablemente en el interior de ese rico salon se respira ambiente de soberano fastidio.

EL D. JUAN DE LOS MÉGANOS, cuadro por Oérlis Mucke

Tomó tierra el joven marinero tras un largo viaje, y como la nave no desplegará de nuevo sus velas hasta pasados unos días, el ocioso tripulante emplea el tiempo cotéjando á las muchachas que se prestan á darle oídos. El marino necesita dejar un recuerdo en tierra; necesita, durante las eternas horas de calma, lanzar un suspiro que tenga la seguridad de encontrar en el espacio otro suspiro; necesita, cuando la tempestad azota el buque, tener la certeza de que hay un alma enanmada que ruega á la Virgen por la salvacion del naufrago.

Quizás algun marino no muy escrupuloso exagera esta necesidad hasta dejar una novia en cada puerto donde toca; á esa excepcion pertenece probablemente el *Don Juan* de nuestro cuadro, que galantea á esa pobre niña, no sin que de ello se resienta el maldito amor propio de sus compañeros.

Una de las buenas condiciones de ese lienzo es la apabichidad que todo él respira. Bajo ese cielo sin nubes, cabe ese mar sin olas, parece que pueda vivirse en permanente éxtasis amoroso. Las obras de ese autor son muy apreciadas por su entonacion y figuran como modelos de lo que pudiéramos llamar color verdad.

El gran Iguanodon del Museo de Bruselas

El animal, cuyo esqueleto representa nuestro grabado, llama la atencion, no sólo por su tamaño colosal, sino por su semejanza con el Kanguro gigante. Como él tiene una cola enorme, los miembros inferiores muy largos y los superiores muy cortos. Los paleontólogos clasifican á este animal entre los reptiles, lo cual parece un contrasentido, toda vez que el Iguanodon podía erguirse como el hombre y oger á su agresor entre sus brazos.

En el Museo de Historia natural de Bruselas hay bastantes iguanodones, entre ellos, dos que miden, el uno 10 metros y el otro 14 de longitud, y que fueron extraídos en 1878 de un depósito carbonífero, situado en la localidad de Bernissart, entre Mons y Tournai. La mayor parte de ellos lo han sido de una profundidad que variaba entre 330 y 360 metros.

Segun M. Delló, naturalista de dicho Museo, el *Iguanodon Bernissartensis* pertenece á la clase de los Dinosaurios y en órden de los *Ornithópoda*. El individuo representado en nuestro dibujo mide 9'50 desde la punta del hocico hasta la de la cola, y eguido sobre sus miembros posteriores tiene 4'36 de altura sobre el nivel del suelo.

Su cabeza es relativamente pequeña y muy comprimida; sus dientes, en número de 92, renacian indefinidamente, es decir, que tan luego como uno de ellos se gastaba, le subsitúa al punto otro. Segun hemos dicho, sus extremidades posteriores eran más grandes y robustas que las anteriores, y por su estructura se parecen á las de las aves, terminando en cuatro dedos.

El insigne naturalista Cuvier fué quien clasificó en 1822 los primeros huesos de este sér antediluviano, á la sazón recién descubiertos. Gedeon Mantell, que efectuó este descubrimiento, presentó los dientes del Iguanodon al exámen de dicho naturalista, y Cuvier los atribuyó sin vacilar á un gran reptil herbívoro, en lo cual no se equivocó, pues el régimen de los Iguanodones era exclusivamente vegetal.

Todo induce á creer que estos dinosaurios tenían costumbres acuáticas, y que debían vivir en los pantanos y á orillas de los rios cuyas aguas podían servirles de refugio. Estos animales de los tiempos geológicos cortaban las plantas de que se alimentaban con el pico córneo en que remataban sus mandíbulas, y las trituraban con los numerosos dientes que guarnecian la parte posterior de su boca. Así engordaban, á pesar de su tamaño, para servir probablemente de presa á los grandes carnívoros, por ejemplo, á otros dinosaurios (*Megalosaurus*), armados de dientes cortantes y de garras aceradas.

SOLDADOS ÁRABES EN EL DESIERTO,

Cualquiera compacece á nuestras bravas tropas cuando las necesidades de la guerra las impone una vida llena de fatigas y de privaciones. ¿Qué significan, empero, las privaciones y fatigas que experimentan nuestros soldados, comparadas con las de los soldados del cuadro que reproducimos?

Mal alimentados, mal equipados, montados en incómodos animales cuyo paso, si rápido quebranta, si lento mareca, atraviesan las llanuras de la Arabia, esos desiertos en los cuales los horizontes parecen sucederse unos á otros con una tenacidad aterradora. Encima de la cabeza un cielo de fuego, bajo las plantas del dromedario piedras que parecen de candente lava y arenas en que se hunden las pezuñas como en un brasero encendido. De los cuatro elementos de la naturaleza, únicamente parece subsistir el fuego...

El cuadro que publicamos da una idea de esas comarcas inhospitalarias, de esos soldados, dignos hijos de ellas, y de los rigores de la guerra en un país que parece destinado á fijar los límites de la civilization.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

ESCENAS PARISIENSES.—¿Qué ha sucedido?
CUADRO POR J. L. PELLICER

No es necesario conocer á Paris para estimar este cuadro en lo mucho que vale. Cualquiera comprenderá que en una poblacion de dos millones de habitantes se han de producir continuamente escenas como las que representa; pero se necesita ser un observador muy fiel y un maestro en el difícil arte de agrupar á un gran número de personajes, para que haya en un cuadro animacion sin confusion, es decir, para que el asunto no se imponga al autor, sino que éste domine el asunto.

Hay, además, en el cuadro de Pellicer un estudio de tipos variados y todos ellos copiados fielmente. Todos esos tipos, todas esas figuras, se hallan dominadas por una misma idea, y aunque constituyendo personalidades ó grupos independientes, todos convergen á un mismo punto, todos se preocupan de lo que ha sucedido. Las figuras del cuadro son en gran número; y sin embargo ni una sola desentona el pensamiento, ni una sola deja de estar en situacion. A pesar de lo cual no hay una sola actitud violenta, no hay un personaje metido por fuerza, no hay un semblante, un detalle solo, que distraiga al espectador y le lleve á otros ideales que no sean el propósito del artista.

Nuestro paraben á Pellicer. La ILUSTRACION ARTÍSTICA se honra con su colaboracion y se promete que su ilustre paisano la proporcionará frecuentes ocasiones en que dar á conocer su privilegiado talento.

LA BATALLA DE LOS ÁRBOLES

Varios hombres decidieron un día constituir una nueva sociedad, una sociedad gjemplan donde la vida corriera entre flores como libre arroyuelo. Era una secta de reformistas, de esos que la filosofia ha forjado en el hornillo calenturiento de sus sabios disparates.

—El océano,—se dijeron aquellos apóstoles de la felicidad terrenal,—es grande y desconocido. Lancémosnos á él en busca de una roca solitaria donde estableceremos nuestras casas, nuestras escuelas, nuestros gimnasios, nuestros talleres y nuestros templos.

Y en efecto, á poco, vieron los buques que cruzaban el dilatado mar, un vapor enorme, todo blanco, cuyo color mostrándose á distancia, decia que allí viajaba sobre las revueltas olas la paz más paradisíaca.

Pronto el vapor de los reformistas perdióse entre las sábanas de ebulliente agua de los trópicos, y trascurridos algunos meses despues de su partida, nadie supo de él. Entre tanto el intrépido vapor caminaba de region

en region, de costa en costa, de isla en isla, de peñasco en peñasco. Pero á todas partes á donde llegaba, ya el suelo tenia las huellas del paso destructor del hombre. Los reformadores necesitaban un terreno virgen donde implantar sus doctrinas, virginales tabanios.

Por fin, un país inhabitado se manifestó á sus ojos atónitos. Era una prolongada lengua de tierra, aislada en medio de las olas. Despoblada de todo animado sér, no habia en ella rastro alguno de vida, fuera de la vegetal. En efecto, los árboles cubrian completamente aquella extension de tierra, en términos de que muchos de ellos se adelantaban hasta dentro del mar. Su apinamiento era extraordinario, y bien pudiera comparárselos á un ejército, con su centro, sus alas de ataque y sus puestos avanzados.

Echaron anclas allí los tripulantes, y abandonando la aguja náutica, pusieron en sus manos el arma del leñador. Las hachas brillaron mordiéndose los árboles, como serpientes; las ramas y los troncos empezaron á caer con lastimeros gemidos al suelo. El terreno se aclaraba; el bosque aparecia calvo aquí y allá; el reformador levantaba su reino sobre el aniquilamiento de la naturaleza.

¡Ah! el bosque no pudo resistir. Era la estacion del invierno, y los tallos desgajados se secan entre el polvo, sin poder arraigar de nuevo. Los árboles indefensos dejáronse, pues, descuartizar, quedar ó torturar por la saña civilizadora del hombre triunfante.

Los troncos más robustos fueron destinados á la construcción de las viviendas; los más delicados y bonitos sirvieron para aderezar los muebles; los más deformes y nudosos, aquellos que mellaban el diente de acero que queria herirlos, fueron condenados al fuego. La selva quedó al cabo arrasada.

Los innovadores, estacionados allí de este modo, gozaron en paz de su victoria. Fuera de algunas contiendas, levisimas es cierto, reñidas á media voz, en el momento de elegir jefe, aquella tribu de anacoretas sociales, vivió desde luego en medio de la más deliciosa armonía. Acariaciados durante el día por los rayos de un sol purísimo; calentados por la noche con la llama rabiosa de la leña cortada al bosque; arullados siempre por la brisa del mar, que era allí blanda, risueña y juguetosa como un niño, no pudieron menos de creer realizados sus sueños los reformistas.

Sin embargo, ciertas dificultades comenzaban á surgir á medida que trascurría el tiempo. Las aves, que no veían en la nueva colonia rama alguna donde posarse, pasaban de léjos, privando de este modo á aquellos hombres del alimento de sus carnes. La pesca retirábase tambien de aquella costa, en que las plantas no podian ofrecerle ya el sabroso cebo de sus semillas. Además el invierno era pasado, los efluvios de la primavera dejábanse sentir por todas partes.

Obsértese que á la aproximacion de la nueva estacion, todos los muebles empezaban á crujir. Por las noches, el rumor que levantaban los estalidos de las maderas, impedía á los habitantes conciliar el sueño. Algunos dias despues, el espectáculo que presentaba la poblacion, y todas las cosas, era sorprendente. Encorvándose las tablas de las mesas, las hojas de las puertas se plegaron, las vigas se retorcieron, los lechos tomaron posturas de doloridos, las sillitas encabritaron sus piés, los armarios hincháronse pareciendo á hidrópicos. Nadie podía dormir, ni comer, ni sentarse. Todos los semblantes estaban aterrados, como á presencia de una catástrofe que nos hace sufrir, pero que no sabemos explicar.

Pero no fué esto todo. En los nudos de las maderas brotaron yemas, de las yemas salieron tallos, y de los tallos ramas cuajadas de hojas. Inútilmente el hacha hacia su oficio: los retoños volviaian á aparecer al día siguiente, más lozanos y más pujantes que nunca. La poblacion, encarnizada en su lucha contra aquella invasion de las hojas, cortaba y cortaba todo el tiempo que tenia fuerzas; pero cuando, agotado su vigor, se entregaba al reposo, el bosque redoblaba su ardor de germinacion, y toda la obra del hombre quedaba anonadada por la savia de la naturaleza.

Ya la primavera estaba en su apogeo. No por días, sino por instantes se reproducian aquellos troncos, nacidos á la vida. Cada stilla rota echaba raíces, botones y flores. Las casus se convirtieron en una masa compacta é impenetrable de verdura. Los hombres eran visiblemente expulsados al mar. Así lo comprendieron al fin, se pena de ser ahogados bajo un océano de follaje.

Embarcáronse en el vapor que les habia traído; y ya bogaban en alta mar felicitándose de haberse librado de aquella como venganza de los árboles, cuando, alzando los ojos, vieron que el palo mayor, recientemente puesto, tambien echaba ramas.

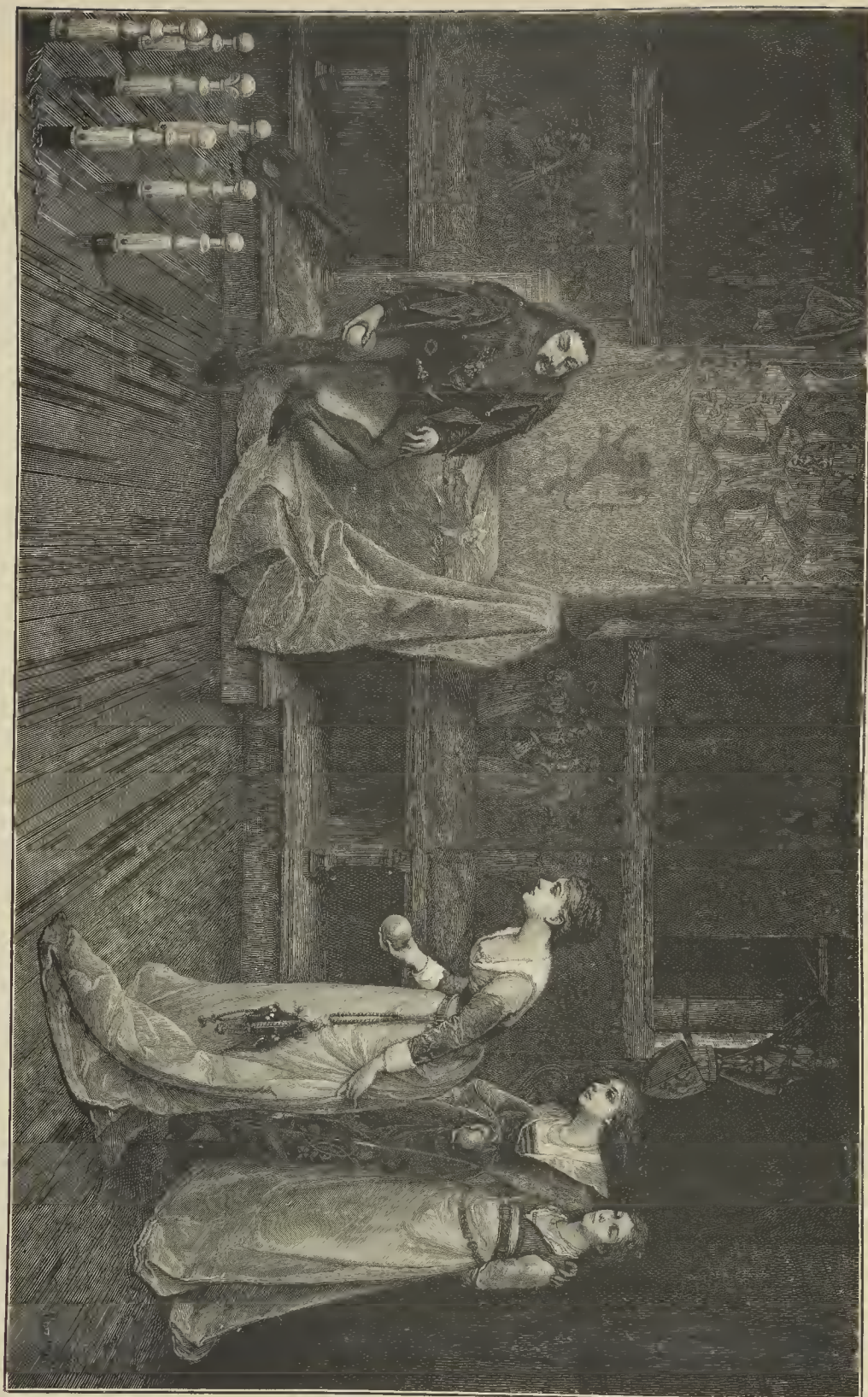
Sin embargo, eran tristes y sombrías como es todo lo que va prisionero.

JOSÉ DE STILES.

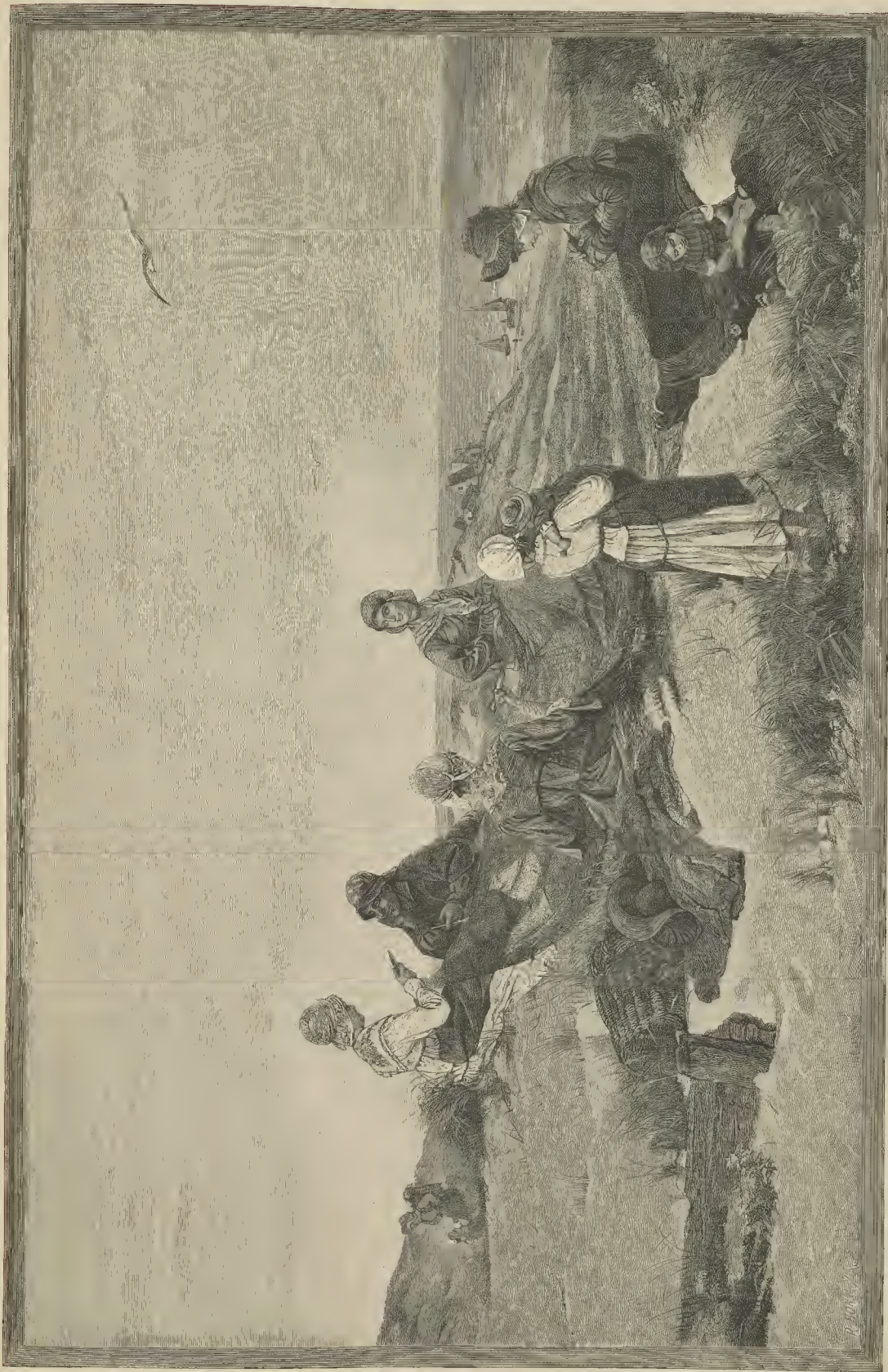
ROSA DE AMOR

(Conclusion)

Todo esto estaban oyendo el conde de la Almazara, el de la apuesta con Quevedo y sus amigos, desde la raja de la casa del conde de Ofiate, y se les ocurrió que tal vez don Francisco se habia valido del ardor de los petardos para apoderarse de la hermosa doncella, lo cual celebraban entre sí en voz baja, por no ser reparados, como un ingenioso modo de salir adelante con su empeño; cuando hé aquí



UNA PARTIDA DE HOLOS, cuadro por A. Viendt



EL D. JUAN DE LOS MEGANOS, cuadro por Carlos Mucke

que volvian los mozos que habian conducido en la silla de manos del convento á la dama y deteniéndoles el alcalde les preguntó á dónde iban y de dónde venian, á lo que le contestaron que habian ido á llevar á su casa, con su marido, á una señora que en los ejercicios se habia desmayado á causa de los petardos.

—¿Y habeis vosotros visto á esa señora?—les preguntó el escudero.

—Sí que la hemos visto,—respondieron,—y era muy hermosa y esta ha muy ricamente prendida.

—¿Y era blanca y rubia?

—Sí.

—¿Y llevaba un collar de perlas gruesas como garbanzos y con una cruz de oro y rubies?

—Cabal que sí.

—Pues esa señora,—dijo el escudero dirigiéndose al alcalde,—no es casada ni por señas, sino doncella y muy doncella y vuestra ama que se nos ha perdido y la estamos buscando.

Oído lo cual, el alcalde preguntó á los mozos:

—¿Y á dónde á esa señora habeis llevado?

Dijéronlo los mozos y el alcalde repuso:

—Venid con nosotros y guaid; y vos, escudero, estós quedo, que vos aquí ya no tocais pito; rapto hubo de doncella y asunto es este de justicia.

—Y del que daré yo cuenta al que puede más que vuestra señora, cuando sepa esta desventura,—añadió el escudero acercándose al alcalde y en voz baja.

—¿Y quién es ese que puede más que yo?—vociferó escandalizado el alcalde.

—El que va con vuestra señoría en esa vara,—dijo en voz más baja el escudero.

—El rey!—exclamó estupefacto el alcalde.

—Y no diré más á vuestra señoría aunque me hagan tajadas,—concluyó el escudero,—pero que con lo que he dicho basta para que se haga lo que se debe.

—Guiadnos,—dijo el alcalde á los mozos,—y vos,—añadió volviéndose al escudero,—haced como si nada me hubieseis dicho y seguidme tambien. Quedense aquí un mozo con las dos sillas de mano y la criada, y adelante.

Y todos echaron á andar.

La criada para no mojarse más se metió en la silla de manos de su señora.

—¿Qué os parece si nos apoderásemos de esa doncella?—dijo el conde de Almazara á sus amigos:—ella nos diría más de lo que quisiéramos saber.

—Pues sea,—contestaron los otros.

Y saliendo en número de seis á la calle, acometieron á cintarazos al mozo del convento que con las dos sillas de mano se habia quedado, le pusieron en fuga, quedose la calle desierta y cargando entre todos con la silla de manos en la que la doncella se habia refugiado se metieron en casa del conde de Oñate en que vivia uno de los de la partida.

XIII

Entre tanto Quevedo habia ayudado á la dama, aturrida aún, á subir á su aposento.

A pesar de su audacia, don Francisco se sentia como sujeto por el hechizo de la maravillosa hermosa en que sus ojos se cebaban á la fin, ella, mal vuelta en sí de sus desmayos, miraba con asombrados ojos á Quevedo y luégo revolvia su mirada atónita por el mequino aposento en que se encontraba, porque don Francisco, aunque era noble y señor de la Torre de Juan Abad, estaba tan pobre como si sólo fuese hijo de las musas.

Al fin se le fué esclareciendo más la mirada y volviéndosele los colores al hermoso rostro, dijo sonriendo:

—Yo os conozco.

—¿Y dónde me habeis visto, señora?—preguntó todo turbado Quevedo y con el corazón abierto.

—¡Aquí!—dijo ella poniéndose un dedo en la frente.

—¿En el pensamiento?

—Sí, porque vos sois como yo quisiera al hombre que habria de ser dueño de mi voluntad. Yo no tengo miedo junto á vos. Me parece que sois mi hermano. Pero ¿por qué estoy yo aquí?

Quevedo le refirió lo que habia sucedido despues de haber reventado los petardos en los ejercicios: que habia caido desmayada en sus brazos y todo lo demás que nuestros lectores saben, y ella le dijo:

—Pues si queréis que yo os estime, porque veé que sois bueno y no queréis que mi honra padezca, llevadme á mi casa que es aquí cerca de la parroquia de San Nicolás y en la calle del nombre que me han dado.

—¿Y qué nombre es ese?—repuso Quevedo.

—Salgamos,—dijo ella,—que puede descubrirse por los mozos si alguno les preguntase á dónde me han traído, y á vos os castigarían por raptor y se perdería mi honra.

—Discreta sois,—observó Quevedo,—yo aturrido con las ansias de vuestra hermosura, no habia pensado en lo que sabíamente habeis dicho. Vamos pues, pero habeis de prometerme hablar conmigo por la reja.

—Por eso no quede; y vámonos en este mismo punto; no sea que sobrevengan y no tenga remedio mi desdicha.

Ella entre tanto se habia arreglado lo descompuesto de su traje.

Quevedo le dió el brazo para bajar las escaleras, y salieron á la calle.

Dejó entornada la puerta Quevedo por no entretenerse, que tenia miedo de que volvisen, no por él, sino por la honra de ella, que ya la queria como cosa propia por el encanto de su hermosura, y porque tenia la seguridad de que

aunque entraran ladrones no podrian robarla, y andando deprisa y callando con la señora de sus sentidos y casi corriendo porque no los cogiesen y porque la lluvia era á cada momento más recia, llegaron á la calle de la Rosa de amor, inmediata á la plazuela de San Nicolás: llamando á grandes alabadas, se dió ella á conocer al criado que acudió á la puerta, entróse y poco despues habia con don Francisco por una reja.

—Me dijisteis,—dijo Quevedo,—que la calle en que viviais se llamaba como vos os llamais; yo no conosco esta calle: he estado mucho tiempo en Nápoles con el duque de Osuna y la han abierto durante mi ausencia.

—Verdad es que es calle nueva, y los vecinos por vivir yo en ella, y por un respeto como ellos dicen á lo que llaman mi hermosura, me han puesto un nombre que es Rosa de amor, y este mismo nombre en sesion del concejo de la villa se lo han puesto á la calle.

—Pues no han podido poner un nombre más verdadero ni más justo ni más hermoso para la calle. ¿Y cómo os llamais vos de vuestro nombre verdadero?

—Yo no tengo nombre.

—¿Qué no tenéis nombre?

—Yo no conosco padres.

—¡Ah!—exclamó Quevedo no sabiendo qué decir.

—Yo no tengo más que mi nombre de pila,—dijo ella:—me llamo María.

—¿Y quién mantiene vuestro boato?—preguntó Quevedo con la voz casi ininteligible de celoso.

—Yo no lo sé.

—¿Que no lo sabeis?

—No; he preguntado á mi dueña que debe saberlo y me ha respondido que todavía no es hora.

XIV

A Quevedo se le habia puesto amarga la boca como las tueras.

De tal manera le habia sobrecogido la hermosa doncella con sus encantos que no habia sabido ni podido amarla más que con el alma; y como tenia la seguridad de que siempre la respetaria, mientras su mujer no fuese, por lo que de una parte le parecia peligroso el matrimonio é imposible para todo hombre discreto, y por otra era muy diego por la nobleza que no le hubiera consentido se casara con una mujer sin nombre, se sentia amargado é infeliz y maldecía la apuesta que sin saber lo que hacia habia empeñado con el conde de la Almazara.

—El hombre propone y Dios dispone,—exclamó Quevedo.

—¿Por qué decís eso?—le preguntó ella.

—Porque yo, que me habia propuesto no ser del martirologio, aunque llegara á ser santo, me encuentro sin ser santo en el mayor martirio que puede sufrirse agonizando en vida y viviendo en muerte.

—¿Y qué martirio es ese?

—El del amor.

—No le conosco y no sé lo que es, pero si lo que por vos siento es amor, á mí no me martiriza.

—¡Cuán bien se conoce,—respondió suspirando Quevedo,—que sois inocente y cuánto esto aumenta mi martirio!

—Pues confiad en mí, como yo confío en vos y creeréis que se puede amar sin ser desventurado. Pero ¿cómo os llamais? Decidmelo.

—Vuestro esclavo se llama don Francisco de Quevedo y Villegas.

—¡Ah, el de las jácintas!

—¡El de las maldiciones! ¡nunca yo os vierá!

—¡Ay de mí desdichada!—exclamó con una vehemencia infinita doña María.

—¿Os espantais de que yo sea desventurado?

—¡Ah! no es por eso, no, sino que he perdido un retrato que en un medallón tenia en el joyero del pecho.

—¿Un retrato de quién?—exclamó Quevedo cuyas palabras sonaron como un rugido.

—El retrato de una señora que yo creo que era mi madre y que he encontrado entre otras joyas en un cofrecillo. Y he perdido ese retrato en vuestra casa mientras componia el traje: id, id y ved si recobrais ese retrato, si está allí; no repararé hasta que lo tenga.

Quevedo se acordó de que habia dejado la puerta abierta, que era muy fácil fueran á su casa en busca de doña María, que entrasen, que encontrasen el retrato si allí se habia quedado.

—Pues esperad á que yo vuelva y os haga una seña que serán tres palmadas y bajad otra vez á la reja,—dijo Quevedo.

Y escapó.

XV

Quando llegó á su casa vio que habia bultos á la puerta en los que acercándose reconoció alguaciles.

Allí pues estaba la justicia.

Se lanzó á la puerta.

—¿Á dónde vais?—preguntó un alguacil.

—¿Qué yo no puedo entrar en mi casa?—preguntó á su vez Quevedo.

—Pues si sois el dueño de esta casa, daos á prison al Rey nuestro señor.

Parecióle hartío serio aquello á Quevedo que saltó atrás.

Los tres alguaciles que estaban á la puerta se lanzaron sobre él y le desarmaron.

Luégo, y en peso, porque él no se entregaba, le subieron á la sala, donde estaba el escudero y guardia de doña María, uno de los mozos del convento y algunos alguaciles.

Quando entraron los que conducían á Quevedo, este vió que el alcalde examinaba á la luz de una linterna una joya que lanzaba de sí destellos como de diamantes.

Era sin duda el medallón que habia perdido doña María.

XVI

—¿Porqué estais en mi casa? ¿qué haceis aquí? ¿qué joya es esa que tenéis en las manos?—dijo Quevedo, á quien los alguaciles habian soltado.

—¡Vos sois quien tenéis que decirme quién sois!—exclamó con retumbante autoridad el alcalde.

—Yo soy,—contestó con una alta expresion Quevedo,—don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad, del hábito de Santiago, y vos no tenéis jurisdiccion sobre mí.

—¿Yo tengo en las manos el cuerpo de vuestro delito!—repuso con acento concentrado y temblando el alcalde.

—¿De qué delito, si os parece?

—¿Del de rapto de doncella y sacrilegio,—exclamó el alcalde.

—¡Vos mentís!

—¡Yo os meteré en la cárcel!

—¡Por desoir vuestra voz!

—Mandaré que os pongan una mordaza si seguís en vuestros desvergonzados desacatos.

—Yo protesto.

—En buen hora.

Y luégo volviéndose el alcalde al escudero le dijo:

—¿Reconocéis este retrato?

—Sí señor,—respondió el escudero:—este medallón lo llevaba esta noche mi señora sobre el pecho.

—Convencido estais,—dijo á Quevedo el alcalde:—esta alhaja se ha encontrado en vuestra casa; ó sino un ladrón ó le ha dejado aquí la señora cuyo rapto habeis cometido.

—¿Me dejais ver ese medallón?

—Sí, para convenceros.

Y el alcalde se lo mostró.

Quevedo ahogó un grito apenas vió el retrato, que era una bellisima miniatura en esmalte de una mujer hermosísima.

—¡El conde de la Almazara!—exclamó.

—¡Vos estais loco! pues ¿no veis que este es el retrato de una dama?

—Sí; pero de una dama que se parece como una gota de agua á otra gota á mi amigo el señor conde de la Almazara.

—¿Quién me nombra?—preguntó el mismo conde entrando acompañado del de Oñate y de los otros amigos que debian haber sido los testigos de la apuesta que se habia empeñado entre el conde de la Almazara y Quevedo, y con la doncella de doña María.

¿Por qué estaban allí?

XVII

Quando la doncella de doña María, á quien aquellos jóvenes nobles habian arrebatado, se vió en un salon del piso bajo de la casa de Oñate fuertemente iluminado por la gran llama de una chimenea y por una araña cargada de velas, lanzó un grito de sorpresa y se quedó mirando espantada al conde de la Almazara.

—Pero ¿qué os pasa, moza?—dijo este.—¿creéis que aquí se os va á hacer algun mal? Sólo queremos que nos deis noticias de vuestra señora.

—Pero mi señora debe ser vuestra hermana, caballero,—dijo la doncella.

El conde se puso mortalmente pálido.

—¿Qué estás diciendo?—exclamó:—yo no tengo hermana alguna.

—Os pareceis todo, todo, todo,—murmuró la doncella, cuyo asombro crecia,—á una señora retratada en un medallón que mi ama usa mucho, y que dice que es el retrato de su madre.

—¿Eso decis vos?

—Eso juro y digo la verdad.

—Venid todos conmigo,—exclamó el conde:—venid tambien vos, moza: la que llamais vuestra señora ha sido robada por uno de nuestros amigos. Vamos á su casa.

Todos, inclusa la doncella, siguieron al conde.

Llegaron muy pronto á la casa de Quevedo.

Subieron.

Llegaron en el momento en que nuestro poeta nombra al conde.

Al decir este:—¿Quién me nombra?—Quevedo se encará á él y le dijo con acento triunfante:

—He ganado mi apuesta.

Pero el conde no lo oyó.

Habia visto en las manos del alcalde el medallón.

—Señor alcalde,—le dijo,—es ese el retrato de una dama?

—Sí, y un retrato que se os parece como si fueseis vos mismo.

—¡Mostrádmelo, pues!

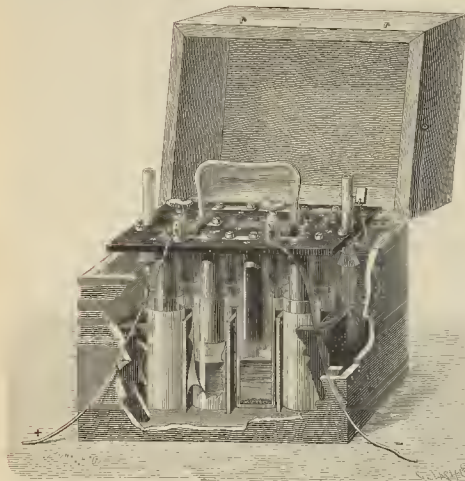
El alcalde se lo entregó.

—¡Mi madre!—exclamó con un acento indescribible.

Y se contuvo.

—¡Mi madre murió hace veinte años,—murmuró el conde:—yo no la conosco; pero ese retrato se parece á los que de mi madre están en mi casa.

A Quevedo se le puso de nuevo la boca amarga.



PILA DE BICROMATO DE POTASA PARA INFLAMAR LOS BARRENOS

La broma se hacía seria. Lúgubre, trágica, formidable. En la imaginación de Quevedo, viendo y oyendo aquello, se revolvía el embrión de una tragedia espantosa. El escudero mostraba su semblante feroz y su mirada se concentraba ya en Quevedo, ya en el conde de la Almazara.

—¡Declarad vos,—dijo el alcalde al conde,—vos que sois criado de la señora robada por don Francisco de Quevedo, decid al señor conde de la Almazara si sabeis que esta joya pertenece á vuestra señora.

—Yo no tengo nada que decir,—contestó con acento feroz el escudero.

—Yo afirmo que esa joya es de mi señora,—dijo la criada,—y que mi señor me ha dicho mil veces que ese retrato es el de su madre.

—A mi cuenta y riesgo,—dijo el conde de la Almazara señalando al escudero,—ese hombre á la cárcel: hay que interrogar acerca de una historia en que puede haber, en que hay de seguro un gran crimen. En cuanto á don Francisco de Quevedo,—añadió con acento sombrío,—ya nos entenderemos despues.

—Cuando salga de la cárcel á donde le llevo por sus delitos de desafuero: por rapto de doncella probado y por sacrilegio sospechado. No hubo medio. Los fueros de la justicia no podian atropellarse. Quevedo y el escudero, que se llamaba Anton Repulga, fueron llevados á la cárcel.

XVIII

En ella y puesto en el tormento Repulga, medio despedazado, no pudiendo resistir más el dolor, confesó lo siguiente:

El conde-duque, cuyo poder no tenia límites, se enamoró de la condesa de la Almazara.

Durante una ausencia del conde en las tierras de Flandes, el conde duque solicitó á la condesa, que excitada al fin por la grandeza del poder del conde duque, succumbió á su empeño.

De estos amores resultó un desdichado fruto.

de alta traicion y lesa majestad en que se habian empeñado algunos nobles amigos suyos.

El conde era inocente. Pero ¿qué importaba su inocencia? Sujeto una vez y otra vez á la cuestion del tormento, pereció en él.

De esta suerte el conde-duque se libró de un enemigo á muerte.

En cuanto á doña María, fué encerrada secretamente en el convento de Trinitarias. Sólo entonces se soltó á Quevedo.

Este no volvió á ver á doña María ni supo lo que habia sido de ella.

La desdichada habia profesado. No sabemos si por el amor de Jesucristo olvidó el que la habia inspirado Quevedo.

Estas fueron las consecuencias de una apuesta de libertinos.

Y esta es tambien la tradicion de la casa inmediata á la iglesia de San Nicolás, á la que por haber vivido en ella doña María se la llamó de la *Rosa del amor*: con el tiempo se olvidó el amor, y quedó á la casa el solo nombre de la Rosa que aún hoy lleva.

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA

III Y ÚLTIMO

Explosion de barrenos, minas y torpedos

La explosion de los barrenos y minas hecha por el sistema antiguo es una operacion con frecuencia peligrosa, y las desgracias que de vez en cuando causa son demasiado graves para que se haya tratado de evitarlas. Hé aqui cómo se procedia para inflamar la pólvora introducida en las minas. Hacíase

comunicar el barreno con regueros de pólvora más ó menos largos puestos en la superficie del suelo, por medio de tubos de hierro llenos de pólvora que en el lenguaje técnico llevaban el nombre de *sal-chichones*. Poníase luego en el extremo del barreno un largo pedazo de yesca y se le encendia por la punta opuesta, calculando sus dimensiones de modo que el encargado de la operacion tuviese tiempo de alejarse. No hay para qué detenernos á demostrar el peligro que resultaba de una inflamacion demasiado pronta; á menudo tambien el retraso en la inflamacion era causa de desgracias, sobre todo si se prendia fuego á la vez á muchos barrenos; si se ignoraba cuáles eran los que habian estallado, y por último si se creian apagadas las mechas que en realidad no lo estaban.

Valiéndose de las corrientes eléctricas, de la chispa que brota en el momento en que se cierra el circuito á mayor ó menor distancia, debia desaparecer, como en efecto ha desaparecido, todo

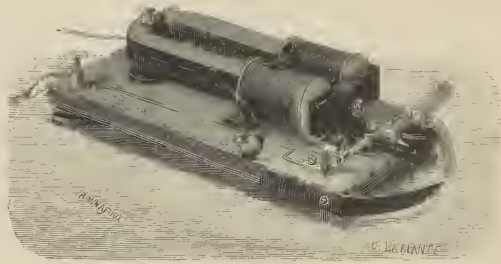
peligro. Con este objeto se hace uso de la pila unas veces, y otras del carrete de induccion de Ruhmkorff ó de las corrientes inducidas de las máquinas magneto-eléctricas.

Desde el principio de esta nueva aplicacion de la electricidad, se ha empleado la pila; pero se necesita una de mucha fuerza y conductores metálicos de gran diámetro. Apenas se cierra el circuito se pone incandescente una espiral de platino metida en la pólvora, y sobreviene la explosion. Ahora se emplea una batería compuesta de elementos de bicromato de potasa, metidos en una caja y colocados de manera que, mediante un mecanismo muy sencillo, todos los cilindros de zinc se introducen á la vez en el líquido. Este sistema, que se habia abandonado por adoptar los que vamos á describir, ha sido perfeccionado y vuelve á estar en boga de algunos años á esta parte.

El método de volar los barrenos por medio de la chispa de induccion del carrete de Ruhmkorff se inauguró en las grandes obras del puerto de Cherburgo. Propuesto por Du Moncel, no dió al pronto buen resultado, por cuanto el poder calorífico de la chispa no era suficiente para inflamar la pólvora á la distancia á que estaba el barreno. Por fortuna, el ingeniero inglés Stateham acababa de inventar un cohete mucho más inflamable que los ordinarios; Ruhmkorff adoptó este nuevo artificio, y el éxito correspondió á sus esperanzas.

Este nuevo cohete consiste en dos hilos de alambre de cobre rojo, cubiertos de guttapercha, cuyas puntas libres, despues de encorvadas, se introducen en una cápsula de guttapercha vulcanizada.

Los dos hilos van á parar á uno ó dos milímetros de distancia, á una especie de caja que se llena de pólvora despues de haber impregnado las puntas del alambre de fulminato de mercurio. «Los primeros ensayos hechos en grande escala, dice Du Moncel, de la aplicacion del aparato de induccion de Ruhmkorff á los barrenos, los efectuó en 1853 el coronel español Verdú en los talleres de M. Herckmann, fabricante de alambre cubierto de guttapercha en la Vilette. Se hicieron pruebas sucesivamente en alambres de 400, 600, 1000, 4800, 5000, 6400, 2600, 25000 y 26000 metros de longitud, y el resultado fué siempre satisfactorio, ya con un circuito compuesto de dos hilos, ó ya haciendo entrar la tierra en el circuito.



EXPLOSOR MAGNÉTICO, SISTEMA BRÉGUET

Para esto sólo se habian empleado dos elementos Bunsen.»

Para volar minas ó barrenos monstruosos, es decir, cargados de centenares ó millares de kilogramos de pólvora, metidos en muchas cavidades puestas en comunicacion entre sí, y obtener su explosion casi simultánea, se hace uso de un conmutador cuyo brazo se pone sucesivamente en contacto con placas de cobre unidas á cada barreno. De este modo se efectúan las explosiones unas tras otras, pero á intervalos tan inmediatos que se las podría creer simultáneas.

El uso de la electricidad para la voladura de barrenos ó minas no tan sólo es ventajoso por lo que respecta á la seguridad, sino que por su facilidad en producir efectos mecánicos gigantescos debidos á la simultaneidad de las explosiones, ofrece tambien una economia considerable (hasta 60 por 100) sobre el antiguo sistema de los regueros. En los trabajos efectuados en 1854 para hacer una dársena en el puerto de Cherburgo, bastó la explosion de seis barrenos para desprender de un golpe un bloque de 30,000 metros cúbicos de roca.

Hé aqui ahora un aparato explosor cuya potencia calorífica se debe al desarrollo de las corrientes inducidas y de la extra corriente magneto-eléctrica, y cuyo inventor es M. Bréguet.

Consiste en un electro-iman con sus polos enfrente de dos haces en forma de herradura fuertemente imantados y puestos de modo que tienen sus polos vueltos en sentido contrario, de lo cual resulta en la herradura del electro-iman una imantacion que se hace más enérgica con una armadura fija. Delante de ésta hay una pieza de hierro dulce mantenida en contacto con la armadura por medio de un resorte antagonista, y de la cual se le puede separar bruscamente imprimiendo un rápido movimiento al boton de un mango. La disminucion de fuerza que de esta separacion resulta en la armadura del electro-iman, engendra una corriente inducida en los hilos de las bobinas, y además una extra-corriente, cuya intensidad se agrega á la de la inducida. La fuerza de la extra corriente es la que principalmente se utiliza para producir la chispa,



EXPLOSION DE TORPEDOS POR LA ELECTRICIDAD: SISTEMA DE DEFENSA DE PUERTOS Y COSTAS, DEL GENERAL CILAZAL

y M. Bréguet ha discurrido una combinacion que permite valerse de dicha fuerza en el momento en que llega á su máximo. Con tal objeto hay una placa de muelle en contacto con un tornillo, la cual no se separa de él sino cuando la pieza de hierro dulce ha terminado su movimiento. Ahora bien; uno de los hilos de la bobina va á parar al tornillo y el otro al muelle, de suerte que mientras dura el contacto el circuito se cierra por sí mismo, la extracorrente llega á su máximo cuando aquel cesa, y entonces sobreviene la descarga al través del circuito que va á parar á la mina.

Para evitar cualquier percance, un pasador impide que el mango se baje cuando el aparato está en comunicacion con muchas minas, no pudiendo este funcionar sino cuando, estando todo preparado, se quita el pasador. Entonces se puede dar la señal sin recelo alguno.

Se pueden usar, como en efecto se usan, los aparatos que acabamos de describir, no tan sólo para pegar fuego á los barrenos, sino para producir á larga distancia la inflamacion de toda clase de artificios peligrosos, ó de materias gaseosas tales como el *grisú*, ó simplemente para encender luces de gas que deban servir de señales. M. Trève, oficial de marina, ha propuesto que se adopte en la armada un telégrafo náutico destinado á reemplazar las señales nocturnas que, como es sabido, se hacen

con fanales de combate. Estos fanales consisten en linternas provistas de lentes de escalones semejantes á las de los faros, y que se izan con una ó dos drizas al punto más alto del buque. Pero como en las operaciones necesarias para manejar, colocar en su sitio y encender estos fanales se invierte mucho tiempo, M. Trève ha propuesto hacer más rápido este modo de comunicacion, reemplazando las bujías de las linternas con el gas del alumbreado, y poniendo fijos los fanales en el sitio que deben ocupar. Unos tubos de plomo ó de caucho, que parten de un depósito de gas situado en la toldilla, van á parar á los fanales; abriendo ó cerrando una llave, se puede dar á uno ó á otro el gas necesario. Si en este momento funciona un aparato de induccion, por ejemplo un carrete de Ruhmkorff, distribúyese la luz á los fanales que tienen las llaves abiertas, y el comandante puede mandar hacer



EL GRAN IGUANODON DEL MUSEO DE BRUSELAS

desde su camarote todas las señales compatibles con este sistema de telegrafía nocturna.

La inflamacion á larga distancia de las materias explosivas por la electricidad sirve para proteger los puertos y las inmediaciones de las plazas fuertes, segun dejamos dicho. Todo el mundo ha oido hablar de esos ingenios formidables llamados *torpedos*, cuya explosion estan terrible, que si llega á estallar á tiempo, uno solo puede echar á pique el mayor buque de guerra. Los torpedos han desempeñado un papel importante en la guerra de seccion en los Estados Unidos, habiendo causado la pérdida de un crecido número de buques. Hé aquí en qué consistia el torpedo americano.

Era una caja de estano de 45 ó 50 litros de capacidad, dividida en dos partes por un tabique trasversal: una de ellas contenia la carga de pólvora y la otra servia de cá-

mara de aire. Una varilla de hierro metida en la pólvora y con una cápsula en su extremo, recibia el golpe de un martillo cuando al pasar un buque sobre el punto en que estaba sumergido el torpedo, tropezaba con un flotador provisto de una cuerda puesta en comunicacion con el engranaje del martillo.

En un principio no producía la electricidad la explosion; pero muy en breve se tuvieron en cuenta las ventajas que podia resultar de una inflamacion instantánea, y que quedaba al arbitrio de las autoridades encargadas de la defensa. El general Chazal, ex-ministro de la Guerra en Bélgica, ha combinado el uso de la electricidad con el de la cámara oscura, de un modo muy ingenioso para defender el Escalda con torpedos.

Bajo una tienda protegida por un terraplen, se coloca la pila ó el aparato de induccion que engendra la chispa. En dicha tienda se reúnen todos los hilos que enlazan eléctricamente las líneas de torpedos con el aparato, estando numerado cada uno de ellos para evitar cualquier equivocacion.

Sobre una mesa se extiende un plano del Escalda en el que están indicadas las posiciones de los torpedos, y que no es otra cosa sino la reproduccion óptica del río por el aparato de la cámara oscura colocado en el vértice de la tienda. Supongamos pues que se divisa un barco enemigo remontando el río: el oficial encargado de la vigilancia y del mando podrá observar de minuto en minuto la posicion que ocupa relativamente á la línea de immersion de los torpedos. En el momento oportuno, dará la orden conveniente al marino encargado del aparato eléctrico, é indicará el número del hilo cuyo circuito debe cerrar, y al punto ocurrirá la explosion. Segun parece, las pruebas hechas algunos años atrás han tenido el mejor éxito.

Durante el sitio de Paris, se puso en los alrededores de sus baluartes y fuertes una red de torpedos; mas como el ejército sitiador no dió ninguna embestida de cerca á la gran ciudad, este sistema de defensa, perfectamente organizado, no pasó de desempeñar un papel preventivo.

A. G.



SOLDADOS ÁRABES EN EL DESIERTO



AÑO III

←BARCELONA 15 DE SETIEMBRE DE 1884→

NÚM. 142

REGALÓ Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRAVADOS.—MANDOLINATA, por don Benito Más y Prat.—EL ABRAZO DE LA AGONÍA, por don Enrique Valdivieso.

AMOR Á PRUEBA, por don Cárlos Ceello.—FUEGO DEL CIELO, por don M. A.

GRAVADOS: JÓVEN DE CAPRI, estudio por Sargent.—EPIPO Y ANTÍGONA, cuadro por J. Stallaert.—NOCHE TOLEDANA, dibujo por

Ricardo Balaca.—SALVAMENTO DE UN HOMBRE CAIDO EN LA FOSA DE LOS OSOS DEL JARDÍN DE PLANTAS DE PARIS.—¿NO VES QUE TE QUEMAS?—SEGADORES MUERTOS INSTANTÁNEAMENTE POR UN RAYO.



JÓVEN DE CAPRI, estudio por Sargent

NUESTROS GRABADOS

JOVEN DE CAPRI, estudio por Sargent

Un año ha trascurrido desde que Capri (Ischia) sufrió aquella gran catástrofe que recuerda el último día de Pompeya. Si esta quedó sepultada bajo las cenizas del Vesubio, Ischia se desplomó instantáneamente sacudida por uno de los más horribles terremotos que consigna la historia.

Desde entonces, la pobre hija de Capri, tuvo candoroso, que antes de la gran desgracia, sonreía al sol y al mar y al extranjero, vaga litorosa por la playa de Nápoles, sin hogar, sin familia, estatura viviente, en cuya memoria solamente existe el hecho de su desdicha, recordado vagamente, como se recuerdan las pesadillas. No la pidáis detalles de su vida: sabe únicamente que era feliz como la tierna avechilla que pasa el día cantando y a cuyo frugal alimento proveen los cariñosos padres... De repente... un rumor sordo, creciente, horrible; la tierra temblando y abriéndose como el día en que murió el Señor; el mar crecispado y rugiendo cual en el instante de destruir al ejército de Faraón; muchos gritos de agonía, y momentos después un silencio fúnebre, el silencio de los cementerios, más triste, si cabe, que el anterior estruendo.

La hija de Capri aún no ha vuelto de su asombro y de su espanto: tal aparece del estudio de M. Sargent, verificado a raíz de la famosa catástrofe de Ischia.

EDIPO Y ANTÍGONA, cuadro por J. Stallaert

La teoría del fatalismo, que en la mitología tiene por nombre el *Destino*, privó grandemente en la antigüedad. Su víctima más saliente es Edipo, que vivió y reinó en el siglo XIV antes de J. C. Edipo era hijo de Layo y Yocasta: el oráculo había pronosticado que el hijo de aquellos reyes de Tebas sería matador de su padre y marido incestuoso de su madre; por lo cual, apenas vino al mundo, fué abandonado a las fieras en un monte. Recogióle uno de los pastores, y cuando llegó a mozo, de ánimo esforzado y claro ingenio, dió realmente muerte a su padre, sin sospechar que tal era, á consecuencia de una disputa que con él tuvo en un camino público. Más tarde apareció un monstruo que asolaba á Tebas y devoraba á cuantos no acertaban á descifrar un complicado enigma. La mano de la reina viuda había de ser premio de quien venciera al monstruo, fortuna ó desgracia que le cupo á Edipo. Unido fatalmente á su madre, tuvo de ella cuatro hijos, y los esposos y el reino eran muy felices, cuando se descubrió la terrible verdad, demostrando que el destino profetizado se había cumplido en todas sus partes.

Edipo, paricida y marido incestuoso de su madre, volviendo su ira contra sí propio, se arrancó los ojos y se desterró de Tebas, maldito del pueblo y acompañado de su hija Antígona, modelo de amor filial.

El cuadro que publicamos y que da una perfecta idea de la desgracia de Edipo, representa á éste en su ancianidad, ciego, mendigando su pan de cada día, objeto de la reprobación general, y amado solamente de su fiel Antígona, que comparte con su padre el ostracismo, la miseria y el horror universal que aquel infunde.

En la desventurada historia del rey de Tebas se han inspirado poemas varios, entre ellos Sófocles, Voltaire y nuestro Martínez de la Rosa. No sería posible, también, que el inmortar Calderon, poeta eminentemente cristiano, hubiera escrito su famosa *La vida es sueño*, para oponer al fatalismo del poeta griego la consoladora doctrina del libre albedrío, tan magistralmente desarrollada por el gran dramaturgo español?

NOCHE TOLEDANA, dibujo por Ricardo Balaca

La población más legendaria de España, la que conserva aún el sello típico de ciudad esencialmente española, la antigua, la que permite con mayor facilidad reconstituir el pasado y localizar con absoluta precisión las tradiciones y consejos de sus tiempos de esplendor, es sin duda la que muy mercedosamente se engalanó con el título de *Imperial Toledo*. Al atravesar sus monumentales entradas, al cruzar sus estrechas calles, gestuosas palacios que, como ciertas beldades privilegiadas, conservan restos de sus antiguos atractivos; al arrodillarse en sus templos, que lo mismo lo han sido en lo antiguo de Jesucristo que de Mahoma y de Jehová; la imaginación se traslada á otros tiempos, evoca las venerandas sombras de sus monarcas; de sus prelados y de sus grandes capitanes, y lo único que desentona en este cuadro de otra edad, son los prosocivos vecinos que la habitan y que el *touriste* quisiera vestir con sobrestada y capaceté ó con el blanco alquiel de los secretarios del Profeta.

El malogrado Balaca, que era un artista español por sus cuatro costados, inspirándose seguramente en las magníficas leyendas de Zorrilla que, digase lo que se quiera, ha sido, es y será el poeta más gráficamente nacional de los tiempos modernos; dibujó con su habitual acierto una escena nocturna en Toledo, titulóla *Noche toledana*, con lo cual daba tangiblemente una idea ó explicación de esa frase popular. Tan comunes eran en la antigua corte de España las sangrientas aventuras y los lanceos callejeros, en que no siempre la justicia, representada por rondas y alguaciles, llevaba la mejor parte.

Salvamento de un hombre caído en la fosa de los osos del Jardín de Plantas de París.

El Jardín de Plantas de París, tan pacífico por lo común, fué testigo hace algunas semanas de un suceso que

pudo degenerar en trágico. Un bañail cayó en la fosa de los osos por encima de la barandilla de hierro á consecuencia de una imprudencia que pudo costarle muy cara.

Los dos osos de Siria que viven en la fosa son un macho de pelaje amarillento oscuro, y una hembra casi negra. El hombre tuvo la suerte de caer sobre esta, con lo cual se amortiguó la fuerza del golpe, y la osa, asustada, huyó al extremo opuesto de la zanja, y se puso á correr de una parte á otra, buscando por dónde escapar. Pero el macho se había acercado al bañail y le olfateaba; al pronto se puso á lamerle suavemente y como jugando; el caído abrió los ojos, y al ver al oso junto á sí, quiso cerrarle la boca con la mano. Afortunadamente para él, tuvo la suficiente presencia de ánimo para no moverse ni intentar una lucha inútil.

Entre tanto acudieron en su auxilio. Uno de los guardas de la Rotonda y un carpintero corrieron á la barandilla, y desde allí rechazaron al oso con unas picas; al mismo tiempo llegó otro empleado con una recia cuerda cuya punta arrojó al bañail, el cual se agarró á ella, y apoyando los pies en la pared, fué izado y salvado de las garras del oso, muy á tiempo por cierto, pues enfurecido el animal por los gritos del público, por los golpes de las picas y al ver que se le escapaba su presa, hubiera dado seguramente cuenta del bañail.

El individuo que, según toda probabilidad, habría tenido una muerte trágica, salió de trance tan crítico con una desolladura en la frente, algunas contusiones en la espalda y varias lesiones en el costado causadas por un mordisco del oso que con las patas y los dientes quería atraerlo á sí cuando le sacaban de la fosa. El susto recibido y los cuatro días que guardó cama en el hospital le harán conservar memoria perdurable de la fosa de los osos.

MANDOLINATA

Á MI BUEN AMIGO EL INSIGNE TENOR ROBERTO STAGNO

Sí, andiam! la notte è bella,
la luna va spuntar,
di quà, di là
per la città
andiam! á trasturar.

PALADILIE

I

¡Qué hermosa era Lauretta, y qué bien tocaba el violín su esposo Pietro!

Tenase á la una por la más gentil costurera de los talleres de Miss Gordón, y al otro por el músico más garrieto de *La Stella de Niza*, grupo de profesores bohemios, que sólo daba serenatas á domicilio, cuando se trataba de ricos banqueros ó de príncipes de la sangre.

Pietro vió por primera vez á Lauretta una noche de luna en que recorría con sus compañeros de murga las calles de Niza, dispuestos á cumplir, punto por punto, lo preceptuado por las conocidas estrofas de Paladilhe:

Sí, andiam! la notte è bella, etc.

Vióla en un balcón bajo, envuelta en una bata ménos blanca que su cuello y mostrando al desnudo las líneas voluptuosas de sus hombros. Creyó que se le aparecía la Julieta de Shakespeare ó la Margarita de Goethe.

Habiéndose quedado absorto ante el balcón, con el violín en facha, el arco levantado y el *capello* en la cornilla, sintió un suave cogotazo en la nuca y oyó distintamente estas palabras dichas en tono un sí es no es agrato y afectuoso:

—¡Hombre, buena es esa, te pones á hacer cocos á mi hija y dejas sin concierto á nuestros camaradas... Era el padre de Lauretta, compañero de Pietro, que salía de su casa con el trombon debajo del brazo, para unirse á los individuos de *La Stella* que templaban sus instrumentos en la acera de enfrente.

Pietro, loco de alegría al saber que aquella divinidad le era asquible, saludó á la jóven con exquisita cortesía, cogió el brazo del viejo y se propuso asediarse la plaza con toda formalidad al día siguiente. Pocos meses después, el concierto de *La Stella* verificaba sus esponsales con la oficiala más bella de Miss Gordón, yendo á la parroquia á los alegres sonos de la *Mandolinata*, que tocaban todos los instrumentos de la Sociedad excepto su violín y el trombon de su suegro.

No hay que decir que, aquella noche, hubo música gratis para todo el barrio.

Pietro y Lauretta vivían felices. Eran dos palomitos enamorados que de día volaban acá y allá, para buscar el cotidiano sustento, y de noche se dormían en un mismo nido después de cambiar píos, arulllos y aleteos.

Cuando Miss Gordón velaba y necesitaba de Lauretta para terminar algún traje de baile, Pietro, en vez de deshacer la cama matrimonial, que aunque humilde era primorosa y blanda, se entretenía en rondar el taller con el violín debajo del brazo, no siendo extraño que le hiciese conocer con un grito de sus cuerdas que le devoraba la impaciencia; por el contrario, si Pietro tenía que pasar la noche fuera de casa, Lauretta le templaba el lecho con su mórbito torso, pues tenía la seguridad de despertar tan pronto como sonase bajo su balcón un solo acorde de la *Mandolinata*.

Acaso extrañará á algunos que se hubiese establecido entre los cónyuges esta caprichosa correspondencia musical, pero es el caso que así acontecía, y no hemos de preguntar nosotros por qué va el cántaro á la fuente hasta

que se quiebra. La *Mandolinata*, había llegado á ser como el reclamo de aquellas aves enamoradas.

Que Lauretta y Pietro eran felices, saltaba á la vista con sólo penetrar en su humilde vivienda. La labor de la uno se hallaba junto al atril y los papeles de música del otro; la funda del violín de Pietro cerca del corsé de Lauretta, como dos cajas que guardaban á veces tesoros de armonías y de latidos que se correspondían y se completaban; dos retratos hechos en cristal por Daguerre, estaban como refugiados bajo el camisolín de tul, de ella, y la corbata de esyuma de seda que, él, usaba en las grandes solemnidades.

Tres años después del matrimonio, Pietro, cada vez más enamorado de su esposa, se permitía verdaderos derroches. Complacíase en ver aquellos hombres helénicos cubiertos de seda, aquellas orejas menudas adornadas de zarzillos de oro, aquel cuello encantador aprisionado con sartas de perlas.

Para esto había vendido hasta su magnífico *stradivarius*, que tocaba solo, según la gráfica expresión de sus amigos. Lauretta, por su parte, premiaba con un beso cada obsequio de su marido, y parecía irse acostumbrando á soportar las caricias, sólo cuando las precedían ruidosas prodigalidades.

Llegó, sin embargo, un día en que las deudas agolharon al pobre concertino de *La Stella* y en que los caprichos de Lauretta no pudieron ser satisfechos. Poco á poco, de esa manera suave con que se oculta el más brillante sol y se secan las hojas de la más frondosa alameda, fué enfriándose el amor de Lauretta; los cuidados de Pietro parecíéronle ridículos é insoportables y las privaciones que por él sufría, un tormento inútil y doloroso. Hasta llegó á molestarle que improvisara en su único violín sus antiguos caprichos sobre motivos de la *Mandolinata*.

Por esta época fué á establecerse á Niza un jóven marino, según el vulgo, capitán negro, y según sus parisienses, oficial de marina que había tenido que emigrar de su país por causas semejanates á las que produjeron el ostracismo de Byron. Era el tal marino, hombre de facciones duras pero agradables, vestía con desusada elegancia, y vivía en un bonito piso frente á los talleres de Miss Gordón.

Una serie de peripicias vulgares que no merecen ser referidas hicieron que Lauretta conociera la predilección que por ella tenía el caballero Morland, que así se llamaba el vecino: fumando su pipa y balauzándose en una mecedora, pasaba las horas muertas, mirándola de hito en hito, desde el balcón de su dormitorio.

Una tarde, Lauretta leyó, á pesar suyo, el tercer billete que aquel pirata tenaz había hecho llegar á sus manos. Lucha sorda y terrible se entabló dentro de ella; incluyó la cabeza y guardó el papel en sitio seguro. Desde aquel punto, tocaron á muerto por la honra del pobre Pietro: Lauretta estaba perdida para siempre.

Pietro conoció que pasaba algo extraño en el alma de su esposa y redobló sus caricias y sus cuidados. Todo en vano, la suerte estaba echada: César se decidía á pasar el Rubicón.

Pocas noches después Pietro esperó á Lauretta, como de costumbre, á la puerta de los talleres de la célebre Miss, y la esperó inútilmente. Volvió á su casa, creyendo que la jóven había podido apresurar su vuelta por alguna causa desconocida y se encontró sorprendido por el desórden que reinaba en aquel cuartito, ántes tan limpio y acomodado. Los cofres viejos y los armarios revueltos, decían bien á las claras que el ave había huido de la jaula, que Lauretta pagaba con la más negra de las ingrátitudes el inmenso cariño del pobre Pietro.

El músico sintió miedo y frío en aquel lugar desierto y desmantelado, y después de regar con lágrimas las almohadas del lecho, salió para no volver más, tomando tínicamente su violín y su saco de noche.

El resto lo abandonó á la saña de sus acreedores.

II

Lauretta llegó á alcanzar mucho más de lo que ambicionaba. Un precioso hotel, palco en la Ópera, trenes para deslumbrar á las parisienses en el Bosque de Bolonia, trajes de terciopelo y raso y montones de alhajas.

La querida del negro Morland era en París la mujer á la moda, la envidia de las más celebradas demi-mondaines, la última palabra en riqueza y elegancia. Morland amaba acaso por primera vez y estaba orgulloso de su presa; Lauretta tenía su amor propio satisfecho y podía mirar á sus iguales por encima del hombro.

Si Pietro hubiera visto aquel seno desbordándose en un escote de ricos encajes de Bruselas; si hubiera podido contemplar el arranque de aquel cuello, que él había enlazado tantas veces, soportando toda una miriada de brillantes; si hubiera logrado, en fin, ver deslizarse sobre las alfombras del fastuoso hotel aquella figura vaporosa y lasciva como la tentación, que sólo se parecía á su Lauretta en la morbidez de las carnes, sin duda que hubiera muerto de envidia y de vergüenza.

La vida de Lauretta y Morland era mucho más íntima de lo que prescriben las costumbres francesas; ni una sola madrugada dejaban de reposar el uno en brazos del otro; un solo lecho, como el de Antonio y Cleopatra, ocupaba la alcoba más lujosa y *confortable* del hotel.

Una noche en que el sueño no llamó, como solía, á las puertas de aquel áureo dormitorio, sin duda porque el ala de algún espíritu juguetón le ahuyentara con su contacto de hielo, Lauretta se incorporó sobresaltada y es-

trechó la mano de Morland que se reclinaba a su lado.
—¿Oyes?— le dijo alzando su índice de nácar, cuya sombra se alargó sobre el raso del cortinaje, herido por el rayo de luz de la elegante lamprilla, que aún ardía sobre la mesa de noche.

—Si la *Mandolinata* que destruso algun músico callejero empujado en la acera!— repuso Morland, que no podía comprender el efecto que en Lauretta había de causar tan sencilla ocurrencia.

—Ese que toca es mi marido!—añadió Lauretta, subiéndose, por impulso instintivo y extraño, la camisola de fino tul que cubría a medias su torneado pecho.

—¡Bah! ¿aún te acuerdas de aquel pobre diablo?— contestó Morland contrariado un tanto por aquellas notas pertinaces.—Vámonos, reposa, y déjate de trasnochados é ingratos recuerdos...

Lauretta calló, pero la *Mandolinata* siguió zumbando en su oído y en vano procuró conciliar el sueño; sacudiendo de nuevo el brazo de su amante le suplicó que llamase a su ayuda de cámara y diera algunas monedas á aquel impertinente que no la dejaba dormir. Morland accedió á su súplica: el criado salió y el silencio se restableció al cabo. El sueño de Lauretta fué, sin embargo, fatigoso é intranquilo.

Á la madrugada del día siguiente repitióse la misma escena; Lauretta y Morland oyeron de nuevo la *Mandolinata* bajo las ventanas del hotel; el frío horrible de enero, y la nieve que caía en abundancia, como podía verse á través de los vidrios del dormitorio, no fueron obstáculo para que el músico continuase su alegre tocata; el criado del negrero suplicó y amenazó en vano. El mendigo, si lo era, sólo se ausentó ya entrado el día, cuando la cabeza fatigada de Lauretta se doblaba al fin, cansada de lidiar con el insomnio.

Morland tampoco durmió aquella noche, sin explicarse la causa. Para librarse del fastidio sin dar á conocer á Lauretta que podían preocuparle lo más mínimo aquellos pertinaces acordes, propuso á su querida una cena íntima que se prolongó hasta la salida del sol, por gusto de ambos. Cuando volvieron al hotel, el músico, envuelto en su capa larga, acurrucado en un portal y cubierto el rostro con el ala de su sombrero de fieltro, tocaba desahogado la *Mandolinata*.

Esto comenzó á preocupar á los amantes seriamente. Para ella no admitía duda que Pietro la perseguía con aquel *Aloruello* de tiempos pasados; para él, era una particularidad incomprendible aquella persecución cándida, aunque pertinaz é impertinente, en un marido burlado. También á la noche siguiente y á la hora de costumbre volvió á sonar la *Mandolinata*. Morland rugió como león al que se ataca á afilernozos y Lauretta procuró, en vano, disimular su intranquilidad y su agonia.

—¡Es necesario, que ese insolente músico no turbe mis buenos sueños!—dijo el raptor de la esposa de Pietro, arrojándose del lecho, ceñudo y sombrío, y rechaçando á Lauretta que pugnaba por detenerle abrazándose á sus rodillas.

La lucha, entre ambos, salpicada de sollozos, besos, lágrimas é imprecaciones se prolongó hasta que el alba comenzó á penetrar por los cristales del aposento. Cuando Morland se disponía á ponerse su abrigo y tomaba con mano nerviosa una caja de pistolas, la música cesó como por encanto y un ruido ronco y desusado se mezcló á los primeros ruidos de la mañana.

Lauretta entreabrió las maderas del balcon y lanzó un grito de espanto. En medio de un círculo de curiosos y tendido sobre la nieve, yefase el cuerpo rígido del músico callejero, que oprimía aún el violín entre sus cispadas manos.—*¡Es un pobre hombre que ha muerto de frío!*—decían los del corte á las curiosas comadres que se atropellaban por verle.—*¡En la Morgue lo veréis mejor!*...

Morland, que asomaba su erizada cabeza por detrás del hombro de Lauretta, exclamó, como si se sintiera aliviado del peso de una montaña:

—¡Ya lo ves, Lauretta, mañana no nos despertarán las vulgares notas de Paladilhe!...

La noche que siguió á este día Lauretta y Morland apuraron todos esos placeres que embotan y aturden, que fatigan el espíritu y el cuerpo; volvían del cenáculo de la *Maison Dorée* ansiosos de gustar el grato silencio de su gabinete.

Ni uno ni otro pronunciaban una palabra que pudiera recordar las torturas de la noche anterior, ni el inesperado desenlace del episodio del violinista; mas ¡oh fatalidad! sí, hubieron de estremecerse de nuevo de espanto y de horror apesadumados caer la cabeza en la almohada. Lauretta fué la primera que se irguió de nuevo, preguntando á Morland con angustioso acento:

—¿Oyes tú la *Mandolinata*?

—¡Sí!—rugió el negrero palideciendo profundamente y sintiendo erizarsele el cabello sobre las sienes,— ¡todavía Lauretta, todavía...! y cerca, muy cerca de nosotros!...

El sueño volvió á huir de aquellos párpados ardientes y ambos fueron presa instantánea de un terror supersticioso. Asidos de las manos, como Paolo y Francesca en el infierno, dejaron el lecho y se deslizaron como espectros sobre la alfombra, guiados por los ecos de aquella música fantástica y extrahumana.

Al cabo, Lauretta se detuvo en un ángulo del gabinete ante un velador de palo santo con un tapel de mármol y mostró á Morland una cajita de alabre labrada primorosamente.

—¡Sí, en efecto! aquí, aquí suena la maldita *Mandolinata*!—dijo el amante de Lauretta, rompiendo el precioso mueble de un pufetazo.

—¡Pérfida, aquí guardabas aún el corazón de tu esposo...!

La caja gimió como un laud que se aplasta y saltó en astillas extinguiéndose las notas que de ella escapaban; la luz de un bujía aplicada por Lauretta á varios papeles que quedaron al descubierta terminó la obra de destrucción bajo tales auspicios comenzada.

Vueltos á la alcoba Lauretta se durmió profundamente, pero Morland, que no podía cerrar los ojos, sintió de nuevo la música infernal, de un modo blando, suave, misterioso, como el tic tac de un reloj ó el palpitar del corazón en el pecho. Agobiado por aquel nuevo martirio y sintiendo miedo por la primera vez de su vida, se acercó á Lauretta y reclinó la cabeza en su seno.

—¡Nunca hubiera osado tal cosa! Bajo aquella piel blanca y caldeada, dentro de aquel corazón cuyos latidos él había contado tantas veces; en el pecho de Lauretta en fin, sonaba la odiosa, la tenaz, la horrenda *Mandolinata*. Víctima de una de esas alucinaciones que no se explicarán jamás, desenlazóse de los brazos de su querida con la suavidad de la culebra y dejando el lujoso tálamo, buscó casi á tientas su cuchillo de caza.

Después sonó un grito, el único que pudo lanzar Lauretta: el hierro de Morland le había partido el corazón.

BENITO MAs Y PRAT

Sevilla, agosto de 1884

EL ABRAZO DE LA AGONIA

I

Vicenta y Enrique se sentaron frente á frente en el banco corrido que había á babor y á estribor; D. Julian desató la amarra, cargó el velacho barloventeando, y se colocó cerca de los dos jóvenes, al lado de la caña del timon.

La balandra fué tomando aire poco á poco, y se separó lentamente del muelle.

—¿Por qué no has traído á Pedro?—dijo Vicenta, dirigiéndose á D. Julian.—Temo que no puedas hacer tí sí solo la maniobra.

—Pedro,—contestó D. Julian,—está aún convaleciente de las tercianas. Fuera de esto, ¿sabes, querida, que esa duda respecto á mi habilidad me humilla, sobre todo delante de Enrique? Yo, casi nacido en el mar, yo, antiguo capitán de fragata, que he navegado en toda clase de buques, que he sorteado los escollos acantilados del Ogorray y las sirtes del Callao, ¿no he de saber dirigir una miserable balandra?

—Temo que te canses.

—Yo no me canso nunca ni de amarte ni en el mar.

Y D. Julian miró tiernamente á su joven esposa.

Luégo dirigiéndose á Enrique, dijo:

—Supongo, amigo mío, que este paseo marítimo le será agradable.

—Muy agradable, en tierra hace un calor terrible; aquí ya se siente otra temperatura.

—Estamos en junio, mes temible en Valencia, porque ni aún la brisa del mar es fresca. Además hemos comido fuerte y yo he bebido más que de costumbre. A propósito, amigo mío, ¿ha quedado V. satisfecho de mi *menú*, como ahora dicen que se dice?

—Ha sido V. un anfitrión maravilloso; he comido en el Grao como hubiera podido hacerlo en el Café Inglés de París.

—Me alegro mucho por V.; yo no soy gastronómico; lo tengo más que dos pasiones, mi mujer y el mar; y la segunda casi la he olvidado por la primera, pues, como usted comprenderá, este pobre Mediterráneo no me llena por completo. Además, lo primero es lo primero, y esta mujercita mía me ha hecho dejar mis antiguas costumbres y aficiones. Hace tres años que vivo en mi casita del Grao, tan feliz como un esquino en el agua, y por lo ménos hasta el otoño no quiero volver á la vida civilizada.

—¿Piensa V. trasladarse á Valencia?

—Quizá sí, cuando pase el calor.

—Y tal vez por esta causa he tenido el gusto de conocer á V. en el Casino?

—No precisamente por esto. Un deber de cariño y de parentesco me ha obligado á ir á Valencia algunos días. Tengo un primo á quien ha sucedido una terrible desgracia.

—¿Una desgracia?—preguntaron á duo Vicenta y Enrique.

—Sí, una catástrofe de corazón, la mayor acaso para un hombre tierno, recto y honrado, y en verdad que este recuerdo viene á menguar mi satisfacción presente.

Don Julian se puso en pie, sujetó el velacho, que braccaba, y volvió á sentarse.

Ninguno de los dos jóvenes se atrevió á hacerle pregunta alguna; á pesar de que á Vicenta, como hija de Eva, la preocupaba aquella *catástrofe de corazón*, que su marido había indicado.

II

Don Julian inclinó la cabeza en actitud meditabunda, y después de un momento de silencio, dijo:

—Las mujeres, amigo mío, cuando no son ángeles como la mía, son demonios como la de mi primo; en ellas no hay términos medios.

—¿Tu primo es casado?—preguntó Vicenta.

—Sí, desgraciadamente. V. sin embargo, hasta hace unos días se creía el hombre más dichoso de la tierra;

¿qué abismos pueden abrirse en algunos días! Mi primo adoraba á su mujer, no vivía sino por ella y para ella, y yo le he oído decir: «Me alegro de no tener hijos, porque estos me robarían una parte del cariño de mi *Enriqueta*». La mujer de mi primo se llama como V., amigo mío.

—Pero, bien,—dijo Vicenta viendo que su marido guardaba silencio.—¿Qué ha sucedido á tu primo? ¿qué le ha pasado con su mujer? ¿Ha muerto?

—Peor que eso.

—¿Peor!

—Denme ustedes palabra de ser discretos; sobre todo usted, Enrique, que frecuenta el mundo; sólo hay una cosa superior á la desgracia de mi primo: que se trasluzca siquiera.

—Por mi parte,—dijo el joven,—pierda V. cuidado: no suelo ocuparme de los demás.

—Mi primo,—repuso D. Julian,—ha estado ausente durante unos días, poco más ó ménos el tiempo en que yo pasé mi cautiverio filioideño; volvió á su casa deseando resarcirse al lado de su mujer de aquella enojosa ausencia; halló á *Enriqueta* tan bella y cariñosa como siempre; era muy dichoso, como ya he dicho á ustedes: pero... un día... por causa de esa maldita combinación de un espejo frente á otro, ó yo no sé por qué otra casualidad, sorprendió á su mujer besando una carta y después guardándose en el pecho.

—¡Ah!—exclamó Vicenta.

D. Julian sin fijarse en esta exclamación, prosiguió.

—Mi primo, aunque muy bueno, es de carácter un tanto violento y muy celoso; sin embargo, no dijo nada á su mujer, pero desde aquel instante la carta besada fué su pesadilla. Entonces recordó que dos ó tres veces había visto á un joven pasar por frente á su casa; en fin, comenzó á experimentar esa inquietud y cavilosisd peculiares á todo celoso. No estoy en detalles, pero lo supongo: mi primo espío á su mujer, despreviniendo contra el peligro; registró muebles, abrió cajones; ¡qué sé yo lo cierto es que al poco tiempo, por la lectura de algunas cartas, se cercioró de que *Enriqueta* amaba apasionadamente á otro, al cual había introducido en su casa durante la ausencia de mi primo...

—¿Qué es esto!—interrumpió Vicenta,—el barco está mojado, siento humedad en los pies.

Don Julian y Enrique miraron al suelo de la balandra.

—¡Calle! ¡pues es verdad!—dijo aquel.—¡Ah! ya sé; debería haberlo previsto: es el rocío que precede á la noche en el mar, en el último mes de la primavera.

Y quitándose los americana que llevaba puesta, la dobló por la mitad, añadiendo: este te servirá de tapiz.

—Débámonos volver ya,—observó la joven;—la noche va cayendo.

—Como tú quieras; pero todavía hay media hora larga ántes del crepúsculo. Me he alejado aquí á propósito, para que Enrique admire ese panorama encantador.

III

—Enrique,—continuó D. Julian,—V. es andaluz y debe tener algo de poeta; Cádiz, vista desde el mar, es más bella, pero no tan pintoresca como el Grao contemplado desde aquí y á esta hora. En la lejanía se pierden los groseros detalles y sólo quedan los graciosos contornos de ese pueblo que se parece á Beyruth en sus terrados y azoteas sobrecargados de flores. Esta hermosa tarde, ese cielo purísimo, los húmedos efluvios que aspiramos, me recuerdan otra tarde, nunca por mí olvidada, en que conocí á Vicenta.

Esta miró á su marido con alguna inquietud; quizá no le agradaba recordar el pasado.

Siento tal desbordamiento de alegría, que me hace hablador,—repuso D. Julian.—Además quiero olvidarme de esa triste historia de mi primo... Después de todo él tiene la culpa; no ha sabido elegir la compañera de su vida; no ha acertado á *crearla*, digámoslo así; ha encontrado una mujer cualquiera, ha improvisado un matrimonio y... así ha salido este... Enrique, V. es inteligente y desprecupado; por algo he simpatizado con V. desde la primera vez que le ví en el Casino; V. es nuestro amigo, y mi mujer que es discreta me permitirá que explye mi corazón recordando un pasado que nos honra á mí y á mí.

—¿Cuándo volvenos?—preguntó Vicenta.—Nos alejamos mucho y voy teniendo frío.

Don Julian no oyó ó no quiso oír esta pregunta. El viento había cambiado: la vela de la balandra le recibía de lleno y estaba tan hinchada que parecía que iba á romperse.

—Yo no entiendo de náutica, Sr. D. Julian,—dijo Enrique,—pero no obstante, me parece extraño que con tan buen viento boguemos tan lentamente.

—Es cierto, amigo mío, también á mí me sorprende; ¿á qué venimos á parar en que Vicenta tiene razón y en que yo, después de cuarenta años de marino, he perdido los memoriales?

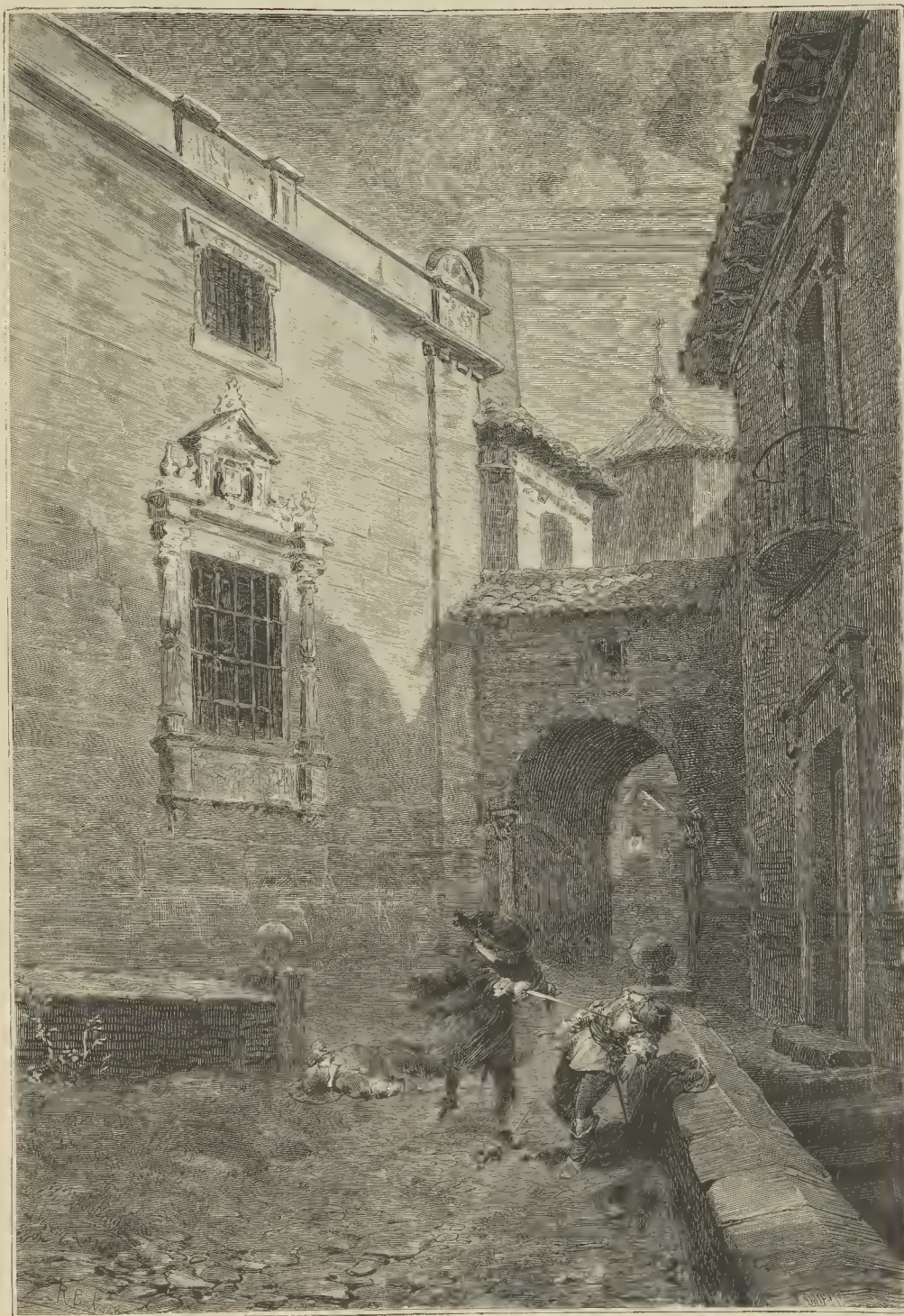
Y al decir estas palabras miraba con inquietud á todos lados.

Era el último momento del crepúsculo; la tierra estaba leños; las luces del Grao se veían como puntos dorados; en el mar había ya sombra, y el agua presentaba esas ráfagas luminosas y errantes, que en el Océano se asmejian al brillo metálico de los colibris marinos y en el Mediterráneo á la fugaz estela que dejan los peces-lunas.

El silencio era completo, el mar parecía estar dormido, y en cuanto abarcaba la vista no se distinguía ni una sola embarcación.



EDIPO Y ANTIGONA, cuadro por J. Stallaert



NOCHE TOLEDANA, dibujo por Ricardo Balaca

IV

Vicenta tenía miedo, no sólo á la noche y á la soledad, sino que también á una cosa desconocida, é inexplicable, que salía del agua, que flotaba en el ambiente, que penetraba en su corazón.

La mujer tiene revelaciones del espíritu ajenas al hombre; los augures y los magos pueden ser unos impostores; pero por algo San Pablo ha colocado á las Sibilas en la Ciudad de Dios.

—Julian, —dijo la joven poniéndose en pié, —volvámonos á casa, yo te lo ruego. La humedad es cada vez mayor.

El antiguo marino miró á su mujer con una expresión extraña é hizo virar en redondo á la balandra. Luego volvió á ocupar su sitio junto al timón, encorvóse llevando la mano á uno de los costados del barco como si buscara alguna cosa, y recobrando su primitiva postura, inclinó la cabeza en actitud meditabunda.

La balandra bogaba de minuto en minuto con más lentitud.

V

Durante algun tiempo reinó en el barco un silencio profundo.

Vicenta, envuelta en un pañuelo de crespon, lanzaba inquietas miradas á su marido y á Enrique.

Este hallábase también preocupado; aquel paseo marítimo tenía para él algo de extraño é inexplicable.

De pronto D. Julian alzó la cabeza y después de mirar hacia todas partes como si quisiera sondear la sombra que ya había caído por completo sobre el mar, dijo:

—Perdone V., amigo mio, la tarde tan alegremente comenzada termina mal... Por más que lo procuro no puedo olvidar la desgracia de mi primo. ¡Pobre Manuel! Si le hubiera V. visto como yo llorar, blasfemar y desesperarse... Mi primo tiene un carácter reconcentrado, de esos que se socavan por no poder dilatarse, una energía superior, y un orgullo quizá excesivo; y como disimula delante de su mujer, á solas sufre unas crisis tremendas. Cuando me contaba su desgracia se hallaba por casualidad frente á un espejo y él mismo se asustó de sí propio. Sus ojos estaban velados por un reflejo vítreo, su cara tenía un color terroso, sus dedos se crispaban, en fin, aquello era espantoso. V., Enrique, joven y quizás infiltrado en las ideas actuales, no comprenderá estos extremos: un marido engañado no es cosa rara, pero en esta historia vulgar del matrimonio puede haber circunstancias agravantes.

Don Julian calló por un instante: los dos jóvenes se miraron como impulsados por el mismo pensamiento.

—Mi primo, —prosiguió el antiguo marino, —conoció á la que hoy es su mujer en la Glorieta de Valencia poco menos que pidiendo limosna. Era hija de una cigarrera. Se compadeció de la madre y se enamoró de la hija; recogiólas en su casa, hizo educar á la niña y cuando esta fué joven se casó con ella. Así pues, su cariño participaba del de padre y del de amante; no era cariño, sino idolatría. Él, que casi ha vivido sin familia, reconcentró en aquella criatura adorada todos los sentimientos del corazón... pero ella es una hiena y...

Un grito ahogado interrumpió á D. Julian. Vicenta había caído desplomada al suelo de la embarcación.

VI

Enrique se apresuró á levantarla. Aquel permaneció en su sitio y volvió á llevar su mano al costado de la balandra.

—Señor mio, —dijo el joven mirando con fijeza á don Julian, —¿qué significa todo esto? Están sucediendo cosas inexplicables.

—Y lo peor es, —prosiguió el antiguo marino como hablando consigo mismo, —que yo conozco á Manuel. Es vengativo como buen valenciano; y viejo ya, rotos los lazos que le unían á la vida, herido en las más hondas fibras del corazón, será capaz de cualquier cosa. Por de pronto se ha hecho amigo del amante de su mujer y reuelo que tome una venganza terrible...

—¡D. Julian!... —exclamó el joven poniéndose en pié. Pero un nuevo incidente interrumpió la frase que iba á salir de sus labios. La balandra estaba llena de agua y se sumergía rápidamente en el mar.

VII

Oscuridad completa.

Espesos nubarrones velaron la luz de las estrellas. Entre los dos abismos de la noche y del agua se oyeron gritos, carcajadas estridentes, sollozos. Si hubiera acertado á pasar en su barca algun pescador rezagado, difícilmente se hubiera dado cuenta de aquel fantástico espectáculo. Dos bultos que se movían con rapidez se agarraban á un masticero en el que flotaba una lona hecha jirones; parecían dos espectros disputándose un sudario; un tercer bulto, de pié en la popa de la balandra, que se hundía en el agua, exclamaba:

—¡Oh! sí, sí, asíos bien; no hay abrazo más estrecho ni más indisoluble que el de la muerte con la agonía!

ENRIQUE VALDIVIESO

AMOR Á PRUEBA

Cuento en acción

INTERLOCUTORES

Dorotea, viuda que confiesa espontáneamente 28 años y cuya fe de bautismo le lleva diez lo menos; á pesar de lo cual está todavía guapa y fresca, si bien en esto de la frescura hay que considerar la de *Dorotea* para tocarse y retocearse; no faltando amigas íntimas tuyas que den por hecho que se pinta y hasta que se esmalta el rostro. Sea de ello lo que quiera, el caso es que *Dorotea* no representa más edad de la que ella declara: su cuerpo es esbelto, su talle encantador, sus manos y sus piés una preciosidad, ó por mejor decir, cuatro preciosidades, y su cabeza que, como lo mejor, hemos dejado de intento para lo último, es capaz de hacérsela perder á cualquiera. *Dorotea* es una morena *hata allá*: los ojos hablan solos y son tan grandes que parece que se van á comer á la gente; la nariz, aguilena y aristocrática; el labio superior dulcemente sombreado por un remedo de bigote que sólo parece servir para que cuando *Dorotea* se rie (y esto sucede muy á menudo) brillen y luzcan más y más los dientes blancos é iguales de la buena moza. —Confesamos que un observador perspicaz y minucioso podrá descubrir mano de gato en esta hermosura; pero la mano de ese gato es delicadísima, no de gato vulgar y rampón de los de carbonera y tejado, sino de gato de Angora, digno de subirse en el mejor diván del estrado y de sentarse con su ama á la mesa. *Dorotea* en fin es una obra de arte y la pintura en ella vale tanto ó más que la que Velazquez, Rembrandt ó Van-Dik pusieran en su lienzo más famoso.

Jacinta, doncella al servicio de *Dorotea*. Muchacha de 24 ó 25 años, con el pelo rojo y la cara pecaminosa, ó llena de pecas para decir las cosas como Dios manda. *Jacinta* es fea y hasta los ojos verdosos y ruines valen en ella poco, pero es lista y graciosa, tiene arte para mirar y para andar y hay en Madrid una porción de ayudas de cámara, cocheros y aun empleados de seis y ocho mil reales que suspiran por ella con más ó menos éxito.

Don Crescencio Medinilla, hombre de cincuenta años muy cumplidos, pero sano como una manzana y fuerte como un toro, —aunque sea mala comparación. *D. Crescencio* es comerciante retirado, tiene la figura vulgarísima y, á pesar de que se viste con buenos sastres, resulta un *carri* de primera magnitud. No contribuyen poco á este resultado fatal los diamantes de la pochera que parecen haber nacido allí y ser inamovibles, la cadena y los dijes del reloj y la respetable cantidad de sortijas que hay siempre en sus manos gordas, bastas y peludas.

La acción del suceso que daremos á conocer á nuestros lectores, dejando á los citados personajes moverse y hablar por sí mismos, pasó en Madrid no ha muchos días en casa de *Dorotea* y en un gabinete modesta y limpia-mente amueblado. *Dorotea* no tiene otras rentas que la viudedad que le dejó el difunto brigadier Martínez, y dada la vida que ella cree deber hacer, con aquello no hay ni para empezar.

ESCENA I

DOROTEA, quitándose con un cepillito algo que le blanquea en el pelo junto á las sienes, (unas lectoras crearán que la viudita acaba de darse pedros de arroz y procura quitarse los adheridos al cabello; otras maliciarán acaso que el cepillito no está limpio, sin estar sucio, y que *Dorotea* no se quita sino se da.) Y dice *Dorotea*:

No hay que darle vueltas ni obstinarse en buscar otra solución al asunto. Dejémoslo de romanticismos tonantos y que no me permitan ni mi posición ni mi edad. Ya no soy una niña y no debo hacer niñadas. *D. Crescencio* es un ente ridículo y no le encuentro otra ventaja, por más que se la busco, que la de ser limpio y aseado; pero está perdidamente enamorado de mí... en cuanto se puede enamorar y perder un hombre de su estofa, criado detrás de un mostrador y que durante mucho tiempo no supo ni quiso saber otra cosa sino que dos y dos son cuatro. —Lo cual es una verdad de á folio: dos mil reales que debo al casero y dos mil que no he pagado todavía en la tienda de al lado, son cuatro mil reales que no sé de dónde sacar. —¡Es tan feo y tan raro ese dichoso señor *Medinilla*! Pero las cosas no pueden seguir así; yo no me explico ni cómo se sostienen así todavía. Mi pobre *Manolo* me acostumbro muy mal, y eso de pasar una mujer de tener carruaje y abono en el teatro y dos mil reales al mes para afilerar y una casa capaz para dar comidas y hasta bailes, á un cuartito de quince duros del cual sólo puedo salir en simon para ir al teatro de *opera* y donde gracias que pueda dar comidas á mi doncella... el contraste es terrible. Yo debí aprovecharme del año de luto para variar radicalmente de vida, ya que mi marido (que en paz descansa) no me dejó el secreto de convertir los duros en onzas de oro. Ya se ve, el ejemplo me fué fatal: *Manolo*, sin otra cosa que el sueldo de brigadier, gustaba y triunfaba como un capitán general. Yo creo que jugaba, y que ganaba, por supuesto. —La pícaro vanidad me cegó. Creía yo que honraba poco la memoria de mi pobre esposo descendiendo de la posición en que él me había colocado... Después, y por lo mismo que me encontraba tan mal sin él, pensé en que podría volver á casarme y hasta en que debería hacerlo para no dar lugar á habillitas. Yo, tonta de mí, jugué que viviendo bien convidaría mejor á vivir conmigo, y no pensé que los amantes de estos tiempos tienen la aritmética en las uñas y lo calculan todo. Viéndola á una vivir con cierto desahogo, los pobres se asustan; los interesados se escaman

é investigan, y los ricos no se ponen en condiciones de que una les haga pagar sus malos propósitos con una vida santa y ajustada á lo que manda nuestra Santa Madre la Iglesia. ¡Cuánto tiempo he perdido y qué terrible bajón he dado! ¡Cuánta desilusión! *Eduardito*, el ayudante de campo de mi esposo, su mejor amigo (porque la verdad es que los tenía malísimos) y uno de las personas en quien yo he confiado más, pareció al pronto hallarse dispuesto á cumplir como persona formal y agradecida... Pero me lo ascendieron, me lo destinaron á Cuba y su amor ardiente, volcánico, fué apagándose poco á poco como esas ruedas de los fuegos de artificio cuyo movimiento y cuya lumbré se convierten tan pronto en quietud y en humo. —*Eduardito* me gustaba de véras; pero, por lo visto, de véras sólo le gusto yo á *D. Crescencio*. Y á este no hay que hacerle ascos: este es un tío marrajó y marullero á quien no conviene poner otras dificultades que las precisas para que no abandone por facil la empresa ó para que no vaya á tomar el rábano por los hoces. Están triste mi vida que, mentira parece, pero aguardo con impaciencia la solemne visita que me ofreció anoche en casa de *Concha* sin duda para hacerme su declaración oficial, el antiguo propietario de *El delfín de oro*.

ESCENA II

DOROTEA y *JACINTA*, que viene de la calle y quitándose la mantilla.

JACINTA

Señorita, si me descuido un momento llega antes que yo.

DOROTEA

¿D. Crescencio?

JACINTA

Pues ¿quién ha de ser? ¿Hay en el mundo otro hombre para nosotras que el señor *Medinilla*?

DOROTEA

Ese «para nosotras», me hace gracia.

JACINTA

¿Pues qué? ¿digo mal? ¿No sabe la señorita que todas sus cosas las considero yo como mías hace mucho tiempo?

DOROTEA

¿Todas?

JACINTA

Todas las que puedo y debo considerar así. Tome V. la llave de la puerta. (Dando á su señora una llave que ella guarda en un armario.)

DOROTEA

¿Y dices que ya llega *D. Crescencio*?

JACINTA

Sí; pero aún tenemos lugar para charlar un poco. Como hoy hace frío y podría resfriarse el caballo, viene á pié, y primero que él se ache al cuerpo estos ochenta y ocho escalones siempre pasa un rato.

DOROTEA

¿Hablaste con la doncella de *Concha*?

JACINTA

Largo y tendido.

DOROTEA

Pues despacha, mujer.

JACINTA

El señor *D. Crescencio Medinilla* viene hoy, como nosotros sospechábamos, á declarar á V. en toda regla su atrevido pensamiento. V. (y todo esto lo oyó *Rafaela* de boca del interesado cumpliendo mi encargo de escuchar las conversaciones entre *D. Crescencio* y su ama...) V. iba á decir, tiene mareado á ese pobre hombre con tanto dinero. Su intención es casarse para setiembre ó octubre si V. no lo desaira y admite ciertas condiciones que no quiso decir á don *Concha* después de hablarle de ellas. Lo que sí le confesó la renta que posee actualmente. En acciones del Banco, unos seis mil duros; en renta del 3 por 100 consolidado cuatro mil.

DOROTEA

Diez mil: no está mal.

JACINTA

Una casa en Madrid, calle de la Montera, que da todos los años setenta mil reales; otras dos casas en las calles de la Ballesta y de *Jesus del Valle* que rentan diez mil la primera y trece mil la segunda.

DOROTEA

Subiendo un poco los alquileres de esas casas tenemos quince mil duros de renta.

JACINTA

Don *Crescencio* tiene además una magnífica posesión en Asturias que vale veinte mil duros como cuatro cuartos.

DOROTEA

No añadas una palabra más, porque si seguimos ha'

blando y si luego se me declara en efecto y me dejó ablaudar, yo misma tendré el recelo de que le acepto por su posición y no por sus prendas personales.

JACINTA

Señorita, ¿qué prendas más personales que el dinero? ¿Hay alguna que sea más propia de la persona que lo tiene?

DOROTEA

Puede que tengas razón, mujer.

JACINTA

¿Si tengo razón!—Mire V., señorita, las viruelas se pegan: las monedas de cinco duros, no. *(Suena dentro la campanilla.)*

DOROTEA

Vé a abrir: debe ser D. Crescencio.

JACINTA

¡Lo que habrá sudado el pobre señor!

ESCENA III

DOROTEA sola un momento y en seguida D. CRESCENCIO que acompañado por JACINTA penetra majestuosamente en la habitación, vestido de gala... sin uniforme, porque no le tiene, pero con la más larga de sus levitas, con el más claro de sus *fracs* y con una cinta amarilla y blanca en uno de los ojales que acredita al señor de Medinilla como comendador ordinario de Isabel la Católica. JACINTA se retira prudentemente, aun cuando es de presumir que escuche sin ser vista la siguiente conversación.

DOROTEA (que se ha sentado en un diván; alargando afectuosamente la mano a D. Crescencio, que avanza hacia ella un sí es no es cortado y confuso)

Señor de Medinilla.

D. CRESCENCIO

Señora... Estoy a los pies de V. y beso a V. la mano.

DOROTEA

Usted tan fino y tan cortés como siempre.—Pero, por Dios, siéntese V. *(Don Crescencio va á buscar una silla y no se decide por ninguna.)*—Aquí, aquí, á mi lado; este asiento estaba reservado para V.

D. CRESCENCIO

Señora...

DOROTEA

Pero deje V. ese sombrero, que estará V. molesto con él. Deme V. *(tomándolo con la idea de ponerlo sobre un estador.)*

D. CRESCENCIO

Deje V., señora... aquí está bien *(poniéndolo en el suelo.)*

DOROTEA

¿En el suelo lo deja V.?

D. CRESCENCIO

Es el nuevo, pero no importa.

DOROTEA tirando de la campanilla; á Jacinta que aparece en el acto.

Jacinta, recoge el sombrero del señor, pásale un cepillo y cuidalo como si fuera mi propia persona.

D. CRESCENCIO (picado)

¿Habrás querido darme una lección?

DOROTEA (con mucha amabilidad)

Con que, dígame el señor D. Crescencio á qué debo la fortuna de esta esperada pero no por eso menos agradable visita.

D. CRESCENCIO

Señora, yo soy un hombre sumamente raro.

DOROTEA

¿Usted?

D. CRESCENCIO

Casi estoy por decir que soy un hombre que no se parece á nadie.

DOROTEA (conteniendo con dificultad la risa)

Creo que exagera V. un poco.

D. CRESCENCIO

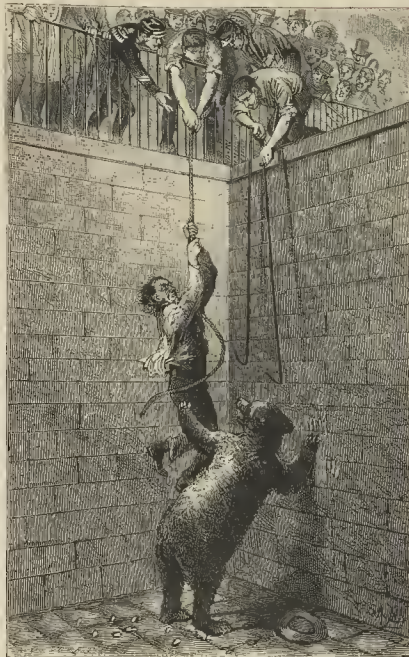
No señora; no exagero nada y V. lo sabe y hace muy mal en burlarse de quien hasta ahora no ha cometido otro delito que el de estar enamorado de V.

DOROTEA

Señor de Medinilla...

D. CRESCENCIO (con mucho aplomo y ya del todo dueño de sí)

¿Querrá V. hacerme creer que tampoco sabía esto? Pues haría V. muy mal, porque sería inútil.



SALVAMENTO DE UN HOMBRE CAIDO EN LA FOSA DE LOS OSOS DEL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS

DOROTEA

Voy creyendo, en efecto, que es V. un hombre que no se parece á nadie.

D. CRESCENCIO

Señora, yo soy un hombre que no puedo ni debo creerme completamente estúpido. Hijo de padres pobrísimos, he llegado con mi trabajo y con mi industria á reunir una fortuna considerable; y esto solo ya basta y sobra para que el hombre más modesto se estime en algo, aunque sea en poco. Bien sé que mi falta de educación no me permite decir bien las cosas, y que al querer explicar lo que siento, diré mil disparates á cada paso...

DOROTEA

Hasta ahora, señor de Medinilla, habla V. como un libro.

D. CRESCENCIO

Aunque soy muy ignorante, sé también que hay libros rematadamente malos y que la mayoría de las necesidades que se han dicho en el mundo corren por él en letras de molde.

DOROTEA

Eso no tiene vuelta de hoja; (tiene más ingenio este hombre del que yo creía).

D. CRESCENCIO

También comprendo que mi situación al lado de V. en este instante no puede ser más difícil y desairada. Usted es una mujer acostumbrada á tratar con lo mejor de Madrid y superior á este pobre diablo, bajo todos conceptos: la única ventaja que yo le llevo á V. es casi, y sin casi, una nueva desventaja para mí en este momento. Permítame V. que antes de llegar al fin de este discurso, el más largo que he pronunciado y pienso pronunciar en toda mi vida, hable un poco de cómo he llegado á ser lo que soy. Para mí es un verdadero negocio el casarme con V. (porque no hay para qué decir que yo no puedo hacer á V. el amor con otro propósito): la buena fe ha sido la base de todos mis negocios en el comercio y no he de abandonar, ahora que empando el más importante, lo que me ha servido de escudo al emprender todos los demás.

DOROTEA

Diga V. todo lo que quiera, que yo le oigo con mucho gusto.

D. CRESCENCIO

Dorotea...—Déjeme V. que la llame así y que vaya tomando un poco de confianza.—Yo vine á Madrid cuando tenía once años á vender sedas y á plagarme de sabañones en un comercio de la calle de Postas, propiedad de unos parientes lejanos de mi madre. Allí permanecí colocado hasta muy cumplidos los quince, edad en

que ya empezó á hacérseme insoportable mi ocupación. Cada hombre tiene en el mundo sus instintos y sus aficiones, y salvo algunos que no sirven absolutamente para nada, todos servimos para una cosa. El *quid* está en averiguar á tiempo para qué cosa sirve cada uno. Mis amigos solían mandarme llevar algún encargo que otro á casa de los parroquianos de la tienda; y yo, cuando después de anochecido iba con mis paquetes debajo del brazo á tal ó á cual parte, solía quedarme absorto y como embobado delante de los escaparates de las tiendas de lujo que ya había por aquel entonces en la Puerta del Sol y en la calle de la Montera. Viendo á través de los cristales las lámparas de reluciente cristal y de metal dorado, los relojes de bronce y los espejos que aumentaban la claridad y alegraban los ojos, sentía yo en mi corazón una voz poderosa y que aún no ha acabado de resonar allí y que me decía una y mil veces: «Crescencio, tú has nacido para la quincalla!»—¿Se rie V.?

DOROTEA

¡Dios me libre! Esa misma voz es la que escuchaba Macbeth cuando las brujas le decían: «Tú serás rey!»

D. CRESCENCIO

Búrlase V. todo lo que quiera; pero yo, si V. se casara conmigo, no me cambiaría por todos los reyes del mundo.

DOROTEA (algo conmovida á su pesar y apretando la mano á D. Crescencio)

Es V. un hombre de corazón.

D. CRESCENCIO

No le doy á V. las gracias, porque es la pura verdad. Con mis ahorros, con la noble protección de mi principal que llegó á interesarme en los negocios de su casa, conseguí un día empezar á realizar mi sueño y al fin lo miré cumplido de todo en todo. *El delín de oro*, tiendecita inaugurada pobremente, llegó á ser uno de los establecimientos más importantes de la corte y después de más de treinta años de trabajo continuo me retiré del comercio tranquilo ya sobre la comodidad de mis últimos años.

DOROTEA

¿Y cómo no ha pensado V. en casarse hasta ahora?

D. CRESCENCIO

Me ha faltado tiempo para hacer el amor... Y hoy que lo tengo... me parece que ha llegado á sobramme.

(Continuad)

CÁRLS COELLO

FUEGO DEL CIELO

Muchos y muy distinguidos fisiólogos extranjeros se vienen dedicando de algún tiempo á esta parte al estudio de las causas de que dimana la conservación, después de la muerte, de la actitud ó postura que guardaba el individuo muerto, en el momento de extinguirse en él la vida. Las causas á que se atribuye este fenómeno son varias, mas en el estado actual de la ciencia todavía no han pasado de hipótesis, sin que hasta el presente se haya dado con ninguna explicación precisa, concluyente y que responda victoriosamente á toda objeción.

Para que dicho fenómeno se presente, se requiere que medien ciertas circunstancias particulares, la principal de las cuales parece ser una muerte violenta, instantánea ó por lo ménos muy rápida, aun cuando suele acontecer que no falte esta condición y que, sin embargo, no se observe dicha conservación de la actitud.

Háse hecho intervenir también como causa activa la influencia moral ejercida en el individuo en ciertos casos en que la muerte no hubiera sido instantánea ó por lo ménos en que el paciente hubiera podido tener la conciencia, la percepción rápida del peligro que le amenazaba. Y sin explicar la causa inmediata, el punto de partida de esta acción instantánea del sistema nervioso, se la designaba con el nombre de *sideración*, es decir, *fulminación, fulguración*.

Los casos en que se puede aplicar esta expresión de *sideración*, no ya en sentido figurado, sino en el propio, son aquellos en que la muerte ha sido producida por el rayo, y de ellos vamos á ocuparnos especialmente en este artículo. Como dichos casos son numerosos y pueden contribuir á ilustrar el asunto, así como servir de enseñanza para que no se desdénen las precauciones que deben tomarse á fin de esquivar en lo posible la rapidísima arremetida de ese formidable enemigo, citaremos algunos de los más notables.

1.º Uno de los más antiguos es el relatado por J. B. Cardan en una obra publicada acerca del asunto. Mientras ocho segadores estaban almorzando al pie de una encina, cayó sobre ellos un rayo cuyo estallido resonó á larga distancia y que los dejó á todos instantáneamente muertos. Cuando se acercaron algunos transeúntes para ver lo que había ocurrido, los infelices parecían continuar su almuerzo con toda tranquilidad, como si la muerte no los hubiera sorprendido á los postres.

Uno tenía todavía una escudilla en la mano, otro se llevaba el pan á la boca y un tercero metía la mano en el



¿NO VES QUE TE QUEMAS?

plato. La muerte los había dejado á todos en la misma postura que tenían cuando estalló el rayo. Parecían estatuas esculpidas en mármol negro. La vida huyó de ellos tan rápidamente que sus rostros no tuvieron tiempo de contraerse adquiriendo una expresión dolorosa; sus músculos se quedaron en la misma actitud que tenían en el momento de la descarga eléctrica: sus ojos y bocas continuaban abiertos, y si el color de la piel no hubiese variado, la ilusión habría sido completa: hubiérase creído que en aquellos cadáveres palpataba aún la vida, causando sorpresa su incomprensible inmovilidad. Los más de aquellos segadores tenían la piel ennegrecida, como si los hubiera ahumado la acción de la electricidad.

2. Muchas personas han puesto en duda el caso anterior, pero desde entonces han ocurrido otros análogos en idénticas condiciones.

Diez segadores, refugiados junto á un vallado, perecieron al poco tiempo de igual modo. Estos desgraciados aprovechaban un instante de reposo y tomaban pacíficamente un refrigerio ántes de continuar su ruda tarea. Cítese un detalle que demuestra la espantosa rapidez con que cuatro de ellos pasaron de la vida á la muerte. Uno tenía un perillo en las rodillas en el momento de caer la exhalación: el infeliz acariciaba con una mano al animal y con la otra le daba un pedazo de pan. El amo y el perro no eran ya más que inertes masas de músculos rígidos, y sin embargo, el pan continuaba todavía en una mano definitivamente paralizada. Otro conservaba entre los dedos un poco de rapé que iba á tomar, y otro estaba sentado, con los ojos abiertos y la cabeza vuelta hácia el lado de la tempestad.

3. El abate Richard cuenta que el demandero del seminario de Troyes regresaba á caballo á su domicilio, cuando le alcanzó un rayo. Seguíale un fraile, el cual vió que se tambaleaba sobre su cabalgadura, pero creyéndole dormido, como de costumbre, le sacudió para despertarle pero tenían que hacer con él casi siempre. El demandero había sido muerto por la chispa eléctrica, siendo lo más particular que su acompañante no vió pasar el fluido y que el caballo no recibiera daño alguno.

4. En los anales fúnebres del rayo se cita otro caso análogo. Un sacerdote que iba á caballo murió del mismo modo sin caer á tierra. El animal continuó impasible su marcha entre relámpagos y truenos, llevando á su amo difunto con su docilidad acostumbrada. El desgraciado cura solía cabalgar por el mismo camino con bastante frecuencia; su caballo conocía perfectamente todas las vueltas y revueltas, por lo cual no era menester guiarle; así fué que se vió llegar á la casa al noble animal llevando á su amo sobre su lomo, como si no hubiera ocurrido nada de particular durante aquel viaje fantástico. Pero el viajero no debía apearse vivo de la silla donde el rayo lo había clavado dando á sus miembros una rigidez espantosa.

5. Un hombre, sorprendido por una tormenta en las cercanías de Dover, se refugió con cuatro caballos al pié de un matorral. Habiendo caído un rayo, mató al hombre y á los caballos, con la particularidad de que el primero se quedó sentado.

6. En julio de 1819 cayó una chispa eléctrica en la iglesia de Chateaufeu, resultando nueve personas muertas y ochenta y dos heridas. Lo más singular del caso fué que á todos los perros que estaban en la iglesia se les encontró muertos en la misma actitud que tenían.

7. Tres soldados, ignorantes como un gran número de personas del gravísimo riesgo á que se exponían guareciéndose debajo de los árboles cuando estalla una tormenta, se habiau refugiado bajo un tilo. Cayó una exhalación y los dejó instantáneamente muertos, pero quedando los tres de pié en su posición primitiva, como si no los hubiera tocado el fluido eléctrico, y con las ropas intactas. Cuando cesó la tormenta, algunos transeúntes se

acercaron á ellos, y como les hablaran sin obtener respuesta, se llegaron á tocarlos, y entónces cayeron reducidos á negruzco polvo.

8. En 1845, cinco habitantes de Heiltz-le-Mauupt, cerca de Vitry-le-Francois se refugiaron, cuatro de ellos, al pié de un álamo y el quinto tuvo la malhadada ocurrencia de apoyarse contra un sauce, árbol que parece tener una afinidad particular para con la materia fulgurante; al poco rato, cayó sobre él un rayo. Sus compañeros notaron que brotaba una llama brillante de su ropa. «Que te quemas! ¡que te quemas! le dijeron; ¿no ves que estás ardiendo?» mas como no se moviese, se acercaron á él, quedándose mudos de estupor al ver que su compañero era cadáver, aunque continuaba de pié (véase el grabado).

9. Esta observación se refiere á un animal. El 22 de enero de 1849 una cabra fué alcanzada por un rayo y muerta en el acto. Se la encontró de pié sobre sus patas traseras y teniendo todavía en la boca una ramita.

10. La mujer de un viticultor de las cercanías de Nancy estaba cogiendo flores para hacer un ramillete, cuando estalló una tormenta. Aquella infeliz fué herida por un espantoso rayo, y se la encontró de pié, teniendo aún en la mano una margarita que acababa de arrancar de su tallo.

11. Una mujer casada con un minero de la Ricamarie, habia ido á ver á su familia á Saint-Romain-les-Atheux, llevando consigo un hijo suyo de cuatro meses. Era el 16 de julio de 1866 y estaba sola en la casa durante una tormenta. Cuando sus parientes regresaron del campo, la encontraron muerta por un rayo. La pobre mujer estaba de rodillas en un rincón del cuarto, con la cabeza escondida entre las manos y sin señal de lesión alguna. La criaturita que estaba acostada en la misma habitación, salió ileso.

Un caso análogo al anterior ha ocurrido hace pocas semanas en un pueblo español cuyo nombre no recordamos. Habiendo estallado una tormenta, una pobre mujer se sintió poseída de tal terror que se postró de hinojos ante una imagen, rodeada de sus hijos, y se puso á recitar las oraciones propias de estos casos. Estas no debieron ser acogidas, por cuanto un rayo la dejó muerta, encontrándola los vecinos en la misma actitud suplicante que guardaba, sin que los hijos hubieran sufrido daño.

No seguiremos adelante en la enumeración de casos de esta naturaleza, por más que pudiéramos multiplicarlos con sólo consultar las muchas obras que se han escrito acerca de los fenómenos eléctricos.

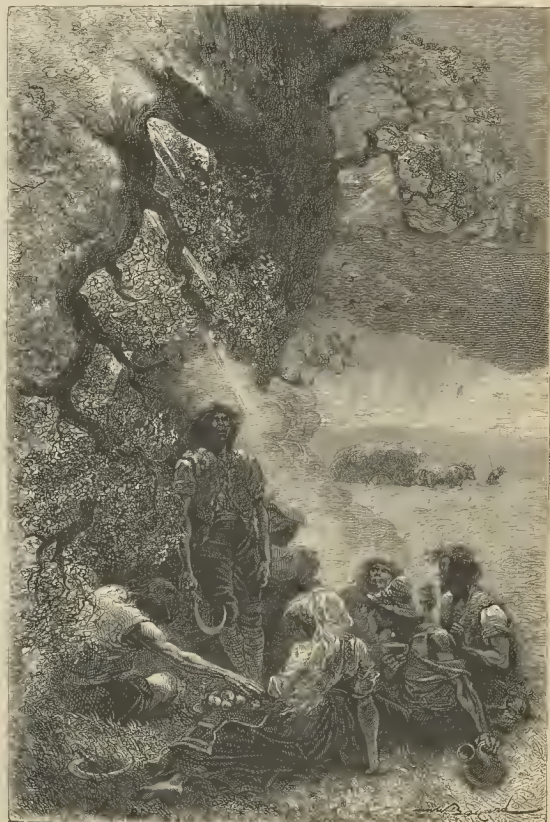
De los mencionados, así como de un gran número de observaciones, resulta probado que la persona herida por el fluido eléctrico de modo que pierda en el acto el conocimiento, cae ó muere *sin haber visto, oida ni sentido nada*, de suerte, que los que tienen la fortuna de volver en sí, ignoran completamente lo que les ha sucedido y no comprenden por qué se encuentran tendidos en el suelo ó en un lecho; la electricidad es más veloz que la luz y muchísimo más que el sonido; la vista y el oído se paralizan ántes que la luz ó el sonido hayan podido producir alguna impresión en ellos.

Resulta también de estos ejemplos que no es necesaria la percepción del peligro para explicar la influencia ejercida en el individuo. El caso del soldado muerto en Beaumont, cerca de Sedan, mencionado ya en otro número de la ILUSTRACION ARTÍSTICA, parece también probado así; aquel soldado no tuvo conciencia del peligro á causa de la acción rápida é imprevista de la bala. En apoyo de este aserto están los casos en que se hallan comprendidos los animales (observaciones 5, 6 y 9), los cuales no pueden tener tal aprensión, siendo notable ver que todos los perros hubieran muerto conservando todas la misma actitud cuando cayó el rayo en la iglesia de Chateaufeu, habiendo sido proporcionalmente menor el número de víctimas humanas.

Observemos también que en algunos casos de muerte con conservación de la actitud, se ha visto que no existía ninguna lesión exterior en el cuerpo de la víctima, y aunque hubiera sido conveniente, no se ha hecho ninguna autopsia para conocer qué punto había recibido con preferencia la acción eléctrica sin contacto aparente; quizás no se hubiera podido descubrir ninguna alteración particular en los órganos esenciales de la vida, y en estos casos es cuando se puede emplear en todas sus acepciones la palabra *sideracion*.

Las circunstancias particulares que concurren en la muerte causada por el rayo pueden tener cierta importancia bajo el punto de vista médico-legal; mas no entramos en este terreno, tanto por nuestra incompetencia, cuanto porque nuestro objeto al trazar estos renglones se reducía á indicar algunos casos en que la muerte producida por la electricidad tiene conexión con el problema cuya solución buscan hoy los fisiólogos.

M. A.



SEGADORES MUERTOS INSTANTÁNEAMENTE POR UN RAYO



AÑO III

← BARCELONA 22 DE SETIEMBRE DE 1884 →

Núm. 143

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ÚLTIMO SORBO, cuadro por Julio Theuer

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—VIRGEN Y MÁRTIR, por don Félix Rey.—AMOR Á PRUEBA (conclusion), por don Carlos Coello.—EL GLOBO DIRIGIBLE ELÉCTRICO DE LOS SEÑORES RENARD Y KREBS. GRABADOS: EL ÚLTIMO SORBO, cuadro por Julio Theuer.—EL TAÑEDOR DE LAUD, cuadro por C. Probst.—EL PEOR DE LOS PEORES, dibujo por A. Fabrés.—TIPOS CATALANES, esculturas por Rosendo Novas.—GLOBO DIRIGIBLE ELÉCTRICO DE LOS SEÑORES RENARD Y KREBS.—CONCIERTO CASERO.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA VISION DE SAN FRANCISCO DE ASÍS, cuadro por T. Chartrian.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La temporada de invierno se acerca.—La vengadora y el caballero de industria.—El arte y el baile flamenco.—Lo que se oye y lo que se ve entre los bordones de una guitarra.—El Retiro en septiembre.—Un drama de la reina de Rumania.—Silueta literaria.—El nuevo cementerio.—Pensamientos.

Los teatros se disponen a abrir sus puertas. La temporada de invierno se acerca. Las esquinas y los aparatos anunciadores desaparecen bajo chillones carteles donde letras colosales convocan al público. La ópera ensaya el Barbero de Sevilla. La compañía francesa que dirige el Jüdic empezará en breve sus tareas.

El teatro no es, como cándidamente creyeron nuestros padres, una escuela de costumbres ni un templo del arte. Es un escaparate de exhibiciones, un centro de reunión donde no es oro todo lo que reluce.

Vedlos. Son adorno indispensable de todo teatro: la vengadora y el caballero de industria.

El lado más repugnante y triste de la miseria de Madrid es este que en las poblaciones pequeñas se desconoce: una camisa planchada, un par de guantes, un sombrero nuevo, un detalle cualquiera del traje, hace sufrir al que no lo tiene. Humillaciones lastimosas, y puede decirse que la dignidad de muchos hombres tarda aquí en caer lo que tardan en agudizarse las botas.

Ese carácter fue transigiendo con estas vergüenzas de la vida. Adquirió el aplomo de la costumbre, y bajo la coceosa habla y los modales correctos del señorito andaluz, desputó algo de la naturaleza de Gil Blas ó de D. Pablos. Hubo, con todo, un momento en que la catástrofe sobrevino. Los pequeños acreedores le cercaron. Cayate, el zapatero francés, O'Donne el sombrerero, el sastre Caracul, se reunieron una mañana á la puerta de la casa de su deudor y allí le esperaron. Cuando salió el héroe vestido tan elegante como solía, ocurrió una de esas escenas que no pueden recordarse sin vergüenza y sonrojo. Toda la vecindad se enteró de que allí vivía un caballero de industria, y los porteros de las cercanías pudieron hacer comentarios sobre esos señoritos hambrientos y desvergonzados que, bajo una apariencia de duques, llevan el estómago vacío y el corazón podrido.

Aquí se desvaneció la figura de Leandro, de Narciso... del irresistible seductor, llámese como quiera, y durante mucho tiempo nada de él nos dicen nuestros apuntes. Una vez se le vió á la puerta del Suez, y otra tomando café en la Iberia; luego se hicieron más frecuentes sus apariciones y vino á ser, por fin, uno de tantos en ese ejército de la holganza viciosa, alimento y sosten de los cafés y restaurants á la moda. Así como en la generación degradada y pobre de Felipe IV eran las gradas de San Felipe escaparate y muestrario de todas las variedades de la miseria innoble, han venido á ser estos sitios del Madrid moderno especie de hervideros de esa gente calla engendrada por la vanidad hijo-dalga y perezosa de nuestros abuelos y el escepticismo brutal y frío de nuestra época. En San Felipe había las gollitas almondados en falso, los espadines sin hoja, las chupas sin forro, las medias con puntos remediados con tinta y todas las tragi-cómicas encañifas de una podredumbre adentada: de igual manera estos lugares de Madrid son hoy una exposición curiosa y un barómetro del país. ¿Qué hace allí aquella juventud dorada? ¿En qué se emplea? No es ya la juventud que iba al café Lorenzini á soñar con la libertad, ni la que en La Fontana de Oro plagiaba á los convencionales. La de ahora no tiene ya fe alguna y su conversación es la del que ya no cree ni en sí mismo.

**

El otro adorno principal de los espectáculos madrileños es la vengadora.

Se os presenta con el encanto de la hermosura y acaso con el de la inocencia.

En ocasiones la belleza es disfraz del vicio y tal vez finge brillante superficie lo que en el fondo es cieno sobredorado.

Luego sabéis que aquella inocente criatura se había pasado la vida job candor! devorando caudales ajenos. Juzgad de su apetito: se había comido la fortuna de un lord y los sueños de un poeta andaluz, viandas de que ella decía en un cénico alarde de erudición culinaria:

—El alimento de los primeros años de mi vida ha sido: en un principio el jamon de York; luego el vino de Málaga...

—¿Y ahora?

—Ahora mezclo ambas cosas.

—¡Pobre lord!

—¡Pobre poeta! Oiga V. una máxima: Bienaventurado

el rico, porque nosotros no le haremos traicion mientras tenga dinero.

—¿Y si se le acaba?

—Se le olvida.

—¿Será V. capaz de esa accion?

—Yo soy capaz de todas las acciones desde que un opulento me regaló las que tenía en el Banco de Inglaterra.

**

Una disposición gubernativa ha cerrado los cafés donde se rendía culto al cante andaluz.

Realmente era motivo de escándalo, pero los aficionados á lo castizo tendrán que deplorar esta medida. Oyendo los arpegios de una de aquellas apasionadas canciones se siente uno trasportado á Andalucía.

—¿Dónde?

—En Málaga ó en Granada; no lo sabremos á punto fijo; sólo que en una noche tibia y perfumada, bajo los naranjos, alumbrada por millones de estrellas brillantes; á la claridad de un farol colgado en la rama de un árbol; un cantaor, sentado en una banqueta morisca, arrollaba una malagueña, con acompañamiento de guitarra, mientras que en torno suyo, mujeres vestidas con corpiños rojos de pana, palmeaban cadenciosamente.

En aquella ilusión entreveamos una Andalucía de novelas y aventuras, cálida y voluptuosa, donde los brazos blancos se abrían y tendían ávidos de amor; donde los caballeros, envueltos en románticas capas de largos pliegues, rozaban los muros de sombrías callejuelas, alumbradas por la temblorosa luz que brillaba en el nicho de algun santo; serenos invocando, al cantar las horas, el nombre de la Virgen Santa...

El arte se va.

**

Empiezan los días hermosos de paseo. El Retiro cuenta ahora más paseantes que en ninguna otra época del año.

La otra tarde me permití mi vueltecita bajo la sombra del paseo de los Reyes.

Había en los árboles cabeceo dulce de ramas agitadas por el viento, murmullo de aguas despeñadas por los estrechos cauces,—flautas de cristal que cantan eternamente.—El gorrión es un pájaro esencialmente madrileño. Vive medio año en un tejado, y medio año en el Retiro. ¡Sensual cortesano que tiene posesiones de verano! Miles de ellos piaban en aquel cordero de aérea copa, alta y gallardísima. Frente había una plazuela sobre cuya arena menuda advertíanse las huellas que habían dejado los juegos de los niños. Más allá, mostrábase entre árboles un pedazo de estanque, y por este pedazo de agua tersa y azulada, solía pasar una pareja de cisnes haciendo eses con el largo cuello, de plumon blanco cubierto. El cisne es un pájaro ingenuo en serpiente. Arríates de flores llenas de luz, perfume y dicha; manojos de pensamientos multicolores, dominando —como en el mundo!— los negros; en el aire un hilo de arena flotando, como el cabello de una niña ó como un rayo de sol que se ha caído á la atmósfera terrestre. Y sobre todo esto, combinándolo en angélica armonía, una idea de plenitud, de abundancia exuberante, de desbordamiento de los ocultos raudales profíficos que ha dejado el estío.

**

Anúnciase la representación, en uno de los teatros de Madrid, de un drama escrito por la reina de Rumania, que escribe bajo el seudónimo de Carmen Silva.

Uno de sus biógrafos nos da curiosas noticias acerca de esta egregia escritora.

Hé aquí su silueta literaria.

El arte fué su refugio, cuando la muerte le arrebató á su hermoso hijo. Entónces comenzó á escribir, sin apercebirse de que cultivaba un arte, y el cuento rimano vestido con traje oriental, fué su amigo íntimo. Su actividad es maravillosa; la aurora la sorprende trabajando, en comercio íntimo con las musas. Durante el invierno se levanta silenciosamente para no turbar el sueño de su esposo, enciende su pequeña lámpara de aceite, se sienta delante de su mesa escribiendo y escribe hasta que llega el día; pues con el día comienzan sus deberes de reina.

En 1881 publicó bajo el título de *Sturme* (Tempestades) cuatro poemas, de los cuales el primero, *Sappho*, escrito en exámetros que carecen de un pie, tiene un movimiento rítmico de los más felices. En este poema nos pinta sus propias damas de honor presentándolas bajo el interesante aspecto de los jóvenes compañeros del poeta de Lesbía. Ella ha trasnochado la fábula, como es natural, y nos muestra á la mujer poetisa, amada de su ídolo, Memnon, arrojándose al mar porque la sombra de su hija muerta de amor por Memnon la separa eternamente de su amante. En 1882 apareció el grandioso poema *Jehová*, conteniendo la historia de Ahasvero y compuesto alternativamente de versículos bíblicos y de yambos de cinco pies. Pero la crítica ha reprochado al autor con razón, el no haber desarrollado bastante el fin de su poema filosófico, en el que debería reconocerse á Dios como causa y fin eterno de todas las cosas.

Otro poema muy gracioso y muy romántico de la reina, le ha sido inspirado por una estatua de Caner y lleva el título *Eine Hexe* (Una encantadora). Ha publicado además *Eine Gebet* (Una oracion), y unas novelas tituladas: *Handzeichnungen* (Dibujos hechos á la mano), donde se encuentran rasgos satíricos, cortas y terribles historias y

narraciones encantadoras. Pero sus creaciones más originales son sus poetas tituladas *Mei reposit*, que contienen una composición por cada día del año.

Hay un pensamiento muy fantástico y al mismo tiempo muy profundo en la poesía titulada *Estrella errante*. Se trata de un astro que habiendo sido primeramente en los cielos una pura gota de rocío, ha dudado del poder del Eterno por haber visto desaparecer un astro brillante y que desde entónces el fuego lo consume y cae diseminado en los espacios infinitos. Parece que estamos en la reina es una herencia que ha recibido de su tío abuelo el naturalista y viajero Maximiliano de Wied.

La poesía debía serle familiar por su bisabuela, la princesa Luisa Wied, que fué una poeta distinguida. Su padre el príncipe Hermann, escribe libros de filosofía.

La reina conoce las lenguas antiguas y modernas y ha escrito para la sociedad de Buckeart una comedia en francés titulada *Revenants y Revenus*. También hace versos en inglés, como Félix Dahm.

Genio, hermosura, juventud, poderío y popularidad.

¿Es posible, Señor, que hayas puesto tantos dones en poder de una sola persona?

**

El cementerio del Este ha quedado hoy abierto. ¿Quién será el primero que reciba allí tierra cristiana? ¿Qué desdichas deja aquí abajo? ¿Qué glorias le esperan más allá?... Un cementerio... nuevo ó viejo es, y no más, una antesala de lo eterno y una estación de descanso de lo finito.

**

Acerca de la aguja y una hebra de seda.

—«¡Aquella hebra de seda con que consiste el boton del cuello de mi camisa, me atravesó el alma!... ¡Y te casaste con Pedro! ¡Y me olvidaste!... No digas que no: para ahogar á un hombre... puede bastar una hebra de seda.»

—«Te he visto recordar la levita de tu padre, hermosa Eladia. He visto tu dedo índice, marcado con la huella de la aguja, y hubiese querido beber con un beso aquella gota de sangre que brotó de tu piel sonrosada al pincharte. Contesta á mi amor. ¿No tienes tinta? Borda tu sí en un papel con una hebra de seda.»

—«¡Das tú delante volando con unas maravillosas alas de arcángel. Te fué mano pendía un hilo de seda y á él iba presa una mariposa que era mi alma...»

Fué un sueño, pero es una realidad. La hebra de seda con que me encadenas es aquella con que atas mis cartas.»

—«¡Tu chaqueta es muy recia, Juan. No se puede coser con seda, —dice una muchacha del pueblo, con cara de princesa, á su toscos marido.»

Lo mismo le sucede al alma del hombre brutal con el alma de la mujer delicada. Ella es la seda, él es el paño recio, Dios y la ley les mandan hacer ese dobladillo del matrimonio... La hebra no puede más... ¡y se rompel!

—«He visto el cadáver de mis suecos... ahogado en un hilo de seda.»

—«¡Cosías con seda azul!... Hubiera jurado que cosías con hilos arrancados del tapiz celeste.»

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL ÚLTIMO SORBO, cuadro por Julio Theuer
Genio y figura hasta la sepultura... Así dice un refrán español y probablemente dirán otros refranes en extranjeros idiomas.

Y esta verdad común está perfectamente sintetizada en el cuadro de Theuer. Los años no han pasado impunemente por ese personaje; pero su continente es siempre marcial, su postura gallarda, su mirada de perdona-vidas, su bigote de valenton, su ánimo tan bien templado como su tizona.

Es el veterano que cuenta los lanceos por semanas y los amores por días, crónica ambulante de la guerra de los cien años, apasionado del buen vino, y áun del malo, cuando no hay otro, fumador sempiterno, socarrón con los hombres y esceptico con las mujeres, áun cuando apenas conoce de ellas la parte averiada.

Dados estos apuntes ó antecedentes, hemos de confesar que el pintor ha hecho de nuestro viejo capitán un tipo bien sentido y magistralmente ejecutado. En esa cabeza, minuciosamente estudiada, hay huellas de todas las virtudes y de todos los vicios del soldado; el villino, sobre todo, ha impreso en ese semblante cierta expresión satírica, expresada con una sobriedad del todo habilitada.

Aun cuando este cuadro ha sido pintado hace sólo un año, cualquiera pudiera confundirlo con un buen lienzo de la antigua escuela holandesa, de que el autor se conoce haber hecho un profundo estudio.

EL TAÑEDOR DE LAUD, cuadro por C. Probst

El laud era instrumento de música favorito de las damas y galanes de la Edad media. Sus cuerdas que producen sonidos que pudieran calificarse de dulces lamentos, acompañaron los cantos del trovador y las estrofas anatorias de las jóvenes castellanas, que decían al viento lo que no podían confiar al ausente dueño de su corazón mal guardado.

El personaje de nuestro cuadro es un apuesto mancebo, que distrae sus ocios obligados dedicándose a la música; ocupación no la más común de un hombre de armas, como lo eran todos los nobles de la época, pero la más á propósito para suavizar las rudas costumbres de la vida de los castillos.

Después de todo, ¿quién sabe si la música que ensaya ha de aprovecharle para algo más de lo que aparenta? Frequentemente al pie de los torresones habitados por bellas reclusas, allá cuando las sombras de la noche no permiten distinguir la silueta de un amante de la silueta de un árbol, se dejaba oír una voz tierna que, acompañándose de un sonoro laúd, lamentábase de mal de ausencia ó de pasión mal correspondida. El cantor nocturno no era otro que el personaje de nuestro cuadro, y si al perderse en el espacio la última nota de la estrofa, respondía, como un eco, una voz argentina, que más que cantar lloraba iguales penas, el enamorado galán, ebrio de gozo, besaba aquel laúd, conductor misterioso de los sentimientos de dos almas apasionadas.

Estas consideraciones nos sugiere el cuadro que publicamos, verdaderamente simpático y bien sentido.

EL PEOR DE LOS PEORES, dibujo por A. Fabrés

Si el distinguido autor de este dibujo se ha propuesto hacer aborrecible al delincuente, que aun en la sociedad de los pervertidos es merecedor de duro castigo por su mal comportamiento, hay que confesar que ha conseguido por completo su intento. Nuestro preso tiene todas las condiciones necesarias para ser repulsiivo y hacer repulsiivo, asimismo, el lugar á que le han conducido sus vicios. Su aspecto es el de uno de esos criminales, tan comunes en las grandes poblaciones, que lo mismo practican á la perfección el timo de las supuestas joyas, como fuerzan el naípe en el garito ó le cruzan la cara á un prójimo tras la esquina de una calle *non sancta*. En la cara llevan escrita su biografía, cuyo último capítulo no es raro que se publique en mal llamado romance el día en que dan garrote á un miserable.

El dibujo de Fabrés demuestra el estudio concienzudo de un tipo: el artista tiene singulares condiciones de observación y, al darlas forma, lo hace con singular valentía y firme pulso de maestro. A pesar de lo cual, una vez más lo difemos y otras ciento si es menester: el objetivo del artista no se encuentra seguramente entre rejas de un establecimiento penal.

TIPOS CATALANES, esculturas por Rosendo Novas

El distinguido artista ha tratado como buen hijo á la madre patria: en las estatuas que hoy publicamos no tan sólo ha encarnado el tipo físico de los naturales de Cataluña, sino que ha impreso el sello de la laboriosidad en la mujer, el del amor al trabajo, por rudo que sea, en el varón. Es aquella hermosa ejemplar de nuestras paisanas de la costa de levante, medio jardinera medio encajera, de esbelta talle, de acentuada belleza, de casto traje y de ademan resuelto. Es el tipo del varón un ejemplar clásico del jefe de segadores, de esas cuadrillas de trabajadores del campo que, bajo el ardiente sol de julio, empuñan la hoz afilada y cosechan en un día el pan del año; duros obreros del campo, que sudan cuanto beben y beben sin aguardar á sudarlo; tipo de aquellos hombres del monte, curtidos por el sol y por la escarcha, Antinooos rústicos que, á conciencia ó sin conciencia, produjeron en 1640 la más sangrienta y trascendental de las revoluciones que registran los anales de Barcelona.

¡Buena estampa tienen una y otra estatua!... Bien revelan ambas la existencia de un pueblo viril, de una raza fuerte, susceptible de producir aún no pocos algomavantes... Por fortuna ó por desgracia, ya no hay Paleólogos que nos llamen en su auxilio; pero á la vista de los hermosos ejemplares de Novas, estamos tentados á creer que no se ha perdido del todo la raza de los dominadores de Grecia.

CONCIERTO CASERO

Es recomendable este cuadro por la buena distribución de las figuras y por la naturalidad de todas ellas. El asunto no está tratado en él por primera vez, ántes bien por lo mismo que la escena representada es muy común en Alemania, se comprende que sean varios los artistas que le han escogido como tema.

Y sin embargo, siempre se ven con gusto estas escenas cuando se trasladan al lienzo con propiedad y soltura: un cuadro que represente la música casera nunca estará de más, por ejemplo, en la estancia donde esa música se ejecuta.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA VISION DE SAN FRANCISCO DE ASIS, cuadro por T. Chartram

No se ha extinguido la escuela de la pintura mística; ántes bien tiene artistas de valía, dotados de singular aliento, que, como Chartram, acometen las mayores dificultades y las vencen con singular maestría. *La vision de San Francisco* bastaría para formar una reputación á su autor, por la elevación con que está concebida, la naturalidad con que ha sido ejecutada, la acertada combinación de lo divino y lo humano, y el sentimiento místico de que está impregnada la composición toda, sin que degenere en cuadro de efecto puramente ascético. La figura

del *Buen Pastor*, rodeada de misteriosa luz, tiene en el original, segun un distinguido crítico, toda la transparencia de un sér perteneciente á un mundo superior. La del santo es verdaderamente sublime de expresión: la pupila dilatada, la vista fija, como inconscientemente, en la aparición celeste, una ligera tensión del enflaquecido cuerpo, todas y cada una de las partes del personaje, revelan un estado de éxtasis, que tan sólo un maestro del arte puede reproducir tan felizmente.

Contrasta con esta figura la del compañero del santo, dormido vulgarmente, de una manera apacible, tranquila, como duermen los mortales que carecen de necesidades y no tienen visiones de lo alto ni de lo bajo. Este personaje complementa la composición y hace resaltar, sin sentirlo, al personaje principal.

El cuadro, en general, tiene cierto sabor á Murillo, el mayor genio de la pintura mística.

VIRGEN Y MÁRTIR

I

En el casino

- ¿De dónde venís?
- Del Real.
- ¿Han cantado?...
- Lucrecia.
- ¿Lucrecia!... ¡Ah, cómo degeneran las costumbres, las pasiones, las razas!... Mozo, mozo, otra copa de coñac;— déjame aquí la botella.— ¡Cleopatra!... ¡Mesalina!... ¡Lucrecia!... ¡qué mujeres!... El siglo xxx sólo tiene á Cornelia... el amor platónico... una heroína de novela; todo esto es ridículo; estoy por las pasiones de carne y hueso.
- Aquí viene Felipe.
- ¡Hurra!
- Buenas noches.
- ¡Llegas á tiempo.
- ¿Qué ocurre?
- Se habla de amor y de mujeres.
- En materia de amor y de mujeres, los hechos valen más que las palabras; en fin, si no hay otra cosa abrirme el apetito, es decir, hablemos; la imaginación es la mostaza de los sentidos.
- Haremos examen de conciencia.
- ¿Eh?...
- ¿Te has asustado?
- ¿Qué tienes?
- ¡Se ha puesto de mil colores!
- Señores, no me gustan ciertas alusiones y mucho ménos en este instante que salgo de casa, donde he pasado cinco horas eternas discutiendo de conciencia, moral y religión.
- ¿Tú?
- Yo.
- ¿Eres de los arrepentidos?
- Bien dicen, que el diablo harta de carne...
- Algo hay de eso.
- ¿Te retiras á la Trapa?
- Yo, no; pero mi hermano Luis...
- ¿Pretende convertirse?
- No; soy impiente; la vida por el amor, pero por el amor ligero, fácil y tornadizo, tal es mi lema.
- Entonces...
- Mi hermano piensa de otro modo, y esta misma noche nos ha manifestado, en familia, su firme resolución de tomar las sagradas órdenes.
- ¿Hacerse cura?
- Sí.
- ¡Ja, ja, ja!
- Señores, no hay que burlarse de ciertas cosas.
- No; si no nos burlamos, nos reímos.
- ¡Vaya un chistoso contraste que va á ofrecernos la familia de la ilustre casa de los Velascos!... ¡un santo y un libertino!... ¡Ja, ja, ja!

—Felipe de Velasco y Luis de Gonzaga!

—El cielo y la tierra.

—La carne y el espíritu.

—El ángel y el demonio.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Y será capaz tu hermano de repartir su fortuna entre los pobres, como manda el Evangelio!

—Efectivamente, les dedica gran parte de sus bienes y el resto...

—¡Para redimir cautivos!

—Me lo lega á mí.

—¿A tí?

—A mí.

—Es decir, al diablo.

—Pero, con una condición.

—¿Cuál?

—Sepamos.

—¿Será chistosa!

—Con la condición de que he de casarme en el término de dos años.

—¡Ja, ja, ja!

—Tu hermano comienza á ejercer su ministerio y te impone la penitencia que tus muchos pecados merecen.

—Acaso; pero sus intenciones son otras.

—¿Las de que escarmenten en cabeza propia?

—Como él y yo somos los dos últimos varones de la casa de Velasco y Luis hace voto de castidad...

—¡Ja, ja, ja!... ¡quiere que tú perpetúes la raza!

—Tal es su deseo.

—Y, ¿piensas casarte?

—¿Por quién me habéis tomado? Estimo en más mi libertad y mis vicios que el árbol genealógico de mi familia.

—¿Se lo has dicho así á tu hermano?

—Así mismo.

—¿Se habrá ruborizado como una doncella?

—Y poniéndote la cruz...

—Nada de eso; volví á la carga; procuró convencerme, hasta que al fin con oratoria sagrada, sentimental le dije... Me rio al recordar el gesto que puso!... Le dije....

—¿Qué le dijiste?

—Que si tenía tanto interés en perpetuar la sangre de los Velascos que se casara el por mí.

—¡Le habrás escandalizado!

—Dió un bote como si le hubieran clavado una aguja. Tiene gracia ese pobre muchacho; en oyendo hablar de mujeres se le traba la lengua.

—¡Le olerán á azufre!

—En fin, ¡cómo ha de ser! Dejémos á cada cual seguir su camino y bebamos.

—A la salud del catecismo.

—No, á la salud de Felipe.

—Y de su mujer futura.

—Nada de equivocos, señores; bebamos por el amor y las mujeres; ó todas ó ninguna, este es mi lema.

—¡Hurra!...

II

Los dos hermanos

Felipe y Luis pertenecían á una de las más nobles familias de la corte; eran hermanos por la naturaleza, más no por la inclinación ni las costumbres.

El primero, jóven de buen humor, de vida alegre, pendenciero, camorrista y calavera afortunado, contaba, nuevo D. Juan Tenorio, las aventuras amorosas por semanas, los duelos por docenas y los escándalos de todo género por millares.

Desde la princesa alvina á la que pesa en ruin barca

su amor había recorrido toda la escala social; su bolsillo habíase también vaciado en todos los garitos y su excentricidad se pasó por todos los lupanares.

—Mi vida (como él mismo decía) tiene cuatro puntos cardinales; al Norte el amor, al Sur el juego, la embriaguez al Este, el duelo al Oeste y la alegría en todas partes.

Su hermano Luis de Velasco era el reverso de la medalla; rubio como el oro, pálido como la cera y delgado como el junco, distinguióse desde muy niño por su carácter serio y reflexivo y la afición á las prácticas religiosas, lo que le valió en el colegio el sobrenombre de San Luis Gonzaga.

Tímido y retraído en el trato social, y prudente en el íntimo, era de sobrias costumbres, amante del silencio y enemigo de todo lo superficial y frívolo.

Incansable en el estudio, de irreprochable conducta y dado á la meditación, moviase su alma en una atmósfera tranquila y libre de las tempestades que la imaginación suele agitar en los cerebros juveniles.

Es verdad que tal vez su cuerpo no hubiera podido resistirlos tampoco.

Deleitábase con la lectura de los clásicos griegos y latinos en cuya ocupación invertía los más de sus ocios, sin olvidar por esto á nuestro divino Fray Luis de Leon á quien admiraba y quería sobre todo encarecidamente.

Amante de la severa forma helénica y enamorado del espíritu cristiano, cuyas dos cualidades constituyen la manra de ser de los escritores místicos españoles, dicho se está que nunca arralgó en su corazón la novela y literatura contemporáneas, las cuales han inculcado en la juventud actual ese virus de vejez prematura que afiige á las sociedades modernas.

La severidad con que se juzgaba á sí mismo no la hacía extensiva á los actos de los demás, con cuyas debilidades se mostraba siempre tolerante y compasivo.

Sólo en una cosa no transigía: en la cuestión religiosa; tenía el fanatismo que dan la convicción y la fe verdadera. Para Luis el Evangelio era el dogma, y el dogma era la palabra de Dios revelada á los hombres y no admitía que este pudiera ser patrimonio exclusivo de una raza, de una clase social y, mucho ménos, de un partido político en provecho propio y con exclusion y perjuicio de todos los demás.

Este egoísmo era demasiado humano para anidar en su alma poseída de todo lo eterno, inmortal é infinito.

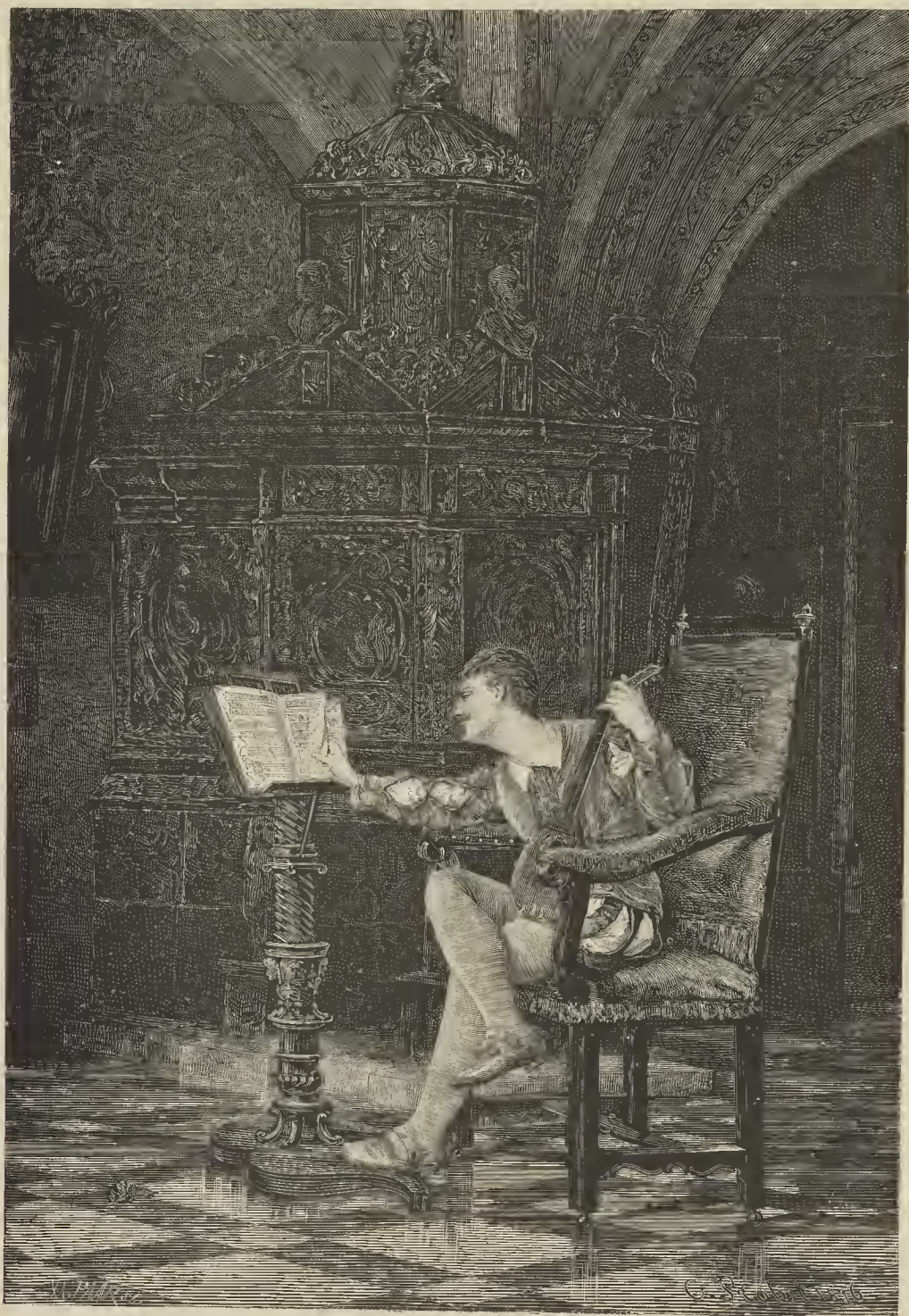
—Debajo de la Cruz caben todos los hombres (solía decir); sus brazos se abren para estrechar á toda la humanidad y redimirla igualmente del pecado. Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Estos afectos divinos no excluían sus sentimientos humanos, delicados y tiernos como poccos.

Para Luis la tierra era un punto de partida, el cielo el término de su destino; el cuerpo envuelve al alma como la crisálida á la oruga, siendo precisa la muerte para transformarla en mariposa, es decir, en ángel, y volar, volar á través de los espacios hasta llegar á las puertas del Empíreo.

Los niños y los pobres, los desvalidos y los ancianos tenían en Luis su providencia; unos y otros, como sus antiguos camaradas de colegio aunque por distintos sentimientos, le daban el sobrenombre de San Luis Gonzaga.

Pero nada hay perfecto en el mundo; Jesús dice que el hombre más justo peca por lo ménos siete veces al día:



EL TAÑEDOR DE LAUD, cuadro por C. Probst



EL PEOR DE LOS PEORES, dibujo por A. Fabrès

no es de extrañar pues que Luis, dotado de tantas virtudes, tuviese un defecto: el pájaro, el sér que más se remonta al cielo, vuelve siempre á la tierra.

El defecto de Luis era el orgullo de raza, el apego á su abuelo, la admiración y el respeto hacia el ilustre apellido que llevaba, considerado por él como el símbolo de las antiguas tradicionales glorias de su familia.

Esta levadura de orgullo que el ángel caído parece haber inculcado en los más grandes caracteres, estaba en Luis tan oculta que sus manifestaciones apenas si pudiera advertirlas el más sagaz psicólogo ó conoecedor del corazón humano.

Tal vez en Luis este defecto era nobilísimo origen de sus muchas virtudes.

Tal vez la caridad que dispensaba á los desvalidos nacía de la satisfacción que sienten los grandes en proteger á los pequeños. Acaso su constancia en el estudio era hija á su vez de un instinto de superioridad por el cual los ricos y poderosos se creen obligados á saber más que los pobres y los desgraciados.

III

¡Hasta la vista!

—Felipe, Felipe.
—¿Quién anda ahí?
—Soy yo, tu hermano Luis: ¿duermes?
—¿Cómo diablos he de dormir si me has despertado! ¿Qué hora es?
—Las cinco.
—¿De la mañana?
—No; de la tarde.
—Es verdad; me acosté á las nueve. ¿Llueve?
—No; pero lloverá.
—Y, ¿á qué debo tu visita?
—Me han dicho que te marchas.
—Pues no te han engañado.
—¿Al ejército del Norte?
—Sí; á incorporarme á mi regimiento.
—Parece que te delectas en contrariarme en todo.
—Lo siento mucho.
—¿Por qué te vas? ¿No estabas destinado al ministerio de la Guerra?
—Sí; pero esta vida me aburre, me desespera; siempre igual, siempre lo mismo. Necesito impresiones fuertes y las busco.
—¿En el campo de batalla?
—¿Hay nada más hermoso que las guerras?
—¿Civiles?
—¿Sean como quieran! La cuestión es batirse con el enemigo. Las balas hablan un solo idioma y hieren sin distinguir de nacionalidades.
—Felipe, es inútil que trates de engañarme... de engañarte á tí mismo. Prescinde un instante de esas palabras crueles con que encubres tus sentimientos, penetra en tu corazón, deja hablar á tu conciencia y sé franco y sincero de una vez para siempre.
—¡Ta, ta, ta!... ¿Ahora te vienes con esas?
—Dentro de pocas horas saldré de Madrid, y dentro de algunos días pronunciaré mis votos al pie del ara. Hablemos seriamente antes de separarnos; te lo suplico por la memoria de nuestra madre.
—Amén. ¿Qué tienes que decirme?
—Deseo que cambies de vida.
—De eso trato.
—No; tu no tratas de cambiar de vida; lo que intentas es exponerla neciamente con nuevas y más funestas locuras.
—¿Quieres que cante misa?
—No es mi propósito violentar tu vocación... ¡Dios me libre de ello!
—Entónces...
—Ya te lo he dicho; pretendo que seas un hombre formal, sensato y juicioso; que des al olvido tus calaveradas y tus escándalos y pienses en lo que te obliga el nombre que llevas.
—¿Me has despertado para darme una pesadilla?
—¿No has vuelto á reflexionar sobre lo que te dije días pasados?
—¿Qué me dijiste?
—¿No recuerdas?
—No recuerdo.
—Como hay deberes que cumplir con Dios, con la sociedad y con la patria, hay también deberes con la familia, y el tuyo...
—Sí, sí; ya me lo has dicho; tengo el deber como primogénito de casarme y tener hijos... no para el cielo sino para la ilustre casa de los Velascos. ¡Vanidad de cosas vanas! Pues bien, te molestas inútilmente porque no lograrás persuadirme; no me caso. ¿Tienes algo más que decirme?
—¡Felipe!
—Te lo tolero todo ménos que insistas en ese punto; ¡eres un casamentero insoportable!
—¿Es decir que?...
—Que haré, como tú, mi santa voluntad. Después de todo tan Velasco eres tú como yo; y hombre por hombre, para el caso es lo mismo... con que cástate tú si quieres y buen provecho te haga.
—Dios me destina para su Iglesia.
—Pues á mí no me destina para el matrimonio.
—¿No hay razon que te convenza?
—¿Acaso es razonable lo que me propones?



TIFO CATALAN, escultura por don Rosendo Novas

—¿Es decir, que no te casarás?
—Nunca.
—¿Que persistes en tus costumbres disipadas?
—Siempre.
—¿Que estás decidido á partir al Norte?
—Mañana mismo.
—Lo siento mucho; pero en fin, si así lo tiene Dios dispuesto, cúmplase su santa voluntad.
—Amén.
—Adios; tengo que arreglar todavía algunas cosas antes de emprender mi marcha.
—¡Buen viaje!
—¿No tienes más que decirme? ¿No me das siquiera un abrazo de despedida?
—Toma y déjame en paz. ¡Ah! dí á Agustín que hoy no como en casa; que me deje dormir hasta las ocho.
—Adios, Felipe.
—¡Hasta la vista!

IV

Nuestras vidas son los ríos...

Luis por la estación del Mediodía y Felipe por la del Norte abandonaron la coronada villa en el espacio de veinticuatro horas.

Sus destinos, como los trenes que los conducían, dábanse las espaldas el uno al otro, separándose á toda velocidad.

Ambos hermanos antes de abandonar el suelo natal arreglaron sus asuntos particulares: Luis destinó algunas cantidades de importancia á los pobres; Felipe escribió y selló dos cartas que entregó á su administrador acompañándolas de algunas órdenes reservadas.

El tiempo, indiferente á todo, siguió corriendo como si tal cosa: pasaron días y días.

Después de la batalla de Somorrostro, los periódicos publicaron la lista de los heridos y muertos en tan sangrienta acción.

Entre los últimos se hallaba el nombre de Felipe Velasco; el calavera empedernido y sin conciencia, había

muerto sobre el campo de batalla luchando y combatiendo como un héroe de las antiguas leyendas.

La noticia causó profunda emoción en la alta sociedad de la corte.

Fué necesario confirmarla para creerla; en mucho tiempo no se habló de otra cosa.

Así que se hubo confirmado oficialmente, el administrador de la ilustre casa de los Velascos dirigió á su destino las dos cartas que recibiera de su señor y dueño; la una era para su hermano Luis, la otra para un amigo llamado Mariano, compañero de armas y de vicios.

El administrador se personó en la casa de este último personaje que tendría próximamente la edad de Felipe.

—¿El señorito Mariano?

—Está ocupado.

—Necesito verle.

(Se continuará)

FÉLIX REY

AMOR Á PRUEBA

(Conclusion)

DOROTEA

No le comprendo á V.

D. CRESCENCIO

He cumplido ya cincuenta y dos años, y hé aquí mi desgracia. Oígame V., que concluyo en seguida. A mí me hace falta casarme, constituir una familia, tener á mi lado una mujer que me quiera y que me dé un hijo por lo ménos.

DOROTEA

¿Y eso le ha sido á V. imposible?

D. CRESCENCIO

Imposible no, pero muy difícil en las únicas condiciones en que yo lo deseo y lo admito. A mí me han gustado por completo poquísimas mujeres, y como V. ninguna.

DOROTEA

Me confundé V.

D. CRESCENCIO

Ninguna, absolutamente ninguna.—Pero con V. me pasa lo que con todas las demás que, más ó ménos, me han ido gustando. Ellas pudieren, y V. misma podrá llegar á casarse conmigo; y esto que parece todo no lo es para mí. Yo necesito que la mujer á quien ofrezca mi corazón, me dé también el suyo.

DOROTEA

¿Y V. cree que yo podría casarme con V. ni con nadie sin tenerle cariño?

D. CRESCENCIO

Hablemos con entera claridad. Esas cosas se dicen y se oyen y se creen todos los días; pero yo soy sumamente desconfiado.—Mire V.: yo tengo metida entre ceja y ceja la idea de que soy feo y viejo y vulgar, y el solo recelo de que una mujer se case conmigo enamorada exclusivamente de mis talegas me pone frenético y fuera de mí. Hasta ahora sólo he hecho el amor en serio á dos mujeres: V. es la tercera, y como á las tres va la vencida, si de la tercera prueba salgo tan mal como de la primera y segunda, me quedo soltero.

DOROTEA

Todo lo que V. me dice es tan extraño...

D. CRESCENCIO

Pues falta lo mejor todavía, y vamos á concluir pronto para que ninguno de los dos nos cansemos más. Ya he dicho á V. que la quiero con toda mi alma y que desee hacerla mi esposa. ¿Acepta V. el trato? ¿Sí ó nó?

DOROTEA

Usted me pone entre la espada y la pared.

D. CRESCENCIO

Hágame V. el favor de contestarme francamente.

DOROTEA

Y ¿de qué serviría que yo le dijera á V. que sí, si V. no me habia de creer?

D. CRESCENCIO

Aquí entra la necesidad de la demostración.

DOROTEA

Bueno; pues spongámos que yo le quiero á V.: ¿cómo se lo demuestro?

D. CRESCENCIO

De una manera muy sencilla.

DOROTEA

Veamos la manera.

D. CRESCENCIO

Usted le rechazará, como la rechazaron mis dos novias anteriores y la rechazarian todas y cada una de las mujeres del mundo.

DOROTEA

¡Hombre, si pide V. un imposible!

D. CRESCENCIO

Un imposible pido: esa es la verdad. Yo pido para convencerme de la sinceridad del cariño de una mujer que me haga el sacrificio mas costoso para ella: el de su vanidad.

DOROTEA

Yo no soy vanidosa.

D. CRESCENCIO

Veremos.—El sacrificio que yo exigi á las dos predecesoras de V., y que hoy voy á exigirle, era tan grande para mí como para ellas, y si así no fuese, no sería yo capaz de exigirlo.

DOROTEA

Me tiene V. ardiendo de curiosidad.

D. CRESCENCIO

Mi primera novia tenia el cabello rubio más bonito de Madrid y en él se quedó prendido mi corazón como la mosca en los hilos que teje la araña.

Aquella mujer juraba y perjuraba (ya lo creo que perjuraba!) estar perdidamente enamorada de mí: le puse como condicion para casarme con ella que se afeitara la cabeza á navaja... y no volvió á saludarme en su vida.

DOROTEA

Lo creo. Y ¿me quiere V. decir qué le propuso á la segunda?

D. CRESCENCIO

A la segunda le propuse más. La segunda tenia unos ojos hermosísimos: el hombre que llegaba á mirarlos, no podia apartar su mirada de ellos...! Figúrese V. con qué estómago me dispondria yo á casarme con una mujer que iba á tener á todo Madrid colgado de sus ojos... y que en mi concepto sólo me queria por mis ochavos!

DOROTEA

¿Y qué le propuso V., hombre de Dios?

D. CRESCENCIO

Le dije estas palabras: «Juanita, el amor es ciego: sea V. tuerta y me caso con V.»

DOROTEA

¡Ja, ja, ja!—V. está empecatado. (Este hombre es un loco.)

D. CRESCENCIO

Va comprenderé V. que yo no la hubiera dejado consumir el sacrificio: estaba dispuesto á satisfacerme con que se quedara bizza.

DOROTEA

Y ¿se puede saber cuál es la parte de mi cuerpo destinada á perecer, ó, por mejor decir, la que á V. le ha parecido mejor?

D. CRESCENCIO (con mucha calma)

La dentadura.

DOROTEA

¡Vanos! Méenos mal: esto al fin es cosa que puede sustituirse. ¿Y V. necesita que me la arranque entera hueso por hueso?

D. CRESCENCIO

No: me daría por satisfecho con que se extrajese V. ese dientecito pequeño y con la puntita rota que enseña usted con tanta monería cuando se rie.

DOROTEA

Y si yo me arrancara este diente ¿se casaría V. conmigo?

D. CRESCENCIO

En el acto; pero V. no será capaz de semejante cosa.

DOROTEA

Me ha herido V. en mi amor propio y voy á demostrarle que si V. es un hombre extraordinario, yo soy una mujer que no le va en zaga.

D. CRESCENCIO (muy alborotado)

¿De manera que... V. me quiere? ¿V. está enamorada de mí?

DOROTEA

No diré tanto; pero sí demostraré que soy una mujer libre de vanidad. (Tomando de un tocador unas pinzas, cogiéndolas con ellas el diente señalado por D. Crescencio y arrancándoselo.) ¡Ay! (dando un grito, cayendo en un sillón y arrojando los dos de sí el improvisado gatillo.)



TIPO CATALAN, escultura por Rosendo Novas.

EL GLOBO DIRIGIBLE ELECTRICO de los Sres. Renard y Krebs

El eco que en toda Europa ha tenido el resultado de la prueba efectuada en Meudon, el 9 de agosto anterior, por los Sres. C. Renard, capitán de ingenieros, y A. Krebs, capitán de infantería del ejército francés con un globo aerostático de su invencion, nos ha inducido á publicar el adjunto grabado que representa dicho globo en el momento de salir de los talleres de Chalais, así como á insertar la siguiente nota presentada por los mismos inventores á la Academia de Ciencias de Paris:

«En los talleres militares de Chalais acaba de efectuarse un ensayo de navegacion aérea, coronado del más feliz éxito; la presente nota tiene por objeto anunciar á la Academia los resultados obtenidos.

A las cuatro de la tarde se remontó libremente un globo aerostático de forma prolongada, provisto de una hélice y de un timon, y tripulado por el capitán de ingenieros Renard y por el de infantería Krebs, su colaborador de seis años á esta parte. Despues de recorrer en veintitres minutos un trayecto de 7,6 kilómetros, el globo ha bajado á tierra en su punto de partida, habiendo ejecutado una serie de maniobras con una precision comparable á la de un buque de hélice que maniobrara en el agua.

Hasta hoy la solucion de este problema, buscada ya en 1855 por M. Giffard valiéndose del vapor, y en 1872 por M. Dupuy de Lôme, que apeló á la fuerza muscular de los hombres, y finalmente, el año pasado por M. Tissandier, que fué el primero en aplicar la electricidad á la propulsion de los globos, habia sido muy imperfecta, por cuanto en ninguno de dichos casos volvió el globo á su punto de partida.

Nos hemos guiado en nuestros trabajos por los estudios de M. Dupuy de Lôme relativos á la construccion de su globo de 1870-72, y procurado además que el nuestro reuniera las condiciones siguientes:

Estabilidad de marcha conseguida por la forma del globo y por la disposicion del timon; disminucion de las resistencias que pudieran oponerse al avance, por medio de sus dimensiones calculadas al efecto; conexcion entre los centros de traccion y de resistencia para disminuir el movimiento perturbador de estabilidad vertical, y por último, obtencion de una velocidad capaz de resistir los vientos reinantes las tres cuartas partes del año en nuestro país.

Hemos llevado á cabo de consuno la ejecucion de este programa y los estudios á él inherentes; sin embargo, conviene exponer la parte que cada uno de nosotros ha tomado más especialmente en ciertos detalles.

El estudio de la disposicion particular de la camisa de suspension, la determinacion del volúmen del globo pequeño, las disposiciones conducentes á asegurar la estabilidad longitudinal del grande, el cálculo de las dimensiones que convendria dar á las piezas de la barquilla, y finalmente la invencion y construccion de una nueva pila, de potencia y ligereza excepcionales, lo cual constituye una de las partes esenciales del sistema, todo esto es obra personal del capitán Renard.

Los diferentes detalles de construccion del globo, el modo de unirlo con la camisa, el sistema de construccion de la hélice y del timon, el estudio del motor eléctrico calculado en vista de un método nuevo basado en experimentos preliminares, que permitieron determinar todos sus elementos para una fuerza dada, son obra del capitán Krebs, quien, merced á disposiciones especiales, ha conseguido establecer este aparato en condiciones de ligereza inusitadas.

Las dimensiones principales del globo son las siguientes: longitud, 50',42; diámetro, 8',40; volúmen, 1,864 metros.

La evaluacion del trabajo necesario para imprimir al aparato aerostático una velocidad dada, se ha hecho de dos modos:

1.º Partiendo de los datos planteados por M. Dupuy de Lôme y comprobados en su experimento de febrero de 1872. 2.º Aplicando la fórmula adoptada en la marina para pasar de un barco conocido á otro de formas poco diferentes y admitiendo que, en el caso del globo, los trabajos están en relacion de las densidades de los dos fluidos.

Las cantidades indicadas siguiendo estos dos métodos concuerdan casi, y nos han conducido á admitir, para obtener una velocidad de 8 á 9 metros por segundo, un trabajo de traccion útil de 5 caballos de 75 kilogrametros, ó, teniendo en cuenta los rendimientos de la hélice y de la máquina, un trabajo eléctrico sensiblemente doble.

Hase construido la máquina motora de modo que pudiese desarrollarse en el árbol 85 caballos, que representan 12 para la corriente en las bornas de entrada. Transmite su movimiento al árbol de la hélice por medio de un piñon que engrana con una gran rueda.

La pila está dividida en cuatro secciones que se pueden montar en superficie ó en tension de tres modos distintos. Su peso, por caballo hora, medido en las bornas, es de 19 k. 350.

Se han hecho algunos experimentos para medir la traccion en el punto fijo, la cual ha llegado á la cifra de 60 kilogramos para un trabajo eléctrico desarrollado de 840 kilogramos y de 16 vueltas de hélice por minuto.

Efectuáronse tambien dos ascensiones preliminares, en las cuales el globo estaba equilibrado y mantenido á unos cincuenta metros de altura, para conocer la potencia de

D. CRESCENCIO (viendo manchado de sangre el pañuelo con que Dorotea se oprime la boca)

¡Dios mío! ¡Dorotea, soy un salvaje!

DOROTEA (soltando)

Refrese V... En este momento no puedo verle... Llegaría á aborrecerle á V....

D. CRESCENCIO

¡Dorotea!...

DOROTEA

Y deseo poder amarle. (Tira de la campanilla y se presenta Jacinta en la puerta.) Vuelva V. á la noche. (D. Crescencio sale dando tropiezos.)

ESCENA ULTIMA

DOROTEA y JACINTA

JACINTA

Pero, señorita, ¿qué ha hecho V.?

DOROTEA

Mira dónde pisas, no vayas á romperme un diente que me costó veinte duros.

JACINTA

Luego... ¿era postizo? ¿El único que no tenia V. perfecto en su boca...?

DOROTEA

Esa fué la habilidad y el talento del doctor Warren.—Tráeme un poco de agua que me he drozador un labio al morderme para hacer salir la sangre.

JACINTA

¿Es posible que haya en el mundo algo peor que una mujer? ¡Como no sea otra!...

CÁRLOS COELLO

rotacion del aparato. Por último, los pesos remontados el 9 de agosto fueron los siguientes (total de la fuerza ascensional 2000 kilogramos):

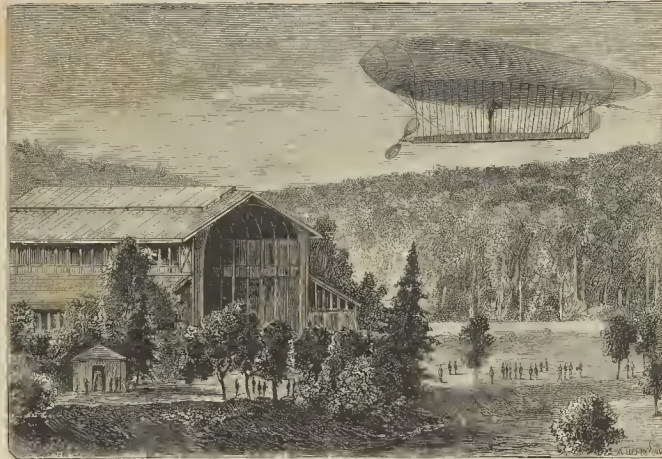
Globo mayor y globo menor	369 kil.
Camisa y red	127 »
Barquilla completa	452 »
Timón	46 »
Helice	41 »
Máquina	98 »
Bastidores y engranaje	47 »
Árbol motor	30'500
Pila y otros aparatos	435'500
Acronautas	140
Lastre	214
Total	2000 kil.

A las cuatro de la tarde, estando el tiempo casi sereno, se soltó el globo, que teniendo en un principio escasa fuerza ascensional, se elevaba poco á poco hasta la altura de los cerros circunvecinos. Se puso en movimiento la máquina, y á su impulso el globo aceleró en breve su marcha, obedeciendo fielmente á la menor indicacion del timón.

Su marcha fué primero de Norte á Sur, encaminándose al cerro de Chatillon y de Verrieres; al llegar sobre el camino de Choisy á Versailles, y para no meterlo sobre los árboles, se varió la direccion y se dirigió la proa del globo hacia Versailles.

Hallándonos sobre Villacoublay, á unos cuatro kilómetros de Chalais y sumamente satisfechos del modo como funcionaba el globo, decidimos volver por el camino traido y procurar el descenso en el mismo Chalais, á pesar del poco espacio descubierto que quedaba entre los árboles. El globo dió su media vuelta por la derecha, mediante un ángulo muy reducido (unos 11°) que se dió al timón. El diámetro del círculo descrito fué de 300 metros próximamente. La cúpula de los Invalidos, tomada como punto de direccion, dejaba entonces á Chalais algo á la izquierda del camino.

Llegado el globo á la altura de este punto, ejecutó con



GLOBO DIRIGIBLE ELÉCTRICO DE LOS SEÑORES RENARD Y KREBS

tanta facilidad como ántes un cambio de direccion sobre su izquierda, y muy en breve se cernió á 300 metros sobre su punto de partida. Una maniobra efectuada en la válvula marcó aún más en aquel momento la tendencia del globo á descender. Durante este tiempo, fué preciso bajar y avanzar muchas veces, para poner el aparato sobre el punto escogido para tomar tierra. A 80 metros de altura, varios hombres asieron una cuerda largada desde el globo, y éste se posó en la misma pradera de donde habia partido.

Trayecto recorrido con la máquina, medido en el suelo.	7'600 km.
Duracion de este periodo	53 m.
Velocidad media por segundo	5 m. 50
Número de elementos empleados	32

Fuerza eléctrica invertida en las bornas de la máquina	252 kgrm.
Rendimiento probable de la máquina	0,70
Rendimiento probable de la hélice	0,70
— total próximamente	1/2
Trabajo de traccion	123 kgrm.
Resistencia aproximada del globo	22 kil. 800

Durante la marcha, el globo experimentó muchas veces oscilaciones de 2° á 3° de amplitud, análogas al balanceo de un buque; oscilaciones que pueden atribuirse á irregularidades de forma, ó bien á corrientes de aire locales en sentido vertical.

En breve seguirán á este primer ensayo otros experimentos hechos con la máquina completa, habiendo motivo para esperar que los resultados serán más concluyentes »

Añadamos por nuestra parte que la hélice de propulsion, que tiene siete metros de diámetro, está en la parte anterior del aparato, enlazada por un árbol de transmision con la máquina dinamó eléctrica. El timón va en la parte posterior. Sus dos caras

son ligeramente combadas.

Los aeronautas se colocan en medio de la barquilla, formada de largos bambúes, forrados de hule.

El tubo que se ve en el grabado en medio del globo, parece destinado á introducir aire en el globito compensador por medio de un ventilador.

Cuando el globo de Chalais-Meudon está en tierra, se halla debajo de un gran cobertizo que le resguarda de la intemperie y en el cual puede aguardar el momento favorable para remontarse. Este abrigo, há largo tiempo considerado como el complemento indispensable de los globos dirigibles, es una de las condiciones más seguras de éxito; pero su construccion exige cuantiosos gastos.

M. A.



CONCIERTO CASERO



AÑO III

←BARCELONA 29 DE SETIEMBRE DE 1884→

NÚM. 144



DAMA DEL SIGLO XVII, cuadro por M. Gronvold

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LERMONTOFF Y UNO DE SUS POEMAS, por A. Fernández Merino.—*Es retrato*, por Cárlos M. de Sotomayor.—*Los microbios*, por José R. Mourel.—*Los relojes hidráulicos en la antigüedad*, por M. A.

GRABADOS: DAMA DEL SIGLO XVII, cuadro por M. Gronvold.—*El examen de catecismo*, cuadro por Baumgartner.—*El otoño*, grabado, por Froment.—*Ante el espejo*, cuadro por G. Induno.—*La vuelta al hogar*, cuadro por Hans Dahl.—*Los relojes hidráulicos en la antigüedad*.

NUESTROS GRABADOS

DAMA DEL SIGLO XVII

Tiene este cuadro un sabor clásico que recuerda las grandes épocas del arte. Es uno de esos lienzos que, sin necesidad de llamar la atención hacia ellos, se hacen notables aun en las pobladas paredes de los museos. Y es que, sin negar que en nuestros días se cultive la pintura por sobresalientes artistas, no es la energía de Ribera, no es la valentía de Velazquez, no es la firmeza del Ticiano, lo que más caracteriza los lienzos modernos.

El que hoy reproducimos es el retrato de una dama principal según lo demuestra el collar que cuelga sobre su pecho, viuda como revela su negro traje y de singular inteligencia á juzgar por su expresiva mirada. Desde luego se comprende que entre el original y el retrato ha de existir notable parecido: sin que se pueda alegar las pruebas, ello es que á la vista de un retrato, el público, el vulgo mismo, adivina si tiene ó no condiciones de parecido, áun sin conocer á la persona que representa. Y esto se explica por la menor ó mayor seguridad que demuestra el artista en la factura de su obra. Si durante su ejecución ha dudado, ha vacilado, estas malas condiciones han de transparentarse en el retrato y saltar á la vista de los aficionados. Por el contrario, cuando el lienzo acusa una ejecución franca, una igualdad de trabajo que no parece sino que todo él ha sido hecho en una sola sesión, entonces comprendemos que el retrato es de exacto parecido al original. Esta es la impresión que causa la obra que publicamos al frente del presente número.

EL EXÁMEN DE CATECISMO, cuadro por Baumgartner

La escena que representa este cuadro está palpitando vida, así en su conjunto, como en cada uno de los personajes que la componen. En víspera de contrar matrimonio, los jóvenes prometidos, acompañados de sus respectivos padres, acuden á la presencia del cura del pueblo para sufrir el oportuno examen de catecismo. Bien se preparó la niña para salir arosa de este paso, y áun podemos asegurar que se sabía de memoria así los Mandamientos de la ley de Dios, como las Obras de Misericordia; pero la falta de costumbre, la emoción consiguiente á una casi niña que se ocupa de cosas tan serias como los preparativos para su cambio de estado, el apocamiento que se apodera comunmente de todo examinando por mucho que domine la materia, todo contribuye á que la novia se quede sin decir palabra, en la actitud del que hace que piensa sin pensar, magistralmente ejecutada por el autor del lienzo. No están menos bien trazadas las figuras del novio, sorprendido del mismo de su prometida, del padre de ésta que apunta discretamente la respuesta al oído de su hija; del futuro suegro que contempla con ojos compasivos á su turbada nuera, y del buen cura, que tanto conocedor del corazón humano, preside la escena con cierto aire de severidad, muy ajena de sus bondadosos sentimientos.

La situación de cada uno de esos personajes, el pensamiento que domina á cada uno de ellos, están reflejados con una verdad, transparentados con tal maestría, que esta condición, unida á la bondad del dibujo y á la bien entendida combinación de las figuras, hacen de ese cuadro una muy estimable y simpática obra de arte.

EL OTOÑO, grabado por Froment

La naturaleza otoñal es más triste que la naturaleza durante el invierno. Y la razón es bien sencilla: la vista de un moribundo causa una impresión más profunda que la vista de un cadáver; y en otoño el reino vegetal es aquel moribundo.

Las antiguas pompas, las lujuriantes galas, los verdes ramajes, van desapareciendo, como desaparecen las carnes, como desaparecen los colores del semblante del físico: diríase que la vegetación se siente morir y que arroja sus oropeles para no estar fuera de situación. Así es de ver en el paisaje que publicamos, saturado de melancolía, pero no exento de poesía y de belleza. La naturaleza tiene estaciones, como el hombre tiene edades; mas, obra de Dios al fin y al cabo, lo que pierde en lozanía lo gana en severidad, y para el artista, para el ser privilegiado que posee el secreto de la luz y del color, el otoño como el verano, la juventud como la decadencia, encontrarán siempre forma simpática y manera de ser tratadas artísticamente por quien de artista se precie y como tal artista valga.

ANTE EL ESPEJO, cuadro por G. Induno

El espejo debe ser tan antiguo como la mujer, porque la mujer y la coquetería vinieron sin duda al mundo en una misma hora. Lo primero que debió hacer Eva fué sin duda sentirse hermosa, y acto continuo contemplar su hermosura en el primer arroyuelo que halló al paso, de los muchos que serpenteaban en el Paraíso. Desde entonces ha cambiado, sin duda alguna, el lugar de la esce-

na, pero los interesados en ella continúan siendo los mismos, trilogía misteriosa, compuesta de la mujer, el espejo y la coquetería, ó sea la serpiente del hogar. Algunos dan en decir que la serpiente es la mujer: indudablemente los que tal afirman no merecen haber tenido madre.

El cuadro de Induno representa á una mujer, hermosa sin duda, coqueta también sin duda, que se contempla en el espejo como Narciso en la fuente...

Y bien; si los antiguos mitólogos concibieron y dieron forma al varón enamorado de sí mismo, ¿tiene algo de particular ó de condenable que la mujer padezca de parecida debilidad? Dejádala que realce sus prendas personales: despues de todo es la única superioridad que no la disputamos. La coquetería es como el vino, sano ó malsano según que de él se use ó se abuse.

La dama de nuestro cuadro tiene apariencia de inocentona; su coquetismo no trae gran malicia: es una figura mejor estudiada que sentida.

LA VUELTA AL HOGAR, cuadro por Hans Dahl

Este asunto ha sido tratado, con ligeras variantes, por lo mismo que es simpático. La vuelta de la familia honrada y laboriosa que se dirige apaciblemente al punto de partida despues de un día consagrado al trabajo, producirá buen efecto, siempre que esté tratada con esmero y sobre todo con sentimiento.

Dahl es un pintor noruego que ha dado pruebas de poseer esta cualidad, y la impresión que causa su cuadro es agradable, precisamente por la armonía que reina entre el asunto y la manera de ejecutarlo: ese cielo en calma, esa agua en calma también, esa naturaleza igualmente en calma, concuerdan con la calma, con la tranquilidad, con la conciencia satisfecha de esa familia que viene de cumplir un precepto divino, de esa madre que sale al encuentro de los suyos con el pequeñuelo en brazos, de ese grupo de personas cuyo campo ha fructificado porque ha caído sobre la semilla el sudor de una frente ennoblecida por el trabajo.

LERMONTOFF Y UNO DE SUS POEMAS

Traducción directamente del original ruso
POR A. FERNÁNDEZ MERINO

La autoridad despótica del Tzar, las tenebrosidades del nihilismo y los grandes fríos de Siberia; las esplendentes bellezas del Cáucaso, la vida guerrera y libre de las estepas y el fastuoso, casi oriental, lujo de la capital del imperio moscovita, son cosas de las que se ha hablado mucho, de las que pocos serán los que no tengan conocimiento. Pero si, refiriéndonos á Rusia, mencionamos las *bandurasas* ó las *hylinas*, serán pocos los que se den por enterados: estos, como muchos otros, son términos propios de aquella literatura tan rica como desconocida; las *bandurasas* son á los rusos lo que fueron los cantos de los rapsodas á los griegos; y *hylinas* son esos poemas primitivos que se hallan en los comienzos de todas las literaturas y cuyo carácter es eminentemente místico, participando allí de los brillantes colores con que los orientales han matizado sus obras literarias. Ni de las unas ni de las otras se ha dicho nada en nuestro país y bien merecen un serio estudio por parte de los amantes de las literaturas extranjeras.

No nos vamos á referir ahora á tan remotos monumentos; nuestro deseo es dar á conocer un poeta, presentándolo de sus obras la que nos parece más notable. ¡Ojalá pudiéramos hacer perfectamente lo primero en breve espacio y lo segundo con tanta fortuna como merece el *Demonio*! Ni se asusten ni piensen mal los que tiemblan al escuchar tan aborrecido nombre; no nos referimos á la más genuina representación del mal, sino al poema de Lermontoff que presentamos á nuestros lectores, obra notable, verdadera joya de la literatura rusa contemporánea.

Lermontoff y Suchkin son los dos poetas de más grande inspiración que ha tenido Rusia, en todos los períodos de su historia literaria. Esta confesión nos lleva á contrariar las aseveraciones de no pocos: olvidando que el espíritu humano sigue en todas partes igual desenvolvimiento y que en sus manifestaciones atraviesa por los mismos períodos, hay quien no cree que á la literatura, lo mismo que á las demás bellas artes, cabe aplicar la ley que Winkelmann dió para la escultura. Sin que Grecia hubiera producido lo incomparable *Vénus* y sin el Apolo que ha hecho ceder al Belvedere, Miguel Ángel hubiera sacado del informe mármol las magistrales figuras que decoran las tumbas de los Médicis. Del mismo modo, Shakespeare se hubiera immortalado sin haber tenido á Esquilo ni á Sófocles por predecesores; sin que Byron, prototipo del escepticismo, se hubiera retratado en sus obras, hubieran escrito Musset, Espronceda, Lermontoff y tantos otros como por el carácter de sus obras son llamados injustamente el Byron francés, ó el español, ó el ruso. El modelo se copia cuando hay aptitud para ello, y si existía la facultad, la obra se hubiera producido sin el modelo.

La determinación de esta teoría nos ha llevado la frecuencia con que los historiadores de la literatura eslava llaman á Lermontoff el Byron ruso. Cierto es que el poeta de quien hablamos ha revelado en sus composiciones gran independencia y no poco escepticismo; mucha brillantez en su estilo y gran atrevimiento en las imágenes; pero estos elementos, dispuestos de una manera, fueron causa de las manifestaciones que distinguen tanto al que murió por la independencia de Grecia; dispuestos de otro modo, dieron carácter al aventurero de

genio indomable, que tuvo con verdadero placer la vida libre en medio de las extraordinarias bellezas del Cáucaso y que murió en el duelo á que lo llevaron sus violentas pasiones.

Estos tres términos que apuntamos, ó sean un carácter arrebatado, predispuesto siempre á las aventuras por peligrosas que fueran, una vida libre en medio de aquellas montañas que se han supuesto cuna de la raza que ha realizado más grandeza, y el duelo en que tuvo fin una vida de gloria, son los elementos con que se puede redactar la biografía de Miguel Jurjevitch Lermontoff. Nació en Moscú en 1814; en 1837 fué desterrado al Cáucaso por la libertad con que en una poesía pidió al emperador Alejandro la muerte para el matador de Puchkin, y en 1841 murió en un desafío con el que se creyó ofendido con sus versos. En la ocasión presente, no es el hombre lo que nos preocupa, sino el poeta, y desde este punto de vista no creamos que en los asuntos que ha tratado le aventaja nadie. ¡Extraña suerte! al aparecer Puchkin en la historia literaria, el *atauro* había sido representado de mil maneras desde la antigüedad clásica: queriendo presentar de nuevo era exponerse á que resultara un plagio inferior á cualquiera de los modelos; era querer luchar con Molière, Puchkin, sin embargo, lo hizo, saliendo tan airoso, que si Harpagon se ha hecho eterno, el *Baron avaro* del poeta ruso no perecerá jamás.

El espíritu del mal había sido presentado en las obras de genios eminentes; Jooste van den Voude, Milton, Goethe y Byron, habían hecho de él, si no el protagonista, al menos un personaje importante de sus más notables obras. El que inspirado por uno de aquellos triviales misterios de la Edad media, creó una de las más grandes obras que el genio humano ha producido, presentó á Satan soberbio hasta la exaltación, nunca arrepenido y hasta temeroso de arrepentirse, pues confiesa claramente que de nuevo cometería la falta por que fué arrojado del cielo: Goethe trazó en *Mefistófeles* la más acabada representación de la frivolidad, la más perfecta imagen del desprecio hacia todo, que hace mal por hacerlo y se da por satisfecho con ello. Byron se refleja en su *Lucifer*, dudando hasta de sí mismo y dudando siempre. Lermontoff, alejándose de todo esto, presentó al *Demonio* de una manera nueva y magistral; tan nueva, que sólo hallamos un concepto parecido en la ilustre escritora de Avon: tan magistral, que ninguno le iguala. El infierno es la negación del amor, dijo Santa Teresa, y esto es lo que Lermontoff tuvo presente. *Lucifer*, en el poeta holandés, es el ángel caído de la Biblia; Satán, en Milton, se lamenta de su carácter que lo ha perdido; *Mefistófeles*, se manifiesta resignado y sigue haciendo el mal por costumbre; en Byron es el ángel de la eterna duda; en el poeta ruso, el demonio, es más que todo eso; es el sér caído de una vida que no puede sucedir, es el espíritu del mal hastiado ya hasta del mal mismo, que quiere ser bueno y se enamora y ama, que sin amor no hay dicha, sin amor no hay gloria; pero la maldición que sobre él pesa es terrible y nada ni nadie la podría levantar: el demonio será siempre el demonio, condenado á sufrir eternamente; pero embellecido esta vez por el amor que sintió hacia la bellísima Tamara y que hermosamente describe el poeta, como nuestros lectores van á ver.

EL DEMONIO (I)

PRIMERA PARTE

I

Un ángel caído, un demonio agobiado por el pesar, volaba sobre la superficie de esta tierra pecadora; á su mente se agolpaban recuerdos de mejores días, de aquellos en que, puro querubín, brillaba en las regiones luminosas, donde los cometas errantes correspondían gustosos á sus dulces sonrisas, donde en medio de las tinieblas eternas, ávido de saber, seguía á través de los espacios las caravanas nómadas de los astros abandonados; en fin, donde feliz mayorazgo de la creación, creía y amaba; entonces no conocía el mal ni la duda, y la monotonía y larga serie de siglos infucendos no había turbado aún su razón. ¡Todavía lo recordaba!... Pero no era lo bastante poderoso para acordarse de todo.

II

Condenado desde hacia mucho tiempo, vagaba por las soledades del mundo, sin encontrar un asilo; sin embargo, los siglos sucedían á los siglos, los instantes á los instantes. El dominando al miserable género humano, sembraba el mal sin hallar placer y en ninguna parte encontraba resistencia á sus hábiles seducciones. Por esto el mal le bastaba ya.

III

El celeste desterrado lanzó su vuelo por encima del Cáucaso. Las nieves eternas del Kazbek (2) lanzaban sobre él brillantes fulgores, como si fueran las facetas de un diamante; á sus pies ondulaba el sinuoso Darial (3), en una oscuridad profunda, asemejándose á los tortuosos repliegues de un reptil. Más allá el Terek (4) saltaba como un león de espesa y enmarañada melena, haciendo

(1) Este poema así como también las más importantes obras de Lermontoff, han sido traducidas al alemán por el profesor Holtz en 1851.

(2) Kazbek, uno de los picos más altos del Cáucaso entre la Circasia y la Georgia.

(3) Darial, profunda cañada que se encuentra en el camino de Europa á Tiflis.

(4) Terek, río de la region caucásica que nace en el monte Kazbek y desagua en el mar Caspio cerca de Kizliar.

resonar el aire con sus rugidos; las fieras de las montañas y las aves, describiendo círculos en las cereúneas alturas, escuchaban el rumor de las aguas. Doradas nubes, llegadas de las lejanas regiones meridionales, acompañaban su curso hacia el Norte y las masas de rocas sumidas en un misterioso sueño, inclinaban su cabeza sobre él, coronando los numerosos remolinos de sus ondas. Afianzadas en las rocas las torres de los castillos, parecían mirar á través de los vapores y vigilar las puertas del Cáucaso, como gigantes centinelas puestos sobre las armas. Alrededor se sentía toda la creación divina, salvaje é imponente; pero el orgulloso ángel abrazó con una mirada la obra de su Dios y ninguna de aquellas bellezas se reflejó en su rostro indiferente.

IV

De repente cambió el bello cuadro; una naturaleza llena de vida se extendió ante sus miradas. Los lujuriosos bosques de la Georgia aparecieron á lo lejos como un mágico tapiz. ¡Tierra fértil y dichosa!... Las siluetas de las ruinas, los arroyos de agua rápida y murmurante, tachonados en el fondo por guijarros de mil colores, las almácgas de rosas, donde los ruseñeros de suave voz cantan la dulce belleza en que su amor le hizo soñar; las sombras de los copudos olmos abrazados por abundante hiedra, las grutas donde en los días abasadores se refugian las tímidas gacelas; el brillo, el movimiento, el murmurado aliento de mil plantas; el calor voluptuoso del medio día; las noches húmedas siempre por un oloroso rocío; las estrellas del cielo, brillantes como la mirada y los ojos de las jóvenes georgianas; pero exceptuando frios celos, aquella espléndida naturaleza no despertó en el alma insensible del proscrito ni nuevo sentimiento, ni nueva aspiración, y todo cuanto veía ante sí, lo despreciaba y lo detestaba.

V

Aquella gran morada, aquel suntuoso palacio, lo ha construido para sí Gudal, el vicio de blancos cabellos. Muchas lágrimas y fatigas ha costado á los esclavos que, desde hacía tiempo, estaban sometidos á sus órdenes. Al despuntar el día, la sombra de sus murallas se proyectaba en los vertientes de las montañas vecinas. Escalones abiertos en la roca conducían á la torre construida en uno de los ángulos á orillas del arroyo. Siguiendo aquella rampa, Tamara, la jóven princesa, baja al Aragua (1) por agua.

VI

Silenciosa siempre, aquella sombría morada parece contemplar los valles desde lo alto de las escarpadas rocas. En aquellos días se ha celebrado allí un gran festín: la zurna (2) suena y el vino corre á torrentes. Gudal casa á su hijo; toda la familia está convidada al banquete. En la terraza, cubierta con tapices, se halla sentada la novia entre sus compañeras; para ella pasan las horas dulcemente entre juegos y cantos. El disco del sol se ha ocultado ya tras las montañas lejanas; las jóvenes llevan el compás con las manos y la novia toma su buben (3). De repente, agítandolo con una mano por encima de su cabeza y rápida como un pájaro, se lanza; unas veces se detiene, mira á su alrededor, y sus ojos, húmedos, brillan á través de la celosía de sus pestañas; otras los entorna grociosamente; después, ligera, se inclina con vida, y en tanto que su adorable y diminuto pie parece nadar en el aire, sonríe con infantil alegría. Los indecisos rayos de la luna, filtrando á través de una atmósfera húmeda, apenas pueden compararse con aquella sonrisa animada como la vida, como la juventud.

VII

Juro por los astros de la noche, por los rayos del sol naciente ó en el ocaso, que jamás monarca de la Persia dorada, que jamás rey de la Tierra posó sus labios sobre ojos parecidos. Jamás la murmuradora fuente del harem lavó con las perlas de sus surtidores un talle semejante. Jamás la mano de un mortal, acariciando un cuerpo que fascina, destrenzó una cabellera parecida. Desde el día en que el hombre perdió el paraíso, lo juro, nunca bajo el sol del medio día lució una belleza semejante.

VIII

Bailó por última vez. ¡Oh! mañana, ella, la heredera de Gudal, la hija mimada de la libertad, espera la triste suerte de la esclava; una familia extraña, una patria desconocida. Ya nublan la serenidad de su semblante misteriosas dudas, pero había tan armoniosa gracia en su andar, tanta expresión de sencillez é inocencia en todos sus movimientos, que si el demonio, volando por allí, la hubiera visto, en aquel momento hubiera recordado á sus antiguos hermanos celestiales; se habría vuelto dulcemente y hubiera suspirado.

IX

¡El demonio la vió!... En el instante mismo experimentó una agitación extraña en todo su sér. Una bienhechora armonía vibró en la soledad de su alma muda y de nuevo pudo comprender esa divina maravilla de amor, de dulzura y de incomparable belleza. Admiró durante

mucho tiempo aquella tierna imagen y los sueños de una felicidad desvanecida se le presentaron de nuevo, como una larga cadena ó como los grupos de estrellas en el firmamento. Clavado por una fuerza invencible, experimentó nueva tristeza y repentinamente el sentimiento hizo resonar en él su poderosa voz de otros tiempos. ¿Sería aquello un síntoma de regeneración? En el fondo de su alma no hallaba palabras con que seducir páficamente. ¿Debia olvidar? Dijo: le negó el poderlo hacer y, además, entónces no lo hubiera aceptado.

X

El día toca á su fin: sobre un soberbio corcel, rendido por la fatiga, se apresura el novio con impaciencia por llegar al festín nupcial. Llega ya á las verdes orillas del Arachva y trabajosamente, paso á paso, doblegado bajo la pesada carga de presentes, se adelanta, y cubre hasta bien lejos los numerosos rodeos del camino una larga reata de camellos. Desde lejos se escucha el sonido de sus campanillas... El rey de Cínodan persona conduce la rica caravana. Un cinturón ajusta su esbelto talle; las empuñaduras de su sable y de su puñal brillan con los rayos del sol; á la espalda lleva una escopeta de relucientes llaves y el viento agita las mangas de su capote, cuyas orillas adornan brillantes galones. De la silla y de las bridas penden borlas de seda formadas de mil colores; bajo él piafa un elegante caballo cubierto ya de blanca espuma; procedente de Karabak (4), empuña las orejas, y dominado por el espanto relincha fuertemente; luego desde lo alto de las rocas mira con recelo las espumosas ondas que forma el río. El camino que hay que seguir por la orilla es peligroso y estrecho; á la izquierda el precipicio; á la derecha el profundo cauce del torruo torrente. Es ya muy tarde. El día se extingue en las cimas cubiertas de nieve y comienza á imperar la oscuridad... La caravana apresuró el paso.

XI

En aquel punto del camino se eleva una capilla. Allí, desde hace muchos años, reposa en Dios un príncipe desconocido, á quien inmóvil vengativa mano, y aquel lugar, desde entónces, es objeto de un culto. El que corre al combate, lo mismo que el que va á las fiestas, se encuentra en todo tiempo á la capilla para elevar una ferviente plegaria y esta plegaria le protege contra el puñal musulmán. El novio desprecia las tradiciones de sus abuelos y un mal espíritu lo agita con pérdidas visiones. En medio de las sombras de la noche le parece que cubre de ardientes besos á su jóven prometida. De repente, en la oscuridad, delante de él, aparecen dos hombres, después otros dos; suena un disparo; qué sucede? El príncipe intrépidamente se afianza en los estribos, se asegura la gorra y empuñando con una mano su escopeta turca, castiga al caballo y se lanza adelante. Se oye un segundo disparo, después un grito salvaje y en las profundidades del valle resuena un ahogado gemido. El combate no ha durado mucho tiempo; los tímidos georgianos han huído por todas partes.

XII

Todo se ha calmado. Amontonados los camellos, miran con espanto los cadáveres de los caballeros y de vez en cuando se oyen resonar las campanillas. La rica caravana ha sido despojada y ya las aves nocturnas vuelan alrededor de aquellos cuerpos cristianos. ¡Oh! no llegarán á tener lo posible sepultura que les agardaba bajo las losas del monasterio, en que fueron enterrados los despojos de sus padres. Sus madres y hermanos no vendrán, desde lejanos países, cubiertas de largos velos, á rezar y sollozar tristemente sobre sus tumbas; sólo bajo las rocas que limitan el camino, una mano piadosa clavará una cruz en su memoria; la hiedra, compaña la rodeará al crecer, con su red de esmeraldas, como haciendo é dulces caricias, y el peregrino, fatigado por larga y penosa marcha, no dejará jamás de apartarse de su camino para venir á reposar á la sombra del símbolo divino...

XIII

Un caballo más rápido que un gmo acelera su marcha, resuena con fuerza y parece volar al combate. Unas veces retrocede repentinamente después de un salto y presta la oreja al más ligero ruido, dilatando sus anchas narices; otras hierre el suelo con los clavos de sus sonantes hierros, sacude la espesa crin y parte velozmente hácia adelante. Su jete, silencio, mal seguro en la montura, se cae contra los arzones y su cabeza se inclina sobre la gorguera. Lleva las riendas abandonadas, sus pies se han engargantado en los estribos y la gualdrapa va manchada con grandes gotas de sangre. ¡Oh, bravo corcel! Veloz como una flecha has sacado á tu dueño del combate, pero la bala enemiga de un circasiano le ha herido en la sombra.

XIV

La familia entera de Gudal llora y se lamenta; una multitud de personas se agolpan en el patio. ¿Qué caballo desbocado es ese que ha caído en tierra? ¿De quién es el cadáver que está tendido junto al quicio de la puerta? ¿Quién es el exánime caballero? Las arrugas de su atezada frente han conservado las huellas de una alarma guerrera; sus armas y su traje están manchados de sangre; en la última

convulsión su mano se agarró fuertemente á las crines. ¡Oh, desposada! ¡no has esperado mucho tiempo á tu jóven prometido! ¡Cumplió su palabra de príncipe y ha volado al festín nupcial! Pero ¡ah! jamás en adelante volverá á cabalgar sobre su rápido corcel!...

XV

La cólera divina ha caído como un rayo sobre aquella familia que aún no conocía la desgracia. La infeliz Tamara se arrojó en el lecho sollozando; sus lágrimas corrieron abundantemente y su pecho oprímido respiraba con penal... De repente escuchó á sí oído una voz sobrenatural, que le decía: «No llores, hermosa, no llores en vano; tus lágrimas no pueden ser para ese mudo cadáver un rocío bienhechor; las lágrimas no pueden hacer más que empañar la límpida mirada de las jóvenes, y macerar sus mejillas. El está ya muy lejos; no podrá ni conocer, ni apreciar tu dolor; la luz celestial alegra ahora sus ojos que no tienen nada de este mundo y ya no escucha más que los conciertos del paraíso. ¿Qué son los sueños insignificantes de la vida, los gemidos y lágrimas de una pobre jóven, para un huésped de los cielos? Nada. ¡No! la suerte de una criatura mortal, créeme, ángel mio, en la tierra, no vale un solo momento de tu interesante tristeza. A través de los océanos étercos, sin timón y sin velas, los coros de los astros brillantes vagan dulcemente en medio de los vapores: en el espacio infinito de los cielos los nevados grupos de las impalpables nubes, pasan sin dejar huella; la hora de la separación, lo mismo que la del regreso, no tienen para ellos ni alegría ni tristeza; ellos no experimentan deseos para el porvenir y miran sin pena el pasado. En este día de negras tristezas, acuérdate de ellos, ataja de ti todo pensamiento terrenal, é imitándolos, desecha todo cuidado; cuando la noche envuelva con sus sombras las cimas del Cáucaso y por el mágico poder de una voz el mundo encantado guarde silencio; cuando las brisas de la noche agiten en las rocas la marchita yerba y los pájarillos ocultos entre ella salten más alegremente en la oscuridad; cuando bajo los arrietos de la viga se abra la flor de la noche para beber ávidamente el celestial rocío y la plateada luna aparezca lentamente detrás de la montaña, espaciando sobre tí sus indiscretas miradas; inmediatamente volaré hasta aquí, seré tu huésped en tanto llega el día y sobre tus párpados de sedosas pestañas haré que crucen dorados sueños.»

XVI

Calló la voz y á lo lejos se fueron extinguendo los sonidos, uno después de otros. Tamara se levantó sobresalada y miró á su alrededor. Una agitación indecible apresuraba los latidos de su corazón. —Era dolor, espanto, entusiasmo; nada puede ser comparado con aquello. —Todos los sentimientos hervían en ella, el alma ha roto sus lazos, el fuego circula por sus venas. Aquella voz, nueva y admirable, parecía aún resonar cerca de ella. Sólo cuando apuntaba el día, vino á cerrar sus ojos el tan apetecido sueño.

Entónces sintió agitado su espíritu por un sueño extraño y profético: un recién llegado, sombrío y silencioso, resplandeciente con una belleza inmortal, se inclinaba sobre su almohada, fijando en ella su mirada, con tal amor, con una tristeza tan grande, que parecía tenerle piedad. Aquél no era un ángel de los cielos, ni su divino guardián; la aureola de brillantes rayos no luminaba los bucles de su cabellera; no era ni el espíritu del mal del infierno, ni un mártir del vicio. ¡Oh! no. Tenía la dulce claridad de una hermosa tarde, que no es ni noche ni día, ni tinieblas ni luz.

(Se continuará)

EN RETIRADA

(Episodio de la vida militar)

I

Era la noche antes de la acción. En medio de la negrura del espacio llamaban las fogatas del campamento haciendo vacilar sobre el suelo las sombras de hombres y reductos, tiendas y convoyes militares. Ordenados en simétricas filas se levantaban los anchos conos de tela blanca de los hogares bélicos, semeando monotonías de nieve. Grupos de soldados entregados al sueño, sin otro lecho que sus mantas grises, aparecían aquí y allá. Las centinelas, de pie sobre las armas, con el ros caído á las cejas, ocupaban su puesto. Reinaba en todo el ejército un silencio general, imponente, algo parecido al de un cielo poblado de nubes que amenazan tormenta.

Sólo en una tienda se velaba. Una hoguerilla formada de palos y rastrojos arrancados de raíz por la tarde, chisporroteaba con llamadas crepitantes en la puerta. Ligero vienteillo empujaba á ratos bajo los lienzos tirantes por cordeles los retorcidos penachos de blanquiza humareda con que se coronaba la leña húmeda y verde. En uno de estos momentos de explosiva claridad, ante la cual se iluminaba el interior de la móvil casa castrense, veíanse las personas que la habitaban. Sentados en círculo, con las piernas cruzadas y las rodillas en alto á modo turquesco, estaban varios soldados que por su calzon rojo, oscuras polainas, cinturón de charol y alza cuello verdoso, indicaban pertenecer á un batallón de infantería. No tenían cimitas ni estrellas sus mangas, pero sí el de en medio que en sus brazos ostentaba los amarillos galones de sargento.

Era el sargento Pelaez. ¿Quién no le conoció? Su nom-

(1) Aragua, río de la Transcaucasia; nace en la llanura de Kel, y se hace tributario del Kur en Atsikétha, cerca de Tiflis.
(2) Zurna, especie de tamboril usado en algunos pueblos de Oriente.
(3) Buben, pandero pequeño.

(4) Karabak (Jardín negro) comarca de la Rusia asiática en el gobierno de Chemokí; es muy célebre entre otras cosas por los caballos que allí se crían.



EL EXÁMEN DE CATECISMO, cuadro por Baumgartner



EL OTOÑO, grabado por Froment

bre vino estampado muchas veces en los partes de la Gaceta durante las últimas guerras. Allí estaba en medio de sus compañeros, fumando y charlando, la noche que procedió a la famosa y reñida acción de las *Jaras*. Por sí le habéis olvidado ya, (¿qué no puede la ingratitude de los hombres para con sus héroes) voy á describriroslo. Imaginad un rostro cuadrado, cejino, nervioso, en cuya parte superior campea una frente chata, limitada por cerdas enmarañadas. Ojos casi redondos y tamaños como huevos, de fulgor fuerte y de un matiz de acetina brillante. Una cascada de barbas negras cayendo y doblándose sobre el pecho. Férreos músculos, angulosos brazos, espalda de gigante, voz de trueno... Hé aquí los componentes físicos de aquel haz de fuerzas que se llamaba el sargento Pelaez.

Oid ahora lo que decía á sus compañeros de armas mientras chupaba un endiablado cigarro puro:

—¡Muchachos! mañana, á más tardar, entramos en acción... venceremos. El enemigo es cobarde, pero es rico. Nosotros, en cambio, somos unos leones, aunque más pobres que frailes. Veinte años llevo el fusil al hombro. Tengo mujer y chiquillos... Con que si cae en nuestras manos la caja de un regimiento, nos dejamos de penas. Nuestro general es rumboso, lo cual quiere decir que el botín nos pertenece... Así, cuento con vosotros, muchachos; y ahora vamos á cerrar un poquito los ojos, hasta que nos despierte la corneta.

En efecto, á poco y cuando ya empezaba á blanquear la línea lejana en que la tierra corta el cielo, oyese resonar de eco en eco por el campo la tocata temblorosa y penetrante del clarín. Mil cuerpos soñolientos se pusieron de pié sobresaltados. Zumbaron los tambores, brillaron los aceros, crujieron las ruedas de la artillería; y voces, gritos, relinchos y pisadas llenaron de estruendo el campamento. Ráen las tropas que se disponían en orden de batalla.

II

¿Qué hay detrás de aquella nube espesa de polvo y humo que corre en remolino, se dilata, se dispersa, desaparece, vuelve á perfilarse en lo oscuro, avanza, se reconcentra, se encoge, serpea como gigante reptil, y se precipita hacia acá con el ímpetu del alu?

Es el ejército enemigo. Aunque aguerido y brioso, no pudo resistir el primer rudísimo ataque de los soldados de Pelaez. Con la punta acerada de su bayoneta siempre de frente, acometió el sargento la vanguardia contraria, sembrando en ella la confusión y la muerte. Seguido de sus soldados, como el cazador de sus perros, penetró entre las filas de un batallón que sorprendido ante tanta audacia buscó salvación en la huida. Dejábanse atrás los fugitivos todo el bagaje. Pelaez y los suyos corrían incansables en pos de su presa. De pronto el sargento se echó á tierra, y abrazándose á un objeto pesado y oscuro gritó con todas sus fuerzas:

—¡Aquí está lo que buscábamos!

Pelaez estrechaba convulsivamente contra su pecho la caja del batallón. ¡Debia contener un tesoro! A pesar de los hercúleos esfuerzos del sargento el arca permanecía inmóvil como si de improviso se hubiera clavado en el suelo. Pero tal contrariedad era más para tentar la codicia que para aconsejar el abandono. ¡Fuera estorbos! la culata de diez fusiles abrió pronto brecha en las chapas de la caja y chorros de oro y plata reventaron por los boquetes.

—¡Quiéto todos!—exclamó el sargento.—Yo soy el dueño de todo esto. Vosotros, tomad...

Y arrojó puñados de monedas á los deslumbrados bisoños.

Entreteníanse estos recorriendo de entre las matas aquel riego de riquezas, miéntras que el voraz sargento, tirados los chismes de su maleta, encerraba y anasaba en ella las sumas arrebatadas al arca. Con poco se contentaron los soldados. Cuando vieron hinchados medianamente sus bolsillos de punto de alhondón con anillas de metal, enroscáronselos al tallo y regresaron á su campo.

No quiso seguirlos el sargento. Su operación de saqueo habíale como entoncetido. No se sacaba de echar en la maleta puñados de duros. Cuando la tuna repleta, hizo de su capote un saco, rompiéndole los forros por arriba.

Subitamente sintió á sus espaldas el resoplido de un caballo. Trató de erguirse, de correr hacia su ejército, pero no pudo. El peso del tesoro le apiastaba, le trababa los piés, le sujetaba los brazos, inutilizándole para toda defensa.

—¡Ríndete!—le dijo el jinete.

Pero el sargento sin contestar nada, arañándose pesosamente por el suelo, pugnaba por huir en retirada. De pronto percibió en torno de su cabeza el huracan que el sable del jinete produjo en el aire al ser esgrimido en falso.

—¡Ríndete!—le dijo de nuevo su enemigo ya encima.

El sargento se escurrió otra vez por el suelo. Entónces otro huracan asordó sus oídos y... ¡chás!... un mandoble resonó en su cráneo.

Partida la frente en dos, fué llevado el sargento Pelaez al hospital de sangre enemigo. Allí estuvo largo tiempo curándose; por fin salió á la calle. Por uno de esos azares de la guerra, olvidáronse sus contrarios, y pudo andar á sus anchas sin las cadenas del prisionero, hasta incorporarse á su compañía.

El sargento Pelaez vive hoy retirado en la oscuridad y sosiego de un lugarejo. Con su trabajo gana casi tanto oro como metió en su maleta, allá en el botín que le costó tan caro. Al frente de una gran fábrica de harinas lo tenemos hecho ahora un señorón. No sueña en la gloria

ni piensa en fortunas adquiridas de repente. Y cuando encuentra á algún que se afana por lograr ambiciones desmedidas, señalándole intencionalmente la cicatriz que en su cabeza marcó el chafarote enemigo, suele prorrumpir en esta sola y profunda frase:

—¡En retirada!

CÁRLOS M. DE SOTOMAYOR

LOS MICROBIOS

Muchas veces he oído hablar de estos seres y algunas otras me los enseñaron por un microscopio; más de una vez el deseo de saber algo acerca de ellos, sugirióme la idea de buscarlos y estudiarlos, y no sin trabajo llegué al logro de esta legítima curiosidad de naturalista aficionado. A tier de tal, declaro ingenuamente que todo acontecimiento con gentes del oficio, entre quienes la palabra *microbio*, como otras muchas, que denuncian á la legua su origen griego ó latino, era la cosa más corriente y natural del mundo. En los momentos presentes ya es otra cosa. El *microbio* anda en boca de todos; los experimentos, ya clásicos, del eminente Pasteur y los trabajos de Cohn y Koch,—los de este último sin exageraciones ni fantasías,—hicieronle popular; de él ha tomado origen una curiosa teoría de las enfermedades, y tan diminuta y elemental manifestación de la vida adquiere importancia capitalísima, y es más temida que la guerra, la inundación y el fuego.

No he de tratar de los *microbios* de modo científico y técnico; tampoco voy á clasificarlos, ni á cansar al lector con pesadas y minuciosas relaciones de experimentos; es mi objeto mucho más humilde y vulgar. Traté únicamente de dar á conocer, de la manera lisa y llana, qué cosa es este ser que pone tanto espanto, y del cual con justicia se teme, si, como parece cierto, á él débese la terrible epidemia del cólera, y aspiro, al propio tiempo, á desvanecer ciertos errores, relativos á propiedades y caracteres que la imaginación popular atribuye á los *microbios*.

Hay en esta cuestión del estudio de los organismos microscópicos dos cuestiones previas, las cuales forman, por decirlo así, la primera trinchera de los incógnitos en materia de *microbios*, á saber: su número prodigioso y su pequeñez infinita.

Muchas veces se ha comparado la atmósfera con el mar, desde el punto de vista de sus movimientos respectivos. Háblase de mareas atmosféricas relacionadas con el flujo y reflujo de los mares y las grandes masas de aire que se trasladan de un punto á otro, semejan las olas del mar con toda su imponente belleza. Son todavía más semejantes la atmósfera y el Océano considerando los seres que pueblan uno y otro; así un mundo infinito é invisible se agita y vive en este aire que respiramos y constituye la vida, y otro mundo lleno de vida habita los senos de los mares. Como el foraminífero trabaja afanoso dentro de su pequeñez y al cabo de una labor de millares de millones de generaciones llega á formar rocas calizas que alteran, en poco ó en mucho, el relieve de la corteza terrestre, así estos seres que pululan á nuestro alrededor en número tan considerable, pueden, por su trabajo y por necesitarlo las funciones de su propia y efímera vida, alterar nuestro organismo, crear nuevos estados, vivir á nuestra costa y acabar por matarnos. ¡Triste condición la de este ser, tipo de toda perfección orgánica, último y sublime término de la escala zoológica y coronamiento y remate de la creación! Ser víctima de un *microbio*, sucumbir por influencia de un organismo tan insignificante y elemental que apurados nos hablamos de ver para decidir si es vegetal ó animal.

No puede negarse, con fundamento serio, la existencia de esta multitud de seres que viven en el aire. Para afirmarla bastan dos pruebas: una racional y otra experimental. Admite la ciencia en la actualidad que todas las manifestaciones de la naturaleza son movimiento, el cual engendra todas las formas y todas las relaciones; como el todo al moverse lo hace siempre relacionándose entre sí los elementos diversos, componentes del movimiento total, resulta una serie infinita de relaciones entre determinan por ello, ó á nuestro alrededor hay la quietud y el reposo absoluto, y este es imposible, ó reina á esta actividad bajo mil y mil formas. Poco importa que á esta actividad se le llame movimiento en los astros, por ejemplo, y vida en los organismos; siempre ha de ser condición esencial para la existencia de este admirable equilibrio del mundo en medio del continuo variar de las cosas.

Con tal idea, ya tenemos el fundamento de una teoría respecto del modo de acción del *microbio*, teoría que no he de analizar en sus detalles y pormenores; mas cuyas líneas generales son las siguientes: si por acción de cualquiera causa alteramos el equilibrio de un ser, éste experimenta variaciones sensibles y en este respecto nadie ignora que las carnes, los pescados, las plantas, y en general todo organismo, alfráse notablemente y se descompone despues de la muerte: de igual manera las malas condiciones de vida, la alteración de los alimentos y el cultivo poco apropiado, tratándose de plantas, ocasionan enfermedades y variantes de la existencia, muy favorables para el desarrollo del *microbio*, según se demuestra en el conocidísimo fenómeno de la fermentación.

En cuanto á la prueba experimental y más convincente de la existencia de estos seres en la atmósfera, la da la luz admirable y magnífica. ¿Quién no ha visto dibujarse en el aire la dirección de un rayo solar por la infinidad

de corpúsculos incesantemente movibles que pueblan la atmósfera? Es más, este polvillo tan tenue que flota en el aire, este mundo de sustancias opacas sirve precisamente para darnos idea de la transmisión de la luz; lo cual se demuestra haciendo atravesar un rayo de sol por un tubo cerrado con dos discos de vidrio y lleno de aire filtrado por algodon, ó que haya atravesado un tubo de porcelana calentado al rojo. Dibújase por los corpúsculos atmosféricos la dirección del rayo de sol hasta llegar al tubo; allí parece romperse, para reaparecer en el otro extremo, sin que en el interior se note la menor traza de la luz. Gracias á esta notabilísima propiedad de ella pudo el profesor inglés Tyndall realizar la hermosa serie de experimentos de que da cuenta en su excelente obra acerca de los *microbios*.

De la pequeñez de estos organismos podemos también juzgar sin hacer grandes esfuerzos de imaginación. ¡Todos los microscopios poseen una medida singularísima; es un milímetro dividido en dos mil partes, según el procedimiento del célebre constructor Froment; en el campo del aparato y vistas las divisiones con gran aumento caben unos veinte; pues bien, cuál será la pequeñez de los organismos elementales, cuando en una de estas divisiones que valen $\frac{1}{2,000}$ de milímetro caben varios? Suponiendo, y no es mucho, que en cada division del micrómetro de Froment cupieran tan sólo tres de los seres de que trato, en un milímetro cabrían seis mil de ellos. Juzguese, pues, cuántos podrán existir en la atmósfera, y en qué número podrán atacarnos cuando les parezca.

Dase el nombre genérico de *microbio* á todo organismo de extremada pequeñez, sólo perceptible con el microscopio, muy sencillo en su organizacion, casi siempre monocelular y de cuyo desarrollo ulterior depende clasificarse entre los animales inferiores ó entre las plantas criptógamas. Muchas veces, por la forma especial, dícese que son vegetales celulares y así se caracterizan en determinados casos, y otras determinanse en ellos los caracteres de la animalidad con tanta precisión como en los *microbios* de la fermentación acética.

Principalmente de dos maneras puede hacerse el estudio de los *microbios*, y en general de cuantos gérmenes existen en el aire y á cuyo desarrollo débense multitud de acciones, enfermedades infecciosas y acaso la mayor parte si no todas, las grandes epidemias. Son estos, el procedimiento óptico, de fecundos resultados en manos tan hábiles como las del eminente Tyndall, y el método adoptado por el insigne Pasteur, el sabio más popular de Francia, á quien la humanidad entera debe ya no pocos y nada pequeños servicios. Fúndase Tyndall en la propiedad que tienen los corpúsculos atmosféricos de señalar la traza ó el camino de un rayo de luz, según antes he indicado, y su sistema de experimentar consiste en hacer llegar aire ordinario á una sustancia fermentescible, la cual á poco se descompone. En este caso el aire considerado ópticamente resulta muy poblado de gérmenes, los cuales por su desarrollo producen esos seres tubulares ó redondados, todos ellos estomagos, donde no se diferencian órganos, que se reproducen por segmentacion y con ellos sucede lo que la fábula refiere de las hidras. Aquí pues la luz es medio admirable para reconocer el aire cargado de gérmenes y de microscópicos organismos. Si este aire se purifica haciéndolo atravesar por algodon en rama, disoluciones de cloruro mercuríco ó tubos de porcelana enrojecidos al calor y ya permea á cualquiera infusión capaz de descomponerse, ésta permanece inalterable, y el análisis óptico del aire no acusa la presencia de corpúsculos organizados. Ahora bien, estudiando con gran atención y detenimiento las formas de ellos, pueden determinarse las que predominan en ciertas descomposiciones ó en infecciones diversas, y de aquí viene el asignar á cada suceso de acciones un *microbio* característico ó varios que de igual suerte y por idénticos procedimientos se desarrollan.

Pasteur, desde sus clásicos estudios acerca de las fermentaciones, sigue otro camino que conduce á los mismos resultados; su trabajo consiste especialmente en especificar los *microbios* y estudiar su modo de accion que parece ser distinto en cada caso. Por punto general, logra aislar, valiéndose de filtraciones especiales, ciertos gérmenes y estudia su desenvolvimiento en aquellas condiciones que les son más favorables: en una palabra, los cultiva para conocerlos perfectamente y atenuar sus efectos nocivos en organismos superiores. Siguiendo este camino, ha descubierto cómo el oxígeno y el calor acaban con todo género de *microbios*, cuyo desarrollo se favorece por la humedad y el adecuado cultivo. En este punto surge su famosa teoría de la enfermedad, confirmada en muchas ocasiones de una manera concluyente y fundada en estos hechos. Si suponemos un líquido fermentescible y á él se hace llegar aire cargado de gérmenes, los que pueden desarrollarse en aquel líquido lo hacen perfectamente; pero si el aire es puro y sin gérmenes, por haberlos dejado en algodon en rama que atravesó antes de llegar al líquido ó si este no se halla en condiciones de fermentar por haberle añadido cualquiera sustancia antipútrida, los gérmenes no se desarrollan y la fermentación no se verifica. En cuanto á que el *microbio* provoca las acciones descomponentes, no hay duda alguna; puesto que si en un líquido que no ha fermentado se arroja el algodon que sirvió de filtro al aire y donde éste ha dejado los gérmenes, la fermentación comienza al instante. Admitiendo esto, venimos á la teoría de las enfermedades, las cuales producense por el desarrollo de gérmenes especiales de cada una, gérmenes que luego se hallan en la sangre ó

en las deyecciones segun acontece en el cólera. Por manera que no basta la existencia del *microbio* para que la enfermedad se produzca, se necesita además un cúmulo de circunstancias, de las cuales depende su desenvolvimiento. Una semilla, por sí sola, no germina, necesita terreno adecuado y cierto grado de humedad y ausencia de luz, condiciones sin las cuales es imposible su desarrollo. De igual manera el *microbio* es inactivo y no produce acción alguna si no se fija en organismos preparados para recibirle; pues sólo así es posible cultivarlo. En esta teoría quedan dos cuestiones un poco oscuras y sin respuesta satisfactoria: ¿es el *microbio* causa ó efecto de la enfermedad infecciosa? ¿cuál es su acción sobre el organismo?

Respecto del primer punto, tanta razón tiene Pasteur para afirmar que los *microbios* son causa del mal infeccioso como los que piensan que son un efecto, y por eso la duda subsiste todavía. En cuanto al segundo punto, creo no desprovista de fundamento una teoría novísima segun la cual los *microbios* obran por acción puramente química. Para afirmarlo hay este fundamento: el fenómeno más general debido al desarrollo de gérmenes es la putrefacción, conjunto de complicadas acciones químicas, de las cuales resultan siempre y en todos los casos, ciertos compuestos que se determinan por los caracteres de los alcaloides orgánicos, unos cuerpos análogos en composición y reacciones a la morfina, la strigina, la quinina y de

estos cuerpos se llaman *ptomainas* ó alcaloides cadavéricos. Ahora bien; el *microbio* fijándose sobre cualquiera parte del organismo del hombre, causa cierta putrefacción, prodúcese alcaloides venenosos, y por envenenamiento viene la muerte. Segun esta conjetura, nada descabellada, estos seres infinitamente pequeños son envenenadores de oficio, y á él dedican su vida y sus trabajos; cuando encuentran medio de ejercerlo y condiciones de realizar sus fines, los realizan al punto y sin consideración alguna. ¡Ojalá pronto se descubra el medio de prevenir sus influencias para que no queden impunes sus delitos! ¡Que los trabajos emprendidos den el resultado apetecido y poseamos el contraveneno que mitigue y haga ineficaz la acción de los *microbios*!

José R. MOURELO

LOS RELOJES HIDRAULICOS EN LA ANTIGÜEDAD

Con motivo de haberse instalado en el Jardín de las Tullerías de Paris un reloj hidráulico fundado en la uniformidad de la rapidez de salida, por un orificio, de un líquido de nivel constante, ha publicado M. de Rochas, cuyo nombre conocen ya nuestros lectores por haberlo citado en uno de sus artículos el distinguido escritor que nos favorece con su colaboración científica, un ligero estudio acerca de los relojes hidráulicos de la antigüedad, que hemos juzgado á pro-



ANTE EL ESPEJO, cuadro por G. Induno

pósito reproducir en nuestras columnas por los curiosos datos que contiene y que indudablemente se leerán con gusto.

Dice el expresado autor que los relojes de los antiguos estaban basados en el mismo principio que el Jardín de las Tullerías. Heron de Alejandria habia escrito un tratado, perdido hoy, sobre los relojes hidráulicos, y Filon de Bizancio hace mencion en un fragmento de sus *Nu-*

clindro hasta que su nivel llegue al orificio superior del tubo L K; en este momento el agua penetrará en el sifon y caerá en la vasija G H; si la salida por K es bastante considerable con relacion á la del cinocéfalo, el cilindro C D vaciará completamente el agua de éste al cabo de cierto tiempo. Entre el contenido y el caudal de salida del cinocéfalo M y los del cilindro C D se pueden establecer tales proporciones, que conteniendo el animal agua

máticas, poco há encontrado, de muchos de los aparatos que estaban en uso para conseguir la constancia de nivel del líquido motor siempre que no se podía alimentar continuamente de agua el aparato.

Uno de los aparatos descrito y trazado en dicho manuscrito es el que representa nuestro grabado (figura 1.)

H T es una redoma en la cual se ha de obtener un nivel constante á la altura de Z á pesar de salir el líquido continuamente por T. Sobre ella se pone un depósito A B C con tres agujeros: uno en C para introducir el líquido otro en R para dar paso á un tubo R P que sirve para alimentar la redoma H T, y otro en B para dárselo al tubo Q Z que pone en comunicacion la parte superior del depósito con la inferior de la redoma al nivel Z.

Se llena de agua el depósito por el agujero C tapando el orificio P, y luego se tapa el primero y se destapa el segundo. Penetrando entonces el aire por Z Q, hace que pase el líquido á la redoma H T; si la salida por R P es mayor que por el orificio T, el líquido subirá poco á poco en H T hasta llegar al nivel Z; y el aparato estará entonces *montado*; porque tan luego como el nivel del agua haya subido de Z, el aire no podrá penetrar ya por R Q y cesará la salida del agua del depósito superior, salida que no volverá á empezar hasta que, bajando el nivel, deje destapado el orificio Z. Este nivel oscilará pues entre dos límites muy próximos hasta que el depósito superior quede vacío.

Hemos escogido el aparato anterior entre los cuatro que el autor griego designa porque se presta á hacer uno de esos prodigios á que tan aficionados eran los antiguos, y en efecto, se comprende que si se reemplaza la redoma con una urna de anchurosa boca y el fondo A B con una criba, se podrá tener una explicacion más ó ménos fantástica de esas lluvias que la Providencia envia á intervalos periódicos para alimentar las fuentes de los rios.

Antes que á los griegos se les hubiese ocurrido establecer niveles constantes, los egipcios habian inventado ya clepsidras basadas en las propiedades del sifon.

El cinocéfalo M contiene una vasija de bronce que sirve de depósito al agua cuya salida debe ir marcando las horas; C D es un cilindro de vidrio con su fondo abierto de modo que dé paso á un tubo K que forma sifon con la campana E F. Comprendese por esto que el agua que caiga del cuerpo del cinocéfalo en el cilindro C D subirá por este modo que dé paso al tubo L K; en este momento el agua penetrará en el sifon y caerá en la vasija G H; si la salida por K es bastante considerable con relacion á la del cinocéfalo, el cilindro C D vaciará completamente el agua de éste al cabo de cierto tiempo. Entre el contenido y el caudal de salida del cinocéfalo M y los del cilindro C D se pueden establecer tales proporciones, que conteniendo el animal agua



REGRESO AL HOGAR, cuadro por Hans Dahl

para alimentar el reloj durante 24 horas, C D se llena en 12 y se vacie en otras tantas, bastando entónces marcar en los cilindros C D y E F divisiones que correspondan á dichas horas: las divisiones ascendentes marcadas en el cilindro C D representarán por ejemplo las 12 horas del día, y las descendentes señaladas en la campana E F las 12 correspondientes á la noche; pero como la velocidad de la salida del agua variará con la altura del líquido sobre el orificio por el cual sale, resultará que no todas las horas estarán á la misma distancia.

Modificando diariamente, por medio de llaves ó espigas á propósito, el caudal de salida del cinocéfalio y el del tubo K, se podría conseguir llenar el cilindro C D durante el tiempo que trascurre entre la salida y la puesta del sol y vaciarlo durante el que media entre el ocaso y el orto siguiente; pero esta operacion seria muy delicada y los antiguos resolvieron de otro modo el pro-

blema, ó sea valiéndose de curvas análogas á las que sirven para la Ecuacion del Tiempo en los cuadrantes solares.

En el reloj que acabamos de describir, se supone que cada 24 horas diaria, basta hacer que pase el agua de una fuente A (fig. 3) á un recipiente provisto en su parte superior, á fin de dar salida al excedente de agua, en la inferior de un sifon curvo que envíe el agua á la gran vasija cilíndrica.

Kircher supone haber leído en el Tratado de Heron sobre los relojes hidráulicos, que los egipcios tenían relojes de esta clase, que se ponian á funcionar por sí mismos en cuanto salia el sol. A este fin usaban como depósito superior una esfera de vidrio ó de metal muy delgado provisto en su interior de un sifon curvo D E que llegaba un poco más arriba del centro. Por una abertura A se

echaba agua en la esfera hasta llegar á la curvatura del sifon y luego se tapaba herméticamente dicha abertura. Al dar en la esfera los primeros rayos del sol dilataban el aire, y haciendo subir el agua hasta el sifon, la introducían en él, continuando con regularidad la salida del líquido hasta que se vaciaba la esfera.

Con dos relojes de esta clase que funcionarían alternativamente, no había precision de ver la salida de la aurora, á no ser que el cielo estuviese nublado, cosa que, según parece, sucede muy pocas veces en Egipto.

En el aparato representado en la fig. 2 lo propio que en el de la número 1, el caudal de la vasija superior va disminuyendo á medida que baja el nivel del líquido contenido en él. Heron de Alejandría describe en sus *Neumatikas* un sistema merced al cual se puede hacer constante el caudal de un sifon y aún variar á beneplácito la velocidad de salida de este caudal constante.

LOS RELOJES HIDRÁULICOS EN LA ANTIGÜEDAD



FIG. 1.—APARATO DE NIVEL CONSTANTE DE FILON DE BIZANCIO

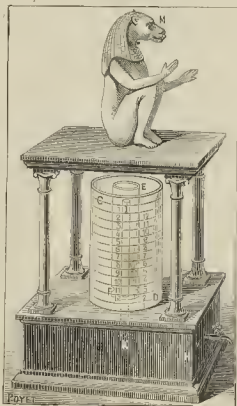


FIG. 2.—RELOJ HIDRÁULICO DE LOS EGIPCIOS

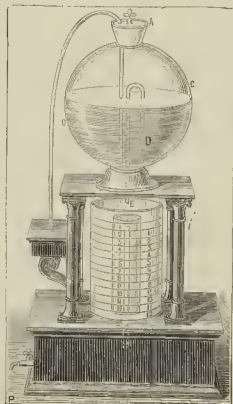


FIG. 3.—RELOJ EGIPCIO PUESTO EN ACCION POR EL SOL

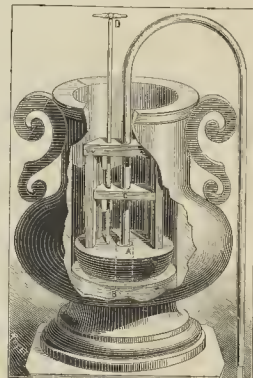


FIG. 4.—SIFON DE SALIDA CONSTANTE, DE HERON DE ALEJANDRÍA

Para hacer el caudal constante, basta meter el brazo menor del sifon en un flotador (fig. 4) merced al cual dicho brazo conserva siempre la misma longitud sobre la superficie del agua.

Se hace variar la velocidad de salida aumentando ó disminuyendo dicha longitud por medio del tornillo D

que hace funcionar un travesaño *c* movable entre los dos montantes de un bastidor sustentado por el flotador; el brazo menor del sifon va unido á dicho travesaño, y su extremo resbala á frotamiento suave por un tubo A B adherido al flotador.

Vése por esto que, 200 años ántes de Jesucristo, se

utilizaba ya el tornillo en la práctica, pero aún no se sabía fabricar tuercas, resultando de la descripción del ingeniero alejandrino que la tuerca estaba substituida por una simple clavija fija en el travesaño y que penetraba en la ranura del tornillo.

M. A.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

ILUSTRACION ARTÍSTICA



AÑO III BARCELONA 6 DE OCTUBRE DE 1884 NÚM. 145

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Manilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL DEMONIO, por don A. Fernandez Medina.—LAS POSESIONES DEL IMPERIO ALEMÁN EN AFRICA.—EL CANAL MARÍTIMO DE PANAMÁ.

GRABADOS: UNA PREDICCIÓN TRISTE, cuadro por V. Palmaroli.—UN VIAJE DE RECREO.—ÁRNAS Y LETRAS, cuadro por E. Serra.—SOBRE LA PISTA, dibujo por G. Koch.—TOMA DE POSESION POR LA MARINA ALEMANA, DEL TERRITORIO DEL RIO KAMERUN, SITUADO EN LA COSTA DE AFRICA EN FRENTE DE NUESTRA ISLA DE FERNANDO PÓO.—LOS CANDIDATOS DEL PARTIDO DEMOCRÁTICO Á LA PRESIDENCIA Y VICEPRESIDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS.—TRAZADO DEL CANAL DE PANAMÁ.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: SAN PABLO DE LONDRES.

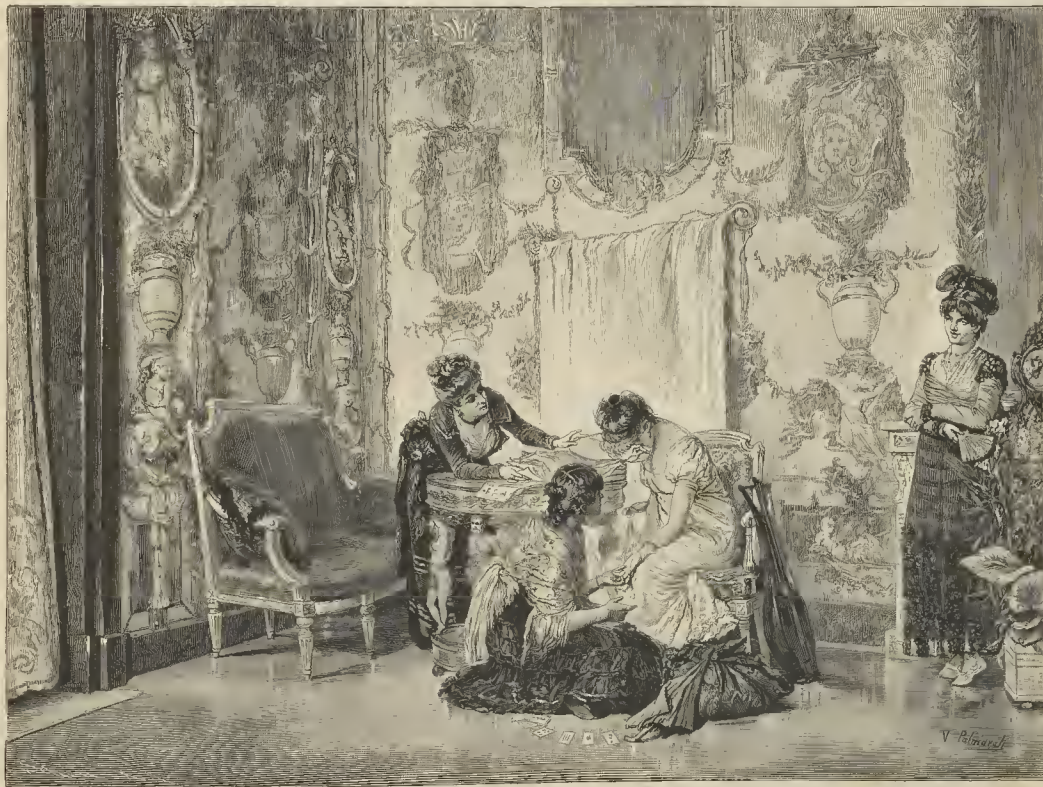
LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El Español y el Real.—El arte lírico y el arte dramático.—Los dos espectáculos de la Opera.—El teatro más brillante del mundo.—El Teatro Español.—La cuestion del día.—Gastos de representación.—La guerra de los microbios.—Apostolado terapéutico.

Dentro de pocos días se verificará la inauguración de la Opera. El Teatro Real de Madrid, y al decirlo no nos ciega un *madritenismo* de que no somos víctimas, porque en las ilustradas columnas de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA

en ocasiones muy distintas hemos dado pruebas de independencia de criterio juzgando á propios y extraños con severa imparcialidad, el Teatro Real, digo, presenta un aspecto en las noches de gala, que son las más del año para este favorecido coliseo, tan brillante y magnífico que ningun otro teatro de Europa puede compararsele. Así, por ejemplo, la Gran Opera de Paris, con aquella inmensa confusion de extranjeros que vienen con los trajes aña llenos de polvo y sin ningun género de galas ni atractivos indumentarios, como curiosos que tratan de satisfacer la pasion de ver aquello que no han visto, es una magnífica sala esplendorosamente decorada, llena de luz y armonías, pero la representación social que la anima tiene muy poco



UNA PREDICCIÓN TRISTE, cuadro por V. Palmaroli

de brillante. En cambio, el Teatro Real de Madrid tiene dos espectáculos; el espectáculo que se desarrolla sobre el escenario, el desfile de guerreros y bailarinas, el cortejo vistoso de las figurantes, el adorno esplendente de la pista en *sabón* de las óperas modernas, y además el espectáculo que ofrece el público. Las cuatro filas de palcos son cuatro guirnaldas de flores y de luces, donde se destacan y brillan con singular cendelío las bellezas más célebres de España; esas mujeres que aún conservan los ojos de las mahometanas y las líneas curvas y graciosas de las godas. ¡Qué magníficos desfiles! ¡Qué sábanas combinaciones de líneas esculturales en brazos y gargantas! ¡Y qué despallardo de lujo! ¡Cuánta piedra preciosa! ¡Qué telas tan delicadas y tan raras! ¡Y todo este conjunto de riquezas combinado con cuánta habilidad y con cuánto talento! Yo aseguro, sin que me desmienta ningún viajero y ateniéndome a las impresiones de todos ellos, que cuando llega de una nación extraña, tal vez de la hermosa Inglaterra, el turista ansioso de gozar nuevos, desearo de ver cosas desconocidas y embuido en el frac reglamentario, sin el cual no se puede entrar en la platea del Teatro Real, aparece en el pasillo de las butacas y el ujier levanta el pesado cortinón de rojo terciopelo mostrándole el interior vivo, luminoso, elegante, movable de aquella sala, llena de mujeres hermosas y hombres bien vestidos, con su decoración de hierro trabajada por Eibar, con su altísimo *plafond*, donde vuelan colosales ángeles entre nubes rosadas, estoy seguro de que ha de experimentar una extraordinaria sorpresa. No espera el viajero encontrar en esta patria de las guerras civiles, en esta patria de los déficits imposibles de enjarrear, de los políticos aventureros, de la pobreza y la miseria, no espera encontrar, digo, esta sociedad tan brillante, en cuya abundancia y en cuyo gusto artístico se demuestran extraordinarias condiciones morales que otros pueblos, de más valor acaso que el nuestro, no tienen.

**

La ópera es el lujo de Madrid. Así como París funda todo su orgullo en la viveza y esplendor del boulevard, aquella larga calle que se prolonga indefinidamente, entre altísimas murallas de casas, llenas de anuncios, y así como Londres funda su júbilo en que el desfile de una carrera de caballos, en Epsom sea un babalonico cortejo en que figuren toda suerte de carrozas y carruajes, de igual modo Madrid cuida su Teatro Real, se esmera en que sea una piedra preciosa tallada en mil facetas y trae a su escenario a los artistas más notables de Europa, y las colma de honores y riquezas, pero les exige que su voz sea perfecta y su arte imitable. El Teatro Real de Madrid es la piedra de toque de todas las reputaciones artísticas del canto. ¡Cuántos tenores en París arrebatan y en Madrid son silbados; cuántas primas donnas vienen de New-York ó de Londres cargadas de coronas y al llegar a Madrid tienen que tirárselas porque de nada les sirven!

**

El público madrileño tiene una virtud que acaso constituye un defecto; es esencialmente independiente; le molesta la imposición; no sufre el que otro público haya sancionado una gloria antes de que él la sancione, y si se la dan ya con esta sanción la rechaza y la examina más cuidadosamente con el propósito decidido de encontrarle un defecto, y si se le encuentra la destruye. Esto es en sí bueno, porque acredita condiciones singulares de ingenio y de competencia para juzgar las materias artísticas todas, pero es malo porque degenera en severidad injusta, en cruel crítica cuando se trata de reputaciones sancionadas por todos y dignas de todo aplauso. A estas exigencias feroces del público madrileño responden los artistas pidiendo sueldos también extraordinarios. Y así sucede, que a pesar de que toda la aristocracia española, toda la alta banca, todos los personajes de la política y muchos aficionados de clases sociales más modestas se aboman al Real, pagan á precio de oro las localidades y la caja queda temblando, y el empresario se arranca los cabellos con desesperación. Tantos malos ratos, tanta intranquilidad, la exposición de su capital, ser una persona pública cuyos actos se discuten, cuyas amistades se desmenuzan, cuya vida no puede tener un secreto, casi, casi un rey constitucional del arte lírico, ¡ah! verdaderamente todo esto merece una ganancia digna de un nabab y la que obtiene es digna de un mendigo.

**

El Teatro Real es un monstruo que devora los caudales de Madrid; vive á costa de los demás teatros porque mientras él triunfa y distribuye espléndidos dones, el Teatro Español parece faltar de actores y de público. Yo creo que los actores parecerían si el público viniera, pero

como el negocio del Teatro Español es un verdadero sacrificio, y el que se le impone sabe desde luego que va á dejar entre las zarzas del arte la lana que trae sobre la espalda, de ahí el que sólo se dediquen á emprender este negocio, empresarios poco animosos, de que en la patria de Lope y Tirso de Molina no haya un templo para las musas castellanas. Al esplendor del Teatro de la Ópera corresponde la decadencia del Teatro Español; á los triunfos de los tenores, los desmayos de los galanes; por qué mientras *Fausto* arrebatada á 3.000 personas que palmitean con furor, *Ségismunda*, el de (*La vida es sueño*) declama sus admirables tiradas de versos en medio de la soledad de una sala vacía.

**

Un grave dissentimiento ha ocurrido entre la Empresa del Teatro Real y los abonados. La Empresa dice que las exigencias de los artistas son tales, que para atender á ellas dignamente y poder traer á Madrid una compañía de primera fuerza, es necesario que los abonados paguen más. La subida impuesta á todas las localidades desde las más baratas á las más caras, ha sido realmente grande. Los abonados se niegan á aceptar esta subida; han celebrado tres reuniones, han pronunciado discursos como sucede siempre que se reúnen teatro españoles; han acordado resistirse al abono. Estas cosas, que después de todo tienen un interés muy secundario, han preocupado durante esta semana á Madrid, y se ha discutido con apasionamiento si el empresario tenía ó no derecho para subir los precios de las localidades, y si es ó no regular que la primera aristocracia de la nación, personas respetables y distinguidas por mil conceptos traten en serio una cosa tan insignificante y le dediquen la atención que merecen otras cuestiones de verdadera importancia nacional. Realmente, según nuestro humilde juicio, no tienen razón ni el empresario del Real, ni los abonados. La subida impuesta en los precios del abono es excesiva é injustificada; y al mismo tiempo la actitud de los abonados es ridícula y pueril. Un abono del Teatro de la Ópera tiene más importancia de lo que parece.

**

Los que viven lejos de Madrid y sólo han pasado aquí cortas temporadas, no habiendo podido descubrir acaso la secreta contextura de nuestra sociedad cortesana, ignoran que los gastos de representación son los que tienen arruinados á las familias pudientes. Caras están las primeras materias de consumos desde el pan, el vino y la carne hasta la vivienda; pero ninguno de estos gastos consume la hacienda de las personas medianamente acomodadas. Lo que la remata y pone fin y entrega las mejores fortunas al brazo secular de los usureros, son esos gastos de representación; el landó de 8 muelles, la cuenta del sastré y la modista, el abono del Real. Es preciso para una persona que se estime en algo tener derecho á ese escaparate movable que se llama coche, y en el cual todas las tardes se recorre durante dos horas el paseo del Retiro; es preciso otro escaparate con cortinas de terciopelo donde por la noche pueda uno exhibirse al respetable público que ocupa el patio del Teatro de la Ópera. La verdad es que la mayor parte de la aristocracia española no es rica ni mucho menos; los gastos de representación la aniquilan. Las carreras de caballos, los trenes y la ópera, los obligados viajes al extranjero, el veraneo, las partidas venatorias y sus aficiones al cuerpo coreográfico la traen á mal traer. Imaginad lo que sucedería si á estas atenciones, ya de suyo insostenibles, se añadiera un encarecimiento de cada uno de los capitales que las constituyen. Tal y como hoy se encuentra la aristocracia en punto á fondos, si los caballos dan en encarecer, si la ópera cuesta más cara y si el cuerpo coreográfico acuerda subir el precio de sus favores, hé aquí que lo más linajado de nuestra sociedad pasará extraordinarios y tristes conflictos.

**

Una carta publicada por el doctor Letamendi en *El Imparcial* ha sido motivo de una discusión muy apasionada y muy viva entre los hombres de ciencia. Los términos de este debate eran los siguientes: ¿El microbio es inmortal? Hasta ahora se venía discutiendo en los círculos metafísicos acerca de la inmortalidad del engraje, pero ahora empieza á discutirse la inmortalidad del microbio. Según Letamendi, ni el agua régia, ni el ácido fénico, ni el tynoi, ni el ácido sulfuroso son capaces de aniquilar al vibrión y á la bacteria. Los desinfectantes, si esto fuese exacto, serían agua de cerrajas; las precauciones sanitarias inútiles; las fumigaciones y los lazaretos completamente perjudiciales, porque produciendo trastornos y daños al comercio no evitan los peligros que las circunstancias han aglomerado contra la salud pública. Hasta ahora, la materia está dudosa. Nuestros médicos más distinguidos realizan en estos momentos experimentos curiosísimos de que podemos esperar algún resultado; entre tanto sólo sabemos que no sabemos nada. El medio de todas estas observaciones es el microscopio, y un escritor muy distinguido entre los que de ciencia se ocupan ha hecho observar que el microscopio engaña, que entre la combinación de luces y reflejos de sus cristales se oculta un sér fantástico que hace ver muchas veces al experimentador cosas que no son en realidad.

El problema de lo pequeño es realmente tentador y ter-

rible, nos asedia y nos envuelve, nos rodea y nos estrecha; se apodera del aire que respiramos, del pan que comemos, de la carne que nos nutre, del vino con que nos fortalecemos; palpita en el flúido y se aglomera en lo consistente; vuela en el éter y se condensa en lo tangible; es el perfume que acaricia nuestro olfato, es el brillo que reluce sobre el metal, es la podredumbre que hierve en la carnaña; y no sabemos qué pensar de las generaciones anteriores á la nuestra que quedándose pasadas ante las Pirámides de Egipto, no han tenido un minuto de atención para las miríadas de naciones de infusorios que palpitando entre el légamo del Nilo mataban por millones al pueblo de los Faraones y los coptos.

**

Ya recordarán nuestros lectores que hace algunas semanas la aparición de tres apóstoles curanderos que mediante ciertas oraciones y prácticas piadosas ponían sanos á los enfermos, produjo un amago de motín en los barrios bajos de la corte, la autoridad intervino y aquellos tres apóstoles fueron conducidos á sus pueblos por tránsito de la guardia civil. Hoy han aparecido otros tres apóstoles en las Peñuelas. Se conoce que el apostolado es lucrativo. Estos ya tienen mejor estudiada su teoría; publican un periódico semanal donde aparecen los retratos, las biografías y los hechos todos de estos insignes varones. Ellos curan toda suerte de dolencias. Con un ingenio extraordinario y verdaderamente curioso han inventado una teoría semi-espiritista que explica hasta cierto punto sus maravillosas curas. Suponen los nuevos Cagliostro que á los pulpejos de sus dedos aducen virtudes medicinales y sanificadoras que andan esparcidas en los espacios y que por un esfuerzo penoso hacen converger y concentrarse todos estos elementos en el sitio enfermo, de donde viene á resultar la curación. Me parece demasiada ciencia para tanto charlatanismo. Lo que hay de más deplorable en todo esto es que la plebe indocta é ignorante, en vez de despreciar estas farsas, se deja siempre alucinar por ellas, y mientras murmura de los médicos y se burla con ironía terrible de lo que hay más santo y venerable en la ciencia, aplaude, defiende y se dejaría arrancar la piel por estos curanderos. No es nuevo el achaque, que mientras los grandes innovadores de la ciencia han perecido en el hambre y en la desgracia, los grandes charlatanes han prosperado en la abundancia y en la gloria.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS UNA PREDICACION TRISTE, cuadro por V. Palmarioli

En todos tiempos ha habido mujeres crédulas y embaucadoras de profesión. Sin embargo, la forma ha cambiado con el tiempo, y la variante acusa el mayor ó menor adelanto de la humanidad. Grecia y Roma hacían de los augurios punto de religión y revestían del sagrado carácter sacerdotal á los traficantes en pronósticos. Los dioses inspiran al augur; así se lo dan á creer al pueblo; pero los iniciados en la trama, como César, presan el Rubicón á despecho de los presagios.

En la Edad media los astrólogos sustituyen á los augures: el pueblo, que ya sabe que Dios no se mete en la ciencia humana del porvenir, se resigna á creer en el pacto con el diablo, y relega á los profetas de buena ó mala suerte, ya á lo más alto de las torres de los castillos, ya á lo más profundo de las cuevas de los montes. El astrólogo y la bruja son unos augures y unas pitonisas en estado de decadencia.

Surgen luego los bohemios ó gitanos, y por lo mismo que se les supone oriundos de Egipto, que es la tierra de lo ininteligible, se les hace merced de leer en donde nadie lee y de ver allí donde todos andan entre tinieblas. Y empieza la *buenaventura*, el secreto de la palma de la mano y el evangelio de la cartomanía.

Ultimamente, la ciencia profética se ejerce callejeramente, á diez céntimos por sesión y á cargo de alguna gitana tan repugnante de cuerpo como de alma; ó bien por alguna embaucadora que no consentirían recibir en su casa la encopetada dama ó la honrada obrera que, á pesar de todo, toman turno en la antecámara suya de la atmósfera profética. No así ocurría á principios del presente siglo, en que las mujeres más aristocráticas recibían íntimamente á las *decidoras de buenaventura*. Una escena de esta naturaleza ha pintado Palmarioli con el talento que ha hecho célebre en España y fuera de ella al ilustre director de nuestra Academia de Roma.

UN VIAJE DE BOREO, cuadro por C. Raupp

Una caterva de rapazuelos se ha apoderado de la lancha de la hacienda y hélos bogando por el canal y ejercitándose vigorosamente en las maniobras marineras. Grave es la travesura y caro podría costar á los pilotos en embrión; mas por fortuna el agua del canal es de sobra mansa y tan suavemente arrastra la humilde embarcación, que sin duda llegará á puerto sano y salva de avería.

No importa: siempre esos tripulantes han cometido una imprudencia; para algo dice el refrán que Dios nos libre del agua mansa, aunque probablemente el refrán no aludió á esa clase de agua. Los niños no deben confiar sobradamente en sus fuerzas, que son muy escasas, y menos aún en sus conocimientos, más débiles que sus mismas fuerzas. Ninguna madre contemplaría impasible

el curso de esa lancha si su amado hijito se encontrara á bordo de ella.

La composicion de este cuadro es acertada: hay en esos niños alegría y movimiento: están bien agrupados y sus actitudes son naturales. Es uno de esos lienzos que, sin llamar poderosamente la atencion, se contemplan siempre con agrado.

ARMAS Y LETRAS, cuadro por E. Serra

Nuestro compatriota autor de este cuadro es un pintor que no se duerme en las pajas, ó más delicadamente dicho, que no se duerme sobre sus laureles.

El lienzo que hoy reproducimos, tan apreciable como todos los de su autor, demuestra que si á éste le son familiares las escenas orientales, los tipos del africano y el cielo que cobija al desierto inmenso, no le es refractaria la hujiosa vegetacion de los jardines italianos, ni le son difíciles de reproducir los tipos de aquellos *condottieri* de que andan llenas historias y consejas del país latino.

El título del cuadro revela, empero, un pensamiento no bastante explicado en la composicion. Algunos pocos hombres de armas, cuya afición al vino de Falerno demuestran sobradamente los accesorios del asunto, oyen con interés escaso, ó quizás produciéndoles contrario efecto del que se propuso el poeta, la lectura de unos versos que sin duda no se han escrito para semejante auditorio. Hay en la risa de los personajes algo de la hilaridad que causa el *Quijote* al vulgo que no profundiza más adentro de la epidemia del honrado y más que buen hidalgo.

Existe, con efecto, alguna disparidad entre el temperamento del soldado y el temperamento del poeta, disparidad que Serra ha hecho resaltar con buen talento, pero esta disparidad no puede erigirse en principio, porque, al fin y al cabo, soldado fué Ercilla y Camoens fué soldado, y en humilde rango combatió en Lepanto quien fuera del ejército debía ser proclamado príncipe de las letras patrias.

SOBRE LA PISTA, dibujo por G. Koch

En más de una ocasion hemos manifestado en las columnas de este periódico nuestra opinion acerca del ejercicio de la caza y de las perspectivas á que da lugar. Juzgamos por tanto ocioso repetir lo ya expuesto, limitándonos, al ocuparnos de este grabado, á llamar la atencion del lector sobre la escena de animacion y movimiento que representa, muy á propósito para despertar el entusiasmo cinegético de los cazadores tibios y aumentar el ardor de los émulos de San Huberto; así como y más especialmente, sobre la destreza é inteligencia con que el hábil lápiz del artista lo ha tratado, cualidades realzadas si cabe por el no ménos diestro buril del grabador.

Los candidatos del partido democrático para la presidencia y vicepresidencia de los Estados Unidos norteamericanos

El 4 de noviembre próximo es el día fijado para las elecciones de presidente y vicepresidente de la gran república norteamericana, siendo cuatro los candidatos principales que solicitan al efecto, los sufragios del pueblo americano para la presidencia. Llámense Grover Cleveland, Blaine, Sain John y Ben Butler.

Los que más probabilidad tienen de ser elegidos son los dos primeros, pues representan los dos grandes partidos políticos que en aquel país se disputan la direccion de los negocios, el republicano y el democrático; el primero gobierna desde hace 24 años, pero parece llegada la hora en que será sustituido por el otro á consecuencia de la corrupcion escandalosa, parcialidad y exclusivismo que ha demostrado aquel en la administracion.

Hoy presentamos á nuestros lectores los retratos de los candidatos de los demócratas para la presidencia y vicepresidencia de la república, Cleveland y Hendricks. El primero no cuenta actualmente más de 47 años habiendo nacido el 18 marzo de 1837 en Caldwell, Estado de Nueva York, siendo descendiente de una familia protestante cuyos miembros eran pastores, como lo fué su padre Ricardo. Grover asistió á las escuelas de diferentes aldeas en Nueva Jersey donde su padre era cura; luego estudió en una llamada academia en Clinton, tambien en el Estado de Nueva York. Procurando crearse una posicion independiente, entró en el comercio que un tio suyo tenia establecido en Buffalo; de paso estudió privadamente jurisprudencia y acabó por asociarse con el abogado en cuyo despacho habia comenzado á trabajar con el carácter humilde de amanuense y copista. En 1870 fué elegido juez del condado de Erie, en 1881 alcalde de la capital Buffalo, y el 22 de setiembre de 1882 gobernador del Estado de Nueva York.

Sobre el candidato democrático á la vicepresidencia, Hendricks, nada han publicado todavía los periódicos americanos ni europeos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

SAN PABLO DE LONDRES

Es la iglesia de mayor capacidad y altura de Inglaterra; tiene 180 metros de largo y 90 de ancho. Construyóla Cristóbal Wren sobre el modelo de San Pedro de Roma, si bien introduciendo importantes modificaciones. El pórtico es magnífico y el fronton presenta un aspecto grandioso. Su elegante fachada, las soberbias torres que se elevan en cada ángulo y la gran cúpula de 112 metros de elevacion, son dignas de admirarse. Terminó la obra en 1710.

En su interior se conservan los restos de varios grandes hombres ingleses, entre ellos los del célebre almirante Nelson. En el coro existen los del artista que dirigió la construccion; si bien los inteligentes opinan que hubiera sido más oportuno entrar á Cristóbal Wren en la iglesia de San Esteban, del mismo Londres, que parece ser la obra maestra de aquel arquitecto.

EL DEMONIO

Poema traducido directamente del original ruso

SEGUNDA PARTE

I

¡Padre! ¡padre! cesen tus reproches; deja de reprender á tu Tamara. ¿Ves sus lágrimas? ¡Oh! ¡no son las primeras! ¡No será esposa de nadie! A los que pidan mi mano, puedo dar mi corazón. Desde el día en que sepultamos en la montaña su ensangrentado cadáver, me persigue un pérfido espíritu con una vision que no puedo deshechar: en el silencio de la noche me acorralan extraños y tristes sueños. Mis pensamientos, mis palabras, se extravían: un fuego extraño circula por mis venas y de día en día languidezco y me siento morir: ¡Oh, padre! ¡mi alma sufre! ¡ten piedad de mí! Lleva á lugar santo tu hija caprichosa: allí estaré bajo la proteccion del Salvador y á sus pies se mitigará el dolor que siento. Aquí en la tierra no hay ya alegría para mí... Que muy pronto, al apacible amparo de los altares, una sombría celda se cierre tras mí, como una tumba.

II

Su familia la llevó á un convento solitario, donde un humilde sayo cubrió sus moridas espaldas. Pero bajo el hábito monástico, lo mismo que bajo los brillantes trajes de costosas sedas, su corazón luchaba con la vision impía. Al pié de los altares, al reflejo de las luces, en las horas del solemne canto, en medio del rezo, una voz conocida iba frecuentemente á resonar en su oido. Por la oscura bóveda del templo se deslizaba de tiempo en tiempo una imagen que ella conocia, sin hacer ruido, sin dejar huella. Brillaba dulcemente como estrella á través de trasparente nube de incienso, la hacia señas con la mano y la llamaba, pero ¿dónde?

III

Aquel piadoso convento se halla resguardado por dos colinas en lugar fresco: plátanos de Oriente y copudos álamos lo rodean por todas partes y algunas veces cuando la noche comienza á descender en las vertientes de las montañas, la luz de la lámpara de la ígnea religiosa se filtra jugando por entre el ramaje. Alrededor á la sombra de los almendros, cerca de la triste fila de cruces que protegen á las tumbas silenciosas, los coros de pajarillos entonan dulces conciertos. Arroyos de frescas ondas caen murmurando entre las peñas y reuniéndose despues en la cañada, ruedan más y más por dos zarzales cubiertos de rojas flores.

IV

Hacia el norte se alzan las montañas. Cuando á los reflejos de la matinal aurora, se eleva un azulado vapor de las profundidades del valle, cuando el muezin vuelto hacia Oriente llama á la oracion y la sonora voz de la campana despierta al pueblo; en aquella hora de calma y recogimiento en que las jóvenes georgianas bajan la escarpada montaña y van por agua con sus anchas cubas, las cuspides de la nevada cadena se dibujan en el purísimo cielo como un muro ligeramente violado y al ponerse el sol parece que se cubren con un ropaje de púrpura. Entre ellos el Kazbek, atravesando las nubes, lo aventaja á todo, sacando la cabeza como poderoso rey del Cáucaso con blanco turbante y largo manto de seda.

V

El corazón de Tamara, dominado por un pensamiento profano, permanece insensible á los purísimos éxtasis. Para ella el Universo parecia cubierto de una sombría nube y para su alma todo era causa de sufrimiento; lo mismo la luz del día, que las tinieblas de la noche. Por esto, cuando con la fresca brisa de la noche se adormecía la tierra, ella postrábase ante Dios vertiendo ardientes lágrimas. Sus desgarradores sollozos, en medio del silencio de la noche, turbaban la imaginacion del viajero, que creyendo oír los gemidos de algun espíritu de la montaña, encadenado en lóbrega caverna, apenas presta oido y pica su cansada cabalgadura.

VI

Tamara, triste y agitada por la fiebre, va á sentarse frecuentemente junto á la ventana. Allí sola, indecisa, mira en lontananza con ojo atento, suspira y aguarda... Una voz murmurá á su oido: «vendrá.» No en vano se le apareció con ojos en que se reflejaba dulce tristeza y empleando palabras de sublime ternura: desde hacia mucho tiempo, ella languidecía sin saber por qué. Si queria rezar á los santos, era á él á quien se dirigia; rendida por aquella lucha incansante, se reclinaba en su lecho, pero la almohada ardia, y sofocada horriblemente, despertaba so-

bresaltada y temblorosa: inflamada su garganta y sus espaldas, apenas podia respirar, su vista se nublabá, sus brazos extendidos buscaban con pasion un sér imaginario y entre tanto espiraban en sus labios ardorosos besos.

VII

La bruma de la noche ha cubierto ya con sus ligeros vapores las colinas de la Georgia y, fiel á su dulce costumbre, el demonio ha tendido su vuelo hacia el convento. Durante mucho tiempo no se atrevió á violar aquel apacible asilo de virtud, y hasta hubo un momento en que pareció dispuesto á deshechar sus horribles proyectos. Vagaba melancólicamente alrededor de los altos muros y sus pasos, más ligeros que el viento, hacian temblar dulcemente las hojas en la sombra. Despues levantaba la vista hasta la ventana, iluminada por el resplandor de la lámpara: desde hacia mucho tiempo, era allí donde ella esperaba. Con frecuencia, en medio del silencio universal, vibraba un arpa armoniosa y resonaban sonoros cantos; aquellos sonos parecian lanzados al compás que corren las lágrimas. Era una melodía tan tierna que parecia haber sido compuesta en el cielo para la tierra: hubiera podido decirse que era el lenguaje de un ángel que descendia para visitar á un hermano olvidado aquí en la tierra, al que hablaba del pasado para endulzar sus sufrimientos! El demonio comprendió entónces por primera vez los dolores y las agitaciones del amor. Espantado, quiso huir; pero sus alas permanecieron inmóviles; y ¡oh prodigio! una lágrima se desprendió lentamente de sus sombríos ojos.

Cerca de aquella celda, se ve todavía una piedra que la ardiente lágrima atravesó como una llama; aquella no era una lágrima humana!

VIII

El demonio entra; se halla dispuesto á amar y su alma está completamente abierta al bien; cree que ha llegado el deseado momento de ensayar una nueva vida. Las palpitaciones de la espera, los temores de la incertidumbre, permanecen para él sin voz y sin poder: han reconocido desde luego un alma fiere. Entra, huir; ante él se alza el enviado del cielo; el querubín que vela por la hermosa pecadora. Su faz resplandeciente animada por serena sonrisa y sus alas la protegen contra el enemigo. Por un instante su mirada impía quedó deslumbrada por el brillo de la luz divina y en lugar de la dulce acogida que esperaba, escuchó que estallaban duros reproches.

IX

Espritu turbulento, demonio del vicio, ¿quién te ha llamado en medio de las tinieblas de la noche? Tus adoradores no habitan estos sitios y hasta ahom el hilito del mal no ha penetrado en ellos. No vengas á manchar con tu huella impía este asilo del amor mio y de mi santidad. ¿Quién te ha llamado?...

El espíritu del mal le contestó con pérdida sonrisa: su mirada se inflamó de celos y nuevamente el veneno del antiguo odio abrasó su alma. «Es mia», dijo con voz dura; «¡détjala, es mia! has llegado demasiado tarde para defenderla; no eres ni su juez ni el mio y sobre ese corazón tan elevado, grabé mi huella: aquí no queda ya nada de tu santidad; aquí yo reino y amo.» El ángel entónces fijó en la pobre victima una mirada llena de dolor y desplegando lentamente sus alas, desapareció en las celestes esferas.

X

TAMARA

¿Quién eres? ¡Tus palabras son peligrosas! Quién te envía, ¿el cielo ó el infierno? ¿Qué quieres?

EL DEMONIO

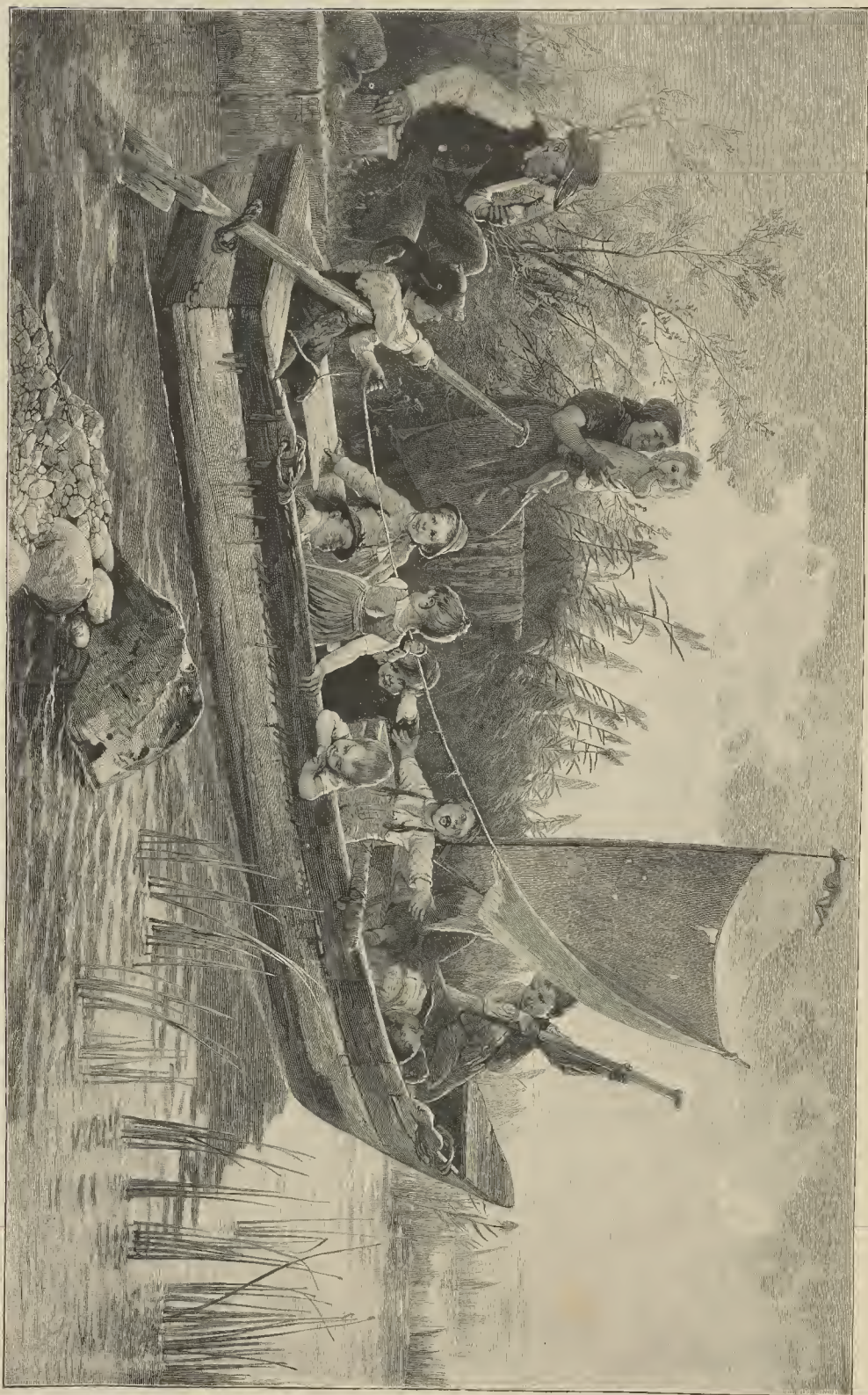
¿Qué hermosa eres!

TAMARA

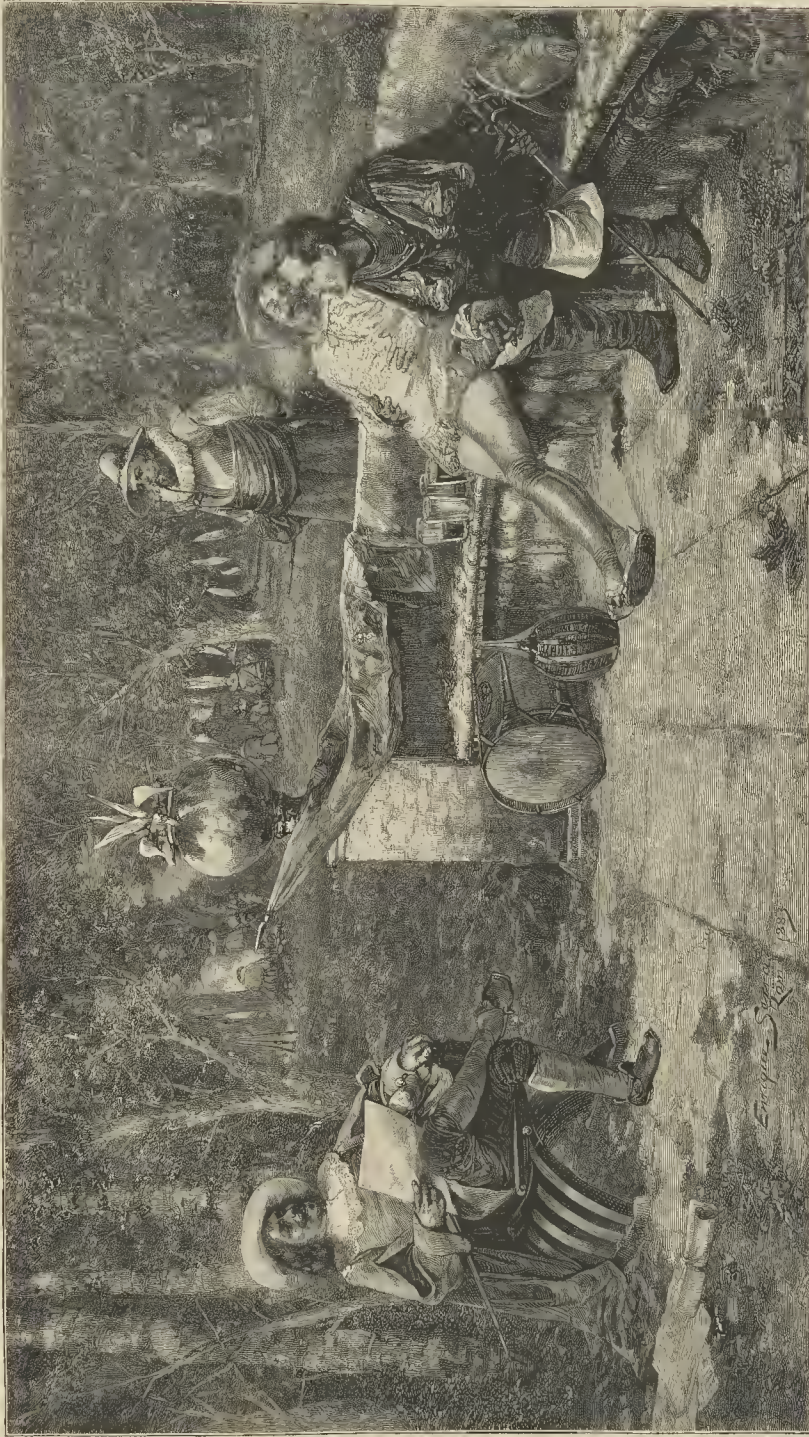
Pero habla; ¿quién eres? responde.

EL DEMONIO

Soy aquél á quien escuchabas en el silencio de las noches; aquel cuyo pensamiento hablaba dulcemente á tu alma; de quien en sueños veias la imagen y de quien con dolor adivinabas las penas. Soy quien mata la esperanza tan pronto como nace en un corazón; aquí á quien nadie ama y á quien todo sér maldice. El espacio y los años no son nada para mí; soy el azote de mis esclavos de la tierra, el rey de la ciencia y de la libertad, el enemigo de los cielos, el mal de la naturaleza y, ya lo ves, estoy á tus pies! Te traigo una humildé y dulce súplica, mi primer sufrimiento aquí abajo y mis primeras lágrimas. ¡Oh! pero por piedad, escucha, con una palabra tuya podrias volverme al bien, abrimme de nuevo los cielos; resplandeciente con tu casto amor, reapareceria en ellos como un nuevo ángel, con nuevo resplandor: pero escucha, yo te lo suplico, soy tu esclavo y te amo. Repentinamente, desde que te ví, detesté con toda mi alma la inmortalidad y mi poder; á mí pesar he envidiado las incompletas alegrías de la tierra. No vivir como tú, sería un sufrimiento para mí y me sería horrible vivir lejos de tí: una llama inesperada se ha encendido en uno mi corazón insensible; he sentido el aguijón de mis antiguas heridas agitarse en lo íntimo de mí sér como una serpiente



UN VIAJE DE RECREO, cuadro por O. Raupp



ARMAS Y LETRAS, cuadro por E. Serra

te. Sin tí, ¿qué es para mí la eternidad? ¿qué son mis dormitos infinitos? Palabras retumbantes en el vacío: un templo inmenso sin divinidad.

TAMARA

¡Déjame espíritu péfido! cállate, jamás creo en palabras del enemigo. ¡Dios mío, no puedo rezaros! un veneno fúnebre se apodera de mí debilitado espíritu. Escucha; me perderás, tus palabras son fuego, son un filtro envenenado.... ¡Dí, ¿por qué me amas?

EL DEMONIO

¿Por qué, hermosa mía? ¡oh! yo no lo sé: animado por una nueva vida, he arrancado de mí criminal cabeza la corona de infamia y arrojé al polvo todo mi pasado. Mi paraíso y mi infierno están en tus ojos! Te amo con un amor que no tiene nada de terrestre y como tú misma no podrías amar. Te amo con toda la embriaguez y el poder del pensamiento y de los sueños inmortales. Desde el comienzo del mundo, tu imagen estuvo grabada en mi alma; se me aparecía en las desiertas inmensidades del espacio; desde hace mucho tiempo tu nombre agitaba mi espíritu y resonaba en mi dulcemente. En los felices días del paraíso, lo único que me faltaba eras tú. ¡Oh! si pudiera comprender lo que hay de amargo dolor en una vida sin objeto y sin compañía. Gozar, sufrir, pero no esperar nunca clogios por el mal, ni recompensas por el bien. Vivir para sí solo; ser objeto de hastío para sí mismo y atravesar esta eterna lucha sin nobleza y sin esperanza de reconciliación; saberlo todo, experimentarlo todo, detestar cuanto es contrario á mis deseos y despreciar todo lo del mundo! Desde aquel día en que me hirió la maldición divina, se enfriaron eternamente para mí los apasionados abrazos de la naturaleza. Ante mis ojos se extendían los espacios hasta el infinito: veía cómo se deslizaban dulcemente ante mí, cubiertos con sus ropajes nupciales y coronados de oro, los astros que desde hacía mucho tiempo me eran conocidos; pero; ¡ah! ninguno reconocía á su antiguo hermano! En mi desesperación comencé á llamar proscritos semejantes á mí, pero ni yo mismo, con mi perversa mirada, podía reconocer ni sus rostros, ni sus voces. Espantado, agité mis alas y comencé á correr rápidamente, mas ¿hacia dónde? ¿por qué?... no lo sé. Mis antiguos hermanos me habían rechazado y lo mismo que el Edén, el mundo entero se tornó para mí mudo y sombrío; me asemejaba á una barca rota, sin timón y sin velas, que flota locamente al capricho de las corrientes y de las olas y no sabe dónde va; ó á un copo de nube de tormenta, que al amanecer aparece en el horizonte azulado como un punto negro y no atreviéndose á permanecer en ninguna parte, vaga solo sin objeto y sin dejar huella. Dios solo sabe de dónde viene y á dónde va. No pude gobernar largo tiempo á los hombres, sin enseñarles el pecado por largo plazo: me fué imposible difamar siempre todo lo que era noble y blasfemar de cuanto era hermoso: fácilmente volvían á encenderse en ellos los ardores de la pura fe. ¡Eran dignos de mis esfuerzos esos tonos, esos hipócritas! Entónces me oculté en los desfiladeros de las montañas, comenzando á errar como un meteorito en medio de las tinieblas de profunda noche. El viajero solo, extraviado por aquel fuego fúnebre, que revoloteaba delante de él, rodaba con su cabalgadura hasta el fondo de los precipicios y en vano imploraba socorro!... la huella sangrienta trazada en su caída, serpenteaba sobre las rocas. Apesar de todo, los placeres del mal no me agradaron mucho tiempo. No pocas veces en mi lucha contra el huracán potente, en medio de los torbellinos de polvo, rodeado de relámpagos y vapores, me lancé estrepitosamente contra las nubes, queriendo ahogar el murmurio de mi corazón en la revuelta de los confusos elementos; escapar del pensamiento inevitable y olvidar lo que no podía ser olvidado. ¿Qué pueden significar las pérdidas dolorosas, las fatigas y los males de las generaciones pasadas y futuras, en presencia de un solo instante de mis ignorados sufrimientos? ¿qué son los hombres? ¿qué sus vidas y sus penas? Han pasado y pasarán: les queda la esperanza; les aguarda un equitativo juicio y después de este, queda aún el perdón. Mi dolor es constante; lo mismo que yo, será eterno y jamás encontrará el sueño de la tumba!...Unas veces lo siento deslizar en mí como una serpiente; otras me abraza y consume como una llama; otras pesa sobre el pensamiento mío como la pesada roca de las pasiones y de las esperanzas perdidas. Mausoleo indestructible!

TAMARA

¿Por qué dame á conocer tus sufrimientos? ¿para qué te quejas á mí? ¡tú has pecado!...

EL DEMONIO

¿Ha sido contra tí?...

TAMARA

¡Pueden escucharnos!

EL DEMONIO

Estamos solos...



SOBRE LA PISTA, dibujo de G. Koeh

TAMARA

¿Y Dios?

EL DEMONIO

No se dignará echar una mirada sobre nosotros; se ocupa de los cielos más que de la tierra.

TAMARA

¿Y los castigos y torturas del infierno?

EL DEMONIO

¿Qué te importa esto? ¡allí estarás conmigo!

TAMARA

Quien quiera que seas, tú, al que la casualidad ha hecho mi amigo, has perdido mi reposo para siempre y yo víctima tuya, te escucho á mi pesar con secreto placer. Pero si tus palabras son engañosas, si te propones engañarme, ¡ah! ¡ten piedad de mí! ¿Qué gloria encontrarás en ello? ¿para qué quieres poseer mi alma? ¿soy preferible á todas las que no han sido notadas por tí en los cielos? No obstante son bien hermosas también y en aquel lugar ninguna mano mortal ha profanado todavía sus virginales senos. ¡No! hazme un juramento irrevocable. —Mira, ya ves como sufro. ¡Ves lo que sueña una pobre mujer! Sin querer, mantienes el miedo en mí, pero tú lo has comprendido todo, lo sabes todo y ciertamente tendrás piedad de mí! Júrame, hazme juramento de renunciar desde ahora á tus malos designios. ¿Es que no hay ya juramentos inviolables?

EL DEMONIO

Juro por el primer día de la creación y por el último; juro por el oprobio del crimen y por el triunfo de la verdad eterna; por el horrible sufrimiento de la caída y por la breve alegría de la victoria. Juro por nuestro encuentro y por la separación que nos amenaza de nuevo. Juro por la multitud de los espíritus, por la suerte de mis hermanos que me están sometidos, por las lanzas sin mancha de los ángeles mis enemigos vigilantes; por el cielo y por el infierno, por lo que hay de más sagrado en la tierra, y por tí, por tu última mirada y por tu primera lágrima, por el aliento de tu boca tan pura, y por los bucles de tu sedosa cabellera; juro por la felicidad y por el dolor, juro por mi amor; que retenció á mis antiguos odios, á mis pensamientos de orgullo; en adelante el veneno de la lisonja engañadora no agitará mi espíritu. Quiero amar, quiero creer en el bien: con las lágrimas del arrepentimiento borraré de mi rostro digno de tí, las huellas del fuego celeste, y que en adelante el universo tranquilo crezca en la ignorancia sin mí. ¡Oh, crémel yo solo te he comprendido y apreciado. Al escogerte para santuario mío, he depositado á tus pies todo mi poder; espero tu amor como un don y daría la eternidad por una mirada tuya: en el amor como en la aversión, créeme Tamara, soy inmutable y grande. Yo, hijo libre del espacio, te lle-

varé á las regiones que están por encima de las estrellas y tú, mi primera compañera, serás reina del mundo. Sin pesares, sin deseos, tus ojos mirarán esta tierra donde no hay ni verdadera dicha, ni belleza durable, donde sólo se ven crímenes y castigos, donde sólo puede vivir la pasión inequívoca y donde no se sabe odiar ó amar sin miedo. ¿Ignoras tú lo que es el amor pasajero de los hombres? una sangre joven que fermenta... pero los días pasan y la sangre se enfria. ¿Quién es el que puede permanecer fiel durante la separación y no ceder á los atractivos de la nueva belleza? ¿Quién, el que puede resistir á la fatiga, al aburrimiento, á los caprichos de la imaginación? No, amiga mía, sébelo bien, tu destino no es marcharte en silencio, en un círculo tan estrecho, esclava de groseros celos, entre hombres fríos y pusilánimes, entre falsos amigos y enemigos, en medio de temores y esperanzas sin fin y de penas sordas sin objeto. Tú no debes extinguirte tristemente tras estos elevados muros, sin haber conocido el amor, rezando siempre é igualmente lejos de Dios y de los hombres. ¡Oh! no, criatura admirable, tu destino es otro; tú estás reservada para otros sufrimientos y para éxtasis mucho más sublimes. Abandona pues tus primeros deseos y deja que corra su suerte esta tierra despreciable; en cambio te abriré los abismos de las ciencias más profundas; arrastraré á tus pies los numerosos espíritus que me sirven, y te daré, hermosa mía, sirvientas más ligeras que las hadas. Para tí quitaré á la estrella de Oriente su corona de oro; cogeré sobre las flores el rocío de la noche y lo esparciré sobre tí. Con un purpúreo rayo del sol poniente rodearé tu talle como con una banda; con el olor de los perfumes más puros, embalsamaré el aire que te rodea; sin cesar acariciaré tu oído con una melodía admirable; te construiré palacios suntuosos con ambar y turquesas; por tí descenderé hasta el fondo de los mares, volaré por encima de las nubes, te daré todo, todo lo que hay sobre la tierra; ¡Amame!...

XI

Y dulcemente apoyó su adorada boca sobre los temblorosos labios de la joven. A los ruegos de ella, respondió con palabras llenas de seducción y su mirada, penetrando hasta el fondo de sus ojos, la inflamaba. En la oscuridad de la noche brillaba ante ella como la inevitable hoja de un puñal... ¡Oh! triunfó el espíritu del mal. El veneno mortal de sus besos penetró en un instante en su seno y un grito terrible de sufrimiento turbó el reposo de la noche!...

En aquel grito había de todo, amor, dolor, un reproche con una súplica, un adiós sin esperanzas, un adiós en plena juventud.

XII

Entre tanto el vigilante nocturno verificaba su ronda ordinaria alrededor de los altos muros. Iba por todos lados agitando su campana de hierro; mas al llegar bajo la celda ocupada por la joven novicia, amortiguó el ruido de sus pasos y se detuvo con el alma turbada, apretando el sonoro instrumento. En medio del silencio que le rodeaba, le pareció oír que dos bocas cambiaban besos y después un grito ahogado seguido de un débil gemido. En el corazón del viejo surgió una duda impropia, pero pasado un momento todo volvió á calmarse. No se escuchó más que el aliento de la brisa trayendo desde lejos el murmullo de las hojas y el del arroyo de la montaña que saltaba chocando entre sus sombrías orillas. El viejo amedrentado se apresuró á leer sus oraciones para alejar de su mente pecadora las tentaciones del espíritu del mal; santiguóse rápidamente con sus temblorosos dedos y silencioso, agitado por una visión, aceleró el paso y continuó su ronda.

XIII

Tendida en el ataud se asemejaba á una graciosa peri recien dormida: su rostro pálido y sombrío, era más puro que el sudario que la envolvía. Sus párpados se habían cerrado para siempre. ¡Pero cielos! hubiera podido decirse que bajo ellos, aquella maravillosa mirada estaba dócilmente adormecida y que parecía esperar el día. ¡No! indolentemente los rayos del sol se filtraban á través de ellos como hilos de oro; en vano su familia agobiada por mudo dolor vá á cubrir su boca de besos; ¡no! la muerte ha puesto sobre ella su huella eterna y nada hay con poder bastante para arrancarla de sus brazos. Aquella naturaleza en que la vida, ardiente y llena de energía, hablaba tan elocuentemente á los sentidos, no es más que podredumbre. Una extraña sonrisa apenas dibujada en sus labios, se había detenido; la expresión dolorosa de aque la sonrisa era sombría como la tumba misma. ¿Qué significaba pues? ¿se moraba del destino ó acusaba una duda imperecedera? ¿Expresaba un frío desprecio de la vida ó una cólera audaz contra el cielo? ¿Cómo saberlo! La significación de ella se ha perdido por completo para el mundo, pero in-

voluntariamente atrae las miradas, como los rasgos de una antigua inscripción en que tal vez, bajo raros caracteres, se oculta la historia de tiempos pasados. Máxima de gran sabiduría indecifrable! Rasgo olvidado de profundos pensamientos!

Por mucho tiempo el ángel de la destrucción respetó los despojos de la pobre víctima y sus facciones conservaron la belleza que tiene un mármol sin expresión, fulto de vida y de sentimiento, misterioso como la tumba. Nunca en los días más alegres, el traje de fiesta de Tamara fué de tan bellos colores, ni tan rico. Según antigua costumbre, las flores de la campiña querida que la vio nacer, exhalaban sobre ella sus perfumes y, apretadas en sus frías manos, parecían decir adiós a este mundo.

XIV

Sus padres, los vecinos, se han reunido ya para el triste viaje; el viejo Gudal arranca sus cabellos grises, golpea su pecho en silencio: por última vez monta su corcel de blanca crin y el cortejo se pone en movimiento... El viaje debe durar tres días y tres noches; junto a los huesos de sus abuelos, han abierto para ella un lugar de reposo...

Uno de los antepasados de Gudal, que pasó la vida robando viajeros y asaltando aldeas, hallándose postrado por la enfermedad, en un momento de arrepentimiento, hizo voto, en expiación de sus pecados, de edificar una iglesia en lo alto de las gráficas rocas donde sólo se escucha el silbido del cruzo-nieve y donde no se ven volar más que los buitres. En poco tiempo se elevó un templo solitario en medio de las nieves del Kazbek y los huesos de aquel malvado hallaron allí un asilo en que reposar. Transformó en cementerio la roca amiga de los cielos su tumba debiera ser menos fría, ¿cómo si más lejos de los hombres, su último sueño tuviera que ser menos turbado.... ¡Medida inútil! los muertos no deben sentir ni la tristeza, ni la alegría de los días pasados.

XV

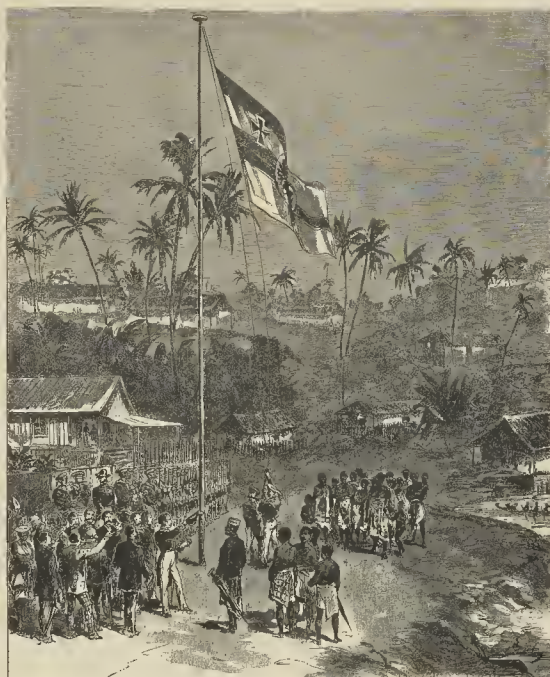
En el azulado espacio, uno de los ángeles de Dios, volaba agitando sus alas de oro y en sus brazos llevaba de la tierra un alma pedacora. Con dulces palabras de esperanza disipaba sus dudas y con lágrimas le borraba las huellas del oprobio y del dolor; las armonías celestes, aunque lejos, llegaban ya hasta ellos. De repente, en medio del espacio, el espíritu de los infiernos surgió del fondo del abismo; se agitaba con estrépito y brillaba como el fulgor de un relámpago; después, con una impudencia fiera, repeta: «es mía.» La pobre alma de Tamara se apretó contra el pecho de su guardian y comenzó a rezar para calmar su espanto. En aquel momento iba á decirse su porvenir. Resparecía ante ella, pero ¡gran Dios! ¿quién hubiera podido conocerlo? ¿Qué miradas fijaba en ella! Se advertía que estaba lleno del veneno mortal de una cólera inexorable. Su rostro inmóvil revelaba un frío sepulcral.

«¡Aléjate, espíritu de dudas y tinieblas, le respondió el mensajero de los cielos: bastante tiempo has triunfado ya: la hora del juicio ha sonado y bendecida sea la sentencia divina! Los días de tentación han pasado; al dejar su envoltura terrenal y destructible, ha sacudido para siempre la cadena del mal. ¡Sábelo bien! desde hace mucho tiempo lo esperábamos. Su alma es de aquellas cuya vida se compone de un corto instante de sufrimientos intolerables y de delicias que no pueden comprenderse. El Criador las ha tejido con las cuerdas vivientes de un mundo mejor: no han sido creadas para la tierra, y la tierra no se hizo para ellas: ha expliado sus dudas con atroces dolores, ha sufrido y amado, y por este amor el paraíso está abierto para ella.»

El ángel, arrojando sobre el seductor una mirada severa, agitó sus alas alegremente y desapareció en medio de los purísimos cielos. El demonio vencido, maldiciendo sus sueños de locura, permaneció en el universo como ántes, solo, sin esperanza y sin amor!

En la vertiente de la montaña, por debajo del valle de Koichaurson, se ven aún antiguas ruinas almenadas. Las tradiciones acerca de ellas son numerosas y sirven para asustar niños. El mudo monumento que fué testigo de estos sucesos sobrenaturales, se deja ver aún entre los árboles como una vision sombría. Abajo se ven espaldas las casas de una aldea tartara; la tierra, fértil allí, se ve cubierta de flores y el ruido discordante de mil voces se pierde en medio del de las caravanas de que se escuchan las campanillas. El río se precipita á través de los vapores, brillante y espumoso, en tanto que la naturaleza, semejante á un niño caprichoso, juega con la vida eternamente jóven, la fresca, el sol y la primavera.

El castillo triste cede de servir, como pobre viejo que sobrevive á sus amigos y á su familia querida. Sus invisibles habitantes esperan que la luna selevanté; entónces,



TOMA DE POSESION POR LA MARINA ALEMANA, DEL TERRITORIO DEL RIO CAMERUN, SITUADO EN LA COSTA DE AFRICA EN FRENTE DE NUESTRA ISLA DE FERNANDO POO

libres y contentos, zumban y corren por todos lados. La parda araña, nuevo ermitaño, hila la trama de su tela en los rincones y una familia de verdes lagartos corre alegremente por los tejados; la cautelosa serpiente sale de oscura grieta y se arrastra por las losas del derruido patio; unas veces se enrosca como triple anillo, otras se extiende como larga raya, brillando como espada de acero olvidada desde hace mucho tiempo en el campo de batalla, por un héroe moribundo á quien ya no debía servir. Todo es allí salvaje y en ninguna parte se encuentran huellas de los pasados años. La mano de los siglos se ha aplicado durante mucho tiempo para borrarlas y nada recuerda allí el nombre de Gudal ni el de su hija querida. La iglesia en que están sepultados sus huesos protegidos por un poder sagrado, se alza todavía sobre las escarpadas rocas á través de las nubes; cerca de la puerta se ven como guardianes rocas de granito negro cubiertas de nieve. Sobre sus pechos, en vez de corazas, relucen hielos que jamás se funden. Masas caídas duermen sobre los salientes de las rocas y penden alrededor amenazadoras como chorros de agua sorprendidos subitamente por el frío. Allí el cruzo-nieve hace su ronda y barre el polvo de las grises murallas; después, lanzando agudos silbidos, parece llamar á los centinelas. Las nubes solas, sabiendo que un templo magnífico ha sido construido en aquella region del Oriente, se trasladan en gran número para la adoracion, y sobre las losas de la tumba de familia hace ya mucho tiempo que nadie lora. La sombría roca del Kazbek guarda ávidamente su presa y el murmullo del hombre no turba jamás su eterno reposo.

A. FERNANDEZ MERINO

Las posesiones del imperio aleman en Africa

Habiendo adquirido un comerciante de Bremen, llamado Lüderitz, de los caciques indigenas el territorio que forma la ensenada de Angra Pequena en la costa occidental del Africa meridional, no muy distante de la colonia del Cabo, en el país habitado por los namácuas, y establecido allí una factoría, solicitó la proteccion del gobierno alemán, que envió allí en enero de este año el cañonero *Nautilus*, cuyo comandante el capitán de corbeta Aschenborn izó la bandera de su nacion y efectuó los trabajos hidrográficos necesarios. Era ni más ni menos que una toma de posesion que alarmó al gobierno colonial del Cabo y al de Londres; llamó la atencion de todas las potencias marítimas, suscitó muchas discusiones y alguna correspondencia oficial, pero el asunto no pasó de aquí.

Ahora se ha repetido el mismo caso en otro punto de la costa africana. Entre el limite oriental de la Costa de Oro y Whydah existen hace unos veinte años, entre muchas factorías inglesas protegidas por los buques de su nacion estacionados en Whydah, Lagos y Acra, otras factorías alemanas, que se han ido extendiendo por las Bocas del Níger y recientemente tambien por la desembocadura del río Camerun en frente de Fernando Poo. Los

dueños de todas estas factorías solicitaron, á imitacion de Lüderitz el de Angra Pequena, la proteccion del gobierno imperial, que no se hizo de rogar y envió á aquellas costas el cañonero *Albatros* (Gaviota) á bordo del cual iba el cónsul general alemán Nachtigal que en todas partes izó la bandera alemana con las demás ceremonias acostumbradas. El 12 de julio entró en el río y el 14 tomó el citado cónsul solemnemente posesion, en nombre del emperador Guillermo, de aquel territorio con cuyos caciques indigenas habia preterado ya la cesion el comerciante Woermann, establecido allí. Esta ceremonia que fué repetida en diferentes puntos muy poblados de la orilla meridional del río, como King-Bells-Town y otros, es la que representa nuestro grabado.

Vese por esto que el gobierno alemán sigue adelante, con su persistencia germánica, en el propósito de adquirir colonias en diferentes regiones del mundo. La falta de marina y la reducida extension de sus antiguas costas habian hecho que hasta el presente quedara á la zaga de las demás naciones con respecto á este punto; mas hoy que con las recientes conquistas y con el desarrollo de su escuadra se ha elevado á la categoria de nacion marítima, se esfuerza por adquirir posesiones que le sirvan de base para ulteriores empresas.

No seremos nosotros los que censuremos á Alemania por sus esfuerzos, que si pueden parecer ambiciosos, en nuestro concepto tienen mucho de previsores; pero si lamentamos que España, la nacion colonizadora por excelencia, deje que otra se establezca en un punto tan contiguo á sus posesiones del golfo de Guinea, sin protesta, sin hacer observacion alguna y sin tener en cuenta que el Africa está llamada á ser en lo futuro lo que Europa para las razas asiáticas en la antigüedad, lo que América para las europeas en la edad moderna, y que el territorio de Camerun y la costa adyacente es el sitio más indicado para izar el pabellon

español en el Occidente del continente africano, contando como cuenta con la excelente base de Fernando Poo, Annobon y Corisco.

EL CANAL MARÍTIMO DE PANAMÁ

A medida que progresan los trabajos de esta obra maravillosa, aumenta el interés que excita; los artículos que acerca de ella publica la prensa periodística son más frecuentes, y las controversias sobre su utilidad, coste y rendimientos más apasionadas.

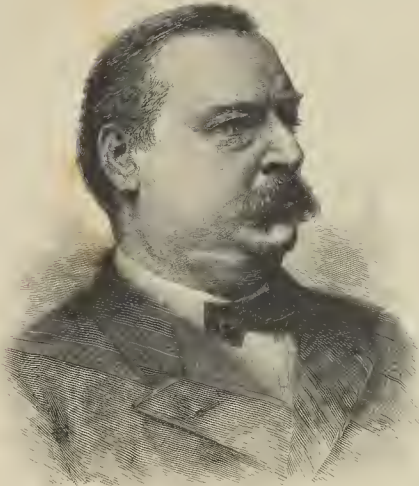
Desde luego parece que el capital de 843 millones de francos, presupuestado en un principio, llegará á 1,000 millones, y eso que para sacar el interés del primer capital tendria que pagar cada vapor de 3,000 toneladas por derecho de pasaje, 50,000 pesetas; suma enorme calculada sobre el comercio marítimo actual, cuyo desarrollo nadie puede prever, no faltando quien abrigue la persuasion de que en un porvenir no muy lejano ya no bastará este canal ni el ferro-carril que se ha proyectado para trasportar por tierra al través del istmo los buques que han de pasar del Atlántico al Pacifico ó vice-versa, y de que se llevará á ejecucion acaso uno y hasta algunos de los otros proyectos de canal por el mismo istmo.

La idea de abrir un paso marítimo por aquella parte del continente americano es muy antigua, puesto que data desde la marcha que hizo Balboa con su expedicion en el año 1513 al través de Darien, mas no bien se hubo propalado la noticia de la posibilidad de construir un canal marítimo, cuando ya se formaron proyectos al propio tiempo que los combatian voces poderosas inspiradas por intereses mezquinos, ó por la ignorancia; siendo tal la polvareda que se levantó, que Felipe II creyó conveniente amenazar con la pena de muerte á toda persona que se atreviera á volver á presentar semejante proyecto.

Hace como 140 años que se puso de nuevo la cuestion sobre el tapete, se discutieron varios proyectos, pero el gobierno español no se halló entónces en estado de emprender tan gigantesca obra, y el asunto volvió á caer en el olvido, á pesar de un sin número de proyectos ideados por particulares.

Todo cambió súbitamente de aspecto cuando el capitán Selfridge recibió del gobierno de los Estados- Unidos de la América del Norte el encargo de estudiar los diferentes proyectos de la union de los dos Océanos entre el golfo de San Blas, en la costa oriental del istmo, y el río Atrato que desemboca en el Pacifico, y de dictaminar sobre los mismos. Poco después formóse la *Sociedad Internacional del canal interoceanico* que envió dos expediciones, de las cuales la mandada por el teniente de navío R. Reclus hizo tanta luz sobre la cuestion, que el proyecto del canal de Panamá mereció la aprobacion casi unánime del Congreso internacional convocado en Paris en 1879 por la Sociedad geográfica establecida en la capital de Francia; y el 1.º de enero de 1880 pudo inaugurarse los trabajos del canal la hija del célebre conde Fernando de Lesseps.

LOS CANDIDATOS DEL PARTIDO DEMOCRÁTICO Á LA PRESIDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS



GROVER CLEVELAND, candidato presidencial



THOMAS A. HENDRIKS, candidato vicepresidencial

La profundidad del canal será de 9 metros en toda su longitud, pero el ancho variará, debiendo ser en la parte más llana del istmo de 22 metros y en la superficie del agua de 30 metros, y 24 y 28 metros respectivamente en la parte montuosa. Hay que remover 110 millones de metros cúbicos de tierra y roca, cuyo arranque cuesta por término medio, según contratas hechas, 150 pesetas el metro cúbico; otros 10 millones de metros cúbicos han de extraerse y transportarse para el desvío y encauzamiento del río Chagres. A estos trabajos principales se agrega la construcción de un muelle de 850 metros de largo para el puerto de Colón, cuyo coste se ha presupuestado en 2 millones de pesetas; y por último, la construcción de la gigantesca esclusa contra las mareas del Pacífico en la desembocadura del canal por aquel lado, costará mucho más de 12 millones de pesetas.

El gobierno de los Estados Unidos de Colombia ha concedido á la Sociedad constructora del canal por vía de

estímulo, medio millón de hectáreas de terreno limítrofe al canal á elección de la misma Sociedad y á plazos, habiendo ya tomado posesión del primer plazo de 150,000 hectáreas por haber hecho una tercera parte del canal.

Ocioso es decir que todos los terrenos ribereños se poblarán rápidamente y los de la Compañía especialmente, adquiriendo por lo tanto un valor considerable. La afluencia de emigrantes es ya numerosa y no faltan tampoco aventureros que se anuncian como propietarios particulares y venden terrenos *imaginarios* á los emigrantes europeos hasta al precio de diez pesetas la hectárea.

Para no alargar demasiado esta reseña, diremos que la longitud de este canal será de 73 kilómetros y la travesía exigirá día y medio.

Hé aquí, para concluir, las condiciones principales de los otros proyectos más notables:

1. *Canal de Tehuantepec.*—Longitud 240 kilómetros, de los cuales coinciden 40 con el río Goatzacoalco. Na-

yor elevación del terreno que ha de atravesar, 237 metros. Costo 340 millones de pesetas. Duración de la travesía, 12 días.

2. *Canal por el lago de Nicaragua.*—Longitud 292 kilómetros, de los cuales tocan 88 al citado lago. Altura máxima del terreno, 33 metros. Costo 770 millones de pesetas. Duración de la travesía 4 días y medio.

3. *Canal de San Blas.*—Longitud 53 kilómetros, de los cuales coinciden 13 con el río Bayano. Este canal exige la perforación de un túnel de 14 kilómetros presupuestado en 1,300 millones de pesetas sin las demás obras. Duración de la travesía, un día.

4. *Canal Atrato-Napipti.*—Longitud total 290 kilómetros, de los cuales tocan 240 al río Atrato. Este canal, que atraviesa un terreno despoblado é inhospitalario, exige tantas esclusas y túneles, que no se ha podido calcular todavía su costo, que se supone excedería de 1,000 millones de pesetas. En la travesía se invertirían 3 días.



TRAZADO DEL CANAL DE PANAMÁ

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III

← BARCELONA 13 DE OCTUBRE DE 1884 →

NÚM. 146



EL MAS FELIZ DE LOS TRES, cuadro por L. Deschamps

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA MANO DE DIOS, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—EL DIPUTADO DEL GANGES, por don J. Ortega Munilla.—VIRGEN Y MÁRTIR (*Conclusion*), por don Félix Rey.—EL ARCO IRIS BLANCO, por don José Rodríguez Morelo.

GRABADOS.—EL MÁS FELIZ DE LOS TRES, cuadro por L. Deschamps.—PIERROT, cuadro por L. Comere.—EL CHALAN, dibujo por Ricardo Balaca.—QUEDE V. CON DIOS... cuadro por G. Costa.—EL ARCO IRIS DE ULLOA.—EL AMOR, LA MÚSICA Y EL VINO, cuadro por Schneider.

NUESTROS GRABADOS

EL MÁS FELIZ DE LOS TRES,
cuadro por L. Deschamps

Este cuadro, obra maestra de naturalidad, es un verdadero apólogo. Dados los elementos de un muchacho nacido y educado rústicamente, un perro de caza y un gato doméstico, puesto el primero en posesión de un plato de gazofia, que a los pretendientes huele a gloria, ¿cuál de los tres comensales es realmente más feliz?

En nuestra opinion, con perdon sea dicho del prójimo, el pachon lleva una ventaja positiva a sus rivales. Esta sentencia no está desprovista de *considerandos*.

El muchacho es rey segun su especie; su fisonomía no carece de inteligencia; pero el hombre sin el aditamento de la instruccion, es un diamante que no ha pasado por el lapidario, piedra ruin y a fe que no puede sostener la competencia con un pedazo de vidrio procedente de un vaso roto.

El gato no pasa de ser un golosino, un chiclelo mal criado, que no ve sino la hora de echarse de bocicos en el plato y cebarse a expensas de sus compañeros.

Únicamente el perro conserva su seriedad; y aun cuando es indudable que hasta sus narices ha llegado cierto olor apetitivo que le anuncia las delicias del próximo festin, no se descomienza en lo más mínimo, ni se deja llevar del ímpetu de las pasiones materiales. El perro, es por lo tanto, el más feliz de los tres comensales, pues subordina sus impulsos al buen parecer y a la dignidad de su raza.

La obra de Deschamps no tiene pretensiones y sin embargo da a conocer el talento observador del artista y cierta manera especial de dar color, peculiar de los maestros que están seguros del efecto.

PIERROT, cuadro por L. Comere

La figura de Pierrot es una de las más reproducidas, sobre todo por dibujantes y pintores franceses, como que es su paisano. A pesar de lo gastado del asunto, el Pierrot que hoy reproducimos ha tenido el privilegio de llamar la atencion pública en la última exposicion de Paris. Y, a la verdad, no sin motivo.

La casi totalidad de los artistas que han dado forma a ese tipo popular, lo han hecho de un Pierrot ajado, un jóven en la decadencia de la juventud, desahogado, pobreton y llevando impresas en sus facciones las huellas de sus inveterados vicios.

Nuestro Pierrot, por el contrario, es un adolescente cándido, delicado, fino, simpático; su rico traje parece confeccionado por las manos de la más famosa modista; su ademan es como tímido, la expresion de su rostro es hasta afeminada.

Indudablemente no es este el Pierrot de la tradicion; mas nadie puede negar a su autor el buen deseo de ennoblecer a un personaje decado. Y como en bellas artes, por regla general, todo lo que tiende a embellecer es tomado a buena cuenta al artista, la rehabilitacion de Pierrot, en este cuadro, explica satisfactoriamente la buena acogida que ha merecido en la exposicion.

EL CHALAN, dibujo por Ricardo Balaca

El chalan, ó sea el tratante en ganado caballar, mular y asnal, es un tipo en todos los países del mundo; pero indudablemente la perfeccion de este tipo se encuentra en España. El chalan español habla del caballo que pretende vender con el cariño con que habla una madre de una hija que se propone casar. Al oír cómo el chalan hace la biografía del noble bruto y de sus progenitores, cualquiera diria que se ocupa de un individuo de su familia y que su vanidad está empeñada en exhibir los rancios pergaminos de su ascendencia. Si lubiéramos de dar crédito al chalan andaluz, todos los rocines históricos quedarían muy por atrás del suyo, sin exceptuar al Babieca del Cid y al mismísimo caballo Pegaso.

El malogrado Balaca, que conocia perfectamente ese tipo y que *sentia* cuanto expresaba de costumbres españolas, resumió en pocos personajes la escena de la venta del caballo, y lo hizo con el éxito que acompañaba todos sus intentos, sobre todo cuando se referían a costumbres patrias. En la venta de un caballo, lo de menos es el caballo y hasta el comprador, y lo de más es el propietario de la bestia. Pues bien, en el dibujo que hoy publicamos de nuestro malogrado colaborador, véase cuán sin esfuerzo, cuán insensiblemente, se destaca la figura del chalan, hasta el punto de hacer accesorias las restantes de la composicion. Hé aquí lo recomendable de esta, aparte la sobriedad y la verdad, características en Ricardo Balaca.

QUEDE V. CON DIOS... cuadro por G. Costa

Hay tomos de filosofía que pueden condensarse en un pensamiento que no ocupe una línea, y hay líneas que pueden dar lugar a tomos de filosofía.

Lo mismo ocurre en bellas artes: hay figuras, cabezas de estudio simplemente que constituyen por sí solas un poema de intencion y aun de sentimiento. Las cabezas de la *Cena* de Leonardo de Vinci y de los *Borrachos* de Velazquez, son ejemplos populares de lo que venimos diciendo.

Respectamos debidamente a los grandes maestros para no querer establecer comparacion alguna entre los apóstoles ó los bebedores de aquellos colosales artistas, y la figura que nos ocupa.

Pero es indudable que la dama de nuestro cuadro tiene impreso en su pícaro semblante un volúmen de intencion y que en su mirada, en su ademan, en su porte todo, hay el argumento completo para una lindísima comedia en un acto.

EL AMOR, LA MÚSICA Y EL VINO,
cuadro por Schneider

El autor de este cuadro ha simbolizado en una figura tres afectos ó pasiones distintas, y aun cuando esa figura resulta bella y natural en su actitud, la idea aparece confusa, ó mejor dicho, el pensamiento fundamental no existe. Del hecho de que una mujer jóven y hermosa traiga colgada una cítara y se encuentre en actitud de brindar, no se deducirá que esa mujer simbolice el amor, la música y el vino.

La alegoría, otras veces lo hemos dicho, ofrece dificultades sumas: es un enigma que no se descifra si no está muy bien representado y no expresa de una manera gráfica la idea concreta del autor. Por esto no abundan los cuadros de este género que, por otra parte, aprisiona al arte dentro de un círculo en que no cabe el verdadero genio. Emplear un artista su talento en pintar alegorías, equivale a que un gran poeta se dedique a confeccionar charadas. Y al hablar de alegorías no queremos comprender en esta denominacion las grandes pinturas, especialmente murales, con que insignes maestros del arte, Rubens entre ellos, utilizaron la mitología, combinándola con personajes reales y efectivos, para consignar un hecho glorioso ó adular á algún príncipe, cortesano ó gran capitán. En estos casos, el arte ha producido obras admirables de ejecucion; pero, seamos francos, el enigma se ha quedado enigma.

Otro tanto podemos decir de nuestro cuadro: bonita figura; pero el amor, el vino y la música, no parecen.

LA MANO DE DIOS

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

¡Ah! teneis el IMPARCIAL, el café Imparcial, el magnífico café Imparcial, de la plazuela de Matute, café que tomó su nombre de EL IMPARCIAL, el popular periódico de que tenemos la honra de ser colaboradores y que es tambien vecino de la plazuela de Matute.

El periódico sigue y seguirá, Dios mediante. Pero el café ha muerto.

Continúa su muestra, pero con la palidez miserable y espantosa de los cadáveres.

En los tableros de su puerta cerrada hay quebraduras y agujeros.

Bajo aquellos signos de ruina debia escribirse: «Aquí yacén el zapateado y el canto flamenco, la alegría del mundo, en una palabra».

En los tiempos de su esplendor, esto es, hace tres meses, porque el fallecimiento es reciente, alborotaba la vecindad desde las ocho de la noche hasta las dos de la mañana.

Aquello era un hervidero y además de esto un bazar. Pero no un bazar de diamantes americanos y una multitud de efectos de industria, sino un bazar de diamantes vivientes, de pañuelo en la cabeza, de ojos chispeantes y de bocas procazes, dispuestas tanto para las candentes caricias del amor como para la palabra caústica, mordiente y lanzada a todas las magnitudes y aun a todas las monstruosidades de la idea libre.

Bazar semejante a los de esclavos en tierras de musulmines, con la diferencia de que allí las mujeres se venden en plena propiedad y dominio y en el Imparcial la esclavitud se convertía en alquiler, semejante al de los coches simones.

Allí no iba más que la gente del bronce ó aficionadas del género: los de la misma especie que no tenían dinero para un café ó para la media copa de ron y marrasquino, ó de bala rosa, ó de peña, como mejor queramos, se escacionaban en un enorme grupo á la puerta, cortando el paso á los transeúntes. La Fulanita (que se nos permita llamar su nombre), preciosa mujer del barrio de la *Trinidad* de Málaga, zapateado de firme sobre el tablado con sus pequeños pies de hada al compás de la música, balanceando las provocadoras caderas y abrazando al público con el ademan de sus deliciosos brazos, recargados con relucientes pulseras, terciado el manto de Manila, coronando su graciosa cabeza el peinado á lo chulo, y con su característica peineta, haciendo ondular su traje de lani-lla con farfales, era la sultana de aquel harem flamenco. ¿Qué lástima de niña morena y barbiana, quiero decir, qué lástima que haya desaparecido de aquel eden de la gente de gusto!

¡Qué dolor de café!

¡Así pasa la gloria del mundo!

Y sobre todo, ¡qué lástima de industrial que allí tenía un filón de plata pura y se lo han cortado por una cuestion de órden público!

Desdichas.

II

Era una noche del invierno pasado.

En uno de los más recónditos rincones del café, porque el establecimiento estaba lleno de ellos, á una media luz misteriosa habia sola, en un solo cabo, sentada á un pequeño velador redondo ocupado por un servicio de té, una mujer, ¡pero qué mujer! mejor dicho, una dama, que esta no podia menos de revelarse, á pesar de su disfraz de chula.

Tenia abandonado, con un elegantísimo desaliño, sobre la cabeza cargada con un tesoro de cabellos rubios, un rico pañuelo de la India; bajo el flequillo de sus cabellos dorados, desordenados sobre la frente de nácar, se veía su semblante que á primera vista suspendía, subyugaba, paraba la sangre: los ojos, no muy grandes, pero bellísimos, negros, brillantes como carbunclos, de los que fluita una vida poderosa, un alma impresionable, propensa á todas las impresiones candentes, sobrepuesta á todo respeto, á todo temor, á toda conveniencia social, á todo zinzamiento, y al mismo tiempo altiva, avasalladora, llena de la conciencia de su poder, ya por la influencia de su hermosura, ya por lo negro de la sangre que hervía en su corazon; y á todo esto, gracia, buen trapío, seducción, encanto, promesas de delicias inauditas, gloria viviente, martirio de todo el mundo y contento de uno solo.

Era una mujer hecha y derecha. Cuarenta años por lo ménos. Pero cuarenta años frescos, fragantes, con todos los incentivos de la voluptuosidad, con una juventud de que rebosaba una vida poderosa, con una gracia de formas, una morbidez y una finura, una dureza que se tocaba con la vista.

Garganta sensual, carnal, estatuaria, robusta, mórbida, que abrasaba la sangre.

En ella un hilo de gruesas perlas, del cual pendía una cruz de brillantes que venia á caer entre la saliente superior de los dos altos globos del seno, velado á medias entre una nube de riquísimos encajes.

En las orejas dos gruesos solitarios. En los brazos pulseras macizas y otro solitario en cada una de ellas.

En las manos sortijas de gran precio. Un riquísimo manto japonés y un amplio y magnífico traje de faya.

Y no era una de las reinas del pueblo. No era una manola.

El título aristocrático se le salía por todos los poros del semblante, en todos los relámpagos de sus ojos negros.

Á la vuelta de la plazuela, en la calle de las Huertas, la esperaba un landó cerrado, al que estaba enganchado un tronco de magníficos caballos y cuyos crines llevaban libreas con pieles, y sombreros con anchos galones de oro.

El lacayo estaba á las puertas del café. La hermosísima, la enloquecedora, parecia que aguardaba con impaciencia.

Los concurrentes asiduos del café habian reparado, como no podia ménos de ser, en ella.

—¿Quién es esa señorona?—decían.—¿A qué viene aquí?

Era un pedazo de un mundo brillante, y en aquel otro mundo flamenco no la conocía nadie.

En ninguna parte podia haber estado más oculta. Para aquella aventura no habia necesitado más confidentes que sus criados.

Ya sabemos lo que son los cocheros y los lacayos. Ellos conocen todas las historias secretas de sus señoras, y con mucha frecuencia ellos son personajes importantes de las tales historias y á veces la historia entera.

III

La buena moza estaba inquieta. A pesar de lo llamativa que era por *realísima hembra* y por rica, en la que se podia encontrar *querer mareante* y *guita larga*, ninguno de los caballeros del café se habia atrevido á abordarla.

Y habia muchos de ellos que se atrevían á todo y que tenían la sangre frita por aquella señora que se habia caído como de una nube en el café.

Pero miraba y resollaba con un tal poder la individuo que se hacia respetar.

Consultó ella su reloj. Un precioso reloj.

Eran más de las doce y media. Se marcó más la cólera comprimida que aquella espera causaba en la dama.

Al fin su semblante dulcificó la rigidez de su voluntariosa impaciencia, y un relámpago de pasion, un relámpago divino inflamó sus ojos.

Un hombre ya de edad, pero fuerte y robusto, vestido sencillamente, pero con una gran distincion, adelantaba con trabajo entre las apretadas mesas del café, en torno de cada una de las cuales habia un anillo humano, en que descollaban las graciosas y audaces cabezas de las chulas, y las gorillas y los hongos de sus compañeros naturales.



PIERROT, cuadro por L. Comere (Salon de Paris de 1884)



EL CHALAN, dibujo por Ricardo Balaca

mismo para San Martín, añadió el caballero, atusándose unos cuantos filachos de bigote, y acariciándose la punta de la corva nariz, parecida á la de Guignon.—¿Qué quiere V. que yo le haga...? exclamó Chemini, que tomando un polvo (era su único vicio). El Ayuntamiento tiene tomado el coche por tres días: ayer para llevar á los toreros, hoy para llevar á los músicos, mañana para llevar á los cantores de la iglesia.

El caballero de la nariz guineolca hizo un gesto de profundo desconsuelo. Era este señor de alta estatura, tan flaco y sarmentoso que todo él era una pura silueta, es decir, perfiles, líneas que no encerraban ó no parecían encerrar cosa alguna de sustancia y peso. Iba vestido con gran desden de los usos corrientes y con bastante olvido de la limpieza. Cuando le dijeron que no había billete en el coche, miró cara á cara á Cheminique y le soltó estas palabras:

—¿No sabe V. que mañana son las elecciones en San Martín? Pues sí señor, son las elecciones y yo me presento candidato... tengo la elección asegurada... yo soy médico, pero no asisto á enfermos, no despendo mi ciencia en pequeñas parcelas para dar la comunión diaria á los que lo necesitan, sino que la entrego á la humanidad en grandes bloques, en enormes pedruzcos, lo cual traducido al lenguaje ordinario significa que soy inventor, descubridor de grandes verdades por las cuales muchas dolencias tenidas por incurables han encontrado alivio y salud los que las padecían... Pues bien, sepa V. que mi último descubrimiento ha sido el más importante de todos. Ya no habrá cólera. Quiero decir que el cólera será una enfermedad insignificante. Los que niegan lo maravilloso porque les molesta comulgar con ruedas de molino, no podrán negar cuando yo se lo explique, que en el estudio constante de las leyes de la naturaleza puede hallarse como yo he hallado algo que detenga esas mismas leyes, así como rompiendo el piñón de un engranaje se detiene la marcha de las ruedas que le obedecen. Sí señor, déjeme V. ocupar un asiento de ese coche, que yo pueda llegar mañana al pueblo donde la elección va á efectuarse y mi triunfo es seguro... ¿Sabe V. quiénes van á votar?... pues los muertos. No dirigí mi manifiesto á los vivos, sino que me iré al cementerio, y á los miles de ciudadanos que en ocasiones distintas han fallecido allí por la ignorancia de los hombres les diré: «Salid de vuestras tumbas... os ha dejado morir la falsa ciencia; la ciencia verdadera os dará la vida. Yo necesito una tribuna desde la cual pueda exponer mis teorías; esa tribuna me la facilita el acta de diputado...»

El maragato no entendió la mitad del absurdo razonamiento de aquel hombre, pero sí el mudo lenguaje de tres relucientes dedos que desde los flacos dedos del doctor orate pasaron á su gruesa mano y en virtud de ello permitió á este subir al coche que poco después se puso en movimiento.

Estos puntos indican una serie de ideas incoherentes, vagas, inexplicables que pasaron por el cerebro de Dioscoro. Seguía este dormido y entre los últimos resplandores de aquel sueño vió al doctor de San Martín entrar en el Congreso llevando un acta en la mano donde decía: «Vengo en representación del cólera.»

J. ORTEGA MUNILLA

VIRGEN Y MÁRTIR

(Conclusion)

—No es posible; se halla ultimando los preparativos de marcha; dentro de una hora sale con el regimiento con dirección á Bilbao.

—Tanto más para que yo le vea; es muy urgente lo que tengo que decirle.

—Pero...

—No hay pero que valga. Anuncie V. al señorito D. Felipe de Velasco.

—¿Ha vuelto del otro mundo?

—Acaso.



QUEBDE V. CON DIOS... cuadro por G. Costa

—Espere V. un instante.

—No tarde.

—Pase V. por aquí; tenga cuidado con estos escalones, hay tres... ¿Señorito?

—Adelante.

—Buenos días.

—¡Hola, Ruperto! ¿Qué hay de nuevo? ¿Es verdad que ha resucitado tu amo?

—¡Ay, ojalá que así fuese!

—¡Dichoso el que descansa; no tardará en acompañarle. Esta guerra civil va á concluir con todos; no van á quedar ni los rabos; las mujeres habrán de formar gobierno; ¡será una nueva isla de San Baladrán! Pero ¿qué haces de pie? Síntate donde quieras, ó donde puedas; como ves todo anda revuelto en España... ¡Hasta mi vestuario!

—¿Qué tiempos, Dios mío, qué tiempos! ¡Bien hace el señorito Luis en tomar los hábitos...

—¡Calla y no digas tonterías! ¿Qué diablos traes en la mano?

—Un pliego que me dejó el señorito Felipe con encargo de entregárselo á V. en caso de que él falleciera.

—¡A buena hora te descuelgas con papeles! No tengo tiempo de leer.

—Con tal de que no se le extravié á V. ya lo leerá cuando pueda.

—Tienes razon; métele en mi cartera de viaje, es el sitio más seguro... En la bolsa del centro.

—No cabe.

—Dóblalo por la mitad... eso es... cierra, pero no eches la llave.

—¿Qué más se te ocurre?

—Que lleve V. buen viaje.

—Gracias.

—Y que sea más afortunado que mi pobre señorito.

—Mil gracias, Ruperto, mil gracias.

—¡Diablo! En el instante mismo en que me dispongo á partir para la guerra viene esta carta... ¿será un aviso? No soy supersticioso, pero hay casualidades bien extrañas... No, yo no salgo de aquí sin leerla. ¿Qué tendrá que decirme Felipe después de muerto? ¿Querrá darme alguna bromita pesada! ¡Será tal vez una calaverada póstuma! ¡una locura de ultratumba!... Veamos.

Mariano rompió el sobre y entre algunos papeles de oficio halló una carta.

«Mi querido Mariano:

—Pues esta no viene en verso como la carta de don Juan!

»Mi querido Mariano; tú y yo somos dos grandes bribones.

—¡Buen principio!

»Dos locos, dos ciegos adoradores de las sotas de la baraja y de los gabinetes perfumados.

»Hemos querido con demasía á las mujeres del prójimo y aborrecido á la mujer propia que nunca tuvimos y, ¡ay! que no tendremos jamás (perdóneme esta primera debilidad que á manera de introducción apunto).

»Nuestras deudas increíbles nos han hecho acreedores á todo lo malo, porque nuestros acreedores nada bueno nos deben; nuestro deber y haber están llenos de trampas y de promesas solamente.

»¿Y los duelos estúpidos de que fuimos protagonistas?

»Los maridos engañados y los usureros prodigos (valga la paradoja) han perdido sus mujeres, su dinero, y, después de robarles, les hemos agujereado la piel.

»Y, sin embargo de todo esto, tú y yo tenemos buen corazón y sentimientos generosos.

»No se lo digas á nadie porque se reirían de nosotros; los hombres honrados no hacen fortuna.

»Tal ha sido nuestra vida; el escándalo, la desvergüenza y la corrupción por fuera; por dentro... ¡ah! por dentro... (creo que soy algo poeta) por dentro la caballerosidad, el honor, lo sublime, lo divino... ¡qué lástima que no nos hayan vuelto, como á un guante, lo de dentro á fuera!

»Lo cierto es que yo no estoy satisfecho de mí mismo... ni tú tampoco.

»Me voy á la guerra por romanticismo; los españoles somos gente aventurera; no obstante, si fuera cogito me hubiera quedado en Madrid.

»Sólo unos perdidos como nosotros dos son capaces de jugarse la vida por una idea y por unos hombres que ni á ti ni á mí nos importan un comino.

»Como en la guerra, por soñador que uno sea, la muerte es un acontecimiento muy natural y frecuente, te declaro que al emprender la campaña siento la conciencia intranquila; sí, tengo renormientos.

»Me sucede en la presente ocasion lo que al honrado y pundonoroso comerciante que, al terminar el año y hacer el balance general ó arqueo (que en tales cosas no estoy muy fuerte), ve que debe más de lo que posee y que ha gastado el triple de los ingresos.

»Detrás de mí dejo una mujer engañada, una joven seducida que se halla en meses mayores.

»Me dirás que no es la primera ni tampoco la vigésima... ¡valiente noticia!... ¡pero esta es una mujer honrada, una muchacha sencilla, una niña inocente y buena; estoy convencido, firmemente convencido de ello.

»Me creyó, me amó y yo la recompensé como un canalla.

»Es inútil describirte esta historia que en un principio fué idilio, luego égloga, hoy drama y que quizás dentro de poco venga á parar en tragedia.

»Se trata de una joven humilde, hija de artesanos; el hecho es bastante ridículo, ¿no es cierto? ¡Si lo supieran en el casino!

»No, no te rías de mí, calavera empedernido; todos llevamos nuestra máscara sobre las narices, lo mismo los buenos que los malos; máscara que conservamos hasta las puertas de la muerte, ante las cuales la arrojan con horror lejos de nosotros como inútil y enojoso artefacto, porque en la muerte todos nos sumergimos desnudos... lo mismo que nacemos.

«Es el presentimiento de una muerte próxima lo que me vuelve filósofo? Creo que sí y me emorgullozo de sentimientos que por vez primera se despiertan y salen libremente de mi alma.

«Me preocupan esa muchacha y ese niño cuya entrada en el mundo me temo que va a coincidir con mi salida.

«Por si esto sucediera dejó una carta para mi hermano suplicándole que se encargue de la madre y del chico; pero no sé por qué no me inspira Luis gran confianza.

«El cura es egoísta; en fuerza de considerar á todos sus fieles como hijos concluye por no amar á ninguno.

«Además, mi vida le tiene escandalizando y me temo que mi última voluntad vaya á tomarla como un excéntrico capricho de un libertino *in extremis*, es decir, á beneficio de inventario.

«Tampoco le juzgo capaz de comprender este impulso extraordinario que siento después de tantas iniquidades é infamias cometidas á sangre fría, y por si sucediera lo que sospecho, quiero que estés tú á la mira, que peses en el ánimo de Luis si vacila en complacerme y le reemplaces en caso de que se niegue.

«Deseo que esos dos seres sean felices y dichosos; ¿no me deben una desgracia? pues que me deban también su fortuna; Mariano, ¿me comprendes?

«Porque me comprendes, porque harás cuanto deseo áun cuando todo fuese una humorada mía, te escribo estas líneas y te confío mis esperanzas.

«Cuento contigo; ¿cómo no, si somos uno y otro igualmente desalmados, igualmente locos y astillas de un mismo palo?

«¡Ah! me he quitado un gran peso de encima.

«Ya voy contento.

«Venga un abrazo y despedidámonos para siempre, porque, si esta carta llega á tus manos, mis huesos se hallarán refinando azúcar ó en camino de una fábrica de botones.

«Adios y buena suerte, zorro mio; no te apures en contestarme.

«Tuyo después de muerto

FELIPE DE VELASCO

V

San Luis Gonzaga

Pasaron algunos meses.

El gobierno se disponía á dar el golpe decisivo á los carlistas y terminar en una sola batalla la guerra civil que durante cuatro mortales años venía aniquilando en el país la juventud, la industria, y toda clase de prosperidades.

El ejército del Norte se reforzó con nuevos regimientos y pertrechos de guerra.

La gente estaba animada y resuelta á todo.

«¡Ah! ¡cómo halaga á la fantasía tantos peligros que arrostrar, tantos obstáculos que vencer!

Los bisoños se pavoneaban dentro de sus chaquetillas azules creyéndose un Cid el que menos, en tanto que los veteranos paseaban con orgullo sus viejos uniformes hechos harapos y con cierto tuflido á plóvora que trascendía.

Se hablaba con entusiasmo; se bebía sin tasa y hasta se amaba la muerte.

Los hombres son así; ¿respiran sangre? son tigres; ¿hueben el incienso? son santos.

Por fin llegó la hora.

Seis divisiones, al mando de seis aguerridos generales, se abrieron en fila frente al enemigo.

El día era hermoso; la naturaleza se reía filosóficamente de estos horrores humanos.

En la columna del centro y entre el Estado mayor general se encontraba Mariano, el amigo de Felipe.

No le había sido posible ver á Luis, ni tampoco sabia cosa alguna de la madre y el hijo que le fueron encamados.

El deber, y el contacto con la muerte acostumbraban al ánimo á mirar con desprecio las cosas de aquí abajo.

Los primeros toques de corneta resonaron con marcial coquetería, cruzando los aires á la manera de amistosos saludos y despedidas y, á veces, semejando quejas y ayes de heridos y moribundos.

De pronto, del extremo del ala derecha avanzó un jinete á rienda suelta hacia el Estado mayor general que ocupaba el centro de operaciones.

Unióse al grupo y conversó largo rato con el jefe, quien le dijo al recién llegado ayudante:

«¿Piensa V. avanzar con nosotros?

«Me es lo mismo, dijo el interpelado timidamente.

Mariano, que estaba de espaldas á él, volvió la cabeza vivamente afectado.

«¿Por Cristo que yo conozco esa voz!

«¿Mariano!

«¿Luis! ¿qué es esto? ¿tú entre nosotros y en ese traje... ¿qué significa?

«Ven á este lado y hablaremos.

Ambos volvieron sus caballos y se separaron del grupo.

«No vuelvo de mi asombro! ¿Tú con tricorno y espada al cinto, cuando te hacia con casulla y un cirio pascal en cada mano?

«¿Dios lo tenía dispuesto de otro modo!

«Cuerpo de Dios, que todavía hay milagros en el mundo!



EL ARCO IRIS DE ULLOA

«¿Recibiste una carta de Felipe?—dijo Luis con voz entrecortada.

«Sí, ¿y tú?

«También.

«Y ¿qué has hecho?

«Mi deber,—exclamó Luis sencillamente, al par que en su rostro imberbe se dibujó una sonrisa tan amarga como dolorosa.

«¿Tu deber? ¿no comprendo?..

Las cornetas comenzaron á tocar la órden de avance.

«Es verdad; no sabes nada; no hay instante que perder, te lo diré en dos palabras... Recibí la carta de Felipe la víspera de tomar las sagradas órdenes... ¡por fortuna llegó á tiempo! Me puse en camino inmediatamente; vi á la madre y al niño. Mi hermano se había portado muy mal con ella, porque si bien la muchacha es de clase humilde, es honrada y buena; el niño es hermosísimo... ¡cómo se parece á Felipe! No cabe duda que es hijo suyo; tiene la fisonomía y la expresion de los Velascos. Convencido de todas estas cosas é informado por un sacerdote...

Las lágrimas caían silenciosas de los ojos de Luis; Mariano estaba también conmovido. Mientras tanto las columnas del ejército avanzaban lentamente hacia las trincheras enemigas.

«Acaba, dijo Mariano.

«Sí, escucha, escucha.

Las primeras descargas de fusilería les obligaron á hacer una pausa.

«Después de una cruel y horrorosa lucha sostenida conmigo mismo; no queriendo faltar á mis votos, que si no habían sido pronunciados no por eso pesaban menos en mi conciencia, deseando cumplir con creces la última voluntad de Felipe, devolví la honra á esa pobre muchacha, dar un nombre al niño y perpetuar en él nuestro ilustre apellido de familia...

Los primeros muertos embarrababan el camino; por todas partes se oía la voz de avance; un coronel se llegó á los dos ayudantes y les gritó con voz de trueno:

«Caballeros oficiales, adelante, es preciso dar buen ejemplo al soldado.

Luis miró á su alreedor y poniendo su caballo al trote dijo á Mariano:

«Entonces me casé con la mujer abandonada por mi hermano y reconocí al niño. Aquel mismo día lo abandoné y vine áyer á las órdenes del general X. como voluntario, decidido á morir sin faltar á mis juramentos ni á mis sagrados votos.

Dicho esto con voz clara y firme, Luis picó espuelas á su caballo y partió al galope, perdiéndose entre el humo de las descargas que se cruzaban de una y otra parte.

Aquella misma noche, auxiliado por la luz de la luna, Mariano recorrió el campo de batalla, principalmente el lugar donde se separó de Luis.

Siguiendo la direccion que éste último había tomado, caminó largo tiempo reconociendo todos los cadáveres que hallaba á su paso.

Ya mediada la noche encontró el cuerpo del joven militar acribillado á balazos.

El rostro de Luis parecía sonreír bondadosamente; tenía los ojos abiertos, la espada envainada en el cinto y los brazos en cruz.

Mariano se arrodilló, besó su frente, le cerró los ojos y, llorando como un niño, prorumpió por vez primera desde su infancia:

«Padre nuestro que estás en los cielos...

FÉLIX REV

EL ARCO IRIS BLANCO

Bien quisiera hallar palabra propia para designar el fenómeno meteorológico de que voy á tratar en este artículo; pero á falta de término de mayor expresion y que con más claridad dé idea del hecho, me permito llamarle *arco iris blanco*, áun cuando no parezca muy bien tal nombre.

Trátase al cabo de un efecto de luz, semejante á esa hermosa faja colorada que en la atmósfera producen los rayos solares después de haber atravesado levísimos corpúsculos de vapor de agua; efecto resultante de la misma descomposición de la luz, cuyos colores creyéranse superpuestos y coincidiendo, de suerte que originasen el color blanco de aquellas famosas aureolas descritas por nuestro insigne compatriota D. Antonio de Ulloa.

De cuantos fenómenos meteorológicos y atmosféricos conocemos, ninguno es tan interesante y hermoso como el causado por la dispersion luminosa. Más grandiosas y terribles son las manifestaciones eléctricas; los meteoros caloríficos de los vientos y las nubes, perfectamente estudiados al presente, ofrecen mayor variedad; pero nada tan misterioso y sutil como los meteoros luminosos, reducidos en último análisis á coloraciones por todo extremo admirables, brillantes aureolas y halos que se desvanecen en la atmósfera sin que puedan señalarse sus límites.

A la categoría de estos últimos pertenece el que va á ser objeto del presente trabajo, resumen y compendio de muchas observaciones y largase serie de experimentos.

Permítaseme, antes de entrar en materia, brevísima digresion acerca de la índole del trabajo de que voy á dar cuenta. Dos partes igualmente importantes y esenciales tiene el estudio de los meteoros luminosos y estas dos partes no son sino el principio y el término del método de las ciencias naturales, las dos caras de todo trabajo físico: una constituida por la sola observacion de sus hechos y de sus condiciones, y la otra puramente experimental y comprobatoria, consistente en la reproduccion del fenómeno, para mejor determinar sus condiciones y llegar más tarde á establecer su ley general. A este propósito, dice con grandísimo acierto el eminente profesor Tyndall: «El físico investigador no solamente aspira á observar los fenómenos naturales sino que desea además reproducirlos, haciéndolos entrar, por decirlo así, bajo el dominio de la experimentacion. Con observar aprendemos lo que la Naturaleza tiene á bien revelarnos; experimentando la colocamos en el banco de los testigos, la examinamos y sacamos de ella muchas más enseñanzas que las que habria querido ó podido darnos oportunamente.»

Este raro criterio, esta acertadísima doctrina, profesada por uno de los más hábiles é ingeniosos experimentadores de la época actual, va á servirme en la exposicion de los hechos referentes al *arco iris blanco*. ¿Qué es, y en qué consiste tal fenómeno? ¿Cómo se reproduce en los laboratorios? ¿Cuál es su causa? Tales son las cuestiones que voy á tratar.

Ni es nuevo el fenómeno del *arco iris blanco*, ni muy reciente su estudio; es, sí, novísima su produccion artificial, así como una serie de curiosas observaciones debidas al profesor Tyndall, que sirven de comprobante á las teorías de Young. Desde la cúspide del monte Pambamarca, en el Perú, vióse, por primera vez, D. Antonio de Ulloa el *arco iris blanco*. Todos los libros de meteorología reproducen el curioso fenómeno. Entre la espesa niebla dibájase la imagen del observador rodeado de una suerte de aureola blanca, perfectamente circular, con zonas coloradas por débiles tintas irisadas.

Poco después de esta primera observacion y comisionados por el rey de España, emprendieron un viaje á la América del Sur, el mismo Ulloa y D. Jorge Juan y pudieron ver repetidas veces el mismo fenómeno, perfectamente descrito en la obra en que relataron su notable viaje. Unas veces aparecia aquel, como la primera vez, y cual si de la imagen de los observadores, pintada en la niebla, se proyectasen rayos de luz, que el vapor acuoso descomponia al punto, y otras el arco era de una blancura perfecta y de extraordinaria brillantez. Siempre aparecia el fenómeno semejante á una de esas figuras vaporesas, resplandecientes de luz y blancura ó como espléndida y magnífica manifestacion luminosa, que algunos creyeron de origen sobrenatural y divino.

Si notable y magnifico es el meteoró descrito por Ulloa y Jorge Juan, no lo es ménos la serie de observaciones hechas por Tyndall durante el pasado invierno, que voy á referir sucintamente. Dos *arco iris blancos* hace notar, sobre todo, el eminente físico; el primero en la noche del 22 de setiembre y en la noche de Navidad el segundo. Para que el fenómeno tenga lugar se precisa cierto estado atmosférico, es necesario que haya mucha niebla y áun escarcha; en estas condiciones basta abrir una ventana, en medio de la noche, colocar detrás del individuo una luz cualquiera y mirar á la oscuridad exterior. Al punto véase un círculo luminoso blanco y desvanecido, dibújándose en la oscuridad, mucho más allá de los límites de la sombra. Tal sucedió á Tyndall el primero de los dias referidos, y cuenta el sabio que si adelantaba la cabeza en la sombra, caminaba delante la aureola, la cual produciase por la débil luz de una bujía ordinaria.

Tiene el *arco iris* ordinario, ó de colores, un carácter constante, que sirve para determinar; tal es el valor del ángulo que comprende el radio del círculo, al cual asignó Descartes, después de muchas medidas, 41°. Tyndall, habiendo medido el correspondiente al fenómeno que observaba, halló que era su valor sensiblemente el mismo, de lo cual dedujo que era verdadero *arco iris blanco*.

Los fenómenos observados la noche y el dia de Navi-

dad son todavía más notables y dignos de mención. Por la noche la atmósfera estaba muy cargada de espesa niebla y caía finísima lluvia; en estas condiciones los círculos ó aureolas eran muy brillantes.

La luz que los rodea hallábase colocada entre dos puertas, y proyectándose en las sombras mucho más allá del espacio iluminado, parecía que su brillo procedía de la oscuridad y á ella lo debían aparentemente. Si el foco luminoso se colocaba en la niebla, desaparecía la aureola casi por completo; pues se la veía muy desvanecida confundirse con los vapores acuosos. Lo más admirable de tan hermoso espectáculo, los efectos de mayor belleza, debidos á los vapores atmosféricos, estaban reservados para la mañana siguiente. Amaneció un día de niebla espesa que condensándose sobre los vestidos les daba el mismo aspecto que si estuvieran cubiertos de rocío; mucho tiempo hubo de luchar el sol para disipar tantas brumas, que no lo hicieron sin dejar su huella en globulillos procedentes de la unión de pequeñísimos corpúsculos, cuyos globulillos velan tan sólo cuando la luz les heria bajo determinado ángulo. Movíanse extraordinariamente y parecían mejor que diminutas gotas de agua, vesículas semejantes á las que forman las nubes.

En seguida de esta observación hace notar Tyndall que, volviendo la espalda al sol y bajándose lo bastante para colocarse en la zona de los globulillos, vió un arco iris blanco mate; pero suficientemente claro y muy notable, presentando algunas veces tintas rojizas en sus límites.

Sucedía esto en el camino nuevo de Hind Head á Portsmouth; andando el arco iris blanco seguía á Tyndall y llegó a un momento verdaderamente sublime para el gran experimentador. Brillaba el sol en todo su esplendor, no empañaba la claridad del cielo la más ligera nube; desde una colina vídese completo y como nunca brillante el arco iris blanco, colocado delante de unos brezos. Esta vez, como las anteriores, también marchaba delante de los viajeros y si por acaso llegaba á tocar en puntos de los valles donde era mayor la cantidad de vesículas, los extremos del arco emitían luz mucho más viva que el resto. Muchas veces quebróse el arco; pero se unió al punto y su belleza, si no superó, igualaba siempre á la del arco iris ordinario, áun cuando el blanco cause cierta sorpresa por no ser tan frecuente ni común.

Con estos datos se comprende al momento cuáles son el origen y la causa del arco iris blanco y cuáles han de ser, en principio, los medios de reproducirlo en los laboratorios. En punto á este último, nada dejan que desear los trabajos del mismo Tyndall. Conocidos son en todas partes sus clásicos experimentos acerca del calor radiante y del color del cielo; nadie como él ha manejado la luz para observar sus efectos sobre vapores de diversas sustancias mezcladas con el aire, ni nadie tampoco ha dado

á sus investigaciones aquel vigor científico y aquel carácter tan singular, que denotan al verdadero sabio. El procedimiento para reproducir el arco iris blanco no es sino una nueva variante de sus métodos para determinar los efectos de precipitación debidos á la luz. En los primeros ensayos empleó Tyndall vapor de agua á la presión de veinte libras; la caldera donde se producía, tenía una válvula en la parte alta por la cual salía el vapor arrojando consigo algunas gotas de agua; condensábase en parte al mezclarse con el aire y ya tenemos producida la atmósfera adecuada á la producción del fenómeno. Con efecto, colocando una luz con las condiciones anteriormente dichas, produciase el arco iris blanco brillante y hermoso como en la noche de Navidad que Tyndall lo observara.

Después del experimento inicial se multiplicaron los medios de obtener el efecto deseado, siempre con nuevos y más interesantes caracteres, teniendo siempre presente que su fundamento estriba en mezclar con el aire atmosférico un líquido cualquiera reducido á ese estado particular que el caso requiere. Citaré una sola de estas variantes. Colocó Tyndall sobre el tejado de la Sociedad Real de Londres un depósito de agua filtrada, desde cuyo



EL AMOR, LA MÚSICA Y EL VINO, cuadro por Schneider

fondo bajaba un tubo terminado por una rejilla de regadera cuyos agujeros eran extremadamente pequeños. Salía el agua como fina lluvia, que á poca distancia de la salida, formaba á modo de nubes constituidas por gotas pequeñas; en este caso, los círculos coloreados eran brillantes sobre toda ponderación y de pureza sin igual. No hay para qué hablar de otros procedimientos ni de los pulverizadores para dividir un delgado flete de agua que choca á gran presión con un disco metálico, ni de los efectos obtenidos con varios y diversos líquidos; pues sabido es que habiendo dado en manos de tan hábil profesor no quedó detalle sin estudiar. Para el objeto de este artículo creo suficiente haber indicado los fundamentos del método experimental.

Respecto del último punto ó sea de las causas del arco iris blanco, poco hay que decir; pues Young ha dejado la cuestión perfectamente esclarecida. Sábese cómo la luz blanca se descompone con sus colores elementales, los cuales á su vez superpuestos producen luz blanca; nadie ignora que el arco iris procede de la descomposición de la luz al atravesar, en condiciones determinadas, las gotas de agua que se forman en la atmósfera cuando amenaza lluvia y es también fenómeno muy frecuente ver dos ó más arco-iris, unos debajo de otros. Pues bien, en estos hechos, que son ya del dominio vulgar, se apoya la explicación de Young, según el cual el arco iris blanco es consecuencia de la excesiva pequeñez de las gotas de agua que lo producen. Cuando observamos dos ó tres arco-iris hay uno principal más claro y con colores más puros y definidos y otros más

brillantes nombrados *supernumerarios*; pues bien, en el caso especial del fenómeno de Ulloa, formado precisamente en la zona del arco principal, los supernumerarios se aciman unos sobre otros y mezclándose producen el blanco.

Esta opinión se apoya con el hecho de que cuanto más pequeñas son las gotas de agua, tanto mayor es la zona de los arcos supernumerarios y el mismo Young ha demostrado por cálculos admirables que si las gotas tienen un diámetro de $\frac{1}{3,000}$ ó $\frac{1}{4,000}$ de pulgada, los arcos se superponen produciéndose la mezcla de color blanco. Si hubiera un solo arco iris blanco, la pequeñez de las gotas explica su formación.

Tal es, en breve resumen, el estado actual del conocimiento de uno de los fenómenos atmosféricos más notables, resultado al cabo, como todos los demás, de esta energía única, que aparece bajo mil formas revistiendo caracteres variadísimos, siempre armónicos, ya que todos se enlazan tan estrechamente que no puede decirse ni cuál es el primero ni cuál ha de ser el último.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON.



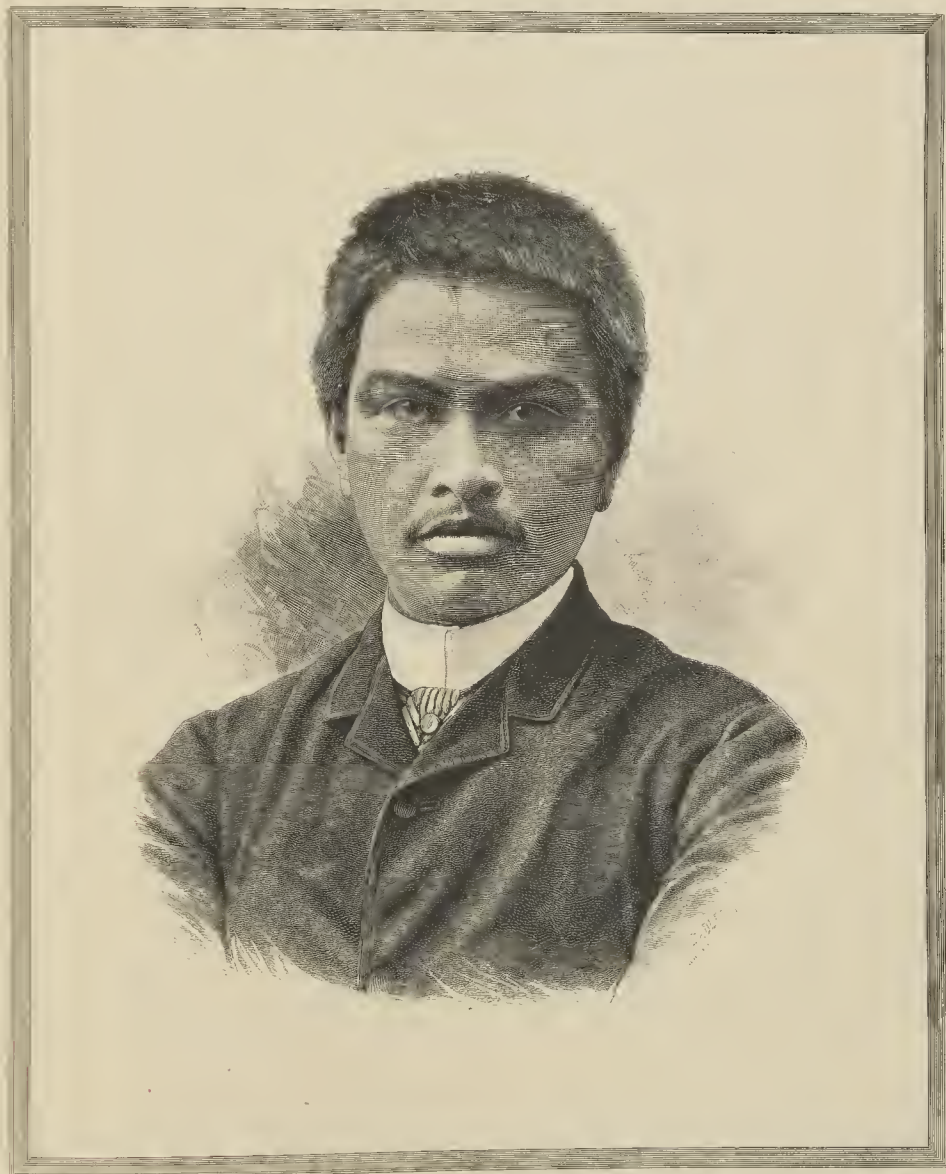
AÑO III

← BARCELONA 20 DE OCTUBRE DE 1884 →

NÚM. 147

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS PINTORES



DON JUAN LUNA Y NOVICIO, AUTOR DEL SPOLIARIUM

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL SPOLIARIUM, por don Manuel Angelon.—EL ACEITE Y LAS OJAS, por don E. Benol.
GRABADOS: DON JUAN LUNA Y NOVICH, autor del Spoliarium.—JUNTO AL POZO, dibujo de J. Lláman.—VISTA DE POLA.—BARRIOS ALTOS DE GRANADA.—UNA CALLE DE CORDOBA, dibujo por J. M. Marqués.—LAS TRÁLLAS.—MARINA, por H. Mesdag.—SPLIEMENTO ARTISTICO: EL SPOLIARIUM, cuadro por Juan Luna, (primer premio en la última exposición madrileña).

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Paseemos.—El Retiro y la Casa de Campo.—Reyes cazadores.—Lo que se ve entre los chaparros.—El derecho divino y los blancos de España.—Silueta de un cazador ilustre.—Acontecimientos teatrales.—La pastivo y Tamayo.—Ana Judic.—La blague parisien.

En estos días hermosos del otoño, es cuando resulta más agradable el paseo. Lástima que Madrid no tenga más que dos sitios por que pasear: el Retiro y la Casa de Campo. El primero es un jardín a la francesa; la segunda es un monte de caza. Los dos han nacido de la munificencia real, y en el Retiro se observa la influencia de la dinastía borbónica que trajo de Versalles el gusto por los grandes jardines, por los pequeños palacios de mármol rosas perdidos entre la sombra de los árboles, por las cascadas y los lagos minúsculos donde juegan rebajados de patos y se balancea un ligero y blanquísimo esquife. La Casa de Campo, por el contrario, representa el carácter castizo de las fincas campesinas en que nuestros antepasados se recogían; grandes alamedas y omedas sombrosas por donde pasar y perderse con un libro en la mano ó gentilmente acompañado por una dama; enormes fuentes de piedra que echan el sonoro caudal del agua por once caños de bronce, y el campo abandonado a sí mismo con la agreste vegetación de la chaparra y la algarra, lleno de los perfumes incomparables del tomillo y el romero; aquí, un grupo de conejos que departen amistosamente en la puerta de sus casas subterráneas; más allá un bando de perdices que os salen a tiro de escopeta, describiendo un triángulo de plumas en el horizonte.

**

No hay que considerar con desprecio esta apariencia de las cosas materiales, ni creo yo que están en lo cierto aquellos que atentos únicamente a analizar la entraña, la injundia y la materia interna, prescinden de las apariencias, de la superficie y de la frivolidad. No hay nada más erróneo que este injusto desden que significa el olvido de las formas y de las exterioridades. Para el historiador hay en el Retiro y en la Casa de Campo motivos de observación cuidadosa y atenta, porque ambas fincas representan cada una, una época. La primera era el paseo de nuestros Reyes. Así como el gran arquitecto de jardines Le Notre hizo de Versalles y Maintenon obras maestras de arboricultura y floricultura, aquí se quiso hacer en Aranjuez y en la misma corte, algo que pudiese competir con aquellos nidos que se habían construido los Reyes de Francia en las márgenes del Sena. La naturaleza era aquí menos pródiga porque el agua faltaba, pero se apeló á ingeniosas combinaciones de tubería, á un sistema de irrigación árabe, y de las entrañas de la seca tierra surgió abundante caño que nutrió las secas venas de los árboles y las acenazadas raíces de las plantas. El árbol prosperó, la savia trepó por todo su organismo, verdeguó en las hojas que se agitaban á impulsos del viento y sirvió de lugar de reposo y de placer á los pájaros y de sombra y otrogo dichoso á los amantes. Un rey hizo una calle, otro saca, y de aquí vino á parar lo que empezó por ser jardín en convertirse en un bosque civilizado. Los bosques sometidos á las tijeras de los jardineros que los pulían y los recortaban haciendo dibujar al vegetal formas caprichosas, trazando con bojes y cipreses toda suerte de escudos y cifras alusivas á los emblemas de la Casa reinante, caprichosas combinaciones de animales heráldicos. El jardín estudiado de esta manera, vino á ser una ampliación del salón, del salón sin techo, pero en que todo lo demás estaba estudiado para que no hubiese ni una arista de yerba que se separase de la línea recta trazada por el arquitecto, ni un pedrusco que entorpeciese la marcha. Fina y rubia arena cubría el piso; blancos asientos de mármol del Guadarama, estaban convenientemente distribuidos aquí y allá, de trecho en trecho, constando reposo al paseante; en todas las esquinas una estatueta, alguna deidad mitológica, ya Diana cazadora, ya Mercurio el de los pies alados; y en las plazoletas fuentes en que Tritones y Nereidas arrojaban al cielo chorros de perlas que caían ruidosamente en la taza de bien labrada piedra. El jardín francés es una adulación de los sentidos, propio sólo para producir ilusión y encanto en espíritus vulgares que no saben separarse de la realidad y que no tienen el amor de la poesía.

**

La Casa de Campo, por el contrario, habla de aquella buena edad de los reyes cazadores que invierten el tiempo que les dejaba libre la caza, en discutir alguna vez los negocios de Estado, á la sombra de sus álamos, entre los troncos de sus encinas negras y de sus parducas chaparros. Allí donde los conejos roen las yerbas y las perdices picotean los granos de algarroba, allí se cree ver la silueta obesa y reposada del buen rey Carlos IV, en cosa alguna y de pacíficos soberanos que jamás se meten en cosa alguna y que tenía entera la gobernación de los reinos á Godoy; hombre bondadosísimo, de ningún carácter; débil

para contener las demasías de la nación y hasta las demasías conyugales; inútil para gobernar no un pueblo, ni siquiera su propia casa, y para juzgar al cual el pueblo español tenía una frase concluyente y pintoresca: era un rey calzonazos.

**

Cuando los tratadistas que se ocupan de la autoridad monárquica discuten minuciosamente y pelo por pelo todos los detalles de la teoría de los modernos poderes y regatean al pueblo el derecho á intervenir en los actos de los monarcas y conceden á estos una autoridad absoluta sobre sus súbditos, negando, por lo tanto, el principio representativo y constitucional; cuando estos doctos señores agotan el caudal de sus conocimientos históricos, el de su lógica y el de su elocuencia, y cuando ya han dejado convencida á la humanidad de que para la felicidad de las naciones no hay más remedio que volver á los añeños tiempos en que la voluntad de un hombre era indiscutible y se imponía á todos, altos y bajos, ilustres y vulgares, honrados y ladrones, entonces aparecen esa misma silueta obesa del rey Carlos IV. ¿Cómo! decimos; hé aquí un hombre que tenía en sus manos toda la autoridad y que no la ejercía. Si el derecho divino establece que uno solo de los hijos de la madre tierra ha de tener en sus manos el dominio de todos los demás, ¿por qué no hace que realmente ejerza la autoridad con que se le ha investido, y cómo es que de cada diez monarcas absolutos nueve han entregado ese poder á un valido, á un hijo de la fortuna ó del acaso, de más ó menos talento y de más ó menos moralidad, pero que por ningún concepto legal dentro del sistema del derecho divino puede creerse autorizado para mandar en sus conciudadanos? La escopeta en una mano, seguido de una buena jauría de perros, el buen rey Carlos IV avanza por la Casa de Campo. Los más ilustres magnates le sirven de ojeadores; príncipes y duques se disputan la honra de llevar la naveta de escopeta labrada por los herreros de Bilbao con toda suerte de incrustaciones de oro en los remates, guardagaitillos y oídos es el cetro que mejor maneja el rey Carlos IV. Más pronto se hacia dueño de la res que en velocísima carrera pasaba delante de su puntería que de un grave negocio nacional, cuyo protocolo escrito en limpia y redonda letra castellana tuviese sobre la mesa del real despacho. Sobrelleva las fatigas de la marcha á pié, tener la paciencia del cazador que emboscado detrás de la enramada espera no una hora sino muchas á que la caza acuda, de esto sí que se sentía capaz el buen rey Carlos IV; pero de todas aquellas condiciones que Tácito ya reclamaba á los Césares diciendo que habían de tener valor contra el miedo y el cansancio, contra la inmoralidad y el temor y contra las propias pasiones, de eso, nada le había tocado en suerte, cuando Dios repartió sus dones, al buen rey D. Carlos IV de célebre memoria. Pero nosotros no nos proponemos hacer un trabajo histórico, sino sencillamente contar impresiones de pasante que aprovechando una de estas hermosas tardes otoñales sale de su casa con un libro en el bolsillo para leerlo allí dentro el reposo y la soledad lo permitan y que después de haber dirigido sus pasos una vez hacia el Retiro los dirige otra vez á la Casa de Campo.

**

Mas sin saber cómo, al llegar á ese banco deseado y tomada posesión de su cómodo reposo, abriendo el libro advertimos que por error, en vez de tomar de nuestra biblioteca una novela profunda como las de Perez Galdós ó amena como las de Julio Verne, advertimos que lo que nos hemos echado en el bolsillo es un tratado que se titula del derecho divino, y en cuyas páginas podrán encontrarse todos los problemas que han traído turbados á los pueblos, pero de ninguna manera un motivo de honesto recien. Bien es verdad que lo que perdimos en diversion lo ganamos con la oportunidad de que la lectura de este libro sirva de motivo á que demos cuenta á nuestros lectores de las noticias que la prensa francesa nos transmite respecto á los proyectos que abriga en Francia los llamados blancos de España, que se suponen poseedores del mejor derecho á la corona de Luis XVI. La Condesa de Chambord no ha recibido de buena gana la cesion que de sus derechos reales hizo el difunto Conde en la persona del Conde de Paris, porque esto de que el derecho divino pase de la rama borbónica á la rama orleanista, y que ésta sin comerlo ni beberlo se halle dueña y señora de derechos eventuales y fantásticos, pero derechos al fin, al cetro glorioso de los Luises, esto no puede llevarlo con paciencia la buena señora. Ha fundado cuatro periódicos para combatir la candidatura del Conde de Paris; ha buscado por todas partes un príncipe de la familia de los Borbones austriacos en quien depositar ese caudal de esperanzas y aspiraciones eternas nunca satisfechas de los legitimistas. Pero la verdad es que lo que la Condesa de Chambord haga por variar el curso de los fallos divinos, y lo que el Conde de Paris intente para hacer efectiva la cesion de los derechos que le transmitió el Conde de Chambord en su lecho de muerte, tendrán un mismo resultado; porque mientras tanto se agitan los legitimistas de Francia, la republica francesa continúa sin novedad en su importante salud.

**

En esta semana puede decirse que ha empezado verdaderamente la temporada teatral. Se ha inaugurado el

Teatro de la Comedia; se ha inaugurado el Teatro Español; se han inaugurado en la Alhambra las funciones de la ópera italiana y en la Zarzuela las representaciones de la compañía francesa que dirige Ana Judic. El aficionado á saborear las novedades teatrales no tiene tiempo que perder. Cuando llegan las ocho de la noche, empiezan para él esos momentos de indecisión y de duda: ¿Qué teatro preferiré? ¿Cuál le ofrecerá un programa de sensaciones más agradables y más nuevas? Y decidiendo esto punto y dándole esto problema permanece largo rato ante los aparatos anunciadores de la Puerta del Sol, donde los brillantes colores de los carteles y las letras de gas que luchan en brillantez unas con otras, solicitan su atención y parecen querer convencerle. Esta es la hora en que Madrid está más esplendente, más animado, y en que presenta un aspecto más jovial de pueblo feliz, de pueblo dichoso que ha conseguido todas sus aspiraciones, que ha clavado la rueda de la fortuna y contra el que no pueden nada las desventuras y las desdichas. ¿Qué ingenoso hormiguero el de la Puerta del Sol! ¿Qué ir y venir de carruajes, tranvías, Ripperts y todo género de vehículos! Por las ocho grandes arterias que coinciden en esto, que pudieran llamar el corazón de Madrid, fluyen constantemente ríos de gente, oleadas de ruido y una vibración en la atmósfera producida por el polvo que flota en ella. Centenares de miles de luces, largas filas de faroles, el movimiento de las linternillas de los carruajes, los transeúntes que se agolpan en los puntos centrales de la Puerta del Sol, ya para esperar las tranvías en que han de subir, ya para garse de aquel torrente de coches que por todas partes les rodean, todos estos detalles impresionan vivamente al que no ha presenciado aún el espectáculo. Supongamos que se encuentra en este caso ese aficionado á los teatros que, dudoso en elegir aquel en que ha de pasar la noche, hemos dejado delante de los carteles que anuncian el programa festivo de una noche de Madrid. Por fin se decide: va á la Comedia. Es el teatro favorecido de la fortuna; pequeño, elegante, refinado, es la filigrana de sus palcos que dejan ver todo el tocado de las damas, desde la punta del pié hasta el último rizo de los cabellos. Ha sido buena idea la que ha dado este carácter de transparencia á los palcos, porque con el antiguo sistema sólo se veía de las damas que ocupaban una de estas localidades, del pecho á la cabeza, con lo cual dejaban de apreciarse muchas bellezas de contorno y muchos detalles de indumentaria. En la Comedia se pone en escena una obra de Tamayo y Baus. Se titula *Lo positivo*; no es original, sino imitada de la comedia de Leon Laya, *El duque Job*. *Lo positivo* resume el contenido ideológico de su admirable serie de escenas, es el contraste entre un carácter apasionado de lo puramente práctico, del oro, de las utilidades que se tocan inmediatamente, y otro carácter apasionado de la virtud, de lo teórico, de lo abstracto y de lo innatural; y la conclusion y renante de la lucha y contraste de estos caracteres es que lo positivo, lo verdaderamente positivo, no es el dinero, no es el lujo, no son las comodidades, no es el bienestar material, sino los sacrificios, la abnegación, el amor puro, el hallarse dispuesto á favorecer al desgraciado. De la primera manifestacion del espíritu humano fluyen disgustos sin cuento; de la otra manan, como de fuente cristalina y reposada, raudales inagotables de bienandanza. Tal es el pensamiento de *Lo positivo*. Pero no es la primera vez que al intentar referir en qué consiste el cañamazo de una obra, hemos observado que se trataba de una idea vulgar, de una cosa dicha por los moralistas, cantada por los poetas, satirizada por los escritores burlescos, convertida en axioma por la musa de los adagios, y en que el genio sólo había tenido que tomarse el trabajo de elegir entre el tesoro de las ideas de todo el mundo. Y es que en el arte el fondo, la transcendencia, el alcance supino y profundo no depende de encontrar ideas nunca dichas y pensamientos nunca expresados, sino de expresarlos de manera que parezcan nuevos siendo viejos y que sorprendan por originales cuando estamos hartos de saberlos y convencidos de su necesidad. *Lo positivo* es un ejemplo de esto. Con una idea tan vulgar como la que queda expuesta, con una tesis de moralista de alica, tan rastrea y fofo, ha hecho Tamayo una obra magistral. Los caracteres trazados con mano firme acreditan ese pulso supremo que da á Fidias la certeza de encontrar entre las informes moléculas de una pieza de mármol la silueta conmovedora y hechicera de Venus. El hábil manejo del idioma castellano no es cosa nueva tratándose de Tamayo y Baus, porque de cuantos han cultivado el Teatro Español, ninguno ha poseído de la manera que el autor del *Drama nuevo*, el habla en que escribe. Sensible es que Tamayo no cultivase aún el teatro. Su edad no es muy avanzada, conserva todo el vigor del cuerpo y el del alma; costumbres laboriosas y hábitos de estudio y de observación. ¿Cómo se explica dentro de estas condiciones el definitivo alejamiento de la escena y de la literatura militante en que vive el Sr. Tamayo? Porque la atracción irresistible de las musas, el afán indomitable de tratarlas una y otra vez y obtener sus favores cuando una vez se han saboreado, constituyen una segunda naturaleza del poeta. Por eso dice Víctor Hugo que el que ha sido poeta lo es, el que ha escrito un verso reincide. Hay en esto una fascinación irresistible, algo así como el vértigo, imán poderoso de la altura. Tamayo vive en la Academia de la lengua que en concepto de secretario perpetuo le concede hospedaje. Tranquilo y reposado, libre de ambiciones y de envidias, no echa de menos los nuevos aplausos,

contentándose con los que ántes ha alcanzado. Esto necesita una explicación, porque el espíritu humano cuando una vez ha saboreado manjar tan dulce y delicioso como lo es el del aplauso, no se conforma en lo sucesivo á prescindir de él. El motivo de este estoicismo con que Tamayo se resigna á ser un muerto vivo para el teatro, consiste en la falta de actores, y el mismo lo decía hace poco cuando un crítico le preguntaba el motivo de su alojamiento de la escena.

**

La distinguida actriz francesa Ana Judic lleva dadas cinco representaciones en el Teatro de la Zarzuela, y puede decirse que ha salido á triunfo por representación. La Judic además de ser una mujer muy hermosa, tiene la gracia parisien, el chiste que se traduce no solamente en las palabras sino en los gestos y en las actitudes, en la manera de mirar y hablar, en el tono oscuro que sabe dar á la frase más inocente. Haría encender una guerra en el limbo con las palabras de una oración dicha por los labios de un niño. Todo en ella es intención. El arte no aprendido é inexplicable de dar á las palabras dos sentidos, de matizarlas con distintos colores y arrancarle vibraciones desconocidas, esto es privativo de los grandes actores. La Judic es, sin duda, una eminente intérprete de las inspiraciones literarias. Su voz es escasa, de escala corta, pero las siete ú ocho entonaciones que posee su garganta las maneja con infinita habilidad. No tiene ese torrente de armonías que salen por entre los labios bermejos de las tiples alemanas, y que hacen de ellas el instrumento más sonoro de la orquesta, pero en cambio con aquel hillo de perlas que van sus dientes cortando para que caigan las notas una á una sobre el tímpano del oyente, produce un efecto extraordinario. Las obras que ha puesto en escena son: *Lili, Niniche, La femme à papa, y Mam'selle Nitouche* escritas por Alberto Millaud que la acompaña en este viaje; no tienen más objeto que servir á la Judic de pretexto para hacer gata de estas condiciones. En todas ellas hay un tipo de mujer picaresco y maligno, osado é ingenioso, con momentos de candor y momentos de diabólica audacia, en cuyo espíritu se mezclan las virtudes y los pecados en una salsa infernal tan agradable para el sabor del público, como eficaz para acabar con la moralidad del oyente. Insensiblemente, entre burlas y veras, entre chistes y lágrimas, entre cosas que hacen reír y cosas que conmueven vase entrando en el ánimo la *blague* parisiense, un conjunto de cosas de burla, de sátira fina é intencionada que encienden en el oyente el ansia de los placeres múltiples y babilónicos del boulevard.

**

El acontecimiento del día es una carta publicada en *El Figaro* de París, por el redactor de aquel periódico y autor dramático Alberto Millaud, que, como ya he dicho, acompaña á la Judic en su viaje artístico por España. Parece ser que en el lazareto de Irun establecido por el Gobierno para que sufran cuarentena de siete días los viajeros procedentes de Francia, tanto Alberto Millaud como la Judic y toda la compañía que esta dirige han sido objeto de todo género de atenciones. El Gobernador enviaba diariamente á la Judic hermosos ramos de flores; la autoridad encargada de administrar y vigilar el lazareto, atendía cuidadosamente por que no faltase nada á los artistas y al escritor parisien. Pues bien, además ha llegado Alberto Millaud á Madrid ha escrito una carta llena de sarcasmo é ironía en que burlándose de las cosas que ha visto en el lazareto, dice que el Gobernador de Guipúzcoa toma cinco duros por dejar pasar á los viajeros sin que parguen la cuarentena. Ciertamente que en la organización de los lazaretos hay mucho que corregir, y si se hubiera limitado á esto Alberto Millaud, nadie le hubiera ido á la mano, estaba en su perfecto derecho de viajero y de periodista, y nadie le coartaría en sus juicios: con tal que estuvieran dictados por un sentimiento de justicia, bastaba y sobra para que fuesen respetables y dignos de consideración. Pero el hecho calumnioso que cita, suponiendo que la autoridad gubernativa cohecha la salud pública de tan indigna y baja manera, es completamente falso. Mal está la movilidad administrativa en España, pero, sin embargo, no habrá persona conocedora de nuestras costumbres capaz de creer que un Gobernador se entrega á tan repugnante agio. Unase al carácter calumnioso de la especie el que se trata de una persona que ha dispensado á Millaud y á Ana Judic todo género de atenciones y se verá en qué situación tan poco airosa ha quedado el ingenioso escritor. En Madrid se ha sentido verdadera indignación, ya sido precisa toda la cortésia de este público, que en realidad la tiene muy grande, para que no se hiciera pign á la Judic en las representaciones del Teatro de la Zarzuela el mal hecho por su protector y amigo M. Millaud. Este, á consecuencia de un telegrama dirigido por el Gobernador injuriado á los periódicos, ha desafiado á aquella autoridad, pero la intervención de amigables compadres lo ha arreglado todo.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS
VISTA DE POLA

Junto al cabo Promontore, en la comarca de Istria, hoy austriaca, que fué de Francia ántes de ser de Austria, y fué de Austria ántes de ser de Francia, existe una población llamada Pola, verdadero museo de antigüedades romanas, y ejemplo, áun hoy apreciable, de las venganzas que César castigó á los pueblos que defendieron la causa de Pompeyo. Reedificóla Augusto á ruegos de su hija Julia, y áun cuando no consiguió que desaparecieran del todo las huellas de la ira cesárea, la embelleció de tal suerte que sus mismos restos merecen ser visitados por arqueólogos y artistas. Al recorrer las calles y cercanías de Pola, el viajero no acierta á explicarse si se halla en una población moderna construída con despojos romanos ó en una población romana mal remendada con materiales modernos.

El suntuoso edificio que aparece en el primer término de nuestro grabado es el anfiteatro de Augusto, que podía contener más de quinientos espectadores.

Pola, suntuosa ciudad en la época de los cesáres, es ahora una población casi olvidada, cuyo puerto no tiene más animación que la de la pesca de los atunes y cuya única exportación es la arena que emplea la industria veneciana para fabricar sus celebrados espejos. El tiempo ha destruído la obra de Augusto; el tiempo ha rivalizado en Pola con Julio César.

JUNTO AL POZO, dibujo por J. Limóna.

La estructura de este dibujo demuestra ser una impresión del natural, apuntada con seguridad por un artista digno de este nombre. Inútil es buscar en él un artificio que el autor no ha empleado: simple apunte del *Album* de un pintor, es, á pesar de todo, una prueba más de que Limóna no necesita del daguerreotipo para apoderarse de la verdad, cuando se propone conservar la verdad en cartera.

Ese apunte, tal vez será mañana un cuadro de género, como la crisálida se convierte en mariposa. Pero cuando realmente se verifican estas metamorfosis, el hombre inteligente, si se complace en la mariposa, jamás pierde de vista á la crisálida.

BARRIOS ALTOS DE GRANADA,
UNA CALLE DE CÓRDOBA,
dibujos por J. M. Marqués

Córdoba y Granada son las dos sultanas de nuestro Oriente, dos joyas preciosas de la corona africana, cuando África tenía corona y por cierto muy bella.

Cortes ambas de poderosos califas, si la una se enorgullece de la soberbia mezquita de Abderraman, la otra muestra al atónito extranjero su incomparable Alhambra; la mezquita parece la obra de un rey; el palacio parece la obra de una hada. Ninguno de estos dos monumentos tendría rival, si no existiera el otro de ellos.

No es, pues, de extrañar que Córdoba y Granada atraigan á tantos artistas, ni que estos, transportados por el encanto á ciudades que no se parecen á otras algunas ciudades, recojan cuidadosamente sus impresiones y ensayen repetidamente la manera de trasmitirlas por medio de aquel arte que mejor puede darlas á conocer.

Marqués, entusiasta de Andalucía, es uno de los pintores que más discretamente la copian, poseyendo, además del talento de la perspectiva, el secreto de la luz privilegiada, exclusiva, que no se encuentra sino en esa región de España y que no parece sino que los árabes la hubiesen traído consigo, sin más objeto que dar á sus construcciones la única luz que las convenia.

Nuestros lectores participarán de esta opinión á la vista de los dos dibujos que en este número publicamos.

LAS TRÁILLAS

Échase de ver en este dibujo una mano experta y una comprensión realmente notable. Esos perros, por sus actitudes, por su expresión, por sus líneas todas, se ve que han sido fruto de una observación inteligente, secundada por una habilidad no común.

MARINA, por H. Mesdag

El mar es inmenso como el genio: los límites de uno y otro tocan en el cielo. No es de extrañar, por lo tanto, que á menudo el genio busque en el mar el tema de su inspiración.

La tempestad y la calma, el soberbio Océano é el humilde Mediterráneo, las costas, cruzadas de rocas, y el mar libre; sin más término aparente que el espacio, los hielos del Báltico y el calor del Rojo, todo ha sido estudiado por los artistas que han consagrado su talento al estudio de la naturaleza y á su reproducción bajo una de sus manifestaciones más grandiosas ó más bellas.

Mesdag, en el cuadro que reproducimos, ha pintado una de las variantes de ese mar, inagotable como asunto, uno de esos caprichos de la naturaleza, estrecha lengua que pone en comunicación dos elementos tan poderosos como el agua y la tierra, y en la cual Neptuno y Eolo serian impotentes, bajo el punto de vista utilitario, sin el auxilio de unas cuantas parejas de caballos, que completan la agencia del velamen, muy poderosa en su elemento, pero ineficaz al recobrar su dominio el continente.

El cuadro es agradable; abajo y arriba tiene horizonte, y esta es la primera condición cuando se trata principalmente de mar y cielo.

EL SPOLIARIUM, por D. Juan Luna

PRIMER PREMIO DE LA ÚLTIMA EXPOSICION MADRILEÑA

Siempre que se visita un Museo de pinturas ó se recorren los salones de una Exposición de Bellas Artes, es de observar un hecho que ya en otras ocasiones hemos indicado: el público, sin preparación alguna, sin darse explicación de sus impresiones, sin preocupaciones de escuela y hasta ignorando, si á mal no viene, que existe una cosa que se llama estética; se detiene espontáneamente ante un cuadro ó ante una estatua, forma un grupo que renueva incesantemente su personal sin disminuir de volúmen, abre tamaño ojo como un puño, contempla en silencio durante un buen rato la obra de arte, y termina por un ¡ah! que sintetiza toda la admiración que le es dable producir al genio entre sus verdaderos favoritos, es decir, entre los que poseen el dón de ver sin prevenciones y sentir sin necesidad de excitación ajena.

Desde aquel punto, la exposición queda juzgada. El tribunal adjudicará, ó no, el primer premio á la obra que de tal suerte ha llamado la atención del público, porque el jurado tiene leyes artísticas á que atenerse y, como el crítico de obras literarias, no puede dejarse llevar por impresiones personales; pero la verdadera obra, la verdadera recompensa de honor, está adjudicada. Si el jurado confirma el fallo del público, tanto mejor para el inspirado artista; si el jurado no confirma aquel fallo, tanto peor para el jurado.

Afortunadamente, esta vez, como acontece casi siempre, jurado y público han coincidido en apreciar la obra más saliente de la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid, y la medalla oficial votada por los maestros ha emparejado con la corona acordada por el público al autor del *SPOLIARIUM*.

¿Quién es el afortunado pintor de tan sorprendente lienzo?

**

En la Escuela de Náutica de Manila, allá en 1874, recibía el título de Piloto de Altos Mares un joven de 17 años que á poco tiempo de embarcado, era conocido entre sus compañeros por *el marino atrevido*. Bien empezaba la carrera el imberbe mozo; pero ese mar que surcó durante treinta meses y ese cielo que estudió otro tanto tiempo, despertaron en el piloto nuevo orden de ideas, con tanta fe acogidas, que á ellas sacrificó desde luego lo que todos calificaban de brillante porvenir.

¿Quién sabe!... Quizás en la imponente soledad de los mares, en alguna de esas horas en que no existe manera de evitar la nostalgia, en que se suspira por algo ignoto y el corazón pugna por salirse del pecho, como pugna el preso por salir de la cárcel, como pugna el pájaro por salir de la jaula, nuestro joven se fijó con cierta insistencia en una estrella; y el viento que rizaba la superficie de las aguas, murmuró á su oído revelaciones inesperadas, palabras misteriosas, que nadie pronuncia y que, sin embargo, resuenan distintamente en el alma del predestinado. Esas palabras son como aquellas que también oyeron Saulo camino de Damasco y Agustín en africana tierra; inspiración de lo Alto que pone al genio poderoso en la necesidad de recorrer en sentido inverso el empezado camino de la vida.

El marino atrevido tomó tierra y tenía cerca de veinte años cuando ingresó, con ánimo de estudiar el dibujo, en la Academia de Bellas Artes de Manila. Su nueva vocación había de sufrir bien pronto una ruda prueba. De la Academia fué despedido: el director le consideró demasiado inepto ó demasiado apto, calificaciones ambas que pueden perjudicar, por lo visto, á un alumno de la escuela de Manila y de todas aquellas escuelas donde reina un criterio tan mezquino como las miras de sus directores.

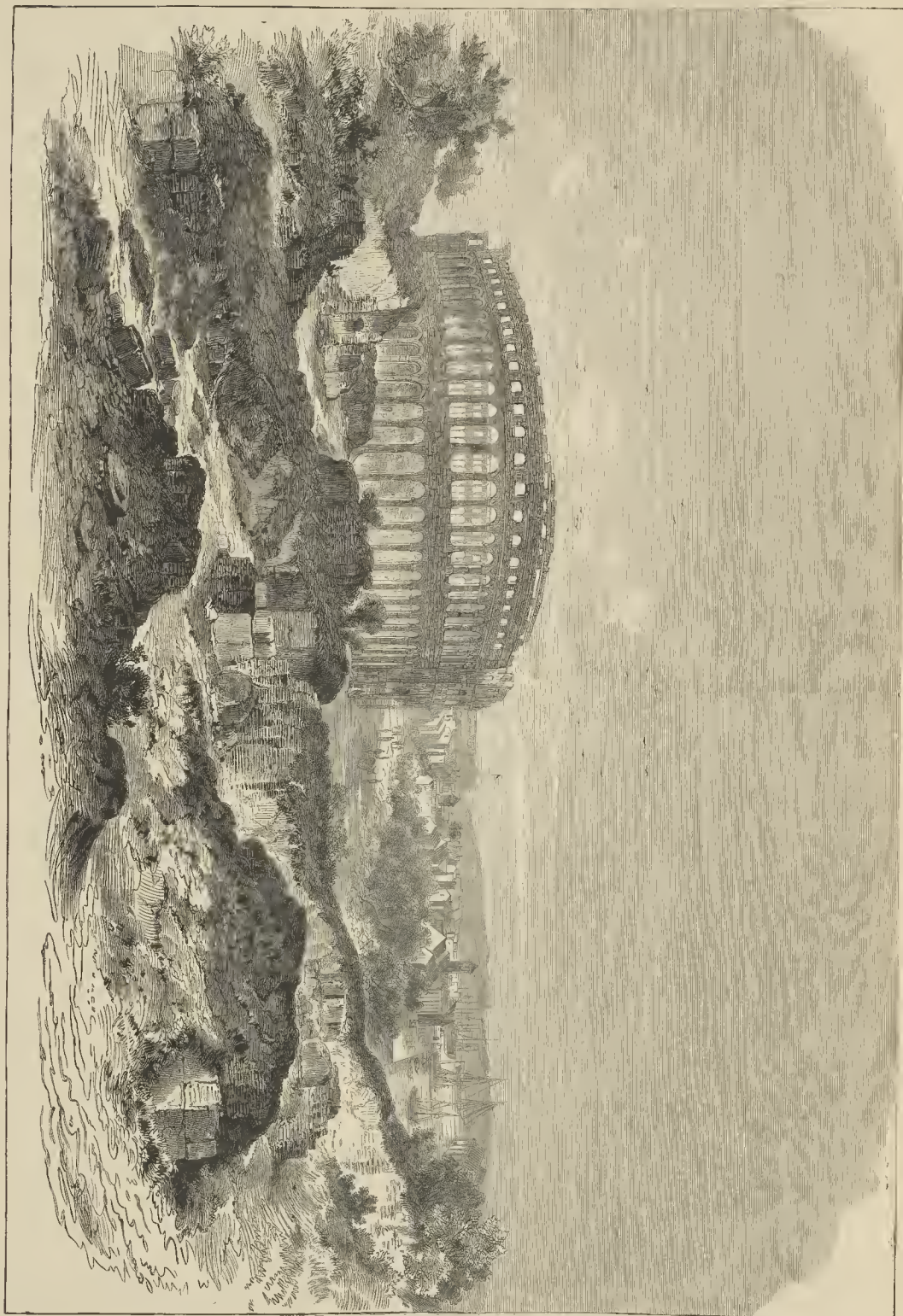
Quien fué atrevido en el mar, no debía, en tierra, desistir fácilmente de un empeño: D. Lorenzo Guerrero, profesor tan modesto como inteligente, admitió á Luna en su Academia India, y descubriendo en su ya grandullón alumno condiciones verdaderamente excepcionales, recabó de sus padres que le enviasen á Madrid, donde encontró en el reputado pintor D. Alejo Vera un maestro hábil y un amigo, más que un amigo, casi un padre. No es, pues, de extrañar que cuando Vera fué trasladado á una plaza de mérito en Roma, si Roma fué con él su encarnizado discípulo. Ocurrió esto en 1878: un año antes se había iniciado en los primeros rudimentos del dibujo; tres años después ganaba la segunda medalla en la Exposición madrileña de 1881, con su cuadro *la muerte de Cleopatra*. Tarde había empezado su carrera el nuevo artista, pero, cual si quisiera indemnizarse del tiempo perdido, la seguía á paso de carga. En tres años se había nivelado con los buenos pintores; en otros tres (1884) ha tomado sitio entre los grandes maestros.

El marino atrevido es el admirado autor del *SPOLIARIUM*, D. Juan Luna y Novicio, nacido en Badoc (Ilocos Norte, Filipinas) el 23 de octubre de 1857.

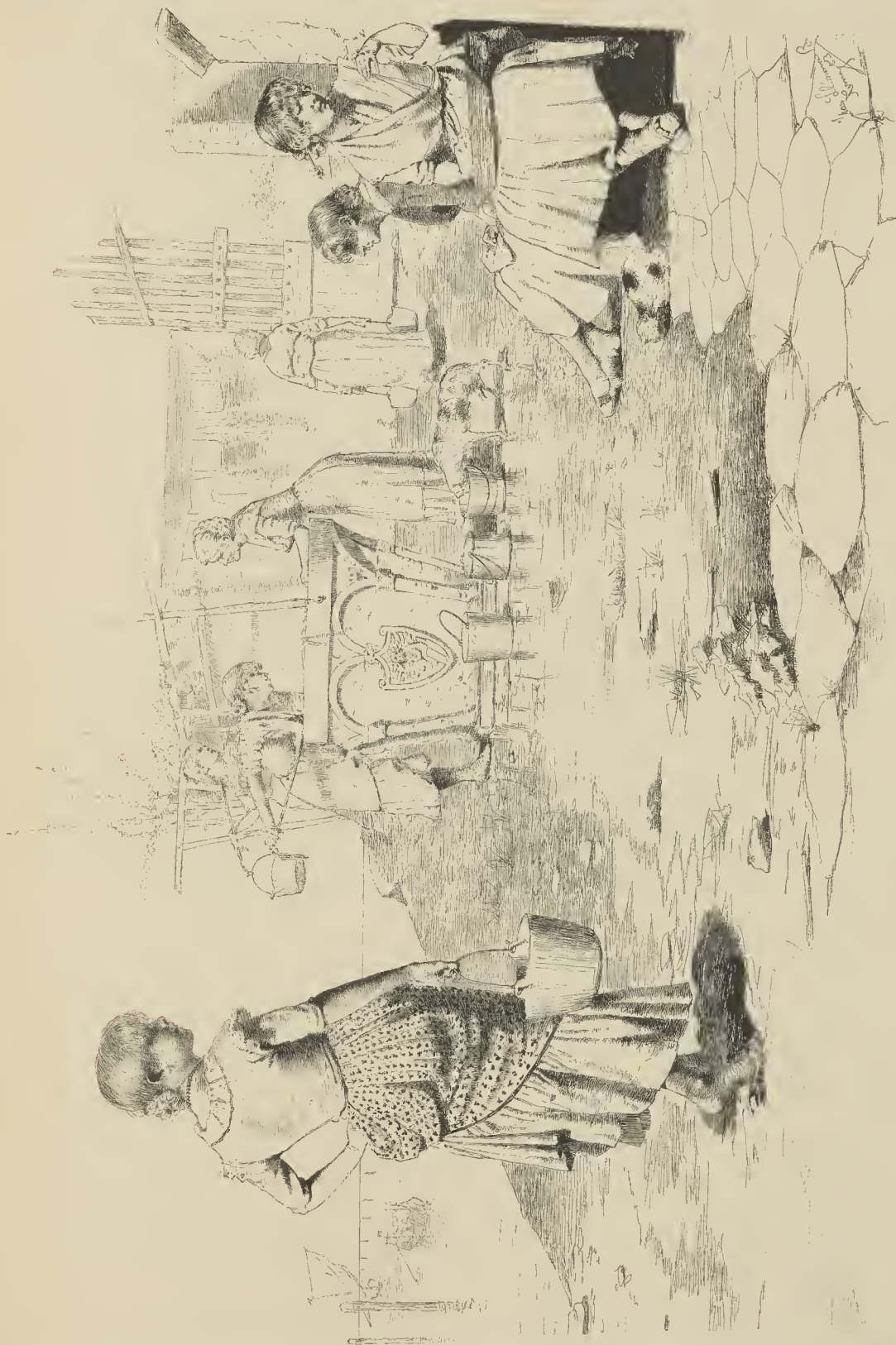
**

¿Qué representa el SPOLIARIUM?

El *SPOLIARIUM* es el epilogo de esas horribles fiestas de gladiadores á que tan aficionado era el pueblo romano; la sustitución de las luchas de fieras por luchas de hombres; sustitución criminal y asquerosa, pero muy fácil de aplicar desde el momento en que las verdaderas fieras no eran los animales encerrados en los subterráneos del circo, sino los romanos apañados en los tendidos. Durante su permanencia en Roma, el señor Luna ha



VISTA DE FOLA



JUNTO AL FOZO, dibujo de J. Llimona

podido visitar á su gusto las arenas del gran Circo, empapadas en la sangre corrompida de los gládiores y en la sangre purísima de los cristianos; ha podido figurarse tangiblemente aquellas terribles escenas en que los hombres daban y recibían la muerte para distraer á un pueblo hastiado de espectáculos; ha podido poblar las galerías y tendidos del Anfiteatro con millares de ciudadanos de ambos sexos que, insensibles en presencia de cuatrocientos elefantes y ochocientos tigres y panteas, saboreaban con fruición la fiesta de unos hombres degollados por otros hombres que, al caer para no levantarse, adoptaban la académica postura que de antemano tenían ensayada, para oír un aplauso en su agonía; ha podido figurarse que presenciaba el desfile de aquellos combatientes vendidos en cuerpo y alma á un empresario, que los *criaba* para el caso, como se crían gallos para una rifa ó caballos para una carrera; ha podido oír aquel cobarde saludo de los combatientes: — *Ave, Caesar, morituri te salutant*, — abyección sin igual en la historia de los esclavos; ha podido hacerse la ilusión de que en sus oídos zumbaban, con la blasfemia del vencido, los rugidos del espectador, de notando al que se dolía de su ignominiosa muerte; ha podido respirar el ambiente nefítico de las leonetas, y descender, por fin, al *Spoliarium*, á donde eran arrastrados, por la *puerta de la muerte*, los cadáveres de los gládiores, amarrados por un gancho de hierro, ni más ni menos que las tres mulas de rúbrica arrastran fuera de la plaza á las reses taurinas que despacha Lagartijo de una buena recibiendo.

Ese espectáculo infame, esas costumbres infames, ese Circo infame aún, si en él no se hubiera vertido la sangre de las víctimas de Doplaciano, los ha reconstruido, los ha *risado* la privilegiada imaginación del artista, y han debido sublevar los nobles sentimientos del joven cuanto entusiasta Luna. Y del mismo modo que Novas, nuestro distinguido escultor, hizo el proceso de España en el siglo XIX con su *torero herido*, Luna ha hecho el proceso de la Roma imperial con su *Spoliarium*. El ilustre pintor ha condensado en un lienzo cuanto arroja ese proceso; ha puesto al desnudo el delito y ha dejado que el buen sentido del público dictase la sentencia. No puede sentarse á un pueblo en el banquillo de los reos de una manera más gráfica; jamás un fiscal ha hablado con mayor elocuencia; jamás el público que asiste á la vista de las causas celebres, se ha sentido más arrastrado por el titánico esfuerzo de un acusador.

De esto resulta que la primera condición del cuadro de Luna es su fondo; no es un lienzo pintado para simple recreo de los sentidos; es una obra de filosofía de la historia que dice y prueba tanto como un tomo escrito por el más erudito académico.

**

Conocida la idea fundamental del cuadro, idea que avalora al señor Luna como artista que pudiéramos llamar *pensador*, veamos si en la ejecución del asunto ha estado á la altura de su levantado pensamiento.

Las luchas de gládiores han sido tratadas en lo antiguo y en lo moderno por diversos pintores y escultores, bien en el acto del combate, bien posteriormente á él, ó sea el gládior herido, de que se conserva algún ejemplar de primera fuerza. Mas tratándose de condenar una costumbre vergonzosa, era natural presentarla bajo su más triste, siquiera fuese su faz más repugnante. No de otra manera los pintores místicos, para hacer aborrecible al diablo, han coincidido en el pensamiento de darle la figura de un monstruo espantoso. El artista que en las luchas de gládiores ha querido ver y hacer ver simple-



BARRIOS ALTOS DE GRANADA, dibujo por J. M. Marqués

mente su parte estética, ha tomado el asunto en la arena del Circo; Luna, que ha tirado á fondo en lo malo de la cosa, ha debido tomar el asunto desde el *Spoliarium*, es decir, desde el lugar sombrío á donde eran conducidos los cadáveres de los luchadores, para ser despojados de sus armas, como se despoja al sentenciado de la hoga que ha vestido en el cadalso.

Se concibe desde luego que á ese lugar tenebroso no podían acudir sino los parientes de las víctimas para llorar y maldecir sobre sus despojos, ó la turba de los entusiastas más asiduos y favoritos que, en la embriaguez de la sangre, mil veces más asquerosa que la del vino, iban á saturarse de horrores, como los abonados de cierta clase son recibidos en las intimidades de bastidores y se saturan de lujuria en el *foyer* de las bailarinas.

A este criterio lógico, racional, se ha atemperado el señor Luna: lo que de aquí ha resultado es consecuencia de aquella lógica. O no se debió tratar el asunto, ó no se pudo tratar de otra manera. ¿Cómo se ha tratado en el *Spoliarium*?

**

Considerada la composición en general es de grandioso efecto y todo en ella contribuye al fin del autor, lo méfítico de la atmósfera, lo sombrío del sitio, el desorden que en él reina, los personajes, los accesorios; de suerte que sin tener propiamente asunto principal, no hay grupo, no hay figura, no hay detalle, en término alguno, que no concurre á dicho fin con maravilloso arte. Así este cuadro debe juzgarse principalmente por la impresión que causa su todo, hay que comprenderlo instantáneamente, y si, apenas visto, la impresión del espectador es volver el ros-

tro con cierta repugnancia, ese movimiento es el primer triunfo que obtiene Luna. ¿Perjudica este efecto, que generalmente produce, al mérito del cuadro? Hé aquí una pregunta que de fijo no se hizo Ribera cuando con mano firme y voluntad, implacable pintaba el desollamiento de San Bartolomé; ni tampoco se ha preocupado gran cosa de ello, hace bien poco tiempo, el ilustre autor de *la Leyenda del rey monje*.

Si de la composición general pasamos al examen de los grupos que la constituyen, es de ver en todos ellos, aparte su inmejorable dibujo, tal verdad, tal fuerza de expresión, tal energía en los movimientos, que sorprenden y fascinan. Véanse los personajes que arrastran á los combatientes y no cabe representar mejor la fuerza bruta; véanse los cadáveres de los gládiores y, aparte su perfecto estudio anatómico, no cabe expresar mejor la inercia de la muerte; véase, entre el grupo de los romanos, al anciano que reconoce el ensangrentado cuerpo de su hijo, y no es posible expresar mejor, por medio de una contracción muscular, el dolor y el terror á un tiempo mismo; véase á la desdichada mujer que llora, de rodillas, junto á los mutilados despojos de su esposo ó de su amante, y hay en esa figura todo el abatimiento, toda la postración que el caso requiere; véanse esos aficionados que acuden en tropel á ese recinto nauseabundo, y todos ellos revelan la innoble pasión que les lleva á tan terribles sitios, pasión, mezcla de vértigo, mezcla de estupidez, que reúne á las turbas insensibles junto al cadáver del infeliz que ha perecido de muerte violenta. En una palabra, el *Spoliarium* es una composición en la cual nada sobra y nada falta, concebida en un momento de inspiración y ejecutada en una hora de vértigo; única manera con que, á despecho de todas las ciencias y de todas las filosofías, se explica la potencia creadora.

**

De esta impresión que innegablemente produce la obra del señor Luna, ha sacado partido una parte de la crítica, la menos numerosa felizmente, para indicar que el *Spoliarium* no es un cuadro, sino el boceto de un cuadro. Este argumento tendría algún valor si aquellos que lo emplean convencieran anticipadamente al público de que en su manera de ejecutar más se aproximan á la miniatura. Por nuestra parte, admiramos debidamente la acabadura de Rafael, pero la manera, valiente de dar color es una de las más eminentes cualidades de Velázquez. Además, hay composiciones que necesitan de ese mismo abocetado para causar todo su efecto; lienzos ejecutados para ser vistos á cierta altura ó á cierta distancia; asuntos que no pueden tratarse como trataba el pintor de Urbino sus místicas Sacras Familias; composiciones en que lo que pudiéramos llamar rudeza de ejecución es consecuencia de la rudeza del argumento; y en prueba de ello ahí están los más celebrados lienzos de Goya para sancionar nuestro juicio. Luna no podía pintar el *Spoliarium* sino como lo pintó; exigirle que, durante su raptó, se hubiera entretenido en miniar su cuadro, equivaldría á hacer un cargo á un verdadero poeta porque, al tiempo de dar forma á su inspiración, no hubiese escrito con mejor carácter de letra. La mayor paciencia, que algunas veces es un estorbo, no prueba mayor arte; la subordinación á una escuela no prueba mayor genio. ¿A qué escuela pertenecen los colosales dramas de Shakespeare?

**

La ILUSTRACION ARTISTICA ha merecido del señor Luna la honra de publicar la primera el grabado del *Spo-*

LIARIUM. Creemos que nuestros favorecedores unirán su aplauso á la humilde, pero muy sincera felicitación, que enviamos á esa nueva gloria de las artes patrias.

MANUEL ÁNGELON

EL ACEITE Y LAS OLAS

I

¿En qué consiste que fenómenos conocidos desde muy antiguo no logren llamar la atención general de los sabios ni impresionar al público durante largos periodos? ¿Qué hay de más particular al fin en un suceso, para poner á la órden del día cuestiones palpitantes, á las que otros hechos, sin duda más notables, no tuvieron nunca poder bastante para infundir popularidad?

Hé aquí cuestiones que no tienen fácil contestación, y á las que presta gran interés de actualidad la pregunta hoy oída á cada paso: «¿Posee efectivamente el aceite virtud para calmar las olas? ¿No hay que tener ya miedo á las tempestades de alta mar?»

II

En calma perfecta, la su perficie del agua de un lago refleja invertidos los objetos de la orilla, como lo haria un espejo horizontal. Si un perzoso soplo de viento se mueve con la velocidad de sólo $\frac{1}{2}$ kilómetro por hora, no se perturba la perfeccion de las imágenes. Un soplo de alguna mayor celeridad desordena ya la copia; pero, no bien cesa la ráfaga, reaparece la perfeccion de los perfles. Cuando el viento camina con la velocidad de 1 kilómetro por hora, las arugas de la superficie líquida estorban ya la definida produccion de las imágenes; pero las agitaciones del agua no tienen aún fuerza para propagarse; puesto que, si hay en el lago un espacio guarecido de la accion del viento, allí, con seguridad, es perfecto el espejo de las aguas. Este ligerísimo tremor de los líquidos, incapaz de propagacion, es lo que se conoce en la ciencia con el nombre de *ondas de capilaridad*.

Solamente cuando la velocidad del viento resulta de algo más que de 3 kilómetros por hora, es cuando las olas empiezan á producirse con regularidad notable; poco perceptibles al principio, su amplitud se va ensanchando á medida que crece el viento ó se prolonga su duracion.

III

No es fácil comprender cómo pueden producirse olas de magnitud diferente cuando toda la extension de una superficie está por igual expuesta á la misma intensidad del viento. Sólo cabe encontrar explicacion negando el supuesto, y no concediendo que las desigualdades del terreno y de los árboles ó arbustos de la orilla permitan en caso alguno igualdad de exposicion á las ráfagas del aire, ni tampoco que este soplo siempre con idénticas velocidad y direccion.

Parece que el viento causa las olas, porque el aire se adhiere á las moléculas del agua; adherencia que aumenta considerablemente por la circunstancia de incidir sobre la superficie líquida con una notable inclinacion: regularmente de 18°.

Si, por causas cualesquiera, pues, se hace disminuir ó cesar esta adherencia, el resultado es sorprendente hasta lo increíble, por más que sea muy conocido desde remotísimos tiempos; por lo cual se ha asegurado siempre que el aceite tenia virtud para calmar las tempestades.

IV

El poder de las olas es inmenso. Mueven bancos de guijarros de 70 metros de largo por 4 de alto, como en



UNA CALLE DE CÓRDOBA, dibujo por J. M. Marqués

Hurricane en 1842; levantan anclas de más de una tonelada de peso á lo alto de un escollo, como en Bell Rock; desmontan los cañones de las baterías de mar, como en Cádiz en 1840; pueden arrastrar hasta 8000 toneladas de escollera con bloques de 10 á 16 toneladas, como en Plymouth en 1852; arrancan de cuajo las torres de los faros, como la del Estrecho de Bonifacio en 1875, y la del Krishna en 1877; y sin embargo, esta fuerza colosal queda vencida arrojando al mar insignificantes cantidades de aceite!

V

M. Shields, recientemente, tendió en el fondo del mar á la entrada de North Harbour (Escocia) cañerías de plomo por donde, desde tierra, con adecuadas bombas, se podía inyectar petróleo. Como el peso específico del aceite es menor que el del agua, subía el petróleo inmediatamente á la superficie extendiéndose por ella en delgadísima capa untuosa, que deshacía la rompiente de las olas y hacia accesible el puerto con mar de tempestad.

Este experimento de M. Shields la tenia eficacia para llamar poderosamente la atención pública; y las mil lenguas del periodismo lo han esparcido á los vientos de la celebridad; en muchos casos como si fuera portentoso enteramente nuevo y sin precedentes en el mundo.

Pero ¿era así en realidad?

VI

No. El mismo M. Shields intentó el experimento que tanta fama le ha dado, por constarle que, en aquellas mismas costas, buques casi perdidos y destrozados por

los fuertes golpes de mar en los temporales, habian debido su salvacion al uso del aceite; ya arrojado al agua para calmarla y hacer reparaciones en sus cascos; ya para tranquilizarlas y poder botar al mar alguna embarcacion; faena peligrosísima en los casos frecuentes de arriar los botes con mares muy gruesas.

VII

Esta propiedad de los cuerpos grasos era ya muy conocida de los antiguos. El autor de estas líneas recuerda haber leído hace muchos años algo relativo al particular en un viejo librote de mitología, cuyo título ha olvidado, aunque no el hecho referido.

La virtud que el aceite tiene de calmar las olas, es constantemente utilizada por cuantos buques de cabotaje entran con temporal desde el Atlántico al brazo de mar llamado Sancti-Petri, que desemboca en la bahía de Cádiz. Al hacer los faluchos por la boca del canal con mar gruesa del Sudoeste llevan ésta por la popa; y, una vez en la boca, les es forzoso atravesarse para gobernar al Nordeste, teniendo por tanto, que recibir la mar sobre el costado. Y, para evitar los daños que el romper de la mar pudiera ocasionarles, arrojan al agua, poco ántes de orzar, algunos litros de aceite.

El eminente ingeniero Sr. D. Pedro Perez de la Sala, recuerda en su obra «Construcciones en el mar» muchos casos decisivos.

El Dr. Franklin aconseja como medio de aplacar la mar en un temporal; y, ántes que él, un guarda almacén de Kilda, acostumbraba, en tiempo de tempestad, á dejar flotando á la popa de su bote por medio de una cuerda, un paquete de tortas de hígado de aves marinas; cuya grasa impedia el romper de las olas y calmaba la mar.

Cuando el vapor de hélice de Goole llamado «William-Becker» se fué á pique el 12 de noviembre de 1856, su tripulacion se salvó en los botes, á pesar de una gruesa mar, empleando el aceite. También hacen uso de él los

pescadores holandeses; y un testigo ocular que presencié sus efectos en el puerto de Scarborough, asegura que pueden calificarse de mágicos, por establecerse al rodeo del buque un extenso espacio de agua tranquila. Vancouver observó cerca de la Punta de la Concepcion, en la Nueva Inglaterra, que el mar parecia cubierto, en cuanto alcanzaba la vista, de una sustancia untuosa semejante á la breá; sobre la que navegaba el buque como por una mar tranquila de grandísima extension.

VIII

Es muy notable el siguiente hecho inserto en un periódico de Bombay.

El «King Cenric» buque de 140 toneladas, salió de Liverpool para Bombay; y, despues de haber doblado el Cabo de Buena Esperanza, experimentó un fuerte viento de Noroeste, que duró bastante tiempo. Olas inmensas, precipitándose sobre el buque, invadieron las escotillas, arrastraron cuanto encontraron sobre el puente, y destruyeron las cámaras del capitán y de los oficiales. La tempestad duró cerca de cinco dias, y las olas no dejaban un solo instante de barrer el puente. Uno de los oficiales, M. Borower, tuvo entonces la feliz inspiracion de hacer la prueba del aceite, y, al efecto se tomaron dos sacos de lona, y se llenaron con nueve litros de aceite cada uno. A cada saco se le hicieron algunos agujeros pequeños, y se amarraron á ambos costados del buque. El resultado fué mágico: las olas dejaron de precipitarse contra la popa y los costados y, á algunos metros de distancia, en aquellos sitios á que habia llegado el aceite, tanto por la proa como en la estela, se encontraba un vasto círculo

de mar tranquila. La tripulación pudo hacer cómodamente entónces las reparaciones necesarias. Los dos sacos de aceite duraron dos días; y, habiéndose calmado enteramente el mar, ya no fué necesario gastar más cantidad del líquido salvador.

Otro hecho muy notable. Viret de Aoust, queriendo desembarcar en la isla de Samotracia (Mar Egeo) é impidiéndosele las rompientes, al estar á una milla de la isla,—dice,—empezó á arrojar aceite desde la proa del barco; y con gran sorpresa, mejor dicho, con gran asombro, lo veía extenderse y formar lo que en lenguaje vulgar se llama una *balsa de aceite*; con lo que pudo abordar fácilmente y sin peligro.

IX

Pero ¿á qué más citas? El hecho era conocido y utilizado desde muy antiguo en varias localidades; y, sin embargo, ¡no habia llegado aún al conocimiento público!

Mas no debe pasarse en silencio que la calma permanente del Mar de Sargazo se explica ahora por hallarse la superficie del agua cubierta constantemente de vegetales flotantes, por lo que no hay adherencias del viento con el líquido; que en el Istmo de Tehuantepec existen criaderos de petróleo, cuyo aceite, arrastrado al Atlántico por el río Coatzacoalco, hace que en la desembocadura haya una calma perpetua, aun con los más recios temporales; que la tranquilidad relativa del mar en algunos parajes del Banco de Terranova se debe á las grasas que los pescadores echan al agua despues de aprovechar el bacalao; y que la tranquilidad del Mar Muerto proviene del *betun de Judea* que en él hay.

X

Pero, conocido y comprobado el hecho, ¿en qué consiste el maravilloso efecto del aceite, y por qué calma las olas embravecidas?

Todo lo más que habian anticipado los sabios, por vía de explicacion, era que el viento no se adhería á las aguas cubiertas de materias untuosas; pero verdaderamente no ha existido explicacion aceptable hasta que Mensbrugge, de la Academia de Bélgica, ha sometido al cálculo las *potenciales* del agua y del aceite.



Las traillas

Sin entrar en desarrollos matemáticos, no es posible explicar la nueva teoría; pero, aunque de un modo imperfecto, puede darse alguna idea sobre el particular.

Si una delgadísima capa superficial de agua se encarna, por la acción del viento, sobre otra capa contigua, esta segunda capa, al ser cubierta por la primera, adquiere una cierta cantidad de *energía de movimiento*; y, si la acción del aire hace subir una nueva capa de agua sobre la suma de las dos primeras, se desarrollará de nuevo fuerza viva..., y así sucesivamente, á medida que nuevas capas de agua se amontonan unas sobre otras. Los cálculos de Mensbrugge y de Quincke dan por resultado que

cuando una capa de agua del espesor de $\frac{1}{20000}$ de milímetro (!) monta sobre otra capa de agua contigua, el desarrollo de fuerza viva es de 0 kilógramos 0075; mientras que, si monta sobre una capa de aceite, es sólo de 0 kilógramos 002; por manera que, reducidos (desde su origen y en sus movimientos casi infinitesimales) los efectos á ménos de la tercera parte, se concibe fácilmente que las olas pierdan rápidamente su fuerza, no bien tengan las capas de agua en movimiento que resbalar sobre tenuísimas superficies de aceite, ó bien, de cualquiera otra materia oleaginosa ó untuosa, *plus minuse*.

XI

Pero esta explicacion no es suficiente aún, sino desde el punto de vista teórico.

En las olas de tempestad hay siempre un movimiento de *undulacion* y otro de *rompiente*. El de rompiente está causado por la *traslacion* del agua que forma las crestas de las olas, arrebatada á grandísimas distancias y en masas enormes, por la violencia del viento, que, por su mezcla con el agua, da á las espumas su color blanquizco. ¿Qué es, pues, lo que el aceite calma, la *undulacion* ó la *rompiente*, que constituye los golpes de mar?

Por fortuna esta interesante cuestion, que se ha agitado recientemente en el seno de la Academia francesa, parece resuelta por las interesantes observaciones del Sr. D. José Lopez y Cruz, testigo de mayor excepcion, por haber utilizado el aceite en diversiones durante sus viajes por el Mediterráneo, y que á él atribuye su salvacion en un espantoso temporal.

Segun el Sr. Cruz, lo que el aceite destruye es la *rompiente* de las olas, pero no la *undulacion*; resultado que hasta cierto punto podia haberse previsto, puesto que la undulacion es un fenómeno que conmueve las aguas hasta considerable profundidad; mientras que la disgregacion del agua de las crestas y su trasporte por el viento es única y simplemente el fenómeno superficial.

La oleificacion, pues, de las olas es un medio comprobado y seguro de inutilizar la rompiente de los golpes de mar.

E. BENOT



MARINA, por H. Mesdag

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III

← BARCELONA 27 DE OCTUBRE DE 1884 →

NÚM. 148

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ÁNGEL DE LA PAZ DE LOS SEPULCROS, por P. Muller

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA MANO DE DIOS, por don Manuel Fernández y González.—TIPOS QUE SE VAN, por don E. de Lusionó.—LA CIENCIA ANTIGUA, por don José Echegaray.

GRABADOS: EL ÁNGEL DE LA PAZ DE LOS SEPULCROS, grupo escultórico por Meisnier.—HANS MAKART EN SU LECHO DE MUERTE.—UNA CACERÍA EN EL NILO, cuadro por H. Makart.—ANA JUDIO.—EL CORONEL DE CORACEROS, estudio por Meisnier.—GERMANIA, cuadro por Hans Makart.

NUESTROS GRABADOS

EL ÁNGEL DE LOS SEPULCROS
escultura por Meisnier

Con poética expresión, no desprovista de consoladora verdad, llaman en Sumbia al cementerio el Palacio de la Paz. Los genios, pues, que son de ver en su recinto, los ángeles que decoran sus tumbas, son genios y ángeles de la paz, pues en su seno la encuentran muchos que han debido trabar rudos combates durante su existencia.

El bellissimo grupo que publicamos ha sido ejecutado para decorar el sepulcro de dos tiernos niños arrebataados á un mismo tiempo al amor de sus padres. Si la idea está bien concebida, la factura no puede ser más sobresaliente. El hermoso semblante del ángel revela, digámoslo así, un corazón igualmente angelical; su actitud es naturalísima; es un genio que convida realmente con la paz, la tranquilidad, el dulce reposo. Los niños que en su seno cobijan, se albergan en él como pudieran en el seno de su madre; los ropajes están tratados con holgura y hay en ellos, además de la honestidad propia del destino de la escultura, una transparencia que ha permitido al autor dibujar las formas corpóreas con un vigor que revela sus estudios de Miguel Ángel. Del todo pudiéramos decir que es una poesía mística escrita, con ayuda del cisel, por un artista cristiano.

HANS MAKART

En la tarde del día 3 de octubre del corriente año, falleció en Viena, á los cuarenta y cuatro años de edad, el ilustre pintor Makart, honroso ejemplo de que no es la desgracia compañera inseparable del verdadero genio. Murió cuando todo le sonreía en la vida, el amor de su esposa, el aplauso de sus contemporáneos, la fortuna, la gloria, cuanto embellece y hace grata la existencia.

Hizo los primeros estudios de su difícil arte en la Academia de Viena, de la cual fué despedido *por falta de talento*. Nuestros lectores recordarán que otro tanto ocurrió al autor del *Spoliarium* en la Academia de Manila, lo cual, en buen castellano, viene á probar que en todas partes cuecen habas. Desesperado, regresó el manco á Salzburgo, su patria, donde recibió lecciones de Schiffmann, y más tarde Piloty, de Munich, le recibió como alumno en su taller.

Su aparición en el mundo artístico la hizo con el cuadro *Lavister en la cárcel*, en el cual reveló sus dotes para el género serio, al que sucedió su otro lienzo *Conversación de patrios venecianos durante la tarde*, notable por su exuberante colorido. La venta de estas dos obras le proporcionó recursos con que estudiar en Inglaterra, Francia y Alemania, hasta que, después de algunos ensayos menos importantes, expuso su *Peste de Florencia*, que por su valentía de dibujo y color dió lugar á grandes polémicas artísticas, que popularizaron su nombre y crearon su fama. Llegó ésta á oídos del emperador de Austria, quien llamó á su corte al ya insigne Makart, estableciéndole en un edificio del Estado (1869), del cual se trasladó á su actual taller, cábale en el mundo del buen gusto por los tesoros artísticos que á fuerza de talento, de paciencia y de dinero acumuló en él y cuya última tasación se ha elevado á más de quinientos mil francos. En la página 40 de nuestro tomo de 1883 publicamos una vista del interior de ese taller, que nuestros lectores pueden examinar de nuevo para formarse idea de que ciertamente no debe ser exagerada dicha valoración.

El amor á la gloria y la legítima cuanto espléndida re-



HANS MAKART

NACIÓ EN SALZBURGO EN 1840. † EN VIENA EL 3 DE OCTUBRE DE 1884

compensa de sus afanes encarrilaron á nuestro pintor con su trabajo hasta tal punto, que se resintió de ello su salud y por consejo de los médicos realizó un viaje á Egipto. La tierra de los Faraones debía ejercer no poca influencia en la inspiración de Makart y hasta en su manera de hacer. Ejemplo es de ello su famoso cuadro *Una cacería en el Nilo*, que hoy tenemos la buena suerte de poder reproducir en nuestro periódico, como tambien reproducimos su hermosa *Germania*. Nuestros favorecedores no habrán echado en olvido que en la página 392 del tomo 1.º hemos publicado *La mañana*, preciosa alegoría, en la página 134 del tomo 2.º *El nido*, de un género delicadísimo, y en uno de los Suplementos Artísticos, tambien de 1883, *Diana cazadora*, obras todas de Makart, que prueban realmente la variedad de su genio.

Una de las circunstancias más salientes de Makart es su independencia artística: ninguna escuela le mereció absoluta preferencia; sin embargo, es innegable que en algunos de sus cuadros de mayor importancia se nota cierta tendencia á Rubens, que no por esto perjudica á su originalidad.

Hans Makart ha sido una estrella del arte moderno; su muerte ha causado vivo dolor y profunda impresión á cuantos se interesan por el genio verdaderamente grande, cuya patria es el mundo, cuyos triunfos interesan á la humanidad entera, cuya inmortalidad es la grande esperanza de sus émulos.

UNA CACERÍA EN EL NILO, cuadro por Makart

Uno de los lienzos más notables del ilustre artista que acaba de fallecer en Viena, es aquel cuya copia reproducimos en este número y que representa á la hija de un Faraon entregándose al placer de cazar, ó de pescar, en el más caudaloso de los rios egipcios. El Nilo fué el Rhin ó el Tánis de la civilización antigua: por sus tranquilas aguas surcaban aquellas sumptuosas naves en que los magnates mecían su pereza, rodeados de hermosas mujeres compradas ó avasalladas en todos los mercados, y conducidos por esclavos vencidos en todos los países conocidos. Makart tuvo ocasion de ver por sí mismo las ruinas de esa decadencia, los despojos de ese imperio, cuya fuerza y cuyo orgullo están perfectamente representados por las famosas pirámides.

La potente imaginación del ilustre Hans se sintió excitada por lo que veía y por lo que se imaginaba, por lo que queda y por lo que reconstruyó con su privilegiada inteligencia. Y en un momento de inspiración, sin diseño, sin

boceto, ejecutó esa inmensa tela: bajo su pincel brotaron las aguas, se poblaron de torcaes cisnes y de temibles cocodrilos, aparecieron esas embarcaciones cuyos dibujos hay que copiar en los medio enterrados monolitos y surgió la ostentosa corte de una princesa, con todo el sabor, con toda la apariencia de una verdad que únicamente se revela al paciente erudito ó adivina el artista privilegiado.

El asunto está tratado con grandiosidad y de manera magistral: Makart lo pintó en catorce días; un pintor no comun necesitaría catorce veces más tiempo para copiarlo.

ANA JUDIO,
distinguida actriz francesa

Dentro de pocos días tendremos ocasion de admirar en nuestro Teatro Principal á la popular artista que si hasta hoy ha sido la niña mimada (permítasenos la expresión) del público parisiense, de hoy más lo será de la mayor parte de los públicos europeos, á juzgar por el frenético entusiasmo con que se la ha acogido recientemente en la capital de Dinamarca y de la afectuosa acogida que acaba de dispensársela en Madrid. Mientras llega el momento en que podamos unir nuestros aplausos á los de tan diferentes públicos, hemos creído oportuno ofrecer á nuestros suscritores el retrato de la popular cuanto distinguida actriz, de esa «estrella de primera magnitud de la escena» como la llaman los parisienses. Su gallarda presencia, su

voz, sino voluminosa, de timbre por demás dulce y agradable, su expresiva mímica, su modo magistral de decir, y sus conocimientos escénicos, unidos al portentoso arte que posee para apoderarse del auditorio desde los primeros momentos, la hacen acreedora á tan hiperbólico calificativo, por más que deba especialmente su reputación al género ligero, como el vaudeville y la opereta, y que en el dramático no haya podido rivalizar con otras artistas de renombre, para el cual no se prestan á la verdad sus facultades ni sus inclinaciones.

EL CORONEL DE CORACEROS
estudio por Meisnier

Francia es el país de los mejores pintores de escenas militares.

A Lebrun hace la competencia Vernet, á Vernet el autor de nuestro dibujo. Examínese éste, y no cabe una actitud más perfecta, una tensión más natural, un vigor mejor expresado, un ardor bélico más comunicativo.

Ese coronel vuela, manda, acuchilla, entusiasma, vence...

Si hubiéramos de representar un Marte del siglo XIX, no acertáramos á encontrar una forma más apropiada.

GERMANIA, cuadro por Makart.

Aunque haya sido muy comun representar á las naciones por medio de matronas, en las cuales los artistas han encarnado, ó han pretendido encarnar, los rasgos más salientes de la fisonomía de cada pueblo, es indudable que Makart, simbolizando á su patria, dió otra prueba de la independencia artística y de lo poco en que tenía las tradiciones, cuando estas no tenían motivo histórico ni estético de ser. Así nuestro malogrado artista personificó en esa figura, llena de vida y de fuerza, la fuerza y la vida de la Alemania moderna, sin recurrir á la sempiterna matrona, vestida y armada á lo Minerva, copiada de un patron hecho para todos los casos de esta naturaleza, sin distinción de tipos ni de nacionalidades.

La Germania de Makart es la encarnación de una raza; no puede confundirse con la alegoría ó símbolo de ningún otro pueblo; su belleza es germana pura, germanos son su tocado y sus armas, germano el aire de superioridad que respira, templado, empero, por esa mirada dulce, propia de las bellezas del norte.

El pincel de Makart no podia producir sino obras de primera fuerza.



HANS MAKART EN SU LECHO DE MUERTE

LA MANO DE DIOS

FOR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuación)

Ella se metió en el landó que partió inmediatamente, y en él se fué á la calle del Príncipe, en cuyo comienzo por aquella parte la esperaba una preciosa berlina.
—A donde siempre,—dijo al lacayo.
Entró, y la berlina arrancó.
Daba en aquel momento la una el reloj de la Trinidad, ó si mejor queremos, del Ministerio de Fomento.

V

Volvamos al café.
¿Quién era el amor, la virgen que había adivinado Margarita?
Eso nos lo dirá después Andrés.
Pero vamos á describroslo.
Una niña de diez y seis años, despierta, viva, marcada con el sello de la chulería, pero rebosando un hechicero candor y una pureza inmaculada.
Una de esas criaturas abortadas por nuestro amor descreído y cínico, que conocen todas las pequeñas picarías, que ostentan los pequeños descaros, que parecen impudentes, y que son, sin embargo, arcángeles.
Los fueros de la naturaleza y del corazón que nada destruye, ni ha destruido nunca, ni destruirá jamás.
Cuestión de formas.
¿Y qué difíciles son de presentar estas criaturas anómalas, fruto híbrido de una civilización decrepita y podrida!
Ellas lo saben todo sin haber pasado por nada.
Ellas son como una corriente perdida, que se desliza bajo una cubierta de lodo florida y bulbosa.
Ellas son un fenómeno que se siente y no se explica.
Una fuerza incomprensible que se defiende inconscientemente guardando con una fereza brava la independencia del corazón y de la voluntad.
El amor rudo, impetuoso, dominador de todo, de estas que pudieran llamarse las hermosas salvajes de la civilización, tiene todas las fragancias, todas las embriagueces de la naturaleza virgen.
Un idilio épico.
Una cosa sacra.
Todas las cosas son, no lo que parecen, sino lo que en su fondo vive.
Hemos conocido á muchas de estas pobres criaturas á quienes no defendía ni la educación ni la creencia; las hemos visto pasar inviolables por en medio de todas las corrupciones, de todas las monstruosidades, de todas las miserias, con la frente alta y desdeñosa, sometidas á un trabajo rudo, ansiándolo todo, sufriendo todo menos las humillaciones del corazón, y esto por instinto, por naturaleza; las hemos visto rechazar todas las tentaciones, todos los atrevimientos, hacer despertar y caer en fin sin discurrir con la convicción ni con la conciencia, por un

impetu del corazón, en un amor que al desengañarlas las ha llevado, sin creencias que les dieran la resignación para el martirio, al suicidio.
Si hay algo que arroje constantemente un horrible chorro de sangre y podre sobre la cabeza de nuestra civilización horrible, es el abandono en que deja la educación y la garantía y la dignidad del trabajo, y el mejoramiento de la condición del pobre.
Esto pertenece puramente á la filosofía social que verdaderamente no se conoce, y que por lo tanto no puede practicarse.

VI

Adela era una de estas criaturas incomprensibles, que fatigan á los pensadores que les estudian, y que son el resultado de nuestra mistificación social.
Adela tenía asegurada su subsistencia.
Pero de una manera escasa.
Su madre, que había sido una loba hermosísima, una india brava de la primera orden, una de las más famosas maestras de la *Fábrica*, había empapillotado durante algunos años, y cuando estaba ya cansada de rodar, al señor duque de la Fabilla, le había comido un lado, le había dado aquella niña suya ó ajena (esto no importaba, puesto que el duque la tenía por suya), se había gastado alegremente en juergas y curiosidades lo que había chupado al señor, se había acabado de destruir en los desórdenes, había enflaquecido y envejecido, había echado una horrenda facha de bruja asquerosa, y se había visto abandonada por el duque sin más auxilio que una pensión de diez reales diarios señalada vitaliciamente á la niña.
La Lola había intentado, para sacar más, el sistema del espanto por el escándalo, pero el duque la había hecho encerrar en el *Modelo* y la había reducido al silencio.
Añádase á los diez reales de la pensión, una peseta que como aprendiz ganaba la Adelita en el despacillado de la *Fábrica*.
A la Lola, por un escándalo la habían echado algunos años ántes del establecimiento.
Los catorce reales de la pensión y del trabajo de la chica, de que ella se apoderaba, se partían entre un pillote, un chulapon de infima clase á quien la Lola mantenía, y una enorme cantidad de aguardiente sin el cual no podía pasar aquella señora, y con el resto se atendía á una alimentación miserable.
No podía darse á la Adela ni peor ejemplo ni peor trato.
Para estas desdichadas criaturas hay innumerables golosos.
La Lola, que había vivido todos sus días de una manera tormentosa, érase una de estas madres infames, uno de estos monstruos del sentimiento, una de estas corrupciones sórdidas que arrojan de una manera tranquila y como si fuera la cosa más natural del mundo en la perdición del cuerpo y del alma, de la conciencia y de todo cuanto puede perderse, á sus hijas.
Adela, sin embargo, y por las razones que ya hemos expuesto, por un sentimiento de dignidad, de indepen-

dencia y de horror al sacrificio de su voluntad y de sus propensiones, sostuvo una larga y dolorosa batalla desde que cumplió sus catorce años, mal tratada, golpeada, afogada por todos los medios posibles teniendo en su madre un verdugo, peor aún, un demonio.
—Esta maldita,—decía la Lola rechinando los dientes que le quedaban,—se ha empeñado en ser una santa: pues que reviente de hambre.
Adela era una mártir heroica de su dignidad ingénita.

VII

Sabía la niña que era hija natural, aunque no reconocida, del señor duque de la Fabilla.
Lo sabían los conocimientos de la bruja.
Lo sabían las cinco mil de la *Fábrica*.
Lo sabía todo el mundo.
Pero la Lola no tenía pruebas materiales para hacer que el duque, que era solterón, la reconociese.
Un día, medio reventada de una brutal paliza materna, la Adelilla se escapó, y se fué rápida y airada como una tormenta á la casa de su padre, que aunque viejo ya y casi destruido, continuaba siendo un libertino furioso.
Cuando los criados vieron que una chica tan hermosa, tan desarrollada y que tanto oía á cosa decente, buscaba á su señor, lo tuvieron por cosa convenida, y la introdujeron.
El duque no la conocía.
Al verla se le alegraron los ojos.
La mandó acercarse.
Pero la Adelilla mantuvo una distancia respetable entre ella y el duque, y le dijo:
—Si V. tuviera vergüenza, no permitiría que su hija se viese como se ve.
Y esto lo dijo con desprecio, torciendo la preciosa boca, y relampagueando los ojos de una manera bravía.
—¡Mi hija!—exclamó sobresaltado el duque.—¿Y quién es mi hija?
—Yo, la hija de Lola la cigarrera,—dijo con un desgajamiento de chulería pura la Adela:—todo el mundo sabe que el señor duque de la *Fabilla* es mi padre, y algunas veces tengo que andar de morro con las compañeras porque me llaman chingueándose, la señora duquesa; y porque lo soy, sí señor, porque lo soy, y si no lo he dicho nunca ahora lo digo y en mi casa me quedo porque sí.
El duque estaba entre físico y asmático.
Se sobrecogió y se accidentó.
Echaron poco ménos que á empellones á la Adelilla, que produjo un escándalo de obra prima.
El duque, cuando se repuso, mandó que no la volviesen á recibir.
Pero el exabrupto había producido efecto.
Adelilla se había metido en el alma de su padre.
La conciencia había gritado, había realizado una sublevación en su sentimiento, y esta sublevación le había dado el consuelo de una ternura infinita.
Sintió en su sangre á su hija.
Pero ¿cómo reconocerla?



UNA CACERIA EN EL N



LO, CUADRO POR HANS MAKART

El, a causa de la brusca y formidable manera de Adela, la había creído una muchacha pervertida.

Empezó en él una lucha interna, espantosa.

Su conciencia le dijo que fuese lo que fuese su hija, él por haberla abandonado era el responsable ante Dios de la situación de aquella desgraciada; entonces tembló por su salvación, porque el duque, no embargante lo libertino, era creyente, fanático, y devoto hasta con las peanas.

La sofocación del escándalo que ella le había dado, y la lucha con su conciencia, le empeoraron y le pusieron tan al cabo, que los médicos creyeron de su deber manifestarle que debía arreglar sus negocios.

Se aterró el duque y llamó a su notario, con el que se encerró.

El resultado fué el reconocimiento de Adela, a la que instituyó su heredera universal no sólo respecto a sus bienes, sino a sus títulos, y dejando sólo a su sobrina Margarita, hija de su hermano difunto, un legado considerable.

Pero no se atrevió a llamar a su hija.

Después de otorgado el testamento, le administraron.

Pero como si el descargar su conciencia con el cumplimiento de su deber, hubiera sido para él una medicina milagrosa, se rehizo y escapó.

El testamento estaba bien seguro de una invalidación, porque el duque atribuía, y no sin razón, a su acto testamentario el haber escapado de las garras de la muerte, cuyo aliento helado, fétido, había sentido en las narices.

VIII

Los notarios deben guardar sigilo como los confesores.

Pero una cosa es el deber y otra cosa el hecho.

Buscó a Margarita, y con grandes preámbulos y exigiéndola grandes seguridades la reveló, para su gobierno, lo que el duque le había prevenido quedara en secreto.

Margarita estaba acostumbrada al materialismo, al positivismo, al individualismo de nuestros días.

Ella no tenía ni pensamiento, ni sentimiento mas que para sí misma.

No sabía para nada ni por nada de la esfera constitutiva de su sér.

Para ella el fin justificaba los medios.

Era un egoísta formidable, capaz de todo por sí mismo.

Sabía además encubrirse bajo una reserva fría y calculada.

Oyó impasible al notario, y cuando concluyó le dijo:

—Doy a V. las gracias por su intención: pero mi tío ha cumplido estrictamente con su deber y nada tengo que pensar ni que hacer contra su voluntad. Yo soy de su misma opinión.

El notario salió contrariado.

Le habían puesto la ceniza en la frente.

Sobre todo, le había hecho fiasco un gran negocio.

IX

Andaba entonces detrás de Margarita Andrés Diaz del Pardo, célibe recalcitrante que se había consagrado toda su vida a los amores de ocasión.

Era un alto funcionario jubilado sobre las cajas de Ultramar, en donde había vivido muchos años, y que había llegado a los altos empleos por el camino de la política.

Al jubilarse se retiró de las candentes luchas de partido.

Pero no renunció al amor.

El se sentía joven a pesar de sus años.

El tenía una inconcebible fuerza de voluntad y una especie de facultad extraña para engañar a las mujeres.

El insistía en los empeños más difíciles, seguro de ser amado.

Sabía esperar.

Tenía la mirada poderosa y la palabra ardiente, bella, conmovedora, apasionada.

Pero Margarita le traía a mal traer.

Sin fallar en nada a las formas, le hacía sentir una indiferencia despreciativa.

Margarita cambió de improviso cuando necesitó un instrumento.

Sabía que Andrés era por ella capaz de todo.

Empezó pues a trastrarlo.

A meterlo en jurisdicción.



ANA JUDIC, distinguida actriz francesa

Le autorizó, en fin, a que le presentaran en casa de su tío.

En la primera ocasión en que Andrés pudo hablarla a solas, Margarita se sobrecogió.

La pasión que ella había ansiado en el hombre de su amor, que no había encontrado en nadie y a lo que se debía el que se hubiese mantenido soltera, la encontró en Andrés.

Aquello era la exacerbación de cuantos amores soñados por el deseo puede sentir un hombre por una mujer.

Aquello era el paroxismo manifestado en la mirada, en el semblante, en las declaraciones, en el acento, en la perturbación terrible y formidable de todo su sér.

Aquello era una adoración contagiosa que luchaba naturalmente con los defectos que habían causado los años en el enamorado.

Pero había en Andrés algo virtual, algo mentiroso, algo prodigioso que se sobreponía a todo.

Una magia que no se explicaba.

Margarita gozó al fin la inefable ventura del sentimiento del amor, y por contagio se hizo tan tentadora, tan avasalladora, tan infinita para Andrés, como Andrés lo era para ella.

Sin la circunstancia del testamento del duque la cuestión se hubiera terminado pacíficamente de una manera vulgar.

Un casamiento hubiera sido una solución fácil.

Pero el amor no mataba en Margarita el cálculo, el egoísmo, la avaricia.

Seca de corazón para lo que no le halagaba, había concebido como solución de su cuestión de intereses el crimen.

No había retrocedido ni durante un solo momento en su proyecto.

El amor no había modificado ni su vanidad ni su avaricia.

Tenía al fin un instrumento ciegamente sumiso a su voluntad y tenía la seguridad del triunfo.

Pero era necesario no perder el tiempo.

El duque se extinguía rápidamente.

Era necesario que su hija, secretamente reconocida por él, no le heredase.

Había querido conocerla antes de herirla, y Andrés, como hemos visto, se la había mostrado en el café Imperial.

X

El cochero de Andrés lo llevó a la espalda de uno de los más bellos hoteles de los situados entre el barrio de Salamanca y Chamberí.

El carruaje se quedó entre los árboles.

Andrés dió la vuelta, se acercó al postigo y llamó a él levemente.

El postigo se abrió.

Pasó Andrés.

La oscuridad era densa.

Una mano deliciosa asíó otra mano de Andrés que la atrajo a su boca y la besó hambriento.

Ella dió un grito.

Había sufrido una sensación semejante a la de una puñalada.

A quella puñalada se había extendido por todo su sér y había llegado hasta su corazón haciéndole sentir un delirio.

Pero se rehizo inmediatamente con su incalculable fuerza de voluntad y rechazó de sí a Andrés que había rodeado el talle con un brazo tembloroso.

El se sintió dominado.

Margarita tenía en él un esclavo.

XI

Pasaron por el vestíbulo, que estaba desierto.

Atravesaron un salon.

Entraron en un gabinete ornamentado con un gusto admirable y de todo punto artístico.

Margarita se sentó en uno de los sillones de la chimenea, y señaló el otro a Andrés que parecía perplejo.

Su mirada atónita devoraba a Margarita.

Se sentó al fin maquinalmente.

El espíritu de la tentación con todas sus terribles potencias le envolvía.

Y Margarita aparecía tan impresionada como él.

—Tuya mi vida y mi alma,— dijo ella con acento opaco, ardiente, fascinador.

Y extendió los brazos como para rechazar a Andrés que había hecho un movimiento y que se dejó caer otra vez desalentado, desesperado y como herido, sobre el ancho sillón.

—Es necesario que cuanto antes salgamos,— repuso ella;— tengo miedo: una palabra no más; si quieres que nuestros amores acaben su tormento, mátalas.

No se podía ser más explícita.

—¡Que la mate!

—Si; es necesario que no se desvanezcan las esperanzas que legítimamente he acariciado tantos años de heredar a mi tío: si no me das esa prueba de amor no soy tuya, aunque para no ser tuya muera desesperada; ya lo sabes; vete.

—¡Un momental...

—¡Vete!

Dijo Margarita de tal manera estas palabras, que Andrés se levantó.

—¿Y si muere?—dijo.

—El casamiento inmediato,—respondió Margarita levantándose.

(Continuará)

TIPOS QUE SE VAN
EL VENDEDOR DE FIGURAS

«Todo el mundo es patria.»

Este principio cosmopolita ó anti-patriótico saca de sus casillas a un sinnúmero de individuos, y hace un aventurero del hombre pacífico.

¡Qué idea tan hisonjera y tan avanzada y tan propia del siglo XIX!

Eso de vincular el cariño en una sola nación es un egoísmo insoportable.

Cuando aparece y fructifica y se extiende por el mundo la bienhechora y grandiosa idea de la abolición de la familia particular en pro de la familia humana, el amor a la patria, que decían los antiguos arrastrados por su ignorancia, representa un sentimiento raquítico y miserable.

Cuando todo el mundo es familia (¡y qué familia!) ¿por qué no ha de ser todo el universo una sola patria común?

Por otra parte, nadie es profeta en lo que llama su patria. Es preciso que el hombre vague, pase una existencia errante, como *El Judío*. Andar y andar...

Y no se crea que esto es una disculpa muy ingeniosa del que al marchar deja en su patria algunos ingleses y varias víctimas de sus necesidades y sus holguras. No es por aquello de *quien te entienda te compre*, porque no todos los hombres ó las mujeres se venden, ni todos encuentran quien les ponga precio.

El hombre que emigra lleva siempre aún a falta de maleta, mucha esperanza y mucha fe en la caridad del prójimo.

La ciencia práctica arrancaba al Vesubio y al Etna su azufre; á las cavernas del Asia sus nitratos; al amargo pié-lago su sal marina; á la Cirenaica su *ammos* ó sal de amoniaco; á Chipre su alumbre; sus calizas, arcillas y sílices á toda la rugosa piel de la madre tierra; á los álcalis su accion vitrificante; y de esta suerte atendía á nuevas y nuevas necesidades, dulcificando las penosas sendas que habian de conducir á más altas civilizaciones. Y el azufre con el *borith* y el *netz* de los hebreos purificaba el alma en las ceremonias religiosas y blanqueaba las telas para la vida civil; y la sal marina conservaba carnes y pescados y condimentaba los alimentos, destruyendo lo *insípido*, sabor negativo de la nada, que aún traía el hombre primitivo sobre sus labios, con estimulantes apetitos de existencia; y el nitrato de potasa era medicamento preciado de los doctores de Roma, y niansamente se desleía en un vaso mientras le llegaba la hora de tronar en la férrea boca de los cañones, ó de estallar en minas y canteras; y el alumbre y las sales de hierro y todas aquellas sustancias que griegos y romanos llamaban *alumen* y *stypteria* se empleaban en la preparacion de lanas y cueros, y en medicina, con su poder astringente, contenian hemorragias, limpiaban llagas pútridas, y puede decirse que con dolorosos besos de implacable amor despertaban al sér á la vida, cuando en el mortal cóncavo de la úlcera maligna comenzaba á dormirse; y la piedra y el mortero creaban las maravillas de Thebas, Babilonia y Atenas; y la sílice y las materias alcalinas sucias y opacas, unidas por el amor y purificadas por el fuego, se fundian en masa cristalina por cuyo seno pasaba limpio el rayo de luz refractado, como si hiciese respetuosa genuflexion ante el maravilloso sér, no de otra suerte que el devoto al cruzar por el templo ante los ídolos de su creencia; y el lino de Egipto, y el algodón de la India, y el cáñamo de las Galias y multitud de materias textiles cubrian el desnudo del sér humano arrancándolo á la barbarie, recogian el soplo del viento en lo alto de los mástiles, entoldaban públicas diversiones ó carreras triunfales y formaban flexible cadena de invisibles eslabones desde el manto del emperador al sudario ó á las mágicas y pintarrajeadas vendas del embalsamado cadáver.

La ciencia práctica bajo forma de industria lo abarcaba todo y á donde una necesidad despertaba acudia diligente. Alimentos, bebidas, metales, piedras, tejidos, sustancias químicas, la materia con todas sus formas y todos sus colores, desde la púrpura de los moluscos recogidos en las pesquerías de las costas de Narbona, ó del Atlántico europeo y africano, hasta el bello color del geranio, y hasta el azul vegetal del *Ayuginum* de que habian Vitruvio y Plinio; hasta las materias colorantes minerales con sus ocios, sus óxidos y sus sales de cobre, plomo y mercurio; todo, materia, fuerzas físicas, fuerzas químicas, formas, matices, opacidades ó transparencias, rigideces ó flexibilidades, medicinas y venenos, cuanto pudo tener una propiedad que satisficiera un apetito, un deseo, una necesidad ó una pasion, fué utilizado por procedimientos indus-



GERMANIA, por H. Makart

triales, que brotaban espontáneamente de la observacion y de la experiencia, método hoy tan en boga y empleado ya desde el primer dia por el primer hombre aunque no fuese más que para arrancar una fibra vegetal ó sacar punta á un gujarrero.

Esta era la ciencia práctica, repetimos una vez más; pero no era la ciencia reflexiva, metódica, ordenada, con sus leyes y sus síntesis, más ó menos exactas, verdaderas ó falsas, poco importa: esfuerzo de organizacion, en todo caso.

La verdadera ciencia, allí revuelta con la metafísica y con la teología, pero pugnando desde el principio con ambas, estaba aprisionada en el interior de los templos y servia para meditacion y goce espiritual de los iniciados, para esplendor en las ceremonias del culto y para asombro de los ignorantes que imaginaban prodigios lo que era aplicacion de leyes físicas y químicas.

Mr. Albert de Rochas en su interesante obra sobre la ciencia en la antigüedad cita multitud de ejemplos, de los cuales ya en otros artículos nos hemos ocupado, y á los cuales en el presente artículo hemos de agregar un ejemplo más.

Está tomado de las *Pneumáticas* de Heron y parece reproducir un pasaje del canto XVIII de la *Iliada*.

Imaginemos el altar maravilloso formando como una columna truncada en el centro del templo.

En su superficie superior ha de encenderse el fuego sagrado, y bajo ella hay una cámara ó espacio lleno de aire.

El cuerpo cilíndrico de la columna es trasparente, formado tal vez de vidrio ó cristal (dejando la distincion á salvo); que ya los egipcios, mucho antes que los fenicios estableciesen sus cristaleras, fabricaban en Tebas y en Menfis cristales de color, y blancos cristales, y en sus tumbas se encuentran pedazos de esta sustancia, incoloros ó teñidos de esmeralda, de zafir ó de amatista.

Desde la cámara de aire baja un tubo que sirve de eje á multitud de pequeñas figuras, las cuales á su alrededor forman alegre círculo como el que Dédalo formó para Ariana la de la hermosa cabellera. Son estas figuras, ó encantadoras vírgenes cogidas de la mano y golpeando el suelo con el ligero pié, mientras sus túnicas de blanquísimo lino flotan en el aire siguiendo la rápida ronda, ó sátiros barbudos de bestial rostro.

Por último, de la parte inferior del tubo, ó eje central, parten horizontalmente brazos diversos que son tambien otros tantos tubos, los cuales sirven de sosten á las figurillas, y que en su extremo se retuercen de modo que su última porcion siga la direccion del círculo móvil.

Hé aquí todo el mecanismo. Veamos ahora sus efectos.

¿No arde el ara? pues todo está inmóvil: eje, brazos ó tubos inferiores, ninfas y sátiros.

¿Pero el sacerdote enciende el fuego sagrado? pues la fantástica ronda comienza al punto.

La explicacion, prescindiendo de algunas dificultades que ocurren y sobre las que no es oportuno insistir, es en extremo sencilla.

El fuego del ara calienta el aire de la cámara superior: éste dilatándose no encuentra otro camino que el tubo vertical; por él baja, siguiendo despues, para buscar salida, los tubos inferiores, y por la boca de ellos sale determinando, por aquel principio conocido de física que se llama de la *reaccion*, el movimiento circular de todas las figurillas.

El mecanismo no es en rigor otra cosa que una *turbina de reaccion*; turbina de aire en vez de ser de agua.

Los sacerdotes griegos y quizá tambien sus predecesores los egipcios conocian pues el principio físico en que estriban estos mecanismos.

La turbina existia, pero como insignificante juguete ó como cómplice de una supercheria sacerdotal en el seno del templo pagano.

Hoy la turbina es un honrado trabajador, que recoge la caída de agua y la convierte en utilísimo trabajo; ya muele trigo para el necesario pan de cada dia, ya mueve en el taller poderosas máquinas, ya engendra la luz eléctrica que ha de sustituir al sol en las sombrías horas de la noche.

Tal es la diferencia de los tiempos y de las civilizaciones.

JOSÉ ECHEGARAY

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



AÑO III

←BARCELONA 3 DE NOVIEMBRE DE 1884→

Núm. 149



¡MUERTA!

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—PENSAMIENTOS.—LA MANO DE DIOS (*conclusion*), por don Manuel Fernández y González.—LA CAJILLA DE PÓSPOROS, por don E. Benot.

GRABADOS: MUERTA.—EL PRIMER PASO, cuadro por Kaulbach.—LA RAMBLA DE LAS FLORES EN BARCELONA, dibujo por Pellcier.—COSTUMBRES ANNAMITAS Y CHINAS, dibujos por Meaulle.—BERÁ, por Stuckelberg.—LLEGADA DEL JEFÉ.—SOPLENTO ARTÍSTICO: RETRATO DE UN ALMIRANTE, por Troitz Hals.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Carreras de caballos.—El culto de la materia.—El jockey.—El poema del hierro.—Tamayo en la Biblioteca Nacional.—¿Por qué no escribe Tamayo? Dignísimo.—Un libro prohibido.—La cuestión del Real.—Última versión.

Han empezado las lluvias de otoño, pero han tenido la consideración de suspender un día sus hilos de agua en la atmósfera para que la buena sociedad madrileña celebre la primera carrera de caballos en el Hipódromo de la Castellana. Los cronistas de la *alta vida* (traduciremos esta vez al castellano la frase inglesa que tanto se usa sin saber lo que significa) dicen que esta vez no se ha podido dar a la fiesta del Hipódromo la brillantez que suele.

El Rey no asistió a ella; muchas personas de la aristocracia faltaron; en cambio hubo gran número de apostadores que fueron allí a perder ó á ganar su dinero en las mismas condiciones en que irían á una ruleta. El *Sport* hípico no está en España tan desarrollado como es preciso para que esta fiesta interesase á un número considerable de personas; queda reducido, pues, á un espectáculo no del todo comprendido por el público, y como tal, es indudable que ofrece atractivos. El caballo, cuidado como el Gran Turco cuida á sus odaliscas, enfundado con mantas inglesas todo el año, de tal manera que no le da el sol ni el polvo á uno solo de sus pelos, conducido á mano por el *groom* y mordisqueando las correas del bridaje, es el principal motivo del espectáculo; luego después aparece el *jockey*, enano, robusto, de nervios de acero, con su cascaca de raso flotante y multicolor, con su casquete calado hasta las orejas, bajo cuya visera se ve un rostro que no se puede decidir si es de viejo amañosado ó de niño revejuelo, con unos pelos amarillos que podrían tomarse por una sembradura rala de azafran, encima del labio y á lo largo de las mejillas; con sus pupilas verdosas y pálidas; triste, desgarrado, incompleto, porque ha nacido y se ha educado para que la multitud le contemple á caballo, y cuando se le arranca de la silla y se le pone sobre el suelo, parece una figura á la cual falta su *pendant*. La educación del *jockey* y la del caballo corren parejas y son igualmente anaturales. En vez de luchar los caballos tal y como la naturaleza los produce ó tal como el arte de la procreación pecuaria los da de sí, se añaden á estas condiciones de la lucha entre las distintas ganaderías una serie de prohibiciones, de compensaciones y garantías que sólo pueden explicar los que sean doctores en Hipódromos y licenciados en cuadrá. Para igualar á dos caballos que tienen igual estatura, igual edad, igual procedencia, igual linaje, pero uno de los cuales ha ganado en otra carrera un premio, á este ganancioso se le echa encima un peso superior al que tiene el otro. ¿Por qué? ¿Qué razón hay que justifique este absurdo? Se trata de dos fuerzas iguales; en el momento en que se las desequilibra la lucha es desigual. Permitásemse á mí, profano completamente en estas profundidades del turf, echar mi cuarto á espaldas sobre materia de que tan poco entiendo.

En cuanto á la educación del *jockey*, más que educación es formación. No se le deja crecer, se le pesa todos los días, se vigila el desarrollo de su vientre, se le obliga á andar leguas y leguas á pié calzado de pesados botines para que sude y enfuencen; quiere el hombre beber vino ó agua, nada de eso: ron, ron á todo pasto y comer poco y eso carne medio cruda rociada con té. De esta esclavitud en que vive el *jockey*, nace sin duda la tristeza de esos rostros que vemos pasar sobre la cruz del caballo, veloces, rapidísimos, ante nuestra vista por la arena del Hipódromo. Esclavos son ni más ni menos que los antiguos que acudían á las luchas de carros y á la carrera á pié de los cirios romanos; y así como aquellos, llevan en los colores de sus blusas, no el prestigio de la ganadería nacional, sino el orgullo de una familia aristocrática ó de un prócer de la Bolsa, bastante rico para pagarse el lujo de tener cuadrá, *horizontal* y *jockey*.

Triste es reconocerlo, pero ¿qué razón hay que nos lo impida? ¿Por ventura hemos hecho nosotros profesión de fe de Tartufos? Y aunque la sociedad con el dedo puesto sobre los labios nos imponga silencio, hemos de decirlo. Las carreras de caballos del Hipódromo, las corridas de toros de todas partes, los aplausos con que el público aristócrata de la Castellana acoge á *Rat-Penat*, caballo del Duque de Fernán Núñez cuando aparece cabroleando en la pista; el entusiasmo de los tauromafios que desenganchan en Málaga el tiro de mulas del coche donde va el español Mazzantini y conducen al torero en triunfo hasta la fonda donde se hospeda; la cola de 500 aficionados que van detrás de la carretela de *Lagaritjo* en Córdoba palmoteando

y vioreando... todos estos grupos nacionales, todos estos detalles de la vida pública en España, no es verdad que corresponden á siglos más atrasados, á épocas que parecían mandadas recoger y que se pudrían cubiertas de polvo en un rincón del Museo Arqueológico?

* *

No hay que extrañarse, pues, de que á este culto de la materia, que á esta adoración de lo externo, á esta postulación de las multitudes (de todas las multitudes, así de las que se visten de raso y lucen los brillantes de Góndola, como las que visten blusas y se desayunan con una sardina y medio panecillo duro), ante el ideal de la carne, ante el hombre hecho, ante el triunfo, venga de donde viniere y proceda de donde procediere, correspondiese esa larga crónica de crímenes que diariamente traen las columnas de los periódicos. Tres han ocurrido en la última semana, tres proezas de navaja, de esas en que cuando pasan los años y el curioso va á revolver en los amarillentos legajos de las causas criminales, vea en las relaciones de las indagatorias y los considerandos de las sentencias el hierro agudo y gotando sangre que brilla siniestramente en el cielo de España.

* *

Mucho se ha elogiado estos días el acto en virtud del cual el Sr. Ministro de Fomento D. Alejandro Pidal ha destinado á ocupar el cargo de Director general de la Biblioteca y del Cuerpo de archiveros y bibliotecarios al eminente dramaturgo D. Manuel Tamayo y Baus, autor del *Drama nuevo*, de *Locura de amor*, de *Virginia* y de otras producciones dramáticas dignas del más excelso talento. Ha merecido tales simpatías este nombramiento, porque el Sr. Tamayo y Baus es el primer autor dramático de España, uno de los pocos literatos cuyas obras resultan indiscutibles hasta para sus enemigos, un prodigioso constructor de frases y un maravilloso creador de caracteres; y además, porque el Sr. Tamayo y Baus vive en la modestia más absoluta, en un retiro monacal, en el piso principal de la Academia Española que por antigua tradición concede á sus secretarios perpetuos, cargo que siempre este insigne hombre, el hospedaje. El Sr. Tamayo se obtiene en vivir separado de los aplausos y de las multitudes, se niega á escribir ninguna otra nueva producción; y aunque no este año ni el pasado, sino todos, las empresas teatrales solicitan de él una obra, nunca la consiguen. El Sr. Tamayo se contenta, ya lo hemos dicho antes de ahora, con vivir de la sombra de su gloria y del recuerdo de sus triunfos.

Hace pocas noches un amigo mío se encontraba con el Sr. Tamayo en el *foyer* de un teatro y después de darle la enhorabuena por el nombramiento de que ha sido objeto le decía:

—Vamos á ver, D. Manuel, confíeseme V. con franqueza qué motivo es el que le aleja de la escena. ¿Por qué no escribe V. nada nuevo? ¿No sabe V. que el público lo espera con ansia? ¿Ignota V. acaso que literatos, críticos, poetas, novelistas, periodistas tendrían por gloria el elogiar lo que V. escribiese y ponerlo por encima de los cuernos de la luna, tributándole uno de esos homenajes públicos que honran á las naciones porque encarnan el culto hacia sus hombres eminentes y el amor hacia las glorias vivas? Pues si esto es así, y V. no podrá negar que es cierto cuanto digo, ¿á qué viene ese empeño, á qué esa tenacidad pesada, por qué privarnos del placer de que escuchemos y aplaudamos una nueva creación del autor del *Drama nuevo*?

A lo que el Sr. Tamayo y Baus contestó con una sonrisa entre benevola y metafísica que le caracteriza, que sería imposible de pintar y que resulta aún más imposible de describir:

—Vea V., dijo el insigne dramaturgo, todo eso que usted ha dicho es verdad; sé que aunque innerecidas tengo muchas simpatías y que sin que yo haya hecho nada para obtenerlo, el aplauso público está unido á mis obras. Pero esto consiste en una cosa muy sencilla. Todos me tratan como á un muerto. ¡Ha visto usted que cuando se pone en escena una obra de Lope de Vega, se le ocurre á ningún Zoilo ni á ningún criticastro poner defectos á aquello que se está representando? Sin duda alguna que no. Pues lo mismo sucede con mis dramas. Todo el mundo está convencido de que yo no he de escribir nada para el teatro, y me tratan con esa benevola condescendencia que inspiran los difuntos. Es más, llega mi optimismo á creer que si hiciese una obra nueva sería muy aplaudida; pero ¡ay de mí, si hacia otra después! es decir, si insistía en la faena, porque como todos se convencieran de que aquel á quien ellos habían cantado los responsos de gloria se obstinaba en volver al mundo y participar del banquete de pan y celebridad de sus contemporáneos, entonces vendrían sobre mí flechas envenenadas y me reducirían á polvo. Nada, nada, créame V. que hago bien en lo que hago: silencio, oscuridad, calma, no aspiro á otra cosa y eso lo tengo ya.

No nos convence el Sr. Tamayo con este razonamiento. Algun motivo hay más poderoso que obra constantemente en su espíritu, que atenece y á sus facultades creadoras. ¿Qué puede ser ello? Pues no es para nosotros difícil la solución de este enigma. Los académicos cuando abandonan el mundo de los mortales y entran en aquella casa de los inmortales, parecen contraer un compromiso tácito con sus nuevos compañeros: el de escribir poco ó nada, porque si escriben mucho serán

muy discutidos y á aquella santa casa donde se conserva el idioma entre algebrones no le conviene la discusión pública, porque de ella siempre sale mal librada. Hay excepciones en esta regla general; así, por ejemplo, el ambiente académico contrario á la actividad y al trabajo no ha podido agotar la facultad creadora inmensa de Castelar ni la concepción de Campomayor; pero la mayor parte de los hombres eminentes que ocupan sillones académicos escogen para brillar entre sus contemporáneos la elocuencia del silencio.

Otro fenómeno curioso de la Academia Española, y no es de aquellos que deban perderse de vista para examinar esta materia, es con qué facilidad han entrado en su seno literatos de mérito nulo, hombres que no han escrito nada que el público aplauda. Pues bien, estos tales son los que llevan la batuta en la Academia. Cañete, Catalina, Leopoldo Augusto de Cueto, el Conde de Chestre, puede decirse que estos señores son los amos de la Academia Española. Quien éntre allí, es preciso que se haya puesto bien con ellos; y cuando los escritores liberales de mérito, que han ingresado en la Academia porque la fuerza de la opinión pública los ha impulsado, y ha conseguido vencer las barreras, llegan á la puerta de la elección, antes tienen que ir á celebrar una misa en el altar donde se adora á Cañete.

* *

Mucho ruido ha producido esta semana la publicación de una novela del Sr. Lopez Bago, titulada *La Prostituta*. Del contenido de ella basta decir que la autoridad gubernativa ha prohibido su circulación conminando con 2.000 reales de multa al librero contraventor de la medida prohibitiva.

Aunque el autor presenta este libro con el carácter de ensayo naturalista, no lo es en verdad, y si fuera lícito discutir sobre cosas prohibidas se lo probaríamos al señor Lopez Bago. Hay un error notable en lo que atañe al naturalismo, que consiste en considerar tanto más naturalista una obra cuanto más obscena y la verdad es que naturalismo sólo quiere decir "verdad". Por el camino comprendido se llegará á pintar una humanidad encerrada en vicios y rodeada de lupanares, hospitales y lonjas de amor, como si los hombres además de tener este vicio no tuviesen otros, y como si contra esta cuenta de maldades no pudiesen oponer una considerable data de virtudes.

* *

Continúa sin resolverse la cuestión del Teatro Real. ¿Se abrirá? ¿No se abrirá? Los abonados confabulados contra el empresario se disponen á dar una batalla cada noche. El empresario se defiende procurando contratar con los mejores cantantes, pero los cantantes se niegan á presentarse ante un público á quien tante de antemano. En esta disposición de espíritu el público será capaz de silbar á un coro de serafines en que cantara un solo el arcángel San Gabriel. Hoy por hoy es la gran preocupación y el único motivo de conversación en los círculos distinguidos de la corte. Las opiniones están divididas. Unos dicen que el empresario ha provocado al público á una lucha en que saldrá derrotado por su empeño injusto de aumentar los precios de las localidades; otros sostienen que el empresario está dentro de sus atribuciones poniendo precio á aquello que vende, y que ni los abonados ni nadie tienen sobre él otro derecho que el de tomar ó dejar de tomar los abonos y el de comprar ó dejar de comprar las localidades.

El tenor y la prima donna son dos productos raros de la producción humana: como el diamante y el oro, su mérito consiste en su rareza. Seguro estoy de que si la voz bronca se pusiera de moda, debería encontrarse extraordinario mérito en el timbre antimeduloso de diciembre. El empresario se considera despojado de su legítima ganancia por la avidez de los artistas que quieren que se cambie cada nota que sale de su garganta por un billete de Banco; y como justa compensación de los peligros, eventualidades y molestias que lleva consigo el oficio de empresario, reclama el de la Opera el aumento en los precios de las localidades. Para tres noches sucesivas ha estado ya fijada la inauguración, pero siempre ha ocurrido á última hora alguna cosa que la ha retrasado. Esta cosa podrá haberse llamado en los carteles indisposición de un tenor, retraso en el viaje de la tiple ó falta de ensayo en los corsos de *La Africana*, obra que se pondrá en escena la primera noche; pero en realidad lo que hay es el miedo de los artistas á resistir el examen y la crítica de un público que está dispuesto á encontrar malo todo lo que se le presente.

Última hora.—Anoche tuvo lugar la apertura, tantas veces anunciada, del Teatro Real, poniéndose en escena la ópera *Mefistófele*, cantada por el simpático Theodorini, la Mariani, el tenor Puerari y el bajo Silvestre.

En esta función hubo de todo: gritos, aplausos, protestas y hasta silbatos de la tránvia puestos en acción por aristocráticos labios; esfuerzos de la *claque*, secundados por los rovinistas, para sobreponerse á las ruidosas demostraciones de los *protestantes*; derrota completa del tenor y del bajo, y por último intervención de la autoridad. En resumen, ha habido para todos los gustos. Veremos en qué vendrá á parar este controvertido asunto, que tiene conserada á toda Europa.

NUESTROS GRABADOS

[MUERTA]

Una joven escritora ha titulado cierto drama, escrito con el corazón, *Las mujeres que matan y las mujeres que mueren*. En este título están realmente incluidas una mujer, todas las mujeres, toda la mujer, como dijo Víctor Hugo.

La bella mitad del género humano ó lleva el egoísmo hasta la más refinada crueldad, ó lleva la abnegación hasta el más sublime heroísmo. La que permanece en un incoloro medio es una vulgaridad que de mujer tiene simplemente la forma, pero en manera alguna las pasiones.

La heroína de nuestro cuadro pertenece al grupo escogido, al grupo de los mártires. Guiada por el amor, que es un guía vendado, acudió á un lugar solitario para oír las dulces palabras de un hombre. ¿Cómo fue que halló la muerte allí donde esperó encontrar la dicha? El autor del cuadro no lo dice; para tales casos existe una palabra impropia ¡la fatalidad!

Ello es que el enamorado doncel estrecha contra su seno la mármora cabeza de un cadáver y que, abismado, abatido por un dolor, tanto más intenso cuanto era más previsto, semeja á otro Romeo junto al helado cuerpo de la nueva Julieta.

El cuerpo de la joven no está mal dibujado, pero le supera el del mancebo, cuya actitud es perfectamente natural en medio de su violencia. El conjunto del cuadro tiene un sabor de poética tristeza, sumamente adecuado á su romántico asunto.

EL PRIMER PASO, cuadro por Kaulbach

Este precioso cuadro está tan poéticamente concebido, como elegantemente ejecutado. Un hermoso niño da el primer paso, como si dijéramos entra en la vida, y cabe á él se encuentra el ángel del Señor que le ofrece su apoyo con la solicitud de un amigo, con el interés de un buen hermano. El niño al parecer vacila; su semblante expresa cierto temor, cierta intranquilidad, cual si ante su penetrante mirada atrase un abismo á corta distancia. Ese abismo puede ser el mundo, lo sería indefectiblemente, si el ángel no guiara los pasos de la tierna criatura, esos primeros pasos que á menudo deciden del porvenir de un hombre.

El ángel de Kaulbach es tipo de la belleza mística, de la belleza inmaculada, que nos complacemos en atribuir á los emisarios de la Virgen María, que son los genios tutelares de los niños. Cuanto más se contempla su rostro, más hemos de reconocer la inspiración del artista, esa inspiración que únicamente se encuentra elevando el pensamiento á regiones superiores, á espacios sembrados de estrellas apacibles, á ese más allá en que el sentimiento cristiano coloca el origen y el término de la vida, el primer paso del niño y la última caída del anciano, la primera ilusión y la aspiración postrera.

LA RAMBLA DE LAS FLORES (BARCELONA), dibujo por Pellicer

Aquellos que sólo conocen á Barcelona de oídas, ó sea por su fama industrial, figúranse que nos asfixiamos dentro de una atmósfera de carbon de piedra, ó bien que somos refractarios á todo lo bello que no es susceptible de inmediata aplicación fabril ó mercantil.

Para desconocer ese error, nada tan fácil y seguro como visitar nuestro Parque y aún mejor nuestra Rambla de las Flores, en la cual, á juzgar por la abundancia de ellas, reina la primavera desde el 1.º de enero al 31 de diciembre.

Pellicer, que ama á su patria, y que, como artista precioso, puede hacer resaltar sus bellezas, ha tenido la feliz idea de dibujar una escena de la Rambla de las Flores, escena en la cual si ha trazado con experto lápiz los personajes, ha procurado dar una idea de la abundancia y variedad de artículos expuestos en un mercado, que tiene cierto aspecto de paraíso. El autor no ha adulado el asunto; antes, por el contrario, su realismo le ha inducido á retratar á los interlocutores de la escena reproducida. Muchos de nuestros lectores echarán de ver entre aquellos á algún amigo, colaborador asiduo de nuestra *Biblioteca Universal*.

Quizás ese realismo perjudique á la parte poética de la composición; pero nuestro distinguido paisano ha izado la bandera de la verdad en el arte, y no es presumible que la arrie fácilmente. Nosotros distamos mucho de ser exclusivistas de escuela y respetamos, como es debido, la opinión de todos los artistas de talento.

COSTUMBRES ANAMITAS Y CHINAS, dibujo por Mesulle

El autor de estos apuntes ha copiado del natural. Cuando tanto se ha mentado tocante á los hijos del Celeste Imperio y sus vecinos, bien merece la pena de que se les conozca un poco de verdad.

Cuando el anamita navega y ni el más ligero soplo de brisa viene á hinchar sus velas, que se abren ó cierran como un abanico, acude á un recurso tan infantil que, á puro serlo, demuestra su inconcebible atraso: se pone á silbar, muy creído de que el silbido del hombre corresponderá el del viento, como á la voz de un amigo responde la de otro amigo. Mas no todo consiste en silbar, sino en hacerlo ni muy fuerte ni muy débilmente; es un ejercicio que exige su práctica y su experiencia; lo cual prueba que hasta puede haber doctores en necesidades.

El chino es menos cándido, menos inocente que el anamita; pero no es más ilustrado ciertamente. Descot-

fiado hasta lo sumo, humilde hasta el servilismo cuando se propone explotar su bajeza, confundiendo el amor á la patria con el odio al extranjero, se encarama á lo alto de su junco, se arma de un paraguas ó quitasol que, por lo arruinado, ni priva del sol ni priva del agua, y desde su atalaya, una hora tras otra hora, contempla el espacio con cierta desden, porque al otro lado de ese espacio se encuentran los bárbaros, es decir, los pueblos de Europa, á los cuales detesta cordialmente, incluso al inglés que le proporciona éxtasis mortales.

Nuestros dibujos reproducen al anamita y al chino en su junco; entramos á muchos siglos de distancia de la verdadera civilización.

BBBÉ, dibujo por Stuckelberg

De ese niño solamente cabe decir que nos le comeríamos á besos.

Poco amorosamente deben contemplarle sus padres.... Tentaciones le dan á cualquiera de casarse, nada más que por la esperanza de tener un vástago parecido.

LLLEGADA DBI, JBBE

Esta escena de costumbres militares del ejército austro-húngaro, está apuntada de mano de maestro. Jinetes y caballos, militares y paisanos, están correctamente dibujados, demostrando su autor que ha estudiado á conciencia las costumbres de la milicia, reflejadas en el menor de los hombres de armas en los ejércitos disciplinados.

SUPLEMENTO ARTISTICO

RETRATO DE UN ALMIRANTE, por Troitz Hals

El autor de este precioso retrato es uno de los más ilustres pintores alemanes del siglo XVII. Contemporáneo de Rembrandt, se echa de ver que uno y otro pertenecen á una misma escuela, hasta el punto de que, á no ser conocido el retratista de nuestro almirante, pudiera atribuirse su obra al famoso artista de Leyda.

Con verdadera satisfacción publicamos el *Suplemento artístico* de este número, que indudablemente merece los honores del marco.

PENSAMIENTOS

Todo hombre en el mero hecho de serlo, tiene derecho á la justicia, á la simpatía y á la libertad. Este principio tiene su origen en el Evangelio: Jesucristo lo inscribe en el corazón humano para que de él se transmita al cuerpo social.—*Gutzot*.

La bondad es una belleza tan especial que se echa de ver hasta en los feos.

Aquellos que aparentas ser, aquello es lo que deberiais ser.—*Alfredo Bougeart*.

El honor y la debilidad son dos cosas que se cansan pronto de estar juntas.—*A. C.*

El exceso de modestia puede llegar á ser un exceso de orgullo.—*Chevrier*.

El hombre debe proponerse siempre algo grande, algo que parezca superior á sus fuerzas; sin lo cual estas se amortiguan, como se amortiguan las del iman cuando durante mucho tiempo ha dejado de estar expuesto al norte.—*Juan Paul*.

LA MANO DE DIOS

(Conclusion)

Margarita le guió.
Salió por el postigo.
Entró en su carruaje.
Se arrojó en un ángulo de él y exclamó:
—¡Que la matel ¡este es un amor del infierno!
Andrés veía claro que Margarita quería verse libre de Adela sin contraer responsabilidad de ninguna especie.
Nunca el amor había puesto condiciones más irritantes y más terribles.
El crimen premeditado y frío contra una pobre criatura.
El delirio había invadido á Andrés.
Era esclavo de Margarita.

XII

Pero lo que Margarita le pedía era terrible. Andrés enloquecido por el amor, en un momento de delirio que hubiera podido llamarse aléjido, le había prometido la comisión de un crimen.

Pero si Andrés podía sucumbir al amor incitado por cuantas sensaciones el amor tiene, y en un momento de arrebatado, la reflexión y el imperio de su conciencia debían hacerle horrorizarse de su debilidad infame.

XIII

Permaneció algún tiempo doblegado.
Su cabeza ardía.
La sangre golpeaba en su corazón y en sus sienes con una fuerza aterradora.
Si aquello no era aún la congestión, estaba próximo á serlo.
Y para Andrés se iba convirtiendo Margarita en un sér monstruoso.

Era un sér infame, horrible por su infamia, y hermoso, hermosísimo por su forma, y tentador por intensidad de un amor sensual, satánico, arrebatador.

La fealdad del alma mata y hace desaparecer la hermosura del cuerpo, como generalmente la fealdad del cuerpo perjudica á la belleza del alma.

Lentamente el horror de sí mismo por el crimen que ciego y loco no se había atrevido á rechazar indignado, fué transformando para él á Margarita en un verdadero demonio.

Su hermosura se hizo para él espantosa; una verdadera hermosura de Satanás, pero por lo mismo incontrastable. Era cuanta desgracia podía sobrevenirle.

La posesión de Margarita era para él una necesidad vital.

Y para satisfacer aquella necesidad, para no morir desesperado, Margarita le pedía que matase.

¿Le amaba Margarita?
Sí, y con frenesí, con delirio; había visto en sus ojos, en la conmoción de todo su sér, un amor tan frenético como el que él sentía.

Por lo mismo no era bastante que él se librara de aquel crimen de la vanidad y de la codicia de Margarita. Era necesario que la salvase también á ella.

¿Qué hacer?

XIV

Andrés pasó la noche en vela, pasándose agitado por su cuarto, volviendo á sentarse, dominado por una inquietud mortal, por un padecimiento sin nombre.

Llegó al fin la mañana.
Una mañana en que la lluvia lenta y monótona caía envuelta en la niebla.

Parecía que la naturaleza estaba de duelo.
Los árboles del jardín con las formas caprichosas de sus troncos musgosos tenían para él una apariencia fantástica de espectros amenazadores que tendían sus rugosos brazos, que los agitaban amenazadores.

Los zumbidos del viento que se rompía en ellos, le parecían gemidos de muertos terribles que le amenazaban.

Continuaba el delirio haciéndole ver lo que no existía, volviendo contra él la naturaleza entera como debió volverse contra Caín.

XV

Andrés no pudo más.
Necesitó alejar de sí el horror del crimen, y conquistar la posesión de Margarita.

¿Y cómo?
De improviso lanzó un grito de alegría; su semblante respiró su tensión sinistra.

La inefable dulzura de la esperanza apareció en sus ojos.

Sacó de un cajón de su mesa de despacho algunos billetes de banco y los guardó en su cartera; tomó su abrigo, su sombrero y su bastón.

Cinco minutos despues, decía, entrando en su carruaje, al lacayo:
—Calle del Tribulete, 5.

XVI

Un cuarto de hora despues, el carruaje paraba á la puerta de una vieja casa de vecindad, poniendo en conmoción á los vecinos.

¿A quién podía buscar allí el señorón que bajaba del carruaje?
Lo supieron muy pronto.

Andrés preguntó por la Lola.
—Ah, ya!—dijeron para sí los que lo oyeron, con la alegría del que encuentra materia para murmurar, hincando el diente en el prójimo:
—Este viejo viene por la Adellilla.

A algunas muchachas se les pusieron los dientes largos de envidia.
¡Ahí es nada!

Un señor rico á quien comerle un lado, partiendo los despojos con el novio paciente que soterra á sangre fría un negocio que le aprovecha.

Le señalaron una negra puerta al fondo del patio.
Estaba abierta.
Andrés entró.

La Lola, con toda su fealdad y todo su cinismo, le salió al encuentro.
Le revolvió su mirada malévola y desvergonzada y le preguntó:

—¿Qué se le ofrece á V., caballero?
—¿Podemos hablar donde nadie nos oiga?
—Pase V.,—dijo la bruja.

Y cerró la puerta, y le llevó á un cuartucho húmedo, de paredes renegridas, en que había un pobre lecho y una silla.

Algunas pobres ropas de mujer pendían de su pared. Aquel era sin duda el dormitorio de Adela.

Andrés se sentó en la silla y la vieja en la cama. Continuaba mirando con una inspección grosera á Andrés.

Este empezó por ponerle en las manos un billete de banco de mil pesetas.

—Y esto, por qué?—observó la Lola.
—Porque V. me ayude.
—¿A qué?
—A que todo el mundo crea que su hija de V. ha sido asesinada.



EL PRIMER PASO, cuadro por Kaubach



LA RAMBLA DE LAS FLORES EN BARCELONA, dibujo por Pellicer

La vieja dió un salto.
Andrés para no perder tiempo,
se había ido derecho al negocio.
—No entiendo eso bien,—observó
la Lola.

—Una farsa.
—Pero, ¿y por qué?
—Todo se reduce á que Adela
desaparezca durante un mes y todo
el mundo crea que ha muerto.

La Lola miraba de una manera
extraña á Andrés.

Parecía leer en su pensamiento.
—Cuanto V. quiera,—le dijo,—
porque la justicia tenga por muerta
á la niña,—añadió Andrés, mos-
trando á la bruja algunos otros bil-
letes de Banco.

La Lola tendió hácia ellos una
mano arrugada.

En sus pequeños ojos grises y
repugnantes ardía la avaricia.

—Esto no es más que una peque-
ña muestra de mi agradecimiento;
dentro de un mes puede aparecer
de nuevo Adela; yo me comprometo
á hacer su fortuna, yo se lo aseguro:
yo haré que la reconozca su padre.

—Su padre es un canalla.
—La reconocerá.

—Pero ¿cómo hago yo que pa-
rezca muerta sin morir?

—Eso es cuenta de V.: si conve-
nimos, no tenemos que volver á ver-
nos más.

—Si la reconoce su padre, la he-
radera será dueña.

—Eso quiero yo: pero para eso
es necesario que la crea su padre
muerta, que sienta el remordimien-
to, y entonces aparecerá.

Como se ve, Andrés mentía.
Imitaba á la Lola.

—¡Ah! V. sabe su historia!—dijo
ella:—V. la quiere, ¿quiere V. ha-
cer un buen negocio casándose con
ella, cuando herede: dicen que ese
infame se está muriendo.

—Por lo mismo es necesario no
perder tiempo.

—Es lástima que ella no esté
aquí: ella es muy lista y ella encon-
traría una manera: pero está en la
Fábrica; ¿quiere V. que yo vaya á
buscarla?

—No; yo no volveré á ver á V.
hasta que el negocio esté terminado.

—Bien,—dijo la Lola,—he en-
contrado medio para cosas más
difíciles.

—Pues adios.
—Vaya V. con Dios.

XVII

Andrés salió aquel mismo día de Madrid para el Esco-
ria, sin avisar á Margarita.

No quería verla hasta que pudiese decirle:

—Adela ha muerto.

Tres días después, los periódicos noticieros traían el
suelto siguiente:

«SUICIDIO EXTRAÑO.—En la dehesa de la Macisión los
guardas encontraron ayer las cenizas de una grande ho-
guera; cerca había ropas exteriores de mujer y sobre ellas
y sujeta por una piedra una carta que contenía lo siguiente:
«Aborrezco la vida, y si no me la he quitado antes, es
porque sé que los que se matan les hacen la *natomía*, y yo
no quiero que ya que nadie ha visto mi cuerpo me lo
vean los médicos del *hospital*; yo haré un montón de leña,
le pegaré fuego, y luego me echaré en él y me daré, para
no morir quemada viva, una puñalada en el corazón:
dejo mi vestido y esta carta para que no se culpe á nadie
de mi muerte: que avisas á mi madre la Lola Gomez, que
vive en la calle del Tribulete, núm. 5.—Adela Gomez.»

Acudió el juzgado de guardia.

Se revolvió en las cenizas, se encontró entre ellas una
navaja grifer abierta, con las cachas quemadas y una pe-
queña cruz y dos aretes de oro renegridos.

Se avisó á la Lola Gomez.

Ella reconoció estas prendas que quedaban de su des-
dichada hija.

Los peritos han declarado que la carta es auténtica.
Consta, pues, este horrible suicidio que se atribuye á
unos amores contrariados.»

XVIII

Esta noticia causó por algunas horas una sensación
profundísima.

Pero el indiferentismo es un rasgo distintivo de nues-
tro tiempo.

Al día siguiente nadie hablaba de ella.

Margarita leyó la noticia con una avidez sombría.

—Esto es terrible,—dijo:—la casualidad se ha antici-
pado á mis proyectos; no tengo este crimen sobre mi con-



ANNAMITAS SILBANDO PARA ATRAER AL VIENTO

ciencia: ¡ah! ¡la conciencia! yo no creía en la conciencia
y sin embargo, vive, vive, se revela terrible cuando la
evoca el crimen: pero yo no he cometido un crimen; ha
sido ella, ella... pero ¿por qué ha desaparecido Andrés?
Este es un misterio y es necesario que yo lo aclare.

XIX

Margarita escribió y envió á casa de Andrés el billete
siguiente:

«¿Qué es de tí? has desaparecido y estoy inquieta: no
sabía yo cuánto te amaba; ven.—Margarita.»

Pero Andrés no estaba en su casa, ni nadie en ella sa-
bía su paradero.

Al día siguiente volvió y encontró el billete de Margari-
ta.

Corrió á verla.
Margarita se arrojó llorando en sus brazos.

—Creía que no iba á volver á verte,—exclamó,—y te
he esperado agonizando.

—Yo tenía miedo,—dijo Andrés.

—Miedo, ¿y de qué?

—De un proceso.

—Pero ella se ha suicidado.

—No,—dijo Andrés:—se la ha matado, se la ha que-
mado: se ha falsificado la carta que ha encontrado el
juzgado, una falsificación admirable; el juzgado ha sido
engañado; ha sobreesido ya este tiempo; ya eres la heredera
necesaria de tu tío; yo lo he arrostrado por tí todo: sé mía.

Margarita se había vuelto mortalmente pálida; en su
mirada extraviada había algo de insensatez.

—¡Tengo sangre sobre el alma!—gritó con extravío;—
yo no sabía lo que era esto: ¡el crimen! ¡oh! ¡el alma!
¡Dios!

Y sus ojos se extraviaron más y más.

—¡Ah! ¡estas manos que me ahogan!—exclamó Margari-
ta.

Andrés se espantó.

La locura se marcaba más y más en el desencajado
semblante de Margarita.

—¡Ah, adorada mía!—exclamó
Andrés;—recóbrate; vuelve en tí.

—¡Oh, sangre! ¡sangre! ¡y no
saber lo que era la sangre sobre la
conciencia! ¡esto me matará!

—¡Ah, no! escúchame,—dijo An-
drés viendo que la reacción ya se
había hecho en el alma de Margari-
ta.—Adela vive: todo esto ha sido
una farsa.

—¿Que Adela vive! ¿que se ha
hecho una farsa!—exclamó con una
horrible ansiedad Margarita;—no,
tú me engañas: si vive ¿dónde está?

—Tranquillízate, adorada mía, yo
te la traeré: yo he querido engaña-
te para que fueras mía: tu amor
era mi bien; y ahora te amo más,
porque el remordimiento y el arre-
pentimiento te han purificado.

—¿Dices que no ha muerto?

—No.

—¿Me lo juras por tu amor?

—Sí.

—¿La traerás? ¿la veré yo?

—Sí: cuanto antes, si la traen del
lugar en que debía estar escondida
hasta que se celebrase nuestro casa-
miento.

—¡Ah! ¡tú me has salvado! ¿cuán-
to te amo! ¡qué feliz soy!

XX

Aquella noche Andrés llevó á
Adela á casa de Margarita.

Esta la cogió en sus brazos y la
besó frenética.

Al verla se le había quitado el
peso horrible que la sofocaba el co-
razón.

Había calculado audazmente el
crimen y al creerlo consumado se
había espantado de sí misma.

Coincidió con la venida de Ade-
la la exacerbación del asma del du-
que de la Fabilla.

Había sabido la noticia del suici-
dio y su conciencia se había suble-
vado en él implacable.

Se había exacerbado su enfer-
medad.

Los médicos habían predicho su
fin próximo.

XXI

Cuando le previnieron, cuando
le presentaron á Adela, le acometió
una convulsión como si en vez de
su hija viva hubiera visto su es-
pectro.

—Ya te he reconocido,—dijo,—
ya te he dejado mis bienes y mi
título.

XXII

Todo estaba terminado.
Adela fue reconocida.

A aquella farsa que ante la justicia era un delito, se
le echó tierra.

Andrés y Margarita se apresuraron á casarse antes que
se lo impidiese un luto.

Algunos días después de las bodas, el duque murió.

Adelilla quedó bajo la tutela de Margarita que la llevó
á un colegio de Londres para que la educasen.

Con el legado que su tío le había dejado, tenía Margari-
ta cinco mil duros de renta, que unidos á la de An-
drés hacían diez mil.

Se podía vivir decentemente.
Margarita decía con frecuencia á Andrés:

—No éramos malos; era que estábamos viciados; ya
soy feliz: esto ha sido *La mano de Dios*.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

LA CAJILLA DE FÓSFOROS

—Vales menos que un fósforo, so *Chute*.

—Y tú menos que una cajilla vacía, tía *Escobar*.

Así se dijeron ayer una manolita y su majao, al pasar yo
delante de la desavenida pareja junto á un puesto del
Rastro.

Recapitemos, me dije, siguiendo mi camino, y pen-
sando en ese incansable allanador de dificultades que se
llama *Progreso*.

Y de no sé cuál rincón de mi memoria se levantaron
vivos los recuerdos de aquellas mañanas de invierno muy
frías en que yo, niño, muy niño aún, escuchaba acurrucado
en mi cama los *¡Válgame Dios!* y los *sapos y ca-*

lebras y hasta ternos muy redondos que Rosario (el ama que me crió) echaba por aquella boca, cuando, habiéndose apagado la mariposa maldita, tenía á tientas que echar lumbres con el eslabon y el pedernal, para encender la yesca.—Nadie en la casa, más que ella—ella solamente!—había de cuidar la antiqüísima caja de las pajuelas, veneranda y venerada herencia de familia, y más estimada por eso que si fuera de oro puro, aunque sólo era de plebeyo hierro vizcaino con intrincadísimas curvas cinceladas. Un cuadrúpedo, que decían ser un lobo, servía para abrir la tapa. Dentro había compartimientos para las pajuelas, para la yesca, para las piedras de chispa (entre las que había dos de ágata) y para el eslabon, que figuraba en un mastín,—al cual entónces, en mi infantil estética, calificaba yo de muy superior á la octava maravilla.

Rosario se consideraba como la única en el mundo para eso de echar yesca y aviar una mariposa...; pero, á decir verdad, la mariposa se apagaba todas las noches precisamente al anacer; y Rosario tenía siempre negra la uña del dedo pulgar de la mano izquierda, porque en ella solía darse con el eslabon, en vez de dar en el pedernal; y ese tino especialísimo para pegarse en la uña zurda, ó tal vez en los nudillos, era la causa de sus devotas imprecaciones á la Santísima Trinidad, y sea todo por Dios, entreveradas con enérgicas interjecciones y corajudas patéticas en el suelo. Un olor infernal del azufre de las pajuelas, seguido de un mohino Gracias á Dios, ponía término á la contienda entre el eslabon, los dedos, y el pedernal; y, á poco, había irregulares alternaciones de mortecina claridad y de oscuridad profunda en el corredor, á que daba la puerta de mi cuarto, según que Rosario iba de acá para allá con la lamparilla, encendida al fin á costa de tanto chis chás, plegaria y maldición.

Y ¿quién describe la tormenta de rayos y centellas que se desencadenaba cuando, al abrir la ventana en la cocina, el viento apagaba la luz?

**

—¡Vales ménos que un fósforo!

...¡Cómo se conoce que la chula no alcanzó la edad de la yesca y la pajuela en que yo tuve la... la honra de nacer!

¡Qué de industrias entónces florecientes! Según noticias, la manufactura de las cajas de pajuelas constituía un negocio de los más lucrativos en Birmingham; y la de tallar las piedras de chispa daba ocupación á millares de personas en los distritos abundantes en pedernal. Pues ¿y la yesca? La había de dos clases; la de trapos carbonizados, sucia y asquerosa, muy usada en Francia é Inglaterra; y la de hongos y cardos preparados en fuertes soluciones de nitró,—usada casi exclusivamente en España y Alemania.

**

Los recuerdos del tiempo antiguo (que yo creía muertos para siempre) se están levantando ahora, como si pertenecieran á la semana anterior. ¡Pues no me decía elayo de mi escuela cuando empezaron á usarse los lucíferos (fósforos de madera):—¡Dios mío! ¿qué sería de los pobrecitos que viven de hacer yesca y pajuelas, si esta nueva invención del Lucifer se llegara á generalizar?—En el pobre cacimén de aquel buen hombre no cabía el concebir que se centuplicase con la flamante industria de hacer luz el número de manos ántes empleadas en forjar eslabones y tallar pedernales. No comprendía que el consumo de los lucíferos vendría á ser tal que habían de necesitarse potentes máquinas para cortar los palillos de madera (que eran y son generalmente de pino americano), donde habían de colocarse las cabeceñas de los fósforos. Sierras rotatorias de movimiento rapidísimo cortan primeramente el pino en delgadísimas chapas; y después las chapas en listoncillos cuadrangulares, que luego se subdividen en los conocidos prismas cuadrados que, al cabo, constituyen los palillos de los fósforos.

¡Cuán lejos estaba el pasante de imaginar que solamente el cortado del pino había de constituir una industria muy activa! Los que se dedican á fragmentar la tea no se ocupan en colocarlas las cabeceñas de los fósforos; esto queda para otros industriales. Cada máquina corta dos millenas de prismas diariamente. Los palitos, al salir de la sala de las máquinas, se deslizan por su gravedad



CHINO SOBRE SU JUNCO

á un departamento inferior, donde mujeres y niñas los coleccionan por gruesas, las gruesas por paquetes y los paquetes por cajas. Las cajas se reúnen, por fin, hasta formar un bocoq que contiene unos dos millones de astillas. En muchos molinos de Inglaterra se cortan cinco y seis millones de palillos cada día. Si los palillos han de resultar cilíndricos en lugar de cuadrados, la segunda forma se les da, introduciéndolos por agujeros circulares hechos en planchas de acero muy templado, para lo cual es necesario afilar exactamente los bordes de los agujeros, y forzar por ellos los prismillas por medio de una gran presión.

En Sajonia no llega á 15 pesetas el valor de un millón de estas astillas. En Bohemia resultan la mitad más baratas; y en Schlittenhofen doce cajas con cien palillos cada una y sus fósforos ya puestos, cuestan unos cincuenta céntimos lo más.

**

¡Vales ménos que un fósforo!...

¡Cuánto adelanto no supone, cuán enorme sería de procesos evolutivos no patentiza el innegable hecho de ser hoy una cosa despreciable, á FUERZA DE ABUNDANTE, el objeto vulgarísimo con que se obtiene instantáneamente la luz!

Y, sin embargo, ¡qué no darían por un fósforo los salvajes de las islas del mar del Sur, que, para obtener luz, necesitan frotar enérgicamente dos pedacos de madera seca, hasta que les prende fuego el calor producido por el frotamiento! ¡Cuántas fatigas no requiere la adquisición de la destreza necesaria al efecto; pues pocas veces lo consiguen, por falta de habilidad, los europeos, de fuerza muy superior á la de los salvajes!

**

¡Qué sería del hombre sin el fuego!...

Así se concibe que los Egipcios hiciesen de él una divinidad, Phtha, la segunda de las tres Kamesis (Knef, Phtha y Fré) potencia de creación, de producción y de vida, representada en forma de gavilán dentro de un nicho oval, símbolo del huevo del mundo.—Así se comprende que el mayor de los crímenes en la mitología helénica fuese el robo del fuego. Prometeo quitó al Sol una parte del suyo, y, por eso, Júpiter lo encadenó en el Cáucaso,

donde un buitre le roía eternamente las entrañas, que eternamente le renacían para que nunca tuviera término el dolor.—Una divinidad, Vesta, presidía al hogar doméstico y al fuego interno de la tierra. Los pelagos, los habitantes de Troya y los romanos, que pretendían descender de los troyanos, tributaban culto á esta diosa, que, con Minerva, era la primera de las divinidades llamadas Penates; y, en su obsequio y honor, cada casa mantenía un fuego perpetuo. ¡La necesidad llegó á hacer asunto religioso el mantenimiento de lumbre en cada hogar!

La conservación del fuego llegó á tanto, que en Roma exigió más ménos que una institución.—Sacerdotisas especiales fueron encargadas de mantener el fuego sacro en el altar de Vesta, y de ejecutar, en honor de tan indispensable divinidad, ritos misteriosos. Las vestales estaban obligadas á guardar castidad todo el tiempo de su ministerio, que duraba 30 años, y era enterrada viva la que violaba su voto; ¡que la asidua conservación del fuego se llegó á considerar como incompatible con la creación de una familia! Pena igual sufría la vestal que dejaba apagar el fuego sacro. En cambio, ¡cuánto privilegio disfrutaban! Su solo dicho hacía fe en juicio, sin necesidad de juramento; salvo era el criminal á quien ellas encontraban á su paso.

**

Otro recuerdo.

Mi médico (que tuvo la feliz ocurrencia de morirse ántes de que acabara de dejarme enteramente ciego secundum artem) me cogió un día leyendo.

—¡Lo ves? Ahora no me lo negarás. ¿Cómo he de ponerte buzo de esos ojos que vas á perder sin remisión? ¿No te he dicho que te abstengas religiosamente de leer? ¡Ni un sobrescrito! ¡Cargarse la cabeza! Y ¿qué estudiabas?

—Nada. Leía solamente el cómo los salvajes se procuran fuego restregando dos maderos...

—¡Qué bárbaros!

—¡Bárbaros? Pues mire V., que rido doctor, esos salvajes, muy señores míos, han estado haciendo desde muy antiguo, ciencia enteramente á la moderna.

—Infundios! ¿Cómo?

—Pues claro: convirtiendo el movimiento en calor. ¿Ve usted? Lo mismo que está V. ahora haciendo sin pensarlo.

En efecto, mi hombre había sacado su caja de cerillas y había restregado en ella la cabeceña de un fósforo, procurándose así luz para encender su cigarro.

—Hombre, gracias. ¡Con que yo soy un salvaje! —No, doctor. Aristóteles no enseña ese silogismo. De que V. respire, como los canibales, no se desprende que sea V. un antropófago.

**

Y, en verdad, que el procedimiento del salvaje era el mismo que el del sabio doctor: transformar el movimiento en calor, y el calor en luz... Todo igual, ménos la fatiga;... gracias á la codicia de un alquimista estafalatro.

**

Porque es de saber que había en Hamburgo, ya muy mediado el siglo XVII, un buen adepto, Brandt, quien, como todos ellos, sólo soñaba con trasmutar en oro las materias viles.

Todos habían pensado ántes que él en la trasmutación de los metales; pero Brandt hubo de decirse un día: «¿Porqué no ha de provenir del oro el amarillo de la orina? Y, dicho y hecho: díose á buscar en ella el metal codiciado; y, ¡oh portentoso! no dió con el oro ni con la piedra filosofal; pero sí con cosa muchísimo mejor, pues encontró el fósforo en 1669. Dicen que comunicó el secreto á Kunckell, químico sueco, que, diez años más tarde, se atribuyó el mérito de la invención. Otros, sin embargo, cuentan que—independientemente de Brandt—halló Kunckell el fósforo; y que, más generoso que el alquimista hamburgués, no quiso conservar oculto su descubrimiento.

**

Hoy el fósforo no se extrae de donde lo sacaron Brandt y Kunckell: se saca de los huesos, constituidos de fosfato y de carbonato de cal y de un 33 por 100 de materia animal.

¡Los huesos de los muertos nos proveen de luz! Tal vez el autor del libro que iluminó nuestra inteligencia, dejó en sus huesos, profanados por mano sacrilega, la materia que disipa las tinieblas de nuestra noche.

**

La química de los palillos de tea americana y de las cerillas con *cabeza de fósforo* ha sufrido muchos cambios en este siglo, desde el momento en que, extraído de los huesos, se abarató el precioso metaloide, que al principio se vendía por su peso en oro.

Todos los medios, pues, de proporcionarse luz, inventados en este siglo para prescindir de la casi inevitable desventura de la yesca y la pajueta... (el eslabon neumático, el eslabon eléctrico de Volta, el piróforo, las mechas de clorato de potasa puestas oportunamente en contacto con trenzas de amianto impregnadas en ácido sulfúrico...) todos han desaparecido casi por completo ante los luciferos y las cajas de cerillas fósforicas.

Las pastas que sirven para las cabecillas de los fósforos son, con pocas variaciones, como sigue:

fósforo.	25—25
cola.	20
goma.	0—25
agua.	45—30
arena muy fina.	20—20
ocre rojo.	5—5
bermellon.	1—1

El manejo del fósforo produce quemaduras muy graves, porque el agente corrosivo se acidifica y penetra más y más. Una solución de hipoclorito de potasa con magnesia en suspensión, aplicada en los primeros momentos, hace desaparecer en cinco minutos los dolores.

El fósforo común es sumamente venenoso.—El mejor remedio es el hipoclorito de magnesia.

Y aquí se levantan en la memoria los mil dramas de amor, ó de incuria, ó de venganzas... á que ha puesto tremendo fin el fósforo; pero... ¿no vale más no hacerles caso? ¿Qué queda para las gacetas de las publicaciones horripilantes?

**



BEBÉ, dibujo por Stuckelberg

Y, sin embargo, todos esos dramas se habrían evitado no empleando en las cerillas el fósforo común.

Expuesta esta sustancia á la luz ó á cierto grado de calor en aparatos *ad hoc*, entra en un estado especial, que determina en ella propiedades enteramente distintas de las que normalmente tiene. El siguiente cuadro, que pue-

de verse con más amplitud en cualquier obra de química, da idea de la trasformación.

FÓSFORO COMUN

Incoloro.
Dodecaedro romboidal.
Densidad=1,82.
Calor específico=3,1887.
Soluble en sulfuro de carbono.
Alterable inmediatamente al aire.
Fosforescente.
Inflamable á los 60°.
Hierve á los 290°.
Se combina con el azufre á los 120°.
Es atacado violentamente por el ácido nítrico caliente.
Venenoso.

FÓSFORO MODIFICADO

Rojo escarlata.
Amorfo.
Densidad=1,96.
Calor específico 0,1698.
Insoluble.
Lentamente alterable.
No fosforescente.
Inflamable á los 260°.
A los 260° y en una atmósfera que no contenga oxígeno, vuelve á ser fósforo común.
Se combina con el azufre á los 230°.
Atacado lentamente por el ácido nítrico.
No venenoso.

**

Pero, habiendo una forma de fósforo no venenoso ni fácilmente inflamable, ¿cómo es que no se extiende el uso del amorfo hasta hacerse enteramente exclusivo?

Pues... ahí verán Vds., como dijo quien yo me sé.

Primeramente porque el fósforo rojo cuesta doble que el fósforo común.

Y, en segundo lugar, porque el hombre no pertenece á una raza de cobardes.

Verdad es que quien ama el peligro en él perece.

**

¡Vales menos que un fósforo, so Chutel...

¡Ah! chula, chula de mis pecados; ¡sabes tí todo lo que significa de CIVILIZACION y de PROGRESO el hacer la obtención de la luz casi despreciable; el poder prescindir de Júpiter y de Vesta, y el llevar en el bolsillo nada menos que la institución de las Vestales en una bonita caja de fósforos adornada de fotografías picarescas?

E. BENOT



LLEGADA DEL JEFE, apunte del natural por E. Mahover

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III

← BARCELONA 10 DE NOVIEMBRE DE 1884 →

NÚM. 150

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESULTURA EN UN PANTERON DEL CAMPO SANTO DE GÉNOVA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—PENSAMIENTOS.—NOTAS DE NOVIEMBRE, por don Benito Más y Prat.—EL DESIERTO, por don Vicente Colorado.—LA HOZ, por don J. Ortega Muñilla.—DOS HERMANOS, por don Pedro María Barrera.—LAS EDAPES DE LA ATMÓSFERA, por el Doctor Hispanus.

GRABADOS: ESCULTURA EN UN PANTEÓN DEL CAMPO SANTO DE GÉNOVA.—EL NIETO LORON, cuadro por G. Jakobides.—VENDEDOR DE REFRESCOS EN EL CAIRO, cuadro por J. Seymour.—LA QUE TIRA... Y LA QUE RECOGE.—VENDEDOR DE PERROS, estudio del natural por Llovera.

NUESTROS GRABADOS

ESCULTURA

en un panteón del Campo Santo de Génova

Los artistas italianos, los escultores particularmente, vienen trabajando de bastante tiempo a esta parte en la empresa de poetizar la muerte, es decir, de despojar al sepulcro de su parte terrorífica y hasta repugnante. Aquel lujo de calaveras sarcásticas, aquella exhibición de cadáveres medio corrompidos que, aun de mármol, pareciera como que olieran mal, aquella idea del más allá de la vida inspirada en las visiones fantásticas de la Danza Macabra, ya no privan en los cementerios de Italia, en los cuales se ha conciliado con buen talento lo místico del asunto y lo bello esencial en el arte. Cualquiera Campo Santo que allí se visite, pero muy especialmente el *Monumentale* de Milán y el de Génova, corroboran esa transformación en la manera de hacer a la muerte.

Así, por ejemplo, véase nuestro grabado, reproduciendo de una bella escultura decorativa del sepulcro que contiene los restos de una niña de cinco años. La hermosa criatura no se eleva al cielo desde un valle de lágrimas, porque el mundo de los niños no es el mundo de las pasiones y de los desengaños; sino que se desprende de un elegante pedestal de flores, imagen de la tierra que brevemente ha pisado. Al abandonar esta tierra llévase una flor como recuerdo de ella y saluda cariñosamente a unos seres invisibles, a sus padres sin duda, no con la desesperación del adios eterno, sino con la gracia de una *hasta luego* expresado con un candor verdaderamente infantil.

A nuestro modo de ver y sin rechazar en absoluto las composiciones sepulcrales que representan a la muerte como se la comprensión en la Edad media, opinamos que cabe, en especial cuando se trata de decorar panteones de niños, embellecer la idea del más allá del mundo, siquiera para que la imagen de los seres que nos han sido muy queridos, se ofrezca siempre a nuestra vista de una manera tan grata como su recuerdo.

EL NIETO LORON,
cuadro por G. Jakobides

Hé aquí un verdadero estudio, una de esas obras que acredita a un autor, si no precisamente de ser un genio, al menos de poseer como muy pocos el talento de la observación y la habilidad de un dibujante consumado. Escena casera y verdaderamente realista, en cuanto el realismo no quiera significar otra cosa que la fiel reproducción de la naturaleza *presentable*, admira por sus condiciones de naturalidad, y cualquiera diría que este grupo ha sido producto de la fotografía, si este procedimiento simplemente mecánico, no diera, por esto mismo, un resultado frío, incompleto, falto de vida, algo como la copia de un sér petrificado; precisamente todo lo contrario de lo que se observa en el dibujo que publicamos.

Todo en éste vive y funciona en plena actividad; se oyen, digámoslo así, los alaridos de ese niño confiado a un guardián cariñoso, pero inútil para el caso; el contraste de la niñez y de la ancianidad resalta sin violencia, naturalmente, cual si el autor no se hubiera apercibido de ello; al paso que con un arte del todo habilidoso nos demuestra que el mamón lora sin que nada le duela y que la impaciencia del abuelo, quizás únicamente apreciable en la contracción de su mano derecha, no altera en lo más mínimo su natural bondad ni el cariño casi infantil de los ancianos para con los hijos de sus hijos.

Jakobides ha hecho una obra maestra de verdad que verá con gusto y áun estudiará con provecho todo aficionado á dibujos correctos.

VENDEDOR DE REFRESCOS EN EL CAIRO,
cuadro por J. Seymour

No diremos que nuestros horchateros ambulantes, personalmente ó por su menaje, sean grande estímulo para consumidores á quienes la sed no abraze; pero ello es que raro sería el granuja, el aprendiz, ó la muchacha recién venido del pueblo, que se resolviesen á gustar los refrescos de ese morazo, si este placiese su mercancía en cualquiera de nuestras plazas, calles ó pasos. Ese cántaro que parece tinaja de aceite, esa taza con todos los honores de una escudilla de hospital, ese frasco ó botella que bien pudiera ser alcaza de petróleo, y sobre todo ese vendecor y ese traje, cuya limpieza no soportaría grandes discusiones, apenas si pueden ser pasables para el hijo de un país clásico por su suciedad, ó para el extranjero de baja estofa que apaga su sed incondicionalmente donde encuentra con qué. Esto por lo que toca al asunto.

Aparte de ello, el cuadro de Seymour está ejecutado con seguridad y se echa de ver en él que su autor no pinta *de oído*; ántes bien que se ha inspirado en el natural, allí donde este natural no se obtiene por el sistema de un modelo acomodaticio á peseta y media por hora.

LA QUE TIRA... Y LA QUE RECOGE

Entrambas tienen una misma edad, entrambas son hijas de un mismo Dios...

Y sin embargo, ¡cuan distintas son sus condiciones!... Una vive la existencia del gran mundo; la otra apenas concibe la existencia sino en torno de su mísera cabaña; la una recorre el campo lujosamente ataviada y la otra se resguarda apenas del frío con un traje tan grosero como mal pergeñado; de la una arroja migajas de bizcocho á los patos silvestres y la otra lleva á su hogar algunas pocas espigas con que se fabricará el pan negro de su familia; en una palabra, la una tira y la otra recoge; el sempiterno apólogo de la cigarra y de la hormiga.

Y bien, Dios que es el padre de entrambas, á una y otra tiene reservadas sus alegrías y sus penas; y quizás, cuando al cruzarse en una estrecha senda, la seda de aquella se roce con la estameña de esta, al mismo tiempo se crucen sus pensamientos en esta forma:

La que recoge.—¡Quién pudiera ser como la que tira!

La que tira.—¡Quién pudiera morir como la que recoge!..

Vendedor de perros, ESTUDIO DEL NATURAL POR LLOVERA

Estudio del natural... ¡Y tan del natural!

Cien veces le he visto; á las nueve de la mañana, en la Rambla del Centro...

Allí expone su mercancía, mercancía perruna, de todos tamaños, pelos y castas.

Es un tipo, un verdadero tipo de esa raza que tiene ejemplares en todos los países del mundo y que, en Cataluña, según afirma el vulgo, se dedica á la multiplicación de los perros y á la extinción de los gatos. ¿En qué consistirá esa distinta manera de apreciar á los individuos de un mismo orden?... ¡Misterios del corazón!..

No tenemos para qué decir que nuestro hombre es un chalan de perros. Como tal, tiene sumo ingenio para exhibir su género; los perros de aguas apenas destetados, los perdigueros en juvenil edad, los podencos de caza estudiantemente flacos, los bulldogs más feos de lo que habitualmente son (por más que habitualmente son muy feos), hambrosos los de presa para que gruñan y parcean más bravos, lustrosos los gaitunos áun cuando haya que dárseles una mano de barniz, y todos tan apetecibles para el aficionado, tan diestros en su oficio y tan bien educados, que ni en el monte han de dejar perdiz con vida, ni en el salón de su dueña han de permitirse la indiscreción más ligera.

Con que, ya lo saben Vds.; en la Rambla del Centro; á la hora del fresco... Allí lo vió Llovera y exclamó:—¡Hé aquí un tipo!

Siempre que un artista da con un tipo, el tipo tiene asegurada su popularidad.

Popularidad á lo *Feo Malagueño*...

Y aquí terminamos. No vayan Vds. á creer que esto es un anuncio.

PENSAMIENTOS

De la misma manera que el hombre únicamente puede hallar en sí mismo la felicidad verdadera y durable, únicamente en sí mismo encuentra consuelo eficaz y positivo en la desgracia.—*Balbo*.

La indulgencia con el vicio es una conspiración permanente contra la virtud.—*Malraire*.

Si de algo habéis de pecar, pecad de afables. A nadie reprimáis sino con dulzura. La verdad que no es caritativa procede de una caridad que no es verdadera. Un prudente silencio es preferible á la virtud sobrado ruda.—*San Francisco de Sales*.

Tened presente que no hay cosa más injusta ni más ridícula que incomodarse con aquel que no participa de vuestra opinión. Los estudios, los intereses, la educación de los hombres varían hasta tal punto, que es imposible fundir á todos en un mismo criterio. Ahora bien, vuestro contradictor tiene el mismo derecho para sostener las suyas que tenéis vos para sostener las vuestras.—*El espectador*.

La respuesta invariable de aquellos á quienes se acusa de mal obrar, consiste en decir que no son ellos los únicos en obrar mal.—*A. C.*

La vida no nos ha sido dada para nuestro recreo; no debe considerársela ni como una diversion ni como una desgracia; sino como un negocio de importancia que nos interesa muy de cerca y del cual hemos de salir honrosamente.—*Alejo de Tocqueville*.

NOTAS DE NOVIEMBRE

El pueblo en el Campo Santo

La musa popular canta cuando ríe y cuando llora, pero se inspira de mejor y más intensa manera con las lágrimas que con las carcajadas. El sentir de los cantos flamencos es generalmente triste, y si los celos y la desesperación han informado los más fogosos, los más melancólicos y bellos los ha inspirado la muerte.

Hay seguramente en las circunstancias que acompañan á la enfermedad mortal y á los últimos instantes de la vida, cierto género de sublime que está al alcance de la inteligencia más ruda, y que salta á la vista, como la amargura del líquido contenido en un lacrimatorio.

El pueblo, todo fantasía, se estremece y se exalta con el triste espectáculo que le ofrece la vista del cadáver de

la madre, de la esposa, ó del hermano, siente que se hincha su corazón y tiene que desahogarse cantando. Y esto, que parece una anomalía, es, sin embargo, el resultado de su particular idiosincrasia, y suele hacerlo con facilidad suma: sería curiosa, en esto y en otros órdenes de ideas, la explicación del refran castellano que dice: *Cuando el español canta, ó rabia, ó no tiene blanca*.

Rabia el hijo del pueblo, al propio tiempo que canta, porque llega á conocer la impotencia del hombre ante la ley de la naturaleza. La imprección del Satanás de Milton tiene mucho de humana, porque es la protesta de la voluntad ante el hecho inflexible y sin entrañas. Tras la imprección viene la queja, tras el reproche la lágrima: aquella es el nubarrón oscuro y apretado, que como el escudo colosal del ángel rebelde, tapa el disco del sol, esto es, la fecundante lluvia que reciben las flores alborzadas.

Las quejas del pueblo, á la puerta del hospital donde se extingue la existencia de un sér querido; en el sendero costado de cipreses que guía al cementerio; cerca de la capilla donde resuena el espeluznante choque del grillete *que van á ajusticiar*, revisten un carácter particularísimo, tienen un sello de terrible realismo que eriza el cabello; coplas he oído á las puertas de la cárcel que no olvidaré nunca:

A la reja de la cárcel
no me vengas á llorar, etc.

Como quedan vivos en estos cantares hasta los más nimios detalles de esos acontecimientos que para el hijo del pueblo tienen más trascendencia que para los elegidos del gran mundo los que le son similares, se ve palpablemente recorriendo las colecciones de cantares recogidos por los folkloristas.

El hospital es como la primera instancia de la fosa común; el pueblo lo sabe y canta:

Al hospital me voy,
por Dios compaña
que no te separes de la vera mía
hasta que me muera.

Y cuando me muera,
mira que te encargo
que con la cinta de tu enagua blanca
me ates las manos.

N'el hospitalito,
á la mano derecha,
allí tiene la mare é mi alma
la camita jecha.

A estas primeras impresiones siguen otras más intensas y dolorosas:

Jincarse é rollas,
que ya viene Dios,
que va á recibirla la mare é mi alma,
de mi corazón.

Ya vienen los frailes,
ya vienen los curas,
pa llevarse á la mi compañera
á la sepultura.

Yo ya me voy á morir,
gitanilles é la Cava,
veni y llora por mí.

La impresion causada por estos lígubres preliminares, encarna de tal modo en la musa popular, que se manifiesta á través de otros sentimientos, sirviéndoles de envoltura y transformándose á veces en ingeniosas metáforas:

El enraoz de mi amante
lo van á sacramentar,
y el mio se está muriendo
de la propia enfermedad.

Cuando pases por la Iglesia,
dile al sacristan que doble
y ponga corinas negras,
porque ya murió aquel hombre.

Hay una luz que agoniza
en el templo del Olvido
donde están los restos, madre,
del flamenco que he querido.

Si oyas doblar las campanas
no preguntes quién ha muerto,
que te lo habrá de decir
tu mismo remordimiento.

El cementerio de aldeas con sus cruces de madera y sus plantales de rosas del tiempo; el de la ciudad de segundo orden con sus nichos en fila y sus cuadros de adelfas y de romero; el de la capital de provincia, con sus calles de cipreses, sus mausoleos de mármol de Carrara y sus sepulturas de ladrillo cortado, causan en el pueblo impresiones distintas y levantan esas brumas de melancolías que flotan en sus cantares:

¡Mira cuánta cruz é pino!
¡Mira cuánta piedra blanca!
¡Mira cuánta florecita!
¡Mira cuánta luminaria!

Yo no sé qué tienen, madre,
las flores del campo santo,
que cuando las mueve el viento
parece que están llorando.

Las lucernas, que brillan
de noche en el cementerio,
están diciendo á los vivos
que se acuerren de los muertos.

Y, en efecto, el pueblo se acuerda de ellos. Acaso la costumbre de pasar en los cementerios las tardes y las noches de noviembre tienen por origen un exagerado culto tributado a los sepulcros. Las veladas fúnebres animadas casi siempre por el vino y los manjares, trajeron esas extrañas orgías que recuerdan las danzas de la muerte que acabaron por llevar el escándalo a la mansión de la paz y el reposo. ¡Horrible contraste! ¡cerca de la tumba, en la que las larvas de la tierra roían la carne putrefacta de un ser querido, el corro impenitente apuraba el vino generoso y masticaba con inconsideradas gulas el magro tasajo; las carcajadas, y alguna vez los cantares, se unían a esos extraños ruidos de las tumbas, y los fuegos fatuos, volando acá y allá como mariposas fosforescas, hacían cerrar los ojos de vez en cuando al supersticioso beodo, que los atisbaba desde el círculo y que empuñaba la antorcha, haciéndola girar rápidamente sobre su cabeza, para no distinguir su imperceptible llama voladora.

Hoy, afortunadamente, cesaron las veladas de Baco en el cementerio; los bandos de buen gobierno han impedido en muchas partes que el pueblo de D. Juan Tenorio vaya a danzar y a emborracharse ante la estatua del Comendador y no se permite que se convide a cenar a los muertos. Las veladas fúnebres se reducen en las aldeas al grupo de mujeres piadosas que depositan su ofrenda de flores en el hueco del nicho y rezan piadosamente el rosario a la luz de la luna; y en las grandes capitales a los mayordomos con librea que decoran, inmóviles como las planiferas de piedra de los mausoleos, las grandes explanadas cubiertas de flores de trapo y de colosales blancos.

La multitud se complace recorriendo la ciudad de los muertos, suspirando tristemente cuando ve a una madre arrodillarse ante la tumba de su hijo y riéndose con toda la boca de los horriques de los viudos recientes: al oscurecer desfilan silenciosas por el camino poco trillado y se cura de espanto en los ventorrillos.

El recuerdo del cementerio persiste, sin embargo, como se ve en estos cantares:

En el cementerio entré,
le dije al sepulturero
si hay un sitio señalao
para el que muere queriendo.

Cada vez que paso y miro
la puerta del Campo Santo,
le digo a mi cuerpocito:
aquí tendrás tu descanso.

Taito el cementerio,
lo tengo yo andao;
la sepultura de mi compañera
yo no la he encontrado.

Sepulturero,
te lo pío florando,
que me enseñes la sepultura
donde está mi hermano.

Si supiera er sitio
a onde la enterararon,
yo sacarí tós sus huesecitos
para embarsamarlos.

Sin queré pisé una fló
que en tu sepultura estaba;
de tu cuerpo salió un ¡ay!
que se me clavó en el alma.

Echaba la tierra
er sepulturero,
y las lagrimillas que yo derramaba
se quedaban dentro.

En los anteriores cantares, el pueblo canta lo que ve y expresa los sentimientos sin velos retóricos; en los siguientes entra la metáfora y la hipérbole con esa manera graciosa é intencionada que es la cualidad principal del canto andaluz, sin que el asunto pierda nada de su terrible realismo:

Una nochecita é luna
he visto al sepulturero
cavando mi sepultura.

Diez años despues de muerto
y de gusanos rolo,
letteros tendrán mis huesos
diciendo que te he querido.

En el cementerio entré,
levanté una losa fría,
me encontré con tu queré.

De los huesos de mi cuerpo
tengo de hacer una cruz,
y me he de enclavar en ella
pá que Dios te dé salí.

El que se venga por grande
que se tenga al cementerio,
verá que tóo el mundo cabe
en un palmo de terreno.

Mi cuerpo es un cementerio
que no tiene más que un nicho,
el día en que tú te mueras
ya sabes cuál es tu sitio.

muerte y sus preliminares se refieren, algunas que espeluznan por su fiera; muchas que conmueven por la amargura en que aparecen bañadas; y varias que tienen la propiedad de conservar la imagen como un objetivo fotográfico.

Los celos llevados al mayor extremo concebible, se expresan en esta copla con la voz exterminadora de la venganza:

He de vengarme
en vida ó en muerte;
¡cómo andaré taas las sepulcristas
hasta que te encuentre!

La soledad, el vacío hecho en torno del enfermo grave por la proximidad de la muerte, esa emoción producida por el abandono de los vivos, que expresó Becquer con su inimitable frase ¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos! palpita en este cantar:

Llenita de penas muero
vueltecita á la pared;
las duynitas que yo paso,
¿á quién se las contaré?

La frase *vueltecita á la pared* es todo un poema.

Quien haya pasado en el lecho esas terribles horas de angustia en que la fiebre sube de punto y la vista recorre inquieta todos los ángulos del dormitorio; quien haya contado una y otra vez las flores de la colgadura, seguido el dibujo del papel que decora los muros, y detenido los ojos sin objeto, en los desniveles de la mampostería; quien haya en fin realizado esos actos inconscientes que la enfermedad provoca, comprenderá todo el valor de esa frase, cuya trascendencia apunta el irónico Espronceda cuando dice:

Que habla con su mujer el que se casa,
y yo, con las paredes de mi casa.

No menos elocuente es la siguiente queja de la esposa que ha visto morir al hombre que adoraba y que recuerda los dulces coloquios de tiempos ya pasados para siempre:

Ya se murió mi marío,
ya se acabó mi consuelo;
ya no tengo quien me iga
ojitos de terciopelo.

También encierra amarga melancolía el siguiente mandato póstumo:

Tólicita mi ropa
llévala á la tienda,
pero la chaquetita de los alamares negros,
¡por Dios no la vendas!

Esa chaquetita de los alamares negros sirvió acaso en la primera entrevista; se lució en las romerías al lado del pabellón de Manila bordado de vivas flores, sintió el dulce calor de un torneado brazo y fué el único muro insensible que separó dos corazones; por eso *la flamenca* no la venderá ni la empuñará hasta que el alcanfor sea insuficiente para preservarla de la polilla y los alamares se le caigan á pedazos; es la única prenda que quedará en el área en las épocas del hambre y del frío.

Decía que alguno de estos originalísimos cantares queda estereotipado de un modo que hiera la imaginación como una punta de acero y voy á dar una muestra:

Allá, en Puerta é Tierra,
en aquel rincón,
están los huesos de la maresita
que á mí me parió.

A las dos é la noche
pasaban los carros,
como llevaba la manita fuera
yo la he *pincharao*.

Muertecita la encontré,
con un pañolito blanco
la carita le tapé.

Interminables serían las citas que pudiera hacer de estos distintos sentidos: la musa popular derrocha la inspiración y el sentimiento. Cuando las brisas de octubre comienzan á pelar las ramas de los árboles, saltan las castañas asadas en los anafes, y se envuelve el andaluz en la airosa capa para *pelar la para* cabe la rejá, estos tristes cantares á parecen rodeados de su verdadera aureola.

En primavera y en esto se empañan en luz y en colores y no entristecen, es un fenómeno extraño, pero no por eso menos cierto. Ocorre con esto, lo que con los pasos y saetas de la Pasión; conmueven más profundamente en Semana Santa.

Yo he cruzado por el sendero que conduce al cementerio de San Fernando en los risueños días del mes de abril, cuando los árboles estaban cargados de frutos, é el viento hendido de aromas y los campos cubiertos de espigas; la aparición de uno de esos cortejos fúnebres, que con tanta frecuencia huellan aquellos lugares, me ha parecido una nota desafiada en el concierto de la naturaleza y he estado á punto de creerme víctima de un importuno ensueño.

Y es que cuando se desborda el vaso de la vida, se halla el ánimo dispuesto á negar la muerte.

EL DESIERTO

En la parte de la Arabia que hoy ocupa el desierto, existían, siglos hace, dilatados bosques, caudalosos ríos y multitud de séres de distintas especies.

Créese que tan hermosos y pintorescos sitios sirvieron de modelo á los poetas de Oriente al describir el Paraíso terrenal.

Una cinta de arena lo cruzaba en todas direcciones; su polvo era amarillo como la envidia, inquieto como la cólera y, como el odio, incapaz de estrecharse y fundirse uno con otro; todos ellos eran libres é independientes; su lema era, igualdad é individualismo; únicamente fraternizaban en las malas pasiones.

Cuando el sol asomaba en el horizonte el polvo amarillaba como un icterico oyendo cantar las aves, correr los ríos y sonreír las plantas.

Al llegar la noche, los negros pensamientos que lo animaban se reflejaban en toda la extensión de su árida superficie.

Un día los granos de arena hablaron de esta suerte:

—Es preciso nivelarlo todo; que todo en el mundo sea igual y lo mismo.

—Sí, sí; que todos seamos ríos.

—O árboles.

—O pájaros.

—Y, si no podemos ser aves y surcar como ellas el espacio, que las aves sean tierra como nosotros.

—Si no podemos ser ríos cegaremos las fuentes.

—Y si no podemos ser plantas convertiremos las plantas en polvo.

—Sí, sí; es preciso nivelarlo todo.

—Que todo en el mundo sea igual y lo mismo.

—¿No somos nosotros tierra?

—¡Tierra, nada más que tierra!

—Pues, cuanto es, cuanto alienta y cuanto existe, ha de convertirse en polvo.

—Nuestro principio es la igualdad.

—Y libertad para realizarla.

—Y fraternidad entre los granos de arena.

—¡Guerra al privilegio!

—¡Abajo las clases!

—¡Mueran los ríos!

—¡Exterminemos los árboles!

—Acabemos con los pájaros.

—¡Viva la arena!

—¡Vivaaa!...

Lo pequeño se unió y se hizo innumerable; los odios se fundieron y surgió el huracán; los granos de arena se hacían en grandes moles animadas por infinitas y pequeñas miserias y, con horrible crueldad, corrieron de Norte á Sur, de Este á Oeste, devastando y aniquilándolo todo.

Las plantas fueron desgajadas; cegáronse las fuentes de los ríos y las parleras aves no teniendo donde fabricar sus nidos ni donde refrescar sus pechos, unas huyeron á lejanas tierras y las más sucumbieron en la universal catástrofe.

Tiempos despues, la arena, mezclada con los despojos de tantas víctimas, tornóse de color pardo y aspecto sombrío como si el rencor aún no saciado la acompañase en sus triunfos.

Entonces el polvo se volvió contra el polvo, y, como un grito de la conciencia, el simoun se agitó en sus entrañas sin darle momento de paz ni de reposo.

Al Norte y al Sur limitaban el desierto dos largas cordilleras de montañas; al Este y al Oeste cerrábane el paso las móviles olas de dos mares; sobre su frente se extendía el cielo.

—Nuestra obra no está aún terminada;—gritó la arena del desierto.

—Escalemos las montañas.

—Extingamos el mar.

—Convirtamos en tierra el sol, las estrellas y el firmamento mismo.

—Que todo cuanto es, cuanto alienta y cuanto existe, sea polvo como nosotros.

Esto ocurrió siglos hace y todavía la arena del desierto en sus horas de desesperación trata de allanar los montes, de nublar el cielo y de agotar los mares, como desarraigó las plantas, cegó los ríos y extinguió las aves.

Cuando el huracán de arena se estrella contra las rocas de las cordilleras, estas, sonriendo, la devuelven al desierto en pubes de menudó polvo; cuando impulsada por el simoun la arena pretende escalar el cielo, el sol, la luna y las estrellas, resplandecen más vivos sobre su cólera; y cuando la arena lucha contra los mares, las incansables olas la arrojan á la playa con blandos movimientos convertida en lodo y en fango.

Esta lucha se renueva incessantemente á través de los siglos.

En los largos meses del estío, cuando el sol caldea el espacio y el aire parece una ascua de fuego, la arena del desierto, en medio de una calma no interrumpida por el menor soplo de aire, abrasada, incandescente, asfixiada, recuerda la sombra que en otros tiempos la prestaban los árboles, la frescura de los ríos y la alegre algazara de los pájaros.

Que en la vida el bien por que batallamos truféase en dolor una vez conseguido, y el dolor que dejamos la distancia nos lo muestra como un placer no comprendido.

V. COLORADO

Hay entre la innumerable serie de coplas que á la

BENITO MAS Y PRAT



EL NIETO LLORON, cuadro por G. Jakobides



VENDEDOR DE REFRESCOS EN EL CAIRO, cuadro por J. Seymour

LA HOZ

(Leyenda montañesa)

No creais, benévulos lectores, que voy á conducirlos á los lejanos tiempos en que los hombres andaban vestidos de hierro, en que la barbarie y la fuerza imperaban sobre el sentimiento y la razon. No; este drama que hoy voy á contaros ocurrió en la edad moderna, despues del advenimiento de Napoleón, despues del régimen gubernamental, cuando empezaba á considerarse viejo á Voltaire, cuando Fernando VII ahorcaba liberales, haciendo un telégrafo óptico de horas desde el peñon de Gibraltar hasta el cabo Moura... Entónces, entónces fué cuando ocurrió lo que voy á referiros.

¿Queréis saber el lugar de la escena?... Pues fué en un repliegue de la montaña céltica, donde crece la salvia, donde el gamo ramonea entre la hojarasca de los castaños, donde el oso reina en trono de nieves y témpanos. En aquellas soledades, cerca de la cueva de Pelayo, ó no lejos del árbol de Guernica, acaso donde las amargas aguas cantábricas riñen con las rocas santanderinas... ¿quién sabe?... el punto no ha sido fijado por historiadores y geógrafos. Pero fué á ciencia cierta en la montaña, donde una noche tormentosa bajó el diablo, no entre relámpagos y resplandores, sino entre los copos blancos de una nevada, y con su índice marcó con sangrienta cifra la puerta de una cabaña. Despues la vision diabólica se desvaneció en los aires, desgarróronse e huyeron las algodonosas nubes, amaneció el dia, salió el sol y su cegadora claridad refulgió y reverberó sobre el blanco panorama, destacándose enérgicamente en la alta y ondulante sábana la silueta negra de la cabaña en cuya puerta habia quedado trazada por el dedo del diablo una rubrica sangrienta.

Volvia de segar la yerba que en los fecundos prados se oculta bajo la nieve, como el ascua bajo la ceniza, el fornido Gaspar, la hoz al hombro, el cantar en los labios, contento de antemano y placentero anticipadamente del beso que iba á darle su mujer, la rubia Luisa, una *Großchen* hispana, una hermosura en cuya pasta habian echado los ángeles el perfume de los nardos, y que parecia hecha de nieve y oro. Pocos dias llevaban de casados Gaspar y Luisa. Sólo habia en su dicha un punto negro: el padre de Gaspar, Melchor de nombre, tenia un humor iracundo y salvaje, habia cobrado odio á Luisa, tenia celos de que le robaba el amor de su hijo y á regañadientes, con despego, por la superior fuerza de las cosas, habia admitido la compañía de la muera. En aquella ocasion reñian el viejo y Luisa: sus palabras iracundas no cesaron por la presencia de Gaspar y este escuchó la reyerta con pena.

—Buena manera de recibirme!—dijo Gaspar.—vengo cansado del trabajo y queréis cansarme más aún con vuestra ríña.

Luisa sollozaba y el viejo, mirándola con desprecio y con ira, gritó:

—No, no quiero que duerma más en mi casa esta... Y lanzó á Luisa uno de esos insultos que hacen sangre como el arañazo de la zorra, que queman como el ácido nítrico. Gaspar vio flotar ante sus pupilas una nube sangrienta, vio diabólica procesion desfilir ante sus ojos... No, no fué él: fué sugestion diabólica... un nervioso impulso puso en sus manos la hoz, y describiendo con ella un arco en el aire abatió á su padre... La hoz cayó al suelo goteando sangre de sus menudos dientes, y el viejo Melchor rodó sobre la nieve, espirante, con una feróz, ancha herida en el cuello... Sus últimas palabras fueron una maldicion tremenda y vengativa.

Pesó para siempre una nube de tristeza sobre aquella casa. El crimen quedó oculto: la nieve y la maleza, y tal vez las alimañas del bosque, fueron cómplices del parricida. Ni la justicia intervino en la desaparicion del viejo, ni se volvió á hablar de él en la comarca.

Concibió Luisa un hijo, y cuando en las manos de rústica curandera vino este al mundo, la parturienta y Gaspar lanzaron un grito horrible, de esos en los que el corazon humano expresa todos los dolores y todas las agonías... ¡El recién nacido tenia en el brazo derecho dibujada una hoz sangrienta!

Pasaron años, y como el olvido y el tiempo son dos sepultureros que labran sin cesar, bajo las ocupaciones metódicas de los dos montañeses, y entre sus alegrías de amor quedó escondido el recordamiento como habia quedado el cadáver escondido entre la nieve y la yerba.

Dos años despues de haber nacido Gabriel, que así se llamaba el hijo de Gaspar y Luisa, dió esta á luz una niña. Contempláronla con regocijo infinito y creyeron desarmada la cólera divina, porque en el cuerpo sonrosado y gorduelo de la recién nacida Andrea, no habia aquella



LA QUE TRINA

señal sangrienta, aquella hoz de fuego que en el moreno brazo de Gabriel...

—Aumentaron las cosechas, dieron los robledales copiosas ramas para la lumbre y los corros de pinos lágrimas en la nieve que se derretía gota á gota y en la abundancia que invadía el arca y el granero. Y con la abundancia y á par de ella crecieron Gabriel y Andrea. Cumpió el primero 16 años y la segunda 14.

Una noche jugaban los dos hermanos cerca de la casa. ¿Disputaban? ¿Reñían?... Ni Gaspar ni Luisa pudieron expresar bien lo que era... De pronto oyeron un grito... corrieron allí... ¡Horrendo espectáculo! La niña yacía en el suelo nadando en sangre y Gabriel, pintándose en su rostro la locura y en sus ojos la fiebre, tenia aún asida en su mano la hoz, sí, la hoz aquella que habia herido al viejo y cuyos menudos dientes goteaban la sangre de la niña.

Aterrados ante la catástrofe, sin saber qué hacer, si socorrer á Andrea ó aplastar al malvado, permanecieron un instante, en el cual recobró la serenidad Gabriel, quien, arrojando la hoz, escapó por la montaña saltando de risco en risco como un gamo, flotando en el viento su cabellera, presa del demonio del vértigo.

No interrumpió su marcha el tiempo; siguió andando por el camino de las horas, sin pararse jamás, y toda aquella prosperidad que rodeaba á Gaspar y Luisa quedó destruida en pocos meses. No se derretió la nieve del último invierno, ni creció la yerba, y el viento desarraigó los robles y descunajó los castaños. De hambre y de epidemias murieron los ganados; y Gaspar se encontró pobre, pasó hambre, y por no tener que mendigar una limosna, apeló al recurso de convertir su cabaña en posada. Pocos eran los transeuntes que iban allí á albergarse, y sólo en la época en que bajaban los pastores al llano habia huéspedes y ardía la lumbre bajo la campana de la chimenea. ¡Qué horrenda destruccion la del edificio! La techumbre amenazaba desplomarse, las puertas desvencijadas gemian en sus goznes cuando soplaban el viento, cuarteábanse los tabiques y la ruina amagaba de continuo.

Puesto en la última extremidad Gaspar vendió su casa y la tomó en alquiler al nuevo dueño. Aquel año fué peor que los anteriores; y cuando llegó el vencimiento del contrato no pudo Gaspar satisfacer el arrendamiento. Diez duros importaba, nadie queria prestárselos, y en su desesperacion acudió al propietario que le recibió dura-

mente diciéndole que si á las veinticuatro horas no pagaba los diez duros iría el Juez municipal á embargarle los míseros trebejos y á ponerle en el campo.

Volvió á su casa: ya era de noche. Arrojó un mendrugo de pan á Luisa para que lo royera.

—¿Tú no comes?—dijo ella.

—No,—repuso Gaspar con rostro tenebroso y terrible.

Desencadenáronse los huracanes aquella noche: el relámpago surcó los cielos negros... Alguien llamó á la puerta.

Abrió Gaspar y entró en la estancia un hombre como de 30 años, de hermoso rostro, vestido con riqueza de lujoso traje de camino.

—¿Me deja V. un rincon donde dormir?—preguntó.

Gaspar y Luisa llevaron al huésped al dormitorio, estrecha pieza que ocupaba casi por completo una fementida cama. Sacó el huésped del morral flambres y un frasco de vino, brindó á Luisa y á Gaspar que no aceptaron: despues se dispuso á acostarse.

A través del tabique que separaba á Gaspar del huésped le oyó desnutrarse, sintió cómo se despojaba de un cinturón de cuero colgándole de un clavo que habia en la pared; pero el clavo mal sujeto cayó y con él el cinturón en cuyo choque sonó bajo la badana la vibracion del oro. Este ruido metálico se repercutió en el alma de Gaspar: negras visiones le conturbaron. ¡Si en aquel cinturón habia dinero de sobra para que él pagara su deuda, para evitar que el desastre de su ruina se verificase por completo... Avanzaba la noche, el huésped dormia, Luisa y Gaspar velaban, aterrados de sí mismos, sin osar ni mirarse por miedo de adivinar sus mismos pensamientos... Cuando cantó el gallo Gaspar se incorporó, fué á una arca donde tenia aperos de labranza y buscó algo... Sus dedos tropezaron con una cosa fria... asíenla... Era la hoz, la hoz fatidica y terrible en cuyos menudos dientes de acero aún habia manchas de sangre. Gaspar armado de la hoz entró en la alcobaa... Buscó á tientas el cinto lleno de oro palpando en el suelo, y como el huésped se despertase al ruido, Gaspar arrojándose sobre él clavó el pico de la hoz en el pecho del viajero... Sangre caliente le saltó al rostro... Entónces el huésped entre las convulsiones de la agonía gritó:

—Soy tu hijo Gabriel... y venia lleno de riquezas á pedirte perdon y hacerte dichoso.

J. ORTEGA MUNILLA

DOS HERMANOS.

Cuando España entera hablaba por los codos del programa de Manzanares y del jaleo de Viedlvaro, gritando libertad y canturreando el himno de Ricardo que con más ó ménos fundamento esperaban sacr astilla del nuevo orden de cosas, y poniendo como chupa de dómíne á todos los que anduvieron en el fragado los que sólo podian prometerse pérdidas en sus medros y disgustos en sus personas, uno de nuestros primeros liberales sin oficio ni beneficio que nunca habia pasado de la categoría de simple mortal y que entónces resultó de golpe y portazo convertido en jefe superior de administracion, se creyó obligado á demostrar su gratitud á un zapatero que habia tenido la santa paciencia de calzarle sin cobrar un solo ochavo durante unos cuantos años. No ignoraba el flamante funcionario público que por su empingorotada jerarquía administrativa tenia en la oficina para sus asuntos particulares y, si quedaba tiempo, para el servicio oficial, una cáfila de porteros y ordenanzas retribuidos por el país. Como es consiguiente, echó mano de uno de aquellos servidores para llamar al zapatero: y el zapatero, que cuando recibió el recado convenia con varios parroquianos suyos en que, si el mundo se rigiera por la justicia, todos los jefes y auxiliares de la zaragata vivacérasa serian fusilados, se apresuró á presentarse en el despacho del que le llamaba, donde entró asegurando que los españoles mereceríamos albarda y ronzal si á cada auxiliar y jefe del glorioso movimiento nacional no le levantáramos una estatua.

—He llamado á usted, dijo el presupuestívoro, para que me pida lo que quiera, con tal de que no sea lo que le debo, que eso se queda para más adelante. ¿Puedo yo hacer algo por usted?

No se le volvieron agh los dientes al cofrade de San Crispin porque hacia muchos años que los habia perdido; pero sonrió como un bienaventurado y se apresuró á contestar:

—Ya sabe usted que yo soy un artista que le ha servido siempre sin sofocarle nunca para que pague los picuillos que han ido cayendo. Tengo dos hijos, y hasta usted cuenta de que uno es un borricote que sólo sirve para bair trineo y para meter y sacar la lezna; pero el otro es más fino que el coral, y clama á Dios que un chico tan listo huela á cerote y pase su vida mieldiendo piés y cortando cueros. Déle usted un destino, y aquí estoy yo para se-

guir calzándole con la economía y esmero á que le tengo acostumbrado.

Poco despues salia el zapatero del despacho de su deudor llevando en el bolsillo una credencial de la que resultaba que Ramon Becerrillo, que era el mozo que no merecia oler á cerote, formaba parte de la administracion pública con la categoría de escribiente y el haber de tres mil reales anuales, salvo el descuento del seis por ciento.

Hubo gran regocijo en la zapateria, y el agraciado tardó en soltar las herramientas del oficio el tiempo que tardó en enterarse de que estaba destinado á más altas empresas.

Compráronle un levitín y un sombrero de copa alta para que se presentase á tomar posesion de su cargo con el decoro debido, y el mismo dia entró en el ejercicio de sus funciones copiando la minuta de una comunicacion, en cuya faena dió pruebas de que, prescindiendo de la forma de la letra, prescindiendo de un desconocimiento absoluto del valor de los signos ortográficos y prescindiendo de que no escribió dos palabras seguidas sin equivocarse alguna de las dos, ó las dos, era un escribiente muy aceptable. Sin embargo, el muchacho tenia en realidad inteligencia y deseo de valer, y no tardó en aprender de caligrafía y gramática todo lo necesario para copiar el borrador de un real decreto tan bien como pudiera hacerlo el más pintado.

Al cabo de dos años su padre reventaba de gozo, hablando siempre del glorioso movimiento y de las estatuas que debían labrarse; su hermano reventaba sacando y metiendo la lezna para dar abasto á los encargos de botas, zapatos y zapatillas, sin ayuda de brazos extraños; y su madre reventaba de coraje, porque con sutilísima penetracion femenil habia visto pronto que las ventajitas de tener un hijo oficinista se reducian á que ese hijo los tratase como á inferiores, á ver subir como la espuma el número de picos nunca cobrados al que les agasajó con la credencial y á estar privada la casa de unas manos que representaban, cuando cortaban cueros y median plés, muy estimables ingresos. Tambien al cabo de los mismos dos años sucedió que el que de robos y portuazo habia llegado á jefe superior de administracion, de golpe y portuazo se encontró por tierra con el haber que por clasificacion le correspondia; es decir, sin otro haber que el de veinticuatro horas cada día para buscárselas por esos mundos como cuando no era más que uno de nuestros primeros liberales sin oficio ni beneficio.

La caída del protector hizo pasar al protegido unos medios feroces: esperaba que á él tambien le echarian á la calle, por aquello de que siempre va la soga tras el caldero; pero afortunadamente nadie se acordó del santo de su nombre, y continuó copiando minutas y cobrando sus tres mil reales, con descuento, que ya por entonces no le bastaban para alternar con sus compañeros y portarse como correspondia á una persona de sus circunstancias.

Ramon llegó á figurar con el número uno en la escala de su clase y andaba que bebía los vientos por conseguir el ascenso á la inmediata superior, en la cual existia una vacante.

—Ya está usted ascendido: hoy se firmará el nombramiento; le dijo un dia el jefe del personal, encargándole el secreto.—Y en efecto, á las pocas horas le entregaron la cesantía. La cosa le pareció turbia, pero era muy clara. Un diputado influente de la oposicion que pensaba pronunciar en el Congreso un discurso terrible contra el ministerio, decidió á última hora quedarse con el discurso dentro del cuerpo; y los ministros, que habian pedido nota de todos los recomendados de aquel personaje para suprimir el tronón á los que estuviesen saboreándole, y no dárselo á los que esperaban saborearlo, cambiaron de bisesto y aprovecharon los datos reunidos para mostrarse agradecidos ascendiendo á los ya colocados, que eran muchos, y colocando á los que no lo estaban, que no eran pocos, por cuya razon hubo necesidad de que el hijo del zapatero se quedara sin la vacante que le correspondia y sin la plaza que desempeñaba. Habia figurado en nómina dos años, dos meses y diez dias: habian importado sus pagas seis mil quinientos ochenta y tres reales once maravedises: se le habian descontado trescientos noventa y cinco reales, y habia cobrado, por lo tanto, seis mil ciento ochenta y ocho reales y once maravedises.

—Cómo volver á usar mandil y blusa el que se habia acostumbrado á gastar levitita?

—¡Imposible! El nuevo cesante se dedicó á pretender su reposicion, apoyado por su padre, que vengaba la infamia comedia con su hijo, asegurando á todo el que queria oírle que habia estado en Bábía cuando calificaba de movimiento glorioso el sedicioso chapuz de Vicálvaro y cuando pedía estatuas para una gente que merecia la hora.

Murió el zapatero: murió la zapatera: se vió lo que valia la zapateria; y el hermano borricote se hizo dueño de ella, entregando á plazos al más fino que el coral la mitad de su valor, con determinadas condiciones que estipularon



LA QUE RECOGE

tan en santa paz que salieron pelados para toda la vida, sin duda porque el cariño fraternal estaba en ellos menos desarrollado que el amor á los intereses materiales, y porque cada cual queria arreglar las cosas de modo que se le quedase entre los dedos la mayor parte de los bienes de sus padres.

Los años corrían que era un gusto y el cesante llevaba engullido ya casi todo lo heredado, sin haber podido disfrutar de nuevo las delicias de la nómina. Vivía en una casa de huéspedes de poco pelo, y harto de pretender en balde se agarró como á una tabla de salvacion á la gacetiilla de un periódico, desde la cual, en broma en broma, comenzó á soltar metralla contra el gobierno de tal manera que pronto adquirió fama de ser el más intencionado y temible de los gacetiilleros. Hizo su protector por entonces un cuarto de conversion, valiéndole el cambio de postura el mismo puesto de jefe superior que anteriormente desempeñara; y por lo que ya hemos dicho del caldero y de la soga, que esta vez no resultó patraña, detrás de la reposicion del uno fué el nombramiento del otro. ¡Y qué nombramiento!... jefe de negociado con dos mil cuatrocientos escudos, sin más quebras que el descuento del diez y seis por ciento de cada paga. ¿Qué menos le habian de dar por ver convertida en incensario la pluma que venia siendo un puñal de Albalcete?

La apostasía del gacetiillero levantó gran polvareda en la prensa; y los que se escandalizaron, los que fingian que se escandalizaban, los que eran incapaces de seguir su ejemplo, y los que no le seguian porque no encontraban quien quisiera comprarlos, todos convinieron en que nuestro hombre era de lo más sin vergüenza que puede conocerse. Él cobraba y callaba, y cobrando y callando le sorprendió el dia en que España entera no hablaba de otra cosa que de la batalla de Alcolea, con los mismos gritos de libertad y cantos astilla, y los mismos alaridos y maldiciones de cuantos temian ver deslomados, que sirvieron de acompañamiento catorce años ántes al programa de Manzanares y al jaleo de Vicálvaro.

Becerrillo quedó cesante: hacia siete meses que desempeñaba el cargo de jefe de negociado: habian importado sus haberes catorce mil reales: le habian descontado dos mil doscientos cuarenta; y habia recibido limpios de polvo y paja once mil setecientos sesenta. Comprendió desde luego que de la revolucion no podia salir nada honrado: qué habian de hacer que no fuera abominable los que á él le habian limpiado el conecdero? Vomitando bilis

echó á volar el primer número de un periódico satírico en que no dejaba lítere con cabeza. Pero otro ciudadano que acababa de tomar posesion de la plaza sistemática de Becerrillo, habia comprendido á su vez que el que no simpatizase con los revolucionarios tenia forzosamente que ser un canalla, y descargó sobre su antecesor tan soberana tunda, que le dejó descuadernado para el resto de sus dias y sin ganas de volver á escribir sátiras contra nada ni contra nadie.

Entró de nuevo el cesante en la calle de la amargura. Consumió en ella lo poco que ya le quedaba de sus padres, y, entrampado con varios prestamistas, llegó á tener tales apuros que estuvo á punto de buscar á su hermano para pedirle un jornal en su establecimiento. Rechazó, sin embargo, la idea, porque su dignidad gritaba desafortadamente que seria bochornoso volver á oler á suela, y cerote ó reanudar relaciones con quien, engendrado por el mismo hombre, habia sido concebido en el mismo seno, se habia amantado á los mismos pechos, y habia vivido en la misma casa, oyéndose llamar como él, con el dulce nombre de hijo.

La casualidad le puso en contacto con una dama de ilimitada influencia.—Aquí está mi porvenir,—dijo Ramon para sus adentros; y no haciéndole entonces objecion alguna su otra vez vocinglera dignidad, no perdonó adulacion ni bajeza hasta ganarse el afecto de aquella senora. Resultó de todo ello que el que sacó de Vicálvaro un empleo de tres mil reales menos el seis por ciento de descuento, y de Alcolea otro de dos mil cuatrocientos escudos, menos el diez y seis por ciento, volvió á clavar el diente en el presupuesto con doce mil quinientas pesetas de sueldo, menos el veinte por ciento y el noveno del mismo veinte por ciento.

—¡El, director general!... ¡el, jefe superior de administracion!... ¡el, ilustrísimo señor!... Decidido á serlo de veras y á asombrar al mundo con su iniciativa, su talento y su amor al trabajo, comenzó á formar planes para conseguir tan laudable objeto; pero á los quince dias funcionaba ya el ministerio regencia de la Restauracion y nuestro héroe cayó, metafóricamente hablando, desde las hermosas puertas del cielo á las tenebrosas profundidades del infierno. Para colmo de males, la dama que habia conseguido su momentáneo encumbramiento cogió una pulmonía al salir de un baile, y entre la pulmonía y los médicos la enviaron á la eternidad en pocas horas.

No ha vuelto á desempeñar ningun destino público ni á tener una peseta, aunque sigue siendo más fino que el coral, el ilustrísimo señor don Ramon Becerrillo, que, durante veinte años, sirvió al Estado treinta y cuatro meses menos cinco dias, y cobró en junto diez y nueve mil quinientos sesenta y ocho reales, viniendo á salir á unos dos reales y medio cada día, á lo que debe añadirse la paliza material con que el derrengó un revolucionario y la paliza moral con que ántes la prensa le habia dejado sin honra.

Mientras tanto, el borricote de su hermano gana el dinero á espuestas; y se va los domingos por la tarde con su mujer y sus hijos á las ventas del Espíritu Santo ó la Fuente de la Teja á despachar cada merienda que vale un imperio; y por las noches concurre á los cafés y á los teatros; y ha construido una casa con jardin en la Montaña del Principe Pio; y apenas llega el verano y comienza el sol á echar chiribitas, sale pitando con toda su gente hacia las playas del norte, dejando la zapateria á cargo de un dependiente de su confianza, y bigardete hasta el otoño, en que hartos él y su familia de divertirse á su manera en cualquier pueblucillo del litoral, tornan á la corte con unos colores de salud y unos moftetes macizos que da envidia el verlos.

Algunas veces hablan del jefe superior de administracion, y cuando esto sucede suele decir el satisfecho neutral:—Si mi ilustrísimo hermano no es toston de capirote, ya se habrá convencido de que vale más un mal oficio que todos los empleos del mundo.

PEDRO MARIA BARRERA

LAS EDADES DE LA ATMÓSFERA

Mucho se equivocaría quien creyera que la atmósfera que rodea á la Tierra ha sido siempre cual ahora. Ni el azul purísimo que en los dias despejados presenta la bóveda celeste en nuestros climas; ni los vivos tonos azules que en las regiones tropicales adoran los ortos y ocasos del Sol; ni las nubes que dan tono y variedad á la atmósfera, han existido siempre formando vistoso fondo á los paisajes terrestres.

Tiempos han corrido en que ni céfiro sutil, ni viento bramador soplaban cual ahora; en que el Sol no se columbra jamás desde el núcleo terrestre á través de la atmósfera; en que esta no era, como al presente, la que

regula y distribuía el calor por la superficie del planeta, sino que influida por la temperatura de la Tierra y no por la del Sol, era agitada por mil formidables y desordenadas convulsiones, gigantescas tormentas de las que son modestísimo remedo las más estrepitosas tempestades que en nuestras épocas estallan en los países ecuatoriales; tormentas aquellas en que las masas huracanadas que agitan la atmósfera y barrian la superficie del núcleo sólido del planeta no eran las masas sutiles del aire actual, sino las que ahora forman las entrañas metálicas de la Tierra. Ventiscas de oro y plata encrespando mares de rocas verdetidas.

La atmósfera, pues, ha cambiado muchísimo desde los primeros tiempos de su formación hasta los presentes; ha experimentado variaciones radicalísimas en su estado físico y mecánico y en su composición química: su aspecto y sus funciones han sufrido alteraciones esenciales correspondientes á las que la Tierra ha experimentado en los diversos períodos de su evolución física. La atmósfera, por lo tanto, ha tenido sus edades, como cualquier ser vivo, edades cuya sucesión forma su historia; historia curiosa, á cuyo final no se ha llegado todavía.

**

Nuestro sistema solar fué en un principio, ántes de la formación de los planetas, una masa gaseosa animada de rápido movimiento de rotación. La fuerza centrífuga desarrollada en el ecuador de esta masa hizo que se fuera acumulando hacia aquella parte mayor cantidad de materia, y que esta se fuese desprendiendo en forma de anillos que continuaron condensándose despues, independientemente del cuerpo central que es el que actualmente forma el Sol.

Todos los anillos, al separarse de este astro central y al aglomerarse independientemente para formar esferoides, tuvieron que ir manifestando los mismos fenómenos caloríficos y luminosos que el Sol, sólo que con menos intensidad, por ser esta siempre proporcional á la masa.

La Tierra, pues, se separó del Sol en estado gaseoso y en forma de anillo; aglomeróse despues éste formando un esferoide que quedó girando al rededor del núcleo central y enfriándose por la pérdida de calor en los espacios. A medida que por causa de este enfriamiento el globo terrestre fué contrayéndose ó sea disminuyendo de volumen, el movimiento de rotación fué haciéndose más rápido y por virtud de este movimiento, así como la Tierra se habia separado del Sol, se separó la Luna de la Tierra, y tambien en forma de anillo, cuya masa formó despues nuestro satélite. Durante este período toda la masa terrestre se encontraba en estado gaseoso y sumamente dilatada en el espacio; entónces toda la Tierra era atmósfera.

Continuando la pérdida de calor en los espacios, la masa terrestre siguió condensándose y se formó hacia el centro un núcleo de materias más pesadas, menos volátiles. La Tierra semejaba entónces una *estrella nebulosa*.

Más tarde y siempre por virtud del continuo enfriamiento que todo cuerpo caliente sufre colocado en el espacio, debió manifestarse la masa de la Tierra perfectamente separada en dos partes bien distintas; una porción gaseosa ó *atmósfera* sumamente extensa y una *pirosfera* central en estado de fusión ígnea. La Tierra entónces era un Sol y su atmósfera difería esencialmente de la que hoy existe.

A las altísimas temperaturas á que aquella atmósfera se encontraba, era imposible que la mayor parte de los cuerpos compuestos sólidos, líquidos y gaseosos que hoy existen en la Tierra pudiesen estar formados, de modo que dicha atmósfera estuvo constituida por cuerpos simples metálicos y no metálicos, libres, separados, sin combinarse unos con otros; que era obstáculo á ello la enorme fuerza repulsiva correspondiente al calor de aquella atmósfera.

Conforme esta se fuese enfriando sería como los cuerpos simples que la constituyesen se irían combinando unos con otros, según sus afinidades y las condiciones de estabilidad de los compuestos resultantes; ó bien se irían precipitando, líquidos ó sólidos, de la atmósfera, si sus puntos de condensación eran anteriores á esas condiciones de afinidad y de estabilidad.

Vinieron entónces las lluvias de metales fundidos que, al contacto de las masas incandescentes de la pirosfera, se volatilizaban de nuevo, originando fenómenos semejantes á los de las actuales lluvias, y serían de ver arroyos de oro puro derretido, nubes de vapores de plata y turbiones de hierro y cobre en fusión que caerían, silbando estrepitosos, derramándose despues en encendidas cataratas por las desigualdades de un suelo enrojado. Así se formaron los filones metálicos que hoy se encuentran alojados en las quebras de las rocas ígneas, cuyo punto de solidificación fué muy anterior al de la condensación de muchos metales.

De esta suerte, en continuos trastornos y alternaivas, los elementos que fueron poco á poco añadiéndose á la pirosfera, se mezclaban con esta disponiéndose en el ór-



VENDEDOR DE PERROS, estudio del natural por Llovera

den de sus densidades ínterin el núcleo incandescente se mantuvo en estado pastoso hasta en su misma superficie; pero llegando á perder el globo, por el incansante enfriamiento, su exceso de calor y su brillo luminoso, presentó por fin una costra sólida, recubriendo el núcleo central incandescente. La Tierra entónces se convirtió en planeta.

**

Pasaron las primeras edades de la atmósfera, aquellas en que esta tenia brillo propio, y empezaron entónces más radicales transformaciones. Continuando el constante enfriamiento fué la atmósfera despejándose de productos metálicos de toda clase y de los compuestos metalóides más combustibles como el fósforo, el azufre, el arsénico, etcétera. El carbono y el hidrógeno se combinaron ya con el oxígeno, pero quedaron sin embargo en la atmósfera, porque los compuestos resultantes de estas combinaciones, á saber, el ácido carbónico y el agua, no suelen formar con los demás cuerpos combinaciones estables á altas temperaturas. Por lo demás las cantidades de aquellos compuestos existentes en aquellos períodos en la atmósfera tenían que ser enormes. No hay más que considerar los inmensos depósitos de hulla enterrados hoy en las entrañas del planeta y la imponente grandiosidad de los Océanos, para conjeturar cuál sería la cantidad de ácido carbónico y de agua en vapor que habria en aquellas atmósferas que contenían en estado aeriforme las minas de carbon de piedra que hoy se explotan y los Océanos actuales.

A las transformaciones químicas de la atmósfera correspondieron naturalmente cambios profundos en sus propiedades físicas. A los elementos disociados, metálicos en su mayor parte, que la hacían diatérmana, es decir, transparente para el calor, siguieron compuestos, como el agua, de gran poder absorbente para los rayos caloríficos oscuros. Así, pues, el enfriamiento del planeta desde entónces tuvo que ser más lento y las transformaciones del globo y de su atmósfera más paulatinas. Pero estas, sin embargo, siguieron su camino, y el agua y otros elementos como ella aún existentes en la atmósfera se fueron condensando.

Es indudable que la atmósfera densa y pesadísima tenía entónces una presión sumamente mayor que la actual,

y por lo tanto que el punto de ebullición de muchas sustancias habia de estar considerablemente retrasado y así habia de sucederle al agua misma, que debió empezar á presentarse líquida á una temperatura superior á la que hoy marca el termómetro cuando dicha agua rompe á hervir al nivel del mar. Vinieron entónces las primeras lluvias torrenciales que originaron los Océanos, empezando la tercera edad de la atmósfera, que, aunque espesa y nebulosa, presentó ya una constitución análoga á la actual.

Los rayos del Sol fueron pudiendo penetrar á través de aquellas masas de gases y vapores, el color azulado empezó á irse manifestando y dominando cada vez la influencia calorífica del Sol sobre la del núcleo sólido del planeta, principiá á bosquejarse la circulación atmosférica, á la acción térmica solar debida, y con ella los vientos de todas las clases, la distribución de la humedad, la aparición de las estaciones y su sucesión periódica, en una palabra, toda la dinámica atmosférica, sobre la misma planta que hoy se conoce.

**

Prosiguiendo siempre el enfriamiento, aunque con alternativas en su rapidez debidas, ya á los cambios sucesivos que en las condiciones físicas del globo se fueran verificando, ya á causas cósmicas, se fueron produciendo esos trastornos y cambios terrestres que los geólogos han dividido en épocas. Tan pronto como la corteza terrestre se levantó en algunos puntos sobre las aguas y se formaron los primeros esbozos de sedimentación coincidiendo con descenso de temperatura suficiente y atmósfera despejada de los elementos más extraños, aparecieron las primeras señales de la vida organizada sobre la tierra. Entónces encontró ya el ácido carbónico de la atmósfera un gran condensador en los vegetales y fué separándose poco á poco la inmensa cantidad de dicho gas que aún quedase en la envoltura gaseosa del globo.

La excesiva humedad, la elevada temperatura, casi constante en toda la superficie terrestre, y una atmósfera rica en ácido carbónico, fueron condiciones más que suficientes para que la vegetación alcanzara la exuberancia y riqueza de la época hullífera.

Desde entónces la atmósfera, entrando en el camino que ahora sigue, se fué poco á poco encontrando en las condiciones en que hoy se halla. La respiración animal y las combustiones van desprendiendo ácido carbónico y neutralizando así los efectos de la vegetación, con lo cual la atmósfera, despues de haber descendido en ácido carbónico al minimum en que hoy se encuentra, irá disminuyendo ya con lentitud suma. Del mismo modo el oxígeno y el nitrógeno han venido á las proporciones en que hoy se presentan y el vapor de agua á las cantidades que las actuales condiciones físicas del globo determinan.

Por lo demás no se crea que la atmósfera tal como hoy se halla, seguirá ya inalterable. La atmósfera continúa su evolución, y aunque con lentísimo paso, sus transformaciones continúan.

El nitrógeno disminuye; las explosiones eléctricas, durante las tormentas, exaltan la afinidad entre el oxígeno y el nitrógeno, fórmanse compuestos de estos gases, que en contacto con el agua y con el aire concluyen por llegar á ácido nítrico que en contacto con las bases constituye los nitratos tan repartidos por la naturaleza y cuyo nitrógeno no vuelve á la atmósfera. El guano y otros depósitos análogos roban constantemente al aire cantidades respetables de nitrógeno, pues según los cálculos de Boussingault y d'Archiac, solamente los guanos de la costa oeste de la América del Sur, suponen *cincuenta y tres millones de quintales de gas nitrógeno* tomados de la atmósfera.

El oxígeno disminuye igualmente, no sólo por las oxidaciones del nitrógeno ya mencionadas, sino por otras muchísimas y más generales aún. Según Ebelmann, bastaria que las rocas estratificadas contuviesen 1 por 100 de protóxido de hierro para que este absorbiera todo el oxígeno del aire. Ahora bien; hay un manantial inagotable y continuo que suministra incesantemente hierro á la atmósfera, cual es la caída de aerolitos, cuyo número anual, según Culvier-Glavier, superior á cuarenta millones en toda la superficie del globo. Hay, pues, motivo para temer que este hierro, oxidándose, vaya absorbiendo poco á poco todo el elemento vital de nuestra atmósfera.

Y al par que estos cambios en la composición química, marchan tambien los que á su constitución física afectan. El enfriamiento en los espacios prosigue. La condensación de la masa solar, causa del calor que este astro nos envía, concluirá por terminarse; la temperatura bajará rápidamente en la superficie de la Tierra, y con ella la vida; el agua formará sólidas rocas y desaparecerá por completo de la atmósfera, y esta, cada vez más pobre en los demás elementos, más tenue y escasa, concluirá por desaparecer.

La Tierra entónces, petrificada por completo, astro muerto, será sólo un vasto cementerio girando en los espacios.

DOCTOR HISPANUS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



AÑO III

←BARCELONA 17 DE NOVIEMBRE DE 1884→

NÚM. 151

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LOS APLAUDIDORES, por don Enrique Perez Escribá.—EL FANATISMO DEL DIABLO, por don Ramon Martinez de Fuensanta.—LA CIENCIA ANTIGUA, *Los órganos hidráulicos* por A. de R.

GRABADOS: CUARTEYO, cuadro por M. Daumat.—QUÉ POSMA .. dibujo por Seymour.—LA CARIDAD, copia de un cuadro del Corregio.—LA VUELTA DE LAS COLONDRINAS, dibujo de Giacomelli.—ANTAÑO, dibujo por A. Zick.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA MATANZA DE MACHECOUT, cuadro por F. Flameng.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Cazadores.—El banquete sobre la hierba.—El robo del libro.—Bibliomano, bibliófilo y bibliopirata.—Opiniones de un norteamericano respecto á los bibliófilos.—*El amigo & rita*.—El celi-bato.

Han alternado los días apacibles y los lluviosos. El barómetro ha tenido ocupacion constante arrollando y desarrollando la cola de acero de su espiral. Difícil que la estacion duda ántes de entregarse á los rigores del invierno y trata de tejer los flecos de oro del estío en los

blancos nevados cuadros del tapiz cristallino del invierno. Aprovechando los días hermosos, han salido por la línea del Norte grupos de cazadores con sus escopetas y sus perros. ¡Qué de proyectos venatorios! ¡Qué combinaciones mortíferas para los pacíficos rebaños de pluma y pelo! Vastos eran en verdad los planes de estos Bonapartes de la selva, de estos Alejandro en mano, de estos Gengis-kán del ojeo... ¿Pues y los morrales? No iban mejor surtidos los cerebros de planes, que los zurrones de apetitosos bocados. Vierais allí la succulenta lengua á la escarlata, que es la lengua de fuego que descendió á los labios de los apóstoles, haciéndolos sabios con su sabor delectable. Vierais el salchichon relleno de los picantes perdigonos



UN CUARTEYO, dibujo por Daumat

de pimienta. Allí el ave asada y fría, cuya oronda piel parece que va a reventar de puro obesa, disparando por la herida metralha de trufas menudas y de menudísimas setas... ¡Viva, viva la caza, con sus homéricos banquetes sobre la fresca hierba, entre zlamos y chaparros, en círculo de cazadores a quienes la alegría hace ingeniosos y chispeantes! ¡Viva este santo pretexto que disculpa la fuga de las grandes ciudades de los hombres y les hace gozar de los campos y de Dios!

**

Los tribunales se ocupan del saqueo practicado en una de las más antiguas y notables bibliotecas de España. La mano ávida de los coleccionistas ha penetrado allí y ha hecho saco y tala de los viejos incunables, de los indescribibles palimpsestos, de los pergaminos roídos por los ratones y colonizados por las arañas.

Un libro raro es la tentación constante del bibliomano. Desde la época en que aquel famoso filósofo griego se desahogó de todas sus propiedades para adquirir con el producto de la venta un manuscrito raro con que aumentar su colección, el bibliófilo, especialmente esa variedad que se dedica a reunir ediciones raras, ejemplares de todo márgen y primeras ediciones, ha sido considerado por sus semejantes con cierto grado de sospecha, no faltando hasta quien se haya aventurado a calificarle de monomaniaco y «toadado». Gran parte de las críticas que han llovido sobre los aficionados a reunir libros y grabados viejos, en cuanto a sus métodos, gustos y celos, parecen bastantes justas; pero no lo son algunas de las preocupaciones que contra esta clase existen. En los primeros tiempos de la manía de reunir ediciones raras de libros impresos, los aficionados recurrían a las excéntricas tiendas de viejo que tanto abundan en las capitales, y con frecuencia descubrían «tesoros» preciosos que se procuraban por una biococa. Todo esto ha cambiado y los «hallazgos» son muy raros. Se conoce bien el valor de los libros raros, así como su paradero, y en consecuencia, el rematador ha suplantado hasta cierto punto al mercader, de manera que es muy difícil que el coleccionista llegue a poseer un ejemplar de valor sin que se ponga en venta, por cualquier causa, la biblioteca de algún colega suyo.

La anécdota que se cuenta de Richard Lyons, famoso colector en sus tiempos, caracteriza singularmente a esta clase. Era hombre de profundo y variado saber, que había dedicado gran parte de su existencia al estudio y a coleccionar libros raros. En los últimos años de su vida, encontrándose, por desgracia, con pocos recursos, resolvió vivir con lo que le produjera la venta de los volúmenes que con tanto esmero había reunido y que tanto le habían costado. Abrió pues una librería y publicó un catálogo que distribuyó entre las personas aficionadas a libros preciosos. Un día se presentó cierto caballero en la librería, é indicando con el dedo el título de una obra anunciada en el catálogo, expresó su deseo de comprarla: —Ni me acordaba de que tenía semejante libro,—dijo Mr. Lyons, y tomando del catálogo, subió por la escalera y sacó el tomo en cuestión. Pero en vez de volver con él se sentó tranquilamente y se puso a leerlo. Entre tanto el caballero que estaba abajo llegó a impacientarse y resolvió llamar la atención del librero pegando con el bastón en el mostrador. Mr. Lyons bajó hecho una furia, y acercándose al caballero exclamó:

—Si V. cree que por consideración al vil dinero voy a deshacerme de este tomo rarísimo, se equivoca. Es V. un imperitioso.... ¡Salga V. de aquí!

Mr. Lyons no poseía los elementos de un buen comerciante, pero era un tipo admirable del bibliófilo.

—¿Quiere V saber lo que yo pienso acerca de las singularidades de los coleccionistas de libros?—dijo un conocido librero de obras raras en un *reporter del New York Herald*.—Me será difícil definir claramente mi impresión, aunque son muchísimos los que conozco, y los conozco muy bien. Como son excéntricos, no puede negarse, pero no son tontos ni lunáticos como muchos pretenden. A lo sumo se les puede llamar monomaniacos. Todos son instruidos y los más tienen mucho dinero. Son aficionadísimos a los libros raros y no hay sacrificio de tiempo y dinero que no hagan para satisfacer su gusto. Tienen celos unos de los otros y adoptan todo género de medios para ponerse a la cabeza de los demás.

Un rasgo característico de la manía es que en cada época se manifiesta de manera diferente. Primero fueron las ediciones limitadas, luego las ediciones hechas en corto número por algún particular, más tarde los ejemplares de márgen entero, y las encuadernaciones curiosas. La manía actual es por primeras ediciones. También en esto se manifiesta su excéntrica. Si se pone en boga cierto libro ó cierta edición, todos quieren procurarse un ejemplar. Si llegas a convencerlos de que Juan y Pedro se han cansado de un libro, inmediatamente procuran vender sus ejemplares, cualquiera que sea la suma que les hayan costado. Cada cual querrá un libro porque otro lo estima, no por su valor intrínseco. Hay algo de convencionalismo en todo lo que hacen.

Otro síntoma de la manía es el intenso deseo de que los rivales presencien sus adquisiciones. He visto á ciertos señores que han pagado gustosos 500 duros por un libro en un remate y no hubieran dado 300 duros por el mismo ejemplar en una venta particular. Les place que los demás presencien sus compras.

—¿Qué es lo que, por lo general, fija el valor de un ejemplar raro?

—Hay varias cosas; aunque el tiempo suele ser el elemento principal del valor, en el concepto del coleccionista. Un libro, sin embargo, puede ser nuevo y tener mucho valor; en cambio, los hay muy viejos que, por ser comunes, se venden muy baratos. Los autógrafos de autores de cierta talla también dan precio á los libros. Unos estiman los libros por los grabados y otros dan mucha importancia á las encuadernaciones. Se da siempre la preferencia á los ejemplares de gran márgen y no contados.

Es un error muy común creer que son preferidos los libros manchados por el tiempo. Los aficionados son sumamente escrupulosos; y pierde mucho para ellos un libro manchado ó que tiene una hoja rota.

—¿Cómo consiguen los libreros y los coleccionistas libros raros y curiosos?

—Por lo general todos los libros viejos se adquieren ahora en los remates. Antes se encontraban en parajes poco frecuentados, cosa que sucede rarísimas veces ahora. Pero no hace mucho un amigo mio compró por diez reales un libro que vendió después por más de 1,000; sin embargo, estos hallazgos son muy raros y lo van siendo cada vez más.

Cuando un bibliófilo encuentre un libro de mérito verdadero y completamente desconocido, sus envidiosos le llamarán Colon y sacrificarán honra, fortuna y vida para llegar á ser sus Américos Vespuicios.

**

El éxito alcanzado por *Lami Frits* en el teatro de la Comedia pone de manifiesto una verdad palmaria y que debe servir de enseñanza á los dramaturgos españoles. El público acepta y aplaude la comedia de cuadros: es decir, que puede prescindir del interés de una acción bien encadenada y abundante en sucesos, si en cambio se le dan primeros de ejecución y forma, maravillas de pintura y color. Es el advenimiento del color á la escena, único camino por donde pueden llegar á la escena los grandes talentos y el espíritu innovador de los novelistas españoles.

**

El amigo *Frits* es una comedia contra el celibato y á favor de las mujeres solteras. Tal pensamiento no puede menos de ser recibido con simpatía por el bello sexo; pero hay empedernidos célibes que no se dejan vencer.

—¿Qué prueba el amigo *Frits*? ¿Que hay mujeres guapas? Estoy convencido de ello. ¿Que influencia se ejerce de un modo sensible sobre los hombres? Lo sé también. ¿Que el hombre siente afición á la mujer?... Una y cien veces convencido, persuadido y conforme... Pero es que los célibes no rechazamos la mujer, sino los efectos del matrimonio. La mujer es una hermosa premisa, pero sus consecuencias son horribles.

La verdad es que la sítira de los célibes contra el matrimonio va de capa caída. El celibato es una planta pútrida.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

CUARTETO, cuadro por M. Daunat

El pueblo es músico por excelencia, y el de España con más motivo, puesto que, según cierto refrán, quien cantaba su mal España, y en nuestro desdichado país son tantos los males que nos agobian, que deberíamos estar cantando veinticuatro horas al día.

Además, España, hermana de Italia por tantos conceptos, ha de tener análogas inclinaciones, esas inclinaciones propias de los países que baña el sol en todo su esplendor y en cuyas peñas crecen casi espontáneamente el rico olivo y la vid precitada, rodeados de verdaderas guirnaldas de silvestres rosas.

El cuadro de Daunat representa, pues, una escena popular en España. ¿Qué cantan sus personajes?... No es difícil adivinarlo: aragoneses son sus tipos; luego cantan la jota, la clásica jota, esa melodía que nos legaron los árabes y que ha llegado á ser el aire más popular y generalizado de nuestros aires nacionales.

Donde quiera que una mano, siquiera sea imperita, rasquee un compás de jota en la más acatarrada de las guitarras, allí se encuentra un aragonés dispuesto á endilgarle una copla á la patria, á la novia ó á la *Pilarica*, que es la síntesis suprema de toda la religiosidad aragonesa.

Los tipos del cuadro de Daunat son realmente indignas: únicamente la mujer podría dar algo que decir, así su fisonomía como su traje, á los que tengan verdadero conocimiento de las paisanas de Agustina Zaragoza.

QUÉ POSMA..., dibujo por Seymour

Si, señores; qué posma... Esto piensa la jóven de nuestro dibujo; y aún pudiera añadir, qué desatento y qué ingrato...

Permitir que su hermosa seno se tome la molestia de salir á su encuentro, dejar que sus diminutos piés se hundan en el lodazal de los campos, consentir que el aire húmedo del crepusculo vespertino aje su ateciopeado cutis... Y todo porqué el señorito ha tenido que despachar un pleito, ó visitar á un enfermo ó liquidar una operación de Bolsa... Como si las niñas bonitas en-

tendieran de estas cosas, ó se tuvieran que fastidiar por un *diseño*, una apoplejía más ó menos, ó algunos céntimos de *baña* en el 4 por 100.

El autor de este dibujo ha interpretado felizmente el asunto. La jóven respira candor: por más que indudablemente espera á alguno, nadie sospechará que acuda á una cita indecorosa, ni que la impaciencia que revela su mirada pueda confundirse con la zozobra ó el temor inseparables de la mujer que acude á una cita en que arriesga su honra.

En esto consiste el talento de Seymour. Cuando una composición contiene un solo personaje, es menester que éste no diga más ni menos que lo que debe decir. Equivóquese la más pequeña línea, en la boca ó en los ojos principalmente, y lo que se propuso hacer á semejanza de Dios, saldrá animado por el soplo del diablo.

LA CARIDAD, copia de un cuadro del Correggio

No se necesita ser inteligente ni aspirar al título de erudito, para que, á la simple vista de este cuadro, se comprenda que procede de la grande época, de la época clásica del arte. La pureza y energía de su factura, la corrección de su dibujo, la sobriedad de su composición, dicen de sobra que lo debió ejecutar un gran maestro.

Con efecto, el Correggio, que así se le llama del pueblo de su nacimiento, Reggío, en el ducado de Módena, nacido en 1494 y muerto en 1534, fué contemporáneo de Rafael, Miguel Angel, Leonardo de Vinci y Andrés del Sarto. Emulado por tan grandes artistas y dotado de prodigioso genio, si bien su estilo es el de la escuela italiana, tiene cierto carácter que le ha valido el título de fundador de la escuela lombarda.

¿Cómo se llamaba, realmente, el Correggio?... Hé aquí una cuestión singular. Sus biógrafos dicen, generalmente, que Antonio Allegri era su nombre; sin embargo, tenemos á la vista un documento en que el célebre pintor escribe por su mano lo siguiente: *Yo Antonio Lioto de Correggio*. Es singular que, en ambos casos, el apellido italiano equivale á alegre, festivo, persona de buen humor.

¿Merece la pena de ilustrar este punto? Opinamos que no: el verdadero nombre del genio son sus obras: Rafael se llama la *Perla*, Velazquez se llama los *Hilanderes*, Murillo se llama la *Inmaculada*, Correggio se llama la *Caridad*.

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS, dibujo de Gíacomelli

Las golondrinas son las aves cantadas más cariñosamente por los poetas. Entre otras emulencias modernas, las han dedicado versos Victor Hugo y Lamartine, Zorrilla y Becquer.

Gíacomelli es el artista amigo de los pájaros, el que mejor los ha conocido y ha tratado.

Sin duda por ser golondrinas y por ser de Gíacomelli nos son tan simpáticas las del dibujo que publicamos.

ANTAÑO, dibujo por A. Zick

Hace medio siglo, la aparición de una diligencia colmó el *desideratum* de los más exigentes en materia de locomoción.

Como la afición de los romanos á construir puentes en los caminos públicos no había encontrado grandes iniciadores desde la invasión de los bárbaros, allí donde la ruta era interrumpida por un río, se cargaba bonitamente el pesado vehículo en una balsa bastante primitiva, y se le conducía á la orilla opuesta del mejor modo que Dios daba á entender, cuando la corriente no disponía otra cosa. Aun así, las gentes del campo, que permanecían en estado natural ó poco menos, contemplaban estupefactos este ingenioso sistema, que retrotraía la inventiva de la ciencia á los tiempos del Arca de Noé.

El dibujo de Zick que publicamos, sin ser una gran obra de arte, da una idea de esa maniobra y del efecto que producía en las gentes sencillas, hasta que el rugido de la locomotora lanzó á los pueblos á la lucha de la civilización, como algunos siglos ántes, la trompa guerrera les había lanzado á la lucha trabada entre la fuerza y la ignorancia.

Digase lo que se quiera, es mucho más simpático y provechoso el silbido del vapor que el silbido de las balsas.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA MATANZA DE MACHECOUL, cuadro por F. Flameng

Teatro de horribles escenas fué la nación francesa á últimos del pasado siglo. En guerra con casi toda Europa, y lo que es peor, consigo misma, al calor de la exageración política, nacieron los odios de partido: la necesidad de defenderse á todo trance, sentida en uno y otro campo, fué causa del terror impuesto á todo trance también; y mientras en Nantes eran arrojados al mar pelotones de realistas, para acabar con ellos más prontamente, en la Vendée eran sacrificados sin más piedad los prisioneros republicanos.

El ardor de la venganza llegó á tal paroxismo que por mucho tiempo se atrofiaron los dulces sentimientos del corazón humano. Las mujeres mismas, seres nacidos para compadecer y amar, parecían como embriagadas por la sangre que á torrentes se derramaba: así las vemos en París descender de sus buhardillas y danzar en torno á la guillotina como frenéticas bacantes, y en Bretaña descen-

der de sus castillos y presenciar, tranquilas y hasta satisfechas, el suplicio de los soldados de la patria. Ni se pedía, ni se daba cuartel: cual en los tiempos de Diocleciano, se inventaban torturas para debilitar el ánimo de los que combatían por su fe en el campo enemigo, y el corazón más varonil se estrema al recuerdo de aquel *délirium tremens* de un pueblo culto.

Un pintor de talento ha dado forma á una de esas escenas, de las cuales se apartaría la vista con horror, si la fuerza del genio no la atrajera, á pesar suyo, hacia una composición grandiosa, ejecutada con pulso firme, dibujo sobresaliente y perfecto conocimiento de los hombres y de las cosas.

LOS APLAUDIDORES

Dice Plutarco, y hay que creerlo bajo la fe de su honrada y verídica pluma, que los griegos se gastaron en las representaciones de las tragedias *Las Bacantes*, de *Las Fenicias*, del *Edipo*, de *La Antígona*, de *La Medea* y de *La Electra*, más oro que en las célebres guerras de Persia. ¡Qué dirían los modernos adoradores del frac y del *polisson*, que tanto se admiran de las botitas de raso de las *saripantás*, y de las decoraciones de los modernos espectáculos, si presenciaran la representación de una tragedia de los buenos tiempos de la Grecia, de aquellos tiempos que tenían por bóveda el cielo, y á cuya representación asistían millares de almas; de aquellos teatros que, como el de Taormina, tenían por base el monte Etna y por foro la inmensidad del mar!...

Allí las decoraciones en lugar de ser pintadas eran naturales porque se rendía tal adoración al arte, que todo les parecía pequeño para enlucirlo.

Pero el teatro para los griegos era una necesidad inspirada por el sagrado fuego del patriotismo; en sus teatros no solamente se representaba la obra dramática, sino que se discutían las trascendentales cuestiones del Estado y las discusiones filosóficas; había algo de sublime en el silencio religioso de aquella inmensidad de espectadores que acudía á ilustrarse y á fallar en las graves acontecimientos de su patria.

Los griegos pronunciaban siempre con veneración los nombres de Frinico, que fué el que introdujo por primera vez en la escena á las mujeres; de Querilo, que dió trajes á los actores; y del inmortal Esquilo, que debe considerarse como el verdadero fundador del teatro griego.

La China y la India representaban sus tragedias y erigían sus teatros junto á las pagodas para dar más solemnidad al espectáculo; nosotros, más despreocupados y menos amantes del arte, establecemos teatros-cafés, en donde la literatura y la moralidad se ven postergadas por media copa de aguardiente de caña que abrasa la garganta, y una pieza cómica que da náuseas, que revuelve el estómago, con sus chistes de taberna.

Pero el teatro se va haciendo viejo, y por eso sin duda ha llegado la época de su decadencia: fundado en Grecia el año 540 antes de J. C., ha llegado á nosotros á la edad de 2,424 años, y á pesar de tan prolongada ancianidad, el público le falta al respeto con frecuencia, burlándose de los histriones y rapsodistas que profanan el templo sagrado de Talía.

En nuestros modernos coliseos muchas veces el público que paga se irrita contra esa parte del público que entra de balde, y que obedeciendo á una consigna aplaude frecuentemente á los actores, aunque no siempre con gran oportunidad.

Los *aplaudidores* han llegado á ser entre nosotros una necesidad hija de la indiferencia de esos espectadores que se entretienen durante la primera representación de una obra dramática en leer *La Correspondencia de España*, ó dirigiendo los gemelos hacia el palco donde se hallan las señoras de sus pensamientos: crimenes son estos que Neron hubiera castigado con la muerte, porque Neron, el imperio artista, llevó á tan alto grado su entusiasmo por el teatro, que castigaba con la muerte al espectador que se dormía cuando él representaba.

Votívum, el feroz zapatero de viejo, el más querido de los favoritos de Neron, que aplaudía siempre como un energúmeno, que en los espectáculos lloraba y reía como nadie en Roma, que imitaba con su voz el rugido de las tempestades, el murmullo cadencioso de las hojas en el bosque y el suave gemido de la brisa, fué nombrado jefe del *cuadro de aplaudidores* neronianos, que en número de cinco mil, producía una tempestad atronadora de aplausos y bravos siempre que su señor se presentaba en escena.

Infeliz, desdichado el espectador que se atreviese con su sueño ó con su indiferencia á ofender el arte dramático, porque era despedido por los *aplaudidores*, sin que le salvarán ni su jerarquía, ni su sexo; su muerte era segura, y aunque esta conducta tenía mucho de brutal, como todos los actos del hijo amado de Agripina, muchas veces, lo confieso, echo de ménos en nuestros teatros á Neron.

El teatro no es sólo un pasatiempo, sino una necesidad pública; el año 391 de Roma, durante la terrible peste, los romanos introdujeron en su gran ciudad los espectáculos con el objeto de desagrar á sus dioses. Los toscanos ya conocían el teatro, y ellos lo introdujeron en Roma; de Etruria eran los primeros histriones que entretuvieron los oídos de los hijos de la *Loba*, bailando al son de la flauta; porque los romanos no entendían su idioma; pero pronto la más selecta juventud romana empezó á imitar á estos advenedizos á quienes llamaban histriones, palabra que aún hoy se emplea para denigrar á

nuestros actores, ignorando sin duda que se deriva de la voz toscana *hister*, y significa actor en aquella lengua.

Los *aplaudidores*, pues, tienen su origen muy antiguo y parece que la *jefatura de la alabarda teatral* se halla vinculada entre los zapateros de viejo, pues cuentan las crónicas de bastidores que en España, allá por los años de 1644, vivió un zapatero remendon que tenía su *paquecheca* tienda en un portal no lejos del *Corral de la Pacheca*. Llamábase el remendon maese Jerónimo Sanchez y era jefe de los *terribles mosqueteros* que tantos sudores hacían pasar á los poetas, los cómicos y los danzantes del siglo de Calderon de la Barca.

Jerónimo Sanchez no sabía leer ni escribir; pero juzgaba con el corazón las obras dramáticas, y siempre con gran imparcialidad y justicia; era la franca manifestación del público que va al teatro á gozar y á sentir, y á quien la gente de alto coturno denomina, en tono despreciativo, vulgo.

Las enormes manos de maese Jerónimo producían, al cerrarse, el ruido atronador de una tempestad; sus pulmones eran de acero; su voz, al vitorear á los cómicos, parecía un cañonazo; su rectitud, inequebrantable; ni los halagos ni las dádivas le seducían; hijo del trabajo, Sanchez se ganaba honradamente la vida poniendo tacones y medias sueltas á las botas de los cómicos y los poetas, lo que si bien no le dejaba grandes utilidades, en cambio halagaba su amor propio, porque era un verdadero amante del arte.

Jefe de los *mosqueteros*, nombre que por entonces se daba á los *aplaudidores*, Jerónimo era el terror de los poetas y de los cómicos, y se cuenta que un día que Lope de Vega iba á ensayar una comedia suya al *Corral de la Pacheca*, se detuvo en el zaguami de Sanchez y despues de preguntarle por unos zapatos que le había enviado, para que le recosiera una oreja que se le había descosido, le dijo, en són de broma, formulando al mismo tiempo una sonrisita digna del autor de *El mejor alcalde el rey*:

—Maese Jerónimo; esta tarde se estrena una comedia mía en el *Corral de la Pacheca* y espero que ucé y sus *terribles mosqueteros* sean buenos amigos del autor.

Sanchez miró al gran poeta por encima de las antiparras, inclinó luego la cabeza, introdujo la lezna en la húmeda suela, y continuando su interrumpido trabajo, dijo:

—Allá veremos si su merced lo merece.

Los caracteres enteros van por desgracia desapareciendo de nuestra moderna sociedad. Maese Jerónimo Sanchez era un hombre de conciencia, que había tomado por lo serio la *jefatura de los aplaudidores*.

En tiempo de Moratin y Comellas, ó como si dijéramos, el verdugo y la víctima, hubo tambien sus *aplaudidores*, divididos en dos bandos, *Chorizos* y *Polacos*; y si bien muchas veces los poetas y los cómicos fueron víctimas inocentes del odio del *partido*, los éxitos en cambio eran más ruidosos y el entusiasmo por el teatro más grande.

La indiferencia es la peor de las muertes, y esa es la que tiene de un modo grave nuestra moderna escena.

Moratin escribió con toda la mala intención de su correcta y cruel pluma *El Café ó la comedia nueva* para matar á un autor dramático contemporáneo suyo, que seguía un mal camino, guiado por las imperiosas exigencias de su estómago. El autor de *El día de las niñas* fué demasiado cruel con el autor de *El cerco de Viena*, que trabajaba para comer, y á quien las empresas teatrales le encargaban obras de gran espectáculo para entretener el ócio del público y ganar dinero.

Comellas fué una víctima de la necesidad; la pobreza le tenía sujeto con sus garras de hierro, la tristeza batía sus nervos alas en la humilde buhardilla de aquel poeta, que perseguido el gusto del público, muriéndose de hambre al són de los aplausos. Moratin sabía esto, y en vez de compadecerle se ensañó con el crueleinte; Moratin no había sentido nunca hambre; en Comellas el hambre era la enfermedad crónica de su estómago. Moratin decía en són de broma á sus amigos:

—Comellas sólo vive en invierno, como los besugos, porque en esa época le compran sus aberraciones dramáticas los empresarios.

El infeliz Comellas sabía esto, y murmuraba en voz baja:

—Es verdad; pero Moratin ignora que sólo me dan 25 duros por cada comedia, y tengo necesidad de escribir ocho cada año para no morir de hambre.

Todo cuanto rodeaba á Comellas era ridículo y triste á la par; visto de lejos, hacia reír; visto de cerca, hacia llorar.

Una mañana, el pobre Comellas, apoyado en su baston, se paseaba por la orilla del Canal, combilando sin duda en su mente alguna de sus aberraciones dramáticas. No había comido en treinta y seis horas; su estómago le dirigía rudas, terribles reconveniones, pero él procuraba no oírlo.

De pronto, sintió que una mano se apoyaba familiarmente en su espalda; volvi6 la cabeza, y se encontró frente á frente de uno de los pocos amigos que tenía.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó.

—Me paseo y pienso, —contestó Comellas, dejando asomar á sus labios la triste sonrisita de los mártires.

—Me alegro de encontrarte. ¿Quieres almorzar conmigo?...

Comellas creyó en la Providencia; aceptó el almuerzo, y ambos ocuparon una mesa junto á la puerta de un ventorillo inmediato.

En aquel establecimiento primitivo no había más que chorizos cocidos, caracoles y bacalao frito.

Comellas comió mucho, todo cuanto necesitó para calmar su hambre, y aquella misma noche murió víctima de un cólico cerrado, en su buhardilla, sin otros auxilios que los que le prestó su cariñoso hijo, pobre jóven contrahecho, que abrigaba en su disforme cuerpo una alma pura y sencilla.

¡Pobre Comellas!... Quién sabe si Moratin se alegró de su muerte; todo es posible, tratándose de un español á la francesa, que siguió con demasiado servilismo las huellas del inmortal Molière.

Si hoy viviera Moratin no lograría lo que entonces consiguió: aunque escribiera doce comedias como *El Café*, quedaría vencido, derrotado ante un coro de *saripantás* con las pantorrillas al aire ó el provocativo contoneo de una tiple de los *Dufos*, cantando un *couplet* á la francesa, desvergonzado y picaresco como el *Can-can*.

Para arrancar á nuestro teatro de la postración en que se halla, se necesitan tres cosas bastante difíciles de conseguir en estos tiempos; primero, que los autores dramáticos abandonen el campo agostado de la política y vuelvan al teatro á trabajar con fe y entusiasmo; segundo, que los actores sepan más y se aprecien en ménos; y tercero, que un moderno Neron envíe á Fernando Póo á los espectadores que se rien durante la representación y lean *La Correspondencia* en las noches de estreno.

Lloremos pues mientras tanto sobre las ruinas del teatro, como los macabeos lloraron la pérdida del Arca Santa, y esperemos el día de la regeneración, el día en que un nuevo *Cristo de la escena* arroje con su látigo á los traficantes y profanadores del inmortal templo de Talía.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

EL FANATISMO DEL DIABLO

POR DON RAMON MARTINEZ DE FUENSANTA

I

Fuente-Cantos es un pueblecito de Extremadura, situado en un país en que abundan los montes y las cañadas y casi separado del resto del mundo habitado; pues en algunas leguas á la redonda sólo se encuentra la insignificante ciudad de Llerena.

En las afueras del pueblo hay una casa de campo con honores de quinta, que por los años de 1862 ó 63, pertenecía á la Vizcondesa de Sorel, señora viuda y sin más familia allegada que una sobrina carnal, huérfana y que vivía en su compañía.

La Vizcondesa residía habitualmente en Madrid, en donde hacia una vida muy monótona y retirada, en armonía con sus dos mil duros escasos de renta, y casi todos los años pasaba el esto en su casa de Fuente-Cantos.

Eulalia, su sobrina, era una bonita jóven de veintidos años de edad, con hermosos cabellos negros, grandes ojos garzos, tez blanca y pálida, y expresion candorosa. En una fresca tarde del mes de julio, tia y sobrina estaban sentadas á la puerta de su casa y el siguiente diálogo simplificará muchos detalles que serian precisos para más claridad de los acontecimientos subsiguientes.

—¿Tú le quieres?

—Yo, tia,...

—Vamos, le quieres, eso se conoce á la legua, y Diego, además de merecerlo, te conviene. Es jóven, guapo, capitán de caballería, con renta aunque no muy grande. Pertenace á una buena familia, y como es inteligente y tiene relaciones, hará carrera. Yo bien quisiera para tí un partido más ventajoso; pero, querida, tú no cuentas más que con tu pension de huérfana de general, que perderás en cuanto contragras matrimonio, y con lo poco que yo pueda darte y legarte al morir. En estas condiciones, y sólo por tu linda cara, no debemos tener grandes aspiraciones.

—Yo, tia, no tengo ninguna.

—Pues bueno; ayer Diego me indicó que tenía que hablarme, y como supongo que sería para pedirme tu mano, plenamente autorizada, tendré á bien concederla?... Yo creo que los dos estais muy enamorados... Pero ve á Cleto que nos hace señas con la servilleta. Vamos á comer.

Las dos señoras entraron en la casa.

II

La servidumbre de la Vizcondesa de Sorel se reducía á dos criados, una mujer de edad, llamada Felipa, que hacia muchos años que estaba en la casa, y un jóven de veinte, de nombre Anacloto ó Cleto para mayor brevedad, el cual, como interviene grandemente en esta narración, exige que nos fijemos en él.

Era, ó mejor dicho, había sido hijo de la nodriza de la Vizcondesa y de un indio filipino, ayuda de cámara del Vizconde. Sus padres murieron á consecuencia del cólera de 1855, y nacido en la casa de Sorel, siempre había vivido en ella estando considerado casi como de la familia.

Cleto, de corta estatura, de cara afinada, sombreada apenas por un ligero vello, y sumamente delgado y nervioso, no obstante sus veinte años parecia un niño crecido. Su tez tenía el color cetrino peculiar á su raza, modificado un tanto por la sangre materna. En cuanto á su carácter moral no ofrecía ninguno saliente: sin embargo, D. Servando, el buen cura párroco de Fuente-Cantos, desde que le vió por primera vez, había dicho á la Vizcondesa:



¡QUÉ POSMAL.. dibujo por Seymour



LA CARIDAD, copia de un cuadro del Correggio

—Señora, Cleto es mal bicho, tengan Vds. cuidado.
—¿De qué, de que no me rompa el servicio? Eso es imposible.

El sacerdote no insistió; pero, valiéndose de una frase vulgar, nunca parió peras con Cleto.

La verdad es que la imaginación del joven, que la tenía viva, se asemejaba a una olla de grillos. Era aficionado a la lectura y en Madrid leía cuantos libros y periódicos podía proporcionarse, y este pasto, mal digerido, le produjo una congestión de ideas en las que se amalgamaban el descreimiento y la superstición.

Así es que Cleto adoraba a Voltaire y creía en el diablo; porque ícosa rara a su edad en sus lecturas prefería las obras filosóficas, sociales y místicas a las de amena literatura.

Un año antes de la época en que comienzan los sucesos de este relato, Cleto se enamoró ó creyó enamorarse de Eulalia, cuyos juegos infantiles había compartido, y cuyos atractivos veía desarrollarse de día en día. Yo no sé, ni quizá él tampoco, si su amor estaba basado en el interés; puesto que la joven debía obtener la herencia de su tía la Vizcondesa, que en la consideración de Cleto representaba una fortuna.

Porque Cleto tenía el gérmen de los dos pecados capitales; la avaricia y la soberbia.

A consecuencia del amor que sentía ó que creía sentir, se propuso un plan estratégico, superior á su edad, siguiéndole con increíble perseverancia. Disimuló sus malos instintos, reprimió sus frases con ribetes de efímeras, rodeó á Eulalia de atenciones, y se hizo pasar por el fénix de los servidores.

Una gota de agua horada una piedra, y quién sabe si aquella abnegación verdadera ó fingida no hubiera acabado por conmovir el corazón de su joven ama; pero desgraciadamente para Cleto se presentó el brillante capitán D. Diego de Mendez Cardona, y el ambicioso amante comprendió que su esperanza era un sueño irrealizable.

Con el instinto del despecho y de los celos siguió las fases del amor de su rival y de Eulalia, y su rabia no tuvo límites cuando supo que estaba concertado un próximo enlace.

Don Diego era capitán agregado á la remonta de caballería establecida en Llerena, y su regimiento estaba de guarnición en Cáceres.

Al llegar el mes de setiembre pediría ser trasladado á esta ciudad y allí se celebraría su boda con Eulalia, y allí pasaría el invierno la Vizcondesa en compañía de los recién casados.

Cleto supo todos estos proyectos y sufrió crisis de desesperación, que trataba de disimular.

III

Una tarde, cerca de anochecer, el despechado joven vagaba por los alrededores del pueblo, entregado á sus sombríos pensamientos. Inconscientemente se aproximó á un sitio llamado *la cueva del diablo*, porque según tradición, el espíritu de las tinieblas habíala habitado fingiéndose ermitaño, hasta que un ángel, con objeto de ahuyentarlo, hizo brotar en ella un manantial de agua bendita.

Con efecto, si no bendita, es de las mejores de Extremadura en donde no abundan las aguas buenas; pero no obstante esta bondad, hasta que la ilustración ha ido destruyendo las preocupaciones, los habitantes de los contornos se retraían de entrar en *la cueva del diablo*.

Cuando Cleto lo hizo impulsado por la sed, el diabólico recinto estaba muy oscuro.

El joven, ensimismado en sus ideas, bebió en el manantial y se sentó en uno de los dos bancos rústicos que hay á uno y otro lado, arimado á la pared.

Era ya de noche y una opaca claridad penetraba débilmente por la estrecha boca de la cueva.

Sin duda la influencia de los recuerdos de aquel sitio y tal vez la reciente lectura de las *Memorias del diablo*, de Federico Soulié, fueron causa de que el joven, que como todo enamorado ó ambicioso pensaba en voz alta, propusiese en el extravagante monólogo siguiente:

—*Lucifer*, ángel que lleva la luz, tú que fuiste el primero que te rebelaste contra la tiranía, ven á mí, apareceré. Haz que sea amado de Eulalia, llévate al infierno á ese maldito capitán y te vendo mi alma.....

Una carcajada que resonó en la cueva interrumpió el soliloquio. Cleto se levantó sobresalado y miró hacia el sitio de donde provenía la risa. En el ángulo más oscuro se dibujaba un bulto, que á su vez se puso de pie.

Era un hombre de alta estatura que llevaba una capa y un sombrero de castor.

El joven no pudo reprimir un estremecimiento.

—Invocabas á Satanás,—dijo el incógnito con acento extraño.—Yo soy su íntimo amigo. Estás enamorado de Eulalia, la sobrina de la Vizcondesa de Sorel, y por consecuencia celoso del capitán Mendez Cardona; pues bien, acuérdete de mis palabras; el capitán no te costará mucho tiempo; áun cuando mañana mismo se casara, pronto dejaría una viuda. Ya ves si te doy buenas noticias, y esto de balde, sin exigirte el alma, que dudo que tengas.

Ahora, en cambio de esa consoladora profecía, te pido un favor. Yo conozco mucho el infierno y mucho más el corazón humano, que es muy parecido; pero ignoro la topografía del terreno de la tierra; indícame, pues, el camino de Llerena.

Y diciendo estas palabras el singular personaje salió de la cueva, seguido de Cleto, que entre asombrado y medroso le miraba mudo de sorpresa.

Á la tenue claridad de las estrellas, el joven pudo en-

traver la fisonomía del desconocido. Su cara era fina y estaba sombreada por espeso bigote y barba negros.

Torcido á la izquierda de la cueva y desató un caballo, atado á un roble.

Cleto, algo más repuesto, pudo decir:

—¿Es verdad lo que me ha anunciado V.?

—Pronto sabrás que sí.

—¿No me dirá V. quién es?

—Ya lo sabes, un amigo de Satanás. Indícame el camino, si le conoces, porque tengo prisa.

—Ahí enfrente, un poco á la derecha, verá V. una senda abierta entre dos jarales. Por ahí se va á Llerena.

—Gracias, y adiós,—dijo el desconocido, que ya había montado á caballo.

—Pero ¿no me dirá V.?

—Adios, no puedo perder el tiempo. Lo que te he anunciado se cumplirá.

Y se alejó al trote.

El joven le siguió con la vista hasta que desapareció en la oscuridad. Primero pensó en seguirle, pero comprendió que era inútil.

Al alejarse á su vez de la gruta, vió un objeto que brillaba en el suelo, le tomó y hallóse con una especie de medalla de oro, en cuyo centro y bajo una corona heráldica había grabadas estas dos letras: B. P.

IV

El día siguiente, á las dos de la tarde, D. Servando, el cura párroco de Fuente-Cantos, que por la mañana había estado en Llerena, entregó á la Vizcondesa de Sorel dos cartas, una para ella y otra para su sobrina.

La señora las tomó algo sorprendida.

—¿De quién son?—preguntó al sacerdote.

—De D. Diego.

—¿Qué no piensa venir hoy?

—Tal supongo.

—¿Se retiene algún asunto del servicio? De todos modos me parece algo oficioso el escribirnos.

Abrió la carta. Conforme leía iba poniéndose densamente pálida.

La carta decía así:

«Los días que acaban de pasar han sido los más dichosos de mi vida; he recibido de V. la promesa de un preciosísimo tesoro y nada me queda que desear más que la realización de mis anhelados proyectos. Hoy un incidente imprevisto, una de esas fatalidades inconcebibles, me obliga á ausentarme un corto espacio de tiempo. Se trata de cumplir un deber de honor. No puedo explicarme más; me he comprometido á no revelar la causa de mi partida. Perdóneme V. y no me acuse, sírvame de abogado para con mi prometida; confío en la inagotable bondad de V. Usted conoce mi amor por Eulalia; dígala que nunca la he amado tanto como en el momento de verme precisado á separarme de ella.»

—¿Sabe V. el motivo de su ausencia?—preguntó la Vizcondesa, cuando hubo acabado de leer.

—No señora,—contestó el sacerdote titubeando.—Don Diego estaba desesperado; maldiciendo la imperiosa necesidad que le alejaba en tan crítico momento. Me ha suplicado con insistencia que presente á Vds. sus excusas.

—¿Y... nada más?

—Nada más,—repetió D. Servando bajando la cabeza. En este momento se presentó Eulalia.

—Toma,—dijo su tía,—una carta para tí.

—¿De quién es?

—De Diego.

—¿Qué, no viene? Ha sucedido algo?

—Parece que sí, pero lo ignoro; quizá contigo sea más explícito. Lee.

Eulalia, conmovida, rompió el sobre y leyó en voz alta:

«Eulalia de mi corazón: perdona, te lo ruego, perdona, no una falta porque ninguna he cometido, pero sí una contrariedad imprevista. Espero volver pronto á arrojarme á tus pies; no obstante, la fatalidad puede impedirlo y separarme de lo único que amo en el mundo. Si pasados quince días no me has visto, será ¡ay! que estaré condenado á perpetuo destierro. Tú, que sabes cuánto te amo, comprenderás lo horrible de mi situación. Como he dicho á tu tía, me hallo bajo la presión de una extraña é inesperada desgracia; si no puedo vencerla, ruega por mí.»

«Trascurrido el plazo que te indico, te devuelvo tu palabra; dicha palabra que colmaba mi felicidad.»

«Adiós, compadéceme, mas no me culpes. Está persuadida de que eres mi único amor, la sola y exclusiva esperanza de mi vida. Ten la seguridad de que todos los prestigios, todas las glorias del mundo, no podrían impulsarme á separarme de tí; pero el honor, una palabra empedrada, móviles á los que no puede sustraerse un hombre bien nacido, se sobreponen á mi pasión que es mi dicha: si obrase de otro modo, tú misma me despreciarías.»

«Adios! ¡Adios! perdóname y no me olvides.»

«Alma de mi alma, Eulalia mía, suceda lo que suceda, mientras viva te adoraré.»

La pobre joven terminó su lectura sollozando, y casi sin conocimiento se dejó caer en brazos de su tía. La Vizcondesa lloraba también y el buen sacerdote hallábase consternado. Buscó en vano frases de consuelo, que no fueron oídas; Eulalia, aunque volvió en sí, estaba como aturda.

La Vizcondesa fué más expansiva.

—¡Ah señor cura!—dijo,—este inconcebible suceso me trastorna. Yo que estaba tan alegre! Tenta que comunicar á Diego una feliz noticia para Eulalia y para él, aunque

á mí me afecta dolorosamente. Un capricho de la fortuna me hace casi rica; la viuda de mi hermano ha muerto repentinamente y me lega todos sus bienes. Mi apoderado me escribe que en la casa Lafita, de Sevilla, hay cuarenta mil duros consignados á mi favor. Señor cura, esto, si Diego no vuelve, parece un sarcasmo. ¿Para qué me sirven los bienes si no puedo labrar la dicha de Eulalia?

—Señora,—observó el sacerdote,—la consternación de ustedes es prematura; el capitán Mendez Cardona puede volver.

—Así lo indica en su carta; pero ¡ay señor cura! ¡hay en toda ella un tono de tristeza, de desaliento, de duda!...

—La vida es la duda, señora; Dios no abandona á los suyos.

—¡Ah! quisiera participar de esa esperanza. Nuestra familia es muy desgraciada; alguna vez se lo he dicho á usted; estoy asombrada de los pocos años de calma de que disfrutábamos.

—Espero que continúen, señora.

—Ya lo ha visto V., al lado de un bien imprevisto, no para mí, Dios lo sabe, mas sí para mi sobrina, que entra ahora, por decirlo así, en la senda de la vida, surge un incidente, una nube, que es como el presagio de, yo no sé qué temeroso acontecimiento que nos amenaza.

Entre tanto Eulalia lloraba en silencio. Bajo su apariencia tranquila y candorosa ocultaba un carácter vehementemente y apasionado. Veía un porvenir deshecho, porque presentía que no volvería á ver á su prometido.

Era una de esas naturalezas en las que un golpe de corazón produce mortales efectos, y no son susceptibles ni de olvido ni de consuelo.

Durante esta triste escena, Cleto, según su mala costumbre, escuchaba por el intersticio de la puerta entreabierta.

V

Cuando se enteró de la ausencia del capitán, una loca alegría, unida á un terror supersticioso, se apoderaron de él.

La profecía del incógnito de la Cueva del Diablo comenzaba á realizarse.

«Sería verdad? á pesar de Voltaire y de los *spirits forts*, ¿habría seres sobrenaturales?

El joven se hallaba gozoso y preocupado á la vez.

Había momentos en que sentía *ramalazos* de locura que hacíanle prorumpir en exclamaciones como estas:

—¡Gracias, gracias, Satanás! tú me has comprendido; toma mi alma si la quieres, pero déjame el cuerpo y los sentidos para gozar.

A veces también cruzaban por su imaginación pensamientos de ambición ó mejor dicho de avaricia. Eulalia, rica por la herencia de su tía, era doblemente deseada por él.

Su espíritu estaba en constante ebullición pensando que D. Diego podía presentarse de un momento á otro; pasaba los días inquieto y las noches en vela, deseando y temiendo el día siguiente.

Aquella incertidumbre labraba en él más que la realidad, por contraria que esta le fuera.

En cuanto á Eulalia y á la Vizcondesa sería inútil que vieran expresar el estado de ánimo en que se hallaban. Pasada la primera impresión de dolor y de sorpresa se aferraron á la esperanza, como el naufrago á la tabla de un buque.

Esperaban..... querían esperar.

Contaban con ansiedad los días y las horas; Diego podía, debía volver.

Por lo ménos aguardaban noticias suyas.

Pero nada, nadie se presentaba; ni en Llerena ni en parte alguna había ni el más leve indicio del ausente.

Estaban pasando los días; el plazo fijado por el capitán estaba á punto de terminar.

Aquello era inconcebible. D. Diego, no sólo abandonaba á su prometida, sino que desertaba de su puesto; sólo una gran desgracia, una situación extrema, la muerte quizá, podrían explicar el enigma.

Eulalia no dormía, apenas tomaba alimento; se iba aniquilando: en vano trataban de animarla y hacerla concebir esperanzas.

Trascurrió el plazo y cinco días más.

VI

Un día el cura párroco, que veía consternado la desolación de aquella familia, buscó ocasión de hallarse á solas con la Vizcondesa.

Después de cerciorarse de que nadie podía escuchar, dijo á esta:

—Señora, ha llegado el momento de aliviar de un peso á mi corazón; el deber ha sellado hasta hoy mi labio. Tengo que decir á V. algo con referencia á D. Diego.

—¡Ah!—exclamó la Vizcondesa,—¿V. sabe de él?

—Sabía; al presente ignoro su paradero y temo adivinar el motivo de su ausencia.

—¡Oh! hable V., hable V., señor cura.

—Oiga V. pues y comprenderá la causa de mi silencio. El mismo día en que entregué á V. la carta del capitán, este se presentó á mí en Llerena, á donde yo fui de mañana para asuntos de mi iglesia; su aspecto me sorprendió, estaba muy pálido y agitado.

«Señor cura,—me dijo,—tengo que hacer á V. una revelación y pedirle un favor, bajo secreto de confesión.»

Luégo prosiguió con acento cada vez más conmovido:

«Hace año y medio yo estaba en Madrid y frecuentaba el Casino. Allí jugaba como casi todos. Una noche, después de una partida violenta, quedamos solos dos jugadores: el Barón de Porthou y yo, y entablamos lo que en términos técnicos se llama una guerra fina.»

«Algunos socios presenciaban nuestro juego.»

«Este, al principio osciló, mas por fin se decidió en contra mía.»

«Perdía y perdía con tenacidad.»

«Estaba sobrexcitado, y aunque nunca he sido jugador encarnizado, aquella noche el demonio del juego se apoderó de mí.»

«Supuse que mi adversario no jugaba limpio, y exaltado hasta el colmo, á consecuencia de una jugada dudosa, en la que todos los espectadores fallaron á favor del Barón, me lancé sobre éste y le abofetéé.»

«Después he sentido mi arrebatado, pues me he cerciorado de que el Barón de Porthou, perteneciente á la buena nobleza catalana, es un hombre digno.»

«Nos batimos, heríle casi mortalmente, y conociendo mi falta, le cuidé sin dejar apenas la cabecera de su cama.»

«Por fin se restableció, aunque lentamente. En el momento en que pudo comprenderme, casi de rodillas le pedí perdón de mi arrebatado, pero el Barón tiene un carácter implacable, incapaz de olvidar una injuria y me rechazó.»

«No,—me dijo,—V. me ha abofeteado y nunca le perdonaré. En cuanto pueda sostener un arma, buscaré á V. y continuaremos nuestro duelo á muerte. Ahora, déjeme, su presencia me hace daño.»

«En vano insistí, y persuadido de que todo era inútil, me separé de él desesperado. Antes de su completa convalecencia, asuntos del servicio me alejaron de Madrid y no volví á oír hablar del Barón.»

«Cred que el tiempo trascurrido había apaciguado su rencor, pero ¡ay señor cural me equivocaba; el Barón ha llegado esta noche á Llerena.»

«¿Es posible?—interrumpió la Vizcondesa.—¿Pueden existir esos odios, esas venganzas?»

«—Ah, señora, sí. Los hombres dan gran importancia á eso que llaman punto de honor. El ejemplo del divino Maestro es olvidado y su semilla no fructifica.»

«—Oh, señor cural! pero Diego no se batirá por segunda vez?»

«—El capitán se batirá treinta veces, según su código de honor, no podía rehusar ninguna satisfacción al hombre á quien habia abofeteado.»

«—Ah! —Hoy mismo,—me dijo D. Diego,— mi adversario y yo partimos para la frontera portuguesa, en donde debe verificarse nuestro lance. No tengo valor para ver á Eulalia y á su tia, y ruego á V. que les entregue estas cartas; pero como he dicho, guardando el secreto de este relato, como si fuera en confesion.»

«—Quise disuadirle, le indiqué que veria al Barón para atraerle á sentimientos más conciliatorios. «No,—me dijo,—V. no lo conoce, no quiero exponer á V. á un grosero desaire. Dios me castiga por mi irascibilidad; fuerza es sufrir las consecuencias.»

«—En balde aduje nuevas razones para disuadirle de aquel duelo mortal; el capitán no atendía, ó mejor dicho, no podía atender á ninguna, dado su punto de vista sobre el honor.»

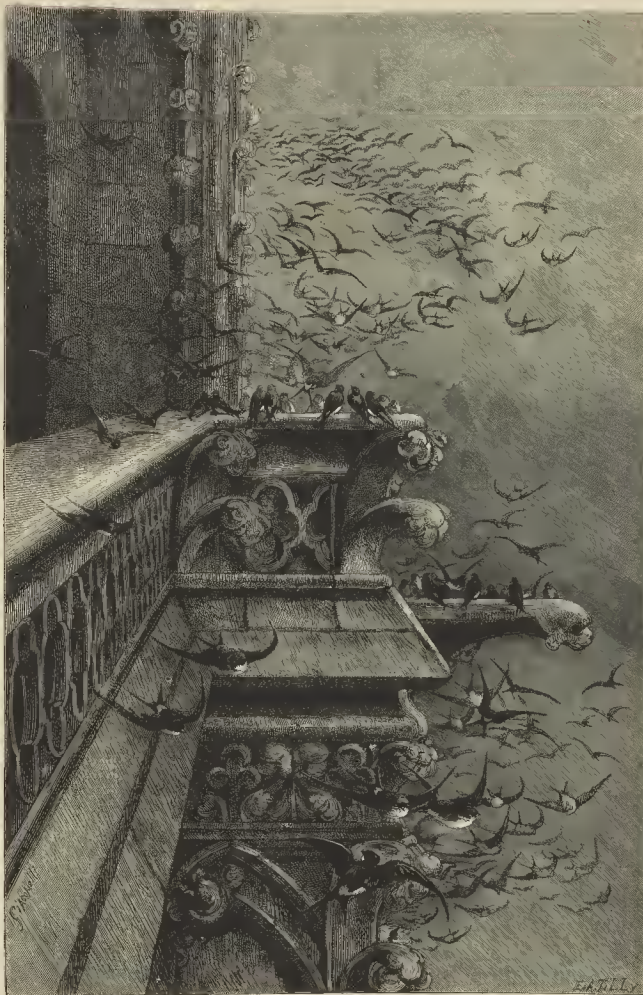
«En la carta que escribo á Eulalia,—añadió,—la devuelvo su palabra si no he vuelto á su lado antes de quince días, y entonces V. tambien puede obrar como crea oportuno, revelando ó nó este fatal é imprevisto suceso. Antes del plazo que indico estaré al lado de mi prometida ó muerto, ó por lo ménos V. recibirá noticias mías.»

«—¿Y las ha recibido V.?—preguntó la Vizcondesa con viva ansiedad.»

«—Ninguna, señora. He dejado pasar cinco dias desde el término fijado por D. Diego, esperando siempre saber de él, hasta que hoy me he decidido á hablar á V.»

«—Pero ¿no hay ningún indicio de la suerte que ha cabido al capitán?»

«—Ninguno.»



LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS, dibujo de Giacomelli

«¿Habrá muerto, estará herido? ¿Cree V. que ha muerto?»

«—Yo no quiero creer nada,—contestó el sacerdote inclinando la cabeza.»

«—Esta incertidumbre es horrible; ¡pobre Eulalia! cuando sepa...»

«—Opino, señora, que no debe saber nada, al ménos por ahora. La esperanza es la vida, y conviene no desvanecer la suya por completo. La juventud tiene tesoros de fortaleza, el tiempo labra mucho, quizá Eulalia recobre la salud y entonces podrá saber la verdad. Sin contar que ¡quién sabe! tal vez sepamos noticias positivas de D. Diego.»

VII

Una vez acordado no decir nada á Eulalia, las cosas siguieron lo mismo; las esperanzas de D. Servando no se cumplían; la pobre jóven continuaba en su estado de abatimiento.

La Vizcondesa desolada no sabia qué hacer. Debiendo ir á Sevilla á percibir la herencia de su cuñada, propuso á aquella que la acompañase con objeto de que el viaje la sirviera de distraccion, pero ella mostró deseos de quedarse, y su tia no insistió.

Se convino en que Cleto acompañara á su ama, y como por entonces aún no se habia establecido el servicio de diligencias que en la actualidad pasa por Fuente-Cantos, yendo á Sevilla, la Vizcondesa determinó hacer el viaje en un coche de collera de su propiedad.

Desde el punto en que Cleto supo que debia acompañar á su señora, tomó un aspecto singular; tal vez aquella contrariedad de separarse, aunque por breve tiempo, de Eulalia, le preocupaba y le entristecía. Hallábase pensativo y como ensimismado, y sus paseos solitarios eran más frecuentes.

Una mañana muy temprano, partieron los viajeros en

el coche, tirado por cuatro vigorosas mulas guiadas por el jardinero de la Vizcondesa.

Desde aquel dia D. Servando apenas se separó de Eulalia, tratando de hacerla concebir esperanzas de las que él no particiaba.

La pobre jóven no hablaba nunca de D. Diego, pero harlo se comprendia que la memoria de este era su constante preocupacion.

Pasados unos dias se recibió carta de la Vizcondesa; habia llegado á Sevilla con toda felicidad; las formalidades legales para la entrega de la cantidad depositada se activaban; su regreso seria pronto.

La vizcondesa hablaba además de un *plaisir* de herencia inesperada, consistente en las alhajas de su cuñada, de oro y pedrería.

Algun tiempo después llegó una segunda carta de la viajera. Todo estaba listo y pronto se pondría en camino. Habia dudado qué hacer del dinero recibido, pero habiendo sabido que en el Pedroso y en Llerena se vendian propiedades que tenían un gran porvenir cuando se estableciera la línea de ferro-carril proyectada, decidia traérsela á Fuente-Cantos para evitarse giro y molestias.

Eulalia no prestaba atencion á estas cuestiones de interés; su pensamiento estaba en otra parte.

(Continuad.)

LA CIENCIA ANTIGUA

LOS ÓRGANOS HIDRÁULICOS

El instrumento de música más perfecto de que se conocieron en la antigüedad es sin disputa el *órgano hidráulico ó hidraula*. Con su voz potente llenaba los espaciosos circos en que combatian los gladiadores, y Petronio refiere que Neron hizo en alguna ocasion el voto de tocarlo él mismo en público si se libraba de un pelgro de que estaba amenazado.

Atribúyese su invencion á Ctesibio, que vivia en Alejandria en el siglo segundo antes de nuestra era. Este Ctesibio, que ejerció la profesion de barbero en su juventud, consiguió, gracias al arte con que su esposa Saís tocaba dicho instrumento, adquirir suficientes riquezas para construir todas las máquinas ingeniosas que han legado su nombre á la posteridad.

Hasta ahora los eruditos no estaban muy seguros acerca de los detalles de su construccion, y aunque Vitruvio la describió, lo hizo en términos tan confusos, que el último traductor de las obras del arquitecto romano, exclama en una nota, después de agotar los recursos de su imaginacion para acertar con la descripcion susodicha: «¿De qué figura nos valdremos para dar á conocer la verdadera forma de los órganos antiguos? La descripcion que de ellos nos da Vitruvio únicamente podrán comprenderla bien, y él mismo lo confiesa así, los que conozcan el instrumento por haberlo tocado. Pero ¿dónde podremos encontrar órganos antiguos? ¿En qué monumento primitivo los hallaremos representados de modo que prestien auxilio á nuestra inteligencia?»

Pues bien, el monumento que este traductor desea, existe, y se encuentra en los escritos de Heron, en esa mina inagotable, y no explorada todavía, de todo cuanto se refiere á la mecánica antigua. Traduciremos literalmente las letras de la figura que la acompaña y que, sin contrinuir á su claridad, la recargan con exceso. El dibujo que publicamos es una reproduccion del que se encuentra en los manuscritos, pero mejor trazado y más comprensible de lo que supieron hacerlo los inhábiles copistas de la época.

Construccion de un órgano hidráulico.

Sea BA (figura 1) un altar de bronco lence de agua, en cuyo liquido va metido un hemisferio hueco invertido que se llama el apagador EZH, que deja un paso para el agua alrededor de su fondo y de cuyo vértice salen fuera del altar dos tubos que están en comunicacion con su interior.

Uno de estos tubos HK se encorva hacia fuera y comunica con una pixedia (1) NII, que tiene su abertura

(1) Caja cilíndrica que hace aquí las veces de cuerpo de bomba.



ANTAÑO, dibujo por A. Zick

abajo y cuya superficie interior está horadada de modo que recibe un émbolo Ψ , el cual debe encajar en ella perfectamente para no dar paso al aire. A este émbolo va unido un vástago TY sumamente fuerte al cual se adapta

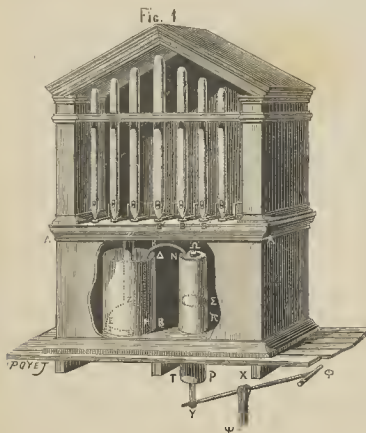


FIG. 1.—ÓRGANO HIDRÁULICO, SEGUN HERON DE ALEJANDRÍA

otrov ástago $Y\Phi$ móvil alrededor de una clavija en Y (1). Este vástago debe moverse sobre una varilla vertical ΨX sólidamente fija. En el fondo de la pixidia Ω se coloca otra pequeña pixidia Ω que comunica con la primera y que en su parte superior está cerrada con una tapadera, la cual tiene un orificio para que el aire pueda penetrar en la pixidia; para cerrar este orificio se pone debajo de él una delgada placa sujeta con cuatro clavijas que pasan al través de los agujeros de la misma placa y que tienen cabezas para que esta no caiga. A dicha placa se le da el nombre de *Platysmation* (fig. 2). El otro tubo ZZ' sube desde el hemisferio EZH y va á parar á otro tubo transversal AA' (2) en el cual se apoyan otros conductos que comunican con él y que tienen en sus extremos *glosocomos* (3) que á su vez comunican con estos conductos ó cañones y cuyos orificios BB' están abiertos. Transversalmente á estos orificios hay unas tapaderas con agujeros (4) las cuales pueden correrse de modo que cuando se las empuja hacia el interior del órgano, sus agujeros corresponden á los orificios de los cañones (y á las abertu-

- (1) El dibujo indica otra disposición.
- (2) Que se llama el *sontier* en los órganos modernos.
- (3) Boquillas de flauta.
- (4) Registros.

ras del tubo AA'), y cuando se las retira, cesa la comunicación por cerrarse los conductos.

Si bajamos ahora en Φ la varilla transversal $Y\Phi$, se levantará el émbolo Ψ y comprimirá el aire de la pixidia Ω , y este aire hará que se cierre la abertura de la pequeña pixidia por medio del *platysmation* antes descrito. Entonces pasará por el tubo KH al apagador, y de este al tubo transversal $A'B'$ por el tubo ZZ' , y por último, de este último tubo á los conductos, si los orificios corresponden á los agujeros de las tapaderas, lo que sucederá cuando todas estas, ó algunas de ellas solamente, hayan recibido un empuje hacia el interior.

Para que se abran los orificios de ciertos y determinados tubos cuando se desee que estos resuenen, y para que se cierren cuando se quiera que cese el sonido, se adoptará la disposición siguiente:

Consideremos aisladamente una de las embocaduras colocadas en la extremidad (fig. 3). Sean γ & esta embocadura, δ su orificio, AA' el tubo transversal, y finalmente σ la tapadera adaptada á él y cuyo agujero no coincide en este momento con los de los tubos. Supongamos ahora un sistema articulado compuesto de tres varillas $\Theta\mu\nu$, estando adaptada la varilla Θ á la tapadera σ y moviéndose el conjunto del sistema alrededor de una clavija μ . Vese en este caso que si bajamos con la mano el extremo ν del sistema hacia el orificio de los *glosocomos*, haremos que se corra la tapadera.

Hacia el interior, y cuando haya llegado, su orificio coincidirá con el de los conductos. Para que la tapadera vuelva espontáneamente hacia la parte de afuera al retirar la mano y cierre toda comunicación, se puede adoptar la disposición siguiente.

«Debajo de los *glosocomos* se pone una regla igual y paralela al tubo AA' á la cual se fijan láminas de asta sólidas y curvas tales como ρ que está enfrente de γ ; &

al extremo de esta placa de asta se sujeta un cordelito que se enrolla en el extremo θ , de suerte que cuando la tapa se corre hacia la parte de afuera, el cordel queda tirante. Si se baja entonces el extremo ν empujándose así el registro hacia dentro, el cordel tirará de la placa de asta y la levantará; mas tan luego como cese la presión, la placa recobrará su posición anterior y echará hacia atrás la tapadera de modo que por su orificio no pueda establecerse la comunicación. Adoptada esta disposición para cada *glosocomo*, resulta que para hacer resonar cualquier tubo bastará bajar la tecla correspondiente con el dedo, y al contrario, si se desea que cese el sonido bastará levantar el dedo, con lo cual se correrá la tapadera y se obtendrá el efecto deseado.

»Se echa agua en el pequeño altar para que el aire comprimido expulsado de la pixidia Ω pueda quedar retenido en el apagador gracias á la presión del agua y alimentar así los tubos.

»Cuando el émbolo Ψ se levanta, empuja al apagador el aire de la pixidia, según queda explicado; y cuando se baja, abre el *platysmation* de la pixidia pequeña. Por este medio la pixidia Ω se llena el aire pro-

cedente del exterior que el émbolo levantado de nuevo introduce en el apagador.

»Sería mejor hacer que la varilla TY se moviera en T alrededor de una clavija y fijar en el fondo P del émbolo una brida al través de la cual pasaría esta clavija de modo que el émbolo no tuviese movimientos laterales, sino que subiera y bajara á plomo.»

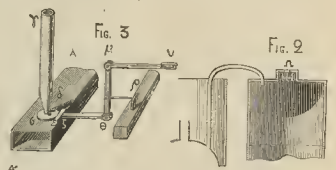


FIG. 2 Y 3.—DETALLES DEL ÓRGANO HIDRÁULICO

A principios del siglo XVII, Porta mandó construir en Nápoles un órgano hidráulico con arreglo al sistema que acabamos de describir; pocos años después, en 1645, el P. Kircher hizo otro en Roma para el pontífice Inocencio X. Estos órganos tenían el defecto de que no conservaban la nota y daban sólo una serie de armónicas; en cambio producían un *tremolo* sumamente agradable. Sin duda recreaban los oídos de los griegos y romanos estas variaciones insólitas del sonido.

Heron describe á continuación un órgano de fuelle puesto en movimiento, no por un hombre, sino por el de un molino de viento. La figura 4 nos exime de entrar en detalles; sus reproducción ofrece algún interés por cuanto hace remontar al siglo segundo ántes de nuestra era la

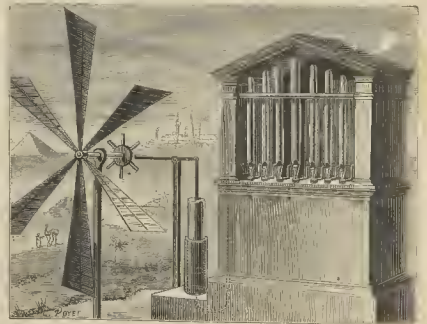


FIG. 4.—ÓRGANO HIDRÁULICO MOVIDO POR UN MOLINO DE VIENTO

invención de los molinos de viento, que se suponian desconocidos en la antigüedad porque Vitruvio y Varro no hablaron de ellos.—A. DE R.



AÑO III

← BARCELONA 24 DE NOVIEMBRE DE 1884 →

NÚM. 152

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡ME AMA!.. cuadro por Fr. Roiss

SUMARIO

NEUESTROS GRABADOS.—El 2,645, por don Luis Mariano de Larra.—EL FANATISMO DEL DIABLO (*continuación*), por don Ramon Martínez de Fuensañá.—CONGRESO INTERNACIONAL DE WASHINGTON, por don E. Benot.

GRABADOS: ¡ME AMA!... cuadro por Fr. Reiss.—UNA LECCION DE VIOLIN, cuadro por Miss E. A. Armstrong.—UNA SONÁMBULA EXTRA-LÚCIDA, cuadro por M. Artigue.—CUESTION DE CUBA, cuadro por Khesing.—FLORES DE MAYO.—HACE UN SIGLO, escena de la Villa Borghese, cuadro por W. Martens.—CAÑONES DEL NAVIO INGLÉS COURAGEUX NAUFRAGADO EN 1796 Y RECIENTEMENTE ENCONTRADOS CERCA DE GIBRALTAR.

NEUESTROS GRABADOS

¡ME AMA!... cuadro por Fr. Reiss

En el número 103 de la ILUSTRACION ARTÍSTICA publicamos un cuadro de M. Amberg, de asunto enteramente igual. Una muchacha enamorada consulta el oráculo de las flores, superstición tan necia como todas las supersticiones, más que no por esto carece de poesía y hasta de explicación. El amor, las mujeres y las flores tienen algo común, algo de la esencia de las unas que penetra en la esencia de las otras.

Pero ¿cuánta diferencia entre la joven de Amberg y la de Reiss!. Aquella interroga al oráculo presa de una duda cruel. ¿Me ama?...—pregunta a la flor; al paso que la niña de nuestro grabado de este número,—¡Me ama!—dice en la plenitud de la felicidad del amor que se cree correspondido. Por esto su hermoso semblante irradia alegría; por esto parece querer hacer partícipes á quienes la contemplan del gozo que experimenta su corazón que ama por primera vez con esa intensidad que van matando á traición infidelidades y desengaños.

Bella criatura: ¡ojalá, en materias de amor, no debas consultar otra ciencia que la ciencia de tus inocentes hermanas las amapolas y las margaritas!..

UNA LECCION DE VIOLIN,

cuadro por Miss E. A. Armstrong

La autora de este cuadro es inglesa, ingleses son los tipos de sus personajes, y si hubiese una manera de hacer á la inglesa, diríamos que á la inglesa está ejecutada la composición. Tan típico es todo en ella.

Un anciano á quien el arte no ha proporcionado, por lo visto, grandes beneficios, guía los primeros pasos en la senda musical, á un niño más ganoso de pan que de gloria. Probablemente el viejo artista ha exhibido sus talentos en alguna plaza pública, acompañando con su violín el relato de la vida del último ahorcado; y es muy posible que su tierno alumno no disponga de mejor escuela para hacer gala de sus conocimientos. En resumen, el humilde profesor educa á su alumno mejor para mendigo musical que para concertista á solo de la orquesta del teatro de la Reina.

A pesar de ello, ¿cuánta complacencia revela el semblante del anciano, y cuánta expresión de alegría el del niño al apercebirse del primer sonido que su inexperta mano obtiene del arqueológico instrumento...! Quien canta su mal espanta, dice un refrán español, y cantando engaña al hombre, dice otro latino. Quizá haya algún refrán inglés parecido, que venga á decir poco más ó menos que, tocando el violín, se olvidan los niños del almuerzo pasado en blanco y de la cena envuelta en las sombras de un porvenir muy negro.

UNA SONÁMBULA EXTRA-LÚCIDA,

cuadro por M. Artigue

Dígame lo que se quiera, todo en este mundo ha progresado, menos la familia de los papanatas, que ha permanecido estacionaria, petrificada. Hasta las tonterías han cambiado de forma; únicamente los tontos son siempre lo mismo.

Por ejemplo, antiguamente los oráculos impresionaban al vulgo con las trampas acústicas dispuestas en el altar; más tarde la ciencia del porvenir fué ejercida por unos ancianos de lengua y canosa barba, que eran tanto más creídos y respetados cuantas más eran las retortas, oráculos y alimutias de que se rodeaban. Decayó la profesión y la brujería fué transmitida á unas viejas muy viejas, con más picardía que arugas, á las cuales acompañaba apenas un gato flaco y de pelo erizado, á quien de puro hambriento centelleaban los ojos de tal suerte que bien pudiera confundirsele con el diablo. Todo este aparato era preciso para causar impresión en los badulaques; más sin duda la ignorancia debe haber recorrido tanto camino como la ciencia, cuando hoy se prescinde de todo fantasmagoría y se fia el éxito á la pura credulidad de los tontos, abandonada á sí misma.

Así, las sonámbulas ejercen al aire libre, sin decoraciones, trajes, ni efectos de guardapolvo; bastando la verborragia del donador, digo, del magnetizador, para convencer á los imbéciles de que una mujer desdichada puede devolver la salud á los enfermos, el dinero á los arruinados y los novios huidos á las niñas casaderas.

Una de esas escenas de magnetismo rural ha pintado Artigue con suma naturalidad. Examínese las fisonomías de los espectadores, el pelaje de los protagonistas y la crudeza de la estación, y queda explicado ese moderno modo de vivir que pertenece á los que, como dijo Larra, no dan para vivir.

CUESTION DE CUBA, cuadro por Khesing

Esta Cuba no es la perla de las Antillas españolas, ni los interlocutores del cuadro son un peninsular y un filibustero, ni se trata de si la isla será autónoma ó pasará á ser otra estrella en el celeste pabellón de los Estados Unidos.

La discusión versa entre dos inteligentes veteranos acerca de la calidad de la cerveza que, con mejor ó peor derecha, catan en amigable compañía. El autor ha estado feliz en los tipos de los personajes, cuya expresión, sin tomar el repugnante carácter de los beodos, demuestra que todo licor fermentado es capaz de alegrar á los ancianos más graves. Son dos cabezas de estudio que rebosan vida y cerveza.

FLORES DE MAYO

Como las flores tienen su primavera, la tiene también la vida.

Flores y mujeres tienen su mes de mayo. No hay quince años feos, dice el refrán: bien pudiera ampliarse si quiera hasta los veinte.

En ellos frisa la joven de nuestro cuadro, y no podemos negar que está en su mayo.

Es más; es posible que pasen por ella, sin menoscabar su belleza, junio y julio.

Pero viene agosto... y las flores se secan; octubre... y las flores se deshojan, emero... y se mueren hasta los tallos. Cuando llega este caso ¡dichosa la flor cuyo aroma ha sido bastante grato para conservarse en forma de esencia!

HACE UN SIGLO,

escena de la Villa Borghese, por W. Martens

La Villa Borghese es uno de los paseos favoritos de los romanos. La escena representada por Martens y que remonta al siglo pasado, es muy probable que se repita en nuestros días, puesto que en todos tiempos habrá nodrizas bien parecidas y viejos verdes que, con pretexto de acariciar al bebé, se hacen amigos de su ama. Los bebés son frecuentemente la peana, por la cual, según el refrán, se adora al santo. Sirva esto de advertencia á las madres inexpertas que, por vanidad ó pereza, confían sus hijos á personas mercenarias y ni siquiera se toman el trabajo de vigilar sus pasos. Si la estadística pudiera comprobar ciertos hechos, nos estremería la relación que entre sí guardan los paseos frecuentados por las nodrizas y los cementerios de los niños de pecho.

Por lo que toca á nuestro cuadro, todo en él nos parece acertado, todo menos el bebé que parece un diplomático en miniatura. Está visto que, en lances tales, Bebé ha de ser la única victima.

CAÑONES DEL NAVIO INGLÉS COURAGEUX

naufragado en 1796, recientemente encontrados cerca de Gibraltar

El 2 de noviembre de 1796 salió de Córcega la escuadra inglesa del Mediterráneo, después de la evacuación de dicha isla por los ingleses, y el 11 del siguiente mes fundó en una pequeña bahía al oeste de Gibraltar. En la tarde del mismo día estalló una furiosa tempestad, y tres navios de los que componían la escuadra, entre ellos el *Courageux* de 74 cañones, garrearon sobre sus anclas, teniendo que hacer rumbo, para no estrellarse contra las rocas de Gibraltar, á la vecina costa de Africa.

El resultado fué que el *Courageux* se fué á pique junto al monte de las Monas.

Hace pocos meses, la tripulación de la cañonera *Grappier* ha extraído del fondo del mar varias piezas de artillería de las que armaban el *Courageux*, entre ellas el mortero y los cuatro cañones que figuran en nuestro grabado, y que han permanecido en el seno de las aguas cerca de ochenta años.

Estas piezas de artillería han sido depositadas en el arsenal de Gibraltar.

EL 2,645

Cuento que aspiraba á ser millon, y millon que no pasó de cuento.

—¿Qué nos quitan ni nos ponen á ó 5 duros al mes?

—Me quitan á mí,—contestaba doña Micaela,—los 40 reales de la criada y tres pares de zapatos para los chicos.

—No seas tonta,—replicaba el marido,—el día que nos caiga el gordo, tendremos para pagar quien nos friegue y nos calece toda la vida; y no es cosa, por una timidez de administración casera, de perder la ocasión que ha aprovechado nuestro vecino.

¿Qué vecino era este, y qué interlocutores sostenían el anterior diálogo?

Eran estos: D. Crisanto Martínez, empleado en una dependencia del Estado con 10,000 reales anuales, y doña Micaela Lopez, su esposa; padres de dos chicas, con las que vivían en paz y en gracia de Dios, á pesar de hacer 18 años que estaban casados y de tener ambos el carácter menos á propósito para llevar con paciencia el séptimo sacramento, al tenor de lo que manda nuestra santa madre Iglesia, por boca del reverendo padre Ripalda.

Era aquel, el inquilino del cuarto principal de la misma casa en que vivía el matrimonio, agraciado con el

premio grande, en una de las extracciones de la lotería nacional. Divulgóse esta nueva por el barrio, á són de murga y coro de chiquillos y despertó en el ánimo de D. Crisanto un vivísimo deseo de ser rico y de adquirir la fortuna por medio de la lotería.

Como el ejemplo puede tanto, y como el lance del vecino estaba tan inmediato, la mujer no encontraba respuesta que oponer á los proyectos de su marido.

—Con ese dinero no seremos ni más pobres ni más ricos. Supondremos que me han rebajado el sueldo: comprando siempre un número fijo, para mayor probabilidad, verás cómo la fortuna nos sonrie tarde ó temprano.

—Segun eso —dijo doña Micaela—¿tú quieres jugar todas las extracciones?

—Claro está: todos los números entran en el globo: lo mismo puede salir el mio que el del vecino; y si por casualidad me muriese yo ántes de haberme caído el premio grande, encargaré á mis hijos que jueguen siempre el mismo número, seguro de que, si no á mí, á lo menos le caerá á alguno de mis descendientes.

—No es muy grande el consuelo; pero en fin, puesto que todo el mundo juega, fregaré yo los platos, andarán los chicos por casa sin botas y emplearemos esos duros más en buscar la felicidad, ó lo que es lo mismo, el premio gordo.

Don Crisanto se dirigió á la administración de loterías de las Cuatro Calles y apartó *por siempre*, para su uso particular, un décimo del billete número 2,645.

Trascurridos dos años, sin que apareciera en las listas del sorteo, no ya el número sino ni la decena del mismo, salió por fin una mañana el 2,644; y á las indignadas frases con que recibió doña Micaela la noticia, contestó hercicamente D. Crisanto:

—Calla, tonta, y ten paciencia: la extracción de hoy te ha probado, que lo mismo que ha salido el 44, podía haber salido el 45, y que en estas cosas, lo que hace falta es mucha perseverancia.

—¡Y dinero!—contestó doña Micaela, á quien ya escocían las manos de fregar suelos.

—El día menos pensado nos cae ya... nos arma! Vamos jugando y vamos viviendo!—dijo D. Crisanto con la rabia de la convicción ó con la convicción de la rabia.

Apéjase el hombre de tal manera á sus ideas dominantes, que si no temiéramos ser tachados de visionarios diríamos que no hay ser humano que no sea monomaniaco. Todos llamamos locos á los que viven encerrados en las horribles casas de dementes; pero es lo cierto que todos los que andamos sueltos por el mundo tenemos en el rincón de nuestra alma una manía predilecta, dispuesta siempre á extenderse, apoderándose por completo de nuestro ser y de nuestras facultades intelectuales. La prudencia en unos, la reflexión en otros y la esperanza en todos, hacen que ocultemos ese flaco á las investigadoras miradas de nuestros semejantes. Pero es lo cierto que si nos tocan en la cuerda sensible, esta responde y pone á las claras nuestra manía ó nuestra locura.

Y sin esta manía ó esta locura no habrían existido los genios que han dominado el mundo, ni los acontecimientos que le han transformado. *El loco* inmortal de Cervantes, sensato y cuerdo en todo, menos en la andante caballería, se atreve sin embargo, gracias á su locura, á abrir la jaula de los leones y á acometer los molinos de viento. Ingenioso y sublime paráfrasis de la vida humana en todos los tiempos; retrato, en fin, de mi buen don Crisanto Martínez, que cuanto más tardaba en ver realizados sus sueños, más fácil le parecía conseguirlos.

Y pasaron otros cinco años, y en la magna extracción de 23 de diciembre, apareció premiado con 10,000 duros el número 2,646.

—Vamos, amigo,—dijo el lotero á D. Crisanto:—por poco pillamos el pelliczo!

—No es mal pelliczo el que me lleva ya la lotería desde que estoy jugando!—respondió el infeliz entregando sus doce reales para la extracción siguiente.

Y pasaron años... y siguió el juego... esperando el gordo, que no llegaba nunca; y lo que llegó una mañana fué un oficio, que oía á cesantía desde la escalera, y que siéndolo efectivamente, consternó á toda la familia. La miseria con su mano descarnada llamaba á las puertas de la casa, y la lotería fué atacada en todos los terrenos, con un encarnizamiento desesperado por doña Micaela y defendida de igual modo por D. Crisanto.

—¡Es preciso suprimir el décimo!

—¡Mejor suprimo la comida!

—¡Tendremos que dormir en el suelo!

—¡Mejor suprimo el sueño!

—¡Tendremos que ir vestidos de estra!

—¡Mejor suprimo la camisa!

Venid, como siempre sucede en el mundo, no el que tiene razón, sino el más fuerte, y D. Crisanto sacó incólume sus 6 ó 7 duros para dar pábulo á su seguridad de ser rico.

No nos detendremos á pintar cómo vivían con seis reales diarios de cesantía los héroes de este cuento, porque este es uno de esos misterios que aún no se han descubiertos. Hay familias que viven con ese dinero, probando que el cuerpo no necesita de gollerías y que la costumbre de morir de hambre puede llegar á ser una verdadera naturaleza.

Tres años más pasaron de este modo; pero sea que el estómago de D. Crisanto no tuviera ya sitio para tanta patata ó sea que la falta de lumbre no es muy sana en el invierno, el hecho es, que mi buen vecino cayó enfermo con todos los síntomas imaginables de una muerte próxima.

Mientras conservó el conocimiento, exigió de su consorte que no dejara de jugar el décimo; y esta se lo juró por todos los santos que tenemos siempre á mano, con intencion deliberada de engañarlos. Era juéves; el viénes se cerraba el juego, y el sábado era la extraccion; y perdió D. Crisanto la razon en la noche del primero de estos dias; el médico recetó una medicina que importaba 40 reales, y como no habia más dinero en casa, el décimo fué á parar á manos del boticario. Gracias á los cuidados de su consorte, ó á la pócima del farmacéutico, D. Crisanto recobró el conocimiento el sábado por la mañana. Abrir los ojos y preguntar á su esposa por el décimo, fué cosa de un segundo.

—Le he comprado; le he comprado,—contestó doña Micala, cogida en *fraganti* y sintiendo que su esposo no hubiera permanecido sin juicio hasta el domingo por lo ménos:—pero ahora no pienses en eso, ya estás fuera de peligro y eso es lo principal.

—Lo esencial es la lotería, y si no hubieras hecho lo que te dije, no te lo perdonaría nunca.

—La lista grande!!! La lista grande!!!—gritaba á la sazón un granuja, por delante de la casa de D. Crisanto.

—A ver: la lista: corriendo!—dijo este, incorporándose en el jergon lo mejor que pudo.

—No pienses ahora en eso, que tiempo sobra,—decía doña Micala, agitada por un presentimiento inexplicable.

—No! Ahora; ahora!—repeta el enfermo, casi fuera de la cama.

—Estáte quieto; que voy por ella.

Bañó Doña Micala los cien escalones; compró la lista y subió á su cuarto sin mirarla siquiera.

Abrir D. Crisanto el papel y saltar fuera de la cama, dando un grito, fué cosa de un momento.

—El premio grande! Aquí está el gordo!!!—decia corriendo por la habitación:

!!! El 2,645!!!

Y daba saltos, y se llevaba las manos á la cabeza, y aturdira la casa; y *¡ya somos felices!* era su frase favorita.

Pintar la consternacion de doña Micala seria cosa imposible. Cogió el papel; leyó el número; corrió á la direccion de rentas, sin decir una palabra, y al ver efectivamente engarzada en el alambre del cuadro de premios la bola del número deseado, por poco se vuelve loca.

Entró la infeliz en su casa, deshecha en llanto, y poco á poco y como mejor pudo, contó la verdad á D. Crisanto, que á no haber caído al suelo sin sentido, hubiera deshecho una silla en la cabeza de su consorte.

Desde aquel momento fueron inútiles todos los medicamentos del mundo. El pobre D. Crisanto á carcajada tendida repetía sin cesar el número premiado, y daba prueba con sus risas y sus gestos de que estaba completamente loco.

No hace aún diez dias que en el manicomio de Leganés me enseñaron al pobre D. Crisanto y me refirieron la vulgar y triste historia del 2,645.

LUIS MARIANO DE LARRA

EL FANATISMO DEL DIABLO

POR DON RAMON MARTINEZ DE FUENSANTA

(Continuacion)

Por fin se recibió otra carta anunciando que al dia siguiente la Vizcondesa emprendería su viaje de regreso. Segun la hora de salida que indicaba debía llegar á Fuente-Cantos á la caída de la tarde, por lo cual á esta hora Eulalia, acompañada de Felipa, salió al camino de Sevilla á esperar á su tia.

Pero esto no llegó el dia fijado.

El siguiente Eulalia salió tambien al camino. Marcha lentamente apoyada en el brazo de Felipa.

De repente se detuvo.

—¿No ves allá lejos un grupo de gente?—preguntó á la criada.

—Sí, señorita.

—Y si no me engaño, hay tambien un carruaje.

—Es verdad. Será el de la señora.

—Pero ¿por qué se han detenido? ¿habrá sucedido algo? un vuelco....

—Es posible, mas vuelco no, el coche no está caído.

—¡Ah! Dios mío! ¿qué será? Temo una desgracia, lo temo todo!—exclamó la pobre jóven trémula de emociion.

—No se asuste V., señorita, no será nada. Espéreme V. sentada en esta piedra. Voy en un vuelco á ver lo que pasa, en seguida estoy aquí.

Eulalia tuvo que sentarse; la debilidad y la zozobra no la permitian tenerse en pié.

En esto vieron venir dos hombres apresuradamente; eran un peon caminero y un pastor, vecinos del pueblo.

Felipa se detuvo.

—¿Qué coche es ese, qué ha sucedido allí?—les preguntó cuando estuvieron cerca.

Al ver á Eulalia, á quien conocian, los hombres se quedaron, como vulgarmente se dice, confusos, y no acertaron á responder.

—¿Es el coche de mi tia?—preguntóles la jóven, que notó su turbacion.

—Sí, señorita,—contestó uno de ellos.

—¿Y viene en él?

El hombre balbuceó algunas palabras.

Eulalia, que por el aspecto de los vecinos llegados, comprendió que algo grave sucedia, se puso en pié, y apoyándose en el brazo de Felipa, dijo:

—¡Ah, mi corazon no me engañan vamos, Felipa, vamos. Mi tia sufre una desgracia, quiero verla. Andemos de prisa.

Los dos hombres la miraban consternados.

Uno de ellos se atrevió á decir:

—Señorita, más vale que no vaya V.

Estas palabras resonaron dolorosamente en el corazon de la pobre jóven, oprimió convulsivamente el brazo en que se apoyaba, y echó á andar apresuradamente.

—No va V. á poder llegar hasta allí,—observó la criada, alarmada tambien por la frase de aquel hombre.

La excitacion nerviosa la daba un vigor inconcebible en su estado de debilidad.

Conforme andaba miraba con ansiedad hacia adelante.

El crepúsculo nocturno comenzaba.

Al ver aproximarse á las dos mujeres se produjo un movimiento en el grupo que estaba en el camino.

Cuando estas llegaban cerca, otro grupo de cuatro personas salió de entre los cambrones de una cerca que bordeaba la ruta, sosteniendo un cuerpo, al parecer inanimado.

Eulalia miró, dió un grito desgarrador y cayó desplomada.

VIII

Hé aquí lo que habia sucedido, segun declaracion de los conductores del coche de la Vizcondesa de Sorel, y de los primeros que habian acudido al sitio de la catástrofe y posteriormente de Cleto, cuando estuvo en estado de prestarla.

Al regresar de Sevilla y cerca ya de Fuente-Cantos, se alojó el eje de las ruedas delanteras del coche en que venia la Vizcondesa. El conductor y un zagal que aquel traía para más seguridad y mejor servicio, trataron de componer el desperfecto, y como esto exigia algun tiempo, la señora determinó seguir andando á pié, en compañía de Cleto (que como ya se ha dicho viajaba con ella) hasta que los alcanzara el carruaje.

La tarde estaba hermosa, la Vizcondesa hallábase entuncida, y aquel breve paseo debía ser agradable.

Afin era bien de dia, el pueblo estaba cerca, lo derecho del camino permitia no perder de vista el coche que estaba componiéndose; no habia, pues, peligro alguno.

Cleto cargó con un *cabés* que contenia los valores y alhajas procedentes de la herencia que habia hecho efectiva la Vizcondesa y esta tomó un frasco de mimbres en el que traía agua.

Comenzaron á andar despacio, volviendo con frecuencia la cabeza para ver si eran seguidos por el carruaje.

Pasado un rato, Cleto se detuvo y apoyándose en un baston de roten que llevaba, dijo:

—Tengo sed.

—Yo tambien y mucha,—añadió la Vizcondesa,—pero con el calor que hace, el agua del frasco estará como un caldo.

—En ese bosquecillo de la izquierda hay una fuente de agua muy fresca. Vamos á beber y le llenaremos por si hace falta antes de llegar. Con eso daremos tiempo á que nos alcance el coche.

—¿Está lejos?

—No señora. ¿No ve V. los árboles?

Los viajeros dejaron el camino y entráronse por el rompimiento de una valla de cambrones que le bordeaba, se dirigieron hacia el bosque. Entre tanto compuesta, aunque malamente, la rueda del carruaje, los conductores echaron á andar, extrañando no ver á la Vizcondesa y á su acompañante; pero supusieron que habian torcido ya un recodo que hacia el camino.

Habian empleado cerca de una hora en la compostura y ya empezaba á anochecer.

Al llegar al sitio en donde los viajeros dejaron el camino, un hombre se presentó en él subitamente saliendo de entre los cambrones y gritando:

—¡Socorro, socorro! ¡han matado á la señora!

Era Cleto, estaba cubierto de sangre, y á los pocos instantes cayó sin sentido al suelo.

Audieron á él los conductores, así como tambien un pastor y un peon caminero que venian hacia Fuente-Cantos, dos mozos de labor que regresaban de sus faenas, y posteriormente algunas otras personas que fueron llegando.

Reconocieron el jóven que se hallaba privado de conocimiento, con el traje destrazado y varias heridas. Uno de los mozos corrió á la fuente próxima con objeto de traer agua para lavárselas; y cual fué su asombro al encontrar á la Vizcondesa tendida en el suelo y cubierta de sangre.

Gritó, audieron algunos, y rápida como el rayo cundió la noticia de la doble desgracia; porque la Vizcondesa estaba muerta á consecuencia de heridas de arma blanca, y además tenia la cabeza completamente destrazada.

Pasado el primer momento de estupor, se tomaron disposiciones. Unos se encaminaron al pueblo á dar aviso; Cleto, que aún no habia vuelto en sí, fué trasladado á la cercana casa de un peon caminero; y otros levantando el cuerpo de la infeliz señora, la llevaron al carruaje.

En este mismo instante llegó Eulalia, la cual, como ya se ha dicho, al ver á su tia, cayó desmayada.

IX

Cayó como un cuerpo inerte y á fuerza de auxilios consiguiéron hacerla recobrar el movimiento, mas no la lucidez.

Experimentaba sacudidas nerviosas tan fuertes como su debilidad lo permitia y pronunciaba frases incoherentes.

Era indudable que sufría un ataque cerebral, pero sin manifestaciones violentas; aquella organizacion estaba casi anquilada.

Fué conducida á su casa en unas parihuelas improvisadas. Felipa la acostó é hizo avisar al médico del pueblo, que era un facultativo activo é inteligente.

Apénas éste la hubo visto y recetado, tuvo que acudir á la casa á donde habian llevado á Cleto. D. Servando, que se hallaba al lado de Eulalia, le acompañó por si era necesario su ministerio, despues de recomendar á Felipa el cuidado de su jóven señora.

La noticia de la desgracia habia corrido por Fuente-Cantos y muchos vecinos siguieron al cura y al facultativo.

Hallaron á Cleto postrado y al parecer sin conocimiento por la pérdida de sangre. Sin embargo, al oír ruido y ver luz se agitó y abrió los ojos con expresion azorada.

El médico, al éxamen del paciente cuyas heridas no habian sido bien vendadas, limitóse á detener la sangre con algunos pedazos de la camisa de Cleto y con pañuelos desgarrados. Esta operacion fué dolorosa, porque el herido no se prestaba con facilidad y hubo necesidad de apelar á la fuerza.

—Es extraño!—dijo el facultativo;—este jóven ha recibido cinco puñaladas: tres son poco profundas, las otras dos han sido inferidas con el plano de la hoja y ninguna ha interesado á las partes vitales. No ofrecen, pues, peligro, aunque hay mucha pérdida de sangre; por tanto conviene que por el pronto no se le moleste con declaraciones.

El médico escribió una receta, hizo salir á los presentes, y, cuando se halló á solas con el cura párroco, dijo:

—Aquí, D. Servando, suceden cosas singulares, y nuestro deber, segun creo, es dar parte al juez, si ya no lo ha hecho el Alcalde del pueblo.

—Soy del mismo parecer.

—¿Trae dinero ó alhajas la Vizcondesa?

—Es de suponer que sí, puesto que habia ido á Sevilla á hacer efectiva una herencia.

—¿Ha encontrado algo?

—No señor.

—¿Luego ha sido robada?

—Es casi seguro. De todos modos, doctor, es necesario que haga luz en esta catástrofe. Una sola consideracion me detiene, el estado de esa pobre mujerana.

—Su estado es casi conveniente, dadas las circunstancias; sufre una fiebre cerebral que durará algun tiempo, el suficiente para evitarla las primeras impresiones.

—Pero ¿y si no puede resistirla?

—Creo que sí, aunque no respondo. Lo preciso es activar el entierro de la Vizcondesa, para evitar á su sobrina tan triste espectáculo.

—Es verdad.

—Luego, veremos. No bien lo permita su estado, Cleto hará aclaraciones y sabremos á que atenernos.

—¿Se habla en estos contornos de alguna partida de ladrones?

—No, hace ya tiempo. Inicamente se ha dicho que el tristemente famoso Zamarrilla, huyendo de la persecucion de la Guardia civil, se habia corrido de Sevilla á Extremadura; pero hasta la presente nadie sabe de él.

—Pues bien, señor cura, encárguese V. de avisar al juez de Llerena, si ya no lo está, para que pueda activarse el entierro de esa infeliz señora. Yo vuelvo al lado de Eulalia; compartiré mis cuidados entre ésta y el herido.

X

El sacerdote y el médico se separaron.

El juez de Llerena habia sido avisado, y secundado por el Alcalde, comenzó á practicar las primeras diligencias.

Se reconoció el cadáver de la Vizcondesa que, como ya sabemos, fué trasladado á su casa en su propio carruaje.

La infeliz señora tenia deshechas las membranas del cerebro á consecuencia de dos fuertes golpes, segun examen facultativo, inferidos por detrás con un instrumento de acero, hierro ó piedra. Presentaba además dos heridas una en el cuello y otra en el pecho, mortales ambas de necesidad; puesto que la primera habia cortado la yugular, y la segunda interesado el corazon.

El juez se trasladó al sitio en donde habia sido encontrada la Vizcondesa, y aunque registrado minuciosamente nada se halló en él de particular, si se exceptúan manchas de sangre ya seca y un reguero hasta el camino que provenia sin duda de la perdida por Cleto al salir á aquel demandando socorro.

Suponiendo que habia habido uno ó más asesinos, se buscaron las huellas infructuosamente.

El terreno del bosquecillo y de sus contornos estaba compuesto de pedernales y de terrenos deshechos y agrietados por el calor de la estacion.

Tomáronse declaraciones á los conductores del coche de la Vizcondesa, detenidos preventivamente; pero ellos probaron su inculpabilidad con el testimonio del peon caminero y del pastor que los habian alcanzado en el camino.

Sabiéndose por aquellos que la Vizcondesa debia traer valores, nadie dudó que el asesinato habia tenido por móvil el robo.

Se explicó el apesarse la Vizcondesa del carruaje por el desperfecto del eje, que fué registrado, y se esperaba á que Cleto estuviera en estado de declarar, para conocer la causa de haberse separado del camino; si bien se achacó al propósito de ir á la fuente.



UNA LECCION DE VIOLIN, cuadro por Miss E. A. Armstrong



UNA SONÁMBULA EXTRA-LÚCIDA, cuadro por M. Artigue

La Vizcondesa de Sorel fué enterrada en el cementerio de Llerena, en donde tenía nicho á perpetuidad. Eulalia seguía en el gravísimo estado del crecimiento de su enfermedad, en la que el médico esperaba una crisis favorable ó adversa.

Cleto se restableció aunque lentamente. Cuando lo indicó el facultativo el juez instructor y el escribano se trasladaron á la casa, á la que aquel había sido llevado, para tomarle declaración.

A la vista de los representantes de la ley, el herido se inmutó, pero el juez trató de tranquilizarlo con palabras benévolas.

Hé aquí en resumen la declaración que prestó con frases entrecortadas y sonacudo, digámoslo así.

«Atormentados por la sed y esperando á que el carruaje lo alcanzara, la Vizcondesa y él habían ido á la fuente del bosquecillo. Él bebió el primero, y su señora, no queriendo hacerlo en el caño, estaba llenando el frasco que traía en la mano, cuando de improviso salieron tres hombres de entre las cañas y zarzales próximos á la fuente y uno de ellos, adelantándose con rapidez, asestó á la Vizcondesa dos golpes en la cabeza con un garrote que llevaba, mientras los otros dos se arrojaban sobre él, navaja en mano.

»Quiso defenderse, pero no tenía armas; le infirieron varias heridas, arrancándole violentamente el *cabás* que llevaba en la mano, y habiendo oído ruido, que sin duda provenía del coche que se acercaba, huyeron precipitadamente internándose en la espesura.

»Él no pensó, ni podía, seguirlos, herido como estaba. Al ver á su ama tendida en el suelo, y al parecer exánime, empleó las pocas fuerzas que le quedaban en salir al camino y pedir socorro.»

Preguntado acerca del aspecto de aquellos hombres y sobre si reconocía á alguno de ellos en el caso de volver á verle, dijo:

«Que estaban mal trazados, dos de ellos con mantas y pañuelos á la cabeza nada más; y el otro, el que golpeó é hirió á la Vizcondesa, llevando un sombrero viejo hongo y un chaquetón de paño pardo.»

En este último se fijó algo más y recordaba que era un hombre ya de edad con barba gris corida.

XI

La declaración de Cleto estaba acorde con la de los conductores del coche y con las de las primeras personas que habían llegado al sitio de la catástrofe.

Se tuvo aviso de que el bandido Zamarrilla había, en efecto, entrado en Extremadura, y la opinión general no vaciló en achacarle el asesinato de la Vizcondesa.

La Guardia civil le perseguía activamente, y se esperaba su captura para esclarecer la catástrofe de Fuente-Cantos.

Cleto, ya convaleciente, aunque muy débil, trasladóse al pueblo, donde la esperaba el conmovedor espectáculo del estado de su joven señora. El leal servidor herido en defensa de su ama se captó las simpatías del vecindario con tanto más motivo por cuanto supo la abnegación, los desvelos con que se consagraba al cuidado de la doliente Eulalia.

Hasta el mismo médico estaba conmovido de la cariñosa solicitud del joven servidor.

Como había previsto aquél, la enfermedad de Eulalia hizo crisis á su debido tiempo y comenzó á iniciarse la mejoría.

Cuando la infeliz se halló en estado de coordinar sus ideas, su primer cuidado, como es natural, fué preguntar por su tía. El buen cura párroco tenía ya inventada una piadosa mentira. Hizola creer, aunque con alguna dificultad, que la Vizcondesa había sufrido una caída al intentar beber en la fuente del bosque; pero que restablecida al poco tiempo, fué la principal enfermera de su sobrina, no queriendo separarse de ella, no obstante haber sido llamada con urgencia á Sevilla, en donde era indispensable su presencia para hacerse cargo de la herencia, que en su primer viaje no había podido realizar. La necesidad apremiaba, puesto que se trataba de un plazo fatal é improrrogable, y bajo esta presión y viendo á la enferma fuera de peligro, se decidió á efectuar su inevitable viaje.

Eulalia fué cobrando fuerzas y pudo dejar la cama. Hubo que recurrir á mil ingeniosos medios para explicar la falta de cartas de su tía, y hasta se fingió un viaje que llegaba de Sevilla y traía un recado verbal, pero una imprudencia de unas mujeres del pueblo, cuya conversación oyó por casualidad, enteraron á la pobre joven de la catástrofe ocurrida, volviendo á producir en ella una crisis espantosa.

Luchó entre la vida y la muerte, pero su misma debilidad la salvó por segunda vez; aquel cuerpo extenuado era, como dice Víctor Hugo, un pretexto para contener un alma, y el alma no puede morir.



CUESTION DE CUBA, cuadro por Khesing

Por segunda vez entró en convalecencia, si puede llamarse así un estado de atonía parecido á un sonambulismo inteligente.

Lloró mucho y las lágrimas le hicieron bien. Se resignó pensando quizá en que no podía vivir mucho tiempo; y como todo esto sucedió despues de la desaparición de su prometido, nunca volvió á hablar de éste ni de la Vizcondesa.

Muchas organizaciones delicadas son así; tienen el poder del infortunio.

XII

Cleto era un modelo de fidelidad y de abnegación.

En medio de las repetidas desgracias que abrumaban á la desolada huérfana, fue una segunda Providencia para ella. Rodeóla de los más tiernos y solícitos cuidados teniendo el buen gusto de no demostrar su amor.

Declarada única heredera de su tía en virtud de un testamento hallado entre los papeles de ésta, la infeliz Eulalia, que no estaba en estado de ocuparse de nada, depositó toda su confianza en el leal é inteligente servidor, á quien estimaba aún más, desde el punto en que supo la parte que le había cabido en la catástrofe que todos lamentaban.

Cleto fué su amigo, su consejero y su administrador, llenando cumplidamente estos deberes con raro discernimiento y prodigiosa actividad.

Con objeto de ponerse al nivel de su nueva situación, el joven procuraba instruirse, dedicándose, sin maestros, á diversos estudios que abarcaban desde la caligrafía hasta las ciencias.

Todo el mundo estaba admirado de su juicio, laboriosidad y deseo de aprender; hasta el mismo cura párroco depuso sus prevenciones y empezó á tratar á Cleto con amistosa simpatía.

Entre tanto la causa del asesinato de la Vizcondesa seguía estacionada. Parecía que la tierra se había tragado á los asesinos. Zamarrilla desapareció de Extremadura y se le suponía vuelto á la provincia de Sevilla ó internado en la sierra de Córdoba.

Ni un indicio, ni una aclaración; nada. Respecto al capitán Méndez-Cardona, el mismo misterio; ya nadie hablaba de él, quizá nadie le recordaba; excepto una sola persona.

Don Servando, el párroco de Fuente-Cantos, obtuvo un curato en Cáceres, y aunque sintiendo mucho separarse de sus feligreses y muy especialmente de Eulalia, vióse precisado á trasladarse á dicha ciudad, por consagrarse al piadoso deber de cuidar á un hermano muy anciano y achacoso.

Algunos días despues de la partida del virtuoso sacerdote, Cleto, que había estado en Llerena, trajo una carta para Eulalia, que le entregaron en la Administración de Correos.

El sobre era de letra desconocida, pero cuando la infeliz joven, antes de leerla, miró la firma, dió un grito y se desmayó.

Vuelta en sí, merced á los cuidados de Cleto y de Felipa, cuando sus turbios ojos se aclararon, temblando de emoción, pudo leer la carta que estaba concebida en estos términos.

«Eulalia de mi corazón, prometida de mi vida, única esperanza por la que todavía existo; dichoso yo que aún puedo decirte: ¡Te amo, te amo, te amo!»

«El honor me ha separado de tí, la pasión quizá nos acerque el uno al otro. Me he batido, estoy herido, he luchado mucho tiempo entre la vida y la muerte; al recobrar las facultades de pensar y de recordar mi primer pensamiento, mi primer recuerdo ha sido para ti...»

«¿Para quién había de ser?»

«Sé que estás sola en el mundo, que el ángel intermediario entre los dos ha volado á su patria celeste, y por eso, con más esperanza, con más anhelo, con la energía de mi pasión y de tu abandono, te digo: Ven á mí, reclamo á mi prometida. Si vivo, serás mi esposa adorada; si sucumbo y llegas á tiempo, mi lecho de muerte será el altar en que se pronuncie nuestro mutuo juramento; si sólo encuentras mis restos inanimados, que me sirvan tus brazos de sudario; y las lágrimas que derrames sobre mi huesa, de rocío á mi alma inmortal.»

«Ven á mí, te espero, ven pronto; me hallo en peligro de muerte, pero tengo la convicción de que si te veo viviré.»

«Eulalia, ven á mi tálamo ó á mi tumba.»

Esta carta, escrita de letra desconocida, estaba fechada en Escarigo, pueblo portugués, no lejos de la frontera. La firma, aunque al parecer trazada con trémula mano, era indudablemente del capitán D. Diego de Méndez-Cardona.

Evidentemente, este no había tenido fuerzas para escribir y si sólo para firmar.

La ausencia estaba explicada; un lance de honor había llevado á D. Diego al vecino reino; verificado el duelo y gravemente herido el capitán, sufrió las complicaciones inherentes á las lesiones peligrosas, entre ellas la perversión de los sentidos; pero recobradas sus facultades intelectuales, su primer recuerdo fué para su prometida.

XIII

Eulalia no titubó ni un solo momento. Era huérfana, dueña de sus acciones y nada la retenía en Fuente-Cantos. Antes de la inesperada nueva ya había pensado en dejar aquellos sitios tan llenos de dolorosos recuerdos, y ya Cleto, por su órden, hizo anunciar la venta de la casa en los boletines de Llerena y poblaciones limítrofes.

Por tanto, no bien se repuso de la primera emoción producida por la carta de D. Diego, la infeliz y enamorada joven sólo pensó en volar al lado de su prometido, é hizo los preparativos de viaje con febril impaciencia, ayudada por Cleto, que la probó una vez más su cariñosa adhesión.

Conviniéron en que este la acompañara, para evitar las contingencias que pudieran surgir en el viaje, dejando la casa al cuidado de Felipa y del jardinero. Acordaron también no decir el verdadero motivo de su ausencia, á fin de no dar pábulo á la habilla y comentarios usuales en los pueblos.

Eulalia iba á Cáceres á asuntos de herencia.

Antes de separarse, quizá para siempre de aquellos lugares, la piadosa joven tuvo el pensamiento de pasar por Llerena, á fin de rezar junto al sepulcro de su tía; pero Cleto la disuadió de este proyecto, aconsejándola que lo aplazara para ocasión más oportuna, evitando los comentarios de la ciudad como los del pueblo.

Como viaje más cómodo y más breve, determinaron tomar la recién establecida diligencia de Sevilla, que ya pasaba por Fuente-Cantos, seguir hasta Algorita, y desde allí en otro coche diligencia hasta Badajoz, que sólo dista dos leguas escasas de la frontera portuguesa.

Eulalia no sosegaba; la excitación hablaba devuelto sus fuerzas juveniles. Cuando pensaba que podía llegar tarde al lado de su prometido, un estreñecimiento de dolor serpeaba por todo su cuerpo, y dominándole se ocupaba con más ahínco en sus preparativos, que hubieran sido muy pocos ó ninguno sin la intervención de Cleto.

Una mañana, al rayar el día, emprendieron el viaje ambos jóvenes. Aunque de nadie se habían despedido, al tomar la diligencia, fueron naturalmente vistos por algunas personas: difundida la noticia por el pueblo, se interpretó de varios modos, por lo mismo que aquel viaje, aunque explicado despues por Felipa, se parecía á una fuga.

Durante algún tiempo se habló de la ausencia de la sobrina de la Vizcondesa y se recordó el asesinato de ésta, á consecuencia de una particularidad. Á alguna distancia de la fuente del bosquecillo, en un charco rodeado de cañaverales, casi seco por el calor, un leñador había encon-

trado un baston de caña roten, con puño de hierro forrado de alambre. No era fácil que perteneciese á algun viajero; pues por aquel sitio no transitaba ninguno.

Nadie en el pueblo reconoció el baston por suyo. Suponiendo que pudiera ser de Cleto, preguntáronse á Felipa, pero esta no recordaba habersele visto al jóven.

Sólo el jardinero, que como ya se ha dicho sirvió de conductor del coche de la Vizcondesa en su fatal viaje, creyó acordarse de que Cleto habia traído un baston de Sevilla.

XIV

El lector no habrá olvidado que el regimiento al que pertenecía el capitán D. Diego de Mendez Cardona, se hallaba de guarnicion en Cáceres á cuya poblacion trasladó su residencia D. Servando, el ex cura párroco de Fuente-Cantos. El buen sacerdote, que sentia un cariño casi paternal hacia Eulalia, y con este motivo, doble interés en averiguar el paradero de D. Diego, se informó del coronel del cuerpo, suponiendo que se habrian hecho gestiones referentes al desaparecido capitán.

Ni el coronel ni nadie sabian nada respecto al particular. Como jefe y como amigo que habia sido del padre de D. Diego, el coronel practicó las más activas diligencias, pasó comunicaciones á todas las Direcciones, además del Ministerio de la Guerra, puso en juego cuantos medios le sugirió su interés; pero todo fué en balde; parecia fuera de duda que el capitán estaba muerto ó lejos de España.

Aquella misteriosa desaparicion no tenia precedente.

Don Servando creyó oportuno revelarle la causa primordial de ella, que debió ser el duelo entre el capitán y el Barón de Portbou, verificado, segun indicios, en territorio portugués; y con estos antecedentes, el jefe volvió á reanudar sus pesquisas.

Un sargento de toda confianza, dos cabos y algunos soldados, en calidad de ordenanzas, atravesaron la frontera del Reino vecino, llevando oficios para las autoridades de las poblaciones rayanas, proponiéndose acudir á otras superiores, en caso necesario.

El coronel estaba tan interesado como el sacerdote en averiguar la suerte del capitán, á quien ambos estimaban; y esperando con impaciencia el resultado de las nuevas gestiones.

Un suceso reciente vino á aumentar la preocupacion de D. Servando. Supo la repentina ausencia de Eulalia y de Cleto, de la quinta de Fuente-Cantos; y como habia cundido la voz de que estos se dirigian á Cáceres, á arreglar asuntos de herencia, y no se presentaban en la ciudad, no obstante haber transcurrido bastantes dias, el buen sacerdote se hallaba inquieto y temeroso de alguna nueva desgracia.

(Continuará)

CONGRESO INTERNACIONAL de Washington

I

Pueden darse por terminados los trabajos del Congreso Internacional de Washington, reunido, no sólo con el fin altamente civilizador de elegir un primer meridiano magistral comun á todas las naciones para la determinacion de las longitudes geográficas, sino tambien con el de adoptar un día universal ó cosmopolita.

II

Por fin va á ser una realidad el desideratum tanto tiempo pretendido por los sabios. Dentro de poco cesará la anti-científica multiplicidad de los meridianos de origen, y no se dará el caso inconcebible,—dado el estado de nuestra civilizacion,—de que los despachos telegráficos acabados de transmitir, se reciban con fecha del día siguiente ó con la de un día de atraso. Se unificarán el día civil que empieza á media noche, y el día astronómico, que se inicia doce horas despues. La cronología, de hoy en adelante, será una ciencia fácil, mientras que hoy es un dedalo en que se pierden los que no hacen de ella profesion especial; pues unos pueblos empiezan el día á media noche, otros al amanecer, estos al ponerse el sol, aquellos una hora antes de la media noche...; y mientras los unos dividen el día en dos mitades de á 12 horas iguales cada una, otros lo parten en cuatro espacios, otros en seis, otros en doce de á 2 horas. Si aquí dividen la hora en 60 minutos, allá la subdividen en 1080 escrupulos, etc., etc. No puede darse confusion mayor.

Las ciencias todas derivarán del nuevo sistema ventajas de gran utilidad,—la geodesia, la astronomía, la meteorología, todos los ramos de la geografía...; y, desde el punto de vista práctico, serán inmensas las ventajas para la navegacion, pues los marinos no tendrán que haberse las más que con una sola clase de longitudes; y, si sus cartas y sus almanaques náuticos no están arreglados al mismo cero de origen, no habrán ya de exponerse en dias



FLORES DE MAYO

de tempestad á un lamentable error, que puede ser fatal á las haciendas y á las personas encomendadas á su pericia y habilidad.

Hoy, las marinas de los países más adelantados del Globo cuentan las longitudes por los meridianos de Greenwich, París, San Fernando, Nápoles, Cristianía, Isla de Hierro, Pulkowa, Stokolmo, Lisboa, Copenhagen, Rio Janeiro, y hasta hace poco tiempo, por Washington; pero, de aquí en adelante, sólo computarán todos por el meridiano de Greenwich.

No es fácil calcular las ventajas que el nuevo orden de cosas traerá, y la utilidad que reportarán los viajeros, los maestros, los alumnos, los oficiales de Estado Mayor, los cartógrafos, etc.; y si el tiempo es dinero, nadie habrá de extrañar que importe muchos millones al año la economía de horas y de trabajo con que el nuevo cómputo beneficiará todas las clases de la sociedad.

III

Así, pues, las resoluciones finales del Congreso de Washington deben llegar cuanto antes al conocimiento público.

Hé aquí el resultado de detenidísimas y empeñadas discusiones:

I.—Es de desear, en opinion del Congreso, la adopcion de un solo meridiano para todas las naciones, en vez de la multiplicidad hoy existente de meridianos iniciales. Aprobada por unanimidad.

II.—La Conferencia propone á los Gobiernos en ella representados, la adopcion, para inicial, del meridiano que pasa por el centro del instrumento meridiano del observatorio de Greenwich.

Naciones que dijeron sí: Alemania.—Austria.—Colombia.—Costa Rica.—Chile.—España.—Estados Unidos.—Gran Bretaña.—Guatemala.—Hawai.—Italia.—Japon.—Liberia.—Méjico.—Países Bajos.—Paraguay.—Rusia.—San Salvador.—Suécia.—Suiza.—Turquía.—Venezuela.

Naciones que dijeron no: Santo Domingo. Naciones que se abstuvieron de votar: Brasil.—Francia.

ESCRUTINIO

Síes.	22
Noes.	1
Abstenciones.	2
<hr/>	
	25

III.—Las longitudes se contarán en dos direcciones hasta 180°; positivamente hacia el Este, y negativamente hacia el Oeste.

Naciones que dijeron sí: Colombia.—Costa Rica.—Chile.—Gran Bretaña.—Estados Unidos.—Guatemala.—Hawai.—Japon.—Liberia.—Méjico.—Paraguay.—Rusia.—San Salvador.—Venezuela.

Naciones que dijeron no: España.—Italia.—Países Bajos.—Suécia.—Suiza.

Naciones que se abstuvieron de votar: Alemania.—Austria Hungria.—Brasil.—Francia.—Santo Domingo.—Turquía.

ESCRUTINIO

Síes.	14
Noes.	5
Abstenciones.	6
<hr/>	
	25

IV.—La Conferencia propone la adopcion de un día cosmopolita para cuantos fines puedan convenir, sin perjuicio del uso del tiempo local, ó de cualquier otro, allí donde se juzgue conveniente.

Naciones que dijeron sí: Austria Hungria.—Brasil.—Colombia.—Costa Rica.—España.—Estados Unidos.—Francia.—Gran Bretaña.—Guatemala.—Hawai.—Italia.—Japon.—Liberia.—Méjico.—Países Bajos.—Paraguay.—Rusia.—San Salvador.—Suécia.—Suiza.—Turquía.—Venezuela.

Naciones que dijeron no: Ninguna. Naciones que se abstuvieron de votar: Alemania.—Santo Domingo.

ESCRUTINIO

Síes.	22
Noes.	0
Abstenciones.	2
<hr/>	
	24

V.—Este día universal será un *día solar-medio*, y empezará para todo el mundo en el momento de la *media-noche-medio* del meridiano inicial, coincidiendo con el inicio del día civil y la fecha de aquel meridiano; y habrá de contarse de 0 horas á 24 horas.

Naciones que dijeron sí: Brasil.—Colombia.—Costa Rica.—Chile.—Estados Unidos.—Gran Bretaña.—Guatemala.—Hawai.—Japon.—Liberia.—Méjico.—Paraguay.—Rusia.—Turquía.—Venezuela.

Naciones que dijeron no: Austria Hungria.—España. Naciones que se abstuvieron de votar: Alemania.—Francia.—Italia.—Países Bajos.—Santo Domingo.—Suécia.—Suiza.

ESCRUTINIO

Síes.	15
Noes.	2
Abstenciones.	7
<hr/>	
	24

VI.—La conferencia abraja la esperanza de que, tan pronto como sea practicable, los días astronómico y náutico se arreglarán de modo que, en todas partes, su inicio coincida con el de la media-noche-medio.

Aprobado por unanimidad.

VII.—La conferencia expresa asimismo su esperanza de que los estudios teóricos emprendidos para regular y extender la aplicacion del sistema decimal á las divisiones del círculo y del tiempo, continuarán de modo que permitan la extension de esta aplicacion á todos los casos en que ofrezca ventajas positivas.

Naciones que dijeron sí: Austria Hungria.—Brasil.—Colombia.—Costa Rica.—Chile.—España.—Estados Unidos.—Francia.—Gran Bretaña.—Hawai.—Italia.—Japon.—Liberia.—Méjico.—Países Bajos.—Paraguay.—Rusia.—Santo Domingo.—Suiza.—Turquía.—Venezuela.

Naciones que dijeron no: Ninguna. Naciones que se abstuvieron de votar: Alemania.—Guatemala.—Suécia.

ESCRUTINIO

Síes.	21
Noes.	0
Abstenciones.	3
<hr/>	
	24

RESOLUCION ÚLTIMA.—Será presentada copia de los precedentes acuerdos al Gobierno de los Estados Unidos, á cuyas instancias y en cuyo territorio han sido to-

madras dichas resoluciones.

IV

En la sesión del día 27 del próximo pasado octubre, y á propuesta del Delegado de Rusia, M. Struve, se acordó dar las gracias al presidente del Congreso, M. Rodgers, almirante de la marina de los Estados Unidos, así como á los Secretarios del congreso, por el hábil desempeño de sus arduas tareas. El almirante Rodgers devolvió las gracias en un corto discurso escrito, manifestando los más vivos y fraternales descos, así por su parte, cuanto en nombre del Gobierno de la República, por el feliz regreso á sus hogares de los sabios y activos Delegados.

La próxima sesión sería convocada por el Presidente cuando estuviesen extendidos los protocolos, con el sólo fin de verificar y aprobar dichos documentos.



HACE UN SIGLO. Escena de la Villa Borghese, cuadro por W. Martens

V

Los Estados Unidos, nación á quien más que á ninguna otra convenia que el día cosmopolita empezase en su vasto territorio, que se extiende nada ménos que 100° en longitud (desde 66° 52' al Oeste de Greenwich, hasta 166° 13' en el extremo límite de Alaska), se ha conducido en esta cuestión, PURAMENTE CIENTÍFICA, del modo más desinteresado; pues no ha producido exigencias de ninguna clase; conducta que contrasta grandemente con la de Francia, la cual, por celos nacionales de actualidad con Inglaterra, se ha abstenido de votar el meridiano de Greenwich.

Es de sentir que no haya sido aprobada la proposición de España respecto á contar las longitudes occidentalmente, ó sea en sentido contrario al del movimiento de la tierra, desde 0° á 360°. Esta solución es, sin la menor duda, la más científica y la más práctica á un mismo tiempo. Pero, áun cuando esta proposición fué apoyada por Italia, los Países Bajos, Suecia y Suiza, no pudo obte-

ner mayoría, por haberse abstenido de votar Alemania, Austria, Brasil, Francia, Santo Domingo y Turquía.

Hoy, habiéndose de contar las longitudes en dos sentidos,—uno positivo, y otro negativo,—no puede ser sencilla la fórmula adecuada á los telegrafistas, empleados de ferro-carril, agentes de bolsa y de comercio, etc., etc., para pasar de la hora local á la cosmopolita, y viceversa; como lo sería sin duda ninguna, si las longitudes se contasen occidentalmente y en un solo sentido desde 0° á 360°; pues es de toda evidencia que cualquier punto de la tierra no tendría más que agregar su longitud occidental á la hora local para tener en el acto la hora cosmopolita.

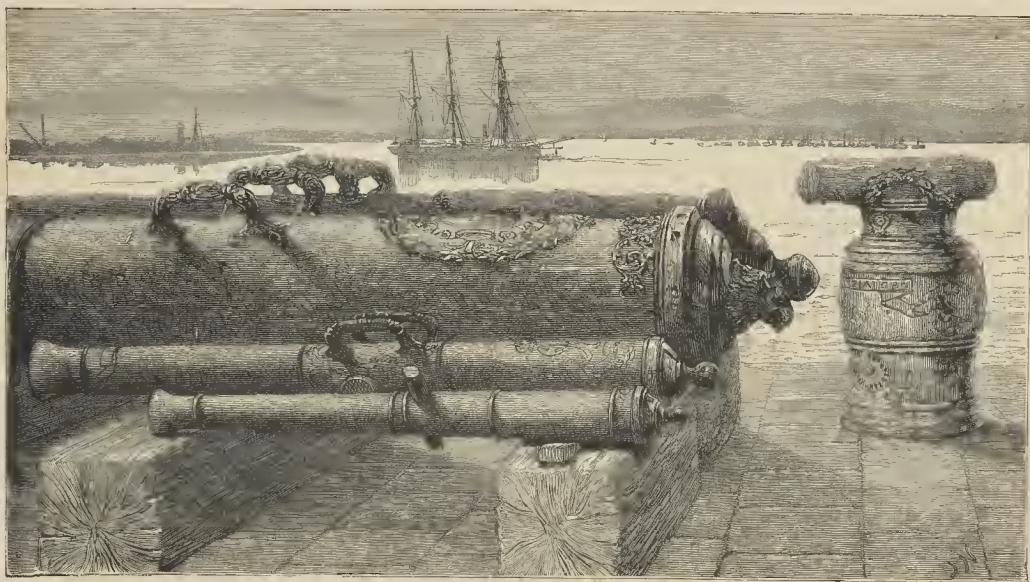
De cualquier modo, el mundo está de enhorabuena.

Y España lo está también, puesto que sus delegados, con profunda competencia en las complejas cuestiones ampliamente debatidas allí, han colocado muy alto el pabellón nacional.

GUATEMALA.—D. Antonio Batres y M. Mies Koch.
HAWAII.—Hon. W. D. Alexander y Hon. Luther Abolo.
ITALIA.—Conde de Feresta.
JAPON.—Profesor Kikuchi.
LIBERIA.—M. William Coppinger.
MÉJICO.—D. Leandro Fernandez y D. Angel Arguiano.
COSTA RICA.—D. J. F. Echevarría.
PAÍSES BAJOS.—M. G. de Weckerlin.
PARAGUAV.—M. John Stewart.
RUSIA.—M. Charles de Struve y M. Stebnitzki.
SANTO DOMINGO.—D. J. Galvan.
SUECIA Y NORUEGA.—M. Carl Lewenhaupt.
SUIZA.—M. Emile Frey y M. Hirsch.
TURQUÍA.—Tewfik Pashá.
VENEZUELA.—D. A. M. Soteldo.

¡Que no caigan estos nombres en olvido!

E. BENOT



Cañones del navío inglés COURAGEUX naufragado en 1706, recientemente encontrados cerca de Gibraltar

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



AÑO III

← BARCELONA 1 DE DICIEMBRE DE 1884 →

NÚM. 153

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL DOMINGO EN LONDRES, por Adrien Marie

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL FANATISMO DEL DIABLO (conclusion), por don Ramón Martínez de Fuensalida.—LA FERIA, por don Eduardo de Palencia.—NAVEGACION AEREA, aparatos más pesados que el aire. GRABADOS.—EL DOMINGO EN LONDRES.—UN REFUGIO, dibujo por Giacomelli.—LA PLAYERA, dibujo por Llovera.—EL SEÑOR DE LA GARDIA.—UN RECONOCIMIENTO POR LOS INGLESES EN EL SUDAN, dibujo por R. C. Woodville.—HELICÓPTERO.—AERODIPLANO DE VICTOR TATIN.—EXPERIMENTO DEL AERODIPLANO.—SUBLEMTO ARTÍSTICO: OCUPACION DE NUEVA YORK POR LAS TROPAS AMERICANAS.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La cuestion de los estudiantes.—El estudiante y el policia.—Madrid en fin.—Lo mejor de la juventud se lo lleva el tiempo.—Un nuevo académico.—Aspecto nuevo de un arriero viejo.—Cómo nació la Academia.—El hielo viene.—prepará la despensa.—Una Exposicion útil.—Una Exposicion nueva.—El Teatro Real.

Madrid está en conmocion desde hace cuatro dias. Un pronunciamiento escolar, manifestaciones, carreras, sablazos, heridas, presos... he aquí el programa y la historia. Las aulas vacías, las prevenciones de distrito llenas, Minerva llorosa, el Dios de los policiaos atusándose el bigote con alegría: no es otro el aspecto real y simbólico que ofrece la capital de España.

El origen de los sucesos es sencillo. Suele acontecer que los grandes acontecimientos tienen por causa visible una minucia. Buscad el motivo de las catástrofes militares entre los brillantes de una dama. No hallareis escrito el por qué fué destruída la cuarta pirámide de Cheops en los anales de los gigantes, sino en la lista de caprichos de una emperatriz liviana y hermosa.

Esta vez el conflicto de los estudiantes ha nacido de una causa muy pequeña: de la protesta de un manecbo contra el discurso de un doctor. Un hijo de Nosedal quiso hacer sus ensayos de Papa y excomulgó á Morayta.

Los hijos de los Nosedales juegan á excomulgar, como otros niños juegan al toro.

Después de todo es perfectamente legítimo el acto de Nosedal, nieto.

No lo era ménos el de aquellos de sus condiscipulos que estimaron oportuno protestar contra la protesta.

Pero el agente de órden público intervino y su sable, en vez de desatar el nudo, lo embrolló más y más.

La Universidad fué atropellada por la fuerza pública, los estudiantes apalendos y heridos, maltratados los profesores y preso uno de ellos.

La juventud es pronta á la indignacion. Es una de sus virtudes, tal vez la más hermosa, esa indignacion que cilispea y salta, que oprime el corazon y le hace engendrar titánicos odios, geniales ímpetus de venganza. Si cuando los años pasan y las desilusiones vienen, fuera posible al hombre conservar esa propension á lo heroico... ¡qué páginas tan bellas constituirían las crónicas de los pueblos!

El estudiante es la más simpática de todas las encarnaciones de la patria. Aquí, donde tanto se adula por todos al ejército considerándole como la primera representación de España, no hay una frase de carño en los discursos de los estadistas para ese manecbo que cursa las aulas, y que lleva en su cerebro toda la poesía de la primavera y en su corazon todos los estremecimientos de la inocencia.

Cuando trazo estas líneas el conflicto escolar preocupa aún mucho al gobierno.

En las calles céntricas hay afluencia extraordinaria de curiosos, en las esquinas dobles guardias de agentes de órden público.... la Universidad cerrada....

En España siempre se quiebra la cuerda por lo más delgado.

Y lo más delgado es aquí la enseñanza pública. Tan delgado que apenas se ve.

**

Los asuntos literarios ofrecen poca novedad. A falta de asuntos más interesantes, las conversaciones recaen sobre la Academia Española con motivo de la eleccion probable del hermano del ministro de Fomento.

Tiempo hacía que la discusion no llegaba hasta ella. La Academia está retirada del mundo. Es una iustre dama, con muchos jaques en el escudo y de excelente conducta. Se acuesta temprano, celebra reuniones los juéves y obsesca en estos dias clásicos á sus tertulianos con un té y cuatro duros.

La ancianidad da muchos derechos y la que surcada de arrugas y cubierta de nieve ostentan los señores académicos es un inconveniente que se nos presenta para hablar de ellos. Las canas son una corona digna de respeto. Así pues, los ilustres viejos que se congregan en la calle de Valverde tienen que hacernos una merced: suponerse jóvenes por un cuarto de hora, mientras lean estas líneas si es que nos conceden tan alto honor, que no nos le concederán.

¿Qué ha sido de la Academia desde su fundacion? Por iniciativa del señor don Juan Manuel Fernandez Pacheco, marqués de Villena, Felipe V. la creó el dia 3 de octubre de 1714. Entónces empezaba el otoño, y la época de su orto fué símbolo de lo que había de ser la Academia en lo porvenir: una triste congregacion de personas devotas, tímidas en el escribir, ajenas muchas de ellas al peligroso vicio de la literatura, educadas en el respeto de lo clásico, y obstáculo de todas las innovacio-

nes, especialmente de las justas. Entre las listas de los primeros académicos resaltan los nombres de Squarzafigo, Pizarro, Casani, Dongo, Interian, Conning, y un marqués de San Felipe. ¿Qué gloria les deben las letras castelanas?

Leer la lista de los académicos que han venido ocupando las veinticuatro primeras sillas de que la Academia se compone, es trasladarse á las antipodas de nuestra gloria literaria. ¿Aquí están los Cervantes, Quevedo, Alarcon, Calderon, Lope, Tirso y Moratin? Pues allá están los Squarzafigos, Pizarros é Interianes. Diríase que se ha ido á buscar nombres oscuros, modestamente ocultos de la fama, llenos de una humildad cristianísima, que les ha movido á disfrazar su talento de manera que nadie le conozca. Los reyes daban el título de académico, como una charretera. Hubo en esa larga lista de gentes desconocidas persona que necesité pedir á un abate amigo que le escribiese el discurso de recepcion.

Año tras año, durante más de ciento, la Academia Española celebró sus sesiones. A sus veinticuatro sillas hubo que agregar doce más. Treinta y seis señores académicos acudieron todos los juéves al salon de la calle Valverde. El teatro decora, moria. La poesía se achabacaba. El arte languidecía y era cada vez más cerrado su horizonte. Apareció un hombre eminente, estudioso, erudito, que venia á resucitar las buenas tradiciones de la lengua, á infiltrar en el arte escénico el átomo de buen sentido que la escuela francesa había hecho entrar en sus obras. Este hombre era don Nicolás Fernandez Moratin. Y no ingresó en la Academia. ¿Por qué? El mismo lo dice bien claramente. Porque si la investidura académica es un honor sumo, no puede solicitarse ni implorarse.

Objetaba yo ayer á un académico con estas razones.

Y él me decía:

—Si son muchas las personas que merecen ser académicos, es natural que prefiéramos á los que tienen entre sus virtudes la humildad: esto es, que guardemos nuestra preferencia para los que piden el favor.

A lo cual contestó Moratin muchos años antes:

«Ninguno se mete á monje de San Benito, si la regla de San Benito no le gusta. A mí no me agradan los reglamentos de la Academia, y mientras no se hagan otros, no seré yo miembro de aquel cuerpo. El sólido mérito debe hallar abierto el paso á las sillas académicas; no ha de facilitarle el favor ni la suplica... No puede concebirse absurdo más torpe que el de exigir un memorial de los aspirantes, como si se tratase de pretender un estaquillo. Aún por eso nuestras congregaciones literarias significan tan poco en la Europa civil. Cualquiera que repase la lista de sus individuos (exceptuando unos pocos) creará que está leyendo la de los hermanos del refugio.

Preciso es que los señores académicos, puesto que á ellos les ha de costar poco trabajo, modifiquen el sentido de las palabras, poniendo de acuerdo estas con lo que expresan. Buena ocasion se les presenta en la nueva edición del Diccionario.

Hé aquí las modificaciones que es urgente hacer, despues de la explicacion de los señores de la Academia.—ACADÉMICO.—Cargo que se obtiene por favor, se pide como una limosna y en cuya concesion no interviene la justicia.—VANIDAD.—Pecado en que incurria Cervantes despreciando los consejos literarios de un memorialista.—Verdad que es gran demencia aspirar á que la Academia Española sea, como la francesa, un glorioso Olimpo. Hemos de contentarnos con que sea una Cofradía, especie de Senado de la Juventud Católica. El orgullo nacional puede acercarse al panteon número 26 de la calle Valverde á gritar:—Pensad en que tenéis el deber de representar la inteligencia de España. Pensad en que cometeis una detencion de gloria dando asiento entre vosotros á los que no lo merecen. Mirad que vuestras solemnidades seguirán siendo sucesos insignificantes, vuestros discursos la inspiracion de la adormidera, vuestra faena una estéril multitud de sesiones.—Pero en vano gritaria hasta enronquecer el orgullo nacional. En ese panteon todo está tan muerto que las sesiones de la Academia llegarán á llamarse «exhumaciones.»

**

La aproximacion de los helios hace pensar en el hogar y en la despensa.

Un lector me escribe proponiendo al público un pensamiento que no carece de originalidad é importancia. Dice el lector, que con motivo de las fiestas de Noche Buena podria celebrarse una Exposicion nacional de manjares delicados, en que entraran desde los permiles de Trévez á las perniluñillas de Córdoba, sin olvidar el ramo de la taberna jerezana y las cuevas de Calaña. La idea, lo repito, es nueva y suculenta.

«España, dice no sin cierto patriótico orgullo mi correspondiente, es rica en aperitivos de la gula. Muchos productos de despensa española que en el extranjero se desconocen, harian fortuna rápida. Créame V.; se trata de un asunto de interés nacional. El doctor Thebussen, que se ha ocupado con tanta sabiduría de la mesa y de la cocina española, está llamado á dar su opinion. Yo le complazo a que la dé y desde luego adelanto esta idea: la mujer es la diosa del hogar... hasta cuando en él hiervan los manjares. Ella está indicada para realizar este pensamiento. La junta de damas de honor y mérito puede promover esa Exposicion.»

Así dice el lector. Yo me limito á complacer sus deseos de publicidad y recomendar á la opinion esta idea, si es que yo puedo meterme en recomendaciones.

Y si el fallo es negativo... del juicio que emita el público despues de comer, apelo ante el público ántes de sentarse á la mesa.

**

Pronto se inaugurará la Exposicion artístico-literaria de la Sociedad de escritores y artistas en el local llamado de las Escuelas de Aguirre.

Es la primera vez que los escritores exponen algo. Hasta ahora sólo han expuesto el pellejo.

**

Las graves contiendas entre los abonados del Teatro Real y el empresario del coliseo han terminado con la decapitacion del Sr. Rovira.

Su sucesor Sr. Michelena ha cogido la cabeza de Rovira y se la ha enseñado al público.

Y el público ha aplaudido.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL DOMINGO EN LONDRES

Esta composicion no es ciertamente una caricatura, pero pertenece al género epigramático. Todos sabemos que Londres es la capital de mayor movimiento de Europa: sus tres millones de habitantes imprimen á las calles de la gran metrópoli una actividad, un bullicio, un aspecto que llamaríamos babilónico, si no tuviéramos la certeza de que Babilonia la decantada habria de parecer la ciudad más tranquila del universo comparada con la capital de la Gran Bretaña.

A pesar de lo cual, un dia cada siete, el dia del domingo, Londres se transforma por completo: los protestantes santifican rigurosamente esta fiesta; el grande hormiguero de hombres y de vehiculos desaparece por completo, cesa el rumor de pasos, ruedas y máquinas; y la ciudad toma el aspecto de una poblacion maldita, cuyos habitantes hubiesen huido de una peste asoladora.

Suspendida toda locomocion, interrumpido todo comercio, cerrados todos los establecimientos, sin funcionar todos los teatros, suspendida durante veinticuatro horas lo que pudiéramos llamar circulacion de la sangre en ese monstruo de las poblaciones modernas, reina en sus calles una soledad pavorosa, un silencio solemne, que imprime á Londres más que el carácter de un dia de fiesta, la gravedad imponente de un dia de muerte.

El autor del dibujo que publicamos ha exagerado, sin duda, el aspecto que en tales casos producen las principales vias londnenses, lo cual da á esta lámina el carácter epigramático que hemos dicho en un principio; pero resta averiguar si la costumbre inglesa es digna de la caricatura ó de la imitacion.

UN REFUGIO, dibujo por Giacomelli

Nadie ha igualado á Giacomelli en dibujar aves; pero su mayor mérito no consiste precisamente en la reproduccion fiel de distintas castas de pájaros, sino en un don especial para hacer resaltar lo que deberíamos decir sus sentimientos íntimos, sus pasiones, sus alegrías y sus tristezas. Giacomelli, como Esopo, como Lafontaine, como Iriarte, ha hecho hablar á los animales.

Véase á esos pobres pajarillos atridos de frío: la necesidad les ha obligado á buscar un refugio en la habitacion del hombre, que es su mortal enemigo. Si este llega á su choza, las pobres avellanas tendrán que rendirse á discrecion. Lo mejor que puede sucederles es que mueran de nostalgia en una jaula estrecha. Lo más probable, sin embargo, es que pasen al estómago del leñador, despues de haber sido asadas en el fuego producido por las mismas ramas en que buscaban transitorio asilo.

A la vista de esta tragedia pajaril, tan bien expresada por Giacomelli, quisiera uno tener á su disposicion el sol y las espigas del mes de junio.

LA PLAYERA, dibujo por Llovera

La música popular no tiene notas más típicas ni más inexplicables que la playera. Es una melodía monótona, larga, difícilísima de representar en signos musicales; una serie de gorroritos que cada cantor ó cantara ejecuta á su manera, segun la siente, segun el estado de su ánimo la determina, segun la fibra á que corresponda en el corazon del que la entona ó en el oído del que la escucha. La playera es una *cante* que tiene algo voluptuoso, como el quejido de la esclava del harem, y algo nostálgico como el suspiro del moro al perder de vista la incomparable Granada. Semoja algunas veces el susurro del céfiro que lleva palabras de amor al oído de la niña inocente; y otras veces es eco del huracan que blasfema ó prorrumpe en deprecaciones de exterminio y de venganza. Al salir de ciertos labios, sabe á queja de mujer que muere de deseo; y saliendo de otros labios femeninos adquiere la forma de un rugido de pantera celosa.

Siempre, á pesar de todo, la playera nos recuerda al árabe errante y sumido en sus pensamientos terribles, ó á la mora, cautiva en su propio domicilio, vagando su imaginacion por los más tristes espacios. Llovera, que ha sentido lo que otros cantan, ha simbolizado esa música en un tipo, y ahí está su *cantara* de playeras, hermosa como una española, lánguida como una andaluz, apasionada como una africana, que parece estar diciendo:

—Óigame quien se sienta con valor para ello... Mi endecha va recta al corazon, como la punta de un florete envenenado...

EL BONO DE LA CARIDAD

Es una pequeña composición que tiene más mérito que tamaño.

Los tipos están bien escogidos, la actitud de las figuras es natural y el todo mueve a compasión hacia esas pobres criaturas sin más amparo que la caridad.

UN RECONOCIMIENTO POR LOS INGLESES EN EL SUDAN, dibujo por R. C. Woodville.

Terrible es la guerra que los ingleses se ven obligados a hacer en Egipto. Un clima inhospitalario y unos habitantes más inhospitalarios, por lo general, que el mismo clima, imprimen á esa lucha un carácter especial y nada conforme con las exigencias de la civilización.

El dibujo que publicamos deja formar una idea de las condiciones excepcionales de esa guerra: todo es raro en ella, desde el país en que tiene lugar hasta la gente que en ella toma parte. Ese oficial que practica un reconocimiento en desierto terreno ¿va custodiado ó va vendido por su escolta? ¿Qué influirá más en su conducta, el brillo del oro inglés que tienta su codicia ó las predicaciones del Mahdí que exaltan su fanatismo patriótico y religioso?... A todo esto, cuando la noticia de un desastre llega á Albion, sus metalizados hijos se enteran de que las cajas del Estado se hallan repletas, y contestan flemáticamente: —; ¡Oh! ingleses quedan en Inglaterra....

SUPLEMENTO ARTISTICO

Ocupacion de Nueva York por las Tropas Americanas

El día 3 de setiembre de 1783 se firmaba en París el tratado de paz que ponía término definitivo á la terrible guerra sostenida por los ciudadanos de los Estados Unidos contra la nacion inglesa, en defensa de una autonomia que aquellos habian conquistado, no sólo con sus armas en el terreno de la fuerza, sino con sus virtudes en el terreno de la administracion y buen gobierno.

Los ingleses hubieron de evacuar mal de su grado las poblaciones en que eran ya considerados simples extranjeros, y en la mañana del martes 25 de noviembre, de la inmortal Washington, con las tropas de los Estados Unidos á las órdenes del general Knox, y el gobernador Clinton escoltado por un cuerpo de caballería ligera de Westchester, avanzaron hacia la parte superior de la ciudad de Nueva York; y á eso de la una, según se iban retirando los ingleses, los americanos penetraron lentamente en la ciudad, mientras la autoridad civil tomaba posesion del Estado. El Norte de América quedaba redimido por sus hijos.

El grandioso cuadro que damos hoy á título de *suplemento artistico*, representa de una manera acabada el hecho de que hemos dado cuenta. El ejército americano, vestido de andrajos, cubierto de polvo, abigarrado, descalzo, avanza en correcta formacion, grave, imponente, sin petulancia, sin entregarse á transporte alguno de mal género, cual conviene á un ejército de ciudadanos que, en nombre de su derecho, han conquistado una patria. Esos son los ejércitos invencibles, esos son los que fundan, extienden y defienden los estados modelo, esos son los que merecen tener á su cabeza al gran Cincinnati de los tiempos modernos, á quien el autor del cuadro ha legado al segundo término de la composicion, cual si expusiera hubiera querido hacer resaltar la nunca desmentida modestia del inmortal Washington.

EL FANATISMO DEL DIABLO

(Conclusion)

Dos semanas despues de la partida de los emisarios del conde, un soldado trajo á este una carta del sargento comisionado, acompañada de un oficio.

La carta hablaba de las diligencias practicadas cerca de las autoridades fronterizas; el oficio estaba escrito en portugués y traducido literalmente al castellano decia así: «Señor coronel de caballería española, jefe del Regimiento de...»

»Figueira, á 20 de agosto del año de gracia y de la Constitución, de 186....»

»Entrado de la comunicacion que se sirvió V. S. dirigirme, con fecha de... tengo la honra de participarle lo siguiente:

»Una mañana, á mediados del pasado mes de junio, unos boyeros y guardas del campo trajeron ante mi autoridad á un sujeto finamente vestido, pero con el traje recientemente destrozado; al cual habian hallado tendido en el campo, *patealeando* y haciendo gestos y contorsiones ridiculas.

»Preguntáronle, pero no profería más que palabras incoherentes, que no pertenecian á ningún idioma, presentando, en suma, todos los síntomas de la demencia.

»Condujéronle, como he dicho, ante mi presencia, atado, pues oponia resistencia, y registrado ante mí, no se le encontró papel ni documento alguno que pudiera identificar su persona; bien es verdad que de sus ropas, que debian ser *prestigiosas*, sólo conservaba camisa, pantalones y calzado (todo perteneciente al estado civil), faltando levita, chupa y sombrero.

»Tenia las manos desolladas y en su ropa algunas manchas de sangre, que es de suponer proviniesen de aquellas.

»¿Cuántas preguntas le hice, así como tambien varios

de los que estaban presentes, sólo contestaba cantando á gritos la cancion universalmente conocida por la de *Mambriú se fué á la guerra*; y en vista de estos signos evidentes de perversion de las facultades intelectuales, hice le ingresaran en el *grandioso manicomio* establecido en esta poblacion, que sea dicho de paso, puede competir con los mejores del mundo.»

XV

»En los primeros dias fué preciso aplicarle la camisa de fuerza, mas despues fué aquietándose hasta el punto de no necesitar ataduras; pero desgraciadamente al recobrar la tranquilidad cayó en un marasmo que puede clasificarse de idiotismo; miraba con extravío, tomaba el alimento maquinalemente, y sólo hablaba contadas veces para repetir las palabras que oia.

»Una noche se declaró en el Establecimiento un incendio que no tuvo grandes consecuencias, pero en la confusion que ocasionó el siniestro lograron evadirse tres dementes, entre ellos el de que me ocupo; el cual no pudo ser habido por más diligencias que se practicaron en su busca.

»Se supuso que habia atravesado la frontera, pues, aunque sin poder asegurarlo, parecia ser español; mas á fines del pasado mes fué hallado un cuerpo entre unos majales del rio Caya, que, como V. S. sabe muy bien, divide este reino de los Estados de S. M. C.

»He insistido en esta larga relacion por la razon siguiente: las señas personales del señor capitán D. Diego de Mendez-Cardona á quien V. S. busca, y las que se ha servido comunicarme coinciden en un todo con las del susodicho demente y ahogado. Desgraciadamente no ha sido posible comprobarlas, porque la tierra de un *enterramiento* ha completado la accion del agua y el largo tiempo trascurrido ha convertido el cadáver en un monton de despojos, informe.

»El mencionado demente era de regular estatura, esbelto y *bien hecho*, de fisonomía agraciada y *señoril* y ofrecia la particularidad de tener el cabello y bigote muy negros y los ojos azules.

»En atencion á estas circunstancias, me atrevo á afirmar que el señor capitán y el ahogado en el rio Caya eran una misma persona.

»Debo además participar á V. S., por si se relaciona con el hecho que investigamos, que algunos dias despues de la desaparicion del demente y antes de ser hallado su cuerpo, recibí una comunicacion de mi digno compañero en autoridad, señor *Juez de vara (Alcalde)* de la Villa de Almujala, rogándome que coadyuvase á las diligencias que estaba practicando en un asunto judicial.

»Segun parece, en el término de su jurisdiccion, habiase encontrado una mañana poco despues de *la salida de los pájaros*, tendido en una cañada el cuerpo de un hombre muerto á consecuencia sin duda, de una profunda herida en el corazon ocasionada con arma blanca. Por cartas y papeles hallados al registrarle, resultó ser el señor Barón de Portbou; pero aunque tambien se le encontró un escrito firmado por él, demostrando su propósito de suicidarse y recomendando por lo tanto que á nadie se culpára de su muerte, como los facultativos que le reconocieron mostrábase dudas respecto á la causa ocasional de la herida, hírase abierta informacion judicial.

»Posteriormente recibí un segundo oficio de dicho señor Alcalde de Almujala, en que me decía que el cuerpo del señor Barón de Portbou, reclamado por su viuda, habia sido trasladado á Barcelona.

»Sólo tengo que añadir á este relato que ni por mi autoridad, ni por otra alguna, que yo sepa, nada se ha averiguado con referencia á las desgracias de que he hablado á V. S.

»Si lo juzga conveniente, V. S. se servirá indicarme las gestiones que debo practicar en aclaracion de los hechos de que desea informarse, en la seguridad de que le complaceré con todo celo é interés.

»Entre tanto se declara *cautivo* y afectuoso servidor de V. S.

»El *Juez de vara* de esta esclarecida Villa de Figueira.

Josef de Palmuera de Setúbal.»

XVI

El coronel D. Servando á quien aquel leyó el oficio antecedente, quedaróse conternado; pues, como con razon indicaba el Alcalde portugués, el capitán D. Diego y el ahogado en el rio Caya debieron ser una misma persona. Á fuerza de conjeturas trataron de establecer por induccion la verdad de los hechos.

El baron y el capitán se batieron sin testigos en la frontera y para irresponsabilidad del superviviente firmaron cada uno de por sí un papel simulando un suicidio. D. Diego tuvo la desgracia de herir por segunda vez, y ésta mortalmente, á su adversario; y la violencia de un dolor, extremado sus remedios intelectuales. Aunque no tan clara mente la falta de prendas en el traje del demente se explicaba por haber sido robado ó por esos actos extraños y extravagantes peculiares á la locura.

Esta version era la que más se aproximaba á la verdad. Pasados unos dias, regresaron por orden del coronel el sargento y soldados enviados á Portugal, sin haber averiguado nada.

La muerte casi segura de D. Diego impresionó hondamente al buen sacerdote, haciéndole pensar con más insistencia en la sobrina de la Vizcondesa de Sorel y en aquella no interrumpida serie de catástrofes, veladas todas

en el misterio. A poco corrió la noticia de que el facineroso Zamarrilla, descubierta y alcanzado en la seranfa de Córdoba, habia sido muerto por la Guardia civil, al intentar la resistencia; y con esto, cuantos le achacaban la perpetracion del crimen de la fuente del bosqueillo, perdieron la esperanza de que éste se pusiera en claro.

Á D. Servando preocupábale especialmente la falta de noticias respecto á Eulalia y á Cleto.

La quinta de Fuente Cantos habia sido vendida mediante escritura otorgada en Sevilla y firmada por Eulalia. El nuevo propietario despidió á Felipa y al jardinero, abonándoles un salario de tres meses por encargo de su antigua ama.

Esto era todo cuanto se sabia.

El sacerdote, cada dia más preocupado é inquieto, pensaba en los medios de averiguar el paradero de la desdichada huérfana. Cuando iba á dirigirse de oficio á las autoridades solicitando su intervencion, cayó repentinamente postrado en cama, con un violento ataque de reuma.

Apénas restablecido, murió de un aneurisma en el corazon.

Habiase establecido en Cáceres para cumplir el piadoso deber de cuidar á un hermano enfermo y decrepito, y éste, octogenario, fué quien le cerró los ojos al morir.

XVII

Han trascurrido cuatro años desde los sucesos antecedentes.

Muerto D. Servando, perteneciendo á un nuevo propietario la quinta de Fuente Cantos, continuando envuelto en el misterio la causa sobre el asesinato de la Vizcondesa de Sorel, bien así como otras muchas célebres; lo probable es que en aquel rincón de Extremadura sólo se recordaran vagamente los extraños acontecimientos ya narrados.

Por un motivo ignorado, quizá por referencia de algun viajero, se dijo que Cleto habia pasado á Ultramar con objeto de hacer fortuna, y que la sobrina de la Vizcondesa estaba establecida en Madrid ó en alguna otra importante ciudad del Reino.

Con efecto, en Barcelona, en una casucha de vecindad situada en la plaza del Beato Oriol, vivia una jóven envejecida, á quien sus convecinos llamaban *la militar*, porque se decía que era huérfana de un general, la cual, á poco tiempo de establecerse allí, comenzó á dar pábulo á la chismografía del barrio por su género de vida y por sus rarezas.

No podía calcularse su edad con exactitud; pues si bien sus ojos tenian un brillo juvenil, su cutis amarillento y apergaminado presentaba el aspecto de la vejez. Era de corta estatura y de extremada delgadez, tosía frecuentemente, y su voz cavernosa hacia presentir alguna lesion en el pecho.

Usaba siempre un mismo traje: vestido negro de lana, pañuelo grande de idem y otro á la cabeza de los llamados de yerbas, todo esto muy deteriorado y lleno de manchas.

Habitaba en un cuarto del segundo y último piso de la casa, que tenia una ventana que daba al patio. Nadie entraba en su miserable vivienda, y sólo algunos vecinos curiosos, al atravesar el corredor, habian entrevisto, y esto muy raras veces, el mezuquino mueblaje de aquel zaguami.

Á principios de cada mes el cartero traia una carta certificada, y sólo por él se supo que *la militar* se llamaba doña Eulalia Alcaraz; pues ella se limitaba á saludar muy de paso á las personas que encontraba al subir ó bajar la escalera.

Una hora despues de amanecer, salia de su cuarto llevándose la llave; compraba pan, queso y algunas veces fruta, en una tienda al lado de su casa, llenaba un cántaro pequeño en la fuente de vecindad que hay en la plaza, y volvía á encerrarse en su habitacion hasta el dia siguiente.

Á la caida de la tarde solia vérsela sentada á la ventana, cosiendo ó las más de las veces leyendo.

Estos tipos extravagantes y retraidos no son tan raros en provincia, pero *la militar* daba más ocasion á los comentarios, pues se suponía que como huérfana de general debía percibir una pensión que la permitiera vivir con más holgura y decoro.

Una cosa, sobre todo, no le perdomban las devotas del barrio: nunca, ni en los dias festivos, entraba en la iglesia que habia en frente de su casa.

XVIII

De dia en dia veíasele envejecer y arrugarse más. Sus tos era casi continua, el brillo de sus ojos se iba amortiguando, y al subir cada mañana sus provisiones y su cántaro de agua, descansaba más veces en la escalera.

Los que la encontraban ó veian asomada á la ventana, notaron que hacia gestos y monoteaba, como si hablara consigo misma; y la vecindad, que ya la habia calificado de *amara*, añadió á este epíteto el de *loca*.

Una mañana de invierno (si puede decirse que hay invierno en Barcelona) *la militar* no salia de su cuarto, según tenia por costumbre.

Los vecinos del patio lo extrañaron, así como tambien el tendero, en cuyo almacén solia comprar; pero nadie se preocupó: seria pereza, seria una nueva extravagancia, una mutacion de horas; cualquier cosa.

Supusieron que saldría más tarde, pero no salió.

Esperaron verla antes de anoecer á través de los vidrios de su ventana, pero nada vieron.



UN REFUGIO, dibujo por Giacomelli



HA PLAZA, dibujo por Hoyer

Durante el día, algunas vecinas curiosas habían escuchado a su puerta, mas no llegó a sus oídos ni el más ligero rumor.

Aunque en la casa estaban habituados a las rarezas de la *militara*, la noticia de aquel encierro tan prolongado corrió por la vecindad produciendo cierto sobresalto.

A las ocho de la noche, después de haber vuelto a escuchar, llamaron a su puerta repetidas veces, pero nadie contestó.

Hubo un consejo de vecinos y determinaron dar parte al inspector del distrito, el cual se presentó con algunos agentes; y habiendo golpeado inútilmente a la puerta de la *militara*, mandó descerjarla y penetró en la habitación.

El mobiliario de ésta era lamentable: se reducía a dos armarios pequeños, tres sillas de paja rotas, una mesa coja y un cofre grande viejo.

En un rincón del cuarto había un catre de tijera con un jergón, y al lado dos mantas agujereadas, tiradas o caídas en el suelo.

Sobre la cama estaba tendida la *militara* vestida, calzada, inmóvil y al parecer muerta.

Un médico, a quien se hizo avisar, declaró la defunción, que según él, databa de muchas horas.

Una vecina piadosa se ofreció a amortajarla con un hábito de San Francisco, y obtenido permiso del inspector, comenzó a practicar su caritativa faena, ayudada por algunas mujeres.

Entre tanto, el representante de la autoridad, los agentes y varios vecinos se habían salido al pasillo.

A poco tiempo oyeron exclamaciones de asombro y una de las mujeres que amortajaban a la difunta vino a avisar al inspector.

Doña Eulalia Alcaraz, la *militara*, era un hombre.

Aquel ser tan miserable, que quizá había muerto de hambre, tenía debajo de los harapos que lo cubrían joyas magníficas conjuadas de brillantes.

El inspector, estupefacto, no atreviéndose a resolver por sí mismo, hizo reponer la cerradura, cerró y selló la puerta de la habitación y, dejando dos vigilantes, fué en persona a dar parte al Gobernador.

Algunas horas después se hizo el registro de aquella, en presencia del Secretario del Gobierno civil.

XIX

Primeramente procedieron al reconocimiento del cadáver, el cual tenía tres pulseras en el brazo izquierdo y dos en el derecho, formadas de oro y piedras preciosas entre las que abundaban los brillantes; un collar de gruesas perlas que reinataba en una magnífica cruz de diamantes; y en derredor de la cintura, a raíz de la carne, una canana estrecha de cuero, llena de monedas antiguas de oro de valor de cuatro duros, que ascendían a la cantidad de sesenta mil reales.

Al mover el cuerpo notóse que las dos sucias y haraposas almohadas sobre las que descansaba la cabeza, estaban fuertemente cosidas a la tela del jergón, cuya particularidad hizo que fuesen registradas, hallando en ellas, entre rellenos de lana y trapos, un sinnúmero de monedas de oro y muy especialmente millares de duros de dicho metal; todo por valor de doce mil y tantos duros.

El cofre y los dos armarios que había en la habitación estaban cerrados, pero encontradas las llaves, que el cadáver tenía pendientes del cuello por medio de un grueso cordón de seda, fueron abiertos también registrados.

El cofre contenía algunos libros y muchos papeles referentes a doña Eulalia Alcaraz, documentos de herencia y de propiedad, fees de defunciones y de bautismo, escrituras de venta, etc., etc.

En un doble fondo, y también en oro, había además otros veintitantos mil duros y una docena de cuchillos de plata.

Abierto uno de los armarios, halláronse doce tazas y platillos de plata, que sin duda completaban un juego de café, y unos cuantos montones de duros y de pesetas.

Pero el asombro de los registradores llegó a su colmo cuando abrieron el segundo armario. Era éste como de dos metros de alto, no tenía compartimientos, y en él sólo había una figura de talla, que parecía arnada de algún antiguo retablo y que representaba el diablo con todos sus repugnantes atributos, sin que faltaran los cuernos, la cola y las pezuñas.

El príncipe de las timbales tenía a sus pies un Cristo yacente, que no pertenecía a la escultura, sino que había sido agrupado a ella por una mano impia; y apoyado en el brazo derecho, un papel escrito, al que no es posible dar nombre, pues sólo revela una de las innumerables fases de la perversión humana.

Aquel papel incoherente, era una pesadilla, una aberración, un delirio...

Decía así:

«Lucifer, portador de la luz, Luzbel, que lleva un astro en la frente, Satanás, condenado al fuego, ¿sí existes, qué me importan tus nombres?»

«Existes, sí; la maldad humana me lo prueba; además, yo te siento en mí.

«Tú eres el espíritu del mal, del que vive la tierra; la síntesis de la creación; la explicación del destino del hombre suado al trabajo, a la miseria y a la muerte.

«Padre de los gusanos de la carne putrefacta, yo te saludo.

«¡Cuánto te adoro! ¡Con qué fruición me postro ante tí todos los días y beso tus pezuñas!

«Ese pedazo de palo que he puesto a tus plantas, representa todos los delirios de la humanidad abyecta y servil, de esa humanidad que bendice sus tormentos, que

lame su cadena, y que más baja que el esclavo, no se atreve a maldecir mentalmente a sus verdugos.

«Satanás, espíritu del mal; ¡cuánto bien me has hecho! Nací ilota y tú me inspiraste la rebelión.

«Mis días han sido felices y lo será después de la muerte. Temo la nada y casi deseo morir, porque presiento el divino horror que producirá este homenaje hacia tí, que dejo escrito.

«He deseado hacer mayor mal y no me he atrevido; el verdugo hubiera aniquilado mi vida y con ella mi pensamiento; y yo quería pensar en el mal hecho, pensando a la vez en tí.

«No me quejo de la parte que me ha cabido secundando tu misión. Tenía ansia de sangre y la he derramado por dos veces; experimentando sed de oro y he robado dos fortunas; morí teniendo por mortaja ese metal por el que delirán los hombres. Tú me inspiraste la concupiscencia de la carne y la he saciado en la mujer deseada; ha sido mía hasta después de su muerte; pues usurpando su nombre, la estoy robando todavía.

«Gracias, Satanás, bendito seas he saboreado el címen en distintas sensaciones; todos mis deseos están colmados, gracias a tí.

«¡Ah! Todos no, quisiera ser tan inmortal como el mal, para hacerle; y mi cuerpo se va aniquilando, y la muerte, esa infame que abre las puertas del mular del mundo, pronto las abrirá para mí. Dentro de poco seré impotente; pero me conforta la idea de que tú existirás siempre, y que tu semilla no se extinguirá en la tierra.

«He pensado una infamia antes de morir y si la muerte no me sorprende, la llevaré a cabo. Vivo entre un rebato inmundo de miserables apegados a la vida; haré que mueran conmigo, abrasados, convulsos de dolor; la hoguera que les destino lo consumirá todo, su carne y sus huesos, los míos, y hasta tu imagen cuya adoración ha sido la gloria de mi existencia.»

XX

Imposible sería expresar el horror que los precedentes renglones causaron en cuantos los leyeron. En ellos se revelaban crímenes consumados, y proyectos de otros, basados en el incendio de la casa en que murió aquel miserable ser; proyectos que afortunadamente debió estorbar una muerte imprevista.

El extraño escrito, sin duda por no estar terminado, no tenía al pie nombre ni firma.

Un segundo registro en los papeles, más minucioso que el anterior, no dió luz alguna; pues todos ellos sólo eran referentes a doña Eulalia Alcaraz y a su familia.

Sin embargo el hecho era tan extraordinario, que excitó el interés de la justicia.

A fuerza de tiempo y de tenaces pesquisas se identificó el cadáver, y por inducción se reconstruyó la indagatoria del crimen del asesinato de la Vizcondesa de Sorel, indudablemente perpetrado por Cleto; mas nada pudo saberse respecto a Eulalia, cuyo nombre y estado civil había usurpado el infame servidor.

El triple delito de muerte, robo y violencia, que se deducía del extraño papel encontrado en la vivienda de Cleto, aunque existe proceso abierto, todavía continúa envuelto en el misterio.

El dinero y alhajas halladas, siguen en depósito, y hasta la presente nadie se ha presentado a reclamarlos.

El facultativo llamado a reconocer el cadáver de Cleto que es un distinguido médico alienista y que conoce el escrito dejado por aquel, en la segunda edición de su tratado sobre *La evaginación mental*, ha añadido a la nomenclatura ya conocida una nueva manifestación de la demencia clasificada con el nombre de *Fanatismo del diablo*.

RAMON MARTINEZ DE FUENSANTA

LA FERIA.

—Pues ya han llegado las fieras, los cómicos, los novillos, los fenómenos y está el pueblo lleno de forasteros.

—Eso, eso, que vean que hay alegría y orden hermano con ella y correlativamente y que sepan que el alcalde no se duerme en las pajas y sabe gobernar.

Esto decía el interesado, constando al alguacil que era quien le avisaba de la llegada de todos los *personajes* anteriormente indicados.

En seguida empezaron los cohetes, y la banda ó bandada de profesores de viento, esto es, de profesores en instrumentos de metal, recorría las calles esparciendo fantasías sobre motivos de zuzuela y walses un tanto alemanes.

Los fenómenos ó filónomas, como los denominaba el alcalde, á despecho del maestro de escuela, eran verdaderamente notables, y hubieran excitado la curiosidad pública no ya en aquel pueblecillo sino en una capital de provincia.

En un corral habían establecido el Museo.

«A perro chico la entrada, y con opción á hablar con los fenómenos, á perro grande.»

Así anunciaba el cartel, y al mismo tiempo el programa de la función.

«Primero.—Música por todos los señores fenómenos.

«Segundo.—*La mujer pantera*, hermoso ejemplar procedente del Aquarium de Nueva York y del Jardín de plantas de París, y viuda de un cacique indio.

«Fue aprehendido por un general del segundo Imperio.

«Ofrece la particularidad de tener la piel con manchas como las de la pantera, y en la espina dorsal tiene largas cerdas.

«Tercero.—*El hombre oso*, con todo el cuerpo *esizado*

de pelo como los osos auténticos. Procede del museum Barnum de Nueva York, y ha sido cazado por un tourista (torero) en los bosques de la Virginia.

«Cuarto.—*La mujer de fuego*, de M. Belot, que barnizada con petróleo é incendiada todas sus ropas, resiste por espacio de quince minutos, sin quemarse.»

Y uno de los fenómenos con cuatro brazos, tocaba dobles en un tambor; y gritaba:

—¡Adelante, caballeros! Los fenómenos como la muestra, un perro chico; y hablando con nosotros, un perro mayor.

No faltaba en el público quien dijera:

—No doy yo por todos vosotros ni tan siquiera un perro recién nacido, haraganes.

Pero el corral se llenó de gente y los fenómenos recorrieron más de cinco duros en tres funciones.

Los fenómenos eran notables en su clase.

La mujer pantera tenía al descubierta los brazos y las piernas, hasta los límites permitidos por el pudor.

¡Así manchas parecían naturales, y los señores del público, incluso el cuerpo municipal, juraban no haber visto caso semejante.

Ella saltaba imitando á las panteras, y la cara no la veía, porque en clase de feas era de las más, y no carecía de semejanza con una fiera, aunque desconocida por los naturalistas.

Aullaba y frigía enfurecerse, y el caballero que la mostraba al público, decía:

—No exasperarla, porque es capaz de devorar á cualquiera.

—¿Y desde pequeña es así?—preguntaba alguno.

Y el domador respondía:

—No; era una criatura hermosa, pero la robaron unos bandidos y la soltaron en una selva y se volvió como la ven Vds.

—¿Y habla?

—Poco y en inglés, y nadie la entendería en el pueblo.

—Pues es como si no hablara,—replicó el alcalde.

Algunos concurrentes maliciosos creyeron que aquellas manchas eran pintadas, pero el domador les convenció de su error, diciendo:

—Si fueran pintadas, ¿cómo habrían de ser naturales?

Y el alcalde, el primero, afirmó:

—Es verdad, dice bien.

Y quedaron convictos los incrédulos.

El hombre oso parecía efectivamente un animal, más ó menos oso.

Le mostraba al público una señorita domadora, muy parecida á la jéven-pantera, en opinion del maestro de escuela y de otros espectadores.

Ella manifestó que era hermana, aunque no se habían educado juntas.

Y el público no vió cuánta era la semejanza entre el domador de la pantera-señorita y el oso; porque más le habría extrañado esta segunda coincidencia.

—Sorprendido en los hielos del Polo Norte,—decía la domadora,—obedece á mi voz y baila, como verán los ilustrados espectadores que nos honran con su asistencia.

Y luego gritaba:

—¡John! ¡a bailar!

—Y el oso bailaba.

—He oído,—objetó el boticario,—que los osos del Norte son blancos.

—Sí, señor,—replicó la domadora,—pero cambian de color cuando vienen al Mediodía.

—¿Y qué rareza!

—Parece un hombre y no lo parece,—repetía muy pensativo el alcalde.

Y después añadía:

—¡No sabe uno en qué va á venir á parar en este mundo!

La mujer de fuego produjo verdadero entusiasmo en la muchedumbre.

Cuando levantaron la cortina, apareció ya ardiendo, con la cara cubierta y metida en un saco.

—¡Basta! ¡basta! ¡que se va á freír!—gritaba la concurrencia.

Corrieron la cortina y algunos segundos después se presentó la domadora del hombre-oso, á manifestar su reconocimiento al público por los aplausos que le tributaban.

—¿Es V. la mujer que arde?

—Yo misma,—respondió al alcalde la domadora.

—¿Y no se quemó V. ni nada?

—Ya lo ve vucencia,—contestó la señorita.

—Parece eso á modo de brujería y estoy tentado por soplar á todos estos títeres en la cárcel.

Pero los consejos de las personas cultas y el buen efecto que el tratamiento de «vucencia» había producido en el ánimo de la primera autoridad del pueblo, salvaron á los fenómenos de un disgusto grave.

—Con los que no he de tener piedad,—dijo el alcalde,—ha de ser con los cómicos: en cuanto se escurren...

«¡Pobrecillos! tampoco la falta el público, porque no pudieran dar función por falta de ingresos en el despacho de billetes.

Ocurrió lo que les había pronosticado el posadero:

—Venir aquí á buscar dinero! y habiendo ya otros fenómenos tan guenos en el corral de la señá Liná! Tiempo perdido. No sacan Vds. ni media peseta.

Y que eran más listos los otros fenómenos, como decía el posadero.

Como que, llegada la noche, y para librarse de pagar el gasto que habían hecho en la posada, reunieron todos sus equipajes, que los llevaban «la mano», y salieron precipitadamente gritando:

—¡Fuera! ¡fuera! ¡déjenlos que muerden!
Era que escapaban la pantera y el oso, y nadie se atrevió a salirles al paso.
Así es que en su casa no ha vuelto á recibir el posadero á *Felomeno* alguno, y cuando le hablan de ellos se irrita.
En el pueblo le conocen desde aquella burla, por el mote de *El tío Felomeno*, pero no habría quien se atreviera á decirlo en sus barbas, porque sería capaz el posadero de reventar al chusco que lo hiciera.
El alcalde no ha podido explicarse aún, si *la mujer de fuego* era mujer ó pelele.
Y es que á los hombres más grandes suelen dar que pensar las más insignificantes trivialidades.

EDUARDO DE PALACIO

NAVEGACION AÉREA

Aparatos más pesados que el aire

El problema de la navegación aérea que tanto preocupa al público desde los experimentos de Chalais Meudon y del taller aerostático de Auteuil, ha sido también causa de que en la actualidad se reproduzcan todas las cuestiones que tienen relación con la navegación aérea y entre ellas la de los aparatos *más pesados que el aire*, dignos en verdad de estudio y discusión.

El hábil constructor M. Victor Tatin ha publicado con este motivo un artículo en una de las más acreditadas revistas de París, del cual creemos oportuno reproducir los principales párrafos, por las curiosas noticias que contiene acerca de los aparatos en cuestión.

De tres modos se ha buscado, dice M. Tatin, la solución científica del problema: valiéndose de helicópteros ó grandes hélices de ejes verticales; de la imitación del vuelo de las aves, y finalmente, de los aeroplanos ó cometas, dirigidas por hélices de ejes horizontales.

Helicópteros.—El primer helicóptero que pudo sostenerse ó elevarse á los aires lo construyeron Lano y Bienvenu en 1784, en cuya época lo presentaron en la Academia de Ciencias; un arco de ballena le proporcionaba la fuerza motriz necesaria. Pero como no se había dado, ni con mucho, con una solución práctica, trascurrieron más de tres cuartos de siglo sin que dicho aparato recibiera per-



EL HONO DE LA CARIDAD

fecionamiento alguno. Entonces fué cuando el ingenioso experimentador A. Penaud lo modificó acertadamente reemplazando la ballena con un hilo de goma ó cautchuc retorcido, habiendo dado aquel aparato un resultado tan superior al primitivamente obtenido, que se le pudo con-

siderar como un invento nuevo; si bien debe considerarse que, á pesar de los esfuerzos de Penaud y de otros experimentadores, fué imposible sacar algún resultado práctico del helicóptero, y la pequeña máquina no pasó de ser un juguete curioso.

En la figura 1 representamos uno de ellos. Bajo la acción del resorte de cautchuc, la hélice gira y remonta el juguete á algunos metros de altura.

El único aparato de este género que se ha construido desde entónces y que haya dado un resultado de alguna importancia es el helicóptero de M. Forlanini. Hízose el ensayo en escala algo mayor; se sustituyeron los resortes con una maquina de vapor muy ligera, cuya caldera consistía en un recipiente lleno de agua á elevada temperatura. El aparato pesaba en su conjunto tres kilogramos y se remontaba al aire cuando la máquina desarrollaba la fuerza de un cuarto de caballo de vapor, ó sea un caballo por doce kilogramos de peso. A pesar de todo el interés que ofrece semejante experimento, no puede dejar de observarse que el peso disponible era bien exiguo relativamente al considerable trabajo exigido á la máquina; y no obstante el parecer contrario de muchas personas, demostraremos sin dificultad que con la hélice se pueden obtener efectos mucho más favorables. Los experimentos en que nos basamos se hicieron con hélices que, por su construcción misma, no tenían el máximo de fuerza de sostén, ni estaban construidas, como las de M. Forlanini, teniendo en consideración un retroceso de 100 por 100.

En efecto, se ha de estudiar rigurosamente toda hélice, teniendo ante todo en cuenta el objeto á que se la destina; así es que como en el helicóptero la hélice es al mismo tiempo un plano de sostén, se la debe asimilar á una superficie que se mueve horizontalmente y en la cual por consiguiente la resistencia al movimiento sea á la fuerza elevadora como el seno es al coseno del ángulo formado por este plano con el horizonte. Si se construyera pues esta hélice de paso suficientemente corto y de superficie considerable, se podría, teóricamente hablando y llevando las cosas al extremo, levantar un peso indefinido con la fuerza mínima; á lo cual sólo pondrían limitación las resistencias pasivas y los frotamientos.

Cuando por el contrario, una hélice está destinada á tener cierta traslación en el sentido de su eje en lugar de



UN RECONOCIMIENTO POR LOS INGLESES EN EL SUDAN, dibujo por R. O. Woodville



Fig. 1.—HELICÓPTERO

permanecer inmóvil ó poco ménos, se le puede dar un paso más largo, porque entonces funciona en el aire bajo un ángulo tanto menor cuanto menor es también el retroceso, con lo cual se encuentra en tan buenas condiciones como una hélice de paso muy corto cuyo retroceso fuese de 100 por 100. Suponemos que los retrocesores de la hélice no han comprendido esta condición.

Sea de ello lo que quiera, parécenos que el sistema helicóptero tiene muy poco povenir, á causa de la extraordinaria ligereza que sería preciso dotar á construcciones inmensas cuyas partes estarían en su casi totalidad en movimiento. Además, cabe dudar que velocidad de traslación se obtendría, porque aquí sólo se podría emplear un medio, el de inclinar los ejes de rotación de las hélices: valerse de hélices secundarias sería indudablemente una complicación con relación al uso del aeroplano. Aparte de esto, ¿cuál sería la inmovilidad relativa de la barquilla suspendida de los ejes de dos hélices que giraran en sentidos contrarios? Cuestiones son estas que todavía no han tenido solución.

Aves mecánicas.—Al hombre ha debido parecerle siempre la imitación de la naturaleza el medio más racional de resolver artificialmente los problemas que merced á dicha imitación ha resuelto; y tenemos una prueba de ello en algunas fábulas mitológicas cuyo origen se ha perdido en la oscuridad de los tiempos. Ninguna de las tentativas hechas posteriormente ha dado un resultado positivo y hoy no estamos mucho más adelantados que en la época de Arquitas de Tarento.

Débase asimismo á A. Pénaud los primeros resultados importantes obtenidos en esta vía, la más ardua que pueda escogerse para que tengan feliz éxito los aparatos más pesados que el aire, y aquella en la cual más atraso se nota. Cuando Pénaud logró hacer volar un aparato diminuto valiéndose del caucho retorcido, este experimento excitó mi emulación y quizás fué yo uno de los experimentadores más empeñados en perseguir un resultado definitivo. Muchos años duraron mis investigaciones, durante los cuales construí un crecido número de aves mecánicas de todos pesos y tamaños, desde 6 decigramos hasta más de un kilogramo, dándoles en este último caso más de dos metros de punta á punta de ala. Siempre apli-

qué el resorte de caucho á los modelos más pequeños; pero varíé hasta lo infinito la forma y extensión relativa de las alas, y el número y amplitud de los alerazos; comparé las ventajas y los inconvenientes del uso de alas de aves ó de quirópteros, y obtuve por fin resultados á los que nadie ha podido llegar, pero siempre empleando una gran fuerza, poco en relación con el efecto conseguido. En seguida quise conocer todo lo exactamente posible el valor de este consumo de fuerza excesivo, construyendo máquinas de aire comprimido destinadas á sustituir al caucho, aparatos que fueron los mayores de cuantos he sometido á prueba y merced á cuya extraordinaria ligereza pude dotar á un ave mecánica de hasta casi diez veces su peso en kilogramos por segundo.

Después de innumerables modificaciones y reconstrucciones totales ó parciales, los resultados fueron tan menguados que tuve que desistir de la lucha, á lo ménos por este camino. ¿Quiere esto decir que el ave mecánica sea una máquina de imposible realización? No: no debo deducir de mis tentativas frustradas que no se pueda hacer cosa mejor; pero tampoco induciré á nadie á que lo intente con objeto de conseguir un resultado práctico en aeronáutica. Los movimientos sobrado complejos del ala de un ave durante su vuelo son muy difíciles de imitar, y si la naturaleza se ha valido de ellos, es porque los órganos de estos seres no podrían prestarse útilmente á otros movimientos más sencillos de los cuales dispone la mecánica, por ejemplo, el movimiento rotatorio. Quizás se suponga, en todo caso, que he sido un mal mecánico: contra esto no tengo nada que decir, pero de lo que sí he llegado á convencirme, á fuerza de tiempo y de dinero, es de que la imitación de la naturaleza no tiene más interés que hacernos comprender mejor los medios que ha empleado. Creo inadmisiblemente construir un ave mecánica para aplicarla á la navegación aérea, del mismo modo que á nuestros padres no se les ocurrió construir la locomo-

miento de traslación unas hélices propulsoras. Nadie que yo sepa, había obtenido buenos resultados de los aeroplanos antes que Pénaud, el cual empleó también el caucho retorcido para poner en movimiento estos pequeños aparatos tan sorprendentes por la sencillez de su mecanismo. Por desgracia, este ingenioso experimentador tan sólo ha construido tipos de aeroplanos de reducidas dimensiones, pues la muerte debió impedirle que los realizase en grande escala.

Hacia la época en que Pénaud adoptaba definitivamente el aeroplano como el método más á propósito para dar resultados prácticos, continuaba yo estudiando aparatos basados en la imitación del vuelo de las aves. Abrí por fin los ojos á la evidencia, y penetré en la vía que desde entonces no he cesado de seguir. No tardé en felicitarme del cambio, por cuanto, ya desde mis primeros ensayos los resultados fueron satisfactorios.

Construí un pequeño aeroplano de unos 7 decímetros cuadrados de superficie remolcado por dos hélices que giraban en sentido contrario: el motor era una máquina de aire comprimido análoga á una máquina de vapor cuya caldera estaba reemplazada por un recipiente relativamente grande y de 8 litros de capacidad; no obstante del poco peso de que me era dado disponer, conseguí dotar á este recipiente de la solidez suficiente para que pudiera resistir, al probarlo, más de 20 atmósferas; en mis experimentos la presión jamás ha pasado de 7, y su peso no era más que de 700 gramos. La maquina, que desarrollaba una fuerza motriz de 2,6 kilogramos por segundo, pesaba 300 gramos, y por último, el peso total del aparato, montado sobre ruedecillas, era de 1750 kilogramos (fig. 2); todo este conjunto se remontaba con la velocidad de 8 metros por segundo, aunque las resistencias inútiles fuesen casi iguales á las motivadas por la abertura del ángulo formado por los planos con el horizonte. Hízose la prueba en 1879 en el establecimiento militar

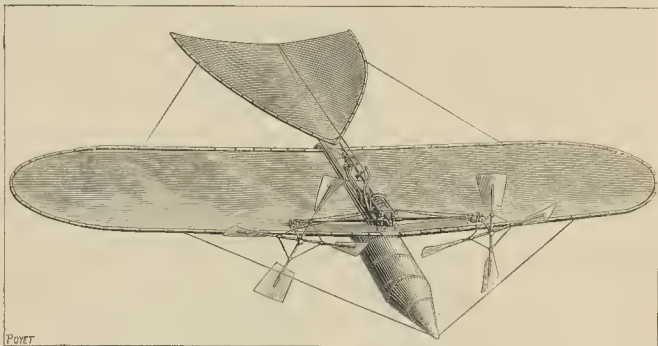


Fig. 2.—AEROPLANO DE VÍCTOR TATIN CON SU MOTOR Y SUS HÉLICES

tora sobre el tipo de la liebre ó del antilope para imitar la ligereza de estos animales.

Aeroplanos.—Designase con este nombre unos aparatos de invención reciente, pues el primer proyecto racional que de ellos se publicó es el de Henson, y sólo data de 1842. El tipo por él presentado es el que siempre se ha reproducido después.

El principio de este aparato consiste en mantener en el aire un gran plano al que comunican un rápido movi-

miento de traslación unas hélices propulsoras. Nadie que yo sepa, había obtenido buenos resultados de los aeroplanos antes que Pénaud, el cual empleó también el caucho retorcido para poner en movimiento estos pequeños aparatos tan sorprendentes por la sencillez de su mecanismo. Por desgracia, este ingenioso experimentador tan sólo ha construido tipos de aeroplanos de reducidas dimensiones, pues la muerte debió impedirle que los realizase en grande escala.

Hacia la época en que Pénaud adoptaba definitivamente el aeroplano como el método más á propósito para dar resultados prácticos, continuaba yo estudiando aparatos basados en la imitación del vuelo de las aves. Abrí por fin los ojos á la evidencia, y penetré en la vía que desde entonces no he cesado de seguir. No tardé en felicitarme del cambio, por cuanto, ya desde mis primeros ensayos los resultados fueron satisfactorios.

Construí un pequeño aeroplano de unos 7 decímetros cuadrados de superficie remolcado por dos hélices que giraban en sentido contrario: el motor era una máquina de aire comprimido análoga á una máquina de vapor cuya caldera estaba reemplazada por un recipiente relativamente grande y de 8 litros de capacidad; no obstante del poco peso de que me era dado disponer, conseguí dotar á este recipiente de la solidez suficiente para que pudiera resistir, al probarlo, más de 20 atmósferas; en mis experimentos la presión jamás ha pasado de 7, y su peso no era más que de 700 gramos. La maquina, que desarrollaba una fuerza motriz de 2,6 kilogramos por segundo, pesaba 300 gramos, y por último, el peso total del aparato, montado sobre ruedecillas, era de 1750 kilogramos (fig. 2); todo este conjunto se remontaba con la velocidad de 8 metros por segundo, aunque las resistencias inútiles fuesen casi iguales á las motivadas por la abertura del ángulo formado por los planos con el horizonte. Hízose la prueba en 1879 en el establecimiento militar

de Chalais-Meudon. El aeroplano, sujeto con un cordel al centro de una plataforma circular de madera, daba vueltas al rededor de la pista, y pudo remontarse al aire y á un pasar una vez por cima de la cabeza de un espectador (fig. 3).

En vista de este resultado, he formado el proyecto de estudiar con este aparato las ventajas ó los inconvenientes del uso de planos más ó ménos extensos, de ángulos más ó ménos abiertos, y por último de velocidades diferentes en cada caso; pero no me lo permitió la escasez de mis recursos y he debido contentarme con indicar el programa de mis experimentos sin poder realizarlo por mi mismo.

El experimento de que acabo de hacer mención corrobora mis previsiones, y hoy creo poder trazar las principales líneas de un aeroplano sin temor de incurrir en grave error. En un aeroplano, lo mismo que un globo, la resistencia á la traslación crece como el cuadrado de la velocidad; y por consiguiente la fuerza motriz deberá también crecer como el cubo de esta velocidad; pero como, para un ángulo dado y que se supone invariable, el empuje de sostén y la resistencia á la traslación estarán siempre en la misma relación, el peso disponible aumentará con el cuadrado de la velocidad, de suerte que acerca de este punto se tienen más ventajas que con el uso de los globos.

En cambio hay que notar que con el sistema aeroplano, las grandes construcciones sólo proporcionarán la ventaja de poder obtener motores relativamente más ligeros y más económicos.

Es indudable que los primeros ensayos que se pudieran hacer con aeroplanos serían de corta duración. Tengamos pues desde luego aspiraciones modestas. Si conseguimos que una máquina aérea funcione solamente una hora, media hora siquiera, con la velocidad de quince metros por segundo, el progreso realizado será inmenso, y áun pudiéramos decir que el problema quedará enteramente resuelto. Dado este primer paso, no dejarán de venir los perfeccionamientos que indique la experiencia; los motores nuevos serán objeto de investigaciones seguramente fecundas, y la humanidad se encontrará por fin en posesión del ingenio más poderoso de cuantos ha podido imaginar.

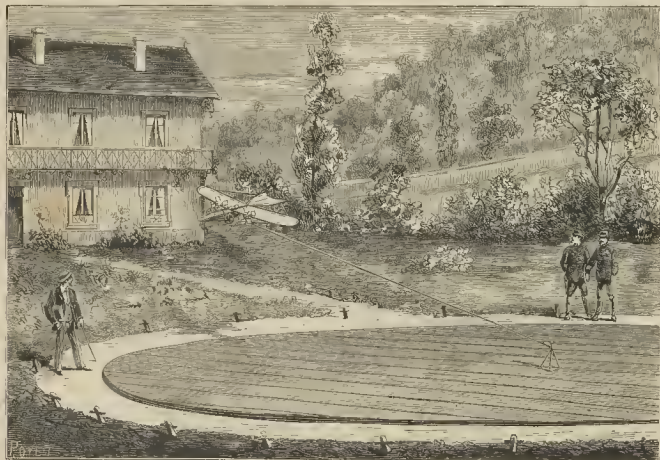


Fig. 3.—EXPERIMENTO DEL AEROPLANO DE VÍCTOR TATIN, EJECUTADO EN 1879 EN LOS TALLERES MILITARES DE CHALAIS-MEUDON



AÑO III

← BARCELONA 8 DE DICIEMBRE DE 1884 →

NÚM. 154



DOS VAMOS NIÑOS, cuadro por Lotvitz

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA CIUDAD DE LOS CÉSARES, por don A. Blanch.—EL BUEN EJEMPLO, por don R. de Campomanor.—TIPOS CONTEMPORÁNEOS, por don Fernando Aranzajo.—EL PORROKACA, por don E. Benot.

GRABADOS.—DOS VECES NIÑOS, cuadro por Loivitz.—GRUPO DE AMORCILLOS, por Hans Makart.—POBRE CIEGO cuadro por Leopoldo Cárlos Müller.—MERCURIO, estatua por Sellier.—LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS EN EL CONGRESO DE BERLIN.

NUESTROS GRABADOS

DOS VECES NIÑOS, cuadro por Loivitz

Hay una edad feliz en que se vive del presente, y hay otra edad en que se vive de los recuerdos del pasado. El niño y el anciano tienen muchos puntos de contacto; aquel es autoritario y despótico como puede serlo el viejo más impetuoso y reñagón; éste es algo bullicioso é imprudente como un colegial mal vigilado ó un mayorazgo educado en la convicción de su superioridad. Las travessuras de los niños y de los viejos revisten á menudo una forma común: la diferencia más esencial entre unas y otras es que las de los niños se cometen á la luz del día y las de los viejos de una manera recatada y vergonzante.

Así los de nuestro cuadro se han refugiado en el lugar más oscuro y retirado del meson, en donde unas cuantas libaciones han dado al traste con la respetabilidad que los años imprimen. Niños y ancianos son iguales ante los vapores del alcohol que ascienden del estómago al cerebro. No de otra suerte se explica la actitud de ese imprevisto trovador, á quien el cazo sirve de laúd, y que sin duda recuerda á sus compañeros alguna escena de los tiempos pasados, aquellos tiempos que siempre nos parecen mejores por la sencilla razón de que los mejores cramos nosotros.

Esta composición está llena de vida y de verdad; el personaje del cazo es un modelo en este género; Teniers pudiera hacerlo suyo sin reparo y áun poner su firma al pié del cuadro. El huésped y el posadero no desdicen ciertamente, y el grupo produce agradable efecto, contribuyendo al conjunto los detalles todos, dibujados con singular acierto.

GRUPO DE AMORCILLOS, por Hans Makart

La temprana muerte del gran pintor de Viena ha hecho doblemente interesantes sus obras. Nuestra ILUSTRACION ha publicado varias de ellas, y á su vista hay que reconocer con cuánta justicia le habían favorecido la gloria y la fortuna. El grupo de amorcillos que hoy reproducimos, es otra muestra del talento de Makart. Como asunto tiene escasa importancia: no hay que buscar en este cuadro la poderosa concepción de la *entrada de Cárlos V en Amberes ó la cacería en el Nilo*; pero esto mismo demuestra la flexibilidad de talento de nuestro artista, que así se prestaba á pintar la epopeya como el idilio. Virgilio no es ménos gran poeta cuando escribe la *Eneida* que cuando escribe las *Eglogas*, y el mayor mérito de un poeta y de un pintor quizás no consista tanto en hacer *mucho con mucho*, como en hacer *mucho con poco*.

Así en el grupo de amorcillos que hoy publicamos es de ver la acertada combinación de las figuras, su correcto dibujo, sus naturales actitudes, produciendo este cuadro el efecto de un ramillete de hermosas flores que, con ser hermosas no causarían la debida impresion, si un hábil jardinero no las agrupase de suerte que resaltarán sin esfuerzo su forma y sus colores.

[POBRE CIEGO] cuadro por Leopoldo C. Müller

Tiene este cuadro condiciones de arte verdaderamente excepcionales. Prescindiendo del lugar de la escena, que el autor ha demostrado conocer perfectamente; prescindiendo, asimismo, de la luz que esa escena baña, luz que, á haber dos soles, diríamos desde luego que no es la de nuestro páldo sol de Europa; prescindiendo del tipo de los personajes, estudio hecho á conciencia sobre un natural hábilmente escogido; prescindiendo, por último, de los ropajes, ejecutados con holgura recomendable; fijémonos en la figura principal, que es por cierto digna de un momento de contemplación especialísima. Ese rostro enjuto, falto del primero de los sentidos, es el rostro de un verdadero ciego, sin más expresión que la de la pena; rostro triste, sombrío, como es triste el día sin sol, el día sin luz. La mano que empuña el bastón lo hace con verdadera fuerza, como quiera que el ciego parece apoyarse en su palo aún mejor que en sus piernas; la mano derecha tienta la pared con esa inseguridad, que es una especie de miedo del vacío que ignora si donde piensa encontrar su sosten, encontrará el vacío. La inclinación del cuerpo, la vacilación en todos los movimientos, un conjunto perfectamente armónico, completan esta figura, que pudiera hacer por sí sola la reputación de un artista.

MERCURIO, estatua por Sellier

Para el sepulcro de uno de los Médicis esculpió Miguel Ángel una estatua de la *Noche*, de la cual dice un poeta, ponderando su naturalidad, que, de oír que la llamaran, habría de ponerse en pie.

Casi otro tanto puede decirse de la estatua de Sellier. Mercurio acomoda la última alá á su calcanear, y es tan natural su actitud de ir á tender el vuelo que, mientras le estamos contemplando, se nos ocurre que puede lanzarse al espacio, á poco que Júpiter toque el timbre de su despacho.

LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS en la Conferencia de Berlín

En los momentos actuales, en que los políticos, los geógrafos y las personas ilustradas de todos los países tienen la vista fija en el congreso reunido en Berlín con objeto de dilucidar y fijar de una vez para siempre los derechos que cada nación europea pueda alegar á la posesión de las distintas regiones africanas y más en especial á la de la costa occidental de este continente conocida con el nombre de Congo, creemos de toda oportunidad publicar los retratos de los representantes de cada una de dichas naciones congregadas en Berlín, puesto que de sus tareas ha de resultar confirmada la soberanía que estas alegan respectivamente á los citados territorios y por consiguiente establecidas definitivamente las bases de su predomnio y misión en aquellos casi desconocidos países.

Juzgamos inútil extendernos en detalles biográficos acerca de cada uno de sus representantes, por cuanto además de ser estos sobradamente conocidos, nuestro propósito queda cumplido dando á conocer sus respectivas fisonomías por medio del grabado.

LA CIUDAD DE LOS CÉSARES (I)

I

Trasladémonos con el pensamiento á unos tiempos ya bien distantes de nosotros.

Roma es todavía la señora del mundo.

Bajo el delicioso cielo de Italia, sentada en las márgenes del rápido y ondulado Tiber, se nos aparece, imponente por su grandeza y majestuosidad, la imperial dominadora cuyo poder se extiende desde los países que bañan el Rhin y el Danubio, hasta los desiertos del Africa, desde las llanuras del Eufrates hasta el píedago Atlántico.

Extraordinaria ciudad la ciudad por excelencia, mansion del sumo imperante, centro de todas las artes y de todas las ilustraciones, de todas las elegancias y de todas las riquezas, de todos los dioses y de todos los vicios!

Para los rudos é indomables habitantes de los capciosos bosques de España, de las Galias ó de la Germania, que contemplan ya con asombro la grandeza de las poblaciones marítimas ó interiores, aliadas de los romanos, embelecidas con elegantes templos, colosales anfiteatros, monumentales palacios, gigantescos acueductos, arcos, estatuas, todo á imitación de la capital del Imperio, ¿qué no ha de ser esta, mayormente despues de las descripciones con que más de una vez ha de habérselas entretenido.

Y ciertamente, Roma asombra y seduce á un mismo tiempo.

Al poner el pié sobre el espacioso puente de una de esas enormes naves romanas, que parecen despreciar el furor de las olas, apartándolas desdeshosamente con sus vigorosas bandas de remos, ó al colocarse sobre una de esas vías anchas, rectas, elevadas y sólidas que, de donde quiera, dirigen sin desvío á la soberbia ciudad, sientese desde luego el inculto súbdito, bajo la presión poderosa que todo lo avasalla, fascinado, supeditado, vencido.

Roma se aparece á todos, ya de cerca, ya en lontananza, siempre fuerte, siempre rápida y terrible en el heirt. Bien es verdad que dominando sobre ciento veinte millones de almas, no cuenta más que con un ejército de setecientos mil hombres, repartidos en veinticinco ó treinta legiones y cinco flotas; pero el eco de sus victorias vibra todavía, su nombre combate por sus soldados, y, en caso necesario, al tremolar en las alturas del Capitolio el rojo pendon que convoca á los infantes y el azul que llama á los caballeros, todo romano debe acudir á las armas en defensa del amenazado Imperio.

Vedla; allí se sienta sobre el suelo tierro del Lacio, suelo accidentado, modelado por las fuerzas ígneas que le han impreso un sello particular, cubriendo la campiña romana de esos productos volcánicos, pulverulentos ó sólidamente petrificados, de esas masas gigantes é irregulares de lava, merced á cuya ligereza han podido sustentarse sin gran pesadumbre las bóvedas inmensas de las termas de Caracalla y las más atrevidas y gigantescas construcciones que cubren el suelo romano.

Hacia la derecha del pintoresco valle del Tiber, desde la cumbre empinada del Mario, coronado de grandes cipreses que, cual sombra y dilatada ceja, se destacan en el azulado horizonte por encima de los montes Albanos, descubrirete las nevadas cimas de los Apeninos, hacia el nordeste; vereis el Tiber desprenderse de la ciudad en luminosa y prolongada cinta para ir á echarse en brazos del Mediterráneo, que centellea á lo lejos en dirección del Mediodía, mientras otras corrientes se abren paso por entre los desfiladeros de las montañas, cayendo en sonoras cascadas, ó deslizanse mansamente por entre flores y verdura, fecundizando por todas partes el suelo engendrador á la vez del hierro y del plomo, al que está todavía brindando el descuberto oriente con nuevas y valiosas conquistas.

Sobre las siete famosas colinas se levanta la soberbia Roma, conjunto de grandiosas construcciones y miserables tugurios. Por encima de esa desigual masa de piedras, deseculan aquí y allí desmesurados arcos de triunfo, atrevidas columnas, estatuas gigantescas, resplandecientes estufas; el Coliseo, lanzando su extraordinaria mole á una altura de más de ciento ochenta pies; el Foro con la inmensa columnata de sus pórticos sembrados de frondosísimos plátanos; el imponente Capitolio donde brillan á

los rayos del sol las doradas tejas de bronce que cubren el más rico y suntuoso de los templos; é infinitad de otras eminiencias, ceñido el todo por una ancha muralla debajo de cuyos arcos sombríos se albergan la miseria y la corrupción más abyecta, y por una multitud de arbabales extensos, amenas quintas, frondosos vergeles y elegantísimos templos que, como entre mármoles y verdor, lo tienen doblemente aprisionado.

Dentro de ese recinto casi circular, que podrá recorrerse en poco más de la tercera parte del día ó en la mitad, incluyendo los arrabales, se cobijan entre la estrechez summa y una holgura desmesurada, como uno y medio millón de habitantes, en las cuarenta y ocho mil quinientas casas que comprende, las dos mil grandes ó principales, y las restantes formando manzanas ó islas, distribuidas en catorce regiones y salpicadas de plazas, pomeiros, campos y jardines.

Rápido y cenagoso atraviesa buena parte de ese espacio el Tiber, tomando una anchura de más de trescientos cincuenta pies en las dos curvas que describe al ocultarse bajo la sombra de los monumentales edificios y frondosas alamedas y al reaparecer en las llanuras del hipódromo ó *Equiria* y el Campo de Marte. Siempre el abundante caudal de sus aguas, atravesado por sólidos y numerosos puentes, se ve cubierto de embarcaciones de utilidad ó de placer, que descienden ligeras ó remontan la corriente á remo y vela, ó remolcadas desde la orilla por sus mismos tripulantes, que no se olvidan de saludar respetuosamente a su paso la sagrada isla Tiberina, donde se levanta el templo dedicado á Esculapio.

Las calles por lo regular anchas, rectas y empedradas, están llenas en sus encrucijadas de fuentes, estatuas y bustos de emperadores y emperatrices, caudillos y gladiadores, y terminadas generalmente por obeliscos, cuando no forman parte de las grandes vías Sacra, Flaminia, Latina, Capena, Salaria, Aureliana, Tusculana, Praenestina y otras, hasta el número de quince, la primera de las cuales conduce á los triunfadores al templo de Júpiter en el Capitolio, por entre doble hilera de enormes elefantes que han de ser más tarde la admiración de los bárbaros del Norte; y las demás á la Germania, saliendo por la puerta Flaminia ó Flumentana hacia Rímini; á Nápoles y Brindis por la puerta Latina, á Capua por la puerta Capena, al país de los Sabinos por la Salaria á través de la Toscana, y en fin, á todas partes, hasta el corazón de los más apartados países sujetos al imperio de Roma, siguiendo siempre la línea más recta y por entre sepulcros y mausoleos, columnas y piedras miliarias.

Y en cuanto desputa el día por la cadena de azulados montes que domina el templo de Júpiter Lacial, ¿con qué majestad no se ofrecen á nuestra vista, dominando sobre un mar de techos cuadrados ó piramidales, los maticos y atrevidos remates de tantos monumentos como pueblan el espacio de arrebolados fantasmás, impasibles guerreros, crinosos y encabritados caballos, águilas volorosas y grandes masas informes, como acusando el dorado de algún titánico atleta, entre agudos y bruñidos hierros de lanza y bien cortados escudos, que resplandecen á los primeros fulgores de la mañana con el brillo aterrador del severo casco de los legionarios!

Aquí una puerta adornada con relucientes clavos de metal y tras de la que aulla el perro de presa encadenado al esclavo portero, muéstrase sombreada por una ostentosa cornisa que sustenta un globo alado, debajo del cual asoma la cabeza una serpiente: no es ésta, sin embargo, una casa particular; las caridades, esfinges y obeliscos pintarrageados que á entrambos lados se ostentan, indican claramente que nos hallamos delante de un templo egipcio. Cuadrados ó redondos, con doble ó sencillo dórico ó columnata, murados ó sin murar, se nos presentan aquí y allí diversidad de templos griegos ó romanos, precedidos de un altar, al pié de su gradería. Por todas partes, junto á los suntuosos palacios de los patricios ó de las vastísimas insulas donde se alberga un verdadero ejército de seres humanos, sin otro medio de vivir que la *esportula*, se ofrecen á la pública expectación ora anchas columnas cargadas de geroglíficos y coronadas de capiteles en campana ó ramo de loto, sencillas y grandiosas como las del órden dórico; ó las jónicas de una belleza varonil y severa; ya las elegantes y ricas de los corintios en que se muestran todos los encantos del arte y del gusto, ya las toscanas, iguales á un tercio de la altura del edificio, ó los compuestos por los romanos, de imitación corintia, con adición de las bóvedas jónicas en el capitel; todas ellas adornan fosos y plazas, mercados, templos, pórticos y moradas particulares; ó constituyendo por sí solas otros tantos monumentos como las columnas de Trajano y Antonino entre el Capitolio y el monte Quirinal, revestidas de bajo relieves y á cuya extraordinaria altura se sube por una escalera interior que en su enorme fuste se oculta, así como la grandiosa mole sepulcro de Adriano, recinto venerable que atesora las cenizas de los Antoninos, torreon circular que descuello por encima de las murallas sobre su cuadrada base, cubierto de mármol blanquísimo de Paros y exornado con estatuas de dioses, héroes y faunos, primeros propios del cineel de Praxiteles y Sísipo; faunos, héroes y dioses que un día desencajarán Belisario de sus pedestales en defensa de esta misma ciudad, para lanzarlos contra el godó sitador al impulso de la honda de sus poderosos anagros.

Todas las épocas del arte se reconocen aquí, desde la primera amenerada y angulosa imitación etrusca, hasta el bello estilo griego y su degeneración afinada á fuer de expresiva. La energía en la virilidad se nos manifiesta en la cuadratura de las formas estatuarias y en lo suelto y

(1) Fragmento de una obra inédita.

firme del toque. A medida que avanza la civilización, el trasmiso del hombre tallado por su propia mano se perfecciona y acicala, sus facciones tienen más vida y sus pupilas parecen animarse con el bueco profundo con que ha querido infundirles aliento el artista. Pero la grandiosidad de la bella escuela va luego gradualmente menguando; las frentes se arrugan, los cabellos y barbas caen lacios y desgarrados, las pupilas se hundien y la dureza, la indecisión y la sequedad ó aspereza acaban por formar sólo el conjunto de esos inabismos fisonómicos.

Sin embargo ¡cuánta sutuosidad y riqueza doquiera! El palacio de los Césares, la casa dorada de Nerón, las diferentes termas ó baños que llevan el nombre de los emperadores á quienes su construcción es debida y en la mayor parte de las cuales pueden batarse más de trescientas personas á la vez; el Foro romano que ostenta el primer cuadrante solar, de invención siciliana; el Foro de César, el de Augusto, el de Domiciano, el de Trajano, el más bello de todos; los nueve arcos de triunfo entre los que se distingue por su magnificencia el del primer emperador cristiano, hacia el Coliseo, la estatua de bronce dorado del emperador español Trajano, la de Horacio Cocles, el heroico defensor del puente del Tíber, en la plaza pública, donde puede contemplarla á la vez la tercera parte de los habitantes de Roma; la cuesture de la jóven Clelia, la valerosa nadadora, al extremo de la calle Sagrada; la de Nerón ó Sídereo, en la cuarta region, alta por ciento veinte piés; el mausoleo de Augusto, coronado por la estatua de este emperador, precioso edificio circular de tres altos y otros tantos órdenes de columnas de mármol blanco, de unos trescientos piés de elevación, rodeada de bosques y paseos; la columna dorada miliaria de la que parten quince caminos para las diferentes vías y desde la que se empezaron á contar las distancias que luego partieron de las puertas de Roma y, por fin, de las últimas casas; los cirros, anfiteatros, teatros, naumaquias; el imponente campo de Marte, cuyas estatuas vistas de lejos semejan una legión en batalla y cuyos numerosos pórticos, templos y otras construcciones no le impiden, sin embargo, continuar conociendo el nombre de campo; los catorce acueductos de sólidos arcos que traen de hasta doce leguas de distancia las aguas de las fuentes Claudia, Marcia, Apia, Virgo y otras, y por último, porque sería nunca acabar, los cuarenta y tantos pórticos, largas galerías cubiertas ó descubiertas, sostenidas por una ó muchas hileras de columnas de mármol, hermoasas con toda especie de adornos y cuadros, sitios de paso en donde están las mejores tiendas provistas de los géneros más exquisitos y á donde se acude al cebo de la ostentación y el galanteo, á la vez que al espectáculo de las lizas que los atletas en los espacios descubiertos ofrecen. Todo pasma y absorbe al contemplar la capital del mundo romano, que tiene por jardines el pueblo de Italia, por graneros la Sicilia, el Africa y el Egipto, y por tesoro la sangre, la industria y las minas de todos los países conquistados.

II

Si nos confundimos con esa multitud inmensa que se rebulle desde la mañana á la noche por las calles, plazas y paseos de la gran Ciudad, con el trasiego de una actividad improductiva, veremos el senador, el caballero, el sacerdote, el soldado, el cliente, el hombre de la plebe, el parásito, el liberto y el esclavo codeándose con matronas y cortesanas, con gente de todos los países y colores, enviados unos de los pueblos aliados ó súbditos que vienen, en señal de sumisión, á deponer coronas á los piés de Júpiter Capitolino y otros en representación de las quejas contra las demasías de los próconsules; los Marsos á ejercer su afamado oficio de encantadores y adivinos, los habitantes de las perversitas ciudades de Rodas, de Síbaris, de Mileto, de Corinto, de Tarento, de Capua á ayudar á combatir el apesadomado ambiente moral que se respira en la metrópoli del Imperio.

El delicado oído del romano se lastima y ofende no sólo del latín bárbaro que habla el germano, el galo ó el español que á su paso encuentra, sino aún del siciliano y del prenestino que para decir en seguida dicen *tan modo* y pronuncian *comia* por *ciconia* (cigüeña). Los habitantes de Umbria, notables por la anchura de sus piés, los fenicios que se hacen llamar *cananeos*, el afeminado cartaginés que así habla el tirio como el lidio, y viste túnica rozagante y desceñida, en forma de alas, como quien sale del baño, y lleva anillos en las orejas á usanza mujeril, balanceándose indolentemente al andar, como si estuviera paseándose por los bosquesillos de Megara en los jardines públicos de su vencia Cartago; todos son mirados con desdenoso orgullo por el ciudadano de Roma.

No hay sitio, por poco espacioso que sea, que no se vea frecuentado preferentemente por determinada clase de personas. Así los abogados suelen reunirse en Puteal de Libon y al pié de la estatua de Marsyas en el Foro; y de trás del templo de Cástor las gentes de mal vivir, y en la calle de Toscana, donde están las tiendas de sederías, los que se venden á sí propios. Los testigos falsos abundan, también, allí donde se juzgan los pleitos. Los cambistas, banqueros y agentes de negocios cuchichean en torno de los arcos ó *janas* de la parte septentrional del Foro, debajo de los que se guarecen de la lluvia, mientras los fanfarrones matsatesi gesticulan junto al santuario inmediato de Venus Cloacina y los pleiteantes, que asedian la basílica Porcia, huyen de la tramontana que les lleva el nauseabundo olor que exhalia la pescaoceria inmeoata del populoso barrio de Suburra. En la extremidad oriental del Foro, esto es, en el bajo Foro, se agita pausadamente la

acostumbrada reunion de los *boni homines*, gente de bien y rica, que acaso por un sentimiento de tradicional respeto, prefiere ese sitio que domina el Vela, antigua morada de los sabinos, pueblo honrado á quien es deudora Roma de su ya decadida aristocracia. Al borde de ese canal que, atravesando el Foro en su mayor longitud, afluye á la famosa cloaca Máxima que de antiguo descarga en el Tíber las inmundicias de la ciudad imperial, es donde acuden particularmente los ociosos, los badalagues llenos de pretensiones, confiados, locuaces, malquerientes, poliquistas, pobres diablos al fin, á quienes el vulgo llama *canaliculo* del lugar de sus habituales sesiones.

Los maridos arruinados van á comunicarse sus cuitas hacia las inmediaciones de la casa Leucadia Oppia; los suicidas se precipitan al río desde lo alto del puente Fabricio, cosa que sucede con asombrosa frecuencia; y ni aún quedan en paz los cementerios del monte Esquilino, cerca de los jardines de la antigua casa de Mecenas, frecuentados por magas y lobos, y lugar de nocturnos y terribles dramas.

Junto al lago Velabro, otro receptáculo de inmundicia, al pié del monte Aventino, apellidado *Esperia*, porque en sus orillas acostumbra á exponerse el fruto de la disolución, es donde va á reclutarse á los espías, delatores y calumniadores. En la parte superior y en el malcon del Tíber hay los principales mercados, los tahoneros, carniceros, y también los adivinos y parásitos, sitios de gran baranda en determinadas horas del día.

El movimiento y la confusión son, no obstante, generales á todos momentos, especialmente en los puntos más céntricos, en los cuales las literas, los carruajes de damas y patricios, las numerosas comitivas fúnebres, el trasporte incesante de materiales de construcción (pues es mucho lo que se edifica en Roma) obstruyen de continuo el paso. Al pié de la Tribuna, en el Foro, donde los poetas recitan sus versos al aire libre, se refieren las noticias de sensación que luego se divulgan por el resto de la ciudad y comentan y utilizan los charlatanes del Circo para venderlas en forma de predicciones. Mientras una juventud brillante se ejercita sobre el césped del Campo de Marte, rivalizando en fuerzas equestres y gímnicas, los gladiadores procuran mantener el vigor de su musculatura en el *lucus Emilius*, junto á los talleres de los escultores, y los mercaderes de esclavos tratan, en conversacion animada, de sus viles negocios en la plaza del Cambio, en torno de mesas de banco donde se inscriben las sumas dadas á interés, que toma el deudor sin entretenerse en contarlas.

Pasemos rápidamente por el verdadero pandemonium que nos ofrecen, en la célebre calle de Suburra, en la segunda region, los mercados de frutas y legumbres. Allí están también los más escandalosos burdeles y asimismo la casa del verdugo, cuyos ensangrentados azotes cuelgan suspendidos sobre la cabeza de los transeuntes. Esos vendedores ambulantes, que nos aturden con sus voces gansosas, nos brindan con agua caliente, lo mismo que los establecidos en puestos bajos, no lejos de los sumideros públicos, en que mediante una pequeña retribucion ó *foriscapio*, pueden satisfacerse las más inexcusables urgencias. Las risotadas que suenan en el interior de esa angosta y oscura tienda, son de los festivos tertulianos del boticario y médico á la vez, que en ella expende, lo mismo una medicina, que el más activo veneno para el que se halla cansado de la existencia.

La aristocracia habita en los alrededores del Capitolio, en las elegantes Carinas, en el monte Esquilino, en fin, en el centro de Roma. Los labradores, la última y más humilde clase de ciudadanos, hay que buscarla en las orillas del lago Velino: la tierra de Italia, posesion de los quirites romanos, no está cultivada sino por esclavos.

El lujo, la afeminación, el galanteo más indecoroso, hollando perlas y arrastrando oro y púrpura, barre el polvo del pórtico de Pompeyo, de columnas sombrías, circundado de altos é iguales platáneos, entre los que parece pequeña la estatua de Virgilio; cuando no prefieren el de Agripa ó el Panteon, sombreado por frondosos laureles, al de Europa, en el Campo de Marte, donde está representada en preciosos bajo relieves la historia de la hija de Argonautas en el cual se vé también de relieve la empresa de los atrevidos marinos, ó las galerías de cuadros antiguos y modernos, á la sombra de los bosques del templo de Diana en las afueras de la ciudad, junto á las aguas de la fuente Apia, donde están también los templos de Vesta, de Palas, de la Paz y de la Concordia, ó la gran via Apia, apellidada *Camino del Eliseo*, embalsosada con la encienita y dura piedra tallada en los cráteres de los extinguidos volcanes. Todo lo invade el gentío paseador, indolente, acicalado y antojadizo.

En tanto que el liberto pobre va buscando quien alquite sus brazos, el sicofanta se ofrece para alguna intriga, el parásito, oliendo siempre donde guisan, el *circulator* ó escamoteador entreteniendo con sus habilidades á la plebe que se mofa del desgraciado náufago que, suspendido al cuello el cuadro ó pintura de su infortunio, implora á gritos la caridad pública; del miserable hambriento que viene de recoger los restos de los manjares de entre las cenizas de las piras fúnebres; del adamado masiliense, del rodio fanfaron, del lidio que se arranca la barba en vez de afeitarla, del portero escita, del egipcio que se come tres espigones de ajos todas las mañanas en ayunas para librarse de las enfermedades de la piel, y de esos griegos, de largo manto y cabeza cubierta, henchidos de libros y paquetes de cosas que se diría pertenecieran á un filósofo, y filosofando al compás estrepitoso de su calzado especial, que con todo el mundo tropiezan y á todos acodean, de-

jando caer una sentencia á cada paso y ostentando la desnudez que medio oculta su ropaje; de esos cínicos que no sólo van sin túnica, sino que hasta comen sentados, como los esclavos, pero que no se privan de beber caliente y á un de ponerse alegres, cuando pueden atrapar algún dinerillo.

La gran masa del pueblo, no ménos epicérea que los olopatos que se hacen llamar *reyes* por sus aduladores clientes, confunde, en tanto torbellino de gentes diversas, sus numerosos defectos con la boedez del galo, la astucia y liviandad del griego, el empedernimiento del judío y el egipcio, el rendimiento del asitico y el desenfreno mujeril del siríaco; todo, en tan abigarrada muchedumbre, revela esa fermentacion espantosa de pasiones y extravíos, imposibles de comprender en otra sociedad que en la apellidada romana y que no tardará en determinar el derumbamiento del más grande de los imperios.

A. BLANCH.



EL BUEN EJEMPLO

DOLORA ESCRITA POR DON RAMON DE CAMPOANOK

Dejó un proyectil perdido, de una batalla al final, junto á un asistente herido, medio muerto á un general. Mientras grita maldecido el general—«¡Voto á bríos!» resignado el asistente murmurala—«¡Creo en Dios!» Callan, volviendo á entablar este diálogo al morir: —¿Tú qué haces, Blas?—«¡Yo? Recar. ¿Y vos, señor?—Maldecir! —¿Quién te enseñó á orar?—Mi madre. —La mujer toda es piedad. —¿Y á vos á jurar?—Mi padre. —Claro, siendo hombre.—«¡Es verdad! —«¡Rogad, señor, como yo. —«Eso es, torpe para mí. Yo no creo... porque no. Tú, ¿por qué crees?—Porque sí. —«¡Ah! hay buires en derredor que nos quieren deforar. —«¡Son los ángeles, señor, que nos vienen á salvar! —Y ambos decían verdad, pues á menudo se ve que halla buitres la impiedad donde halla ángeles la fe. —«¡Adios, señor!—¿Dónde vas? —«¡Voy allí.—¿Dónde es allí? —«¡A la gloria.—«¿Y dejas, Blas, á tu general aquí? No me debes nada. —«Pues venga así mismo.—Ten; y aunque dudé, iré contigo y aunquien en tu Dios también.—Y así, cuando ya tenían una misna fe los dos, abrazados repetían el «¡Creo en Dios!» «¡creo en Dios!» Y como era ya un creyente, subió al cielo el general.



GRUPO DE AMORCILLOS, por Hans Makart



¡POBRE CIEGO! cuadro por Leopoldo Cárlos Muller

TIPOS CONTEMPORÁNEOS

EL AMIGO PEPE, UN BUEN MUCHACHO

I

Es un tipo digno... ¡qué digno!... dignísimo de estudio, don José Fernández Prieto, y mucho más en el actual momento histórico, como diría un orador incipiente. ¡Allí va! ¡Miradle! No es alto ni bajo, delgado ni grueso; pasaría seguramente desapercibido si él no pusiera tanto cuidado en llamar la atención y si nosotros no supiéramos que era el mismísimo D. José, ó mejor dicho, Pepe. ¡Qué soltura la suya! ¡Qué envidiable desembarazo de movimientos! El enorme ruso, de correctísimo corte, adornado de pieles, que le cubre del cogote al tobillo y que agobiaría á otro cualquiera, parece en su persona ligerísimo abrigo veraniego. ¡Mirad! Por la acera de enfrente viene D. Norberto Regaton, personaje de campanillas en la ciudad, acompañando á doña Casilda de Parreño, señora de su contenido D. Vicente. Apenas se han ofrecido á la vista de D. José en los últimos límites del horizonte de la calle (un horizonte *pour rire*) ya los ha percatado Pepito poniéndose erguido, estrándose el ruso y taconeando con alguna más fuerza. La distancia entre Pepe que va y doña Casilda y D. Norberto que vienen, se acorta por momentos hasta llegar al instante de cruzarse.

—¡A los pies de V., doña Casilda!—dice con clara y vibrante voz Pepito sin interrumpir su marcha por la acera de enfrente, pero haciendo un pequeño cambio de paso al mismo tiempo que inclinaba su flexible busto en graciosa reverencia y se quitaba el sombrero descubriendo su rizada cabeza con teatral movimiento. —¡Servidor de V., D. Norberto!

—¿Quién es ese jóven?—preguntó doña Casilda agradadamente sorprendida por el inesperado saludo de D. José y lionzeada en su amor propio al verse conocida.

—¡Oh!—respondió D. Norberto.—¡Un buen muchacho! ¡El amigo Pepe! Como hace mucho tiempo que V. no sale no es extraño que no le conozca.

—Es simpático! ¡viste muy bien! Se conoce á la legua que tiene mucha sociedad.

—¡Oh!

—Debe ser de muy buena familia.

—Es de presumir.

—¿Cómo! ¿No sabe V. de qué familia es?

—Es forastero.

—¡Ah vamos!...

—Sí, es forastero; hará unos dos meses que está aquí; á mí me lo presentó... no sé, no me acuerdo bien... puede que fuese el vizconde de Aldetejada... en fin, no sé; pero es un chico muy amable...

—Muy fino, D. Norberto, muy elegante! No hay más que abrir los ojos.

—Me parece, doña Casilda, que si Pepe se fijase en Matilda... ¿eh? ¿me equivoco?... creo que por V. no había de quedar.

—Eso es mucho decir, D. Norberto—replicó doña Casilda poniéndose grave.—El porvenir de una hija es cosa siempre de mucha trascendencia para una madre, y como se resuelve, así, con tanta facilidad. Ese jóven, al primer pronto, me ha gustado, ha simpatizado conmigo; es muy atento; pero de esto á admitirlo desde luego para yerno hay larga distancia; no digo yo que con el tiempo...

—¡Vamos! ¿No lo decía yo?

II

Pepe en tanto seguía su camino con la misma elegante desenvoltura, el mismo atildamiento de modales, la misma estudiada naturalidad de siempre. Apenas encontraba una persona de distinción á la que no saludase por su nombre de pila, ya con ceremoniosa cortesía, ya campechanamente, según la condición social del saludado. Con casi todos se detenía breves instantes, ya para deslizar en el oído de éste alguna frasecilla confidencial, ya para preguntar á aquel por la marcha de su noviazgo, ya para dar al otro alguna grata noticia. ¡Uteaba á muchos, bromeaba con los más, se daba aire de protector con no pocos y de todos parecía íntimo amigo y confidente. Al pasar por la histórica Plaza de la Feria se encontró con Antonio Carbajal que paseaba con Luis Escalada y también para ellos tuvo una sonrisa y una palmadita en el hombro.

—¿Se pasea con más fortuna por la calle del Moro?—dijo á Escalada.—¿Será pronto la marcha á Madrid?—preguntó á Carbajal.—Mucho sentiremos que se acerque sus buenos amigos; pero quien estará inconsolable será la linda Joaquinita; de todos modos ya sabe V. que me tiene á sus órdenes.

Escalada le contestó amistosamente que no se ganó Zamora en una hora; Carbajal le respondió con cierto desabrimiento dándole las gracias. Pepe siguió su triunfal camino saludando, sonriendo, taconeando, jugueteando con los colgantes lentes, acicalándose la corbata y los guantes, atusándose la barba, echando piporos á las jóvenes, dando palmaditas á los amigos y deshaciéndose en cortesías con las señoras.

—No sé—dijo Escalada á Carbajal—por qué tratas á Pepe con esa frialdad. Cualquiera diría que te había jugado alguna mala partida.

—No, por cierto; pero es un hombre que me ataca los nervios.

—¡Friolera! ¿y por qué hombre, por qué? Un muchacho tan simpático, tan amable con todo el mundo, de tan buena educación, tan bien relacionado...

—¡También tú! Pues señor, está visto que para hacer

fortuna, vamos á tener que sentar plaza de humildes algunos en la escuela de Pepe. ¿Sabes tú quién es Pepe? ¿conoces á su familia?

—No, ni se me ha ocurrido nunca pensar en averiguarlo.

—Pues ahí tienes explicada la diferencia de nuestros criterios en lo que á Pepe se refiere.

—Pero sepamos, ¿conoces tú á la familia de Pepe? ¿hay algún misterio en su vida?

—No lo digo yo precisamente por eso; yo sé de la familia de Pepe lo que sabe todo el mundo: nada; pero al resto del mundo no le preocupa el saber de dónde ha venido Pepe para otorgarle su amistad, y á mí sí, porque me gusta saber con quién trato, y si es ó no digno de mi afecto; jamás me he fiado de apariencias, y en Pepe no hay otra cosa: bambolla, oropel, fatuidad; no quiero nada con eso. A tí te extraña mi manera de tratar á Pepe; ¿cuánto más no me extrañará á mí la manera con que le tratas los demás? ¿Qué títulos presenta á vuestra amistad? ¿El ser parlanchín, ó decidor, si te parece mejor esa palabra? ¿El tener la viveza del ratón? ¿El vestir con elegancia? No veo en todo eso cualidad alguna sólida, digna de conquistar vuestra afección. Proceded en demasiada ligereza al concederle vuestra confianza. ¿No quieres que encuentre desagradable, por ejemplo, el verme igualado en tu afecto, yo, amigo tuyo de la infancia y tu compañero inseparable de estudios y excursiones, con ese advenedizo mequetrefe, de quien no conoces más que el nombre?

—¿Qué disparate!

—No te lo ocultes á tí mismo, Luis; ese botarate de Pepito ha ocupado del primer salta en tu corazón una parte igual á la que en él tengo. ¿Te ofende que me exprese así? Pues bien, abandonemos ese ejemplo. ¿Dejarás de concederme que el tal corre-ve y dile, con su charla, con su ductilidad, con su desenfado y más que nada, con su sistema de conducta, porque hay que confesar que es un sistema el que sigue, pesa ya hoy en la balanza de la opinión tanto como tú, ó como yo, ó como cualquiera de las personas más conocidas ó mejor reputadas de la ciudad? ¿Y no es esto irritante?

—Si no te conociera, creería que tienes celos de Pepe; afortunadamente estoy bien seguro de que no te mueve, al expresarte así, ninguna pasión mezquina.

—¡Oh! ¡nada de eso! Lo que me irrita es que Pepe nos convierta á todos en juguetes de su fatuidad; y que nosotros seamos tan simples que le sirvamos de pedestal para su encumbramiento. ¡Cómo se reirá de nosotros! ¡Cómo crecerá su presunción al considerarse tan por encima de todos, que á todos maneje á su sabor y á todos obligue á conspirar en su provecho! Vamos, te digo que esto es insufrible y que me ataca los nervios.

—¡Cálmate, Antonio, cálmate! La cosa no es para tanto, y no vale la pena de incomodarse.

—¡Que no vale la pena!... Ahí está el error, que os hace víctimas inconscientes de quien vale seguramente menos que cualquiera de vosotros. No dais importancia á estas cosas y la tienen muy grande. Mira; anoche estuve en la tertulia de doña Lucía. ¿Sabes de lo que allí se habló principalmente? ¡De Pepe! Parecía que se trataba de alguna notabilidad, de algún genio, de alguna antigua y queridísima persona; todos los que allí estaban le conocían, todos se llamaban sus amigos, haciendo alarde de su amistad como se puede hacer de la de algún personaje distinguido que con ella nos honra; las señoras y señoritas... no digamos nada; todas se deshacían en elogios de Pepe, todas se jactaban de poseer algunos de sus secretillos; todas se hacían lenguas de su elegancia y buen porte, todas le consideraban como un gran partido, todas debían descubrir su deseo de confíarle. ¿No es esto tanto y ridículo hasta la pared de enfrente? ¿No da pobrísima idea de la sociedad en que sucede? ¿Quién es Pepe, señor? ¿Quién es ese personaje tan cacarado? ¡Un empleado de mala muerte, sin estudios ni carrera, de familia desconocida, sin más méritos que su pasadía figura y su flexibilidad de carácter, con mucha gramática parda y no poca palabrería!

—Pero seamos justos, Antonio. Ya que llevas las cosas á ese terreno, ¿no te será forzoso reconocer que por lo mismo que Pepe, bien considerado, es una persona insignificante, tiene que reunir cualidades sobresalientes para figurar en la sociedad y que es altamente meritorio, y hasta digno de asombro, si bien se reflexiona, el que haya logrado en tan poco tiempo como entre nosotros lleva, captarse tan unánimes simpatías y admiración? ¿Qué gracia tiene que tú, hijo del senador D. Fulgencio, emparentado con lo más esgocido de la ciudad, educado con brillantez, y sumamente rico, seas conocido de todos, y todos se honren en conocerle y tratarle? ¿Qué mérito encuentras en que yo, hijo del primer contribuyente de la provincia y educado como tú, aunque con menos aprovechamiento, sea también conocido de todo el mundo y me vea siempre rodeado de queridísimos amigos? Despójate y despójame de ese conjunto de favorables circunstancias, que por tan directo modo han venido á determinar nuestra posición actual; ponte por un momento en el caso de Pepe, y dime luego con sinceridad, si crees que serías ó representaría lo que él es ó representa. Yo de mí sé decirte que, reducido á mí sola fuerza, sin el prestigio de mi nombre y de mi cuna, con mis propios y personalísimos elementos, no me hallaba con ánimo de ser otra cosa, y no era poco si tanto alcanzaba, que un empleado más ó menos inteligente ó un industrial ó comerciante más ó menos afortunado, y en todo caso uno de tantos individuos como venos por el mundo, que pasaría enteramente desapercibido si que nadie me conociese, ni en parte alguna desempeñase algún papel interesante. ¿Cómo, pues, no he de hallar admirable y estupendo el éxito de Pepe? ¿Cómo dejaré de reconocer sus altos merecimientos cuando le veo, empleado de 8,000 reales con descuento, de familia ignorada, sin estudio ni carrera, abrirse paso por sus solas fuerzas en la sociedad y llegar á ocupar en ella un puesto brillante y ambicionado, atrayendo sobre sí la atención de todos? Preciso es confesar que quien tal consigue es un ser fuera de lo ordinario y corriente digno de nuestra estimación.

—¡Error, argucias, sofismas con que te engañas á tí mismo, Luis! No hay tal cosa; bien dice Campoamor que

Todo es según el color
del cristal con que se mira.

Tú ves en el éxito que Pepe obtiene la prueba más palmaria de su gran valor y yo no veo en tal éxito sino la ruin mezquindad de la sociedad en que vivimos. ¿Qué grandes cosas hace Pepe? ¿Qué poema ha compuesto, qué máquinas ha inventado, qué beneficio ha dispensado á la humanidad?

—Poco á poco. ¡Pues qué! ¿No se descubre la grandeza del hombre sino en los poemas que escribe ó en las máquinas que inventa? En todo cabe lo extraordinario, y los caminos de la celebridad son muchos...

—Pero, vamos á cuentas, Luis; dejemos la teoría, no porque en teoría salga perdiendo, sino para abreviar razones, y vamos á un caso práctico. ¿Quién es más estimable á tus ojos, nuestro antiguo condiscípulo Arturo Villa, que vive oscurecido, ó el asenderado Pepe?

—Arturo, sin duda.

—No necesito más. Arturo en efecto vale á tus ojos mucho más que Pepe; por qué? Porque Arturo es un verdadero sabio, un hombre de corazón, aunque algo raro é intrasigente, que vive y vivirá probablemente siempre alejado de la sociedad sin brillar en ella, mientras que Pepe es un entremetido sin más talento que el de saber exhibirse donde pueda ser notado para que todos le señalen con el dedo. Arturo no figura en ninguna parte ni es conocido en ninguna reunión. Pepe figura en todas partes y todos le conocen. ¿Qué importa? El valer de Arturo es positivo y tiene sus raíces en la cultura de su inteligencia, en la rectitud de su carácter, y en la excelencia de sus sentimientos; es un diamante escondido, pero los que puedan apreciar la brillantez de sus reflejos y la limpidez de sus cambiantes le aprecian en lo que merece, y acaso se quedan cortos en la quillanación de sus méritos; el valer de Pepe es positivo y de su despreocupación, por no llamarlo la otra cosa; es una piedra falsa que por el primer que está pulida deslumbra y engaña; pero á poco que se la examine y analice descubre la mezquindad de su esencia. Y no me objetes con Larochefoucault que hay mérito sin elevación, pero que no hay elevación sin mérito; esto es exactísimo, pues al cabo el estafador que logra desentenderse de las garras de la justicia y redondea sus negocios elevándose, si á mano viene, á ser una potencia financiera, no deja de tener también su mérito; el mérito de Pepe, sin ser de la naturaleza del estafador, pero no es un mérito castigado en el Código, se le asemeja no poco. Tú, por lo visto, como casi todos los que á Pepe conocen, no habéis estudiado el sistema, habéis sin duda, aunque no muy honroso en mi concepto, con que acierta á trabar amistad con todo el mundo; yo, que le miré desde un principio con prevención, le he descubierto el juego.

III

Antonio Carbajal tenía razón; su escrutadora mirada y su talento de observación le habían dado la clave del enigma. Todo el asombroso éxito de Pepe obedecía á un cálculo, era un juego proseguido con verdadera fortuna por aquel *enfant génie* de las tertulias y casinos de la ciudad; juego en el que, arriesgando un poquito de amor propio y otro poquito de dignidad, podía ganar, y ganaba ya positivamente muchísimo: numerosos amigos, no pocos admiradores, influyentes relaciones, y excelentes partidos de matrimonio, por sí le daba la gana de ahorrar su libertad.

Pepe, sin ser un genio ni cosa que lo valiera, no dejaba de ser listo, especialmente para lo que le interesaba; le gustaba jugar, quería hacerse notable y ansiaba ocupar puestos elevados. ¿Cómo arreglárselas para conseguirlo? ¡Si él tuviera estudios! ¡Si supiera escribir, aunque sólo fuese algún género gacetilla!... Pero no había que esperar; veinte veces se había puesto á hilar una noticia, y otras tantas había fracasado. ¡Si fuera rico!... ¡Ya lo creo! El dinero llama dinero, y el otro abre todas las puertas; pero no era lo peor que no fuese rico, sino que era tan pobre que estaba reducido al escasísimo sueldo que le daba la plaza de escribiente que desempeñaba en las oficinas de la Diputación de Palencia, gracias á las relaciones que un tío suyo, cura de un pueblo próximo, tenía con el vicepresidente de la Comisión provincial; por el lado de la riqueza, real ni presunta, no había que hacerse ilusiones, *lasciate ogni speranza*... ¡Si siquiera, ya que no fuese él, el rico fuera alguno de sus parientes!... Pero ¡sí, sí! todos eran más pobres que Carracua, como se dice por esta tierra del garbanzo.

La situación, como se ve, era apurada y digna de seria meditación; sin estudios, sin dinero, sin parientes de influjo, reducido á sus solas fuerzas (porque hasta el tío cura se había muerto sin dejarle ni un triste ochavo) teniendo

que buscáraslas por sí solo, con aspiraciones á ser mucho no siendo nada, y sin otra base de elevacion que una plaza de escribiente, que no le daba de sí sino para comer sopas y patatas, Pepe se veía de mala manera.—¿Qué hacer?—se decía—esto es insoportable; yo me siento llamado á otra cosa; yo no puedo estar de escribiente toda mi vida; esto es espantoso. ¡Lástima de tío! ¡Por qué se moriría tan pronto! ¡Si siquiera hubiese logrado colocarme de oficial... ¡Oh!... ¡Oficial!... ¡Ya lo creí!... ¡Si yo me encontrara en el pellejo de D. Canuto!... ¡No saben hacerse valer! ¡Pero escribiente!... ¿Quién hace caso de un escribiente? ¡Nadie! ¡Vaya V. á ofrecer sus servicios!... ¡Se reirían de uno!... Y sin embargo, esto no puede continuar, es necesario que esto acabe. Pero, ¿cómo? Ahí está el quid... ¡Vamos! Yo no soy feo... ¡gran idea! ¡Si se enamorara de mí D.ª Pascuala, la viuda de D. Benigno! Es influyente y dicen que muy sensible. Yo con poco me conformo; una plaza de oficial me basta para empezar; una vez ascendido á oficial, la cuestion está ya resuelta; me haría valer, y ó mucho me equivoco ó subiría como la espuma. ¡Nada, nada! probaremos fortuna; iré á ver á D.ª Pascuala; la diré que mi difunto tío me dió una recomendacion para ella; no es verdad, pero el caso es tener un pretexto para empezar á visitarla; malo ha de ser que siendo tan alegre como dicen, y adulándola convenientemente no me ofrezca su casa. ¡Al agua, patos! El que no se aventura no pasa la mar.

Pepe dió aquel primer paso y le salió á las mil maravillas D.ª Pascuala, que en vida de su difunto no se distinguía por la rigidez de sus costumbres, solió, despues de su muerte, la tienda á sus livianas pasiones, aunque guardando las formas y sin escándalo. Pepe tuvo la fortuna de encontrarla sola... decimos mal, de encontrarla con su gato, el hermoso Michis, de reluciente y encicentada piel, célebre Tenorio de tejas arriba y favorito de su inflamable ama. La ocasion era propicia en sumo grado, la señora se aburría y el Michis la distraía jugueteando con una bola de papel. Pepe se hizo cargo de la situacion á una ojeada; supo ganarse la valiosa amistad del descendiente de Micifúz, y llegó á simpatizar con la tierna D.ª Pascuala.

A los quince dias era oficial de la Diputacion; jubiló su anticuado sombrero, de copa y encargó un traje al mejor sastre de la localidad. Al mes de su visita á D.ª Pascuala, Pepe era una potencia en las oficinas; estaba desconocido. Creía no obstante á piés juntillas en el refran que dice que «ninguno en su tierra es rey» y aunque en su ciudad natal pudo hacer su pacotilla, no vació en solicitar y obtener un destino que le permitiese, en ciudad desconocida y lejana, desarrollar con amplitud sus planes. Su despedida de D.ª Pascuala fué casi trágica; la pobre señora no podía resignarse á verse abandonada por aquel barbilindo quedándose otra vez sola con su Michis; lloró, suplicó, amenazó, pero todo en balde. Pepe tenía su plan formado y la credencial en el bolsillo, y no era posible retroceder. D.ª Pascuala le llamó infiel, ingrato, voluble, traidor, alevoso, perjuro, y qué sé yo cuántas cosas más. Pero Pepito siguió en sus trece y D.ª Pascuala tuvo que bajar la cabeza. —Despues de todo—pensó—no faltará quien me consuele. ¡Todos son lo mismo!... ¡Pobre D.ª Pascuala!

FERNANDO ARAUJO

EL POROROCA

I

En vista de los favorables resultados que, para calmar los efectos de las tempestades en alta mar, produce la olefacion de las olas embravecidas, parece que se piensa en Francia, á propuesta del académico de Bruselas, Mensbrugger, enhacer un decisivo ensayo del aceite, con el objeto de ver si tambien esta sustancia disminuye ó apacigua los desastrosos efectos del pororoca del Sena.

II

El POROROCA (voz brasileña; en francés *barre de flot*, ó *barre*, ó *mascarev*; en portugués *pororoa* y *macareo*; en inglés *barre* y *baar*; *Springuelle* y *Vorfluth* en alemán), es un súbito y especial levantamiento de las aguas marinas en la entrada de algunos rios á las mareas vivas de equinoccio.

Las aguas marinas en la pleamar se alzan de repente algunos metros sobre el nivel de las aguas fluviales, y rompen con asordante estrépito y fiera velocidad rio arriba hasta excepcional distancia de la desembocadura.

No en la entrada de todos los rios se ven estos efectos. El fenómeno requiere:

- 1.º Que el rio desague en un extendido estuario inabundante en las mareas vivas;
 - 2.º Que el estuario se angoste gradualmente;
 - 3.º Que tambien se estreche el rio.
- La invasion de las aguas del mar en las mareas vivas equinoaciales empuja hacia tierra considerable volumen de la masa líquida por la ancha entrada del estuario; allí



MERCURIO, estatua por Seller

se agolpa el mar, y forzosamente se levanta y acumula, por no poder caminar desembarazadamente hacia la angostura del estuario, ni mucho menos hacia la boca del rio, bastante más estrecha aún. La marea, creciendo siempre, sigue desde mar á dentro empujando hacia la playa el agua marina que ya ha penetrado en el interior de la tierra; y, cuando el flujo llega á la embocadura del rio, el acúmulo y exceso de las aguas marinas ha adquirido ya una elevacion irresistible sobre el nivel de las aguas fluviales descendentes hacia el mar; y, por tanto, el flujo, como una catarata, las atropella y les pasa por encima con la furia de un torrente desatado. En el Severn (canal de Bristol) el pororoca adquiere una elevacion de 9 piés (en este rio el agua de la marea creciente puede subir 18 piés en hora y media); en el Brahmmaputra, de 12; en el Indo, de 9 (y bien experimentaron los barcos de Alejandro Magno lo terrible de las mareas de este rio); en la bahía de Fundy la elevacion del pororoca excede á la de Severn.

La terrible catarata es particularmente colosal en el Amazonas, á la confluencia del Ariguarí.

Durante los tres dias próximos á los movilonios y plenilunios equinoaciales, la marea, en lugar de invertirse 6 horas para llegar á su máxima altura, llega á ella en el espacio de muy pocos momentos. Entónces se ve una ola de 4 á 5', luego una segunda, despues una tercera, á veces una cuarta, que se siguen sin interrupcion, abarcando de orilla á orilla. Y en el Guana y el Capin (cerca de Para), y tambien en el Meary (Maranhao) llegan repentinamente las tres ó cuatro intumescencias gigantescas, corriendo una tras otra con inconcebible y vertiginosa celeridad, trastornando terrenos considerables, arrancando de cuajo árboles corpulentos, y destruyendo cuanto se halla en aguas de poca profundidad. Este pororoca desaparece en cuanto pasa de los parajes estrechos y encuentra mucho fondo. Los indios de aquellos parajes son los que han dado al espantoso fenómeno el nombre onomatopéyico de POROROCA. El *macareo* del Sena, que ocurre con la mayor puntualidad en los novilunios y plenilunios equinoaciales, es de una inaportante y majestuosa rapidez en Quillebecq, donde la catarata marina, con una anchura

de 10 kilómetros y una altura de 2 á 3'', avanza con la velocidad de un caballo á escape, haciendo retroceder las aguas fluviales hacia sus fuentes, atacando el suelo, moviendo la barra, y tragándose á veces grandes extensiones de fértiles terrenos, mientras en general, y hasta en la extrema desembocadura del Sena mismo, en el Havre, en Rouffler, en Berville, el flujo, como de costumbre, va ascendiendo por grados insensibles. Un dia ó dos antes del efecto máximo, el macareo es todavía muy de temer.

III

¿Qué origina, pues, la periodicidad del pororoca? ¿Cómo no se habia advertido antes esa periodicidad? ¿Cómo las Sociedades científicas de Londres y de Paris, que desde el siglo pasado tenían ya noticia por La Coudamine del espantoso fenómeno en el Amazonas, no habian logrado dar con la clave de los desastres que se repetian á sus puertas, ya en el *barre* del Severn y del Humber, ya en el *macareo* del Sena y el Dordoña, ocurridos muchas veces á la luz del sol más puro, en medio de la calma más completa, en la ausencia de todo viento y de toda tempestad ni aún en los límites del horizonte, y sin que, al ruido trepidando ocasionado por la irrupcion de las líquidas montañas, se mezclasen las fulminaciones del rayo ni los estampidos del trueno?

IV

El fenómeno no podia tener explicacion ninguna mientras no se conoció en la ciencia más que una sola clase de ondas líquidas; y los hombres,—como Luciano en su *Pharsalia* al hablar de las playas inciertas de Francia que pertenecen unas veces á la tierra y otras veces pertenecen á la mar,—se resignaban á «la ignorancia que los dioses han querido imponer á los hombres.»

V

Todo el mundo se ha entretenido alguna vez observando con gran deleite las ONDAS que se forman en un estanque, cuando un cuerpillo cae sobre su tranquila superficie.

Todos igualmente han visto que esas ondas se extienden en círculos concéntricos, y que avanzan hasta muy lejos en el agua serena de un canal, y todos, en fin, cuando previos conocimientos tienen ya preparada ó ilustrada su observacion, han echado de ver, con cierta sorpresa, que una hoja, una ramilla, un corpúsculo cualquiera flotante en aquel agua remansada, sube y baja con las ondas, pero no camina con ella, sino que permanece fluctuando en su sitio, indiferente al viaje de la undulacion.

Esas undulaciones son, pues, más bien *temor* que *movimiento*.

Este temblor del agua, producido por el viento, ó por un sólido al caer sobre un estanque, consiste principalmente en ascensos y descensos de las moléculas líquidas; pero de ninguna manera en transporte, traslacion ó viaje de las moléculas mismas.

Así, un péndulo se mueve suspendido de un punto enteramente fijo.

Y así como, separado el hilo á plomo de su posicion de reposo y equilibrio, continúa, despues de suelto, moviéndose largo rato, de la misma manera continúan en el agua los círculos concéntricos despues de haber llegado al fondo la piedrecilla que les dió origen. El péndulo y las moléculas del agua siguen en sus oscilaciones obedientes á dos fuerzas: la perturbacion que los sacó de equilibrio, y la accion de la gravedad.

El que, habiéndose embarcado por primera vez, ve venir contra el buque olas animadas de la enorme velocidad de muchas millas por hora, siente con sorpresa (no bastante á calmar su espantada tribulacion) que el buque cabalga gallardamente sobre las gigantescas oleadas; y ve, con cierta tranquilidad, que pasan en seguida por debajo y se alejan rápidamente, sin desviar de su curso á la embarcacion, ni ofenderla en lo más mínimo.

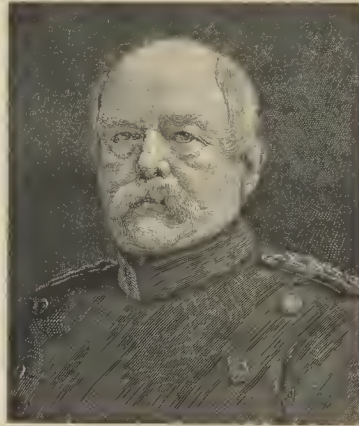
—¿Cómo es que, si está bajando la marea, las olas, sin embargo, suben por la playa?—suelen preguntar los campesinos.—¿Cómo es que el movimiento de la onda líquida es diferente y contrario al movimiento de los cuerpos? ¿Cómo la masa puede no separarse de un lugar, y moverse, sin embargo, en ella una undulacion? ¿Será que la ola no es lo que parece? ¿Es, en efecto, una ilusion, una apariencia, y no una realidad de traslacion?

En esta clase de undulaciones, pues, nunca hay ascenso de una molécula líquida, sin subsiguiente descenso de la misma; nunca descenso sin ascenso inmediato, nunca convexidad sin concavidad gemela; jamás es único, antes bien siempre es múltiple, este agitar de las aguas en subir y bajar continuamente: jamás se ve una intumescencia sola, ni tampoco una cavidad única; sino una GREY NUMEROSA de elevaciones y depresiones de la superficie; por lo cual esta clase de agitaciones líquidas ha recibido de Scott Russell el expresivo nombre de GREGARIAS. Las ondas se siguen siempre unas á otras con maravillosa regularidad: toda molecula situada en la cresta de una onda descendente de su elevacion posicion para volver otra vez á

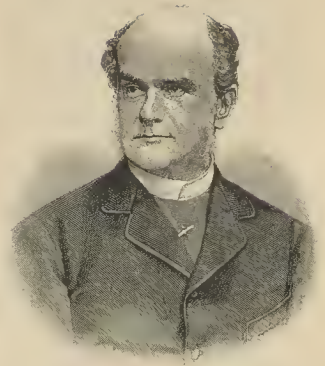
LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS EN LA CONFERENCIA DE BERLÍN



BARON BILDT
representante de Suecia y Noruega



EL PRÍNCIPE DE BISMARCK



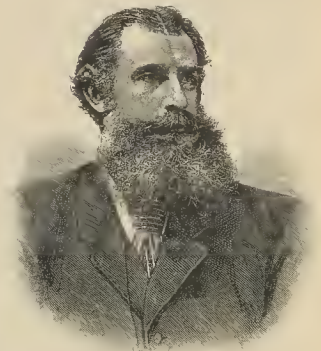
MARQUÉS DE BEDMAR
representante de España



CONDE DE LAUNAY
representante de Italia



JOHN A. RANSON
representante de los Estados Unidos norte-americanos



CONDE F. SZECSENYI
representante de Austria-Hungría



SIR EDUARDO B. MALET
representante de Inglaterra



CONDE HATZFELD
Ministro prusiano de Negocios extranjeros



MARQUÉS DE PEÑAÑIEL
representante de Portugal

ella, y el tiempo que invierte en una primera undulación, es igual al que emplea en otra segunda, en otra tercera y en cada una de las siguientes; y, además, ese tiempo que una molécula emplea en la oscilación es igual al tiempo que en el mismo estanque, y en las propias circunstancias, invierte otra molécula cualquiera en su ascenso y descenso individual; de modo que, como sucede en las oscilaciones de los péndulos de una MISMA LONGITUD, las ondas de una MISMA AMPLITUD verifican sus ascensos y descensos en tiempos iguales é independientemente de la altura.

Su velocidad de trasmisión (nótese esto bien) es independiente de la profundidad del fluido.

En la superficie de los líquidos la forma de estas ondas es la de cicloides elongadas—más ó ménos—pero nunca

la de la cicloide misma, porque las ondas se rompen en cuanto se acercan mucho á esta forma, que parece ser su límite.

Las moléculas, pues, en estos experimentos no viajan, por más que undulen; como en un campo de trigo las doradas espigas, agitadas por el viento, remedan las undulaciones de los lagos, sin separarse del lugar donde están fijas sus raíces.

Si, pues, llamamos positivo al subir, y negativo al bajar, en toda undulación producida por el viento ó por el choque de un cuerpo sólido sobre la superficie de las aguas, tendremos siempre, durante el tremor del líquido, un período positivo y otro negativo, sucediéndose ambos rápidamente y á intervalos regulares, pero sin movimiento real de traslación.

La undulación de las espigas es una individualidad fantasmagórica: la forma subsiste, pero la espiga que está ahora en la cúspide no es la que estará en el inmediato instante, ni la que estará luego ni después mientras dure la MISMA undulación. El movimiento de las ondas no es el trasporte de la materia, sino el movimiento de un movimiento, como Russell dice con suma profundidad; es la transferencia del tremor de una molécula á la inmediata, y de esta á la siguiente, y de la 3^a á la 4^a....., *sin la transferencia material de ninguna*; es la emigración de la forma sin la peregrinación de la substancia; es la trasmisión de la fuerza sin el viaje del agente.

(Se continuará)

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON,

ILUSTRACION ARTISTICA



AÑO III BARCELONA 15 DICIEMBRE DE 1884 NÚM. 155

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Manilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL BARBERO DE SEJÓ, por don Ángel del Palacio.—TIPOS CONTEMPORÁNEOS (*conclusion*), por don Fernando Araujo.—EL PORROCA (*conclusion*), por don E. Benot.

GRABADOS.—UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro por A. Louftaunau.—INCENDIO DE UN TEATRO, cuadro por R. Ernst. GALANTERÍA DE ANTAÑO, cuadro por Cárlos Gampenkleder.—ESTADOS UNIDOS: CANDIDATOS DERROTADOS EN LAS ÚLTIMAS ELECCIONES PRESIDENCIALES.—ARQUITECTURA INFANTIL, dibujo por Seymour.—MARCELA SEMBRICH.—M. Y MME. CLODOVEO HUGUES.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA NOCHE BUENA, cuadro por E. Zimmann.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La sociedad de escritores y artistas.—D. Lúcas Aguirre.—La Exposición artístico-literaria.—La mesa redonda del ingenio.—Pintura.—Diciembre.—La nieve.—La fiesta de la familia.—Policía de los oídos.

La sociedad de escritores y artistas cuenta algunos años de existencia y ha ido aumentando el número de individuos y la esfera de su acción. No es, ni con mucho, sombra de lo que es en Francia la sociedad de hombres de letras, pero á pesar de eso, dentro de los medios escasos y deficientes que su organización le ofrece, ha dado ya dos muestras de actividad vigorosa: el Centenario de Calderon, de inolvidable memoria, y la Exposición

artístico literaria que lleva ahora al local de las escuelas de Aguirre numerosísima concurrencia.

El nuevo edificio es amplio y bien proporcionado. Débese su edificación á la caridad del difunto D. Lúcas Aguirre, opulento y piadoso ciudadano que ha dejado más de catorce millones de reales á los pobres de Madrid. Instituciones benéficas, limosnas anuales y mensuales, la dote que libra á una doncella desvalida de las acia-gas desventuras del abandono, escuelas gratuitas para pobres, sopa á diario para los hambrientos: á todos ha llegado la caridad del Sr. Aguirre. En los hospitales de Madrid sus testamentarios han donado miles de metros de tela que luego se pliega en los dobles de una sabana ó se deshace en las hilas de un emplastro. Viendo aquella estantería de pino que en el hospital general enseña riquezas cuantiosas en ropa blanca; viendo seis



UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro por A. Louftaunau

escuelas á que acuden los hijos de los pobres; viendo las cuentas de los testamentarios de D. Lucas Aguirre que arrojan un total caudaloso; y pensando que todo esto lo ha regalado un hombre á los que padecen las desdichas del no tener, es preciso bendecir la caridad, admirar el corazón humano y sentirse con menos tristeza en esta tierra de desórdenes y violencias.

La sociedad de escritores y artistas ha tenido la buena idea de inaugurar las Escuelas de Aguirre, situadas cerca del Parque de Madrid, con un certamen artístico y literario. Allí donde la caridad preparó hospedaje á la ciencia, allí se congregan las artes. Allí donde el corazón consumió la obra de dar, las musas celebran la fiesta esplendorosa de crear. Dar es el don del opulento; crear es la virtud del ingenio. Cuando el arte crea algo nuevo, el Olimpo se regocija. Cuando el corazón da algo más,—oro, caridad, amor,—el Paraíso se agita con las alas de sus ángeles y vibra el himno de estrofas inmortales del genio.

La Exposición celebrada en las Escuelas de Aguirre es notable. La sección de pintura, si no está enriquecida por grandes cuadros de laborioso desempeño, presenta, como en un álbum, las firmas de los Pradilla, Luna, Placencia, Sala, Moreno Carbonero, Villegas, Gesa, y los otros maestros de la paleta hispana. Aquí sonríe la luz sevillana en un paisaje de Villegas, allí se ve la magistral manera de Pradilla en una acuarela, impregnada de la calma suprema que constituye el rasgo distintivo de sus creaciones, que parecen pensadas y pintadas en un convento. Junto á un ramito de flores en que las abejas hallarían aroma para sus construcciones de cera y las mariposas matices para sus alas, ramito pintado por Gesa que ha sorprendido á la primavera su arte de hacer rosas y violetas, se ve un grabado en boj de Carretero, cuyo buril tiene en el acurado pico prodigioso prestigio para realizar el arte dislocando las vetas de la amarilla y dócil madera.

Las demás artes tienen también su representación en las Escuelas de Aguirre. Hay esculturas de escaso mérito, modelos de tipografía, grabado é imprenta.

Lo que más éxito ha tenido es la sala que representa la redacción de un periódico, con su mesa ovalada donde todos escriben en común, á la manera como los monjes rezan en común su oración por la humanidad pecadora.

Alguien ha llamado á aquella mesa típica de las redacciones la mesa redonda de las musas.

Hay más profundidad de lo que á primera vista aparece en esta frase, y escarbando un poco en su corteza antirretórica, vese aparecer el secreto del trabajo periodístico, febril é irregular, fácilmente concebido y prontamente olvidado, y en el cual el mismo artículo que hoy provoca un motín, es leído mañana con desden, entre hostozos de aburrimiento. Esa mesa redonda donde las musas ofrecen brindis á los labios del ingenio y se dejan enamorar por sus caricias, tiene, como presidente de sus lascivas fiestas, á un viejo de luenga barba, el mismo que descubrió la diabólico-divina idea de reproducir con un menudito útil de hierro el pensamiento humano en cientos de miles de ejemplares. De Gutemberg hablo, del venerable alemán, que dotó á la humanidad de un nuevo sentido: el de la imprenta, que alarga y amplifica la eficacia y potencia de los otros sentidos.

En las paredes de esta sala campean en blancos tarjetones los preclaros nombres de los fundadores del periodismo español: Calvo Asensio.—Gasset y Artime.—Fernandez de los Rios.—Cárlos Rubio.

Diciembre, mes de la glotonería y la cristiandad se prepara á celebrar sus fiestas cristiano-paganas. El pavo se estremece de ira presenciando su fin trágico y bajo su gorro frío de rojos festones palpan discursos de venganza.

Humanidad, humanidad... no puedes festejar las alegrías del espíritu sin dar al estómago parte de ellas... A cada uno de tus entusiasmos sigue muy de cerca una indignación.

Si la nieve cae, el pobre tiritá y el rico se envuelve en las pieles de oso y marta, y arimado al hogar, sumido en el dulce sopor que producen copiosas libaciones y abundante yantar cuando se digieren entre la tibia atmósfera de una estancia bien templada, parece un sér extraño y pacífico que tiene en sus entrañas un altar al egoísmo. ¡Bien cae fuera la nieve! ¡Bien chisporrotea la leña dentro! Fuera el mendigo, la pulmonía, los sabañones y las molestias. Dentro la comodidad, el boato, el lujo. Caen, nieve blanca y fría.

Arde, leña seca, entre cuyas vetas duermen esas hadas rubias y azules del incendio.

¡Frio y calor! La humanidad es en lo moral juguete de las atracciones y repulsiones del frío del odio y del calor de los afectos.

La cena es una institución, cuando la opulencia la rodea de sus prestigios y el arte pone en su trono los adornos del lujo.

Ved ese pobre jornalero, cuán rápida y frugalmente despacha su ración de bacalao. Suprime los adornos de la mesa. No hay mantel en ella, no hay vajilla tam-

poco. El tenedor que esgrime es el primitivo de los cinco dedos con que el padre Adán tomó de las manos de Eva la manzana, cuya digestión no ha acabado aun de hacer la humanidad. Puede ser feliz sin copas de plata en que le escancien el vino y hasta el vino puede faltar en su agapa, con tal que el de hambre la sazone.

Pero el hombre, ansioso de placeres, busca incentivo á ellos, en cuanto le rodea. Tiende sobre la mesa rica adamscada mantelería. Forma en fila vasos de cristal clarísimo y á cada uno le da la forma más propia para que mejor envíe á los labios las deliciosas sensaciones almacenadas en el fondo de una vieja botella: hé aquí el ancho caliz de Champagne donde jastallan las burbujillas de plata y donde hierve el ácido carbónico; más acá está la copa del modesto Valdepeñas, y en el remate de la fila el dedalillo de cristal donde los filósofos de la Charreute, que tienen en su alquimia los secretos de Baco y de los ángeles, vierten gota á gota la decantación del jugo de las plantas.

«Noche Buena y sin cenar.»

Este es el título de un viejo sainete representado todos los años en los teatros de Madrid durante las fiestas de Navidad.

Apénas se concibe ese título, que es el colmo de las desventuras.

No cenar cualquier noche del año es una desgracia. No cenar la noche de Noche Buena es una desgracia inmensa.

Si yo fuera poeta escribiría una ciegia cuyo asunto habia de ser el cántico desesperado del hambriento en Noche Buena, y creo sinceramente que el nihilismo con sus minas de dinamita que estallan, con sus puñales envengados, con toda su inagotable estirpe de horrores, surgen del cerebro de un hombre que sin cena, sin capa, y sin leña ante cuya lumbrere calentarse, pasó esa clásica noche á la puerta de la casa de un rico, oyendo las carcajadas y los bríndis, la música salvaje pero inocente y alegre de panderetas y rabeles y los villancicos que inspira una digestión feliz.

De este contraste duro, feroz, irritante que ofrece la miseria y el lujo, surgen en Noche Buena tormentas de caridad. El hombre más avaro da limosna despues que sale de la cena familiar, para ir á la misa del gallo.

Tal vez os hallais al doblar esa esquina donde las pulmonías hacen su guardia, un niño misero, casi desnudo, tiritando, las crenchas de pelo empapadas en la húmeda neblina... Acordaos de que, mientras acaso ese niño se muere de hambre, hay quien se muere de indigestión, y tened en cuenta aquella máxima del héroe de la caridad cristiana:

«El que muere por carcer, tiene en la otra vida la gloria de la abundancia.»

«El que aquí carece de monedas de oro, tiene allá arriba el tesoro de las estrellas de Dios, de inagotable brillo y de esplendor perenne.»

Despues de la fiesta de la familia se desencadena en aquella noche el escándalo que anda por las calles atrojando las esferas con su música infernal.

La diosa de la armonía sufre y llora, en tal trance, ¡la falta de una ley de policía que prohiba la mala música, como se prohíben los focos de infección.

Así como hay en cualquier villa medianamente dotada de servicios municipales, carros que recogen de la vía pública las inmundicias, debía en Noche Buena ir por las calles un furgon donde se recogiese á los que esgrimen almireces y tañen latas de petróleo...

Para llevarlos á una isla desierta.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA cuadro por A. Louftaunau

Ocurre á veces que durante una calurosa tarde de verano, estando el cielo sin nubes, la atmósfera sin vientos, la naturaleza como en suspenso de sus funciones, presentimos la proximidad de una borrasca. Entónces, á despecho de las apariencias, decimos:

—Estamos amenazados de tempestad.

Pues otro tanto sucede considerando el asunto de este cuadro. Un viejo general, clavado por la gota en un sillón, está completamente abismado por una partida de ajedrez que ha empeñado con su jóven esposa. Esta se preocupa ménos del tablero y de las piezas; sin duda juega maquiélica; su imaginación, la loca de la casa, vaga sin duda por espacios muy distintos, tan distintos como lo son la edad, el temperamento y las ilusiones de uno y otro cónyuge. Por esto, al contemplar esta escena tan tranquila, tan inocente, hasta tan simpática considerada en su superficie, hemos de decir á pesar nuestro:

—Más ó ménos pronto, aquí sucederá algo...

Los matrimonios de conveniencia son como los incendios mal extinguidos: un día ú otro se produce el conflicto.

Este cuadro está ejecutado con habilidad suma y ha sido popularizado por cuantos medios de reproducción tiene á mano el arte moderno. Cuando tal ocurre con un sencillo asunto de familia, prueba que este asunto ha sido tratado de mano maestra.

INCENDIO DE UN TEATRO cuadro por R. Ernst

Pertenece este lienzo al género que pudiéramos llamar de sensación, y bajo este concepto es tan acabado como lo son los dramas de Bouchardy en el género literario que se dió en llamar de brocha gorda.

En el interior del coliseo han prendido las llamas: desde este punto ha dado comienzo la catástrofe. Instantáneamente se han confundido en un mismo terror artistas y espectadores: juntos y confundidos en el torbellino del espanto común, el instinto de conservación les ha empujado hacia un mismo punto de salida, ó sea la puerta del teatro. Allí se atropellan elegantes damas y rústicos campesas, el barba y la bailarina, el pollo remilgado que defiende el charol de sus botas y el intrépido bombero sin más objetivo que la extinción del incendio. En la calle, la jóven que corre desolada é ignorante de la suerte que ha cabido á sus padres, la dama que auxilia á su marido asfixiado, los atónitos curiosos que contemplan como si fuera un espectáculo teatral lo que es una realidad harta terrible, completan el efecto de este cuadro, inspirado, sin duda, por uno de esos siniestros á que, con espantosa frecuencia, nos tiene acostumbrados la falta de vigilancia en esa clase de locales.

El cuadro que reproducimos no está falto de vida ni aun de verdad; pero algo falta en él para que cause todo el efecto que el autor debe haberse propuesto. Y es, probablemente, que su verdad se resiente de la verdad fotográfica; el cuerpo sin el alma, la catástrofe sin el sentimiento, el arte sin la inspiración. Es un cuadro que espanta, pero que no conmueve.

GALANTERÍA DE ANTAÑO; cuadro por Cárlos Gampenkleder

Los más cumplidos galanes de nuestros días se contentan (oficialmente al ménos) con besar las manos á las damas en forma mental, representada á lo sumo por unas iniciales al pié de una carta, á título de antefirma.

Nuestros progenitores de principios de este siglo, eran sin duda ménos alegóricos en el ramo de cortesía, y cuando besaban la mano de una dama, se la besaban de veras y hasta con estrépito. El uso admitía corrientemente esto que hoy llamaríamos liviandad de parte de las mujeres ó libertad indisculpable de parte de los hombres; lo cual prueba que en materia de formas sociales, allá van leyes... donde permiten costumbres.

Las de nuestros tiempos, á pesar de cuanto se declara contra ellas, no nos parecen las más reprobables. Y no entramos á discutir acerca de trajes femeninos, porque la comparación habria de ser mucho ménos respetuosa aún para nuestras abuelas (Quien lo dude puede convenecer por este cuadro, cuyos personajes son otros tantos figurines de época.

Como trabajo de arte, la obra del pintor bávaro ha llamado con justicia la atención en Munich, que es, hoy por hoy, la población de mejor sentido artístico de Europa.

Los candidatos del partido republicano á la Presidencia y Vicepresidencia de los Estados Unidos

Habiendo publicado en uno de nuestros números anteriores los retratos de los candidatos del partido democrático á la presidencia y vicepresidencia de la gran república norteamericana, justo será que ofrezcamos asimismo los de los candidatos del partido republicano James G. Blaine y John A. Logan, por más que hayan salido derrotados en la reciente lucha electoral. Con respecto á sus antecedentes y méritos, los periódicos se han ocupado tanto de unos y otros, que juzgamos ocioso ocuparnos de ellos.

ARQUITECTURA INFANTIL, dibujo por Seymour

Bonita y sencilla composición, cuya descripción no es necesaria porque harto se echa de ver su asunto. Si el diestro dibujante emplea en estos entretenimientos sus ratos de ocio, el arte debe estarle agradecido.

MARCELA SEMBRICH

El día 15 de febrero de 1858 y en una pequeña población de Galtzia, nació una hermosa niña, que por de pronto vino á aumentar los apuros de su padre, inteligente cuanto humilde profesor de violín, más abundante en dulces que en dinero, con un pasado muy negro y un porvenir tan negro como su pasado.

Fuerza era que la niña dejara cuanto ántes de ser una carga para su familia; así fue que, educada musicalmente por su padre, lo mejor que éste supo, á los seis años de edad se presentó ante el público de Lemberg, ejecutando con rara habilidad algunas composiciones para violín y para piano. Estas precoces demostraciones de su talento artístico, habian costado á la pobre Marcelina un rudo aprendizaje; su padre y maestro no podía prescindir del trabajo del día para ganar el pan de la familia, y la tierra niña, para dar lección, tenía que abandonar el lecho ántes del alba, muerta de sueño, transida de frío, hasta que, excitado su entusiasmo musical, la exaltación del espíritu sobrepujaba á la debilidad del cuerpo.

Ya revelado el talento de Marcela, recibió lecciones del profesor Stengel, hoy esposo de la artista, quien la aconsejó completarla su educación en Viena; y con efecto, trasladóse á la capital de Austria, donde el célebre Liszt le predijo un porvenir brillante como concertista. Quizás se hubiera realizado el vaticinio del gran maestro, si el desarrollo de la voz de Marcela no la hubiera hecho pen-

sar en la escena, donde tantos y tales triunfos la esparaban.

Preparada por Lamperti, el más justamente renombrado de los profesores de canto en Milán, a los dos años de estudio debutaba, con éxito extraordinario, en el teatro Real de Atenas; y desde entonces el arte divino contó con una nueva y brillantísima estrella.

Dresde, San Petersburgo, Moscú, Milán, Madrid, Londres, París, han creado á la eminente cantante una reputación de primer orden. En Barcelona ha debutado asimismo con gran éxito en el teatro del Liceo con la *Lucia di Lammermoor*, una de sus más favorecidas partituras.

Y como ni la prosperidad ni la desgracia son permanentes, á la estrechez de la infancia ha reemplazado la abundancia del presente. Dicese que Marcela Sembrich ha firmado una contrata para cantar en Madrid y Lisboa, desde enero á abril del año próximo, recibiendo por estos solos cuatro meses 250.000 francos de paga. Es mucha paga, pero... ¡es mucha artista!...

M. y Mme. CLODOVEO HUGUES

El palacio de justicia de París fué teatro, el día 27 de noviembre último, de un hecho incalificable é incalificado hasta el presente. Una mujer hermosa y honrada, legítima esposa de Mr. Clodoveo Hugues, diputado por las Bocas del Ródano, descargó cuatro tiros de revolver contra cierto Mr. Morin, un miserable, director de una de esas escandalosas agencias en que, por dinero, se fabrican ó destruyen reputaciones á gusto del que paga. Mme. Hugues había sido víctima de esas infamias, y la tardanza en la aplicación de la ley, que había invocado, completó su natural exasperación, hasta el punto de que, habiendo tropezado al salir de la audiencia, con su insolente calumniador, le metió con toda intención cuatro balas en el cuerpo. Mr. Morin ha muerto.

La heroína de esta aventura fué presa inmediatamente. Se ignora el fallo que el tribunal dicte: en cuanto á la opinión pública, ha absoluto en su inmensa mayoría á la vengadora de su honra.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA NOCHE BUENA, cuadro por E. Zimmann

Un asunto tan interesante, al par de bello y poético como es el Nacimiento del Señor, había de preocupar precisamente á los artistas, y mucho más en aquellos tiempos en que las obras pictóricas estaban tan exclusivamente destinadas á decorar iglesias y conventos ó palacios de príncipes cristianos. Esto explica el gran número de cuadros que representan la sublime cuanto tierna escena de Belen, ejecutados algunos por pintores de primera fuerza y muchos por artistas tan desprovistos de talento como sobrados de osadía; pues de ella necesita gran dosis el que no retrocede ante las inmensas dificultades de una composición en que lo real y lo ideal entran por iguales partes, en su manifestación más vulgar y más grande á un tiempo mismo.

El Nacimiento que hoy repartimos es verdaderamente obra bien concebida al par de bien ejecutada y de un sabor clásico que recuerda las mejores composiciones de esta escena por los más grandes maestros. María, la figura principal, es de una belleza mística perfectamente entendida; en su semblante resplandece la felicidad íntima de la madre, sin perjudicar en lo más mínimo al candor de la vírgen. Los demás personajes están dibujados con firmeza y los grupos combinados con naturalidad artística y de buen efecto, sin que los unos embarquen á los otros, ni los tipos adolezcan de cierta rusticidad vulgar y monótona, hartos comunes en los Nacimientos.

La impresión general es grandiosa y participa del efecto que causan los lienzos que pudiéramos llamar de la grande escuela.

EL BARBERO DE SEIJO

Historia que parece novela.

I

Un río que corre entre juncos y espadañas; un ciento de casas, algunas de ellas de tierra; una iglesia de piedra sin labrar; un bosque de castaños y tilos y un elevado monte que sirve como de telon de fondo á esta sencilla decoración: tal es en conjunto la aldea de Seijo, en la cual se desarrolla la acción de esta verdadera historia que más parece cuento.

El río, que es bastante caudaloso, besa hipócritamente los pies de la aldea, pues cuando la nieve que corona la cima del vecino monte se funde á los rayos del sol, hincha su seno y se precipita transformado en asolador torrente sobre las casas que convierte en ruinas y sobre el bosque cuya leña va á enriquecer llevada por la corriente, á pueblos situados á ocho leguas de Seijo.

Las casas de que hemos hablado, y se encuentran como egostas, aisladas unas de las otras, y todas puestas un trozo de huerta y un corral, adosados á su pared del mediodía, defendida la primera de la mala vecindad del segundo por un seto vivo de zarzamoras y el conjunto de los dos por un *terre* de piedras, que su dueño se encarga de bajar y de montar y ordenarlas, y el viento y los chicos de desahacer la obra al día siguiente.

II

Quizás sea yo el primer madrileño que ha visitado el ignorado rincón cuya pintura acabo de hacer á grandes rasgos, y nuevo Colón de esa vieja aldea, me permito recomendarla á los que tienen los rigores del verano, por lo que á su físico atañe, y á los que aman la soledad, por lo que á su parte moral. Allí entre los ochenta vecinos de que consta el lugar, encontrarán, los que se atrevan á emprender el viaje, frescura, soledad, silencio y jamones ahumados exentos de *trichina*; cosas todas de que rara vez disfrutarán en la corte.

Además, los ligeros de piernas á quienes no arredra la altura del monte, y tengan la cabeza bastante firme para escalarle siguiendo los senderos de cabras en él trazados, gozarán, después de una hora de camino y al traspasar el vértice, del sorprendente espectáculo que ofrece el Océano rompiendo sus olas sobre los guijarros de una microscópica playa.

Del carácter de los vecinos de Seijo podrán juzgar los que tengan paciencia para seguir hasta el fin esta narración.

Y por si alguno entrase en ganas de ponerse en camino, llevado de la curiosidad por la descripción que he hecho de la aldea, me permitiré darle un consejo que no dudo me agradecerá más tarde, y es, que interin resida en ella se deje la barba, á menos que no posea navaja y habilidad para afeitarse por sí solo.

III

Digo pues, dejando á un lado el cómo y porqué llegué á Seijo, que después de dos días de viaje y tres de residencia, me sorprendí desagradablemente en el que hacia el quinto, al contemplar mi cara en un pequeño espejo de bolsillo de mi uso particular. Lo que motivó mi desagrado fué el crecimiento irregular de la barba, que daba á mi fisonomía de suyo lánguida, el aspecto de un convaleciente dado de alta en un hospital por un enfermero poco escrupuloso.

Resolví en vista de ello que desapareciera la causa fundamental que producía aquel efecto, y tomé lenguas en averiguación de quién podría, sin detrimento de mi persona, llevar á la práctica la resolución por mi adoptada de afeitarme.

Don Bruno, el mejor jugador de bolos del pueblo, y además cura del mismo y mi contertulio, fué quien me sacó del atasco recomendándome como idóneo para el caso al tío Anton, que además de su especialidad como rapista, reunía los oficios de veterinario, herrador y cirujano. En vano alegué que un hombre acostumbrado á herrar bueyes no se distinguía por la suavidad de su mano; cerréme el cura la boca asegurándome ser tan delicado de cutis como yo, y añadiendo que cuando él ponía su cara y hasta su cabeza en contacto con las navajas de Anton, bien podía yo sin el menor cuidado entregar los cuatro pelos mal sembrados, de que constaba mi barba, al filo de su herramienta, que en dos minutos daría cuenta de ellos.

Si yo hubiera sabido, como posteriormente lo supe, lo duro que era el cráneo del señor cura y lo curtidá que estaba su fisonomía, no hubiera accedido á su recomendación, y por consiguiente no podría ahora contar esta historia, justa compensación de mis sufrimientos; pero yo ignorante del peligro y confiado en la palabra del clérigo acudí á casa de Anton.

IV

Recuerdo que era líneas cuando me decidí, y por esta razón no encontré en el domicilio del barbero más parroquiano que un manso buey, que colgado de cuatro estacas, se dejaba herrar dócilmente por la propia mano del maestro.

No dejó de humillarme tener que esperar vez, tratándose de aquel ruminante, pero disimulé mi impresión y me dediqué á estudiar la persona en cuyas manos me iba á poner.

El tío Anton era hombre que podría tener de sesenta á sesenta y cuatro años, si ni menta su pelo completamente gris, que como enmarañada selva cubría su cabeza con tendencias á apoderarse de la frente. Su cara de un moreno cetrino estaba completamente afeitada, y no ostentaba, excepción hecha de sus pobladas cejas, un pelo en toda ella; cosa de que no podían vanagloriarse los brazos, que dejaba ver la camisa remangada por encima del codo. Era alto y fornido, y todo éí más en armonía con el oficio en que le hallaba ocupado, que con el de barbero. Parecía por lo demás hombre campechano y decididor, y sus ojos pardos y penetrantes revelaban una sagacidad poco común aun entre hombres no nacidos y criados en Seijo. Hallábase en mangas de camisa, y el resto de su traje se componía de unos zapatos blancos de gruesa suela, y de unos pantalones de algodón á rayas azules y negras. Las medias no se le veían, pero se podría asegurar que no las llevaba.

Esperé, fumando un cigarro, que terminara su tarea, y por fin, herrado el buey y descolgado del *fotro*, me dirigí al barbero y entablamos este diálogo:

—Dios guarde á V., tío Anton.

—Y á V. también, caballero.

—Necesito de los servicios de su profesion, y el señor cura me ha indicado que V. puede complacerme.

—Tendré mucho gusto en ello, pero como tengo varios oficios, dígame V. de cuál de ellos necesita. ¿Del de herrador ó de...?

—;Hombre, naturalmente!

—Dispense V., pero podía tener algun caballo desherrado...

—No tengo caballo, por tanto no es al herrador á quien vengo á buscar, sino al barbero.

—¡Ahí entónces es poca cosa; éntre V. en casa, por que aunque generalmente afeito acá fuera, á V., como no está hecho á ello, le incomodarían los rayos del sol.

—Dice V. bien.

V

Hago al tío Anton la justicia de creer que me introdujo en la mejor pieza de la casa; y era la tal una salita bastante grande, cuidadosamente blanqueada y alumbrada por dos rasgadas ventanas, que dejaban penetrar los rayos del sol, de que me queira librar el barbero. Los cristales libres de cortinillas, permitían admirar las coles y las habas del huerto. El mueble se componía de una antiquísima cómoda, sobre la que colgaba un espejo con marco de madera; seis sillas orindas de Vitoria; un cuadro con un Ecce homo, y una bacía de latón colgada del mismo clavo que el cuadro. La union de estas dos últimas cosas, parecía un símbolo.

—Vaya V. tomando asiento, miéntras voy por un poco de agua caliente.

Obedecí la órden del tío Anton y me senté.

Á los dos minutos volví á aparecer con una taza blanca y una navaja con cabros negros.

—Póngase V. aquí, y estará con comodidad.

Comodidad era la palabra que cuadraba con la posición que me hizo adoptar, pues colocó mi silla de espaldas á la cómoda, haciéndome reclinar la cabeza contra esta.

En seguida sacó del primer cajon de este mueble una pastilla de jabon casi nueva, y una toalla casi limpia, y ciñéndose esta alrededor del cuello empezó á bañarme el rostro.

Acometéme un terror súbito, y le dije:

—¡No me desahéne V.!

—Mr. jor será, porque tiene V. muy delicado el pellejo, y por más que esta navaja no ha servido más que una vez, y tiene buen corte, siempre le lastimaría algo al querer *apurarle*.

—¿No usa V. nuez para afeitár?

—¿Quién no señor, aquí no se dan bien las nueces, de modo que en su lugar uso una castaña, de que aquí hay abundancia, y que una vez metida en la boca hace el mismo efecto. Pero para V. no hace falta ninguna.

¡Bendije interiormente á la Providencia, que dándome la rubicundez que posco, me labia librado del uso de la castaña!

Dió principio el martirio y qué martirio!... En vano me revolvia en la silla; el tío Anton con una fiema digna de mejor causa, no se interrumpía sino para pasar la hoja de la navaja por la palma de su callosa mano, con lo cual en vez de suavizarla la ponía más áspera de lo que estaba.

Faltábame un carrillo por desollar, cuando un repelón más pronunciado que los demás me hizo saltar un voto, y tras el voto estas palabras:

—¿Con que esta es la navaja que tiene V. reservada para los forasteros? ¡Pues podía V. haberla dejado en su sitio y haberme afeitado con cualquiera otra, que de fijo no sería tan mala como esta!

—¡Hombre, qué delicado y qué desagradecido es V. ¡Pues es preciso que sepa, que esta navaja no sólo es excelente, por lo cual le hago un favor al afeitarte con ella, sino que es al mismo tiempo una reliquia; por más que, como ya le he dicho, ha servido una sola vez!

—¡Vamos! la estrenaría V. en alguno de su familia, que luego murió, y en recuerdo la conserva V. como oro en paño!

—¡Quién, no señor!

—¿Rasuró V. con ella al Obispo?

—Nada de eso. La única vez que la he usado, hasta ahora, fué para afeitár á un muerto.

Mis nervios puestos hacia rato en tortura, experimentaron al oír estas palabras, un choque tan violento, que pegué un bote sobre la silla, como si me hubiesen aplicado á las orejas una botella de Leyden. Al propio tiempo la mano del tío Anton, que miéntras hablaba proseguía su obra, me tropezó violentamente y me hizo un chirio por el que empecé á sangrar en abundancia.

—¡No es nada, no es nada! ¡Príctese V. con la toalla miéntras voy por cualquier cosa para ponerle en la *mata-cuá*.

Pocos minutos tardó en volver, pero puedo asegurar que los aproveché bien, renegando de él, y del cura, causa primordial de hallarme en tal estado.

Regresé mi hombre, que por cierto no habia perdido nada de su serenidad, trayendo arrollada al dedo una enorme telaraña, que con la delicadeza posible me colocó sobre la herida, y acto seguido se disculpó de su atropello diciéndome:

—¡No sé cómo no le he degollado á V. ¡Ni que tuviera usted azogue en el cuerpo!...

—Pero ¿le parece á V. cosa de poco más ó ménos, decirle á uno que la navaja con que le afeitán ha *debutado* en la cara de un muerto, sabe Dios de qué enfermedad?

—Si V. no fuese tan vivo, yo le hubiera tranquilizado, poniéndole de manifiesto el cómo y porqué de mi dicho, pero como no me ha dejado V. acabar mi relacion!...

—¡Pues, hombre, acábelá V.!

—Entónces eche V. un cigarro, y miéntras se cicatriza la herida le *rasuraré* la barba para que no le angustie ninguna aprension.



INCENDIO DE UN TEATRO, cuadro por R. Ernst



GALANERÍA DE ANTAÑO, cuadro por Cárlos Gampenkieder

—Pero, y lo que falta por afetar?
—Es verdad; quiere decir que hablaré y rasuraré al mismo tiempo, pero no dé saltos, si no quiere salir señalando en el otro carrillo.
—Empiece V., que estaré como el muerto de que va V. á hablar.

VI

«Dos años hará el mes que viene, que vivía en la casa grande que está á la entrada de la plaza, Rita Colombres, la moza más guapa de Seijo y de diez leguas á la redonda, según el decir de los que han viajado por esos mundos. En frente de la casa de Rita hay otra casa que también V. habrá visto...»

—No recuerdo.
—Pues bien, en ella vivía por la misma fecha, Hermenegildo, ó Gildo, como mejor se le conocía, con su madre la tía Nemesia que tenía ochenta años, y á la que mantenía aquel á fuerza de trabajo.

Aconteció que Gildo, con otros, fué á segar la yerba del prado de Rita, porque es menester advertir que su padre es uno de los más ricos de la aldea, y lo mismo fué ver á la muchacha, se enamoró como un bobo, y como un bobo fué todos los días al retirarse á su casa á rondar la de Rita, con la esperanza de volverla á ver á un cuando fuera de léjos.

Si Rita era la mejor moza de la aldea, Gildo era el mejor mozo, y por este lado nada se tenían que echar en cara; pero como por el lado del interés no había ni punto de comparación, el pobre Gildo no se atrevía á decir á Rita su sentir, y empezó á no comer, y á adelgazar, y yá peses V. dejó hasta de afetarse!

La tía Nemesia, que conoció el pic de que su hijo renqueaba, quiso sacarle de penas, ó por lo menos desengañarle, para de este modo traerle otra vez á buen camino, y fué á hablar al padre de Rita.

Recibida este muy atento, pues es un pedazo de pan el pobre, y cuando le manifestó lo que á su casa le llevaba, contestó que sabía bien lo que Gildo valía, y que como en Seijo no había mucho en que escoger, y dos brazos hechos al trabajo valen cualquier dinero, no tenía dificultad por su parte en que la boda se hiciera, siempre que á su hija fuese gustosa en ello.

Intú se decir que la tía Nemesia volvió á su casa saltando, como cuando tenía quince años, y más alegre que un panderero. Más se alegró Gildo cuando lo supo, pues se creyó subido de golpe al cielo de su deseo; y desde aquel día empezó á reponerse y á rondar á su novia, no sin haber venido ántes por acá á afetarse y á contarme lo sucedido, como amigo en quien podía confiar su pena y su alegría.»

—¿Le duele á V. la matadura?
—Poco. Siga V. su historia.

VII

«No podía estar oculta para Rita la intención de Gildo, pues los paseos, miradas, cantares y demás zarandajas que usan los enamorados, bien claramente se lo hubieran dado á entender, pero como á todo ello no prestase ninguna atención, ni se diera por entendida, Gildo, aconsejado por todos sus amigos y por mí especialmente, se dejó de circunloquios é indirectas, y un domingo que pudo hablarla á solas, le dijo su sentir, y cómo su padre no había puesto objeción al matrimonio. La contestación de la muchacha fué de esas que no dejan ni duda ni esperanza, y como no se mordía la lengua para hablar, y lo que habló lo acompañaba de una risita trónica, quedóse el pobre Gildo hecho un terrón de nieve, y se le atravesó un nudo en la garganta que no le dejó ni quejarse de su desgracia. Noté, sin embargo, que pasado el ataque, palideció y reclinó los dientes; luego se metió las manos en el bolsillo del pantalón, y con la cabeza baja tomó el camino de la orilla del río, donde á las dos horas le encontró su madre sentado sobre una piedra, y entretenido como un chico en echar puñados de arena á la corriente.

Desde aquel día no levantó Gildo cabeza, su rostro se fué poniendo amarillo, y llamado yo por su desconsolada madre, reconoció y declaró que padecía un principio de ictericia, complicado con un mal de corazón que no tardaría en manifestarse por accidentes, y le receté á falta del verdadero remedio, que siguiese yendo á la orilla del río, y mirase correr el agua; medicina que á otros había curado de raíz. Entre tanto el padre de Rita, sin duda para mitigar el daño causado por su hija, socorrió á la tía Nemesia, que gracias á él no carecía de nada para Gildo. Á todo esto, las malas lenguas del lugar, que por más que el cura predica no son pocas, no dejaban á Rita bueno sano, siendo las mujeres las más encarnizadas contra ella; llegaban hasta afirmar que el motivo de su desprecio para el mozo, era el haber conocido en un viaje que hizo con su padre, á cierto teniente de carabineros, á quien esperaba por la aldea, como al agua de mayo, pero el cual nunca acababa de llegar.

Lo que llegó á mi casa al poco tiempo, fué un recado de la tía Nemesia, mandándome ir en seguida á ver á Gildo que estaba muriéndose é chorros. «Un accidente más fuerte sin duda que los anteriores, había concluido cuando yo llegué, con el amor y con la vida del pobre chico!»

Colocamos el cadáver sobre la cama, y me esforcé en consolar á la vieja, que no estaba mucho más viva.

VIII

«Al siguiente día, y con el fin de disponer lo necesario para el entierro, me dirigí de nuevo á su casa. La tía Nemesia continuaba á la cabecera de su hijo, rezando é in-

terruptiéndose á menudo para lanzar unos ayes, capaces de ablandar las piedras.

—¡Ay, tío Anton! qué va á ser de mí? me dijo cuando se apercibió de mi presencia.

—¡Vamos, consuélese V. ¡qué diantre! ¿No estamos aquí todos los que éramos amigos del difunto, para socorrer á V.?

ANGEL DEL PALACIO

(Continuará)

TIPOS CONTEMPORÁNEOS

(Conclusion)

IV

Pepe se trasladó inmediatamente á la ciudad en que le hemos conocido. Durante todo el trayecto maduró su proyecto y se propuso ejecutarlo al pié de la letra.—La suerte está echada—se decía.—¡Me saldré con la mía? Creo que sí; hasta ahora no tengo motivo de queja. Llevo en el bolsillo dos cartas que me han de servir de mucho. ¡Fué buen pensamiento! Yo no conocía al conde de Peréña; pero decía mi tío que *cuadras fortuna juvat*: si me hubiera andado con escrúpulos, me hubiera quedado sin las cartas. ¡Son buenas, buenas recomendaciones! Una para el marqués de Vallecás y otra para el senador D. Atanasio Fuensangil. ¿Para qué necesito más? Me presentaré en seguida á ellos y procuraré ganar su amistad; me reuniré con ellos en el paseo y la gente formará de mí excelente concepto. ¡Es buen golpe, bueno, bueno! Lo demás es cosa corriente; la cuestión es hacer un buen matrimonio, y poca fortuna he de tener para no conseguirlo. Las colocaciones no abundan, y yo, después de todo, estoy llamado á ser un buen partido; ¡Quién sabe! ¡No conviene con todo forjarse ilusiones... ¡Oh! ¡Si yo llegara á ser diputado! ¡Y ya lo creo que lo seré! ¿Por qué no lo he de ser? ¡Pues qué! ¿No van al Congreso muchísimos que valen menos que yo? ¿Qué se necesita para ser diputado? ¡Agarrarse á buenas aldbas, y saber buscar el sol que más caliente!... ¡Yo tengo buen ofato, y á mí qué me importa la política? ¡Absolutamente nada! Que mande Juan ni que mande Pedro con tal de que á mí me den un buen destino, bueno va todo... Lo que es diputado... vaya si será diputado... y sin tardar mucho Y una vez diputado quién me impide el llegar á una dirección? Serán ilusiones mías, pero yo no lo veo tan difícil, y cosas más grandes se ven todos los días. ¡Qué demonio! Yo no soy ningún pelagatos para no poder aspirar á todo. ¡Si señor! ¡A todo! Vaya... director... director... de comunicaciones por ejemplo, ¿eh?... ¡Ya lo creo! De manera que por muy satisfecha y resatisfecha puede darse la niña á quien yo pretenda, por rica y bonita que sea. ¡Un futuro director! ¡Acaso un ministro!... ¡Si, señor, ministro! ¿Por qué no lo había de ser? El que llega á una dirección bien puede llegar á una cartera. Todo es cuestión de hacerse con amigos en el Congreso y de saber aprovechar las ocasiones; á lo primero no me gana nadie, pues es precisamente mi fuerte, y en cuanto á lo segundo... ¡qué diablo! no faltará una oportunidad y yo entiendo bien la aguja de marcar. ¡Oh! ¡buena de Pascual! ¿Quién la había de decir, cuando se dignó proteger al escribientillo Pepe, que aquel pobretón había de llegar á ministro? ¡Qué vueltas da el mundo! ¡Y ella que estaba tan creída de que yo la adoraba! ¡No faltaba más! Hermosa sí es, no puede negarse; pero está demasiado madura y... ¡no faltará ningún cargue con ella! Pero no será yo; yo necesito una mujer del gran mundo, elegante y rica, y si pudiera ser, jóven y guapa; pero esto no me importa tanto. Creo que mi pretensión es justa; yo llevo al matrimonio mis esperanzas de un porvenir brillante y es necesario que ella lleve la realidad de una gran riqueza para que aquellas esperanzas se conviertan más pronto en realidad. Creo que aún así y todo saldrá ganando ella, porque no se encuentran hoy partidos como el mío con tanta facilidad, y ¡qué diablo! si ella lleva, spongamos... treinta mil duros... ¡treinta mil duros es poco! pongamos cincuenta; si ella lleva cincuenta mil duros... ¡un millón! no se me hace mucho todavía... pero pongamos el millón. Si ella lleva un millón al matrimonio ¡buen millón llevo yo! Yo llevo más, sí señor, llevo más... la cuenta es fácil de echar. Ese millón lo más que puede producir, no metiéndolo en aventuras peligrosas que podían salirnos caras, son cincuenta mil reales. Pues ¡buenos cincuenta mil reales llevo yo! Treinta mil reales de la cesantía de ministro, con otros tantos de mi plaza de consejero... porque seré consejero del ferro-carril del Norte, ya son sesenta mil. ¿Y lo que puedo sacar fuera de esto? ¿Y lo que me quede del sueldo de ministro? ¿Y lo que me valgan otros negocios? ¿Y los regalos? ¿Y las manos sucias? No lo había yo pensado bien; no será tan bobo que me deje pescar por cincuenta mil duros de dote. Por mí más de cien mil, ni quiero ni debo sacrificarme, y me parece que no son excesivas mis pretensiones. ¡Qué desao tengo ya de llegar á esa ciudad y reconocer el terreno!

V

Pocos días despues entraba en la deseada población. Al día siguiente visitó al marqués de Vallecás de parte de su deudo el conde de Peréña, á quien supuso trataba amistosamente, haciendo otro tanto con D. Atanasio de Fuensangil, senador del reino. El segundo día salió con ellos de paseo y á la vuelta fué presentado en el casino y acogido con benevolencia. El tercer día tomó posesión de su destino dándose su jefe por muy honrado con tener á sus órdenes tan cumplido y elegante subordinado á quien

la tarde anterior había visto bromear en el casino con el marqués de Vallecás y con el senador Fuensangil. A los quince días toda la aristocracia conocía á D. José Fernandez Prieto á quien todos llamaban Pepe, honrándose con su amistad. El sistema á que Pepe había acudido para conseguir este resultado era sencillísimo por demás, aunque sólo al alcance de caracteres como el de Pepe. Procuraba exhibirse en todas partes; estaba al corriente de todas las intrigas y trataba á todos como camaradas; no se daba por sentido de ninguna repulsa; procuraba seguir el grado de cada uno; hablaba á cada cual de lo que más le agradaba; sabía retirarse á tiempo y tenía otra porción de habilidades. Con todos se detenía, pero muy poco con cada uno; él transmitía todas las noticias del día á todos, y recogía el comentario de cada cual; de esta suerte todos hablaban de Pepe y por Pepe lo sabían todo. ¡Era Pepe un gran hombre para aquellas campanas! ¡Ninguno como él! ¡Qué maña se daba para trabar amistades! ¡Qué tino el suyo para ensanchar el círculo de sus relaciones! El casino, las oficinas, las reuniones, el paseo, la calle, todos los lugares eran buenos para sus fines. En el casino buscaba siempre las horas de grande y escogida concurrencia para hacer su entrada, y saludaba ruidosamente á todo el mundo haciendo especial gala de tratar de igual á igual con los más encopetados, y en las oficinas se llenaba la boca con el relato de sus visitas, del secreto que le había confiado el marqués, del balle dado por la vizcondesa, de la broma que daba al condeito con la generala, del empeño que tenía el banquero Rodriguez en que honrase su mesa, del negocio que le había propuesto el mayorazgo D. Polonio; en las reuniones, ó como si dijéramos *soirées*, coquetaba con las jóvenes, balaba la rosa á las mamás y no se le caían de la boca los nombres de los que no habían podido asistir, para hacerse interesante á los ojos de los que asistían; era de rigor que diera el brazo á las que alternaban en la banqueta del piano, y que volviése las hojas del papel pautado cuando la pianista le avisaba con los ojos. En el paseo se dedignaba de presentarse con sus compañeros de oficina, y como una conversación sostenida hubiese estado de relieve su falta de instrucción, procuraba evitar este tropiezo no pasando con nadie en particular y haciéndolo un poco con todos; se reunía con el primer personaje que atisbaba, le daba la noticia del día, recogía sus apreciaciones, y en cuanto se cruzaba con otro dejaba al primero pidiendo permiso para dirigirse al segundo; con éste ejecutaba la misma operación, y así sucesivamente; de este modo no sólo no ponía al descubierto la superficialidad de su trato, sino que lisonjaba á todos, apareciendo á sus ojos como un sér altamente simpático y servicial, franco, listo é inteligente. En la calle, por fin, repetía, con algunas variantes, el manejo del paseo; iba siempre de prisa, como hombre á quien el tiempo hace falta, y se detenía breves momentos con cuantos conocidos, especialmente si eran de campanillas, encontraba al paso, haciendo valer los minutos que les dedicaba; él repartía los billetes de las funciones aristocráticas benéficas, él avisaba para los bailes de confianza, él andaba siempre de aquí para allá sin perder ocasión de hacerse visible.

VI

Los manejos de Pepe dieron el resultado previsto; preparado convenientemente el terreno, presentóse como candidato oficial á la Diputación provincial en las primeras elecciones, logrando triunfo completo. Ya por entonces había puesto los ojos en Paquia, la hija de D. Pedro Lersundi, jóven elegantísima, aunque poco bella, que pasaba por uno de los mejores partidos de la ciudad, y á la que ninguna otra igualaba en lujo y elegancia; Pepe se decidió á hacerla la corte en toda regla y tuvo el placer de verse correspondido, si bien despues de algunos remilgos de Paquia. Vacante el distrito de la capital por defunción del diputado á Cortes D. Hermógenes Troncoso, Pepe resolvió dar aquel paso decisivo en su carrera y precipitó su boda con Paquia para poder contar incondicionalmente con la influencia de su suegro y con sus talentos. La boda se hizo y Pepe echó á volar su candidatura, no ya oficial, sino de oposición, pues todo hacia presumir que el ministerio iba á caer y á ser reemplazado por la fracción á que el previsor Pepe acababa de afiliarse; las cuentas estaban bien echadas; pero Pepe no contaba con la huéspeda; y la huéspeda era terrible. Antonio Carbajal, cansado ya de ver á su ciudad natal sometida á semejante hombre, é indignado de su audacia presentó su candidatura en frente de la de Pepe. La lucha era casi imposible; Pepe, no obstante, mantuvo su candidatura esperando la pronta caída del gobierno; pero una votación parlamentaria vino á darle una nueva consistencia y el fracaso de Pepe fué terrible... ¡sólo sacó treinta y dos votos!

Y no fué esto lo peor; por entonces precisamente llegó de Palencia el conde de Peréña, cuyas cartas de recomendación fueron el origen del rápido encumbramiento de Pepe, y por él se supo que entre Pepe y él no existía relación alguna, habiéndole facilitado aquellas cartas sin conocerle y movido por sus apremiantes súplicas; el marqués de Vallecás y el senador Fuensangil, ya indispuestos con Pepe por causa de las elecciones, le retiraron en absoluto su amistad, siguiéndoles en esto todos los socios del casino. Ni el mal para Pepe se redujo á esto: la elegante Paquia era de un genio arisco y dominante y apenas se enteró de aquellas novedades, cobró á su marido un odio mortal, arrojándole una camorra cada día, sobre todo desde que pudo convencerse de que todo en Pepe era despreciable y de que ningún gusto podía proporcionarle por

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.—Candidatos derrotados en las últimas elecciones presidenciales



James G. Blaine



John A. Logan

no tener ni un cuarto; Pepe á su vez se tiraba de los pelos al verse burlado por su esposa, cuyas cacareadas riquezas corrian parejas con las suyas. ¡Adios sueños dorados, ilusiones fastuosas, brillante porvenir! Pepe tuvo que conformarse con un destino de 8,000 reales que el mismo Carbajal, compadecido de su poco halagüeña situacion, le proporcionó generosamente, y abatido y desalentado, fué á purgar en lejana ciudad su ambicion, llevando á su lado con Paquita el infierno entero. ¡Pobre Pepe! No á todos, sin embargo, les salen tan mal las cuentas, y hay Pepes con fortuna.

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca

EL POROROCA

(Conclusion)

VII

Esta clase de ondas era la única estudiada hasta que Scott Russell empezó en 1834 sus trabajos; de los cuales resultó que, además de las ondas oscilatorias en que las partículas oscilan pero no viajan, existe en los líquidos otra clase importantísima: onda *sui generis*, diferente en su origen, sus fenómenos y sus leyes, de las ondas vibratorias y oscilantes, únicamente estudiadas hasta 1834.

VII

Supongamos un canal horizontal, de seccion rectangular, y lleno de agua en reposo.

Si inyectamos repentinamente en él una cierta masa de agua, veremos inmediatamente producirse un fenómeno singular.

Una onda, en alto relieve, sobresaliente, una verdadera protuberancia, una gibosidad simétrica, de una perfecta regularidad, y enteramente lisa, camina con rapidez sorprendente sobre el agua tranquila del canal, sin dejar tras sí cavidades ni señal alguna de su tránsito, sin fenómeno ninguno por delante que anuncie la proximidad de su llegada, y sin alteracion ninguna en su forma, áun despues de recorrer grandes espacios. En vano aguarda el observador que la gibosidad des-

cienda al nivel del líquido, para convertirse luego en cavidad, como sucede con las undulaciones que estamos acostumbrados á contemplar en las aguas remansadas cuando un grave al caer turba su equilibrio.

Protuberancia, gibosidad, ó alto relieve al principio, protuberancia, gibosidad, ó alto relieve continua siendo despues, y protuberancia ó gibosidad permanece todavia al cabo de mucho tiempo, siempre con admirable simetria en sus contornos, siempre adelantando con velocidad uniforme en el supuesto canal de fondo horizontal, y siempre con tan tenaz autonomia y aptitud á recorrer, sin cambio ni alteracion, grandísimas distancias, que Scott Russell hubo de calificar de extraña y singular LONGEVIDAD esa persistencia á caminar sin cambio ni modificacion.

«No puedo dar mejor idea del fenómeno—dice el mismo Scott Russell—que describiendo las circunstancias en que se me apareció la primera vez. Yo estaba contemplando el movimiento de una barca por un canal estrecho de la que dos caballos tiraban rápidamente. De pronto, habiéndose parado el barco, no sucedió lo mismo con la masa de agua que él llevaba puesta en movimiento, ántes bien esta se acumuló hácia la proa en violenta agitacion; pero, en seguida, dejando de golpe á la barca tras de sí, se lanzó á caminar hácia adelante con gran celeridad, adoptando la forma de una sola y única gibosidad redondeada, lisa y de contorno perfectamente determinado. La onda continuó su marcha por el canal sin que su forma ni su velocidad pareciesen experimentar cambio ninguno. Yo la perseguí á caballo, y la encontré avanzando siempre con una velocidad de 8 á 9 millas por hora, y conservando todavia su figura inicial—(como unos 30 piés de base y $\frac{1}{4}$ de altura) La altura de la onda empezó luego á dis-

minuir, y, despues de haberla seguido todavia 1 ó 2 millas, se me perdió en las sinuosidades y recodos del canal.»

Lo esencial y distintivo de esta onda es, por tanto, su carácter de protuberancia móvil; su existencia enteramente en relieve, sola, y sin acompañamiento de otras ondas oscilatorias, y su gran longevidad y aptitud para propagarse sobre la superficie del agua remansada. Scott Russell por esto le dió la significativa denominacion de *Onda Solitaria*, con lo cual hubo de distinguirla genéricamente de las *gregarias* ú ondas de oscilacion, en que, á una elevacion del líquido sigue siempre una depression proximately igual, de tal manera que el agua oscila de abajo para arriba y de arriba para abajo á iguales distancias próximamente de su nivel primitivo de reposo.

VIII

Supongamos ahora que el canal donde se halla remansada el agua, sea tambien rectangular, pero de fondo no ya horizontal sino suavemente inclinado.

Si inyectamos, como ántes, una cierta masa de agua por la parte de más fondo, se formará tambien la gibosidad *solitaria*; pero, á medida que avanza hácia el extremo de menor profundidad, irá experimentando notables modificaciones.

Al partir, cuando camina sobre una gran profundidad, presenta la forma lisa y de perfecta simetria que ya conocemos; mas, con el decrecimiento de la profundidad, se va acortando la base de la onda *solitaria* y aumentando su altura; su forma se hace cada vez más aguda, la cresta empieza á inclinarse ligeramente hácia adelante; y, en fin, cuando la profundidad del agua en el canal

se aproxima á ser igual á la altura de la onda sobre el primitivo nivel del agua remansada, la cresta se rompe súbitamente, desmenuándose de pronto en espuma, y desapareciendo la perfecta lisura de la forma que hasta entónces habia conservado.

La onda *solitaria* no puede, pues, propagarse sino sobre una profundidad de agua algo superior á su altura.

IX

Con estos antecedentes podemos ya explicar los pororocas.

Supongamos que la marea sea una serie de ondas *solitarias*, una gigantesca loma líquida.



ARQUITECTURA INFANTIL, dibujo por Seymour

Cuando sobre el estuario formado por las aguas fluviales en la desembocadura de un gran río, llega al primer alto relieve una gigantesca serie de ondas solitarias procedentes de alta mar, tiene este alto relieve líquido que disminuir necesariamente su velocidad, por ser ésta, función de la profundidad.

La gibosidad de esta primera onda se hará más aguda (acortando la base y aumentando la altura); lo cual viene a ser lo mismo que si se aumentara de pronto el fondo de la parte marítima del río. La segunda onda, encontrando ya más fondo, caminará con más rapidez; alcanzará naturalmente á la primera; la engrosará formando un todo con ella; será luego igualmente detenida la masa líquida, suma de las dos; su gibosidad comun acortará de base y crecerá de altura, contribuyendo así á aumentar el fondo; la tercera onda alcanzará por tanto á las dos anteriores... y así sucesivamente.

De este modo, pues, por la parte inferior de la loma marítima, lo somero de los fondos detiene el avance de las aguas oceánicas; pero, por la parte superior, continuando la velocidad de la marea, el agua se atropella sobre sí misma; y, cuando llega á formar un frente abrupto, escarpado, y como cortado á pico verticalmente, la monstruosa mole líquida se precipita sobre las aguas fluviales, como una furiosa *catarata semoviente*, con la fuerza de una avalancha irresistible, y con un estrépito espantoso que se oye á muchas millas de distancia.

Y, como si esto no fuera ya bastante, puede acrecentarse la intensidad del fenómeno si, mientras tanto, las *olas gregarias* de la superficie del mar, producidas por los vientos, conservando su individual velocidad alcanzan y hasta se adelantan al conjunto ó loma líquida de las *ondas solitarias*, engrosando así su destructor caudal. Elevándose de este modo más pronto y con más empuje la mole delantera ó de vanguardia, y detenida su parte inferior más poderosamente que en aguas más profundas lo habría sido, la *onda de traslación*—así exagerada,— invade dislocadamente las márgenes, cada vez más y más someras para tamaña elevación de las aguas de alta mar; la marcha de la loma se entorpece; las *olas gregarias* la alcanzan; la montaña líquida se irgue tremebrando; las siguientes *olas de alta mar* le saltan por encima; y, desde la tajada cresta de la retardada loma, caen estas aguas como desde lo alto de un ingente malecón, sobre las detenidas aguas del río, y cuanto encuentran al paso en su



MARCELA SEMBRICH
distinguida prima donna del Gran Teatro del Liceo

carrera de muerte queda instantáneamente destruido y sepultado con vertiginosa rapidez.

X

Cuando por el efecto de una disposición local peculiarísima llegan á encontrarse dos pororocas que siguen distintas direcciones en una misma masa de agua, entónces ellos se atraviesan y compenetran, continuando cada cual su marcha distinta é individual, cual si no se hubiesen atravesado.

Como decisiva comprobación de la influencia del fon-

do en los fenómenos del pororoca, se ha observado que nunca son más terribles sus estragos que en la época del estiaje.

El macareo del Sena es, pues, mucho más violento en el equinoccio de otoño que en el de primavera, porque por octubre e caudal del río es pobre, y por marzo se halla engrosado con las lluvias y avenidas de sus afluentes.

XI

¡Cuántos habrán sido los hombres que en la larga serie de los siglos han estado contemplando las olas de la mar, para adivinar la causa que hace deshacerse en espuma ruidosísima tanto lujo de fuerzas iracundas al llegar á la humilde arena de las playas!

¡Cuántos hombres habrán dicho como Luciano: *Yo me resigno á la ignorancia que los dioses han querido imponer á los hombres!* Y, sin embargo, la clave del enigma estaba contenida en una bien sencilla fórmula.

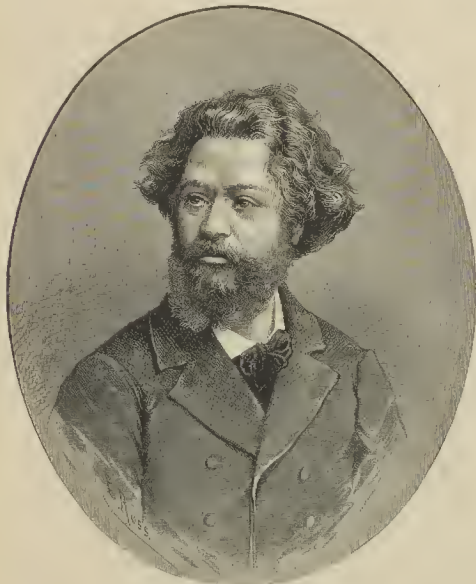
Pero ¡para determinarla, se necesitaba un Newton! ¡Y para aplicarla un Russell! ¡Y para saber que tanto movimiento de las olas se convierte en elevación de la temperatura, se necesitaba la pléyade de hombres eminentes que han evidenciado la teoría mecánica del calor; Runford, Grove, Mayer, Joule...!

El fenómeno más frecuente en las orillas del mar,—la llegada de las olas y su fraccionamiento en espuma estrepitosa—es una serie incesante é infatigable de pequeños pororocas.

El *Pororoca del Amazonas* tiene que descender de su trono de horrores, para reducirse á la situación de un fenómeno vulgar.

Las olas de alta mar son *ondas gregarias ó de oscilacion*, consistentes en una mitad negativa á la cual sucede siempre su gemela positiva...

Pero, en cuanto el fondo disminuye, la parte negativa se acorta y se retarda, la positiva crece y se acelera, y el doble fenómeno continúa hasta que, irguiéndose la engrosada intumescencia hasta una altura de equilibrio inestable, rellena y colma la ya reducida cavidad, y el conjunto de las masas líquidas avanza sobre las riberas como *onda solitaria*, experimentando por insignificante que sea su masa, los efectos del *decremento de la profundidad*. La parte inferior sufre un retardo en su marcha, la parte superior se levanta sobre la parte retardada; de ahí la elevación de la ola, lo abrupto de su frente, y, cuando la cresta avanza más que la base, su giro ó revolución sobre sí misma, con ó sin penacho de crinada es-



M. CLODOVEO HUGUES

puma; y, en fin, su dilatación y esparcimiento ascensional sobre la suave rampa de la arena.

XII

Así, pues, aunque las olas en alta mar sean *ondas gregarias ó de oscilacion*, todas se convierten en *ondas solitarias* cuando llegan á la orilla, cuya extensión (á veces de muchos centenares y miles de metros) se encuentra toda cubierta de *ondas de traslación*, sin que entre ellas se descubran los grupos oscilantes de las *ondas gregarias*. Por esto el agua de las olas, clara en alta mar, se hace turbia

en las costas; y por eso las olas tempestuosas acarrear á las playas, arenas, guijarros, detritos, plantas marinas, esponjas, restos de embarcaciones naufragadas, conchas, mariscos y cadáveres; lo que no harían, á ser siempre *gregarias* y nunca de *traslación*.

en las costas; y por eso las olas tempestuosas acarrear á las playas, arenas, guijarros, detritos, plantas marinas, esponjas, restos de embarcaciones naufragadas, conchas, mariscos y cadáveres; lo que no harían, á ser siempre *gregarias* y nunca de *traslación*.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

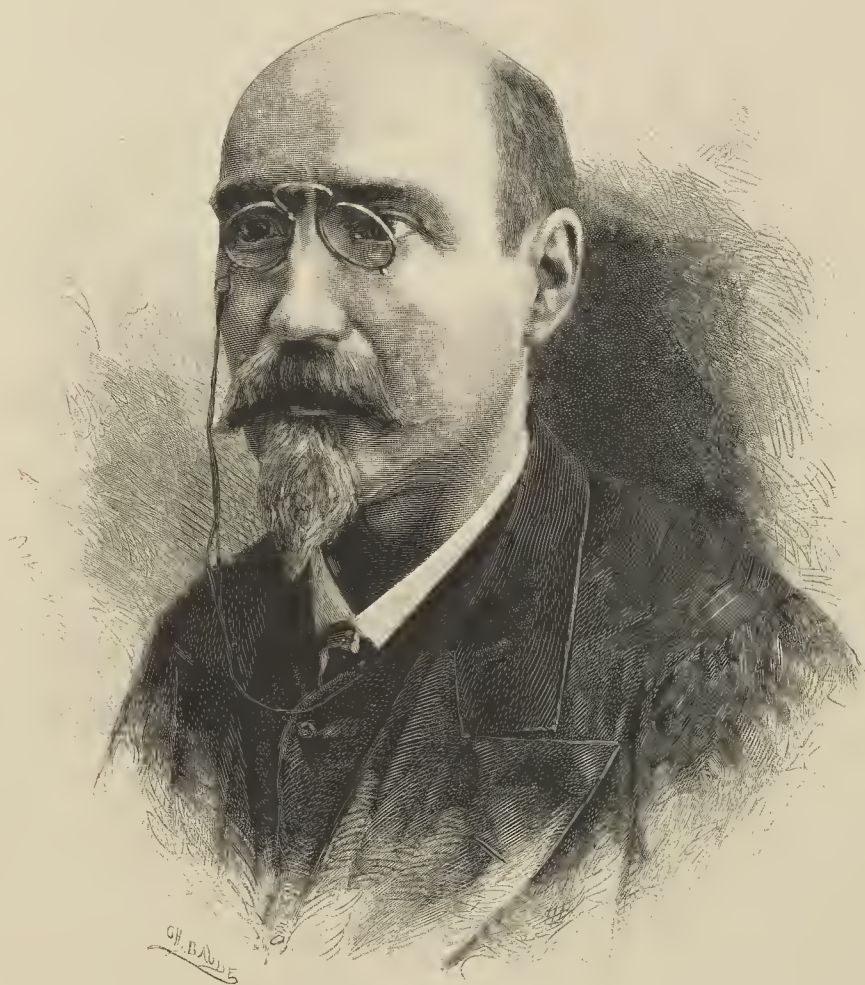


AÑO III

← BARCELONA 22 DE DICIEMBRE DE 1884 →

NÚM. 156

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DON JOSÉ ECHEGARAY

autor del drama LA PESTE DE OIRANTO, estrenado con gran éxito en el Teatro Español de Madrid

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—JOSÉ ECHEGARAY, por don Luis Alfonso.—AMOR Y MISTERIO, por don A. Sánchez Perer.—EL BARBERO DE SIDA (conclusión), por don Angel del Palacios.—LOS PRODIGIOS DEL SONIDO (I), por el Doctor Hispanus.

GRABADOS.—DON JOSÉ ECHEGARAY.—LA EXPLORACION, cuadro por A. Delobbe.—RICOS Y POBRES, cuadro por Turina.—UN BILLETE AMOROSO, cuadro por G. Fappertz.—UNA INVASION FORMIDABLE, dibujo por L. Knabs.—UNA CARRETA DEL NORTE, cuadro por A. W. Kossiski.

NUESTROS GRABADOS

D. JOSÉ ECHEGARAY

El 18 de febrero de 1874 estrenó en el Teatro de Apolo una comedia, de un acto solamente, titulada *El libro talonario*.

Al terminar la representación, el público, que con manifiesto interés la había escuchado, aclamó al autor, y Vico, que con Cepillo y Matilde Diez había desempeñado la comedia, adelantóse al proscenio y dijo que era original de Don Jorge Hayaseca, el cual no se encontraba en Madrid.

Si curiosidad había inspirado la comedia, mayor todavía la inspiró el nombre, al parecer supuesto, de quien la había escrito. Empeñóse la gente en descifrar el misterio, y poco se tardó en averiguar (tan poco, que se supo en la noche misma del estreno) que *Jorge Hayaseca*, era, no pseudónimo, sino anagrama, que deshecho, daba por resultado el nombre verdadero del autor de *El libro talonario*, ó sea *José EcheGARAY*, ministro á la sazón de Hacienda.

Aquí la admiración subió de punto, porque si era caso nuevo y apenas visto el de un secretario de la Corona, escritor de comedias, no era ménos sorprendente el que un hombre, única y exclusivamente conocido por sus estudios matemáticos, económicos y rentísticos, de improviso se apareciese poeta, y lo que es más, poeta dramático.

Los sucesos políticos, que por aquella época ruidosamente menudeaban, apartaron muy luego la atención del público del ministro autor, y á este de otra escena que no fuese la turbulenta de las contiendas civiles. Pero en noviembre del mismo año, cuando á nadie apenas podía pasarle por la mente que insistiese EcheGARAY en procurarse honra y provecho en el Teatro, anuncióse en el Español el estreno de *La esposa del vengador*, drama original del propio autor de *El libro talonario*.

Aquella noche Campoamor, que junto á mí se hallaba, dijo al escuchar las primeras escenas de la obra:

«Parecen esos versos de Calderón ó Lope.»

Razon tenía el insigne inventor de las *Doloras*, razon ha tenido siempre; cuando dramas «de época» ha producido EcheGARAY, guardan en su estilo y lenguaje el sabor poético de aquellos gallardos maestros del siglo XVII, como el año vacía de Falerno guardaba el exquisito aroma del vino que encerró. Así lo acreditan, repito, todas las producciones de este linaje, desde aquella *Esposa del vengador*, estrenada el 14 de noviembre de 1874 (mediante la cual salió el poeta por primera vez á escena entre vítores y aplausos) hasta *La peste de Otranto*, estrenada el 12 de diciembre de 1884, hasta en que á escena ha salido igualmente entre palmas y bravos.

En estos diez años de intervalo ¡cuán gloriosa y fecunda y rápida carrera! ¡Qué de obras estrenadas y qué de obras aplaudidas! ¡Cuántas discusiones en la prensa, cuántas ovaciones en la escena, cuántas emociones en la sala!

El político de primera fila, el economista aventajado, el hacendista conspicuo, el matemático profundo, quedaron en la penumbra, mientras que el poeta dramático destacaba en plena luz.

Veintiseis dramas y comedias ha lanzado su poderosa fantasía al público, en el plazo de dos lustros ya indicado, y en veinticuatro de esas comedias y dramas lo ha saludado el auditorio con las aclamaciones con que el pueblo saluda al vencedor.

No sé que en la historia del Teatro moderno exista ejemplo igual; no creo que más veces en igual espacio haya alzado el público su pedestal sobre la escena á autor ninguno de nuestros días.

Es, por tanto, la figura de don José EcheGARAY de aquellas que el juicio de los vivos, anticipándose al de la posteridad, acuña en las medallas de oro de la fama. Antes, pues, de examinar sus contornos y analizar sus cualidades, importa diseñar, siquiera sea á grandes trazos, la figura acunada. Hé aquí el diseño:

José EcheGARAY y Elizaguirre nació en Madrid el Jueves Santo de 1833, de padre aragonés y madre guipuzcoana. Niño aún llevóse sus padres á Murcia, donde estudió primera enseñanza y filosofía. De vuelta en la corte, y ya mozo, dedicóse á la carrera de ingeniero de caminos, en cuya Escuela fué cefra y espejo de laboriosidad y exactitud. La tradición que el poeta de genio, y de genio fogoso y turbulento como el suyo, ha de ser por fuerza estudiante desaliado, levantisco y maulante, no se cumplió en él. Durante cinco años, ni dejó de asistir un solo día á clase, ni dejó de estudiar un solo día. Y cuenta que el reglamento era riguroso y duro, ardua y desahogada la materia, fatigoso y abrumador el trabajo.

El único esparcimiento con que el alumno EcheGARAY se regalaba, era la asistencia constante al Teatro: al de la ópera con alguna frecuencia; á los demás la noche de estreno, costumbré esta, á que por cierto no ha faltado nun-

ca en el transcurso de más de treinta años, sino cuando ha sido ministro ó ha estado ausente.

Al terminar la carrera llevaba EcheGARAY tan lucidas notas que fué considerado como el primero en el escalón y después de haber actuado como jefe en Almería y Granada, entró, antes de cumplir veinte años, de profesor de la Escuela.

Hasta 1868 ocupó tan honroso puesto en la misma, explicando las cátedras de Estercofomía, Mecánica, Cálculo diferencial y otras, pues no había rama de las ciencias físicas á que no preparara gentilmente su clara inteligencia.

Pero como á la suya no bastara, ni aun dentro del terreno científico, esta tarea, extendió el vuelo y habiéndose dedicado á la economía política, aficionóse á las doctrinas libre cambistas que Figueroa, D. Gabriel Rodríguez y otros á la sazón propagaban, y en tal sentido pronunció calurosos discursos en los meetings que se celebraban en la Bolsa por los años 58 y 59.

Más adelante, en 1865, el amor meramente contemplativo que hasta aquel punto sintiera por el Teatro, le inflamó con más vehementes ardores, y por ellos hostigado, empezó un drama que no terminó y en que no volvió á ocuparse nunca. Pero dos años después, en 1867, escribió completo un drama en verso, de costumbres caballerescas, en un acto, denominado *La hija natural*, drama, sea dicho de paso, que andando el tiempo, para satisfacer con premura á una actriz de gran mérito, Elisa Jeldun, que deseaba para su beneficio estrenar una obra de EcheGARAY, se extendió á dos actos y con el nuevo título de *Para tal culpa tal pena*, fué estrenado y aplaudido en el Teatro Español en abril de 1877.

Pero diez años antes, las circunstancias eran muy otras. EcheGARAY envió *La hija natural*, sin declarar que él la había engendrado, á Teodora Lamadrid, de quien era amigo. La afamada actriz no lo consideró representable, pero el incipiente poeta, que ya entonces daba manifiestas pruebas de tesón y empeño, escribió otro drama, en verso también, mas ya en tres actos, que apellidó *El banquero*, y que, siguiendo camino paralelo con el de *La hija natural*, creció en un acto, cambió de nombre y se puso en escena algunos años después. Que este mismo *Banquero* y no otra cosa, era el drama *La última noche*, estrenado en marzo de 1875, también en el Teatro Español, y aplaudido calurosamente, gracias al epílogo que el autor le añadiera y á la magistral ejecución de Vico.

Volvamos, enhebrando de nuevo el hilo de esta historia, á 1868, año en el cual cambió honda é inopinadamente la suerte de EcheGARAY.

Realizada la revolución de Setiembre y constituido su primer ministerio, Ruiz Zorrilla, que tenía la cartera de Fomento, nombró al catedrático de ingenieros director de Obras públicas, cargo que ni había solicitado ni para obtener el cual exponía méritos políticos.

Seis meses lo desempeñó, saliendo de director á ministro, cuando Ruiz Zorrilla pasó á Gracia y Justicia, plaza considerable para aquellos tempestuosos tiempos, fué ministro de Fomento EcheGARAY; en 1871 una crisis le obligó á dimitir, pero al año siguiente volvió al mismo ministerio en el primer gabinete que formó el príncipe italiano llamado á reinar en nuestra agitada nación.

Por exigencias de la política pasó de Fomento á Hacienda en diciembre del mismo año, 1872, y entonces como antes, tanto en uno como en otro puesto, ganó EcheGARAY plaza de honor en las lides parlamentarias. No es tan lejano aquel período para que hayan sido olvidados sus brillantes alardes de elocuencia.

Cayó el mal aconsejado y peor servido Rey Amadeo I de Saboya y EcheGARAY con él. Quedóse como individuo de la comisión permanente de la Asamblea, pero cuando el 23 de abril de 1873, las fuerzas republicanas disolvieron por la fuerza aquella comisión, EcheGARAY pudo comprender que su inmunidad de diputado no era broquel bastante seguro y obrando cuerdoamente salió de España, dejando en Madrid á su familia, pues ya era entonces casado y con hijos.

En París, donde emigró, el temor de que la emigración hubiera de prolongarse y de que escasearan los recursos con que contaba, le hizo volver los ojos á la literatura escénica, no ya como afición que complacer, sino como arbitrio que emplear. De estas reflexiones nació *El libro talonario*, obra de carácter modesto por no pasar de lo que comunmente se llama una pieza, y por tanto de fácil colocación.

No se trataba de ensueños de gloria; tratábase de tarea que diese resultados positivos.

Pero otra vez la política interceptó la ruta literaria de EcheGARAY. El golpe de Estado del 3 de enero le entregó una vez más la cartera de Hacienda en el ministerio de conciliación que se formó, á consecuencia del suceso, mediante el cual, como Cromwell en el Parlamento inglés con látigo y espuelas, entró Pavia en el Parlamento español con espuelas y espada.

Esta última etapa de la vida de ministro duró únicamente tres meses para EcheGARAY. Disgustado de las luchas y sucesos de aquel entonces, retiróse á su tienda, no como Aquiles, para lanzar fieras invectivas contra ningún Agamenon, sino para dedicarse lisa y llanamente á escribir, alentado por el éxito, el drama que obtuvo el título de *La esposa del vengador*.

Por el éxito he dicho, porque durante estos tres meses de EcheGARAY en el ministerio de Hacienda ocurrió el estreno, ya referido, de *El libro talonario*, obra que, anónima, había entregado á Matilde Diez á su regreso de París y

de la cual habíase ya, con las peripicias de la vida pública, olvidado.

En los baños de Alhama de Aragón empezó EcheGARAY su segunda obra representada, y ya á partir de este punto desaparece el hombre político para quedar en lugar muy preeminente el escritor.

Con efecto, á poco de estrenarse *La esposa del vengador*, ocurrió el movimiento político-militar que devolvió al príncipe Alfonso el trono de sus ascendientes. Efectuada y consolidada la restauración, EcheGARAY mantiénesse ajeno por igual de vencedores y vencidos; de la dinastía, por fidelidad á sus antecedentes; de la revolución, por patriotismo. Alguna vez, desde 1875, ha sido diputado (con el fracccion de Martos), pero ha usado poco de la palabra y esto en asuntos meramente rentísticos.

Cuanto al complemento de su historia literaria, diré que al éxito declarado de *La esposa del vengador*, siguió el éxito dudoso, durante los tres actos, resultamente favorable en el epílogo, de *La última noche* y después vino el éxito ruidosísimo de *En el puño de la espada*, representado por Teodora Lamadrid, María Alvarez Tubau, Vico, su hermano Manuel (muerto joven), Julio Parreño y Aliseido (hoy demente) en el Teatro de Apolo.

Desde aquellas fechas hasta las presentes EcheGARAY no ha cesado de escribir y dar obras á la escena. Su fecunda vena, que no hay barrutos siquiera de que se agote, ha producido dos, tres y hasta cuatro obras cada año.

Así lo comprueba el siguiente recuento de las mismas.

En 1874 *El libro talonario* y *La esposa del vengador*; en 1875 *La última noche* y *En el puño de la espada*; en 1876 *Un sol que nace y un sol que muere*, *Cómo empiezo y cómo acaba* y *El Gladiador de Rébena*; en 1877 *Oh cura ó santidad*, *Tris de paz*, *Para tal culpa tal pena* y *Lo que no puede desirse*; en 1878 *El pilar y en la cruz*; *Correr en pos de un ideal* y *Algunas veces aquí*; en 1879 *Morir por no despertar*, *En el seno de la muerte*, *Badas trágicas* y *Mar sin orillas*; en 1880 *La muerte en los labios*; en 1881 *El gran Galeoto*, y *Haroldo el normando*; en 1882 *Los dos curiosos impertinentes* y *Conflicto entre dos deberes*; en 1883 *Un contagio en Egipto*; en 1884 *Pienso mal y acertarás?* y *La peste de Otranto*.

El libro talonario, *Un sol que nace y un sol que muere*, *Tris de paz*, *Correr en pos de un ideal* y *Pienso mal y acertarás?* son comedias las tres primeras en un acto y las dos últimas en tres; lo restante de sus trabajos teatrales son dramas y dramas trágicos, supuesto que en todos sin excepción, juega la muerte el papel más importante.

De tantas obras solamente dos ha rechazado el público y las ha rechazado después de aplaudir diversos trozos; en cambio, á más de muchos éxitos halagüeños sobremana, ha obtenido algunos como los de *O locura ó santidad*, *En el seno de la muerte*, *El gran Galeoto* y *Conflicto entre dos deberes*, como no tengo noticia de que los haya habido más entusiastas y ruidosos en ningún estreno.

Y á propósito de *El gran Galeoto*, quizá, á mí parecer, el mejor de sus dramas, concepto curioso recordar—dado que en hombres de tal prez y fama las menudencias de la vida literaria son siempre curiosas—que el 19 de marzo de 1881 habiéndole escrito á EcheGARAY unas letras en las que le decía que debiera confiar en el estreno de la citada obra, que se efectuaba aquel día, por serlo de San José, respondióme en una esquelita estos renglones.

«El Santo no sé cómo se portará: yo tengo mis dudas, por no decir temores.»

Y aquella noche, sin embargo, subió la ovación á tal punto, que no bastando á la opinión pública las palmas, los bravos, las llamadas á escena y cuantas manifestaciones de frenética admiración pueden enviarse de la sala al escenario, dos periódicos de antitéticas doctrinas políticas, como son *La Epoca* y *El Liberal* abrieron á la vez una suscripción en honor de EcheGARAY, con cuyo producto se ha empezado á publicar una edición elegantísima de sus obras.

Pero ya es hora de apuntar algún juicio sobre ellas. La cualidad que las preside, domina y avalora, la cualidad que en un solo vocablo comprende el teatro todo de EcheGARAY con sus vicios y virtudes, con sus grandezas y absurdos, es la *fascinación*.

Los dramas de EcheGARAY pueden no persuadir, pueden no convencer, pueden no lisonjear, pero fascinan; antes de que el auditorio haya podido analizar las condiciones literarias ó escénicas; antes de que haya llegado á resolver con juicio sereno acerca de la bondad ó demérito de la obra, ya el autor le ha cubierto los ojos con venda suavísima de seda, ya ha ganado sus oídos y su ánimo con el canto seductor de las sirenas.

Una de sus primeras producciones, *En el puño de la espada*, pudo servir de norma al público como á la crítica de lo que era el talento dramático de EcheGARAY. En ella los personajes no son humanos, las situaciones son violentas, los recursos falsos, hasta incorrectos y mal contruidos los versos... Tanto es así que había trascurrido el primer acto y empezado el segundo sin que en el público se hubiera roto el hielo. Mas de pronto, una frase, una sola frase, recordando una existencia, habla del mar y dice:

Le'veis tranquilo y sereno
Y creyerais con trabajo
Que no es de cristal su seno,
¡Pues de ese cristal debajo
Hay doble fondo de cielo!

Partió como vibrante saeta de oro y fué á clavarse en el ánimo del concurso que rompió en ardiente explosión de aplauso. Ya no cesaron; las escenas que siguieron,

hasta el remate del drama, fueron otras tantas chispas de fuego que avivaron y mantuvieron la hoguera del entusiasmo...

Y es que Echegaray ha nacido autor dramático, como otro puede haber nacido pintor escenógrafo. Ved de cerca a los telones de Cheret, de Ferri, de Busato, de Urgellés y de otros; brochazos rudos, golpes enormes y groseros de color, tintas chilleadas y sin armonía; tonos duros, casi bárbaros... una colosal paleta manchada por chafarínes, esto ó poco menos parecen.

Pero colocaos en las butacas ó en las galerías, dejad que el boca-foro, los bastidores y bombalinas encuadren la tela, dadle la conveniente intensidad de luz, animad con figuras la estancia ó el paisaje, y presto habreis de notar como los trazos se borran, las tintas se funden, la tonalidad se suaviza y á la vez los términos se marcan, se acusan los relieves y cobra bulo, color, verdad y vida el tosco lienzo embardunado con la brocha.

Pues bien, algo de semejante sucede con el teatro de don José Echegaray; si fría y detenidamente examinamos su contextura y forma, hallaremos á cada paso rasgos desafiados del pincel y violentísimos contrastes de claro oscuro. amén de líneas embrolladas y de dibujo más atrevido que correcto. Pero empiezan las figuras de la obra á moverse en aquel mundo extraño de selvas de carton, palacios de lienzo y soles de gas; encáñanse las imaginaciones del poeta en el humano sér de Vico ó Calvo; el arte plástico acude en auxilio del arte dramático; la poesía vuela sobre la escena su cincelada arma henchida hasta los bordes, y el análisis desaparece, el exámen se olvida, la investigación se aleja y sólo prevalece, más que nunca victoriosa, la fascinación.

No hay hipóbole en comparar con el sol el teatro de Echegaray; se le mira y deslumbrar. Llega después la ciencia y explica con prosaicos gusarismos la intensidad y fuerza radiante de su luz; establece conjeturas acerca de su duración; escudriña sin miramientos la negra esfera y acaba por encontrar en ella manchas, manchas negras y enormes...; aquel globo de celeste lumbre, lámpara encendida por Dios en el alto firmamento, diamante de eterno resplandor engarzado en la diadema del Altísimo... queda convertido en un cuerpo físico que casi como un pedrusco—y pedrusco manchado!—analiza el astrónomo en su torre.

Y sin embargo, sabido todo esto, volvemos á mirar el sol y vuelve á deslumbrarnos.

En los dramas de Echegaray sólo hay dos fechas; desde 1870 ó antes de 1800. Los personajes ó viven en nuestros días ó viven del siglo XVI para atrás; en plena Edad media muchos, algunos, como los de *Un contagio en Egipto*, siglos antes de la era cristiana.

Indudablemente la tierra del verso es donde mejor nacen y florecen las concepciones de Echegaray y es la rima una de sus más fieles y poderosas aliadas; pero así como varía á su antojo de tiempos, sin que esto ataje el vuelo de su fantasía, así muda á su sabor el lenguaje, valiéndose de la prosa como del verso. *O locura ó santidad*, su mejor drama de costumbres para gran parte del público, y *La muerte en los labios*, para mí su mejor drama de época, escritos están en prosa y con esta prosa cautivo y arrebató á sus oyentes tanto ó más que con las estrofas gallardas y resplandecientes de *En el seno de la muerte*, *En el pilar* y en la *crus*, *El gran Galeoto* ó *La peste de Otranto*.

Y es que para Echegaray, que así plantea problemas sociales como religiosos, que á un tiempo resucita edades muertas y trata de enterrar vívidas de alma; que lo mismo desencadena las pasiones que conturba y renueva la conciencia, para Echegaray, repito, ni hay plazo fijo, ni espacio determinado, ni marcado lindé. Armado de punta en blanco, con el luciente arnés de los románticos, la fantasía por lanza, el lirismo por escudo y el teatral efecto por cimera, éntrase arrollador por cualquier terreno, si no como poseedor legítimo, como conquistador afortunado.

El sentimiento del honor y el sentimiento del deber—importa en ley de justicia reconocerlo—predominan sin que nada los venza en las obras de Echegaray. Sus heroínas quebran sin piedad el cristal de su vida fúntes que la vida me mancilla lo empañe; sus héroes se rasgan sin compasión las entrañas ántes de dar abrigo en ellas á un torpe pensamiento.

En *O locura ó santidad*, Lorenzo pierde hacienda, familia, amistad, salud y hasta existencia social, antes que apropiarse lo que sin protesta de nadie se stuyo; en *El gran Galeoto*, Ernesto solamente se decide á declarar su amor á Teodora, cuando ésta, viuda, abandonada, escarmentada, sin hogar ni apoyo, queda desmayada (y sin oírle por consecuencia) entre sus brazos; en *Cómo empieza y cómo acaba*, Magdalena que ha entregado su albedrio, pero no su honra, á otro hombre que su esposo, se decide á dar de puñaladas al amante por salvar al marido, y en *Mar sin orillas*, Leonor se arroja voluntariamente á perecer, como perece, entre las olas no más que porque sospecha de ella, aunque sin fundamento, el hombre á quien adora.

No hay pues, en el teatro de Echegaray disquisiciones y sutilezas en punto de moral, como en buena parte del teatro moderno sucede; juzga sin distingos, sentencia sin contemplaciones y ejecuta sin demoras.

Con ser tan enérgico, sirve más para dirigir como caudillo la batalla que para pelear en ella como soldado. Me explicaré; otros autores ayudados, no más, de sus propias armas, argumento, caracteres, diálogo, han logrado señalados triunfos en la escena: Echegaray necesita de toda una menudada de decoraciones, trastos, luces, comparsas

y otros accesorios para empeñar el combate y ganar, como gana, la victoria.

Vivo testimonio es de ello *La peste de Otranto*, donde la claridad de la aurora, el fulgor siniestro de las llamas, las armas y presas de los cruzados, las voces del populacho, el sombrío contorno de la iglesia y otros accidentes del drama, han contribuido tan poderosamente al resultado del mismo como la riqueza de imágenes poéticas que lo esmaltan y la sonoridad de las rimas que lo embellecen.

Hay en este drama,—sobre el cual he de insistir un tanto por ser él más reciente, y uno de los más aplaudidos, y porque su éxito ha dado ocasión á que estampe *La Ilustración Artística* el retrato de su autor—hay en *La peste de Otranto*, decía, una cualidad que explica el efecto que en el público ha producido y esa cualidad es el carácter de época, el sombrío matiz de Edad media que lo colora de trágica grandiosidad.

Roberto marcha como cruzado á Palestina para conquistar gloria y riquezas que lo hagan merecedor de lo que ama, pero ni riquezas ni glorias pueden amansar la fiera altivez de la condesa, madre de Irene, la amada y amante de Roberto. La condesa sospecha, y así lo declara á este, que el juvenil guerrero es fruto de ocultos amores del conde, ya muerto, y hermano por tanto de Irene. ¡Espantosa incertidumbre! ¿Quién puede aclarar la verdad? Guillermo, un viejo que cuidó y educó á Roberto y acaba de llegar á Otranto en una nave, que según se ha sabido, viene de Oriente y apesada. Mas ¿qué importa la peste á Roberto? ¿Acaso hay nada que más importe que la verdad? Lázanse en persecución de Guillermo quien huye de la plebe de Otranto dispuesta á matarle y quemarlo para evitar el contagio de la epidemia, y cuando llega á él es cuando ha buscado asilo en una iglesia el viejo. Entónces surge en toda su feroz realidad la barbarie de la Edad media: no es socorrer á los apesados, ni tampoco emplear medidas higiénicas lo que al pueblo ocurre, y lo que su señora feudal ordena, sino rechazar con hierro al que intente penetrar en su recinto y abrasar en una pira al que haya logrado penetrar.

No le libra pues, á Guillermo el sagrado el templo de un fin horrible, ni tampoco á Roberto, que al saber que no es hermano de Irene, tampoco puede salvarse; ha tocado al apesado y debe morir. Sólo alcanza el supremo consuelo de fenecer con su adorada, que corre á sus brazos para ser suya, ya que no en vida en muerte. Y la condesa que había dictado los crueles mandatos ya aludidos, ve perecer víctima de ellos á su propia hija.

Aunque diluidas en prolifas digresiones (digresiones versificadas con singular galanura), tales escenas no podían donde de impresionar á un público como el nuestro donde el amor y la valentía obtienen siempre fervoroso culto y donde los cuadros de terror y de poesía hieren siempre las pupilas y hacen latir los corazones.

Mucho más, si la bizarra figura imaginada por Echegaray y brotada de su cerebro, como Minerva del de Júpiter, armada de todas armas, toma cuerpo y cobra espíritu en un actor que, como Vico, posee las tibias delicadezas del sentimiento y los candentes arrebatos de la pasión.

Harto aventurado sería predecir lo que las generaciones que han de seguirnos decretarán sobre el teatro de don José Echegaray; mas tengo para mí que cualquiera que sea su fallo, su personalidad dramática ha de aparecerse siempre como al final de *La peste de Otranto* ha aparecido; apoyado en actor eminente; destacando de los fulgores de un incendio; aclamado por un público avasallado por el potente empuje de su fantasía, á quien las llamas deslumbran y enardecen.

LUIS ALFONSO

LA EXPLORACION, cuadro por A. Delobbe

No es cosa de decirlo á una muchacha—¡te quiero!—como se dispara una carabina á la liebre que salta ó un tiro de revolver á un bandolero.

Un desaire, siquiera provenga de una niña rústica, al fin y al cabo es un desaire, y en cuanto á los efectos de una calabaza sin condimento, igual los sufre un pisaverde que un destriparterones, que cada hijo de vecino tiene el alma en su armario y en materias de corazón no existe diferencia entre noble y villano.

En casos tales, ó séase cuando el enamorado experimenta ciertas dudas muy propias de quien bien ama, la prudencia aconseja imitar al general experto que desconfía la situación de su enemigo: una exploración á tiempo evitará las peligrosas contingencias de atacar lo desconocido.

Esto, ni más ni menos, hace el mozo de nuestro cuadro: dió con la zagala en el campo; los únicos testigos indiscretos de su atrevido paso son, las cigarras parteras, cuyo idioma todavía no ha podido descifrarse; y en tan propicias condiciones, no es cosa de desaprovechar el tiempo. Así, el doncel empezará, si á mal no viene, ocupándose del buen aspecto de los campos, de lo abundante de la próxima cosecha, del sol ó de la lluvia, de cuantas cosas le sean del todo indiferentes, para venir á parar á lo que le interesa, ó sea, si está libre ó no está libre el corazón de la niña. Esta empezará oyéndole como quien oye llover; pero si algo siente en su interior, ello saldrá á la suver; y en el caso de nuestro cuadro, saldrá, saldrá sin duda alguna.

Tal es la escena que ha pintado Delobbe con ese realismo propio de cierta escuela moderna, realismo ó naturalismo que, sin embargo, no ha extremado hasta el pun-

to de perjudicar las buenas condiciones artísticas de su obra.

RICOS Y POBRES, cuadro por Turina

De una carroza blasonada, estilo Luis XV, se han apeado magníficas damas, ataviadas para una gran ceremonia que trasciende á boda.

Las señas son mortales: traje de corte con mantilla de soberbia basilica de Toledo; y los consabidos mendigos que en aquellos benditos tiempos, y también en los nuestros, asaltaban á los feligreses junto á la parroquia, como los bandidos saqueaban á los viajeros junto á las ventas; todo nos induce á creer que el autor de este cuadro conoce á la sociedad española de últimos del pasado siglo.

Sin duda el propósito del artista ha sido presentar el contraste entre lo mucho de unos y lo poco de otros: los tipos de los personajes del cuadro son, con efecto, antitéticos; de un lado la juventud, la belleza, la soberbia y la abundancia; de otro lado la vejez, la repulsió, la humildad, la miseria....

Como cuadro de costumbres está bien entendido; pertenece á un género hoy en boga; pero la verdad es que el arte tiene derecho á aspirar á más, á mucho más en las manifestaciones de los buenos profesores.

UN BILLETE AMOROSO, cuadro por G. Papperitz

¡Un billete amoroso!... ¿Qué mujer deja de conmoverse al recibir un billete amoroso?... Desde luego puede asegurarse que no es el primero de que se entera la hermosa dama de nuestro cuadro; pero, aun así, el efecto es siempre agradable, porque, es un decir, no hay un conquistador, llámese Alejandro ó Napoleón, por muy habituado que esté á vencer, que no reciba con satisfacción la nueva de que se le ha cometido un nuevo imperio... Y la mujer ha nacido para satisfacer corazones, como Gengis Kan nació para conquistar pueblos.

Otra cosa puede afirmarse á la vista de este cuadro, es que la declaración ni coge desprevenida á la bella joven, ni la desagrada por cierto. No es la impresión de la vanidad satisfecha lo que revela su semblante, sino la expansión del alma que ve realizados sus más ardientes deseos. No se trata, tampoco, de una niña inocente, en cuyas manos una doncella culpable deposita la primera declaración de amor, escrita en renglones cortos por un colegial aprovechado... Nada de esto: la heroína del cuadro es una mujer que conoce el mundo; se nos antoja una vida prematura... Tenemos la convicción de que su historia puede reducirse á las siguientes breves líneas:

Prólogo: salió del colegio para casarse con un hombre rico que triplicaba su edad y centuplicaba su dote.

Capítulo único: el marido se murió á los tres años de puro feliz, y nombró á su esposa heredera universal.

Epílogo: al salir unos novios de la vicaría (*aparte*)— ¡Qué previsor y qué bueno era el difunto!...

UNA INVASION FORMIDABLE, dibujo por L. Knaus

¿No ha de serlo en efecto, para la atribulada piqueñuela, esa graznadora hueste de palminpeds que parecen decididas á arremeterla con objeto de apoderarse de la torta que lleva en la mano? Hay momentos angustiosos en la vida, y el que está pasando la pobre niña debe de ser de los más terribles, á juzgar por la expresión de terror retratada en su semblante, tan correctamente dibujado por Knaus. Por lo demás, el paisaje, la perspectiva, los desgarrados movimientos de las aves, todo está trazado á la perfección, constituyendo un conjunto tan armonioso como agradable, al que ha sabido comunicar nuevo realce el diestro burlil de Brend'amour.

UNA CARRERA DEL NORTE, cuadro por A. W. Kwasalski

Ni el vehículo ni el camino invitan á viajar por esas tierras: para ello se necesita ser ruso, es decir, compatriota del oso blanco.

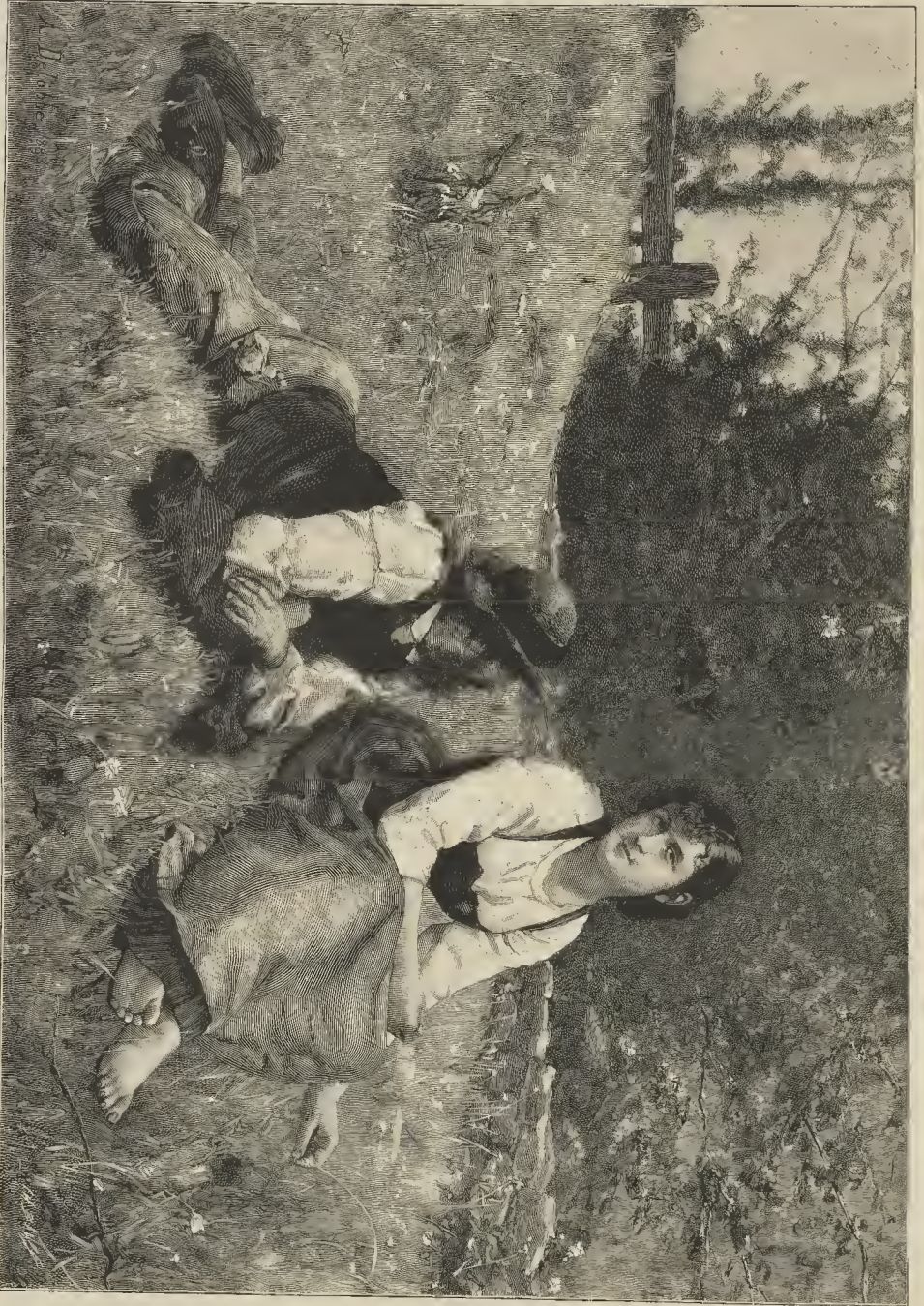
AMOR Y MISTERIO

Había terminado la funcion: los amigos de la empresa acudíamos, como de costumbre, al saloncillo del teatro y charlábamos allí alegremente hasta las primeras horas de la madrugada.

Nada comparable á la franqueza y á la fraternidad que en aquella tertulia reinaba; ni tampoco más variado, ni más heterogéneo que los elementos de que se componía. Actores, poetas, comparsas, músicos, periodistas, hombres políticos, peluqueros, sastres, tapiceros, criados de los actores, dependientes del teatro, todos éramos allí iguales ante la siesta del arte, que no otra cosa que una tregua concedida al fingimiento parecían aquellas reuniones. De todo se hablaba allí; de todo, hasta de comedias alguna vez; pero no se hablaba nunca de política.

Burlándonos de los presentes y despedazando á los ausentes se nos pasaban las horas sin sentir, y más de una vez el consorte del teatro, deseando descansar, hubo de advertirnos que era preciso comenzar la limpieza y preparar los trastos para los ensayos y la funcion de aquel día.

El tema favorito de las conversaciones era, por lo demás, el amor: contaba cada cual sus conquistas; el que nada podía contar, inventaba; el que podía contar mucho guardaba silencio discretamente, pero hablaba de aventuras ajenas: nada existía que fuese indiscutible allí, ni virtud



LA EXPLORACION, cuadro por A. Dalcho



LOS POBRES, cuadro por Turina

probada, ni honradez notoria: ¡cuántas veces fué conentado entre risas y aplausos, que arrancaba la agudeza del comentarista, el autógrafo de una colegiala de quince años ó el billete de una jamona de cincuenta!

Habia corrido de mano en mano aquella noche una carita pulidísima y perfumada en la cual cierta condesa, muy conocida por su gran fortuna y por su corazon bondadoso que á nadie sabia negar nada, indicaba á uno de los contentillos que al siguiente día y á la hora del almuerzo le esperaba donde ya le habia esperado la semana anterior. La carta concluía con muchísimos puntos suspensivos y al final de ella una nota aclaratoria, que decía así: «Cada punto es un millón de besos que te envía por adelantado, tu amante» y aquí el nombre de pila, que yo omito, porque á nadie importa para el caso cómo se llamaba aquella condesa y porque, después de todo, bien puede ser que la carta fuese obra del mismo que la exhibía, pues tengo observado que ordinariamente los que han fama de lograr fortuna y favor de las damas, son los que ménos se jactan de ello. De todos modos y volviendo á mi asunto, luego que la conversacion y la chaqueta á que dió motivo aquel ejemplar literario de la pobre condesa se hubieron agotado, dijo él, dirigiéndose á un actor muy popular y de muy hermosa figura, que habia entonces habia permanecido callado: «Vd. sí que podría mostrar, si quisiera, billetes de estos: seguro estoy de que no se pasa día sin que le envíen á su casa, ó le entreguen en el teatro, su media docena.»

—¡Hombre, por Dios!—dijo el interpelado en son de protesta.

—¡Vaya! ¡Conozco de sobra á nuestro mujeriego! Las damas de nuestra aristocracia son caprichosas, los artistas celebrados las vuelven locas; cada noche de aplausos y de triunfos es un recrudescimiento de amor. Ahora, que usted oculte su buena suerte se comprende: esas cosas cuanto más ocultas se hallan, tanto son más apetecibles y más sabrosas. Ese silencio de Vd. es más elocuente que cuanto nos ha dicho ese vanidoso de su esposa. Pero, lo repito. Vd. calla muy buenas cosas y yo le tengo verdadera envidia; soy tan aficionado á esas aventuras de amor y misterio.

—¡Amor y misterio!—exclamó el actor aludido, riéndose de muy buena gana,—esas palabras me recuerdan efectivamente una aventura que me ocurrió hace muchos años y que voy á referir, porque no carece de gracia.

Era el actor á que me refero hombre muy discreto y naturalmente reservado: atribuíale la fama, en efecto, apertitos triunfos y sobrosísimas conquistas; pero ni él dió motivo jamás ni con sus palabras ni áun con su silencio á tales habillitas, ni una vez sola habia intervenido en las conversaciones en que tales asuntos se trataban. Calcélese, por consiguiente, si aquella inusitada comenon de hablar llamaría la atención de todos. De ordinario, cuando alguien referia aventuras en que intervenía dicho actor, éste se apresuraba á variar de conversacion y lo hacia de tal suerte que no habia modo de contrariarle: el hecho sólo de permitir que se hablase de una aventura suya, ya habria sido extraño; pero lo de contarle éi mismo era verdaderamente inaudito, sobre toda ponderacion asombrosa.

Acogimos, por consiguiente, la promesa de la narracion con la ansiedad y el deleite con que se acoge lo que es inesperado y nuevo, y éi, sonriéndose al advertir la atención con que nos prestábamos á escucharle, comenzó la relacion que sin quitar ni poner reproduzo á continuación.

«Hace bastantes años, casi comenzaba yo mi carrera artística, al salir del ensayo recibí cierta tarde un billete perfumado y lindo, como ese que acabamos de ver ahora. El portero del vestuario, al entregármelo, dijo que lo habia dejado para mí un lacayo y no supo decirme más. Miré el sobre, la letra era para mí completamente desconocida: no sin cierto interés y con emocion que fácilmente se comprendió tratándose de un muchacho como yo era entonces, guardé la carta y apresuré el paso á fin de llegar á casa cuanto antes. Una vez allí, volví á mirar y remitir el sobre y convencido ya de que nada me decían los rasgos del escrito, abrí y desdoblé la carta leí en ella lo siguiente: «Amor y misterio: he adivinado tu secreto y no debo ocultarte el mio: conozco que me amas; pues bien, sábelo, yo correspondo á tu amor. Tu delicadeza y las dificultades que para hablarme habias de hallar me aconsejan dar este paso, sin el cual acaso nunca verías realizados tus deseos que son, los míos. Sirva esta confesion que el cariño apasionado inspira, para abreviar trámites y acortar distancias; esta noche voy al Teatro Real; en la fila 2.^a de butacas, n.º 6, estaré: deseo que nos veamos; acaso podamos hablar y cuando no, podremos vernos toda la noche y sabré además que ha llegado hasta tí la voz de tu apasionada L. (la de siempre)». Ya nada pude comprender de aquella carta, sino que una señora L. (la de siempre), me jugaba enamorado de ella y confesaba que correspondía á mi amor; esto segundo me parecia muy agradable; de lo primero no sabia yo una palabra.

«Excuso decir que no falté á la cita: fui al Real aquella noche, en la cual, por caso raro, no tenia yo funcion.

«No pude hallar butacas de primera fila, como yo deseaba; por tomé una de orquesta y ya instalado dirigí mis gemelos al n.º 6 de la fila 2.^a. Quedé, deslumbrado: ocupábala una mujer hermosísima y de un aire tan distinguido y de unas maneras de tan buen tono, que yo no acertaba á separar los ojos de ella. «Será esa L.?» me preguntaba yo á mí mismo; ¿será esa preciosa criatura, ese prodigio de elegancia, de belleza y de gracia la que procura abreviar trámites, para que se realicen mis deseos que

son los suyos? ¡Oh! si fuese ésta... y al pensarlo un estremecimiento de placer infinito recorrió todo mi sér y conmovió todo mi sistema nervioso: poseer el amor de aquella mujer divina era para volverse loco, y yo lo estaba ya.

«Admirábase de que ella ni por casualidad hubiese mirado hacia donde yo estaba, á pesar de cuantos esfuerzos hacia yo para atraer su atención. En la butaca n.º 4, habia un caballero que me pareció marido y que me fué desde el principio profundamente antipático: en el n.º 3, habia sentada una señora de bastante edad, á quien di por madre de mí L.

«Cuando terminó el acto, el marido, con esa indiferencia de quien está en tranquila posesion de un objeto, dejó á su mujer, sin duda para ir á fumar, ó á charlar de política, ó á comprar un periódico, y entonces juzgué que habia llegado la ocasion de aproximarme y de sorprender en mi bellísima enamorada alguna señal de inteligencia.

«Me aproximé en efecto; pero en cuanto á la señal, si la hubo (que no la hubo), fué tan disimulada que no la advertí. Y cuidado que hice maldades y bobadas para que ella me viese. Me senté en la butaca que antes ocupaba el marido; pasé despues por la primera fila y me detuve al llegar al n.º 6, volviendo la espalda á la orquesta y mirando al palco grande, de suerte que mi amante L. y yo estábamos frente á frente; nada: inútil todo. Ella me veía ¡ya lo creo! ni apartaba los ojos de mí, ni los fijaba en mí. Miraba alguna vez con la mirada tranquila, indiferente, sosegada con que se mira al desconocido, y con la mayor naturalidad continuaba hablando con su compañera. Yo no sabia qué hacer: estaba furioso contra mí y contra ella. ¿Debía yo decir algo? esto era lo que no me atrevia á resolver: una simple sonrisa suya, un ligerísimo ademán, una mirada rápida como un relámpago habrían bastado para animarme; pero ni su mirada brillaba, ni el ademán venia, ni hubo modo de que asomase la sonrisa. Y la operacion se reprodujo exactamente en los demás entreactos: llegué á llanar la atención de todos; sólo no llamé la de mí L que, entre paréntesis, cada vez me parecia más hermosa.

«En fin, que la funcion se acabó y que yo seguí á los tres personajes hasta el vestíbulo; allí ellos ocuparon su *landau* guiado por aristocrático y almidonado cochero y arrastrado por magnífico tronco de yeguas normandas, y yo volví á casa preocupado, triste y de un humor de los diablos.

«Soñé con L. y con todas las letras del abecedario. Me encontraba ridículo unas veces; otras excesivamente tímido: quien ha recibido una carta como la que yo tenia, debió haberse atrevido á todo.

«Al día siguiente, al entrar en el teatro para el ensayo, me fué entregado por el portero otro billete igual al primero y de la misma letra. El estado de mi ánimo era tal que no habria yo podido aplazar la lectura un solo minuto: me asió, pues, lo que pude en un rincón del teatro leí el contenido del segundo billete, que me trasportó al cielo del Profeta. Decía así:

«Amor y misterio.—Te vi ayer: gracias. No pude hablarte ni áun mirarte ó sonreírte, porque era espiada; pero te ví y fué completamente dichosa. ¿Lo fuiste tú también? Si hoy quieres serlo más y hacerme la más afortunada de las amantes, no dejes de pasar por la calle de... (aquí una calle que no recuerdo) esta tarde á las siete: un criado te acercará á tí y pronunciará estas palabras, *Amor y misterio*; sígueme y él te guiará á donde te esperará con los brazos abiertos tu apasionada L. (la de siempre).

«Creí volverme loco. Miré el reloj, era la una: faltaban seis horas todavía ¡seis horas! una eternidad. Concluído el ensayo volé á casa, me encerré en mi cuarto de estudio y leí mil veces aquella carta llena de dulcísimas promesas. De pronto un grito desgarrador sonó en mis oídos, reconocí la voz de mi madre, que vivia conmigo, arrojé cuanto tenia en la mano y acudí á su cuarto, donde la hallé privada de sentido y al parecer moribunda. El trastorno que sobrevino en casa no es para dicho: criados, vecinos, amigos, médico salian y entraban y daban órdenes y contraórdenes: el médico, aunque con pronóstico reservado, indicó que sólo habia sido un desmayo y que si no repetía no habria peligro. Yo pasé al lado de mi madre, que permanecia entre la vida y la muerte, muchas horas, toda la noche.

«Al día siguiente, el médico declaró que se hallaba fuera de peligro: la gravedad del mal habia desaparecido por completo.

«Hasta entonces no me acordé yo de la cita: fui á mi cuarto, busqué la carta y no pude hallarla. No lo extrañé; porque el repentino trastorno ocasionado por el inesperado grito de mi madre me produjo tal impresion que ni recordaba lo que de la carta habia hecho... despues no he vuelto á saber más de L...»

—Pero,—preguntó uno de los oyentes—¿no hay más?

—Nada más.

—¿Y no pareció la carta? ¿Y no volvió á escribir ella?

¿Y no volviste á verla?

—Yamos por partes: volví á verla y aún ahora la veo muy á menudo, como que frecuenta mucho los teatros.

«La carta no pareció, ¿cómo habia de parecer si uno de mis amigos que llegó justamente en aquellos momentos de confusion la encontró en la mesa de mi despacho, la leyó y cayó en la tentacion de sustituirme.

«Ella ni volvió á escribirme, ni me habia escrito nunca, ni tenia noticia de tales cartas. Su marido, que era muy celoso, aunque se fingía el indiferente, creyó advertir que nos mirábamos y discurrió á aquella intriga para pegarme una soberana paliza y perniquebrarme, como se la pegó y perni quebró al amigo que trató de aprovecharlo que juzgaba mi buena fortuna. Yo he sabido esto muchos años despues

por boca del marido, que está ya curado de aquellos celos y que es hoy un buen amigo mio, aunque no me ha querido presentar á su mujer porque, segun él dice, no gusta de llevar amigos á casa.

«Lo que no he podido averiguar aún es quién recibió la paliza que me estaba destinada.

«Quién sabe si habrá sido alguno de Vds.—dijo, y observaron os todos que fijaba su vista en el Adonis que habia exhibido la carta de la Condesa. Este no dijo una palabra; pero se puso encarnado como un tomate y guardó precipitadamente el billete.

«Creáme Vds.—añadió el actor—desde entonces descono mucho de las aventuras: detrás de las que más gratas parecen suelen esconderse una ridículiez ó una paliza.»

Y yo pongo aquí punto á la copia, advirtiendo que el hecho es histórico y que lo he reproducido con exactitud. Pueden Vds. creerme.

A. SANCHEZ PEREZ.

EL BARBERO DE SEIJO

(Conclusion)

—¡Dios se lo pague á todos, y especialmente á V. á quien tengo que pedir un favor para mi pobre Gildo! ¡El último y el que más le agradeceré yo! Es un capricho de madre, y por la memoria de la suya, á quien tanto quise en vida, le ruego no me lo niegue!

—¡Hable V., tia Nemesia, y si está en mi mano...

—¡Quisiera que mi hijo fuese á la sepultura compuesto y limpio, como estaba antes de su enfermedad!

—¿Y qué puedo hacer yo para eso?

—¡Afeitarle, como le afeitaba V. en vida!

—¡Cáscaras! ¡Tia Nemesia, eso es muy fácil de decir! No es que yo tenga miedo á los muertos, que con mis propias manos amortajé á mi madre, pero afeitár á Gildo, á quien queria como á un hijo, seria para mí un suplicio para el que quizás no tendria serenidad.

—¡Ay, Sr. Anton! ¡Yo venderé, si es preciso, todo lo que tengo; pediré limosna para pagar á V. ese favor; pero en nombre de mi hijo, que pronto se ha de comer la tierra, haga V. lo que le pido!

—¡Buena, tia Nemesia; seque V. los ojos, que yo haré lo que quiere, sin necesidad de que venda nada; que ni es el favor que voy á hacerle de los que se pagan con dinero, ni yo soy hombre capaz de negarme á los ruegos de una anciana!

La pobre mujer me abrazó, agradecida á mi sacrificio y desahogada, y quedó convencido que aquella misma noche se iría á Gildo y le afeitaria, exigiendo á mí vez, estar á solas con el muerto, pues la ausencia de su madre me daría más valor, y ella se evitaria de este modo nuevas lágrimas.

IX

«Cuando de vuelta en mi casa, prosiguió el tio Anton, reflexioné sobre el compromiso que habia contraído, me acusé de demasiado complaciente, pero ya era imposible volverse atrás. Luego pensé si no me faltaria valor en el instante crítico, y si aún suponiendo que no me fallase, no seria pecaminoso y censurable lo que iba á hacer. En mi concepto, aquello tenia algo de profanacion, y esta idea me ponía los pelos de punta. La oportuna llegada del señor cura, vino en parte á tranquilizarme, pues habiéndome consultado sobre el particular, me aseguró, que haciéndose á ruego de la madre, y con el respeto debido á un cadáver, no podia considerarse como tal profanacion; tanto más, cuanto que en muchas capitales hasta se acostumbraba á dar coloretos á los muertos, rizarles el pelo, etcétera.

Deseché en vista de lo expuesto por D. Bruno, mis últimos escrúpulos, y habiendo sonado ya el toque de oracion, me dispuse á salir, no sin haber cogido antes esta navaja que tenia sin estrenar y de la que no pensaba volver á servirme; tambien me bebí medio vaso de aguardiente, porque observé que me temblaban algo las piernas, cosa que atribuí al sereno que empezaba á caer sobre Seijo.

La casa de la tia Nemesia está separada de la mia solamente por una calleja; así es que en cinco minutos me hallé delante de la puerta: allí me detuve. Una luz mortecina brillaba en la última rejá de la casa; era como uno de esos fuegos fatuos, que en las noches de verano se ven entre las sepulturas de nuestro cementerio. Me aproximé á la rejá, y ya entonces me di cuenta de todo. El cadáver de Gildo se hallaba amortajado sobre la cama; tenia las manos cruzadas sobre el pecho, y su semblante varonil, que alumbraaba una sola vela de sebo, destacaba sobre la almohada, quedando en sombra el resto del cuerpo. Cosa extraña; su rostro no presentaba señal alguna de descomposicion, ni áun de rigidez, y á no ser por la palidez mate del mismo, hubiérase creído que era un hombre que dormia.

Me separé, no sin trabajo, de la rejá, y empujando la puerta que sólo estaba entornada, entré en la casa y luégo en la alcoba. Una forma humana se levantó de un rincón al oír mis pasos, y se arrojó sollozando en mis brazos; era la madre de Gildo. Me señaló el muerto con la mano, y sin articular una palabra se retiró como una sombra, cerrando tras sí la puerta del dormitorio.

Ya á solas, pensé que cuanto antes diese principio á mi tarea antes me veria libre de ella, y en su consecuencia me dirigí sin vacilar á la cabecera de la cama; espabilé con los dedos la vela que se hallaba sobre una mesa, y

sacando del bolsillo la navaja, empecé con la mano algo trémula á rasurar aquel rostro frío é inanimado, sin cuidarme para nada de la suavidad, que consideraba innecesaria para el caso. Nunca me he dado tanta prisa para afeitarse á un hombre, y sin embargo, efecto tal vez de mi miedo, la barba de Gildo parecía crecer en lugar de disminuir, al contacto de la navaja.

Mi temor creció de punto al percibir en el cadáver dos ó tres estremecimientos; empecé á perder la cabeza, y parecióme que hasta la vela se agitaba amenazando dejarme á oscuras; quise huir, y mis piés permanecieron clavados en el suelo; quise retirar la navaja, y en vez de conseguirlo tracé con ella un profundo corte en la mejilla de Gildo; y de aquella herida, que se presentaba á mis asombrados ojos con proporciones colosales, empezó á manar sangre en abundancia. Entonces, ya en el colmo del terror, se me privó la vista, y hubiese perdido el conocimiento, á no ser por un suceso pasmoso, increíble, inaudito, aterrador.

Gildo se sentó en la cama y cogiendo con su mano helada mi convulsa muñeca exclamó: «¡Tío Anton, me está usted haciendo daño!»

X

Al llegar el barbero á este punto de su narración, me acometió un acceso de risa, tal, que logró alterar la flema de aquel.

—Dispense V., tío Anton, le dije viendo lo amostazado de su semblante; con tal seriedad ha contado V. el cuento, que sin dificultad lo hubiera creído; pero la última parte, excede de tal modo á todo lo que uno podía figurarse, tan inverosímil parece, que no he podido menos de soltar la carcajada.

—Cosas inverosímiles acaecen todos los días en la vida, y no por eso dejan de ser verdaderas. Pregunte V. al primer chico que encuentre; interroque á todo el pueblo empezando por el señor cura, y todos le dirán que si Gildo vive lo debe en primer lugar á Dios, y luego al tío Anton.

—Creo en vista de sus afirmaciones que es verdad, y en su virtud quiero hacer á V. algunas objeciones, y lo que es más grave, algunos cargos.

—Hable V., que estoy dispuesto á responder á las primeras y á defenderme de los segundos.

—En primer lugar, tío Anton, tiene V. contra sí un cargo tan grave, que aminora el servicio que hizo V. al pobre Gildo con volverle á la vida.

—¿Qué cargo es ese?

—¡Que gracias á V., y á no ser por el deseo de su madre, Gildo hubiese sido enterrado vivo, puesto que V., que le asistía en su enfermedad, le dió por muerto!

—¡A eso le contestaré á V. que hay enfermedades accidentales de tal naturaleza, que engañarían, no digo á un mal cirujano como yo, sino á todo el Proto-medicato; de lo cual tenemos por desgracia ejemplos todos los días. En cuanto á que esta equivocación aminore el servicio que presté á Gildo, confesaré V. que si bien hay muchos médicos que se hubieran engañado como yo, en cambio hay pocos barberos, que como yo, se hubiesen prestado gratuitamente á ejercer su oficio en tales circunstancias.

—Queda V. absuelto de ese cargo, y pasemos á las objeciones. Decía V. que había perdido por completo la



UN BILLETE AMOROSO, cuadro por G. Pepperitz

cabecera, y estaba á punto de desmayarse, cuando se lo impidió el inaudito hecho de quejarse Gildo de lo mal que V. le hacia la barba. ¿Qué influencia tuvieron estas palabras sobre su ánimo, para servirle de reactivo en su debilidad; puesto que lo lógico era, que viniesen á aumentar su miedo y su turbación?

—Esa es una pregunta que me obliga á confesar una debilidad. Yo, por más que á V. le parezca que afeito pésimamente, tengo mi orgullo, fundado, puesto que hoy por hoy no hay quien lo haga mejor en la aldea, de afeitarse bien; y las palabras de Gildo vinieron á henir mi susceptibilidad, haciéndome recobrar el conocimiento que iba á perder. ¡Cómo, el hombre que sin exhalar una queja había sufrido el desprecio de Rita, y la enfermedad, y la muerte, osaba quejarse de un pequeño arañazo, al que debía no ser enterrado vivo! Esto es lo que me irritó, y á lo que debí el darne cuenta instantáneamente de lo sucedido.

—Me ha convencido V., y sólo me resta pedirle perdón de mi inercútila risa, y suplicarle acabe de contar su historia, y de afeitarme el cara.

—Pocas palabras bastarán para concluir, y en cuanto á su cara, puede V. ya lavarse si gusta.

Hice lo que me indicaba y proseguí: —Dejo á la consideración de V. la alegría que experimentó la tía Nemesia; alegría que por poco le cuesta la vida; y la no menor de casi toda la aldea que aprecia á

Gildo en lo que vale. En cuanto á este, sea porque no hay mejor medio para apreciar la vida, que haber estado á punto de perderla, ó porque las lágrimas y los cuidados de su madre le recordaran la obligación que tenía de vivir para ella; lo cierto es que se fué disipando su tristeza, y con ella las enfermedades, y lo que es más milagroso, el amor; que se trocó en una indiferencia tal, que hacia llorar de rabia á Rita y de risa á todas las mozas de la aldea; por más que aquella, siempre seguía esperando al carabinero. Unas malignas viruelas dieron fin al poco tiempo de su belleza y de sus esperanzas, y mientras vivió la madre de Gildo y este permaneció en la aldea, no hubo fuerzas humanas que la hicieran salir de su casa.

Pero la pobre tía Nemesia murió hace seis meses, y Gildo marchó á América, donde de seguro prosperará, y Rita se atreve ya á ir á la iglesia los domingos, donde si usted oye misa, la habrá visto.

Ya sabe V. toda la historia, y puede estar tranquilo respecto á la cortadura hecha con esta navaja, pues el muerto á quien afeitó, con seguridad goza de mejor salud que V.

—Gracias por todo, tío Anton, y juro á V., si como presumo muero joven, dejar ordenado que afeito V. mi cadáver, pues así tendré la seguridad de no ser enterrado vivo; pero entre tanto, y mientras viva en esta aldea, no extrañe V. que me deje la barba!

ANGEL DEL PALACIO

LOS PRODIGIOS DEL SONIDO

I

El alcance de los sonidos. —La sombra del silencio

Tiene la cuestion del alcance de los sonidos, es decir, de la distancia á la cual pueden llegar á ser percibidos por un oído de regular sensibilidad, además de un excepcional interés científico una gran importancia práctica por lo que se refiere á la eficacia de las señales sonoras en uso en la marina, en los ferro-carriiles y demás, cuando por nieblas ú otros obstáculos naturales no pueden hacerse señales luminosas.

Y al hacer el estudio de los límites á que puede llegar el alcance de los sonidos se encuentra que este puede ser modificado por muchísimas causas y que cuando concurren circunstancias muy favorables para el fenómeno, los sonidos llegan á percibirse á distancias verdaderamente increíbles.

La voz humana puede llegar á oírse desde muy lejos. Nicholson refiere que en el puente de Westminster, en Londres, se oyen muy bien, por la noche, las voces de los obreros que trabajan en las fabricas de Battersea, que se hallan á 5 kilómetros, y el mismo fisico asegura que las voces de los centinelas de Portsmouth se oyen por la noche, en Bide, en la isleta de Wight, que dista 7 ú 8 kilómetros.

El frio parece aumentar el alcance de los sonidos, no tanto por la condensacion que en el aire produzca como por otras causas relativas á la tranquilidad y serenidad de la atmósfera, en los desiertos polares ó en las elevadas regiones de las nieves perpetuas en las zonas templadas. En sus expediciones hacia el polo ártico el capitán

Parry oyó con frecuencia á la distancia de kilómetro y medio conversaciones sostenidas por sus marineros con voz natural. Foster, uno de los compañeros de Parry, cuenta que en Port-Bowen pudo sostener conversacion con un marinero á 2040 metros de distancia, con un frío de 28° bajo cero.

Cuando á la par que el aire, conductor ordinario del sonido, vibran otros cuerpos de mucha densidad, como el suelo, las aguas, construcciones próximas, nubes, arbolado, etc., el alcance de los sonidos puede ser verdaderamente prodigioso.

El estampido del cañon se oye muy lejos porque hace retumbar el suelo al par que el aire. En 1792 el cañon de Maguncia se oyó en Fimbeck, reducida poblacion situada á 245 kilómetros. Chladni asegura el mismo haber oído el ruido de los cañonazos disparados en Wittenberg á la distancia de 126 kilómetros, y no tanto, dice, por intermedio del aire, como por las comunicaciones de los cuerpos sólidos, percibidas apoyando la cabeza contra la pared.

En 1809 los cañonazos disparados en la isla de Helligoland se oían en Hanover á 260 kilómetros. El cañoneo que precedió al asalto de París en 1874, se oyó durante quince horas en toda la comarca que se extiende desde Lisieux hasta Alençon y en todos los valles circunvecinos, es decir en un espacio de 180 kilómetros á la redonda. El bombardeo de Génova se oyó, por mar, á más de 165 kilómetros; el de Florencia percibiéndose más allá de Livorno, y el de Mameheim se oyó en Nordlingen y Wallerstein, al extremo opuesto de la Suabia; por último, en 1832, el cañon de Amberes se oyó en Sajonia, en la montaña del Erzgebirg, separada del punto donde el sonido se produjo por la enorme distancia de 600 kilómetros.

En las erupciones volcánicas, como la comunicacion del suelo es más intensa, y la descarga á la atmósfera más potente, el sonido aún puede llegar hasta más lejos. Humboldt, manifiesta que las detonaciones volcánicas se han propagado á distancias de 800 y 1200 kilómetros. La erupcion del volcan San Vicente, ocurrida en 1815, se oyó en Demerary, á una distancia de 550 kilómetros.

La intensidad de los sonidos transmitidos por la atmósfera, depende tambien del reposo ó agitacion del aire, conforme á lo dicho al hablar del frío. Se oyen distintamente los sonidos á gran distancia cuando la atmósfera está en calma, pero cuando el viento la agita y la conmueve, el sonido se debilita aún cuando proceda de la direccion en que el viento sople. Derham da la prueba con sus observaciones en Porto-Ferrajo (isla de Elba)



UNA INVASION FORMIDABLE, dibujo por L. Kneus

donde se oían mejor los cañonazos disparados en Liorna, estando la atmósfera tranquila, que cuando el viento soplaban aún cuando fuera en la direccion de Liorna á Porto. En esta accion no entra seguramente sólo la agitacion del aire sino el mismo ruido del viento que contribuye á que los sonidos débiles ya no se perciban.

La causa primordial de la debilitacion del sonido con la distancia depende de que propagándose en todas direcciones los sonidos originados al aire libre, las ondas sonoras, al par que van ganando en extension, van perdiendo en intensidad, de donde resulta la ley geométrica de que la fuerza de los sonidos propagándose en un medio homogéneo y en calma debe estar en razon inversa del cuadrado de la distancia. Por eso cuando el sonido se propaga por el interior de tubos en que las secciones aéreas vibrantes tienen la misma extension, la intensidad se conserva muy bien, y el alcance de los sonidos puede ser mayor que al aire libre. El físico Biot comprobó perfectamente este principio, pues vió que el sonido transmitido por el aire contenido en los tubos de los acueductos de París no se debilitaba de un modo apreciable en un kilómetro de extension. A esta distancia se oía distintamente la voz más baja y podia seguirse perfectamente una conversacion. Quiso el experimentador conocer el tono en que la voz dejaba de ser perceptible y no pudo conseguirlo. Aunque dos personas se hablasen al oído á un ex-

tremo de la tubería, eran percibidas las palabras al otro extremo; de suerte que para no percibirse voz alguna no quedaba más recurso que no hablar.

Estas propiedades de los tubos acústicos explican ciertos efectos que se advierten en algunas salas y bóvedas de los grandes edificios. Las aristas de las paredes y de los ahuecados techos forman canales por los que el sonido se trasmite con facilidad suma y sin perder la intensidad primitiva, de suerte que dos personas pueden hablar en voz baja de un ángulo á otro sin que las situadas en medio puedan percibir palabra alguna de la conversacion.

Una sala de esta clase hay en el Monasterio del Escorial, bien conocida por todos los que visitan este monumento; otra hay semejante y muy notable en el Observatorio de París; y ofrecen idéntico fenómeno y en grado muy notable, la cúpula de S. Pablo en Londres, la Galería de Gloucester, la Catedral de Agrigento, en Sicilia, y la famosa gruta de Siracusa conocida hoy con el nombre de *Gruta de la Pavella*, y en lo antiguo con el de *Oreja de Dionisio*, y de la cual se cuenta que este tirano

habia hecho construir en su fondo un calabozo para sus prisioneros y en la que el sonido se propagaba de tal modo que la palabra más baja y el oído más débil se oían distintamente á la entrada del conducto subterráneo donde estaba el guardián. Hace mucho tiempo que el orificio extremo interior de la gruta quedó interceptado y resulta que el antro del rey Dionisio produce hoy efectos de eco muy raros, aumentándose la intensidad del sonido de un modo prodigioso; una palabra pronunciada en voz baja resulta un grito, y si se sacude con la mano un vestido parece que se dispara un cañonazo; un canto á dos voces produce el efecto de un cuarteto entonado por laringes más potentes que las de los habitantes humanos de este globo. Aún se podrian citar muchos más hechos comprobantes del gran alcance que pueden llegar á tener los sonidos y de las circunstancias que facilitan ó favorecen la conservacion de su intensidad; pero los indicados bastan para formarse ya clara idea acerca de esto.

Ocurre, sin embargo, que el sonido encuentra á lo mejor, en plena atmósfera, obstáculos misteriosos á su propagacion, los cuales producen, sin causa aparente, interrupciones extrañas del sonido, ó que este se detenga y amortigüe produciendo lo que puede llamarse la *sonbra del silencio*, conforme en el artículo siguiente se verá.

DOCTOR HISPANUS



UNA CARRETA DEL NORTE, cuadro por A. W. Kasalski

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria



ANO III

→ BARCELONA 29 DE DICIEMBRE DE 1884 ←

NÚM. 157



LA VUELTA DE OTRO HIJO PRÓDIGO, cuadro por H. Lindenschmit

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LA DANZA DEL TICIANO, por don Benito Más y Pral.—GIMNASIA, por don Eduardo de Palacio.—LOS PRODIGIOS DEL SONIDO (I y último), por el Doctor Hispanus.—PROCESION A LA LUZ DE LA ELECTRICIDAD EN NUEVA YORK, por don M. A.

GRABADOS: LA VUELTA DE OTRO HIJO PRÓDIGO, cuadro por H. Lindenschmit.—LA ESCALERA DE UN MINISTERIO, cuadro por A. Lodez.—TINTORETO RETRATANDO A SU HIJA EN SU LECHO DE MUERTE, cuadro por B. Roch.—LA ÚLTIMA HORA DEL AÑO.—PREDICAR EN DESIERTO.—EL NEGRO ELÉCTRICO DE EDISON EN LA EXPOSICION DE FILADELFA, Lámpara de incandescencia en la cabeza de un repartidor de prospectos.—DISPOSICION DE LOS CONDUCTORES EN LA PROCESION A LA LUZ DE LA ELECTRICIDAD, EN NUEVA YORK.—GRAN PROCESION A LA LUZ ELÉCTRICA EFECTUADA EN NUEVA YORK EL 31 DE OCTUBRE DE 1884. (Experimento de M. Edison).—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: MANÁ DEJA BAILAR.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La peste de Otranto.—Echegaray *chei lui*.—Echegaray dramaturgo.—Ornato apesada.—Dónde busca el genio su botín.—El centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado.—Modos de ser del entusiasmo nacional.—El derecho de testar entre los nobles.—Calebra.—Vocacidad infantil.—Año nuevo.—Cifra festiva.

Se ha estrenado en el Teatro Español el último drama de Echegaray, *La peste de Otranto*, cuyo éxito ha sido celebradísimo por el numeroso público que sigue con entusiasmo las espléndidas creaciones de este genio fácil y fecundo. El delirio del auditorio no ha tenido límites. Los aplausos han resonado cien veces desde que en las primeras escenas el otro pectico del autor se desbordaba en una tempestad de indígenes y figuras hasta que al final estalla el volcán de lo dramático con la tremenda explosión de las emociones patéticas. Acabada la representación, el autor fué llevado a su casa en coche entre admiradores que, alumbrando con antorchas, prestaban a Echegaray uno de esos homenajes que son raros en esta patria de la ingratitude para con los ilustres varones.

**

Poco tengo que decir de su carácter literario: conocido por tanta y tanta obra en que se destaca enérgica su silueta moral: de su persona daré idea completa si acierto a expresar cómo forma contraste su conversación y la delicadeza de su palabra cuando habla familiarmente, con el enérgico núnem de sus dramas. Es el autor de *La peste de Otranto* un pacífico burgués que madruga a diario y apenas da la luz en los balcones de su despacho de la calle de la Princesa, en el barrio de Pozas, cuando ya está allí en pie, ante su mesa de pino sin pintar, no el autor dramático, sino el ingeniero. En Echegaray hay un espíritu que se reparte igualmente entre el arte de lo bello y la ciencia de lo útil. Guarda para el ingeniero, para los compases, los logaritmos y la aritmética, la constancia, el incansable trabajo de largas horas. Guarda para el poeta dramático, las inspiraciones felices y espontáneas y el febril impulso creador de unas cuantas noches en que a la luz de su lámpara, a solas, silencioso, vierte en las cuartillas, con impaciente pulso, las estrofas de bronce ó de oro que han de resonar luego en la escena en la magnífica melodía de lo sublime. Todo lo que hay de desordenado, de ferviente, de calenturiento, de irregular, de desigual en la labor del artista, hay de metódico, de acompasado, de seguro, de cronométrico en la labor del ingeniero. Y aquel hombre a quien, con el cabello erizado, los brazos convulsos, el labio trémulo, disparando imprecaciones y apóstrofes, se le encuentra de paseo con sus nietos, en las avenidas del Retiro, pacífica y prosaicamente ayudándole a jugar con el volante y presidiendo con infantil solemnidad sus inocentes recreaciones.

Este contraste es tan vivo que a todos sorprende. Echegaray dramaturgo, es el Dios de las tempestades. Echegaray ciudadano, es el núnem de la tranquilidad y de los placeres suaves.

**

El trabajo interrumpido, rostros de hambre y miedo, el odio humano acompañando a la enfermedad en sus desdichas, como si la caridad se hubiese borrado del corazón del hombre, las ciudades aterradas primero y desiertas después: tal es el aspecto de la peste. Lleva consigo algo denigrante y depresivo. Cae un sér atacado de ella y en vez de saludarle la simpatía pública con esta frase, «un pobre enfermo» le saluda el egoísmo con esta otra que parece un insulto: «un apesadado». Y se le cerca, se le rodea de obstáculos, se le abandona, se cortan los lazos que le unían a los demás hombres; la esposa reniega del dulce nudo que le ataba a la víctima y como que trata de borrar de sus labios las huellas de los pasados besos cual si temiese que con el conmovedor recuerdo fuese a caer,

dir el asqueroso contagio. Cuando la muerte pone término a aquel sufrir solitario y sin ayuda, el cadáver no tiene la compañía del clérigo que, las manos enlazadas, ora, ni las cuatro llamas doradas que da la cera que arde y perfuma, sino la soledad, el olvido, y el resposno del miedo cerniéndose sobre los restos lividos é hinchados.

El cuadro de una ciudad de la Edad media, invadida por la peste levantina, era propio para tentar la inventiva creadora de Echegaray, cuyo pincel busca lo trágico y propende a lo aterrador.

Encontrar armonías entre los ayes de los moribundos, y estrofas de amor que pasaran volando sobre la enorme pira de Otranto en llamas, como una pareja de palomas blancas y rumorosas, es el privilegio de estos genios que a la manera que la abeja saca del amargo beleño dulces lágrimas de miel, deduce de la tortura humana licor y aroma que embriaga y enloquece a las muchedumbres. Tal es el último drama de Echegaray: una pavorosa leyenda en que se mezclan las inspiraciones de la tragedia y las del drama romántico.

....Un *Maclstrom* donde giran revueltos amor, guerra y peste.

**

El centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado no ha revestido la importancia y la brillantez que debe acompañar a estas fiestas. La función celebrada en el Teatro Real ha sido, más que otra cosa, una velada literaria y como en ella se han leído pocos versos buenos, y no han aparecido en el escenario los autores a quienes el público aclamó, todo ha quedado reducido a una sesión de tres horas, largas y aburridas.

La parada militar siempre llama a la gente y la congrega al vibrar de las cornetas y al batir del paso marcial. Un soldado que desfila armado de su corraje y su fusil es siempre un espectáculo vistoso. Parece que con él va algo de la patria, algo de la historia española, y se le sigue con cariñosa simpatía. La parada ha sido lo único bueno del centenario del buen marqués.

Mucha gente ignora quién ha sido este invitado soldado, y sólo un reducido número de personas conoce sus escritos, de sobrio clasicismo y abundantes en máximas. El hecho de su vida de que más partido hubieran podido sacar los propagandistas del centenario, para atraerle las simpatías públicas, es la heroica muerte del marqués ante la morisma de Orán, en el campo de batalla, envuelto en la bandera española.

El heroísmo es un sentimiento que todos admiran. En cambio, son pocos los que pueden estimar en su verdadero valor el mérito de una obra didáctica, llena de párrafos tan sólidos como enfadosos.

¿Por qué celebrar centenarios para hombres cuya primacía en la celebridad es discutible, mientras Cervantes y Quevedo, los dos genios mayores de la patria, los dioses de nuestro parnaso, los capitanes de nuestras pléyades espirituales, están en olvido, sin que se conmemore su nacimiento, su muerte, ó la fecha de sus obras más importantes con una solemnidad pública de cuenta?

Somos así los españoles: injustos en el reparto de los laureles y tardos en la reivindicación de nuestros glorias.

**

Discuten los periódicos la necesidad, conveniencia ó justicia de una disposición que ha de contener el Código Civil: la libertad de testar de los títulos del Reino y grandes de España.

Es un viejo pleito en cuyas páginas riñeron sus primeras armas la aristocracia y el pueblo, el derecho antiguo y el moderno derecho.

El fulgor de la aristocracia estriba más que en los blasones en los pingües patrimonios. El duque necesita una fortuna cuantiosa con que sobrellevar las cargas impuestas por la vanidad a una corona; una caja de polvos de oro con que dorar a diario su vida, y dejarla deslizarse en una apoteosis triunfante y teatral.

Pero los modernos tienen sentimientos que antes no habían nacido en el alma humana, ó que se habían dejado sojuzgar por el convencionalismo social. Y dice la opinión: «No es justo que el primogénito goce privilegios a costa de los demás hermanos.»

En el derecho de Cataluña hay aún restos de la legislación antigua en esta materia, justificados por razones históricas.

Pero en la aristocracia todo lo que sea desvincular es poner en circulación el oro y la fortuna: es dar alas a las onzas, y el dinero sólo es útil cuando corre ó vuela.

**

Detrás de las vidrieras de los escaparates nos mira y nos accecha ¡Oh, dulce reptil! ¡oh, histórica culebra que guardas en tu cuerpo deleites para el gastrónomo, por cuyos pedazos anda muerta de amor la turba infantil! ... Eres eterna y durarás lo que las tradiciones de Nochebuena.

La culebra de mazapan es un símbolo. Dios le dijo a la mujer: «Tú quebrantarás la cabeza de la serpiente» y los confiteros facilitan la operación enviando a las casas una serpiente de dulce. La madre de familia quebranta la cabeza del sabroso ofidio, y en torno a los restos del vencido reptil se aglomeran los chichuelos.

Los niños son golosos como los pájaros. Poned en un cerezito una de las rojas frutillas, del color de los labios de Lesbia, y vereis acudir a disputarse su posesión un niño y un pájaro. «De pico de ave a labios de niño—ha dicho un poeta—hay poca diferencia.»

**

Nieblas han envuelto a Madrid durante la semana. Nieblas le rodean cuando trazo estas líneas. La tristeza invernal nos rodea.... Mañana empieza el invierno oficial.... Desde mañana puede helarse cualquier ciudadano sin faltar a la constitucion del Observatorio Astronómico.

**

La vida corre sin cesar, dejando atrás ruinas, y enseñando a porvenir nebuloso. El año se acaba, la vida cambia de aspecto, como la calle al llegar a un recodo, y nos muestra nuevas perspectivas.

Un año que acaba es un amigo que se va a Ultramar, con sus defectos y sus bondades, mayores estos a nuestros ojos que aquellos el día en que empieza la ausencia. Despidámonos cortésmente al amigo 84, que nos ha acompañado durante doce meses, y nos deja confiados a su hermano el 85.

Las cábulas de la antigua superstición formaban combinaciones numéricas de las cifras y de las fechas, deduciendo, de estas combinaciones, profecías.

Sería estas dolencias de la fantasía siguieran reinando, sería preciso consolar a la humanidad ahora, porque sumando los dos números finales del nuevo año, el *ocho* y el *cinco*, resulta una cifra festiva.

El tree.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LA VUELTA DE OTRO HIJO PRÓDIGO, cuadro por H. Lindenschmit

La leyenda bíblica del Hijo Pródigo ha inspirado muchos cuadros. Unos artistas la han pintado como el libro santo la describe, es decir, ocurriendo la acción en remotos tiempos. Otros artistas han utilizado el hecho, figurándolo en distintas épocas, inclusa la presente, a lo cual se presta singularmente lo simpático, tierno y provechoso del asunto.

El cuadro que hoy publicamos es indudablemente uno de los más sentidos y con mejor acierto ejecutados. En él se supone que han transcurrido muchos años desde que el hijo ingrato abandonó el hogar paterno. De aquellos séres a quienes sumió, con su ausencia, en el mayor desconuelo únicamente existen su viejecita abuela y una antigua criada de la casa, cuya sorpresa y satisfacción están admirablemente expresadas. En cuanto a la abuela, su emoción es poco visible: ha llegado a una edad en que las impresiones, por bruscas que sean, ejercen escasa influencia en las manifestaciones externas. Los demás individuos de la familia no conocen siquiera al recién llegado; por esto lo contemplan con más curiosidad que sorpresa. La gente menuda experimenta cierta repulsion y algo parecido al miedo a la aproximación de un personaje cuyo deterioro contrasta con la opulencia de los comensales del familiar banquete.

La composición ajusta perfectamente con la idea del artista: esto explica cierta frialdad que se observa en las figuras, dado el asunto, y decimos aún más, esto constituye el mayor mérito del cuadro. En este hay dos grupos perfectamente definidos; en el uno se encuentra el pasado: en el otro el presente. Examínese con detención el cuadro y se echará de ver con cuánto talento ha salvado su autor la línea divisoria del presente y del pasado.

LA ESCALERA DE UN MINISTERIO cuadro por A. Lodez

Muy bien, y aún muy retentivo, debe sentar la poltrona ministerial cuando el que la ocupa ó pretende ocuparla apechuga con la pesadéz de tanto y tanto pretendiente como asalta un día y otro y siempre a S. E. Poner cart de amigo a la turba de osados y de imbéciles que se proponen secundar al gobierno en la ardua empresa de hacer la felicidad del país, ha de ser un suplicio para quien no tiene ni las ollas de Egipto para distribuir entre tanto famélico, ni la resolución suficiente para enviarles normalmente a todos.

Véase en nuestro cuadro cuántos son los que llevan ya apurado al gobernante en una sola audiencia: pocos de noton estar satisfechos de ella; por el semblante de algunos es de suponer que le están poniendo al ministro de vuelta y media. Esta es otra: ministro que no decreta todas las impertinencias con un—*como se pide*—es un ingrato y hasta un traidor a su país, cuya dicha pudiera hacer a tan poca costa.... Y a tan poca... con nombrar a cualquier zascandil intendente de Cuba ó Primado de España.

Tal es la idea que el autor de este cuadro ha puesto en acción con singular acierto: todos los personajes están en carácter; los del grupo del primer término, como se dice vulgarmente, están que hablan. De fijo que sus pretendientes no prosperan.

TINTORETO RETRATANDO A SU HIJA
en el lecho de muerte, cuadro por B. Roch

José Rosusti, llamado *El Tintoretto*, es sin duda el discípulo más célebre del famoso Ticiano. Nació en Venecia en 1512 y falleció a la avanzada edad de 88 años. Tuvo una hija, Marietta Tintorella, a la cual perdió en lo mejor de la juventud. Rosusti, anciano a la sazón, debió acordarse de su maestro que, presa de un dolor parecido, tuvo el valor ó sintióse inspirado para hacer el retrato de la persona que le era más cara en este mundo.

El asunto del cuadro no puede, por lo tanto, ser más patético ni más á propósito para lucir en el condiciones de artista privilegiado. El autor ha cumplido como bueno, por más que su obra nos recuerde la análoga del incomparable Ticiano. El cadáver de Marietta no se hace repulsivo; todo lo contrario, quizás está poco muerta y demasiado dormida. La figura principal es realmente noble; sobre ese hombre pesa manifiestamente un grande infortunio; pero, en rigor, es infortunio el abate y no le inspira: dudamos que en tal disposición de ánimo, el Tintoretto hubiese podido ni bosquejar siquiera el retrato de su hija. Para que el artista se sobrepusiera al padre hubiese sido necesario el concurso de una inspiración, de un rapto artístico, que la figura no revela.

A pesar de todo, el cuadro tiene condiciones de primer orden y la impresión que causa es debida á medios de buena ley, empleados con singular maestría.

LA ÚLTIMA HORA DEL AÑO
CUADRO POR A. Z.

Composicion del género fantástico, digna del genio de Hoffmann.

El año que acaba anuncia al mundo su última hora. Su expresión es altiva, soberana; es la expresión del rey que rompe el cetro cuando se le exige que lo entregue á su sucesor. La actitud de esa figura, sus líneas todas, son grandiosas: estiene cierto sabor á Miguel Angel que impone á quien la estudia y medita.

El cuerno que doce meses ántes llevaba consigo repleto de dichas y desgracias, se ha vaciado por completo. Ha cumplido su misión y abdica como Carlos V, en la plenitud de su fuerza, á beneficio de un hijo ingrato.

El viejo campanero se sorprende ante la vision terrible.

[Muere un año!... ¡Ha visto morir tantos!...]

Para la niñez un año más es un paso hácia la libertad; para la juventud un año más es un paso hácia el desencanto; para la ancianidad un año más es un paso, el último quizás, hácia la tumba...

PREDICAR EN DESIERTO...

CUADRO POR S. G. ROLLON

¿Qué entiende la pobre niña del Génesis ni de la Apocalipsis, ni cómo es posible que su abuela la pueda distraer de la idea del juego, tan propia de la edad infantil y tan inherente en los niños nacidos en el monte, criados en los bosques, para quienes la libertad es la vida, pájaros selváticos, refractarios á la jaula, en que se mueren de nostalgia ó de asfixia?

La excelente anciana lee la Biblia á su nietecita, pero la hijita del leñador tiene el cuerpo en la cabaña y el pensamiento en el campo, en el espacio, en la inmensidad, que los niños miden sin temor, como el águila contempla el sol sin cegarse. No importa; la doctrina que siembra la abuelita es como la gota de agua que un día formará un arroyo, es como el grano de trigo que más ó menos tarde producirá una espiga... La moral de los Libros Santos se infiltrará lentamente en la rapaza, pero se infiltrará al fin y al cabo; ella le enseñará á bendecir á Dios y á amar al prójimo. Esto podrá ser poca ciencia, pero no impide que sea la gran ciencia.

Este cuadro es admirable de verdad y de expresión.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MAMÁ DEJA BAILAR

¿Qué buenas son las mamás, sobre todo cuando conceden á sus hijos lo que estos les piden! Véase si no, la cariñosa zalamería con que los dos jovencitas del grabado colman de caricias á la suya por haber dado su venia para improvisar un baile en el salon de la quinta.

Y era natural. La conversacion iba decayendo, las horas de calor habian pasado; no faltaban manebcos ganosos de enlazar con su brazo, siquiera con el decoro que las buenas formas exigen, el talle de las lindas señoritas allí reunidas; contábase con el indispensable piano y con quien lo tocara; lo demás venia de por sí: sólo era necesario el permiso de la mamá.

Concedido éste de buen grado, ¡revolucion general! Quién retira la alfombra, quién aparta las mesas y demás muebles que pudieran estorbar los rápidos giros de las parejas; quién escoge entre los papeles de música los walses y polkas más en boga; escena, en fin, llena de vida, de movimiento y color local, que el artista ha sabido reproducir con admirable acierto.

La danza va á empezar: ya son felices los jóvenes de ambos sexos, y hasta la mamá, que se complace en contemplar el contento de sus hijos. ¡Se necesita tan poco para experimentar una satisfacción en la edad juvenil, y son tan complacientes los padres!

LA DÁNÆ DEL TICIANO

I

Una tarde de primavera pintaba el Ticiano el fondo de un cuadro mitológico en las cercanías de Ferrara.

Colocado el caballete bajo un grupo de álamos blancos, teniendo cerca un pequeño montículo que habian tomado por asalto espigas, amapolas y rosales; sirviéndose admirablemente de las hojaracas y matajos que cerca de un lagunazo, un tanto turbio, se parecían; el gran maestro, que estaba aún en lo más florido de sus años y en cuyo rostro inteligente y simpático no habia aparecido una sola arruga delatora, daba los últimos toques á aquella mancha, rica de luz y de color, destinada á recibir una de las graciosas parejas olímpicas que su genio logró robar de la altura, á pesar de los cuidados de arpas, cerberos y ninotauras.

Descendía el sol, prolongábase la sombra del caballete sobre el musgo y se disponia á guardar sus colores y sus pinceles, cuando apareció tras él una graciosa villana, la cual, colocando un mano firmemente en su hombro y rozando con su blanca cofa la oreja del maestro, le dijo en fácil pero incorrecto italiano:

—Maestro, ¿quereis ponerme ahí, al borde de esa laguna...?

Ticiano volvió el rostro incomodado por esta interrupcion enfadosa, pero al ver el gentil talante de la villana, sus hermosos ojos y su mano blanca y menuda como un ramo de flores de almendro, dejó vagar por sus labios una sonrisa y respondióle con cierto gracioso descomedimiento:

—¡Si quieres que yo te dé lugar en mi lienzo, has de dármele, tú, en tus brazos!

La villana, en vez de incomodarse por esta atrevida respuesta, rióse con toda la boca—que no era mucha ni fea la que tenía—y repuso, haciendo un delicioso mohin y cubriéndose el rostro con su delantalillo bordado de trenzas multicolores:

—¡Vaya, vaya, maestro! pronto quereis cobraros; trabajad, que no os fallará paga, en esta ó en la otra vida.

Luego, saltando como una corza y desasiéndose de los atrevidos brazos del amigo del Areтино, que no era torpe ni manco, colocóse cerca del agua estancada, que el pintor habia convertido en delicioso espejo sombreado de verde; sentóse en un gran cantó rodado que entre junco y adelfa se veía, y cruzando los piés de una manera académica y donosa, y dejando flotar al viento su larga y rizada cabellera, invitó al Ticiano á que pintase.

El autor de *La Atencion* lanzó un grito de asombro: jamás habia visto modelo mejor colocado ni líneas más correctas y encantadoras; aquella era una de las figuras que faltaban á su lienzo; la diosa que habia soñado para sonreír al pastor dichoso; el complemento de su fondo lleno con el ambiente del monte Latmos.

Volviéron pues á su lugar paleta y pinceles; el vértigo de la inspiracion movió la mano hábil del maestro, y aprovechando toda la luz, quedó la figura trazada maravillosamente.

Anochezia; la villana, despues de contemplar con curiosidad nimia la imagen que ocupaba el fondo del cuadro, dió á correr por la vereda cercana sin atender á las súplicas del artista y haciendo resonar el aire con sus sonoras carcajadas. Cuando el Ticiano entró en Ferrara se guido del chicuelo que llevaba los útiles, adn no podia explicarse lo que habia ocurrido; el caso era que en vez de pintar á Diana y Endimion, llevaba sólo el retrato fiel y gracioso de una pobre campesina.

El que habia de ser jefe de la escuela pictórica veneciana durmió mal aquella noche. Aquel cuadro, cuyo fondo habia concluido la tarde pasada, era un encargo de cierto rico mercader y debía ser entregado en breve plazo. A no haber venido la campesina á interponerse en el instante preciso, hubiera podido concluirse en dos sesiones sin salir de su estudio. El diablo andaba sin duda en el asunto.

A pesar de esto, al echar una ojeada sobre el lienzo se admiró á sí propio. La figura de la villana era una verdadera obra de arte que agustaba su manera franca y natural, su verdadero dominio de la línea y del claro oscuro; la abundosa cabellera, el seno modelado de admirable modo, la mano y el pié dignos de Anadiomena, el talle prolongado por el justillo que más bien debía de ser de raso que de algodón grosero, el tono general, en fin, de aquella improvisacion pictórica le hicieron consolarse de la pérdida del trabajo y reconciliarse con aquella intrusa burladora. Pensando, pues, en dar á su obra tres ó cuatro toques todavía, mandó á su fámulo cargar con los trebesjos al día siguiente, y cuando el sol se hallaba en el zénit y sonaban las doce en el histórico castillo, encaminóse á la campiña y plantó sus reales cerca del lagunazo, bajo los álamos que daban vista al montículo de las amapolas y los rosales.

Para matar el tiempo llenó los huecos del lienzo pecador, concluyó los junco y las adelfas hasta el punto de poder contar los nudos y las hojas, rasgó las nubes del celaje y dió más suave verdor á las aguas de la laguna; pero las horas corrieron y el sol se oceró al ocaño sin que ánima viviente cruzara por aquellos sitios.

Impaciente el maestro, limpió y mojó los pinceles una vez y otra, cambió de sitio el caballete por siete veces consecutivas, fué y vino por la vereda, como cazador impaciente de palomas torcazes; mas todo en vano: tuvo que volver á Ferrara cejijunto y sombrío como el Cain de uno de sus mejores cuadros.

¿Qué habia sido de la villana? ¿Porqué no habia acu-

didó á la explanada de los álamos, como la pasada tarde? ¿A qué burlaba al artista de tal suerte? Esto trataba de explicarse cruzando la Plaza Vieja, cuando vió desembocar por la calle próxima una gran señora seguida de su paje y de su mayordomo y mostrando en su porte la altura de su nacimiento.

—¡Extraño caso! El Ticiano se estremece de gozo ó de miedo; la dama tenía el talle, el rostro y las manos menudas de la villana de la campiña. Boaccio no hubiera podido hallar para su *Decamerion* argumento más sutil y maravilloso. Trémulo, sudoroso, sintiendo algo frio y extraño desizarse por sus venas, Ticiano recatóse como pudo en los pliegues de su capa y siguió á la orgullosa deidad á largo trecho; ella, por su parte, pareció no darse cuenta del seguimiento y continuó su camino con la severidad de una dogaresa y la indiferencia de una castellana. Poco despues penetraba en un soberbio palacio y subia sus escaleras de mármol sin dirigir al pintor una sola mirada.

—¿Sabéis quién es esa dama?—preguntó el aturrido artista á un mendigo de luenga barba que se inclinó profundamente al pasar aquel soberbio prodigio de hermosura.

—¡La Duquesa de Ferrara!—contestó el pobre hombre, descubriéndose humildemente.

II

No era el Ticiano hombre á quien asustaran los próceres ni las duquesas, porque halagado desde los comienzos de su carrera por altas entidades y poseyendo una buena fortuna, puede decirse que con palacios y palacios estaba por demás familiarizado; sin embargo, la aventura en que se creia empeñado con la hermosa duquesa de Ferrara le tenía caviloso y confuso.

—Era posible que la duquesa y la villana fueran una misma persona? ¿Caba en cerebro humano que dama tan principal y orgullosa apelara á tales medios, por el solo placer de conquistar las simpatías de un artista, más ó menos celebrado? Estos y otros pensamientos trabajaban la mente de nuestro héroe, mientras permanecía inmóvil junto al pórtico de la mansion ducal, haciendo pareja á los guerreros de granito que sobortaban la fachada.

Tres días pasaron sin que le fuera dable coger los pinceles ni encontrar disculpa para el mercader de su cuadro; al cabo de ellos, imaginó un medio para convencerse de si habia sido ó no víctima de las genialidades de la hermosa duquesa, célebre ya en los fastos de la galantería florentina y veneciana.

Vistóse con particular esmero, rizó su cabello, perfumó su barba y se dirigió á la casa señorial con cierto cantanturiento desenfado. En el ático dió el nombre de la duquesa, y como viese que el paje de escalera arriba le cerraba bruscamente el paso, hizo descubrir un poco del lienzo pintado en la campiña y mostrando el mágico perfo que él suponía por demás conocido, siguió su camino triunfalmente.

La estratagemá hizo efecto: el paje tomó de manos del aprendiz el cuadro cubierto de rico terciopelo de Utrecht con franjas de oro y bien pronto se halló el Ticiano en una elegante cámara, cuyo ambiente templado y aromático acusaba la delicadeza y el gusto del hada que habitaba en ella.

Como el crujido leve y suave de las hojas secas revela la presencia de esos brillantes reptiles de piel irisada que habitan en las selvas colgadas de lianas del Nuevo Mundo, la proximidad de la duquesa se reveló por el crujido de su falda de seda que se arrastraba suavemente por el mármol del pavimento. Rígida, altanera, deslumbradora, dejando ver, á propósito intento, el arranque de su cuello entre sargas de perlas que parecían manchas oscuras sobre su epidermis transparente, la noble dama sentóse en una elegante silla de forma griega y midiendo de alto abajo al artista con una mirada desdichosa, díjole con acento acerado y un sí es no es imperioso:

—¡Vamos, quién sos, qué quereis, y qué envoltura es esa que ocupa lugares que no son mostradores de mercader ambulante!

Los propósitos del Ticiano, que eran sin duda ofrecer el cuadro y estudiar al propio tiempo el efecto que su atrevimiento habia de causar en la que él creia enamorada de su persona ó de sus pinceles, vinieron á tierra con este severo intróito.

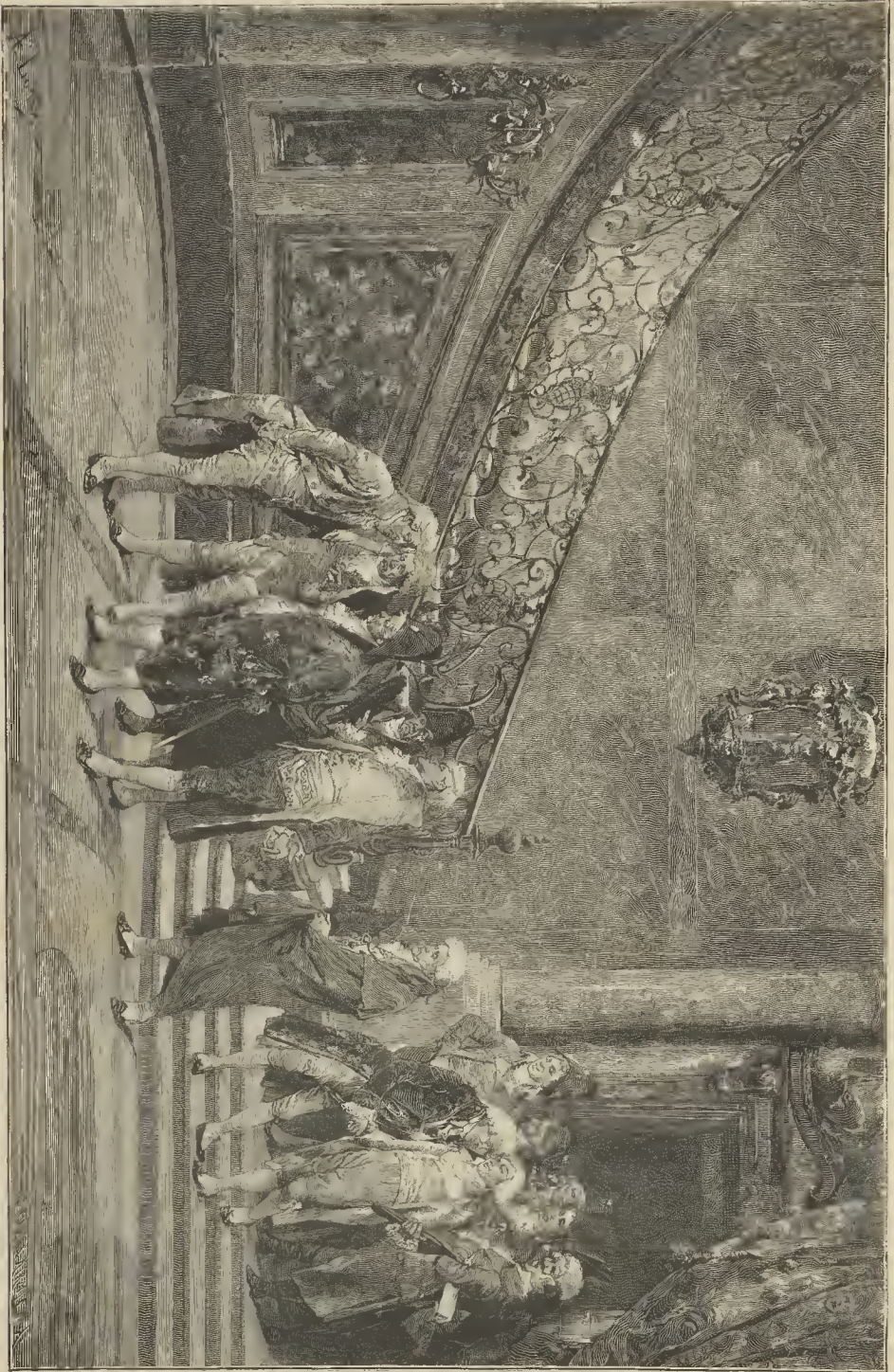
—Señora,—balbuceó al cabo, perdiendo por completo el resto de valor que le quedaba y dando vueltas á su toquilla como el zéfiro más desconcertado,—venia solo á que me hicierais la merced de aceptar este cuadro, ya que tan amiga sois de las artes, si no miente la fama y el renombre de la raza de Este.

Y con mano temblorosa descubrió el lienzo que se apoyaba en una gigantesca ánfora etrusca.

Si la emocion y el temor no le hubieran dominado, Ticiano hubiera podido ver estremecearse la mano pequeña y nerviosa de la altiva dama y cruzar por sus ojos un relámpago inexplicable.

—Siento infinito no poder complaceros,—repuso, dejando caer una mirada desdichosa y altiva sobre la pintura, y separándola inmediatamente para recorrer los florones dorados del techo,—pero son tantos los que pordiosen y tan pocos los que agradecen nuestros favores, que no debéis extrañaros de que no quiera poseer ese lienzo extravagante y poco curioso.

Ticiano se irguió, como si hubiese sentido la picadura de un áspid, al escuchar aquel insulto acerado y frio, y sintió que se agolpaba á su mejilla toda la sangre.



LA ESCALERA DE UN MINISTERIO, cuadro por A. Louza



TINTORETO RETRATANDO Á SU HIJA EN SU LECHO DE MUERTE, cuadro por B. Roch

—¡Os habeis equivocado, señora Duquesa!—contestó recobrando su apostura noble y su fiera de artista;—ni yo vengo a pedir nada, ni hombres de mi traza necesitan de algunos de vuestros favores; habia juzgado este cuadro a propósito para vos, y pues he equivocado el sendero, ¡ved en lo que aprecio mi obra!...

Y cerrando la mano derecha con una crispadura terrible, y de manera que el rico anillo que llevaba en el dedo índice presentara el mayor saliente posible, hizo, sobre el lienzo, tan atroz rasguño, que quedó casi dividido en dos mitades.

La duquesa sintióse herida a su vez por aquel rasgo de indiferencia y de orgullo artístico, y levantándose de su silla grega y llamando a sus pajes y servidores, quiso ¡quién sabe! arrojar de la cámara al importuno.

Pero era tarde; cuando los pajes y servidores traspasaban los umbrales, el pintor ganaba las escaleras con la celeridad de un gato montés.

III

Seis meses después, el Ticiano, no libre aún de la impresión desagradable y grata a la vez que le causara la visita hecha a la Duquesa de Ferrara, terminaba, en Venecia, su cuadro de *Diana y Acton*, que era un verdadero prodigio.

El célebre maestro, halagado como nunca por la fortuna y tratando mano a mano con Papas y Reyes, no se sentía, sin embargo, libre de tristezas. ¡Era tan hermosa la Duquesa de Ferrara! ¡Hubiera sido tan feliz con sólo estrechar su mano!

En la duda de que ella hubiera sido la aldeana que se le apareció en la campiña, el caviloso artista quería atenuar sus rigores con el favor antes concedido. Ticiano hubiera dado todos sus lienzos por una mirada benevola de aquella mujer extraordinaria.

Sumido en locas meditaciones se hallaba en su estudio, desde cuyas ventanas se descubría el hermoso puente de Rialto, cuando se presentó un anciano severamente vestido de negro, pidiéndole audiencia. Después de algunas frases corteses y de hacer pomposos elogios del lienzo que se hallaba en el caballete, el de negro expuso el objeto de su visita; necesitaba una Dánae de tamaño natural y en el momento mitológico de recibir la fecundante lluvia de oro.

Convínose en el precio, entregáronse cien florines a buena cuenta, y el pintor, ofreciéndole comiensa, tan pronto como encontró modelo apropiado. La empresa, no era muy fácil: un modelo desnudo digno de justificar la más delicada de las metamorfosis del padre de los dioses, no podía tenerse tan a mano.

Una semana entera se pasó y el artista no pudo hallar lo que buscaba. Las muchachas venecianas que ofrecían sus cuerpos al artístico sacrificio, no agradaban al maestro que se desesperaba por no hallar Dánae digna de sus pinceles. Dos visitas hízole entre tanto el de negro, que al parecer tenía prisa en ver terminada la obra.—¡Si no hallais modelo,—dijole la segunda vez,—preciso será convenir en que esperais que la amada de Jove descienda del Olimpo para contentaros!...

Y nada menos que esto hubiera sido menester, si no hubiera ocurrido un caso por demás extraño y prodigioso. Dábase al diablo y se quejaba de la deficiencia de la forma carnal hasta con su amigo el Aretino, cuando fué a visitarle cierta Celestina de alto bordo, proponiéndole un modelo perfecto.

Abrió tanta boca el Ticiano escuchando sus proposiciones, porque era por demás desusadas y exóticas: el modelo prestaba su cuerpo, pero quería recatar su rostro; es decir, que durante las sesiones de estudio conservaría, fiando en la noble palabra del pintor, un antifaz de terciopelo, yendo y viniendo en coche cerrado y con las necesarias precauciones para no ser vista.

El pintor aceptó la oferta, a pesar de la crecida suma que por ella exigía la corredora, y fijóse la hora y sazón en que debían comenzar los trabajos.

En efecto, al día siguiente, dispuesto el estrado en que debía de reclinarse la amada de Júpiter, esta apareció sin velos ante el pintor, que lanzó un grito de asombro. Todos sus ensueños de belleza habían quedado eclipsados por aquella perfecta hermosura.

La curvatura perfecta de aquellos hombres, los suaves contornos de aquel seno, las líneas ondulantes de aquella cadera graciosa y escultural, revelaban a la vencedora del monte Ida; Ticiano, sin ser París, no hubiera dudado lo más mínimo en otorgarle la codiciada manzana. En vano la mirada del Ticiano quiso hundirse como un puñal en el terciopelo que velaba aquel rostro; el golpe se embotó en la suavidad mate de la tela; en cambio, dos ojos brillantes y dominadores lanzaban sus rayos tras aquel muro negro, que se prolongaba hasta la boca.

Como de costumbre, la fiebre artística se apoderó del protegido de Paulo III, y mezclando *rosa* y *jacin* sobre su paleta, comenzó a manchar locamente el lienzo impudico.

A medida que la línea nacía, que el color se amontonaba, que el modelo era trasportado al lienzo de manera prodigiosa, los ojos negros lanzaban tras el antifaz relampagos más limpios y suaves, los brazos de Dánae caían con más laxitud sobre los almohadones de plumas, el seno aquel se movía del modo más desigual y frecuente. Cuando el pintor, en el paroxismo de la inspiración, terminó el bosquejo de aquellas deliciosas formas y cayó sobre su asiento, cansado, sudoroso, pálido, como si hubiera mezclado con el blanco de plata todo su sangre, la

hermosa se arrojó instintivamente en un rico manto de cachemira y se preparó a partir.

Al ver esto, Ticiano, casi arrollado, casi extático, señaló el lienzo en el cual sólo faltaba una cabeza digna de aquel cuerpo para completar el prodigio, y con acento trémulo, sordo, imperceptible, suplicó a aquella mujer, en nombre del arte y con las lágrimas en los ojos que se quitase la careta.

La Dánae de carne y hueso pareció presa un momento del éxtasis del artista, y llevándose la mano al rostro con un movimiento nervioso, se arrancó el antifaz sin contestar una sola palabra.

Ticiano sintió latir sus sienas como si las golpearan con un martillo de acero, y se arrojó a las plantas de aquella estatua humana, como el gladiador que pone el cuello bajo el pié de su contrario para que le estrangulen y acaben.

¡Su modelo, su Dánae, era la duquesa de Ferrara!

BENITO MAs y PRAT

GIMNASIA

«El cultivo de las fuerzas físicas es tan necesario para el hombre, como el cultivo de las fuerzas intelectuales.»

No sé quién ha dicho esto, pero presumo que ha debido de ser algún profesor de gimnasia sin discípulos.

Porque hace tiempo que recomiendo a los higienistas de pelo en pecho los ejercicios gimnásticos para perfeccionar a la juventud y contribuir a su desarrollo.

Comprendo la influencia que los ejercicios de fuerza y de agilidad pueden ejercer en la educación física de los niños.

Pero lo que no he llegado a explicarme, ni lo intentan, seguramente, los susodichos profesores en gimnasia higiénica es que, valiéndose de ese medio, los jibosos lleguen a parecer hombres desarrollados, ni que los sordos recobren el oído, ni se coloquen los jubilados.

Las gentes acogen las teorías y las embellecen y arreglan a medida de su gusto.

Se ofrece más de un caso notable en los gimnasios, que revela cuánta es la buena fe de la mayoría de las personas.

—Mire V.,—decía un caballero al profesor en un gimnasio,—ni señora ha engrasado hasta el extremo de no encontrar modista que la haga un vestido; porque es lo que ellas dicen: «Para hacer un vestido a su señora, tenemos que reunirnos seis por lo ménos, para terminarle en un mes»

—¡Qué atrocidad!

—Es como si tuvieran que hacer un globo. Pues bien, amigo mío, me han recomendado que la traiga al gimnasio para que trabaje, con las pesas, y haga planchas y salte y algo de trapecio.

—Para eso,—le respondió el profesor,—es más corto que la cche V. desde un balcon a la calle y concluye antes.

Otro señor decía:

—Yo tengo un niño jorobado de nacion.

—¿De nacion? no conozco ese pais.

—Vamos, que nació jorobado, y me aconsejan que le traiga al gimnasio para que le enderecen.

Hay quien dedica a ejercicios gimnásticos a una muchacha porque tiene ojeras, y supone que desarrollando la fuerza, perderá las ojeras.

A un profesor gimnasta, mi amigo, consultaba una señora si podría volverse rubia ejercitando la fuerza.

—Señora,—replicó indignado mi amigo,—eso es como si me preguntase V. si con la gimnasia podría librarse de pagar al casero.

Entre jóvenes que se dedican a visitar gimnasios, aunque sin aprovechamiento, la conversacion es generalmente sobre motivos *del arte*.

—El vizconde es fuerte.

—Mucho; desde que va al gimnasio higiénico tiene mucha fuerza.

—Yo le he visto levantar dos kilos en una sola vez.

—Más levanto yo, que he levantado un empréstito por valor de diez mil reales, sin hipoteca.

—Es decir, sin emplear más que una mano.

He conocido casos muy raros.

Entre otros, el de un muchacho que asistía al gimnasio para proporcionarse voz de tenor, aunque fuese económica.

La gimnasia higiénica es monomanía moderna.

Comprendo su utilidad para los niños y para los jóvenes.

No me explico que pueda servir para desarrollar senadores vitalicios ni académicos de la Española.

Hay señores mayores que pasan las horas *haciendo pesas*.

—¿De dónde vienes, Fulano?—pregunta la señora, si es celosa.

—Del gimnasio; así es que traigo buen apetito.

—¿Del gimnasio, eh?

—¡Qué bien me prueba! Estoy hecho una fiera.

—¡Lo mismo estabas antes.

—Fuerte y robusto... (Estornuda.)

—Ya te has resfriado.

En una casa de pupilos sorprendió la patrona a uno de ellos con un colchon sobre la cabeza.

La mujer, creyendo que era un ladrón, gritaba para que acudieran los vecinos a detenerle.

—Calle V., señora,—replicó indignado el huésped, echándole el colchon encima.—Soy yo, que estoy ejercitando las fuerzas. Esto es muy higiénico...

—Pero rompe V. los colchones.

Por último, he leído un anuncio en que dice el autor: «¡No más sabañones!—Gimnasia higiénica.»

EDUARDO DE PALACIO

LOS PRODIGIOS DEL SONIDO

II

La sombra del silencio.—Transparencia y opacidad de la atmósfera para los sonidos

Las naciones marítimas se han preocupado mucho de establecer en las costas señales sonoras que hagan el efecto de los faros, cuando estos por las nieblas ó por otras causas no sean visibles; del mismo modo que la locomotora, con el penetrante silbido del vapor frotando los labios metálicos del silbato de alarma, anuncia su aproximación mucho antes que pudieran indicarlo los faroles que consigo lleva y que ocultan a cada momento las reveladas y los accidentes del camino.

Comunemente se emplea para aquel efecto una campana. La situada en la isla de Copeland, en el mar de Irlanda, se mueve por medio de una máquina que la echa a vuelo y dicen que se oye a 24 kilómetros de distancia. Otra campana hay instalada en Boulognes, en el centro de un reflector parabólico que manda los sonidos hacia el mar; tres martillos la hieren alternativamente, y en circunstancias favorables para la propagación del sonido, este repique llega a oírse en los barcos antes de percibir la costa. En la isla de Perdices, en Nueva Brunswick, se erigió un gran silbato de vapor, y cuéntase tambien que en las Sekries, cerca de Holyhead, se protege en lo posible a las aves marinas cuyos graznidos pueden indicar a los buques la proximidad de la costa; dicese a este efecto que algunas ratas escapadas del vapor *Régulo* que naufragó hacia aquella parte del canal de San Jorge el año 1856 se multiplicaron mucho en la isla y destruyeron las aves y su cría; acudieron los isleños a los gatos, pero notose en breve que estos prefirieron hacer causa comun con las ratas, devorando los huevos y los hijuelos de las palmeidas, a luchar con los inmundos roedores; por todo lo cual se ha visto que es mejor atenderse a productores de medicinas del sonido, ya que la ayuda espontánea de las aves puede faltar cuando más necesitada sea. Cowper y Holmes han propuesto para este uso trompetas de vapor; el capitán Ryder combinaciones de cañon y grandes silbatos.

Pero se ha observado que los fuertes sonidos producidos por estos medios en las costas, si bien en muchos casos sirven a maravilla, pues se perciben a grandes distancias, con gran ventaja para los navegantes, hay veces en que por causas extrañas y no bien conocidas, las señales sonoras se amortiguan a cortísimo trecho, con asombro de cuantos perciben el fenómeno y notable perjuicio del marino que en la señal confía.

Conociendo en Inglaterra cuán importante es para la navegacion el determinar la causa de estos fenómenos y las circunstancias de la influencia, encargóse recientemente al célebre físico Tyndall el estudiar experimentalmente al asunto, y aquel, en efecto, una vez instalados los aparatos productores de las señales sonoras en lo alto de las peñas del Sout Foreland, cerca de Dover, pasó a bordo del vapor que el gobierno inglés habia puesto a su disposición y se fué acercando ó alejando de la costa hasta apreciar el límite hasta el cual las señales eran perceptibles.

Variaciones singulares y al parecer inexplicables se notaron desde las primeras observaciones y algunos hechos en contradicción con las ideas dominantes sobre la propagación de los sonidos. Un día, siendo favorable la dirección del viento, se oyó hasta 8,750 metros el sonido de una trompa marina y el estampido de una pieza de 18, instalada en las rocas de Sout Foreland; al día siguiente, con viento contrario, los mismos sonidos se percibieron hasta los 17,000 metros, ó sea al doble de distancia anterior. En otra ocasion, durante los mismos experimentos percibiéronse distintamente las señales a 20 1/2 kilómetros con viento contrario y nieblas densas, y al poco tiempo, clara la atmósfera y en calma, sobrevino en ella sin causa aparente una opacidad acústica tan grande que el estampido de los cañonzos apenas se oía a 6,750 metros de la costa, y al día siguiente, con tiempo sereno y caluroso y la mar completamente tranquila, hubo precision de acercarse hasta los 3,500 metros para percibir el cañoneo, hasta el punto de que habia momentos en que el observador distinguía perfectamente el humo de los fogaños, pero no percibia el más leve ruido.

De estos hechos se deduce que la transparencia óptica y la transparencia acústica de la atmósfera no guardan, como queria Dehm, relacion alguna, antes al contrario, favorece a la una lo que a la otra perjudica. Las nieblas y las nubes que se venia creyendo eran obstáculo para la propagación del sonido, resulta que le favorecen.

Segun Tyndall la causa de todas estas variaciones de la propagación y alcance de los sonidos es la falta de homogeneidad de las capas de aire a través del cual se propagan las ondas sonoras. En los dias de atmósfera despe-

jada los rayos del sol, cayendo sobre el mar, debían producir una evaporacion bastante activa y estando la atmósfera poco agitada la saturacion de la atmósfera por el vapor acuoso debía ser diferente de unas capas á otras, ofreciendo estas, superficies de separacion aptas para la repercusion del sonido, formándose ecos parciales por reflexion que devoivan el sonido hácia los sitios de donde partiera, impidiendo así su propagacion á largas distancias. Tyndall notó efectivamente que cuando las nubes velaban el sol y la evaporacion por tanto no era tan intensa y la mezcla de aire y vapor más homogénea, el alcance de los sonidos aumentaba extraordinariamente, de tal modo que el sonido que empezó percibiéndose á 3 kilómetros, llegó, cuando el astro traspuso el horizonte, á distinguirse á doce kilómetros y medio.

Los aguaceros producen un efecto análogo al de las nubes, y merced á su influencia crece el alcance de los sonidos. Una mañana, el hábil experimentador inglés apenas percibía el estampido de la pieza de á 18 á 8 kilómetros de la costa; al medio día cayó un fuerte chubasco mezclado con granizo y en seguida se fué reforzando el sonido, de modo que pudieron los observadores irse alejando de la costa sin dejar de percibirlo hasta los doce kilómetros.

En Londres mismo tambien se ha notado que las nieblas y las brumas espesas, léjos de ser un obstáculo para la propagacion del sonido como se venia admitiendo, la favorecen. En los días 10, 11 y 12 de diciembre de uno de los últimos inviernos una espesísima niebla rodeó la capital inglesa y en tales circunstancias los disparos de cañon se oyeron á mucha mayor distancia que en los días despejados que precedieron y que siguieron á la niebla. De esta forma parece comprobarse, segun las observaciones más recientes, que la misma causa que disminuye la transparencia óptica de la atmósfera aumenta su transparencia acústica.

Un ingeniero francés, Breton, acaba de añadir á lo expuesto por Tyndall una razon más sobre las causas que influyen en las variaciones del alcance de los sonidos en la atmósfera. Las ondas sonoras emanadas de un foco situado á mayor ó menor altura sobre el horizonte, llegan á rasar la superficie del suelo ó del mar, á cierta distancia, variable con la altura del foco sonoro; en el punto en que rasn al suelo, rebotan y se levantan bruscamente, dejando un espacio en el que no penetran y que constituye la



LA ÚLTIMA HORA DEL AÑO

sombra del silencio. Para percibirse el sonido en este espacio hay que elevarse verticalmente á alturas que tienen que aumentar con la distancia al foco sonoro y al sitio en donde empieza la sombra del silencio. Así, pues, pudo muy bien haber sucedido que en algunos de los experimentos de Tyndall su buque penetrara en dicho espa-

cio; en estos casos, al atravesar la superficie de la sombra acústica, lo repentino de la extincion de los sonidos es tanto más notable y marcado cuanto más completa sea la transparencia acústica del aire.

De todos estos recientes experimentos resulta que el estudio de los sonidos, de su alcance y de las circunstancias que influyen en su propagacion es aún un vasto campo para descubrimientos muy interesantes y de aplicacion sumá, pues son fenómenos mucho más complejos de lo que en lo antiguo se creía, influyendo un sin número de circunstancias en la propagacion, figura y conservacion de la onda. Llegando á conocer y dominar todas ellas se podrán obtener artificialmente efectos maravillosos, haciéndolas concurrir todas á un fin determinado, como sucede ahora en la naturaleza cuando por raro acaso, coinciden para un efecto algunas de estas circunstancias favorables, y así se pueden dar ejemplos, como el del prodigioso pozo de Carisbrook-Castle, en el cual, si se deja caer un alfiler, se oye claramente el choque que produce al dar en la superficie del agua, y eso que el diámetro del pozo es de tres metros y la superficie líquida se encuentra nada menos que á sesenta y cuatro de profundidad.

DOCTOR HISPANUS

Procesion á la luz de la electricidad en Nueva York

América es el país del progreso, de la rapidez y con frecuencia tambien el del reclamo. Ora se trate de un producto nuevo, ora de la candidatura á un cargo electivo, todos los medios parecen allí buenos para encomiar las excelencias del producto ó las del candidato y llamar la atencion del vulgo.

No es, pues, de extrañar que se haya recurrido á la electricidad, con sus resultados nuevos, imprevistos ó maravillosos, en circunstancias que por la misma originalidad de los medios puestos en accion, creemos oportuno poner en conocimiento de nuestros lectores con algunos detalles.

En los dos ejemplos que vamos á mencionar, la lámpara Edison ha sido el medio empleado para excitar la atencion pública; en el primero en favor de la misma luz



PREDICAR EN DESIERTO dibujo por S. G. Rollon



Fig. 1.—El negro eléctrico de Edison en la Exposición de Filadelfia.—Lámpara de incandescencia en la cabeza de un repartidor de prospectos.

Edison, en el segundo, en el de un candidato a la presidencia de los Estados Unidos.

En la Exposición de electricidad de Filadelfia, la Compañía Edison exhibía su sistema de alumbrado junto al de otros expositores, y distribuía prospectos. Para que el mismo público los solicitara, hizo que los repartiese un corpulento negro cubierto con un casco rematado en una lámpara de incandescencia, como lo representa la figura 1 que tomamos del *Scientific American*. Esta lámpara estaba enlazada con dos conductores ocultos entre la ropa del negro y que iban a parar a dos placas de cobre fijadas a los tacones de las botas de este. Al rededor del espacio reservado a la instalación de los objetos de Edison se había puesto cierto número de placas de cobre de dimensiones convenientes, en relación con las dos bornas de la dinamo que servía para producir el alumbrado.

Quando el negro se situaba sobre dos de estas placas, podía abrir ó cerrar, según quisiera, el circuito de la dinamo con la lámpara que llevaba sobre el casco y producir su extinción ó su alumbrado instantáneamente en virtud de un movimiento imperceptible y conservando las manos libres para distribuir los prospectos. Muchas personas nerviosas sufrían una impresión desagradable ante aquella luz inesperada, pero la muchedumbre que rodeaba al negro eran á veces tan grande, que éste tenía con frecuencia que alejarse para que se restableciera la circulación.

Como perfeccionamiento de este medio original, se ha

propuesto poner las placas metálicas debajo de una alfombra, y proveer los tacones de puntas que se pusieran en contacto con las placas trasapando la alfombra, de suerte que cada paso del distribuidor de prospectos produciría un relámpago. Sin duda faltó tiempo para realizar este perfeccionamiento.

Pasemos al segundo experimento efectuado en Nueva York en la noche del 31 de octubre; experimento que constituye un espectáculo original, curiosísimo y sin precedentes en la historia de las iluminaciones y de los paseos a la luz de las antorchas. En América, estos paseos son el complemento necesario, indispensable de una campaña presidencial, y su organización pone de relieve el genio inventivo de todos los muñidores electorales así como el de los partidarios entusiasmados del candidato.

Por el concepto científico considerado, el experimento tan memorable como curioso de que se trata, demuestra que se puede llevar de un lado á otro una instalación eléctrica, completa hasta en sus menores detalles y en pleno funcionamiento, formando con ella una procesion que avanza á pesar de las desigualdades del empedrado y funciona sin que la corriente se interrumpa, sin que el brillo de las lámparas sufra la menor oscilación, lo cual prueba el grado de perfección á que ha llegado hoy la maquinaria eléctrica.

La *Edison Electric Lighting Company* de Nueva York ha sido la que ha organizado esta manifestación á expensas de sus propios empleados, unidos á los partidarios del candidato, que no ha sido por cierto el que ha obtenido mayor número de votos.

En la parte anterior de un gran carromato iba colocada una máquina dinamo de Edison, tipo de 200 amperes, y en la zaga un motor de vapor de 40 caballos de la *New-York Safety Steam Power Co.* Una correa transmitía el movimiento de la máquina de vapor á la dinamo.

Una caldera de una bomba de vapor contra incendios suministraba el vapor, y ya es sabido cuán rápidamente se ponen en presión estas calderas y cuán poderosas son con relación á su volumen. La caldera, sujeta á la zaga del carromato, estaba en comunicación con la máquina por medio de dos tubos, uno para la entrada del vapor y otro para la salida; este último tenía una llave de tres conductos merced á la cual el vapor podía escaparse al aire libre ó bien penetrar en la chimenea de la caldera para activar el tiraje.

Adosados á la caldera iban dos carros con unos depósitos de hierro que contenían unos cuatro metros cúbicos de agua y estaban en comunicación con aquella por medio de dos mangas; otros dos carros llevaban el carbon. Las máquinas iban tiradas por seis caballos guiados por un cochero.

De un conmutador colocado en el carromato partían cuatro conductores, dos de ellos empalmados á una cuerda que había á un lado del vehículo, y los dos restantes á otra cuerda del lado opuesto. Esta cuerda, que tenía 1,200 pies (400 metros de longitud), rodeaba á los manifestantes, y formaba un cuadrado vacío en el centro, en el cual iban los vehículos mencionados. En esta cuerda, y de cinco en cinco pies, había un aparato para tomar la corriente, del cual partían dos alambres flexibles que iban

á parar á los tornillos de una lámpara fija al casco que llevaba en la cabeza cada manifestante. Las colleras de los caballos estaban también provistas de lámparas, y en el carromato que conducía la máquina había 24, ó sea un total de 300 lámparas pasadas por 250 manifestantes formando en cuadro, y cuyo conjunto presentaba el aspecto que se ve en la figura 3.

La figura 2 representa un hombre aislado, sosteniendo en la mano la cuerda y los conductores de modo que se vea la disposición del sistema. El jefe de la manifestación iba á caballo, llevando en la punta de una lanza una lámpara de 200 *candlers*.

Durante la mayor parte del curso de esta procesion eléctrica de nuevo género, todas las partes de tan inmensa instalación móvil han funcionado perfectamente: la luz era intensa y magnífica, iluminando profusamente todos los ámbitos de las calles por donde pasaba. Pero de pronto ocurrió una extinción accidental completa, causada por la obstrucción del tubo que ponía en comunicación los depósitos de agua con la caldera. Se reparó con prontitud el percance, y la procesion pudo seguir su marcha triunfal entre las exclamaciones de sorpresa y los aplausos de la muchedumbre.

Esta manifestación original no ha contribuido gran cosa á aumentar el número de votos del candidato en cuyo favor se había organizado; pero sí ha servido para popularizar todavía más el alumbrado eléctrico, tan difundido ya en América, y constituye sobre todo un ensayo curioso y memorable por más de un concepto, presentando un carácter científico que nos ha inducido á darlo á conocer á nuestros lectores.

La manifestación partió de Madison Square; allí las lámparas de incandescencia brillaron de repente, y la procesion eléctrica desfiló por espacio de dos horas por las principales calles de Nueva York.

El mismo Edison dirigía este admirable experimento, yendo en uno de los carruajes que seguían á las máquinas. La multitud de espectadores agolpados al tránsito de la procesion saludaba con sus aplausos al célebre inventor cuyo nombre ha adquirido una popularidad justificada en ambos continentes.

M. A.



Fig. 2.—Disposición de los conductores en la procesion á la luz de la electricidad, en Nueva York.

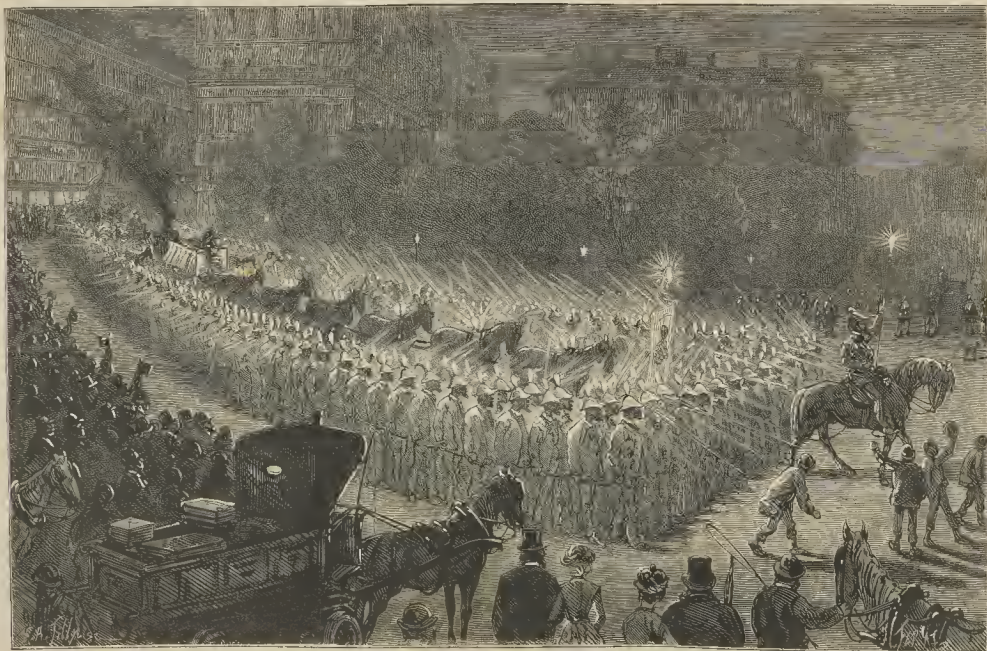


Fig. 3.—GRAN PROCESION Á LA LUZ ELÉCTRICA EFECTUADA EN NUEVA YORK EL 31 DE OCTUBRE DE 1884.—EXPERIMENTO DE M. EDISON

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria









 Helmut Halbach
Buchbindermeister
Königsberg i. Pr.

GETTY CENTER LIBRARY

3 3125 00620 5500

